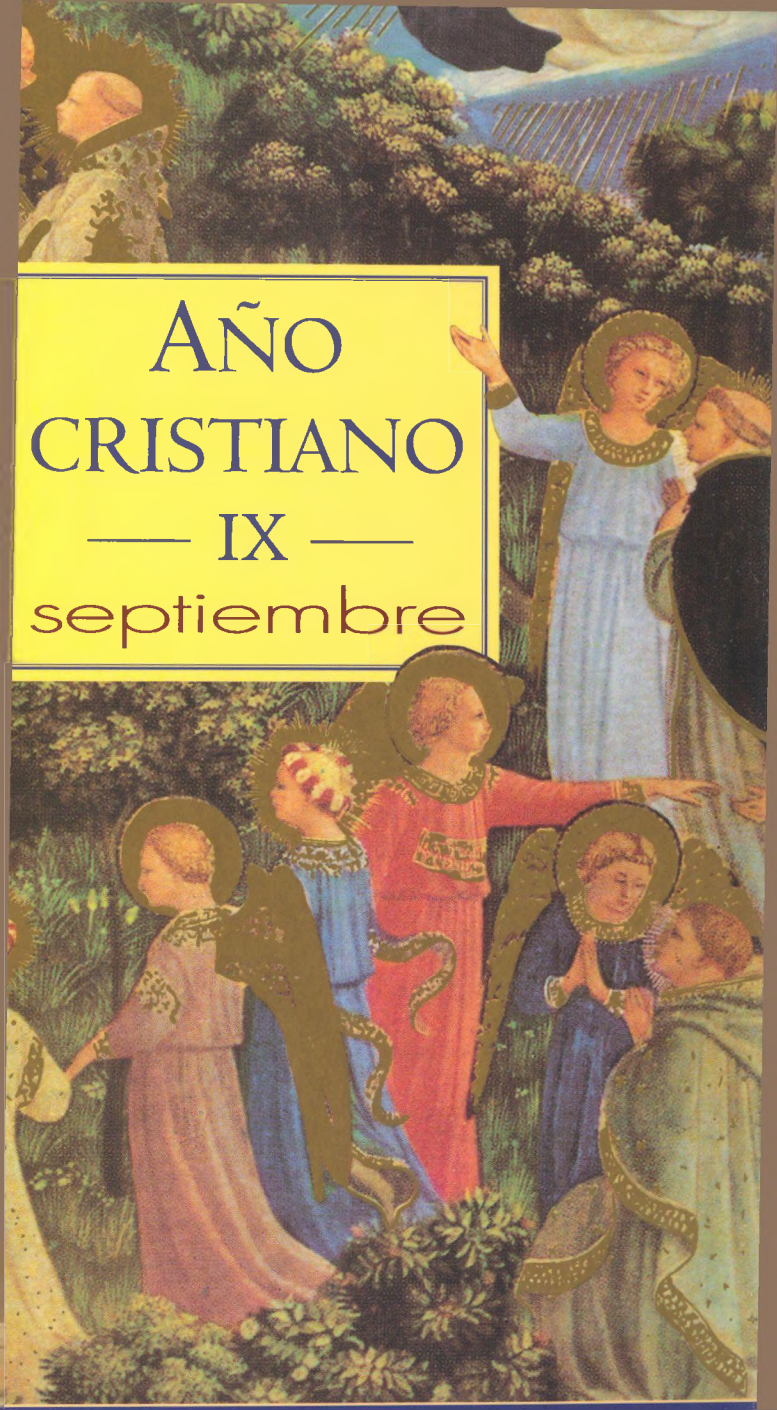


AÑO CRISTIANO

— IX —

septiembre

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS

AÑO CRISTIANO

IX

Septiembre



COORDINADORES
Lamberto de Echeverría (†)
Bernardino Llorca (†)
José Luis Repetto Betes

BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
MADRID • 2005

Ilustración de portada: *Juicio final* (detalle), Fra Angelico.

Guardas: *El juicio universal* (detalle), Giovanni di Paolo.

Diseño: BAC

© Biblioteca de Autores Cristianos
Don Ramón de la Cruz, 57, Madrid 2005
Depósito legal: M. 51.998-2002
ISBN: 84-7914-629-X (Obra completa)
ISBN: 84-7914-797-0 (Tomo IX)
Impreso en España. Printed in Spain.

ÍNDICE GENERAL

	Págs.
COLABORADORES	IX
PRESENTACIÓN	XI
NOTA INTRODUCTORIA	XV
Santoral de septiembre (martirologio, biografías extensas y biografías breves)	3
APÉNDICE	929
SANTOS DE LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS	967
CALENDARIO ESPAÑOL: MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS	983
ÍNDICE ONOMÁSTICO	985

COLABORADORES

A) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

ANDRÉS MARTÍN, Melquiades
ARBELOA EGÜES, Agustín
BARBADO VIEJO, Francisco, OP
BENEYTO, Juan
CALDERÓN, Cipriano
CANTERA OLIVE, Julián
CAPÁNAGA, Victorino, ORSA
CARRO CELADA, José Antonio
CASTRO ALBARRÁN, Aniceto de
CHICO GONZÁLEZ, Pedro, FSC
COLUNGA CUETO, Alberto, OP
DÍAZ FERNÁNDEZ, José María
ECHEVERRÍA, Lamberto de
ENRIQUE DE SALAMANCA, Carmen
FERAUD GARCÍA, José María
FERRI CHULIO, Andrés de Sales
GARCÍA CORDERO, Maximiliano, OP
GARCÍA Y GARCÍA DE CASTRO, Rafael
GIL, Cesáreo
GONZÁLEZ CHAVES, Alberto José
GONZÁLEZ RODRÍGUEZ, M.ª Encarnación
HUERGA, Álvaro, OP
IPARRAGUIRRE, Ignacio, SI
JANINI, José
JIMÉNEZ DUQUE, Baldomero
JOBIT, Pierre
LANGA, Pedro, OSA
LHOMANN VILLENA, Guillermo
LLABRÉS Y MARTORELL, Pere-Joan
LLORCA, Bernardino, SI
MARÍA DE LA EUCARISTÍA, RJM
MARTÍN ABAD, Joaquín
MARTÍNEZ GOÑI, Faustino
MARTÍNEZ SENDEROS, Pedro de Alcántara, OFM
MAZO ZUAZAGOITIA, Antonio del, OP
NÚÑEZ URIBE, Félix
PARDO, Veremundo, CM
PERAIRE FERRER, Jacinto

PÉREZ DE URBEL, Justo, OSB
PÉREZ SUÁREZ, Luis M., OSB (Leyre)
REPETTO BETES, José Luis
RODRÍGUEZ, José Vicente, OCD
ROMERO, Agustín, OCSO
RUIZ JIMÉNEZ, Joaquín
SÁNCHEZ ALISEDA, Casimiro
SENDÍN BLÁZQUEZ, José
TELLECHEA IDÍGORAS, José Ignacio
TERESA LEÓN, Tomás
TIBAU, Narciso
VALTIERRA, Ángel, SI
VALVERDE, José María
VELADO GRAÑA, Bernardo
VILLASANTE, Luis de, OFM
VIÑANO, Antonio
WALORECK, Mariano
XIMÉNEZ DE SANDOVAL, Felipe
YZURDIAGA LORCA, Fermín
ZORITA, Ángel

B) BIOGRAFÍAS BREVES

REPETTO BETES, José Luis

PRESENTACIÓN

Tras largos años de total *agotamiento editorial* vuelve ahora felizmente al catálogo de la BAC una obra que ocupaba en él un puesto relevante y que fue, durante décadas, alimento espiritual seguro y sabroso para infinidad de lectores: el AÑO CRISTIANO.

Quede, ante todo, constancia de la satisfacción con que la BAC devuelve al público lector —y en cierto modo a toda la Iglesia de habla española— esta obra preciada que tanto se echaba de menos y que nos era requerida con insistencia por muchos lectores y amigos. Larga ha sido la espera. Pero la BAC se complace ahora en relanzar un AÑO CRISTIANO compuesto y acicalado como lo piden las circunstancias eclesiales y articulado en doce volúmenes que irán apareciendo sucesivamente y que ofrecerán al lector la variedad y la riqueza del entero santoral de la Iglesia católica.

Las razones del dilatado eclipse que ha sufrido el AÑO CRISTIANO a pesar de su notorio éxito editorial de antaño son pocas y escuetas. Y muy fáciles tanto de explicar cuanto de entender.

El proceso de aceleración en canonizaciones y beatificaciones que ha experimentado la Iglesia después del Vaticano II —y muy singularmente en el pontificado del Papa Wojtyla— obligaba obviamente a complementar, corregir y ajustar el venturoso descalabro que el tiempo iba originando en los bosques y jardines de la hagiografía cristiana del pasado. Se imponían una poda y una plantación de renuevos cuya envergadura queda ahora patente en el estirón —de cuatro a doce— que ha experimentado este AÑO CRISTIANO.

Semejante tarea de revisión y actualización la hubiera emprendido la BAC. Era su obligación y su deseo. Pero su efecto habría sido precario. El pontificado de Juan Pablo II estaba ya demostrando con creciente evidencia que la santidad cristiana es una realidad de cada día y de cada latitud; que, por consiguiente, el martirologio o santoral, lejos de ser memoria fosili-

zada, es un caudal fresco y abundante que riega generosamente el hoy de la Iglesia. ¿Cómo intentar la actualización de algo que cambia y crece sin cesar?

Por otra parte, es sabido que el Concilio Vaticano II, en su constitución *Sacrosanctum Concilium,* ordenó la revisión y adaptación de todos los libros litúrgicos. El mandato alcanzaba también al Martirologio o Santoral, libro litúrgico de pleno derecho y de peculiar significación y complejidad dadas sus implicaciones históricas que requerían estudios críticos minuciosos y especializados. La tarea de su revisión podía resultar dilatada. ¿Cómo arriesgarse como editorial responsable a componer un AÑO CRISTIANO sin contar con la referencia obligada del Martirologio romano ya autorizadamente puesto al día? ¿No había que sacrificar las prisas editoriales o comerciales a la firmeza histórica y a la seguridad doctrinal que ofreciera la edición posconciliar? ¿No era ésa la mejor forma de servir a los intereses de los lectores?

El proceso de reforma y adaptación del martirologio romano ha durado desde 1966 hasta 2001, año en que apareció finalmente la llamada «edición típica». Una espera que ha otorgado al Martirologio romano una mayor credibilidad histórica, un orden hagiográfico más acorde con la doctrina y las reformas derivadas del Vaticano II y, en consecuencia, mayor fiabilidad para la vida litúrgica y la piedad cristiana.

Contando ya con la pauta insoslayable del martirologio reformado y renovado, se imponía ponerlo cuanto antes al servicio de los lectores y usuarios de habla castellana, tanto en España como en Hispanoamérica. Es un reto que la BAC ha asumido con responsabilidad editorial y que trata ya de cumplir con prontitud y rigor.

Estoy seguro de que nuestros lectores compartirán con la BAC la impresión de que la larga y obligada espera que ha tenido que observar nuestro AÑO CRISTIANO no le priva de sentido ni de oportunidad. Todo lo contrario. El momento presente, con sus grandezas y miserias, con sus luces y sombras en la parcela de lo religioso, hace especialmente atinada la publicación de un santoral serio y documentado de la Iglesia católica.

Son tiempos, los nuestros, de secularización que quiere decir, lisa y llanamente, de descristianización. A su sombra, las verdades de la fe y los juicios de la moral cristiana pierden vigencia y hasta significado. Algo que ocurre también en el terreno de la hagiografía. No es que haya desaparecido el culto a los santos, pero sí se ha nublado en buena parte su relevancia para la vida cristiana. Con la ignorancia ha sobrevenido la confusión. La cantera del santoral para dar nombres de pila a las personas está en declive. El conocimiento de las vidas de los santos se ha reducido hasta confundirlos con héroes o dioses de los martirologios paganos. Se ha acentuado, aun entre los que se profesan devotos de advocaciones concretas, la brumosidad de los contornos y de los conceptos.

En paralelo con el desconocimiento correcto de las hagiografías, han proliferado las supersticiones y las desviaciones de lo que debería ser una auténtica veneración de los santos. Se observa una notoria reducción de la piedad al utilitarismo. A los santos se los mete cada vez más en la zambra de los videntes, los adivinos, las cartas, la superchería y las voces de ultratumba. Ahora hay santorales para agnósticos y santorales de puro humor a costa de los santos que pueden alcanzar cotas notables de acidez o de impiedad. ¿No es el caso, nada infrecuente, de anuncios y montajes publicitarios a cargo del santoral y al servicio de cualquier producto en el mercado?

El servicio que la BAC pretende prestar con este renovado AÑO CRISTIANO a sus lectores y a la Iglesia tiene perfiles muy precisos.

Principalmente, la mejora de los recursos didácticos para una sabia y atinada catequesis. Los santos, sus vidas y ejemplos, son fuente inagotable para la educación cristiana. No es su utilidad terapéutica o milagrera lo que de ellos nos interesa, sino la enseñanza cristiana que se deriva de sus virtudes y conductas como testigos de Jesucristo, como reflejos de su vida y como *caminos* que nos llevan al *Camino* por excelencia, que es Él.

Este AÑO CRISTIANO no pretende, por tanto, fomentar la *santería* en detrimento de la *cristería,* dicho en términos populares. Muy al contrario, es una contribución a la *Cristología* a través de la *hagiografía.*

Algunos pastores y pastoralistas han alertado sobre el peligro de que el culto a tantos santos y beatos, la proliferación de tantas devociones particulares, pudiera difuminar, como *efecto colateral,* el aprecio central e irremplazable de Jesucristo. Sería aquello de que los árboles no dejaran ver el bosque.

Ni el peligro ni la advertencia son sólo de hoy. Léanse si no las constituciones conciliares *Lumen gentium* y *Sacrosanctum Concilium.* También la introducción que figura en la edición típica del Martirologio romano.

En cualquier caso, la BAC pone ahora en circulación esta nueva edición de su AÑO CRISTIANO como homenaje a Jesucristo cumbre de la santidad y modelo de todos los santos y beatos que la Iglesia ha reconocido a lo largo de los siglos como seguidores e imitadores del Maestro. «Por la hagiografía al Cristocentrismo» podría ser el lema de ese propósito editorial.

Perfiladas las circunstancias y las intenciones de esta obra, nada he de decir sobre su articulación, ni sobre los criterios metodológicos o redaccionales que se han seguido en su elaboración. Tanto estos como otros particulares técnicos que ayudarán en su utilización figuran en la *nota introductoria* preparada por el coordinador de la edición.

Con laudes o elevaciones solían cerrar sus páginas los santorales antiguos. La BAC se suma al amén, así sea, que venía después. Y se permitirá a la vez (no podía ser de otra manera) confiar el buen fruto de esta obra a la intercesión de todos los santos y beatos que —sin distinción de grado, sexo o condición— poblarán las páginas de este AÑO CRISTIANO renacido en los umbrales todavía del tercer milenio.

JOAQUÍN L. ORTEGA
Director de la BAC

NOTA INTRODUCTORIA

Definido el propósito de reeditar el AÑO CRISTIANO, empezamos por fijar criterios que sirvieran de guía para la nueva edición, y que ahora exponemos para información del lector y facilidad de su uso.

En primer lugar se fijó el criterio de que, con muy escasas excepciones, se reeditaría todo el conjunto de artículos que componía la segunda edición, la de 1966. Su texto no ha sufrido revisión ni variación. Va tal cual lo escribieron en su tiempo los diferentes y acreditados autores que lo firman. En el fondo no han tenido más añadidura que la referencia a la canonización de aquellos santos que entonces eran solamente beatos. Y esas excepciones son sobre todo las debidas a las variaciones introducidas por el nuevo Misal de Pablo VI, de 1969, que tiene algunos cambios en la denominación de fiestas, como la del 1 de enero, o en el santoral.

Pero no se quería simplemente reeditar, sino que se quería también completar y poner al día. Para completar, hemos añadido santos o beatos importantes anteriores a las últimas canonizaciones y beatificaciones y que en su día no se biografiaron en las primeras ediciones. Para poner al día, hemos añadido los nombres de muchos santos y beatos que en estos últimos tiempos han sido declarados tales por la Iglesia, y cuyo número, como es bien sabido, es grande.

Nos pareció que saldría una obra demasiado abultada si a cada uno de todos estos santos o beatos les señalábamos una nota biográfica de la misma extensión que las de las ediciones anteriores. Y para evitar ese tamaño demasiado crecido pero para no pasarlos tampoco en silencio hemos dividido las biografías en *extensas* y en *breves*. El criterio seguido para asignar a un santo o beato una biografía extensa o breve ha sido el de su importancia en el santoral: por ser más o menos conocido, por ser significativo de un tiempo o una situación, o por ser intere-

sante al público de habla hispana, o por ser fundador o fundadora de una comunidad religiosa, a todos los cuales fundadores o fundadoras hemos tomado el criterio de dedicar una biografía extensa. Y naturalmente hemos tenido en cuenta el cada día mayor santoral de las iglesias iberoamericanas.

Hemos añadido también artículos referentes a los tiempos litúrgicos, p. ej. *Cuaresma,* ya que son parte importante y vital de lo que se llama el año cristiano.

Y hemos añadido a cada día su martirologio o lista de los santos y beatos que para esa fecha señala el Martirologio romano. De esta forma, cada día puede saber el lector cuáles son los santos que la Iglesia conmemora, y de la mayoría de ellos tiene una nota biográfica, extensa o breve.

Esta obra sigue el nuevo *Martirologio romano* que, como edición típica, ha sido publicado el año 2001. Este seguimiento ha hecho que no demos entrada en el *Año cristiano* sino a los santos y beatos que en dicho Martirologio se recogen, enviando al Apéndice las notas biográficas de otros que no están incluidos en él pero que pueden resultar interesantes, por ejemplo, por celebrarlos, en su propio de los santos, alguna diócesis española. De todos modos son muy pocos. Igualmente ha obligado el seguimiento del nuevo Martirologio romano a resituar no pocas biografías que en las ediciones anteriores se encontraban en otras fechas y que han sido pasadas al día que ahora se les asigna.

Nos parece que este criterio de seguir el nuevo Martirologio no necesita defensa. Pues aunque se le hayan encontrado al texto del mismo algunos fallos de detalle, sustancialmente es un texto definitivo. No olvidemos que el Martirologio es un libro litúrgico, editado por la Congregación del Culto Divino y de la Disciplina de los Sacramentos, promulgado por la autoridad del Romano Pontífice, cumpliendo una determinación del Concilio Vaticano II. Se trata del registro oficial de santos y beatos que hace para su uso la Iglesia Romana y que tiene vigencia en todo el ámbito, tan mayoritario dentro de la Iglesia, del rito romano. Hay que decir que en su actual edición se ha hecho una grande e inmensa labor, verdaderamente meritoria, y que con ella se ha cumplido el objetivo conciliar de máxima historicidad, y el de

poner al día esta lista oficial con la añadidura no solamente de los nuevos santos sino también de los beatos, ya que, aunque en distintos niveles, unos y otros reciben legítimamente culto público en la Iglesia.

Con respecto a la bibliografía digamos que hemos seguido el criterio que se usó en las ediciones anteriores. Se ofrece en el primer volumen una bibliografía general actualizada. En ella se indican las obras que se refieren a todo el calendario o a una parte de él, por ejemplo, el santoral de una nación, el de una congregación u orden religiosa, el de los mártires de una persecución, etc. La bibliografía específica de cada santo o beato de las biografías extensas va al final de cada una de ellas.

Hemos pensado que con estos criterios volvemos a darle al lector el ya clásico AÑO CRISTIANO de la BAC pero con ampliaciones y mejoras que esperamos merezcan su atención.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES
Coordinador

AÑO CRISTIANO

IX

Septiembre

1 de septiembre

A) Martirologio [1]

1. La conmemoración de Josué, hijo de Nun, caudillo de Israel, sucesor de Moisés **.

2. En Reims (Galia), San Sixto († s. III), primer obispo de la ciudad.

3. En Capua (Campania), San Prisco († s. IV), mártir.

4. En Todi (Umbría), San Terenciano († s. IV), obispo.

5. En Dax (Aquitania), San Vicente († s. IV), que es tenido por obispo y mártir.

6. En Zurcí (Suiza), Santa Verena († s. IV), virgen.

7. En Le Mans (Galia), San Victorio († 490), obispo.

8. En Aquino (Lacio), San Constancio, obispo († 570).

9. En Saint-Gilles (Galia Narbonense), San Gil († s. VI/VII), abad *.

10. En Sens (Neustria), San Lupo († 623), obispo *.

11. En Venecia, Beata Juliana de Collalto († 1262), abadesa benedictina *.

12. En Florencia (Toscana), Beata Juana Soderini († 1367), virgen, terciaria servita *.

13. En Madrid, beatos Cristino (Miguel) Roca Huguet, Proceso (Joaquín) Ruiz Cascales, Eutimio (Nicolás) Aramendia García, Canuto (José) Franco Gómez, Dositeo (Guillermo) Rubio Alonso, Cesáreo (Mariano) Niño Pérez, Benjamín (Alejandro) Cobos Celada, Carmelo (Isidoro) Gil Arano, Cosme (Simón Isidro Joaquín) Brun Arará, Cecilio (Enrique) López López, Rufino (Crescencio) Lasheras Aizcorbe y Faustino (Antonio) Villanueva Igual († 1936), todos ellos religiosos de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, mártires *.

14. En Paterna (Valencia), Beato Alfonso Sebastiá Viñals († 1936), presbítero y mártir *.

15. En Barcelona, beatos Pedro Rivera Rivera († 1936), presbítero, religioso franciscano *; María del Carmen Moreno Benítez y María del Refugio Carbonell Muñoz († 1936), vírgenes, religiosas del Instituto de Hijas de María Auxiliadora **.

[1] Los asteriscos que aparecen en el martirologio hacen referencia a las biografías que siguen a continuación, que serán extensas (**) o breves (*).

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JOSUÉ

Caudillo de Israel (Antiguo Testamento)

A juzgar por el tiempo que sobrevivió a Moisés, nació en Egipto, durante la esclavitud de los hebreos. Llamábase Oseas = *Salvación,* pero Moisés, al enviarle con los otros once exploradores a reconocer la tierra prometida, se lo cambió en el de Josué = *El Señor salva.* Por su padre Nun o Non (en griego *Nave)* y a través de sus cinco ascendientes Elisama, Amiud, Ladán, Taan y Tale, hermano de Beria, Sara, Rafa y Resef, hijos estos cinco de Efraím, descendía Josué de José, hijo del patriarca Jacob. Realzan su persona tanto el cambio de nombre como el detalle de su genealogía conservada en la Biblia. Elisama, abuelo de Josué, era uno de los doce tribunos, representando en los actos solemnes a la tribu de Efraím.

Por demás significativos son los epítetos y las frases con que el sagrado texto ha querido reflejar las hermosas cualidades personales de Josué. Oigamos al Eclesiástico:

> «Esforzado en la guerra fue Jesús (Josué) hijo de Nave (Nun), sucesor de Moisés en el don de profecía; grande según su nombre y más que grande como Salvador de los elegidos de Dios; vencedor de los enemigos de Israel y repartidor de la herencia de su pueblo. ¡Cuánta gloria alcanzó levantando su brazo y lanzando el dardo contra los muros del adversario! ¿Quién antes de él así combatió? Porque el Señor le puso en sus manos los enemigos [...] Fue siempre en pos del Omnipotente y en vida de Moisés hizo una obra muy buena junto con Caleb, hijo de Jefone, oponiéndose a la revuelta del pueblo para apartar de él la venganza divina y apaciguando el sedicioso murmullo y la maligna murmuración, resolviendo hacer frente al enemigo; estos dos fueron aquellos que del número de 600.000 hombres salieron salvos de todo peligro para conducir al pueblo a la posesión de la tierra que mana leche y miel».

En efecto —se nos dice en los Números—, todos aquellos hombres que Moisés envió a reconocer la tierra, y a la vuelta hicieron murmurar al pueblo contra él, publicando falsamente que la tierra era mala, fueron heridos de muerte a la presencia del Señor. Solamente Josué, hijo de Nun, y Caleb, hijo de Jefone, quedaron con vida de todos los que fueron a explorar la tie-

rra. La gran confianza que en Dios tenía le hizo clamar contra la infidelidad y perfidia de los otros; y así «Josué por su obediencia llegó a ser caudillo de Israel», pudo escribirse en el libro primero de los Macabeos. Tuvo el espíritu de sabiduría por imposición de las manos de Moisés; y Flavio Josefo le llama «varón de incomparable prudencia y elocuencia, así como fuerte y diligente en el mando supremo».

No es menos elocuente la narración de sus empresas políticas y militares, que llenan todo un libro de la Sagrada Escritura, al que se ha dado su nombre, considerándole muchos como su autor. Al primer encuentro bélico en Rafidín, cerca del Sinaí, con Amalec, que cortaba el paso a los israelitas, Moisés manda a Josué ponerse al frente de los soldados, mientras él con los brazos en cruz oraba en el monte. Esta designación de Josué como caudillo militar es aprobada por Dios, dándole la victoria y ordenando se escribiese para recuerdo perpetuo. Si Moisés asciende por mandato de Dios a la cumbre del Sinaí, es Josué el único que sube y baja con él y, como parece desprenderse de la narración bíblica, le acompaña también en la visión dentro de la nube. No en vano era para Moisés el principal, el íntimo, carísimo y familiarísimo; tan celoso de la gloria del Legislador que no pudo llevar en paciencia los carismas de Eldad y Medad, por temor a que su ejemplo suscitase la rebelión del pueblo. La misión política y militar de Josué tuvo dos partes: conquistar la tierra prometida y repartirla entre las tribus de Israel. El paso del río Jordán, la circuncisión de los que habían nacido en el desierto, la celebración de la Pascua, la aparición del ángel «príncipe del ejército del Señor», la conquista de Jericó, de Hai, la sumisión de los gabaonitas y el sometimiento primero de la Palestina del norte y después de la Palestina del sur, con la victoria de 31 reyes, son los hechos culminantes de la primera parte de la misión de Josué. En la segunda, asentadas al otro lado del Jordán las tribus de Rubén, Gad y media de Manasés en vida de Moisés, quedó a Josué la tarea de inspeccionar, medir y repartir entre las demás tribus el territorio de la Palestina cisjordánica. Dio cuarenta y ocho ciudades a la tribu sacerdotal de Leví, estableció seis ciudades de asilo (tres a cada lado del río), promulgó las bendiciones y maldiciones en los montes Hebal y Garizín, cele-

bró la fiesta de los Tabernáculos y el año sabático, y colocó en un sepulcro del campo de Jacob, cerca de Siquén (hoy *Naplus)*, los restos de José traídos de Egipto.

De tantos triunfos militares y políticos obtenidos con el divino auxilio, según la palabra del Señor, que le dijo: «Ninguno podrá resistiros en todo el tiempo de tu vida; como estuve con Moisés, así estaré contigo: no te dejaré ni te desampararé», es necesario destacar cuatro hechos por su evidente carácter sobrenatural: el paso a pie enjuto del río Jordán, el estrepitoso derrumbamiento de las murallas de Jericó, la lluvia de piedras en Betorón y la «detención» del sol en Azeca. «Mañana ha de obrar el Señor maravillas entre vosotros», dijo al pueblo Josué la víspera de pasar el Jordán. En efecto, «siendo el tiempo de la siega, el Jordán había salido de madre» y, sin embargo, sus aguas se dividieron y las que bajaban se detuvieron, «elevándose a manera de un monte», hasta que pasó todo el pueblo protegido por el Arca de la Alianza.

Al séptimo día de rodear procesionalmente con el Arca de la Alianza el recinto amurallado de Jericó, «levantando el grito todo el pueblo y resonando las trompetas, luego que la voz y el estruendo penetró los oídos del gentío, de repente cayeron las murallas». «¿No es así que al ardor del celo de Josué se detuvo el sol, por lo que un día llegó a ser como dos? Invocó al Altísimo todopoderoso mientras le estaban batiendo por todos los lados sus enemigos y el grande, el santo Dios, oyendo su oración, envió un furioso granizo de piedras de mucho peso».

Murió Josué de ciento diez años y fue sepultado en su ciudad de Tamnasaret, coincidiendo su historia probablemente con el año 1440 antes de J. C.

De la santidad de Josué dan testimonio, en primer lugar, las sagradas letras. Ellas dicen que «fue hombre de espíritu, que siempre anduvo en pos del Omnipotente, y en los días de Moisés mostró piedad y no se apartaba del Tabernáculo». Flavio Josefo termina su elogio con estas palabras: «Era en la paz bueno y generoso y además en toda virtud eximio». Josué ha sido tenido por los Santos Padres como figura y tipo de Jesucristo en su nombre y en sus hechos, y San Juan Crisóstomo le llama «Josué casto».

San Roberto Belarmino, reduciendo a compendio las virtudes de este general hebreo, se expresa de este modo:

> «Viniendo ya a las virtudes y privilegios de San Josué, diré: Fue el caudillo Josué de una inocencia igual a la del patriarca José, cuyo descendiente era. Otra virtud, y ella singularísima en nuestro Josué, fue la castidad virginal, en la que superó a la castidad del patriarca José y la de su señor y maestro Moisés. En cuanto a la fe en Dios, no sé que haya existido otro mayor que él, y lo mismo creo se puede afirmar de su esperanza y amor a Dios y al prójimo. A todos son notorias su prudencia y fortaleza».

En la literatura medieval se le cuenta entre los 24 ancianos del Apocalipsis, figurando su nombre al lado de Moisés. Su sepulcro, según San Jerónimo, fue venerado por Santa Paula en su visita a los Santos Lugares de Palestina; los árabes de esta región celebran también su fiesta iluminando el cenotafio tenido en Tibne por el sepulcro de Josué.

Y, para que nada falte a honrar su memoria, San Gregorio de Tours refiere que se curaban los leprosos bañándose en las aguas termales, que se creían de Josué, de Lévida, ciudad distante unas doce millas de Jericó. El mismo autor escribe que su padre, acudiendo a la intercesión de San Josué, curó de las fiebres y gota que padecía.

Coptos, griegos y el *Martirologio romano* le nombran el 1 de septiembre, como también Usuardo y Abdón, quienes le dan el título de «Profeta». Un calendario antiguo, llamado *Juliano,* le sitúa el 30 de abril y los musulmanes de Siria acuden a la ciudad de Trípoli, en el Líbano, para venerar el sepulcro de Josué, que ellos creen que está allí.

JULIÁN CANTERA ORIVE

Bibliografía

Textos: Libro de Josué; Éx c.17, 21, 32 y 33; Núm c.11, 14, 27 y 32; Dt c.1, 3, 31, 32 y 34; Jue c.1 y 2; 3 Re c.16; 1 Crón c.7; 2 Esd c.8; Ecl c.16; 1 Mac c.2 y comentarios correspondientes.

- Actualización:

ADOUL, A., *Josué* (Tarrasa 2002).

FLECHA ANDRÉS, J. R., «Josué, el talante de un líder joven», en J. ALEGRE ARAGUÉS (ed.), *Personajes del Antiguo Testamento,* II (Estella, Navarra 1999) 9-20.

IBÁÑEZ ARANA, A., «Josué», en S. GUIJARRO OPORTO - M. SALVADOR GARCÍA (eds.), *Comentario al Antiguo Testamento,* I (Madrid-Salamanca 1997) 303-332.

PÉREZ MILLOS, S., *Josué. Comentario exhaustivo al Antiguo Testamento* (Tarrasa 2004).

SICRE DÍAZ, J. L., *Josué* (Estella, Navarra 2002).

MARÍA DEL CARMEN MORENO BENÍTEZ Y MARÍA DEL REFUGIO (AMPARO) CARBONELL MUÑOZ

Vírgenes y religiosas († 1936)

Entraron anónimos en el Clínico. Con sendos letreros numéricos colgados rodeando el cuello: *4676* y *4677*. Cadáveres tumefactos, contusionados, maltratados... Tras la pertinente «inspección médica» y con la ayuda de testimonios que facilitaron la identificación, fueron registrados:

> 4676. Una mujer. Procede del Hipódromo. Talla alta, de unos cincuenta y cinco años, gruesa, vestida de negro. Ropas marcadas: S(or) Moreno C(armen). Presenta una herida por arma de fuego con orificio de entrada en la región temporal izquierda y salida por el temporal derecho. Diagnóstico: Hemorragia cerebral traumática.
>
> 4677. Una mujer, procedente del Hipódromo. De unos cuarenta años. Talla regular. Gruesa. Viste traje claro. Presenta una herida por arma de fuego en la región supraciliar izquierda y otra en el cuello. Diagnóstico: Hemorragia cerebral traumática.

CARMEN MORENO BENÍTEZ había nacido en pleno verano andaluz. El 24 de agosto de 1885. Y en Villamartín, una pintoresca población gaditana, entre viñedos y olivares, en la rica geografía bañada por el Guadalete, unas aguas con historia.

Penúltima de cinco hermanos. Fruto de los amores cristianos de José y Fabiana, un matrimonio modélico, presumiblemente con más que regular situación económica, que aseguraba el pan, la educación y el porvenir de los hijos con el rendimiento de la explotación agrícola familiar. Pero, impensablemente, el cabeza de familia, en 1892, hizo viuda a la joven mujer y huérfanas a las cinco criaturas.

Fabiana creyó entonces que en Utrera, junto a los suyos, tanto ella como los niños estarían mejor, más protegidos, más acompañados. Así, con los pequeños y con el fardo del dolor y del desamparo a cuestas se presentó en el domicilio paterno.

Casi, casi eran vecinos de los salesianos, cuyas escuelas, oratorio e iglesia, ya conocidos por la madre, serán escenario de la formación humana y religiosa de los hermanos Moreno.

Carmelita —los suyos siempre la llamaron así— será alumna hasta después de la primera comunión, cumplidos los ocho

años. Entonces fue internada en el recién inaugurado colegio de las Hijas de María Auxiliadora, de Sevilla. Pero sólo un par de años, pues mamá prefirió tener a la niña a su lado y cuidarla personalmente, en atención a los insistentes dolores de cabeza que la mortificaban.

Oportunas molestias para acabar con la residencia colegial —por aquello de que prevenir es mejor que curar—, pues a la niña se la veía con una no disimulada afición a la vida consagrada. Una inclinación que hería el corazón materno.

Fabiana ya había ofrecido una hija a Dios. Ya le dio a sor Paz. Creía que ya había hecho bastante. Le faltaba generosidad para desprenderse también de Carmelita. Aun siendo sólidamente creyente, le faltaba fiarse de que el Señor proveería, supliendo los brazos y los cuidados de quien era un auténtico ángel del hogar, pues la mujer no andaba sobrada de salud. Total: una, sí. Pero dos, no...

La mentada sor Paz ilustra documentalmente sobre la infancia de su hermana Carmelita:

> «Desde muy pequeña fue buena y piadosa, dando pruebas de prudencia muy superior a su edad. De carácter suave y humilde, nunca se la vio disgustada ni hacer caprichos como los otros niños por querer una cosa u otra; lo que le daban o ponían estaba siempre bien para ella. Contemplando una noche la luna en el cielo estrellado y hermoso de nuestra tierra, recuerdo que dijo estas palabras:
>
> —Mamá, ¿por qué no me moriría yo cuando era chiquitina?
>
> —¿Y por qué, hija mía? —preguntó mamá.
>
> —Pues porque entonces tenía seguro el cielo».

¡Cuán lejos estaba ella de pensar que había de adquirirlo a precio de sangre! Dios, machacón, siguió llamando. Y Carmelita, entrando en la juventud y madurando la decisión. A Dios rogando y con el mazo dando... La insistencia, la bondad, el cariño de la muchacha acabaron por ganarse la voluntad materna. Acabaron venciendo, pero no convenciendo.

Fabiana, en diciembre de 1905, acompañó a su hija al postulantado sevillano de las Hijas de María Auxiliadora. Fue una separación dolorosa. Un desgarro familiar. Sacrificada la madre y sacrificado el hermano, que vivió meses engañado; sorprendiéndose al encontrarse con Carmelita vistiendo el hábito sale-

siano. Quedó tan impresionado que rompió a llorar como una criatura y durante mucho tiempo no quiso saber más de ella.

La toma de hábito fue en la ciudad del Guadalquivir, el 23 de agosto de 1906. Y la profesión religiosa, en Écija, en fecha 22 de octubre, dos años después.

La flamante profesa estrenaría destino retornando a Sevilla. Por obediencia se ve obligada a cursar estudios en la Escuela Normal, donde había aprobado el ingreso durante el postulantado. Era alumna y, a la vez, acompañante de las internas salesianas con las que compartía aulas y vocación docente. Cuatro años de ejemplaridad entre sus condiscípulas. Una especie de hermana mayor. Modelo de puntualidad, de aplicación, de pulcritud en el cuidado de sus libros y apuntes y en la presentación de los ejercicios, de compañerismo.

Ciertamente, no era una inteligencia del otro mundo, pero, suplidas por el esfuerzo personal las deficiencias de la naturaleza, sor Carmelita coronó felizmente los estudios el 19 de junio de 1912.

Empezaría el baile de traslados: inicialmente a Valverde del Camino, en la provincia de Huelva, donde se ensayará en la docencia y compartirá solaz con las niñas. No llegó a estar dos cursos: el 4 de marzo de 1914 la obediencia la lleva nuevamente a la ciudad del Guadalquivir, escenario de su solemne consagración a Dios en el inmediato 20 de agosto.

Feliz con las internas, con las que se mostraba benevolente, solícita, maternal. A menudo robando horas al sueño o al esparcimiento para limpiar los zapatos de las más pequeñas o coser los botones caídos y zurcir los rasguños de las más despreocupadas. Siempre, durante el día, con dedal, aguja e hilos en el bolsillo en previsión de una posible necesidad.

No sólo «superatenta» y cariñosa con las alumnas. También seguro y eficaz recurso para las superioras en los apuros de personal ante imprevisiones o circunstancias inesperadas. Y así, siempre sumisa y dócil, cubrió suplencias temporales, en 1916, en Valverde y, en 1921, en Jerez de la Frontera. Aquí, casualmente, le dio una afonía rebelde que llevaba semanas tratando infructuosamente hasta que un día, acabada la misa, le pide al celebrante que le dé la bendición de María Auxiliadora.

Que nos lo cuente ella misma:

> «Al recibirla percibí como si me pasara por la garganta algo muy leve y suave. Al salir de la capilla encontré a la directora que, bromeando, me dijo: "Grita con fuerza: ¡Viva María Auxiliadora!". Entonces yo efectivamente grité y me di cuenta de que había recuperado la voz, fuerte y natural, como si nunca hubiera padecido nada. Lloré de emoción. Había sido un milagro; lo reconocimos todas como un señalado favor de la Virgen María...».

Siempre fiel observante de las reglas, prudente, ordenada y caritativa, condescendiente en todo lo permisible. Que más, no...

De la ciudad de los famosos vinos salta, en diciembre de 1924, a Barcelona. Y, tras diez meses en la sede inspectorial salesiana, apartada de las aulas, nueva presencia en Valverde del Camino. Ya nada de provisionalidad. Ahora con el cargo de directora. Serán nueve años —hasta febrero de 1935— al frente de la comunidad y compartiendo con media docena de religiosas la educación de la población infantil onubense. Años de ilusionada dedicación salesiana en el internado, en las aulas, en el oratorio festivo, en los talleres de corte y confección. Y más allá, filtrándose apostólicamente en la parroquia y en las familias.

Quienes colaboraron con ella la han recordado:

> «Una verdadera madre». «Era muy observante, tenía un gran celo por la salvación de las almas». «No era emotiva y no se dejaba impresionar fácilmente. Era muy prudente».

Precisamente coincidente con su permanencia onubense fue la beatificación de Don Bosco. El 2 de junio de 1929. Una histórica efeméride salesiana que la superiora de Jerez tuvo la suerte de vivir en el doble escenario —Roma y Turín— de su celebración. Una gozada, inolvidable, a menudo evocada por la interesada...

Al triple trienio en Valverde del Camino le sigue un año de máxima responsabilidad en la casa de Jerez. Y ya de Andalucía a Cataluña, ignorando que será su último destino. Muy adelantado el invierno de 1935 va nuevamente a la barriada barcelonesa de Sarriá como vicaria de la casa inspectorial. Allí encontrará, entre los rostros ya conocidos, el de sor Amparo Carbonell.

MARÍA DEL REFUGIO (AMPARO) CARBONELL MUÑOZ, hija de Miguel y Carmen, había nacido el 8 de octubre de 1893 en Alboraya, una población de la huerta valenciana muy cercana a la capital de provincia y pegada al mar.

Humildes sus orígenes, enmarcados en el seno de una sencilla familia, cristiana y honrada, que vive exclusivamente de los cultivos hortofrutícolas. Infancia hambrienta de escolarización por culpa de la lejanía del centro educativo, pero posiblemente más por la precoz dedicación de la niña a las labores agrícolas.

Un hogar pobre pero honrado. Terreno abonado para el desarrollo de los valores cívicos, morales y religiosos. Salpicado de contrariedades y penas que moldearon la vida silenciosa y mortificada de Amparo. Sacrificada, sí; pero un carácter fuerte y voluntarioso, no precisamente dócil, contra el que hubo de luchar.

Amparo, una flor salesiana de la huerta de Valencia. Una dura y largamente probada vocación.

> «No tengo instrucción —se decía—. Mis padres, aunque buenos, se opondrán. No podré aportar al Instituto más que mi persona y mi trabajo, pues ellos al saber mi resolución se negarán a darme lo necesario [...] Y bien, lo que humanamente es imposible, he de conseguirlo con la oración».

Lo consiguió con la oración y redoblándose en la abnegación y en el espíritu de sacrificio. Penosas jornadas, abiertas al sol; de suplicio para los jóvenes brazos y espalda, cavando, sembrando, regando. Superándose en las atenciones cariñosas. Y en contacto con las salesianas de la capital, a cuya capilla, cumplidas las diarias obligaciones, acudía cada tarde para desahogarse y fortalecerse ante el sagrario.

Amparo Carbonell tenía veintisiete años cumplidos cuando el 31 de enero de 1921 llamaba a la puerta del noviciado, en la barriada barcelonesa de Sarriá. Iniciaría un período de formación específica, apuntalada con la atención a la corrección de su deficiente escolarización. Más la dedicación de cuidados al huerto, al jardín y a la limpieza doméstica.

Y, cumplidos seis meses, fueron los votos simples, curiosamente seguidos de un fuerte resfriado al que no dio importancia hasta que la fiebre la derrumbó. Ya imparable la complicación en la pleura. Y, pese a los solícitos cuidados y a la robusta

naturaleza de la exhuertana, también fue inevitable el deterioro vitalicio de la salud, sólo parcialmente recuperada. Las notables fuerzas físicas no volverían. Unas temporadas dolorosas, obligada a guardar cama, y otras menos, resignada, sufrida ella, intentará disimular el peso de su cruz, restando importancia al caso.

Terciando en los comentarios, acostumbraba a repetir: «Dios lo permite, tomémoslo como venido de sus manos». Y, cuando era explícitamente interrogada, correspondía: «Estoy como Dios quiere».

Eso sí, la mala salud no le restaba disponibilidad a cualquier posible favor en la vida comunitaria. ¡Cómo gozaba, por ejemplo, en la víspera de las festividades, adornando los patios y el salón de actos con macetas y abundancia de flores! Las plantas y flores que le hablaban de Dios y que mimaba en el jardín...

Sor Amparo hizo consagración a perpetuidad de su vida a Dios el 5 de agosto de 1929, en vísperas de la intranquilidad político-religiosa nacional nacida en la primavera de 1931. Tiempos peores vendrían.

Vinieron. Estallando revolucionariamente el 11 de mayo de 1931. Protagonistas de un triduo incendiario que devastó casi un centenar de templos y casas religiosas en las provincias de Málaga, Madrid, Sevilla, Cádiz, Valencia, Alicante y Murcia.

Entonces, ella buscó refugio con los suyos en Alboraya. Pero Dios conoce el ambiente, las provocaciones, el calvario que hubo de soportar.

Un testimonio: «El Señor la sometió a duras pruebas en familia, mas ella calla, sufre, reza, espera que se despeje el cielo de la patria».

Afortunadamente es por breve tiempo pues al año siguiente ya comparte techo y vida religiosa con la comunidad de Torrente, cerca de la capital del Turia, donde es recibida «con materna solicitud» —completa el testimonio— y donde «encuentra consuelo y nuevo entusiasmo para continuar en el camino de la santidad».

Fue una estancia de pocos meses. También ocasional. En otoño de 1932 nuevamente acude a la oración, cumple con humildes tareas domésticas, cultiva plantas y flores, cuida conejos

y gallinas en la casa de Sarriá. La directora recordaría su gran fuerza de voluntad para superar o, mejor aún, casi ignorar los constantes tropiezos de su achacosa salud: «Sor Amparo se distinguía por su laboriosidad y actividad. Tenía un carácter muy fuerte, pero se dominaba mucho».

Otra referencia: «Estaba totalmente entregada al sacrificio en su fidelidad a las humildes ocupaciones que le habían sido confiadas...».

Es inolvidable su profundo amor a la pobreza. Costaba ruegos e insistencia lograr que aceptara una nueva prenda de ropa. Y su espíritu de piedad, su permanente disposición de servicio, sus delicadezas caritativas y su callada entrega a las humildes labores que protagonizaba. Su entrega plena y fecunda a Dios, enmarcada en un físico débil como las cañas: «Su espíritu de sacrificio —certificó la directora de Sarriá— rayaba en el heroísmo» y de ello dio una prueba inolvidable en los trágicos días de la revolución.

Hemos llegado al mes de julio de 1936. Circunstancias muchísimo más agitadas y turbulentas que las primaverales de 1931. Dice Amadeo Burdeus:

> «Aún recientes las heridas que en nuestra Inspectoría dejaron las tristes jornadas de mayo de 1931, una nueva prueba infinitamente más dolorosa vino a interrumpir nuestras tareas, a destruir nuestros colegios y a arrebatarnos violentamente a los mejores».

Inicialmente, el día 18, sábado, fueron llamadas telefónicas amigas señalando la conveniencia de abandonar *Santa Dorotea,* que era colegio-internado, escuela de patronato y noviciado. Primera instalación salesiana en España, abierta en vida de Don Bosco gracias a un rosario de imprevistos y a la extraordinaria generosidad de la cooperadora doña Dorotea de Chupitea. Allí, desde fecha anterior, vivía retirado medio centenar largo de religiosas ejercitantes venidas de diversos puntos de España, sumadas ocasionalmente a la cuarentena de residentes y a la veintena de alumnas internas. Precisamente vicaria de la sede inspectorial, como sabemos, sor Carmen Moreno.

Los insistentes avisos de alarma, que no paran, surten efecto. Y el domingo, tras el almuerzo, las salesianas se visten de seglar y, fortalecidas con el alimento eucarístico administrado por un sacerdote, inician la dispersión.

Unas buscan hospitalidad junto a los suyos, en la ciudad o cercanías. Las sin familia al alcance y las novicias, en la torre de enfrente propiedad de un ciudadano alemán —un tal señor Jahr, protestante—, amigo y protector de la comunidad. Las niñas quedan a cargo de un generoso matrimonio.

Sor Amparo no quiere moverse. Permaneció sola en *Santa Dorotea,* cuidando las verduras, los conejos y las gallinas y guardando la propiedad. Acudiendo también en auxilio de las refugiadas, que abastecía del huerto, de la pequeña granja y de la despensa conventual. Sola únicamente unos días. Hasta la invasión revolucionaria y consiguiente instalación de la *Generalitat* o gobierno autonómico catalán en la sede inspectorial salesiana.

El 6 de agosto la nave italiana *Principessa Giovanna,* rumbo a Génova, pone a salvo a cincuenta y dos Hijas de María Auxiliadora y diez novicias. Todas legalmente autorizadas para exiliarse. Toda la comunidad salesiana barcelonesa a salvo.

Toda, menos Carmen Moreno, Amparo Carbonell y la ecónoma provincial, Carmen Xammar, internada en una clínica vecina, en convalecencia postoperatoria. Desaconsejable, por supuesto, su traslado al barco y la travesía. Naturalmente, abandonada en tales circunstancias no debía quedar. Difícil decisión que la Moreno y la Carbonell evitaron a la superiora, pues sin dejar aflorar la realidad del problema, rápidas, espontáneas, ellas ofrecieron su voluntad: «Nos quedaremos nosotras». Sublime rasgo de caridad del que la responsable de la comunidad dejará constancia testifical:

> «Había una hermana enferma que se encontraba en la clínica del doctor Corachán, donde había sido operada. Sor Carmen Moreno, a pesar de mi insistencia para que partiera hacia Italia, quiso quedarse para no dejarla sola y sor Amparo Carbonell dijo que se quedaría con sor Carmen Moreno, porque ella era más valiente y más dispuesta para todo lo que pudiera suceder».

Solas las dos en la torre del caritativo señor Jahr compartiendo rezos, temores, angustias y zozobras. A partir del 12 de agosto ya con la compañía de la operada.

Y el día 29 fueron sorprendidas las tres mujeres ante la inesperada visita de un campesino con un cesto de tomates y verduras colgado del brazo. Por supuesto no vende hortalizas.

Se trata de una astucia apostólica que posibilita el ministerio clandestino de un anciano valiente jesuita —el padre Bartolomé Arbona, enviado por una exalumna salesiana—, que absuelve, administra la eucaristía, exhorta, alienta, enfervoriza. En la última semana ha repartido más de mil comuniones.

Las tres comulgan y aún les quedan especies eucarísticas para dos días. Más, no. Pero tampoco habrá necesidad.

En la noche del primero de septiembre es la temida detención. Tras un largo y minucioso registro a cargo de un piquete armado extremista, justificándose en una hipotética madriguera antirrevolucionaria o en la posibilidad de un arsenal bélico. Fueron detenidas e innecesariamente paseadas en automóvil, dando vueltas y más vueltas para confundirlas, total para dejarlas en manos del comité, que las tuvo tres días y cuatro noches encerradas en una celda, durmiendo en una silla.

Referirá la Xammar, que abrió el desfile: «En una sala en la que había una mesa grande, cubierta con un mantel negro y con un cráneo encima». También recordó el interrogatorio.

—¿Profesa usted una religión que llaman católica?
—Sí, señor. Católica, apostólica y romana.
—¿Conoce usted los mandamientos de la ley de Dios?
—Perfectamente.
—Uno de ellos dice: «No mentirás». Luego ¿dirá usted la verdad en todo?
—Sí, señor.
—¿Es usted religiosa?
—Sí, lo soy por la gracia de Dios.
—¿Adoratriz?
—No, señor. Salesiana...

Y fue el turno de Carmen y de Amparo, o de Amparo y Carmen, que igual da. Y no sabemos quién fue llamada primero. Como tampoco conocemos el cuestionario a que fueron sometidas y su correspondencia...

Ya incomunicadas ellas con la Xammar, que afortunadamente viviría, lo poco que conocemos de las mártires es por su testimonio. Sólo hay constancia de que en las primeras horas del 1 de septiembre de 1936 los verdugos se llevaron a las víctimas al hipódromo de la ciudad, cercano al puerto. Las balas acribillaron el cuerpo de las dos mujeres, desangrándose sobre

el suelo. Hasta primera hora de la tarde los cadáveres no fueron retirados y transportados al Hospital Clínico. Nunca más se ha sabido de ellos.

Las mártires Carmen Moreno Benítez y Amparo Carbonell Muñoz fueron beatificadas el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

BURDEUS, A., *Lauros y palmas. Crónica de la Inspectoría Salesiana Tarraconense* (Barcelona 1950).

CALLINO, M., *El color rojo del amor* (Madrid 2001).

Informe de la Inspectoría Salesiana (Barcelona 1941).

MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* (Madrid ^{2}2004).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GIL

Abad († s. VI/VII)

De San Gil (en latín Aegidius, en francés Gilles) hay que decir ante todo que fue un santo popular y que su culto estuvo extendido no sólo por Francia, Bélgica y Alemania sino también por España, de modo que cuando se reconquista Sevilla a mediados del siglo XIII (1248), una de las parroquias de la ciudad recristianizada se dedica a este santo, y en ella, con el tiempo, surgiría la hermandad de la famosa Virgen Macarena.

Pero, aparte su condición de abad, es difícil dar otros datos biográficos sobre él. Ni siquiera es seguro en qué siglo vivió, si en el VI, y entonces sería posible identificarlo con el abad Gil, enviado por San Cesáreo de Arlés a Roma en tiempos del papa San Símaco († 514), o en el siglo VII. El centro difusor del culto a San Gil fue una abadía de la región de Nimes, donde se encontraba su tumba, no siendo su biografía anterior al siglo X y ya de carácter plenamente legendario, toda ella compuesta de milagros sucesivos. Uno de ellos es muy conocido. Vivía San

Gil como solitario en una cabaña en el espeso bosque que rodeaba Nimes. Había en el bosque multitud de jabalíes y ciervos. Por providencia divina una cierva servía a Gil para proveerse de leche. Un día el rey Wamba estaba de cacería y la cierva de San Gil fue perseguida, poniendo su mano el santo para evitar fuera herida. Con este motivo el rey y el ermitaño vinieron a conocerse y le dio el monarca suficiente tierra para poder erigir en ella una abadía. Tiene numerosas iglesias dedicadas en todos los señalados países.

SAN LUPO DE SENS

Obispo († 623)

Este santo obispo de Sens tuvo mucho culto en su región y se le dedicaron iglesias y monasterios. Con relación a su vida parece que puede decirse que sus padres eran de Orleáns, gente acomodada y religiosa, y eran tíos suyos los obispos de Orleáns y Auxerre. Inclinado a la piedad y la entrega al Señor, se hizo clérigo y luego monje de Leríns y vivió con gran honestidad y ejemplaridad, lo que propició su elección a obispo de Sens, como sucesor del obispo Artemio (609). Pero los desórdenes políticos y la turbulenta situación existente favorecieron corriesen calumnias contra él que fue desterrado a Viomeu, lo que él aprovechó para hacer una estimable obra de evangelización. Devuelto a su sede por reclamación de los fieles, fue completamente vindicado de la calumnia y pudo proseguir su labor pastoral. Lo rodeó fama de taumaturgo.

BEATA JULIANA DE COLLALTO

Abadesa († 1262)

Nace Juliana en Treviso, de padres nobles, el año 1186. Era una niña todavía cuando vistió el hábito benedictino en el monasterio de Santa Margarita de Salarola, pero luego, en 1222, pasó al de Gemola, en territorio de Padua, con la Beata Beatriz de Este. En 1226 funda en la Giudecca, en Venecia, el monasterio de los Santos Blas y Cataldo, donde vivió con gran ejempla-

ridad hasta su muerte, recibiendo culto por parte de los fieles en torno a su tumba, muy visitada por ellos. Sobresalió por su devoción al Niño Jesús. Su culto fue confirmado el 30 de mayo de 1753 por el papa Benedicto XIV.

BEATA JUANA SODERINI

Virgen († 1367)

Esta virgen florentina aparece como terciaria servita, discípula y seguidora de Santa Juliana Falconieri, y distinguida como ella por su altísimo espíritu de oración y mortificación, señalándose también su lucha y victoria sobre el diablo. Facilitado parece por la canonización de Santa Juliana Falconieri en 1737, se logró, el 1 de octubre de 1828, la confirmación del culto de Juana por el papa León XII. Se han expresado dudas sobre la fecha de su muerte y sobre su verdadera relación con la citada santa.

BEATOS CRISTINO (MIGUEL) ROCA HUGUET Y MÁRTIRES HOSPITALARIOS DE CARABANCHEL ALTO (MADRID)

Proceso (Joaquín) Ruiz Cascales, Eutimio (Nicolás) Aramendia García, Canuto (José) Franco Gómez, Dositeo (Guillermo) Rubio Alonso, Cesáreo (Mariano) Niño Pérez, Benjamín (Alejandro) Cobos Celada, Carmelo (Isidoro) Gil Arano, Cosme (Simón Isidro Joaquín) Brun Arará, Cecilio (Enrique) López López, Rufino (Crescencio) Lasheras Aizcorbe y Faustino (Antonio) Villanueva Igual

Religiosos y mártires († 1936)

Se conmemora hoy el martirio de doce religiosos de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios que fueron inmolados por su condición de católicos y religiosos en las cercanías de Madrid el 1 de septiembre de 1936. Pertenecían a la comunidad del instituto-asilo San José, de Carabanchel Alto, institución dedicada a enfermos epilépticos, y en la que radicaba la Escolanía Apostólica.

El instituto, situado en medio de extenso pinar, en las afueras de Madrid, pudo soportar las difíciles circunstancias de 1936 hasta que, declarada la guerra el día 18 de julio, se recibió el día 29 la visita de un grupo de milicianos que rodearon la casa y exigieron a los religiosos se concentraran en una sala, mientras ellos procedían a un riguroso registro que duró tres horas alegando que buscaban armas. Cuando éstas no aparecieron por ninguna parte se marcharon, pero exigieron que cesara todo acto de culto o manifestación religiosa, debiendo retirarse de la iglesia todas las imágenes, y debieron los hermanos reunirse en el sótano de la ropería para poder efectuar sus rezos. Así estuvieron un mes entero, sin dejar —tal como era la consigna del P. General de la Orden— la atención a los enfermos. Pero el 29 de agosto llegó el alcalde de Carabanchel con el secretario y varias personas armadas y comunicaron a los hermanos que cesaban en la dirección del instituto, les exigieron la entrega de los libros de la administración y el dinero y avisaron a los hermanos que deberían marcharse pero que ellos les dirían cuándo. El día 1 de septiembre estaban los hermanos en las enfermerías disponiendo la comida de los enfermos cuando llegó otro grupo de hombres armados con orden de llevarse a los hermanos. Los religiosos fueron arrestados del peor modo, cacheados y obligados a subir a un autocar. Éste tomó la carretera de Boadilla del Monte y llegó al llamado Charco Cabrera. Aquí fueron conminados a bajar del autocar y se les alineó, siendo seguidamente fusilados y fueron cayendo a una fosa. Cuando los hermanos vieron que se les iba a matar gritaron vivas a Cristo Rey. Sus cadáveres serían después exhumados en 1942 y trasladados a la cripta del instituto. Fueron beatificados el 25 de octubre de 1992 por el papa Juan Pablo II en el grupo de 71 Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios muertos durante los días de la revolución española.

Sus datos personales son:

CRISTINO (MIGUEL) ROCA HUGUET nació en Molins de Rey (Barcelona) el 6 de junio de 1899, siendo bautizado con el nombre de Miguel. Otros dos hermanos suyos fueron religiosos hospitalarios y uno de ellos, Constancio, murió mártir en Calafell el día 30 de julio de 1936 y fue beatificado con su hermano.

Ingresó en la niñez en la Escolanía Hospitalaria de Ciempozuelos y por sus buenas cualidades se le pidió estudiase para sacerdote. Tras haber profesado como «hermano Cristino», hizo los estudios y se ordenó el año 1926. Fue capellán del Hospital de San Rafael de Madrid, maestro de novicios en Calafell y era director de la Escolanía Apostólica de Carabanchel Alto. Tenía un gran crédito como pedagogo y educador y era un excelente director de almas.

PROCESO (JOAQUÍN) RUIZ CASCALES nació en Beniel (Murcia) el 4 de octubre de 1887, de padres labradores, que en el bautismo le dieron el nombre de Joaquín. Tras una breve experiencia como ermitaño en La Fuensanta, ingresó en la Orden Hospitalaria el 15 de septiembre de 1915. Tras profesar como «hermano Proceso» estuvo destinado en las comunidades de Ciempozuelos, Madrid, Gibraltar, Valencia, Barcelona y por último fue enviado como superior a Carabanchel Alto. En agosto de 1936 le visitó un hermano suyo, acompañado de un jefe miliciano, y le hizo entrega de un salvoconducto, pero él no quiso aceptarlo si no se les daba a los demás hermanos.

EUTIMIO (NICOLÁS) ARAMENDIA GARCÍA nació en Oteiza de la Solana (Navarra) el 23 de octubre de 1878 y recibió en el bautismo el nombre de Nicolás. Con sólo 15 años hizo su ingreso en la Orden Hospitalaria. Diplomado en medicina y cirugía, tras profesar como «hermano Eutimio», fue enfermero mayor en diversos hospitales: Barcelona, San Baudilio de Llobregat, Madrid, Murcia, Santa Águeda, Palencia, Pamplona, Bogotá y Pasto en Colombia, y Carabanchel Alto, de cuya comunidad era vicesuperior. No quiso aceptar marcharse con sus familiares para no dejar a sus hermanos de comunidad.

CANUTO (JOSÉ) FRANCO GÓMEZ había nacido en Aljucer (Murcia) el 23 de diciembre de 1871 y fue bautizado con el nombre de José. Ingresó en los carmelitas pero hubo de dejarlo por motivos de salud. Posteriormente, en 1893, fue aceptado en la Orden Hospitalaria. Padecía de sordera en efecto y era delicado de salud, por lo que, una vez profesado con el nombre de «hermano Canuto», se le dedicó a sacristán. Tenía una fina sensibilidad artística y era buen pintor, conservándose pinturas suyas de corte delicado.

DOSITEO (GUILLERMO) RUBIO ALONSO nació en Madrigalejo (Burgos) el 10 de febrero de 1869 y fue bautizado con los nombres de Guillermo Tomás. A los 25 años ingresó en la Orden Hospitalaria, desempeñando su servicio en las casas de Ciempozuelos, Zaragoza, San Baudilio de Llobregat, Santa Águeda, Barcelona, Pamplona, Gibraltar, Granada, Calafell y Carabanchel Alto. Era muy humilde y servicial.

CESÁREO (MARIANO) NIÑO PÉREZ nació en Torregutiérrez (Segovia) el 15 de septiembre de 1878 y fue bautizado con el nombre de Mariano. Sintió la vocación religiosa pero su escasa estatura y poca presencia parecían ser una dificultad muy fuerte. Él insistió y logró ser admitido, tomando el nombre de «fray Cesáreo». Brilló por su constancia, entrega y regularidad en la observancia de la vida religiosa. Estuvo en las comunidades de Ciempozuelos, Pamplona y Carabanchel Alto. Cuando se disponían a fusilar a los demás religiosos, le dijeron que podía irse y buscarse la vida pero él insistió en quedarse con sus hermanos. Un miliciano entonces le dio tres tiros, de los que cayó a la fosa.

BENJAMÍN (ALEJANDRO) COBOS CELADA nació en Palencia el 9 de julio de 1887 y se le impuso en el bautismo el nombre de Alejandro. Ingresó en la Orden Hospitalaria a los 14 años y al iniciar el noviciado tomó el nombre de «fray Benjamín». Hizo los estudios de practicante y por ello en todos los centros a donde fue enviado tuvo el oficio de enfermero: Ciempozuelos, Barcelona, Madrid, San Baudilio de Llobregat, Málaga y Carabanchel Alto, desempeñando su oficio con gran competencia y dedicación.

CARMELO (ISIDORO) GIL ARANO nació en Tudela (Navarra) el 15 de mayo de 1879, recibiendo en el bautismo el nombre de Isidoro. Educado cristianamente en su piadoso hogar, tenía 27 años cuando se decidió por la Orden Hospitalaria, tomando en el noviciado el nombre de «fray Carmelo» y profesando el 24 de septiembre de 1904. Prestó servicios como enfermero en las casas de Ciempozuelos, Carabanchel Alto, Pamplona, Valencia y San Baudilio de Llobregat, de donde fue enviado otra vez a Carabanchel Alto. Aunque al estallar la guerra pareció dispuesto a volver a su casa, decidió por fin quedarse con los hermanos y arrostrar el martirio si fuera preciso.

COSME (SIMÓN ISIDRO JOAQUÍN) BRUN ARARÁ nació en Santa Coloma de Farnés (Gerona) el 12 de noviembre de 1894, siendo bautizado con el nombre de Simón. Con 16 años se colocó de criado en el seminario de Gerona, y aquí lo conoció el obispo mons. Pol que se lo llevó consigo como su sirviente personal. Simón lo atendió como un hijo hasta la muerte del prelado. Muerto el obispo, se colocó en Barcelona, pero no se sentía ya a gusto en el mundo y decidió su vocación religiosa, ingresando en enero de 1917 en la Orden de San Juan de Dios y tomando en el noviciado el nombre de «fray Cosme». Pasó por muchas casas de la Orden antes de su destino a Carabanchel Alto, de donde fue sacado para el martirio. Era un religioso de gran caridad y espiritualidad.

CECILIO (ENRIQUE) LÓPEZ LÓPEZ nació en un pueblo de Las Alpujarras, Fondón (Almería), el 25 de junio de 1901 y en el bautismo recibió el nombre de Enrique. Ingresó a los 15 años en la Orden Hospitalaria y al empezar el noviciado tomó el nombre de «fray Cecilio». Destacaba por su buena inteligencia y feliz memoria y los superiores lo destinaron al sacerdocio, pero al contraer la tuberculosis hubo de dejar los estudios. Enviado a Colombia, se repuso, y destacó como enfermero y practicante, habiéndosele ofrecido un futuro brillante en el mundo si dejaba la vida religiosa, pero él perseveró firme en su vocación. Vuelto a España en marzo de 1935 fue destinado a la casa de Carabanchel Alto. Cuando lo arrestaron, se dio cuenta de que iban a matar a los religiosos y se despidió de los enfermos diciéndoles que hasta el cielo.

RUFINO (CRESCENCIO) LASHERAS AIZCORBE nació en Arandigoyen (Navarra) el 15 de junio de 1900, siendo bautizado con el nombre de Crescencio. Educado cristianamente, era un joven verdaderamente piadoso y caritativo, cuando a los 27 años optó por la Orden Hospitalaria y al iniciar el noviciado tomó el nombre de «fray Rufino». En todas las casas por donde pasó dejó fama de religioso observante, siendo su último destino la de Carabanchel Alto.

FAUSTINO (ANTONIO) VILLANUEVA IGUAL nació en Sarrión (Teruel) el 23 de enero de 1913 y fue bautizado con el nombre de Antonio. Muerto su padre cuando tenía 4 años, se encargó

de él su abuela materna que lo educó cristianamente. Ingresó en la Escuela Apostólica de Ciempozuelos a los 10 años. Vuelve a su casa en 1930 por enfermedad, pero una vez repuesto regresa a la Escuela Apostólica, e ingresa en el noviciado con el nombre de «fray Faustino». Destinado a la comunidad de Carabanchel Alto, de esta casa saldría para el martirio.

BEATO ALFONSO SEBASTIÁ VIÑALS

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en la ciudad de Valencia en el seno de una humilde familia el 27 de mayo de 1910, recibiendo en su casa una buena educación cristiana. Desde niño dio señales de inclinación al sacerdocio y participó como infantito por su buena voz en el Misterio de Elche. Con diez años ingresó en el seminario de Orihuela donde estudió humanidades. Pasó luego al seminario de Valencia, posteriormente al Colegio de San José y finalmente al Colegio Mayor de la Presentación. Se ordenó sacerdote el 15 de junio de 1933 y fue destinado como párroco a Ludiente. Amenazado para que dejara la parroquia por los enemigos de la religión, se mantuvo valientemente en su puesto. En octubre de 1935 fue destinado a Valencia, a la Escuela de Formación Social, materia en la que se había especializado, y se le dio el cargo de director espiritual. Este cargo se le dio a petición de don Ángel Herrera Oria, entonces director de *El Debate,* y que conocía las inquietudes sociales del joven sacerdote. La dicha Escuela era fundación de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. Fue también profesor de Formación Social. Alfonso hizo una magnífica labor. Conoció y trató también al apóstol seglar el Beato Luis Campos Górriz, que moriría mártir el año 1936. Cuando el 19 de julio de ese año fue incendiado el palacio arzobispal, su padre le rogó que se retirara a casa de un hermano suyo que vivía en Ruzafa y sus hermanos le aconsejaron que, como tenía pasaporte, se marchara, pero él se negó. Detenido el 20 de agosto y llevado al Gobierno Civil, de aquí pasó a San Miguel de los Reyes. El día 1 de septiembre estaban su madre y su hermana esperando en la puerta de la cárcel para visitarle cuan-

do lo vieron salir en un camión y decirles adiós con la mano. Lo fusilaron en Paterna aquel mismo día.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO PEDRO RIVERA RIVERA

Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Villacreces (Valladolid) el 3 de septiembre de 1912, recibiendo en el bautismo el nombre de Cándido. Tenía solamente trece años cuando ingresó en la escuela apostólica de la Orden franciscana, rama conventual, en el convento de Granollers. Cuando empezó el noviciado tomó el nombre de «fray Pedro». Terminados los estudios de filosofía, pasó a Ósimo (Italia) para hacer los primeros años de teología, que concluyó en Roma donde se licenció y recibió la ordenación sacerdotal el 21 de abril de 1935. En julio de ese año vuelve a España y en diciembre es designado guardián del convento de Granollers, pese a su juventud. Pero eran magníficas sus dotes y extraordinaria su preparación, así como su piedad y ejemplaridad religiosa. Llegado el 19 de julio de 1936, pasa la noche en casa de una familia y aunque regresa al convento al día siguiente, se ve obligado a huir y esconderse en casa de otra familia. El día 25 de julio tiene que salir de la casa y es detenido y llevado a la cárcel de Granollers donde halla a otros sacerdotes. El P. Pedro manifestó su disposición al martirio. Tres días más tarde, se le da un salvoconducto y sale de la cárcel, dirigiéndose a casa de una familia donde pasa varias semanas. A mediados de agosto se traslada a Barcelona, donde otra familia lo acoge. Fue detenido en dicha casa el día 22 de ese mismo mes por ser religioso, pues al llegar a arrestarlo no lo llamaron por su nombre sino por su condición de religioso. Se entregó pacíficamente y se lo llevaron. Consta que fue fusilado a finales de agosto o comienzos de septiembre. El *Martirologio de Barcelona* señala el día 6 de septiembre, pero el *Martirologio romano* ha preferido conmemorarlo el día 1 de dicho mes.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

2 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Nicomedia (Bitinia), San Zenón († s. III), mártir.
2. En Nicea (Bitinia), Santa Teodota, con sus hijos Evodio, Hermógenes y Calixto († s. IV), mártires.
3. En Edesa (Osroene), San Habib († 322), diácono y mártir.
4. En Apamea de Siria, San Antonino († s. IV), mártir *.
5. En Tarragona, San Próspero († s. VIII), obispo *.
6. En Lyón (Galia), San Justo († d. 381), obispo, y luego ermitaño en Egipto *.
7. En el Monte Soracte (Lacio), San Nonoso († 570), abad.
8. En Autún (Borgoña), San Siagro († 599), obispo.
9. En Aviñón (Provenza), San Agrícola († 700), obispo *.
10. En el Piceno (Italia), San Elpidio († a. s. XI).
11. En Pontida (Bérgamo), santos Alberto y Vito († 1096), monjes.
12. En el Monte Carmelo (Palestina), Beato Brocardo († 1231), prior de los carmelitas **.
13. En Skeningen (Suecia), Beata Ingrid Elofsdotter († 1282), viuda, monja dominica *.
14. En París (Francia), en el antiguo convento de los carmelitas, beatos Juan María de Lau d'Allemans, Francisco José y Pedro Luis de la Rochefoucauld, obispos, y sus compañeros clérigos y/o religiosos Vicente, Abraham, Andrés Angar, Juan Bautista Claudio Aubert, Francisco Balmain, Juan Pedro Bangue, Luis Francisco Andrés Barret, José Bécavin, Santiago Julio Nonnaud, Juan Antonio Hacinto Boucharene de Chaumeils, Juan Francisco Bosquet, Claudio Cayx o Dumas, Juan Charton de Millon, Claudio Chaudet, Nicolás Clairet, Claudio Colin, Francisco Dardan, Guillermo Antonio Delfaut, Maturino Víctor Deruelle, Gabriel Desprez de Roche, Tomás Nicolás Dubray, Tomás Renato Dubuisson, Francisco Dumasramabaud de Calandelle, Enrique Hipólito Hermès, Armando de Foucault de Pontbriand, Santiago Friteyre-Durvé, Claudio Francisco Gagnière des Granges, Luis Lorenzo Gaultier, José Goizet, Andrés Grasset de Saint-Sauveur, Juan Antonio Guilleminet, Juan Bautista Jannin, Juan Lacan, Pedro Landry, Claudio Antonio Radulfo de Laporte, Roberto Le Bis, Maturino Legué, Santiago José Lejardinier Deslandes, Santiago Juan Lemeunier, Vicente José le Rousseau de Rosencoat, Fran-

cisco César Londiveau, Luis Longuet, Santiago Francisco de Lubersac, Gaspar Claudio Maignien, Juan Felipe Marchand, Luis Mauduit, Francisco Luis Méallet de Fargues, Santiago Alejandro Menuret, Juan Bautista Nativelle, Renato Nativelle, Matías Agustín Nogier, José Tomás Pazary de Thorame, Julio Honorato Cipriano Pazary de Thorame, Pedro Francisco Pazary de Thorame, Pedro Plonquin, Renato Nicolás Poret, Julián Poulain-Delaunay, Juan Roberto Quéneau, Francisco Urbano Salins de Niart, Juan Enrique Luis Samson, Juan Antonio de Savine, Juan Antonio Bernabé Seguin, Juan Bautista María Tessier, Lope Thomas o Bonnotte, Francisco Vareilhe-Duteil, Pedro Luis Verrier; y también Luis Barreau de la Touche, benedictino de la Congregación de San Mauro, Juan Francisco Burté, franciscano, Apolinar Juan Santiago Morel, capuchino, Ambrosio Agustín Chevreux y Renato Julián Massey, ambos benedictinos, Bernardo Francisco de Cussac, Santiago Gabriel Galais, Pedro Gauguin, Pedro Miguel Guérin, Santiago Esteban Felipe Hourrier, Enrique Augusto Luzeau de la Mulonnière, Juan Bautista Miguel Pontus, Pedro Nicolás Psalmon y Claudio Rousseau, todos ellos de la Sociedad de San Sulpicio; Carlos Jeremías Bérauld du Pérou, Francisco Luis Hébert y Francisco Lafranc, eudistas; Urbano Lefèvre, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París; Severino Jorge Girauld, terciario regular franciscano, todos ellos presbíteros; Luis Alejo Matías Boubert, Esteban Francisco Deusdedit de Ravinel y Santiago Agustín Robert de Lézardière, diáconos; Salomón Guillermo Nicolás Luis Leclerq, religioso de las Escuelas Cristianas; Augusto Nézel, clérigo, y Carlos Regis Mateo de la Calmette, seglar († 1792), todos ellos martirizados juntamente **.

15. En París, en la antigua abadía de Saint-Germain-des-Près, beatos Pedro Jaime María Vitalis y compañeros: Daniel Luis Andrés de Pommerayes, Luis Remigio Benoist, Luis Renato Nicolás Benoist, Antonio Carlos Octaviano de Bouzet, Juan Andrés Capeau, Armando Chapt de Rastignac, Claudio Fontaine, Pedro Luis Gervais, Santino Huré, Juan Luis Guyard de Saint-Clair, Alejandro Carlos Lenfant, Lorenzo (Laurent), Luis le Danois, Tomás Juan Monsaint, Francisco José Pey, Juan José Rateau, Marcos Luis Royer, Juan Pedro Simón y Carlos Luis Hurtrel, religioso mínimo este último, todos ellos presbíteros, y Luis Benjamín Hurtrel, diácono († 1792), martirizados todos ellos juntamente *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO BROCARDO

Religioso († 1231)

Es uno de los primeros santos del Carmelo, no por razón de su importancia sino por la cronología.

Alberto, patriarca de Jerusalén, dio la *Regla* o *norma de vida* a los ermitaños del Monte Carmelo, que vivían junto a la llamada

fuente de Elías, entre los años 1206-1214. El nombre de Brocardo, como destinatario de la Regla y como superior de los ermitaños, aparece dos veces en el texto albertino. Pero aparece simplemente con la B. inicial; así se puede ver en el Registro Vaticano y en los códices más antiguos. Esta inicial se interpretó como la primera letra de Brocardo.

En la dedicatoria de la Regla se dice: «Alberto, llamado a ser patriarca de Jerusalén por la gracia de Dios, a los amados hijos en Cristo B[rocardo] y demás ermitaños, que viven bajo su obediencia junto a la fuente de Elías, en el Monte Carmelo, salud en el Señor y bendición del Espíritu Santo».

Y ya hacia el final del escrito se vuelve a hacer mención de él, apostrofándole: «Y tú, hermano B[rocardo], y cualquiera que te suceda en el cargo de prior, recordad siempre y poned puntualmente por obra la máxima del Señor en el Evangelio: "El que quiera ser grande entre vosotros, que sea vuestro servidor, y el que quiera ser primero entre vosotros, que sea vuestro esclavo" (Mt 20,26-27; cf. Mc 10,43-44)». Y, como en contrapartida, a los súbditos se les exhorta a tratar «con deferencia y humildad a vuestro prior, fijándoos más que en su persona, en la de Cristo, que os lo puso como superior, y que afirma a propósito de los superiores de la Iglesia: "Quien a vosotros os escucha, a mí me escucha; quien a vosotros os rechaza, a mí me rechaza" (Lc 10,16). Hacedlo así para que no os condenen en el juicio por menosprecio de la autoridad; antes bien, os recompensen con la vida eterna, en pago de vuestra obediencia». Así quedaba ya delineada la relación entre la autoridad de Brocardo y sus ermitaños, bien fundada en los postulados y exigencias de la fe.

Al morir Brocardo fue enterrado, según parece, delante de la gruta de Elías en la basílica del Monte Carmelo. En la liturgia de la Orden, donde se recogían las noticias y tradiciones de la misma, en la famosa segunda lectura de los Maitines (= Oficio de lectura), llamada la «legenda», se dice que Brocardo había nacido en Jerusalén. En otros documentos se dice que había nacido al norte de Italia, en Lombardía. Deseando entregarse a Dios, ingresó en el monasterio del Monte Carmelo. Muerto el anterior superior de la Orden, el primer general latino, fue elegi-

do para el cargo Brocardo. Se dirigió al patriarca de Jerusalén, Alberto, y le pidió la Regla carmelitana, con cuyas consignas creció grandemente la familia religiosa en número y en calidad de vida. Conociendo el mencionado patriarca la prudencia y santidad de Brocardo, lo envió como legado suyo en son de paz ante el sultán de Damasco. Sus gestiones se vieron coronadas por el éxito. Y también se cuenta que al vicesultán de Egipto, enfermo de lepra, lo curó y llevándolo al Jordán, lo bautizó; y lo llevó consigo al Monte Carmelo y le dio el hábito de la Orden, en la que murió con la muerte de los santos.

Brocardo murió a los 80 años. Se nos han transmitido, adornadas y mejoradas sin duda, las exhortaciones finales que hizo a sus compañeros:

> «Hijos míos, el Señor nos ha llamado a ser ermitaños y por un regalo singular suyo nos llamamos Hermanos de la Bienaventurada Virgen María. Conservad con honor, después de mi muerte, este nombre. Perseverad constantes en el bien; llevad una vida conforme al modelo de María y Elías».

Santa Teresa gustaba de evocar la vida de los primeros ermitaños del Monte Carmelo y de invitar a la imitación de los mismos. En la Regla que ella usaba ya se nombraba explícitamente a San Brocardo; así en él y en sus compañeros de vida solitaria ponía ella los ojos cuando escribía:

> «Acordémonos de nuestros padres santos pasados, ermitaños, cuya vida pretendemos imitar; ¡qué pasarían de dolores y qué a solas, y de fríos y de hambre y sol y calor, sin tener a quién se quejar sino a Dios! ¿Pensáis que eran de hierro? Pues tan delicados eran como nosotras» (CV 11,4).

El culto de Brocardo se decretó en el capítulo general de la Orden en 1564. Suprimido del Breviario reformado de 1585, se introdujo de nuevo en 1609 y las lecciones propias —de las que hemos dado un resumen más arriba— fueron aprobadas por la Sagrada Congregación de Ritos en 1672.

A este santo se le suele representar con el hábito de la Orden carmelitana, a veces con franjas blancas y negras, lo que se llama la «capa barrada» *(fratres barrati),* y con la Regla recibida del patriarca de Jerusalén en la mano, como depositario de ese gran tesoro de espiritualidad.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris (Venecia 1756) t.I, p.576-582.
Speculum carmelitanum, II (Amberes 1680).
STARING, A., «Brocardo, santo», en L. SAGGI (ed.), *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 270.

BEATOS MÁRTIRES «DE LOS CARMELITAS» [2]
(† 1792)

Ciento catorce víctimas inmoladas a la pasión antirreligiosa, entre ellas 95 recibieron, el 17 de octubre de 1926, los honores de la beatificación, pudiéndose establecer así, en todo su horror y en toda su gloria, el balance de la matanza hecha el 2 de sep-

[2] Juan María de Lau d'Allemans, Francisco José de la Rochefoucauld, Pedro Luis de la Rochefoucauld, Vicente Abraham, Andrés Angar, Juan Bautista Claudio Aubert, Francisco Balmain, Juan Pedro Bangue, Luis Francisco Andrés Barret, José Bécavin, Santiago Julio Nonnaud, Juan Antonio Hacinto Boucharene de Chaumeils, Juan Francisco Bosquet, Claudio Cayx o Dumas, Juan Charton de Millon, Claudio Chaudet, Nicolás Clairet, Claudio Colin, Francisco Dardan, Guillermo Antonio Delfaut, Maturino Víctor Deruelle, Gabriel Desprez de Roche, Tomás Nicolás Dubray, Tomás Renato Dubuisson, Francisco Dumasramabaud de Calandelle, Enrique Hipólito Hermès, Armando de Foucault de Pontbriand, Santiago Friteyre-Durvé, Claudio Francisco Gagnière des Granges, Luis Lorenzo Gaultier, José Goizet, Andrés Grasset de Saint-Sauveur, Juan Antonio Guilleminet, Juan Bautista Jannin, Juan Lacan, Pedro Landry, Claudio Antonio Radulfo de Laporte, Roberto Le Bis, Maturino Legué, Santiago José Lejardinier Deslandes, Santiago Juan Lemeunier, Vicente José le Rousseau de Rosencoat, Francisco César Londiveau, Luis Longuet, Santiago Francisco de Lubersac, Gaspar Claudio Maignien, Juan Felipe Marchand, Luis Mauduit, Francisco Luis Méallet de Fargues, Santiago Alejandro Menuret, Juan Bautista Nativelle, Renato Nativelle, Matías Agustín Nogier, José Tomás Pazary de Thorame, Julio Honorato Cipriano Pazary de Thorame, Pedro Francisco Pazary de Thorame, Pedro Plonquin, Renato Nicolás Poret, Julián Poulain-Delaunay, Juan Roberto Quéneau, Francisco Urbano Salins de Niart, Juan Enrique Luis Samson, Juan Antonio de Savine, Juan Antonio Bernabé Seguin, Juan Bautista María Tessier, Lope Thomas o Bonnotte, Francisco Vareilhe-Duteil, Pedro Luis Verrier, Luis Barreau de la Touche, Juan Francisco Burté, Apolinar Juan Santiago Morel, Ambrosio Agustín Chevreux, Renato Julián Massey, Bernardo Francisco de Cussac, Santiago Gabriel Galais, Pedro Gauguin, Pedro Miguel Guérin, Santiago Esteban Felipe Hourrier, Enrique Augusto Luzeau de la Mulonnière, Juan Bautista Miguel Pontus, Pedro Nicolás Psalmon, Claudio Rousseau, Carlos Jeremías Bérauld du Pérou, Francisco Luis Hébert, Francisco Lafranc, Urbano Lefèvre, Severino Jorge Girauld, Luis Alejo Matías Boubert, Esteban Francisco Deusdedit de Ravinel, Santiago Agustín Robert de Lézardière, Salomón Guillermo Nicolás Luis Leclerq, Augusto Nézel, Carlos Regis Mateo de la Calmette.

tiembre de 1792 a los sacerdotes encerrados en el convento de los carmelitas de París.

Eran todos refractarios al juramento exigido por la Asamblea Legislativa al proclamar la constitución civil del clero, solemnemente condenada el 12 de julio de 1790 por el papa Pío VI: se les llamaba los no juramentados.

Una serie de medidas vejatorias habían sido tomadas contra ellos: pérdida de su cargo, prohibición de cumplir con su ministerio; deportación, en fin, para muchos de ellos que no habían podido refugiarse a tiempo en países hospitalarios, como lo fue entonces España, arrestos en masa con la intención bien señalada de desembarazarse de ellos definitivamente.

La *Commune* de París, particularmente violenta en estos días de guerra en las fronteras, encarceló a 160 en el convento de carmelitas, vacío de sus huéspedes habituales. Los primeros detenidos llegaron el 11 de agosto de 1792. Tenían por delante veintidós días antes de su glorioso sacrificio.

El convento de carmelitas, que subsiste todavía englobado en el conjunto de edificios del instituto o universidad católica de París, había sido construido en 1611 en una casa de campo del noble Nicolás Vivian, jefe de la cámara de cuentas. Esta finca había sido comprada por los padres. Estaba situada en la esquina de la calle llamada ahora Camino de Vaugirard y de la calle Cassett, no lejos de la de Luxemburgo y de la iglesia de San Sulpicio.

Reducida en una gran parte de sus jardines por el urbanismo moderno, la universidad católica, y con ella el ilustre convento carmelitano, se extienden actualmente sobre un largo trozo de la calle de Assas.

Los padres carmelitas llegados así a París pertenecían a la admirable reforma de la Orden carmelitana, comenzada por Santa Teresa de Ávila y San Juan de la Cruz. Se sabía que al principio los carmelitas españoles no habían podido seguir a Francia a las religiosas —entre las cuales se encontraba Ana de Jesús y Ana de San Bartolomé— a las que había llevado Pierre de Bérulle. Fueron religiosos franceses, pero de la rama reformada por España, los que en 1611 vinieron a establecerse en París. En 1613 se comenzaba a construir el convento y la igle-

sia, que en 1620 estaba abierta al culto. Más de un detalle: las ventanas que dan al coro, por ejemplo; más aún, una pintura representando a Teresa y a su hermano Rodrigo en los Cuatro Postes, recuerdan la influencia española. La vida carmelitana se desenvolvió, durante más de un siglo, en este convento, que contaba entonces, en 1789, 64 religiosos. Éstos, hacia 1790, abandonaron los lugares al comité del distrito. Después de haber sido sucesivamente prisión y baile campestre, el convento desafecto era de nuevo un lugar de prisión cuando fueron dados los decretos contra los sacerdotes no juramentados. Volvamos, pues, a los prisioneros de «los carmelitas».

Poco a poco organizaron como pudieron una vida en común de lo más edificante. Alojados miserablemente en la iglesia conventual, tenían, sin embargo, el derecho de pasearse una hora por la mañana y una hora por la tarde en los vastos jardines del monasterio. Al fondo de estos jardines se encontraba un pequeño oratorio, llamado desde entonces capilla de los mártires y destruido por razones urbanísticas en 1867. Allí pasaban largas horas en oración y allí muchos recibieron el golpe mortal. El señor Cussac, sacerdote de San Sulpicio, pudo hacerse con las actas de los mártires y leía cada día un pasaje a sus hermanos, que se preparaban así a una muerte próxima. Recitaban el breviario, oraban constantemente, siguiendo el consejo del Maestro y cuando el municipio quitó todo lo que en la iglesia servía al culto, hicieron una cruz de madera hacia la cual pudiesen volver sus miradas.

Sin embargo, el procurador síndico de la *Commune,* Manuel, intentaba hacerles creer que iban a ser objeto de una medida de deportación. Algunos alimentaban así una secreta esperanza de liberación, pero los más perspicaces se encargaban de desilusionarlos. El primero de septiembre, con el fin de estar preparados a toda eventualidad decidieron negarse de nuevo al juramento si les fuese exigido éste como precio de liberación, y habiéndose confesado los unos a los otros, esperaron la voluntad y la hora de Dios.

Ésta había llegado, porque el ministro de justicia, Danton, era ahora encargado de ejecutar una reciente orden de la Commune, que disponía nada menos que la ejecución, si fuese posi-

ble discreta, de los rehenes de los carmelitas. Los sicarios de Maillard, bandidos de los cuales muchos no eran franceses, se encargaron de hacerla espectacular.

El 2 de septiembre, habiendo sido cambiada la guardia de los prisioneros y eliminados los honrados guardas nacionales, una atmósfera de muerte posó sobre los prisioneros... Después de la comida fueron autorizados, sin embargo, aunque con algún retraso, a dar su paseo habitual: eran las tres y media y ya habían comenzado las matanzas en otras prisiones de París.

Pero apenas habían franqueado la pequeña escalinata que comunicaba la capilla con los jardines cuando una primera banda de asesinos, armados de pistolas, picos y sables, penetró en el convento seguida de cerca por los saqueadores que Maillard acababa de utilizar en la prisión de la Abadía. Rápidamente fue forzada la guardia y los asesinos se desplegaron como olas rugientes por los jardines. Varios sacerdotes caen bajo los primeros golpes: una estela señala todavía, cerca de un pequeño estanque rodeado de bancos de piedra, testigos del drama, el lugar donde cayó el abate Giraud, dispuesto a recitar su breviario. Otros se refugian en el oratorio y se ponen a rezar. Un cierto número de detenidos, entre los más ágiles, llegan a escalar los muros del parque y buscan su salvación en las casas vecinas.

Tres obispos se encontraban encerrados con los sacerdotes no juramentados: monseñor Francisco José de la Rochefoucauld, obispo de Beauvais, es gravemente herido y conducido con su hermano Pedro Luis, obispo de Saintes, a la capilla: los dos perecieron en el último acto de la tragedia. Monseñor de Lau, arzobispo de Arlés, hace frente a los asaltantes, después de haber «agradecido a Dios el morir por tan bella causa» —dice a su vicario general—, avanza hacia los asesinos. «Yo soy el que buscáis —respondió a los que le llamaban a gritos—: el arzobispo de Arlés». Y cayó acribillado a golpes...

Detrás de él perecieron los sacerdotes refugiados en el oratorio. La sangre corrió. Los cuerpos sembraron el jardín apacible, testigo de tantas angustias y oraciones...

Entonces es cuando interviene Maillard. La matanza no sigue el plan que había trazado para enmascarar la iniquidad. De lo alto de una ventana, que se llama todavía «la ventana de

Maillard», da la orden de llevar a los sanos y a los heridos a la iglesia, a fin de proceder a un simulacro de tribunal, a una hipócrita parodia de justicia.

En el pequeño corredor que une hoy el salón de actos del instituto católico y los jardines se prepara una mesa; se colocan las listas. Maillard y el comisario Violette hacen desfilar de dos en dos a los que ya han condenado a morir. Una pregunta sobre el juramento. Una respuesta, siempre la misma: ellos rehúsan. Entonces son empujados hacia este pabellón que habían franqueado horas antes. Acribillados a golpes caen sobre las gradas: *Hic ceciderunt,* está escrito en la base de estas losas gastadas, desde lo alto de las cuales, en nuestros días, el obispo rector del instituto católico arenga paternalmente a los jóvenes sacerdotes estudiantes del seminario de los carmelitas el día de su ordenación sacerdotal. Lección de fidelidad y de perseverancia dada de este modo a los sucesores de los mártires.

Son las seis de la tarde. La matanza ha terminado. Los tristes héroes del drama van a hacer francachela en una pieza donde aún se ven, conservadas bajo el cristal, las largas huellas de sangre dejadas por sus armas depositadas a lo largo del muro: es la «sala de las espadas». A la efímera victoria de los amos de la *Commune,* corresponde en el cielo la victoria sin fin de los que ellos han asesinado.

Algunos cadáveres fueron arrojados a una fosa común en el cementerio de Vaugirard. Los otros fueron amontonados en un pozo situado detrás del oratorio donde tantos habían perecido.

Sus huesos están piadosamente conservados en la cripta de la iglesia de los carmelitas, donde se les puede fácilmente venerar al lado de una estatua de la Virgen, llamada Nuestra Señora de los Mártires, que debía encontrarse en el oratorio donde ellos la habían invocado con tanta frecuencia.

Es allí donde el peregrino de lejanos lugares de Francia gustará retirarse para recogerse ante los restos y los nombres de los 95 confesores caídos por la defensa de la fe el 2 de septiembre de 1792.

Varias diócesis de Francia han puesto en esta fecha, en su propio, la fiesta y el oficio de los mártires «de los carmelitas».

PIERRE JOBIT

Bibliografía

LENÔTRE, G., *Mémoires et souvenirs sur la révolution et l'empire* (París 1947).
— *Les pèlerinages de Paris révolutionnaire* (París 1944).
VANUXEM, J., *St. Joseph des Carmes* (París 1947).
VERDIER, J., OCD, *Les Carmes. Les lieux, les martyrs, les souvenirs* (París 1900; ²1953).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ANTONINO
Mártir († s. IV)

El anterior *Martirologio romano* señalaba la memoria de San Antonino el 2 de septiembre diciendo: *«En Pamiers, de Francia, San Antonino, mártir, cuyas reliquias se conservan con gran veneración en Palencia de España».* En cambio, el nuevo *Martirologio* dice: *«En Apamea de Siria, San Antonino, mártir, el cual, siendo cantero, y habiendo destruido los ídolos gentiles, se cuenta que lo mataron los paganos por su celo religioso».*

Puede verse que estamos ante dos muy distintas presentaciones del mártir Antonino. En la primera se sitúa su martirio en Francia, en la ciudad de Pamiers, en la segunda se sitúa el martirio en la ciudad siria de Apamea. En la primera se dice que sus reliquias se veneran en Palencia, y en la segunda se omite esta mención.

Este cambio en el nuevo *Martirologio* se debe a que hoy la crítica histórica parece estar segura de que el verdadero mártir que existió fue el San Antonino de la población siria de Apamea, mientras que el venerado en Pamiers no es sino una conversión en local del santo sirio, seguramente por haber allí reliquias del mismo. La leyenda sobre un San Antonino de Pamiers, al que se le hace recibir las órdenes sagradas, vivir en retiro y morir mártir, influye luego en la identificación del santo venerado en Palencia, de donde es patrono.

Veamos brevemente los datos. Por el *Martirologio jeronimiano* sabemos de un mártir Antonino en Apamea de Siria, joven de veinte años, sacrificado en tiempos ya del emperador Constancio, por haber atacado con su martillo de cantero las estatuas de los ídolos, hecho que acarreó fuese masacrado por los paganos. Esta noticia es la original y primera, y a ella se une la seguridad

de que tuvo una basílica en Apamea, basílica cuya existencia consta por documentos del siglo VI. Menciona la fiesta de San Antonino en Apamea el escritor Teodoreto, y recoge su memoria el *Sinaxario constantinopolitano,* como igualmente lo hace el *Calendario mozárabe.* Lo que varía es la fecha, pues el *jeronimiano* y el *mozárabe* lo ponen el 2 de septiembre, mientras que el *constantinopolitano* lo lleva a noviembre. Consta que la basílica de Apamea fue destruida por el rey Cosroes de Persia a comienzos del siglo VII, y antes de esa destrucción es cuando sitúan los bolandistas la traslación de las reliquias, apareciendo en Francia. Y se entiende que es de Pamiers de donde vinieron algunas a España, concretamente a Palencia.

Por su parte, Don Rodrigo Ximénez de Rada en su *De Rebus Hispaniae* cuenta que el rey Sancho III el Mayor († 1035) de Navarra, yendo de caza por las tierras donde había estado la entonces arruinada y desierta ciudad de Palencia, persiguiendo un jabalí, encontró una cripta donde estaba un altar dedicado a San Antonino con algunas de sus reliquias. Y de aquí vino la repoblación de la ciudad, la erección de su obispado y la construcción de una iglesia en honor del santo, proclamado luego patrono de la misma. Se le conoce como San Antolín. La cripta, calificada como visigótica y prerrománica, subsiste, y el culto a San Antolín sigue en Palencia. Sobre la identidad de San Antolín (sirio, francés e incluso español) se ha hablado no poco. El *Martirologio romano* actual no ha dudado, como decimos, en corregir al antiguo *Martirologio* y señalar a San Antonino como un mártir de Apamea en el siglo IV. Ésta es la identificación históricamente más segura.

SAN PRÓSPERO DE TARRAGONA

Obispo († s. VIII)

Al producirse en España el año 711 la invasión musulmana, el obispo de Tarragona, Próspero, huyó con algunos clérigos de su diócesis llevando consigo las reliquias de su predecesor San Fructuoso y de sus dos compañeros mártires y algunos libros litúrgicos de la catedral. Los fugitivos llegaron primero a Cagliari, en Cerdeña, pero luego se dirigieron a la costa ligur. El prelado

de Génova les permitió erigir una iglesia en honor de San Fructuoso, que con el tiempo evolucionaría a abadía benedictina y donde los compañeros de huida de Próspero llegarían a recibir culto como santos. El obispo hizo un viaje a Francia para obtener noticias de la situación de España y a su vuelta murió en Camogli, con signos de santidad, y donde se han conservado sus reliquias. Ésta es la versión que da de la vida del santo el arqueólogo tarraconense Juan Serra-Vilaró, discutida por no pocos. Confirmado por Pío IX el 4 de mayo de 1854 el culto que se le venía dando en Camogli, su fiesta se fijó para el 2 de septiembre. El nuevo *Martirologio* se limita a conmemorarlo como obispo de Tarragona.

SAN JUSTO DE LYÓN

Obispo y ermitaño († d. 381)

Justo era un clérigo de Lyón al que la comunidad eligió como obispo en la segunda mitad del siglo IV. Un hombre cometió un asesinato y, acogiéndose al derecho de asilo, se refugió en la iglesia. Pero las autoridades certificaron al obispo que podía entregarlo sin peligro para la vida del delincuente, y el obispo accedió. Pero el delincuente fue ejecutado, y esto llenó de tristeza y remordimientos al obispo. Luego de haber asistido a un concilio en Italia, ya no volvió a Lyón, pues temía que los fieles le impidieran cumplir su deseo de retirarse a la soledad. Por ello se estableció como solitario junto a Tournon y de ahí partió a Egipto, a un monasterio del desierto de Escete, con un clérigo de su iglesia, el lector Viador, quien le acompañó hasta su santa muerte. El cuerpo del obispo fue trasladado a Lyón y allí se le dio culto. Se ha pensado que no estilándose entonces el traslado de los cuerpos difuntos, podría ser que el santo hubiera vuelto a Lyón. Como se sabe que el santo estuvo en el concilio de Aquileya, en el 381, su muerte tiene que situarse años más tarde.

SAN AGRÍCOLA DE AVIÑÓN
Obispo († 700)

Debió nacer en Aviñón hacia el año 630. Hijo de San Magno, senador que se hizo luego monje y fue posteriormente elegido obispo de la ciudad. En la adolescencia fue enviado a perfeccionar sus estudios y formación cristiana al monasterio de Lerins. Aquí estuvo dieciséis años y en el curso de ellos se ordenó sacerdote. Luego lo llamó su padre a Aviñón y le dio un alto cargo en la curia episcopal. En el 660 su padre pidió al clero y al pueblo que lo aceptaran como obispo coadjutor suyo. En 670 le sucedió como obispo propio de la ciudad. Como la iglesia que tenía ya no bastaba a contener el número siempre creciente de fieles, hizo construir una segunda iglesia en el intramuros de la población y, para atenderla, llamó a una comunidad de monjes de Lerins. Se acreditó como celoso y constante predicador de la palabra de Dios y por sus numerosas obras de caridad, y puso todo su empeño en la asistencia y defensa de los pobres y los enfermos. Murió el 2 de septiembre, seguramente del año 700. Su tumba fue muy visitada por los fieles. En 1647 fue declarado oficialmente patrono de la ciudad, tanto tiempo, como es sabido, parte de los Estados Pontificios.

BEATA INGRID ELOFSDOTTER
Viuda y religiosa († 1282)

Nació en el primer tercio del siglo XIII en la provincia sueca de Östergötland. Llegada a la juventud contrajo matrimonio y, tras vivir honestamente en este estado, quedó viuda. Entonces hizo una peregrinación a Tierra Santa con su hermana Cristina y otras piadosas mujeres. Deseaba poder hacerse monja dominica pero no había todavía ningún convento de monjas de esta Orden en Suecia y entonces optó por vestir el hábito dominico y vivir en el mundo como si fuera una religiosa. Pudo ponerse en contacto con el P. Pedro de Dacia († 1279), religioso dominico y uno de los primeros escritores suecos. Se hizo hija espiritual suya y se dejó impregnar del espíritu dominicano. Así pudo poner en marcha el proyecto de erigir un convento de monjas

dominicas, dedicando a ello sus bienes, con la autorización del obispo y la del provincial de la Orden; el 15 de agosto de 1281 se inauguró en Skeningen el Monasterio de San Martín. A la ceremonia de la inauguración asistió el rey Magno, movido, además, por el hecho de que una de las nuevas monjas era su sobrina Margarita. Parece que Ingrid fue nombrada la primera priora, y ciertamente lo era un año más tarde cuando le llegó la muerte el 2 de septiembre de 1282. Venerada como santa, a comienzos del siglo XV empezó su causa de canonización pero no progresó mucho. Reiniciada a comienzos del siglo siguiente, tuvo lugar la solemne traslación de sus reliquias el 29 de julio de 1507, en presencia de la corte, de los reyes suecos, de la nobleza y de muchísimos religiosos, sacerdotes y fieles. Su convento y sus reliquias desaparecieron cuando Suecia adoptó la Reforma protestante. Ingrid es un nombre muy frecuente entre las mujeres suecas.

BEATOS MÁRTIRES DE LA ABADÍA DE SAINT-GERMAIN-DES-PRÈS DE PARÍS

Pedro Jaime María Vitalis, Daniel Luis Andrés de Pommerayes, Luis Remigio Benoist, Luis Renato Nicolás Benoist, Antonio Carlos Octaviano de Bouzet, Juan Andrés Capeau, Armando Chapt de Rastignac, Claudio Fontaine, Pedro Luis Gervais, Santino Huré, Juan Luis Guyard de Saint-Clair, Alejandro Carlos Lenfant, Lorenzo (Laurent), Luis le Danois, Tomás Juan Monsaint, Francisco José Pey, Juan José Rateau, Marcos Luis Royer, Juan Pedro Simón, Carlos Luis Hurtrel y Luis Benjamín Hurtrel

Mártires († 1792)

Cuando, llegada la Revolución Francesa, la Asamblea Nacional quiso regular a su propio gusto los asuntos religiosos y promulgó la constitución civil del clero, muchísimos sacerdotes se negaron a acatarla, alegando que era contraria a la fe y la disciplina de la Iglesia, la había condenado el Papa y no permitía tal juramento su conciencia. Se desató, en agosto de 1792, una caza de sacerdotes, convirtiéndose en cárceles varios edificios religiosos, entre ellos la abadía de Saint-Germain-des-Près, don-

de fueron llegando los sacerdotes arrestados a partir del 11 de agosto, una vez derrocada la monarquía. El día 1 de septiembre las noticias llegadas de Verdun certificaban la toma de la ciudad por los prusianos y se comenzó a pedir la muerte de los traidores. El periódico *L'ami du peuple* publicaba una proclama de Marat invitando a acabar con todos los enemigos. Salían ya de París algunas carretas llenas de sacerdotes y religiosos destinados a la deportación cuando son devueltas al Hôtel de Ville y de allí una plebe enfurecida los acompaña a la abadía de Saint-Germain-des-Près. Aquí se produjo entonces el linchamiento de tres sacerdotes y, en una sala, un remedo de juicio en el que los otros fueron condenados a muerte y, seguidamente, masacrados a golpe de sable cuantos se negaban a prestar el juramento exigido. Todos estos mártires fueron beatificados el 17 de octubre de 1926 por el papa Pío XI.

Éstos son sus datos:

LUIS RENATO NICOLÁS BENOIST nació en París el año 1742, hizo sus estudios en el seminario de San Nicolás de Chardonnet. Ordenado sacerdote en 1766, prestó su ministerio en la parroquia de San Pablo como miembro de la comunidad allí constituida. Pese a que se le prohibió el ejercicio del ministerio tras negarse a prestar el juramento constitucional, él continuó ejerciéndolo, lo que, sabido por la policía, motivó su arresto y prisión, y posterior asesinato.

LUIS REMIGIO BENOIST, hermano del mártir anterior, con el que fue arrestado y encarcelado e igualmente martirizado. Había nacido en París en 1755 y hecho sus estudios en el citado seminario de Chardonnet. Hizo ejercicios espirituales en mayo de 1792 y al término de los mismos todos los ejercitantes firmaron una declaración de fidelidad a la Iglesia. Tras estar con su hermano en los calabozos municipales, el día 1 de septiembre pasó a la abadía, y allí fue sacrificado la jornada siguiente.

ANTONIO CARLOS OCTAVIANO DE BOUZET había nacido en Bîves el 3 de marzo de 1739. Hizo los estudios en el seminario de San Sulpicio de París y se doctoró en derecho canónico. Obtuvo una canonjía en la catedral de Reims (1761), y fue nombrado vicario general de esta diócesis en 1771. De los calabozos del municipio pasó, el 1 de septiembre, a la abadía.

JUAN ANDRÉS CAPEAU no es seguro que naciera en Aviñón, aunque así parece, y no se sabe la fecha de su nacimiento. Era canónigo coadjutor en la iglesia de San Pedro de Aviñón. Cuando se vino a París, ayudaba en la parroquia de San Pablo. Arrestado el 27 de agosto de 1792, pasó de los calabozos municipales a la abadía.

ARMANDO CHAPT DE RASTIGNAC había nacido en una familia noble en Cognac el 1 de octubre de 1727. Fue vicario general de Arlés y preboste de la catedral de Tours y abad comendaticio de San Mesmil en Orleáns. Esta diócesis lo eligió diputado en la Asamblea del clero de 1789 y en los Estados Generales. Vivía en París en casa de su sobrina, la marquesa de Fausse-Landry. Cuando la Asamblea discutía la propuesta de apoderarse de los bienes de la Iglesia, publicó un folleto con una enérgica respuesta que le valió el elogio del papa Pío VI. Igualmente se opuso al proyecto de constitución civil del clero. Arrestado en agosto y llevado a la abadía, no sirvieron los oficios de su sobrina para liberarlo. Cuando vio entrar a los esbirros dio a todos la absolución desde una tribuna y se la pidió al Beato Lenfant. Enseguida fue muerto a golpes de pica.

CLAUDIO FONTAINE nació en París en 1749. Estudió en la Sorbona y en el seminario de San Nicolás de Chardonnet, ordenándose sacerdote el año 1775. Mayordomo de la parroquia de St. Jacques, perdió el cargo al negarse a prestar el juramento constitucional, pero siguió ejerciendo el ministerio clandestinamente. Arrestado y detenido en los calabozos municipales, en el mediodía del día 2 lo llevaron a la abadía, donde fue masacrado nada más llegar.

PEDRO LUIS GERVAIS nació en Montreil-en-Casi en 1753. Era el secretario del arzobispo de París. Arrestado por negarse a prestar el juramento constitucional, fue detenido en la abadía, y aquí martirizado.

SANTINO HURÉ nació en Vigny en 1765. Se ignoran de él otros datos sino los de que residía en París y se había negado a prestar el juramento constitucional, por lo que fue arrestado y llevado a la abadía, donde halló la muerte.

CARLOS LUIS HURTREL nació en París en 1760 y en su juventud se decidió por la vocación religiosa, ingresando en la

Orden de los Mínimos en la que profesó el año 1781. Posteriormente recibió la ordenación sacerdotal. En 1789 era bibliotecario de su convento. Al intimarse la posibilidad de dejar el convento o continuar la vida común, eligió esto último. Firmó la carta que los ejercitantes del seminario de los irlandeses enviaron al papa Pío VI el 23 de mayo de 1792. El 10 de agosto de 1792, a la caída de la monarquía, fue arrestado como partidario del rey y llevado a la abadía de Saint-Germain. Allí estaba el 2 de septiembre con su hermano menor.

LUIS BENJAMÍN HURTREL era hermano del anterior. Había estudiado en el seminario de los Treinta y Tres y en el de San Nicolás de Chardonnet. Arrestado con su hermano, compartió con él la prisión en la abadía, y en la mañana del 2 de septiembre fue convocado ante el tribunal, cuyo presidente preguntó a ambos hermanos si habían ya prestado el juramento constitucional. No les dio tiempo a contestar cuando uno del tribunal tomó su defensa y comenzó a discutir con el presidente. Y la discusión fue aprovechada por los violentos para asesinar a los dos hermanos. Luis Benjamín era diácono, y pertenecía al clero secular.

LORENZO (LAURENT). Consta con toda certeza que uno de los asesinados en la abadía de Saint-Germain-des-Près el día 2 de septiembre era el abate Laurent, coadjutor de la parroquia de San Pablo de París, y al que su párroco, el abate Sicard, que se libró de la masacre, calificó luego de buen docente, dulce, virtuoso y de gran valor. Otros datos suyos, incluyendo su nombre completo, se ignoran.

LUIS LE DANOIS nació en Moutiers-en-Beauptois en 1741. Era coadjutor de la parroquia de San Roque de París. Arrestado en la segunda quincena de agosto, fue llevado a la abadía, donde halló la muerte.

TOMÁS JUAN MONSAINT nació en Villerville el 18 de diciembre de 1725. Luego de haber estudiado filosofía y artes en Caen, ingresó en el seminario de Lisieux, donde se ordenó sacerdote el año 1749. Fue vicepárroco de Orbec-en-Auge, pasando luego a París como sacristán mayor del Hospital de la Salpetrière (1760), y desde 1761 vivía en la comunidad de sacerdotes de San Roque, que debió dejar en 1791 cuando se negó a

prestar el juramento constitucional. Vivía en una casa particular cuando a finales de agosto de 1792 fue arrestado y llevado a la abadía, donde fue martirizado.

FRANCISCO JOSÉ PEY nació en Solliès-Pont en 1759. Estudió en el seminario de Aix-en-Provence, luego en el seminario de San Sulpicio y más tarde en Tréveris. Párroco de Saint-Landry, fue elegido miembro de los Estados Generales. Una de las parroquias suprimidas en la Revolución fue la suya. Arrestado y llevado a la abadía, un intento de liberarlo un familiar suyo no dio resultado porque él se negó a abandonar a sus hermanos sacerdotes.

JUAN JOSÉ RATEAU nació en Burdeos el 18 de noviembre de 1758. Estudió en San Sulpicio, se graduó en teología (1778) y se ordenó sacerdote, continuando sus estudios hasta el doctorado. Llegada la orden de arresto a los sacerdotes, vivía escondido en una casa amiga cuando un criado lo delató. Encerrado en el calabozo municipal, fue llevado en carreta a la abadía en medio de una muchedumbre enfurecida.

MARCOS LUIS ROYER nació en París el año 1720. Doctor en teología y párroco de Saint-Jean-en-Grève, se quedó sin parroquia al ser ésta suprimida. Encerrado en el calabozo municipal, fue llevado en carreta a la abadía. Al llegar las noticias de la masacre del exconvento de los carmelitas, dio la absolución a todos y empezó a recitar las preces de los agonizantes. Fue el primero en ser llamado, se le preguntó si había prestado el juramento, respondió que no y fue asesinado. Era persona de vida santa y alto prestigio.

JUAN LUIS GUYARD DE SAINT-CLAIR nació en Avenelles en 1734. Al quedar huérfano, se lo llevó a París un tío suyo sacerdote. Estudió en el seminario de San Luis y obtuvo el título de maestro en Artes por la Sorbona. Ordenado sacerdote en 1759, obtuvo en 1762 la parroquia de Conquerel en la diócesis de Amiens, pero en 1786 renunció a ella por motivo de salud. Ya antes había obtenido una canonjía en la catedral de Soissons. Arrestado en Hardainville en 27 de agosto de 1792, fue llevado a París escoltado por la caballería y transportado a la abadía, donde pereció.

JUAN PEDRO SIMÓN nació en París el año 1720. Se ordenó sacerdote en 1750 y luego se licenció en derecho. Coadjutor

de Saint-Landry (1763), párroco de Poigny (1771), pasó luego como promotor al cabildo catedral de París (1783). Al ser suprimidos los cabildos, se quedó en su casa de París, donde fue arrestado en los últimos días de agosto y llevado a la abadía, en la que pereció.

PEDRO JAIME MARÍA VITALIS nació en Carpentras hacia 1730. Fue párroco de St. Nichole des Champs de París (1784), y al año siguiente tuvo el cargo de predicador, pasando luego como coadjutor a la parroquia parisina de St. Merry. Pedro se negó a prestar el juramento constitucional y su párroco, que lo había prestado, por su ejemplo se retractó. El 11 de agosto fue arrestado y llevado a la abadía, siendo el primer sacerdote en llegar a esta cárcel.

DANIEL LUIS ANDRÉS DE POMMERAYES era natural de Reims, y vivía en París. Fue arrestado por negarse a hacer el juramento constitucional y llevado a la abadía donde pereció.

ALEJANDRO CARLOS LENFANT (o LANFANT) nació en Lyón el 9 de septiembre de 1726. A los 15 años entró en la Compañía de Jesús en Aviñón. Tras la primera profesión ejerció la enseñanza en Aix, Besançon y Marsella, y una vez ordenado sacerdote se le dedicó al ministerio de la predicación. Suprimida la Compañía de Jesús en Lorena (1 de septiembre de 1768) pasó a Viena, donde fue predicador de la emperatriz María Teresa. Luego pasó a París, donde el rey Luis XVI lo hizo predicador suyo. Era un gran propagandista de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Luego de haberse negado a jurar la constitución civil del clero, el rey lo tomó como confesor, y se le acusó de haber proporcionado al rey la ayuda espiritual de un sacerdote refractario que le dio la comunión pascual. Buscado por los revolucionarios, a finales de agosto fue arrestado y llevado a la abadía. Pudo huir de las grandes masacres de comienzos de septiembre pero fue muerto por la calle el día 5 de aquel mismo mes. El *Martirologio* lo conmemora entre los mártires de la abadía de hoy.

3 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Gregorio Magno († 604), papa y doctor de la Iglesia, monje, cuyo tránsito fue el 12 de marzo **.

2. La conmemoración de Santa Febe, de Cencres († s. I), colaboradora del apóstol San Pablo *.

3. En Nicomedia (Bitinia), Santa Basilisa († s. IV), virgen y mártir.

4. En Córdoba, San Sandalio († s. IV), mártir *.

5. En Toul (Galia), San Mansuelo († s. IV), primer obispo de la ciudad.

6. En el Monte Titano (Rímini), San Marino († s. IV/V), diácono y anacoreta, de quien toma nombre la República de San Marino.

7. En Irlanda, San Macanisio († 514), obispo.

8. En Milán (Lombardía), San Auxano († 589), obispo.

9. En Montesarchio (Campania), San Vitaliano († s. VII/VIII), obispo.

10. En el monasterio de Stavelot (Brabante), San Rimágilo († h. 676), abad *.

11. En la isla de Lerins (Provenza), San Aigulfo, abad, y compañeros monjes († 675), mártires.

12. En Séez (Neustria), San Crodogango († s. VIII), obispo y mártir.

13. En el monasterio de Astino (Italia), Beato Guala († 1244), de la Orden de Predicadores, obispo de Brescia *.

14. En Nagasaki (Japón), beatos presbíteros Bartolomé Gutiérrez, de la Orden de Ermitaños de San Agustín, y compañeros: Vicente Carvalho y Francisco Terrero, de la misma Orden; Antonio Ixida, de la Compañía de Jesús, Jerónimo Jo, y Gabriel de la Magdalena, religioso franciscano († 1632), todos ellos mártires **.

15. En Piacenza (Emilia), Beata Brígida de Jesús Morello († 1679), viuda, fundadora de las Hermanas Ursulinas de María Inmaculada **.

16. En París (Francia), el martirio de los beatos Abel Alricy y setenta y un compañeros que fueron sacrificados en el seminario de San Fermín: Renato María Andrieux, Pedro Pablo Balzac, Juan Francisco María Benoît o Vourlat, Miguel Andrés Silvestre Binard, Nicolás Bizé, Pedro Bonzé, Pedro Briquet, Pedro Brisse, Carlos Carnus, Bertrán Antonio de Caupenne, Santiago Dufour, Dionisio Claudio Duval, José Falcoz, Gilberto Juan Fautrel, Filiberto Fougère, Pedro Juan Garrigues, Nicolás Gaudreau, Esteban Miguel Gillet, Jorge Jerónimo Giroust, José María Gross, Pedro Guérin du Rocher, Roberto Francisco Guérin du Rocher, Ivón Andrés Guillou de Kerenrun, Julián Francisco Hédouin, Pedro Francisco Hénocq, Eligio Herque o de Roule, Pedro Luis Joret, Santiago de Lalande, Gil Luis Sinforiano Lanchon, Luis Juan Mateo Lanier, Juan José de Lavèze-Velay, Miguel Leber, Pedro Florencio Leclerq, Juan Carlos Legrand, Juan Pedro Le Laisant, Julián Le Laisant, Juan Lemaître, Juan Tomás Leroy, Martín

Francisco Alejo Loublier, Claudio Luis Marmontant de Sauvigny, Claudio Silvano Mayneaud de Bizefranc, Enrique Juan Millet, Francisco José Monnier, María Francisco Mouffle, José Luis Oviefve, Juan Miguel Philipot, Santiago Rabé, Pedro Roberto Régnet, Iván Juan Pedro Rey de Kervizic, Nicolás Claudio Roussel, Pedro Saint- James, Santiago Luis Schmid, Juan Antonio Seconds, Pedro Santiago de Turménies, Renato José Urvoy, Nicolás María Verron, Carlos Víctor Véret, todos ellos presbíteros, y también Juan Carlos María Bernard de Cornillet, canónigo de San Víctor de París, Juan Francisco Bonnel de Pradel y Claudio Pons, canónigos de Santa Genoveva de París, Juan Carlos Caron, Nicolás Colin, Luis José François y Juan Enrique Gruyer, de la Congregación de la Misión; Claudio Bochot y Eustaquio Félix, de la Congregación de Padres de la Doctrina Cristiana; Cosme Juan Pedro Duval, capuchino; Pedro Claudio Pottier, de la Sociedad de Jesús y María; y Sebastián Desbrielles, maestro de escuela, Luis Francisco Rigot y Juan Antonio José de Villette, seglares († 1792) *.

17. En París (Francia), en la prisión de La Force el martirio de los beatos Juan Bautista Bottex, Miguel María Francisco de Lagardette y Francisco Jacinto le Livec de Tresurin († 1792), presbíteros, el último, religioso de la Compañía de Jesús *.

18. En Seúl (Corea), santos Juan Pak Hu-jae y cinco compañeras, María Pak Kun-agi Hui-sun, Bárbara Kwon-hui, Bárbara Yi Chong-hui, María Yi Yon-hui e Inés Kim Hyo-ju († 1839), mártires *.

B) Biografías extensas

SAN GREGORIO MAGNO
Papa († 604)

San Gregorio Magno vivió un período de profundas convulsiones religiosas y políticas. Nacido hacia 540 en una familia de la nobleza romana, vivió los momentos más bajos de la curva de la caída de Roma y los primeros de una nueva época ascendente. Por ello puede ser considerado como el último romano, con el que se cierra el período de los grandes Padres y literatos de la Iglesia de Occidente, o como el primer hombre medieval que supo concretar en sus obras el espíritu de una nueva edad que se había de alimentar de su moral, ascética y mística hasta San Bernardo, Santo Tomás y Santa Teresa. Precisamente con su nacimiento —en 541— termina la cronología consular, que liquida definitivamente una de las instituciones básicas en la historia de Roma.

La familia de Gregorio era hondamente cristiana. Sus padres, el senador Gordiano y la noble Silvia, están emparentados con los Anicios. El palacio familiar se asienta en las estribaciones del monte Celio, en medio de un mundo lleno de recuerdos de la Roma del Imperio y de la primitiva Roma cristiana. Entre sus antepasados se encuentra el papa Félix III (483-492). La Iglesia venera en los altares a varios miembros de su familia. Su padre se dedicó al fin de su vida al servicio de la Iglesia como regionario. Su madre pasó los últimos años en el monte Aventino, en absoluto retiro. Sus tías Társila y Emiliana consagraron a Dios su virginidad. En las homilías que pronunció durante su pontificado, se complace en recordar el ejemplo de sus santas tías vírgenes. Ambas y sus padres figuran en el catálogo de los santos.

San Gregorio se formó en las escuelas de su tiempo. Por causa de las guerras habían decaído del esplendor logrado siglo y medio antes con Marciano Capella y casi aquellos mismos días con Casiodoro. Cursó derecho. De él quería hacer Justiniano la base necesaria de la unidad religiosa, política y territorial del Imperio. La formación jurídica de San Gregorio es profunda. Su alma severa y equilibrada encontró en ella una magnífica preparación para sus futuras e insoñadas actividades. Su formación literaria es menos brillante. Aún se trata en los centros universitarios de realizar el tipo ideal del orador, siguiendo las preceptivas de Quintiliano, y de Cicerón. En cambio, la formación bilingüe grecolatina ha desaparecido totalmente en el siglo VI. El santo no llegó a aprender la lengua griega, ni durante su larga estancia en Bizancio. Al terminar la carrera fue nombrado pretor (¿prefecto?) de la urbe. Eran tiempos de inseguridad y de guerras permanentes. Durante su niñez asistió a la entrada de Totila en Roma (546), a la cautividad de los romanos en Campania, a los asaltos de los godos a la ciudad en 549, a los últimos juegos circenses en el Circo Máximo, que Totila, con regia liberalidad, ofreció al pueblo romano al tiempo de despedirse. Gregorio vivió con intensidad la tragedia desgarradora de Italia, arrasada por las invasiones de los lombardos, y de Roma en ruinas. Aún hoy impresionan las descripciones de San Gregorio, de Pablo Diácono y de otros historiadores.

> «Por todas partes vemos luto —dice el santo—, por todas oímos gemidos. Las ciudades están saqueadas; los castillos, demolidos, la tierra, reducida a desierto. En los campos no quedan colonos ni en las ciudades se encuentran apenas habitantes... Los azotes de la justicia de Dios no tienen término, porque tantos castigos no bastan a corregir los pecados. Vemos a unos arrastrados a la esclavitud, a otros mutilados, a otros matados [...] ¡A qué bajo estado ha descendido aquella Roma que otras veces era señora del mundo! Hecha añicos repetidamente y con inmenso dolor, despoblada de ciudadanos, asaltada de enemigos, convertida en un montón de ruinas [...] ¿Dónde está el senado? ¿Dónde el pueblo? [...] Ya por ruinas sucesivas vemos destruidos en el suelo los mismos edificios».

Gregorio trabajó con entusiasmo juvenil en su quehacer político. Pero no encontró en sus quehaceres temporales la satisfacción que deseaba. Así comenzó a resonar en su alma la llamada a la vida contemplativa.

Entonces se cruzaron en su camino dos monjes benedictinos, Constancio y Simplicio. Procedían de Montecassino, de la generación inmediatamente posterior a San Benito. La historia tiene que agradecerles un santo, un papa, un doctor de la Iglesia, el maestro espiritual de la Orden, el discípulo más auténtico de San Benito y uno de los ascetas más importantes de la historia de la espiritualidad. La lucha interior antes de decidirse a entrar en el monasterio, y decir adiós a sus tareas temporales tan queridas, fue desgarradora. La describe el mismo santo en carta a su íntimo amigo San Leandro de Sevilla.

> «Yo diferí largo tiempo la gracia de la conversión, es decir, de la profesión religiosa, y, aun después que sentí la inspiración de un deseo celeste, yo creía mejor conservar el hábito secular. En este tiempo se me manifestaba en el amor a la eternidad lo que debía buscar, pero las obligaciones contraídas me encadenaban y yo no me resolvía a cambiar de manera de vivir. Y cuando mi espíritu me llevaba ya a no servir al mundo sino en apariencia, muchos cuidados, nacidos de mi solicitud por el mundo, comenzaron a agrandarse poco a poco contra mi bien, hasta el punto de retenerme no sólo por defuera y en apariencia, sino, lo que es más grave, por mi espíritu».

Al fin un día cambió el vestido de púrpura de gobernante por el humilde saco de monje, según noticia de Gregorio de Tours; convirtió en monasterio su palacio del monte Celio y comenzó su vida monacal. Tres fines buscó el santo en la vida del

claustro: separarse del mundo, mortificar la carne y, finalmente, la alegría de la contemplación.

> «Me esforzaba —dice en su epistolario— en ver espiritualmente los supremos gozos, y, anhelando la vista de Dios, decía no sólo con mis palabras, sino con la medula de mi corazón: *Tibi dixit cor meum: quaesivi vultum tuum, vultum tuum, Domine, requiram*».

Se dedicó con intensidad al estudio de la Sagrada Biblia, buscando la contemplación y la compunción de corazón. Ambos son sus temas preferidos, los hilos conductores de su ascética y de su mística. No en vano se le llama «doctor de la compunción y de la contemplación». También estudió con interés especial las vidas ejemplares de los monjes de Occidente. De ahí había de salir en el futuro su obra: *Diálogos de la vida y milagros de los Padres itálicos.* Allí se hizo hombre de oración y forjó su espiritualidad. Sus fórmulas alimentaron a los monjes y eclesiásticos durante muchos siglos.

A los cuatro años de paz monacal, Benedicto I le envió como nuncio (apocrisario) a Constantinopla (578), de donde volvió hacia 586. Octubre de 586 fue un mes de prueba. Lluvias torrenciales. Las aguas del Tíber alcanzaron en algunos puntos más altura que las murallas. Personas ahogadas, palacios destruidos, los graneros de la Iglesia inundados, hambre y, finalmente, la peste. Una epidemia de peste inguinar se extendió por Roma, superpoblada de refugiados de los avances lombardos. Una de las primeras víctimas de la peste fue el papa Pelagio II. Ante aquel espectáculo, clero, senado y pueblo reunidos eligieron Papa a San Gregorio. De este modo quedó Gregorio arrancado definitivamente de la soledad que buscara en el monasterio. «Mi dolor es tan grande, escribe a un amigo de Constantinopla, que apenas puedo expresarlo. Triste es todo lo que veo y todo lo que se cree consolador resulta lamentable en mi corazón». El primer Papa monje llevó su concepción monacal a la espiritualidad, a la liturgia, al pontificado.

Al principio de su pontificado publicó la *Regula pastoralis,* que llegó a ser durante la Edad Media el código de los obispos, lo mismo que la Regla de San Benito era el código de los monjes. Gregorio es, ante todo, el pastor bueno de su grey, es decir, de Roma y de toda la cristiandad.

> «Importa, dice en uno de los párrafos de la *Regla pastoral,* que el pastor sea puro en sus pensamientos, intachable en sus obras, discreto en el silencio, provechoso en las palabras, compasivo con todos, más que todos levantado en la contemplación, compañero de los buenos por la humildad y firme en velar por la justicia contra los vicios de los delincuentes. Que la ocupación de las cosas exteriores no disminuya el cuidado de las interiores y el cuidado de las interiores no le impida el proveer a las exteriores».

Éste fue el programa de su actuación. San Gregorio es un genio práctico, un romano de acción. Para él, gobernar es el destino más alto de un hombre, y el gobierno espiritual es el arte de las artes *(ars artium regimen animarum).* Su solicitud pastoral llegó a todas las iglesias: España, Galia, Inglaterra, Armenia, el Oriente, toda Italia, especialmente las diez provincias dependientes de la metrópoli romana. Fue incansable restaurador de la disciplina canónica. En su tiempo se convirtió Inglaterra y los visigodos abjuraron el arrianismo. Él renovó el culto y la liturgia con los famosos *Sacramentario* y *Antifonario* gregorianos, reorganizó la caridad en la Iglesia, administró en justicia el *patrimonium Petri.* Sus obras teológicas y su autoridad fue indiscutida hasta la llegada del protestantismo. En el siglo XIX y a principio del XX fue objeto de profundos estudios de crítica racionalista. En nuestros días es largamente estudiado por la historiografía católica. Dio al Pontificado un gran prestigio como San León Magno o el papa Gelasio. Su voz era buscada y escuchada en toda la cristiandad. Su obra fue curar, socorrer, ayudar, enseñar, cicatrizar las llagas sangrantes de una sociedad en ruinas. No tuvo que luchar con desviaciones dogmáticas, sino con la desesperación de los pueblos vencidos y la soberbia de los vencedores. Cuando los cónsules habían desaparecido, su epitafio resume su gloria llamándole «cónsul de Dios».

Como obispo de Roma su primera preocupación fue llevar al pueblo a las prácticas de la fe. Repristinó con renovado fervor la interrumpida costumbre de las estaciones. A ellas se deben las *Cuarenta homilías sobre los Evangelios.* Veinte las pronunció él mismo; las otras las leían en su presencia clérigos de su séquito, cuando sus agudos dolores de estómago le impedían predicar. Gregorio fomenta las prácticas de piedad, las buenas obras, las devociones populares, el culto a las reliquias, la doctrina de

los novísimos. Presenta el ideal de la vida cristiana en toda su integridad. A la vez renueva el culto. Introduce una serie de reformas en la liturgia que ha hecho famoso el *Sacramentario* gregoriano. Mandó se dijese *alleluia* fuera del tiempo de Pentecostés; que se cantase el *kyrie eleison;* que el *Pater noster* se recitase después del canon... Se le criticó repetidamente de querer bizantinar la liturgia romana.

La reforma que más fama le ha dado es la del llamado canto gregoriano. Gregorio restauró y renovó la *Schola cantorum* y compiló el antifonario llamado en su honor gregoriano. La *Schola* llegó a ser un centro superior de cultura musical, y seminario del clero romano. La obra de San Gregorio se realizó por medio de los músicos profesionales de la *Schola cantorum.* No fue él un creador, pero su obra fue esencial y el éxito es inexplicable sin su espíritu renovador y su autoridad. Gracias a él se aunaron los diversos cantos en una sola liturgia, que poco a poco triunfó de los otros ritos y se impuso como universal expresión religiosa. Con su colección de cantos recogida en el *Antifonario gregoriano* fue el verdadero ordenador y restaurador del canto eclesiástico, en un momento crítico de la historia de Europa. Al llegar el siglo XI, el proceso de unificación musical estaba completo, salvo raras excepciones como la ambrosiana y visigoda. Europa tuvo un canto eclesiástico común, gracias principalmente a San Gregorio.

La acción del santo se extendía a Italia, de la que era metropolitano, a Occidente, del que era patriarca, y a la Iglesia universal, de la que era primado. Su epistolario consta de 859 cartas. Por él desfilan toda clase de personas y en él se tocan multitud de asuntos canónicos y administrativos con un sentido de humanidad, justicia, defensa de los humildes, prudencia de gobierno espiritual y material extraordinario. Su estilo es sencillo, llano de conversación hablada, lleno de frescor. Gracias a las cartas, el pontificado del santo es uno de los mejor conocidos de la antigüedad.

España fue una de las provincias más tranquilas del patriarcado de Occidente durante el pontificado de San Gregorio. Dominados los suevos y vascones y reducido a su mínima expresión el territorio bizantino, Leovigildo casi había conseguido la

unidad política. Faltaba la religiosa. El rey quiso realizarla en el arrianismo. Gregorio conoció en Constantinopla la rebelión de Hermenegildo por las informaciones confidenciales de su amigo San Leandro. En el libro de *Los diálogos* (lib.III, c.31) narra con amor la gloria y desventura del príncipe Hermenegildo, su derrota, encarcelamiento y martirio (año 586). Los acontecimientos se precipitaron después de la muerte del príncipe: muerte de Leovigildo, conversión de Recaredo (587), Concilio III de Toledo y conversión oficial del pueblo visigodo. Los pueblos latino y visigodo se unieron estrechamente. Ello hizo posible aquella pequeña edad de oro de nuestra cultura. Aquellos extraordinarios acontecimientos hicieron exclamar a los obispos españoles al terminar su profesión de fe los reyes:

> «Gloria a nuestro Señor Jesucristo que ha acogido en la unidad de la verdadera fe a este pueblo privilegiado de los godos y que ha establecido en el mundo un solo rebaño bajo un solo pastor».

San Leandro envió largo informe al Papa. San Gregorio contestó con otra carta exultante de gozo:

> «No puedo expresar con palabras la alegría experimentada por mí, porque el gloriosísimo rey Recaredo, nuestro hijo común, ha pasado a la Iglesia católica con sincera devoción. Por el modo con que me habláis de él en vuestras cartas, me obligáis a amarlo sin aún conocerlo».

Su acción pastoral se extendió a África, a Francia, pero acaso la página más gloriosa del pontificado del santo, en el aspecto misionero, sea la conversión de Inglaterra. La conversión de los anglosajones constituye un acontecimiento inesperado, casi increíble, por su rapidez. He aquí los hitos de una película:

— Año 590: San Gregorio asciende al pontificado.

— Año 595: el Papa encomienda al presbítero Cándido comprar esclavos anglosajones de diecisiete a dieciocho años para educarlos en un monasterio cerca de Roma. Su ilusión es hacer «ángeles de los anglos».

— Año 596: el rey de los anglosajones, Etelberto, se casa con la princesa católica Berta. Camino de Inglaterra sale un grupo de misioneros del convento de San Andrés de Roma. Agustín es el responsable del grupo. Desanimados los misioneros, reciben en Lerins una carta del Pontífice:

> «Porque hubiera sido mejor no comenzar una obra buena que retirarse después de haberla comenzado, es necesario, amadísimos hijos, que terminéis, con el favor de Dios, la obra buena emprendida. No os atemoricen las fatigas del viaje ni la lengua de los hombres maldicientes, sino continuad con toda solicitud y fervor lo que por inspiración de Dios comenzasteis, sabiendo que a las grandes empresas está reservada la gloria de la eterna retribución [...] Obedeced humildemente a vuestro prepósito Agustín [...] El omnipotente Dios os proteja con su gracia y me conceda ver en la patria eterna el fruto de vuestras fatigas. Que si no puedo ir a trabajar junto con vosotros como es grande mi deseo, me encontraré partícipe con vosotros del gozo de la retribución. Dios os custodie incólumes, hijos míos queridísimos».

Como la dificultad mayor era la lengua, Gregorio les proveyó de intérpretes.

— Junio de 597: el rey es bautizado.

— Navidad de 597: Agustín bautiza más de 10.000 anglosajones. Gregorio envía nuevos refuerzos de misioneros y traza las líneas generales de la jerarquía católica en Inglaterra.

Como escritor, San Gregorio es el más fecundo de los papas medievales y uno de los cuatro doctores de la Iglesia occidental, con San Ambrosio, San Agustín y San Jerónimo. Los tres primeros son casi contemporáneos. Pertenecen a aquella generación extraordinaria que dio también los grandes doctores a la Iglesia del Oriente. El cuarto de los doctores occidentales, San Gregorio, vivió casi dos siglos más tarde. Fue un hombre más bien de acción. Escribió obras de carácter ascético y moral, que hicieron de él el doctor de la vida contemplativa y de la compunción en toda la Edad Media. Una obra suya, el *Comentario a los libros de Job,* fue llamado por antonomasia *Los morales* o *Libro de los morales.* Fue el gran moralista de la Edad Media. Su actividad literaria se desarrolla desde el tiempo de su nunciatura en Constantinopla hasta su muerte (582-604) y está constituida por el *Registrum epistolarum; Los morales; La regla pastoral; XL homilías sobre los Evangelios; XXII homilías sobre Ezequiel; Los cuatro libros de los Diálogos* y su intervención en el *Sacramentario* y *Antifonario* de su nombre. Sus obras ocupan cuatro volúmenes en la *Patrologia latina* de Migne. Gracias a sus obras y a su actuación pastoral, la cristiandad sacral pensó, obró y cantó al unísono.

MELQUIADES ANDRÉS MARTÍN

Bibliografía

Act. SS. Boll., 12 de marzo: *Vita*, de PABLO DIÁCONO; *Vita*, de JUAN DIÁCONO.
ANDRÉS MARTÍN, M. (ed.), *Obras de San Gregorio Magno* (BAC 170; Madrid 1958). Con buena introducción biográfica.
BATIFFOL, P., *Saint Grégoire le Grand* (Les Saints; París 1928).
DUDDEN, F. H., *Gregory the Great, his place in history and in thought*, 2 vols. (Londres 1905).
GODET, P., Art. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* VI/2: *Ghezzi-Hizler* (París 1947).
Gregorii I papae registrum epistolarum, en *Monumenta Germaniae Historica. Epistolae,* 1-2 (Stuttgart 1965).
GREGORIO MAGNO (SAN), *Obras:* PL 75-79.
GRISAR, H., *San Gregorio Magno* (Roma 1904).
JUAN, S., *Gregory the Great, his work and his spirit* (Londres 1924).
TACIAN, M., *Saint Grégoire le Grand, évêque de Rome; sa vie et son activité* (Gutenberg 1904).
• Actualización:
GANDOLFO, E., *Gregorio Magno Servo dei Servi di Dio* (Ciudad del Vaticano 1998).
GODDING, R., *Bibliografia di Gregorio Magno (1890/1989)* (Roma 1990).
MINUTILLA, A. M.ª, *Il monaco pastore: San Gregorio Magno* (Palermo 2003).

BEATOS BARTOLOMÉ GUTIÉRREZ, VICENTE CARVALHO, FRANCISCO TERRERO, ANTONIO IXIDA, JERÓNIMO JO Y GABRIEL DE LA MAGDALENA

Religiosos y mártires († 1632)

El beato mártir del Japón Bartolomé Gutiérrez (1580-1632) —ilustres etimólogos sostienen que Bartolomé derivaría del arameo significando *hijo del arador*— vino a este mundo de sufrimientos y pesares, también de gozos y esperanzas (GS 1), en la ciudad de México, entonces capital de Nueva España, el 24 de agosto de 1580. Sus piadosos padres, Alonso Gutiérrez y Ana Rodríguez de Espinosa, matrimonio ejemplar y temeroso de Dios, se encargaron desde el principio, como es natural, de su educación cristiana. Muy joven aún, dieciséis años no más, 1596, vistió en su ciudad natal el santo hábito agustiniano, y el 1 de junio de 1597 hizo su profesión religiosa en la Orden de San Agustín.

Para estudiar Artes y Teología se le envía al convento de Yuririapúndaro, en cuyos claustros sobresale por su aplicación y provecho en la virtud. Una vez completado el curso académico y luego de haberse ordenado sacerdote, vive un tiempo en el

convento de Puebla de los Ángeles, pero él no tarda en pedir destino a las misiones: le tira mucho lo de irse a convertir infieles japoneses. Por si ello fuera poco, su familiaridad con los escritos del Hiponense le facilita el darse frecuentemente de manos a boca con perlas de misionología como esta famosa alusión a los donatistas:

> «Extiende tu caridad por el orbe entero, si quieres amar a Cristo, puesto que los miembros de Cristo se extienden por todo el orbe. Si amas sólo una parte, estás dividido; si estás dividido, no te hallas en el cuerpo, y, si no te hallas en el cuerpo, no estás bajo la Cabeza» *(In ep. Io. tr.* 10,8).

Bartolomé Gutiérrez zarpa con fray Pedro Solís —febrero de 1606— rumbo a Filipinas, donde por espacio de seis años va a ejercer de maestro de novicios en Manila. Un magisterio el suyo, por cierto, copioso en bendiciones y fecundo en resultados, ya que de las promociones novicias de aquel período fueron saliendo, cual vistosas y variadas plantas de un florido vergel, muchos fieles imitadores de sus virtudes, entre ellos algunos japoneses que más tarde tendrían la dicha de alcanzar con él la palma del martirio. Pero la *missio ad gentes* le sigue tirando fuerte del alma, de modo que las semanas se le antojan meses, y los meses años, en aquel interminable paréntesis que procura vivir aferrado siempre a la esperanza, y convencido de que la fruta madura de las misiones terminará cayendo, pues «la actividad misionera fluye de la misma naturaleza íntima de la Iglesia, cuya fe salvífica propaga, cuya unidad católica perfecciona dilatándola, con cuya apostolicidad se sustenta» (AG 6).

Su aspiración misionera se vio definitivamente cumplida con el viaje a Japón en 1612. En tierras niponas del sol naciente habría de permanecer en calidad de misionero un montón de tiempo, y allí pudo escribir hacia 1622 una interesante narración sobre los mártires japoneses. Pero no adelantemos acontecimientos. Al hilo de sobresalientes fechas, hechos y lugares, resulta obligado referir que en 1613 —un año trascendental— se le nombra prior en Usuqui *(Ousouki).* Buen conocedor como él era del idioma del país, se entregó de lleno a sembrar la semilla del Evangelio procurando siempre, a imitación de Jesucristo, predicar con el buen ejemplo antes que con la palabra, cons-

ciente de que «la Iglesia peregrinante es, por su naturaleza, misionera, puesto que toma su origen de la misión del Hijo y de la misión del Espíritu Santo, según el propósito de Dios Padre» (AG 2). El mismo año de 1613 lo encontramos al frente de una cristiandad numerosa en el convento de Usuqui.

Desgraciadamente las complicaciones no se harían esperar. Cuando el horizonte no parecía presagiar contratiempos ni desdichas, cuando se esperaba un porvenir favorable a las misiones, el signo y viento de la hora empezó de pronto a cambiar. El detonante no fue otro que la llegada de ingleses y holandeses que hicieron saber al emperador japonés que no era preciso admitir en el país a los misioneros españoles para mantener relaciones comerciales con los Estados de Europa. Un modo más de forzar el que la política predominase sobre la religión. Dicho de otro modo: una sucia y artera maniobra para terminar anteponiendo el expansionismo de la política comercial a los legítimos derechos del Evangelio.

El hecho es que el 27 de enero de 1614 se hizo de dominio público el decreto de expulsión de todos los misioneros y destrucción de sus iglesias. Hubo súplicas y dilaciones y moratorias y solicitudes, naturalmente, pero todo fue en vano. Encerrados/embarcados en tres naves —corría el mes de noviembre— salieron del país aquellos adalides de la libertad con el único delito de haber practicado el paulino «gastarse y desgastarse por Cristo». Se encontraba entre ellos el agustino que más años había dedicado a la naciente cristiandad japonesa: el intrépido P. Bartolomé Gutiérrez llegado de Manila en 1612. No estaba entre los expulsados, en cambio, Fernando Ayala, que había aprendido a disfrazarse desde que la persecución castigara con el martirio a tres de sus neófitos en 1611. El «pintoresco» emperador Taicosama ordenó sin más contemplaciones la expulsión de todos los misioneros, y al año siguiente su persecución y proscripción. Las autoridades japonesas acabaron capturando al P. Bartolomé y éste tuvo que salir hacia el exilio. Regresó, pues, con los religiosos de las demás Órdenes a Manila, y allí se le volvió a encomendar el oficio de maestro de novicios.

Recrudecida la persecución japonesa a raíz, sobre todo, del martirio de su hermano de hábito Fernando Ayala de San José,

las demandas de nuevos refuerzos no tardaron en llegar a Manila pues los cristianos se habían visto privados de muchos agustinos. Fueron mayormente los cofrades de la Consolación quienes más insistieron en pedir ayuda y quienes con mayor ahínco y valimiento expusieron su necesidad al superior mayor del Archipiélago. Precisan algunos cronistas, incluso, que los convertidos pedían expresamente la vuelta del P. Bartolomé Gutiérrez: parece que el religioso había dejado buen recuerdo y querían por todos los medios tenerlo de nuevo junto a sí. El provincial designó a éste y al también religioso sacerdote Pedro de Zúñiga, quienes el 12 de agosto de 1618 se encontraban ya en tierra nipona. El segundo religioso hubo de regresar a Manila por orden del gobernador de Nagasaki una vez descubierto que era hijo del virrey de Nueva España y, en consecuencia, no podía condenársele al fuego, suplicio reservado a los misioneros. Ante cartas y más cartas suplicatorias de los cristianos de Nagasaki, Zúñiga volverá dos años después a la misión con el dominico Luis de Flores.

El Beato Pedro de Zúñiga, en efecto, había nacido en Sevilla y crecido en América, donde su padre fue sexto virrey de Nueva España y del Perú. De nuevo en España, entró en la Orden de San Agustín, aunque, una vez recibida la ordenación sacerdotal, se hizo otra vez a la vela —1610— rumbo a Manila. En 1620 es destinado a Japón, donde intenta llegar con Luis Flores, ambos disfrazados, en una pequeña barca. La desgracia quiso que fueran capturados por piratas holandeses protestantes que los entregaron a un cacique japonés. Pedro de Zúñiga y Luis Flores acabarían quemados vivos en Nagasaki, mientras que el capitán y la tripulación del barco murieron decapitados. El Beato Pío IX los beatificó a todos en 1867. Glorioso nombre el suyo, claro que sí, a celebrar emparejado con los beneméritos santos y beatos Magdalena de Nagasaki, Ezequiel Moreno, Francisco de Jesús, Vicente de San Antonio, Melchor de San Agustín, Martín de San Nicolás y María de San José, santificados en el ejercicio apostólico de la caridad, incluso del «supremo don y la prueba mayor de caridad» que es el martirio.

Pero no perdamos el hilo del P. Bartolomé Gutiérrez que, de nuevo en Nagasaki desde 1618, como ya se ha apuntado, tra-

bajó incansablemente hasta finales de 1629, siendo entre sus amadísimos fieles un magnífico ejemplo de vida sacrificada y un constante estímulo de fervor, administrando a escondidas los santos sacramentos, predicando y alentando a los débiles en la fe.

Algunas crónicas de su historia misionera ofrecen remembranzas de la literatura taumatúrgica y punto menos que folclórica de la antigüedad, con adornos, si bien se mira, más legendarios que reales. Valga de prueba lo que sigue:

> «Cuéntase que en cierta ocasión que le acosaban y seguían de cerca los sicarios de los *tonos* idólatras, se escondió en el rincón de una casa y que le libró Dios, como ocurriera a San Félix de Nola, encubriéndole con telarañas. Otra vez, en iguales circunstancias, apresuró el paso y, doblando una esquina, entró en una casa, tomó un instrumento músico y haciéndole sonar salió al encuentro de los que le perseguían, con tanto disimulo que no le hicieron ni caso. Finalmente, en otra ocasión, le escondió una buena mujer en un cuarto, y habiéndola preguntado los satélites dónde se hallaba el Padre, ella, llena de terror, contestó que dentro; pero quiso Dios que se sonriese la mujer al decirlo, como para congraciarse y que no se metieran con ella, por lo que tomaron a burla sus palabras y se marcharon sin entrar».

De este modo, sin cejar en las tareas apostólicas que intercalaba con permanente oración y duras penitencias, estuvo trabajando hasta noviembre de 1629, fecha en que le sorprendieron predicando a los cristianos de Isafay muy atemorizados a causa de la persecución. Lejos de remitir, ésta llevaba camino de ir a más. Por todas partes arreciaba. Y cuanto se temía ocurrió. Llegó en 1629 a Nagasaki como gobernador Tacanaga Tonemedono, rey de Bungo, quien de tal suerte redobló la persecución que «mostró claro ser ministro del infierno, pues como león fiero y voraz no se vio harto de la sangre de los inocentes cristianos hasta matar muchas castas vírgenes en edad pueril, y condenando a muerte los niños inocentes que estaban aún en los vientres de sus madres si, en naciendo y saliendo a la luz de este mundo, no adoraban a un infernal ídolo que les ponían delante».

Tacanaga respiraba odio contra el P. Bartolomé Gutiérrez por los muchos éxitos que éste venía cosechando en su reino de Bungo, pues como los agustinos habían fundado allí el primer

convento no podía él evitar su influjo por doquier. Por si lo del convento fuera poco, apenas unos días antes el religioso había tenido el atrevimiento de convertir al cristianismo incluso a familiares suyos. Era demasiado. Tacanaga, por todo ello, no se daba tregua en el avieso propósito de prender al agustino, máxime viendo que sus intentos, uno tras otro, iban fallando. En vista de lo cual recurrió a la peor estratagema de los apóstatas renegados, prontos al trabajo sucio de la traición. Fueron tales sus ofertas, tan cuantiosos los premios, tan abundante y tentador el dinero que se ofrecía que resultaba prácticamente imposible que no apareciera de pronto algún Judas dispuesto a la felonía. Muy bien se le alcanzaba al P. Bartolomé que Dios podía servirse de tan baja estofa para consumar el martirio. Ocurrió con Jesús de Nazaret y el discípulo ahora no iba a ser menos. Como así fue: el P. Bartolomé cayó preso en el reino de Isafay el 10 de noviembre de 1629. Junto a él arrestaron al catequista Juan Shozaburo, junto al caserío de Kikizzou, al mismo tiempo que a tres de sus auxiliares japoneses, futuros mártires ellos también. Todos fueron a parar por orden del rey Tacanaga a la cárcel de Nagasaki, donde se les unieron pronto los agustinos, luego asimismo mártires, Francisco Terrero (Francisco de Jesús) y Vicente Carvalho (Vicente de San Antonio).

Bartolomé Gutiérrez había sido desde 1618 el sostén de los cristianos, catequistas y terciarios de la misión agustiniana. Solía pasar el día oculto en una cueva y la noche con su grey, incansable en oír confesiones y en bautizar nuevos prosélitos.

El tirano Tacanaga empezó a frotarse las manos no bien supo de su captura. Fueron, sin embargo, mayores la alegría, el gozo y la satisfacción del prisionero viéndose de tal guisa por Cristo. Al fin, sus largos e interminables trabajos, su dolor y su pena, su indecible gozo y su alegría desbordante en la evangelización de aquellas tierras iban a tener el mayor premio que hubiera podido imaginar: el martirio. Con pesados grillos en los pies y lacerantes esposas en las manos, fue conducido a una pequeña cárcel —mazmorra, más bien—, inmunda y maloliente. Los sayones multiplicaron cuanto pudieron y supieron las penalidades, pero el religioso, acostumbrado como San Pablo a la abundancia y a las privaciones, enfocó del mejor modo posible

la claustrofóbica prisión asignada en suerte. Y puesto que los sayones querían más seguridad, se lo llevaron a otra más fuerte y de no menos cochambre. Bartolomé Gutiérrez hizo el camino tranquilo y resignado, alabando a Dios y cantándole himnos y dándole infinitas gracias, pues, como a los apóstoles, le concedía padecer afrentas y trabajos por su santo nombre (cf. Hch 5,41) y todo lo iba disponiendo divinamente para el sublime y supremo don de morir por su santa fe.

En esta cárcel de Omura fue languideciendo por dos años, sin cejar por ello en el empeño apostólico con los presos ni omitir la correspondencia con sus propios superiores y fieles cristianos. Desde esta malhadada prisión pudo escribir el 27 de octubre de 1630 a su Provincial avisándole, «por estar al presente por horas y momentos esperando la muerte», de cómo y en poder de quiénes dejaba las cosas de su uso y las de los conventos; de haber donado el hábito «con la licencia y autoridad que tengo, dada por nuestro P. Provincial Fr. Alonso de Méntrida», al *doxico* Fr. Juan de San Agustín, preso con él, para que se sepa que «si muriese y padeciese conmigo, muere religioso», y así otras noticias no menos interesantes.

El 25 de noviembre de 1631 volvió —con sus hermanos agustinos Francisco de Jesús y Vicente de San Antonio, así como el jesuita japonés Antonio Ixida— desde Omura a Nagasaki, donde se encontraron en la prisión al hermano franciscano español Gabriel de la Magdalena. Durante un mes sufrieron el tormento del monte Ungen: desde la prisión, en unas embarcaciones llamadas *funeas,* fueron conducidos, en compañía de varios agustinos recoletos y algunos terciarios, al lago de Arima, el de las hirvientes aguas sulfurosas del monte Ungen que abrían llagas profundas en las carnes. Con grandes cazos los verdugos derramaban dichas aguas sobre los cuerpos desnudos hasta escaldarlos y desollarlos, creyendo que así les harían renegar de la fe. Dolorosísima prueba ésta y causa de no pocas apostasías. Dispuestos a todo para conseguirlas, los verdugos se preocupaban de mandar a un médico que curase la piel abrasada de los misioneros, para, una vez sanos, renovar el tormento. Se les prometió vida y libertad si claudicaban. Sólo ante la constancia en la fe y viendo que nada conseguían, fueron devueltos

a Nagasaki donde padecieron la sentencia final: ser quemados vivos a fuego lento. Tras el encarcelamiento de casi un año, la sentencia fue ejecutada en Omura: el P. Bartolomé Gutiérrez, junto a sus compañeros, murió amarrado al pie de un madero el 3 de septiembre de 1632.

Todos fueron beatificados por el papa Pío IX el 22 de mayo de 1867.

Nuestro beato dejó escrito una *Explicación de la doctrina cristiana, en idioma japonés* y nos regaló dos relaciones de mártires publicadas en la obra de Sicardo (cf. bibliografía): *Relación del sucesso de la prisión y del dichoso fin de los bienaventurados mártyres Pedro de Zúñiga y Luis Flores; Relación del martirio que padecieron otros religiosos en el Japón en el mes de septiembre de 1622.*

Al Beato Bartolomé Gutiérrez y compañeros cabe aplicar las inspiradas palabras de San Agustín:

> «¿No son los mártires, por ventura, testigos de Cristo, que dan testimonio de la Verdad? Y, mirándolo bien, ese testimonio que de Cristo dan los mártires es testimonio dado por él a sí mismo; dentro, en efecto, de los mártires habita él para que den testimonio de la Verdad» *(Sermón* 128,3).

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Art. en A. BAUDRILLART - R. AUBERT (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique,* XXII: *Grégoire-Haeglsperger* (París 1988) cols.1224-1225.

Bibliotheca sanctorum. VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966) cols.547-548.

CLAVER, M., OSA, *El admirable y excelente martirio en el reyno del Japón de los benditos padres fray Bartolomé G., fray Francisco de Gracia y fray Thomás de S. Agustín,* II (Manila 1638) 5-33.

DÍAZ, G., «Gutiérrez, Bartolomé», en Q. ALDEA VAQUERO - T. MARÍN MARTÍNEZ - J. VIVES GALETI (dirs.), *Diccionario de historia eclesiástica de España,* II (Madrid 1972) 1069.

GARCÍA, E., *Crónica de la Provincia Agustiniana del Santísimo Nombre de Jesús de México. Libro quinto* (Madrid 1918) 330-332; nueva ed.: México 1997.

GIACOMINI, A. M., OSA, «Bto. Bartolomé Gutiérrez (1580-1632)», en F. ROJO, OSA (ed.), *La seducción de Dios. Perfiles de hagiografía agustiniana* (Roma 2001) 199-200.

GUTIÉRREZ, D., *Historia de la Orden de San Agustín.* II: *Los agustinos desde el protestantismo hasta la restauración católica* (Roma 1971) 255-258.

LAZCANO, R., OSA, *Bibliographia missionalia augustiniana. America latina (1533-1993)* (Madrid 1993) n.73, 81, 104, 107, 933, 2508-2552 (p.348-354).

LEDESMA, J., OSA, *Retablo agustiniano* (Guadalajara 1984) 19-25.

Martyrologium romanum, o.c., 468, n.12*; 672.

MERINO, M., «Martirio del Bto. padre Bartolomé Gutiérrez»: *Archivo Agustiniano* 59 (1965) 299-332.

NAVARRETE, N. P., OSA, *Historia de la Provincia agustiniana de S. Nicolás de Tolentino de Michoacán,* I (México 1978) 246-272.

SICARDO, J., OSA, *Christiandad del Japón, y dilatada persecución que padeció* (Madrid 1698) 209-219.

BEATA BRÍGIDA DE JESÚS MORELLO

Viuda y fundadora († 1679)

Esta mujer insigne, frágil en el cuerpo y fuerte en el espíritu, llena de fervor apostólico y dotada de altísimos carismas, iluminó el siglo XVII en la ciudad de Piacenza con su consagración absoluta a Dios y al bien de sus hermanos, singularmente en la educación de la juventud femenina. Mujer de su siglo, puede ser hoy modelo en el seguimiento de Cristo de jóvenes, de casados, de laicos y de religiosos, especialmente de educadores.

Nació el 17 de junio de 1610 en el pueblo de San Michele di Pagana, en la Liguria, en la provincia de Génova y en la diócesis de Chiavari, en el seno de una familia de profundas tradiciones cristianas. Era la sexta de los once hijos de Nicolás y de Lavinia Borzese. Cuentan que, en su más tierna edad, resolvió ser santa. La conmovía especialmente la pasión de Jesús, entregado a la muerte por los pecados de los hombres y de las mujeres. Su profunda piedad la empuja hacia la consagración en un monasterio; pero no obtiene el consentimiento paterno. El padre le indica que sea monja en su propia casa o que contraiga matrimonio. A Brígida no le satisface esta propuesta: continúa llevando vida ejemplar de familia, rodeada de muchas compañeras que aprecian sus dotes de amabilidad y sus virtudes, dedicada asimismo a la caridad hacia los pobres y menesterosos.

Una moción interna del Señor, el Jueves Santo de 1630, le propone abrazar el matrimonio, que también es camino de santidad. El 16 de octubre de 1633 contrae matrimonio con Mateo Zancano, de Cremona, y pasa a residir con su marido a Salsomaggiore (Parma). Lleva una vida conyugal ejemplar, sus nuevos conciudadanos admiran sus virtudes; es feliz con su esposo. La guerra de 1636 trunca ilusiones, bienestar y fortaleza física. Mateo y Brígida ven quebrantada su salud; él muere de tisis en 1637.

La joven viuda descarta nuevas nupcias. Se consagrará totalmente al Señor. Inicia su ascensión hacia la unión perfecta con Cristo, el Salvador de la humanidad, por la cual murió y resucitó, reanimando en su interior los piadosos sentimientos de su adolescencia. Entonces su espíritu empieza a abrirse al anhelo de la evangelización de los pueblos, en las misiones; se abre a la proyección ecuménica, para que la Iglesia de Cristo recupere su unidad. Su celo apostólico abraza el universo; no conoce fronteras.

Empieza por dirigir el catecismo en su parroquia, forma a las catequistas, influye cristianamente en las familias. El 1640 se traslada a la ciudad de Piacenza. Brota de nuevo en su corazón la vocación monástica. Espera que su confesor consiga que las capuchinas le abran las puertas del claustro, pero las monjas no la admiten por ser viuda. Entonces se confía a la dirección espiritual de los jesuitas: éstos la acompañarán siempre y la confortarán en su camino hacia la perfección, especialmente los padres Giovanni Paolo Carletti y Antonio Morando. Éste será su confesor y primer biógrafo.

A finales de 1645, la duquesa Margarita de Médicis Farnese pidió a los jesuitas que le proporcionaran una persona capaz de dirigir en Piacenza un colegio para la educación de la juventud femenina, como el que existía ya en Parma. El P. Carletti propone tal misión a Brígida. Ésta descubre que Dios la llama a esta tarea y acepta. Primeramente, desde septiembre de 1646, recoge en su misma casa a algunas jóvenes. El 17 de febrero de 1649, miércoles de ceniza, inicia con cinco compañeras una nueva asociación religiosa, que será dirigida por los jesuitas. Con gran pobreza, inicia el colegio de Santa Úrsula, que dará cuna a las «Ursulinas de María Inmaculada». Brígida es la primera priora del colegio; pretende educar a las jóvenes para que sean corazón de la familia y del mundo, a imitación de la Virgen Inmaculada.

En abril de 1655 y hasta su último aliento, en 1679, una serie de males inexplicables afligen su espíritu y van minando su cuerpo. Pero sus facultades mentales y su capacidad de gobierno se mantienen activas. En el mismo año que se detecta su dolorosa enfermedad, es elegida superiora general de la congrega-

ción de ursulinas que ha formado; es reelegida para tal cargo en 1670 y en 1675.

Al verse imposibilitada para escribir, dicta a su fiel hermana Isabel Lampugnani directrices de gobierno de la congregación, exhortaciones y otros escritos espirituales, llenos de fe y de intuición psicológica, testimonios de sus experiencias de trato íntimo con Dios.

Brígida, para demostrar su consagración total a Cristo, a imitación de Santa Teresa de Ávila, añadió a su nombre de pila el «de Jesús», amó de tal forma sus dolores que fueron para ella fuente de fecundidad espiritual. En la bula de beatificación, afirma Juan Pablo II que Brígida de Jesús transcurrió toda su vida «a la luz del amor redentor del misterio pascual: de éste bebió su afán insaciable de la gloria de Dios y de la salvación universal de los hombres». En su enfermedad, cuyo diagnóstico nunca acertaron los médicos y que duró 24 años, experimentó consuelos y revelaciones místicas. El de la enfermedad fue el camino elegido que recorrió para configurarse con Jesús crucificado. Su corazón encendido de la caridad de Cristo, se dilata con impulso misionero y ecuménico: se ofrece como víctima por la conversión de los infieles y especialmente por la unidad de los cristianos. Profesa gran devoción a San Francisco Javier; movida por su ardor apostólico, siembra la semilla misionera en su Instituto que lo proyectará a las misiones en países lejanos.

En 1674 tiene que añadir a sus dolores físicos el sufrimiento moral de unas hijas, «que amaba más que a la propia vida», pero que se rebelaron contra ella, inducidas por incautos confesores. Soporta todo en silencio, impone silencio a todos, lo excusa todo, no sale de su corazón una queja. Sólo da gracias a Dios por haber merecido tanto sufrimiento. Las rebeldes finalmente encontraron en ella a la más tierna de las madres, y las que le habían permanecido fieles se ratificaron en la convicción de que tenían por fundadora y superiora a una santa.

La Beata Brígida cifra su ideal de educadora en la promoción integral de la mujer. No se contenta con las formas ni con los resultados mundanos. A partir de la experiencia de la fe, la gran educadora diseña un proyecto de vida íntegro e integral, atento a todas las dimensiones de la persona, sin olvidar nunca

la raíz y el fundamento de toda existencia; las jóvenes deben aprender a trabajar, a leer y a escribir, a ejercitarse en las artes femeninas y a adquirir una cultura seria; deben recibir una formación cristiana sólida desde el punto de vista ascético-espiritual. Así la mujer se formará una personalidad, sostenida por la fe y la sabiduría, así será capaz de sostener una familia, de educar cristianamente a los hijos, de configurar la sociedad de la que forma parte. El servicio educativo, dice madre Brígida, se tiene que prestar «con dulzura y suavidad», «con equidad y firmeza». La educadora ha de estar dotada de convicciones profundas, de una fe que es propuesta integral de crecimiento humano y cristiano; la educación debe ejercerse en un profundo respeto a la libertad y al ritmo de crecimiento personal de la educanda.

Después de dejar un ejemplo altísimo de consagración a Dios y a los hermanos, al progreso espiritual de sus hijas y a la educación cristiana, humana y cultural de sus alumnas, le llegó la hora de las nupcias definitivas y eternas con su Señor. Crucificada con Cristo en el lecho del dolor, el domingo 3 de septiembre de 1679, pasó de este mundo perecedero al cielo nuevo y la tierra nueva que siempre había deseado.

Recibió sepultura en la iglesia de San Pedro de Piacenza, aunque hoy se ignora el lugar exacto de su tumba.

De ella se han conservado cartas, varios escritos espirituales sobre la presencia de Dios y varias recomendaciones a sus hijas. El P. Antonio Morando, SI, fue su primer biógrafo; su biografía fue publicada en la *positio,* publicada en 1964.

La congregación de «Ursulinas de María Inmaculada de Piacenza» fue reconocida como Instituto de derecho pontificio en 1936, cuando la regla de Brígida de Jesús fue reconocida y aprobada después de siglos de transmitir a esta familia religiosa la sabiduría de la Cruz y el espíritu misionero y ecuménico. Actualmente estas ursulinas están extendidas por Italia, India y Brasil. En 1998 la congregación contaba con 685 religiosas, distribuidas en 76 comunidades.

El duque Ranuccio II Farnese quiso introducir la causa de canonización. Vicisitudes históricas retrasaron tal propósito. Hasta los años 1927-1928 no se celebró el proceso ordinario de

beatificación en Piacenza; en 1971 la Congregación de las causas de los santos aceptó la causa. El 29 de abril de 1980 Juan Pablo II la declaró venerable por la heroicidad de sus virtudes; el 18 de diciembre de 1997 fue aprobado el milagro para su beatificación que celebró el papa en la Plaza de San Pedro el 15 de marzo del año siguiente.

La superiora general de las Ursulinas de María Inmaculada escribió, en tal efeméride, que el mensaje de que la caridad y la alegría espiritual son necesarias para el mundo de hoy es el que nos transmite la Beata Brígida de Jesús: bajo su guía, con corazón abierto y con alegría, debemos ayudar a todos a crecer, a sufrir y a esperar, en un mundo mejor que debemos conformar con todos los hombres de buena voluntad, en nombre de Cristo Jesús y de su Madre Inmaculada.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 40 (1998) 619-620; 41 (1999) 90-92.
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.940-941.
— *Appendice seconda* (Roma 2000) col.983.
BIANCHEDI, *Un'anima sposa dell'Amor Crocifisso. Vita della M. Brigida di Gesù, fondatrice delle Orsoline di Piacenza* (Piacenza 1928).
L'Osservatore Romano (15-3-1998).
SACRA RITUUM CONGREGATIO, *Placentina. Beatificationis et canonizationis servae Dei Birgittae a Iesu fundatricis Domus Sanctae Ursulae de Placentia († 1679). Summarium ex officio super scriptis* (Roma 1956).
— *Positio super introductione causae et super virtutibus ex officio composita. Processo di canonizzazione* (Roma 1964).
SIMONI, E. M.ª, *Storia breve di Brigida Morello detta «Brigida di Gesù»* (Piacenza 1976).
— Art. en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione,* VI: *Monachesimo urbano-Pinzoni* (Roma 1980) cols.149-151.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA FEBE
Diaconisa († s. I)

Sólo sabemos de ella lo que dice San Pablo en su carta a los Romanos 16,1. En ella recomienda a la iglesia de Roma a Febe, cuyo nombre significa pura, y que es hermana nuestra —dice el apóstol—, es decir, una cristiana, la cual era ministra o diaconi-

sa *(diáconon)* de la comunidad cristiana de Cencres y que parece ser la portadora de la carta de Pablo. Él pide que se la reciba de manera digna y que se la asista en cualquier cosa que pudiera necesitar de los cristianos de Roma. El motivo que da el apóstol es que ella ha favorecido por su parte a muchos y concretamente al propio San Pablo. En su decisión de conmemorar a los personajes bíblicos del Antiguo y del Nuevo Testamento, el nuevo *Martirologio* no se ha olvidado de Febe.

SAN SANDALIO

Mártir († s. IV)

El texto latino del *Martirologio* de Baronio dice «sancti Sandali», no «Sandalii», forma ésta que prefiere el nuevo *Martirologio.* En castellano se traduce Sandalio o Sándalo, siendo ambas formas posibles. De este santo no se sabe otra cosa que el *nomen, dies, locus* que decían los antiguos, suponiéndose que sea un mártir de la persecución de Diocleciano. Las antiguas lecciones del Propio de Córdoba no daban de él otros datos que los aplicables a cualquier mártir antiguo sobre la amenaza de los jueces, la constancia del mártir, la superación de los tormentos. Es un santo más de esa fecunda madre de santos que es la Iglesia de Córdoba. De ella dijera una santa cordobesa: «Somos hijos de santos; no degeneremos» (Santa Rafaela María del Sagrado Corazón).

SAN RIMÁGILO

Abad († h. 676)

Rimágilo (o Remaclo) nació a comienzos del siglo VII o fines del anterior en Aquitania, y se desconocen detalles de su familia. Muy joven entró en la abadía de Luxeuil, en los Vosgos, y el año 632 fue puesto al frente del monasterio de Solignac. Unos dieciocho años más tarde fundó los monasterios de Malmedy y Stavelot, donde estableció su residencia habitual. Parece que fue San Amando el que lo consagra obispo-abad. Adopta primero la regla de San Columbano, pero luego la mitiga, inspirándose al parecer en la regla de San Benito, y logrando

la exención episcopal para ambos monasterios. Le protegió el rey Sigeberto III de Austrasia. No es seguro el año de su muerte, que hay que situar entre el 671 y el 676. Más o menos a los diez años de su muerte, su cuerpo fue elevado por el abad Goduino y empezó a dársele culto como santo, que se extendió por las regiones vecinas.

BEATO GUALA
Obispo († 1244)

Guala nace en Bérgamo en el seno de una distinguida familia, que le proporcionó una buena educación moral y literaria, y parece que pertenecía al clero bergamasco, en el que ocupaba un sitio destacado. Oyó predicar en su ciudad al propio Santo Domingo en 1219 y se sintió atraído por su género de vida, solicitando al santo lo admitiera en la Orden. Así lo hizo el Fundador pero le indicó que se quedara en Bérgamo para impulsar la creación de un convento dominicano en la ciudad. Pero al año siguiente Santo Domingo le da el nombramiento de prior del convento de los Santos Faustino y Jovita de Brescia, donde hizo una espléndida labor. Se dice que una visión le advirtió la muerte de Santo Domingo y que, en efecto, cuando llegó a Bolonia halló que el santo había fallecido.

Guala era un religioso de notable sabiduría, muy buen predicador, persona prudente y discreta que se ganaba fácilmente el corazón de los fieles. De Brescia fue trasladado a Bolonia como prior, y estando aquí, en 1226 fue designado legado de la Santa Sede por Honorio III para tratar con la Liga Lombarda la necesidad y medios de levantar una cruzada para el rescate de la Tierra Santa y que con este fin cesasen las luchas entre las ciudades italianas. Conseguida esta paz, el papa Gregorio IX lo mandó como legado al emperador Federico II solicitando la ayuda imperial a la cruzada, cosa que, de momento, el emperador prometió aunque luego no cumpliera su palabra. Vuelto el emperador contra la Iglesia, se le encomendó a Guala interviniera ante la Liga Lombarda para que impidiera que las tropas imperiales atacasen los estados de la Iglesia. Cuando al cabo de dos años de lucha se trató de llegar a una concordia, se

pidieron a fray Guala sus buenos oficios. Él entregó al emperador el mensaje del papa y pareció que, en efecto, se conseguía la paz.

Guala estuvo encargado de levantar el entredicho del reino de Sicilia y como inquisidor recorrió Lombardía concienciando a sus gentes del peligro de la herejía. En 1230 fue elegido obispo de Brescia y el papa Gregorio IX confirmó el nombramiento, conservando su condición de legado pontificio en Lombardía. No cesó una vez obispo su actividad diplomático-religiosa, siéndole encargadas numerosas misiones de paz, que le obligaron a largos viajes. Se habla de él como obispo celoso y ejemplar, padre de los pobres, consolador de los atribulados, alentador de la piedad, pacificador del pueblo. A comienzos de 1238, cuando vio que Brescia iba a ser atacada por Federico II, que efectivamente asediaría en agosto, se llevó a Bérgamo, con el tesoro de la catedral, todos sus bienes personales, y esto le trajo muchos problemas.

En 1239 hubo de decidirse por dejar la diócesis y acogerse al cenobio de Astino, de la Orden de Valleumbrosa, sin dejar por ello de reclamar justicia contra las calumnias y la vuelta a su diócesis. Inútilmente le daban la razón Gregorio IX e Inocencio IV, que de todos modos lo emplearon en nuevas legaciones diplomáticas con Federico II (1240) y Nápoles (1242). El último año de su vida pudo volver a su diócesis, pero no en la capital, sino en Val Canonica. Moría santamente el 3 de septiembre de 1244. Su cuerpo fue llevado al monasterio de Astino, según su deseo. Su culto fue confirmado el 1 de octubre de 1868 por el papa Pío IX.

BEATOS MÁRTIRES DE «LA FORCE» Y SEMINARIO DE SAN FERMÍN

(† 1792)

Al día siguiente de las matanzas realizadas en la abadía de Saint-Germain-des-Près y del exconvento de carmelitas, de París, tuvo lugar el martirio de otros gloriosos confesores de la fe en la cárcel de La Force y en el seminario lazarista de San Fermín.

Los prisioneros que se hallaban en la cárcel de La Force eran en su mayor parte aristócratas y sólo unos cuantos sacerdotes. La horda revolucionaria irrumpió en la cárcel a las tres de la mañana del 3 de septiembre de 1792. Procedieron los asaltantes con aparato siniestro: cada prisionero era empujado, agarrado por cuatro esbirros, hacia la salida de la prisión; le esperaban en forma de corredor no menos de sesenta hombres armados que no dejaban de darle golpes; si no pronunciaba la fórmula del juramento constitucional era abatido y se le tiraba a la calle. Aquí los cadáveres se fueron amontonando. Los beatificados en 1926 fueron éstos:

JUAN BAUTISTA BOTTEX nació en Neuville-sur-Ain el 26 de diciembre de 1749. Estudió en el colegio de Sourg, luego en el seminario de San Ireneo de Lyón y luego se doctoró en teología en Valence, ordenándose sacerdote el año 1774. Coadjutor primero en St. Jean-le-Vieux y luego párroco en Neuville (1775-1789), fue elegido por sus compañeros sacerdotes como delegado suyo en la Asamblea del clero y diez años más tarde diputado en los Estados Generales, lo que le hizo residir en París. El 4 de enero de 1791, cuando se les pidió a los obispos y sacerdotes diputados que jurasen la nueva constitución civil del clero, Bottex habló con toda libertad y claridad en contra del solicitado juramento. Disuelta la Constituyente se quedó a vivir en París en el Seminario de Misiones Extranjeras, donde fue arrestado en la madrugada del 15 de agosto de 1792 y se le llevó a la prisión de La Force. La prisión fue relativamente suave pero se les impedía a los sacerdotes celebrar la santa misa. Los presos rezaban el rosario y se animaban entre sí y se estimulaban a perseverar en la fe y la obediencia a la Iglesia. Bottex estimaba que no se podía prestar tampoco el nuevo juramento de libertad-igualdad. Primero asesinaron a varios caballeros y sobre sus cuerpos cayó el cadáver de Bottex.

MIGUEL MARÍA FRANCISCO DE LAGARDETTE había nacido en Billon el 5 de septiembre de 1744. Hizo los estudios de teología en París y se ordenó sacerdote el año 1773. Coadjutor en la parroquia de San Ginés, de Thiers, pasó más tarde con idéntico cargo a la de San Gervasio, de París. Al negarse a jurar la constitución civil del clero, fue privado de su cargo. Arrestado

el 17 de agosto, fue llevado a La Force, donde fue asesinado el 3 de septiembre.

FRANCISCO JACINTO LE LIVEC DE TRESURIN nació en Quimper en 1726. En su juventud entró en la Compañía de Jesús, donde hizo la profesión religiosa y se ordenó sacerdote. Suprimida la Compañía, se quedó en París como capellán de las Hijas del Calvario. Arrestado en agosto de 1792 y llevado a la prisión de La Force, allí fue martirizado el día 3 de septiembre.

El seminario de San Fermín, perteneciente a la Congregación de la Misión, acogió a numerosos sacerdotes que al ser despojados de su cargo no tenían donde ir. A partir del 10 de agosto fueron, además, enviados allí numerosos sacerdotes arrestados, convirtiéndose en prisión, pues todos sus habitantes quedaron en condición de arrestados a partir del 13 de agosto. Llegaron a ser noventa los que estaban allí. Conocido esto, a las 5 de la mañana del día 3 de septiembre es invadida la casa con intención asesina. Se constituye un tribunal y se obliga a comparecer al director del seminario, el Beato Luis José François, el primero. Al negarse a prestar el juramento constitucional es arrojado por una ventana a la calle y rematado a bastonazos. Ésta fue la señal: los demás fueron masacrados a sablazos, bayonetazos, etc., muchos de ellos después de ser arrojados por las ventanas.

Éstos son sus datos:

ANDRÉS ABEL ALRICY, nacido el 2 de agosto de 1712 en Crémien y ordenado sacerdote en Grenoble en 1738, pertenecía al clero parroquial de San Medardo, de París. El 13 de agosto de 1792 fue dejado en San Fermín en calidad de detenido.

RENATO MARÍA ANDRIEUX, natural de Rennes, había pertenecido a la Compañía de Jesús en la que había profesado y se había ordenado sacerdote. Suprimida en Francia la Orden, ejercía su ministerio en París.

PEDRO PABLO BALZAC había nacido en París el 25 de abril de 1750 y era miembro de la comunidad parroquial de San Nicolás de Chardonnet, en la que había estudiado, ordenándose el año 1774. Desde 1783 era párroco de Villejuif, y cuando fue expulsado de su parroquia por negarse a prestar el juramento constitucional, volvió a San Nicolás de Chardonnet. Arrestado el 19 de agosto, fue llevado a San Fermín.

JUAN FRANCISCO MARÍA BENOÎT, llamado Vourlat, había nacido en Lyón el 26 de marzo de 1731. Con quince años entró en la Compañía de Jesús, profesando en 1764, y trabajando como acreditado director de conciencias. Suprimida en Francia la Compañía, se quedó en París atendiendo a las Religiosas de la Adoración Perpetua, y luego se retiró con los eudistas, donde fue arrestado y llevado a San Fermín.

JUAN CARLOS MARÍA BERNARD DE CORNILLET había nacido en Chateaubriand el 4 de agosto de 1759. Hizo su profesión religiosa en el monasterio de los canónigos regulares de San Víctor, de París (1782), y se ordenó sacerdote (1785). Disuelta su comunidad por la Revolución, buscó refugio en una casa y allí fue arrestado el 13 de agosto de 1792 y llevado a San Fermín. No fue asesinado por ser refractario, pues él no estaba obligado por ley a hacer el juramento constitucional, sino por ser religioso y solidario de los demás sacerdotes.

MIGUEL ANDRÉS SILVESTRE BINARD nació en Laulne el 28 de noviembre de 1742, hijo de familia acomodada. Tras estudiar en París como alumno del seminario de San Nicolás de Chardonnet, se ordenó sacerdote el año 1767. Prestó servicios en el colegio de Luis el Grande y luego en el Colegio de Navarra, en ambos como profesor. Era conocido por su oposición al jansenismo. Pudo haber huido a Inglaterra pero prefirió quedarse en su colegio, donde fue arrestado el 23 de agosto y llevado a San Fermín.

NICOLÁS BIZÉ había nacido en Versalles el 5 de octubre de 1737. Estudió en San Sulpicio y en San Nicolás de Chardonnet y se ordenó sacerdote en 1762, ingresando en la comunidad de su colegio. Estuvo un tiempo en el seminario de Laon en París como director y profesor, y luego volvió a San Nicolás como director de los retiros; posteriormente pasó como párroco a Villeneuve. Arrestado en San Nicolás el 13 de agosto, fue llevado a San Fermín.

CLAUDIO BOCHOT nació en Troyes el 10 de julio de 1720. Ingresó en la Congregación de la Doctrina Cristiana en 1740. Fue rector del colegio de Noyers y del de San Carlos, donde estaba de superior. Arrestado el 26 de agosto, fue llevado a San Fermín.

JUAN FRANCISCO BONNEL DE PRADEL nació en Aix-les-Thermes (Pamiers) el 5 de septiembre de 1738. Con veinte años entró en la Congregación de Canónigos Regulares de Santa Genoveva. Era un religioso ejemplar y caritativo. Arrestado el 31 de agosto de 1792, fue llevado a la sección revolucionaria del Panteón. Como no tenía obligación legal de prestar el juramento constitucional, se le pidió prestara el de libertad-igualdad. Se negó a prestarlo y fue llevado a San Fermín, donde hallaría la muerte.

PEDRO BONZÉ nació en París en junio de 1719. Ya doctorado en filosofía y letras, ingresó en el seminario de San Luis. Tras su ordenación sacerdotal fue coadjutor en la parroquia de Santa Margarita y luego párroco de Massy (1759). Juró primero la constitución civil del clero pero luego se retractó del juramento (10 de julio de 1792) y fue echado de la parroquia. Se marchó a París, donde fue arrestado el 13 de agosto y llevado a San Fermín.

PEDRO BRIQUET nació en Vervins el 25 de febrero de 1742. Tras doctorarse en filosofía y teología por la Sorbona, se ordenó sacerdote en 1766. Era profesor del colegio de Navarra y de la Sorbona. Firmó el manifiesto contra la deposición del arzobispo de París y su sustitución por un juramentado. También firmó la carta dirigida al Directorio parisino protestando por la supresión de las escuelas de teología. Arrestado en agosto de 1792, fue llevado a San Fermín.

PEDRO BRISSE nació en Brombos el 3 de agosto de 1733. Doctor en teología por la Universidad de la Sorbona, era canónigo penitenciario de la diócesis de Beauvais, cargo suprimido en la Revolución. Se le prohibió confesar durante la cuaresma y así lo hizo, pero llegado el tiempo pascual volvió a su confesionario y, estando confesando en la iglesia de las Ursulinas, vinieron por él; las monjas quisieron ocultarlo pero él se negó para no ponerlas en peligro. Dejado libre, marchó a París y se alojó en San Fermín, siendo víctima de la masacre del 3 de septiembre.

CARLOS CARNUS nació en Peyrinac el 30 de mayo de 1749. Estudió en el seminario parisino de los Treinta y Tres, volviendo luego a su diócesis de Rhodez donde enseñó filosofía y teo-

logía y se ocupó de temas científicos. Al negarse a jurar la constitución civil del clero, hubo de dejar su cátedra. Marchó a París y estando alojado en su antiguo seminario fue arrestado y llevado a San Fermín.

JUAN CARLOS CARON había nacido en Anchel el 30 de septiembre de 1730, y en su juventud ingresó en la Congregación de la Misión (1752). Párroco de Brie en la diócesis de Meaux, de cuyo cargo fue expulsado al negarse a jurar la constitución civil del clero. Entonces se marchó con sus hermanos lazaristas a San Fermín de París, donde fue masacrado.

BERTRÁN ANTONIO DE CAUPENNE nació en Jeguin el 1 de enero de 1753. Estudió en el seminario de Auch, donde se ordenó sacerdote en 1780. Como tenía una numerosa familia, buscó un cargo en París y obtuvo el de coadjutor de Montmagny, que hubo de abandonar al negarse a prestar el juramento constitucional. Reducido a una gran pobreza, regresa a París y firma una declaración de fidelidad a la Iglesia en el Colegio de los Lombardos. Muy enfermo ya, fue arrestado el 30 de agosto y llevado a San Fermín, donde pereció arrojado desde una ventana y rematado a mazazos.

NICOLÁS COLIN nació en Granant el 12 de diciembre de 1730 y con 17 años ingresó en la Congregación de la Misión, ordenándose sacerdote en 1754. Coadjutor de la parroquial real de Versalles, llegó a predicar ante el rey Luis XV. Pasó luego a la diócesis de Langres, y se ha dicho que dejó la congregación, pero la verdad es que él firmaba como sacerdote de la misma. Arrestado y llevado a San Fermín, aquí pereció.

SEBASTIÁN DESBRIELLES, mártir seglar en medio de un grupo tan grande de sacerdotes, había nacido en Bourges el 28 de abril de 1739. Admitido en la «Pía Casa de la Piedad», ejerció el oficio de docente. En 1791 perdió su oficio cuando se negó a jurar la constitución civil del trono que obligó a todos los profesores, fueran o no sacerdotes. Arrestado y llevado a San Fermín, aquí fue masacrado.

SANTIAGO DUFOUR nació en Troisgots, diócesis de Coutances, el 9 de abril de 1765, pero por la pronta muerte de su padre, se crió en Torigny, junto a Bayeux. Ordenado sacerdote, ejerció su ministerio en la parroquia de San Sinforiano, pasando

en 1782 como vicario de Saint-Remy de Maison, junto a París. Desposeído de su cargo por negarse a prestar el juramento constitucional, se retiró al seminario parisino de San Fermín, donde lo dieron por arrestado el 13 de agosto y fue masacrado el 3 de septiembre de 1792.

DIONISIO CLAUDIO DUVAL nació en París el año 1740. Tras estudiar en el seminario de San Nicolás de Chardonnet y licenciarse en derecho, se ordenó sacerdote en 1766. Ejerció su ministerio en la parroquia parisina de San Esteban del Monte, donde él mismo había sido bautizado. Y en 1791 todo el clero de la parroquia juró la constitución civil del clero menos él, siendo expulsado de la parroquia. Arrestado en agosto de 1792 y llevado a San Fermín, aquí halló el martirio.

COSME (JUAN PEDRO) DUVAL había nacido en París en 1740. Admitido en la «Pía Casa de la Piedad», fue luego en ella docente hasta que en 1791 se negó a prestar el juramento constitucional, exigido a los docentes. Arrestado y llevado a San Fermín, aquí halló el martirio.

JOSÉ FALCOZ había nacido en Saint Sorlin d'Arves el 4 de diciembre de 1726. Sacerdote desde 1752, fue profesor y prefecto del colegio de San Juan en Saint Jean de Maurienne. En 1767 pasó a París como capellán de hospital, cargo que perdió al negarse en 1791 a jurar la constitución civil del clero. Arrestado en agosto de 1792, fue llevado a San Fermín y aquí martirizado.

GILBERTO JUAN FAUTREL había nacido en Marcilly el 19 de abril de 1730. Desde su diócesis de Avranches marchó en 1787 a París como capellán del Hospital de la Salpetrière, y luego pasó al Asilo de Expósitos del Boulevard Saint Antonine. Al negarse a jurar la constitución civil del clero, perdió su puesto. Arrestado el 13 de agosto de 1792 en el seminario de San Nicolás de Chardonnet, fue llevado a San Fermín.

EUSTAQUIO FÉLIX nació en Troyes el 23 de abril de 1726. A los 31 años entró en la Congregación de Padres de la Doctrina Cristiana. Ejerció como prefecto en el colegio de Vitry-le-François, y a partir de 1775 en el de Chaumont-en-Bassigny. Ordenado sacerdote en 1776, volvió a la casa de París y fue procurador hasta su arresto en 1792. Llevado al seminario de San Fermín, aquí halló el martirio.

FILIBERTO FOUGÈRE nació en París el año 1742. Párroco de San Lorenzo, de Nevers, en 1789 fue elegido diputado a la Asamblea Nacional. En París vivía con su tío, el Beato José María Gross, con quien fue arrestado el 22 de agosto de 1792 y llevado a San Fermín. Él presintió que la acumulación de detenidos en San Fermín se prestaba a una masacre, y logró superar su miedo y ponerse en las manos de Dios.

LUIS JOSÉ FRANÇOIS había nacido en Busigny el 3 de febrero de 1751. Profesó en la Congregación de la Misión, y fue sucesivamente rector del seminario de Troyes y del seminario parisino de San Fermín, llamado «Les Bons Enfants». Cuando llegó la Revolución, por medio de un pequeño libro *(Mi apología)* animó al clero a permanecer fieles a la Iglesia a cualquier precio. Viendo que muchos sacerdotes quedaban sin medios de vida al ser apartados de sus cargos por negarse a prestar el juramento constitucional, abrió las puertas de su seminario a cuantos lo necesitasen. Convertido en prisión su seminario tras el 10 de agosto de 1792, fue objeto del citado asalto el día 3 de septiembre. Nuestro beato fue el primero en comparecer, se negó a prestar el juramento constitucional y fue arrojado por la ventana y rematado luego a bastonazos.

PEDRO JUAN GARRIGUES nació en Sauveterre el 2 de marzo de 1725 y luego de haberse doctorado en filosofía y letras por la Universidad de París, se ordenó subdiácono en septiembre de 1753. Residía en París a cuyo clero pertenecía. Arrestado el 14 de agosto, fue llevado a San Fermín.

NICOLÁS GAUDREAU nació en París el año 1748. Estudió en el seminario parisino de los Treinta y Tres. Tras su ordenación sacerdotal, fue enviado como coadjutor a la parroquia de Vest-le-Petit, y pasó luego a párroco de la misma iglesia. Al negarse a prestar en octubre de 1791 el juramento constitucional fue expulsado de su parroquia y se marchó a París a vivir con sus padres. Aquí fue arrestado el 31 de agosto de 1792 y llevado a San Fermín.

ESTEBAN MIGUEL GILLET había nacido en París el año 1758. Pertenecía a la comunidad de San Nicolás de Chardonnet y con sus compañeros fue arrestado el 13 de agosto de 1792, siendo llevado al seminario de San Fermín.

JORGE JERÓNIMO GIROUST nació en Bussy-Saint-George el 7 de agosto de 1765 y, tras estudiar en el seminario de San Sulpicio de París, se ordenó sacerdote. Coadjutor de Gennevillers, hubo de dejar su cargo al negarse a prestar en 1791 el juramento constitucional. Arrestado el 13 de agosto de 1792, fue llevado a San Fermín.

JOSÉ MARÍA GROSS nació en Lyón el 22 de mayo de 1742. Luego de hacer sus estudios en el seminario parisino de los Treinta y Tres se ordenó sacerdote en 1767. Fue profesor de teología en el Colegio de Navarra y rector del Seminario de los Treinta y Tres, cargos en los que se granjeó un gran crédito por su espiritualidad y su habilidad como director de conciencias. En 1785 es nombrado párroco de San Nicolás de Chardonnet, donde había una comunidad de sacerdotes seculares que procuraban vivir con intensidad su sacerdocio. En 1789 fue elegido diputado en los Estados Generales por su demarcación. Cuando se aprobó la constitución civil del clero, se negó a jurarla y por ello perdió su cargo. Siguió atendiendo a sus feligreses, que se negaban a ser atendidos por los sacerdotes juramentados, y para ello utilizaba algunas capillas, hasta que también esto le resultó imposible. Se marchó entonces a vivir a la zona parisina de Santa Genoveva, donde fue arrestado y llevado a San Fermín. Es uno de los mártires más ilustres de este grupo de San Fermín.

JUAN ENRIQUE GRUYER había nacido en Dole el 3 de junio de 1734, y en su juventud ingresó en la Congregación de la Misión. Ordenado sacerdote, fue enviado como párroco a San Luis, de Versalles. Al negarse a prestar el juramento constitucional, fue expulsado de su parroquia y se acogió a San Fermín donde fue martirizado.

ROBERTO FRANCISCO GUÉRIN DU ROCHER nació en Repas el 23 de octubre de 1736. Concluidos los estudios en el colegio de Caen, entró en la Compañía de Jesús en París. Destinado primero a la enseñanza en Nevers y en Eu, luego fue destinado al Oriente Medio como misionero, siendo su último destino el de párroco en Saloniki (Grecia), de donde lo expulsó el gobierno otomano. Vuelto a Francia escribió sus memorias como misionero y colaboró en unas obras apologéticas. A petición propia

el arzobispado parisino lo nombró capellán del hospital de la Salpetrière, donde dio gran ejemplo de caridad y humildad. Al negarse a prestar el juramento constitucional fue expulsado y se fue a vivir con su hermano Pedro Miguel, que sería arrestado con él. Ambos fueron llevados a San Fermín y murieron juntos.

PEDRO MIGUEL GUÉRIN DU ROCHER, hermano del anterior, nació en Saint-Honorine-La-Guillaume en 1731. Luego de estudiar en el colegio jesuita de Caen, entró en la Compañía de Jesús. Luego de enseñar en Bourges y Ruán, cuando llegó la supresión de la Compañía, dejó Francia y vivió en Italia, Alemania y Polonia, país en el que enseñó derecho canónico y estudió lenguas orientales. Publicó la *Histoire véritable des temps fabuleux* (París 1777), libro al que se opusieron los enciclopedistas de forma violenta. El arzobispo de París lo nombró director del Instituto llamado Les Nouveaux-Convertis y la reina María Antonieta lo eligió como su confesor. Aunque él no tenía obligación de prestar el juramento constitucional, fue arrestado el 13 de agosto de 1792 con su hermano Roberto Francisco, que se había refugiado con él, y su primo el Beato J. Lalande. Llevado a San Fermín, aquí pereció.

IVÓN ANDRÉS GUILLOU DE KERENRUN había nacido en Lézardrieux el 8 de marzo de 1748. Ordenado sacerdote, entró a pertenecer a la Sociedad de Navarra, de cuyo Colegio llegó a ser presidente y vicecanciller de la Universidad parisina, siendo doctor por la misma. Arrestado por ser refractario al juramento constitucional, fue llevado a San Fermín donde fue martirizado.

JULIÁN FRANCISCO HÉDOUIN nació en Coutances el 3 de octubre de 1760. Hizo los estudios en el Colegio de Harcourt, de París, donde obtuvo el doctorado en teología. Ordenado sacerdote en 1788, obtuvo un puesto de capellán en el hospital de la Compasión, puesto que perdió al negarse a prestar el juramento constitucional. Arrestado en agosto de 1792, fue llevado a San Fermín, donde halló el martirio.

PEDRO FRANCISCO HÉNOCQ nació en Tronchoy en 1749. Ordenado sacerdote, tuvo un puesto como profesor del Colegio del Cardenal Lemoine, en París. Por negarse a prestar el juramento constitucional fue arrestado y masacrado en San Fermín.

ELOY HERQUE, llamado Du Roule, nació en Lyón el 31 de mayo de 1741. En 1758 ingresó en la Compañía de Jesús, donde profesó, hizo los estudios y se ordenó sacerdote. Su último destino fue el de capellán de la Casa de expósitos, puesto que pierde al negarse a prestar el juramento constitucional. Arrestado el 13 de agosto de 1792 y llevado a San Fermín, aquí alcanza el martirio.

PEDRO LUIS JORET nace en Rollot el 28 de octubre de 1761 y se ordena sacerdote como miembro del clero de Beauvais. No se sabe por qué estaba en París al tiempo de su arresto en una casa de la calle Fosses el 13 de agosto de 1792, siendo llevado a San Fermín, donde recibe el martirio.

JAIME DE LALANDE nació en Festé-Duray el 8 de marzo de 1735. Adscrito al clero diocesano de Séez, era párroco de Illiers-l'Évêque, donde ejercía laudablemente su ministerio. Al negarse a prestar el juramento constitucional, fue desposeído de su cargo. Marchó a París, donde fue arrestado y llevado a San Fermín y aquí martirizado.

GIL LUIS SINFORIANO LANCHON había nacido en Coutances el año 1754. Era capellán de las monjas parisinas de Port-Royal y se había negado a prestar el juramento constitucional, lo que fue motivo para su arresto y posterior martirio.

LUIS JUAN MATEO LANIER había nacido en Château-Gontier en 1754. Era prefecto de estudios del seminario de San Nicolás de Chardonnet. Como sus compañeros de comunidad, rehusó prestar el juramento constitucional. Arrestado y llevado a San Fermín, aquí fue martirizado.

JUAN JOSÉ DE LAVÈZE VELAY nació en Guiras el año 1742. Desde su diócesis, de Viviers marchó a París donde obtuvo un puesto como capellán en el Hôtel-Dieu. Lo perdió al negarse a prestar el juramento constitucional. En agosto de 1792 fue arrestado y llevado a San Fermín.

MIGUEL LEBER nació en París en 1731. Era párroco de Sainte-Madeleine-la-Ville l'Évêque, junto a París, y fue expulsado de ella cuando se negó a prestar el juramento constitucional. Marchó entonces a París, donde fue arrestado y llevado a San Fermín y aquí fue martirizado.

PEDRO FLORENCIO LECLERQ nació en Hautvilliers en 1744. Desde su diócesis natal de Amiens marchó a París y era profe-

sor del seminario de San Nicolás de Chardonnet. Arrestado y llevado a San Fermín, aquí recibió el martirio.

JUAN CARLOS LEGRAND nació en Versalles el 24 de abril de 1745. Estudió en el seminario de San Luis, de París, y se ordenó sacerdote en 1769. Se colocó como profesor de filosofía en el Colegio de Lisieux, del que fue cesado al negarse al juramento constitucional. Arrestado y recluido en San Fermín, fue martirizado el día 3 de septiembre de 1792.

JUAN PEDRO LE LAISANT nace en Valognes el año 1753. Estaba en la parroquia de Dugny, junto a París, como coadjutor, y fue expulsado de la misma por negarse a prestar el juramento constitucional. Fue arrestado y llevado a San Fermín junto con su hermano.

JULIÁN LE LAISANT, nacido en Valognes en 1761, era hermano del anterior y estaba de coadjutor en la misma parroquia que él. Se negó igualmente a prestar el juramento constitucional, por lo que fue despojado de su cargo. Arrestado con su hermano, padeció martirio con él en San Fermín.

JUAN LEMAÎTRE nace en Beauvais el año 1767, y llevaba muy poco tiempo ordenado sacerdote cuando fue arrestado, recluido en San Fermín y martirizado.

JUAN TOMÁS LEROY nace en Épernay en 1738. Era párroco-prior de la parroquia de La Ferté-Gaucher, diócesis de Meaux. Prestó el juramento constitucional pero con tantas reservas que no le fue admitido y se le echó de la parroquia. Marchó a París, donde fue arrestado, llevado a San Fermín y martirizado.

MARTÍN FRANCISCO ALEJO LOUBLIER había nacido en O, diócesis de Séez, en 1733. Luego de ser profesor en el colegio de Alençon, pasó a la parroquia de Condé-sur-Sarthe. Párroco celoso y caritativo, se negó a prestar el juramento constitucional, y no obstante esto, fue elegido obispo constitucional de Alençon, que él rehusó indignado. Había publicado un escrito contra la llamada Iglesia constitucional. Para alejarse de las presiones que se ejercían sobre él para que aceptase el episcopado constitucional, pidió a los lazaristas lo acogiesen en San Fermín, donde hallaría el martirio.

CLAUDIO LUIS MARMONTANT DE SAUVIGNY había nacido en París el 27 de marzo de 1748. En 1767 ingresó en la comuni-

dad de San Nicolás de Chardonnet y ya doctorado en derecho canónico se ordenó sacerdote el año 1772. Su padre, procurador del parlamento parisino, le buscó un puesto como abogado del mismo y se quedó a vivir en París con sus padres. En 1779 el cabildo catedral de Notre-Dame lo eligió párroco de Compans-La Ville, diócesis de Meaux. En febrero de 1791 prestó el juramento constitucional, pero con tales restricciones que no se le aceptó y se le echó de la parroquia. Vuelto a París con sus padres, fue arrestado, llevado a San Fermín y martirizado.

CLAUDIO SILVANO RAFAEL MAYNEAUD DE BIZEFRANC nació en Digoin el 2 de mayo de 1750. Se doctoró en derecho en París (1778) y fue primero sacerdote del clero de Autún, luego pasó un tiempo con los eudistas y después ingresó en la comunidad de la Parroquia de San Roque, de París, donde se acreditó como celoso predicador. Expulsado de la parroquia por negarse a prestar el juramento, volvió a su casa natal, donde fue arrestado y llevado a San Fermín y martirizado.

ENRIQUE JUAN MILET nació en París en 1759. Hizo los estudios en el Colegio de Montaigu y en San Nicolás de Chardonnet, ordenándose sacerdote en 1784. Su primer destino fue la parroquia parisina de San Hipólito, suprimida en la revisión de parroquias hecha por los revolucionarios. Le habrían dado otra si hubiera jurado la constitución civil del clero, pero se negó y fue a alojarse en el Colegio de Navarra. Aquí fue arrestado y llevado a San Fermín, donde halló el martirio.

FRANCISCO JOSÉ MONNIER nace en París el 18 de marzo de 1763. Estudia en Ruán y en París, ordenándose sacerdote y recibiendo como primer destino el de vicepárroco de San Severino, de París. Al negarse a prestar el juramento constitucional fue echado de la parroquia. Se alojaba en Santa Genoveva y aquí fue arrestado y llevado a San Fermín, donde fue martirizado.

MARÍA FRANCISCO MOUFFLE había nacido en París el 23 de agosto de 1754. Tras su ordenación sacerdotal fue enviado como coadjutor a la parroquia de Saint-Merry, donde había sido bautizado. En febrero de 1791 prestó el juramento constitucional, pero en diciembre de aquel año se retractó, y fue expulsado de la parroquia. Pidió asilo a los paúles y se fue a vivir a San Fermín. Aquí fue martirizado.

JOSÉ LUIS OVIEFVE había nacido en París el año 1748. Hizo los estudios en San Nicolás de Chardonnet y se ordenó sacerdote en 1772. Se quedó en la misma comunidad, teniendo primero el cargo de sacristán y luego el de director. En dicha parroquia fue arrestado el 13 de agosto y llevado a San Fermín donde sería martirizado.

JUAN MIGUEL PHILIPOT había nacido en París el año 1743. Era predicador diocesano y capellán en el Colegio de Navarra. Se negó a formular el juramento constitucional y por ello fue arrestado y llevado a San Fermín, donde recibió el martirio.

CLAUDIO PONS nació en Le Puy el año 1729. Ingresó en la congregación de canónigos regulares de Santa Genoveva, de París, en 1757. Y aquí estaba cuando fue arrestado el 31 de agosto de 1792 y llevado a San Fermín, donde hallaría el martirio.

PEDRO CLAUDIO POTTIER nació en El Havre el 20 de septiembre de 1743. Decidido por la vocación eclesiástica, estudiaba en el seminario de Ruán cuando ingresó en la congregación de los eudistas (1762). Fue profesor de teología en los seminarios de Séez, Blois, Rennes y Lisieux, donde se granjeó fama de culto y buen conocedor de las Sagradas Escrituras. En 1775 fue designado rector del seminario de Ruán, en el que estaría hasta 1791. El 16 de enero de este año formulaba desde el púlpito de la catedral el juramento constitucional, pero añadiendo que lo hacía con sumisión al juicio de la Iglesia romana. Un año más tarde se retractaba de este juramento y publicaba folletos para reparar su error y animar a todos a ser fieles a la Iglesia. Estos folletos los publicó en París a donde se había ido a vivir. Estaba hospedado en la casa de los padres de la Doctrina Cristiana cuando fue arrestado el 26 de agosto de 1792 y llevado a San Fermín, donde fue martirizado.

SANTIAGO RABÉ nace en Sainte-Mère-l'Église el 27 de diciembre de 1750. Se preparó al sacerdocio en Crosville, diócesis de Coutances, y se ordenó sacerdote en 1775, después continuó los estudios de derecho siendo al mismo tiempo capellán del hospicio de Bicêtre; en 1778 pasó de capellán a la casa-cuna de Notre-Dame, cargo que perdió al negarse a prestar el juramento constitucional. Pidió alojamiento en San Fermín, donde el 13 de agosto quedó arrestado. Tuvo la oportunidad de huir el 2 de septiembre, ayudado por un amigo, pero volvió por el brevia-

rio y su huida fue descubierta. Pereció en la matanza del 3 de septiembre.

PEDRO ROBERTO RÉGNET nació en Cherburgo el 19 de mayo de 1755. Estudia en el colegio d'Harcourt, consigue el doctorado de filosofía y letras y la licenciatura en derecho (1787), ya ordenado sacerdote. No hay datos concretos de cuál era su cargo en 1791 ni de cómo llegó a San Fermín, donde ciertamente fue martirizado el 3 de septiembre de 1792.

IVÁN JUAN PEDRO REY DE KERVISIC nació en Plounez-Paimpol en abril de 1761. Luego de estudiar en Saint Brieuc, pasó al seminario parisino de San Nicolás de Chardonnet, ordenándose sacerdote el 6 de octubre de 1788. Luego de ser capellán en el Colegio de Navarra, en 1790 pasó a la parroquia de St. Jacques-du-Haut-Pas como coadjutor encargado de la administración de los sacramentos. El cargo lo perdió al rechazar prestar el juramento constitucional, y entonces se marchó con su tío el Beato Guillou de Kerenrun a Boncour. Vuelto a París, es arrestado y llevado a San Fermín, donde hallaría el martirio.

LUIS FRANCISCO RIGOT es otro mártir seglar en medio de este grupo de tantos sacerdotes. Había nacido en 1754 en Amiens, y en 1760 es acogido en el Hospital de la Piedad de París. En 1776 queda como sacristán de dicha institución. El 13 de agosto de 1792 es arrestado con todos los sacerdotes de la Casa des Nouveaux Convertis y con ellos fue llevado a San Fermín. La causa de su prisión y muerte fue haber hecho causa común con los sacerdotes.

NICOLÁS CLAUDIO ROUSSEL nace en París el año 1730. Se tienen de él pocos datos. Sólo se sabe que había sido confesor de los ermitaños de Grosbois. Estaba hospedado en el seminario de San Fermín. Al no tener ningún cargo oficial, no tenía obligación de prestar el juramento constitucional. Su muerte se debió a estar en San Fermín con los demás sacerdotes.

PEDRO SAINT-JAMES nace en Caen el 18 de octubre de 1742. Estudia teología en la Universidad de Caen, pasa al seminario de Lisieux y se ordena sacerdote en 1767. Coadjutor de la parroquia de St. Malo en Bayeux, pasa en 1775 a la de Saint-Sauveur-des-Deux-Jumeaux, pero la abadía de San Víctor de Cerisy

se la disputa y finalmente se la quita por decisión del Parlamento de Ruán. Marcha a París y logra un puesto como capellán del Hospital de la Piedad, puesto que pierde al negarse a prestar el juramento constitucional. Detenido el 13 de agosto y llevado a San Fermín, es arrojado desde una ventana sobre las picas de los asaltantes y es rematado en el suelo por los mismos.

SANTIAGO LUIS SCHMID nace en París el 14 de septiembre de 1752. Hechos los estudios en el seminario de San Luis y ordenado sacerdote, se adscribió a la comunidad del colegio del Cardenal Lemoine y se le encargó de la aneja parroquia de San Juan Evangelista, donde realizó una excelente labor. Destituido al negarse a prestar el juramento constitucional, fue arrestado y llevado a San Fermín, donde recibió el martirio.

JUAN ANTONIO SECONDS nace en Rodez e ingresa en la Compañía de Jesús (1760), donde se dedica muchos años a la enseñanza y la predicación con mucho éxito. Lo habían llamado de la corte para que predicara la cuaresma de 1792. Desde 1777 era uno de los capellanes del Hospital de la Piedad. Con los demás capellanes fue arrestado en agosto de 1792 y llevado a San Fermín, donde recibió el martirio.

PEDRO SANTIAGO DE TURMÉNIES nace en Gournay-en-Braie. Sacerdote en 1769, es enviado como coadjutor a la parroquia de San Felipe de Roule en París. Se doctoró en teología (1774) e ingresó en la Sociedad de Navarra, de cuyo colegio fue censor real de los estudios teológicos y luego gran maestro de la Casa de Navarra. La Revolución mandó cerrarla en octubre de 1791 pero se mantuvo abierta hasta que el 23 de agosto Pedro y cinco compañeros fueron arrestados y llevados a San Fermín.

RENATO JOSÉ URVOY nace en Plouzy el 25 de noviembre de 1766. Doctorado en teología en 1788, se ordena sacerdote el 23 de octubre de 1791 y es enviado como asistente al seminario de los Treinta y Tres. Junto con el rector del seminario es arrestado el 15 de agosto de 1792 y llevado a San Fermín, donde es martirizado. No llevaba aún un año de sacerdote.

CARLOS VÍCTOR VÉRET nace en Louvières el 17 de julio de 1763. Estudia en San Nicolás de Chardonnet donde trabaja como maestro de escuela. Ya sacerdote, fue admitido en la comunidad del propio San Nicolás (1788). Arrestado el 13 de agosto, fue llevado a San Fermín, donde recibió el martirio.

NICOLÁS MARÍA VERRON nace en Quimperlé el 7 de noviembre de 1740. En septiembre de 1757 ingresa en la Compañía de Jesús. Profesor primero en el colegio Luis el Grande, pasa una temporada en los Países Bajos y vuelve a París en 1779. Director espiritual de las religiosas del convento de Santa Ana, trabaja con mucho celo por extender la devoción al Sagrado Corazón. El 18 de agosto de 1792 fue arrestado en su domicilio y llevado a San Fermín, donde sería martirizado.

JUAN ANTONIO JOSÉ DE VILLETTE, seglar mártir que cierra el glorioso número de los confesores de la fe en San Fermín, había nacido en Cateau-Cambrésis el 12 de junio de 1731. De joven ingresó en la carrera militar y fue capitán del regimiento de Conté y Barrois, llegando a comandante de la Isla de Ré. Su mala salud le obligó a pedir la baja del ejército en 1783. Entonces acudió a su pariente el P. Cousin, que era rector del seminario parisino de San Fermín, y le pidió le dejara vivir en él. Se adaptó perfectamente a la vida religiosa del seminario y siguió allí cuando en 1788 falleció su pariente. Llegado agosto de 1792 y convertido en prisión el seminario, los ocupantes le invitaron a irse pero él se negó, y llegada la hora de la masacre fue asesinado junto con los sacerdotes.

Todos estos mártires fueron colocados en el honor de los altares por su beatificación el 17 de octubre de 1926 siendo papa Pío XI.

SANTOS JUAN PAK HU-JAE, MARÍA PAK KUN-AGI HUI-SUN, BÁRBARA KWON-HUI, BÁRBARA YI CHONG-HUI, MARÍA YI YON-HUI E INÉS KIM HYO-JU

Mártires († 1839)

Conmemora hoy la Iglesia el glorioso martirio de un hombre y cinco mujeres de Corea que prefirieron la muerte antes que apostatar de Jesucristo y a los cuales, junto con los otros mártires de Corea —en total 103—, canonizó el papa Juan Pablo II en Seúl el 6 de mayo de 1984.

Éstos son sus datos:

JUAN PAK HU-JAE nació en 1799 en Yongin, provincia de Kyonggi, Corea, y era hijo de Lorenzo Pak, un fervoroso cris-

tiano que en 1801 dio su vida por la fe. Muerto su padre, su madre se marchó a Hanyang, donde se ganaba la vida como aguadora, y Juan, en cuanto pudo, ayudó a su madre vendiendo zapatillas de paja. A los 16 años contrajo matrimonio con Ana Pak, sobrellevando él con mucha paciencia su situación de pobreza y siendo un creyente muy devoto. Aunque tomó las debidas precauciones, no por eso estaba menos dispuesto al martirio. Pidió a su esposa que se fuera con una tía suya para salvarla del posible arresto, del que él fue víctima enseguida. Confesó la fe valientemente y dijo que para él su fe y su Iglesia eran más importantes que su vida. Apaleado y torturado, no cambió su confesión de fe y se mantuvo paciente y sufrido. Condenado a muerte, fue decapitado en la Puerta del Oeste, de Seúl, el 3 de septiembre de 1839.

MARÍA PAK KUN-AGI HUI-SUN nació en 1786 en Seúl y era hermana de Santa Lucía Pak Hui-sun, quien dejó la corte movida por su fe y se fue a vivir a casa de un sobrino. Con ella se fue a vivir María —ya para entonces casada pero aún no cristiana— que por la influencia de su hermana llegó a la fe. Pero cuando su sobrino comenzó a despertar sospechas a las autoridades por su religión, ambas hermanas se fueron con la futura mártir Águeda Chon Kyong-hyop. Pero el 15 de abril de 1839 se produjo su arresto. María sufrió mucho en su detención, confesó la fe y por ella fue condenada a muerte. Cuatro meses antes que fuese martirizada su hermana, María fue ejecutada en la Puerta del Oeste de Seúl por decapitación, era el 3 de septiembre de 1839.

BÁRBARA KWON-HUI nació en Seúl en 1740. Fue la esposa de San Agustín Yi Kwang-hon y la madre de Santa Águeda Yi. El primero sería martirizado el 24 de mayo de 1839, antes que Bárbara, y la segunda al año siguiente, el 9 de enero. Su matrimonio (1800) fue anterior a su llegada al cristianismo. Su marido tuvo un amigo católico y por él llegó a la fe. En cuanto se convirtió cambió su género de vida, dejó el vino y los placeres y esto impactó a su esposa, a la que él dio explicaciones del motivo de su cambio de conducta, y entonces ella decidió también hacerse cristiana. Pero, al mismo tiempo, su fortuna disminuyó y entonces el matrimonio conoció la pobreza; sin embargo, los

católicos les ayudaron y les proporcionaron una casa, que serviría luego de refugio a los católicos. Bárbara, en mitad del peligro que representaba ser cristianos en Corea, daba ejemplo de paciencia y de fe y servía con amor a los católicos que se refugiaban en su casa. Con su marido visitaba a los enfermos y hacía cuanto estaba de su parte por atraer a los paganos a la fe. Desatada la persecución el 7 de abril de 1839, la mujer de un catecúmeno fue obligada por la policía a dar los nombres de los católicos que ella conocía, y eso provocó que se arrestara a Agustín y a su esposa Bárbara y a sus hijos. Encerrados hombres, mujeres y niños en celdas separadas, uno de los niños de Bárbara, de 8 años, gritaba porque quería estar con su madre y uno de los soldados le pegó. Ella le preguntó al soldado si no tenía hijos, pero su marido le recomendó paciencia, y ella ya no dijo nada más. Interrogada, confesó la fe, se negó a apostatar. Hubo de sufrir mucho viendo la presión y malos tratos de que eran objeto sus hijos para que apostataran. No hubo forma de arrancarla de la fe, hasta que, condenada a muerte, fue decapitada en la Puerta del Oeste de Seúl el 3 de septiembre de 1839.

BÁRBARA YI CHONG-HUI nació en Pongch'on, Seúl, el año 1799 y llegó a la fe por influencia de su madre, Ho Kye-yim Magdalena. Igualmente llegó a la fe su hermana Magdalena Yi Yong-hui. Ella hubiera preferido no contraer matrimonio, pero su padre, pagano, le buscó un partido para él interesante, y se trataba de un joven pagano. Recurrió Bárbara a la estratagema de hacerse la enferma hasta que el novio se aburrió. Y entonces las demás católicas le buscaron un novio que profesaba la fe cristiana. Pero a los dos años murió el marido y ella regresó a su casa. Posteriormente se marchó a vivir con su hermana Magdalena a Haktari, viviendo ambas muchos años en situación de trabajo y pobreza. Su madre las visitaba en Navidad y Cuaresma para poder, además, recibir los sacramentos. En abril de 1839 seis mujeres católicas, entre ellas Bárbara, se ofrecieron a los perseguidores y para probárselo les enseñaron sus rosarios. Los guardias las llevaron a la cárcel. Al oír lo sucedido, los magistrados se extrañaron de que se hubieran ofrecido al martirio en vez de huir. Al día siguiente tuvo lugar el interrogatorio y ellas confesaron la fe y se mostraron dispuestas a llegar hasta el final.

Fueron torturadas, llevadas a la cárcel y presionadas de muchos modos. Nuevamente torturadas tras nuevo interrogatorio, perseveraban intrépidas. Bárbara fue finalmente decapitada en la pequeña Puerta del Oeste, de Seúl, el 3 de septiembre de 1839.

MARÍA YI YON-HUI nació en Seúl en 1804. Fue la esposa de San Damián Nam Myong-hyok, con el que compartió la fe y el celo por la Iglesia, ofreciendo su casa como posada donde podían acogerse los católicos cuando venían a la capital para poder encontrar al obispo Imbert o a los misioneros y recibir los sacramentos. María hacía cuanto estaba de su parte por acogerlos y atenderlos, secundando a su marido. Dos días antes del domingo octava de Pascua los católicos comenzaron a llegar a la casa de María. El obispo ordenó que, para no llamar la atención, no fueran más de veinte pero llegaron a reunirse cien, y aunque algunos se marcharon pero otros más vinieron. El obispo los confesó. Cuando éste dejó la casa le pidió a Damián que llevara a otra casa sus ornamentos episcopales, pero Damián se durmió por cansancio, y cuando despertó, la casa estaba rodeada de policías. Registraron la casa y encontraron los ornamentos del obispo. Le preguntaron por ellos y Damián dijo que pertenecían a un sacerdote martirizado en 1801 pero la policía no le creyó. Invitaron a Damián y a María a apostatar, pero ambos se negaron, siendo llevados a reclusión. Su hijo, de doce años, fue igualmente arrestado y resistió bravamente a las tentativas de hacerlo apostatar. Damián y María hubieron de pasar por el dolor de ver torturar a su hijo repetidamente. Le tocó el turno a ella y le partieron una pierna pero resistió con gran fortaleza. Por fin ella y su esposo fueron condenados a muerte. Primero martirizaron a Damián (24 de mayo de 1839) y luego siguieron torturando a María, pero sin que ella apostatara, y por eso fue decapitada el 3 de septiembre de aquel mismo año.

INÉS KIM HYO-JU nació en Bamsom, Seúl, el año 1816. Su madre, al tener a esta hija y a su hermana mayor, Santa Columba Kim Hyo-im, tuvo el mismo sueño: veía un laúd coreano colgando de la aldaba de la puerta y se despertaba por su sonido tan raro. La familia no era católica pero la madre se convirtió, mientras que el padre no quería ni que se nombrase el cristianismo en la casa. La madre atrajo a sus hijos a la fe, y

recibieron el bautismo de manos del sacerdote chino P. Yu Pang-che. Inés, con otras dos hermanas, ofreció al Señor su virginidad, y para evitar se las buscara como novias se peinaron como las mujeres casadas. Poco después se fueron a vivir con su hermano Antonio, casado, que residía en Yongmori, en la provincia de Kyonggi. Vivían muy cristianamente, ayudaban a los pobres y daban un gran ejemplo a todos los católicos. Al llegar la persecución de 1839, en mayo, Antonio fue denunciado como cristiano por un vecino, que dio las señas de su casa. Entonces la policía llegó a la casa, pero su presencia fue notada y varios miembros de la familia pudieron huir, no así Inés, que fue arrestada junto con su hermana Columba que había sido localizada en su escondite. Al día siguiente fueron llevadas a Hanyang. Interrogadas, ambas confesaron la fe cristiana, se negaron a apostatar y se mostraron dispuestas al martirio. Fueron bárbaramente torturadas sin que saliera de sus labios una queja, cesando las torturas por cansancio de los torturadores, y curando las heridas de las mártires antes de lo que podía esperarse. Interrogadas de nuevo, confesaron estar dedicadas a Cristo en la virginidad. Y volvieron a torturarlas, y al no conseguir nada el magistrado las remitió a la cárcel del Ministerio de Justicia. El 12 de mayo de aquel año 1839 comparecieron ante el tribunal ante el que se quejaron de las injurias inferidas a su castidad, lo que trajo consigo una investigación sobre el tipo de torturas que les habían dado y a sus autores les vinieron castigos. Llevadas a prisión, fueron nuevamente interrogadas y apaleadas con cañas. Dejadas durante meses en la cárcel, su salud se resintió. Condenadas ambas a muerte, Inés fue decapitada el 3 de septiembre de 1839.

4 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de Moisés, profeta, que por elección divina sacó al pueblo de Israel de Egipto, lo guió por el desierto hacia la Tierra prometida, se le reveló el nombre divino y por su medio se dio la Ley y vino a morir en el Monte Nebo en tierra de Moab **.

2. En Chalon-sur-Saône (Borgoña), San Marcelo († s. III), mártir.
3. En Roma, la deposición del papa Bonifacio I († 422) *.
4. En Chartres (Francia), San Caletrice († 473), obispo.
5. En Hersfeld (Sajonia), Santa Ida († 825), viuda *.
6. En Mende (Aquitania), San Fredaldo, Fredoaldo o Frezaud († s. IX), obispo y mártir.
7. En Colonia (Lotaringia), Santa Irmengarda o Irmengardes († 1085), condesa de Süchteln *.
8. En Palermo (Sicilia), Santa Rosalía († s. XII), virgen y solitaria *.
9. En Carmagnola (Italia), Beata Catalina Mattei o de Racconigi († 1547), virgen, terciaria dominica *.
10. En Rochefort (Francia), Beato Escipión Jerónimo Brigéat de Lambert († 1794), presbítero y mártir *.
11. En Sillery (Québec), Beata María de Santa Cecilia Romana Dina Bélanger († 1929), virgen, de la Congregación de Jesús-María **.
12. En Oropesa (Castellón), Beato José Pascual Carda Saporta († 1936), presbítero, de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús, mártir *.
13. En Teulada (Alicante), Beato Francisco Sendra Ivars († 1936), presbítero y mártir *.
14. En Genovés (Valencia), Beato Berardo (José) Bleda Grau († 1936), religioso capuchino y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MOISÉS
(Antiguo Testamento)

Moisés juntamente con Abrahán son los dos personajes centrales del Antiguo Testamento. Es el libertador del pueblo elegido, y el mediador de la Alianza renovada en el Sinaí y, conforme a ella, es el organizador de la teocracia hebrea. Tal fue su importancia en la historia de Israel que muchas veces el Mesías es concebido como una reencarnación del gran «Profeta» por antonomasia del Antiguo Testamento. Los días del Éxodo habían quedado como los tiempos heroicos de la historia israelita y el principal protagonista de las gestas, Moisés, quedó en la memoria de todas las generaciones como el amigo de Dios por excelencia.

Su mismo nacimiento está ya marcado con el signo de la predilección divina. Oriundo de la tribu de Leví, fue abandonado por su madre en una cestilla de juncos en el Nilo. La perse-

cución de los israelitas había llegado a su punto culminante, y las madres hebreas tenían que deshacerse de sus hijos varones, cuya extinción estaba decretada por las autoridades egipcias. Son los tiempos de reacción contra los semitas. Habían pasado los años de la dominación de los hiksos, de origen asiático, que protegían a los extranjeros oriundos de Canaán y Fenicia, porque les ayudaban a mantener sujetos a los egipcios. José, el cananeo descendiente de Jacob, había logrado escalar, al amparo de esta situación de privilegio para los semitas, las más altas dignidades del Estado egipcio. A su sombra los hebreos habían prosperado desmesuradamente en la parte oriental del Delta, de tal forma que llegaron a crear un problema a los mismos nativos súbditos del faraón. Al subir otra dinastía, de procedencia netamente egipcia, se generalizó una política de persecución contra los extranjeros semitas, que habían colaborado con los odiados hiksos. Víctimas de esta política sectaria fueron entre otros los hebreos, que pacíficamente se dedicaban a la cría de rebaños en Gesen. La opresión sobrepasaba toda medida, y Dios iba a intervenir milagrosamente para salvar a su pueblo vinculado a la promesa de bendición hecha al gran antepasado Abrahán. Para ello había de preparar al instrumento de su especial providencia. La Biblia recalca estas intervenciones milagrosas de Dios en la vida de Moisés. El niño fue recogido por una princesa egipcia, que se lo llevó a la corte del faraón como hijo adoptivo, dándole el nombre de *Mossu* o Moisés, que en egipcio parece significar simplemente niño. Allí creció formado conforme a la exquisita educación cortesana. El alma egipcia se distingue por su delicadeza y bondad. Conocemos muchas composiciones literarias llenas de belleza estilística y de grandes pensamientos. Quizá el niño hebreo tuvo entre sus manos las maravillosas *Enseñanzas de Amenhemec,* que dejarán huella en la literatura sapiencial hebraica.

La vida de Moisés en la corte era muelle y distraída entre cantos de harpistas y recitaciones de versos por los escribas. Pero en sus oídos resonaban los gritos de dolor de sus compatriotas que estaban empleados en trabajos forzados en la construcción de una ciudad residencial que llevará el nombre de su fundador Ramsés II. Los capataces egipcios imponían horas

agotadoras de trabajo y manejaban el bastón con demasiada frecuencia. Por otra parte los nativos despreciaban a sus compatriotas y les hacían la vida imposible. Un día el joven cortesano Moisés vio que un egipcio estaba abofeteando a un compatriota. La sangre le hirvió en las venas, y en un momento de furor mató al egipcio agresor. Para evitar consecuencias enterró su cadáver en la arena. Pero el hecho trascendió, pues su compatriota, al que había ayudado, le delató ante la opinión pública. El asunto era muy grave, y Moisés tuvo que abandonar la corte para no caer en manos de la policía egipcia. La península del Sinaí con sus estepas era el mejor lugar para huir a las pesquisas de los egipcios. Saliendo de la zona oriental del Delta, donde estaba la corte del faraón, le bastaban unas horas de camino para encontrarse ya en terreno de nadie.

El joven hebreo debió adaptarse a la nueva vida, muy distinta de la complicada de la corte faraónica. Durante años su género de vida será la del beduino que conduce sus rebaños de un lugar a otro en busca de pastos. Pronto entró en relaciones con un jeque-beduino, que como Melquisedec era también sacerdote de su tribu. De su experiencia se aprovechará más tarde para organizar la vida civil de los israelitas. El momento culminante de la vida trashumante de Moisés por las estepas sinaíticas es aquel en que el Dios de Israel se le apareció en una zarza ardiendo, con la declaración solemne: «Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abrahán, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob». Desde ese momento Moisés tendrá que hacerse cargo de una ardua misión, la de salvar a sus compatriotas de la opresión egipcia. Sin duda que Moisés había oído entre los suyos de las bendiciones especiales que su Dios había prometido a sus antepasados, los gloriosos patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob. Ahora Dios se declaró solemnemente vinculado a sus legendarios padres. Pero el nombre de «Dios *(Elohim)* de Abrahán...» le parece demasiado genérico para en nombre suyo presentarse como el liberador de sus compatriotas, y así preguntó a Dios por su nombre específico, que autenticara su misión. En su estancia entre los egipcios había oído hablar de los diversos nombres de sus dioses, y por eso ahora quiere que su «Dios» le revele el nombre concreto que defina su personalidad. La respuesta por

parte de Dios no pudo ser más evasiva: a la pregunta inquisidora llena de vana curiosidad: «¿Tú quién eres?», respondió: «¡Yo soy el que soy!». Dios quiso rodear de misterio su nombre para que no se le materializara concibiéndole de un modo sensible conforme a cualquier noción basada en la imaginación. En adelante «El que es» («Yahvé») será la mejor definición de la trascendencia divina. En el Decálogo se prohibirá representar sensiblemente al Dios de los israelitas, que se ha querido definir misteriosamente como «El que es».

Ahora empieza una nueva etapa de la vida de Moisés. Por orden de su Dios debe volver a Egipto para convencer al faraón de la necesidad de que el pueblo israelita salga hacia el desierto. En los planes de Dios Israel debe aislarse de los otros pueblos hasta adquirir una nueva conciencia religiosa y nacional. En los años de estancia en el país del Nilo se había contaminado con los cultos idolátricos y era preciso despertar en él la añoranza de sus antiguas tradiciones patriarcales en tierra de Canaán, que les iba a ser entregada como heredad. Para ello nada mejor que llevarle a las estepas del Sinaí para hacerle olvidar las idolatrías de Egipto e ilusionarle con la «tierra que mana leche y miel» de Canaán. El cometido de Moisés es difícil. El faraón se resistía a desprenderse de aquellos semitas que necesitaba para sus obras de construcción. Por fin, después de los milagros de las plagas permitió que los israelitas se fueran al desierto. Moisés decidió la marcha y en el mes de Abib *(Nisán)* sus compatriotas celebraron la fiesta agrícola de la Pascua, que este año tenía carácter de despedida, y había de quedar como recuerdo de la liberación de la opresión egipcia. Los israelitas salieron furtivamente con los despojos de los egipcios camino del desierto.

El éxodo no quedó inadvertido. El faraón revocó su permiso y envió un destacamento armado para obligarles a volver. La suerte estaba echada, y Moisés no permitió a los suyos el retorno, y así les animó a correr hacia la estepa, pero llegó un momento en que no pudieron avanzar. Ante ellos se extendía una laguna de agua que les cerraba el paso. De nuevo la intervención taumatúrgica de Moisés salvó la situación. Yahvé envió un viento huracanado, y el agua se retiró de forma que los hebreos pudieron pasar a pie enjuto. Detrás el ejército del faraón entró

en su persecución sin advertir la anomalía de la retirada del agua, creyendo fuera la retirada normal de la marea; pero, cuando los israelitas habían pasado, el agua volvió de nuevo y anegó a los soldados y carros del faraón. Es el gran portento del paso del Mar Rojo, que será el símbolo de la protección de Yahvé a su pueblo. Durante generaciones los israelitas contarán el gran milagro, que había tenido lugar allá en tiempos de los faraones de la XIX dinastía (siglo XIII a.C.).

Pasado el Mar Rojo los hebreos se adentraron en la península sinaítica, hasta llegar a una gran montaña, que también iba a tener eco en la tradición israelita. La nueva legislación que iba a enmarcar la teocracia hebrea surgiría en la cima de ese monte donde Yahvé se manifestó a Moisés como «un amigo a otro amigo». Allí se establecieron, en efecto, las bases de la nueva teocracia: de un lado, Israel debía reconocer a Yahvé como Dios único, comprometiéndose a guardar sus preceptos, y de otro, Yahvé prometía protegerle como pueblo a través de la historia. Sin embargo, este pacto fue roto muchas veces ya en los días de la peregrinación en el desierto. El pueblo hebreo siguió con su propensión a la idolatría, levantando al pie del Sinaí un becerro de oro para adorarle. En la marcha a través del desierto Israel se mostró como pueblo de dura cerviz. Se multiplicaban los milagros (el maná, las codornices, el agua de la roca), pero a la primera contrariedad los hebreos querían abandonar a su Dios y volverse a Egipto. Es el caudillo Moisés el que tuvo que hacer frente a esta obstinación materialista. Durante una generación su vida estuvo consagrada a modelar el alma nacional y religiosa de un pueblo rudo y recalcitrante, y cuando se hallaba ya para entrar en la tierra de promisión murió, haciendo sus últimas recomendaciones de fidelidad a Yahvé. Por una falta misteriosa que la Biblia no especifica, el gran libertador de los israelitas fue privado de entrar en Canaán, término de la larga peregrinación por el desierto.

Su recuerdo permaneció vivo en el pueblo de Israel. «No hubo nunca más en Israel un profeta como Moisés, a quien Yahvé conoció cara a cara». Es la síntesis que de él hace el autor del Deuteronomio. Su obra, la «Ley», constituyó la base de la vida religiosa y política del pueblo elegido hasta los tiempos del

Mesías. Jesucristo dirá que no vino a abolirla, sino a perfeccionarla en su pleno sentido espiritualista y ético. Es la mejor consagración de una obra legislativa que giraba en torno al destino excepcional de un pueblo del que había de salir el Salvador del mundo. En la visión del Tabor, Moisés —símbolo de la Ley del Antiguo Testamento— y Elías —símbolo del profetismo— hacen la escolta de honor al Dios-Mesías. Por eso la Iglesia cristiana, que se considera la heredera del «Israel de las promesas», ha sentido siempre una gran veneración por el gran legislador y profeta del Antiguo Testamento.

MAXIMILIANO GARCÍA CORDERO, OP

Bibliografía

CASELLES, H. - GELIN, A., *Moïse. L'homme de l'Alliance* (París 1955).
RICCIOTTI, J., *Historia de Israel,* I (Barcelona 1949) 175-236.
• Actualización:
ALONSO SCHÖKEL, L. - GUTIÉRREZ, G., *La misión de Moisés. Meditaciones bíblicas* (Santander 1989).
CAZELLES, H., *En busca de Moisés* (Estella, Navarra 1981).
FLECHA ANDRÉS, J. R., «Moisés: la necesidad de líderes sociales», en J. ALEGRE (ed.), *Personajes del Antiguo Testamento,* I (Estella, Navarra 1998) 127-141.
GREGORIO DE NISA (SAN), *Vida de Moisés,* en T. H. MARTÍN (ed.), *Semillas de contemplación* (Madrid 2001).
GUILLAUME, P. M., «Moïse», en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique,* X: *Mabille-Mythe* (París 1980) cols.1453-1471.

SAN BONIFACIO I

Papa († 422)

Haciendo honor a su nombre fueron muchos los bienes que reportó a la Iglesia y al mundo en su breve pontificado (418-422) este San Bonifacio, a quien el *Martirologio romano* recuerda y elogia diciendo que «Zanjó muchas controversias y diferencias en el campo de la disciplina eclesial».

Hacía más de un siglo que la conversión del emperador Constantino, dando la paz a los cristianos, había impulsado al obispo de Roma a introducirse en el corazón mismo de las instituciones existentes como uno de los hombres más poderosos e influyentes de la Urbe. De los obispos de todo el imperio se esperaba ahora que asumieran el papel hasta de jueces, gober-

nadores, grandes servidores del Estado. Incluso en África, San Agustín se queja amargamente de las abrumadoras responsabilidades civiles de un obispo, añadidas a su primaria tarea, la pastoral.

En el caso del obispo de Roma se sumaba, a su liderazgo en la Iglesia, la tarea de hacer una Roma cristiana de una capital todavía pagana, centro del mundo y foco del sentido de identidad del pueblo romano; sobre todo desde que Constantino abandonó la ciudad y se marchó el año 324 a fundar una capital cristiana en Oriente.

Desde San Melquiades (311-314) —que vivió el gran momento histórico de la paz— hasta San Zósimo (417-418), predecesor inmediato de San Bonifacio, todos los Papas pusieron manos a la obra. Mandaron edificar iglesias, transformando los modestos *tituli* (centros eclesiales de la comunidad cristiana cedidos por las familias) en edificios mucho mayores, sin competir con las basílicas edificadas por el emperador: San Juan de Letrán y San Pedro del Vaticano. Así fueron surgiendo San Marcos (año 336); el templo fundado por el papa Julio (337-384), hoy Santa María en el Trastévere; la basílica del papa Liberio (352-366), actualmente Santa María la Mayor; Santa Anastasia, construida por el papa San Dámaso (366-384); Santa Pudenciana, próxima a las termas de Diocleciano, siendo Papa Anastasio (399-401). Por su parte, Bonifacio I, devotísimo de Santa Felícitas, construye un oratorio en su honor, y otro en el de San Silvano y eligió ese lugar para su propio sepulcro. La basílica de Santa Sabina, entre las villas patricias del Aventino, fue edificada en el pontificado de su sucesor, el papa Celestino I (422-432).

La vida de San Bonifacio hay que situarla dentro de ese proceso fascinante de transformación. La romanización de la Iglesia hizo, por un lado, que ésta se hiciera más mundana, pero, por otra parte, se ocuparon de encontrarle una dimensión religiosa a esa «romanitas» que va a traer profundas implicaciones al ejercicio y carácter del papado.

Intentaron interpretar el pasado histórico de Roma, no a la luz del paganismo sino a la del cristianismo. Latinizar la Iglesia era cristianizar el latín, ésta fue la tarea del mayor latinista de

aquel tiempo, el presbítero de Dalmacia, San Jerónimo, a quien San Dámaso le encargó transformar las expresiones algo rudas empleadas por la comunidad cristiana, en algo más civilizado y urbano. Por cierto que San Jerónimo se refiere a nuestro santo, al que admiraba mucho, con palabras altamente elogiosas.

Hasta los mártires santos, aunque provenían de distintas provincias y lugares del Imperio, se hicieron romanos. Su martirio en Roma les había convertido en ciudadanos honorarios. El amor a la Roma eterna adoptó un significado nuevo y específicamente cristiano, ligado a los papas y a la memoria de Pedro y Pablo:

> «Seas quien seas tú, que invocas los nombres de Pedro y Pablo, debes saber que aquí vivieron una vez los santos. Fue Oriente el que envió aquí a los discípulos; eso es algo que todos conocemos. Pero, a causa de su sangre derramada [...] Roma se ha ganado el derecho superior a considerarlos como ciudadanos suyos» (Inscripción de San Dámaso).

Según los datos del *Liber pontificalis,* San Bonifacio era romano de origen, hijo del presbítero Jocundo. Por su energía y su piedad, el papa San Inocencio (401-417) le había confiado comprometidas embajadas a la corte de Constantinopla. A la muerte de San Zósimo (26 de diciembre del 418), era Bonifacio un venerable sacerdote, lleno de sabiduría y de experiencia. Una gran mayoría de personas pensó en él para suceder al papa, pero la elección se presentó erizada de obstáculos. Un pequeño grupo de clero reunido en Letrán eligió al archidiácono Eulalio, el hombre de confianza de Zósimo.

Entonces era costumbre casi habitual que el Papa fuera elegido por los clérigos de alto rango, tomándolo de entre los siete diáconos que ya vestían como el propio Papa —con la distintiva capa dálmata de amplias mangas y dos tiras de color púrpura—. Los diáconos habían llegado a una prepotencia tal que constituían el eje de la administración papal. De hecho, a San Bonifacio I y a sus sucesores San León I (440-461) y San Félix II (483-492) les sucedieron sus respectivos archidiáconos. Pero en el caso de San Bonifacio no fue así. Los diáconos, unidos a unos pocos presbíteros atrincherados en la basílica de San Juan de Letrán, precipitaron, al día siguiente de la muerte de Zósimo, la elección de Eulalio, probablemente griego como él. Cuando

los presbíteros, el pueblo y algunos obispos se congregaron el 28 de diciembre en la basílica de Teodora para proceder a la elección regular —que recayó en Bonifacio— se encontraron con la sorpresa de este golpe de mano: la elección de Eulalio ya consumada. Como consecuencia de esta división hubo un retroceso. Se podía dudar legítimamente de la consagración pues la de Eulalio —celebrada el mismo día de ser elegido— había contado con el obispo de Ostia; pero en la de San Bonifacio —celebrada en la basílica de San Marcelo— se contó con nueve obispos.

El prefecto de la ciudad, Símmaco, que no era cristiano y había defendido que el saqueo de Roma era castigo de los dioses, transmitió a la corte imperial de Honorio —en Rávena— un informe inclinándose a favor de Eulalio; en tanto, llegaban, a la vez, otras instrucciones y disposiciones diametralmente opuestas de parte de Gala Placidia, hermana del Emperador, de gran influencia en la Corte y partidaria de Bonifacio, a quien estimaba mucho.

Honorio quiso mantener la neutralidad y dispuso que todo quedara en suspenso hasta que se celebrara un sínodo en Espoleto, el 13 de junio de 419. Entre tanto ordenó que Eulalio y Bonifacio permanecieran fuera de Roma, sin acudir a la ciudad ni siquiera con el pretexto de celebrar las fiestas pascuales. Aquileo, obispo de Espoleto, se encargaría de presidirlas. Eulalio pensó que, si lograba celebrar la pascua (era el día 30 de marzo), se convertiría de hecho en el obispo de Roma. Con esta intención, y desobedeciendo las órdenes del emperador, se apoderó violentamente de Letrán provocando disturbios y dispuesto a administrar el bautismo a los catecúmenos. Símmaco, el prefecto, actuó con energía: recuperó la basílica y se la confió a Aquileo. Honorio juzgó que tal desobediencia merecía castigo, y sin esperar al proyectado sínodo de Espoleto —que nunca llegó a celebrarse— desterró a Eulalio el 3 de abril de 419 y Bonifacio fue oficialmente reconocido como Papa. Con este motivo Honorio dio un decreto que se convirtió en el primer paso para posteriores injerencias imperiales en las elecciones pontificias: en adelante, cuando se produjera una doble elección, la autoridad civil negaría el reconocimiento a ambos candidatos; sólo

una elección sin disputa sería aceptada y confirmada. Este decreto fue punto de apoyo y pretexto para que los emperadores reclamasen el derecho a confirmar a los Papas. Oficialmente cristiano, el imperio tendía a adueñarse de la jurisdicción eclesiástica poniendo en peligro la necesaria libertad de la Iglesia. (Más tarde, Eulalio fue obispo de Campania hasta su fallecimiento el año 423). En todo este conflicto fue decisiva la intervención de Gala Placidia, como lo atestiguan tres cartas suyas: una al obispo de Cartago, Aurelio; otra a San Agustín, obispo de Hipona; y la última, a San Paulino de Nola.

Tanto San Jerónimo como San Agustín, contemporáneos del Papa, tuvieron expresiones de estima y consideración admirativa para con San Bonifacio. San Agustín le dedicó el tratado *Contra duas epistolas pelagianorum,* que había escrito a petición del mismo Bonifacio. Éste obtuvo del emperador un edicto que obligaba a los obispos a suscribir la condena de Pelagio. El año 420 Bonifacio padeció una grave enfermedad que le puso al borde de la muerte.

Las principales intervenciones de San Bonifacio I fueron en relación con los obispos de las Galias, del África y del Ilírico, en el imperio de Oriente. Teodosio II (408-450) respondiendo a una demanda de los obispos de Tesalia anuló por su cuenta el vicariato de Tesalónica, que dependía del Papa, y asignó al patriarca de Constantinopla el poder sobre todas las diócesis de los Balcanes.

Protestó San Bonifacio a través de Honorio, pero sin éxito, pues esta ordenanza fue incluida en los textos del Código.

Por su parte, Bonifacio reconoció los derechos de los metropolitanos de Marsella, Vienne y Narbona, en las Galias, dejando sin efecto el vicariato de Arlés con los privilegios concedidos por su predecesor el papa Zósimo al obispo Patroclo. En África resolvió la controversia dolorosa del obispo Apiario con la que su predecesor se había granjeado la enemistad de los obispos africanos y el resentimiento hacia la sede de Roma. Bonifacio se plegó ante ellos después que Apiario confesase sus faltas y fuese enviado a otra diócesis. Hubo otro incidente posterior: un obispo designado por San Agustín fue expulsado en un sínodo episcopal a causa de su conducta escandalosa; pero

fue acogido y repuesto por el Papa a quien logró engañar, sin escuchar a sus acusadores. Estas actuaciones pueden considerarse como retrocesos en la práctica, pero no en la doctrina, pues exigió rigurosamente que «jamás pudiera legalmente ser reconsiderada una disposición de la Sede Apostólica» (DzH 232).

Siguiendo en esta línea consiguió que Honorio publicara un rescripto conminando a todos los obispos a acatar la doctrina expuesta en la epístola llamada *Tractoria,* de San Zósimo. Es un tratado, como indica su nombre, dirigido a las Iglesias Orientales (año 418) sobre el pecado original, el bautismo y la gracia. Entre los documentos del pontificado de San Bonifacio I se destacan tres cartas del 11 de marzo del 422. Las tres insisten en el mismo tema: el primado de la Sede Romana. La primera está dirigida al obispo Rufo, de Tesalia.

La segunda, a los obispos de la misma Tesalia, dice:

> «Es cierto que la Iglesia de Roma es para las iglesias esparcidas por todo el orbe como la cabeza de sus miembros; quien se aparta de ella, que sea expulsado de la religión cristiana, porque no ha sido capaz de permanecer en su compañía» (DzH 233).

La tercera, dirigida a Rufo y a los demás obispos de Macedonia, es la que afirma claramente la doctrina del primado:

> «Por disposición del Señor, es competencia del bienaventurado apóstol Pedro la misión recibida de aquél, de tener cuidado de la Iglesia universal. Y, en efecto, Pedro sabe, por testimonio del Evangelio, que la Iglesia ha sido fundada sobre él. Y jamás su honor puede sentirse libre de responsabilidades por ser cosa cierta que el gobierno de aquélla está pendiente de sus decisiones [...] Lejos esté de los sacerdotes del Señor incurrir en el reproche de ponerse en contradicción con la doctrina de nuestros mayores, por intentar una nueva usurpación, reconociendo tener de modo especial por competidor aquel en quien Cristo depositó la plenitud del sacerdocio, y contra quien nadie podrá levantarse so pena de no poder habitar en el reino de los cielos. "A ti, dijo, te daré las llaves del reino de los cielos" (Mt 16,19). No entrará allí nadie sin la gracia de quien tiene las llaves...» (DzH 234).
>
> «Ya que la ocasión lo pide, repasad, si os place, las sanciones de los cánones; hallaréis cuál es, después de la Iglesia romana, la segunda iglesia; cuál la tercera [...] Nadie osó jamás poner sus manos sobre el que es cabeza de los apóstoles, y a cuyo juicio no es lícito poner resistencia; nadie jamás se levantó contra él, sino quien quiso hacerse reo de juicio...».

«Las antedichas grandes iglesias [...] conservan por los cánones sus dignidades (Concilio I de Nicea, can.6), las tienen reconocidas por derecho eclesiástico. Guardan, decimos, lo establecido por nuestros mayores, siendo deferentes en todo y recibiendo, en cambio, aquella gracia que ellos, en el Señor, que es nuestra paz, reconocen debernos».

«Pero, ya que las circunstancias lo piden, hay que probar, con documentos, que las grandes iglesias orientales, en los grandes problemas en que es necesario mayor discernimiento, consultaron siempre la Sede Romana y cuantas veces la necesidad lo exigió recabaron el auxilio de ésta» (DzH 235).

El *Liber pontificalis* atribuye a Bonifacio I disposiciones litúrgicas que otorgaban únicamente a los sacerdotes la facultad de quemar incienso ante el altar e impedían a las mujeres tocar o lavar los linos sagrados. Y a los esclavos y curiales acceder al clericato. La liberación de ambos estaba entre las condiciones indispensables para recibir el sacramento. Falleció Bonifacio I el 4 de septiembre de 422 y no en la fecha señalada por el *Liber pontificalis.*

La iconografía de San Bonifacio I no es diferente de la convencional que tienen los Papas de los primeros siglos. No tienen otros atributos que las vestiduras pontificales y la insignia de su alto grado. Así aparecía en los muros de las basílicas de San Pablo extramuros, cuya copia realizada en el siglo XVII por el cardenal Francisco Barberini se puede contemplar en el códice n.3307 de la Biblioteca Vaticana.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

CARAFFA, F., «Bonifacio I», en *Bibliotheca sanctorum.* III: *Bern-Ciro* (Roma 1963) 328-331.

DENZINGER, H. - HÜNERMANN, P. (eds.), *El Magisterio de la Iglesia. Enchiridion symbolorum definitionum et declarationum de rebus fidei et morum* (Barcelona ²2000). (DzH).

DUFFY, E., *Santos y pecadores. Una historia de los Papas* (Madrid 1998).

PAREDES, J. (dir.), *Diccionario de los Papas y Concilios* (Barcelona 1998).

BEATA MARÍA DE SANTA CECILIA ROMANA DINA BÉLANGER

Virgen († 1929)

Québec, a finales del siglo XIX es una ciudad patriarcal, pacífica, profundamente católica, llena de iglesias y conventos. Casi todas las familias tienen entre sus miembros sacerdotes o religiosos. Octavio Bélanger y Serafina Matte son descendientes de familias francesas emigradas al Canadá en el siglo XVII. Católicos coherentes, forman un matrimonio sólidamente piadoso, compenetrado y caritativo. El 30 de abril de 1897, Dios bendice su unión con una niña que, el mismo día, es bautizada en la iglesia de San Roque con los nombres de «María Margarita Dina Adelaida». La llamarán Dina, que en griego significa «capacidad, fuerza». Usado a veces como abreviatura de Blandina, es también nombre bíblico, llevado por la hija de Jacob (cf. Gén 30,21; 34,1-31; 46,15; Jue 9,2-4).

De sus padres hereda claro juicio, voluntad tenaz, prudente reserva, piedad afectuosa, gran abnegación. Más tarde nace un niño que sólo vive tres meses. Dina se encomendará siempre a él. Ella, convencida de su importancia en el pequeño mundo de su hogar, se encoleriza cuando la contrarían; pero los padres, con firmeza y ternura corrigen a su hija, evitando todo egoísmo. La llegada de su padre por la noche es toda una fiesta. La coge en brazos, la acaricia, juega con ella y responde a sus innumerables porqués.

La caridad es uno de los distintivos del hogar Bélanger. Dina acompaña a su madre en la visita a familias necesitadas y aprende a compartir con otros niños los dulces, frutas y golosinas que le regalan. Un día desobedece. Mamá Serafina repite el mandato y la pequeña inicia una rabieta solemne. Entonces Octavio, sin alterarse, la coge de la mano y le dice: «Muy bien; yo te ayudaré a llorar y a bailar, así acabaremos antes». En cuanto ella oye remedar sus gritos y sollozos, calla avergonzada.

Una noche, en sueños —Dina tiene dos años— ve al Niño Jesús hermosísimo, de su misma edad, de pie y con los brazos abiertos a los pies de su cama. Ella lo contempla y él le dice sonriente: «¿Qué quieres?»; «¿Querrías darme tu retrato?», contesta ingenuamente Dina. Aunque sólo ha sido un sueño, le

queda una gran alegría... Se acerca la Nochebuena. Después de la Misa del Gallo, la hace feliz un obsequio: un lindo portalito de Belén, en que el Niño Jesús sonríe desde su cuna con los brazos abiertos. Ella exclama: «¡Ya sabía yo que me enviaría su retrato!».

La crisis económica que sufre el país, se deja sentir en muchos hogares. Los Bélanger-Matte han perdido todos sus ahorros. Dina sorprende a su madre con esta pregunta: «Mamá, antes cantabas todo el día, y ahora lloras; ¿qué te pasa?». Serafina le cuenta —en un lenguaje que entienda— lo que sucede. Muy seriecita, dice la pequeña: «Quizás Dios lo ha permitido para que no tengas orgullo por los trajes o por la casa». Su madre confesaría que le hizo bien aquella reflexión. Poco a poco su terquedad va cediendo, hasta tal punto que basta para obedecer, la más ligera insinuación de sus mayores.

Hizo su primera comunión y recibió el sacramento de la confirmación el 2 de mayo de 1907. Asistió al colegio Jacques Cartier, dirigido por religiosas de la congregación de Nuestra Señora. Desde pequeña recibió clases de piano y a los once años obtuvo su primer diploma. A los trece fue admitida en la Asociación de las Hijas de María en el colegio.

En 1911, comenzó a asistir al internado de Bellevue. En ese mismo año hizo voto privado de castidad y le pidió al Señor la gracia del martirio, el día 1 de octubre. Terminó sus estudios en 1913 y regresó a su casa paterna. Se involucró en su parroquia, ayudando con los ornamentos litúrgicos y participando del Apostolado de la Oración. En 1914 comunica a sus padres su deseo de ser religiosa, pero éstos no le conceden el permiso: es demasiado joven.

> «El primer viernes de octubre, estando con las demás alumnas en la capilla para la visita al Santísimo, me sentí impulsada a consagrar al Señor mi virginidad. Y así lo hice, añadiendo: si esta consagración es de tu agrado. Y debió agradarle porque me sentí más suya, con una pertenencia más profunda, y mi sed de entrega total a su amor en la vida religiosa, más colmada. Ardía en deseos de ser mártir y decía: Jesús, tú has muerto por mí. Pues bien, mi amor no quedará satisfecho si no muero mártir por Ti».

De 1916 a 1918 se fue a Nueva York, donde completó sus estudios de piano y música en la residencia Nuestra Señora de

la Paz, dirigida por las religiosas de Jesús-María. De regreso a su ciudad natal se inscribió en la Tercera Orden de Santo Domingo, y una vez obtenido el permiso de sus padres, ingresó en la congregación de Jesús-María, en Québec. María de Santa Cecilia de Roma fue el nombre religioso que escogió, por su gran amor a la música. Emitió sus votos temporales el día 15 de agosto de 1923, Solemnidad de la Asunción de María; y sus votos perpetuos el 15 de agosto de 1928, un año antes de su muerte.

> «Al fin ya llevaba el hábito religioso; lo besaba con piedad y amor pero no en vano se dice que "el hábito no hace al monje" y tenía que trabajar por hacerme menos indigna de él... Ya era por fin religiosa de Jesús-María. Recibí la cruz y el rosario. Ya pertenecía a la Congregación que tanto amaba. La mano divina allí me había conducido. Qué deuda de gratitud hacia mi Congregación religiosa. Modela, Señor, mi alma, según su espíritu de caridad y de humildad, de obediencia y de alabanza, que no es otro que el espíritu de tu amor. Obra en mí junto con María, para que alabe por siempre vuestros benditos nombres».

La virtud de la esperanza se manifiesta en el abandono y confianza en Dios. Dice Dina:

> «Cuando yo había comulgado en la mañana, no temía nada de los acontecimientos exteriores [...]. Mi confianza en Dios no es una confianza que yo podría sacar de mi miseria, claro que no. Es la confianza de Dios mismo la que hago mía. Estoy segura de mi divino Obrero, tengo fe en su bondad, en su amor».

Indica la M. Santa Elizabeth, maestra de novicias de Dina: «Yo no la he visto jamás desanimada. Al contrario, yo creo que ella estaba contenta de tener que sufrir. Ella siempre estaba animosa, siempre fuerte. Permanecía en calma en las dificultades». Pero, de acuerdo con el testimonio de la misma madre, su abandono era activo, era muy activa trabajando física y sobrenaturalmente por Dios y por las almas; se esforzaba por todos los medios para llegar a una unión más íntima con Nuestro Señor, por su fidelidad a los ejercicios de piedad, renuncias, mortificaciones. En unión con la Santísima Virgen se ingeniaba para dar *pequeñas sorpresas* a Nuestro Señor.

La esperanza del cielo se había convertido en una nostalgia y ardiente deseo de ver a Jesús y María:

«En mi alma, siempre la noche, la nostalgia del cielo, la sed ardiente del Amor [...] En la mañana del 8 de diciembre (1924), mi deseo de ver a María en el bello cielo, cerca de Jesús, fue tan grande que no pude impedir llorar».

Tres años antes de morir escribió una poesía titulada: *Muero de no morir.*

Desde su profesión religiosa sufrió graves enfermedades; desde su cama solía hacer traducciones y despachaba correspondencia. Le sobrevino una tuberculosis pulmonar que se agravó el 30 de abril de 1929, a tal punto que tuvo que ser trasladada a una enfermería. Murió el 4 de septiembre de 1929, a las 4 de la tarde.

«Es Cristo quien vive en mí...»

Dina tendrá siempre como norma fija de su vida: «Jesús y María la ley de mi amor, y mi amor la ley de mi vida». Y: «Todo por Jesús sólo. Desasida de todo lo que no es él». A ella, que decía: «Quiero ser santa, y con vuestra gracia, Señor, lo seré», no podemos sino reconocerla en aquellas admirables palabras de la constitución *Lumen gentium,* n.50, del Concilio Vaticano II:

> «Al mirar la vida de quienes siguieron fielmente a Cristo, nuevos motivos nos impulsan a buscar la Ciudad futura (cf. Heb 13,14; 11,10), y al mismo tiempo aprendemos cuál sea, entre las mundanas vicisitudes, el camino seguro conforme al propio estado y condición de cada uno, que nos conduzca a la perfecta unión con Cristo, o sea a la santidad. Dios manifiesta a los hombres en forma viva su presencia y su rostro en la vida de aquellos hombres como nosotros que con mayor perfección se transforman en la imagen de Cristo (cf. 2 Cor 3,18). En ellos, él mismo nos habla y nos ofrece su signo de ese Reino suyo hacia el cual somos poderosamente atraídos, con tan grande nube de testigos que nos cubre (cf. Heb 12,1) y con tan gran testimonio de la verdad del Evangelio.
>
> Y no sólo veneramos la memoria de los santos del cielo por el ejemplo que nos dan, sino aún más, para que la unión de la Iglesia en el Espíritu sea corroborada por el ejercicio de la caridad fraterna (cf. Ef 4,1-6). Porque así como la comunión cristiana entre los viadores nos conduce más cerca de Cristo, así el consorcio con los santos nos une con Cristo, de quien dimana como de Fuente y Cabeza toda la gracia y la vida del mismo Pueblo de Dios.

> Conviene, pues, en sumo grado, que amemos a estos amigos y coherederos de Jesucristo, hermanos también nuestros y eximios bienhechores; rindamos a Dios las debidas gracias por ello, "invoquémoslos humildemente y, para impetrar de Dios beneficios por medio de su Hijo Jesucristo, único Redentor y Salvador nuestro", acudamos a sus oraciones, ayuda y auxilios. En verdad, todo genuino testimonio de amor ofrecido por nosotros a los bienaventurados, por su misma naturaleza, se dirige y termina en Cristo, que es la "corona de todos los santos", y por él a Dios, que es admirable en sus santos y en ellos es glorificado».

Nosotros, los cristianos, hemos sido llamados a seguir de cerca a Jesús, hemos sido llamados a la santidad, a transformarnos en una imagen cada vez más perfecta de Cristo. ¡Qué hermosa ayuda poder mirar de cerca su rostro y experimentar su presencia en nuestra hermana Dina, una joven santa moderna del continente americano en el siglo XX! Ella vivió intensamente su breve vida —como hija de familia, como amiga, como estudiante y concertista de piano, y como religiosa de Jesús-María— porque hundió las raíces de su existencia en aquel que dijo: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida...» (Jn 14,6). «Yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia...» (Jn 10,10).

«Sed santos, como vuestro Padre celestial es santo», dice Jesús. Estas palabras cayeron en buena tierra en Dina, penetrando hasta el fondo de su corazón. Desde pequeña, cuando descubrió que su maestra le buscaba en vano una santa patrona canonizada por la Iglesia, Dina se dijo a sí misma: «¡Pues bien, yo seré santa, yo daré una patrona a las que lleven mi nombre!». Y este deseo de santidad fue creciendo por su fidelidad, ayudada de la gracia de Dios. Ya joven, comenta: «Yo experimentaba la pasión por la santidad. Por lo menos dos veces al día, mañana y tarde, yo pedía la gracia de alcanzar el más alto grado de perfección que nuestro Señor deseara». Estando para salir del noviciado, escribe:

> «¡Yo seré santa, oh Jesús mío!
> ¿Quieres Tú recibir mi promesa?
> No es un momento de embriaguez
> que pasa y ya no vuelve.
> No, me impulsa tu amor,
> los grandes beneficios recibidos...
> Yo seré santa en todo detalle,

Jesús, yo te dejo hacer;
mi donación es entera,
yo te abandono el trabajo...
En tu misericordiosa bondad,
Madre mía, oh santa Virgen María,
bendíceme, te lo suplico;
me atrevo a desear la santidad,
dame toda mi vida
el amor con la humildad».

Sabiendo que la santidad es la unión con Dios, tuvo un empeño serio en adquirir el hábito de la unión con Dios a partir del noviciado.

> «Yo deseaba hacer de mi vida una oración continua, permaneciendo sin cesar unida a él en mis oraciones, mi trabajo y mi descanso [...] esta vida de unión con mi perfecto modelo llegó a ser el objeto de mi examen particular [...] En la mañana debía pensar en hacer cinco actos en unión con Nuestro Señor en honor de sus cinco sagradas llagas; lo mismo en la tarde. Desde que despertaba me apresuraba a comenzar por la llaga del pie derecho, luego del pie izquierdo, al fin de su corazón. ¡Ah, tenía tanta prisa de llegar a esta última! Frecuentemente al momento de la comunión ya había llegado y permanecía en ella».

Dina buscaba esta unión por la pureza de intención y del sufrimiento ofrecido con amor, porque «la gracia convierte en alegría todas las penas, esas que el mundo aborrece». Dice en el noviciado: «La práctica de la unión con mi Dios seguía siendo el objeto de mi examen particular. Añadí que quería actuar por amor; sólo por Jesús». «Jesús —afirmaba, convencida— me ha puesto en la tierra sólo para ocuparme de él».

En sus experiencias, sencillamente comunicadas, vemos diversas etapas en el proceso de unión con Dios:

> «Él me inició en la vida de unión con él. Al principio, me parecía que él iba a mi lado, caminaba cerca de mí. Después, yo lo encontraba en mí. Me gustaba conversar interiormente con él cuando yo salía sola por la calle. Luego, él me dio su espíritu para reemplazar el mío; su juicio para apreciar los objetos, los acontecimientos, las personas de la manera que él deseaba. Después, él puso su voluntad en lugar de la mía; yo experimentaba entonces una fuerza poderosa que me impulsaba al bien, que me obligaba a no negarle nada».

Toda la vida de Dina está animada del soplo de la fe manifestada en su actitud en la oración, su fidelidad a los ejercicios de piedad, su amor a la eucaristía, su devoción a la Santísima Virgen y a los Santos, su piedad filial, su respeto a la autoridad, su manera de ver a Dios en la naturaleza, los acontecimientos y las personas.

El Corazón de Jesús en la Eucaristía

Desde joven, su vida fue profundamente eucarística.

> «Jesús fue mi Maestro de oración enseñándome a comunicarme con él. Un día, ante el sagrario, leí estas palabras en un libro de oración: "Señor, Dios mío". Ya no leí más. Sumergida en el silencio, en la paz y en la soledad, sentía estar con él saboreando estas palabras. Olvidé el tiempo [...] Otra vez, ante el Santísimo expuesto, fijos los ojos en la Sagrada Forma, le pedía verle con los ojos del cuerpo: ¡Deseo tanto veros! El Señor respondió a mis ingenuidades con un aumento de fe en su presencia eucarística».

El Corazón eucarístico la atraía fuertemente:

> «Apenas paso cerca de la capilla, yo siento una fuerza irresistible que me invita. Ante el Sagrario, yo experimento una alegría que no sé definir. Cuando el Santísimo está expuesto, yo estoy toda invadida y como paralizada por ese "dulce corazón eucarístico". Cuando dejo la capilla, tengo que arrancarme del divino prisionero».

A raudales derramaba las gracias el Señor en su alma...

> «Un día recibí esta luz que me consoló mucho: el cielo es la posesión de Dios; Dios vive en mí, yo lo poseo, luego gozo del cielo en la tierra. Desde este dichoso momento, me escondía por más tiempo en el Corazón de Cristo y en él encontraba las delicias de la bienaventuranza, con el privilegio añadido de ser capaz de sufrir por él. Si los ángeles pudiesen tener algún deseo, creo que, además de la Eucaristía, envidiarían este don del sufrimiento por amor».
>
> «Nuestro Señor, Hombre-Dios, me ha hecho ver su Corazón en la sagrada Hostia. Yo no miraba su santo rostro; me cautivaban su Corazón y la Hostia. Los dos estaban perfectamente unidos, de tal manera el uno en la otra, que no puedo explicar cómo me fue posible distinguirlos. De la Hostia se difundían innumerables rayos de luz; de su Corazón salía una inmensidad de llamas que corrían como torrentes impetuosos. La Santísima Virgen estaba allí, tan

cerca del Señor que parecía estar como absorbida por Él. Todos los rayos luminosos de la Hostia y todas las llamas del Corazón de Jesús pasaban a través del Corazón Inmaculado de María».

Vida «marieforme»

Dina vivió su devoción a la Santísima Virgen con intensidad, según el espíritu del *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen* de San Luis M.ª Grignion de Montfort, haciendo todas las cosas por ella, con ella, en ella y para ella, con el fin de hacerlas más perfectamente por Jesús, con él y para él. Y pedía a Dios que muchas almas conocieran este *secreto de María,* como el camino más corto, sencillo y eficaz para ir a Jesús y llegar a la santidad.

> «Me entregué totalmente a la Virgen por la práctica de la devoción perfecta, según el espíritu del Beato Luis de Montfort [no sería canonizado hasta 1947]. Este abandono total de mí misma y de mis cosas a la Reina del Cielo me atrajo muchas consolaciones. Sólo en el cielo comprenderé las ventajas de abandonarme a su sabia guía. Quisiera consagrarle toda la humanidad. Hay que dejarla vivir en nosotras para que Cristo se sustituya en nuestra pequeñez. Ella es el camino más seguro, más corto, más idóneo para elevarnos hasta el infinito, para unirnos al amor increado hasta perdernos en él, abismarnos en la fuente de la felicidad eterna».

Al comienzo de su autobiografía, el canto de amor de Dina Bélanger, ella reconoce:

> «El buen Dios, desde el amanecer de mi vida me ha envuelto, a mi parecer, con el manto protector de la Virgen bendita [...] Desde el comienzo de mi vida, Ella me ha protegido de un modo especial. Mis ojos vieron la luz el día en que comienza el mes de María. Ese mismo día recibí el bautismo. Dios tomó posesión de mi alma para que fuese toda de él. ¡Qué dicha tan grande ser hija de Dios y de María, mi dulce Madre! Jesús me dio por guía y por luz: la Hostia y la estrella. La Hostia era él mismo; la estrella era su Santa Madre».

María es la estrella de su vida. Considera una delicadeza de la Virgen que su formación corriera a cargo de religiosas dedicadas a ella; que sus padres perteneciesen a una parroquia consagrada a la Inmaculada... Como la estrella de Belén, María le indica la presencia de Jesús. Donde está María, ¡allí está Jesús!

Vivió la experiencia, intensa y real, de la mediación universal de la Madre de Dios en su vida. Cuando comienza a consignar sus recuerdos, no tarda muchos renglones en proclamar: «Tus gracias, todas sin excepción, me las has dado por María, Madre tuya y mía, que tanto amo. Deseo vivir dejándome en sus manos para favorecer mejor tu acción en mí».

Éste es el consejo que daba a una amiga: «Habéis entrado en su Corazón, no salgáis nunca de él [...] Permaneced allí, en su escuela [...] Y en el Corazón de María conoceréis el Corazón de Jesús, la fuente de la verdadera felicidad».

Son inseparables en ella su amor a la Eucaristía y su devoción a la Santísima Virgen. Dice con gracejo: «La comunión es mi pan cotidiano, y el rosario, mi postre». En todas las páginas de su autobiografía menciona a la Virgen. Dice la M. Santa Elisabeth que cuando Dina hablaba de ella y de Nuestro Señor, éstos eran personajes vivos.

Devoción a los santos

Es notoria su fe en su devoción a los santos. Desde su adolescencia habla de su devoción a San José: «En mi vida interior me ha ayudado siempre el bendito San José. Lo quiero mucho, y sobre todo en su fiesta, le obsequiaba con pequeños sacrificios». Nuestro Señor le dio en el noviciado como patronas especiales a Santa Cecilia y a Santa Teresita. De aquélla tomó las virtudes propias de un apóstol; y de ésta, sobre todo, la confianza. Escribiendo su vida infantil, dice Dina: «Yo amaba mucho a Santa Teresa la grande [de Ávila]. Me encantaba su manera de ser y mi devoción se ha acrecentado con los años». Llegaría a componer en su honor una poesía.

Celo apostólico. Su misión en la Iglesia

Iluminada por la fe, Dina veía a Dios en la autoridad; tenía una actitud de respeto, amor y obediencia al Santo Padre, obispos, sacerdotes, superioras y autoridades en general. Sabiendo que «la vida religiosa es la preparación de la vida eterna», solía

decir: «Mi brújula es Cristo, mi barca, la Regla, los que la guían, mis superioras». Dina sabía descubrir con los ojos de la fe a Cristo en sus alumnas:

> «¡Cómo quería yo a mis alumnas! [...] Yo las amaba con un cariño que buscaba su bien. Cuando las veía, a todas sin excepción, era su alma lo que veía en ellas y allí la imagen divina; las consideraba como copones vivientes donde residía la Santísima Trinidad».

Dina había recibido la misión de ser la pequeña mendiga de amor en beneficio de todas las almas. En agosto de 1925 entreveía así esta vocación:

> «Todas las gracias del paraíso descienden sobre la tierra pasando por la Santísima Virgen [...] La Santísima Virgen distribuirá las riquezas del Corazón de Jesús y, bien escondida en el Corazón de María, le pediré sin cesar que las derrame [...] Quiero amar a María —pedía a Jesús— como tú la amas, y quiero amar a los hombres, sobre todo a los pecadores, con tu mismo amor, hasta la locura».

El mensaje de Dina para el mundo de hoy es la acogida fiel, total y generosa de Jesús en nuestra vida; el «sí» gozoso a la participación generosa en el misterio pascual en unión con Cristo, que en la cruz prepara la resurrección; la confianza filial en María, Madre y educadora; el abandono pleno a la pedagogía de Dios; la imitación gozosa de Cristo; la «utilización» inteligente y personal de sus méritos infinitos.

Dios Padre puso en el corazón de la Beata Dina Bélanger el deseo ardiente de ofrecerle las riquezas infinitas del Corazón de Jesús en la Eucaristía a favor de la humanidad y, como María, vivir íntimamente unida a Cristo, su único amor. Dios, que le reveló su inmenso deseo de extender en el mundo la abundancia de sus gracias, la hizo encontrar su alegría en el cumplimiento fiel de su querer.

El 20 de marzo de 1993 Juan Pablo II beatificaba en Roma a Dina Bélanger, María de Santa Cecilia de Roma. En la homilía pronunciada en la ceremonia, dijo de ella el Santo Padre:

> «Nos conviene volver nuestra mirada hacia esa alma ardiente, que alcanzó un grado tan elevado de intimidad con Dios, que podía decir acerca de su período de noviciado: "Mi hambre de la comunión crecía sin cesar. Un día sin pan ¿no es un día sin sol, unas horas en que la noche tarda en venir?". En efecto, quería que sólo Jesús viviera en ella, para que su ser entero quedase anonadado en él.

Dina Bélanger se acerca al ideal admirable que San Pablo propone a nuestra meditación cuando escribe: "No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (Gál 2,20). En una congregación que tiene como fin "dar a conocer a Jesús y a María por medio de la educación cristiana", la hermana María de Santa Cecilia de Roma vive su vida y su acción con la intención de que Cristo pueda actuar en ella y de no ser más que un instrumento plenamente dócil en sus manos. Sus sufrimientos le permitieron conocer la identificación que buscaba. Al pasar por la cruz de la enfermedad y la muerte, consumó su ofrenda a Aquel que fue y sigue siendo hoy el único objetivo de su vida, la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, la claridad en medio de las tinieblas y la noche, la voz que habla en nuestra alma.

La intimidad de la presencia de Cristo en Dina Bélanger, y la vida de la santísima Trinidad en ella, se reflejan de forma muy particular en su espíritu de ofrenda al Corazón del Hijo de Dios. "Jesús es —escribe— la vida de mi vida, pues se esfuerza siempre por hacer que su corazón palpite al ritmo del suyo". Se sabe acompañada en cada instante, en el eterno presente que hace decir a San Pablo: "Mirad ahora el momento favorable; mirad ahora el día de salvación" (2 Cor 6,2). Con un deseo de corresponder con plenitud a la voluntad divina, ya no vive más que en la libertad concedida por Dios a sus hijos, en el espíritu de su consigna: "Jesús y María, la regla de mi amor, y mi amor, la regla de mi vida". De esta fidelidad a las intenciones del Corazón Eucarístico de Jesús y del Corazón Inmaculado de su Madre, brotaban los rasgos más sencillos y más hermosos de caridad hacia sus hermanas en religión. Como si hubiera recibido la gracia de Santa Teresita del Niño Jesús, que había abandonado este mundo el año en que ella nació, Dina Bélanger quiere consumir el mundo entero en el amor, se hace apóstol y misionera según el corazón de Dios.

Su mensaje nos llega [...] con una pureza y una nitidez maravillosas. La acogida de Jesús en nuestra vida, la unión de nuestro corazón con el suyo, el amor de la Virgen santísima y el espíritu fraterno en las comunidades son las gracias que podemos implorar al Señor por intercesión de Dina Bélanger, que nos deja como última consigna: Amar y dejar actuar a Jesús y a María...

Dina Bélanger, joven seguidora de la madre Claudina Thévenet, que mañana tendré la alegría de proclamar santa, nos estimula con su ejemplo a amar los planes de Dios en la sencillez de la vida diaria».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

BÉLANGER, D., *Esa gracia. Autobiografía* (Barcelona 1993).
BLASUCCI, A., OFM CONV., *Una experiencia de Dios* (Roma 1984).

Cantique d'actions de grâces ou Chant d'amour. Autobiographie de Mère Marie Sainte- Cécile de Rome (Québec 1934).

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Relación y votos del congreso especial* (Roma 1990).

CRENIER, L., OSB, *Une vie dans le Christ* (Québec 1934); ed. española: *La madre María de Santa Cecilia. Autobiografía y testimonios* (Barcelona 1943).

CRISTIANI, L., *Desaparecer* (Barcelona 1955).

GHERARDINI, B., *Negli abissi dell'amore* (Roma 1991).

LÉGER, I., RJM, *El riesgo de amar* (Barcelona 1986).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA IDA DE HERZFELD

Viuda († 825)

Bisnieta de Carlos Martel, se crió en la corte de Carlomagno y contrajo matrimonio con el duque Ecberto de Sajonia, del que tuvo cinco hijos. Ella procuró imprimir a su hogar un sello de profunda religiosidad y cristiana honestidad, y sin duda por esta esmerada educación que les dio a sus hijos, tres de ellos optaron por la vida religiosa. Pero cuando aún eran ambos esposos jóvenes, ella debió abordar la enfermedad de su marido, que se prolongó mucho tiempo, y se dedicó a atenderlo con total entrega hasta que murió. Viéndose viuda, decidió intensificar su vida de piedad y austeridad. Dejó su castillo de Hofstadt y se fue a vivir a Herzfeld y junto a una iglesia que ella y su esposo habían construido, ella mandó levantar una capilla para su propio uso, y dedicó en adelante su vida a la piedad y a las buenas obras, preocupándose sobre todo de los pobres y destinando a ellos la mayor parte de sus rentas. En esta vida ejemplar y santa perseveró hasta su muerte, el 4 de septiembre de 825. Su tumba fue más tarde lugar de peregrinación y su culto popular creció.

SANTA IRMENGARDA

Virgen († 1085)

Irmengarda o Irmengardes era hija del conde Godicio de Aspel, pariente del emperador San Enrique II. Muertos sus padres, ella hizo construir una iglesia para albergar sus tumbas y la

dedicó a la Santísima Virgen. En 1041 el emperador Enrique III le concedió un amplio territorio en tierras de lo que hoy son Bélgica y Holanda. En 1049 recibió en Aspel la visita del papa San León IX en el curso de uno de sus varios viajes. Poco después ella se va a Süchteln, su condado, para vivir como ermitaña. Peregrinó a Roma y dedicó su dinero a la construcción de varias iglesias. Murió en Colonia el 4 de septiembre de 1085. Sus reliquias se conservan en la catedral de esta ciudad.

SANTA ROSALÍA DE PALERMO

Virgen y solitaria († s. XII)

El *Martirologio romano* se limita a decir que se cree que Rosalía, virgen, llevó vida solitaria en el Monte Peregrino. Apela por consiguiente a una tradición que no avala sino que solamente recoge.

La tradición es que nació en Palermo a principios del siglo XII en una familia noble, descendiente de Carlomagno, y emparentada con Roger de Sicilia. Se dice que fue criada a tono con su condición acomodada. Se añade que de joven fue dama de doña Margarita, infanta de Navarra y esposa de Guillermo, hijo de Roger. Y aunque podría haber encontrado fácilmente ventajoso estado y matrimonio en la corte siciliana, muy pronto prefirió servir a Dios en una vida ascética y retirada, y se preguntaba cuál sería el lugar adecuado para llevarla. Pensaba, con razón, que debía ser un lugar muy oculto a las miradas de los hombres para que éstos no estorbasen su santo propósito. Por un lado, se cuenta que el lugar que eligió fue el que le dio la reina Constanza para su propósito, pero otra tradición quiere que fuera conducida a él por dos ángeles. Era un lugar distante trece leguas de Palermo, tan agreste y espeso que estaba al margen de toda comunicación humana. Pero allí halló una caverna de boca estrechísima y que tenía dentro oscuros y tortuosos senos, lo más apto para el retiro que anhelaba. Allí se estableció y allí comenzó a vivir con gran austeridad y penitencia, alimentándose solamente de hierbas y raíces silvestres. Sumida en continua oración, padeció las asechanzas del común enemigo que quería apartarla de su santo propósito pero que fue continuamen-

te vencido por ella, y allí recibió la visita y comunicación de los ángeles, con lo que el Señor premiaba la heroicidad de su propósito.

En esta cueva de Quisquinia vivió un tiempo hasta que decidió dejarla para irse a vivir al Monte Peregrino, distante dos millas de Palermo, donde continuó en una caverna similar su mismo género de vida penitente y contemplativa, en la que perseveró hasta su santa muerte. Siglos más tarde fue hallado su santo cuerpo cuando se la invocaba como abogada contra la peste. Su memoria se celebra el 4 de septiembre.

BEATA CATALINA MATTEI

Virgen († 1547)

Nace en Racconigi, Piamonte, el año 1486, en el seno de una familia modesta. Estuvo desde pequeña inclinada a la piedad y muy pronto la llamó el Señor a una intensa vida espiritual en la que no faltaron los fenómenos místicos, que le atrajeron, por una parte, el respeto y la admiración del pueblo pero, por otra parte, la malquerencia de algunos que la denunciaron a la Inquisición como responsable de supercherías. La Inquisición examinó el caso y la declaró inocente. A los 28 años ingresó en la Tercera Orden Seglar de Santo Domingo y vistió su hábito. Una de sus experiencias místicas consistió en ver al Señor abrirse el pecho y mostrarle el corazón, lo que parece un claro antecedente de las apariciones de Paray-le-Monial. Como la oposición a su persona no paraba, decidió marchar a Caramagna, donde continuó su vida de piedad y buenas obras hasta su muerte el 4 de septiembre de 1547. Su culto fue confirmado el 9 de abril de 1808 por el papa Pío VII.

BEATO ESCIPIÓN JERÓNIMO BRIGÉAT DE LAMBERT

Presbítero y mártir († 1794)

Nació el 9 de junio de 1733 en Ligny, siendo su padre, Francisco, consejero y receptor de finanzas. Lo apadrinó en el bautismo, el mismo día de su nacimiento, el obispo de Toul, mon-

señor Bégon. Luego de estudiar en su pueblo natal, marchó al colegio de La Marche en París, y de ahí pasó al seminario de San Luis donde obtuvo el título de maestro en Artes. Pasa después al seminario de San Sulpicio y se ordena sacerdote en 1756. Más tarde hará el doctorado (1760) en el colegio de Navarra. Vicario general de Avranches en 1761, perseverará en este cargo hasta 1788 durante tres episcopados sucesivos. En esta última fecha es nombrado gran decano del cabildo de la catedral. Suprimidos por la Revolución los cabildos, debió abandonar su residencia y el 30 de septiembre de 1791 deja Avranches para marchar a su natal Ligny. Firme enemigo del juramento constitucional, es arrestado el 16 de mayo de 1793 y encarcelado en el exconvento carmelita de Bar-sur-Ornain. En marzo de 1794 se decreta su deportación y sale con otros hacia Rochefort el 15 de abril. Embarcado en el Washington, él fue voluntario enfermero de sus hermanos sacerdotes, animándolos con sus palabras y su ejemplo de paciencia y perseverancia en la recta fe. Consumido de trabajos y miserias murió el 4 de septiembre de 1794.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO JOSÉ PASCUAL CARDA SAPORTA

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Villarreal de los Infantes (Castellón de la Plana) el 29 de octubre de 1893 en una familia muy religiosa. En ese ambiente germina pronto su vocación sacerdotal, e ingresa en el colegio de San José de Tortosa, donde ya estaba su hermano Blas, que también moriría mártir en 1936. Se adhirió a la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos del Sagrado Corazón de Jesús. Era aún subdiácono cuando es enviado al seminario de Tarragona como prefecto, y se ordena sacerdote el 25 de mayo de 1918. De ahí marcha al seminario menor de Belchite, de la archidiócesis de Zaragoza, en el que está cuatro años. Vuelve entonces al seminario de Tarragona, esta vez de prefecto de teólogos, y dos años más tarde lo mandan a México, costándole mucho sacrificio dejar España. Pero se aclimató bien a su nuevo destino y llegó a querer mucho a su gente, a la que sir-

vió en el Templo de San Felipe de Jesús de la capital mexicana como confesor y predicador hasta que el gobierno expulsó a los Operarios en febrero de 1926 y entonces volvió a España. Es destinado a Valencia como director espiritual del colegio de vocaciones y en octubre de aquel mismo año 1926 es destinado a Toledo y, un poco más tarde, al seminario de Valladolid como director espiritual. A los dos años va a Zaragoza y en septiembre de 1929 es nombrado rector del seminario de Belchite; al año siguiente se malogra una nueva ida suya a México, desde donde le obligaron a volverse. Destinado a Valencia, allí vive la trágica noche del 11 de mayo de 1931 cuando tantas iglesias y casas religiosas son dadas al fuego y al saqueo. Se marcha a Burgos y está allí hasta 1934 cuando es nombrado rector del seminario de Ciudad Real. En junio de 1936 estaba dando ejercicios espirituales en Tortosa y al conocer los sucesos del 18 de julio volvió rápidamente a Ciudad Real. Como debió dejar el seminario, consiguió pasaporte para su pueblo, pero al bajar del tren el 26 de agosto le esperaban los milicianos y lo llevaron detenido al exconvento de dominicas. El 4 de septiembre lo sacaron en una camioneta y lo fusilaron en las cercanías de Oropesa. A los que iban a fusilarle les dio su reloj y les agradeció el que le dieran el martirio.

Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995 en el grupo de nueve sacerdotes operarios diocesanos martirizados en diversos días del año 1936. La memoria litúrgica de todos ellos se celebra el 23 de julio (cf. *Año cristiano. Julio,* p.650-655).

BEATO FRANCISCO SENDRA IVARS

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Benissa (Valencia) el 23 de abril de 1899 en una familia muy cristiana. Monaguillo desde pequeño, decidió muy pronto su vocación sacerdotal e ingresó en el colegio de Vocaciones de Valencia, ordenándose sacerdote en 1924. Fue vicario de Tornos, Ráfol y Sanet, y luego fue destinado a la parroquia de Calp, de la que en 1931 sería regente. Sacerdote celoso y entregado a su ministerio, cuidó el catecismo, las asociaciones parroquiales y el culto litúrgico y devocional, orientando con

claridad y prudencia a los fieles en tiempos difíciles y no importándole que su claridad resultase odiosa a algunos. Tras el 18 de julio de 1836 el Comité determinó su expulsión y hubo de irse con su madre a Benissa. El día 4 de septiembre unos milicianos se presentaron buscándole. Abrió la puerta, se dio cuenta de a qué venían, abrazó a su madre, solicitó que a ella no le hicieran nada y la reconfortó pidiéndole se conformara con la voluntad de Dios. Primero lo torturaron y luego lo fusilaron en Teulada aquel mismo día.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en el acto de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO BERARDO (JOSÉ) BLEDA GRAU

Religioso y mártir († 1936)

José Bleda Grau nació en Lugar Nuevo de Fenollet (Valencia) el 23 de julio de 1867 en el seno de una familia muy cristiana que apoyó la inclinación a la piedad del chico, que desde niño dijo sentirse atraído a la vida religiosa. Pero como su familia necesitaba de su ayuda, no entró en la Orden Capuchina hasta el año 1900, tomando en el noviciado el nombre de fray Berardo de Lugar Nuevo. Hizo la profesión religiosa el 2 de febrero de 1901 y la solemne el 14 de febrero de 1904 en calidad de hermano lego. Destinado al convento de Orihuela, aquí se pasaría la vida ejercitando el oficio de hermano limosnero y también como sastre de la comunidad. Era humilde, bondadoso y amable y dejaba una estela de santidad. Cuando en julio de 1936 tuvo que dejar el convento, se fue a su pueblo con su familia y se dedicó a la oración. La noche del 30 de agosto fue arrestado por los miembros del Comité con el pretexto de que debía prestar declaración, pero fue llevado cerca del pueblo de Genovés y allí fue fusilado. Su acta de defunción da la fecha del 4 de septiembre, a la que se atiene el *Martirologio romano.*

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en el acto de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

5 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Porto, santos Aconto, Nono, Herculano y Taurino (fecha desconocida), mártires.
2. En Capua (Campania), San Quinto (fecha desconocida), mártir.
3. En Nicomedia (Bitinia), santos Urbano, Teodoro, Menedemo y compañeros († 370), clérigos y seglares, mártires.
4. En el territorio de Thérouanne (Francia), San Bertino († 698), abad del monasterio de Sithiu **.
5. En Tortona (Liguria), San Alperto o Alberto († 1073), fundador y primer abad del monasterio de Butrio.
6. En Dalmacia, Beato Juan Bono de Siponto, abad († s. XII) *.
7. En Ripon (Inglaterra), Beato Guillermo Brown († 1605), mártir bajo el reinado de Jacobo I *.
8. En Rochefort (Francia), Beato Florencio Dumontet de Cardaillac († 1794), presbítero y mártir *.
9. En Ninh-Tai (Tonkín), santos Pedro Nguyen Van Tu, presbítero, de la Orden de Predicadores, y José Hoang Luong Canh, médico († 1838), mártires *.
10. En Calcuta (India), Beata Teresa de Calcuta (Gonhxa Inés Bojaxhiu) († 1997), virgen, fundadora de las Congregaciones de Misioneros y Misioneras de la Caridad **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN BERTINO DE SITHIU
Abad († 698)

Bertino es un espléndido ejemplo de monje dedicado a la evangelización, a la difusión de la fe y la cultura cristiana, de aquellos que hicieron de la profesión monástica no una manera de alejarse del mundo para vivir en oración solitaria sino una forma de dedicación a la difusión del reino de Dios desde la oración y la austeridad de la vida monástica. Por ello no se ha dudado en calificarlo ante todo como misionero, un misionero en la línea de los grandes monjes venidos al Continente europeo desde Irlanda y que unían el mayor celo apostólico a la más rígida profesión de la mortificación monástica. Y es que San Bertino y sus compañeros fueron monjes misioneros que

trabajaron entre los morinos en el país pantanoso del «País de Calais», donde perseveraron a pesar de las grandes dificultades halladas y de la dureza física de la tierra.

Se dice que Bertino o Bertín alcanzó a vivir cien años. No es conocida con fijeza ni la fecha de su nacimiento ni la de su muerte, aunque sí constan los principales hechos de su vida. Pero la discusión es en definitiva por, más o menos, una decena de años. Pues algunos colocan su nacimiento a finales del siglo VI, mientras otros lo señalan en los comienzos del siglo VII, y su muerte para unos es en 698 y para otros en 709. Es entre esos años cuando discurre la vida de este hombre santo, totalmente dedicado a servir a Dios en la vida monástica, en un tiempo en que ésta buscaba sus fórmulas definitivas, abriéndose paso como la más generalizada y apropiada al genio de Occidente la Regla de San Benito.

Su nacimiento también tiene diferentes sitios según los varios autores. Algunos lo hacen natural de Goldenthar, movidos seguramente del hecho de que ésta fue la localidad natal de su pariente cercano San Audomaro u Omer, pero otros señalan la ciudad de Coutances en el alto Rin que separa el país de los suizos de Suabia. Era la suya una familia ilustre y acomodada, y se cuenta que desde sus primeros años se vieron en el niño Bertino excelentes inclinaciones a la piedad y la virtud, a las que el niño empezó a corresponder, apreciándolo enseguida su familia como un niño bondadoso y amable. La excelente posición social de su familia hacía posible que Bertino eligiera en el mundo una carrera brillante o un puesto distinguido, pero desde la adolescencia se sintió llamado Bertino a consagrarse a Dios en la vida monástica.

Parece que fue decisivo el ejemplo de su mencionado y cercano pariente San Audomaro u Omer. Éste ingresó hacia el año 617 en el monasterio de Luxeuil, uno de los tres monasterios que con su docena de compañeros, entre ellos San Galo, había fundado San Columbano —Annegray, Luxeuil y Fontaine, en los Vosgos— y en los que florecía la disciplina monástica traída por San Columbano desde su monasterio irlandés de Bangor, desde el que su abad San Comgall lo había enviado a evangelizar el Continente. Tras el primer fundador, San Columbano, el

monasterio de Luxeuil se rigió por el abad San Eustaquio, pero muerto éste fue elegido para sucederle San Walberto. Columbano había compuesto una regla muy rígida y severa, en conformidad con la tradición irlandesa, y que sus varias fundaciones en el Continente mantuvieron un tiempo para ceder luego paso a la regla más humana y razonable de San Benito. Y eso mismo sucedió en Luxeuil con el abad San Walberto. Este abad propuso y los monjes aceptaron pasarse a la regla benedictina. Pero debió suceder este cambio luego de la marcha de San Bertino, porque todo indica que en los monasterios fundados por éste se observó la regla de San Columbano.

Bertino tenía dos amigos con los que decide ingresar en la abadía de Luxeuil, Mommolino y Ebertano, y con ellos se presenta ante el abad San Walberto pidiendo el hábito monástico. Los tres emprendieron el camino de la vida monacal con verdadera voluntad de superarse a sí mismos y de ser dignos discípulos de Cristo, insistiendo, como quería San Columbano, en tener a raya las pasiones de la carne para someter ésta por entero al espíritu y en establecer un permanente diálogo con Dios por el ejercicio continuo de la oración. Así perseveraron y fueron admitidos a la profesión monástica, integrándose en el monasterio para vivir entre los numerosos monjes como leales compañeros de la vida de los ascetas. Quiere la tradición que el abad, viendo que estos tres monjes daban la talla de verdaderos seguidores del evangelio, los presentó a la ordenación sacerdotal y ellos aceptaron la iniciativa del abad, dispuestos a servir a Dios desde el ministerio consagrado.

Hacia el año 637 tuvo lugar un hecho que iba a cambiar la vida de Bertino: su pariente Audomaro fue elegido obispo de Thérouanne, con una misión bien precisa. La falta de una adecuada asistencia pastoral había hecho que los morinos hubieran vuelto al paganismo después de su inicial adhesión a la fe cristiana. Audomaro debía reintegrar aquellas almas al seno de la Iglesia. Consagrado y presente ya en su terreno pastoral, el santo se da cuenta de qué difícil tarea se le señala y piensa que ninguna ayuda le podrá ser tan útil para la evangelización de los morinos como la de un equipo de monjes misioneros que funden uno o varios centros de vida monástica, convertidos ense-

guida en centro de evangelización y vida cristiana. Acude entonces a su antiguo abad y le suplica ayuda por amor de Dios. Y esta ayuda consistía en el envío de monjes que fundasen monasterios e hiciesen labor de evangelización. El abad de Luxeuil parece no haber dudado y eligió a los tres amigos y compañeros para que fuesen a Thérouanne y se pusiesen a disposición de San Audomaro. Bertino y sus compañeros acataron la iniciativa de su abad y, puesta en Dios la confianza, marcharon a su nuevo destino.

Audomaro los recibió con gozo y les mostró enseguida la mies mucha que les esperaba. Bajo la inspiración del obispo, los tres monjes se dedicaron enseguida a la predicación del evangelio, a atraer hombres y mujeres a Cristo, a sembrar a manos llenas la semilla del evangelio, y el Señor empezó a bendecir sus trabajos. Era más o menos el año 642. Bertino era ya un hombre adulto y maduro. Estaba en plenitud de vida física y espiritual, y sus dos compañeros lo miraban como el jefe natural del equipo misionero. Él y sus compañeros evangelizaron con el ejemplo de una vida santa y con la ardiente palabra de quien de verdad cree en Jesucristo, y su fe se hizo contagiosa. Es verdad que el campo de apostolado estaba abandonado de mucho tiempo y crecía en él la maleza de la idolatría renacida y de los vicios, pero la fuerza de la palabra y de la gracia de Dios es mayor que las debilidades morales de los hombres y los tres misioneros pudieron ver que su trabajo obtenía frutos de bendición. Los trabajos apostólicos no hicieron disminuir las mortificaciones y rigideces que los monjes tenían por regla. Pero eran monjes fuera del claustro y su corazón anhelaba poder compaginar el trabajo apostólico con la vida de comunidad. Esto se hizo posible cuando un terreno apropiado para construir un monasterio vino a sus manos. Uno de los nuevos convertidos a la fe era un hombre rico, llamado Ardeal, el cual, para corresponder con bienes materiales a la gracia espiritual de la conversión, ofreció su villa y territorio de Sithiu para que allí se hiciese lo que fuera más conveniente a la mayor gloria de Dios y bien de los pueblos. Y como entre los nuevos convertidos ya apuntaban, y no en pequeño número, las vocaciones monásticas, el santo prelado Audomaro pensó que nada más apropiado que

dedicar Sithiu a hacer un nuevo monasterio. Y así se hizo. La idea del obispo era que Bertino fuera el abad de la nueva institución monástica, pero Bertino rehusó alegando que sería mejor que su compañero Mommolino gobernase la nueva comunidad. Y así se realizó, quedando Bertino como uno de los monjes de la comunidad, integrada enseguida por muchos hombres que acudieron a vivir el seguimiento de Cristo en aquella casa de oración y santidad.

No obstante, era providencia de Dios que Bertino rigiera aquella casa, pues en 659 el célebre San Eloy, obispo de Noyon y Tournay, fue llamado al gozo de la vida eterna y, a la hora de darle sucesor, se eligió al abad Mommolino acreditado a los ojos de los fieles por su vida santa. Mucho sintieron los monjes de Sithiu se les privara de su abad pero comprendieron que era en bien de la Iglesia y así, tras abrazar a sus monjes en la caridad de Cristo, Mommolino partió para Noyon. Y entonces no cupo duda de quién debía sustituir al abad Mommolino. Todos los ojos se volvieron a Bertino. Éste suplicó con muchas razones y no menos lágrimas que le dejasen ser un simple monje, pero la insistencia fue absoluta y Bertino hubo de acceder a la sede abacial. Muy pronto se vio lo acertado de esta determinación pues enseguida se notaron los progresos del monasterio en todos los sentidos. Se convirtió aún más en un centro de trabajo manual e intelectual, en un foco permanente de evangelización y de espiritualidad, en una escuela de santos, de donde brotaba una verdadera civilización cristiana.

La fama de Bertino como santo se vio aumentada cuando los monjes y los fieles comenzaron a atribuirle milagros, de los que las viejas biografías nos conservan algunos ejemplos. Acudieron vocaciones de todas partes y se contaron entre ellas la de los cuatro de Armórica: Cuadanoco, Ingenoco, Madoco y Winoco. A éste le concedió Bertino edificar un hospicio junto a Thérouanne. Éste era un galés que por encargo, como queda dicho, de San Bertino, establece la casa religiosa de Wormhoult, desde la cual evangelizó sin cansancio los alrededores.

Bertino hubo de ocuparse de los intereses temporales del monasterio. En 663 obtuvo del rey Clotario III la confirmación de una permuta de bienes hecha con el obispo Mom-

molino. En 682 Teodorico III le concedió el derecho de recaudar los impuestos del territorio del monasterio. En 691 Clodoveo III concedió la inmunidad al monasterio y en 697 Childeberto III confirmó esta exención.

Bertino gobernó muchos años el monasterio, firme en la labor evangelizadora y civilizadora que había emprendido, y que le fue reconocida y agradecida por los monjes y por los fieles. Y cuando era ya muy anciano pidió y obtuvo que se le permitiera dejar el cargo de abad del que se invistió al monje Rigoberto. Vivió entonces dedicado a la oración, preparando su corazón para el encuentro definitivo con el Señor, que fue un 5 de septiembre, fecha en que le recuerda el *Martirologio romano.* Bertino tuvo enseguida culto como santo. El monasterio fundado por él tomó su nombre.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Art. en *Bibliotheca sanctorum.* III: *Bern-Ciro* (Roma 1963) cols.101-103.
ATTWATER, D., *A dictionary of saints* (Londres 1974).
CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* III (Madrid 1853) 437-438.

TERESA DE CALCUTA (GONHXA INÉS BOJAXHIU)

Virgen y fundadora († 1997)

La calle principal de Calcuta, «Park Street», ha cambiado su nombre por el de «Madre Teresa», leemos en la prensa de esos días. «Es un acontecimiento que nos llena de alegría —declara el portavoz de la Conferencia Episcopal—, un reconocimiento de la huella extraordinaria que la Madre Teresa ha dejado en la sociedad india, por el servicio a los más pobres de entre los pobres». Y subraya que poner el nombre de la santa a esta calle «es una señal de aprecio de la comunidad civil hacia su servicio». Pero la singular relevancia de la fundadora de las Misioneras de la Familia de la Caridad, menudita de estatura y grandiosa de espíritu, fue ampliamente reconocida por la comunidad eclesial ante los ojos de todo el mundo el 19 de octubre de 2003, cuando el papa Juan Pablo II quiso hacer coincidir el 25 aniversario

de su pontificado con la beatificación de la madre Teresa de Calcuta, acontecimientos que convocaron en Roma a muchos miles de fieles llegados de los cinco continentes para celebrar al carismático Papa y a la mujer más famosa del siglo XX.

Gonhxa (Inés) Bojaxhiu, la futura madre Teresa, nació el 26 de agosto de 1910 en Skopje, entonces en el Vilayet de Kosovo y hoy capital de Macedonia, en una familia albanesa. Fue bautizada al día siguiente. Sus padres, Nikollë y Dranafile, en buena posición social y con fama de ser muy caritativos con los pobres, tuvieron cinco hijos. Los dos mayores murieron pronto dejando un doloroso recuerdo en la familia. Sobrevivieron tres: Aga y Lazër, nacidos en 1905 y 1907, respectivamente, y la más pequeña, Gonhxa.

Nikollë Bojaxhiu, el padre, de origen croata, era un hombre lleno de energía y de iniciativas, que había fundado una empresa de materiales de construcción con un socio italiano, Angelo Barsotti, y era reconocido como destacado hombre de negocios. Muy afectuoso con todos, sus continuos viajes al extranjero no le impedían dedicar su mejor tiempo a la familia. Como ciudadano, se interesaba por cuanto sucedía en su entorno y trataba de implicarse en los problemas sociales de su país. Estas actitudes le lanzaron a la política en un momento en el que el ánimo de los albaneses estaba particularmente tenso: en 1912 Skopje acababa de obtener su independencia del dominio turco y había sido declarada capital de la República albanesa de Macedonia. Pero no se consiguió la paz, pues al poco tiempo la I Guerra Mundial convirtió la zona en un gran campo de batalla. Esta situación había impulsado a Nikollë a militar en el Partido Nacionalista Albanés, que luchaba por la independencia del país de la dominación extranjera, siendo elegido concejal del Ayuntamiento.

Dranafile Bernaj, la madre, de ascendencia véneta, tenía gran sentido religioso, era mujer de extraordinaria fortaleza y se dedicaba plenamente al marido y a los hijos. De ella aprendieron a tener una actitud sencilla y cordial, a ocuparse de los demás y, en particular, a interesarse por los pobres. Preparó a Gonhxa para su primera comunión y le enseñó las principales oraciones.

La situación familiar grata y holgada que acompañó la infancia de Gonhxa, cambió de pronto en 1919 por la muerte repentina del padre, tal vez envenenado, después de una reunión política celebrada en Belgrado cuando Aga tenía 15 años, Lazër 12 y Gonhxa 9. No dispuesto Barsotti a compartir los beneficios de la empresa con la viuda de Bojaxhiu, ésta tuvo que abrir un negocio de ropa y bordados para salir adelante con sus tres jóvenes hijos.

Gonhxa y sus hermanos acudían a una escuela laica, junto con niños cristiano-ortodoxos, musulmanes, hebreos y católicos. La formación religiosa la recibían en su familia y en la parroquia del Sagrado Corazón, la única iglesia católica de la ciudad, donde solía participar con la madre en las iniciativas pastorales. Formó parte de la asociación «Hijas de María» y del coro, ámbitos también de amistades y de expansión en los momentos libres. Más bien tímida, de ojos claros y mirada dulce, bien relacionada con todos, comenzó a aficionarse pronto a la lectura, en especial a algunas revistas misioneras que encontraba en la parroquia, regida por el jesuita P. Franjo Jambrekoviè desde 1924. Desde niña mostró especial devoción al Corazón de Jesús y a la Virgen María y se sentía atraída por las misiones, especialmente por la de los jesuitas en Bengala (India).

Drana y sus hijos solían veranear junto al Montenegro en una casa de campo prestada por un amigo del padre. Incluso cuando Lazër comenzó a estudiar en la academia militar de Tirana, continuaron yendo allí la madre, Aga y Gonhxa. Era momento de mayor vida familiar, de hacer excursiones o de leer. También de peregrinar al cercano santuario de Letnice, el más famoso templo mariano de aquella zona de Albania, donde se veneraba a la Virgen de Cërnagora.

En el verano de 1927, precisamente durante una visita a Letnice, Gonhxa sintió por primera vez la llamada de Dios a servirlo en el prójimo, y decidió consagrarse a él en la vida religiosa. Pensando que el Señor la llamaba a ser misionera, aconsejada por el P. Jambrekoviè se puso en contacto con el Instituto de Nuestra Señora de Loreto de Rathfarnam (Dublín, Irlanda), porque estas religiosas —las llamadas «Damas Negras»— que llevaban a cabo actividades apostólicas en la archi-

diócesis de Calcuta, no tenían casas en Albania. El primero en saberlo fue su hermano Lazër, que vivía en Tirana, y estaba a punto de formar parte del ejército. A Drana también le costó aceptar la decisión de su hija, pero al fin dio gustosa su consentimiento.

Aceptada la solicitud de Gonhxa por parte de las religiosas irlandesas, el 26 de septiembre de 1928, a los 18 años de edad, acompañada de su madre y su hermana, salía en tren hacia Zagreb, donde se despidió definitivamente de ellas para emprender viaje a Irlanda junto con una joven yugoslava, Betika Kanjc, que también había solicitado entrar en la orden. No volvió a ver a su madre ni a Aga, porque las circunstancias políticas de Albania se lo impidieron.

Antes de llegar a la isla, ambas jóvenes se detuvieron en Auteuil, cerca de París, con el fin de encontrar a la madre superiora de las hermanas de Loreto en Francia, Eugène McAvin. Con la ayuda de un intérprete de la embajada yugoslava pudo comunicarse con ellas, cumpliendo el objetivo de dar su consentimiento para admitirlas y animar a las dos a continuar su viaje hacia Irlanda. Concluida la travesía, Gonhxa y Betika llegaron a Rathfarnam, localidad cercana a Dublín, donde estaba la casa central de las religiosas de Loreto. Después de una cordialísima acogida, aunque sin muchas palabras a causa del idioma, su primera ocupación fue aprender el inglés, que no conocía, y familiarizarse con la orden.

Empeñada intensamente en esta tarea, el 12 de octubre de 1928 comenzaba Gonhxa su formación en el Instituto religioso. Pero se prolongó poco su estancia en Irlanda, porque las hermanas de India solicitaban ayuda y, dado que Gonhxa había manifestado repetidamente su vocación misionera, decidieron que realizara el noviciado en Bengala, donde el Instituto irlandés tenía uno de sus centros principales. Así, a comienzos de diciembre, cuando aún no habían transcurrido dos meses de su llegada a Irlanda, partía Gonhxa hacia India acompañada por dos religiosas franciscanas que llevaban el mismo destino. Después de pasar la Navidad en el barco, el 6 de enero de 1929 llegaron a Calcuta, permaneciendo allí una semana, el tiempo suficiente para tomar contacto con el nuevo contexto. Continuó

después hacia Darjeeling, donde pasó los dos años de noviciado, que concluyó con su primera profesión religiosa el 24 de mayo de 1931. Tomó entonces el nombre *Teresa* en honor a su protectora Santa Teresa de Lisieux, nombrada hacía poco patrona de las misiones.

Sor Teresa regresó a Calcuta para dar clases de geografía e historia en el «St. Mary's» de Bengala, uno de los dos prestigiosos colegios que tenían allí las religiosas, dedicado a educar niñas de la alta sociedad. Asumió con entusiasmo la tarea encomendada y, decidida a permanecer en la orden, formalizó su profesión perpetua el 24 de mayo de 1937. La desde entonces «madre Teresa» fue designada directora del colegio y también responsable de las Hijas de Santa Ana, una congregación de religiosas indias agregada al Instituto de Nuestra Señora de Loreto. Fueron años muy felices para ella. «Loreto era todo para mí», diría después.

Mientras tanto, su hermana Aga, y poco después la madre, se habían trasladado a Tirana, donde se había establecido Lazër como oficial de la guardia real. En 1939 Albania fue ocupada por las tropas italianas y Lazër se trasladó primero a Turín y después a Palermo, donde contrajo matrimonio con una italiana.

De modo inesperado, cambió la vida de la madre Teresa el 10 de septiembre de 1946. En el trayecto entre Calcuta y Darjeeling, donde se dirigía para su retiro anual, recibió lo que designaba después como «la llamada en la llamada», sintiendo la inspiración a fundar una nueva congregación religiosa para responder al anhelo de amor de Jesús por las almas mediante «el trabajo en la salvación y la santificación de los más pobres entre los pobres». El mensaje era que «para apagar la infinita sed de Jesús en la cruz se necesitan amor y almas», para lo que habría de fundar las Hermanas Misioneras de la Caridad. Describió así ese momento concreto:

> «Sucedió el 10 de septiembre de 1946, mientras me encontraba a bordo del tren que me llevaba a Darjeeling para los ejercicios espirituales. Allí mientras rezaba al Señor recogida y en silencio, percibí claramente una llamada en la llamada. Sentí con fuerza que Jesús quería que yo lo sirviese en los más pobres de entre los pobres, en los abandonados, en los habitantes de los suburbios, en los marginados, en aquellos que no tenían donde cobijarse. Jesús me

invitó a servirlo y seguirlo en verdadera pobreza, afrontando un estilo de vida que me hiciese semejante a los necesitados, en los que él está presente, en los que sufre y a los que ama».

Fueron necesarios dos años de oración y de discernimiento, aconsejada por quienes la ayudaban espiritualmente, para salir de la orden de Loreto. Convencida de la llamada del Señor, obtuvo permiso del arzobispo de Calcuta Ferdinand Perrier y de la superiora general Gertrude Kennedy, para escribir al papa Pío XII y exponerle su deseo de abandonar dicho Instituto para dedicarse al servicio de los más pobres. Recibida la autorización pontificia para dejar la orden sin abandonar la vida religiosa, dependiendo directamente del arzobispo, en la mañana del 16 de agosto de 1948 salía con dolor del convento donde era tan feliz y, como las mujeres pobres de la India, vestía un sencillo sari blanco de algodón, bordeado con franjas azules y con una pequeña cruz colgada de él.

Sola y sin nada entre el bullicio de las calles de Calcuta, convencida de que su casa y su comunidad habían de ser las más pobres de entre los pobres, siguiendo el consejo de madre Gertrude su primer gesto fue ir a Patna, una populosa ciudad a las orillas del río Ganges, donde pasó algunos meses con las hermanas de la misión médica en su hospital de la Sagrada Familia estudiando y ejerciendo «primeros auxilios». Fue providencial esta preparación, porque allí aprendió a convivir con la enfermedad y la pobreza, a tratar a los más necesitados con inmensa ternura y amor, y a arbitrar los medios necesarios para poderles prestar un servicio eficaz.

De vuelta a Calcuta, pidió asilo en las hermanitas de los pobres. «Por mucho que yo sepa ahora de enfermería —rezaba— lo más importante continúa siendo mi oración. Tengo que orar con más fuerza. Esto es lo que llevará adelante tu obra, Señor». Así, después de un retiro de ocho días dirigido por el P. Celeste van Exem, jesuita belga-indio que la ayudó mucho, se aventuró a ir por primera vez a los bajos fondos de la ciudad. Era el 21 de diciembre de 1948. Cada mañana, con una sencilla vianda que solía compartir, salía de la casa hacia Moti Hihl, uno de los lugares que albergaban más pobreza y miseria en Calcuta.

Un paso importante en su nuevo camino fue el ofrecimiento, a través del P. Julián Henry, del 2.° piso de la casa número 14

de Creek Lane, propiedad de Michael Gómes, padre de una alumna de la madre Teresa en el colegio *St. Mary's*. Se trasladó allí el 2 de febrero de 1949, inaugurando así la primera sede de las Misioneras de la Caridad. Con sorpresa y gratitud, vio llamar a sus puertas pocos días después a sus primeras colaboradoras, exalumnas de Loreto, y algo más tarde escribió en esta misma casa las primeras Constituciones de la nueva fundación. A los tres votos religiosos de castidad, pobreza y obediencia, añadía otro de «servicio incondicional y libre a los más pobres», que era la única misión del nuevo Instituto. Las Misioneras de la Caridad deberían dedicarse totalmente a los pobres en las zonas más deprimidas y por las calles de Calcuta, ayudar en cualquier lugar a los enfermos y moribundos, socorrer a los mendigos y salvar del mal y del pecado a los niños de la calle.

La madre Teresa conocía bien a las gentes de Moti Hihl. Había ido allí con sus alumnas del *St. Mary's* y estaba siendo éste el lugar elegido para su particular encuentro con los pobres. Lo primero fue atender a los niños, enseguida a los enfermos y, a la vez, a cuantos padecían mayor necesidad. Ayudas providencialmente llegadas, súplicas insistentes y, sobre todo, la constante oración iban haciendo posible el milagro cotidiano. Además, para insertarse plenamente en la que estaba siendo su patria, el 5 de enero de 1950 solicitó la ciudadanía india, paso importante que sellaría su definitiva identificación con los pobres de aquel país. El gobierno acogió favorablemente su súplica y se la concedió el 14 de diciembre de 1951.

Mientras tanto, el 7 de octubre de 1950, fiesta de Nuestra Señora del Rosario, la nueva congregación de Misioneras de la Caridad, formada por doce hermanas, había sido oficialmente constituida como un Instituto religioso en la Archidiócesis de Calcuta, al ser aprobada por su arzobispo Ferdinand Perrier, SI. El 12 de abril de 1953 la madre Teresa hizo su profesión definitiva como Misionera de la Caridad, mientras el primer grupo de hermanas, concluido su noviciado, hacía la profesión temporal.

Al hilo de la providencia, la atención a los más pobres de entre los pobres, fue tomando formas concretas, resultado de las posibilidades y de la necesidad. Primero, en 1950, inició una improvisada escuela para los niños de Moti Hihl; después, tras

la dolorosa experiencia de haber visto morir en sus brazos a una mujer no acogida en ningún hospital, el 22 de agosto de 1952 fundaba la «Casa del moribundo», bautizada por ella con el nombre de «Corazón puro» —*Nirmal Hriday,* en bengalí—, en Kalighat, en un edificio del templo hindú dedicado a la diosa Kalì, cedido por las autoridades locales. La madre Teresa recordaba diariamente a las hermanas comprometidas con ella en la atención a los enfermos y moribundos: «En cada una de las personas que ayudáis está Jesús agonizante: las llagas que laváis son la suyas; las heridas que limpiáis son las suyas. Mirad más allá de las apariencias». Algunos enfermos morían. Otros restablecían su salud. En *Nirmal Hriday* cada uno era tratado con infinito respeto a la persona y a sus creencias religiosas: a los hindúes no les faltaba el agua del Ganges, los musulmanes morían escuchando versículos del Corán y los católicos recibían la santa unción.

En 1953 el apartamento de Creek Lane, 14, se iba quedando pequeño y el P. Julián Henry intervino nuevamente en ayuda de la madre Teresa para encontrar un espacio mayor. Lo halló en una casa de tres pisos en Lower Circular Road 54, propiedad de un anciano juez musulmán, que la cedió a buen precio al conocer el fin al que iba a ser destinada. Estaba cerca de la parroquia de Santa Teresa, donde las Misioneras de la Caridad acababan de abrir un dispensario gratuito, y no lejos de la casa primera de Creek Lane. En adelante será ésta su residencia y el lugar donde acogerá a las postulantes, que en número creciente llegaban a la Congregación. La fundadora compartirá su ineludible dedicación a los más pobres con la necesaria tarea de formar a quienes habían de asumir con ella este exigente apostolado.

> «Si el día en que me tropecé con aquella mujer que tenía el cuerpo medio roído por los ratones me hubiera tapado la nariz para no sentir el hedor y hubiera continuado por mi camino alejándome de ella —les decía la Madre Teresa—, no habría sido una verdadera misionera de la caridad. Me volví, me la cargué sobre los hombros y la llevé al hospital. Si no hubiera hecho esto, la congregación habría muerto al poco de nacer. Hay que responder a las llamadas del Señor por difíciles que sean. Sentir algunas veces repugnancia es humano. Si, a pesar de esto, ofrecemos nuestro servicio gratuito y de todo corazón, estamos en el buen camino de la santidad».

En 1955 las hermanas eran ya cuarenta y ocho, y el trabajo también estaba aumentando. La madre Teresa continuaba dando vida a nuevos proyectos en Calcuta, entre ellos *Nirmala Shishu Bhavan,* la casa para los niños huérfanos. Recogían allí a los que encontraban en la calle, a los enfermos o deformes, a las niñas abandonadas al poco de nacer y a los que les entregaban sus padres por no poder hacerse cargo de ellos. La madre Teresa salió en defensa de la infancia en muchas ocasiones, incluyendo las víctimas del aborto en distintas partes del mundo. Fue éste uno de los problemas que afrontó al serle entregado el premio Nóbel de la Paz en 1979. «¡No les matéis! ¡Dádmelos a mí!», suplicó al mundo en aquella ocasión.

Para los adultos, habían comenzado con las «Clínicas móviles», a las que no renunciaron nunca. Pero desde 1954 crearon centros específicos para la curación de algunas enfermedades, como la lepra. El primero, «Torre de la paz» —*Shanti Nagor*—, en la periferia de Calcuta.

«¿Por qué lo hace, Madre?», era la pregunta que externa o interiormente brotaba de muchos de los enfermos, especialmente de los más contagiosos o rechazados, a quienes atendían la madre Teresa o las hermanas. «Porque te amo», era la respuesta, pronunciada con los labios o dentro del corazón. La explicación de la vida de estas Misioneras de la Caridad no estaba en el ingente número de desheredados y empobrecidos que llenaban las aceras y los suburbios de Calcuta. Las necesidades eran enormes y muy apremiantes, sin duda. Pero lo genuino de su actividad conecta inexorablemente con el mandamiento nuevo del amor evangélico, sólo que ejercido con el suplemento de «lo más». El mayor amor ofrecido junto al de quien dio su vida por los hermanos. Con mucha frecuencia, y porque la Providencia iba poniendo algunos medios en sus manos, era también posible ofrecerles curación, cobijo, alimentos u otras ayudas materiales. Pero lo que regalaron siempre a todos, de cualquier raza, religión, o cultura, fue el don gratuito del más grande y genuino amor cristiano.

Con estas actitudes, consolidadas en el ejercicio cotidiano de la donación más desinteresada, continuó creciendo la joven congregación. Entre 1950 y los primeros años de la década de

los 60 las Misioneras de la Caridad extendieron su trabajo en diferentes ámbitos de la ciudad de Calcuta y comenzaron su expansión a otros lugares de India. En 1959 se inauguró en Ranchi, en el Estado de Bihar, el primer centro fuera de Calcuta.

Fue importante el viaje realizado en 1960 por la madre Teresa a Las Vegas (EE.UU.), con escalas en Londres, Frankfurt, Ginebra y Roma al regreso. Agradeció los donativos de diversas entidades católicas, especialmente Caritas, y fue conocida en distintos ambientes. En Roma participó en una misa oficiada por el papa Juan XXIII y recibió su bendición. Allí se encontró, después de 30 años, con su hermano Lazër, pero no consiguió ver a su madre y a su hermana Aga, a quienes el régimen político impidió salir de Albania y a ella entrar en el país. «Todavía existen fronteras que ni el amor es capaz de abatir», constató entonces. Aga continuó ocupándose de la madre hasta su muerte, a los 83 años, en 1972. Ella falleció dos años después.

En agosto de 1962 le fue concedido a madre Teresa el primer premio del gobierno indio, el *Padmashree,* que le fue entregado por el primer ministro Nehru, y en 1963 se abría casa en Nueva Delhi, la capital. Fue importante esta fundación, porque proporcionó oportunidades para presentar la Congregación a los dirigentes del país. Nehru, por ejemplo, asistió a la inauguración de una casa para los niños. También se establecieron en Bombay, una de las principales metrópolis y con el mayor porcentaje de católicos. Precisamente en esta ciudad tuvo lugar uno de los primeros encuentros entre Pablo VI y la Madre Teresa de Calcuta. Fue en 1964, durante el Congreso Eucarístico internacional. El Papa volvió a Roma conmovido y en 1967 solicitó a la madre Teresa abrir una casa en la capital italiana.

Mientras tanto, el 1 de febrero de 1965 el papa Pablo VI había otorgado el *Decretum laudis* a las Misioneras de la Caridad, convirtiéndolas en una asociación de Derecho pontificio y haciendo posible que salieran fuera de la India. Por su parte, la madre Teresa continuó viajando al extranjero para estudiar la posibilidad de extender la Congregación a nuevos países.

> «Mis viajes por el mundo —dijo más de una vez— no se limitan a los países pobres. He tenido ocasión de verificar que la pobreza de Occidente es mucho más difícil de erradicar. Cuando recojo a una persona hambrienta en las calles de Calcuta, le doy un

plato de arroz y un trozo de pan. Con esto he saciado y satisfecho su hambre. Pero cuando una persona se ve marginada de la sociedad, esta pobreza es tan lacerante e íntima que resulta muy difícil de erradicar».

La primera fundación internacional se abrió en Cocorote, pequeña ciudad cercana a Caracas (Venezuela), en el mismo año 1965, y en 1968 la Congregación comenzó a establecerse en Europa, en primer lugar en *Tor Fiscale,* en los suburbios de Roma. Este mismo año 1968 llegaba a África, iniciando actividades en Tambora, Tanzania. Desde finales de los años 60 hasta 1980 las Misioneras de la Caridad expandieron sus fundaciones por muy diversos países del mundo y creció considerablemente el número de miembros. Fueron abiertas casas en Australia, Asia, Medio Oriente, Europa, América Latina y América del Norte. El primer noviciado fuera de Calcuta fue el de Londres. En 1979 las fundaciones ascendían a 158.

En 1980 la congregación se extendió por las ciudades comunistas. Crearon una casa en Berlín Este y entre 1980 y 1990 en casi todos los países comunistas iniciaron actividades, incluyendo algunas fundaciones en la Unión Soviética. Sin embargo, a pesar de los muchos esfuerzos, madre Teresa nunca pudo abrir una casa en China.

En España también había pobres. El 21 de junio de 1980 viajó madre Teresa a Madrid acompañada por cuatro hermanas: dos indias, una inglesa y una venezolana. Una de las primeras casas, abierta con la ayuda de voluntarios, fue un comedor popular, que pronto hubo de trasladarse a un local más amplio, por haber aumentado considerablemente el número de comensales. Preocupada por dar también cobijo a estas gentes y obtenido el permiso del alcalde, el 13 de julio de 1986, con la presencia de la Reina Sofía, inauguraba también un dormitorio. Más tarde abrió casas en Cataluña. Algunos recuerdan sus palabras después de una suculenta cena en la que un grupo de industriales le ofreció una bolsa repleta de dinero:

«Espero que no me estéis dando lo que os sobra. Me tenéis que dar algo que os cueste, que os suponga cierto sacrificio; algo que después echéis en falta, de modo que vuestra ofrenda tenga valor a los ojos de Dios. Así seréis verdaderos hermanos de los pobres, que se ven privados hasta de lo indispensable».

La madre Teresa de Calcuta habló en la Asamblea General de las Naciones Unidas con motivo del XL aniversario, en octubre de 1985. En Nochebuena de ese año, abrió el «Regalo de amor» —*Gift of love*— en Nueva York, primera casa para los enfermos de SIDA. En los años siguientes esta casa fue tomada como modelo, en los Estados Unidos y en diversos lugares, por quienes se ocupaban de esta enfermedad. Entre 1980 y 1990 nuevas comunidades fueron fundadas en el sur de África, Albania, Cuba, y en los campos de refugiados de la guerra de Irak. En 1997, año de la muerte de la fundadora, las Hermanas Misioneras de la Caridad eran alrededor de 4.000 y estaban establecidas en unas 600 fundaciones de 123 países del mundo.

La raíz de una caridad tan universal está en la profunda comprensión de madre Teresa de las palabras evangélicas: «Tengo sed» (Jn 19,28) y: «A mí me lo hiciste» (Mt 25,40) que son el centro de su vocación. Para madre Teresa las palabras de Jesús en la cruz «Tengo sed» expresan la intensidad de su deseo de amarnos y de ser amado por nosotros.

> «Nuestro fin —decía— es apagar la sed de Jesús. "Tengo sed", ha dicho Jesús sobre la cruz cuando fue privado de toda consolación muriendo en absoluta pobreza, abandonado, despreciado y herido en el cuerpo y en el alma. Él hablaba de su sed no de agua, sino por las almas, por el amor, por la compasión, por el delicado amor».

Para madre Teresa nosotros apagamos esta sed viéndolo y amándolo especialmente en aquellos que están en la mayor necesidad: los últimos, los menos importantes, los olvidados de todos. Y además:

> «Qué alegría tenemos porque en todo momento podemos estar cercanos a Cristo, en su dolorosa ocultación, a través de nuestras obras de caridad. ¿No cumplimos así las palabras del Evangelio? "A mí me lo hiciste", dice Jesús; tenía hambre, tenía sed, estaba desnudo, sin casa, no deseado, olvidado, y tú, lo que haces en favor de ellos, me lo has hecho a mí».

La madre Teresa tuvo contacto con dirigentes políticos del más alto rango de numerosos países de distintas culturas y religiones. Pero el debido respeto a otros credos no le privó nunca de manifestar el suyo. Así, llevó a Nehru a visitar el sagrario de la pequeña capilla de una de sus casas; mostró su rosario y reci-

tó frases del Evangelio en ocasiones políticas de gran solemnidad. Supo articular con la maestría de la santidad el profundo respeto a los otros y la más clara transparencia de su propia identidad. No tomó una actitud meramente filantrópica en pro de la colaboración. Su planteamiento no era político, sino exclusivamente evangélico. Cuando llegaban los voluntarios a la puerta de sus casas para compartir con ella y con las hermanas la ayuda a los más necesitados, solía decirles con la mano bien abierta:

> «Lo primero que debéis aprender es qué son los *cinco dedos.* Significan cinco palabras. Son cinco palabras dichas por Jesús a sus discípulos: "A mí me lo hicisteis". Es decir, cada vez que hagáis esto a uno de mis pequeños, es como si me lo hubierais hecho a mí. No lo olvidéis [...] El agonizante cubierto de gusanos entre la inmundicia de Calcuta —decía también— es Cristo mismo, así como también lo es el niño leproso, el enfermo de SIDA rechazado por su familia, el joven que muere en las aceras de Nueva York víctima de una sobredosis...».

Plenamente consciente de que sólo la oración puede hacer verdaderamente eficaz el apostolado, además de las hermanas, la madre Teresa fundó otras cuatro ramas de la Familia de las Misioneras de la Caridad. El 25 de marzo de 1963 el arzobispo de Calcuta bendijo el nacimiento de los «Hermanos Misioneros de la Caridad activos», que habían comenzado espontáneamente a reunirse. La «Orden contemplativa de las hermanas» nació en Bronx, Nueva York, el 25 de junio de 1976: la madre Teresa ofreció a las hermanas la posibilidad de elegir en determinados momentos de su vida dedicarse plenamente a la oración, fundamento esencial de todas sus actividades. Sor Nirmala, que sucedió a la fundadora al frente de la congregación, fue la encargada de dar forma a este nuevo proyecto. Poco después, el 19 de marzo de 1979, fueron fundados en Roma los «Hermanos Misioneros de la Caridad contemplativos». Finalmente, los «Padres» fueron constituidos en Bronx, Nueva York, el 31 de octubre de 1984. Además, desde el principio madre Teresa implicó a los laicos en su servicio a los más pobres. En marzo de 1969 había comenzado oficialmente la «Asociación Internacional de Cooperadores de Madre Teresa» y sus Estatutos habían sido bendecidos por el papa Pablo VI. Algunos años más

tarde, el 16 de abril de 1984, nacieron los «Misioneros Laicos de la Caridad».

Durante su larga vida, la Madre Teresa recibió numerosos honores y reconocimientos. Entre los más importantes el premio *Templeton* al progreso de la religión en abril de 1973; el aludido Premio Nóbel de la Paz, el 10 de diciembre de 1979, que hizo conocer la Congregación de las Misioneras de la Caridad en todo el mundo, y el honor más destacado de la India, el Premio *Bharat Ratna,* en Perla de la India, el 22 de marzo de 1980. No era amiga de la fama ni de las ceremonias oficiales:

> «Si voy al cielo —decía— será por lo que debo soportar a causa de mi popularidad. Os aseguro que odio todo esto [...] Otros llevan a cabo un trabajo semejante al que desarrollamos nosotras, e incluso lo hacen mejor. ¿Por qué tanta atención a lo nuestro? —decía también—. Os aseguro que si acepto participar en algunas manifestaciones públicas es porque me ofrecen la posibilidad de hablar de Jesús a personas que de otro modo apenas tendrían posibilidad de oír algo sobre él».

En Oslo, por ejemplo, al recibir el Premio Nóbel, hizo prescindir de la cena de gala para dar su valor a los pobres, invitó a toda la asamblea a rezar y pronunció su discurso, centrado en sus temas preferidos: el amor y el respeto por la vida. Al regreso se encontró en Roma con Juan Pablo II: «Hable siempre así, madre Teresa», le dijo el recién elegido pontífice.

Al comienzo de los años 80 la salud de madre Teresa comenzó a ceder. A los distintos episodios de malaria comenzaron a sumarse algunos problemas de corazón. No obstante, continuó viajando por todo el mundo para asistir a la profesión de las novicias y abrir nuevas casas y servicios para los pobres y los excluidos de la sociedad, descuidando los consejos de los médicos. Debido a la progresiva arterioesclerosis, le sorprendió un infarto en Roma en 1980, una angina de pecho en 1983 y tuvo otros problemas cardiacos en 1989, 1991 y 1993. Por este motivo, el 13 de marzo de 1997 sor Nirmala Joshi fue elegida superiora general.

Después de haber viajado a Nueva York, Washington y Roma los primeros meses de 1997 en un estado de salud muy frágil, en julio, madre Teresa volvió a Calcuta, donde su salud continuó deteriorándose. A las 9,30 horas de la noche del 5 de

septiembre, se comunicaba la noticia oficial de su muerte en la casa madre de las Misioneras de la Caridad. Había fallecido a las 6,30 de la tarde. Su cuerpo fue llevado a la Iglesia de Santo Tomás y después al Convento de Loreto, donde había entrado 69 años antes. Cientos de miles de personas de todas las clases y religiones de la India y alrededores le ofrecieron sus respetos. Recibió el gran honor de un funeral de Estado el 13 de septiembre. Decenas de centenares de personas velaron a la madre Teresa envuelta en una bandera india y acompañaron su cuerpo en procesión, sobre un carro armado, con disparos de salvas, del mismo modo que se había despedido el de Gandhi y el de Nehru, por las calles de Calcuta hasta el estadio cubierto de Netaji, donde fueron celebrados los funerales solemnes. El Presidente y el Primer Ministro representaban a la India. En nombre del Papa acudió el cardenal Sodano, Secretario de Estado. Presidentes, primeros ministros, reinas, embajadores y enviados especiales presentaron sus condolencias de parte de los más diversos países de la tierra.

Los restos mortales de la madre Teresa reposan en una tumba junto a la casa madre. Sobre una sencilla piedra de mármol está escrita la frase evangélica preferida de Madre Teresa: «Amaos los unos a los otros como yo os he amado a vosotros».

Después de su muerte, su fama de santidad creció y se extendió tanto en la Iglesia como fuera de ella y muchas personas, incluso no católicas, comenzaron muy pronto a dar testimonio de gracias obtenidas mediante su intercesión. En vista de estos hechos, el 23 de octubre de 1997 el arzobispo de Calcuta, Henry Sebastián D'Souza, pidió dispensa a la Congregación de las Causas de los Santos de la norma por la que han de incoarse las Causas pasados cinco años de la muerte del siervo de Dios. Le fue concedida por Decreto de 12 de diciembre de 1998 y el 1 de abril de 1999 el obispo de la región del Oeste de Bengala introducía su causa de canonización. La investigación jurídica ordinaria tuvo lugar entre julio de 1999 y agosto de 2001, realizándose durante este mismo período de tiempo investigaciones rogatoriales en el Vicariato de Roma, en las archidiócesis de Caracas, Chicago, Detroit, Durban, Nueva York, Paderborn, S. Paul y Mineápolis, Washington y Westminster, y en

las diócesis de Antwerp, Parramalta, San Diego y Steubenville. Realizado también el correspondiente proceso sobre un presunto milagro atribuido a su intercesión, la solemne beatificación tuvo lugar en Roma, como hemos indicado, el 19 de octubre de 2003.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

CHAWLA, N., *Mother Teresa. The authorized biography* (Londres 1992; Boston 1998).
FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA, M., *La madre de los más pobres. Teresa de Calcuta* (Barcelona 2000).
GONZÁLEZ-BALADO, J. L., *Madre Teresa. Historia de la madre de los pobres* (Madrid 2003).
— *Madre Teresa. Recuerdo y mensaje* (Madrid 2003).
— *Beata Teresa de Calcuta* (Madrid 2003).
MAALOUF, J. (ed.), *Madre Teresa de Calcuta. Escritos esenciales* (Santander 2002).
SEBBA, A., *Mother Teresa. Beyond the image* (Nueva York 1997).
SPINK, K., *Mother Teresa. A complete authorized biography* (San Francisco-Nueva York 1997).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO JUAN BONO DE SIPONTO

Abad († s. XII)

Hijo del conde Adán de Siponto, fue discípulo de San Juan de Matera. Su superior lo eligió para que fuera el fundador y primer abad del monasterio de Meleda, una isla de la costa dálmata, cerca del Monte Gargano. El monasterio lo dedicó a San Miguel. Aquí vivió observando el género de vida propio de los seguidores de San Juan de Matera, es decir con elementos de la vida común pero con no poco de vida eremítica.

Tras su muerte su cuerpo fue llevado a Pulsano donde comenzó a dársele culto como a santo. Sus reliquias fueron reconocidas en 1642. Su memoria se celebra el 5 de septiembre.

BEATO GUILLERMO BROWN

Mártir († 1605)

No se sabe mucho de los datos personales de este mártir sino que era originario del condado de Northampton y que era seglar, sirviente en la casa del noble Tomás Darcy y un fervoroso católico que ponía gran celo en extender su fe católica entre sus vecinos. Fue arrestado junto con otros dos católicos y llevado en York a juicio, donde confesó la fe, se negó a apostatar y prefirió la condena a muerte antes que traicionar su conciencia católica, pero se negó a contestar a las preguntas capciosas que no iban al fondo del tema: él era católico sincero, al margen de consideraciones políticas. Condenado a muerte, fue ejecutado en Ripon, siendo ahorcado, destripado y descuartizado el 5 de septiembre de 1605.

Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATO FLORENCIO DUMONTET DE CARDAILLAC

Presbítero y mártir († 1794)

Nació el 8 de febrero de 1749 en Saint-Méard en el seno de una familia distinguida. Luego de estudiar en Magnac-Lavac y en Toulouse, ingresó en el seminario parisino de San Sulpicio donde continuó los estudios hasta su ordenación sacerdotal. Canónigo y vicario general de Chartres, parece que en 1790 había dejado la canonjía pero seguía de vicario general. Fue capellán de Madame la Condesa de Provenza. Tras las reformas antirreligiosas de 1792 se retiró a vivir con su familia y rechazó con toda energía el juramento constitucional. Arrestado a comienzos de 1793, fue llevado a la casa de reclusión de sacerdotes del departamento de Haute-Vienne. Al no haber sido nunca funcionario público no se creía comprendido en la ley de prestar el juramento constitucional y así lo alegó, pidiendo su libertad. El Consejo departamental estudió su petición el 6 de abril de 1793 pero la rechazó. Volvió a la carga dos meses después y se le concedió la libertad pero a condición de que se presentara cada vez que fuera requerido. Sin embargo, en noviembre es

nuevamente arrestado y llevado a Limoges, a la prisión de La Règle. Su familia volvió a insistir en pedir su libertad pero fue en vano y en abril lo enviaron a Rochefort y fue embarcado en Les Deux Associés. Aceptó con plena entrega la voluntad de Dios y siguió siendo la persona piadosa, cortés y amable que había sido siempre. Prestó cuantos servicios pudo como enfermero a sus hermanos de detención, a los que consolaba con mucha unción espiritual. Sucumbió a las penalidades de su detención el 5 de septiembre de 1794.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

SANTOS PEDRO NGUYEN VAN TU Y JOSÉ HOANG LUONG CANH

Mártires († 1838)

Pedro nació en Ninh-Kuong el año 1796. De joven ingresó en la Orden de Predicadores, en la que profesó el 4 de enero de 1827 y, posteriormente, se ordenó como sacerdote. Llegada la persecución, estaba destinado en Ke-Mot y ejercitaba su ministerio clandestinamente con mucha dedicación, valor y eficacia, hospedándose en casa de un oficial llamado Quang y haciendo que su domicilio fuera desconocido incluso por los propios fieles. El 29 de junio de 1838 el pueblo de Ke-Mot se vio invadido de soldados que buscaban al P. Pedro pero el oficial que lo hospedaba pudo mandarlo a tiempo a Huong-Trang, un pueblo cercano, a casa de un pagano que se prestó a alojarlo. Pero no le sirvió de mucho la ayuda pues al día siguiente los perseguidores dieron con él pese a que estaba escondido dentro de un cañaveral. Arrestado y llevado ante el tribunal, confesó la fe con toda energía y se negó a apostatar. Cargado con una canga fue llevado a Ninh-Tai, en el Tonkín oriental. Comparece con otros cristianos ante un nuevo tribunal, y él aprovecha la oportunidad para exhortar a los cristianos a mantenerse firmes en la fe. Por fin fue condenado a muerte el 27 de julio de aquel año, mandando el rey —al confirmar la sentencia— que fuera por decapitación, que se consideraba más infamante. En la cárcel y a la espera del decreto regio, pudo recibir la visita de algunos fieles e

incluso un sacerdote pudo llevarle la sagrada comunión. En la mañana del 5 de septiembre de 1838, vestido con hábito dominico y llevando una cruz en la mano fue conducido a Xai-Bong, junto a Nam-Thai, y allí, de dos golpes, le cortaron la cabeza. Los cristianos pudieron hacerse con su cuerpo y sepultarlo.

JOSÉ HOANG LUONG CANH era un médico laico que también sufrió martirio, y fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con Pedro Nguyen y los 117 mártires de Vietnam muertos por la fe entre los años 1745-1862, y que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

6 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. La conmemoración de San Zacarías, profeta **.
2. La conmemoración de San Onesíforo, discípulo del apóstol San Pablo († s. I).
3. La conmemoración de los santos Donaciano, Presidio, Mansueto, Germán y Fúsculo, obispos y mártires en África, y con ellos San Leto, obispo de Nepta († s. V), mártir *.
4. En Espoleto (Umbría), San Eleuterio († s. VI), abad.
5. En Laón (Galia), San Cagnoaldo († 632), obispo.
6. En St. Bee's Head (Inglaterra), Santa Bega († 660), monja.
7. En el monasterio de Füssen (Baviera), San Magno († s. VIII), abad.
8. En Le Bouchet (Provenza), Beato Bertrán de Garrigue († 1230), presbítero, de la Orden de Predicadores **.
9. En Loro Piceno (Italia), Beato Liberato de Lauro († 1258), presbítero, de la Orden de Menores *.
10. En Gata de Gorgos (Valencia), Beato Diego Llorca Llopis († 1936), presbítero y mártir *.
11. En Carcagente (Valencia), Beato Pascual Torres Lloret († 1936), padre de familia, mártir *.
12. En Varsovia (Polonia), Beato Miguel Czartoryski († 1944), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir. (Cf. biografía breve en *Año cristiano. Abril,* día 6, p.136).

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ZACARÍAS

Profeta (Antiguo Testamento)

El penúltimo de los doce profetas menores es San Zacarías, nombre que significa «Yahvé recuerda». Era hijo de Baraquías, hijo a su vez de Idó. De él nos hablan las fuentes bíblicas y las tradiciones extrabíblicas.

Según San Agustín, que se refiere a él en sus *Enarrationes* o comentarios a los salmos (147,5; 148,4), ejerció su ministerio profético primero en Babilonia y luego retornó con los repatriados a Palestina para continuar su misión.

San Epifanio, en su obra *De vitis prophetarum* («Vida de los profetas»), es la fuente del *Sinaxario* (Calendario litúrgico) de Constantinopla que describe la vida y obra del profeta. Según él, era de la tribu de Leví y parece que era también sacerdote.

Nació en Galad y ejerció su ministerio con grandes y numerosos prodigios y predicciones sorprendentes, por ejemplo, las victorias de Ciro sobre Creso, sobre el futuro de Jerusalén y el juicio de Dios.

En Occidente, San Isidoro de Sevilla, en *De ortu et obitu Patrum* («El nacimiento y muerte de los Padres»), recoge estas noticias de San Epifanio y del Oriente. Y en San Isidoro se inspiran el célebre *Martirologio de Usuardo* y el *Martirologio romano.*

Actualmente se celebra la memoria de San Zacarías el 6 de septiembre con este sintético y bello elogio: «Conmemoración de San Zacarías, profeta, que anunció el retorno a la tierra de promisión del pueblo exiliado y le dio la noticia de un futuro rey pacífico, profecía que admirablemente cumplió Cristo, el Señor, con su entrada triunfal en la Ciudad Santa de Jerusalén».

Contemporáneo del profeta Ageo, falleció ya muy anciano y fue enterrado junto a su compañero de misión. Porque, juntamente con él, animó a Zorobabel y al sacerdote Josué en la restauración del templo (cf. Esd 5,1-2). Cuando, por la oposición de los samaritanos, se suspendió la reconstrucción, fue su impulso vigoroso el que hizo reemprender los trabajos y logró que se culminaran el año sexto de Darío (cf. Esd 6,14).

Era muy estimado y venerado por su pueblo. De hecho, los ciudadanos de Betel, en noviembre de 518, se dirigieron al profeta pidiéndole consejo sobre la observancia del ayuno, en memoria de la destrucción del templo. Era notorio su gran influjo social, puesto que, a pesar de las enormes dificultades y obstáculos, consiguió la terminación del templo. Sus profecías rezuman ardiente amor a la patria, al Templo y al yahvismo puro.

El libro bíblico de Zacarías se compone de dos partes muy diferentes. La primera (c.1-8), está escrita en prosa y contiene una introducción fechada en octubre-noviembre del año 520, y ocho visiones proféticas que comienzan en febrero de 519 (1,7-6,8), seguidas de la coronación simbólica de Zorobabel (6,9-14). En el capítulo séptimo vuelve su mirada retrospectiva al pasado nacional. Y en el octavo abre perspectivas esperanzadoras de salvación mesiánica.

Este conjunto, bien fechado y de pensamiento homogéneo y coherente, es ciertamente auténtico y nos ofrece datos concretos y unidad de estilo, aunque se notan huellas de una revisión hecha por el profeta mismo o por sus discípulos.

Como Ageo, pone todo su empeño en la reconstrucción del Templo; y con mayor insistencia en las exigencias de pureza de vida y con la espera escatológica aún más apremiante. La reconstrucción dará paso a una era mesiánica nueva en la que el sacerdocio será exaltado y la realeza será ejercida por el «germen» (3,8), nombre mesiánico pleno de sentido que el Apocalipsis (6,12) aplica a Zorobabel.

Los dos ungidos, sacerdote y rey, gobernarán en perfecta armonía con el retorno de las antiguas bendiciones. De nuevo la tierra es santa en torno al Templo y el pueblo tiene a Dios «en medio».

Zacarías tiene muchos puntos de contacto con Ezequiel, cuya influencia se advierte en no pocos aspectos: en la tendencia apocalíptica, en el afán por la pureza y en muchas de sus «visiones» e imágenes. Pero nunca llega a la fuerza y el patetismo genial del gran profeta de la sugestiva e impresionante visión de «los huesos resucitados» (Ez 37).

Zacarías es detallista en sus descripciones. Su universo figurativo: caballos de colores, jinetes misteriosos, cuernos, mujeres

volantes, constituye todo un arsenal literario que, con variable talento, explotan los escritores apocalípticos tardíos. Como Daniel, les da mucha preponderancia a los ángeles en sus profecías.

En ocho visiones nocturnas nos muestra la Providencia amorosa de Dios para con su pueblo, la teocracia postexílica: en la primera visión, los jinetes mensajeros de Dios sobre la tierra piden la reconstrucción de Jerusalén (1,7-17). En la segunda, cuatro herreros rompen cuatro cuernos, símbolo del poder de los pueblos enemigos (2,1-4). En la tercera, el ángel mide el perímetro de Jerusalén, su altura y su anchura (2,5-17). En la cuarta, con la oposición de Satanás, es purificado y revestido el sumo sacerdote (3,1-10). En la quinta, el candelabro de oro, símbolo de los ojos omnipresentes de Yahvé; y dos olivos, uno a cada lado, los dos ungidos al servicio del Señor (4,1-14). En la sexta, el libro o rollo que vuela conteniendo la maldición de Dios (5,1-4). En la séptima visión, una mujer dentro de un ánfora o medida es la iniquidad transportada a Babilonia (5,5-11). En la octava, cuatro carros saliendo de entre dos montes de bronce van dirigidos a los cuatro puntos cardinales (6,1-4).

La visión culmina con la escena solemne de la coronación del sumo sacerdote Josué: «Éste es el hombre llamado "germen": debajo de él habrá germinación y edificará el Templo de Yahvé» (6,12). «Jerusalén llegará a ser la ciudad fiel y el monte santo. Al mismo tiempo a ella acudirán todas las gentes» (8,1-23).

Para San Zacarías, la ley de Dios es la fuente de toda prosperidad. No menciona los sacrificios rituales, pero insiste una y otra vez en la justicia social y embiste con toda energía contra sus violadores: «Celebrad juicios justos, practicad entre vosotros el amor y la compasión. No oprimáis a las viudas, al huérfano, al jornalero o al pobre» (7,9-10). «Esto es lo que debéis hacer: deciros la verdad unos a otros, juzgar con equidad en vuestros tribunales; no maquinar el mal entre vosotros y no aficionarse a jurar en falso, porque odio todas estas cosas, oráculo de Yahvé» (8,16-17).

La imagen de Dios que nos transmite el santo profeta es noble y alta, pero también entrañable. Celoso de Jerusalén, es el esposo y el amigo: «Siento celos de Jerusalén y de Sión, unos

celos terribles, y estoy sobremanera encolerizado contra las naciones que se sienten seguras y que, cuando me vieron poco encolerizado, contribuyeron al mal» (1,14-15). «El que os toca a vosotros toca a la niña de mis ojos» (2,12). La santidad debe ser la característica y distintivo de la autoridad tanto religiosa como civil: «Si actúas según mis normas y guardas mis mandamientos, estarás al frente de mi templo» (3,7). Sus visiones nocturnas y sus anuncios mesiánicos atestiguan la íntima unión mística de San Zacarías con Dios. Aunque los enemigos del pueblo sean castigados, después que sean purificados entrarán también a formar parte del pueblo elegido: «Aquel día se unirán a Yahvé numerosas naciones; serán un pueblo para mí y yo moraré en medio de ti» (2,15).

La segunda parte del libro profético de Zacarías es tan distinta de la primera que no parece escrita por el mismo autor. Empieza por pasar de la prosa al verso. Comienza con un título nuevo. Ya no están fechados los poemas y son anónimos. No se habla más de Zacarías ni se menciona a Josué ni a Zorobabel, ni hay referencias a la reconstrucción del Templo.

El horizonte histórico ha cambiado. No se centra en acontecimientos inminentes sino que mira en lontananza. Asur y Egipto son nombres simbólicos, más que concretos, de todos los pueblos opresores. Recoge tradiciones antiguas ya conocidas, en un estilo artificial y arcaizante, aunque los poemas no son meros centones. Parecen compuestos o compilados en los últimos decenios del siglo IV a.C., después de las conquistas de Alejandro Magno y el imperio de Macedonia. Incluso se aprecian diferencias entre dos secciones de esta segunda parte, porque los capítulos 12-14 vuelven a la prosa y con nuevo título. Pero la mayor importancia le viene de los anuncios mesiánicos, muy abundantes, aunque la doctrina aparece poco unificada.

A la luz de los evangelistas del Nuevo Testamento, que recogen en numerosas citas las alusiones y rasgos descriptivos aportados por el libro de Zacarías, cobran vida y valor excepcional esos anuncios mesiánicos que alentaron un día la esperanza de Israel y ahora revelan vivamente el cumplimiento cristiano de las promesas. Anuncia el castigo y conversión de los pueblos que se conjuran contra Jerusalén (c.9). El resurgimien-

to de la casa de David y, sobre todo, la venida del Mesías, rey manso y pacífico cabalgando en un asno. Entrará en Jerusalén y extenderá su dominio sobre toda la tierra. Él hará retornar a los prisioneros desterrados:

> «¡Exulta sin fin, hija de Sión,
> grita de alegría, hija de Jerusalén!
> Que viene a ti tu rey:
> justo y victorioso,
> humilde y montado en un asno,
> en una cría de asno.
> Suprimirá los carros de Efraín
> y los caballos de Jerusalén.
> Será suprimido el arco de guerra
> y él proclamará la paz a las naciones.
> Su dominio alcanzará de mar a mar,
> desde el río hasta el confín de la tierra»
> (9,9-10; cf. Mt 21,5; Jn 12,15).

Es impresionante e irónica la descripción del pastor malo e inepto en el capítulo 11:

> «Apacienta las ovejas destinadas al matadero, esas que sus compradores matan impunemente, mientras sus vendedores dicen: ¡Bendito sea Yahvé, ya soy rico! Y a las que no perdonan los pastores [...] ¡Ay del pastor inútil que abandona las ovejas! ¡Espada contra su brazo, contra su ojo derecho; que su brazo se seque del todo y que del todo se cierren sus ojos!» (11,4-5.17).

El buen pastor apacienta la grey que por los malos pastores estaba destinada al matadero. Y es recompensado con treinta siclos de plata, el precio de un esclavo (cf. 11,12). El Evangelio recoge este dato y lo aplica a Jesús, vendido por Judas en treinta monedas. Así San Mateo: «Y tomaron las treinta monedas de plata, cantidad en que fue apreciado aquel a quien pusieron precio algunos hijos de Israel» (27,9).

El mismo evangelista Mateo (26,31), en la predicción de las negaciones de Pedro, pone en boca de Jesús otra cita de Zacarías: «Todos vosotros vais a escandalizaros de mí esta noche, porque está escrito: "Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño"». Y el libro de Zacarías dice: «Hiere al pastor, que se dispersen las ovejas, yo volveré mi mano contra los corderos» (13,7). Aquí, el pastor es el jefe del pueblo.

Cuando el evangelio según San Juan, para glosar la lanzada en el costado de Cristo invoca la Escritura que dice: «Mirarán al que traspasaron» (19,37), recoge la expresión de Zacarías: «Mirarán hacia mí. En cuanto a aquel a quien traspasaron harán duelo por él como se llora a un hijo único» (12,10). Y en el Apocalipsis resuenan los ecos: «Mirad, viene acompañado de nubes; todo ojo le verá, hasta los que le traspasaron, y por él harán duelo todas las razas de la tierra» (1,7).

En Cristo se armonizan orgánicamente las alusiones, un tanto inconexas, del libro de Zacarías, cuando los evangelistas las emplean para los misterios de la pasión. Una vez más comprobamos que toda la Sagrada Escritura se refiere a Cristo y converge en él.

En el decisivo día de Yahvé (c.14), interviene para salvar a su pueblo. Será el rey de toda la tierra, castigará terroríficamente a los enemigos contumaces. El resto de los supervivientes vendrá a Jerusalén a celebrar la jubilosa fiesta de las Tiendas. Todo quedará consagrado a Yahvé y no habrá vendedores en su casa.

Es de advertir que con sorprendente equilibrio están siempre unidas las promesas de perdón y de fidelidad a las amenazas de castigo. Impetuoso y enérgico, grandilocuente al describir la majestad de Dios que avanza victorioso con sus héroes en la guerra contra los enemigos, es manso y sereno cuando presenta al Mesías salvador. El profeta cumple su misión que no es sólo anunciar el futuro, sino, más bien, ser guía espiritual de su pueblo.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHÖKEL, A., *Doce profetas menores* (Madrid 1996).
AMSLER, S., *Los últimos profetas: Ageo, Zacarías, Malaquías y algunos otros* (Estella, Navarra 1996).
Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998).
MARIANI, B., «Zaccaria», en *Bibliotheca sanctorum,* XII: *Stefano-Zuraire* (Roma 1969) cols.1448-1451.

BEATO BERTRÁN DE GARRIGUE

Presbítero († 1230)

Tiempos de crisis y de profunda transformación social. El refinamiento y la frivolidad de costumbres penetraron en Occidente con el botín y las novedades importadas por los cruzados. Por otra parte, se apreció una sensible disminución del espíritu de sumisión y obediencia al pontífice, como consecuencia natural de los ataques de los emperadores. Estas contiendas y, sobre todo, las Cruzadas agotaron los recursos de la Iglesia, que, sin embargo, sentía las necesidades de una Europa a oscuras, impotente para soportar la avalancha de las diversas invasiones de los pueblos bárbaros y paganos.

El espectáculo era realmente desolador. Pero la reacción no se hizo esperar. La vida monástica cobró una vitalidad espléndida, insospechada. Aparte de las dos reformas benedictinas —cistercienses y cartujos—, surgieron otras nuevas órdenes y congregaciones. Francisco de Asís ha escuchado la llamada divina apremiante y, desposándose con la pobreza, se ha lanzado por aldeas y ciudades predicando penitencia. La misma llamada oyeron el obispo de Osma, Diego de Acevedo, y Domingo de Guzmán al llegar en embajada de paz a Tolosa. Dice el Beato Jordán de Sajonia, refiriéndose a Domingo de Guzmán, que «en cuanto advirtió que los habitantes de aquel país habían caído en la herejía, llenóse de compasión su pecho misericordioso, considerando las innumerables almas que vivían engañadas». Fue entonces cuando, inflamados de caridad, marcharon a Roma y expusieron a Inocencio III un amplio plan de evangelización en tierra de cumanos, al que hubieron de renunciar por indicación del Pontífice, que ordenó al santo obispo el regreso a su diócesis para proseguir allí su gobierno y la reforma del cabildo.

Obedientes y dóciles a los deseos del Papa, Diego de Acevedo y Domingo de Guzmán emprendieron su viaje de retorno a España sin sospechar la gran sorpresa que la Providencia les reservaba en Montpellier y que transformaría su retirada en marcha victoriosa.

Cuando llegaron a esta ciudad, en la primavera de 1206, coincidieron con una asamblea de obispos y abades cistercienses de la región, presidida por un legado pontificio. Se hallaban

reunidos para estudiar la grave situación e iniciar una campaña definitiva contra la herejía. Solicitaron el consejo del santo y prudente obispo de Osma, y las palabras de éste fueron una invitación a abrazar la pobreza evangélica, comenzando por renunciar a toda ostentación y aparato. Ésta sería el arma más eficaz para combatir y acabar con las críticas propagadas por las sectas. Y dando ejemplo el santo obispo, puso por obra sus recomendaciones, despidiendo a todo su séquito, quedándose en el Languedoc con Domingo de Guzmán y un grupo de clérigos. Los abades repitieron la escena y se reservaron tan sólo los libros imprescindibles para el rezo y la controversia. La empresa había comenzado. Apiñados alrededor del buen obispo de Osma, aquella primera expedición de animosos apóstoles inició su ruta, saliendo de Montpellier hacia la capital de la herejía. A pie, sin dinero, en voluntaria pobreza, van predicando la fe católica. A su paso, los herejes se inquietan y arrecian sus ataques. Pero la marcha hasta Tolosa fue triunfal, ya que su presencia, sus discursos y muchas veces sus milagros despertaron la conciencia de muchas pobres gentes.

Embarcado en esta colosal obra de predicación y apostolado permaneció el santo obispo de Osma hasta mediado el año 1207. Pero comprendiendo que la ausencia de su diócesis se había prolongado demasiado y temeroso de ser juzgado negligente de su gobierno, decidió regresar a España, dejando al frente de aquella empresa de evangelización a su querido subprior e inseparable compañero Domingo de Guzmán. Los propósitos del obispo eran visitar la diócesis y volver para dedicarse plenamente a esta gran obra, soñando «ordenar en aquella región, con asentimiento del Papa, algunos varones idóneos que se dedicasen a confutar errores y a estar prontos para defender la verdad de la fe». Pero la muerte puso fin a todos sus planes. La Providencia había reservado la realización de aquellos ambiciosos proyectos a Domingo de Guzmán y sus frailes, los hermanos predicadores...

La noticia de la muerte del santo obispo se difundió rápidamente y, al conocerla los que con él habían quedado en aquellas tierras de Tolosa, se volvieron a sus casas. «Fray Domingo quedó solo allí en la brega de la predicación. Algunos le siguieron

algún tiempo». Pero inaccesible al desaliento, prosiguió incansable su actividad apostólica.

Fue en esta época verdaderamente heroica de Domingo de Guzmán cuando se asoció Bertrán de Garrigue, apellidado así por el lugar de su nacimiento, en la diócesis de Nimes. Corazón generoso y alma noble, no pudo menos de vibrar y sentirse contagiado por la santidad y elocuencia de fray Domingo. Según afirma uno de sus biógrafos, «fue escogido por la Providencia para llenar en el corazón del bienaventurado Domingo el vacío que don Diego de Acevedo había dejado». Desde entonces le vemos con frecuencia al lado de fray Domingo, gozando de su más pura amistad y apareciendo en las crónicas como compañero inseparable en muchos de sus viajes, haciéndole partícipe en numerosos milagros. Imitador de la santidad de fray Domingo, «llegó a ser —en frase de Bernardo Guidón— verdadera imagen de Domingo de Guzmán».

La corrupción, las guerras y el desorden seguían estragando las costumbres y minando la autoridad de la Iglesia. Los legados pontificios presentaron a Inocencio III un informe de la situación, ante el cual, viendo el Papa que los medios pacíficos de persuasión eran insuficientes, expidió la Bula de Cruzada contra los herejes del Languedoc, confiando así poder acabar con tales males. En un principio el llamamiento del Pontífice no halló eco entre los nobles, pero el asesinato de Pedro de Castelnau, legado pontificio, perpetrado por los herejes, levantó una fuerte indignación y movió a los condes de Tolosa a tomar las armas y emprender la Cruzada, poniendo al frente a Simón de Montfort. Unidos se batían en aquel territorio los dos caudillos de la causa de la Iglesia: Domingo de Guzmán y sus compañeros con la palabra y Simón de Montfort y sus huestes con la espada.

Por aquella época fue propuesto fray Domingo para ocupar diversas sedes, pero siempre se resistió a aceptar estas dignidades alegando: «Tengo que ocuparme de mi nueva plantación de predicadores y de las monjas de Prulla, que me pertenecen». Precisamente entonces se habían unido algunos discípulos más y se arregló el problema del alojamiento gracias a la donación de dos grandes casas que entregó a fray Domingo un caballero de Tolosa llamado Pedro de Seila, que más tarde sería prior de

Limoges. Desde aquel momento fijaron su residencia en Tolosa, viviendo en aquellas casas juntos, acostumbrándose a una vida más humilde y conforme con las costumbres de los religiosos. Fue aquélla la cuna de la futura Orden de Hermanos Predicadores. Y no habían transcurrido tres meses allí instalados fray Domingo y sus diez compañeros, cuando el obispo Fulco les nombra predicadores contra la herejía en su diócesis.

En agosto de 1215 salió el obispo Fulco hacia Roma para asistir al IV Concilio de Letrán, y le acompañó fray Domingo, esperando poder exponer juntos al Papa su proyecto de fundación de una Orden que se llamase y fuese de Predicadores. Pero antes de partir para Roma, fray Domingo escogió a Bertrán de Garriga para superior de aquella incipiente comunidad, que había de constituir el núcleo básico de la nueva Orden. En este período el grupo de predicadores alternaba su apostolado con la asistencia a las lecciones de teología de un insigne maestro que había traído el obispo Fulco para regentar estas enseñanzas en la catedral de Tolosa. Era deseo expreso de fray Domingo que sus discípulos adquiriesen una sólida preparación científica para luego poder discutir con los herejes.

Mientras fray Domingo se encontró ausente, Bertrán de Garrigue recibió algunos compañeros más en la comunidad, pues según las crónicas, al regresar Domingo de Roma, la pequeña familia religiosa había aumentado, eran ya dieciséis... En el mes de febrero de 1216 estaba fray Domingo de vuelta en Tolosa con su comunidad. La Cuaresma la consagraron a la predicación y después, durante las fiestas de Pascua —seguramente en el convento de Prulla—, se dedicaron a tratar los problemas de la fundación y las sugerencias hechas a fray Domingo por el Papa y el cardenal Hugolino. En primer lugar eligieron por Regla la de San Agustín. Una vez escogida la Regla y redactadas las Constituciones, urgía la erección del primer convento sobre el que recaería directamente la aprobación del Pontífice. El obispo Fulco, con asentimiento del cabildo, otorgó a fray Domingo y sus frailes la capilla de San Román, junto a la cual levantaron el convento. Pero, estando ocupados en la fundación, llegó la noticia de la muerte de Inocencio III y la designación de Honorio III como sucesor en el Pontificado. No demoró más fray

Domingo su viaje a Roma, presentando al nuevo Papa la causa de su Orden. La acogida no pudo ser mejor. Honorio III confirmó la Orden de los Hermanos Predicadores y la tomó bajo su especial protección.

Cuando en la primavera de 1217 regresó a Tolosa con las dos encomiásticas bulas de confirmación de la Orden, su pequeña comunidad debió saltar de gozo. Pero una visión profética que tuvo fray Domingo le hizo comprender los peligros que se cernían sobre la ciudad. En la visión II «se le mostró —cuenta el Beato Jordán— un árbol de grandes proporciones y agradable aspecto, en cuyas ramas se cobijaban muchas aves. Resquebrajóse el árbol y los pájaros que en él anidaban huyeron». Entendió aquel hombre, lleno del espíritu de Dios, a través de la visión, que el conde de Montfort, príncipe y tutor de muchos desvalidos, iba a morir en breve. Domingo y sus frailes, que se amparaban bajo la singular protección del conde, tomaron el partido de las aves. Pese a lo reducido de su número, había llegado la hora de la dispersión. Así fue como a los pocos días de la visión salieron los dieciséis de Tolosa para refugiarse en el monasterio de Prulla, auténtica cuna de la Orden. Notificó Domingo a los obispos y al mismo conde de Montfort de su propósito decidido de dispersar sus frailes por el mundo. Invocado el Espíritu Santo, una vez reunidos los frailes, les manifestó su resolución y, aunque todos se admirasen de tan prematura dispersión, conocían bien la santidad de fray Domingo y en él habían depositado su fe y esperanza.

Domingo reunió a sus hijos en el monasterio de Prulla, para que Nuestra Señora, que había alcanzado del Señor la fundación de la Orden, bendijera la dispersión de los frailes por el mundo. Tuvo lugar precisamente aquel «Pentecostés dominicano» en la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen del año 1217. Después de la más tierna y patética de las despedidas, marcharon cuatro frailes hacia España y siete a París. Mateo de Francia iba como superior de la nueva comunidad de París y con él salió fray Bertrán de Garrigue, a quien el Beato Jordán presenta en este momento como «varón de gran santidad y de un rigor inexorable para consigo, acérrimo mortificador de su carne, que había copiado en muchas cosas la vida ejemplar de

su maestro Santo Domingo». Con ellos iban otros dos frailes para estudiar en la universidad. Uno de ellos, fray Lorenzo de Inglaterra, antes de entrar en París, tuvo una visión, revelándole el Señor muchas noticias acerca de la fundación, lugar del convento y prosperidad de la comunidad, que pronto se vería favorecida con selectas vocaciones. Los otros tres compañeros designados a París, entre los que se encontraba fray Manés, hermano de Santo Domingo, habían llegado antes. Todos ellos marchaban con el mismo fin: «Para estudiar, predicar y fundar un convento».

Una vez instalados los frailes en París, fray Bertrán de Garrigue regresó a Tolosa. La situación se agravaba por días en la capital del Languedoc, hervía la insurrección, que, al fin, estalló, y en el asalto a las murallas de Tolosa murió Simón de Montfort. Pero el convento de San Román, custodiado por fray Bertrán y la pequeña comunidad, se salvó.

Por aquellos días fray Domingo abandona Roma para cursar visita a las distintas fundaciones. Estamos ya avanzado el otoño de 1218. Pudo comprobar al pasar por Prulla, Tolosa y cruzar la región del Languedoc que, pese a los acontecimientos, la «santa predicación» se había extendido y enraizado. Continuó su viaje a España, donde consolidó la fundación de Madrid y fundó en Segovia, recorriendo muchas ciudades. Regresó a Francia y de nuevo pasó por Prulla y Tolosa, donde tomó por compañero a fray Bertrán para reanudar la ruta hacia París.

En las *Vidas de los frailes predicadores,* de Gerardo de Frachet, se recoge aquí el milagro que tuvo lugar durante este viaje. Caminando fray Bertrán con el santo fundador hacia París, después de hacer noche en el santuario de Nuestra Señora de Rocamador, se les unieron al paso unos peregrinos alemanes que, oyéndoles cantar salmos y la letanía de la Virgen, no pudieron menos de sentirse edificados. Al llegar a una aldea les invitaron a quedarse y les obsequiaron espléndidamente, y así cuatro días seguidos. Al quinto día el bienaventurado Domingo manifestó a fray Bertrán, enternecido: «Fray Bertrán, tengo por cierto que cosecharemos cosas carnales de estos peregrinos, si no sembramos en ellos bienes espirituales. Por tanto, si te parece, arrodillémonos y pidamos al Señor nos otorgue entender y hablar su

idioma para que podamos predicarles a Jesucristo». Así lo hicieron y, con gran asombro de los peregrinos, comenzaron a hablar alemán, caminando juntos aún otros cuatro días, hablándoles de Jesucristo, hasta llegar a Orleáns, donde los alemanes, que deseaban ir a Chartres, se despidieron de ellos, encomendándose a sus oraciones.

Al día siguiente dijo el bienaventurado Domingo a fray Bertrán: «Hermano, he aquí que estamos ya para entrar en París, y si supieran los frailes el milagro que el Señor ha realizado con nosotros, nos tendrían por santos, siendo, en verdad, pecadores..., así es que por obediencia te prohíbo que digas algo mientras yo viva. Y así lo hizo fray Bertrán. Pero después de la muerte del bienaventurado Domingo contó estas cosas a los frailes».

También el Beato Jordán relata otro milagro que le contó fray Bertrán. En cierta ocasión, viajando con el bienaventurado Domingo, estalló una gran tormenta y la lluvia inundaba los caminos. Entonces el maestro Domingo hizo la señal de la cruz y pudieron proseguir la marcha sin que el agua les tocase, formándose una especie de cortina protectora a tres codos de distancia según andaban. Este hecho tuvo lugar entre Montreal y Carcasona. La devoción popular para perpetuar este suceso levantó una ermita, que la Revolución Francesa destruyó, erigiendo el pasado siglo un monumento con la siguiente inscripción: «Aquí, en el siglo XIII fueron milagrosamente preservados de la lluvia torrencial el glorioso Santo Domingo y su compañero San Bertrán de Garriga. Santo Domingo y San Bertrán, rogad por nosotros y libradnos de las tormentas».

Los últimos años de Santo Domingo fueron de una fecundidad sorprendente. Viajes, fundaciones, visitas a monasterios, negociaciones con el Papa, con los prelados y con los príncipes, envíos de misioneros a las regiones más remotas y un celo infatigable en la predicación, que se traducía en nuevas y escogidas vocaciones. Preocupado por la organización de la Orden, aún pudo celebrar los dos primeros Capítulos generales. En el segundo, el año 1221, celebrado también en Bolonia, se dividió la Orden en ocho provincias, siendo nombrado fray Bertrán de Garriga prior provincial de la región meridional francesa, llamada Provenza. Uno de sus principales cuidados, sobre todo al

morir el santo fundador, fue el sostenimiento y aliento de las monjas de Prulla, procurando conservar el espíritu que Santo Domingo les había infundido. Y fiel discípulo suyo, recorrió a pie el Languedoc predicando y atrayendo a las gentes con su ejemplo, levantando muchos conventos...

Su fundación predilecta era Montpellier. Allí tuvo lugar un notable episodio que nos cuenta Gerardo de Frachet en *Vidas de los frailes predicadores:*

> «[...] Casi todos los días celebraba la misa por sus pecados. Y advirtiendo esto fray Benito, varón bueno y prudente, le preguntó por qué tan pocas veces ofrecía la misa por los difuntos y, en cambio, con tanta frecuencia por sus pecados. A lo cual respondió fray Bertrán: "Porque los difuntos, por quienes ora la Iglesia, ya están seguros y es cierto que llegarán a la gloria. Mas nosotros pecadores nos vemos en muchos peligros y azares". Díjole fray Benito: "Decidme, carísimo prior, si aquí hubiera dos mendigos igualmente pobres, pero uno de ellos tuviera los miembros sanos, ¿a quién auxiliaríais primero?". "A aquel que se pudiera valer menos", respondió fray Bertrán. Entonces añadió fray Benito: "Así son los difuntos, los cuales no tienen boca para confesar, ni oídos para oír, ni ojos para llorar, ni manos para trabajar, ni pies para caminar, sino que sólo esperan y desean nuestra ayuda; mas los pecadores, además de sufragios, se pueden valer de los demás miembros". Mas como ni por esas razones se convenciese fray Bertrán, se le apareció la noche siguiente un difunto terrible, que le golpeó duramente con un féretro de madera, el cual le despertó, espantó y atormentó más de diez veces aquella noche. En cuanto amaneció, fray Bertrán se levantó, llamó a fray Benito y, acercándose devotamente llorando al altar, ofreció desde entonces la misa por los difuntos».

El año 1230, siendo todavía provincial, difundida su fama de santidad por la región, estando predicando a las monjas cistercienses de Botichet, una rápida enfermedad le condujo a la muerte. Su cuerpo, que recibió sepultura en el cementerio de las monjas, fue hallado incorrupto después de veintitrés años. Durante el Cisma de Occidente los dominicos le trasladaron al convento de Orange, donde recibió culto público por privilegio de Martín V. Pero en el siglo XVI, asaltada y saqueada la iglesia, pereció en el incendio llevado a cabo por los herejes.

León XIII ratificó sus méritos y confirmó su culto el 14 de julio de 1881, fijando la fecha del 6 de septiembre para conmemorar su fiesta. Los cronistas e historiadores de su época son

unánimes en los elogios de sus singulares virtudes, resaltando su humildad, espíritu de penitencia y oración.

ANTONIO DEL MAZO ZUAZAGOITIA, OP

Bibliografía

CONSTANTINO DE ORVIETO, «Narración sobre Santo Domingo», en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, *Santo Domingo de Guzmán. Fuentes para su conocimiento* (Madrid 1987) 251-289.

GERARDO DE FRACHET, «Vidas de los hermanos», en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, ibíd., 372-638.

JEAN DE SAINTE MARIE, *La vie du glorieux patriarche S. Dominique et de ses premiers seize compagnons* (París 1647).

JORDÁN DE SAJONIA (Bto.), «Orígenes de la Orden de Predicadores», en L. GALMÉS - V. T. GÓMEZ, ibíd., 83-127.

PERCIN, L., *Monumenta Conventus Tolosani Fratrum Praedicatorum,* I (Tolosa 1693).

TOURON, A., *Histoire des hommes illustres de l'Ordre de Saint Dominique,* 6 vols. (París 1743-1749).

• Actualización:

CASTILLO, H. DEL, OP, *Historia general de Santo Domingo y de su orden de predicadores,* 3 vols. Reprod. facsímil (Valladolid 2002).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS DONACIANO, PRESIDIO, MANSUETO, GERMÁN, FÚSCULO Y LETO

Obispos y mártires († s. V)

Hunerico, rey de los vándalos y furibundo arriano, queriendo unificar en el arrianismo la religión de todos sus súbditos, mandó llamar a todos los obispos católicos para que se reunieran en Cartago el 1 de febrero del 484 a fin de que tuvieran una pública discusión con los obispos arrianos, de la que esperaba que o se convencieran los obispos católicos y se hicieran arrianos o quedaran corridos y desprestigiados. Pero antes quiso dejar fuera de combate a los más señalados por la firmeza de su fe y por su sabiduría. Y así hizo arrestar y azotar a Donaciano, obispo de Vibianum, y a Presidio, obispo de Suffetula, y luego los mandó al destierro. Igualmente hizo azotar a Mansueto, obispo de Afufenia, y a Germán, obispo peradamiense, al obispo Fúsculo y a otros. Y al acercarse la fecha de la conferencia, mandó a la cárcel a Leto, obispo de Lepte, al que luego hizo

quemar vivo. Como puede verse por la propia nota del *Martirologio romano,* solamente Leto es mártir en el sentido estricto de la palabra. Los otros, confesores de la fe, recibieron como castigo por su perseverancia en la fe el tormento o el exilio pero no la muerte. Su memoria figura en los martirologios a partir del de Floro (siglo IX).

BEATO LIBERATO DE LAURO

Presbítero († 1258)

Nace en el seno de la ilustre familia de los condes de Brunforte en Loro Piceno, Italia, a comienzos del siglo XIII. En su juventud toma el hábito franciscano en el convento de Soffiano, próximo al castillo señorial de su familia. Aquí pasó toda su vida, dedicando muchas horas a la divina contemplación que era su ocupación preferida, y deseando mucho la observancia fiel de la Regla franciscana. Ordenado sacerdote, no por ello deja de pasar muchas horas en contemplación y silencio, pero cuando habla, sus palabras son edificantes y fervorosas, llamando a todos al seguimiento de Jesucristo. Austerísimo y penitente, dio ejemplo de cómo vivir el franciscanismo con absoluta lealtad. El Señor le colmó en la oración de dones extraordinarios. Murió el 6 de septiembre de 1258. Su culto inmemorial fue confirmado por el papa Clemente XI el 2 de septiembre de 1713.

BEATO DIEGO LLORCA LLOPIS

Presbítero y mártir († 1936)

El 2 de julio de 1896 nació en Oliva en el seno de una familia cristiana que lo educó con esmero. Alumno de las carmelitas, fue también monaguillo de la parroquia de San Roque. En 1910, al hacer en Gandía ejercicios espirituales con los jesuitas, se sintió llamado al sacerdocio e ingresó en el seminario de Valencia en 1913, ordenándose sacerdote en 1925. Fue coadjutor en la parroquia del Salvador de Setla y luego pasó con el mismo cargo a Benissa, más tarde a Denia y finalmente volvió a Benissa. Al estallar la revolución es llevado a su casa de Oliva. Delata-

do, fue detenido el 5 de septiembre y en la madrugada del 5 al 6 fue llevado a Gata de Gorgos donde fue fusilado. Sacerdote sencillo y entregado a su ministerio, dejó una estela de bondad en cuantos lo conocieron.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO PASCUAL TORRES LLORET

Padre de familia y mártir († 1936)

Nació en Carcagente el 23 de enero de 1885 en el seno de una familia modesta, lo que no impidió que creciera sano de mente y cuerpo. Contrajo matrimonio el 5 de octubre de 1911 con Leonor Pérez Canet y tuvieron dos hijos y dos hijas. Se ganaba la vida como maestro de obras. Era un fervoroso cristiano, que cada día iba a recibir la sagrada comunión y a hacer un rato de oración y lo abordaba todo desde la fe, no echándose atrás por ninguna adversidad. Apóstol seglar decidido, militante de Acción Católica e incondicional de la Iglesia, pertenecía también a la Adoración Nocturna y a las Conferencias de San Vicente de Paúl. Recogía con gran entusiasmo donativos para la leprosería de Fontilles. Llegada la revolución de julio de 1936, fue detenido el 25 de aquel mes y dejado libre tres días más tarde, no sin haber dado ejemplo de entereza y paciencia en el tiempo de su detención. No quiso esconderse como le aconsejaban; por el contrario, visitaba a sus amistades confortándolas y animándolas, escondía libros y vasos sagrados y guardó en su casa el Santísimo Sacramento. Durante el mes de agosto hubo de comparecer tres veces ante el Comité. Por fin, el día 6 de septiembre de 1936, lo detuvieron al mediodía, lo condujeron al que había sido cuartel de la guardia civil y allí lo tuvieron hasta la noche en que lo llevaron al cementerio y lo fusilaron. Todo el pueblo supo que su muerte no se debió a otra cosa que su fervor religioso.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

7 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Alise (Dijon), Francia, Santa Regina (fecha desconocida), mártir.

2. En Pompeyópolis (Cilicia), San Sozonte (fecha desconocida), mártir.

3. En Benevento (Campania), santos Festo, diácono, y Desiderio, lector († s. IV), mártires.

4. En Orleáns (Galia), San Evurcio († s. IV), obispo.

5. En Aosta (Piamonte), San Grato († s. V), obispo.

6. En Saint-Mesmin (Troyes), santos Memorio y compañeros († s. V), mártires.

7. En Chalons (Galia), San Alpino († s. V), obispo.

8. En Nogent-sur-Seine (Galia), San Clodoaldo († 560), presbítero *.

9. En Albi (Aquitania), Santa Carísima († s. VI/VII), virgen reclusa.

10. En Maubege (Austrasia), Santa Madelberta († 705), abadesa.

11. En Flandes, San Hidualdro († ca.760), obispo.

12. En Toul (Lotaringia), San Gauzlino († 962), obispo.

13. En Gubbio (Umbría), San Juan de Lodi († ca.1106), obispo.

14. En Die (Francia), San Esteban de Die (o de Châtillon) († 1208), obispo, monje cartujo *.

15. En Körösi (Hungría), santos Marcos Crisino o Körösi, presbítero secular, Esteban Pongracz y Melchor Grodziecki, presbíteros, de la Compañía de Jesús († 1619), mártires **.

16. En Nagasaki (Japón), beatos Tomás Tsuji, presbítero, de la Compañía de Jesús, Luis Maki y su hijo Juan († 1627), mártires *.

17. En Londres (Inglaterra), beatos Randulfo Corby, jesuita, y Juan Duckett († 1644), presbíteros y mártires bajo el reinado de Carlos I *.

18. En Rochefort (Francia), beatos Claudio Bernabé Laurent de Mascloux y Francisco d'Oudinot de la Boissière († 1794), presbíteros y mártires *.

19. En la isla de Woodlark (Oceanía), Beato Juan Bautista Mazzucconi († 1855), presbítero, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de Milán, mártir **.

20. En Parma (Italia), Beata Ana Eugenia (Eugenia María Ángela) Picco († 1921), virgen, de la Congregación de las Pequeñas Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y María **.

21. En Gandía (Valencia), Beata Ascensión de San José de Calasanz Lloret Marcos († 1936), virgen y mártir, religiosa de la Congregación de Hermanas Carmelitas de la Caridad *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS MARCOS CRISINO, ESTEBAN PONGRACZ Y MELCHOR GRODZIECKI

Presbíteros y mártires (1619)

He aquí un sacerdote secular y dos jesuitas mártires, víctimas de haber nacido en unos tiempos tumultuosos. Lo que les ocurrió a ellos nos podría haber sucedido a cualquiera de nosotros, pobres mortales mecidos por las olas de una tempestad.

Hoy nos resulta difícil entenderlo, pero lo vamos a explicar con sencillez. Si no, no hay manera de comprender la muerte de estos tres hermanos nuestros.

Empezaba el siglo XVII y en Europa se estaba cociendo la más sangrienta guerra religiosa que alguien pudiera imaginarse: la guerra de los treinta años.

Cuando un continente está sembrado de sospechas, rencores y odios, puede suceder cualquier cosa. Algunas veces puede ser entre demócratas y republicanos, rojos y blancos, derechas e izquierdas, del Norte y del Sur. Cualquier división puede ser ocasión para empezar una guerra. Y en este caso, la causante del conflicto fue la separación religiosa.

Es verdad que debajo del nombre religioso (católico y protestante) hay otras razones que empujan al desastre. Estas otras razones no suelen estar lejos del vil metal o de la ambición de poder. Pero al poner un nombre a la contienda, en este caso el nombre estaba teñido de religión. En la Europa central, después de la escisión protestante, había dos tendencias muy fuertes que luchaban entre sí: católicos y protestantes.

Los poderes políticos o los reyes del imperio tienen por misión hacer que la sociedad funcione incluso con diversas tendencias. La ley de la buena política es buscar el consenso. Pero a través de la historia, los conflictos no se han solido arreglar en los parlamentos, sino en los campos de batalla. Y en esta ocasión, las tendencias se enfrentaron en una lucha que duró treinta años.

Y al principio de esta guerra fue cuando cayeron mártires nuestros tres hermanos sacerdotes, apóstoles de Jesús y víctimas del conflicto. Los mataron porque eran católicos. No cabe

duda de que fueron mártires de la Iglesia católica. Y por eso los llevaron a los altares muchos años más tarde.

Por la parte católica, después de Carlos V, hubo tres emperadores (Fernando I, Maximiliano II y Rodolfo III) que habían logrado mantener una paz bastante estable por medio de unas «Ligas» que católicos y protestantes formaban en defensa de sus principios religiosos. Esto ocurría en 1612.

Pero en 1618 se reunió una asamblea protestante en Praga, irrumpieron violentamente en la sala de juntas de los regentes del reino y tiraron por la ventana a dos de ellos. Este hecho se conoce como la defenestración de Praga. Y así empezó la guerra.

Cuando empieza una guerra ¿quién sabe cuándo va a terminar? No lo sabe nadie. Ésta duró 30 años. Terminó el año 1648 con el tratado de Westfalia.

Pero a nosotros no nos interesa el final de este conflicto, sino el principio, porque fue entonces cuando murieron asesinados los tres sacerdotes de nuestra historia.

MARCOS CRISINO o KÖRÖSI había nacido en 1585. Empezó a estudiar en el colegio jesuita de Viena. Cuando terminó sus primeros estudios, estuvo dudando si hacerse militar, pero al fin se decidió a entrar en el seminario y hacerse sacerdote. Estudió en Graz y allí tuvo como profesor al futuro cardenal Pázmány, quien tuvo mucho que ver después en la vida de Marcos.

El 17 de noviembre de 1611 ingresó en el colegio austrohúngaro de Roma. Terminados sus estudios eclesiásticos, fue ordenado sacerdote en 1615 y volvió a Hungría para trabajar apostólicamente en aquel ambiente lleno de disidencias y disgustos.

Cuando la sociedad está enrarecida, hacer de apóstol resulta altamente comprometido. En concreto se dedicaba con todo entusiasmo a levantar el ánimo de los católicos desanimados.

El cardenal Pázmány, cuando fue nombrado arzobispo de Graz, llamó a su antiguo alumno a su lado y lo hizo canónigo del cabildo metropolitano de Estrigonia. Le confió la administración de la abadía de Széplak, junto a Kosice. El propietario de aquella abadía era el propio cabildo. Al mismo tiempo fue profesor y rector del seminario de Tyrnau. Marcos, a pesar de su apretado horario de trabajo, atendía a todas las personas que

llegaban a su lado, siguiendo así su labor pastoral: visitaba a las familias católicas que estaban indecisas en medio de tanto desconcierto. Y logró, gracias a su entusiasmado trabajo, que bastantes personas que se habían pasado al protestantismo volvieran a la fe católica.

Marcos, debido a su cargo de administrador, iba frecuentemente a Kosice, donde estaba el palacio del lugarteniente imperial Andrés Doczy. Allí conoció a los otros personajes de nuestra historia: eran los jesuitas Esteban Pongracz y Melchor Grodziecki. Ambos estaban en el palacio porque les había llamado el lugarteniente para planear una acción apostólica entre los militares católicos. Los tres se encontraron y se unieron, ya que un misterioso lazo les había hecho amigos.

En julio de 1619 —año de su muerte— Marcos estaba haciendo retiro anual en Hommona, en la casa de los jesuitas, y allí volvió a ver a su amigo Esteban. No se imaginaba ninguno de los dos que pronto iban a ir juntos al cadalso y al martirio.

ESTEBAN PONGRACZ pertenecía a una familia noble húngara. Había nacido en Transilvania en 1582 y entró en el noviciado en 1602. Se ordenó sacerdote y regresó a Hungría, donde trabajó en un colegio y en la predicación. En 1619 sus superiores lo nombraron capellán de las tropas húngaras. Y en ese puesto le vino la muerte.

MELCHOR GRODZIECKI había nacido en Silesia, de una familia oriunda de Polonia. Estudió, como Marcos, en el colegio de los jesuitas de Viena y entró en la Compañía de Jesús a los 19 años. Durante su vida apostólica en la ciudad de Praga se dedicó a la educación de los niños pobres y sobre todo a la predicación. Fue enviado como capellán de los soldados católicos. Al morir tenía 35 años.

¿Cómo sucedió el martirio?

El año 1619, al comienzo de la guerra de los treinta años, los protestantes de Bohemia y Silesia se lanzaron a conquistar Kosice. Los protestantes de la ciudad, que eran mayoría, abrieron las puertas al ejército invasor y el lugarteniente y los dos jesuitas cayeron en manos de los protestantes. Marcos, al enterarse de que los protestantes iban hacia Kosice, se adelantó para entrar en la ciudad y estar al lado de sus dos amigos.

Estando las cosas así, los protestantes propusieron asesinar a todos los católicos. Como la ocurrencia les parecía demasiado drástica pensaron, como medida previa, matar a los tres sacerdotes amigos. Ya los tenían incomunicados en las habitaciones del palacio.

Esteban pidió que les hicieran un juicio justo —como San Pablo, que pidió que lo llevaran a Roma antes de que los judíos lo mataran a pedradas—, pero le contestaron que «ya les dirían lo que iban a hacer con ellos». Esta respuesta les puso alerta y pensaron que les podían matar un día u otro. Los tres intuían que el momento de su martirio estaba cerca.

Los tuvieron tres días sin comer y al cuarto, que era viernes, les dieron de comer carne. Si comían, podrían decir que los tres sacerdotes se habían convertido al protestantismo. Ellos se dieron cuenta de la trampa y se quedaron sin comer. A Marcos le propusieron que, si se hacía protestante, le concedían la titularidad de la abadía. Bastaba una pequeña señal de aceptación de la doctrina reformada. Marcos contestó que no. Luego le propusieron librarlo con una suma como rescate. Él contestó que eso se podría hacer, pero con la condición de que libraran a los tres. Como no accedieron a esta proposición, los tres se mostraron dispuestos a morir antes que abjurar de su fe católica.

La tragedia ocurrió en la noche del 6 al 7 de septiembre de 1619. Un predicador protestante y un senador quisieron entrar a las habitaciones de los tres mártires; como no pudieron, derribaron la puerta. A Esteban empezaron a torturarlo. A Marcos lo amenazaron para que pasara al protestantismo y ante su negativa empezaron a golpearlo y lo tiraron al suelo. Era un diálogo continuo entre los torturadores y la víctima:

—Si os pasáis a nosotros, se acabará el sufrimiento.

—No. Nunca.

Nuevos golpes, incluso con la espada. Por fin, en medio de tanta tortura, uno de los esbirros le cogió del pelo y le cortó la cabeza. Los otros dos amigos jesuitas fueron también torturados. Por fin, los arrojaron a una cloaca. Cuando los tiraron, Esteban aún no estaba muerto.

Seis meses más tarde, unas manos piadosas sacaron los cuerpos de la cloaca, los lavaron y envueltos en sábanas los trasladaron a Sebes; y los colocaron en una tumba en el presbiterio.

Marcos estuvo varios siglos en las Ursulinas de Kosice y luego fue llevado a la catedral de Estrigonia de donde era canónigo.

El papa Juan Pablo II los canonizó el día 2 de julio de 1995 en la ciudad de Kosice, Eslovaquia.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

AAS 89 (1997) 5s.
COMISIÓN LITÚRGICA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS, *Semblanzas espirituales de los santos y beatos de la Compañía de Jesús* (Madrid 1974) 19-22.
REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular. Del siglo XIII al siglo XX* (Madrid 2000) 81-83.
TESTORE, C., *Santos y beatos de la Compañía de Jesús* (Madrid 1943) 273-288.

BEATO JUAN BAUTISTA MAZZUCCONI

Presbítero y mártir († 1855)

Juan Bautista Albino Mazzucconi (1826-1855), a veces sólo Juan Mazzucconi, sacerdote del Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras (PIME), vino a este mundo el 1 de marzo de 1826 en Rancio de Lecco, provincia metropolitana de Milán, norte de Italia, y murió mártir en la isla Woodlark, Oceanía, el 7 de septiembre de 1855. Hijo de Santiago Mazzucconi, varón probo y honrado y de roquera fe, y Ana María Scuri, mujer sensible y delicada y dadivosa con los pobres, cristianos padres de fina piedad y honda religión hechos al rezo del rosario en familia, recibió el Bautismo al día siguiente en la antigua iglesia de Rancio, sobre cuya pila le fueron impuestos los susodichos nombres. Con las aguas lustrales advino a su alma el divino amor que lo quiso, día tras día, hermano, amigo, siervo del hambriento de caridad, del ávido de luz y del abandonado al Padre. La imposición del nombre conlleva una misión nueva en el mundo, capaz de signos profundos, indelebles incluso, en la historia, como esta vez.

Doce hijos fueron la gloria y la corona de aquella cristiana familia. Juan era el noveno. Confirmado el 23 de octubre de 1834 con la fuerza del Espíritu Santo, celestial energía perdurable hasta la efusión de la sangre en lejanas tierras melanesias, frecuenta en 1837 el colegio Cavalleri, *Parabiago* de Milán, donde

cursa los primeros estudios y hace su Primera Comunión. Secunda la voz del Señor en el otoño de 1840 con el ingreso en el seminario arzobispal de San Pedro Mártir, donde su brillo en conducta, oración y estudios merece de los superiores este juicio: «Óptimo en las costumbres, óptimo en todo». Durante 1844-1846 destaca en el seminario filosófico de Monza por afabilidad, prontitud a la venia, y honda piedad eucarística y mariana, y en 1846-1850 continúa modélico entre los seminaristas de Milán. El rector no repara en adjetivos: «Dulce, piadoso, modesto, eminente por su habilidad para los estudios ya de humanidades ya de ciencias, extraordinario en el espíritu eclesiástico».

Corre el verano de 1845. Un pequeño grupo de seminaristas organiza una excursión en calesas a la Certosa de Pavía, entre ellos Juan Mazzucconi y su amigo Carlos Salerio. Allí pasan algunos días y, luego de haber admirado el arte de tan espléndido sitio, encuentran la manera de hablar largo y tendido con el prior, P. Suprier, certosino tras larga estancia como misionero en la India, quien les informa de su ilusión por ver nacer en Italia un seminario para las misiones extranjeras: cuenta y no para de su vida en la India, las personas encontradas, el bien hecho y recibido. Fascinante historia, en suma. Así que, de nuevo en San Pedro Mártir, inician con él un intenso carteo.

«¿Cómo es posible que todavía no haya en Italia un instituto que prepare a los sacerdotes deseosos de ir a misiones?». Ésta y similares preguntas del certosino siguen resonando percutientes. Juan empieza a soñar y la emprende pronto con las lenguas: al inglés, en el que desde hace tiempo viene dándole fuerte, añade ahora el francés y el alemán. Pero a nadie comunica la idea de China, Tonkín o la India. No quiere ser malentendido. Sí se confía, en cambio, al director espiritual, del que obtiene tan seca respuesta que se le hace jarro de agua fría: «¿Estás loco? ¡Tus Indias están aquí!». El muchacho, con todo, no sólo no se descorazona, sino que, pasados los ejercicios espirituales con Suprier, se reafirma en la idea. Ha de esperar, eso sí, al sacerdocio y a que nazca en Milán, claro es, el primer instituto misionero italiano. Pero tampoco esto se le antoja descabellado. Recibe el sacerdocio el 25 de mayo de 1852. Y don Ángel Ramazzotti, joven laureado que ha dejado la abogacía para ser sacerdote en los

Oblatos de Rho, cultiva desde hace tiempo, como él, un vivo y comprometido deseo misional.

Procedente de Roma, llega en noviembre de 1847 a Milán mons. Luquet, delegado apostólico en Suiza, con el encargo de comunicar a los obispos lombardos que Pío IX desea que nazca, justo en Milán, un instituto misionero. El apoyo y la benevolencia papales permiten a Ramazzotti, nombrado mientras tanto superior de los Oblatos, vencer dudas y abrazar el proyecto. Como primer superior se designa a mons. José Marinoni, llamado a sustituir a Ramazzotti, nombrado entre tanto obispo de Pavía, más tarde llegará a patriarca de Venecia. Juan pide en carta que se le conceda ser uno de los primeros alumnos del Instituto Misional que don Ángel Ramazzotti acaba de fundar, y dos meses más tarde acaricia entre sus manos la invitación del mismo mons. Ramazzotti para que participe en la inauguración que tendrá lugar en Saronno el 31 de julio.

Desde entonces Juan Mazzucconi, Carlos Salerio, otros tres sacerdotes y dos catequistas, junto al rector y fundador Ramazzotti, inician la nueva aventura. Juntos redactan las reglas y constituciones del Instituto naciente y juntos se preparan a la partida con oraciones, estudio y actividades caritativas, entrenándose en el espíritu misionero de sobriedad y sacrificio. Saben que el inmenso continente de Oceanía, disperso en el infinito azul del océano Pacífico, representa un campo muy difícil de labrar. Pero eso mismo va a ser determinante en la elección: «El instituto —dicen, de hecho, las Reglas de 1886— procuró desde el principio tener misiones propias, y entre las poblaciones más abandonadas y más bárbaras». Están además al corriente de que los maristas han pedido a Propaganda Fide dejar la misión de Melanesia-Micronesia, debido a las dificultades halladas y porque están comprometidos ya en otras partes del Pacífico. Su identificación con aquel sitio es tal que toda sugerencia papal sobre otros posibles destinos, como la actual Sri Lanka o la isla griega de Corfú, queda superada sólo por su espíritu de obediencia. Salerio escribe:

> «Nuestro corazón se aflige vivamente cada vez que parece que se quiera alejar de Oceanía la pobre obra de nuestro ministerio. ¿Quién ha puesto en nuestro corazón tanto amor por aquellos pueblos, por ninguno de nosotros hasta hoy conocidos, afecto que

crece tanto más cuanto mayor es el temor de que venga todavía diferida para quellas naciones la luz del Evangelio, allí difusa por el Altísimo mediante la obra de sus siervos inútiles?».

La fundación del PIME en la archidiócesis de Milán data, en efecto, de 1849-50. En la noche del 11 de noviembre de 1849, Suprier, Ramazzotti y Ángel Taglioretti pondrán las bases del proyecto. El 21 de febrero de 1850 llega el breve pontificio que permite erigir la nueva institución. Después de meses de sufrida espera llega también a Milán, el 2 de diciembre de 1851, la carta del cardenal Fransoni, de Propaganda Fide, haciéndoles saber oficialmente el campo asignado: ¡Melanesia-Micronesia! Y en concreto, las islas de Woodlark y Rook en Oceanía, difícil lugar abandonado por los Maristas de Lyón al no haberse logrado allí conversión alguna y por causa también de ciertas costumbres de la población —el infanticidio entre otras, al decir de ciertos cronistas— que suponían grave riesgo para la vida. Papúa-Nueva Guinea se encuentra al este de Indonesia y al norte de Australia, en el suroeste del océano Pacífico. Limita al norte con el mar de Bismarck, al este con el mar de Salomón, al sur con el mar del Coral, el golfo de Papúa y el estrecho de Torres, y al oeste con la provincia indonesia de Papúa. La superficie total terrestre es de 462.840 kilómetros cuadrados. Los grupos de islas más importantes de Papúa-Nueva Guinea, que comprende unas 600 islas e islotes, son el archipiélago de Bismarck, el archipiélago de la Luisiada, las islas Trobriand, las islas D'Entrecasteaux, la isla Woodlark y las islas de Bougainville y Buka.

Arriesgada elección la de Oceanía. Algunos cronistas incluso la calificaron de absurda para un instituto naciente y sin experiencia como el PIME. Había propuestas más cercanas (v. gr. la actual Sri Lanka y la India) que, según la prudencia, podían servir de apoyo para otras más lejanas. Por otra parte, el abandono de Oceanía por los Maristas franceses, después de cinco años de infructuosos intentos (1844-1849), con tres misioneros muertos por las fiebres y otros cuatro, entre ellos el primer obispo, asesinados por los indígenas, no hizo sino avivar el celo de los misioneros ambrosianos. Tanto más cuanto que el vicariato apostólico de Melanesia y Micronesia, ofrecido por la Santa Sede a dos congregaciones religiosas tras el antedicho abandono, había sido desestimado justo por el clima difícil, la lejanía

y la hostilidad de sus gentes. No se puede negar cierta ingenuidad y romanticismo en esta primera misión del PIME: pero queda siempre la nota característica de una elección al límite del buen sentido, por arrojo y espíritu de generosidad en la «missio ad gentes». Los nuevos misioneros, entretanto, acogen resueltos el destino y, tras intenso período de preparación, zarpan el 16 de marzo de 1852 rumbo a Oceanía. Juan Mazzucconi compone entonces la siguiente *Oración de ofrecimiento de la propia vida por las misiones,* hoy recitada por los misioneros del PIME que parten rumbo a tan lejanas tierras:

> «Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, yo, miserable pecador, con los más vivos sentimientos de gratitud y de amor hacia vuestra bondad infinita que por gracia inestimable he tenido la suerte de conocer, y conmovido en lo más íntimo por la indecible desgracia de tantos de mis hermanos que en países remotísimos se han revelado hasta hoy inaccesibles a la bella luz del Evangelio, he decidido a costa de cualquier sacrificio, irme allí de por vida y donarme por completo a la salvación de aquellas almas que costaron toda la sangre de la redención. Bendito el día en que se me dé sufrir mucho por tan santa y humana causa, pero más bendito aquel en que sea hallado digno de derramar por ella mi sangre y encontrar entre los tormentos la muerte. Dios mío, que me inspiraste estos propósitos tan superiores a mis débiles fuerzas, sostenedme con aquel espíritu omnipotente que colmó los primeros a vuestros santos Apóstoles. María Santísima Inmaculada, abogada y madre nuestra tiernísima, obtenednos la gracia de llevar hasta los últimos confines de la tierra el nombre adorado de vuestro Hijo divino y vuestro amable nombre, María. Ángeles tutelares de las naciones, santos Apóstoles Pedro y Pablo, San Francisco Javier, rogad por nosotros» (Preparado por la *P. U. Urbaniana con la colaboración de los Institutos Misioneros).*

El 16 de marzo de 1852, el arzobispo de Milán hace la entrega del crucifijo a Pablo Reina, jefe de la expedición, Juan Mazzucconi, Carlos Salerio, Timoleón Raimondi, Ángel Ambrosoli y a los hermanos catequistas José Corti y Luis Tacchini. Al mediodía del Sábado Santo del mismo año zarpan de Londres en un barco a vela sobre el que permanecen tres meses y medio antes de atracar en Sydney. La mañana del 25 de julio avistan las costas de Australia y al día siguiente arrojan el ancla en el puerto de Sydney. Pero aún quedan dos meses en la procura de los Maristas, tiempo que aprovechan para estudiar len-

gua y costumbres de los isleños a quienes son enviados, al cabo del cual se hacen nuevamente a la vela rumbo a Woodlark y Rook. Sobre la goleta francesa «Jeune Lucie» los pensamientos se acumulan y los estados de ánimo se alternan. Parecen soñar despiertos. Y he aquí que, de pronto, emerge por el horizonte la silueta cada vez más nítida de las islas. A grandes arrecifes papúes suceden playas de finísima arena blanca y, más en tierra adentro, lujuriante vegetación. Un verdadero paraíso terrestre.

La comitiva se divide en Woodlark: Salerio y Raimondi, con un catequista, permanecen en la isla, mientras Reina y Ambrosoli, con el otro catequista, Mazzucconi y un padre marista que les acompaña, prosiguen viaje hacia Rook, adonde llegan el 28 de octubre de 1852. Allí vivirá nuestro Beato por dos años y medio. Mientras en Woodlark los recién llegados encuentran algunas casas, en Rook sólo hay un cobertizo de cuando los maristas habían estado en la isla (1847-1848). Separado internamente por paredes de cortezas de árboles y un cañizo horizontal, el aposento tiene dos pisos: abajo la vivienda y arriba el almacén; el techo está cubierto de tejas. Jamás se lamentará Mazzucconi en sus cartas de aquellas condiciones de vida. Habituado a la mortificación, se le hace hasta fácil aceptar una situación que, en otras circunstancias, hubiera sido insoportable: el aislamiento total (sólo una vez al año y fletada por la Misión llega desde Sydney una nave portadora de correspondencia y abastecimiento de víveres y medicinas), el clima constantemente húmedo y caluroso, cínifes e insectos a discreción, el pobrísimo alimento a base de raíces de las cuales se saca una harina similar a la mandioca.

Contra el *modus operandi* de los misioneros en Woodlark, los de Rook escogen la evangelización indirecta: «Por ahora —escribe Mazzucconi— la misión hay que hacerla a base de estar siempre con la gente local y aprender la lengua y después, cuando el Señor quiera, les hablaremos de él». Ayudan a los isleños a mejorar sus condiciones de vida: les enseñan a hacer cal y ladrillos, a trabajar el hierro y usar la rueda, introducen el cultivo de productos importados de Australia (maíz, naranjos, tomates, zanahorias, patatas y vides), pero no consiguen que los indígenas den su brazo a torcer adoptando una agricultura más evolucio-

nada. De igual modo son estériles los esfuerzos por enseñarles a coser, potabilizar el agua, aplicar la más elemental higiene. El respeto a la tradición es absoluto, igual que el rechazo a la novedad. Desprecian a los misioneros y no comprenden para qué han venido a la isla. El mayor obstáculo, pues, son los isleños, hostiles de suyo: apenas con los niños es posible una mínima relación de amistad.

Pasados apenas dos años, la situación se agrava. Los misioneros son presa de fiebres y enfermedades que van de mal en peor a falta de medicinas y alimento. La malaria se ceba en Mazzucconi, a ojos vistas más débil cada día que pasa. En enero de 1855 la situación se ha vuelto desastrosa. Dos al menos, el catequista Corti y el mismo Mazzucconi, están en las últimas: el cuerpo hinchado hasta lo inverosímil y la piel que comienza a partirse y cubrirse de llagas con dolores indecibles. Los dientes se vuelven negros y los excesos de fiebre y delirio se suceden sin tregua: «El P. Reina —escribe Juan— comenzó a hacerme ciertas preguntas... y yo hice testamento». Todavía no tiene veintinueve años. La esperadísima nave llega por fin con tres meses de retraso el 20 de enero de 1855. El superior P. Reina ordena a Mazzucconi dejar la isla y restablecerse en Sydney. Pero el capitán de la nave, que debe hacer numerosas escalas comerciales, duda si cargar a bordo «aquel cadáver ambulante». Se niega en redondo, eso sí, para el catequista, incapaz de tenerse en pie. Juan Mazzucconi mejora en Sydney de día en día, tanto que no ve la hora de volver a sus hermanos con nuevos abastecimientos. Zarpa de Sydney, por fin, el 18 de agosto de 1855 sobre la pequeña nave «Gazelle». No sabe que el catequista Corti mientras tanto ha muerto y que de Roma han llegado noticias prohibiendo reforzar con nuevos misioneros italianos, para no poner en peligro otras vidas. Tampoco puede saber que sus compañeros, vista la desesperada situación, optaron también por dejar, al menos momentáneamente, las islas cuarenta días atrás: desembarcarán en Australia poco después de su partida. Pero Juan Mazzucconi está bien curtido. Es la suya una actitud de total disponibilidad a la voluntad de Dios:

> «Mañana me pondré a bordo y el sábado, pasado mañana, estaré ya en alta mar rumbo a Woodlark. Este año, cuando me encontraba en el mar para venir a Sydney, el miércoles de la Semana San-

> ta, nos sorprendió un huracán que rompió las velas, las cuerdas y la mitad superior de un mástil; después nos empujó a errar por el mar sin dirección y con poca esperanza, durante cuatro días, hasta que el sol de Pascua resplandeció como cosa nueva sobre nosotros, que nos vimos verdaderamente como resucitados. Y bien, aquel Dios que me salvó entonces, estará conmigo también en este viaje, y si yo no lo abandono, Él quiere estar conmigo siempre, y mientras Él está conmigo todo aquello que me puede pasar será siempre una gracia, una bendición de la cual le deberé estar agradecido. Si en el peligro él quisiera retirarse, o hacer que duerme sobre la punta de la nave, yo, como los Apóstoles, iré a despertarlo y a hacerle ver mi peligro. Y si después no quisiere escuchar, le diré: "Señor, manda que yo venga a ti". Y mi alma caminará sobre las aguas, irá a sus pies y estará contenta por siempre. No sé qué cosa Él prepare de nuevo en el viaje que mañana empieza; una sola cosa sé, si Él es bueno y me ama inmensamente, todo el resto: la calma y la tempestad, el peligro y la seguridad, la vida y la muerte, no son sino expresiones mudables y momentáneas del querido Amor inmutable, eterno. Sí, mis queridos, tenemos otro país, otra patria, un reino donde nos tenemos que encontrar todos, donde no habrá más separaciones ni partidas, donde los dolores y los peligros pasados no servirán más que para aumentar la consolación, la gloria» (JUAN MAZZUCCONI, de su carta primera del último viaje).

En la primera quincena de septiembre la «Gazelle» entra en la bahía de Woodlark y los indígenas acuden en tropel a la playa. Pero el capitán, poco práctico en ese mar, no puede impedir que el navío encalle en los bancos de coral. Desde la playa entonces parte una canoa con cuatro hombres a bordo, entre ellos Puarer, amigo del P. Juan (quien luego relatará el curso de los acontecimientos), el cual le informa de la partida de sus hermanos. Pero mientras, los indígenas han decidido aprovechar el momento para desfogar su odio, largamente incubado, contra los misioneros. Numerosas canoas se apartan de la playa y se dirigen hacia la nave cercándola. Dos indígenas saltan sobre la «Gazelle» y uno de ellos, Aviocar, se dirige decidido hacia el misionero, con la mano tendida en señal de saludo. Inesperadamente sin embargo extrae de bajo el faldellín una segur y con ella lo golpea violentamente sobre la cabeza. Es el inicio de la masacre. Todos los marineros van siendo luego, uno tras otro, vilmente asesinados, y sus cadáveres arrojados al mar, y la nave saqueada. Era el 7 de septiembre de 1855. Cuando el P. Timoleón Raimondi, que será más tarde obispo de Hong-Kong, pue-

de finalmente volver a Woodlark algunos meses después en busca del hermano, sólo se encuentra el casco volcado de la «Gazelle» abandonado sobre los escollos.

Los círculos misioneros no lo dudaron: Juan Mazzucconi era lo que tantas veces había deseado y cartas suyas de antes y después de la travesía confirmaban: un mártir. Pronto la fama ganó Australia y Europa, adonde no tardaron en llegar noticias de gracias y favores alcanzados por su intercesión. Desde 1858 empezó a postularse la causa de beatificación, como antes había ocurrido con San Pedro Chanel, mártir allí también en similares circunstancias. El año 1859 empezó a instruirse en la archidiócesis de Milán el Proceso Ordinario sobre la fama de santidad y de martirio según el curso especial de las causas históricas. Abiertas las Actas en la Sagrada Congregación de Ritos el 21 de octubre de 1961, y editados los Decretos sobre los escritos los días 10 de diciembre de 1964 y 8 de enero de 1970, pasó a la Santa Sede el 28 de octubre de 1970, luego de practicada la diligente recognición de la *Positio* histórica sobre el martirio.

Admitida a trámite en la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos la discusión sobre el martirio, y el 27 de abril de 1982 ante el congreso de oficiales prelados y Padres consultores, primero, y luego, el 30 de noviembre de 1982, en la congregación ordinaria de los Padres cardenales, haciendo de relator el cardenal José Caprio, salió aprobada la *Positio super dubio* del martirio: Juan Pablo II ordenó el 17 de diciembre de 1982 publicar el *Decreto super martyrio,* y el domingo 19 de febrero de 1984, en fin, procedió a su beatificación junto a la del Venerable Guillermo Repin y 98 compañeros mártires pertenecientes a los siglos XVII y XIX de Francia. Día de gloria para los obispos, sacerdotes, religiosos y fieles del oeste francés, así como, en lo atingente al Beato Mazzucconi, para el Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras, la ciudad de Lecco y la archidiócesis de Milán, sin omitir, claro es, a Papúa-Nueva Guinea. Había escrito poco antes del martirio el Beato Mazzucconi desde la misión:

> «Tal vez el Señor nos ha conducido aquí para probarnos, hacernos conocer nuestra miseria y así, humillados por el dolor y la inutilidad de nuestros esfuerzos, estar mejor preparados a reiniciar su ministerio en otra parte».

Su diagnóstico sobre los pueblos de aquellas islas lo dice todo:

> «Al presente están en un estado bastante bajo... En todos los aspectos nuestras islas están inmensamente más atrás que las otras: lejanas por completo, sin intercambios, ni contactos, ni alguna idea que supere los hechos naturales y materiales».

El PIME volverá a Papúa-Nueva Guinea pasados 124 años: en 1981. Se instalará en Goodenough, al extremo sur, sobre una isla vecina a aquella en que nuestro Beato había ofrecido su vida. El cuadro es ya distinto. Al extremo norte está la misión de Watuluma, donde sólo llegó a quedar el recuerdo del misionero, y hoy es una de las parroquias más florecientes de la diócesis. Al PIME están encomendadas también las islas Trobriand y Woodlark, con residencia en Gusaveta y Wapipi. Desde aquí, visitan periódicamente Woodlark, donde se proyecta construir una iglesia que recuerde la primera presencia del Instituto y el martirio del Beato Mazzucconi. Para las islas ha emprendido un vasto programa social de pozos en aldeas que suministren agua potable con que paliar la dura sequía. La preparación del clero es la más grande ayuda que un instituto misionero puede prestar a una joven Iglesia. La historia de Papúa-Nueva Guinea no podría explicarse prescindiendo del Beato Mazzucconi, primer *lecchese* y segundo sacerdote ambrosiano beatificado, propuesto a los creyentes milaneses, en particular de Lecco, como paradigma de incondicional disponibilidad al anuncio del inmenso amor de Jesucristo, el mismo por él aprendido desde pequeño en el fondo de su tierno corazón. Con la beatificación a 129 años de su martirio, el Beato Juan Bautista Mazzucconi ilustra maravillosamente el mensaje paulino del Concilio Vaticano II acerca de los misioneros, enviados «como ministros del Evangelio, *para que la oblación de los gentiles sea acepta y santificada por el Espíritu Santo* (Rom 15,16)» (AG 23).

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) col.883.

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «*Decretum* Beatificationis seu declarationis martyrii Servi Dei Ioannis Baptistae Mazzucconi, sacerdotis Pontificii Instituti

pro Missionibus Exteris, in odium Fidei a. 1855 interfecti. *Super dubio* [13.1.1983: P. CARD. PALAZZINI, *Praefectus*]»: *AAS* 76 (1984) 332-337.

GHEDDO, P., *PIME, 150 anni di missione (1850-2000)* (Bolonia 2000). Cf. *Giornale di Brescia* (3-11-2000) p.21.

JUAN PABLO II, «Homilia in Petriana basilica habita ob decretos Ven. Guillermo Repin et XCVIII Sociis eius Andegavensibus martyribus, et Ven. Ioanni Mazzucconi, Beatorum caelitum honores [19.2.1984]»: *AAS* 76 (1984) 558-563.

— «Littera Apostolica *Servo Dei Ioanni Mazzucconi Beatorum honores decernuntur* [19.2.1984: A. CARD. CASAROLI, *a publicis Ecclesiae negotiis*]»: *AAS* 84 (1992) 487-490.

Martyrologium romanum, o.c., 475, n.19*; 710.

REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular. Del siglo XIII al siglo XX* (Madrid 2000) 435-436.

SAUSER, E., «Mazzucconi, Giovanni», en F. W. BAUTZ (ed.), *Biographisch-bibliographisches Kirchenlexikon,* XXI: *Ergänzungen VIII* (Herzberg 2003) 973-974.

SCHAUBER, V., *Pattloch-Namenstagskalender. Dokumentation H. M. Schindler* (Augsburgo 1994) 265.

ZAMBON, M. G., *Diciotto missionari martiri del PIME* (Bolonia 1994).

BEATA ANA EUGENIA (EUGENIA MARÍA ÁNGELA) PICCO

Virgen († 1921)

La Beata Ana Eugenia Picco, tercera superiora general de la Congregación de Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María, convertida al Señor durante su adolescencia, es un testimonio de amorosa fidelidad a él a lo largo de una vida humilde y marcada con el sello de la cruz. Mujer de profunda vida espiritual, con singulares gracias de oración y siempre atenta a las necesidades de los demás, desarrolló una exquisita caridad apostólica, particularmente durante la I Guerra Mundial (1914-1918). Su carácter alegre y animoso y su arraigada virtud hicieron de ella un don de gracia y alegría para todos.

Nació en Crescenzago (Milán) el 8 de noviembre de 1867 y su vida se desarrolló, a lo largo de 54 años, en el Ducado de Parma, al norte de Italia, en un contexto agitado por los dramáticos problemas que caracterizaron aquel ambiente durante los finales del siglo XIX y principios del XX. Siendo niña tuvo lugar el laborioso proceso de unificación de la nación italiana, mientras las ideas derivadas de la Ilustración pugnaban por configurar una nueva sociedad organizada sobre los principios de liberalismo y del laicismo —incluida la lucha anticlerical—, y donde el socialismo revolucionario o la mentalidad marxista hallaban

también un ambiente propicio para su expansión. En 1915 se neutralizaron las fuerzas, provocando una crisis que derivó en el fascismo.

Fue ésta una de las etapas más duras de la historia del Ducado de Parma. De economía fundamentalmente agraria, los campesinos se exasperaban viendo bajar el precio de sus productos y aumentar el paro laboral, provocando, además del éxodo rural, masivos y violentos movimientos de defensa obrera, como los que tuvieron lugar en 1889 y 1908. Poco a poco, la difusión del principio de cooperativismo y la cualificación de las técnicas de trabajo comenzaron a reactivar tanto la agricultura como la industria y el comercio, hasta que la I Guerra Mundial detuvo el favorable proceso del esfuerzo colectivo.

Mientras tanto, la Iglesia acompañaba el desarrollo complejo de la situación cultural y socioeconómica de la población, atenta a las exigencias de los tiempos. Fue época de prestigiosos obispos, que se ocuparon de la formación cristiana del pueblo, motivaron la fidelidad al Papa y apoyaron decididamente la obra educativo-asistencial de las congregaciones religiosas presentes en sus diócesis. También se había ido formando y organizando un laicado responsable y preparado y, entre los sacerdotes, destacaron grandes apóstoles —como el P. Otón Terzi, SI, director espiritual de Ana Eugenia— llenos de celo y caridad, que colaboraron al equilibrio social y a recuperar las vivencias religiosas populares. De hecho, junto a un laicismo que tendía a ser dominante, fue una época de floración de santos y beatos, signo de la valentía con que muchos supieron profesar la fe en aquel contexto tan complejo.

La familia de la Beata Ana Eugenia responde, de algún modo, a ese ambiente tan plural. El padre, José Picco, ciego de nacimiento, desarrolló una interesante actividad profesional como destacado músico de *La Scala* de Milán, donde obtuvo grandes éxitos particularmente con el órgano y el violín. Triunfó también en otras ciudades de Italia y en el extranjero. La madre, Adelaida del Corno, era frívola y mundana. Parece que contrajo matrimonio atraída por el prestigio de su esposo, al que acompañaba en sus viajes, incluso a los de fuera de Italia, donde recogía abundantes aplausos. Estuvieron en Viena y él debutó

ante la corte imperial. Dicen que el nombre de su hija se debe a haber conocido allí a la emperatriz Eugenia.

La niña fue bautizada el 10 de noviembre de 1867, a los dos días de nacer, recibiendo los nombres de Eugenia María Ángela, y el sacerdote oficiante la consagró a la Virgen. Como sus padres se ausentaban con frecuencia, creció con su abuela o con sus tíos, donde solían dejarla durante sus viajes.

Siendo Eugenia aún muy niña, el padre cayó en una compañía que lo explotó económicamente y lo llevó a América, donde le siguió su esposa. Ella regresó a casa sin el marido, de quien no volvió a saberse nada más. Adelaida rehusaba dar explicaciones cuando se le preguntaba por él. Poco después comenzó a vivir con Basilio Recalcati, pero sin contraer matrimonio, por no existir certeza de la muerte de su esposo. Tuvieron dos hijos.

Aun sin conocer la verdad de estos hechos, Eugenia sufrió mucho a causa de su situación familiar, porque a la frivolidad de la madre se sumaban los continuos acosos de Recalcati. Ambos querían hacer de ella una cantante de teatro, futuro que no resultaba atractivo para ella, y, además, él no la trataba bien. Aunque la defendía la madre, se sentía más segura en casa de su abuela o de sus tíos, hecho que Adelaida no veía de buen grado, por lo que procuró alejar a la niña de ellos. Eugenia era buena, piadosa y discreta, sintiéndose muy contrariada por el ambiente irreligioso, tenso y moralmente malsano de la familia. «Peligros y ocasiones tanto en casa como fuera de ella», escribía después recordando aquellos años difíciles en que a veces se refugiaba instintivamente en la basílica de San Ambrosio de Milán, pidiendo ayuda a Dios casi sin conocerlo.

Frecuentó la escuela elemental con la maestra Josefina Allegri, que la dotó de una profunda educación cristiana. Así, a los 9 años, el 9 de junio de 1876 recibió la confirmación y a los 12 la primera comunión. Además, orientada por un sacerdote, concretó sus iniciales deseos de entrega al Señor con un temprano voto de virginidad. No obstante, a los 14 años de edad entró en relación con un joven, seguramente más por su deseo de afecto y de cariño, de amar y de ser amada, que con vistas al matrimonio. Mientras tanto, en casa se intensificaban las tensiones hacia ella, por no responder a las expectativas de la madre y, como la

vida hacia la que la orientaban la aturdía y la hacía sentirse sola, triste y con amargura, deseaba paz, alegría y serenidad.

Hacia los 15 o 16 años, en uno de los retornos a casa de los tíos se enteró de la situación familiar. Ante la pregunta de por qué ella tenía el apellido distinto de sus hermanos, tía Apolonia le explicó lo sucedido, quedando muy impresionada. Comenzó a indagar sobre la suerte de su padre, búsqueda que duró toda su vida: aun siendo religiosa continuó intentando inútiles averiguaciones.

Completó su formación acudiendo al centro festivo y a la escuela de cultura de las «Religiosas Ursulinas del Sagrado Corazón» en Milán, donde la llevaron no por motivos religiosos, sino para aprender francés, labores y cultura general. Allí encontró religiosas, sobre todo la maestra del centro, madre Virginia Pizzetti, que fueron de gran ayuda para ella. Y se fue preparando para la gracia que inesperadamente recibió en 1886, cuando contaba 18 años de edad, gracia que cambió de modo definitivo la trayectoria de su existencia. Años después lo refería así a su director espiritual:

> «Una tarde, creo que era de mayo, agotada de angustia, habiéndose retirado la familia para reposar, después de una escena de calumnias [...], sola [...], afligida [...], desesperada por mi situación [...] me hinqué de rodillas junto a la cama [...] invocando ayuda de un cuadro colocado sobre la cama. ¡No sé qué hice ni qué sucedió! Sólo recuerdo que salió del cuadro como una franja de luz (semejante al filo de un estilete) hiriendo mi corazón con un dolor agudo, ¡como una herida hecha con punzón! A partir de aquí, todo lo demás. Este punzón me cambió. No era la misma. Luz y fuerza; mi Dios me hirió. ¡María ganó la causa! Me sentí totalmente embelesada».

A este cambio le llamó siempre su *conversión.* Rompió con el novio y comenzó una vida de oración y de penitencia, verdaderamente lanzada a la santidad. Más tarde lo narraba de este modo:

> «A los 18 años, después de la conversión, no otro que Jesús era el Director de esta pobre alma [...] Llegó el momento en que me sentí llamada a decir a Sor María Virginia Pizzetti el deseo de dejar absolutamente el mundo y querer a Jesús, la santidad».

Eugenia se abrió a la gracia. Habló también con la M. Superiora Josefina Griffith, quien la confió a su confesor el P. Otón

Terzi, entonces superior de los jesuitas, llamado «el gran apóstol de Milán» por su celo ardiente. Éste, asegurado de su vocación, la puso en relación con mons. Agustín Chieppi, fundador de la Congregación de Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María de Parma, quien se mostró dispuesto a acogerla. A partir de este momento, como diría ella después, «quedó todo hecho».

Desde pequeña los parientes la habían visto «piadosa, serena, virtuosa, juiciosa, ajena a la ligereza y a la vanidad», y, aunque su madre la incitara continuamente a la vida mundana queriendo hacer de ella una artista por sus cualidades para el canto, había ido resistiendo con enorme fortaleza, aunque con tristeza y angustia. Pero desde que ante el cuadro de la Virgen sintiera deseos de ser santa, aun no sabiendo qué era la santidad, comenzó a percibirse un verdadero cambio en su vida. En 1909 escribía así a su director espiritual:

> «Aquel germen de deseo de santidad que percibía desde niña [...] se hizo sentir vehementemente [...]. Jesús en el Sacramento y la querida Virgen María eran el amor de mi pobre amor».

Su deseo de abrazar la vida religiosa obviamente no fue bien visto por su familia, y, aunque era aún menor de edad, dada la firmeza de su decisión y que permanecer allí no hubiera sido favorable para ella, las religiosas ursulinas y mons. Chieppi la ayudaron a salir de su casa. El 30 de agosto de 1887 Eugenia huía de ella sin advertir a su madre, pasaba la noche en el convento de las ursulinas, quienes, además, la proveyeron de lo necesario, y al día siguiente entraba en el postulantado de las Hijas de los Sagrados Corazones, en Parma. Una sola explicación: «El deseo de hacerme santa; esto es todo. Un ardor intenso me quemaba; sólo aseguro que hubiera caminado sobre ascuas» (Relación al director espiritual en 1910). Segura de su elección, respondía a quienes le preguntaban por qué no se había quedado con las ursulinas: «El Señor me ha querido aquí», sin dar más explicaciones. Seguramente actuó, entre otras razones, la de ausentarse de Milán, para estar más lejos de su familia.

Aunque, evidentemente, entró en la Congregación con el aire de la vida mundana que había llevado hasta entonces, de día en día se iba mostrando más servicial con todas y dispuesta a las tareas más bajas, laboriosas y humildes. Comenzó también a ser

muy precisa en la observancia de sus obligaciones y exquisita en el ejercicio de la caridad. Según confesaba ella misma después, la presencia paternal, afectiva y decididamente educadora del fundador la movía a la práctica de la virtud.

El 26 de agosto de 1888, bien cumplidos los 21 años de edad, empezaba su etapa de noviciado. Casi tres años después, el 10 de junio de 1891, emitió su primera profesión religiosa, en manos del fundador, y la profesión perpetua el 1 de junio de 1894. Entre estas dos fechas, el 7 de septiembre de 1891 moría mons. Chieppi, el fundador. Las religiosas quedaron un poco desconcertadas, ayudando ella a la comunidad con su serena confianza. Pero también Eugenia sintió de corazón esta pérdida, quedándose —son sus palabras— «como un pájaro sin saber dónde posar». Empezó entonces a dirigirse con don José Parma, quien, salvo una breve etapa, la ayudó espiritualmente hasta su muerte, siendo fidelísima a sus orientaciones.

La congregación de las Hijas de los Sagrados Corazones de Jesús y de María era en ese momento una pequeña pero muy armónica y espiritual familia religiosa. Desde 1871 tenían casa madre en Parma, desde 1886 un colegio de artesanas en la misma ciudad, y acababan de iniciar, también en Parma, el «Instituto de la Providencia», con 12 alumnas. Como centros filiales contaban con dos pequeños Hospitales, el de Sissa y el de Fontanellato, donde atendían a enfermos, pobres y ancianos. También asistían a enfermos en su domicilio, cuando se lo pedían las familias. Era superiora general la M. Ana Melchora Zinelli, muy virtuosa y rica de mente y de corazón. Orientada por el fundador, se dedicaba al bien de las religiosas y de las alumnas. Todas vivían una entrañable devoción al Corazón de Jesús y al de María y ejercitaban gran celo apostólico, especialmente con los pobres. Eugenia hizo el número 30 de esta pequeña familia religiosa. La constituían 17 hermanas —cuatro habían muerto—, 7 novicias y una postulante.

Al comienzo, encargaron a la joven hermana de un grupo de internas que tenían en la casa madre, dedicándose con gran entusiasmo a la formación moral, cultural y profesional de estas jóvenes. También afloró pronto en ella su amor y ternura por los niños, así como su cariño y generosidad para con los enfer-

mos y ancianos. Su predilección por las obreras la llevó a ensayar con ellas formas de cooperativismo en la gestión de sus trabajos y a orientarlas hacia actividades artesanales de utilidad.

Espiritualmente vivió la actitud expresada en un acto de confianza en la Santísima Virgen compuesto por ella misma el 13 de marzo de 1894, unos meses antes de su profesión perpetua:

> «Os ofrezco todo, María, para mayor gloria de Dios y —por obediencia— para negar mi propia voluntad. Este propósito, querida Madre María Santísima, quiero renovarlo en cada latido de mi corazón, en cada respiro de mis pulmones».

En septiembre de 1894 fue elegida para formar parte de un Capítulo especial para elaborar el proyecto de una nueva constitución, y en 1896 recibió el encargo de redactar la biografía del fundador, con base en los documentos que pudiera reunir. Fue un trabajo cuidadosamente realizado, de gran trascendencia para ella y para la congregación. No se dio entonces a la imprenta, sino que sirvió de base para la vida de mons. Agustín Chieppi publicada por don José Parma en 1923 (Tipografía Fresching), considerada fuente primaria.

Nuevos encargos dieron prueba de sus habilidades y de su generosa entrega a los demás. En 1890 fue nombrada directora de música y canto y profesora de francés, y el 1 de enero de 1900 se la designaba 5.ª consejera general del pequeño Consejo de gobierno de la Superiora general, M. Ana Marcelina Massera.

Singular conocedora del carisma de la fundación, el 5 de septiembre de 1905 fue nombrada maestra de novicias, cargo que desempeñó con prudencia y sabiduría. Gozó de gran respeto y confianza por parte de las personas que tenía a su cargo, y su presencia atenta y delicada las animaba a la práctica de la virtud. Muy arraigada en el espíritu del fundador, y con singular empeño en transmitírselo a todas las hermanas, trabajó mucho para elaborar un programa con contenidos fundamentales y organizar internamente el noviciado.

La preparación y participación en el Capítulo especial de 1910 y haber sido nombrada en 1908 secretaria de la congregación y confirmada en el mismo cargo en enero de 1911, le parecía incompatible con llevar adelante la adecuada formación de

las novicias, no por el trabajo que le suponía, sino por no poder dedicar a las jóvenes el tiempo que consideraba necesario. Con sencillez, humildad y firmeza expuso su situación, que solucionaron nombrándole una vice-maestra, que asumió la responsabilidad del noviciado a comienzos de 1911, quedando la M. Ana Eugenia como secretaria, archivera y consejera. En este tiempo escribió la obra *Breves consideraciones sobre la devoción de las Hermanas a los Sagrados Corazones.*

Pero duró muy poco esta situación, porque el 19 de junio del mismo año 1911 fue elegida superiora general, cargo que aceptó por obediencia. Entonces es cuando se comprometió con voto a cumplir «con perfección serena y tranquila y con alegría serena los deberes de superiora para gloria de Dios, para el progreso de la congregación y el cumplimiento heroico del divino querer» (Nota al director espiritual, junio de 1911).

Durante su gobierno desarrolló una acción iluminadora, prudente, muy comprometida, como para ser considerada en cierto sentido la organizadora del Instituto, a pesar de la I Guerra Mundial que tanto incidió en aquel contexto concreto.

Promovió a toda costa la unión de las hermanas y la adecuada aplicación de la Regla; organizó con diligencia la vida religiosa y de comunidad; procuró la aceptación del pasado y la adecuación a las exigencias presentes; se ocupó extraordinariamente de la formación cultural de las hermanas para el mejor ejercicio de su apostolado en la sociedad, creando una revista, organizando semanas culturales y cuanto pudiera ayudar a su mejor preparación, e insistió en la unión y comunión de todas para la mayor eficacia de la acción apostólica. Son suyas estas palabras:

> «Llevaremos a cabo esta gran tarea con la fuerza del amor. El amor nos unirá en un solo corazón y una sola alma. El amor purísimo de Jesús consuma en nosotras todo lo que no es Él; el amor recíproco entre nosotras y por nuestro prójimo sea tal que nos lleve a estar dispuestas a inmolarnos la una por la otra, hasta dar la última gota de sangre por nuestro hermano» (Carta circular, 4-7-1911).

Precisamente en 1914, año inicial de la I Guerra Mundial, se cumplían los cincuenta años de la fundación. El 16 de abril habían sido trasladados los restos del fundador desde el cemente-

rio comunal a la capilla de la casa madre, y el 10 de mayo fue recibida en audiencia privada por el papa Pío X, con quien mantuvo una «cordialísima conversación sobre la congregación, su espíritu y sus obras» (Carta circular, 25-5-1914).

La circunstancia bélica puso bien de manifiesto su temple espiritual y su heroica caridad. Ella misma, y todas las Hermanas, se ofrecieron a las autoridades para asistir a los heridos en los hospitales públicos y, con el mismo fin humanitario, abrió en 1915 «Salas de custodia» para los hijos de los militares en Mezzano Inferiore y en la casa madre; un internado anexo al hospital de Sissa y «Salas de trabajo» en Noceto y en la casa madre, todo ello en la ciudad y provincia de Parma.

Cumplido el sexenio de su elección, el 19 de junio de 1917 debía haberse convocado un Capítulo general de la congregación para nuevas elecciones, pero el obispo mons. Conforti emitió un decreto el 10 de mayo por propia voluntad derogando el cumplimiento de la Regla y confirmando los cargos existentes hasta el final de la guerra. Ella tuvo que continuar, por tanto, como superiora general.

La M. Ana Eugenia siempre fue muy probada en la salud, teniéndose que someter a difíciles y dolorosas intervenciones quirúrgicas, hasta sufrir la amputación del pie derecho, con los métodos rudimentarios del momento, el 19 de febrero de 1919. Soportó dolores increíbles siempre con la sonrisa en los labios, demostrando una fortaleza verdaderamente heroica. No solía hablar de sus males, haciendo no sólo actos de aceptación del sufrimiento, sino eligiéndolo con decidida voluntad. Su aspiración constante, como expresaba en una carta a su director espiritual, era «sufrir, callar, inmolarse. Inmolarse en el cumplimiento del divino querer».

Terminada la guerra, fue reelegida superiora general el 6 de noviembre de 1919, aunque puso la objeción de su salud. Afectada, además, de tisis ósea, continuó, sin embargo, realizando sus trabajos y obligaciones con heroica fortaleza. La definen como de «invencible paciencia»; «trabajaba y rezaba sin interrupción»; «no sólo no se lamentaba sino que se sentía alegre», incluso cuando «su cuerpo estaba reducido a dar pena, con dolores continuos, aumentados por las llagas de la postración».

Siempre estaba «con el ánimo tranquilo, con el rostro continuamente dispuesto a la sonrisa».

Mientras Eugenia soportaba pacientemente su enfermedad, el 17 de marzo de 1920 moría su madre, Adelaida del Corno. A comienzos de 1921 se agravó ella seriamente, y el 22-23 de enero de 1921 recibió el viático y la unción de los enfermos, renovando la profesión religiosa en manos de su obispo mons. Conforti. Pudo rehacerse después y continuar durante algunos meses su trabajo, en medio de los más duros sufrimientos. Tenía el deseo de sentir en sí los dolores de Cristo crucificado y, al final de su camino, se expresaba de este modo:

> «Anhelar y vivir el martirio para la conversión y la salvación de las almas de todo el mundo; ser cooperadores con Cristo y socios de su Pasión y tener sus mismos sentimientos; obrar con las mismas intenciones en el amor y en el dolor [...] He aquí la vida de esta alma hasta que Jesús la tome para unirla a sí por la eternidad. *Deo gratias*» (Nota al director espiritual en 1921).

La Beata Ana Eugenia era persona inteligente, equilibrada, fácil para seguir los consejos de quienes la ayudaban en su vida espiritual y deseosa siempre de la mayor perfección. En su ansia de santidad, llegó a la heroica actitud de renunciar a toda consolación divina y humana para asemejarse mejor al Señor, ofrecido como víctima por la salvación del mundo. No deseaba más que cumplir la voluntad de Dios y tenía la certeza de que en su misericordia llegaría a ser santa. Repetía con frecuencia: «La santidad no es egoísmo de consolaciones, sino heroísmo de obras virtuosas». Vivió siempre con sencillez, alegría y humildad, con gran fervor, en clima heroico de amor a Dios y de disponibilidad para con el prójimo. Demostró gran fortaleza cristiana en sus continuas pruebas de salud, sobre todo en las del final de su vida, que acabaron tempranamente con su existencia, a los 54 años de edad.

El 7 de septiembre de 1921, aniversario de la muerte del fundador, el siervo de Dios mons. Agustín Chieppi, moría santamente en Parma la M. Ana Eugenia. El 9 se celebraron sus funerales solemnes en la Iglesia abacial de San Juan, parroquia de la casa madre, y luego se la enterró en la capilla de la congregación del cementerio. Se exhumaron sus restos el 7 de septiem-

bre de 1946, veinticinco aniversario de su muerte, y se trasladaron a la casa madre.

Poco más de un año antes, el 17 de junio de 1945, había comenzado su causa de canonización. Ya en 1937 prestigiosas autoridades eclesiásticas habían solicitado a la superiora general del momento que incoara esta causa, pero no pudo iniciarse por la II Guerra Mundial. El 14 de enero de 1947 fueron presentadas en la Congregación de Ritos de Roma las actas del proceso diocesano, pero algunas cuestiones pendientes detuvieron el desarrollo de la causa, que se retomó en 1960. Realizadas las pericias oportunas, el 18 de febrero de 1989 fue reconocido el ejercicio heroico de las virtudes de la sierva de Dios y el 20 de diciembre de 1999 tuvo lugar la publicación del decreto sobre el milagro atribuido a su intercesión. Fue beatificada por el papa Juan Pablo II el día 7 de octubre de 2001.

La vida de la Beata Ana Eugenia Picco es una prueba evidente de la acción de la gracia en circunstancias adversas. Forjó una gran santa en una difícil niñez y juventud, y animó su heroica caridad a lo largo de una existencia marcada por la cruz de su frágil salud en un ambiente muy crítico.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

ALOYSIA, P., *Vita della serva di Dio madre Anna Eugenia Picco* (Parma 1946).
BRIZZOLARA, T., *Eugenia: quasi un diario...* (Parma 1983).
— *Vita spirituale e dinamismo apostolico in Eugenia Picco, 1867-1921* (Roma 2002).
CONFORTI, G. M., *Le Piccole Figlie dei Sacri Cuori di Gesù e di Maria* (Parma 1980).
PARMA, G., *Anima Candida. Lineamenti biografici e di vita interiore della Madre Anna Eugenia Picco* (Subiaco 1928).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CLODOALDO
Presbítero († 560)

Clodoaldo o Cloud era hijo del rey franco Clodomiro y nieto de Clodoveo y de Santa Clotilde. Cuando su padre murió en el curso de una batalla en 524, él y sus dos hermanos quedaron

bajo la tutela de su abuela. Pero su ambicioso tío Childeberto planeó y realizó la masacre de sus dos hermanos mayores y a ella escapó milagrosamente Clodoaldo. Llegado a la edad adulta, se abstuvo de cualquier reclamación respecto a la dignidad real que pudiera pertenecerle y en su lugar optó por la vida eclesiástica, ordenándose sacerdote, como lo narra San Gregorio de Tours. Pasó la vida en paz dedicado a su ministerio y buenas obras. El sitio donde vivió se llama hoy Saint-Cloud. Su muerte fue alrededor del 560 y su memoria se celebra el 7 de septiembre.

SAN ESTEBAN DE DIE

Monje cartujo y obispo († 1208)

Nació hacia el año 1150 en Châtillon-les-Dombes, cerca de Lyón, en el seno de la noble familia de ese nombre. Educado esmeradamente, desde muy joven mostró su inclinación a la piedad y a las buenas obras, llevando una juventud pura y austera. Maduró su vocación religiosa e ingresó en 1175 en la cartuja de Portes-en-Burgey, donde se acreditó por sus muchas virtudes y la comunidad le eligió como su prior, siendo su gobierno prudente y santo, volcado en hacer de todos los monjes un solo corazón y una sola alma. Vacó en 1202 la sede episcopal de Die y el prior cartujo fue elegido para ocuparla, pero se negó firmemente hasta que se recurrió al papa Inocencio III, el cual decidió que el monje se consagrara obispo y Esteban hubo de obedecer. Se propuso ser un obispo modelo. Asistía al coro con los canónigos, se esforzaba en la predicación y el cuidado pastoral de sus diocesanos y no dejaba de pedir a todos con gran constancia el incremento de la vida cristiana así como la observancia y santificación del día del Señor, tema en el que insistía en sus predicaciones en la catedral. Volvía a veces a su amada soledad de la cartuja para templar su espíritu y tomar fuerzas para su tarea pastoral. Santamente, como había vivido, murió el 7 de septiembre de 1208. Aunque se pensó en su canonización, fue el culto popular el que floreció en torno a su memoria, permitiendo Pío IX su memoria litúrgica a la diócesis de Die y a los cartujos.

BEATOS TOMÁS TSUJI, LUIS MAKI Y SU HIJO JUAN
Mártires († 1627)

El día 7 de septiembre de 1627 el P. Tomás Tsuji y otros dos cristianos japoneses, Luis y Juan Maki, fueron conducidos a la colina de los Mártires de Nagasaki donde los tres fueron atados a sendos postes. Una numerosa concurrencia de japoneses y extranjeros presenciaban la ejecución. Entre ellos estaba el apóstata Feizó, ahora subgobernador de Nagasaki, y que cuando el P. Tomás fue arrestado lo reconoció. El sacerdote no dejaba de animar a sus compañeros de martirio, pidiéndoles que fueran fieles al Señor y que no se hicieran indignos de la vida eterna por conservar la vida temporal. Les recordó la pasión del Señor y lo mucho que Jesús padeció por nosotros. Seguidamente los tres cristianos fueron quemados vivos.

TOMÁS TSUJI había nacido en Sonogi, una población de la isla japonesa de Kyushu, se calcula que el año 1571, en el seno de una familia de la nobleza. Parece que su familia no era cristiana pero sí simpatizaba con el cristianismo y por ello encomendó el muchacho a los jesuitas de Arima para su educación. Se convirtió al cristianismo e ingresó en la Compañía de Jesús en 1589, haciendo los estudios y ordenándose sacerdote. Se granjeó pronto fama de magnífico predicador pero su temperamento fogoso chocó con algunos miembros de la comunidad cristiana y, por ello, de Nagasaki lo trasladaron a Hakata. Y entonces (1614) llegó el edicto expulsando a los sacerdotes del Japón y abriendo la persecución contra el cristianismo. Tomás y otros ochenta jesuitas se vieron obligados a salir del país y se trasladaron a Macao, donde estuvieron cuatro años. Más tarde, no pocos misioneros decidieron volver clandestinamente a Japón para no dejar sin asistencia pastoral a las comunidades cristianas. Por ello el P. Tomás volvió a Japón en 1618 disfrazado de mercader. El ser japonés favorecía su disfraz pues podía pasar efectivamente por un japonés más. Por eso él podía moverse libremente durante el día mientras que los misioneros europeos tenían que hacer su apostolado de noche. Utilizando diferentes disfraces pudo hacer una buena labor. Pero la fiereza de la persecución pesaba tanto sobre él que se sentía desanimado por el enorme trabajo y los enormes peligros, y entonces pidió que le

dispensaran de sus votos y se salió de la Compañía de Jesús. Se arrepintió enseguida y pidió su reingreso pero éste quedó condicionado a su conducta subsiguiente. Durante seis años estuvo a prueba y pudo superar su depresión y cobrar ánimos. Por fin, en 1626 fue readmitido en la Compañía de Jesús y destinado a Nagasaki.

Aquí le esperaba el martirio. Luis Maki y su hijo adoptivo Juan, éste de veintisiete años, vivían en Nagasaki, conscientes del peligro de ser cristianos pero decididos a seguir siéndolo en cualquier circunstancia. Y cedían de buena gana su casa para las celebraciones religiosas y para albergar a sacerdotes. El día 22 de julio de 1626 ambos habían invitado al P. Tomás a que celebrara en su casa la misa de Santa María Magdalena, y el sacerdote acudió. Un espía lo reconoció y dio aviso a las autoridades que llegaron a la casa cuando ya el P. Tomás estaba nuevamente vestido de seglar. No hallaron pruebas pero se llevaron al jesuita a la presencia del citado Feizó que enseguida lo reconoció, y entonces el P. Tomás confesó su identidad. Inmediatamente arrestaron a los Maki, padre e hijo, que fueron acusados de dar cobijo a un sacerdote. Los tres fueron llevados a la terrible cárcel de Omura donde pasarían toda clase de penalidades. Los familiares de Tomás lo visitaron repetidamente en la cárcel pidiéndole que se salvara apostatando, pero Tomás se mantuvo firme. Los otros dos presos, igualmente, confesaron la fe con valor y abordaron con entrega a Dios el martirio. De Omura fueron oportunamente llevados a Nagasaki y aquí fueron martirizados según quedó arriba expresado.

Los tres fueron beatificados por el papa Pío IX el 7 de julio de 1867.

BEATOS RANDULFO CORBY Y JUAN DUCKETT

Presbíteros y mártires († 1644)

JUAN DUCKETT era pariente del Beato Santiago Duckett, martirizado en 1602. Nació en Underwinder, Yorkshire, en 1613. Marchó a estudiar al colegio inglés de Douai y se ordenó sacerdote en 1639. Pasó varios años en París ampliando estudios y luego pasó a Inglaterra en 1643, donde pudo trabajar apostóli-

camente casi un año, hasta que fue arrestado el 2 de julio de 1644 cuando procedía a bautizar a unos niños. Como se le encontraron el ritual y los santos óleos, le fue difícil negar su condición de sacerdote, aunque al principio lo intentó. Pero se dio cuenta de que admitirlo aliviaría la situación de sus familiares y amigos; al hacerlo fue enviado a Londres junto con el jesuita Randulfo Corby.

RALPH CORBY había nacido en Maynooth, Dublín, en el seno de una familia inglesa de Durham, adonde regresó cuando Ralph tenía cinco años. Su familia era muy religiosa y tanto sus padres como sus hermanos terminarían eligiendo la vida religiosa. Él pasó a Flandes, estudió en St. Omer y luego en Sevilla y Valladolid e ingresó en la Compañía de Jesús en Watten, donde profesó en la Orden. Hechos los estudios, se ordenó sacerdote en 1631 y volvió a Inglaterra en 1632. Pudo desarrollar su labor apostólica a lo largo de doce años en la zona de Durham. Un día cuando estaba celebrando la santa misa fue arrestado en Hamsterley Hall, cerca de Newcastle. Aquí estuvo detenido hasta su traslado a Londres.

Ambos sacerdotes fueron enviados a la prisión de Newgate en espera del juicio. Los jesuitas intentaron liberarlo canjeándolo por un inglés apresado en Alemania. Pero Ralph propuso que el canjeado fuese su compañero Duckett que era más joven y podía dar más juego en el apostolado. Al final el canje no se llevó adelante. Llevados a juicio, ambos confesaron la fe y fueron sentenciados a muerte. Los dos se abrazaron cuando el 7 de septiembre de 1644 fueron llevados al lugar de la ejecución, la plaza de Tyburn. Fueron ahorcados hasta morir antes de ser descuartizados.

Ambos fueron beatificados el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATOS CLAUDIO BERNABÉ LAURENT DE MASCLOUX Y FRANCISCO D'OUDINOT DE LA BOISSIÈRE

Presbíteros y mártires († 1794)

El 7 de septiembre de 1794 murieron agotados de sufrimientos y miserias en los pontones de Rochefort dos ejemplares sacerdotes que, habiéndose negado a prestar el juramento constitucional, habían sido condenados a la deportación de Francia y llevados al citado puerto, donde fueron dejados morir. Damos sus datos personales.

CLAUDIO BERNABÉ LAURENT DE MASCLOUX había nacido, seguramente, el 11 de junio de 1735, día en que fue bautizado. El lugar de su nacimiento fue Dorat. Otros miembros de su familia fueron también insignes eclesiásticos. Se ordenó sacerdote el año 1759 y fue nombrado canónigo de la colegiata de su ciudad natal, lo mismo que dos hermanos suyos. Llegada la Revolución, se negó a prestar el juramento constitucional y sufrió la supresión de los cabildos. El Consejo general del distrito de Dorat ordenó la detención de los hermanos Laurent y de otros muchos sacerdotes el 14 de mayo de 1793, todos los cuales fueron llevados a Limoges y detenidos en La Visitación, desde donde más tarde Claudio fue llevado a La Règle. Todos sus bienes, muebles e inmuebles, le fueron confiscados. Condenado a la deportación, partió con sus hermanos para Rochefort el 25 de febrero de 1794. Aquí fue embarcado en Les Deux Associés y murió en la isla Madame en la noche del 6 al 7 de septiembre de 1794. Afrontó la muerte con calma y resignación.

FRANCISCO D'OUDINOT (o DOUDINOT) DE LA BOISSIÈRE nació el 3 de septiembre de 1746 en Saint Germain de Masseré, diócesis de Limoges. Tras tonsurarse en Limoges en 1761 siguió sus estudios en Toulouse, donde obtuvo el grado de doctor y siendo diácono se le dio una canonjía en Saint-Germain. Era también asesor eclesiástico del Parlamento de Burdeos. Se negó a jurar la constitución civil del clero y a prestar el juramento de libertad-igualdad. Arrestado por orden del Departamento en Saint-Germain, fue llevado a Limoges, primero a La Visitación y luego a La Règle. Reducido a la pobreza, solicitó ayuda, pero el 25 de febrero de 1794 salía para Rochefort. Embarcado

en Les Deux Associés, muere el 7 de septiembre de 1794 y es enterrado en la isla Madame. Persona virtuosa, sensata, erudita, buen jurista, se consagró al servicio de los enfermos en Rochefort hasta que él mismo sucumbió. Pidió confesar cuando se vio tan grave y deseó que se le hablara de la vida eterna.

Ambos presbíteros fueron beatificados el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATA ASCENSIÓN DE SAN JOSÉ DE CALASANZ LLORET MARCOS

Religiosa y mártir († 1936)

El 11 de marzo de 2001 fueron beatificadas por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939, un grupo de veinticuatro Carmelitas de la Caridad de las comunidades de Cullera y Valencia. No todas murieron el mismo día y en el mismo lugar: las 9 hermanas de la «Comunidad de Cullera», el 19 de agosto en El Saler (cf. *Año cristiano. Agosto,* p.684-700); las 12 de la «Casa de la misericordia de Valencia», en el Picadero de Paterna el 24 de noviembre; otras dos, junto a una madre de familia, el 24 de septiembre en el cruce Benicalap-Campanar (cf. *infra);* y una más en Tabernes de Valldigna el 7 de septiembre.

Ésta es la Beata Ascensión de San José, cuya pasión se conmemora hoy, y cuya biografía queda reseñada el día 19 de agosto, adonde remitimos.

8 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. Fiesta de la Natividad de la Bienaventurada Virgen María **.
2. En Roma, la conmemoración de San Adrián, mártir, que padeció en Nicomedia de Bitinia (fecha desconocida), y a quien el papa Honorio I dedicó como iglesia la Curia del Senado.

3. En Alejandría (Egipto), santos Fausto, Día y Ammonio († 311), presbíteros y mártires.

4. En Bagrevand (Armenia Mayor), San Isaac († 438), obispo *.

5. En Roma, la deposición del papa San Sergio I († 701) **.

6. En Freising (Baviera), San Corbiniano († 725), obispo *.

7. En Pébrac (Auvernia), San Pedro de Chavanon († 1080), canónigo regular *.

8. En Pésaro, del Piceno (Italia), Beata Serafina Sforza († 1478), viuda, monja clarisa *.

9. En Valencia, Santo Tomás de Villanueva († 1555), obispo, de la Orden de Ermitaños de San Agustín **.

10. En Durham (Inglaterra), beatos Tomás Palaser, presbítero, Juan Norton y Juan Talbot († 1600), mártires bajo el reinado de Isabel I *.

11. En Cartagena (Colombia), San Pedro Claver († 1654), presbítero, de la Compañía de Jesús, cuya memoria se celebra mañana.

12. En Nagasaki (Japón), beatos Antonio de San Buenaventura, franciscano, Domingo Castellet, dominico, presbíteros ambos, y sus compañeros: Domingo de Nagasaki, franciscano, Tomás de San Jacinto y Antonio de Santo Domingo, dominicos, Lucía Luisa, viuda, Juan Tomaki y sus hijos Domingo, Miguel, Tomás y Pablo; Juan Imamura, Pablo Sadayu Aybara, Román Aybara y su hijo León; Santiago Hayashida, Mateo Álvarez, Miguel Yamada y su hijo Lorenzo; Luis Higaski y sus hijos Francisco y Domingo († 1628), todos ellos mártires *.

13. En Marsella, Beato Federico Ozanam († 1853), padre de familia y miembro de las Conferencias de San Vicente de Paúl **.

14. En Almería (Andalucía), beatos José Cecilio (Bonifacio) Rodríguez González, Teodomiro Joaquín (Adrián) Sainz Sainz y Evencio Ricardo (Eusebio) Alonso Uyarra († 1936), Hermanos de las Escuelas Cristianas, mártires *.

15. En Alcoy (Alicante), Beato Marino Blanes Giner († 1936), padre de familia, mártir *.

16. En Paterna (Valencia), Beato Ismael Escrihuela Esteve († 1936), padre de familia, mártir *.

17. En Villarreal de los Infantes (Castellón), Beato Pascual Fortuño Almela († 1936), presbítero, religioso franciscano, mártir **.

18. En Buñol (Valencia), beatas Josefa de San Juan Ruano García y María Dolores de Santa Eulalia Puig Bonany († 1936), vírgenes, de la Congregación de Hermanas de los Ancianos Desamparados, mártires **.

19. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato Adán Bargielski († 1942), presbítero y mártir *.

20. En las canteras junto a Gross-Rosen (Alemania), Beato Ladislao Bladzinski († 1944), presbítero, de la Congregación de San Miguel Arcángel, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

NATIVIDAD DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA

Al nacer María, la linda hija de dos israelitas estériles, llegó al mundo la «luz», aquella que se había ocultado en el jardín de las Delicias.

Traía la niña un mensaje de «redención» que no guardaría oculto en su alma. Ella lo había de depositar en aquel a quien después le diera la vida.

La Iglesia quiso destacar en la lista de sus conmemoraciones la festividad del nacimiento de María. Y fue instituida la fiesta para recordar a los cristianos la singular predestinación de la Madre del Salvador. María anunció al mundo un nuevo gozo y en la liturgia del día, en el himnario de maitines, se exclama: «Nace María, salud de los creyentes, y su nacimiento es verdaderamente salvación de los que nacen».

El día 8 de septiembre el santoral nos habla de la entrada de la Virgen en el mundo, y en nosotros se despierta una gran curiosidad, razonable, al fin y al cabo, por saber detalles de su nacimiento.

Los evangelistas, de quien María fue su guía, nada dicen en concreto de la Natividad. Cristo absorbió toda su preocupación. Dando a conocer al Hijo, de rechazo, dieron a conocer a la Madre. Sólo nos cuentan pasajes y divagaciones de este día glorioso los evangelios apócrifos, sobre todo el *Protoevangelio de Santiago,* uno de los libros de más difusión en los primeros siglos del cristianismo. Más tarde hacen estudios acerca de este punto San Epifanio, San Juan Damasceno, San Germán de Constantinopla, San Anselmo, San Eutimio, patriarca de Constantinopla, y todos los teólogos medievales, así como los santos y mariólogos de los siglos más cercanos.

Pero los evangelios canónicos guardan «silencio». «Silencio» alrededor de ella. Dios ha comenzado la obra, él la terminará. Ése será en todo momento el «sello» de la Virgen. La Madre de la «palabra eterna» nació en el «silencio».

No obstante, algo se sabe por lo que la tradición nos va conservando.

María nació de Joaquín y Ana, dos israelitas ancianos. Fue de sangre real y de estirpe sacerdotal, así lo repite la antífona de la misa de la Natividad.

Ana era hija del sacerdote Mathán y de María. Tenía dos hermanas: María, que se casó en Belén y dio a luz a Salomé, y Sobe, que engendró a Isabel, la madre del Bautista.

Algunas narraciones afirman que los padres de María eran ricos y poderosos, como correspondería al linaje de los hijos de David. Según narra el *Protoevangelio,* Joaquín era rico y pagaba duplicados los impuestos de la ley. Mas esta afirmación de su desahogo económico no parece probable teniendo en cuenta que aquella estirpe regia se había sumergido en una existencia obscura y no quedaban del solar de Belén, patria de David, ni restos de grandeza. Sus habitantes se habían diseminado por la Judea y la Galilea, en donde buscaron medios propios de vida. David, muerto desde hacía nueve siglos, había dejado muchos hijos que se repartieron todo. Su gloria era casi únicamente la promesa del Mesías.

Según consta en los evangelios canónicos, María perteneció a la estirpe de David y tenía como antepasados a Leví y Aarón. Conforme a la bendición que Jacob hizo a Judá, la «flor» saldría de esta familia reducida, pero regia, pues Joaquín venía de Barpanther, descendiente de Natham.

No puede apoyarse la opinión de los escritores apócrifos que afirman que los padres de la Virgen no eran sólo ricos, sino opulentos y hasta aseguran que sus ascendientes rigieron toda la Palestina. Eran pobres, porque de lo contrario no habrían consentido que su hija se casase con un artesano. Después de casada, María no tuvo medios de fortuna; vivió del trabajo de su esposo, que era carpintero. Tampoco encontraron albergue en Belén la noche de su llegada, con ocasión del empadronamiento, porque no tenían amigos ni siquiera medianamente acomodados a los que acudir, cosa que hubiesen aceptado dados los momentos especiales por los que ella pasaba.

Joaquín y Ana fueron los padres de María, y la genealogía, basada en registros públicos conservados en Jerusalén, que San Lucas inserta en su evangelio (3,23-38), parece ser la de María, así como la que ofrece San Mateo (1,1-17) corresponde a San José, como cabeza de familia.

Dice San Juan Evangelista que la Virgen tuvo una hermana, que permaneció junto a ella en la cruz. Se llamaba María y era esposa de Cleofás. Otros autores hablan de que no era hermana carnal sino política, o porque Cleofás era hermano de San José, o porque ella misma era hermana de San José. Además, resulta raro que las dos llevaran el mismo nombre.

Algunos autores estudian los nombres de Joaquín y Ana y aseguran que no eran los verdaderos, sino que fueron simbólicos. Mas la tradición afirma que eran sus verdaderos nombres y que Ana quiere decir «gracia» y Joaquín «preparación del Señor».

Se distinguieron los padres de la Virgen por su piedad y santidad de vida. Dada su misión, convenía que floreciesen en toda clase de virtudes y así lo fue en realidad. La conducta íntegra de estos esposos destacaría, aún más, en aquellos momentos en que Israel era un centro de corrupción y escándalo. El reinado de Herodes llevó un sello de depravación y falta de piedad hasta en los ambientes judíos.

El matrimonio vivía feliz, con una sola pena, la de carecer de hijos, bendición de un hogar israelita. Cuenta la tradición que Joaquín fue rechazado del templo cuando presentaba su ofrenda y sólo a causa de su esterilidad. El judío Rubén se enfrentó con él y le dijo: «Tú no tienes derecho a presentarte el primero en el templo con tus ofrendas, puesto que no has producido retoño de Israel». Consultó Joaquín los «anales de las doce tribus» y se cercioró de que desde Abrahán todos los justos de Israel habían tenido sucesión. Se retiró al desierto con el corazón oprimido y allí le consoló un ángel con la divina promesa de una hija maravillosa.

También Santa Ana vivía triste; todo cuanto se presentaba a sus ojos con fecundidad le hacía pensar en su ultraje; hasta que un día el ángel del Señor le dijo: «Ana, Ana, el Señor ha escuchado tus ruegos; concebirás y darás a luz y en todo el mundo se hablará de tu descendencia». Ana respondió: «Por la vida de mi Dios y Señor, lo que yo tuviere, sea un hijo o una hija, lo entregaré en ofrenda al Señor mi Dios».

Estas versiones parecen verosímiles, dice San Juan Damasceno, «porque no iba a faltarle a la Virgen una prerrogativa de la

que disfrutaron muchos santos antes de su nacimiento, entre ellos el mismo precursor San Juan Bautista».

Así quedaba palpable el que María había sido engendrada por la gracia celestial, que ayudaba a la naturaleza impotente, y con un milagro se iniciaban todos los que más tarde iban a sucederle.

María fue concebida natural y prodigiosamente. Esto último por haber sido concebida de hombre anciano y de mujer estéril. Fue concebida como lo hubieran sido los hijos en el estado de inocencia, esto es, sin movimiento de la concupiscencia, y nació como hubieran nacido los hijos en dicho estado, es decir, sin que su madre sintiera los dolores del parto, los cuales, aunque naturales en sí, fueron pena del pecado. Dios, en el estado felicísimo en que crió a nuestros primeros padres, eximió a Eva de tales dolores, exención que perdió para sí y para todos sus descendientes al infringir la Ley divina.

Por lo que respecta a los padres de la Virgen, estaba muerta en ellos la voluptuosidad y usaron del matrimonio movidos de amor de Dios y no de la concupiscencia, y agrega en su libro Santa Brígida: «Porque mejor hubieran querido morir que usar del matrimonio con amor carnal». San Bernardo, en su *Tratado de María,* centra bien el problema y afirma: «Hay que rechazar el que la Virgen fue engendrada con un ósculo de paz —como quieren asegurar algunos— y no por cópula conyugal. Nadie diga esto porque sería inaudito».

Convenía que trajera, por generación, origen de Adán para que pudiera decirse que el Hijo de Dios era de condición humana. Si María hubiera nacido de madre virgen, podría decirse que la suya no era carne humana, sino cosa diferente, y sería difícil probar la humanidad de Jesús. Santa Ana no fue virgen. Su concepción tuvo lugar por generación seminal. Se realizó mediante el concurso de hombre y mujer. La sombra fecundante del Espíritu Santo vino después *a ella,* pero no *con ella.*

En el origen del mundo, según dice el Génesis (1,2): «El espíritu de Dios se movía en las aguas, las fecundaba y proporcionaba las simientes». Lenguaje solemne que refleja la grandeza de la obra que iba a cumplirse: la creación. Esa sombra fecundante, ese espíritu de Dios actuará de nuevo. Sólo espera escu-

char un «sí», el de la niña que ahora nace, y comenzará otra gran obra: la redención.

El nacimiento de María fue proporcionado a su concepción. Nació de una manera natural, en cuanto a lo substancial del nacimiento, y de una manera prodigiosa, en cuanto a ciertas circunstancias.

María quedó sujeta en su nacimiento a la ley natural. El momento quiere expresarlo sor María de Jesús de Ágreda en *Mística ciudad de Dios* con estas palabras:

> «Santa Ana, postrada en oración, pidió al Señor la asistiese con su gracia y protección para el buen suceso de su parto. Sintió luego un movimiento en el vientre, que es el natural de las criaturas para salir a la luz. Y la dichosa niña María al mismo tiempo fue arrebatada por providencia y virtud divina, en un éxtasis altísimo, en el cual, absorta, abstraída de todas las operaciones sensitivas, nació al mundo sin percibirlo por el sentido, como pudiera conocerlo por ellos si, junto con el uso de razón que tenía, los dejaran obrar naturalmente en aquella hora. Pero el poder del muy alto lo dispuso de esta forma para que la Princesa del cielo no sintiese la naturaleza de aquel suceso del parto» (Parte 1.ª, lib.I, n.326).

La bienaventurada Virgen no proporcionó dolor alguno a Santa Ana en el momento de nacer. No puede imaginarse que aquel nacimiento que había de llenar de alegría y gozo a todo el mundo empezase con el dolor de una madre. Y así, en este caso de la venida de esta Niña Redentora, Dios derogó la pena impuesta a la mujer.

El gran amante de María, San Bernardo, quiere convencernos de esta posibilidad recordando que si algunos santos nacieron sin causar dolor a su madre, ¿cómo no es de creer que esta gracia se le otorgase a la Santísima Virgen? *(Tratado de la Virgen,* 2).

Reconstruyendo la escena del nacimiento saltan hasta nosotros estos momentos de inmensa alegría. ¡Qué gozo tomar entre los brazos el cuerpecito de María! Debió ser inefable encontrarse con ella hecha carne. Los ancianos padres llorarían de dicha. Esta niña, que se parece físicamente a las otras, que aparentemente es incapaz de hablar y casi de abrir los ojos, que sólo sonríe dulcemente, es la madre del Mesías, del Salvador del mundo. Lo que aquellos ancianos saben es que es «la hija de la

promesa», y Ana sobre todo se siente orgullosa de recoger aquel fruto que también la hace grande a ella a los ojos de su Señor.

Su nacimiento, el más grande de la historia de todos los siglos, se ha realizado con la sencillez y ternura que acompañará su vida.

Su cuerpo fue perfecto. Fue creada con la perfección natural, con aquella con la que pudieron nacer los hijos inocentes de Adán. Por lo tanto nació con la perfección de sus órganos.

Santo Tomás dice:

> «A nadie le parecerá peregrino que se afirme que si ella no empezó a hablar inmediatamente después de nacer y a usar de todos sus órganos corporales, manifestándose como una criatura que gozaba del uso perfecto de todas las potencias, fue porque era providencia divina que apareciese ante los hombres, al menos por entonces, como criatura ordinaria».

Un cuerpo proporcionado en sus miembros debía acompañar a un alma perfectísima. Aquella niña era hermosa. Sus facciones proporcionadas y su cuerpo bello. Si Jesús, según canta el salmista, «fue el más hermoso de los hijos de los hombres», ¿por qué no admitir lo mismo en favor de su Madre? De la extraordinaria belleza de Jesús es lógico deducir la extraordinaria belleza de María.

> «No hay duda —dice Hugo de San Víctor— de que el fuego del amor divino, allá donde ella intervenía, se manifestase en todo su exterior de modo que, poseyendo una pureza angelical, angelical era también su rostro».

Su alma fue perfecta. Desde que nació tuvo uso de razón y plena libertad. Si Dios no ha negado a la Santísima Virgen gracia alguna de las que ha concedido a las criaturas, no puede negarse que María tuvo uso de razón y libre albedrío desde el instante de su concepción. Dotada de tal facultad adquirió inmediatamente el conocimiento de Dios, y por tanto, con un simple deseo de su albedrío se lanzó con todo el afecto de su corazón hacia él, cumpliendo un acto perfectísimo de amor. De este modo, mediante su acción personal, se dispuso a su propia santificación.

El Evangelio nos habla de este uso de razón en Juan el Bautista. Y si a él se lo dio, ¿le negaría Dios algo que le era debido a su dignidad? ¿Permitiría que su Madre fuese inconsciente de lo

que el Altísimo obra en ella? ¿No es lógico que desde el primer instante se ofreciese a Dios como corredentora?

Recibió plenitud de gracias en el instante de su concepción. Dios al crearla olvida la medida. Si la Santísima Virgen tuvo el uso de razón y la libertad desde el momento de su concepción, es lógico que tuviera *ciencia* y, lo que es todavía mejor, que en ocasiones tuviera *visión beatífica.*

Hay muchas opiniones sobre esta *visión beatífica,* pero coinciden los teólogos en que le fue concedida varias veces: al nacer, en la Encarnación, y en la Resurrección de Jesús.

En cuanto a la *ciencia infusa per se,* le fue dada de una manera habitual y permanente. Así se explica que desde que nació y durante toda su infancia tuvo uso de razón acerca de las cosas divinas; que su alma desde su creación no interrumpiese sus actos de amor de Dios, y que aun durante el sueño tuviese altísima contemplación.

También tuvo *ciencia infusa per accidens,* que es perfeccionamiento de la anterior, ya que la tuvo Adán desde su nacimiento y habitualmente. Recibió, infusas, desde su concepción, las virtudes morales naturales, las cuales necesitan para su perfeccionamiento de las virtudes intelectuales naturales.

De la ciencia adquirida dicen los teólogos que, teniendo uso de razón desde el momento de su concepción pasiva, sus facultades sensibles se pondrían al unísono con las facultades intelectuales y desde que nació empezó a adquirir ciencia con su propio trabajo.

Desde su concepción hasta la de su Hijo no cometió *tampoco pecado mortal ni venial.* Para algunos autores no fue confirmada en gracia, es decir, hecha impecable, hasta que tomó carne en sus entrañas el Verbo divino, y para otros desde su concepción fue confirmada en el bien y en la gracia.

La Santísima Virgen no tuvo *imperfección voluntaria* desde su nacimiento, ya que ésta tiene parentesco con el pecado venial, y jamás lo cometió. Y en cuanto a las imperfecciones morales involuntarias, debidas a la irreflexión o la ignorancia, si no tuvo *fomes peccati,* tampoco puede decirse que las tuvo.

Fue exenta del *pecado original* desde el primer instante de su concepción y recibió, por consiguiente, la gracia santificante. La

«gracia» actuó en su alma y la preparó para la divina maternidad. Ni los ángeles ni los santos recibieron en su concepción más gracias. Jamás amó Dios a nadie como a Ella, y como Él da tanta bondad como amor tiene a una persona, a María le dio más que a ninguna.

La Virgen María recibió, en su concepción, más gracia que la gracia final que recibiera cualquier ángel o cualquier santo. Algunos mariólogos divagan sobre este punto, pero considerando que la gracia está en razón directa de la unión con Dios, de las relaciones que se tienen con Él, verdadera fuente, ¿cabe unión más íntima y estrecha que la de Dios y María? Recibió en su primera santificación todas las *virtudes infusas y dones del Espíritu Santo:* la fe, la esperanza y la caridad, así lo dice el concilio Tridentino, y lo mismo sucede con las «virtudes morales».

Respecto a dónde nació María, la opinión más común es que Joaquín y Ana vivían en Jerusalén. Su patria anterior fue Séforis (la actual Saffuriye), siete kilómetros al norte de la solitaria Nazaret. Su casa distaba como unos treinta metros de la piscina Betesda, tan frecuentada por Jesús y en la que curó al paralítico. No es cierto que naciera la Virgen en Nazaret, donde luego estuvo. Los Padres antiguos llamaban a María «Virgo ierosolymitana».

Ciertamente «no fue su cuna de madera de cedro, ni de entarimado de ciprés, ni trono de oro sobre columnas de plata» como se habla de la esposa del Cantar de los Cantares. Su cuna fue sencilla, pero digna y mecida por un verdadero amor.

Santa Ana esperaba el momento con ansiedad. El nacimiento de un niño en Palestina era un acontecimiento feliz, pero interrumpía por poco tiempo las labores domésticas de la madre. Asistían en este trance a la madre unas mujeres especializadas, como sucede todavía hoy.

Cuando la Virgen naciera se la atendería como ordenaba la Ley. El *Talmud* dice que lo que más les gusta a los niños es un baño de agua caliente. Según Feldman, en un estudio sobre las costumbres palestinianas, después del baño se frotaba a la criatura con sal y se la envolvía en unos lienzos. La sal se empleaba por sus propiedades antisépticas, aunque esto no se reseña en el *Talmud.* Así la sal hacía que la piel se le pusiera más espesa y só-

lida. Algunos autores antiguos hablan de un masaje con bicarbonato y sosa que hacían espuma, pero no parecen confirmarlo las costumbres hebreas. Inmediatamente de estar limpio el niño venía un masaje con aceite y la asistenta de la madre le daba a la criatura unos masajes en la cabeza con el fin de que tuviera buena forma. También usaban una hierba llamada «anibe yenuka», con la que se limpiaba la boca del infante. Las vendas eran indispensables para enderezar el cuerpo delicado del recién nacido.

Cuenta E. W. Heaton en su historia la costumbre israelita de que las mujeres amamantasen a sus hijos, aunque en ocasiones, y si la familia era rica, les ponían una nodriza, que entraba a formar parte del círculo familiar.

No lo dicen expresamente los Evangelios, pero Santa Ana sería atendida por las mujeres de su familia y la niña María bañada, espolvoreada con sal, recubierta de aceite y envuelta en vendas. Estamos seguros que así se la presentaron a su madre, que lloraría de gozo.

A falta de representación histórica los artistas han interpretado a su modo el nacimiento. La expresión plástica más antigua aparece en el siglo XI. Es una miniatura que data del año 1025 en un códice griego de la Biblioteca Vaticana. Aparece Santa Ana recostada en un lecho y San Joaquín con su hija en brazos. Durante la Edad Media fue devoción de los pintores representar este momento histórico; así lo hicieron Giotto, en una capilla de Padua, y algunos artistas en los mosaicos de Santa María in Trastévere, de Roma. Los pintores del Renacimiento de todos los países le dedican tablas a la Natividad de María. Una de las más hermosas es la de Filippo Lippi, que adornó el fondo de su *Madona y el Niño* con el nacimiento de María, cuadro que se encuentra hoy en la galería Pitti, de Florencia.

Para enaltecer el lugar de la Natividad de la Virgen se levantó en Jerusalén un templo llamado Santa María de la Natividad, que cambió más tarde su nombre por el de Santa Ana. En 1856 el sultán se lo cedió a Francia y fue restaurado por Napoleón III y encomendado a los padres misioneros de Argel. El papa León XIII concedió el privilegio de decir todos los días dos misas votivas en aquel santo lugar, en honor de la Inmaculada Concepción y de la Natividad de María.

Se desconoce cuándo pasó la Virgen a vivir a Nazaret. Tal vez a la muerte de sus padres, bien en sus desposorios con San José o con ocasión de algún acontecimiento familiar.

Lo cierto es que en Jerusalén, cabeza del pueblo israelita y centro codiciado del mundo romano, fue engendrada María, y nació en la pequeña casa próxima a la piscina. Así lo refiere la tradición y así lo apoya San Juan Damasceno, el mayor admirador de María.

La Iglesia honró siempre con magnificencia la Natividad de la Virgen. En la liturgia ocupaba lugar destacado. La razón por la cual su fiesta fue fijada para el 8 de septiembre se ignora. Su origen, como el de todas las fiestas mayores marianas, se encuentra en Oriente, probablemente en Palestina.

El *Protoevangelio de Santiago,* de fines del siglo II, da algunos detalles. San Agustín habla en sus escritos de que no existía en su tiempo una fiesta litúrgica particular dedicada a este acontecimiento. Poco después, en el concilio de Éfeso (431) y en el de Calcedonia (451), se hace una referencia. El *Martirologio jeronimiano* lo inserta en sus páginas y traduce, claramente, la profunda razón teológica de esta celebración. Muchos sermones patrísticos orientales exaltan el nacimiento de María y también los más grandes poetas litúrgicos bizantinos. Por San Andrés de Creta la fiesta del nacimiento es una verdadera tradición.

En Roma penetró la fiesta hacia la mitad del siglo VII, junto con la de la Purificación, Anunciación y Asunción de María, por obra de los monjes orientales que en tal época emigraban en masa de las regiones caídas bajo el yugo mahometano.

Sergio I (687-701) estableció que la fecha de conmemoración fuese distinta y se celebrara una solemne procesión desde la Curia Senatus a Santa María la Mayor, de Roma.

En la misa propia se leía al principio la historia de la Visitación, sustituida en seguida por la genealogía que ahora figura. La lección varió con San Pío V.

Por lo que se refiere a la difusión de la fiesta fue lenta y desigual. Durante el cónclave, después de la muerte de Gregorio IX, los cardenales insistieron con el nuevo Papa para que instituyese la octava de la fiesta, cosa que realizó después Ino-

cencio IV, con la aprobación del concilio de Lyón. Gregorio XI instituyó una vigilia con ayuno, pero cayó pronto en desuso.

En el ciclo mariológico la Natividad de María no es fiesta de precepto. La Iglesia nos invita a meditar este suceso para traer cada año un frescor marial y el buen olor del «capullo en la casa del rey David».

Dios realizó una obra maestra con su Madre; «la llenó de gracia», hizo que penetrase en ella todo lo divino: en su alma por todas sus facultades, en su cuerpo en todos sus miembros y sentidos. La *plenitud* fue el acento vigoroso con el que ella empezó a existir y la santidad se hizo en su vida temporal de fidelidad y de entrega a Dios y a los hombres.

Para María somos todavía niños que aspiran a la vida de la gracia. Y esta vida de Dios puede aumentar en nuestra alma hasta el último instante de la vida. Si nos dejamos formar, hará de nosotros nuevos Cristos, será otra vez «Madre de los hombres».

CARMEN ENRIQUE DE SALAMANCA

Bibliografía

ALASTRUEY, G., *Tratado de la Virgen Santísima* (Madrid [4]1956).
ROSCHINI, G. M., *Instrucciones marianas* (Madrid [2]1963).
SÉNÉGAS, L., *La Vierge-Mère d'après l'Évangile* (París 1952).
• Actualización:
ANA CATALINA EMMERICH (Bta.), *Vida de María Madre* (Madrid 1999).
CALERO, A. M., *María en el misterio de Cristo y de la Iglesia* (Madrid 1990).
MARÍA JESÚS DE ÁGREDA, *Mística ciudad de Dios. Vida de María* (Madrid 1970; imp. 1992).
MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, L., *Las doce estrellas de la Mujer del Cielo* (Madrid 2002).
PASARELLI, G., *El icono de la natividad de la Madre de Dios* (Madrid [r]1992).
POZO, C., *María, nueva Eva* (Madrid 2005).
SOCIEDAD MARIOLÓGICA ESPAÑOLA, *¿Quién es la Virgen María?* (Madrid 1982).
WILLAN, F. M., *Vida de María, la madre de Jesús* (Barcelona [14]1988).

SAN SERGIO I
Papa († 701)

En la lista de los papas aparece detrás de Conón, que había regido la Iglesia solamente durante los años de 686 y 687. Eran tiempos difíciles por la desunión mostrada entre los distintos

estamentos de las iglesias orientales. Las noticias que tenemos de San Sergio son bastante limitadas e incluso discordantes.

Ya el lugar de su nacimiento es motivo de desacuerdo, porque algunos lo ponen en la misma Armenia. Parece más probable, sin embargo, que naciera en Sicilia, aunque el origen familiar fuera sirio por el traslado de la familia a la ciudad de Palermo, donde nacería Sergio, hijo de un pequeño comerciante llamado Tiberio, educado inicialmente en el mismo Palermo.

Posiblemente fuera trasladado a Roma durante el pontificado de San Adeodato I. Siguió los estudios eclesiásticos, recibiendo las sagradas órdenes incluido el sacerdocio. Muy amante de los estudios y, sobre todo, de la música y del canto, fue encomendado para que le instruyese al prior de los cantores de la cámara del Papa.

Después de haber pasado por todos los grados de la jerarquía eclesiástica, San León II, en el año 682, le otorgó la púrpura cardenalicia en el orden de los sacerdotes. Esta situación le posibilitó ser elegido papa tras la muerte de Conón, el día 15 de diciembre del año 687.

Su elección a la silla pontificia se vió ensombrecida con la elección de otros dos aspirantes, que se le anticipaban: el archidiácono Pascual y el arcipreste Teodoro, auspiciados por parte de algunas facciones populares que los aupaban queriendo colocarlos en la misma sede pontificia. Incluso Pascual había llamado en su auxilio a Juan Platina, exarca de Rávena, al que prometió cien libras de peso en oro si conseguía quedar vencedor. Las cosas se agudizaron hasta el punto de que los partidarios de Teodoro se apoderaron de una parte del palacio de Letrán y Pascual de otra, de manera que, tan cercanos, se hallaban a punto de llegar a las armas, cuando el cónclave nombró papa a Sergio.

La discordia había durado muy poco, porque la mayoría del pueblo, la mayoría del clero y los oficiales del ejército se pusieron del lado de Sergio hasta colocarlo en el mismo palacio de Letrán reconquistado por los militares. Pascual, el más reticente a abdicar de sus pretensiones, fue recluido por la fuerza en un monasterio, mientras Teodoro supo aceptar voluntariamente la sumisión al verdadero pontífice.

Fue entonces cuando Sergio pudo gobernar en paz con la aprobación del exarca de Rávena, Juan Platina. Sería éste su primer compromiso: recomponer la división existente entre la Iglesia romana y la Iglesia armena. Algo que le reportaría otro serio disgusto.

Tuvo un durísimo enfrentamiento con el emperador Justiniano II, que, para complementar los anteriores del 553 y 680, había convocado en su palacio personal de Constantinopla, sin el consentimiento del papa, un concilio, que por eso se le conocería con el nombre de *quinisextum*. Ni Sergio ni sus obispos fueron invitados y, sin embargo, se le entregaron 102 proposiciones elaboradas en las reuniones para que las aprobara. Lógicamente el papa se negó, por lo que Justiniano irritado mandó que lo detuvieran, enviando para ello a Roma a sus militares capitaneados por Zacarías, protospatario o capitán de su guardia personal, quien debía conducirlo por la fuerza a Constantinopla.

El hecho conmocionó a todos hasta el punto de producirse un levantamiento general en todas las provincias cercanas a Rávena, la Pentápolis y Roma, cuyos ejércitos indignados salieron en defensa del Papa. Tan fracasado intento marcó el final de la soberanía de Justiniano II, que fue destronado, mutilado y mandado al exilio, mientras el papa Sergio quedaba definitivamente instalado y consolidado en su poder, proclamado además como señor de Italia. La bondad de Sergio salvó de una muerte segura al mismo capitán Zacarías, al que, estando a punto de ser linchado por las masas encolerizadas, el pontífice lo escondió en su propio palacio.

Las tesis rechazadas por el papa Sergio no eran sólo un acto de autoritarismo personal de sus enemigos sino que entrañaban pretensiones tan significativas como las del celibato eclesiástico voluntario y sobre todo preparaban el camino para la hegemonía, al menos compartida, de la iglesia oriental, ya que comparaba e igualaba a la iglesia de Constantinopla con la de Roma.

Entre los recuerdos que aún sobreviven del papa Sergio, está la introducción del *Agnus Dei* en el canon de la misa y la potenciación de fiestas marianas a lo largo del año eclesiástico para los misterios de la Anunciación, Natividad, Purificación y Asunción al cielo. Cerró definitivamente la cuestión de los tres

capítulos del concilio de Calcedonia, referida a la doctrina eutiquiana. Como nota litúrgica se le adjudica ser el introductor del incienso en los oficios eclesiásticos al mandar hacer una cazoleta de oro con columnitas, para que durante la celebración del santo sacrificio de la misa se quemasen perfumes.

Entre los hechos apostólicos relevantes se halla el bautismo de Ceadwalla, rey de los sajones orientales o bretones, bautizándolo él personalmente y que, como muriese muy pronto, fue enterrado en la basílica de San Pedro. También logró que el patriarca de Aquilea y sus sufragáneos volvieran a la Iglesia de la que se habían separado por ignorancia.

Durante los casi trece años de su pontificado ordenó noventa y seis obispos, diez y ocho sacerdotes y cuatro diáconos.

Se conservan de él una epístola dirigida a Cleofride, abate inglés, y algunos decretos atribuidos por determinados escritores.

Murió el 7 de septiembre del año 701 y su cuerpo fue enterrado en la iglesia de San Pedro. El *Martirologio romano* señala su culto el 8 de septiembre, fecha en que lo seguimos celebrando.

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CASTELLANOS DE LOSADA, B. S. (dir.), *Biografía eclesiástica completa. Vidas de los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, de todos los santos... papas y eclesiásticos célebres...*, XXVI (Madrid 1866) 944s.

PAREDES, J. (dir.), *Diccionario de los Papas y los Concilios* (Barcelona 1998).

SANTO TOMÁS DE VILLANUEVA

Obispo († 1555)

Existen en la historia apelativos que acompañan inseparablemente a determinados nombres y que nos adentran en la raíz de la personalidad de muchas figuras: el Cruel, el Magnánimo, el Grande, el Piadoso. Tomás de Villanueva fue justamente bautizado, ya en el acta de canonización, con el de *Limosnero*. A la hora de hacer el saldo final de una vida humana, nada hay, en definitiva, tan glorioso como el haber dejado en el mundo una estela de bondad. Un 8 de septiembre de 1555 moría en su arzobispado de Valencia en medio de la máxima pobreza y des-

prendimiento. Su gesto final fue de generosidad extrema. Se distribuyeron en dos jornadas cinco mil ducados de limosna por mandato del santo prelado: «Dense prisa —decía casi agonizante—, por que no quede ni un céntimo; no me esté en casa ese dinero». Hasta la cama en que iba a morir se podía decir prestada, pues la había regalado a un criado que no estuvo presente en el reparto de muebles entre sus servidores.

El corazón noble es a su vez limosna que recibimos del cielo. Éste fue generoso con Tomás de Villanueva, quien ya desde su infancia hizo gala de tiernas entrañas para con el pobre, desprendiéndose largamente de sus dineros, meriendas y vestidos. Pero el cielo le hizo ese favor por caminos llanos y sencillos. Me refiero al clima familiar, sosegado y pródigo, y particularmente al influjo recibido de su santa madre. Los santos tienen apellido, con todo lo que esto significa, aunque los apellidos los ennoblezcan y dignifiquen las personas que los llevan. Tomás García y Martínez de Castellanos, nacido en los campos de Montiel, en Villanueva de los Infantes, respiró con profundidad el calorcillo aromático del molino familiar, pero más aún su atmósfera acogedora para el necesitado. El molino puede ser una casa de usura o casa de misericordias y hogar de santos. No en vano el pan, dádiva humilde y humana, es el símbolo irreemplazable de la caridad.

Pero aquel hijo de molineros que naciera un 1488 estaba llamado a ser él mismo pan, que, con la misma naturalidad con que se da éste, se diera a sí mismo en su siglo glorioso. Sus bienes raíces serían su ciencia y doctrina, su gobierno paternal de la Orden agustina, con su continuado desgaste en la sede valenciana.

Limosna fue su breve magisterio en la cátedra de artes de Alcalá. Dios reclamaba su persona, y, secundando su llamada, ingresó en los agustinos de Salamanca a sus veintiocho años, tomando el hábito el año 1516. Escasa fue su participación en la tarea magisterial y en el campo de la cultura. Mas, alimentado con la palabra de Dios y con la de santos como San Agustín, San Bernardo y Santo Tomás, y considerando el saber humano desde la alta atalaya de la sabiduría sabrosa de Dios, nos legó como testamento cultural aquella preciosa frase:

> «Enorme fatuidad la de quienes pretenden resplandecer mucho con la lámpara de la cultura desprovista del óleo de la caridad. Sólo

> el ungido penetra los arcanos del universo [...] Noche y día andamos enfrascados en los libros [...] Dejamos el cultivo de la piedad para lo último. ¡Oh si estimásemos tanto el aceite como la lámpara! Queremos resplandecer, lucirnos como Lucifer, pero no arder. Creedme, amantes de la cultura: si queréis brillar, ungíos y compungíos íntimamente».

Limosna fue la predicación encendida del fraile de rostro moreno y ascético, de ojos oscuros y melancólicos. El pueblo de Salamanca, la abigarrada turba de universitarios, nobles y magistrados, hasta Carlos V con su corte, escucharon con regalo a quien creía lo que predicaba y predicaba lo que vivía. Su legado espiritual nos llega a nosotros en los seis tomos de sus sermones, que son voces de su alma.

Limosna fue el gobierno de su Orden, al que le levantó su cultura y su celo a pesar de normas contrarias. Prior por duplicado en Salamanca, Burgos y Valladolid. Provincial también dos veces de Castilla y Andalucía. Comisario, visitador y reformador de sus hermanos. Quiso levantarlos con su palabra y su ejemplo al culto litúrgico, noble y hermoso, al estudio continuado y a la caridad perfecta.

Limosna fue, en fin, larga y copiosa, su paso por la sede de Valencia. Arrastrado por fuerza a tan señera cima, entró en la ciudad el 1 de enero de 1545. Vivió en austeridad, con hábitos pobres, que remendaba por su mano. Todo era sobrio y desnudo en su casa: el dormitorio, el despacho, la comida. «Yo soy pastor, y, como tal, me debo enteramente a mis súbditos», era su lema. Para satisfacción de esta deuda de caridad, entregó a los suyos su doctrina y su palabra, su consejo, su solicitud penosa, todos sus dineros y su persona toda. Predicó continuamente. Se acercó a cárceles y hospitales. Visitó las parroquias de la ciudad y del arzobispado. Clamó contra los abusos, corrigió a los descaminados, satisfizo por ellos con su penitencia. Gimió mucho ante Dios pidiendo más luz y fuego para la Iglesia.

Cristo, María y los sacramentos eran fuentes de su espíritu. La confianza en Dios, la reforma personal y la oración inflamada, los cauces del mismo. Y como vivencia suprema de esta total entrega, su consagración absoluta al pueblo en admirable ejemplo de caridad. A su casa, siempre abierta al pobre, acudían centenares de necesitados; los propietarios, según él, de las rentas del ar-

zobispado, de las que él era sólo tesorero. Al incalculable cuento de ducados que esparció a voleo y sin tasa a familias menesterosas y a doncellas casaderas, añadió él la recogida de niños expósitos y el sustento de sus nodrizas, la creación de un cuerpo de médicos y cirujanos que asistiesen a los miserables y la fundación de un seminario en que se educasen los futuros sacerdotes.

«Amad, ¡oh ricos!, a los pobres, hermanos vuestros, redentores vuestros». La vida es red inextricable en que unos a otros mutuamente nos empujamos o distraemos de la salvación. Tomás de Villanueva fue limosnero pródigo de dineros, de consuelo, de doctrina, de ejemplo. En cada pormenor echó todo su hombre de adentro. Por eso dejó un vacío sin límites al morir santamente un 8 de septiembre de 1555. Pero, elevado a los altares en 1618, su dulce figura continúa por siempre —como lo pintan los artistas— benignamente inclinada hacia las miserias humanas. San Agustín, su padre en el espíritu, nos habla de los «ricos pobres» y de los «pobres ricos». Porque no son las cosas, sino las almas, las que se encierran en egoísmo despreocupado o se abren mansamente a la misericordia. «La caridad cubre la muchedumbre de los pecados», dice la Escritura santa (1 Pe 4,8). Pero, cuando en limosna damos la vida completa en unos borbotones de sangre o derramada suavemente como aceite, hemos llegado a la plenitud del amor (Jn 15,13) y podemos llamarnos con gozo verdaderos hijos de Dios (1 Jn 3,1s).

Fue beatificado el 7 de octubre de 1618 por el papa Pablo V; y canonizado el 1 de noviembre de 1658 por Alejandro VII.

JOSÉ IGNACIO TELLECHEA IDÍGORAS

Bibliografía

CAPÁNAGA, V., *Santo Tomás de Villanueva* (Madrid 1942).
Obras de Santo Tomás de Villanueva. Sermones de la Virgen María y obras castellanas. Introducción biográfica, versión y notas de S. SANTA MARTA, OSA (Madrid 1952).
SALÓN, M., OSA, *Vida de Santo Tomás de Villanueva* (Valencia 1588).
TOMÁS DE VILLANUEVA (Sto.), *Opera omnia,* 6 vols. (Manila 1881).
• Actualización:
CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, F. J., *Santo Tomás de Villanueva. Universitario, agustino y arzobispo en la España del siglo XVI* (San Lorenzo del Escorial 2001).
LLIN CHÁFER, A., *Santo Tomás de Villanueva. Una vida al servicio de la iglesia* (Madrid 1998).
TURRADO TURRADO, A., *Santo Tomás de Villanueva. Maestro de teología y espiritualidad agustinianas* (Madrid 1995).

BEATO FEDERICO OZANAM

Seglar y padre de familia († 1853)

Quiso Juan Pablo II que la catedral de Notre Dame, testigo de las conferencias de Federico Ozanam en la cuaresma de 1835, lo fuera también de su ceremonia de beatificación, el 22 de agosto de 1997, celebrada en el marco de la XII Jornada Mundial de la Juventud de París. El Papa recordó en su homilía que en aquella misma catedral había intervenido el nuevo beato «con el objetivo de permitir a los jóvenes recibir una instrucción religiosa renovada frente a las grandes cuestiones que interpelan su fe». Y definió a Ozanam como un «hombre de pensamiento y de acción», un «modelo de compromiso valiente» para los universitarios —profesores y alumnos— de nuestro tiempo, «capaz de hacer comprender una palabra libre y exigente en la búsqueda de la verdad y en la defensa de la dignidad de toda persona humana».

Pero no fueron aquellas conferencias cuaresmales, en las que participó con el padre Lacordaire, las que marcaron su biografía de cristiano resuelto, sino la asociación de las Conferencias de San Vicente de Paúl, fundada en 1833 con un grupo de amigos, que tenía por finalidad ayudar a los pobres con espíritu de servicio y comunión. El ejemplar compromiso de San Vicente de Paúl con los necesitados, una estrecha vinculación con otras instituciones vicentianas y especialmente con sor Rosalía Rendu, Hija de la Caridad, fueron los desencadenantes para que Federico Ozanam y sus compañeros orientasen su vida al servicio de los pobres en el barrio parisino de Mouffetard. Sor Rosalía les animaba a que fueran amables y cariñosos con los más necesitados y les convencía de que «el amor es el primer regalo para los pobres». Aquellos principios despertarían en Ozanam el deseo de «abrazar al mundo entero en una gran red de caridad».

La vida breve de Federico Ozanam —sólo llegó a cumplir 40 años— es la biografía intensa de un apóstol de la caridad, de un precursor de la doctrina social de la Iglesia, de un sincero buscador de la verdad. Oriundo de una familia judía de Lyón, su padre, Juan Antonio Ozanam, había participado como oficial de caballería del ejército de Napoleón en la campaña de Italia.

Al casarse en 1800 con María Nantas, hija de un rico sedero lionés, vive el matrimonio sucesivamente en Lyón, París y Milán, ciudad esta última en la que terminó sus estudios de medicina en 1810, a los 37 años, y donde ejercía como médico cuando nació Federico Ozanam, el 23 de abril de 1813.

En 1816, a raíz de la caída de Napoleón y de quedar Milán, con toda la región lombarda, bajo el imperio austríaco, la familia Ozanam regresa definitivamente a Lyón, donde Federico pasaría el resto de su infancia. A partir de los nueve años ingresó como alumno en el Colegio Real y a los trece —el 11 de mayo de 1826— recibió la primera comunión. En aquella primera etapa escolar se encontró con un ambiente de fuerte indiferencia religiosa que acabó influyéndole y ocasionándole una honda crisis espiritual. Era el paso problemático desde una fe adolescente a una fe adulta, aunque en este caso agudizada por el entorno estudiantil. En aquellos momentos, el joven Ozanam, estudiante de bachiller, encontró en el padre Noirot, su profesor de filosofía, la ayuda necesaria para superar con bien esta encrucijada.

Acabado el bachillerato e inducido por su padre, se decide a seguir los estudios jurídicos. Después de permanecer durante un año en Lyón con un procurador judicial se marcha en 1830 a París a cursar derecho en la Sorbona. Francia estaba todavía convulsionada por la revolución de julio de 1830, la de los Tres Gloriosos, que había desposeído de su trono a Carlos X. Con la venida de Luis Felipe se acaba la unión entre el trono y el altar, situación que en un principio no era del agrado de Federico Ozanam, aunque posteriormente vería las ideas republicanas con mejores ojos. Con todo, él llevaría una vida entregada al estudio y echando en falta la cercanía de su familia. Estudia derecho con todo el empeño, pero como también se sentía atraído por la literatura, se matricula en la facultad de letras y sigue al mismo tiempo las dos carreras.

Las consabidas dificultades para encontrar alojamiento en el París estudiantil se las vino a solucionar nada menos que el célebre físico André-Marie Ampère. Como el hijo de éste se había marchado al extranjero en viaje de estudios y quedaba libre una habitación en su casa familiar, Federico Ozanam no desaprove-

chó el ofrecimiento que le brindaba el profesor, se instaló en ella y pudo contar y disfrutar de un cálido hogar. Ampère se convirtió, por tanto, en su tutor, y a la vez apadrinó sus contactos con otros importantes intelectuales franceses, como Charles de Montalembert y Víctor Hugo, ambos interesados en el cristianismo social, y con quienes mantuvo frecuentes charlas. Uno de los temas habituales de conversación era el estado de miseria en que se encontraba buena parte de la sociedad francesa, lo que le sirvió al joven Ozanam para conocer la realidad social y, en consecuencia, actuar en cristiano.

Imbuido por este ambiente, escuchando en el colegio Stanislas las interesantes conferencias que pronunciaba el dominico Henri Lacordaire, proseguía Federico Ozanam con brillantez sus estudios universitarios y frecuentaba la amistad de otros jóvenes cristianos. Con ellos fundó el 23 de abril de 1833, en la redacción del periódico *Tribune Catholique,* las Conferencias de San Vicente de Paúl, una asociación en la que se daban la mano fe y caridad. Fue su primer presidente el director de aquel periódico Emmanuel Bailly y vicepresidente el propio Federico. Completaban la Conferencia inicial Auguste Le Taillandier, Félix Clavé, Paul Lamarche, François Lallier y Jules Devaux, todos ellos miembros fundadores. Pronto, con la incorporación del poeta Gustave de la Nou, quedó franca la entrada para todas aquellas personas dispuestas a servir a los pobres, entre ellas Léon Le Prévost, que fundaría más tarde los Hermanos de San Vicente de Paúl.

En 1836, cuando Federico Ozanam obtiene el grado de doctor en derecho, muere en Marsella el profesor Ampère, su tutor, de quien elogia su sencillez, «su caridad afable y comunicativa» y «el pudor del genio que todo lo sabe y tan sólo ignora lo mucho que vale». Regresa entonces Ozanam a Lyón, donde ejerce como abogado, explica Leyes comerciales en aquella universidad y al mismo tiempo se ocupa de la juventud integrada en la Sociedad de San Vicente de Paúl, pero no olvida tampoco su carrera de letras, razón por la que acude regularmente a París para terminarla. A estas alturas, cuatro años después de fundadas, las Conferencias Vicentianas ya cuentan con más de 400 miembros y se extienden con rapidez por París y por otras provincias de Francia.

Federico termina sus estudios de letras en enero de 1839 defendiendo una tesis doctoral sobre la obra de Dante Alighieri. No le queda otro remedio que elegir entre el derecho o la literatura, y se decide por ésta. Como aspira a impartir su enseñanza en la Sorbona, hace oposiciones a una cátedra de literatura comparada y obtiene una agregaduría. Alterna sus clases en la universidad con el servicio a los pobres, el ejercicio del periodismo y la vida política, e incluso presionado por sus amigos se presentó como candidato a diputado en 1848, aunque no resultó elegido.

Dotado de unas cualidades excepcionales, y dispuesto a rendir el ciento por uno en sus trabajos, decide también fundar una familia. En efecto, se casa el 23 de junio de 1841 en la iglesia de Saint Nizier de Lyón con Amélie Soulacroix. A los tres meses de la boda los recién casados hacen un viaje a Italia y son recibidos por Gregorio XVI, el papa misionero con el que Ozanam había colaborado en la Obra de la Propagación de la Fe. Cuando espera el nacimiento de su hija Marie, Federico interpreta los acontecimientos de su vida con perspectiva de fe. En julio de 1844 le dice a su mujer, embarazada de tres meses:

> «Tú sabes, mi bien amada, que la vida es una escuela donde Dios educa a los cristianos: en esta escuela hay años laboriosos, difíciles, con muy pocos recreos, bastantes fatigas, muchas lecciones severas y dificultosas de comprender. Pero tú sabes también que el Maestro es bueno, que las lecciones sólo pretenden que seamos mejores y más perfectos. El presente año es uno de los más instructivos de esta enseñanza que él nos imparte».

Pasaba la vida de Federico Ozanam por su etapa profesional más agradecida, había sucedido en la cátedra de literatura extranjera al profesor Fauriel, se relacionaba con escritores de renombre —como el historiador Ernest Renan o el poeta Alphonse de Lamartine— que lo admiraban, recibía en 1846 la distinción de Caballero de la Legión de Honor al tiempo que las Conferencias de San Vicente alcanzaban la cifra de 9.000 asociados y se extendían con rapidez por diversos países. Pero de pronto se ve obligado en 1847 a suspender sus clases en la Sorbona por motivos de salud. El médico le aconseja que se vaya a vivir una temporada a Italia para aliviarse con su clima.

Los seis meses que permaneció en Italia los dedicó no sólo a fortalecer su salud sino también a investigar en la historia del cristianismo y a fundar nuevas asociaciones vicentianas. Incluso maduró nuevos objetivos para las Conferencias de San Vicente de Paúl, pues la caridad necesitaba de una institucionalización mediante el factor «democracia». «He creído y creo aún —dice— en la posibilidad de la Democracia Cristiana; más aún, no creo en otra cosa, tratándose de política». Y añade: «Persigámosla. Ayudemos al pueblo, no sólo con la limosna que ata al hombre, sino también con nuestros esfuerzos para lograr instituciones que, al independizarlo, lo hagan mejor». Proponía la participación del pueblo en la Administración, la lucha contra el desempleo y la protección de los desposeídos, bajo el lema de «Verdad y moralidad».

Estalló en Francia en 1848 una nueva revolución que trajo consigo el desalojo del rey Luis Felipe y el advenimiento de la República. Muchos católicos vieron con buenos ojos este cambio, pues al menos enmendaría la debilidad del gobierno anterior, entre ellos el profesor Ozanam, que esperaba de aquella revolución un nuevo porvenir social, un desenmascaramiento de la corrupción de una sociedad relajada. Así lo manifestó en el periódico *L'Ère Nouvelle* que fundaron Lacordaire, Montalembert, Lamennais y él en aquella coyuntura. Pero la revolución trajo muchos muertos, heridos y desempleados, lo que precisó la atención, el socorro y la mediación de las Conferencias de San Vicente de Paúl entre los insurrectos. Posteriormente tuvieron que ocuparse de atender a las víctimas de una epidemia de cólera que se extendió por todo París. Fue un tiempo de gran dificultad social que dejó sin trabajo a más de un cuarto de millón de obreros. La respuesta de Ozanam a esta realidad la resumió Juan Pablo II en un párrafo de la homilía de la beatificación:

> «Comprende que la caridad debe impulsar a trabajar para corregir las injusticias. La caridad y la justicia están unidas. Tiene la valentía clarividente de un compromiso social y político de primer orden, en una época agitada de la vida de su país, ya que ninguna sociedad puede aceptar la miseria como una fatalidad, sin que se hiera su honor. Así, podemos considerarlo un precursor de la doctrina social de la Iglesia que el papa León XIII desarrolló algunos años después en la encíclica *Rerum novarum*».

Cuando fue cerrado el periódico *L'Ère Nouvelle* en la primavera de 1849, Federico Ozanam pasó a colaborar en el diario *L'Univers* y a publicar en sus páginas artículos de investigación literaria. A estas alturas de su vida ya había escrito numerosos trabajos sobre el cristianismo en Francia, sobre historia de Europa, una *Vida popular de San Eloy,* patrono de los obreros metalúrgicos, y una buena colección de cartas. Sigue con apasionamiento la vida política francesa y es objeto de ataques por parte del régimen, pero los disentimientos no le hacen violento ni intransigente.

> «Aprendamos —decía— a defender nuestras convicciones sin odiar a nuestros adversarios, a amar a los que piensan diferente». «Nosotros —escribe a un amigo en 1851— no tenemos suficiente fe, queremos siempre el restablecimiento de la religión por vías políticas [...] Y no, no, las conversiones no se hacen con las leyes, sino con las conductas, con las conciencias».

A mediados de mayo de 1852 vuelve a tener serios problemas de salud, se le agrava la tuberculosis, y se ve obligado a renunciar definitivamente a la enseñanza y a obedecer a sus médicos que le aconsejan el internamiento en un sanatorio de los Pirineos, cerca de Pouy. Después solicita al ministro de Instrucción una misión de estudios en Italia para poder así disfrutar de su beneficiosa meteorología. A principios de 1853 parte, con su mujer y su hija, hacia Italia, en lo que sería, pese a su proyecto de estudiar los orígenes de las Repúblicas italianas, un viaje de despedida. En Pisa se sintió mal y redactó un escrito, una oración, que ha quedado como su testamento espiritual. Era el 23 de abril, a los veinte años justos de fundar las Conferencias y el mismo día en que cumplía 40 años. Decía así el texto:

> «Tengo una mujer joven y amada, una niña deliciosa, muchos amigos, una carrera respetable [...] ¿Debo, Dios mío, dejar todos los bienes que tú mismo me has dado? ¿No te basta, Señor, sólo con una parte de sacrificio? ¿Qué debo inmolarte de mis afectos desordenados? ¿No aceptarías el holocausto de mi amor propio literario, de mis ambiciones académicas, de mis proyectos de estudio, en que hay tal vez más orgullo que celo por la verdad? Si vendiese la mitad de mis libros para distribuir lo recaudado a los pobres; o si, limitándome a cumplir los deberes de mi cargo, dedicase el resto de mi vida a visitar a los indigentes, a instruir a los niños... ¿quedarías, Señor, satisfecho, y me concederías la dulzura de

envejecer junto a mi mujer y de completar la educación de mi hija? Tal vez, Dios mío, no quieres. No aceptas esta oferta interesante».

A partir de este momento es ya consciente de que la vida se le va y trata de regresar a París con su familia. Abandonan Italia, desembarcan en Marsella a principio de septiembre y se alojan los tres en un hotel, pero pocos días después, el 8 de septiembre de 1853, con sólo 40 años de edad, muere Federico Ozanam. Una de sus plegarias últimas que escribió terminaba de este modo: «Si estas páginas son las últimas que escribo, que sean un himno a vuestra bondad, Señor». Su amigo el padre Lacordaire contó que al expirar había dicho: «Dios mío, Dios mío, ten piedad de mí». El cuerpo de este «apóstol de la caridad, esposo y padre de familia ejemplar, gran figura del laicado», reposa en la cripta de la iglesia de San José des Carmes de París.

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

BELSKI LAGAZZI, I., *Federico Ozanam* (Roma 1982).
CANDELAS ANTEQUERA, M. T., *Federico Ozanam, un seglar comprometido* (Madrid 1997).
CHIEROTTI, L., *Federico Ozanam (1813-1853), uno dei fondatori delle Conference di Carità* (Génova 1993).
D'AMICO, R., «Un padre di famiglia dalla fede ardente e dalla carità inventiva»: *L'Osservatore Romano. Suplemento* (18/19-8-1997).
DES RIVIÈRES, M., *Ozanam. Un sabio entre los pobres* (Salamanca 1997).
JUAN PABLO II, «Homilía en la beatificación»: *Ecclesia* (1997) n.2857, p.28-29.
L'Osservatore Romano (23-8-1997) 6-7.
OZANAM, F., *Cartas* (Buenos Aires 1945).
REPETTO BETES, J. L., *Mil años de santidad seglar* (Madrid 2002).

BEATO PASCUAL FORTUÑO ALMELA

Presbítero y mártir († 1936)

El 3 de marzo de 1886 nace en Vila-real (Castellón) un niño, hijo de Joaquín Fortuño Cabedo y María Gracia Almela Cabrera, un matrimonio de acrisoladas virtudes cristianas, a quien se le impone el nombre del patrono de esta próspera ciudad, San Pascual Baylón. Al día siguiente, recibe las aguas sacramentales en la parroquial de San Jaime Apóstol, donde comulgará por primera vez y recibirá la confirmación. Su familia se distinguía por su piedad y laboriosidad en las tareas agrícolas de su nota-

ble patrimonio. Aprende las primeras letras en el colegio de los padres franciscanos, y pronto surge en su corazón la vocación seráfica. A los doce años ingresa en el seminario menor que la Orden tiene en Balaguer (Lleida), donde estudia las Humanidades. Por ciertos inconvenientes regresa al hogar familiar, donde toma parte con sus hermanos en las numerosas faenas agrícolas que tiene a su cargo su progenitor. A diario asiste a la primera misa en la iglesia conventual franciscana, próxima a su casa, y persiste en su vocación religiosa.

Consigue, finalmente, continuar los estudios en el seminario de Benissa (Alicante), iniciando el noviciado el 18 de enero de 1905 en el convento de Santo Espíritu del Monte (Gilet, Valencia), donde emite su profesión al año siguiente. En el convento franciscano de Ontinyent estudia filosofía y teología, y profesa solemnemente en 1909. La Providencia no le ha dotado de preclara inteligencia, pero su constancia y empeño logran cuanto más anhelaba, la ordenación sacerdotal, que recibe en Teruel el 15 de agosto de 1913. Su rasgo principal será el planificado método a que se somete, logrando un dominio de sí mismo que, junto a su admirable piedad y virtud, le hacen distinguir en los actos de comunidad. Con gran fruto de las almas, se consagra a la predicación y a la dirección espiritual, siendo su primer destino como educador de los seminaristas en el convento-seminario de Benissa. El año 1917 pasa a la casa de Azul (República Argentina), donde permanece durante cinco años, con el admirable ejemplo de paz interior que disfrutaba. Vuelto a España, estuvo, de nuevo, en Benissa, encargado de los seminaristas, a quienes encauza por el camino de la perfección; pasa a Segorbe y, en 1931, es nombrado vicario del convento de Santo Espíritu del Monte. Durante estos años dirige numerosos Ejercicios espirituales y demuestra su altísima vivencia espiritual, logrando la admiración de todos. Hombre de Dios, no desperdicia ni un minuto, descollando por su profunda humildad y su gran afán evangelizador.

En julio de 1936 tiene que abandonar el convento de Santo Espíritu y busca refugio en donde había nacido, en casa de su anciana madre. Aquí prosigue, sin desaliento, su regla conventual, con la misma disciplina de siempre. La familia decide que

pasará más desapercibido si se traslada a un *maset,* una casa de campo familiar, donde puede celebrar a diario, pero pasado un tiempo, consideran que aquel lugar apartado de Vila-real no ofrece demasiada seguridad, y se traslada a casa de su hermana Rosario, que habita en el centro de la ciudad. Los lloros de su madre ante esta despedida, que parece definitiva, reciben el bálsamo de su profunda fe: «No llores, madre, le dice, pues cuando me maten tendrás un hijo en el cielo».

Al mediodía del 7 de septiembre unos milicianos le detienen y lo llevan ante el comité. De allí, a la cárcel, donde encuentra a diversos paisanos, a quienes les dice lleno de fe: «No temáis, el único que derramará su sangre soy yo; estoy cierto de ello». Al marchar de allí, unas horas más tarde, bendice a sus compañeros de cautiverio, y vuelve a repetir: «A vosotros no os pasará nada. Yo sí que no vuelvo». En la madrugada del día 8 de septiembre, día de la Mare de Déu de Gràcia, patrona de Vila-real, el coche que le conduce transita por la carretera de Benicàssim. De pronto, se detiene, y los milicianos le obligan a descender, le ordenan que se desnude, a lo que el religioso se opone, y sus mismos captores le destrozan la ropa, dándole, además, golpes y puñetazos, y profiriendo blasfemias. Intenta cubrir su desnudez ante el sarcasmo de sus perseguidores, que le disparan a quemarropa, pero las balas rebotan en su cuerpo y caen en tierra, con estupor de sus asesinos. «A tiros no me mataréis», les indica. «Debéis emplear un arma blanca», señalando con la mano izquierda el lugar, mientras grita: «¡Padre, perdónales. En tus manos encomiendo mi alma!». Recibe un fuerte golpe en el corazón con un machete y cae en tierra. No tenía ninguna herida en el rostro ni en el torso. Así, desnudo, es enterrado en una fosa del cementerio de Castellón. El 3 de noviembre de 1938 sus restos son inhumados en el panteón de los franciscanos, en el cementerio de Vila-real, en medio de una fervorosa manifestación popular.

El 21 de junio de 1966 se inicia en el arzobispado de Valencia el proceso de beatificación por declaración de martirio del P. Fortuño y otros tres compañeros mártires. En esta oportunidad sus restos son reconocidos e inhumados el 12 de junio de 1967 en la iglesia franciscana de Vila-real, en medio del fervor

de sus paisanos, pues asisten a este acto unas seis mil personas. En 1991 se reanuda la causa, y cumplidos todos los trámites legales en 1994 se entrega la *Positio super martyrio* en la Congregación para las Causas de los Santos. El 20 de diciembre de 1999 el papa Juan Pablo II preside la lectura del decreto del martirio, y el 11 de marzo de 2001 el mismo Santo Padre proclama beatos al padre Pascual Fortuño, padre Plácido García, fray Alfredo Pellicer y hermano Salvador Mollar, junto con otros mártires de la persecución religiosa de 1936 en España.

Mártires franciscanos de la Seráfica Provincia de Valencia

La Seráfica Provincia de Valencia, una de las ocho que la Orden tiene en España, contaba con trece casas en 1931, pero apenas implantada la Segunda República, al producirse en mayo de este año la quema de conventos, tuvo que abandonar los de Benigànim y Cullera (Valencia) y Agres y Cocentaina (Alicante). De los cuatro edificios conventuales mencionados se habían incautado las autoridades locales, obligando a los frailes a abandonarlos. Con el triunfo en febrero de 1936 del Frente Popular se produce la clausura de Benissa y Pego (Alicante) en el mes de abril, y el 12 de mayo del colegio y convento de Carcaixent (Valencia) que son incendiados por las turbas. Además, se les prohíbe quedarse en la población. Estas lamentables e injustas órdenes motivan que en el convento de San Lorenzo de Valencia, residencia oficial de los superiores mayores de la Seráfica Provincia de Valencia, se fueran reuniendo los frailes de los conventos clausurados. Pero, con todo, lo peor estaba aún por venir.

Al iniciarse el 18 de julio la Guerra Civil, y con ella la persecución contra la Iglesia, se clausuran los conventos que aún estaban abiertos: Ontinyent, Segorbe, Teruel y Valencia, dispersándose las comunidades con distinta suerte. La lista de los mártires franciscanos de esta provincia de Valencia alcanza a cuarenta frailes, veinte sacerdotes, un estudiante clérigo, dieciséis hermanos legos y tres terciarios profesos, y en cabeza, el padre Ricardo Pelufo, Ministro Provincial, que se había oculta-

do en los primeros días en un piso de una vivienda de la capital del Turia. En otro piso de esta misma casa se hallaban refugiados otros jesuitas. Considerando que en Algemesí, donde había nacido, estaría más seguro, se refugió en casa de su hermano José. Detenido por los milicianos, su cadáver apareció el 27 de agosto en el término de Villanueva de Castellón. Su hermano será asesinado en el mes de septiembre. El 6 de febrero de 1945 los restos del P. Ricardo Pelufo son inhumados en la ermita del Cristo de la Agonía en Algemesí, presidiendo este traslado el P. León Villuendas, ofm, obispo de Teruel, connovicio y compañero de estudios suyo.

El P. Francisco Palací Ruesques llegó en 1909 al convento de Chelva, considerado como casa de sagrado retiro, como superior. Su celo apostólico le hacen blanco de los enemigos, que detienen a toda la comunidad y encarcelan. Le distinguen con maltratos, insultos y golpes, y en el furor del paroxismo le dan un puñetazo que le hace saltar un ojo.

El 9 de agosto, maniatados, les conducen fuera del pueblo, pero él anima a todos a sufrir el martirio por Cristo. Sus ardientes palabras exasperan a los milicianos, que le descerrajan allí mismo un tiro en la cabeza, que le destroza el cráneo, cayendo a tierra en la carretera de Valencia, en el lugar conocido como «el Muladar». El padre Godofredo Aleixandre Romaguera se dedicó a la dirección espiritual de las almas, y fomento de vocaciones entre religiosas, logrando una merecida fama de santo varón. Desde el triunfo del Frente Popular se le hace blanco de calumnias y difamaciones contra su virtud, que sufre con inalterable paciencia. Es encarcelado, junto con sus compañeros, y con ellos sufre el martirio el día 9 de agosto, con ensañamiento feroz, pues tras dispararle en la cabeza le hunden un puñal en el pecho. El padre Ricardo Bueso Arquírola se dedicó a las misiones populares, desplegando una magnífica labor como catequista. El 9 de agosto, junto con sus compañeros, recibe la palma del martirio. El padre Dionisio Boix Palanca se encontraba en Chelva accidentalmente, preparándose para futuras tareas apostólicas, pues pertenecía a la comunidad de Santo Espíritu del Monte. Llegado el momento de la detención de los frailes del convento chelvano los milicianos lo dejan aparte, porque no le

conocen, pero él insiste y les acompaña: «Juntos vivíamos, juntos hemos de morir». Y así fue. El día 9 de agosto recibe el martirio con sus hermanos de hábito. El hermano lego fray Francisco Oliver Navarro acudió a abrir la puerta cuando los milicianos fueron a detenerles, conduciéndoles hasta el coro, donde se hallaban los frailes. Alcanzó la vida eterna el mencionado 9 de agosto. Finalmente, el hermano Diego Peris Serralta sufre en la cárcel insultos y palos, acompañados de palabras soeces, y cuando le conducen al martirio escapa a correr, intentando la huida. Es detenido al momento y se arroja a los pies del superior, a quien pide perdón por su debilidad: «¡Señor, misericordia!». Junto a sus compañeros sufre el martirio el día 9 de agosto.

El hermano lego fray Domingo Ferrando Savall era el cocinero del convento de Segorbe. Detenido en el mes de julio, no pierde su calma habitual. Encerrado en la cárcel junto con otros compañeros, allí encuentra a don Miguel Serra, obispo de Segorbe; al hermano de éste, don Carlos, canónigo de la catedral y mayordomo del palacio episcopal; a don Marcelino Blasco, vicario general de la diócesis, y otros sacerdotes y religiosos. La víspera de su muerte uno de los milicianos profiere una horrorosa blasfemia, y el hermano Ferrando en voz alta alaba la gloria de Jesús Sacramentado, que le vale un tremendo culatazo en la cabeza, de mano del mismo blasfemo: «Sea todo por amor de Dios», responde.

En la madrugada del día 10 de agosto sacan de la cárcel al obispo de Segorbe, a su hermano, al vicario general, al humilde lego y otros dos religiosos franciscanos. Todos ellos reciben la palma del martirio en el cementerio de La Vall d'Uixó.

El hermano lego fray José M.ª Balaguer Juan ejercía de sacristán en el convento de Segorbe. El año 1896 marchó a las misiones franciscanas del Perú, donde permaneció durante más de treinta años. Detenido y encarcelado en los primeros días de la persecución, sufre el martirio con el hermano Domingo Ferrando el día 10 de agosto, en el cementerio de La Vall d'Uixó.

El padre Camilo Tomás Domínguez (ex-provincial, ex-definidor interprovincial en Madrid y superior del convento de Segorbe) estaba dotado del don de la dirección espiritual con tan-

ta discreción y acierto, que movía los corazones a la santidad. Encarcelado en el viejo torreón romano utilizado como cárcel, encuentra allí al prelado de la diócesis, junto con otros religiosos y sacerdotes. Mientras duró este cautiverio las amenazas y maltratos fueron continuos. En una ocasión, uno de los milicianos arrancó violentamente el pectoral y el anillo al prelado, mientras otros abofeteaban e insultaban a los sacerdotes y religiosos. El 9 de agosto sacan al padre Tomás y otro religioso, les hacen subir a un coche que se dirige a Sagunt, donde les encierran en la cárcel. Allí permanecen dos días, sin darles apenas de comer. El 11 de agosto les llevan a Canet d'En Berenguer, les hacen apear, y les asesinan en el mismo cauce del río Palancia. Su compañero de martirio, el padre José Sancho Sanchis, actuaba como organista en el convento de Segorbe. Encerrado en la cárcel, animaba a todos. A partir del día 9 de agosto pidió la bendición al Sr. obispo, buscando fortalecerse en la prueba. El día 11 de agosto al llegar a Canet d'En Berenguer ayudó a bajar al P. Camilo Tomás, que se encontraba desfallecido, dirigiéndole animosas palabras, y sufriendo el martirio ambos religiosos.

El padre Buenaventura Botella González formaba parte de la comunidad del convento de Pego (Alicante), pero al obligarles las autoridades locales en 1931 a abandonarlo, se incorporó a la de Valencia. En cuerpo y alma se dedicó a fomentar el amor a la Virgen María, siendo numerosas sus publicaciones y devocionarios. Fue maestro de novicios, guardián y definidor provincial. El 13 de agosto se dirige a Cocentaina, donde había nacido, y en el trayecto entabla conversación con unos milicianos de paisano, a quienes habla en tono elevado debido a su sordera, y creen reconocerlo. Al llegar el tren a la estación de Agres, población muy próxima a su destino, le hacen bajar, sube a un automóvil que se dirige al sitio conocido como Les Ventes de Muro, y allí le martirizan.

El hermano lego fray Emilio Belda Ferrer era portero en el convento de Segorbe, y había ejercido de organista durante muchos años en diversos conventos. Detenido y encarcelado en los primeros días del inicio de la Guerra Civil, padece una crónica afección cardíaca, y tiene que ser hospitalizado. Al apuntar el día 14 de agosto es asesinado en la carretera de Zaragoza,

cerca de la fuente de la Esperanza. Contaba con setenta y ocho años de edad.

El hermano Vicente Ambou Abad, terciario profeso, estaba encargado del huerto del convento de Santo Espíritu del Monte, y actuaba como mediador de los bienhechores de la casa y de los hermanos de cartilla. En los últimos días de julio se refugia en casa de una familia protectora de Sagunt, pero es reconocido y encarcelado. El 16 de agosto un miliciano, Julián Álvarez, famoso por sus fechorías, le saca de la prisión, y con la perversa intención de un sádico se lo lleva camino del Port de Sagunt. A un kilómetro de distancia detiene el coche, le hace bajar, le echa por encima gasolina y le dispara a quemarropa un tiro de pistola que incendia sus ropas, echando a correr envuelto en llamas. Murió abrasado, entre gritos despavoridos.

El padre Plácido García Gilabert, licenciado en Teología Moral, rector del colegio de La Concepción de Ontinyent y prefecto de estudios de la provincia seráfica de Valencia, marchó a Cocentaina el 22 de julio, refugiándose en casa de don Salvador Pérez, de donde, para no ocasionar problemas, partió hacia Benitatxell, su pueblo natal, permaneciendo en casa de unos familiares. Detenido en la noche del 15 al 16 de agosto, unos milicianos se lo llevan en dirección a Xàbia, donde le martirizan, encontrándose su cadáver horriblemente mutilado. El papa Juan Pablo II lo beatifica el 11 de marzo de 2001.

El padre Estanislao Domínguez Mengual permaneció durante muchos años en el convento de Valencia, y como era muy conocido, para no comprometer a ninguna familia marchó a Benicarló (Castellón) a casa de un sobrino, empleado en la Junta de las Obras del Puerto en construcción. Sin embargo fue reconocido y denunciado al comité local. Su sobrino logró un salvoconducto para poder marchar a Barcelona y el 18 de agosto sube al expreso de Valencia-Barcelona. Pero le siguen dos milicianos que al llegar a Vinaròs lo detienen, le hacen subir a un coche, que se dirige al cementerio local, donde le asesinan y roban cuanto llevaba. Este día se celebraba la fiesta de la Virgen de la Cueva Santa en Beniarrés (Alicante), de donde era natural, y de la que era muy devoto.

El P. Benjamín Reig Moltó, definidor provincial, formaba parte de la comunidad del convento de Carcaixent, que tuvo

que abandonar al producirse el 12 de mayo de 1936 el asalto de las turbas, que destruyeron cuanto encontraron a su paso. Se integró en la comunidad de Valencia, de la cual había sido guardián. No creyéndose seguro en la capital del Turia, se refugia en una casa de campo próxima a Almansa (Albacete). El 25 de julio fue detenido en la finca «Labor Santa Rosa» y vestido con el traje talar fue encarcelado. El día 22 de agosto, junto con el ingeniero don Juan Cogollos Carrasquer, con quien fue maniatado, y otro grupo de detenidos, sufre el martirio frente a la finca «Casa de Boga», en la carretera general de Madrid, a unos seis kilómetros de Almansa.

El hermano lego fray Juan Bautista Climent García era enfermero de la comunidad de Ontinyent, y quedó en esta ciudad para atender al anciano padre Luis Torres en el hospital, y a quien no quiso abandonar. El día 23 de agosto sufre el martirio en el término de Benissoda. Se le puede considerar como el mártir de la caridad.

El padre Zacarías Ivars Castells, natural de Benissa, era guardián del convento de esta población y rector del seraficado. Marchó al campo, a una masía, donde permaneció hasta el día 4 de septiembre, en que cuatro milicianos armados le obligan a subir a un coche. En término municipal de Calp le hacen bajar y puesto en pie en medio de la carretera de Valencia a Alicante comienzan a disparar sobre su cuerpo, pero no cae al suelo; uno de los milicianos se acerca y le clava un estilete en el pecho y su cuerpo rodó por tierra.

El hermano Vicente Ortiz Martí, pretendiente, se hallaba refugiado en casa de una hermana suya, pero fue detenido y encarcelado en el convento de dominicas de Vila-real, habilitado por los milicianos como prisión. En la noche del 7 al 8 de septiembre sacan a sesenta detenidos y en las inmediaciones de Almenara es asesinado.

El padre Pascual Fortuño Almela sufre el martirio el día 8 de septiembre, fiesta de Nuestra Señora de Gracia, patrona de Vila-real. El Santo Padre Juan Pablo II lo beatifica el 11 de marzo de 2001.

El padre Juan Bautista Botet Esteve, definidor provincial, era uno de los valores científicos y morales de la Orden Francis-

cana en Valencia. Licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad de Valencia, de cultura muy extensa y sabia. Se retiró a Manises de donde era oriundo, fue detenido y permaneció encerrado un mes en el convento de carmelitas descalzas, convertido en cárcel. El día 8 de septiembre le obligan a subir a un coche celular, junto con otros sacerdotes, y en el Picadero de Paterna son asesinados. Antes de morir, don Vicente Añó Catalá, cura párroco de Manises y uno de los martirizados, les bendijo a todos.

El padre Andrés Ivars Cardona, lector general de Historia eclesiástica y director de la revista *Archivo Ibero-Americano,* residente en el colegio de Cisneros de Madrid, era muy conocido y apreciado como archivero y publicista, siendo autor de numerosas obras históricas. Considerando que no se hallaba muy seguro en Madrid marchó en dirección a Benissa, su pueblo natal, pero al llegar a la estación de Denia fue reconocido y detenido de inmediato. Al día siguiente, su cadáver apareció en las inmediaciones de Gata de Gorgos.

El hermano lego fray Juan Bautista Pons García era cocinero del colegio La Concepción de Ontinyent, que contaba con más de trescientos alumnos internos. Marchó a La Pobla de Vallbona, de donde era oriundo, pero el comité local lo encarceló en la Modelo de Valencia, donde encontró a otros religiosos franciscanos. En la noche del 15 de septiembre le ordenan que marche con un grupo de laicos, siendo martirizados todos ellos en la carretera de Torrent. Se desconoce el lugar donde fue enterrado.

El hermano lego fray Sebastián Ferrer Bañuls, ayudante de cocina del colegio seráfico, marchó a Pego, al amparo de sus familiares, pero fue detenido y encarcelado en el antiguo convento de San Antonio, donde se hallaban otros sacerdotes y seglares. Allí mismo sufrió diversas humillaciones. En la madrugada del día 17 de septiembre obligan a doce presos, entre los cuales se encontraba él mismo, a subir a un autobús. Durante el trayecto animaba a todos: «No penséis en nada mundano; pensemos en Dios y muramos por Cristo». Fue el primero en bajar, y ayudó a todos. Sufrieron el martirio en la tristemente célebre Pedrera de Gandía.

El padre Antonio Ribera Puchol se hallaba de conventual en la comunidad de Pego, pasando al domicilio de su hermano Romualdo en Sueca, su ciudad natal. El día 26 de septiembre los milicianos asaltaron esta casa, deteniendo al P. Antonio y a sus hermanos Romualdo y Julián Ribera Puchol, a quienes dieron muerte en el término de Llaurí. Se dice que al padre Ribera le cortaron los brazos, para que no pudiera bendecir a sus hermanos.

El hermano lego fray Francisco Caldés Serra fue limosnero del convento de San Lorenzo de Valencia durante veinticuatro años consecutivos. Fue detenido en la calle y encarcelado en la Modelo. Junto con otros compañeros murió asesinado el 29 de septiembre, abrazándose ante unos y otros mientras gritaban: *«Viva Cristo Rey»*.

El hermano lego fray Diego Campos Campos, achacoso y anciano, pasó el año 1931 junto con otros dos venerables religiosos al Asilo de Ancianos Desamparados de Valencia, donde permaneció cinco años, siendo ejemplo de vida religiosa. El 27 de septiembre es detenido y encarcelado en la Modelo. Dos días más tarde, en la noche del 29 de septiembre, es asesinado en el Picadero de Paterna. Tenía ochenta años.

El hermano lego fray Pascual Planells Gozalvo, sumamente habilidoso, trabajador y muy activo, actuaba de hospedero y sacristán en Santo Espíritu del Monte. Al iniciarse la persecución se dirigió a Torrent, su pueblo natal, donde al poco tiempo fue detenido y encarcelado en la Modelo. Allí encontró a otros religiosos franciscanos. El 29 de septiembre sufrió el martirio, aunque se ignora el lugar.

El hermano lego fray José M.ª Tarín Sánchez, cocinero del convento de Santo Espíritu del Monte, marchó a Cheste, de donde era natural, pero fue detenido y encarcelado en la Modelo. Sufrió el martirio el 29 de septiembre, junto con otros compañeros, aunque se desconoce el lugar donde alcanzó la palma del martirio.

El padre Juan M.ª Carbonell Sancho regresó a España en 1934, después de haber pasado diez años en la República Argentina, siendo nombrado capellán del monasterio de Nuestra Señora del Milagro de Cocentaina, donde había nacido. El día

20 de julio, en vista de los acontecimientos, tuvo la inspiración de sustituir el icono original de la *Mare de Déu,* celestial patrona de Cocentaina, por una copia que guardaban las monjas clarisas. Así se lo hizo saber a mosén Eugenio Raduán, celoso sacerdote, que se encontraba confesando a las religiosas. El renombrado icono fue ocultado en la vivienda del administrador de las fincas pertenecientes a la marquesa de Velada, propietaria en aquel entonces del palacio condal. Detenido por los milicianos, fue encarcelado, encontrando en la prisión a otros amigos suyos, sacerdotes y laicos. Animó a todos, con gran consuelo espiritual. El día 2 de octubre, junto con otros diez paisanos, subió a un autobús que al llegar cerca de Sax se detuvo; les hicieron bajar: «Os pido un favor», dice a los milicianos, «Quisiera ser el último en morir». Les bendice a todos, uno a uno. Finalmente, les dice: «Apuntad y apuntadme bien. Muero tranquilo por la confesión de la fe en Cristo y por la salvación de vuestras almas». Sus cuerpos recibieron sepultura en el cementerio de Villena.

El padre Juan Bautista Jover Blanquer, definidor provincial, secretario provincial y administrador de la revista mensual *La Acción Antoniana,* residía en el convento de Valencia, pero marchó a Cocentaina, su villa natal, al amparo de sus parientes. Fue detenido y encarcelado, sufriendo el martirio junto con otros diez compañeros el día 2 de octubre, en las inmediaciones de Sax. Sus cuerpos fueron arrojados al fondo del barranco de la carretera de Algueña.

El hermano lego fray Vicente García Catalá, conventual de la comunidad de Benigànim (Valencia), ejercía de postulador por la comarca. Marchó a Bellreguard, donde había nacido. El 4 de octubre, fiesta de San Francisco de Asís, fue detenido sin oponer resistencia, y acto seguido, encarcelado. A las cuatro de la tarde, junto con otros compañeros, recibe el martirio en la Pedrera de Gandía.

El hermano lego fray Alfredo Pellicer Muñoz, corista, en el mes de julio marchó al domicilio paterno en Bellreguard. Allí permanece hasta el 4 de octubre, en que recibe un aviso para presentarse ante el comité. Allí se le interroga sobre su vocación: «¿Quieres cambiar de vida?», respondiendo con valiente decisión que no. Aquella misma tarde, junto con el hermano Vi-

cente García y otros dos seglares más, recibe la palma del martirio en la Pedrera de Gandía. El papa Juan Pablo II lo beatifica el 11 de marzo de 2001.

El hermano lego fray Fernando Pellicer Pellicer, enfermo crónico, se pasaba la vida engarzando rosarios. En el mes de julio se hallaba en casa de sus hermanos en Bellreguard. En la mañana del día 5 de octubre le detienen los milicianos y conducen al comité. Por la tarde, es martirizado en las inmediaciones de Xeraco.

El padre Manuel Alemany Campos formaba parte de la comunidad del convento de Cullera, situado junto al Santuario de la *Mare de Déu del Castell,* excelsa patrona canónica de esta ciudad. Expulsada la comunidad en abril de 1931, la provincia seráfica de Valencia acordó mantener en la población un padre y un hermano donado. Vivían en una casa particular, y el Padre Alemany desempeñaba el cargo de organista en la parroquia de los Santos Juanes. El día 13 de mayo se produce un nuevo incendio en el Santuario de Nuestra Señora del Castillo, hecho que decide al rvdo. don Antonio Renart, natural de Cullera, a ocultar la venerada imagen mariana en su propio domicilio, en el *carrer Nou.* En esta misma casa se hallaba refugiado el padre Alemany, que conocía los planes del sacerdote, amigo y hermano. Al anochecer del día 16 de octubre los milicianos detienen a don Antonio Renart y al Padre Alemany, interrogándoles sobre el paradero de la imagen de la patrona de Cullera. Ninguno de los dos lo quiso revelar, y en la madrugada del día siguiente, 17 de octubre, sus cuerpos aparecieron en la carretera que va a Sueca, junto a unos olivos.

El hermano lego fray Salvador Mollar Ventura era sacristán de la iglesia franciscana de Benissa. Marchó a Manises, en donde había nacido, refugiándose en casa de su hermana. Fue detenido y encarcelado en el convento de carmelitas descalzas de la población, habilitado como prisión. Allí encontró al padre Juan Bautista Botet. El 27 de octubre le hicieron subir a un coche, que le condujo al Picadero de Paterna, donde recibió el martirio. Su Santidad Juan Pablo II lo beatifica el 11 de marzo de 2001.

El hermano lego fray León Borrás Armengol era cocinero del convento de Ontinyent; había nacido en Mallorca y se refu-

gió en casa de una familia adicta en Ontinyent, a la que tuvo que dejar para no perjudicarles. Del segundo refugio partió por idéntico motivo y, finalmente, se ocultó en una casa de campo. El 25 de noviembre fue detenido y asesinado en las cercanías de Aielo de Malferit.

El padre Antonio Torró Sansalvador, doctor en Filosofía y Letras por la Universidad Central de Madrid, era uno de los religiosos más eminentes de la provincia seráfica de Valencia, y autor de numerosas publicaciones. Aunque nacido en Cocentaina, su familia se avecindó en Alcoi, donde fue alumno del Patronato de la Juventud Obrera. Sólo se sabe que fue detenido el día 7 de marzo de 1937, desconociéndose el lugar de su martirio y dónde reposan sus restos.

El hermano lego fray David Mulet Monfort era cocinero del convento de Teruel. Se refugió en casa de un industrial amigo de los franciscanos cuando unos religiosos decidieron marchar al seminario, y otros eligieron la protección de familias devotas. Ante la inminencia de la toma de Teruel por el ejército republicano decide marchar al seminario, pero los milicianos que habían entrado ya en la ciudad tropiezan con él, le identifican como religioso, le detienen y le conducen a la plaza del Palacio, donde le martirizan y ya en tierra le clavan una bayoneta en el pecho, arrastrando su cadáver por las calles entre burlas.

El P. Benjamín Martí Ortolá muere en la enfermería de la cárcel de San Miguel de los Reyes, en donde había ingresado en el mes de enero del mismo año, cuando el ejército republicano tomó la ciudad de Teruel. Sucumbió víctima de una terrible tuberculosis pulmonar, contraída durante los horribles sufrimientos del cautiverio. El 24 de septiembre de 1938 fallece el padre José Cabedo Martorell en el domicilio de sus hermanos, en la ciudad de Sueca, víctima de la diabetes sacarina. Notable calígrafo, dotado de excelente y bien timbrada voz, recibe sepultura como «labrador», por temor de declarar su condición de fraile franciscano. Ejercía de profesor de caligrafía en el colegio de Ontinyent.

El hermano lego fray Pascual Ordiñana Esteve, terciario profeso, portero y síndico del convento de Santo Espíritu del Monte, pasó al domicilio de unos sobrinos que vivían en Valen-

cia. Murió el 22 de diciembre de 1938 por la impresión recibida al ser detenido e interrogado por los milicianos, después de perder el habla y el conocimiento.

Otros religiosos de la Seráfica Provincia de Valencia sufrieron cautiverio en diversas cárceles, aunque lograron alcanzar la libertad, debiendo recibir también este merecido homenaje al haber sufrido por Cristo y la Iglesia.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

LLORÉNS MOLTÓ, F., OFM, *La provincia franciscana de Valencia y la revolución marxista de 1936* (Valencia 1946).

SANJUÁN NAVARRO, J., OFM, *El siervo de Dios Rvdo. P. Pascual Fortuño Almela, franciscano* (Segorbe 1968).

«Relación de los religiosos franciscanos de esta provincia de Valencia asesinados en 1936»: *Almanaque «Las Provincias»* (1940) 276-280.

BEATAS JOSEFA DE SAN JUAN RUANO GARCÍA Y MARÍA DOLORES DE SANTA EULALIA PUIG BONANY

Vírgenes y mártires († 1936)

JOSEFA RUANO había nacido en Berja (Almería), el 9 de julio de 1854. Pocos meses después, el papa Pío IX declaraba el dogma de la Inmaculada Concepción (8 de diciembre de 1854). Cuatro años más tarde fue la primera aparición de la Virgen de Lourdes (11 de febrero de 1858).

Los padres, procedentes de Granada, llegaron a Berja buscando el pan para la familia. Eran los años de las migraciones hacia zonas mineras, industriales, más ricas. Los pobres, como siempre, han tenido que salir de su tierra para buscar dónde comer.

El padre era un obrero con jornadas agotadoras, sueldos míseros y hambre sin cuento. A aquello se le llamaba «revolución industrial», pero no había un duro por ninguna parte.

El 8 de diciembre de 1877 Josefa entró en la Congregación de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. Te-

nía 23 años. Perteneció a las primeras tandas de novicias de la congregación.

Era una religiosa admirable. Se dice de ella que resplandecía en caridad, en sencillez y en humildad. Además estaba tocada por el dedo de la hermosura, de forma que no le faltaba nada.

Después de unos años de servicio en el Instituto, en su madurez fue destinada como superiora a Cascante (Navarra) en 1916; Requena (Valencia) en 1922; Alcira (Valencia) en 1928; y nuevamente Requena, en 1934. Allí pasó los dos últimos años de su vida.

DOLORES PUIG había nacido en Berga, diócesis de Solsona, provincia de Barcelona, el 12 de junio de 1857. Su padre era tejedor. A los 29 años entra en las Hermanitas de Ancianos Desamparados. Eran aquéllos unos años en que los hijos tenían que echar una mano en las necesidades de la familia. De esta forma, Dolores había tenido que aguantarse las ganas de ser religiosa; hasta que un día no pudo más.

Se presentaba una dificultad grande: comunicárselo a la madre. Como no tenía fuerzas para semejante atrevimiento, se lo comunicó al párroco en un momento de desahogo.

Al párroco le faltó tiempo para presentarse ante la madre; y ésta, como todas las madres con sentido común, le dijo al párroco que ella no se opondría nunca a la voluntad de su hija. Problema resuelto.

Ingresó en la congregación el día 1 de octubre de 1886. Pocos meses después, a la fundadora, Teresa Jornet, le llegaba la aprobación de su Instituto por parte de la Santa Sede.

Su primer destino fue Villena (Alicante) en 1887; Yecla (Murcia) en 1890; y Requena (Valencia) en 1892, que es donde entregó su vida en un verdadero martirio.

Dolores era humilde; fundamentalmente, humilde. Cuidadora amorosa de enfermos, mujer recogida y hecha hacia dentro, silenciosa como una cordera.

Ejerció muchos años como portera de la casa, y era la persona más dulce de toda la comunidad. De cuerpo, era pequeña; de alma, gigante. Y nunca estaba parada. Era imposible verla quieta; siempre estaba trabajando. Era una hormiguita.

Desde el día 18 de julio de 1936, ya se notaba que en la comunidad de Hermanitas de los Ancianos Desamparados de Requena podía ocurrir cualquier cosa. La hermana Dolores ya lo decía: «Yo quisiera ser mártir, pero me dan miedo esos hombres. Si nada más me dieran un tiro, me iría enseguida al cielo». No les faltaba el miedo a ser profanadas, como luego veremos. Es decir: podía ocurrir cualquier cosa.

El ambiente estaba enardecido. Había empezado una guerra. Durante muchos años habían sido adoctrinadas las clases trabajadoras en el sentido de que la religión era el opio del pueblo y que la Iglesia estaba al lado de las clases ricas.

Encima, empieza una guerra y se considera enemigos a todos los hombres y mujeres de derechas, sobre todo si son religiosos o curas. La madre Josefa decía: «Tenemos que estar preparadas en estos tiempos en que estamos, y ser fieles ante lo que pueda ocurrir». Se podría decir de ellas que estaban entregadas al martirio desde los primeros días de la persecución.

Efectivamente, el día 29 de julio de 1936, a las 11 de la mañana, las religiosas reciben la orden de desalojar el asilo de ancianos. Por la tarde, ya estaban unos milicianos en la puerta esperando la salida de las monjas.

Llevaron a dos hermanas al Comité. Les hicieron un interrogatorio: «A ver por qué no se quitaban ese traje, a ver cuánto tiempo llevaban en Requena». En fin, después del interrogatorio, las dejaron ir de nuevo al asilo.

Es curioso comprobar cómo las fuerzas del Frente Popular actuaron en todas partes de forma igual. Primero, interrogatorios en el Ayuntamiento, luego, salida del convento, persecución de casa en casa, unos meses de arresto y cuatro tiros delante de la pared del cementerio. En todas partes era igual.

En medio, quemas de iglesias y de conventos, un empeño feroz de que los religiosos blasfemen y una oferta de que, si cambian de bando, les libran de la muerte. Y los mártires que iban cantando. Gritaban: «¡Viva Cristo Rey!». En todas partes igual.

Se les podría beatificar a todos juntos, como a los innumerables mártires de Zaragoza, de Roma o de la Revolución Francesa, para dejar de canonizar a uno tras otro, con procesos y

ceremonias complicadas. Todos pasaron por el mismo rasero. Todos murieron como Jesús, perdonando. Pero sigamos con el calvario de estas dos hermanitas.

Día 24 de agosto. Ese día, los milicianos quieren entrar al asilo, pero las monjas se ponen serias y no dejan que entre ni uno. Una vecina de buen corazón consigue que el Comité ponga a otros milicianos en la entrada, pues los que aún están delante de la puerta se portan con increíble descaro.

Cambian de milicianos. Y un grupo de mujeres que se empeñan en entrar lo logran. Y al entrar ellas, entran también los milicianos y se hacen dueños del asilo.

Profanan la capilla, destruyen todos los objetos sagrados, dejan a los ancianos en malas condiciones y expulsan a las monjas. En definitiva, los ancianos y las monjas tienen que dejar su casa y se van al hospital. Ellos se quedan con el asilo y allí ponen un cuartel de la guardia de asalto.

La madre superiora dispone que las hermanas se dispersen y vayan a sus casas, con sus familias. El peligro era tan claro, que había que buscar una solución. Dijo que ella se quedaría la última con los ancianos. Y así lo hizo. Estaban todas dispuestas a morir.

26 de agosto. Salen las cuatro primeras religiosas para desplazarse a Alcira. Hay una persona que las ayuda a salir; se llama Alberto. Es un señor viudo, que por ser viudo va vestido de negro. Los milicianos lo confunden con un cura y lo fusilan. Ir vestido de negro y acompañar a unas monjas era pena de muerte.

Pasan algunos días y el 1 de septiembre los milicianos detienen en el hospital a tres hermanitas. Son nuestras dos mártires y una tercera que se llama Gregoria. Las detienen y las meten en la cárcel. Allí están ocho días.

Y el 8 de septiembre de 1936, a las 6 de la tarde, llegan dos coches a la cárcel. Cogen a las tres monjas y se las llevan.

Al principio, quieren llevar en un coche a las dos mayores, y a Gregoria, que es más joven, la quieren llevar aparte. A eso, las tres se oponen con uñas y dientes. Y logran ir juntas. Sin duda, se temían lo peor para la joven.

En Buñel se paran los coches, con la disculpa de que se ha terminado la gasolina. Intentan separar a la joven de nuevo, pero no lo consiguen. Entonces las ponen juntas a las tres y las fusilan sin más. Josefa tenía 82 años y Dolores 79. Murieron rezando y perdonando. Gritaron: «¡Viva Cristo Rey!».

Josefa y Dolores caen muertas. Pero Gregoria solamente está herida. Las dejan a las tres en la carretera. Alguien avisa al alcalde, Vicente Furriol, y éste acude al lugar del horror. Se preocupa de atender a la herida. A las otras las entierran allí mismo.

Este alcalde, Vicente Furriol, era una buena persona que supo defender a los mártires e hizo lo que pudo para evitar otras barbaridades.

De hecho, acabada la guerra, cuando se vio comprometido por los hechos pasados, el alcalde fue defendido por Gregoria que, repuesta del todo, pero con un brazo inútil para siempre, acudió a los tribunales en su defensa.

A Gregoria, las religiosas la llamaban «la mártir que no fue mártir». Y ella se denominaba a sí misma como «la mártir frustrada». Y tuvo ocasión de declarar en el proceso de beatificación de sus dos hermanas que murieron mártires delante de sus ojos.

Fueron beatificadas el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

ESCÁMEZ MARÍAS, F. J., *Nuestras hermanitas mártires* (Almería 2001).
MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* (Madrid ²2004) 349, 534, 579.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ISAAC
Obispo († 438)

Isaac nace en Cesarea de Capadocia hacia el año 348, descendiente de San Gregorio el Iluminador, apóstol de Armenia e hijo de San Nerses, que llegó a obispo tras enviudar. Perdió a su madre cuando tenía tres años y su educación quedó a cargo de su abuela, que se esmeró en procurársela acomodada a su condición. Hizo los estudios en Constantinopla y contrajo matrimonio, tuvo una hija y enviudó pronto. Entonces se hizo monje y continuó los estudios. Llegó a ser archimandrita y estaba al frente de sesenta monjes, llevando una vida verdaderamente austera. El año 387 quedó Armenia dividida en dos partes, una bajo el imperio bizantino y la otra bajo el imperio persa. La sede del *católicos* u obispo armenio quedó bajo dominio persa. Y habiendo muerto Aspurakes, el *católicos,* Cosroes, el rey, designó a Isaac como su sucesor, pues según la costumbre y como descendiente de San Gregorio el Iluminador le correspondía la sede. Pero al ser depuesto Cosroes, también Isaac debió dejar su puesto. Pero el nuevo rey, Vramsapuh, recomendó a la corte persa que Isaac fuera repuesto y se consiguió. Seguidamente obtuvo la libertad de Cosroes que igualmente a la muerte de Vramsapuh fue repuesto en el trono, e incluso logró que el rey de Persia, Yazdgert, cesara de cualquier persecución contra los cristianos. Tal era el prestigio de Isaac. Hizo cuanto pudo por la cultura y espiritualidad de su pueblo, junto con San Mesrop, al que hay que señalar como su ilustre colaborador. Se hizo la invención del alfabeto armenio y la traducción a su lengua de toda la Biblia, de los libros litúrgicos y de muchos libros católicos, todo lo cual colaboró muchísimo a introducir en el corazón mismo del pueblo armenio la fe cristiana. Él personalmente tomó sobre sí el trabajo de la traducción de la Biblia, traduciendo una buena parte de ella. Se le atribuye también una decisiva intervención en la traducción y formulación de los libros litúrgicos armenios. Pero en 428, cuando el rey armenio fue depuesto, él no se sumó a las acusaciones contra el depuesto príncipe y esto se le volvió en contra, de modo que también él fue depues-

to y sustituido. Se fue entonces a sus tierras de Bagrevand, desde donde continuó dirigiendo a sus discípulos. Algunos de éstos, presentes en Constantinopla, fueron quienes le llevaron noticia de la celebración y decisiones del concilio de Éfeso (431), al que no asistió la representación de la Iglesia armenia. Isaac declaró que también para la Iglesia armenia eran válidos los acuerdos de Éfeso. Hizo cuanto pudo por mantenerse él y mantener a su Iglesia en el seno de la ortodoxia. Murió en Bagrevand el 8 de septiembre del 438. La Iglesia armenia honra con peculiares celebraciones la memoria del santo.

SAN CORBINIANO

Obispo († 725)

Waldegiso nació en Châtres, cerca de Troyes, y ése es el nombre que recibió en el bautismo, pero que luego su propia madre le cambió por el de Corbiniano. Llegado a la juventud se decidió por la vida de recluso, viviendo en una celdita, a la que iba la gente a visitarlo y recibía de él avisos espirituales. La gente también empezó a atribuirle milagros, y su fama de hombre santo se extendió por toda la zona. Pero hubo quienes quisieron compartir su vida y así se formó en torno a él una comunidad de discípulos. No entraba esto en los planes de Corbiniano que decidió entonces peregrinar a Roma. Llevaba catorce años de recluso y no es seguro si ya le había sido conferido el ministerio sacerdotal. De todos modos lo que es seguro es que en Roma el papa San Gregorio II lo consagró obispo, seguramente sin sede fija, y lo envió a Baviera a predicar el evangelio. En Baviera recibió licencia del duque Teodón para ejercer su ministerio misionero, lo que efectivamente hizo, y asimismo quiso darle su protección su sucesor el duque Grimoaldo, pero Corbiniano se negó a ella hasta que no se separara de su esposa, porque alegaba Corbiniano que el matrimonio era ilegítimo. Hubo graves disgustos, se habló de una conspiración para asesinarlo y de todos modos él hubo de retirarse a Meran. Cuando Grimoaldo murió en batalla, su sucesor llamó a Corbiniano y se pudo reorganizar el trabajo misionero. Freising fue el centro de su actividad hasta el punto de llamársele obispo de la misma, pero este dato no pare-

ce histórico, pues la sede no consta como tal hasta 739, años después de la muerte de Corbiniano. Fundó el monasterio de Obermais y aquí fue enterrado tras su muerte el año 725. Fue trasladado a Freising en 765. Según la tradición, en el viaje a Roma un oso mató a su asno y el santo obligó al oso a que llevara su carga hasta Roma. Ese oso figura ahora en el escudo del papa Benedicto XVI, antiguo obispo de Freising-Múnich.

SAN PEDRO DE CHAVANON

Presbítero († 1080)

Pedro nace en Langeac, Auvergne, en el seno de una noble familia hacia el año 1004. Educado esmeradamente, se decide en su juventud por el sacerdocio y lo recibe, ejerciendo seguidamente su ministerio en Langeac, uniendo a su celo apostólico el ejemplo de una vida rigurosa y austera. Era también capellán del convento de Saint-Pierre-les-Chases. Tras un desagradable incidente con una de las monjas que se dice se acercó a él más como demonio que como monja, Pedro decidió dejar la parroquia y la capellanía. Era el año 1060 y Pedro decidió fundar una comunidad de canónigos regulares en una tierra que había obtenido en Pébrac. Tomó la Regla de San Agustín como norma de vida y le siguieron otros más interesados en buscar en comunidad su propia santificación. Instauraron la vida en común y la pobreza tal como había señalado el sínodo lateranense de 1059. Pedro presidió la comunidad con sabiduría y santidad hasta su muerte, parece que el año 1080.

BEATA SERAFINA SFORZA

Viuda y religiosa († 1478)

Sueva Sforza nació en Urbino el año 1434 hija de Guido Antonio, conde de Urbino y Montefeltro, y de Catalina Colonna, sobrina del papa Martín V. Al quedar huérfana en la infancia pasa por manos de varios familiares hasta que se la lleva consigo a Roma el cardenal Próspero Colonna, su tío. Educada bien, se abrió pronto a la piedad y a los valores cristianos, pero habría de pagar tributo a su posición de miembro de una familia noble. A los 14 años es dada en matrimonio a Alejandro Sforza, señor

de Pésaro y gran condestable del reino de Sicilia, y vive con él unos primeros años felices, hasta que Alejandro se ve obligado a tomar las armas a favor de su hermano el duque de Milán y entonces se aleja del hogar dejando la administración de sus Estados a su esposa, la cual se esfuerza en hacerlo todo bien y se conquista el amor de los ciudadanos. Pero cuando al cabo de seis años regresa Alejandro, viene muy cambiado. Trata a su esposa con manifiesto desvío y vive una vida escandalosa pues trae consigo una amante a la que instala en el propio palacio dando órdenes de que la trate el servicio como si fuera su esposa. Y se dice que llega a infligir malos tratos físicos a su pobre esposa y que incluso intentó matarla. Ella tomó con humildad y paciencia la adversidad y se encomendaba al Señor con confianza acatando cuanto su providencia se dignara permitir. Como la presencia de su esposa lo llena de rabia, Alejandro manda un día que se vaya a recluir con las monjas clarisas del monasterio de Corpus Domini y así lo hace, procurando vivir escondida y dedicada a la oración mientras encomendaba a Dios su causa. No terminaron ahí sus penas: el marido la acusa de mala administración el tiempo de su ausencia e incluso de adulterio. Se dice que la Virgen María se le aparece y la insta a que pida el hábito religioso en la comunidad donde está acogida. Logra la licencia del marido y con el nombre de Serafina profesa la regla de Santa Clara. Ella ofrece sus oraciones y penitencias por la conversión de su marido. La obtiene y un día ve entrar en el locutorio a Alejandro pidiéndole perdón de sus ofensas, perdón que ella otorga. Alejandro muere en 1473. Sobrevive ella cinco años, es elegida abadesa en 1475 y muere el 8 de septiembre de 1478 dejando perfumado el claustro del convento de sus ilustres virtudes, que todas las monjas pudieron comprobar. Su culto fue aprobado por el papa Benedicto XIV el 17 de julio de 1754.

BEATOS TOMÁS PALASER, JUAN NORTON Y JUAN TALBOT

Mártires († 1600)

El día 7 de septiembre de 1600 (el 9 de agosto, según la *Positio)* fueron ajusticiados en Durham un sacerdote y dos seglares, aquél por el delito de serlo, éstos por el delito de haberlo ayuda-

do. El sacerdote era Tomás Palaser (o Palasor o Pallicer), natural de Elerton-on-Swale, en Yorkshire. Tomada la decisión de ser sacerdote marchó a Reims y de aquí a Valladolid (1592), ordenándose sacerdote en 1596, siendo seguidamente enviado a Inglaterra y a poco arrestado y mandado a la cárcel de Gate House, donde estuvo entre marzo y mayo de 1597 en que pudo escapar. Tres años después fue arrestado en Ravensworth, en el condado de Durham, en casa de Juan Norton, en la que también estaba Juan Talbot, el cual, al ver que el sacerdote iba a ser apresado sacó la espada para defenderlo. Finalmente fueron arrestados los tres. Juan Norton era miembro de la antigua familia Norton Conyers del condado de York. Era hijo de Ricardo Norton, el cual participó en el levantamiento de los católicos del norte el año 1571 y como consecuencia de ello perdió sus tierras. Estaba casado en segundas nupcias con Margarita Rodshaw, la cual fue también arrestada, no llegando a ser ajusticiada con su marido por estar embarazada. Juan Talbot pertenecía a la familia de los Talbot de Thornton-le-Street en Yorkshire. Procesados en el juicio del verano de 1600 en Durham, fueron condenados a muerte. También había sido capturado con ellos otro caballero pero se libró porque accedió a ir a la iglesia protestante. Ellos podrían haber alcanzado la libertad por el mismo medio pero prefirieron ser fieles a su conciencia.

Fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS ANTONIO DE SAN BUENAVENTURA Y COMPAÑEROS

Domingo Castellet, Domingo de Nagasaki, Tomás de San Jacinto, Antonio de Santo Domingo, Lucía Luisa, Juan Tomaki y sus hijos Domingo, Miguel, Tomás y Pablo; Juan Imamura, Pablo Sadayu Aybara, Román Aybara y su hijo León; Santiago Hayashida, Mateo Álvarez, Miguel Yamada y su hijo Lorenzo; Luis Higaski y sus hijos Francisco y Domingo

Mártires († 1628)

En la llamada «Montaña de los mártires» de Nagasaki fueron martirizados el 8 de septiembre de 1628 un grupo de veinti-

dós cristianos, dos de ellos sacerdotes y religiosos, tres más religiosos no sacerdotes, y los demás, hombres y mujeres seglares. Estos confesores de la fe fueron decapitados unos y otros quemados vivos, dando todos ellos un testimonio admirable de fidelidad y fortaleza. Damos ahora sus datos:

ANTONIO DE SAN BUENAVENTURA nació en Tuy, Galicia, el año 1588, y tras hacer los estudios de filosofía en Salamanca, entró en la Orden Franciscana e hizo la profesión el 14 de julio de 1605. Habiéndose ofrecido para las misiones, partió para Filipinas en 1608 y tras terminar sus estudios de teología se ordenó sacerdote. Seguidamente realizó con gran celo su apostolado sacerdotal y se le aceptó marchar a Japón en 1618 pese a la persecución que estaba vigente en aquel país. Durante diez años pudo ejercer su ministerio, con entrega plena, sorteando dificultades, ocultándose de día y trabajando de noche. La persecución había provocado ya muchas apostasías, y fray Antonio tomó a pechos reconciliar con la Iglesia a los caídos, acompañándole la gracia de Dios pues pudo reconciliar a más de dos mil setecientos cristianos. Denunciado por un falso cristiano, el 21 de enero de 1628 caía en poder de los perseguidores, siendo llevado a la cárcel de Omura y pasando muchas miserias antes de ser llevado a Nagasaki el día de hoy y quemado vivo.

DOMINGO CASTELLET nació en Esparragueras, Cataluña, en 1592, recibiendo en el bautismo el nombre de Francisco, y cuando tenía 16 años decidió su vocación de dominico, tomando el santo hábito el 25 de octubre de 1608 en el convento de Santa Catalina de Barcelona, tomando al profesar el nombre de fray Domingo. Enviado a estudiar teología al convento de Santa Cruz de Segovia, antes de terminar sus estudios se ofreció para pasar a la Provincia del Santísimo Rosario de Filipinas y, una vez ordenado sacerdote, se le envió a este país. Llegó a Manila el año 1615 y misionó en la provincia de Nueva Segovia, aprendiendo con prontitud la lengua nativa y dedicándose con gran empeño a la predicación y la administración de los sacramentos, consiguiendo convertir a numerosos nativos. Siendo necesarios nuevos misioneros en Japón para atender a las comunidades cristianas, se ofrecio fray Domingo y acompañado del también dominico beato Pedro Vázquez marchó alla, desembarcando

ambos en Nagasaki el 22 de julio de 1621. Aprendió enseguida la lengua japonesa y se entregó por completo al apostolado, no turbándose en los mayores peligros. Con gran audacia entraba en la terrible cárcel de Omura a administrar los sacramentos a los presos cristianos y a consolarlos y confortarlos para que perseverasen en la fe. Lo mismo hacía en la cárcel de Nagasaki. En una oportunidad, entró disfrazado junto con el citado P. Pedro Vázquez, y pudieron confesar a ciento treinta confesores de la fe. Cuando supo que éste había sido cogido preso y lo llevaban a Nagasaki, con un buen disfraz salió al encuentro de la caravana y pudo acercarse al mártir, besarle la mano y dirigirle palabras de aliento. El 15 de junio de 1628 estaba reunido con numerosos terciarios dominicos, cuando fue sorprendido en casa de Lucía Freitas, siendo apresados él y muchos de sus oyentes. Llevado primero a la cárcel de Omura y luego a la de Nagasaki, que estaba convertida en una casa de cristianos, fue quemado vivo tal día como hoy.

DOMINGO DE NAGASAKI era un cristiano japonés que acompañaba como catequista al Beato Antonio de San Buenaventura, el cual lo había bautizado a poco de su llegada al Japón. Posteriormente fue admitido en la Orden Tercera seglar. Estaba en casa de su madre cuando supo que había sido cogido preso el P. Antonio el 21 de enero de 1628. Al día siguiente Domingo se presentó espontáneamente a los perseguidores diciendo ser compañero y ayudante del sacerdote arrestado el día anterior. Fue arrestado él también en el acto y enviado a la cárcel de Omura. Aquí, al encontrarse con el P. Antonio, le suplicó lo admitiese en la Orden franciscana. Así lo hizo el misionero y, pasado el año de noviciado en la cárcel, lo admitió a la profesión religiosa. El 8 de septiembre de 1628 fue quemado vivo en Nagasaki con su maestro.

ANTONIO DE SANTO DOMINGO era japonés y había nacido en 1608. Adherido al P. Domingo Castellet, fue su compañero, su catequista y su seguidor en los trabajos apostólicos. Admitido en la Orden Tercera seglar de Santo Domingo, cuando fue apresado el misionero, se presentó espontáneamente y se confesó cristiano. No se le hizo caso y él se quedó triste y lamentándose hasta que lo oyó un oficial y mandó que fuera ingresa-

do en la cárcel, donde se dice que le pidió al sacerdote el hábito dominicano. Fue decapitado tal día como hoy.

TOMÁS DE SAN JACINTO era japonés y había nacido en 1598. Era compañero y catequista del P. Castellet, con quien hizo los muchos viajes apostólicos del misionero. Estaba en la misma casa con el P. Domingo cuando éste fue arrestado y a él también lo arrestaron. Ya era terciario, pero en la cárcel pidió el hábito dominicano. Fue decapitado tal día como hoy.

LUCÍA LUISA era una cristiana japonesa que, al quedar viuda, se consagró por completo a la obra de Dios y alojaba en su casa con gran celo a los misioneros, teniendo en ella un oratorio para la celebración de la eucaristía y de los ejercicios de piedad. Ayudaba también a los misioneros instruyendo con palabra eficaz a los nuevos convertidos. Tenía ya ochenta años cuando fue arrestada y llevada a la cárcel de Omura donde halló al P. Domingo Castellet, que era su padre espiritual y al que ella había ocultado siempre que fue necesario. Pese a ser mujer y ser anciana, fue quemada viva. Era terciaria dominica.

JUAN TOMAKI y sus hijos DOMINGO, MIGUEL, TOMÁS y PABLO. Juan era un fervoroso cristiano, casado, padre de varios hijos, terciario dominico y ayudante asiduo de los misioneros en la obra catequética y en la introducción clandestina de misioneros en el país. Arrestado y llevado a la cárcel de Omura, donde halló a su amado P. Castellet, con él arrestaron a sus hijos Domingo, de 16 años, Miguel, de 13 años, Tomás, de 10, y Pablo, de 8. Con ello querían ante todo presionar al padre, amenazando que matarían a los cuatro muchachos si el padre no renegaba del cristianismo. Juan, con el corazón roto de dolor, permaneció en la fe y alentó a sus hijos a permanecer fieles también ellos porque así entrarían en el reino de los cielos. Llegados a la colina de Nagasaki, delante de Juan decapitaron a sus hijos, presenciando la terrible escena el mártir como nueva madre de los Macabeos, y luego Juan fue quemado vivo.

LUIS HIGASKI o NIFAKI y sus hijos FRANCISCO y DOMINGO. Luis era un fervoroso cristiano japonés que ponía gran empeño en catequizar a los catecúmenos y a los neófitos, y su casa era una auténtica hospedería de religiosos dominicos. Arrestado y llevado ante el juez, éste le amenazó con que degollaría a sus

dos hijos si no apostataba. El mártir persistió en su confesión de fe y fue condenado a muerte. Los tres fueron decapitados tal día como hoy.

MIGUEL YAMADA y su hijo LORENZO. Miguel era terciario dominico y prestó a los misioneros grandes servicios, porque en una barca que tenía ocultaba a los sacerdotes y los llevaba de una parte a otra. Era también catequista y trabajaba con mucho celo, instruyendo y consolando a los perseguidos cristianos. Detenido por ayudar a los misioneros, se le ofreció la vida y la libertad y la conservación de sus bienes si apostataba, y de no hacerlo se le amenazó con degollar a su hijo Lorenzo, de 3 años. El mártir se mantuvo firme, y llegado a la colina de Nagasaki vio cómo degollaban a su hijito y luego a él lo quemaron vivo. Este niño Lorenzo es uno de los más jóvenes mártires beatificados.

PABLO SADAYU AYBARA, ROMÁN AYBARA y su hijo LEÓN. Pablo y Román eran hermanos, y León era hijo de Román. Los dos hermanos, fervorosos cristianos, ayudaban a los misioneros cuanto podían y los escondían en su casa. León era ya un joven y ejercía también como catequista. Arrestados los tres, resistieron la propuesta de apostatar y fueron condenados a muerte, siendo quemado vivo el primero y decapitados los otros dos.

JUAN IMAMURA era terciario dominico y solícito ayudante de los misioneros, a los que llevaba de una a otra parte en una barca de su propiedad, y era también un celoso catequista. Arrestado, se mantuvo firme en la fe y fue condenado a muerte, siendo quemado vivo tal día como hoy. Era muy amigo de Juan Tomaki.

MATEO ÁLVAREZ, como otros cristianos japoneses, llevaba nombre español. Ofrecía su casa a los misioneros y era terciario dominico. Arrestado, confesó la fe y fue condenado a morir en la hoguera.

Todos estos mártires fueron beatificados el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX en la ceremonia de beatificación de 205 mártires de Japón.

JOSÉ CECILIO (BONIFACIO) RODRÍGUEZ GONZÁLEZ, TEODOMIRO JOAQUÍN (ADRIÁN) SAINZ SAINZ Y EVENCIO RICARDO (EUSEBIO) ALONSO UYARRA

Religiosos y mártires († 1936)

Estos beatos pertenecen al grupo llamado de los «Mártires de Almería» (cf. *Año cristiano. Agosto,* p.1168-1175).

En Almería fueron fusilados el 7 de septiembre de 1936 tres hermanos de las Escuelas Cristianas cuyo único crimen era haber querido dar religión y cultura a los hijos del pueblo, preparándolos en su escuela para abordar la vida desde presupuestos de moralidad cristiana y de cultura elemental que les hicieran capaces de ser serios, responsables y buenos ciudadanos, amén de buenos cristianos. Para quienes odiaban el cristianismo, el mérito que pudiera tener alfabetizar y dar cultura quedaba totalmente empañado por ir acompañado de un propósito religioso, ya que la religión, en cualquiera de sus manifestaciones, aun las más útiles socialmente, no podía ser tratada sino como opio del pueblo. Por ello no se libraron de la persecución ni los docentes religiosos ni los servidores de los enfermos.

Éstos son los datos de los tres mártires de hoy:

JOSÉ CECILIO (BONIFACIO) RODRÍGUEZ GONZÁLEZ nació en La Molina de Ubierna, Burgos, el 14 de mayo de 1885, benjamín de sus padres, honestos y cristianos labradores y ganaderos. Muere su padre cuando es aún niño y su madre se coloca como ama de llaves del cura de Fresdeval, más tarde se traslada a Bilbao y logra colocación para los tres hijos varones. Siguiendo el camino de su hermano mayor, Bonifacio ingresa en el aspirantado de los Hermanos de La Salle en Bugedo (14 de mayo de 1899). Pasado el tiempo es admitido al noviciado el 21 de noviembre de 1901 tomando el nombre de hermano José Cecilio; hecha la profesión entra en el escolasticado, y concluido éste es enviado sucesivamente a diversos colegios de su congregación donde se dedica a la formación de la juventud. Estuvo en los siguientes colegios: Corrales de Buelna (1903), Isla (1904), Bilbao (1906), Deusto (1907), Maravillas, de Madrid (1908), Puebla de Trives (1910), Sagrado Corazón, de Madrid (1922), Maravillas, de Madrid (1930), Sagrado Corazón, de Madrid (1931), Almería (1935). Persona de carácter sencillo y

cordial, se hizo querer de todos. Su profesión perpetua la había pronunciado el 12 de agosto de 1913. En Almería se entusiasma con la idea de dar fin a las obras del nuevo colegio que el hermano Aurelio María ha tomado con tanto empeño. Al apresarle los milicianos el 21 de julio de 1936 le dijeron: «Has construido un colegio pero ya no construirás más». Al ser exhumado su cuerpo se halló entre sus ropas una libretita en la que podían verse unas medidas que corresponden a las clases del colegio nuevo, y también unos planos del mismo. Tenía magníficas cualidades humanas: era polifacético, hábil negociador y buen organizador. En la prisión y en la hora de la muerte estuvo en plena sintonía con la voluntad misteriosa de Dios.

TEODOMIRO JOAQUÍN (ADRIÁN) SAINZ SAINZ nace en Puentedey (Burgos) el 8 de septiembre de 1907 en el seno de una familia de labradores. Su padre era además sacristán de la Parroquia de San Pelayo. En su casa respiró un clima de intensa religiosidad. Fue un chico bueno, inteligente y activo. Pasa por el pueblo un hermano lasaliano con cargo de reclutador de vocaciones, y Adrián se siente llamado a ingresar en el noviciado menor el 21 de abril de 1921. Tomaría el hábito el 5 de agosto de 1923 con el nombre de hermano Teodomiro Joaquín y al año siguiente pronuncia los primeros votos. Pasado el escolasticado, es enviado el 15 de agosto de 1926 a la Escuela de San José, de Jerez de la Frontera. Aquel año, en octubre, son beatificados los primeros mártires de la Revolución Francesa, y entre ellos el hermano Salomón, primer hermano lasaliano que alcanza el honor de los altares. El hermano Teodomiro, con su habilidad literaria, hija de su magnífica cultura en los clásicos españoles, escribe un teatro sobre la vida del nuevo beato que titula *Púrpura y Laurel.* Tiene un prólogo, tres actos y epílogo. En la escuela de San José el hermano Teodomiro da clases nocturnas a adultos, obra de extraordinaria importancia social que por entonces sacó a muchos jóvenes y adultos del analfabetismo. En 1929 es destinado al colegio de Melilla, donde encontrará varios hermanos de los que luego morirán con él mártires en Almería. Pero él va a Melilla para cumplir el servicio militar. Terminado éste es destinado a Lorca (1932). Aquel verano pronuncia la profesión perpetua (17 de agosto de 1932). El 1 de octubre de

1933 es destinado al colegio de Almería. Aquí estará hasta su martirio. Religioso de profundas convicciones, era de trato ameno y sencillo, buen profesor, celoso y prudente.

EVENCIO RICARDO (EUSEBIO) ALONSO UYARRA nace en Viloria de Rioja, provincia de Burgos, el 6 de marzo de 1907 en una cristiana familia de labradores. Recibe la primera comunión el 14 de mayo de 1916. Entra como monaguillo en la parroquia. Al abrir casa en el pueblo los Hermanos de la Salle, Eusebio fue de los primeros alumnos inscritos. Se abrió el colegio el 19 de diciembre de 1919 y el 7 de enero siguiente empezaron las clases. El trato con los hermanos fue determinante para su vocación religiosa: ingresó en el noviciado menor de Bugedo el 15 de mayo de 1920. Tres años más tarde, el 1 de febrero de 1923, recibe el hábito de La Salle tomando el nombre de hermano Evencio Ricardo, y un año más tarde pronuncia los primeros votos. Su paso por las casas lasalianas fue éste: Madrid, Casa de beneficencia (1926), Madrid, Colegio Maravillas (1928), Melilla (1929) y Almería (1934), donde estuvo hasta su martirio. En 1932 había hecho la profesión perpetua. Era un hermano muy fiel, muy coherente, cumplidor riguroso de sus deberes, buen compañero de comunidad para los demás. Era muy devoto de la Virgen María.

El papa Juan Pablo II los beatificó en Roma el 10 de octubre de 1993 con el grupo de los «Mártires de Almería».

BEATO MARINO BLANES GINER

Padre de familia y mártir († 1936)

Nació en Alcoy el 19 de septiembre de 1888. Educado cristianamente, en la juventud optó por la vida matrimonial y casó con Julia Jordá Lloret, de la que tuvo cuatro hijas y un hijo. Militante de Acción Católica y miembro de otras asociaciones cristianas, entre ellas la Adoración Nocturna, daba un ejemplo elocuente de piedad y vida cristiana. Pertenecía también a las Conferencias de San Vicente de Paúl y se volcaba en la atención a los pobres, poniendo cuantos medios le permitía su economía personal. Era también catequista en masías y caseríos distantes. Obra suya fue en 1917 el Centro instructivo católico, dedicado

a difundir la doctrina católica, también en su vertiente social. Como padre de familia era un hombre ejemplar. Fue concejal en el Ayuntamiento durante el gobierno de Primo de Rivera. Cuando al advenimiento de la República ardieron varios templos, él logró salvar del incendio el templo de San Mauro y San Francisco, hecho por el que la prensa anticatólica le dedicó duras recriminaciones. Tras el 18 de julio de 1936, le fue sugerido por sus amistades que debía esconderse, pero él confiaba en su limpia conducta y prefirió abandonarse a la providencia divina. El 21 de julio fue detenido y encarcelado, debiendo pasar un duro y penoso mes largo de detención que él sobrellevó con entereza y paciencia cristianas. En la noche del 7 al 8 de septiembre fue sacado de la cárcel y fusilado por su condición de católico militante.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO ISMAEL ESCRIHUELA ESTEVE

Padre de familia y mártir († 1936)

Nació en Tavernes de Valldigna el 20 de mayo de 1902. Educado religiosamente en su casa y en el colegio de las Hermanas de la Doctrina Cristiana, se despista un poco en su juventud durante el servicio militar pero vuelve enseguida al buen camino tras practicar los ejercicios espirituales, y opta por el matrimonio que contrae con Josefa Grau de la que tuvo dos hijas y un hijo. Era militante de Acción Católica y miembro de la Adoración Nocturna, y llevaba una vida de piedad muy profunda, recibiendo la comunión todos los días y la confesión con mucha frecuencia. Colaboraba también en el catecismo de los niños. Defendía la religión con gran entereza, no rehuyendo contestar a quienes la atacaban y recibiendo amenazas de muerte por su paladina afirmación de la fe. Detenido el 21 de julio de 1936, estuvo recluido en el ayuntamiento unos días y luego fue trasladado al Penal de San Miguel de los Reyes, de Valencia, dando un gran ejemplo de paciencia y fe activa en la prisión. Sacado de la cárcel el día 8 de septiembre de 1936, al día si-

guiente un vecino de su pueblo vio su cadáver entre los de varios fusilados.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO ADÁN BARGIELSKI

Presbítero y mártir († 1942)

Nace en Kalinowo el 7 de enero de 1903. Optó primero por la carrera militar pero en 1925 se decidió por el sacerdocio. Tras hacer los estudios en Lomza y ordenarse sacerdote, prosiguió los estudios de derecho canónico en Estrasburgo (Alsacia), pero llamado por su obispo volvió en 1931 a su diócesis. Tras siete años de coadjutor en varias parroquias, quiso entrar en la congregación de los PP. Marianos pero el obispo le negó la licencia. Llegó a estar suspendido a divinis tres días por tomar decisiones precipitadas. Enviado a la parroquia de Myszyniec, el párroco fue arrestado por los nazis, y el P. Adán, coadjutor, se ofreció a los nazis para sustituir al anciano sacerdote, lo que se le aceptó. Fue llevado al campo de concentración de Zialdowo, luego al de Gusen y por fin, en diciembre de 1940, al de Dachau. Dos años más tarde lo mataba un guardia del campo.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

BEATO LADISLAO BLADZINSKI

Presbítero y mártir († 1944)

Nació en Myslatyce, hoy Ucrania, el 6 de enero de 1908. A los 16 años entró en la Congregación de San Miguel Arcángel (21 de octubre de 1924), siendo enviado al convento de Pawlikowice, junto a Varsovia. Terminado el noviciado hizo los primeros votos el 13 de diciembre de 1928 y tres años más tarde los votos perpetuos. Tras estudiar en el seminario mayor de Przemysl, se ordenó sacerdote el 26 de junio de 1938. Volvió a Pawlikowice como docente del seminario de su congregación y de la escuela profesional, y aquí permaneció hasta que, denun-

ciado el instituto a la Gestapo, ésta lo arrestaba el 24 de mayo de 1944. Llevado a la cárcel a Cracovia, tres meses más tarde era internado en el campo de concentración de Gross-Rosen. Asignado a un grupo que trabajaba en las canteras, encontró la muerte el 8 de septiembre de 1944 al arrojarlo al fondo de un precipicio la guardia militar del campo.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

9 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Pedro Claver, presbítero, de la Compañía de Jesús, apóstol de los esclavos negros, cuyo natalicio fue ayer **.
2. En Roma, en la Via Labicana, San Gorgonio († d. 203), mártir.
3. En Sabina, en el trigésimo miliario de Roma, San Jacinto (fecha desconocida), mártir.
4. En el monasterio de Clonmacnois (Irlanda), San Ciarano o Kieran († 556), presbítero y abad.
5. En Castilla, Beata Toribia, llamada también Santa María de la Cabeza († s. XII), esposa de San Isidro Labrador *.
6. En York (Inglaterra), Beato Jorge Douglas († 1587), presbítero y mártir en el reinado de Isabel I *.
7. En Gramat (Francia), Beato Pedro Bonhomme († 1861), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas de Nuestra Señora del Calvario **.
8. En Port-Louis (Isla Mauricio), Beato Santiago Desiderio Laval († 1864), presbítero, de la Congregación del Espíritu Santo **.
9. En Bilbao (País Vasco), Beato Francisco Gárate Aranguren († 1929), religioso de la Compañía de Jesús **.
10. En Münster (Alemania), Beata María Eutimia (Emma) Üffing († 1955), virgen, de la Congregación de la Compasión **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN PEDRO CLAVER
Presbítero († 1654)

Hace algo más de doscientos años los periódicos de La Habana publicaban estos avisos en sitio destacado:

«Un mulato como de treinta años, buen cocinero, sano y con todas tachas, menos ladrón, se cambia por negro, mulas, caballos o volanta. En el almacén que era de don Juan Rincón darán razón» *(Papel periódico,* 18 de enero de 1785).

«Buena ocasión. Se vende una mulata de dieciocho años de edad, recién venida del campo, sin vicios malos, muy dócil, 500 pesos. Otra mulata de veintiséis años, casada en la villa de Santiago, con su cría de cinco meses, en 300 pesos, alcabala y escritura y sin incluir la cría».

«Adelante, señores; 200 piastras vale esta linda negra, buena lavadora, 200 piastras, señores. Vedla: es joven aún». «¿250 piastras dijo? Es suya...».

Y el dueño la empujó y siguió con ella; había comprado también un reloj de la sucesión de M. Reynoil y dos sillas. La escena sucede en *Martinica,* comienzos del XVIII.

Mercados parecidos tenían lugar en Portobello, Jamaica, Lima, Veracruz, Cartagena. Es la esclavitud de la raza de color. La trata negrera. El negocio era bueno. Un esclavo, «una pieza de Indias», se compraba en África en 1683 por ocho francos y se vendía en Cartagena en 100 pesos. Se podían permitir los negreros el lujo «de que murieran en el camino las dos terceras partes del cargamento humano».

El sordo rumor de los encadenados, el ambiente fétido «de las calas de los veleros, el dolor de un presente y el temor de un futuro sin esperanzas», que pensaban les destinaban a morir y con su sangre teñir los navíos, dan una estampa de colores crudos. Aragó fue un viajero que vio esta escena:

Allá en un salón bajo y hediondo están clavados en el suelo y en las paredes bancos negros y sangrientos. En estos bancos y sobre este piso húmedo, se sientan desnudos, hombres, mujeres, niños y alguna vez ancianos que esperan al comprador. Apenas se presenta éste en la puerta, y a una señal del amo, todo el harén se levanta, gesticula, se agita, se contrae, muge canciones salvajes, prueba de que tiene pulmones y que ha comprendido perfectamente la esclavitud. ¡Infeliz del que no trata de distinguirse de sus compañeros!, el látigo está preparado para surcar su cuerpo y hacer volar por el aire los pedazos de carne negra.

Ahora, silencio: el negocio va a tratarse, y cerrarse la venta.

—¡Eh, pst, tú, aquí...!

«Cualquiera cosa» se levanta: esa cualquiera cosa es un ser que tiene dos ojos, una frente, sesos, un corazón como vos y como Yo... ¡pero me engaño!, ese pecho no encierra un corazón; pero, por lo demás, está completo.

—Mirad «esto». (Es el amo.)

—Camina.

Y «eso» se pone a caminar.

—Ahora corre.

Y «eso» corre. Alza la cabeza, agita los miembros, patea, grita, enseña los dientes.

—Vamos, bravo. ¿Cuánto vale?

—Seis cuádruplos.

—Doy cinco. Pero ahora que me acuerdo, ¿ha pasado ya la viruela?

—Ya la ha tenido; mirad bien.

En efecto, manchas amarillas y lucientes esparcidas sobre el cuerpo negro testifican el contacto de un pequeño hierro candente, cuya cicatriz ha dejado una señal que engaña al inexperto comprador.

—Está bien; he aquí vuestros cuádruplos.

—Cantad ahora vosotros.

La cascada cae mugiendo, los compradores salen, empujando delante de ellos a puntapiés su adquisición. El amo mete su oro en una bolsa de cuero, y se coloca en la puerta para detener otros parroquianos al paso: he aquí en miniatura un mercado de negros.

Estas escenas de realismo brutal ocurrían en el Nuevo Mundo y eran eco de la gran cacería africana.

Un día del siglo XV el portugués Albiso de Cadamosto se encontró en la Costa de Oro con unos negros. «Todos —dice— corrieron a verme como una gran maravilla...; los unos cogían mis manos y las frotaban con saliva para ver si mi blancura procedía de alguna pintura o tinte que tuviera sobre mi carne...».

Más tarde hay una fecha. El 12 de enero de 1510, segundo viaje de Colón. Su majestad manda a los oficiales de Indias emplear negros. Asientos de negros..., palabras que esconden la tragedia de catorce millones de seres desplazados de sus bohíos, de su tierra nativa, de sus familiares y lanzados a un mundo nuevo. Un millón llegó a Cartagena de Indias. Era uno de los tres puertos negreros.

—Padre Claver: ¿cuántos esclavos negros cree haber bautizado?

—Hermano Nicolás: según mi cuenta, más de 300.000...

Este diálogo seco tuvo lugar hace casi cuatrocientos años en el colegio de los jesuitas de Cartagena de Indias. Al protagonista no le ha cubierto el polvo de tres siglos y medio.

En voz baja los niños de hoy, blancos y negros, preguntan a sus padres:

> «¿De quién es esa calavera que va en esa urna dorada? —Es un santo, es San Pedro Claver, y agregan: se llamó el esclavo de los esclavos negros; les quería mucho; murió en Cartagena el 8 de septiembre de 1654».

Más de tres siglos no han borrado su recuerdo. Y los niños blancos y negros unen sus rostros curiosos y se acercan al santo que vive hoy como ayer. La figura de Claver se agiganta. Es el patrono de Colombia. No se piensa que ese hombre es el libertador de una raza oprimida.

El padre Pedro Claver, cuando charlaba con el hermano Nicolás y se sometía a un verdadero reportaje, era un anciano de setenta años; le llamaban el Santo y sus ojos eran tristes.

> «Era de mediana estatura, un poco inclinado, cabeza grande, rostro descarnado, color pálido obscuro, frente ancha y rugosa cruzada por dos profundas arrugas horizontales, ojos hundidos, tristes, barba poblada, boca grande».

El hermano Nicolás González, cuyo testimonio permite reconstruir algo de la vida del santo, era un hermano coadjutor jesuita que le acompañó durante veintidós años. Fue su gran amigo y admirador: fue el testigo que dijo más cosas en el proceso de canonización. La personalidad de Claver le llenaba de estupor. En él no se realizaba la frase: «No hay hombre grande para el ayuda de cámara».

Declaró con juramento, «por lo menos hacía un acto heroico diario». Esta palabra «heroísmo», en aquel siglo XVII, tenía un sentido fuerte, sonaba a selva virgen y a sangre. Pedro Claver vivió una época brillante (1580-1654).

Habían pasado tres grandes sucesos: el Renacimiento, la Reforma y el descubrimiento de América. Era la etapa de la consolidación de fronteras, de forcejeo de fuerzas, de cimientos de imperios. Existía la magia fresca del Nuevo Mundo. El eco de las hazañas sonaba como clarín en los descendientes de Pizarro, Cortés, Quesada... El Dorado brillaba como una ilusión en los ojos ardientes de aquellos campesinos acostumbrados a domeñar una tierra gastada. El fabuloso nuevo mundo era el ideal de

las almas selectas y de los cuerpos famélicos. América fue luz de conquista terrena y espiritual. El soldado soñaba con su espada y su misión. Era la tierra nueva para los conquistadores a lo humano y lo divino.

El 15 de abril de 1610 se embarcó en Sevilla en el galeón *San Pedro* en la madurez de los treinta años el silencioso Pedro Claver. Un conquistador más en su Dorado de esclavitud.

Verdú es un pueblo catalán del valle del Urgel. 2.000 habitantes en tiempos del santo. Célebre entonces y ahora por sus ferias de mulas y sus cántaros redondos que conservan el agua fresca. Paisaje de viñedos, olivos y cereales. El horizonte es amplio en la llanura. La silueta que se destaca desde la carretera de Lérida-Barcelona es simple en su simbolismo. La torre —Verdú era una villa amurallada, militar— del homenaje, que domina el castillo, gloria de los Cerveras antes, hoy depósito de cereales, y una iglesia románica. Verdú fue durante mucho tiempo una ciudad levítica, de abadengo. Perteneció a la abadía de Poblet. Una sardana popular dice de la villa: «Brillas en primavera la púrpura con sus amapolas, en verano con el oro de tus trigales, en otoño con el rojo de los viñedos y el verde obscuro de los olivares». Verdú es gloria de dos grandes hombres: Juan Teres, que fue virrey de Cataluña, y Pedro Claver, el misionero de la Nueva Granada. Los amigos de la leyenda agregan un tercer personaje: Colom... Este apellido es frecuente entre los payeses, y un padrino de Claver calcetero se apellidaba Colom.

En la calle mayor de la villa, en una masía grande, nació el 26 de junio de 1580 Pedro Claver. Sus padres eran unos campesinos acomodados, tenían dieciocho fincas y un patronato con otras once: no pertenecían a la nobleza como se ha dicho. Los padrinos eran calceteros y canteros. Los padres del santo se llamaban Pedro Claver y Juana Corberó. Tuvieron 6 hijos, de los cuales Catalina y Catalina María murieron en la infancia, Jaime a los veintiún años. Quedaron tres: Juan Martín, el mayor; Isabel, la más pequeña, y el santo, que era el penúltimo. El jefe de la familia no era muy instruido, apenas sabía firmar, pero era de juicio recto y singular bondad; figura como albacea en muchos testamentos y fue *jurat encap* en 1601 y 1605. La fe de bautismo

que se conserva hoy día en el despacho parroquial de Verdú dice así:

> «El 26 de junio de 1580 fue bautizado Juan Pedro, hijo de Pedro Claver, de la calle mayor, y Ana, mujer de aquél. Fueron padrinos Juan Borrel, cantero, y Magdalena, mujer de Flavian Colom, calcetero, todos de Verdú. Dios le haga buen cristiano».

Dios le hizo algo más: un gran santo.

Su infancia fue la de un campesino. No tiene historia. A los diecinueve años inició su vida eclesiástica. Más tarde entró en la Compañía de Jesús. En la maravillosa isla de Mallorca se encontró con un santo anciano, San Alfonso Rodríguez. Era un místico, su figura de castellano viejo se parecía a un sarmiento retorcido por la penitencia, tenía fuego interior. Un día tuvo una visión que se refería a su amigo. Vio un trono en el cielo para Claver, «porque allá en las Indias tendría que padecer mucho».

«¡Ay!, Pedro, cuántos están ociosos en Europa mientras en América perecen tantas almas..., allá está tu misión». Pedro Claver sintió una luz en su camino y un gran ardor conquistador. Desde ese momento su alma grande soñó con el nuevo mundo. Tres ciudades de Colombia fueron el escenario de su vida:

Santa Fe de Bogotá, con sus casonas, sus patios, sus claustros viejos de San Bartolomé. Pedro Claver vivió en la capital dos años. Es el único santo canonizado que ha pisado estas calles y recorrido estos caminos.

Tunja, envuelta en su paisaje ascético y místico, dureza serena y elevación profunda. Es otra ciudad claveriana. Allí estuvo un año.

Cartagena, la metrópoli cálida de la colonia, llena de luz y de contrastes, ciudad militar, mística y popular. Por sus calles y plazas el Santo de los esclavos anduvo treinta y ocho años.

El día 20 de marzo de 1616 Pedro Claver se ordena sacerdote en la catedral de la ciudad heroica. Unos años más tarde, el 3 de abril de 1622, tuvo lugar una escena silenciosa pero trascendental. En un papel ordinario, basto, con su letra clara un poco inclinada a la derecha y con trazos rectos, escribió las palabras que se han hecho inmortales, *Petrus Claver aethiopum semper servus.* «Pedro Claver, esclavo para siempre de los etíopes» (es decir, de los negros).

Desde este momento, la vida de este hombre no será sino una cadena de sacrificios, de entregas al hermano que sufre abandonado. Olvidará todo lo brillante de la vida.

La humanidad siempre ha sido cruel; hoy hay campos de concentración, ayer había barracones negreros.

El padre Sandoval fue el primer apóstol de los negros que de una manera sistemática trabajó en Cartagena de Indias. Escribió un libro genial: *De la salvación de los negros,* que en su género es único por su valor sociológico y valiente. El galeón negrero se acerca al puerto. Ya las velas se recogen. Ha pasado el fuerte del Pastelillo y se puede oír el rumor del puerto. En el fondo del navío un terrible murmullo. Gritos de angustia, miradas ansiosas, los negreros muestran un rostro más benévolo. Ha llegado una tercera parte de su mercancía y hay interés en que dé buena impresión. «Rían, esclavos..., rían».

> «Cautivos estos negros con la justicia que Dios sabe —dice Sandoval— los echan luego en prisiones asperísimas, de donde no salen hasta llegar a este puerto de Cartagena. A veces llegan doce o catorce navíos al año, hediondos, y les da tanta tristeza y melancolía por la idea que tienen que les traen para hacer aceite de ellos o comérselos, que mueren un tercio de la navegación. Vienen apretados, asquerosos y tan mal tratados que me certifican los que los traen que vienen de seis en seis con argollas en el cuello, con grillos en los pies de dos en dos, de modo que de los pies a la cabeza vienen aprisionados. Debajo de la cubierta, cerrados por fuera, donde no ven sol ni luna, que nadie puede atreverse a meterse allá sin marearse ni resistir una hora.
>
> Comen cada veinticuatro horas, no más que una mediana escudilla de harina de maíz o de mijo o millo crudo y con él un pequeño jarro de agua, y no otra cosa sino mucho palo, mucho azote y malas palabras.
>
> Con este tratamiento llegan unos esqueletos, sacándolos luego a tierra en carnes vivas, pónenles en un gran patio corral, acuden luego a él innumerables gentes, unos llevados de la codicia, otros de curiosidad y otros de compasión; éstos son los misioneros, y aunque van corriendo, siempre hallan algunos muertos».

Página terrible de un testigo, del maestro y antecesor de San Pedro Claver. Él mismo confiesa que, ante esta humanidad repugnante, sentía espasmo y su naturaleza quería huir.

Sólo se conserva un retazo de carta del 31 de marzo de 1617. De ella son estas líneas:

> «Ayer saltaron a tierra un gran navío de negros de los Ríos de Guinea. Fuimos allá cargados de naranjas, limones, tabaco. Entramos en sus barracones, remeros de una y otra parte. Fuimos rompiendo hasta llegar a los enfermos, de que había gran manada echados en el suelo, muy húmedo y anegadizo. Echamos manteos fuera, terraplenamos el lugar, llevamos en brazos a los enfermos...».

La sociología de Claver no era complicada ni recargada de incisos. Tuvo un amor supremo: «Señor, te amo mucho, mucho...». Una voluntad de acero: cuando el cuerpo se rebelaba ante una llaga abierta, ante el horror de un leproso hecho pedazos, su rostro demacrado y amarillento como las olivas de su pueblo se encendía, sacaba una disciplina que termina en pequeños pedazos de hierro y allí mismo, ante el enfermo, desgarraba sus carnes magras. «Así, así, pues ya verás», y la tempestad pasaba. Su rostro, como el mar Caribe que lamía los muros de su cuarto, se volvía sereno y se inclinaba al enfermo, besaba una y otra vez sus llagas, «hasta dejarlas limpias con sus propios labios».

El hermano Nicolás, su compañero de veintidós años, dice:

> «Yo le acompañé —declara en el proceso—, la enferma está en un cuarto oscuro, hacía un calor terrible y un hedor insoportable. A *mí se me alborotó el estómago y me caía por tierra*. El padre me dijo: "Retírese, hermano mío", y vi sus labios en las llagas de la pobre esclava negra».

Una vez, una enferma no pudo soportar esta postración y gritó con angustia: «No, no, mi padre, no hagáis esto». Pocas veces la tierra ha visto a un hombre amar tanto a unos seres rotos y abandonados, como el padre Claver.

El capitán Barahonda testifica: «Y los negros a su vez le amaban, pues les tenía mucho amor y siempre que lo veían iban a besarle la mano y se postraban arrodillados en su presencia».

Un día cualquiera de 1622 a 1654. La escena era muy conocida en el colegio de San Ignacio, situado junto a las murallas, a pocos pasos del desembarcadero de los esclavos. Un mensajero llegaba jadeante al cuarto de Claver. El santo había prometido oraciones especiales al que diera la primera noticia. Gran don. Su cuarto era muy pobre: una silla desvencijada, una cama con una estera, y allá en el rincón —cosa singular—

una despensa abastecida: naranjas, limones, tabaco, aguardiente o aguafuerte.

Al primer anuncio todo es movimiento. Los intérpretes negros «su brazo derecho»; uno, llamado Calapino, hablaba doce lenguas de África. ¿Sus nombres? Andrés Sacabuche, Aluanil, de Angola; Sofo y Yolofo, de Guinea; Viafara Manuel y Juan Moniolo... y con ellos el hermano Nicolás González, el viejo amigo. Al puerto, pronto. Cada uno con su carga. Decía Pedro Claver: «Navío de negros ha venido, es necesario anzuelo».

Su facha era singular: una bolsa de cuero amarrada al brazo izquierdo, en ella un revoltijo: un manual eclesiástico, los cirios, aceite santo, una cruz, tabaco, vestidos...

El padre Claver era melancólico en sus últimos años, pero su natural era colérico. Había sufrido mucho y visto mucha miseria. Allá se veían en la borda unas figuras negras, él saludaba con ansia. A veces no esperaba, tomaba la primera barquichuela que encontraba. El espectáculo era triste: en el ambiente fétido, mezcla de pez y desperdicios, un rebaño de seres desnudos; en su mirada, el recuerdo de un pasado de horror y terror indisimulado.

Pensaban que les iban a matar y por eso gritaban en su lengua aguda. ¿Habría llegado la hora de la matanza? «No temáis —gritaban los intérpretes—, es el padre Pedro; él os ama». Y Claver, en la imposibilidad de hacerse entender en todas las lenguas, les iba abrazando uno a uno, era el lenguaje común. Primero a los niños moribundos: «Yo te bautizo», y allí mismo muchos volaban a la eternidad. Luego los enfermos. A veces un sorbo de aguafuerte les hacía volver en sí. Claver era muy humano para los demás, sólo para él reservaba el rigor. Su cuerpo estaba lleno de cilicios «desde los dedos del pie al cuello». El hermano Lomparte dijo un día:

> —¿Qué es eso, padre? ¿Hasta cuándo ha de tener amarrado el borrico?
>
> —Hasta la muerte, hermano —fue la respuesta.

El borrico era su propio cuerpo atormentado.

Y seguía la gran carrera de la caridad. La catequesis maravillosa; cinco, ocho horas en lóbregos barracones. El bautismo, 300.000. La rudeza de los hospitales donde su cuerpo y su alma

se entregaban. La idea fija de la liberación de sus «señores esclavos». Éste fue Claver durante cuarenta años. El santo heroico. El maravilloso santo de Cartagena que hacía milagros con su Cristo de madera y sabía poner esperanzas en los que habían llegado de África sin ellas. Tuvo contradicciones. Le llamaron ignorante. «Él prefería a sus negros, y las señoras de Cartagena doña Isabel de Urbina y doña Mariana de Delgado debieron aguardar horas en la fila de esclavas que esperaban junto al confesonario del padre Claver». Dice un intérprete: «Tenía gran compasión de estas pobres negras que no tenían a nadie. Para las otras no faltaban confesores».

Misterios de la vida y de la ingratitud humana. El padre Claver cayó un día paralítico, «entró, después de una misión en Tolú, al colegio con el color del rostro más pálido, las facciones desencajadas, las fuerzas débiles». Estaba herido de muerte.

Cuatro años en este aposento que visitan hoy los turistas en Cartagena de Colombia, allí, junto al rumor del mar Caribe. El dinámico estaba inmóvil. El santo de la caridad estaba abandonado. Todos habían huido y sólo el negro Manuel estaba a su lado. El negro Manuel, sin embargo, era esclavo nuevo. Le hizo sufrir mucho y no se quejó. Él mismo confesó luego que le dejaba sin pan ni ración. No quería vestirle, le gobernaba a empellones y sólo pudo notar que cuando bajaba a la cocina el anciano paralítico, con su mano temblorosa, tomaba una disciplina sobre sus carnes moribundas. «Más merecen mis culpas», solía decir. Era la suprema purificación del abandono y el olvido.

Y llegó un día, 6 de septiembre de 1654, en que un murmullo potente se oyó en la ciudad. Despertaba de un sueño de olvido. ¿Qué sucedía? El santo muere. El santo muere. Y ante el moribundo empezó la apoteosis más gigantesca que los hombres hayan conocido. El 7 de septiembre perdió el habla y el día 8, entre «la una y las dos de la mañana —dice el padre Arcos, su superior y testigo—, sin hacer acción ni movimiento alguno, con la misma paz, tranquilidad y quietud que había vivido, dio su alma a Dios».

El hermano Nicolás escribía sublimemente más tarde:

> «Quedó con el mismo semblante que siempre tuvo. Y yo conocí que había muerto porque de repente se le mudó la cara pálida y muy macilenta en un esplendor y belleza extraordinarias; conocí

que su alma gozaba de Dios separada del cuerpo. Me arrodillé, besé sus pies muertos, muy bellos y muy blancos, y lo mismo hicieron los que estaban allí, sacerdotes, españoles, moros...».

Han pasado tres siglos y medio desde aquel día memorable. San Pedro Claver no es para su ciudad, Cartagena, ni para el mundo un personaje muerto. Vive irradiando beneficios y amor. Sus reliquias van triunfales por los caminos de Colombia y en su santuario de Cartagena pasan todos los años más de 100.000 personas venidas de todo el mundo.

Hoy se oye también la palabra maravillada: «El santo, el santo». Es el patrono de todas las misiones con negros, el patrono de los obreros de Colombia, en especial. Es una de las mayores figuras del mundo hispánico. «El primer misionero del siglo XVII» (Astrain). «Columna inexpugnable de la Iglesia» (Tarraconense). «Su nombre queda grabado con letras de oro en la historia» (Pastor). «La vida que más nos ha impresionado después de la de Cristo» (León XIII).

Margarita era una esclava negra de Caboverde; su dueña era la gran señora cartagenera doña Isabel de Urbina, devotísima de Claver. La esclava era predilecta del santo, pues le ayudaba a cocinar platos especiales para los leprosos de San Lázaro y en los últimos días ella preparaba, por mandato de su ama, algo nuevo para el moribundo. En la mañana del 8 de septiembre doña Isabel se acercó llorosa a la esclava. Leyó en sus ojos la noticia. El padre Pedro había muerto. «Margarita —le dijo—, desde hoy eres libre». Abrió sus grandes ojos y cayó en los brazos de la gran señora. Sintió dolor por su libertad. Era la reconciliación simbólica de dos razas sobre la tumba de Claver.

Ésta es una de las mayores grandezas de este santo. Fue el libertador de una raza, sobre todo porque supo infundir en aquellas almas desgarradas un ideal de esperanza. Les enseñó a reír de nuevo con esa risa fresca de la raza de color. En estos tiempos de inquietudes, de odios, de egoísmos, San Pedro Claver trae un mensaje.

ÁNGEL VALTIERRA, SI

Bibliografía

ASTRAIN, A., SI, *Historia de la Compañía de Jesús en la asistencia de España,* t.5 (Madrid 1911).

CASSANI, J., SI, *Historia de la Provincia de la Compañía de Jesús del Nuevo Reino de Granada. Memoria de algunos varones ilustres* (Madrid 1741).

FERNÁNDEZ, J., SI, *Apostólica y penitente vida del venerable P. Pedro Claver, sacada principalmente de informaciones jurídicas hechas ante el Ordinario de la ciudad de Cartagena de Indias...* (Zaragoza 1666).

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Beatificationis et canonizationis Ven. Servi Dei Petri Claver* (Roma 1696).

SANDOVAL, A. DE, SI, *Naturaleza, policía sagrada i profana, costumbres i ritos, disciplina i catechismo evangélico de todos los etíopes* (Sevilla 1627).

SUÁREZ DE SOMOZA, J. (ed.), *Vida del venerable y apostólico padre Pedro Claver de la Compañía de Jesús... atribuida al P. Alfonso Andrade, S.I.* (Madrid 1657).

VALTIERRA, A., SI, *San Pedro Claver: el Santo que libertó una raza. Su vida y su época* (Bogotá 1951).

— *El esclavo de los esclavos: San Pedro Claver, SJ. Tercer centenario de su muerte (1654-1954)* (Bogotá 1954).

• Actualización:

LAMET, P. M., *Un cristiano protesta: Pedro Claver (1580-1654)* (Barcelona 1980).

PICÓN SALAS, M., *Viaje al amanecer: Pedro Claver, el santo de los esclavos* (Barcelona 1980).

VALTIERRA, A. - HORNEDO, R. M.ª DE, *San Pedro Claver, esclavo de esclavos* (Madrid ²1997).

BEATA MARÍA EUTIMIA (EMMA) ÜFFING

Virgen († 1955)

He aquí una persona sin relieve, sin grandiosidad, sin historia. Y sin embargo, el papa Juan Pablo II la sube a los altares el día 7 de octubre de 2001. Junto a otros seis siervos de Dios, el Papa la beatifica y la pone como ejemplo de amor para todos nosotros. Dijo así Juan Pablo II en aquel día:

> «La beata sor Eutimia, religiosa de la Misericordia, se dedicó al cuidado de los enfermos, en particular de los prisioneros de guerra y de los trabajadores extranjeros. Por esta razón, la llamaban también "mamá Eutimia". Después de la guerra debió encargarse de la lavandería, en vez de la asistencia a los enfermos. Hubiera preferido haber atendido a los hombres más que a las máquinas; sin embargo, siguió siendo una religiosa compasiva, que tenía para todos una sonrisa y una palabra amable. Así expresaba su deseo: "El Señor debe servirse de mí y convertirme en un rayo de sol que ilumine todos los días". Vivió según el lema "cualquier cosa que hagamos, somos siempre unos siervos inútiles, pues hemos hecho lo que teníamos que hacer" (Lc 17,10). Su grandeza reside en la fidelidad a lo pequeño».

Hay diversidad de santos. Hay diversidad de dones. Hay diversidad de colores, flores, árboles y seres humanos. Eutimia era una flor de la alta montaña; una perla perdida en el mar. Y por ser así, el papa Juan Pablo II la puso en los altares. A veces nos cuesta entender dónde está la verdadera santidad; sin brillo, sin títulos y sin dinero.

Pero lo difícil en esta mujer es seguir sus pasos precisamente en Alemania y precisamente durante las dos guerras mundiales. Le tocó de todo. Porque una enfermera siempre tiene trabajo, pero una enfermera en la segunda guerra mundial tiene para morirse de trabajo, de sufrimiento y de pena.

Es bueno recorrer los años en que ella vivió.

Nació el 8 de abril de 1914, en Halverde, Steinfurt (Alemania). Empezaba entonces la primera guerra mundial, que duró hasta el 18. Cuatro años en que Alemania, vencida, quedó aplastada por los acuerdos internacionales.

En 1915, los franceses pusieron en los aviones, por primera vez, ametralladoras que disparaban a través de la hélice en acción. En 1916, Hitler es herido de guerra. En 1917 ocurre la revolución rusa. Y Estados Unidos entra en la guerra mundial. En 1919 se celebra el tratado de Versalles. Fechas impresionantes, como se ve. Eutimia era una niña, pero tendrá que vivir pendiente de todos estos acontecimientos.

Cuando Eutimia tiene 7 años, Hitler es presidente del partido nazi. Sobre Alemania se ciernen negras nubes. En 1922 Hitler es encarcelado. Diez años más tarde se nacionaliza alemán, porque era austríaco. Y sufre nueve meses de cárcel. Al año siguiente, es canciller de Alemania.

Eutimia siente su vocación en esos años, en 1928, con 14 años de edad. Y es admitida en el Instituto de las religiosas de la Misericordia en 1934, cuando tiene 20 años.

El año 1936 Hitler militariza Renania, en contra de los acuerdos de Versalles. En 1938 anexiona Austria a Alemania con unos acuerdos pacíficos.

Ese mismo año entra en los Sudetes (Checoslovaquia) y hace un pacto con Rusia para repartirse Polonia. El 1 de septiembre de 1939 Alemania invade Polonia y comienza la segun-

da guerra mundial. Inglaterra y Francia declaran la guerra a Alemania dos días después. Alemania invade Finlandia.

Eutimia tiene 25 años. Lleva cinco años de religiosa y atiende a los enfermos y heridos que le llegan de todas partes. Ella no mira la nacionalidad ni las estrellas de los militares. Atiende a los enfermos y heridos con la cruz de Cristo en la mano y el amor de Dios en sus labios. Es una santa.

En mayo de 1940 empiezan los ataques de Alemania a Francia. El 14 de junio de 1940 Hitler entra en París. El 16 de julio, Alemania hace el primer ataque aéreo a Inglaterra. Dos meses más tarde (15 de septiembre) Eutimia emite sus votos perpetuos.

Su patria invade, en mayo, Bélgica, Luxemburgo y Holanda. Alemania se traga el mundo. Y Eutimia es una pobre enfermera que cuida a sus heridos. En una Alemania asesina, hay también personas maravillosas.

En ese mismo año (1940) Alemania acorrala a las fuerzas aliadas en Dunkerke y éstas tienen que huir por el mar como peces asustados. Y lo peor de todo, ese mismo año empieza a funcionar la máquina asesina de Auschwitz. La ha montado el comandante Rudolf Hess bajo los mandos de Hitler. También ese año Alemania invade Dinamarca y Noruega.

En 1941, mientras Eutimia cuida a sus enfermos con desvelo, en el campo de la muerte de Auschwitz se empieza a emplear el ziclón B que sirve para matar seres humanos como si fueran ratas. Luego, se queman sus cadáveres en los hornos crematorios. El horror invade Alemania y sus alrededores.

Ese mismo año Hitler, el insensato cabo de la primera guerra mundial, empieza la campaña del Este. Quiere llegar hasta Moscú, pero se encuentra con la nieve y los hielos de las estepas rusas. No se acordaba de que a Napoleón le había ocurrido años antes exactamente lo mismo.

El año 1942 (20 de septiembre) los alemanes están a las puertas de Stalingrado. Pero el 2 de febrero de 1943 los rusos hacen allí mismo una redada de 330.000 soldados alemanes y la guerra empieza a poner marcha atrás.

Mientras tanto, a Eutimia le llegan enfermos y heridos a centenares. Y atiende a todos con virtud heroica.

El año 1943 se lanzan los bombardeos aliados a Berlín y a toda Alemania. Nuevos heridos, miles de heridos para Eutimia. Va pasando el tiempo. Los alemanes inventan los misiles V 1 y V 2. Parece que quieren resucitar de sus cenizas.

En 1944 se monta el desembarco de Normandía: 6 de junio. Salió el sol por donde menos se lo esperaban los alemanes.

El 4 de mayo de 1945 aparece el cadáver de Hitler. El 9 se declara terminada la segunda guerra mundial. Eutimia tiene 31 años de edad.

Al terminar la guerra, Eutimia es destinada a trabajar en la lavandería del hospital. Ella, que no era muy fuerte de cuerpo, es destinada a trabajos más suaves. Pero se dedica a todo y atiende a los enfermos que vienen a sus manos. Y encima de todo eso, le queda tiempo para estar horas enteras ante el Sagrario, el amor de su vida, el amor de sus amores.

El 9 de septiembre de 1955, cuando tenía 41 años, en Münster (Alemania), en medio de una enfermedad que le produce intensos dolores físicos, muere esta religiosa, víctima del amor que ha repartido a manos llenas. Ella había repartido amor, mientras el mundo, que se volvía loco, mataba sin compasión a millones de seres humanos.

Eutimia, flor de invierno, luciérnaga en la noche, madre de todos.

FÉLIX NÚÑEZ URIBE

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Monasterien. Canonizationis servae Dei Mariae Euthymiae Üffing sororis professae Congregationis a Compassione (1914-1955)* (Roma 1986).

Guerras del siglo XX, 3 vols. (Barcelona 1994).

BEATO PEDRO BONHOMME

Presbítero y fundador († 1861)

En la Francia conocida como tierra de santos, concretamente la diócesis de Cahors, prefectura del *Lot en Quercy*, línea de París-Toulouse por Capdenac, el viajero puede admirar la ciudad de Gramat, cuyos orígenes se remontan al alba de los tiempos

según testimonio de túmulos y dólmenes. Se trata de una villa de comerciantes sobre la ruta de peregrinación de Rocamadour, segundo enclave del turismo francés después del Monte Saint-Michel que domina el valle del Dordoña. Rocamadour es todo un santuario cuya creación se remonta al siglo XI, con espléndidas casas medievales colgadas de la roca, y sucesión de capillas y terrazas. El viajero se halla en la región *Midi-Pyrénées,* famosa de cuando la guerra de los Cien Años entre Francia e Inglaterra (siglos XIV y XV), cuyos habitantes, para protegerse de fuerzas hostiles, se construyeron ciudades fortificadas, las famosas *bastidas,* cerca de 500 en la región, muchas de las cuales son hoy escalas del camino que conduce a los peregrinos a Santiago de Compostela, en España.

Gramat es una villa pequeña, de atractivo casi meridional, que vive al ritmo de las estaciones y de los equinoccios, distante 46 kilómetros de Lot, 56 de Cahors, y 550 de París. Allá por los albores del XIX hubo entre sus habitantes un hogar cristiano, el humilde y honestísimo matrimonio formado por José Bonhomme, artesano él, algunos biógrafos dicen que armero, y Antonia Darnis, donde vino al mundo el 4 de julio de 1803 nuestro Beato Pedro Bonhomme (1803-1861), sacerdote diocesano con el correr del tiempo y fundador de la Congregación de Hermanas de Nuestra Señora del Calvario. Ese mismo día se le administró el bautismo. Por entonces pesaba todavía en el *Causse del Quercy* la devastación del convulso período de la revolución francesa: quedaba, era natural, un clero envejecido, y el Seminario mayor aún estaba por abrir sus puertas, y las necesidades apostólicas en aquel departamento, entonces con unos 250.000 habitantes, eran inmensas. A Pedro Bonhomme se le pueden aplicar las palabras del Sirácida: «en su vida reparó la casa, y en sus días fortificó el santuario» (Eclo 50,1).

Despuntan en Pedro niño las actitudes y disposiciones de ánimo que brillarán cuando sea mayor: afán de estudio, facilidad discente y docente, hondo sentimiento religioso, tendencia a la simplicidad y a la pobreza. En la noche de la Natividad del Señor del 1813, con diez años no más, casi un siglo antes de que llegue la comunión frecuente de San Pío X, recibe por primera vez el Pan de los Ángeles. Apasionado por Cristo y por la in-

mensa misión salvífica de las almas, y joven aún, decide: «seré sacerdote». Cursa los primeros estudios con el párroco de Gramat, y desde 1815 a 1818 frecuenta la escuela presbiteral de *Reilhac,* un caserío del entorno donde un sacerdote reunía a los jóvenes, pues los seminarios, insisto, aún estaban cerrados desde la revolución francesa. No bien llega la reapertura al menor de Monfaucon, Pedro ingresa allí el 1 de noviembre de 1818. Al mayor pasará el 2 de noviembre de 1824 con el diploma de Bachiller que ese mismo año le ha extendido el Colegio Real de Cahors. Tras las órdenes menores y el subdiaconado, suena la hora de la ordenación diaconal ese mismo año de 1827 en Montauban, y funda en Gramat un colegio para chicos. El 23 de diciembre de 1827 llega en Cahors, por fin, la imposición de manos del presbiterado.

La verdad es que Pedro tuvo la grandeza de rehusar noblemente una bolsa de estudios que le brindaba a título de alumno eclesiástico la dirección del Liceo: todavía indeciso sobre su futuro, no quiso quitar el puesto a otra vocación segura. Precisamente a causa del alto concepto que ya tenía de la vocación sacerdotal, y puesto que aún notaba en su interior fuerte inclinación a los juegos y diversiones, había preferido esperar a ver dominadas tales tendencias antes de emprender de forma responsable la escarpada senda del sacerdocio. De ahí también que, para disponer de un período mayor de madurez, no pase directamente del pequeño seminario de Montauban al mayor de Cahors. Prefiere frecuentar el Colegio Real y sacar antes el susodicho bachillerato en letras.

A partir de su ordenación sacerdotal, las pruebas de extraordinario dinamismo en Pedro son constantes: abre un Colegio en Gramat para varones y al año siguiente otro en Prayssac; ayuda a los sacerdotes ancianos de dos parroquias de Gramat y crea el grupo de las «Hijas de María», movimiento de espiritualidad para jóvenes y primera obra suya: la necesidad de instrucción y formación en los jóvenes, que allí brilla por su ausencia, se le hace, si cabe, más apremiante. Nombrado párroco de Gramat el 12 de septiembre de 1832, descubre la miseria de pobres, ancianos y enfermos y la precariedad de medios para erradicarla. Invita a las jóvenes a que le ayuden en las visitas, los cuida-

dos, los socorros materiales y espirituales, y muy pronto, de acuerdo con la Oficina de Beneficencia del pueblo a la que no ha tardado en afiliarse, decide construir un Hogar. De este proyecto nace en 1833 la Congregación de Hermanas de Nuestra Señora del Calvario. Era entonces costumbre pedir una comunidad religiosa para abrir un Hogar. Él no la encuentra, es cierto, pero, visto el fervor y la entrega del grupo «Hijas de María», invita y forma a éstas para que sean religiosas. Sale así al encuentro del íntimo deseo de las jóvenes por consagrarse a Dios.

Cuatro gramatenses, Hortensia y Adela Pradel, Cora y Matilde Rousset, componen el primer eslabón de una cadena ininterrumpida hasta hoy. Hacen en Rocamadour, el ya referido lugar de peregrinación mariana, un retiro de discernimiento de ocho días, que concluye con su primer compromiso. Luego de algunos meses en Cahors, al objeto de formarse en diversas congregaciones, regresan a Gramat para vivir en comunidad y ponerse al servicio de los niños y los pobres. En 1833 pronuncian los primeros votos y treinta años más tarde, a la muerte del Fundador, son más de doscientas y las comunidades se han multiplicado en el Lot y más allá, al servicio de los niños y jóvenes (catequesis, instrucción y formación), las parroquias; los pobres y enfermos (cuidados a domicilio, obras sociales); los marginados de la época (sordomudos, enfermos mentales).

Antes de emprender este quehacer misionero, Pedro Bonhomme se tomó un tiempo para reflexionar. Sus múltiples actividades no le impidieron experimentar con un ritmo de vida prácticamente monástico, que procuró seguir fielmente, a base de oración y trabajo para mejor contribuir a la gloria de Dios y a la salvación de las almas. Probó en 1836 con un retiro en la Trapa de Mortagne. Y es que sentía por dentro el irresistible tirón de la vida religiosa, en concreto de los Carmelitas, a cuyo noviciado quiso acudir arrastrando consigo a dos compañeros, con el propósito de regresar más tarde a Gramat formando una Comunidad carmelitana. Pero el obispo de Cahors, mons. d'Haupoul, le quitó la idea de la cabeza en 1837. Pedro Bonhomme entonces se sometió humilde y obediente, y no cesó de colaborar leal y activamente con el grupo de misioneros diocesanos en Rocamadour, a cuyo frente monseñor Bardou, el nuevo obispo, puso de superior al P. Jouffreau.

Despliega Pedro por este tiempo un desbordante servicio parroquial. Predica numerosas misiones en el Lot y en el Tarn y Garonne: unas sesenta en diez años. Duran entre una y tres semanas: con gran éxito de asistencia, número de confesiones y conversiones. Nace así la fama de *gran orador popular* que a partir de un contenido muy clásico —las grandes verdades (muerte, juicio, pecado, infierno, cielo y los diez mandamientos)— sabe conmover, hacer llorar, pero sobre todo convertir y reconducir al compromiso cristiano a numerosos paisanos de buena voluntad y jóvenes para su Congregación. Predica en dialecto, con fuerza, siempre. Se revela extraordinario ministro de la Reconciliación. Busca fuerza e inspiración a los pies de Nuestra Señora de Rocamadour, por cuya intercesión recupera la voz tras haberse quedado completamente afónico durante un retiro en la Parroquia de Gramat. Allí también, el P. Caillau, sacerdote de las Misiones de Francia y restaurador de las peregrinaciones, le pide que inaugure en 1835 las semanas mariales de septiembre. A partir de entonces se vuelca en restaurar la Peregrinación de Nuestra Señora de Rocamadour, a 10 kilómetros de Gramat.

Después de diez años evangelizando por las aldeas —había sido nombrado en 1842 canónigo de la iglesia catedral de Cahors—, un buen día de 1848, durante la misión de Puy l'Évêque, un pueblo del Lot, se le apaga definitivamente la voz, muy débil desde su juventud, y tiene que renunciar al ministerio de la palabra. Desaparece el misionero diocesano, pero queda el fundador, entregado hasta el final en extender el Reino de Dios. Cuenta entonces su congregación con 61 religiosas en distintas comunidades de las parroquias rurales para la educación de los niños y el cuidado de los enfermos.

En 1844, había enviado una comunidad para prestar un servicio en el hospital psiquiátrico del departamento, en Leyme, y sostuvo a las hermanas en tarea tan difícil mediante frecuentes visitas. Toma conciencia de la suerte de los enfermos mentales que la medicina no llegaba a tratar como hoy, y cuando en París encuentra al dr. Falret, médico en la Salpetrière, que le pide hermanas para atender un asilo de día para «los alienados convalecientes e indigentes», decide concretar esta fundación. Las hermanas llegan a Grenelle (París) el 1 de julio de 1856. Pri-

vado de voz por su enfermedad de laringe, el siervo de Dios Bonhomme experimenta diariamente dificultades para comunicarse con el entorno. Durante las misiones descubre en los pueblos del campo inválidos, sordomudos, privados de comunicación, de educación y con frecuencia excluidos. Su enfermedad lo vuelve más sensible al discapacitado. Desea prodigarse en ello, hacerles accesibles a la Palabra, conocer el amor de Dios.

En octubre de 1854 abrió la primera escuela para sordos en Marynhac-Lentour (Lot) y en 1856 envió Hermanas a París, calle de Postes, con la encomienda de abrir un asilo para sordomudos, a requerimiento del Padre Lambert, capellán del Instituto Imperial de Sordos. Durante este último período de su vida, nuestro hombre de Dios trabajó en la redacción de la Regla del Instituto que puso bajo la protección de Nuestra Señora del Calvario, dándole a María al pie de la Cruz por madre y modelo. Antepuso al texto de las constituciones un comentario de las Bienaventuranzas. Él mismo había fundado su vida sobre el Evangelio: «Mi modelo será Jesucristo y uno se complace en parecerse a quien ama».

Este apasionado servidor de Jesucristo sufrió la negra prueba de la persecución hasta en su natal Gramat, donde no le ahorraron críticas, ni calumnias, ni burlas durante los primeros años del ministerio, algo que a él, tan sensible en la vida, delicado en la amistad y compasivo en las penas, le marcó profundamente. En estrechísima comunión con la pasión de Cristo, vivida con el Vía Crucis, que él hizo erigir por docenas durante sus misiones en las Iglesias parroquiales. Su filial confianza en María le arrastró peregrino a menudo por la ruta de Rocamadour, rosario en mano: «Mi apoyo, mi todo junto a Dios, eres tú, Santa Virgen María. Pongo mi salvación en tus manos», era su acostumbrada oración, y la del último encuentro en aquel santuario, adonde sólo tres días antes de morir, todavía tuvo arrestos para trasladarse a pie.

Le sobrevino la muerte en la tarde del 9 de septiembre de 1861. Había dicho muchas veces: «Quiero que mis hermanas sean aptas para todas las necesidades que reclama la humanidad y que sean así hasta el fin del mundo». Hoy la congregación está extendida no sólo en Francia, sino también por Brasil, Argenti-

na, Paraguay, Costa de Marfil, Guinea y las Filipinas. Las necesidades apostólicas actuales son distintas, pero no menores que las de 1830. Empezó el proceso diocesano en 1952, y el 22 de octubre de 1955 pasó a la Sagrada Congregación de Ritos, sección histórica, cuyos consultores se pronunciaron a favor el 2 de febrero de 1977. Fueron numerosas las etapas hasta el reconocimiento de un milagro. En 1965 salió aprobado el decreto sobre sus escritos. Constituido legítimamente el postulador de la causa, ésta fue introducida con las bendiciones de Juan Pablo II el 15 de marzo de 1980. El 5 de noviembre de 1986 un congreso de teólogos examinó las virtudes del siervo de Dios y el 6 de octubre de 1987 el mismo Papa autorizó el título de venerable, promulgando el 23 de octubre de 1987, año mariano, el correspondiente decreto *super dubio.* El 23 de octubre de 1997, Juan Pablo II daba luz verde al decreto sobre virtudes teologales y cardinales.

Para milagros la postulación de la causa presentó el caso de una prodigiosa recuperación de Fernando Gomes de Melo, niño de dieciocho meses que el 27 de enero de 1973, de la barquita donde estaba había caído a las aguas del río Mamoré, de las que horas después, tras la invocación de varias hermanas de la congregación al siervo de Dios, fue sacado ileso. El caso pasó el año 2000 al examen de la congregación, donde fue aprobado por decreto de causas de los santos el 27 de octubre del mismo año. El consejo de médicos dio el plácet en la sesión del 23 de mayo de 2001, y a él se sumó el de los teólogos el 17 de noviembre del mismo 2001. Y el de los cardenales y obispos, en la sesión ordinaria tenida el 15 de enero de 2002, haciendo de ponente mons. Salvador Boccaccio, obispo de Frosinone-Veroli-Ferentino. El 23 de abril de 2002 Juan Pablo II firmaba el decreto de beatificación, celebrada solemnemente en Roma el domingo 23 de marzo de 2003.

Una gracia muy grande para la diócesis de Cahors, con este primer sacerdote suyo beatificado. El Papa incrementaba ese día su palmarés: 1.308 beatos en los entonces casi 25 años de pontificado, y 464 nuevos santos. Durante el acto recordó que la santidad es posible, por mucho que sea camino arduo. Junto a Pedro Bonhomme subieron a los altares también la Madre Ma-

ría Dolores Rodríguez Sopeña y Ortega (1848-1918), española, virgen, fundadora de las Hermanas del Instituto Catequista; Madre María Caridad Brader (1860-1943), virgen, fundadora de la Congregación de las Hermanas Franciscanas de María Inmaculada; Madre Juana María Condesa Lluch (1862-1916), virgen, fundadora de la Congregación de las Siervas de María Inmaculada, protectoras de las trabajadoras; y Ladislao Batthyany-Strattmann (1870-1931), laico, padre de familia húngaro, conocido como el «médico de los pobres». Los españoles, latinoamericanos (sobre todo colombianos) y húngaros eran particularmente numerosos. Entre ellos, el presidente húngaro Ferenc Madl, y Otto de Habsburgo, anciano de 90 años, hijo del último emperador austro-húngaro.

> «La meditación de la Escritura —dijo el Papa resumiendo la espiritualidad del nuevo beato— fue la fuente incomparable de su actividad pastoral, en particular de su atención a los pobres, enfermos, sordomudos y personas impedidas».

A ejemplo suyo podemos decir también nosotros, insistía: «Mi modelo será Jesucristo». Luego saludó a los peregrinos presentes, en especial a monseñor Gaidon, obispo de Cahors, a las Hermanas de Nuestra Señora del Calvario y a las Autoridades civiles. El lunes siguiente volvió a la carga pidiendo a las Religiosas del nuevo beato que permanecieran «fieles al espíritu de servicio» de su fundador, «totalmente dedicado a los pobres».

El comentario de Radio Vaticano unas horas antes del domingo de la beatificación, al momento de introducir al postulador de la causa, requerido para la oportuna y habitual entrevista en estos casos, fue la síntesis de cuanto atrás refiero más pormenorizado. El referido postulador de la causa, el abogado Andrea Ambrosi, en la entrevista concedida a Giovanni Peduto, de la citada emisora del Papa, dijo, por su parte, cuanto sigue:

> «En primer lugar podríamos definir al Siervo de Dios como un testigo de la esperanza para el mundo de hoy: de hecho fue el hilo conductor de su vida. Pedro Bonhomme tenía una capacidad extraordinaria de superar los obstáculos para realizar la voluntad de Dios. Y obstáculos, lo que se dice obstáculos, tuvo verdaderamente tantos. Fue un misionero incansable, muy atento a los signos del Espíritu; siempre pronto a responder a las necesidades de la Iglesia y del mundo de su tiempo, con particular atención a las personas

sufrientes. Supo hacerse a todo camino que supiese de caridad. Fue siempre al encuentro de los otros. Luego hay un punto que vale la pena subrayar, y es la devoción a María. Consideró siempre a la Virgen María el vehículo ideal para llegar al Hijo Jesús: no por casualidad nació y vivió a dos pasos del santuario mariano de Nuestra Señora de Rocamadour, adonde se acercaba diariamente para encontrar la fuerza, la serenidad y la alegría. Y justamente a María del Calvario encomendó su Congregación, que cuenta hoy con algunos centenares de religiosas y una cincuentena de casas en Francia, Costa de Marfil, Guinea, Filipinas, Argentina, Paraguay y Brasil».

Si durante los estudios supo atraerse la estima de maestros y compañeros, en familia fue acabado modelo de amor, de respeto, de ayuda hacia los padres. Y con su hermana Isabel, no sólo hermano afectuosísimo, sino también guía espiritual y providencial en la apertura de su corazón al amor de Dios, a la oración y a la ascesis. El suyo fue un ministerio apostólico para la gloria de Dios y el bien de los hermanos que, bajo múltiples formas y a ritmo casi frenético, caracterizó de una parte su vida toda y, de la otra, también sus virtudes. Muchas cosas buenas hizo aquel espíritu bondadoso para honra y prez de la Iglesia universal. Tan breve pero intensa biografía, tan variada y múltiple actividad nos dan idea hoy de qué señaladas virtudes estuvo adornado. Celoso de la gloria de Dios, entregado al bien de los hermanos, especialmente los más necesitados, corazón y manos abiertos a la búsqueda de la santidad en la práctica de la caridad. Pródigamente dotado por Dios de aguda inteligencia, de capacidad para el trabajo y de riqueza en valores humanos, espiritualmente ajeno a toda búsqueda de interés personal, convencido y experto de los valores de la oración, entre una general fama de santidad concluyó su camino terreno el 9 de septiembre de 1861 en Gramat y hoy brilla con singular refulgencia en el cielo de la santidad.

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

BERNOVILLE, G., *Un prêtre chez nous, Pierre Bonhomme* (París 1953).

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «Decretum Canonizationis Servi Dei Petri Bonhomme, Sacerdotis Fundatoris Congregationis Sororum Dominae Nostrae a Calvario. Super dubio [23.10.1987: P. CARD. PALAZZINI, Praefectus]»: *AAS* 79 (1987) 1530-1532.

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «Decretum Beatificationis et Canonizationis Ven. Servi Dei Petri Bonhomme, sacerdotis dioecesani fundatoris Congregationis Sororum Dominae nostrae a Calvario. Super miraculo [23.4.2002: J. CARD. SARAIVA MARTINS, Praefectus]»: *AAS* 94 (2002) 687-689.

MONGRELET, B., *Vie de l'abbé Pierre Bonhomme, fondateur de la congrégation des Sœurs de Notre-Dame du Calvaire à Gramat* (París 1892).

ROCCA, G., «Bonhomme, Pierre», en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione*. I: *Aa-Camaldoli* (Roma 1974) cols.1515-1516.

TULET, J., *Le père Bonhomme, pèlerin de Roc-Amadour, une restauration spirituelle* (Toulouse 1954).

WINOWSKA, M., *Bâti sur pierre, Pierre Bonhomme, 1803-1861* (Le Puy-Lyón 1961).

BEATO SANTIAGO DESIDERIO LAVAL

Presbítero († 1864)

Dos condiscípulos y un obispo le mudaron de geografía, de vida, de costumbres.

Le apartaron de Pinterville.

Pinterville, a 30 kilómetros de Rouen, en la parte alta de la húmeda y verde Normandía; con aún no un millar de habitantes, orgullosos de su castillo. Naturalmente con menor densidad demográfica cuando, iniciando la cuarta década del siglo XIX, la humilde parroquia de la diócesis de Evreux no alcanzaba los quinientos feligreses, humildes propietarios campesinos.

Una comunidad religiosamente lastimosa. Con una docena de asistencias a la misa dominical y sólo media de cumplimientos pascuales. El resto, simples correspondencias a compromisos bautismales, nupciales, funerarios.

Ciertamente una realidad pastoral dura. Desmoralizadora.

Aunque buen campo para los afanes pastorales de Santiago Desiderio Laval. Nacido en Croth, el 18 de septiembre de 1803, tercero de cinco hermanos, huérfano de madre desde los siete años.

Santiago Laval, émulo del cura de Ars.

Un operario, según catalogación evangélica, de la hora undécima. Compensando la recortada jornada con la conocida diligente y entusiasta laboriosidad.

Sí, vocación tardía.

Un profesional que había quemado las naves de la medicina tras cinco años de ejercicio en Irvy-la-Bataille.

Todo un burgués, prestigioso, simpaticote, sibarita; deportista, cansando caballos. Pero muy caritativo. Y sin manifiesta inclinación matrimonial.

Llegaron días en que, atento a la salud de las personas y retoñando la ilusión de un ensayo infantil en el seminario que no cuajó, le tiraba más el alma que el envoltorio corporal enfermo que la estuchaba.

Le cautivaba apasionadamente. No era hombre de medias tintas.

Le cautivó hasta forzar un golpe de timón en su vida, buscando otro mar...

Ahora —en 1835, con treinta y dos años—, sí; decididamente. A orillas de los famosos claustros parisinos de San Sulpicio...

Total que, con treinta y cinco maduros años, en diciembre de 1838 Santiago Laval recibe el presbiterado y, a los quince días, la obediencia le planta en el templo parroquial de Pinterville, en la diócesis de origen. Donde, a diario, entre las cuatro de la madrugada y las diez de la mañana, ora, se sienta en el confesionario y celebra la Eucaristía.

Reza en los primeros tiempos arrodillado en las gradas del altar. Posteriormente, escondiéndose en la parte trasera del mismo, tendido sobre las losas; frías, heladas en los rigurosos inviernos normandos.

Es un enamorado de la Virgen, promotor de la devoción del *mes de mayo* en la parroquia y del rosario familiar.

Hace oración y se desborda caritativamente. Abiertos siempre el corazón y las puertas de casa a los más necesitados. Aunque le cuelen alguna pillería.

Alguien le advierte: «Le engañan, señor cura».

Correspondiendo él tranquilamente: «No. No es a mí a quien engañan; se engañan ellos...».

Sólo dos años de curato rural.

Dos años con un haber ministerial de medio centenar de retornos a Dios, una veintena de regularizaciones matrimoniales y otras tantas comuniones pascuales.

Y vino el abandono de la ruralía, dejando buen olor evangélico y añoranzas.

Uno de los referidos condiscípulos de San Sulpicio era un tal Libermann, autor del proyecto de una fundación religiosa entre manos que bautizaba «Sociedad del Sagrado Corazón de María». Una novedad apostólica que nacía para evangelizar a los negros, pero no cuajaría.

Habían acudido —agosto de 1840— para informarle, para interesarle.

Fue la siembra. Prendió la inquietud.

La decisión vino a raíz del casual encuentro de Laval con el benedictino inglés Collier, recién nombrado Vicario apostólico de la isla Mauricio, obispo protector de la abortada institución.

Y ya tenemos al cura normando rumbo al océano Índico. Pionero evangelizador *sagradocorazonista* mariano que, en 1848, se pasaría a las filas de la congregación del Espíritu Santo.

Misionero improvisado. Sin noviciado. Sin preparación específica alguna. Con toda la buena voluntad del mundo, con el corazón rebosante de amor a Dios y a los hombres, con el breviario y el crucifijo en las manos.

Desembarca en Mauricio, en el archipiélago de las Mascareñas, el 14 de septiembre de 1841.

Despertando a la realidad de una isla que las lavas volcánicas engendraron con alturas y crestas rocosas entre fértiles llanuras. Dos mil y pocos más kilómetros cuadrados de superficie sólida —sesenta de largo por cuarenta y cinco de anchura— nadando entre arrecifes coralinos. Climatológicamente templados y húmedos, con frecuentes tifones y copiosas lluvias veraniegas.

Un mundo insular que resultaba una verdadera torre de Babel. Un mosaico étnico de ciento cuarenta mil europeos, africanos, malgaches, indios, malasios, chinos; sobre una cuarta parte residentes en la capital, superpoblada. Con la consiguiente pluralidad de credos: católicos, protestantes, hindúes, budistas, musulmanes.

Una realidad sociológica que distinguía blancos, mulatos y esclavos, integrando éstos la tercera parte del censo. Clasista pese a la proclamada emancipación, en 1835, de las aún cuarenta y siete mil personas privadas de libertad; no aplicada hasta cuatro años más tarde y aún más teórica que práctica.

Una geografía, meta viajera de los árabes hasta inicios del siglo XVI en que fue dominada por los portugueses. Después había pasado, sucesivamente, a manos holandesas y francesas. Ahora era británica.

Los galos la bautizaron *Île de France,* la repoblaron de esclavos y le cedieron lengua y costumbres y el código legislativo napoleónico.

Bajo la bandera del Reino Unido, tras graduales concesiones políticas, alcanzó la independencia el 12 de marzo de 1968.

Actualmente son sobre un millón doscientos mil hombres y mujeres, niños y ancianos mauricianos que comen fundamentalmente de la agricultura, preferentemente cultivos de caña de azúcar, y beben de los lagos *Grand Bassin* y *Mare aux Vacoas.* Hombres y mujeres, niños y ancianos que invocan al dios de los hindúes, de los cristianos y de los musulmanes, principalmente; en inglés, francés, criollo, hindi y chino.

De cura de aldea a misionero.

En la parte meridional del océano Índico. Unos ochocientos kilómetros al este de Madagascar.

A once mil kilómetros de París. Teniendo en cuenta que un envío epistolar y su correspondencia se lleva entre cinco y seis meses.

Llegó a Port-Louis —la capital de la isla Mauricio— empujado por la estallada impresionante expansión misionera de la época que llevaría a los combonianos a África, a los evangelizadores extranjeros parisinos a Asia, a los salesianos a América y a los maristas al Pacífico.

Las autoridades isleñas no le recibieron con agrado.

No querían al misionero francés Laval. Catalogado como «indeseable». Que sus compatriotas habían dejado muy mal recuerdo en la isla.

Ni querían al obispo Collier, que era ciudadano británico. Había recibido educación gala. Y le tacharon de francófilo.

El malestar llegó oficialmente a Londres, conviniendo la colonia y la metrópoli que el más mínimo incidente sería motivo de expulsión del misionero.

Los isleños, sí. Los isleños abrieron los brazos al prelado y al nuevo mensajero evangélico.

Esperanzados ellos.

Y acertados...

Casi siglo y medio después Laval es la común referencia mauriciana. El nombre que lo bautiza todo. El hombre más conocido y venerado del océano Índico; que no fue sociólogo ni economista ni político, simplemente repartió bondad y amó. La figura histórica que nadie permite a nadie acaparar, porque es de todos...

Se estrenó apostólicamente afrontando la realidad de una comunidad mayoritariamente católica evangelizada, en el siglo XVIII, por los misioneros lazaristas, protagonistas de setenta años de heroica dedicación evangélica. Pero últimamente muy abandonada y sin vigor. Con el agravante de una política gubernamental simpatizante con el protestantismo.

Del lamentable abandono pastoral habían derivado la pérdida de la vivencia de la fe, el desenfreno moral, la crueldad.

La crueldad, una vergüenza aún campante en la isla tristemente célebre al respecto, pese a la emancipación jurídica de los esclavos. Más teórica que práctica. Pues no desaparecen fácilmente unas viejas barreras sociales ni de la noche a la mañana se nivela una tradicional desigualdad en las relaciones humanas.

Con cinco meses de presencia en Mauricio el presbítero normando escribe:

> «Hay una corrupción y un desenfreno moral increíbles. Son unos 80.000 negros en la isla y yo solo para atenderles a todos. La mitad no están bautizados y los que lo están viven como paganos. Pocos están casados por la Iglesia. Se separan y se reconcilian repetidamente. Se dan a la borrachera. Todas las muchachas negras son violadas por sus amos y por los jóvenes blancos. Los negros nativos o criollos también están corrompidos».

Podría haber cargado más las tintas. Podría haber ampliado que los menos de entre los emancipados volvieron a la tierra que habían sudado como bestias. Que pocos se movieron del medio laboral en que vivían. Que la mayoría, ociosos, se dieron al saqueo, al robo, a las violaciones, a los incendios, al crimen, al alcohol, a todo vicio. Que todos formaron un cuerpo con los viejos esclavos prófugos, amparados en la clandestinidad boscosa.

La viña, pues, casi yerma.

Desde el primer momento los negros le robaron el sueño.

Se le puso entre ceja y ceja que debía acercarse con preferencia a ellos, tan dejados de la mano de los hombres, auténticos pobres. Debía amarles y ganarles para Dios.

Y en consecuencia, el domingo 26 de septiembre, aún no cumplidas dos semanas de vida misionera, sorprende en la homilía anunciando que va a consagrarse plenamente a la población de color.

Irónica la ciudadanía blanca: «¡Pobre cura! Cómo pierde el tiempo. Pronto se dará cuenta...».

El caso es que, sordo a los comentarios, insensible a las ironías —a Dios rogando y con el mazo dando—, puso manos a la obra. Sin espantarle la soledad ministerial que le acompañaría durante los primeros seis años de la aventura.

Manos a la obra. Incansable, tesonero.

Instalado en su barraca de madera, abierta al patio que valla la parte trasera de la iglesia-catedral de San Luis —de donde había sido nombrado coadjutor—, que pronto dotará de acceso directo a la calle. Contento con sus diez metros cuadrados de superficie reservados para vivienda. El resto, amueblado de bancos y decorado con motivos piadosos, lo ha convertido en sala de instrucción catequística.

Local a diario, de las nueve de la mañana a las cuatro de la tarde, abierto a las visitas de los negros, a los que cariñosamente bautiza *mis niños*. Individualmente o en grupo acuden para confiarle problemas, memorizar oraciones o preparar una recepción sacramental. Entre siete y nueve y media o diez, completando la jornada, ofrece ocasión a la plegaria y a la sesión doctrinal colectivas.

Hasta que la abultada asistencia traspasará las funciones piadosas e instructivas sucesivamente a la sacristía y a las naves del templo.

Como también se verá obligado, cuajando así el sueño de sus años de teología, a la redacción de diferentes textos populares de divulgación doctrinal católica para uso de los catequistas. Textos fáciles, de contenido simple y justa expresión.

Manos a la obra en su objetivo de atención pastoral a los adultos. Apuntando decididamente a la cristianización de la fa-

milia. Un empeño ya cultivado en su estreno ministerial normando, cuando aquel difícil apostolado rural le convenció de que para lograr buenos adolescentes era imprescindible formar primero buenos padres.

Pero sin precipitaciones. Con los pasos bien dados. Apuntalándose en la oración —transcurriendo buena parte de la noche en la iglesia— y el sacrificio, que personalmente estima primordiales e indispensables instrumentos de evangelización.

De entrada impartiendo doctrina de preparación al bautismo, a la comunión y al matrimonio y de perseverancia.

Eso sí, con mucho tiento pastoral. Con responsable prodigalidad en la administración sacramental.

Más bien riguroso, como refleja en una comunicación epistolar a Europa:

> «Me cuesta mucho admitir al bautismo y sobre todo a la primera comunión, no por la instrucción sino por la conducta de los catecúmenos. Creo que se hace necesario tomar todas las precauciones para tratar de asegurar la perseverancia, pues es mucho mejor tener menos pero buenos cristianos y no repartir comuniones a tontas y a locas, lamentando luego deserciones».

Muy diferente, desde diferente perspectiva, su pastoral matrimonial. Partidario de bendecir las parejas cuanto antes.

De entrada... y hasta ser desbordado.

Al caer sus dos primeros años de presencia mauriciana. Cuando personalmente ya no daba para atender los retornos y la búsqueda de Dios, sorprendentemente crecidos. Cuando, sumándole carga ministerial, monseñor Collier le encargó la instrucción religiosa de cuatrocientos muchachos de un internado. Más los consabidos servicios de culto catedralicios. Más la capellanía de prisiones y de una escuela, que ya venía desempeñando.

Laval no llega a todo. Razón poderosa...

Pero es que, por añadidura, se impone alargar la mirada oteando el horizonte del mañana. Hay que tener en cuenta la continuidad...

Precisamente, clavando los ojos en el futuro, el nuevo Pedro Claver y apóstol de Mauricio resultaría pionero del Concilio Vaticano II. Promotor y defensor del laicado en la Iglesia.

Sorprendente y humilde comienzo.

Que inicia la andadura pastoral sirviéndose de un inválido. Un joven, buen cristiano, que tiene las piernas muertas y anda a gatas. Le instruye, le forma y le hace catequista, encargándole el adoctrinamiento elemental de los visitantes al barracón de madera, trasero al ábside, que es domicilio y aula.

Todo un acierto.

La barraca, tornada popular, acabará siendo escuela de formación religiosa y cantera de laicos comprometidos, de apóstoles seglares.

De resultas del feliz ensayo, la experiencia tiene repetición. Pero desbordando ya el interno escenario catedralicio.

Escenificada en adelante en distintos barrios de la capital del vicariato. Y con protagonismo plural. Hombres y mujeres —salvo raras excepciones criollos, generalmente menos analfabetos y mayoritariamente integrantes de la población emancipada— que, al final de su diaria jornada laboral, reparten enseñanza cristiana entre sus semejantes aspirantes al bautismo. Hombres y mujeres escogidos; firmemente creyentes, ejemplo de piedad, cristianos modélicos, dispuestos a compartir generosamente el don de la fe que disfrutaban. También encargados de las visitas a los ancianos y a los enfermos, que preparaban para la recepción de los sacramentos.

Habían nacido las capillas, estrenadas urbanas pero que, sin tardanza, derivarían en hermosas realidades rurales a lo largo y a lo ancho del distrito misionero. Cita catequística y de oración. Bajo la responsabilidad de un seglar que organiza, dirige, anima y adoctrina. A distancia el control del padre Laval, periódicamente presente.

Adonde acudían los *pequeños* del padre Laval, reclutados personalmente por el catequista o aconsejados o espontáneamente, por propio interés o propia curiosidad.

Insospechable. ¡De esclavos a apóstoles...!

¡Los negros evangelizando a los negros!

La levadura va fermentando la masa.

El Evangelio penetra socialmente entre los pobres. Frente a la apatía religiosa de los blancos, de la clase social mauriciana alta.

Un misionero colaborador del evangelizador normando testimoniará: «Todavía me impresiona recordar las construcciones llevadas a cabo, en aquella época, logradas por aquella gente tan pobre».

Y un biógrafo del heroico misionero, refiriéndose al momento histórico, comenta sobre una *sobrenatural primavera* en la isla. Concretando la organización y la autogestión de una sociedad mutual en Port-Louis, el estallido de conversiones entre las amas de casa fruto del proselitismo apostólico de las sirvientas, el espectacular desarrollo cristiano cultual y material erigiendo grandes iglesias y reconstruyendo templos devastados por los ciclones.

Expansionada la evangelización extraurbana a raíz de la presencia e instalación en el campo de centenares de libertos de color que, entre 1845 y 1850, abandonaron la capital.

Y sorprendería la propagación de las capillas. Al año de su nacimiento —finales de 1846— sólo en los arrabales de Port-Louis sumaban una veintena. Y doce meses más tarde numéricamente se habían doblado.

Multiplicándose, a igual ritmo, las pequeñas comunidades de fe.

Es verdad que la expansiva realidad apostólica seglar descargó al misionero Laval de la inicial instrucción catequística catecumenal.

Aunque, en realidad, más que alivio fue trueque. Compensando una dedicación por otra.

En definitiva, menos magisterio doctrinal pero más confesionario matinal, desde donde también formaba religiosamente y despertaba vocaciones apostólicas.

Y presencia entre los presos.

Y protagonismo activo en las diarias grandes reuniones vespertinas de catecúmenos y neófitos.

Y atención a las parejas, a las familias, a las pequeñas comunidades.

Y la coadjutoría de la catedral. Donde predicaba el amor de Dios a los hombres, la igualdad de los seres humanos, la estima del prójimo... Predicaba justicia y caridad. Enseñaba que la fe era para vivirla... Adoctrinaba —escribía sus sermones, nada

menos que en latín— sin floriturasoratorias, con sencillez, asequiblemente.

Y aún vendría el cuidado de la nativa congregación de las Hermanas del Buen Socorro, que habían abierto dos escuelas y un hospital y preparaban la inauguración de una leprosería.

Y el seguimiento de las *Conferencias de San Vicente de Paúl* y de la *Caja de los pobres,* la mentada sociedad mutual.

Y la promoción de qué sé yo cuántas cofradías, instrumento de captación apostólica.

En 1852 el padre Lambert, muchos años colaborador, escribía:

> «Los barrios más alejados han visto la luz. El trabajo más duro está hecho. El "viejo mundo" malgache y mozambiqueño ha sido en gran parte bautizado. La mayoría de matrimonios ha sido legalizada. Ahora nuestra mayor dedicación será la juventud».

Con la particularidad de que algunas humildes capillas, ampliadas o reconstruidas por los propios indígenas negros, acabarían en grandes templos. No pocos han llegado a nuestros días...

Total que al celoso mensajero evangélico —los biógrafos le atribuyen sesenta y tres mil bautismos— veintitrés años en primera línea de la Iglesia le han gastado y, en 1861, es un hombre envejecido, de pasos cortos y lentos, apoyado en un bastón, la cabeza gacha y el busto encorvado. De mínima vitalidad, pues incluso con el calor a rabiar, aparece vistiendo un recio abrigo sobre la áspera sotana remendada.

Total que el hombre no se aguanta. Un año más tarde queda apostólicamente fuera de servicio.

Ya incapacitado hasta la muerte, que llegará a las tres de la madrugada del viernes 9 de septiembre de 1864.

Desapareció aureolado con la fama de santidad.

Justificación popular: «Porque ha amado a los pobres».

Llorado por unos y por otros. Por todos. Sin distinción de raza ni de credo.

¡Nada menos que cuarenta mil personas despidiendo sus restos mortales...!

Que todos habían acabado queriéndole apasionadamente. Considerándole, como escribimos, nativo y héroe nacional.

Ilustrativa al respecto, años adelante, la observación indígena al turista francés. Comentando sobre el desaparecido misionero el extranjero apostilló: «Me agrada la referencia, pues yo soy de Normandía; compatriota de Santiago Laval».

Corrigiendo el guía local: «No, el padre Laval es nuestro; es mauriciano».

Ciertamente es fácil la impresión, entre los visitantes, de que la isla es la cuna del padre Laval. Porque él bautiza calles, instituciones, comercios, publicaciones... Todo.

Llorado y especialmente recordado cada 9 de septiembre. Cuando hasta sesenta mil devotos, cubriendo largas distancias, se acercan a su tumba, a diario visitada, cantando, rezando y confesándose en ruta. Desfile lento, orante y silencioso, durante las veinticuatro horas, de católicos, protestantes, hindúes, musulmanes, budistas, confucionistas.

Un recuerdo y una gratitud monumentalizadas en el busto de bronce, obra del escultor italiano Mazonne, que el delegado de Mauricio en las Naciones Unidas ofreció al país y la Iglesia católica custodia.

El donante, un hindú, presentó la estatua con estas palabras:

> «El hombre que en vida, e incluso después de su muerte, no ha cesado ni cesa de dar una lección de humildad, de amor al prójimo y de grandeza humana».

Ampliando:

> «¿Quién de vosotros no es un ferviente admirador del venerable Santiago Laval? [...] Su presencia en Mauricio, su vida, su espíritu que planea sobre nosotros después de muerto, siempre superaron toda idea de raza, religión y color [...] ¿Qué decir de la universalidad del P. Laval? Basta la contemplación de esta multitud de mauricianos venidos de todos los confines de la isla; representantes de todas las etnias y todas las culturas, que cada año, en la fecha del aniversario de su muerte, le recuerdan cariñosamente, al tiempo que junto a su sepultura buscan coraje, consuelo, firmeza y esperanza».

Y, en la misma ocasión, el primer ministro de Mauricio, también hindú, aclaró: «Nosotros no vemos en el P. Laval al sacerdote católico romano, sino al santo que tanto hizo para la liberación de los mauricianos».

En la misma ocasión, en labios de un eclesiástico local: «El P. Laval fue un hombre conciliador. Personalmente ha demostrado que, si la religión divide, la santidad une».

Remachando el clavo Juan Margéot, obispo de Port-Louis: «Si el P. Laval fue en vida el hombre de todos, porque fue un auténtico hombre de Dios, mejor que nadie es hoy para nosotros símbolo de la unidad mauriciana en la libertad cultural, racial y religiosa. Solamente la santidad une. Solamente Dios puede ayudarnos a superar las divisiones y conciliarnos. Los mejores artífices de esta unión serán los santos, puros reflejos del amor divino».

La última palabra la puso Roma, el 26 de junio de 1972, reconociendo canónicamente la heroicidad de las virtudes cristianas del misionero francés Santiago Desiderio Laval.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

BERNIER, P., *Père Laval [Jacques-Désiré Laval 1803-1864]* (París 1978).
MICHEL, J., *Les auxiliaires laïcs du bienheureux Jacques Laval, apôtre de l'Île Maurice* (París 1988).
— *Le père Jacques Laval, le «saint» de l'Île Maurice* (París 1976).
DELAPLACE, P., *Vie de Jacques-Désiré Laval, l'apôtre de l'Île Maurice* (Beauvais 1977).

BEATO FRANCISCO GÁRATE ARANGUREN

Religioso († 1929)

Francisco Gárate y Aranguren nació en el caserío Errekarte —tan sólo a 105 metros de la casa natal de Íñigo de Loyola— en Azpeitia (Guipúzcoa), a las once de la mañana del 3 de febrero de 1857. Sus padres, Francisco Gárate y María Bautista Aranguren, eran campesinos, inquilinos pero no propietarios de aquel caserío. Azpeitia en 1857 pertenecía a la diócesis de Pamplona, desde 1872 a la de Vitoria —erigida en ese año— y, cuando ésta fue dividida, desde 1949 a la de San Sebastián.

Al día siguiente, 4 de febrero, recibió el bautismo en la Iglesia parroquial de San Sebastián de Soreasu en Azpeitia —también en la misma pila bautismal en que fue bautizado en 1491 San Ignacio de Loyola—, con los nombres de Blas Francisco María; Blas, por el día en que había nacido, y Francisco y María

por los nombres de sus propios padres. Cuando aún no había cumplido dos años fue confirmado por el obispo de Pamplona, D. Severo Adriani, el 27 de octubre de 1858.

El padre de Francisco, Patxi Gárate, era natural de Azcoitia y había estado casado anteriormente, desde 1847 a 1851, con María José Aranguren (que era viuda, y cuando se casó con Patxi ya tenía dos hijos: José Mari y Bautista Arregui). Patxi y María José tuvieron otros dos hijos, María Bautista y Ana José Gárate. Cuando en 1851 Patxi Gárate quedó viudo, con cuatro hijos a su cargo, esos dos suyos de María José más los otros dos que ella había tenido del anterior matrimonio, pensó en casarse con una cuñada, María Bautista Aranguren, que vivía en Bilbao y era cocinera. Era necesario obtener la requerida dispensa de "afinidad de primer grado" en Roma, adonde se fue con otros dos viudos para conseguirla, habiéndose antes comprometido ante notario sobre su matrimonio futuro con María Bautista, ya que, como ésta no podía viajar, concedía poderes matrimoniales para que la representara en Roma alguien que allí viviera. Concedida la dispensa de afinidad, Patxi Gárate contrajo matrimonio a las 5,30 de la mañana del 5 de marzo de 1852, en el altar de Santo Tomás de Villanueva de la Iglesia de San Agustín, ante el párroco Fr. Ángel Antonio Lombardi, OSA; representaba a María Bautista, por poder, doña Tomasa de Belderraín. Vuelto a Azpeitia formalizó las solemnidades del matrimonio, ya con su esposa María Bautista, el 22 del mismo mes de marzo, ante el rector de la iglesia de San Sebastián de Azpeitia, don José Manuel Abalia.

Patxi y María Bautista tuvieron de su matrimonio siete hijos: Juan José, Blas Francisco María, Ignacio José, María Antonia, Domingo Andrés, Josefa Marcelina y María Cristina. El mayor murió soltero; los otros dos hermanos también serían jesuitas, detrás de él; las dos siguientes hermanas murieron muy niñas, y la última, que se casó, murió a los dos meses de haber muerto su hijo de dos años.

Al ser el segundo de estos siete, ya de niño ayudaba a sus padres en el campo. Había que trabajar, porque además de los abuelos y los padres eran muchos chicos en el mismo caserío. Y tenía, pues, que cuidar de unas vacas y de un rebaño de ovejas

así como atender a diez parcelas del caserío. Pero, aun con todo, les daba tiempo para rezar el Rosario juntos en familia diariamente; los domingos, además de participar en la misa rezada en el vecino Colegio de Loyola, acudían a oír la misa «mayor» de la parroquia, a dos kilómetros del caserío, y después de comer, volvían al Vía Crucis; durante el mes de mayo rezaban el ejercicio de «las flores». Tanto él como sus hermanos, los domingos y fiestas de guardar, iban al catecismo al Colegio Loyola, cuyas sesiones se tenían en la portería del edificio. Y en la misma parroquia, hacia los diez años, hizo su primera comunión. Es natural que tanto él, ya de niño, como toda su familia tuvieran una devoción cercana y profunda a San Ignacio de Loyola.

Entre los nueve y catorce años cursó la enseñanza primaria en la vecina escuela municipal de Azpeitia, y luego, en 1871, fue a Orduña para servir —como fámulo o criadillo— en el colegio de la Compañía de Jesús «Nuestra Señora de la Antigua», que, gracias al valor de su alcalde, no había desaparecido cuando los jesuitas tuvieron que salir de España en 1868, aunque se le dio un estatuto municipal, llamándose entonces «Colegio Municipal de Orduña», pero llevado por jesuitas.

En este tiempo su madre lo proponía a sus hermanos como modelo, diciéndoles: «Mirad a Francisco, éste no es como vosotros, Francisco me obedece siempre y me ayuda en lo que le mande». De mayor él recordaba sobre sí mismo que había sido un chico travieso, pero eran travesuras llenas de bondad y de inteligencia, es decir, era un muchacho vivo e incluso líder entre sus compañeros. Durante su estancia en Orduña recibió el cuidado y la influencia del rector del colegio, P. Domingo Landa.

Orduña estaba desde 1873 bajo dominio carlista incluso cuando Amadeo de Saboya, que había ocupado el trono de España en 1871, abdicó y se proclamó la primera República. Fue entonces cuando Francisco pudo ver a don Carlos VII, pues éste llegó al colegio en la fiesta de San Ignacio de 1873, así como antes había tenido también la ocasión de ver a la reina Isabel II en Loyola en agosto de 1865. Ya de niño y adolescente aprendió cómo habría que comportarse ante unos y otros, liberales o carlistas, en medio del enfrentamiento entre ellos, pues si Orduña era carlista, Bilbao todavía era de los liberales. Los car-

listas tomaron Azpeitia en agosto de 1873. Don Carlos entró en Loyola y hubo una gran celebración de la misa en el santuario; allí estaba Francisco. Los jesuitas pudieron volver a su casa en la Navidad de ese mismo año.

Mientras tanto, y durante los tres años entre 1871 a 1874, maduraba su vocación. Aquellas Navidades serían las últimas que Francisco pasaría en su casa y con su familia, ya que, después de un serio discernimiento, había decidido ingresar en la Compañía de Jesús. El 16 de enero de 1874 salió con su padre —desde Errekarte— y con otros dos amigos, Zabala y Bereciartúa, también con su padre —desde Azpeitia—, quienes también iban al Noviciado que entonces estaba en Poyanne (Francia); caminaron hasta llegar al Bidasoa y lo cruzaron en barca para hacer noche en San Juan de Luz; al día siguiente, ya de noche, llegaron a Poyanne. Hicieron el viaje andando, en vez de en tren, para pasar inadvertidos, puesto que al ser tan jóvenes podían ser reclutados para el ejército de don Carlos y lo que ellos querían era entrar en la Compañía pero de Jesús; pensaban que si el rey lo supiera también él estaría contento con eso. Fueron recibidos por el superior de la casa, el P. Feliú, y por el padre maestro de novicios, Vicente Gómez. La comunidad tenía entonces 204 miembros, entre ellos unos cuarenta novicios y un grupo de treinta hermanos.

Un día antes de cumplir sus dieciocho años, el 2 de febrero de 1874, fue admitido en el noviciado para ser «hermano coadjutor temporal». El tiempo en el noviciado se repartía entre la oración y el trabajo, las instrucciones del maestro y el estudio personal sobre la vida religiosa y la historia de la Compañía de Jesús. Durante el mes de septiembre Francisco realizó el «mes de ejercicios». En el segundo año de noviciado recibió la noticia de la muerte de su padre, sin poder acudir a casa pero agradeciendo la cercanía de su nueva familia, la religiosa. Los recuerdos de sus connovicios, que testificaron sobre él, apuntan que en el tiempo de noviciado «llamaba la atención por su piedad y fervor». Era caritativo, muy trabajador y siempre alegre.

A los dos años cabales de noviciado, el 2 de febrero de 1876, en la fiesta de la Candelaria emitió sus votos simples y recibió el encargo de trabajar «al servicio de la casa», allí mismo.

Poco más tarde los jesuitas tuvieron que salir otra vez de Loyola por orden del gobierno de Cánovas, y estarían fuera más de un año. El 2 de octubre de 1877 llegó a Poyanne su hermano Ignacio José Gárate para ingresar también en la Compañía, pero el 29 del mismo mes Francisco salía destinado para La Guardia (Pontevedra). Esta vez, para llegar a Galicia viajó en tren a través de Miranda y Venta de Baños, con su amigo y compañero tanto de entrada en el noviciado como de profesión, Bereciartúa, que a su vez iba destinado a la misma casa; Francisco como enfermero y José Ignacio como cocinero.

El centro de la Compañía en Pasage de Composancos (La Guardia), al que graciosamente llamaban el «Arca de Noé», comprendía esta triple actividad: un colegio para chicos, un seminario para seminaristas pobres y un embrión de estudios superiores para futuros universitarios. Era, pues, un complejo con varios edificios, fundación del P. Tomás Gómez (quien más adelante fundaría también el Seminario y Universidad de Comillas), y estaban situados por un lado junto al mar y por otro junto al río Miño, cerca del pasaje que se hacía con barcas desde España a Portugal.

Gárate comenzó en 1877 a ser enfermero tanto de la comunidad como de los alumnos, más de 200. Tenía que ir de edificio en edificio, pues no había enfermería establecida y en aquel pueblo apenas podían contar con medicinas. Todavía no había llegado allí la luz eléctrica y el traslado de noche, muchas veces entre lluvia y viento sobre todo en invierno, significaba un continuo sacrificio. Como Bereciartúa era el cocinero, entre los dos programaban la atención culinaria más adaptada para sus enfermos. Los alumnos, de adultos ya, recordaban la dedicación que el hermano Gárate les prestó como enfermero, su afecto, su preocupación para ayudarles a rezar y, siempre, su buen humor. Durante este tiempo en que fue enfermero logró establecer una enfermería llena de aire y de luz.

En 1881 Francisco fue nombrado también sacristán, que no lo había hasta entonces, y esta dedicación añadida a su trabajo le llenó de gozo por tanta devoción como tenía a la Eucaristía. Fue destinado como superior de esa casa el P. Landa, a quien bien había conocido en Orduña y quien se alegró de encontrar-

se allí con aquel hermano tan joven como viejo amigo. Francisco, estando en esa casa, participó de la visita del prepósito general de la Compañía, P. Luis Martín, a quien también había conocido personalmente en Poyanne.

En su servicio a sus hermanos y alumnos enfermos, durante más de diez años desde 1877 a 1888, dio muestras de auténtica santidad, sin reparar en su propia salud. En una ocasión de epidemia de tifus, permanecería junto a la cama de los enfermos que le parecían graves, sentado en una silla, atendiéndolos y recogido en oración, a la vez que los vigilaba.

El 15 de agosto de 1887, en la capilla pública de aquel colegio emitió sus «últimos votos», habiendo hecho anteriormente la renuncia efectiva a sus bienes —o de lo que le pudiera venir en herencia— a favor de su madre. Era ya todo un jesuita formado, de treinta años de vida y once de profesión. Le podían encomendar, pues, cualquier encargo con toda responsabilidad. Así lo estaba haciendo en la enfermería, que hasta peligraba su salud por tanto esfuerzo en la atención a los enfermos, y como quien podía enfermar —de tanta entrega— era él, los superiores decidieron trasladarlo a otra comunidad y a otro trabajo menos esforzado. El hermano Gárate, después de la Semana Santa de 1888 dejó La Guardia para llegar a Bilbao, como portero de la Universidad de Deusto, poco después de que esta universidad había abierto sus puertas en 1886.

Cuando el hermano Gárate llegó a Deusto era rector el P. Tomás Ipiña, a quien le tocaba el esfuerzo de terminar las obras, redactar un reglamento de vida —pues los alumnos eran todos internos— y un plan de estudios en el que se conjugaran bien la formación intelectual y técnica con la formación humana y cristiana, que favoreciera la maduración responsable de modo que los jóvenes estuvieran abiertos al mundo pero enraizados en Cristo Jesús por una vivencia profundamente eclesial. Se encontró con doscientos alumnos, la mayoría de Derecho, un grupo de cuarenta en Filosofía y sólo treinta en Ciencias. Y con un Bilbao de solamente cincuenta mil personas; a los cuarenta años, en 1929 cuando él murió, esa población se habría ya triplicado. Le tocó, pues, ser portero de una universidad al rojo vivo y en una ciudad en ebullición, no sólo por los hornos sino por aquella política to-

davía enzarzada entre liberales y carlistas, la cultura y la ciencia que miraban al resto de Europa, la economía con la cuestión social más que enfrentada, y la religiosidad o irreligiosidad de un pueblo, pues muchos confiaban en la Compañía hasta el final mientras que otros desconfiaban de ella también hasta el límite.

En un lugar tan complejo y en trato con todo el mundo —ya que todos salían y entraban por su puerta— fue siempre prudente, delicado y justo en sus palabras y acciones; más bien silencioso. Nadie le oyó hablar ni a favor ni en contra de liberales o carlistas, de unos diputados o de otros, de las elecciones, del nacionalismo entonces emergente...

Hasta 1896 no hubo luz eléctrica; en esos primeros años, el hermano tenía que valerse para su trabajo de lámparas de aceite. Cuando, más adelante, en 1915, se puso el teléfono, primero en la portería y sólo más tarde una pequeña centralita, él tenía que solicitar los números a quienes querían hablar o tenía que recibir las llamadas dependientes de la central de Bilbao para avisar, a los alumnos buscándolos y a los padres con timbres o, en los poquísimos casos de teléfono en la habitación como en el del rector, pasarlas al interesado. Así pues, recibía personas y llamadas, atendía a las múltiples encomiendas y recados de unos y para otros. Y hasta tenía que guardar las cartas, paquetes y demás, aunque sólo fuera por un momento, como si su portería fuera una «consigna» temporal. Acompañaba a aposentarse a quienes llegaban, igual recibía limosnas que encargos de misas. Y para eso tenía que conocer por sus nombres y apellidos no sólo a profesores y alumnos, sino a todos los que a él se acercaban. Nunca le fallaba su buena memoria para los nombres y su buenísima retentiva para los rostros. Trataba con la misma dignidad y respeto a los alumnos que a los personajes ilustres, como obispos, el cardenal primado o el mismo presidente del Gobierno, don Eduardo Dato, a quien acompañó a la sala de visitas y mantuvo con él conversación hasta que llegó el rector. Lo mismo hizo y con la misma atención a los camareros y cuerpo de seguridad de los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia en 1924 que al general de la Compañía Ledóchowski en sus visitas a la universidad. Cuando el Ministro de Economía, antiguo alumno de Deusto, llegó a visitar la Universidad en 1928, y co-

menzó a gritar en la portería: «¡Aquí está el santo!», el hermano Gárate le contestó con tanto respeto como confianza y humor: «¡Tú siempre el mismo, poca cabeza, poca cabeza!».

Su trabajo se multiplicó cuando la revista y editorial de *El Mensajero del Corazón de Jesús* se trasladó a la Universidad a partir de 1911. Por iniciativa del P. Chalbaud, el hermano Gárate hasta llegó a ser «accionista» de la primera sociedad que los sustentaba, «Gómez y Compañía», pues dieron su nombre y apellidos, como consta en acta notarial de 3 de febrero de 1915. Con esa ocasión tuvo que redactar testamento, firmado el 15 de enero de 1914, a sus cincuenta y siete años, a favor de sus dos hermanos jesuitas.

Solía levantarse a las 4,30, media hora antes que la comunidad, se lavaba de rodillas en un cuarto pues no tenía otro lugar para colocar su palangana, sino sobre la única silla. A las 5,30 ayudaba a misa en la capilla, durante muchos años al P. Zurbano, los últimos al P. Chalbaud, y, después de la celebración, siempre se quedaba un rato dando gracias. Seguidamente subía al comedor de la comunidad y al de los alumnos para recoger lo que hubiera sobrado para bajarlo a la portería, y allí lo guardaba para poder ir distribuyéndoselo a los pobres. Alguna vez, sin que él lo supiera, miraban por la rendija de la puerta y le veían rezar con los brazos en cruz, en el mismo comedor ante el cuadro de la última cena. En su despachito de la portería hacía la oración y fue sorprendido, más de una vez, de rodillas con la frente en el suelo. Esperaba la venida del panadero; una vez que subía el pan limpiaba el despacho del rector. Después de todo eso, desayunaba él.

Continuaba en la portería con su oración mental o con la serie de rosarios que ya comenzaba y proseguía en los momentos que tenía libres, porque durante todo el día se dedicaba a ese trabajo, a excepción del momento de ir a comer. Se fijaba en las caras de los que entraban o salían para dar cuenta al prefecto si faltaba alguien. Subía el periódico al rector y distribuía las cartas.

Regaba los tiestos y las macetas, que cuidaba con la intención de adornar el Belén de Navidad, el Monumento del Jueves Santo, o para fiestas de la Virgen María. Y a quien se lo pedía, le cortaba el pelo, tonsurando a los padres ordenados como entonces era costumbre. Llevaba con toda fidelidad las pequeñas cuentas de dinero de los recados que le podían hacer.

La comida era a las doce y él tocaba a menos cuarto la campana para la oración de mediodía. Pero se quedaba en la portería o en la capilla y comía en el segundo turno, normal y con apetito, pero dejando lo mejor para otros. Se prestaba a bromas así como también él mostraba un fino sentido del humor, sin herir nunca a nadie. Después de la comida rezaba a la Virgen, arrodillado ante una imagen de la Inmaculada de su despacho. Dormitaba un cuarto de hora y recomenzaba su trabajo.

A los empleados que estaban bajo sus órdenes los trataba con toda amabilidad e incluso se reservaba para él los trabajos más pesados o menos agradables. Se preocupaba también, con el jardinero, de atender a los jardines. En los patios vecinos a la portería había dos estatuas, una del Sagrado Corazón de Jesús y otra del Inmaculado Corazón de María. Eran como su retablo, a lo largo de todo el día.

Durante unos veinte años en los que escaseó el agua y en el patio de la universidad había una fuente, y hasta allí acudían muchos vecinos a surtirse. Los hombres y jóvenes entraban a recogerla pero si eran mujeres él mismo les tomaba el cántaro o la garrafa y se la traía llena para evitarles las molestias.

No había visto a su madre desde que salió de Errekarte para el noviciado en 1874. Como unos parientes tenían que ir a un médico a Bilbao, su madre se apuntó para viajar con ellos con el fin de ver a su hijo. María Bautista llegó a Deusto acompañada de María Josefa Azcune. El hermano Gárate preguntó a su madre en vascuence: «¿Qué tal está usted? ¿Los de casa bien? ¿Qué tal por el caserío? Yo... aquí muy bien». Las hizo sentar. Como una hora. Cuando volvieron, su madre exclamaba: «Si a este hijo mío no le hacen santo con zapatos y todo, no sé a quién van a hacer».

La universidad crecía en número y en estudios. Y el hermano Gárate, a pesar de que se multiplicaban los requerimientos, era siempre el mismo. Un visitador de la Compañía, al ver cómo se mantenía con ecuanimidad, le preguntó: «Pero ¿cómo se las arregla para atender a tantas cosas y mantenerse siempre tan sereno y tranquilo, sin perder jamás la paciencia?». Y Gárate le contestó: «Padre, hago cuanto buenamente puedo, lo demás lo hace el Señor, quien lo puede todo. Con su ayuda, todo es ligero y suave, pues servimos a buen amo».

Cenaba con la comunidad, cerraba las puertas, dejaba las llaves en el despacho del rector y se retiraba a descansar, pero nunca se sabía a qué hora dormía. No tenía catre, sólo un colchón tendido en el suelo, hasta que en una erisipela tuvo que ir a la enfermería, lo descubrieron y, desde entonces, le pusieron uno de hierro. Cuando se le ofrecía poder vivir en una habitación como las de los demás Hermanos, expresaba que era preferible que él estuviera cerca de la portería para atender a las emergencias que se presentaran.

Porque de noche esperaba a quien tenía que llegar tarde por cualquier razón, por ministerios, o de consultas, o de viaje. En una ocasión estuvo esperando a unos alumnos que llegaban de viaje y en vez de acudir de la estación a la universidad se habían marchado por Bilbao de copas. Cuando llegaron bebidos, lo cogieron a hombros, lo paseaban por los claustros y él no repetía más que: «¡Qué muchachos! ¡Bajarme, bajarme!». También madrugaba todavía más que de costumbre y cuando era necesario para abrir la puerta a quien tuviera que salir prontísimo por cualquier razón.

Nunca tuvo reloj. Si necesitaba saber la hora bajaba la escalerilla de su cuarto para ver el gran reloj de la escalera. Sabía orientar a quien le preguntaba sobre las calles de Bilbao, y eso que él no las había visto nunca, más que en un mapa de la ciudad que había aprendido de memoria.

Limpiaba los cálices y las vinajeras de la iglesia, hacía las hostias para la celebración amasando la harina y recortando las formas. Limpiaba el polvo de los bancos de la iglesia. Daba la luz de una imagen de San José para que la vieran iluminada desde Bilbao. Ponía flores en la iglesia y cuidaba de que alumbrara siempre la lamparilla del Sagrario. En Navidad ponía el Belén en la portería. Y en Jueves Santo, el Monumento de la capilla pública; esa noche la pasaba velando en oración toda entera.

Nunca tuvo vacaciones. Una vez acompañó al P. Cienfuegos a los baños de Molinar de Carranza y él tomó los nueve baños de rigor, porque notaba reumatismo, pero al último se volvió a Deusto. Otra vez obedeció a los superiores para ir a Loyola con un padre y otro hermano a las fiestas del cuarto centenario de la herida de San Ignacio en Pamplona y allí coincidió con su her-

mano Andrés, que a su vez era portero en el santuario. Cuando en 1924 él celebró sus cincuenta años en la Compañía subió a Begoña para realizar una visita a la Virgen. Y cuando su hermano Ignacio celebró, a su vez, los cincuenta años de la Compañía, en Orduña, allí se juntaron los tres hermanos jesuitas en esa fiesta. La última salida, en todos esos cuarenta y un años, fue acompañando al P. Guinea a la vecina capilla de La Cava para ayudarle a misa, y coincidió en aquella celebración la también beata Rafaela de Ybarra.

Desde 1888 a 1929 desempeñó su oficio con tanta perfección y virtud que era verdaderamente ejemplar ante la estimación de todos: por su humildad, amor a la pobreza, modestia, ecuanimidad, serenidad imperturbable, fidelidad al trabajo, cercanía amorosa y alegre con los pobres, los huéspedes y todos los que frecuentaban la universidad, tanto los profesores como los alumnos —y sus familias—, quienes le habían puesto de mote, por ver en él su eterna sonrisa, «Hermano Finuras», y porque jamás rehuía cualquier recado y eso que requerían de él infinitos servicios. Desde comienzos de siglo fue, entre los hermanos, el que distribuía los trabajos; pues no vieron en él aspecto alguno que manifestara superioridad. Si tenía que ordenar algo, insinuaba lo que tenían que hacer de la forma más caritativa posible. Trataba de mediar en lo que podía, obedeciendo siempre a los superiores pero ayudando a la vez a los alumnos. No perdió la serenidad ni cuando las huelgas o movilizaciones sociales, antes y después de los años veinte, agitaban Bilbao y llegaban a la puerta de la universidad. Siempre repetía: «No pasará más de lo que Dios quiera».

Vivía en unión íntima con Dios, en amistad entrañable con Cristo y en una relación llena de ternura hacia la Santísima Virgen María y hacia sus santos patronos. Su bondad risueña, al abrir la puerta, era interpretada por los que entraban como que sentía acoger a Cristo en quien llegaba. A los pobres les había enseñado a saludar con el «Ave María Purísima», que él contestaba, y, si no lo hacían, él saludaba y él se contestaba.

Después de cuarenta y un años de portero de la Universidad de Deusto, murió el 9 de septiembre de 1929 habiendo recibido los santos sacramentos.

El 8 de septiembre, en la fiesta de la Natividad de María, el hermano Gárate encendió el arco de luces del retablo de la capilla, regó como siempre las macetas de alrededor de la estatua de la Virgen en el patio, pero se le notaba un poco encogido. A las once y media de la misma mañana tuvo que retirarse a su habitación sin decir al empleado adónde iba. A mediodía encargó a otro Hermano que tocara la campana. No se dieron cuenta de que no había subido a comer. Cuando lo vieron sentado y medio acurrucado, lo enviaron a la enfermería. Subió, pero después de las tres de la tarde ya estaba otra vez en su puesto. Cuando le preguntaron qué le pasaba, repetía: «Ando un poco revuelto, siento un poco de molestia». Le aconsejaron que se acostara y, por fin, entregó las llaves y se retiró de la portería. Todavía recibió por el claustro a un empleado que había estado con él años atrás. Después le vieron entrar y salir varias veces de su cuarto, parecía que iba a devolver. Cuando volvieron a visitarlo, le intimaron que se acostara pero en la enfermería. Subió las escaleras tambaleándose. Al pasar por la capilla hizo una visita, más larga que otras veces. En la enfermería no daba importancia a su malestar. A las once de la noche, el mismo Hermano suplicó al enfermero que llamara al padre espiritual, Vicente Leza, para que lo oyese en confesión. Después recibió el Viático. Llamaron al médico y diagnosticó que tenía una retención de orina muy grande, respondiéndole que no había orinado en sesenta horas y, ante la pregunta sobre el dolor, decía que tenía molestias. Lo sondaron exteriormente después de que había resultado imposible sondarlo por la uretra y le extrajeron como tres litros de orina. Pero se comenzó a debilitar su pulso. El médico opinó que seguramente ya habría sufrido anteriormente en otras ocasiones retenciones debidas a un tumor prostático. Él respondió que en esta ocasión no había dicho nada pensando que se le pasaría como otras veces. Hacia las cinco y media de la mañana comunicó dos encargos que tenía que dar: había enviado dos paraguas a reparar que no habían sido recogidos todavía y le habían encargado tres misas cuyos estipendios estaban en el cajón de la portería. Pidió la unción de los enfermos; cuando le dijeron que quizá mejor después de la misa, el hermano Gárate insistió en que quizá fuera demasiado tarde. Se la administró el P. Leza a las seis y media. Mientras se celebraba la misa en la ca-

pilla de la enfermería, el Hermano pidió que se le hiciese la recomendación del alma, estando presentes los padres rector y ministro y el hermano Goenaga. Cuando terminaron esa oración, un poco antes de las siete de la mañana, expiró.

Fue depositado en la capilla del cementerio de Deusto. El día 10 se celebró el funeral en la universidad y fue enterrado a continuación en el panteón de la Compañía en el mismo cementerio de Deusto.

Como coincidieron quienes bien le habían conocido, había encarnado en su vida, de forma sobrenaturalmente natural: «Amar y servir».

Por su fama de santidad, enseguida se inició la causa de canonización en el obispado de Vitoria y el 26 de febrero de 1950 la Congregación emitió el rescripto para constituir la comisión de introducción de la causa. El proceso apostólico se tuvo en Bilbao y el 11 de febrero de 1982 el papa Juan Pablo II emitió el Decreto sobre la constancia de las virtudes en grado heroico. Después de la constatación del milagro por intercesión de este venerable siervo de Dios a doña María Ugalde Caño, de treinta y cinco años, que sanó de una necrosis grave y extendida, y del decreto sobre el milagro, el mismo Papa fijó la fecha de beatificación para el 6 de octubre de 1985.

Fue beatificado en ese día junto con otros dos jesuitas, sacerdotes éstos: el burgalense martirizado en 1672 en Tumhón (Islas Marianas) Diego Luis de San Vítores, y el almeriense José María Rubio, apóstol de Madrid, que murió en Aranjuez en mayo de 1929, un poco antes que el hermano Gárate.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

ITURRIOZ, J., SI, *H. Francisco Gárate, S.I., «portero» de Deusto* (Bilbao 1985).

JUAN PABLO II, «Homilía en la beatificación de tres jesuitas españoles: Diego Luis de San Vítores, José María Rubio y Francisco Gárate (6-10-1985)»: *Ecclesia* (1985) n.2243, p.8-9.

— «Venerabili Servo Dei Francisco Gárate Beatorum honores decernuntur»: *AAS* 79 (1987) 7-10.

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, «Victorien. Beatificationis et Canonizationis Servi Dei Francisci Gárate, Coadiutoris temporalis professi Societatis Iesu»: *AAS* 42 (1950) 557-558.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA MARÍA DE LA CABEZA

Esposa de San Isidro († s. XII)

El culto a la esposa de San Isidro Labrador, atestiguado por una cofradía en su honor y por varias pinturas que la representaban, era anterior a la formulación por escrito de su vida, que es bastante lejana al tiempo de la misma. Enterrada en la ermita de Santa María, junto al río Jarama, su cuerpo es hallado en 1596; su cabeza, en cambio, era conocida y venerada mucho tiempo antes. Lo que de ella, pues, puede afirmarse es que fue la esposa de San Isidro Labrador, con quien tuvo un hijo, y con quien compartió la vida honesta de trabajo, piedad y caridad, al punto de merecer que el pueblo la tuviera por santa y que este culto, bien que local, permaneciera en Uceda, Torrelaguna, Caraguiz, etc., lo suficiente para que la Sagrada Congregación de Ritos procediera a su confirmación el 7 de agosto de 1697. Su verdadero nombre parece haber sido Toribia, convirtiéndose en María por la ermita en que estuvo enterrada hasta su traslado en 1615 a Torrelaguna; y el apelativo «de la Cabeza» parece proceder del culto dado por separado a su cabeza como reliquia sagrada. Los demás detalles que se dan de su vida en muchos santorales no se basan en documentos anteriores al siglo XVI. Igualmente su fiesta el día 9 de septiembre puede estar en relación con la fiesta mariana del 8 de septiembre, propio de su ermita.

BEATO JORGE DOUGLAS

Presbítero y mártir († 1587)

Jorge Douglas era un sacerdote secular escocés que fue martirizado en York el 9 de septiembre de 1587 y que, anteriormente, había sido maestro de escuela y se había ordenado sacerdote en París. Era maravillosamente fuerte en la fe y celoso de sufrir cualquier cosa por el amor de Cristo. Habiendo sido llevado al lugar de la ejecución, el sheriff Snell le ordenó quitarse sus ropas hasta la camisa y le dijo al cortador que subiera y le dio una gran navaja diciéndole: «Cortarás la cuerda cuando yo

te lo ordene». Mandó al mártir subir la escalera, lo que hizo en el acto con mucha presencia de ánimo. Se encomendó el alma a Dios, y fue quitada la escalera. El sheriff dio orden de cortar la cuerda y el mártir cayó al suelo de espaldas pero se sentó al punto. Vinieron dos mozos de carnicería, y uno lo cogió por los pies y el otro, tirándolo junto al fuego, lo hería horriblemente. Él intentó poner la mano en el suelo para levantarse, pero fue obligado a permanecer allí y aguantar toda esta agonía. Se le sintió mover la lengua, y después de haber sufrido todas estas crueldades murió. En el interrogatorio se le preguntó si reconocía a la Reina como cabeza suprema de la Iglesia en Inglaterra y él dijo que no, y corroboró su negativa con tales autoridades y argumentos que solamente por esto fue acusado de traición.

Fue beatificado por el papa Juan Pablo II el 22 de noviembre de 1987.

10 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Alejandría de Egipto, San Nemesio († 251), mártir *.
2. La conmemoración de los santos Nemesiano, Félix, Lucio, otro Félix, Liteo, Poliano, Víctor, Jáder y Dativo († 257), obispos, presbíteros y diáconos, mártires *.
3. En Constantinopla, Santa Pulqueria († 453), emperatriz, defensora de la recta fe **.
4. En Novara (Liguria), San Agabio († s. V), obispo.
5. En Albi (Aquitania), San Salvio († 584), obispo *.
6. En Espira (Renania), San Teodardo († ca. 670), obispo de Tongres y mártir *.
7. En Avranches (Neustria), San Autberto († 709), obispo, fundador del monasterio de Mont St. Michel *.
8. En el monasterio de Locedio, junto a Vercelli, Beato Oglerio († 1214), abad cisterciense *.
9. En Tolentino, del Piceno (Italia), San Nicolás († 1305), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín **.
10. En Nagasaki (Japón), beatos Sebastián Kimura, de la Compañía de Jesús, Francisco Morales, de la Orden de Predicadores, presbíteros ambos, y sus compañeros Ángel Orsucci, Alonso de Mena, José de San Jacinto de Salvanés, Jacinto Orfanel, todos ellos presbíteros y dominicos;

Domingo del Rosario y Alejo [Saburi Sanbashi], religiosos dominicos; Ricardo de Santa Ana y Pedro de Ávila, presbíteros y religiosos franciscanos; Vicente de San José, religioso franciscano; Carlos Spínola, presbítero, de la Compañía de Jesús; Gonzalo Fusai, Antonio Kiuni, Tomás del Rosario, Tomás Akahoshi, Pedro Sampo, Miguel Shumpo, Luis Kawara, Juan Chugoku, todos ellos religiosos jesuitas; León de Satsuma, Lucía de Freitas, Antonio Sanga, catequista, y su esposa Magdalena; Antonio [Hamanomachi] Coreano, catequista, y su esposa María, con sus hijos Juan y Pedro; Pablo Nagaishi y su esposa Tecla, con su hijo Pedro; Pablo Tanaka y su esposa María; Domingo Yamada y Clara, su esposa; Isabel Fernández, viuda del Beato Domingo Jorge, y su hijo Ignacio; María, viuda del Beato Andrés Murayama Tokuan; Inés, viuda del Beato Cosme Takeya; María, viuda del Beato Juan Shoun; Dominga Ogata, María Tanaura, Apolonia y Catalina, todas ellas viudas también; Domingo Nakano, Bartolomé Kawano Shichiemon, Damián Yamichi Tanda y su hijo Miguel, Tomás Sichiro, Rufo Ishimoto, Clemente Vom y su hijo Antonio, todos ellos mártires en 1622 **.

11. En Londres (Inglaterra), San Ambrosio (Eduardo) Barlow († 1641), presbítero, monje benedictino y mártir **.

12. En Rochefort (Francia), Beato Santiago Gagnot († 1794), presbítero, religioso carmelita y mártir *.

B) Biografías extensas

SANTA PULQUERIA
Emperatriz († 453)

Su nombre es ya altamente significativo porque equivale a limpia, pulcra, al derivarse de esa misma palabra latina *pulcra.* Realmente su vida es toda una síntesis de belleza, de blancura, de virginidad, vivida en grado heroico, por una mujer de la más alta aristocracia humana al ser emperatriz en una de las cortes más legendarias de la historia y en unos momentos de su más relevante grandeza.

Pulqueria nació en Constantinopla en el año 399, hija de Arcadio, emperador de Oriente, y de su mujer Eudoxia, y nieta de Teodosio el Grande. No tenía más que cinco años cuando perdió a su madre y nueve cuando se quedó sin padre, situación que se compensó con un auxilio especial de la Providencia y una comprensión del carisma de la virginidad y de la pureza pocas veces igualada en el ascetismo de la Iglesia. Resulta incomprensible que una santa de estas características haya pasado y sea aún bastante desconocida para muchos de los cristianos.

Con tan sólo quince años de edad fue declarada, en nombre de su hermano menor Teodosio, Augusta, compañera con él en el imperio y encargada en el cuidado de su instrucción a pesar de que solamente era dos años menor en edad. También tomó a su cargo cuidar de otras dos hermanas menores, Arcadia y Marina, hasta el punto de ser sus imitadoras en todo.

Con tan sólo quince años de edad hizo voto de virginidad, arrastrando a sus hermanas para que siguieran su ejemplo. Con ellas compartía la vida ordinaria y todos sus afanes y preocupaciones, a excepción de aquellos momentos que la reclamaban los negocios de Estado.

En medio de la Corte convirtió sus aposentos particulares en un auténtico cenobio penitencial, en un claustro inviolable, hasta el punto de que a los hombres les estaba prohibida la entrada en sus habitaciones privadas. Dicen que por aquel entonces no hablaba con los hombres más que en público.

Causaba admiración su exquisita prudencia en los asuntos públicos a pesar de que el consejo imperial se componía de varones destacados por su sabiduría, prudencia y virtud. En realidad ella también estaba muy versada en las lenguas sabias, en historia y literatura. Fue principalmente su carisma y ejemplo el que transformó la corte en un estado floreciente y próspero, respetado hasta por los mismos pueblos bárbaros.

Su hermano Teodosio, siguiendo los consejos de ella casó con Athenaida, que al recibir el bautismo cambió su nombre por el de Eudoxia. El matrimonio inicialmente no alteró las formas que regían la corte con Pulqueria de administradora principal. Pero luego, Crisafio, gran favorito imperial, logró indisponer primero a Eudoxia contra ella y luego al emperador, hasta el empeño de intentar que el obispo de Constantinopla, San Flavián, convirtiera a Pulqueria en diaconisa de su iglesia, con el único objetivo de retirarla de la corte. El santo prelado quiso resistir las presiones que se le hacían, pero viendo que resultaba imposible la resistencia, previno secretamente a Eudoxia de tan abominables maquinaciones, y ella personalmente optó por retirarse a una casa de campo con la santa intención de pasar en ella todos los días de su vida.

Las consecuencias para la Iglesia y para el estado fueron funestas. El propio obispo Flavián fue perseguido, patrocinando

la emperatriz al heresiarca Eutiques, a quien el prelado había condenado, y sosteniendo a Dióscoro y a otros eutiquianos protagonistas del famoso sínodo predatorio de Éfeso, luego llamado *Latrocinio de Éfeso,* del año 449.

Pulqueria seguía en su retiro pero viendo dolorida la indisposición que pretendían conseguir de todos, incluso ahora ya contra su mismo hermano Teodosio. Hasta el papa de Roma León I quiso que la emperatriz fuera a entrevistarse con el mismo emperador. Pulqueria obedeció y fue tal la unción desplegada en la entrevista que Teodosio se dio cuenta del abismo en que lo estaban metiendo y cambió completamente, desterrando al consejero Crisafio a una isla, donde luego le quitaron la vida.

Con esta situación lavó sus equivocaciones y rectificó sus errores justo un poco antes de su muerte que acaeció el 29 de julio del año 450. Su viuda Eudoxia se retiró a Palestina donde acabó sus días.

Con tan luctuoso hecho Pulqueria quedó señora del imperio Oriental. Para favorecer su autoridad buscó un compañero en el imperio, un excelente general y estadista, sabio, católico y virtuoso llamado Marciano, ya viudo.

Pulqueria, juzgando conveniente ensalzar el crédito y la autoridad de Marciano, le propuso casarse con ella, con la condición expresa, asumida en plena libertad, de que habría de respetar su voto de virginidad. Propuesta que Marciano abrazó gustoso y ambos gobernaron el imperio juntos con una vida similar a la de los mejores hermanos identificados en sentimientos e intenciones.

Entre sus acciones sobresalen las excelentes relaciones habidas con el papa León I que favorecieron a la Iglesia de Constantinopla y la defensa de la verdadera doctrina contra las herejías de Eutiques.

Hay que destacar en este sentido la celebración, el año 451, de un concilio en Calcedonia, ciudad próxima a Constantinopla. Es el IV Concilio ecuménico. Asistieron 630 obispos. Eutiques y Dióscoro, el culpable del llamado *Latrocinio de Éfeso,* fueron desterrados y se tomaron toda clase de medidas contra los monofisitas. La tesis que sintetiza este concilio, sustancial en nuestras creencias, válida hasta nuestros días, es de-

finitiva: *En la persona de Jesús están unidas sin mezcla e inseparablemente la naturaleza divina y la humana en una sola hipóstasis: son consustanciales Dios y Jesús.*

Ya antes su persona fue decisiva para que se convocara el III Concilio ecuménico de Éfeso en el año 431. Su doctrina sintética: *María, Madre de Dios.* Otro dogma fundamental, inconmovible en el transcurso de los siglos.

En su haber también hay que colocar la erección de muchas iglesias, entre las que destaca una en honor de la Virgen donde se colocó una famosa pintura enviada desde Jerusalén por la emperatriz Eudoxia y que se dice pintada por el propio San Lucas. Un poco antes de su muerte vio acabada la nave de la iglesia de San Lorenzo, dentro de su particular palacio.

A pesar de la agitación de la corte, Pulqueria seguía y siguió siempre encontrando tiempo para atender a sus exigencias religiosas, que de ninguna manera sufrirán paréntesis alguno. Murió el 10 de septiembre del año 453 a la edad de 68 años. Dejó todos sus bienes personales a los pobres. Marciano siguió gobernando algunos años más, hasta el 457, año de su muerte, cuando da comienzo la dinastía tracia y justiniana.

Tanto la Iglesia Oriental como la Occidental celebran su fiesta como de santa virgen. El papa Benedicto XIV (1740-1758) manifestó una gran veneración por esta santa. A él se debe el renacimiento especial de su culto en los tiempos modernos.

El papa León I escribió uno de sus mejores epitafios: «Se debe a ti la supresión de los escándalos provocados por el espíritu del mal; se debe a ti el hecho de que la tierra entera esté unida en la confesión de tu nombre».

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* III (Madrid 1853) 471s.

Historia de la Iglesia. IV. *Los reinos germánicos* (Valencia 1975).

LLORCA, B., SI - GARCÍA VILLOSLADA, R., SI - LABOA, J. M.ª, *Historia de la Iglesia católica.* I: *Edad Antigua: la Iglesia en el mundo grecorromano* (Madrid ^{8}2001) 475-476; 543-546.

SAN NICOLÁS DE TOLENTINO

Presbítero († 1305)

En la semblanza literaria de San Nicolás de Tolentino han influido las dos corrientes espirituales que dieron fisonomía a la Orden agustiniana, de que fue miembro, la eremítica y la apostólica.

Muchos panegiristas le pintan como puro contemplativo, terrible flagelador de la carne, sin gurruminerías con la naturaleza lapsa, como amigo de la soledad a la escucha de las palabras interiores. Con todo, los testigos más antiguos, es decir, los que hablan en su proceso de canonización, descubierto modernamente, nos dan un santo más humano y social, en diálogo vivo con el mundo de las almas. No hay que decir que nuestras simpatías se van por esta estampa hagiográfica, más acorde con nuestra sensibilidad moderna y la historia. Nos place saber que San Nicolás se tomaba tres vasitos de vino muchos días, aunque desvirtuándolo con un poco de agua. Y más que el enfermo inflexible, que para no romper su propósito de abstinencia de carne, contra la prescripción del médico y el mandato del superior, con una bendición hizo volar del plato la perdiz asada que le presentaron, nos atrae el religioso dócil, que gusta un trocito del ave, y el resto lo pasa a otros enfermos del convento.

La Marca de Ancona, bella región de Italia, asomada al Adriático y orlada con las bendiciones de la Virgen de Loreto, conserva las huellas de la existencia terrena de nuestro santo. En Castel Santángelo, dos cónyuges, Compañón y Amada, aureolados en el citado proceso con alabanzas de vida muy ejemplar, lamentaban el vacío de su hogar. «Sábete, Berardo, que mi padre y madre no eran personas de prestigio ni ricas. Pero deseaban tener prole». Esta confidencia hizo el mismo santo al amigo que declaró en el proceso. E invocaban con ardor al gran taumaturgo, muy venerado en la región, a cuya tumba peregrinaron juntos: San Nicolás de Bari. «Si nos das un varón, lo haremos religioso; si nos das una hija, ella será monja». Y vino el varón de los deseos, y el hijo del milagro, a quien pusieron el nombre de su bienhechor. La nueva criatura fue el ángel del hogar. «Yo conocí a fray Nicolás durante doce años, y cuando es-

taba junto a él me parecía un ángel», declara una testigo, por nombre Giovannina.

Aunque nos atraen mucho los santos humanos, no se puede negar la existencia de criaturas muy angelicales, como el niño Nicolás. Su primer biógrafo, fray Pedro de Monterubiano, que le conoció en vida, nos conserva esta noticia:

> «Yo mismo he oído al enfermero que le asistía lo siguiente: un día nuestra conversación recayó sobre la inocencia de los niños y fray Nicolás me dijo: hermano mío, la inocencia de que hablamos se pierde con los años. En verdad, yo que soy un pecador, a quien tú bien conoces, en aquella inocente edad, asistiendo al sacrificio de la misa, veía con estos mis ojos un Niño todo vestido de blanco, lleno de resplandor, que a la elevación de la hostia me decía: los inocentes y los buenos me son muy queridos. Con los años, quedé privado de aquella visión».

Podemos pues hablar de la belleza angelical de la niñez de Nicolás. Y aunque se ocultó el Niño blanco de la Eucaristía, no perdió el ampo de su candor. Por eso a los diez o doce años, oyendo predicar a fray Reginaldo de Monterubiano, sintióse atraído por el hábito y la vida de los hijos de San Agustín.

Después de cinco años de preparación literaria y moral hizo, probablemente, el noviciado en el convento de San Ginés, y al año siguiente la profesión. El estudio, el coro, el trabajo manual eran las ocupaciones ordinarias de los frailes de aquel tiempo. Sobre sus aptitudes mentales nada dicen los testigos del proceso. Mencionan su diligencia: «No perdía un momento de tiempo», asegura un testigo. Los mandatos de los superiores los acogía con esta frase: *Libenter faciam* («lo haré con gusto»). Se hacen lenguas de la mortificación y abstinencia de la mesa, donde prefería los alimentos vegetales. En los conventos de San Ginés, de Cingoli y de Tolentino hizo, seguramente, los estudios, y al fin recibió las órdenes sagradas de manos del obispo de Osimo, tal vez en el año 1269.

En los seis primeros años de su sacerdocio fue conventual en Valmanente, Recanati, Montegiorgio, Plaiolino, Treia, Montolmo y Fermo. Tal vez sus buenas prendas de predicador fueron la causa de sus viajes y cambios, según opina el padre Concetti. Estando en Valmanente tuvo una visión que da particular color a su fisonomía espiritual. Una noche le despertaron las voces lasti-

meras de un alma del purgatorio: la de su pariente fray Peregrino de Osimo. «Te pido por favor que celebres la misa de difuntos para que me vea libre de las penas que padezco». Excusóse fray Nicolás, por ser a la sazón hebdomadario, encargado de la misa conventual, que debe celebrarse según el rito de cada día.

Y entonces fray Peregrino le invitó a dirigir la mirada a la gran llanura que daba a la ciudad de Pésaro, toda ella rebosante de almas en pena que le pedían misericordia. Fray Nicolás tuvo lástima de aquellas pobres almas, y obtenido el conveniente permiso, celebró un septenario de misas por los difuntos, añadiendo grandes penitencias y ayunos en sufragio de las ánimas. Al séptimo día, con nueva aparición, fray Peregrino le alegró con la gran noticia: él y toda la multitud paciente, que había visto, gozaban de la eterna gloria. Tal es el origen del septenario de misas de San Nicolás, aprobado por la Santa Sede, en sufragio de las ánimas del purgatorio.

Sin duda la celebración del sacrificio del altar fue el centro espiritual de fray Nicolás. El padre Natimbene declaró con juramento:

> «Estuviese enfermo o sano, fray Nicolás todos los días celebraba la misa, a no ser que una extraña debilidad le imposibilitase a tenerse en pie. Antes de celebrarla, solía confesarse siempre y en la misa derramaba lágrimas. Lo vi yo y muchísimas veces estuve presente y con frecuencia se confesaba conmigo».

Un testigo seglar dice:

> «Conocí a fray Nicolás durante diez años antes de su muerte. Cuando iba a oír misa a la iglesia, lo veía entre los frailes con la capucha calada hasta los ojos. Con muy suaves modales decía todos los días misa, y cuando le aquejaba alguna enfermedad, salía al altar apoyado en un bastón. Muchas veces le vi y oí su misa, en la que lloraba».

En el año 1275, a los treinta años de su edad, se estableció para siempre en Tolentino.

En el Sumario de los procesos, apurando la esencia de todos los testimonios, se hace el siguiente retrato:

> «Nicolás era puro, modesto, sin ambición, afable, comunicativo, tranquilo, enemigo de la envidia y del escándalo, moderado, recto, sabio, prudente, discreto, despreciador de la avaricia, diligente, atento para sus dependientes, hombre de buen sentido, leal, hu-

milde, cortés, y aunque pálido, de una hermosura angelical, que resplandecía más en contraste con la negrura del hábito, que llevaba con decoro. Era tenido comúnmente como santo y respetado y venerado.

Dormía sobre una yacija de paja, sirviéndole el manto de cubierta. Tenía en la celda un saquito de habas, sobre el cual solía arrodillarse para orar. Lo guardaba escondido, para que no se lo vieran los frailes, pero no pasó desapercibido a la curiosidad de fray Mancino de Forte, como lo declaró en el proceso. Ayunó con mucho rigor durante su vida, según se lo permitían las enfermedades. Con agua fría desaboraba las legumbres y verduras cocidas.

Flagelaba su carne con ásperos instrumentos. El doctor Berardo Apillaterra, notario de Tolentino, confiesa: "Cuando lavaron su cadáver, yo me hallaba presente. Y le vi en la espalda unas manchas lívidas, y preguntando a los frailes la causa del fenómeno, me dijeron que eran efecto de las flagelaciones". Iba modestamente por la calle, con la capucha calada, de modo que era difícil verle bien el rostro».

Fray Nicolás fue predicador de mucha reputación y guía de almas muy estimado. Conocí a fray Nicolás —dice Aldisia Giacomucci, devota suya— más de diez años. Era sumamente atrayente para los penitentes, a quienes instruía y daba consejos para evitar los pecados, ofreciéndose a hacer penitencia por ellos. «Lo sé esto porque muchas veces me confesé con él, y me lo han contado las personas vecinas que también le confesaban sus pecados». Nina Jocarelli, otra penitente suya, declara también: «Con frecuencia me confesé con fray Nicolás. Por lo que yo podía comprender, me parecía un santo, de muy buenos modales, humilde y cortés. Siempre que me confesaba con él y recibía su bendición, volvía a casa llena de consuelo, y me parecía haber recobrado la agilidad de un pájaro».

Imponía ligeras penitencias, porque él mismo se ofrecía a satisfacer por los penitentes. Por eso, según atestigua fray Ventura, «comúnmente los hombres y mujeres de Tolentino, así como los forasteros, corrían al confesonario de fray Nicolás, así como él era llamado particularmente al lecho de los moribundos». Según testimonio de otra devota, toda la población de Tolentino se confesaba con él, porque le tenían por un santo.

También alimentó mucho al pueblo con la doctrina evangélica, porque fray Nicolás fue predicador. Mas toda su vida era una predicación ejemplar. Como colector de limosna, llegaba a todas las casas el buen olor de su vida.

> «Cuando yo era fraile menor, dice el padre Pedro, obispo de Macerata, muchas veces vi a fray Nicolás pidiendo pan por las calles de Tolentino. Iba bajito y humilde. Su colecta era copiosa y con ella proveía también a muchos pobres de la ciudad. A los más indigentes iban sus mejores atenciones y socorros».

Ya se puede conjeturar que la vida de oración sostuvo a este gran contemplativo en sus muchos trabajos, penitencias, combates de espíritu y enfermedades corporales. Lo mismo que al Cura de Ars, el demonio le maltrató muchísimo, apaleándole y causándole graves heridas, hasta dejarle cojo.

«Yo mismo le vi aquella herida grande y molesta», dice Nuccio de Rogerio de la que tuvo en la pierna. Veinte días de cama tuvo que guardar en cierta ocasión, por los malos tratos del demonio. Su enfermero, fray Giovannino, observó lívidos rosetones en la cara, en los brazos y espalda.

Los últimos cinco años de su vida fueron de mucho trabajo y sufrimiento, si bien no dejó el apostolado. Sus devotos le regalaban pan fresco, y algunos manjares de alivio, pero todo iba a las manos de los pobres. Aun estando mal, un día, apoyado en un bastón y sostenido por un fraile, consoló y curó con una bendición, de su parálisis, a Hugo Corradi de Tolentino. En los postreros días le recreó la visión de la estrella, que se ha hecho emblema de su santidad. Un meteoro luminoso, moviéndose desde Castel Santángelo, iba a posarse en el oratorio donde solía orar y decir la misa, bañando de claridad a Tolentino. Apenas cerraba los ojos, para dormir, volvía a lucir la estrella, anunciando la futura gloria del siervo de Dios y de la ciudad, que vio sus fatigas y heroísmos.

Ocho días antes de morir le consoló igualmente la vista y contemplación de una imagen de la Virgen, que pidió llevaran a su cuarto.

El día 10 de septiembre de 1305, a los sesenta años, confortado con la absolución general y el viático, murió santamente, mientras fray Giovannino le repetía al oído el verso del salmo preferido del moribundo: «Me ofrezco en sacrificio de alabanza a Vos, Señor».

Una devota suya y penitente le lavó los pies y manos y recogió y guardó el agua en una garrafa, donde se conservó limpia y milagrosa por muchos años. Al poco tiempo comenzaron los

milagros y romerías a Tolentino, atraídos por el olor del santo. Fue de mucha fama la resurrección de una muchacha de Fermo, de doce años, llamada Filipina. En los frescos del siglo XIV que adornan la capilla donde estuvo enterrado, se celebran estos y otros milagros, que le merecieron el título de taumaturgo.

Se instruyó el proceso para su beatificación durante el pontificado de Juan XXII en el año 1327, a los veintidós de su muerte, incluyéndose en él 300 milagros, si bien por causas no puestas en claro aún, se retrasó un siglo la canonización, hasta que Eugenio IV, en 1446, le declaró santo. Es célebre su reliquia del brazo, que ha sangrado más de veinticuatro veces, y su cuerpo se conserva en Tolentino, en la iglesia de los agustinos, donde tanto predicó, confesó y lloró, celebrando la misa. En el día de su fiesta se bendicen los llamados panecillos de San Nicolás.

Los grandes artistas italianos, el Perugino, Antoniazzo Romano, B. Loschi, V. Tamagni, A. Nucci y otros, le consagraron obras que se admiran en los museos de Italia, dándole por emblemas una azucena por la pureza de su vida, un libro por sus méritos de predicador, y un crucifijo por su amor a Cristo y a la penitencia. Es abogado de las almas del purgatorio, protector de la Iglesia, a la que amparó en grandes calamidades históricas, haciendo decir al papa Alejandro VII: *Verbi Dei sanguine praedicamus sanctam esse constructam Ecclesiam et sanguine Sancti Nicolai esse protectam:* Pregonamos que la Iglesia fue fundada con la sangre del Verbo de Dios, y amparada con la sangre de San Nicolás. Alude con estas palabras a las diversas efusiones de sangre del brazo, con que anunció tribulaciones y males que amenazaban a la Iglesia.

VICTORINO CAPÁNAGA, ORSA

Bibliografía

CAMBLOR, S. A., *Vida de San Nicolás de Tolentino* (Madrid 1954).

CONCETTI, N., OSA, *S. Nicola da Tolentino Agostiniano* (Tolentino 1932). Está basada en el proceso de canonización, que descubrió el agustino español P. Saturnino López en el Archivo de Siena.

SALGADO Y CAMARGO, H. DE, *El santo milagroso agustiniano, San Nicolás de Tolentino. Sus excelencias, vida, muerte y milagros: poema heroico: repartido en veinte libros...* (Madrid 1628).

VEGA Y CARPIO, L. DE, *San Nicolás de Tolentino o El santo de los milagros,* en *Obras completas. Comedias* (Madrid 1993s).

• Actualización:

LÓPEZ MELUS, R. M.ª, *San Nicolás de Tolentino* (Onda, Castellón 1983).

OCCHIONI, N., OSA, *Il processo per la canonizzazione di S. Nicola da Tolentino* (Roma 1984).

PANEDAS GALINDO, P., *Nicolás de Tolentino, el primogénito de la familia agustiniana* (Marcilla, Navarra 1992).
TRAPÈ, A., OSA, *San Nicola da Tolentino, un contemplativo e un apostolo* (Cinisello Balsamo 1985).

BEATO SEBASTIÁN KIMURA Y COMPAÑEROS

Francisco Morales, Ángel Orsucci, Alonso de Mena, José de San Jacinto de Salvanés, Jacinto Orfanel, Domingo del Rosario, Alejo [Saburi Sanbashi], Ricardo de Santa Ana, Pedro de Ávila, Vicente de San José, Carlos Spínola, Gonzalo Fusai, Antonio Kiuni, Tomás del Rosario, Tomás Akahoshi, Pedro Sampo, Miguel Shumpo, Luis Kawara, Juan Chugoku, León de Satsuma, Lucía de Freitas, Antonio Sanga y su esposa Magdalena; Antonio [Hamanomachi] Coreano y su esposa María, con sus hijos Juan y Pedro; Pablo Nagaishi y su esposa Tecla, con su hijo Pedro; Pablo Tanaka y su esposa María; Domingo Yamada y Clara, su esposa; Isabel Fernández, viuda del Beato Domingo Jorge, y su hijo Ignacio; María, viuda del Beato Andrés Murayama Tokuan; Inés, viuda del Beato Cosme Takeya; María, viuda del Beato Juan Shoun; Dominga Ogata, María Tanaura, Apolonia y Catalina; Domingo Nakano, Bartolomé Kawano Shichiemon, Damián Yamichi Tanda y su hijo Miguel, Tomás Sichiro, Rufo Ishimoto, Clemente Vom y su hijo Antonio

Mártires († 1622)

Ya en los comienzos de su acción evangelizadora en el Japón, San Francisco Javier (1549-1551) tuvo la convicción del firme arraigo de la fe en los conversos, considerándolos dispuestos a sufrir el martirio antes que apostatar. La previsión del santo se vio cumplida en la misma centuria. En 1597 se registra la primera cosecha de mártires: además de los franciscanos de España y Filipinas, tres jesuitas japoneses y diecisiete seglares también nativos del Japón.

El número de cristianos fue en aumento. Si en el momento de la primera persecución los católicos eran doscientos mil en Nagasaki —centro principal de la comunidad católica japonesa—, en 1614 pasaron a trescientos mil tras la llegada de nuevos misioneros jesuitas, franciscanos, dominicos y agustinos.

Tan llamativo crecimiento, causó la alarma de las autoridades japonesas, entrando en juego el odio furioso de los bonzos, las sospechas de connivencias de los misioneros con los agentes de España y Portugal y, también, la enemiga declarada de los calvinistas holandeses. ¿Se acompañó siempre el ardor de los misioneros españoles del tacto especial que caracterizó a los jesuitas seguidores de San Francisco Javier? De hecho el *Shogun* Ieyasau desencadenó en 1614 una terrible persecución que prosiguió durante largos decenios con sus sucesores Dietada y Iemitsu. La cristiandad japonesa quedó en buena medida destruida. Hubo, tristemente, numerosas apostasías, pero se multiplicaron los mártires. El decreto persecutorio de 1614 parecía limitarse a la expulsión de los misioneros. Pero, como ya había sucedido a finales del XVI, muchos de ellos lograron esconderse para sostener a los cristianos en su fe. Comenzó así la caza de misioneros y el encarcelamiento de los cristianos que los ocultaban. De 1617 a 1632 la persecución fue de lo más cruento y ensañado. El número de mártires fue elevadísimo. Ni siquiera fue posible registrar todos los nombres. Un buen número de misioneros y de japoneses nativos lograron huir y fueron acogidos en Manila y en Macao, evidenciándose la acción protectora de España y Portugal. La Congregación de Ritos se vio informada con sorprendente rapidez, ordenando iniciar los procesos canónicos para atestiguar los martirios. Prestaron su testimonio unas setenta personas prófugas del Japón. El proceso a beatificación fue reanudado en 1862, concluyendo con la beatificación por Pío IX en 1867 de 205 mártires, con nombres y datos bien precisos, que deben ser considerados como representativos de una más amplia legión de héroes.

Los martirios se sucedieron ya a partir de 1617: 22 de mayo, 1 de junio, 1 de octubre... El día del martirio grande de Nagasaki fue el 10 de septiembre de 1622. En esta fecha dieron su vida 52 cristianos: sacerdotes, religiosos (dominicos, franciscanos y jesuitas), personas casadas, jóvenes, viudas y niños, que ofrecieron un heroico ejemplo de constancia. Con razón han obtenido celebración especial el 10 de septiembre. Se enumeran ocho dominicos, de ellos cuatro españoles, a los que se suman dos japoneses y un italiano. La orden franciscana aporta un belga y dos españoles; la

Compañía de Jesús cuenta con ocho japoneses nativos, encabezados por el sacerdote Sebastián Kimura, al que se une el sacerdote jesuita belga Carlos Spínola; los seis restantes son jovencísimos profesos en etapa de formación... Merecen atención dos terciarios franciscanos, especialmente la anciana de ochenta años Lucía de Freitas. Hay casos especialmente conmovedores de matrimonios que sufren juntamente el martirio, como el de los catequistas de la misión jesuítica Antonio Sanga y Magdalena, y Antonio y María, éstos con dos hijos, Juan, de doce años, y Pedro, de tres. Igualmente Pablo Nagaishi y su mujer Tecla mueren con su hijo Pedro, de siete años. Isabel Fernández, viuda del mártir Domingo Jorge, muere con su hijo Ignacio de cuatro años. Siguen varias viudas de esposos martirizados en días anteriores, niños hijos de mártires, etc. Sangre española, belga, italiana en el raudal bermejo de sangre japonesa: «Salvete, flores martyrum».

En la bula de beatificación Pío IX ofrece esta visión conjunta:

> «Operarios del Evangelio con sus catequistas; nobles personajes de linaje real, señoras de rica posición, jóvenes virginales, ancianos de avanzada edad, niños y niñas de tres o cuatro años... En el recuento pormenorizado de estos cincuenta y dos mártires resulta que veintidós fueron quemados vivos y los otros treinta, decapitados. El cielo de Nagasaki quedó teñido de púrpura para siempre».

La beatificación de estos mártires, junto con los otros mártires de Japón (205), fue el 7 de julio de 1867.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

BOXER, C. R., *The christian century in Japan, 1549-1650* (Berkeley 1974).
GARCÍA DELGADO, J., *El Beato Francisco Morales O.P. mártir del Japón (1567-1622). Su personalidad histórica y misionera* (Madrid 1985).
GONZÁLEZ TEJERO, P., *Sangre en Nagasaki: los 16 mártires dominicos* (Hong Kong 1987).
RODRIGO, R., *Mártires del Japón* (Monachil 1988).

SAN AMBROSIO (EDUARDO) BARLOW

Presbítero y mártir († 1641)

Después de la desaparición de las órdenes monásticas, causada por el cisma impuesto por el rey Enrique VIII, antes de la mitad del siglo XVI, aquellos monjes y religiosos que no murie-

ron mártires de su fe, o malvivieron a escondidas o escaparon a la costa europea refugiándose en los países católicos; a finales de siglo casi todos habían desaparecido.

Pocos saben que la actual congregación benedictina inglesa tuvo su origen dentro del seno de la congregación española de San Benito de Valladolid que, a su vez, también desaparecería entre los escombros de las revoluciones y leyes desamortizadoras de 1812-1835.

Los ingleses católicos siempre tuvieron por tradición que su patria (no así Escocia y Gales, que les antecedieron con mucho en la fe cristiana gracias a los monjes celtas) debe su incorporación a la Iglesia merced al papa San Gregorio Magno que, a finales del siglo VI, les envió una comunidad de monjes desde Roma. Esta tradición les llenó siempre de afecto por todo lo benedictino, y aunque los monjes por principio no son misioneros, el hecho del envío de San Agustín y su comunidad monástica les impacta todavía hoy.

Desaparecida la vida benedictina en Inglaterra, se puede decir que, en muchos de los corazones de los católicos de nacimiento o conversión, empezó a apuntar el «buen celo» de los hijos de San Benito que, muchos siglos antes, les había llevado la luz del Evangelio. Así pues, no pudiendo formarse en su patria, muchos jóvenes católicos ingleses y otros que por gracia de Dios se pasaron del anglicanismo a «su antigua fe», trataron de buscar quien los educase adecuadamente para volver a su país, aunque fuera a escondidas, para mantener la fe de muchos fieles ingleses que se aferraban a la fe católica y necesitaban quien los animase y consolase en las pruebas. Ya el rey Felipe II, antiguo monarca consorte de María Tudor, ayudó a crear en Valladolid y también en las costas belga-francesas, como Douai, colegios que formasen un nuevo ejército de misioneros ingleses.

Pero no sólo se formaban sacerdotes seculares, sino que la vocación religiosa empezó a germinar; y, como se ha dicho, también la monástica. Y la congregación benedictina española tiene la gloria de tener entre sus únicos hijos que alcanzaron la gloria de los altares a los que, procedentes de la «Isla de los santos», recibieron la formación o el amparo en los monasterios españoles. El caso más típico de lo que estamos contando se

halla en la vida de San Juan Roberts, monje profeso del Monasterio de San Martín Pinario de Santiago de Compostela.

Nació en 1576 o 1577 en Trawsfynydd, Condado de Merionthshire (Inglaterra). Sus padres eran bretones y se llamaban Juan Roberts, descendiente de los antiguos príncipes del norte de Wales, y Ana, hija de Pablo Dricke, de Gildertar. Juan era el primogénito de la familia y fue educado en el colegio St. John's de Oxford y en Inns of Court de Londres. Tanto él como sus padres eran anglicanos. Deseando conocer mundo marchó a París, donde hizo amistad con un compañero católico que le convirtió a la verdadera fe, y tras ser instruido por el penitenciario de Notre-Dame de París, fue recibido en la Iglesia Católica en 1598. El obispo de Burdeos lo confió a algunos sacerdotes de su diócesis y a los padres jesuitas para que completaran su formación católica.

Con cartas de un mercader llamado Oliver, vecino de San Juan de Luz, y de algunos jesuitas, llegó a Madrid donde se presentó al P. Cresuelo, quien viendo las buenas cualidades de Juan lo envió al seminario de ingleses de Valladolid que regentaba la Compañía de Jesús. Llegó a Valladolid el 15 de septiembre de 1598 e ingresó en el colegio de ingleses el 18 de octubre del mismo año. Aquí tomó contacto con los benedictinos del monasterio de San Benito, donde poco después, con cuatro compañeros más, pidió el hábito de la Orden; fueron admitidos en San Martín Pinario de Santiago de Compostela el 1 de agosto de 1599. Profesó en el mismo monasterio el 8 de diciembre de 1600 con el nombre de Agustín.

En 1602 fue ordenado sacerdote en Salamanca y poco después partió para Inglaterra, donde llegó en abril de 1603 como vicario de los monjes ingleses de España. Se dedicó con ahínco a la predicación de la verdadera fe y a la asistencia de los apestados en Londres. Durante ocho años trabajó en aquella isla y cinco veces fue expulsado de la misma, la última de ellas el 2 de diciembre de 1610. En uno de sus destierros ejerció el cargo de confesor de monjas en Bruselas. La primera vez que fue expulsado regresó a España y asistió al capítulo general de 1604, donde pidió y obtuvo de la congregación la fundación de tres colegios de filosofía y teología en España para vocaciones ingle-

sas. Los colegios fueron Oña, Valladolid y Douai en Flandes. En 1605 ayudó a la fundación del colegio de Douai, del que fue el primer superior.

La última vez que le arrestaron en Inglaterra fue el 2 de diciembre de 1610, en una casa de católicos, cuando acababa de celebrar la Eucaristía. Estuvo encarcelado hasta el 5 del mismo mes en que le llevaron ante el «Parlamento de los Doce». Este Tribunal le acusó de haber faltado a las leyes del reino, por haber entrado en Inglaterra siendo sacerdote católico y por ello considerado como traidor a la patria. El obispo anglicano de Londres fue quien más duramente le acusó, pero San Juan se defendió diciéndole que si ser sacerdote católico era una traición, debían considerar traidores a todos los santos que habían evangelizado Inglaterra. No atendieron a sus razones y le condenaron a muerte. El día 8 de diciembre se le comunicó la sentencia y el 10 le llevaron a Tyburn en compañía de otro sacerdote católico y de 16 malhechores, para ajusticiarlos. Las últimas palabras de San Juan Roberts fueron: *Omnes sancti et sanctae Dei, intercedite pro nobis.* Su cuerpo fue echado a una fosa común, de donde algunos católicos lo recogieron y enterraron con gran veneración. De su cuerpo queda sólo ahora un dedo que se guarda en la abadía de Downside, junto con una carta y una tela manchada con su sangre. Fue canonizado por Pablo VI el 25 de octubre de 1970. Es el primer santo canonizado de la congregación de Valladolid y el mejor testimonio de cómo educaba a sus monjes en la fe, pues dio tales hijos a la Iglesia y a la Orden, que no dudaron en derramar su sangre para defender la verdadera fe.

Como se ha dicho, fueron muchos los ingleses que se formaron y profesaron en los monasterios españoles, unos directamente viniendo a España, otros afiliándose y en dependencia de monasterios que los admitían a la profesión como tales contándoles entre sus hijos. El que más fue el monasterio de San Martín, ya citado, con 11 monjes; le siguen por número Valladolid, con 7, Sahagún con otros 7 y otros muchos monasterios con cinco, cuatro, etc. De 1599 hasta 1613 hubo 64 sacerdotes, de los cuales, en 1663, habían sufrido el martirio cuatro y uno había muerto en la cárcel. Cuando en 1613 se fundó la Congregación inglesa, de los 55 sacerdotes que la formaron, 38 se habían formado en los monasterios españoles.

Ha parecido conveniente esta larga introducción para explicar algunos puntos de la vida de San Ambrosio Barlow. Su vida se desarrolló en la región de Manchester, oeste de Inglaterra, salvo durante el tiempo de sus estudios eclesiásticos. Su padre era un buen católico y lo hizo bautizar el 30 de noviembre de 1585 dándole como patrón a San Eduardo. Su abuelo había muerto en prisión por la fe. Eduardo fue el cuarto hijo de 14 hermanos: ocho hijos y seis hijas. Dos de sus hermanos llegaron a ser benedictinos como él. Guillermo, el hermano mayor, que se llamó dom Rosendo, fue un canonista distinguido y llegó a ser presidente de la congregación inglesa.

A los 12 años, Eduardo fue colocado como paje en casa de un gentilhombre protestante de la región. La fe del joven fue puesta a prueba y estuvo en peligro de perderla. Pero gracias a la piedad y exhortaciones de una señora viuda volvió a reencontrar el camino de un catolicismo íntegro.

Guillermo, su hermano mayor, mostró a Eduardo el camino del sacerdocio. A la llamada de la vocación Eduardo partió para el continente, decisión valiente que le ponía fuera de la ley. Se estableció primero en el colegio inglés de Douai. Luego, para estudiar la filosofía pasó a España al colegio de Valladolid. Hacia 1612 fue reenviado de nuevo a Douai donde permaneció hasta junio de 1613. En 1614 volvió a su Inglaterra natal; al poco fue apresado y tuvo que pasar un tiempo en una de las cárceles de Londres. Retornado a Douai, ingresó en el monasterio de San Gregorio, donde su hermano, ahora dom Rosendo (nombre del santo fundador del monasterio gallego de Celanova), era prior. Después del noviciado y una estancia en Saint-Malo, hizo la profesión el 5 de enero de 1616: por ella fue incorporado a la comunidad española de Celanova en Galicia. Desde entonces, fue conocido como dom Ambrosio, su nombre de religión.

Ordenado sacerdote en 1617, fue enviado como misionero otra vez a Inglaterra. Tenía ya más de 30 años cuando comenzó su labor apostólica en su país natal y trabajó mucho y bien cerca de otros 24 años. Se cuenta que cuando llegó a su tierra su madre quiso abrazarlo para darle la bienvenida, y él, creyendo un deber tener un corazón desprendido de los afectos terrenos, rehusó el abrazo; el biógrafo lo explica añadiendo: «Ambrosio ya había recibido el abrazo de su Salvador».

Visitaba continuamente las aldeas y casas de campo, marchando siempre a pie como los campesinos. Celebraba la misa muchas veces pasando de un lugar a otro para reconfortar a sus paisanos. Esta tensión le cansaba mucho y quedaba agotado en general al caer la tarde. Sin embargo, habitualmente estaba de buen humor al estilo de Santo Tomás Moro. En general estaba en un lugar unas tres semanas y a la cuarta se ponía en camino hacia otro lugar. Durante el Adviento y Navidad descansaba de los viajes para reponer fuerzas, aparte de que durante este tiempo ayunaba rigurosamente. Era un hombre fuerte y de buen apetito que siempre trataba de controlar al extremo. Una vez se le oyó decir a sus comensales: «Mirad qué bien he comido, pero sinceramente tengo que confesar que me levanto de la mesa con la misma hambre con que me senté».

El P. Ambrosio era un hombre de costumbres y maneras sencillas y dijo en más de una ocasión a la gente de buena sociedad: «No os extrañéis de mi rústico proceder; en realidad soy casi como un payaso».

Un contemporáneo nos ha dejado la descripción simpática de su vida parroquial: para Navidad los hombres colocaban juntos todos sus sombreros sobre la mesa para significar la unión de corazones. En la habitación se encendía un brasero de carbón. El altar se preparaba con pobres manteles, pero limpios, y sobre él resplandecían unos cirios que el mismo padre Ambrosio fabricaba. Los católicos venían de diversos lugares, atraídos por su fe y caridad. Durante la noche de Navidad pasaban el tiempo orando unos ante el altar, mientras otros cantaban villancicos junto al fuego. El padre Ambrosio les hablaba con palabras que rezumaban textos de la Escritura. Le encantaba, además, hablar con parábolas y ejemplos.

Ambrosio gustaba de la soledad y también disfrutaba albergando en su casa a los pobres. Solía invitarlos a su mesa especialmente en los días de Navidad, Pascua y Pentecostés. Tenía horror al alcohol y a la vanagloria. Practicaba los exorcismos con mucho éxito. Su modestia y reserva era extrema con las mujeres y se las apañaba para no mirarlas cara a cara jamás. Aunque en aquel tiempo hasta las personas de paz eran dueñas de alguna espada, él decía con buen humor: «No me gusta tener

junto a mí arma alguna pues soy persona de mucho genio... y ya se sabe». Tampoco solía llevar consigo reloj alguno, aunque era costumbre de muchos; decía que le gustaba observar cómo se pasaba el tiempo y que temía llenarse de orgullo al ser poseedor de un reloj. En su domicilio, en cambio, tenía un reloj de pared que cuidaba mucho, hasta con demasiado mimo. Había aprendido a pintar y se hizo un cuadro con un Cristo coronado de espinas que colocó sobre su altar. También dibujaba pequeñas estampas para los niños. Y durante sus largas horas de forzosa inactividad apostólica se entregaba a la oración y al rezo del rosario. Y consideraba día perdido si no era consciente de haber hecho algo positivo por la salvación de las almas.

Con el paso del tiempo la situación de los católicos ingleses se fue agravando. Y entre 1617 y 1641 el puritanismo protestante se hizo muy fuerte. Carlos I había tratado en 1625 de ayudar a los católicos o papistas, como los llamaban los protestantes ingleses, pero en 1641 se encendió la guerra civil. Los católicos fieles al Rey y al Papa se convirtieron en doblemente perseguidos para los gobernantes.

San Edmundo Arrowsmith, jesuita, fue martirizado el 28 de agosto de 1628. Cuentan que se le apareció al P. Ambrosio la noche siguiente diciéndole: «Yo ya he padecido, ahora te toca a ti. No hables mucho, pues ellos tratarán de tenderte trampas por tus palabras».

Dom Ambrosio se quedó tranquilamente en Lancaster y rehusó ponerse en fuga. Su conducta siempre fue valiente. Y regañaba a los católicos que no querían ser vistos en misa: «No me gustan aquellos que miran a Dios por el ojo de la cerradura». Unos meses antes de su arresto se enteró de que algunas personas muy queridas por él pretendían poner en ejecución un mal proyecto que podría ser causa de ruina para otros muchos. Le afectó de tal modo saber esto que sufrió un ataque de apoplejía quedando paralizado de medio cuerpo. Creyó que iba a morir y no tenía ningún sacerdote que le pudiese administrar los sacramentos. Lleno de fe y confianza rezaba: «Señor, hágase tu voluntad». Por fin se presentó un sacerdote jesuita que le animó y consoló de modo que su salud mejoró rápidamente.

El 25 de abril de 1641, en Pascua, cuatrocientos anglicanos de Leigh, excitados por su vicario, se dirigieron a la casa de Bar-

low en Morley (Lancaster). Ambrosio estaba predicando a un centenar de fieles y entrando los amotinados lo apresaron y lo llevaron a la ciudad de Lancaster. El monje, todavía no recuperado en su salud, estaba tan mal parado que tuvieron que subirlo en una caballería y sostenerlo en ella. Una vez en prisión pudo tener entre sus manos el libro de Boecio *La consolación de la filosofía* que le reconfortó y animó no poco. Pero se lo confiscaron; ante tal situación dom Ambrosio dijo mansamente: «Si me lo quitáis, siempre tendré conmigo el gran libro al cual siempre Boecio hace alusión, el de la oración; ése no me lo podréis quitar nunca». Así pues, se entregó por completo a la oración. Ni siquiera las visitas lograban apartarle de las cosas espirituales y de su silencio y retraimiento.

El juicio tuvo lugar el 7 de septiembre. Ante la pregunta de por qué no se había ido de Inglaterra el 7 de abril conforme lo establecía el edicto del gobierno, él respondió que el edicto sólo hablaba de jesuitas y sacerdotes seculares, pero que él era benedictino y además estaba enfermo. Ante su respuesta un murmullo de aprobación corrió por toda la sala. Le preguntaron acerca de lo que pensaba de las leyes de deportación; respondió que las encontraba injustas y bárbaras, pues los únicos sacerdotes que había en el reino eran los sacerdotes «romanos»; los jueces siguieron: «¿Qué piensas de los reyes que hicieron esas leyes?». Él respondió que los encomendaba al Señor para que los perdonase. El tribunal le dijo que estaban dispuestos a soltarle si él renunciaba a «seducir» al pueblo. Ambrosio les contestó: «Yo no seduzco al pueblo sino que los reconduzco a la verdadera y antigua religión de nuestros padres» *(I am not seducer but a reducer...),* y dirigiéndose al presidente del tribunal le dijo: «Yo soy juez en materia espiritual. Y si tú quieres quedarte en las tinieblas de la herejía no tendrás parte en la felicidad de los hijos de Dios», a lo que el juez respondió con cruel ironía: «Pero yo voy a tener una ventaja sobre lo que dices, pues mi sentencia será ejecutada antes que la tuya».

Condenado a muerte, Barlow exclamó: «Demos gracias a Dios», y oró por los que habían sido causa de su condena. El juez agradeció su oración acordándole que se le colocara en una habitación solo para que pudiera estar tranquilo hasta el día siguiente.

La ejecución tuvo lugar el 10 de septiembre de 1641. El monje, acordándose del día de su profesión, se postró en tierra en acto de ofrenda: *Suscipe me.* Las ejecuciones de la época en Inglaterra eran horribles e ignominiosas y ya se han descrito en la muerte de los cartujos ingleses (4 de mayo). Durante el trayecto no dejó de rezar, sobre todo el *Miserere.* Los ministros protestantes no dejaron de exhortarle a que «entrase en razón», pero él no los atendió ni un momento.

Ambrosio padeció todo el ritual sangriento y feroz de su definitiva profesión en manos de Dios. Todavía tuvo fuerzas para recordar que al fin y al cabo todo su sufrimiento acabaría en una sola muerte y a los que le exhortaban a que pidiese gracia les dijo: «Morir hay que hacerlo un día u otro, pero una muerte tan hermosa como ésta no la tendré jamás».

Nos ha quedado un grabado que lo representa bastante bien con un curioso realismo: cabellos cortos algo ensortijados, bigotes y barba corta partida en dos y algo descuidada; sus vestidos no están muy a la moda del tiempo. Lleva puesto un sombrero maltrecho, camisa sin chaleco y unos pantalones que le cubren hasta las rodillas; en sus pies lleva unas lamentables zapatillas de estar por casa, tal como lo encontraron cuando lo apresaron.

San Ambrosio, como San Juan Roberts, fueron beatificados por Pío XI en 1929 y canonizados por Pablo VI en 1970 junto con otros 40 mártires ingleses. Su mano derecha se conserva en el monasterio de monjas benedictinas de Stanbrook.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* IX: *Septembre* (París 1950) 230-233.

ZARAGOZA PASCUAL, E., *Los generales de la Congregación de Valladolid. IX centenario de la muerte de Sto. Domingo de Silos,* V (Zamora 1980) 355-356; 383-387.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN NEMESIO

Mártir († 251)

Conocemos el martirio de este santo por las noticias que de él da San Dionisio, obispo de Alejandría. Se trataba de un egip-

cio, como llamaban a los no naturales de Alejandría, que acusado de pertenecer a una banda de bandidos, pudo demostrar su inocencia delante del centurión. Pero, posteriormente, fue acusado como cristiano y debió comparecer encadenado ante el gobernador Emiliano. Éste lo mandó torturar en busca de su apostasía y lo mandó azotar cruelmente, dos veces más que a los ladrones de la banda, y luego mandó que lo quemaran con ellos. De esta forma —dice San Dionisio— mereció en su muerte asemejarse al Redentor, que murió entre dos ladrones.

SAN NEMESIANO, FÉLIX, LUCIO, OTRO FÉLIX, LITEO, POLIANO, VÍCTOR, JÁDER Y DATIVO

Mártires († 257)

Cuando se proclamó en Cartago el edicto de persecución del emperador Valeriano contra los cristianos, la primera víctima de él fue San Cipriano, el obispo de la ciudad, que llevado a la presencia del procónsul se negó a decir dónde estaban los demás obispos y ministros, indicando solamente que cada uno estaba en su lugar. San Cipriano fue desterrado a Curubis. Y el procónsul mandó buscar a los demás sacerdotes y ministros, y los encontraría la policía celebrando el culto, lo que estaba severísimamente prohibido. Un grupo de obispos, presbíteros y diáconos fue presentado al tribunal proconsular de Cartago y todos fueron condenados a las minas, que era en realidad una condena próxima a la pena de muerte. San Cipriano desde su destierro se pone en comunicación con los mártires y les manda una hermosa carta cuyo texto se conserva. A los pobres condenados a las minas se les azotaba, se les marcaba en la frente y un herrero les clavaba a los pies anillos de hierro unidos por una cadenilla que a veces estaba también unida a una de la cintura, encorvando al condenado e impidiendo todo intento de fuga. Debían trabajar en oscuros subterráneos cuyas tinieblas se hacían muy penosas por el humo y hedor de las antorchas, debiendo descansar, el poco tiempo que se les permitía hacerlo, en el suelo.

Los mártires estaban separados en tres grupos que contestan por separado a San Cipriano agradeciéndole la carta y las

ayudas enviadas. El primer grupo estaba formado por Nemesiano, Dativo, Félix y Víctor; el segundo, por Lucio y otros hermanos; el tercero, por Félix, Jáder y Poliano. El texto de estas tres cartas también se conserva. Cipriano dirige su carta a Nemesiano, Félix, Lucio, otro Félix, Liteo, Poliano, Víctor, Jáder y Dativo, hermanos obispos, y a los presbíteros, diáconos y demás hermanos. Todas estas cartas rebosan fe y fortaleza cristiana y son un memorable testimonio de cómo aquellos pastores y fieles aceptaban el martirio por la causa de Cristo.

SAN SALVIO DE ALBI
Obispo († 584)

Nos habla de él San Gregorio de Tours y nos dice que nació en Albi y que, primeramente, se dedicó a la carrera de derecho y llegó a ser magistrado, pero repensó su sitio en la vida y se decidió por la vida monástica en su propia ciudad de Albi. Muy dado a la vida de recogimiento y austeridad, ello no impidió que fuera elegido abad del monasterio. Y lo fue de modo admirable: volcado en la dirección y necesidades de los monjes, se hizo amar de éstos, que lamentaban su posible pérdida cuando estuvo tan grave que llegó a creérsele muerto pero se recuperó. Su prestigio hizo que le eligieran como obispo de Albi en 574. También ahora brilló su virtud. Vivió tan austeramente como dentro de los muros del monasterio, se volcó en la atención a los pobres, visitaba asiduamente las poblaciones de su diócesis animando a las comunidades cristianas. Combatía sin descanso el arrianismo y el paganismo. Tuvo amistad y colaboración con San Gregorio de Tours, al que apoyó cuando fue acusado de calumniar a la reina Fredegunda y por este motivo participó en el concilio de Braisne. Al final, su imparable caridad lo llevó a la muerte. Se desató una epidemia en Albi en el verano de 584 y Salvio se dedicó por entero a atender por sí mismo a los enfermos, llevándoles auxilios espirituales y materiales, y como consecuencia de esta atención se contagió y murió el 10 de septiembre de ese año. Su culto se extendió por la región.

SAN TEODARDO DE MAASTRICHT

Obispo y mártir († ca. 670)

Teodardo nace durante el reinado de Clotario II (614-622) en la región de Maastricht, y es monje de Stavelot cuando regía allí como abad San Remaclo, y no se sabe exactamente cuándo fue llamado a ocupar la sede episcopal de Tongres-Maastricht. Su muerte se debió a su defensa de los derechos de la Iglesia. Había la queja de que varias personas se habían adueñado de terrenos pertenecientes a la Iglesia. Teodardo fue a exponer el asunto personalmente al rey Childerico II en demanda de una sentencia justa. Por el camino, al atravesar el bosque de Bienwald, fue asaltado por unos ladrones, a los que él se dirigió en vano queriéndolos desanimar de su género de vida, pero ellos lo mataron. Como su viaje se debía a la defensa de los derechos de la Iglesia, su asesinato fue tenido enseguida por un martirio y San Lamberto, sucesor suyo en la sede, se llevó su cuerpo a Lieja, teniendo culto como santo.

SAN AUTBERTO DE AVRANCHES

Obispo († 709)

Es seguro que este santo era obispo de Avranches y que fue el fundador de la célebre iglesia del Mont-Saint-Michel, y quizás éstos son los datos más seguros de su biografía, siendo discutida la fecha de su vida y asimismo la de su elección por aclamación popular como obispo. La dedicación de la iglesia en honor del Santo Arcángel se fija el 709, pero eso no quiere necesariamente decir que se construyera entonces. Según la tradición, San Miguel favoreció al obispo con varias visiones. La iglesia fue servida primero por canónigos y luego pasó a ser un monasterio.

BEATO OGLERIO

Abad († 1214)

Oglerio u Ogerio nace en Trino, en la llanura del Po, el año 1136. En su juventud ingresa en la abadía cisterciense de Lucencio por influencia del propio San Bernardo que en 1148

acompañaba al papa Beato Eugenio III, monje cisterciense, en su viaje de Asti a Vercelli. Oglerio fue elegido abad del monasterio en 1205 y lo fue hasta su muerte. Estaba entonces la abadía en su mayor esplendor por el número de monjes y la calidad moral y literaria de éstos. El papa Inocencio III, apreciando las cualidades de Oglerio, le confió varias misiones para dirimir disputas y encontrados intereses. Escribió una obra llamada *Tratado en alabanza de la Santa Madre de Dios,* en la cual defiende el privilegio de la inmaculada concepción de María. Murió con gran fama de santidad el 10 de septiembre de 1214. Su culto fue confirmado por el papa Pío IX el 8 de abril de 1875.

BEATO SANTIAGO GAGNOT

Presbítero y mártir († 1794)

Nació el 9 de febrero de 1753 en Frolois (La Meurthe-et-Moselle). Decidida su vocación religiosa, ingresó en la Orden de los carmelitas descalzos y profesó en el convento de Nancy el 9 de marzo de 1774 con el nombre de fray Huberto de San Claudio. En 1784 es enviado al convento de Luneville y desde allí vuelve a su convento de Nancy en 1787. Cuando se les propone a los religiosos dejar la vida común o seguir observándola, él opta por esto último. Se le acordó una pensión de 700 libras. Al dejar el Carmen el 1 de octubre de 1791, se fue a una casa particular. El 5 de mayo de 1793 era encarcelado, precisamente, en el exconvento de los carmelitas y declarado fanático peligroso. Al no estar enfermo se le aplicó la ley de la deportación pues se negaba a prestar los juramentos. Se conserva una carta a su madre del 26 de marzo de 1794, diez días antes de su partida para Rochefort, donde consta que ya estaba el 5 de mayo. Fue embarcado en Les Deux Associés y murió el 10 de septiembre de aquel año, siendo enterrado en la isla Madame. Pidió poder atender a los presos, lo que le fue concedido hasta que la enfermedad lo rindió. Todos le tenían por un buen y observante religioso.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

11 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en la Vía Salaria, santos Proto y Jacinto († s. III), mártires *.
2. En Zúrich (Suiza), santos Félix y Régula (fecha desconocida), mártires *.
3. La conmemoración de San Pafnucio († s. IV), obispo en Egipto, confesor de la fe durante la persecución *.
4. En Lyón (Francia), San Paciente († 480), obispo *.
5. En París (Francia), San Sacerdote († 552), obispo de Lyón.
6. En la isla de Bardsey (Gales), San Daniel o Deiniol Wyn († 584), obispo y abad de Bangor *.
7. En Liguria (Italia), San Emiliano († s. VI), obispo de Vercelli.
8. En el monasterio de Luxeuil (Borgoña), San Adelfio († 670), abad de Remiremont.
9. En Toul (Austrasia), San Leudino o Bodón († a. 680), obispo.
10. En el monasterio de Aulinas (Calabria), San Elías Espelota († 960), ermitaño y luego monje.
11. En Nagasaki (Japón), beatos Gaspar Koteda, catequista, Francisco Takeya y Pedro Sikiemon († 1622), niños, mártires *.
12. En Roma, Beato Buenaventura de Barcelona (Miguel) Bautista Gran († 1684), religioso franciscano **.
13. En Rochefort (Francia), Beato Francisco Mayaudon († 1794), presbítero y mártir *.
14. En Wuchangfú (China), San Juan Gabriel Perboyre († 1840), presbítero, de la Congregación de la Misión, mártir **.
15. En Barcelona, Beato Pedro de Alcántara (Lorenzo) Villanueva Larráyoz († 1936), religioso de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, mártir *.
16. En Genovés (Valencia), Beato José María Segura Penadés († 1936), presbítero y mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

BEATO BUENAVENTURA DE BARCELONA (MIGUEL) BAUTISTA GRAN

Religioso († 1684)

Miguel Bautista Gran nace el 24 de noviembre de 1620 en Riudoms (Tarragona), en el seno de una familia humilde, donde desde temprana edad debe ayudar a su padre en las labores

agrícolas y cuidar del rebaño. Por no contrariar a su progenitor contrae nupcias con una joven, aunque privadamente había hecho voto de castidad, pero viven matrimonialmente como hermanos. Sólo 16 meses dura esta unión, pues la esposa fallece, y al enviudar decide tomar el hábito franciscano. El 14 de julio de 1640 ingresa en el retiro de la Orden de Frailes Menores de Escolnarbou. Al año siguiente profesa en la Orden Seráfica, y en el transcurso de diecisiete años forma parte de las comunidades conventuales de Mora d'Ebre, Terrassa, Santa Inés y Escornalbou ejerciendo, sucesivamente, de cocinero, portero, enfermero y limosnero.

Considerándose llamado por la divina providencia a promover la reforma, en 1658 se embarca en el puerto de Barcelona rumbo a Italia. Visita el santuario de Nuestra Señora de Loreto (Ancona) y la tumba de San Francisco de Asís y, mientras estaba en oración en la pequeña iglesia de San Damián, siente la llamada de Dios que le encarga dirigirse a Roma, a donde llega al poco tiempo. Debe emprender una reforma de la Orden franciscana, para una mejor observancia de la forma de vida de San Francisco. Los primeros dos meses permanece en el convento de Aracoeli, de donde pasa al colegio de San Isidoro de los Irlandeses y a Capranica de Sutri. Su verdadera misión es la de fundar un convento de retiro en la provincia romana de los Reformados, que será conocida como *Riformella al Palatino.*

Con la decisiva intervención del papa Alejandro VII, y la ayuda que le ofrecen los cardenales Barberini y Facchinetti, en 1662 erige el retiro del convento de Santa María de las Gracias de Ponticelli (Scandriglia), al que siguen, en 1666, el de Montorio Romano, en 1668, el de Vicovaro, y en 1677, el de San Buenaventura sul Palatino, sobre las ruinas del palacio de los césares romanos, en cuya construcción participa. A este último convento pertenece, entre otros venerables religiosos franciscanos, San Leonardo de Porto Maurizio (1676-1751). Amigo de cuatro papas, tuvo que superar muchos obstáculos por parte de los frailes Reformados, pero con constancia y el apoyo prestado por destacados prelados de la curia romana, desarrolla su anhelada reforma. Difunde el culto a la Inmaculada y ordena la celebración de la misa sabatina en su honor. A él se debe una

intervención especial en la victoria lograda por el general Juan Sobieski en 1683 contra los turcos, en la célebre batalla de Viena. Mientras el padre Marco d'Aviano exhorta a las tropas con su palabra ardiente y les bendice con el Crucifijo, el reformador franciscano consigue del papa Inocencio XI el permiso para hacer sonar todas las campanas de Roma una hora, durante la noche, mientras se reza el Rosario pidiendo la victoria cristiana. No recibió el presbiterado, al considerarse indigno del orden sacerdotal. El 11 de septiembre de 1684, cargado de virtudes y méritos, muere en Roma a los 64 años de edad.

Dotado de gran humildad y una espiritualidad eminentemente práctica, atraía a todos, manifestando su ardiente caridad en los pobres, a quienes favorecía constantemente. En 1732 concluye el proceso ordinario sobre sus virtudes y numerosos milagros y cuatro años más tarde se introduce la causa de beatificación. El 10 de junio de 1906 San Pío X lo proclama beato.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

«Beato Buenaventura de Barcelona», en *El santo de cada día*, V (Zaragoza 1955) 111-119.

Bibliotheca sanctorum. II: *Ans-Bern* (Roma 1962) cols.283-285.

GEMELLI, A., *El franciscanismo* (Barcelona 1940) 200-201.

TOTOSAUS I MARTORELL, J. M. (coord.), *Diccionari d'història eclesiàstica de Catalunya*, II (Barcelona 1998) 303-304.

SAN JUAN GABRIEL PERBOYRE

Presbítero y mártir († 1840)

Juan Gabriel Perboyre nació en la Francia meridional, el día de la Epifanía, 6 de enero de 1802. En el caserío de Puech, parroquia de Mongesty, diócesis de Cahors, la estrella de los Magos se vino a posar sobre el hogar de Pedro Perboyre y María Rigal, para iluminar la cuna de su primogénito y señalarle el camino de su vocación misionera en tierras de la gentilidad. Al día siguiente en el bautismo recibió los nombres de Juan Gabriel y desde entonces hasta que murió colgado en la cruz de Utchang, guardó el precepto que le impuso la Iglesia cuando le

dijo por el sacerdote: «Recibe este vestido blanco que has de presentar sin mancha ante el tribunal de Jesucristo». Todos los testigos de su vida están acordes en afirmar que la única mancha que cayó en este vestido fue la de su sangre vertida por Cristo.

Fue el mayor de ocho hijos, de los que otros dos —Luis y Santiago— entraron en la Congregación de la Misión; dos hermanas —Antonieta y Mariana— serán Hijas de la Caridad y otra —junto con otra prima que murió en olor de santidad—, religiosa carmelita. Para demostrar el temple cristiano de esta familia que de sus ocho hijos entrega seis a Dios, basta consignar las palabras de María Rigal cuando recibió la noticia del martirio de su hijo: «¿Por qué he de vacilar en hacer a Dios el sacrificio de mi hijo? ¿No sacrificó la Santísima Virgen al suyo por mi salvación?».

La familia vivía del trabajo de la granja. Juan Gabriel fue educado en una sólida fe católica, en un ambiente donde respiró la fe, las virtudes sencillas y el sentido de la vida como don de Dios. Desde temprana edad, manifestó su vocación y su destino. Frecuentaba las iglesias del lugar y, al parecer, uno de los sermones que escuchó le impresionó de tal manera que anheló desde aquel instante ser misionero y sufrir el martirio.

Además de una infancia tan piadosa, Juan Gabriel ocupaba el primer puesto en la clase y en la conducta. Un día el profesor de retórica, repasando las composiciones de los alumnos, tropezó con una que llevaba por título: *La cruz es el más bello de los monumentos,* que firmaba Juan Gabriel. El profesor la seleccionó para ser declamada por su autor el día de la distribución de premios. Todos vieron al joven orador transfigurado y radiante cuando pronunció esta frase en que hizo el retrato de toda su vida: «¡Qué hermosa es la cruz plantada en tierras de infieles y regada con la sangre de los apóstoles de Jesucristo!».

Un hermano de su padre era sacerdote de la Congregación de la Misión. La familia estaba orgullosa de Santiago Perboyre, cuya influencia sobre todos era inmensa. Santiago estaba destinado en el seminario de Montauban, al cargo de los padres paúles, para la formación de los futuros sacerdotes. Recibirá en esa pequeña pensión de Montauban a 18 de sus sobrinos y primos, de los que varios llegarán al sacerdocio.

Luis, el hermano más pequeño de Juan Gabriel, fue enviado al seminario a estudiar en 1816 y Juan Gabriel fue con él para acompañarle sólo durante los meses de invierno, a la vez que él también estudiaba. En la primavera, cuando Juan Gabriel ya debía regresar a su casa, en su discernimiento vocacional llegó a la decisión de que deseaba ser sacerdote.

Sus padres, sorprendidos, aceptaron la elección del hijo y lo acompañaron dándole ánimos. Entonces la misión quería decir principalmente la China. Pero... ¡estaba tan lejos! Partir significaba despedirse para siempre de la atmósfera familiar, no gozar más de esos santos afectos. Fue lo natural para él escoger la Congregación de la Misión, fundada por San Vicente de Paúl en 1625 para evangelizar a los pobres, formar el clero, pero, sobre todo para empujar a los mismos misioneros a la santidad. Sabía que la misión no es propaganda social. Desde siempre la Iglesia ha pretendido que los anunciadores de la Palabra de Dios sean personas de vida interior, mortificadas, llenas de Dios, de caridad. Para iluminar las tinieblas del hombre no basta la lámpara, si falta el óleo del Espíritu Santo. Juan Gabriel no pensó en medianías. Si fue mártir es porque fue santo.

La Iglesia de Francia acababa de salir de la terrible experiencia de la Revolución Francesa, vestida de color púrpura por el martirio de muchos de sus hijos, y con el dolor por la apostasía de otros. El panorama, a principios de 1800, era desolador: edificios destruidos, conventos saqueados, almas sin pastores... No fue, pues, un caso en que el ideal sacerdotal apareciese ante el joven como una blanda acomodación, sino como una empresa heroica.

De 1818 a 1835, Juan Gabriel fue misionero en su patria. El 15 de diciembre de 1818, con casi dieciséis años de edad, fue recibido en la Congregación de la Misión en Montauban. En el transcurso del noviciado manifestó una conducta ejemplar; dedicaba todo el tiempo libre al estudio de los textos sagrados, la penitencia y la oración. A partir de 1823 insistió ante sus superiores en el deseo de dedicarse a las misiones de China. El 23 de septiembre de 1825, después de cursar brillantemente los estudios de teología, fue ordenado sacerdote por Monseñor William Dubourg, obispo de Montauban, en la capilla de la *rue du Bac* en

París, donde, sólo cinco años más tarde, la Reina del Cielo bajaba a visitar a una humilde religiosa, sor Catalina Labouré, para traerle el regalo de una medalla que obraría miles de milagros en todo el mundo. Desde este día, antes de subir al altar, dice a Cristo esta oración compuesta por él:

> «¡Oh Salvador mío, a quien voy a dar un ser que ahora no tienes, el ser sacramentado!: ruégote que obres en mí la misma maravilla que yo voy a obrar sobre este pan en virtud de los poderes que Tú me has otorgado. Cuando yo diga: "Esto es mi cuerpo", di también Tú sobre este tu indigno siervo: "Esto es mi cuerpo". Haz por tu omnipotencia e infinita misericordia que yo sea mudado y totalmente transformado en Ti. Que mis manos sean tus manos, mis ojos los tuyos y mi lengua la tuya. Que mis sentidos y todo mi cuerpo no se ocupen en otra cosa que en glorificaros. Sobre todo transforma mi alma y mis potencias [...] de suerte que mis actos y sentimientos sean tan iguales a los tuyos, que tu Padre pueda decir de mí lo que dijo de Ti: "Hoy te he engendrado", y "Este es mi Hijo muy amado en quien he puesto mis complacencias". Destruye en mí todo lo que no sea tuyo; para que pueda decir con el gran Apóstol: "No soy yo quien vivo, sino que Cristo es el que vive en mí"».

Se le destinó como profesor al seminario de Saint-Flour. Tanto sobresalió en esta tarea, que años después, en 1832, fue designado subdirector del noviciado que los lazaristas tenían en París. Desde entonces, durante diez años fue el *maestro de la cruz* para las generaciones nuevas de los misioneros.

Un día reunió a todos los novicios y, presentándoles los vestidos ensangrentados del Beato Francisco Regis Clet, que había sido martirizado en China en 1820, les dijo:

> «Ved los vestidos del señor Clet, ved la cuerda con que fue estrangulado. ¡Qué dicha la nuestra si tuviéramos igual suerte! Rogad a Dios para que mi salud se fortifique, a fin de que pueda ir a China a predicar allí a Jesucristo y morir por él».

Ya hacía diez años que venía importunando a los superiores para que le enviaran a recoger la herencia del Beato Clet; pero la respuesta era la misma: la falta de salud. La muerte de su hermano Luis en medio del océano, rumbo a China, vino a confirmar a los superiores en su decisión. Pero la víspera de la Purificación de 1835 el superior general decidió atenerse al parecer del médico, que dijo que no. Sin embargo, aquella noche el mé-

dico no pudo conciliar el sueño hasta que resolvió cambiar de parecer y el día 2 de febrero se decidió su partida.

> «El día de la Purificación —escribía, dando la noticia a su tío Santiago Perboyre— me ha sido otorgada la misión de ir a China, lo que me inclina a creer que en este negocio debo mucho a la Santísima Virgen».

Un hecho, no del todo casual, había venido a modificar su vida. Su hermano Luis, que había entrado también en la Congregación de la Misión, y había solicitado ser mandado a China, donde por entonces los hijos de San Vicente habían tenido un nuevo mártir, el Beato Francisco Regis Clet (18 de febrero de 1820), durante el viaje, con sólo 24 años fue llamado a las misiones del cielo. Todo cuanto el joven había esperado y hecho habría parecido inútil, si Juan Gabriel no hubiese sustituido a su hermano en la brecha.

El 21 de marzo Juan Gabriel salió de El Havre y llegó a Macao el 29 de agosto, siguiendo la ruta del Cabo de Buena Esperanza, Madagascar y Java. Llegó a China en 1835. Entonces en Occidente no se conocía casi nada del *Celeste Imperio,* y la ignorancia era mutua. Ambos mundos se sentían atraídos, pero el diálogo era difícil. En los países europeos no se hablaba de una civilización china, sino sólo de supersticiones, de ritos y usos «ridículos». Había muchos prejuicios. No mucho mejor era el aprecio de China hacia Europa y el cristianismo. Entre ambas civilizaciones se abría un surco oscuro. Era necesario que alguien lo atravesase...

Durante cuatro meses se aplicó al estudio del idioma chino, en el que alcanzó sorprendentes progresos con rapidez. Tuvo que disfrazarse y vestir a la usanza de los naturales del país; se hizo rapar la cabeza y se dejó crecer la coleta y el bigote, y aprendió a comer arroz con palillos. Así se metió en el interior de aquel pueblo para ser lo que había soñado: *apóstol de la cruz,* y hacer lo que tanto había deseado: *plantar la cruz en los países de infieles.*

En 1699 pisaba tierra de China el primer paúl, P. Luis Apiani, comisionado por el Papa para visitar las misiones de China y fundar el seminario indígena, y con él Juan Mullener, que años más tarde fue nombrado vicario apostólico de Sutchuen. En

1712, el tercer paúl, Teodorico Petrini, era nombrado en Pekín maestro de música del palacio imperial. En 1780 los paúles portugueses y franceses sucedieron a los jesuitas en todas las misiones de China. Cuando Juan Gabriel llegó a China, terminaba la época imperial de las misiones y empezaba la de los vicariatos. De las diecisiete provincias del Imperio, siete las misionaban los paúles; los portugueses el obispado de Macao, con las dos provincias próximas del continente, más los de Nankín y Pekín, y los franceses, los vicariatos apostólicos de Mongolia, Kiagsi, Tchekiang y Honan. A Juan Gabriel le tocó evangelizar las de Honan y Hupé, recorriéndolas durante cuatro años, en que reorganizó las cristiandades y las dotó de los instrumentos más necesarios para su desarrollo religioso. Estos años de duros trabajos le maduraron y pusieron a punto para ser triturado en el lagar del martirio.

Destinado a la misión de Honan, se dedicó preferentemente a la salvación de los niños abandonados, de los que había gran número; los recogía, los alimentaba y educaba, instruyéndolos como podía en la doctrina. Viajaba a pie, a veces en lentos carros tirados por bueyes. Muchas veces se quedó sin comer, pasando las noches al descubierto, padeciendo el frío, el viento y la lluvia que lo calaba hasta los huesos; pero siempre con alegría, respirando el aire de la libertad, de la vocación conseguida y realizada, con la sangre ardiendo en el sacrificio y en la fe.

Después de haberse ambientado en Macao, Juan Gabriel inició un largo viaje en barca, a pie o a caballo, que tras 8 meses lo llevó a Henan, en Nanyang, donde se empleó en aprender la lengua. Pasados 5 meses estaba en grado de explicarse, aunque con alguna fatiga, en un buen chino, y enseguida se lanzó al ministerio, visitando las pequeñas comunidades cristianas. Pasó después a Hubei, que forma parte de la región de los lagos formados por el Yangtze Kiang («río azul»). No obstante el intenso apostolado, sufría mucho en el cuerpo y en el espíritu. En una carta escribía: «No, no soy un hombre que haga maravillas aquí en China, como no las hacía en Francia... Pide por mi conversión y mi santificación, y la gracia de que no estropee su obra». Para quien ve las cosas desde fuera, es inconcebible que un misionero así se encontrase en una noche oscura. Mas el Espíritu

Santo lo preparaba, en el vacío de la humildad y en el silencio de Dios, para el testimonio supremo. Dos años después fue enviado a la provincia de Hupeh, que sería el lugar de su martirio.

Antes de consumar su carrera, Dios Cristo quiso purificarle en el crisol de la «noche oscura». Al P. Juan Gabriel le parecía estar condenado y se angustiaba hasta el agotamiento ante el pensamiento de no poder amar a Cristo en la otra vida. La Virgen, el crucifijo y la Eucaristía, misterios consoladores, antes abiertos a su amor y contemplación, se volvieron mudos para él y surgían acusadores ante su conciencia atormentada. Así durante tres meses. Era la agonía de Cristo en el huerto. Y Cristo, como ángel confortador, se le apareció en la cruz y le dijo: «¿Por qué temes? ¿No he muerto yo por ti? Mete tus dedos en mi costado y deja de temer tu condenación». Con esto huyeron las sombras y las angustias y brillaron la luz y la paz.

En el año 1839 había irrumpido un violento brote de persecución cuando improvisadamente dos hechos, aparentemente sin relación, vinieron a turbar el horizonte. El primero fue el inicio de la persecución, después que el emperador Quinlong (1736-1795) hubiese proscrito en 1794 la religión cristiana. El segundo fue el estallido de la guerra chino-británica, más conocida como «guerra del opio» (1839-1842). La clausura de las fronteras de China y la pretensión del gobierno chino de exigir un acto de vasallaje por parte de los embajadores extranjeros habían creado una situación explosiva. La chispa fue la confiscación de las cargas de opio descargadas en el puerto de Cantón, con el perjuicio de la mayor parte de los mercantes ingleses. La flota británica intervino, y estalló la guerra.

Los misioneros, aunque estaban siempre alerta, como a menudo sucede, con las excesivas alarmas disminuyeron la vigilancia. Es lo que ocurrió el 16 de septiembre de 1839 en Chayuen-ken, donde Perboyre residía. Aquel día se encontraba con otros dos misioneros europeos, el cohermano Baldus y el franciscano Rizzolati, y un misionero chino, el P. Wang. Vino hacia ellos una columna de un centenar de soldados. Los misioneros no hicieron caso de los avisos. En vez de ser cautos, continuaron con el placer de un fraterno coloquio.

Por orden del gobernador la misión fue ocupada por las tropas. De pronto ven acercarse ciento cincuenta soldados del Vire

de Utchang, teniendo que dispersarse por los bosques y montes vecinos. Los soldados saquean, incendian y buscan. Cuando ya no hubo duda de que venían los soldados, era tarde. Baldus y Rizzolati lograron escapar y anduvieron errantes al sur del Yang-Tse Kiang, por los montes y las plantaciones de té y algodón; Perboyre logró esconderse en los alrededores, ya que en las montañas vecinas había fronda de bambú y grutas escondidas. Deshecho de cansancio, Juan Gabriel Perboyre se detuvo en una choza, ocupada por un chino convertido que lo recibió con amabilidad. Mientras nuestro santo dormía, aquél lo delató a un mandarín, recibiendo en pago treinta monedas de plata. Se trataba de un catecúmeno al que los soldados, con amenazas, como atestiguó el padre Baldus, obligaron a revelar el lugar donde el misionero se ocultaba. En aquel tiempo el territorio de dicho país estaba vedado a los sacerdotes cristianos. Aquel que fuera descubierto tenía por delante la cárcel, las torturas y la muerte. Comenzó el triste Calvario de Juan Gabriel. El prisionero no tenía derechos, no estaba tutelado por la ley, quedaba al arbitrio de los carceleros y jueces. Una vez arrestado, se presumía su culpabilidad, y podía ser castigado.

La pasión de Juan Gabriel es un trasunto de la de Cristo. Como un proemio, el 15 de septiembre de 1839, misioneros y cristianos habían celebrado en Chayuen los Dolores Gloriosos de la Virgen...

Le cargan de cadenas, le despojan de los vestidos y, a empellones, le arrastran a los tribunales civiles y militares de Koangyintan, Kutchin, Siangyan y Utchang, con un total de sesenta leguas de recorrido y más de treinta interrogatorios, en los que se le urgía a apostatar. En el primer proceso, en Kou-Ching-Hien, el mártir respondió así:

—¿Eres un sacerdote cristiano?
—Sí, lo soy, y predico esta religión.
—¿Quieres renunciar a tu fe?
—No renunciaré jamás a la fe de Cristo.

Le pedían entregar a sus compañeros de fe, le preguntaban la razón por la que había transgredido las leyes de China. Se pretendía transformar a la víctima en culpable. Pero un testigo de Cristo no es un delator. Él calló.

De aquí en adelante, el padre Perboyre recorrió un itinerario de sufrimientos. Se le sometía al tormento de los azotes en el rostro con cuarenta correazos, de palizas con cañas de bambú en todo el cuerpo, de la terrible máquina de *Hangsté,* de la que colgaba durante horas por los índices y cabellos, y de las cadenas de hierro y fragmentos de tejas y cristales sobre los que estaba de rodillas durante las sesiones y días enteros. Fue llevado interminablemente de tribunal en tribunal, siendo azotado, escarnecido y torturado, puesto en prisión junto a malhechores comunes.

El prisionero fue transferido a Siang-Yang. Los interrogatorios continuaron. Lo tuvieron varias horas de rodillas sobre cadenas de hierro oxidadas. Pero más que la violencia física le dolía que fueran puestos en ridículo la esperanza de la vida eterna, los sacramentos, la fe.

El tercer proceso tuvo lugar en Wuchang. Fue convocado por cuatro tribunales diversos y sometido a 20 interrogatorios. A las preguntas se unían las torturas y vejaciones más crueles. Se procesaba al misionero y, en tanto, se aplastaba al hombre. Algunos cristianos fueron obligados a abjurar, e incluso, en algún caso, a escupir y golpear al misionero, que les había llevado la fe. Por no haber pisado el crucifijo, recibió 110 golpes de *pantsé.*

Entre las varias acusaciones, la peor fue la de haber tenido relaciones inmorales con una muchacha china, Anna Kao, que había hecho voto de virginidad. El mártir se defendió. No era ni su amante ni su sierva. La mujer es respetada en el cristianismo, no vilipendiada, fue el sentido de las respuestas de Juan Gabriel, disgustado porque hiciesen sufrir por su causa a los inocentes.

Durante un interrogatorio fue obligado a revestirse con los ornamentos de la misa. Le echaron en cara que quería hacerse proclamar rey por los cristianos y burlarse de tal realeza. Querían acusarlo de usar la influencia del sacerdocio para intereses privados. Mas el misionero, con los ornamentos sagrados, impresionó tanto a los asistentes, que dos cristianos se le acercaron para pedirle la absolución.

No le ahorraron injurias, ni calumnias, ni tormentos del alma, pero fracasaron al querer que pisoteara un crucifijo, o al

pretender hacerle pisar la cruz trazada en el suelo. Revestido de los ornamentos sagrados, con un estilete candente grabaron en su frente los caracteres chinos de su crimen: *Propagador de una religión abominable.* Le dieron a beber la sangre de un perro para deshacer la virtud de un pretendido talismán que le hacía insensible al dolor.

El juez más cruel fue el virrey. El misionero era ya una sombra. La rabia de este hombre sin escrúpulos se encontró con un despojo de hombre. Cegado por su «omnipotencia», quería confesiones, admisiones, delaciones. Mas, si el cuerpo era débil, el alma era fuerte. Su esperanza era ya el encuentro con Dios, que cada día sentía más cercano. Cuando, por última vez, Juan Gabriel le dijo: «Antes morir que renegar de mi fe», entonces el juez pronunció su sentencia: muerte por estrangulamiento.

Se inició un período de espera de la confirmación imperial. Tal vez se podía esperar en la clemencia del soberano... Mas la guerra con los ingleses canceló todo posible gesto de benevolencia. Así, el 11 de septiembre de 1840, un mensajero imperial llevó el decreto de confirmación de la condena. Al año de ser capturado se daba fin a su martirio, en la capital, Wuchangfú.

Con siete bandidos, el misionero fue conducido sobre una altura llamada la Montaña Roja. Le cargaron el instrumento del suplicio con la sentencia escrita en él y, corriendo, salió de la ciudad y subió a la cumbre de la Montaña Roja, en donde primero mataron a los malhechores, mientras que Perboyre, ante los maravillados presentes, se recogía en oración. Decapitados los criminales y llegado el turno a Perboyre, los verdugos lo despojaron de la túnica color púrpura y lo ataron a un madero en forma de cruz. Atados sus brazos hacia atrás y las piernas en el palo vertical, el verdugo apretó por tres veces la soga que traía al cuello y un soldado le dio un puntapié en el lado izquierdo. Era la hora sexta. Como Jesús, Juan Gabriel moría como el grano de trigo. Moría, o mejor, nacía al cielo, para hacer caer sobre la tierra la bendición de Dios.

Su arresto, su juicio y su condena reproducen la dolorosa pasión de Cristo. Su muerte, igual que la de Jesús, le concedió la gracia de participar de manera singular en el misterio de la Cruz. Su piedad profunda, alimentada de vida inocente y peni-

tente, el celo apostólico por la salvación de los hombres y el deseo sincero de asemejarse a Jesús hicieron de él otro Cristo. Otras muchas circunstancias de su martirio (entrega, muerte en cruz, día y hora) lo asemejan a la pasión de Cristo, sacerdote y víctima. En realidad, toda su vida fue la de un testigo y un discípulo fiel de Cristo. Con San Ignacio de Antioquía, podía decir: «Yo busco a Aquel que ha muerto por nosotros; yo amo a Aquel que por nosotros ha resucitado. ¡Está cerca el momento de mi partida! ¡Tened compasión de mí, hermanos! ¡No impidáis que yo nazca a la vida!».

Juan Gabriel nació a la vida el 11 de septiembre de 1840; él, que siempre había buscado a aquel que ha muerto por nosotros. Su cuerpo fue trasladado a Francia, mas su corazón se quedó en la patria elegida, en tierra de China.

El 9 de julio de 1843 un decreto del papa Gregorio XVI autorizaba la introducción de la causa de beatificación de cuarenta y tres mártires, incluidos Francisco Regis Clet y Juan Gabriel. La causa de Juan Gabriel fue separada de los otros, por la cantidad de documentación, evidencia de testigos y gracias recibidas. Fue beatificado el 10 de noviembre de 1889 por León XIII y, el 2 de junio de 1996, canonizado por Juan Pablo II. Es el primer santo de la China. Su cuerpo fue trasladado a San Lázaro, casa madre de la Congregación de la Misión en París, veinte años después de su muerte y en su capilla es venerado. La conmemoración litúrgica de su fiesta, antes el 7 de noviembre, en la última revisión del calendario litúrgico pasó al 11 de septiembre, aniversario de su muerte.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

«2002: Bicentenario del nacimiento de Juan Gabriel Perboyre»: *Vicentiana* 6 (2002) número monográfico.

CHIEROTTI, L., CM, *Il beato Gian Gabriele Perboyre (1802-1840): «Lo strangolarono ad una croce»* (Génova 1995).

LEÓN RENEDO, M., CM, *Juan Gabriel Perboyre, santo y formador* (Caracas 1996).

L'Osservatore Romano (2-6-1996).

L'Osservatore Romano (ed. en español) (31-5-1996).

BEATO JOSÉ MARÍA SEGURA PENADÉS

Presbítero y mártir († 1936)

Nace el 13 de octubre de 1896 en Onteniente (Valencia), hijo de Vicente Segura Reig y Concepción Penadés Fenoll. Al día siguiente es bautizado en la parroquia de Santa María. Con manifiesta vocación sacerdotal ingresa en el colegio de vocaciones eclesiásticas de San José de Valencia, donde cursa Humanidades, y en el seminario conciliar, estudia filosofía y teología. En 1921 recibe el presbiterado, siendo su primer encargo pastoral como coadjutor de Atzeneta d'Albaida, donde permanece ocho años, y organiza la Congregación de San Luis Gonzaga para los jóvenes.

Su principal obra, sin embargo, durante estos años fue el Patronato Obrero del Sagrado Corazón, donde se dan clases nocturnas a los jóvenes de ambos sexos. Un lugar de sano esparcimiento y recreo, donde se organizan veladas teatrales en las fiestas más importantes. La gran nevada del 25-26 de diciembre del año 1926 derrumba el techo del Patronato, una vez concluida la tradicional representación del Belén, sin causar desgracias personales, aunque los daños en la estructura son cuantiosos. Con su aportación personal y la colaboración del vecindario, el local se reconstruye totalmente.

El año 1929 sus superiores le destinan como coadjutor de la parroquia de Santa María, donde fue cristianado. De su propio patrimonio costea las obras del centro parroquial, desarrollando una intensa actividad; al mismo tiempo, dirige las Escuelas del Ave María, y alienta la organización de los Jóvenes de Acción Católica. Generoso en extremo, sobrio en su actuar y de señalada mansedumbre y sencillez, contagia a quienes le tratan, atiende a todos.

Durante los tiempos difíciles de 1936 anima a todos: «Estemos preparados para lo peor, o nos hacemos como ellos, o nos hacemos santos». No pierde la serenidad, ni el ánimo. En este clima de persecución jamás oculta su condición sacerdotal. Celebra misa a diario en su casa, donde continúa refugiado hasta finales del mes de agosto. Piensa ir a Valencia y toma el tren, pero en la estación de Genovés los milicianos que le han reconocido le obligan a bajar, y en esta localidad lo martirizan. Es el

día 11 de septiembre. Exhumados sus restos del cementerio de Genovés, el 23 de septiembre de 1976 fueron inhumados en el presbiterio del templo parroquial de Atzeneta d'Albaida.

El papa Juan Pablo II lo beatifica el 11 de marzo de 2001, junto con otros mártires de la persecución religiosa de 1936 en España.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

CÁRCEL ORTÍ, V. - FITA REVERT, R., *Mártires valencianos del siglo XX* (Valencia 1998).
ZAHONERO VIVÓ, J., *Sacerdotes mártires. Archidiócesis valentina (1936-1939)* (Alcoy 1951).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS PROTO Y JACINTO

Mártires († s. III)

Sus nombres ya están registrados en el documento romano llamado *Depositio Martyrum* (s. IV) y es seguro el culto que se les daba porque aparecen en los más antiguos sacramentarios. Se trata por tanto de mártires históricos pertenecientes seguramente al siglo III, aunque no pueda precisarse con exactitud la fecha de su martirio. San Jacinto es el único de los mártires romanos cuyo sepulcro y epitafio fue hallado intacto en los tiempos modernos —1845— en el cementerio de Basila en la Via Salaria Antigua. Se hallaban en el sepulcro los huesos carbonizados del mártir, que había sido martirizado quemado vivo. Se halló también parte de la tumba de San Proto, pero vacía. San Dámaso en su epitafio los llama hermanos. Las reliquias de San Jacinto se hallan ahora en el Colegio de Propaganda Fide. Su pretendida relación con Santa Eugenia es enteramente legendaria.

SANTOS FÉLIX Y RÉGULA

Mártires (fecha desconocida)

El nuevo *Martirologio romano* ha introducido la memoria de estos dos mártires, que no figuraban en el *Martirologio de Baronio.* Han sido venerados como mártires en Zúrich, figurando un tiempo en el escudo de la catedral y en el del propio Consejo municipal. La tradición quiere que fueran hermano y hermana que al tiempo del martirio de San Mauricio y de la Legión Tebea († 302) buscaron refugio en Suiza, donde finalmente fueron localizados y martirizados a causa de su fe. Esta tradición no es anterior al siglo IX y fue ampliada en el siglo XIII cuando se les asoció a la memoria de un tercer mártir, Exuperancio, al que se le supuso esclavo, y de cuyo nombre el *Martirologio* ha prescindido. Su tumba y culto son ciertamente anteriores al siglo IX, localizándose en un monasterio doble que fue generosamente dotado por Luis el Germánico en 853. Sin duda el nuevo *Martirologio* ha considerado que debe conservarse su memoria, como de mártires antiguos, pero no vinculándola a la tardía tradición que une su martirio con el de la Legión Tebea y que pudo surgir en el siglo IX en el monasterio que guardaba sus reliquias, y por eso no señala como fecha el siglo IV sino que dice que son mártires de fecha desconocida.

Pero, al lado de esta tradición suiza, existe una tradición hispana que asigna estos santos a la diócesis de Tarazona, en donde son venerados como mártires de ella, concretamente de Torrijo de la Cañada. Para apoyo de esta tradición se acude a varios breviarios medievales, y concretamente al de Munébrega (Zaragoza) donde aparecen como soldados romanos de la legión tebea que, llegados a Torrijo, pasaron algún tiempo en ayunos y abstinencias, orando y predicando a los pueblos el evangelio hasta que llegando los enviados del emperador Maximiano, como no quisieron apostatar del cristianismo fueron atormentados y posteriormente decapitados. La tradición se adorna de milagros similares a los de otras tradiciones del mismo tiempo y origen.

SAN PAFNUCIO
Obispo († s. IV)

Este santo no había recibido culto ni en Oriente ni en Occidente antes de que Baronio introdujera su nombre en el *Martirologio romano,* en cuya actual edición persevera. De él se sabe que era obispo en Egipto y que, llegada la persecución de Galerio Máximo, confesó abiertamente la fe por lo que le fue sacado un ojo, cortado el tendón del pie derecho y enviado al trabajo en las minas. Llegada la paz, asistió al concilio de Nicea, defendió la divinidad de Jesucristo frente al arrianismo y estimó como lo más conveniente que quienes recibiesen las sagradas órdenes siendo solteros permaneciesen así pero que quienes estuviesen ya casados pudieran seguir en su matrimonio. En el concilio de Tiro del año 335 atrajo a la fe de Nicea al obispo Máximo de Jerusalén. Hablan de él Rufino y Sozomeno. Su memoria se celebra el 11 de septiembre.

SAN PACIENTE DE LYÓN
Obispo († 480)

Paciente nace en Lyón en los primeros años del siglo V en el seno de una acomodada e influyente familia. A mitad de siglo sucede como obispo de la ciudad al obispo Euquerio. Se acreditó enseguida por su constante actividad pastoral, su austeridad y piedad y su caridad con los pobres. Se dice que, cuando las invasiones godas del 472 y siguientes, Paciente tuvo a su cargo la subsistencia de cientos de personas necesitadas. Tomó parte en varios concilios. Se ocupó de reparar las iglesias y de edificar otras nuevas. Dejó escritos homiléticos y dogmáticos. Se calcula que murió hacia el 480.

SAN DANIEL DE BANGOR
Obispo († 584)

Conocido como Deiniol Wyn (Bienaventurado Daniel), San Daniel pertenecía a una familia celta del norte de Gran Bretaña,

pero cuya actividad se desarrolló en Gales. Él fundó el monasterio de Bangor Fawr y el de Bangor Iscoed en la orilla del río Dee. El primer monasterio formó el núcleo de la diócesis medieval de Bangor. Se le tiene por primer obispo de Bangor. Asistió al sínodo de Llandewi Brefi, y se le atribuyeron muchos milagros. Murió hacia el 584 y se le enterró en la isla de Bardsey.

BEATOS GASPAR KOTEDA, FRANCISCO TAKEYA Y PEDRO SIKIEMON

Mártires († 1622)

Al día siguiente del gran martirio del 10 de septiembre de 1622 fueron sacrificados sobre la Colina de los Mártires de Nagasaki tres cristianos que de suyo debían haber sido sacrificados el día antes pero que por distintas razones no lo fueron. Pero, llevados a la colina, ninguno de ellos, pese a ser niños dos de ellos, sintió horror ante los cuerpos calcinados y destrozados de los confesores de la fe sino que con gran entereza se arrodillaron ante el verdugo y ofrecieron mansamente su cuello en defensa de la fe de Cristo. Sus cuerpos fueron agregados a los del día anterior y con ellos reducidos a cenizas que luego fueron aventadas.

Ellos eran:

GASPAR KOTEDA o COTENDA era oriundo de Firando y había nacido en Nagasaki en el seno de una familia cristiana, emparentada con la familia real. Su madre, antes de nacer, lo ofreció a Dios y a la Compañía de Jesús, y educó al muchacho en esta idea, a la que él mismo se hizo sensible. Una vez preparado para catequista, fue compañero del Beato Sebastián Kimura y luego del Beato Camilo Constanzo, al que acompañó en sus correrías apostólicas. Se encontraba con este misionero en la isla de Ocu cuando el 24 de abril de 1622 fue arrestado con él y otros cristianos. Estuvieron todos ellos un tiempo detenidos en la isla de Ikitzuki hasta que recibió condena a muerte por ser cristiano y por su colaboración con los sacerdotes.

FRANCISCO TAKEYA era un chico de 12 años, hijo de los mártires Cosme e Inés Takeya. Cuando sus padres fueron arrestados en 1618, fue a la cárcel con ellos y hubo de compartir las

horribles condiciones de la prisión. Vio salir a su padre de la cárcel para ser quemado vivo (18 de noviembre de 1619) y debió acompañar a su madre, martirizada el día anterior, pero por alguna causa no fue enviado al martirio, olvido que se enmendó al día posterior. Marchó al martirio con gran serenidad a pesar de su poca edad.

PEDRO SIKIEMON era hijo del mártir Bartolomé, con el que fue arrestado, llevado a la cárcel y condenado a muerte. Pero cuando sacaban el día 10 de septiembre a los mártires, los otros cristianos lo ocultaron pues sólo tenía 7 años. Luego los guardias se dieron cuenta y presionaron al niño para que apostatara. Al no conseguirlo, lo llevaron al día siguiente a ejecutar. Todos admiraron su increíble valentía.

Fueron beatificados el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX en la ceremonia de beatificación de 205 mártires de Japón.

BEATO FRANCISCO MAYAUDON

Presbítero y mártir († 1794)

Nació en Terrason, Dordogne, el 4 de mayo de 1739, hijo de un médico. Decidido al sacerdocio, se tonsuró en 1752 y estudió en la Universidad de París obteniendo brillantes notas. Ordenado presbítero, obtuvo una canonjía en la catedral de Saint-Brieuc (1771) y ejerció en esta diócesis el cargo de vicario general. Nombrado deán de Soissons en 1779, en esta diócesis tuvo también el cargo de vicario general. Al negarse a jurar la constitución civil del clero, dejó Soissons (septiembre de 1792) y se fue con una hermana suya. En noviembre de 1793 era arrestado y encerrado en la prisión Notre-Dame de Perigueux. En diciembre fue reconocido apto para la deportación, y en la primavera siguiente fue enviado a Rochefort, donde fue embarcado en Les Deux Associés y a consecuencia de las miserias padecidas murió el 11 de septiembre de 1794. Se le enterró en la isla Madame. Las noticias conservadas sobre él así como sus cartas nos muestran a un creyente totalmente entregado a Jesucristo, paciente ante la adversidad y firme en la fe. Dulce, bondadoso, modesto, afable, su muerte fue la de un santo.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO PEDRO DE ALCÁNTARA (LORENZO) VILLANUEVA LARRÁYOZ

Religioso y mártir († 1936)

Nació en Osinaga (Navarra) en 1881. Se bautizó con el nombre de Lorenzo. Educado cristianamente, no toma la resolución eficaz de ingresar en la Orden Hospitalaria hasta que tenía 27 años. Una vez hechos los votos religiosos, con el nombre de fray Pedro de Alcántara, es destinado sucesivamente a varias comunidades de su Orden hasta que es destinado al asilo-hospital de Barcelona. Aquí vive las peripecias de los primeros días de la revolución de julio de 1936, en que hubo en dicha casa religiosa registros, amenazas, destrucciones, profanación de la iglesia y objetos sagrados, incautación de los bienes de los hermanos, los cuales estaban prácticamente en situación de detenidos; pero en la tarde del día 26 los dejan marchar. Se refugia en casa de los señores Fusté. Aquí estuvo oculto y dedicado a la oración hasta que el 4 de septiembre una patrulla realiza un registro en la casa y al ser presentado como persona de humilde condición, él mismo declara su pertenencia a una orden religiosa y es detenido con varios familiares. Aunque le habían pedido que disimulara su condición de religioso no lo hizo, alegando que nada más hermoso que morir por Cristo. A los dos días dejaron libres a los familiares Fusté pero no a Pedro de Alcántara, al que asesinaron en la noche del día 11, ignorándose el sitio exacto y el paradero de su cuerpo. Fue beatificado el 25 de octubre de 1992 por el papa Juan Pablo II.

12 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. El Santísimo Nombre de María **.
2. En Bitinia, San Autónomo, obispo y mártir († s. III).
3. En Alejandría de Egipto, santos Crónides, Leoncio y Serapión, mártires († s. III).
4. En Imlech (Irlanda), San Albeo o Ailbe († 526), obispo *.
5. En Anderlecht (Brabante), San Guidón († 1012), peregrino **.
6. En Omura (Japón), beatos Apolinar Franco, franciscano, Tomás de Zumárraga, dominico, ambos presbíteros, y sus compañeros Francisco de San Buenaventura y Pablo de Santa Clara, franciscanos, y Domingo Magoshichi y Mateo de Santo Tomás Chiwiato (Mancio de Santo Tomás), dominicos, todos ellos mártires en 1622 *.
7. En Rochefort (Francia), Beato Pedro Sulpicio Cristóbal (Roger) Faverge († 1794), hermano de las Escuelas Cristianas, mártir *.
8. En Seúl (Corea), San Francisco Choe Kyong-hwan († 1839), catequista y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTÍSIMO NOMBRE DE MARÍA

¡Con qué reverente brevedad escribe San Lucas, en el capítulo primero de su Evangelio, la frase que sirve de pórtico al divino cuadro de la Encarnación! «¡Y el nombre de la Virgen era María!». Es como presentarnos, en toda su regia sencillez, en el azahar florido y oloroso de su huerto cerrado, a la llena de gracia, a la Reina de los cielos y tierra, a la elegida, a la excelsa Madre de Dios.

Y, escuchando el acelerado palpitar de aquel corazón sorprendido ante el inefable misterio que va a realizarse, el ángel San Gabriel, con dulce confianza de siervo expresamente encargado de la custodia y guarda de su Señora, le dice, subrayando su augusto nombre: «No temas, María...».

La creación entera se goza en balbucear el eufónico nombre que Dios le impuso a su Madre. «Nombre cargado de divinas dulzuras», como asegura San Alfonso María de Ligorio; nombre que sabe a mieles y deja el alma y los labios rezumando casti-

dad, alegría y fervor: ¡María! Por medio de la que así es llamada, nos han venido todos los bienes y la pobre humanidad puede levantar la humillada cabeza y presentir de nuevo la cercanía de inacabables bienaventuranzas: *O clemens, o pia, o dulcis Virgo Maria!*

Bien le cantamos *Mutans Evae nomen,* porque Ella devolvió a la gracia, con el nombre de vida, todo lo que la desdichada madre natural de los hombres había entregado a las tinieblas, con el nombre de muerte.

Prueba de sabiduría y de acierto es imponer a la persona el nombre que justamente le corresponde. Y nadie como Dios ha sabido dar exactitud, expresión y síntesis a los nombres que él mismo ha elegido e inspirado.

Desde la más remota antigüedad, el nombre impuesto a las personas y a las cosas tuvo, en la mayoría de los pueblos, una significación simbólica. Aun ahora, muchas tribus africanas, otras dispersas en los inmensos parques de América del Norte, y los negros australianos, consideran el nombre como una parte integrante de la personalidad, ocultándolo, a veces, a los extranjeros, bajo apodos y paráfrasis, por temor a los perjuicios que pudiera acarrear su conocimiento.

En los países cuya historia se ha ido desenvolviendo al veril de una civilización normal y cada vez más pujante, el simbolismo de los nombres perdió, poco a poco, su luz bajo la potencia bienhechora o maléfica de las personas que los ostentaron. Con razón se dice, pues, que el nombre no hace a la persona, sino la persona al nombre. Y afirma San Pedro Canisio que, puesto que «el nombre es símbolo y cifra de la persona, invocar el nombre de María equivale a empeñar su poder en favor nuestro».

Si el Señor escogió entre todas las criaturas la más perfecta, para ser Madre del Hijo divino; si como privilegio de esta maternidad la hizo inmaculada y arca de todas las virtudes, nos parece muy lógico que también eligiera para ella el nombre más hermoso, el de más alta y acendrada significación, el más dulce entre todos los del humano lenguaje.

¿Qué significados tiene, pues, según la etimología, ese nombre cuyo misterioso sentido sólo Dios nos podría explicar?

Si, como algunos creen, deriva del idioma egipcio, su raíz es *mery,* o *meryt,* que quiere decir muy amada. Según otros, la significación sería *estrella del mar.* Si el nombre de María proviene del siríaco, la raíz es *mar,* que significa Señor. El padre Lagrange opina que los hebreos debieron utilizar el nombre de María con el significado de *Señora, Princesa.* Nada más conforme a la noble misión de la humilde Virgen nazarena. Otro tercer grupo de filólogos e intérpretes sostienen que la palabra María es de origen estrictamente hebreo. Y sus diversas y preciosas significaciones son las siguientes:

1. *Mar amargo,* de la raíz *mar* y *jam.* María fue un verdadero mar de amargura, desde que en el templo, cuando la presentación de su Hijo, vislumbró la silueta cárdena y dolorida del Calvario. Y un mar de amargura desbordante en la pasión y muerte de Jesús.

2. *Rebeldía,* de la raíz *mar.* Ella, la omnipotencia suplicante, vence a las satánicas huestes. «El nombre de María —escribe el padre Campana— es de una energía singular y tiene en sí una fuerza divina para impetrar en favor nuestro la ayuda del cielo».

3. *Estrella del mar.* Le cantamos *Ave, maris Stella!* ¡Y con qué arrebatador encanto glosa y profundiza San Bernardo esta expresiva metonimia!

4. *Señora de mi linaje.* Frase muy justa y apropiada a la prerrogativa nobilísima de ser Madre de Dios, Reina de todo lo creado.

5. *Esperanza.* Significado más alegórico que etimológico, pero lleno de inefable consuelo. Porque Ella, *Spes nostra,* es el camino de la felicidad, el arco iris que señala un pacto de armonía entre Dios y los hombres. «Bienaventurado el que ama vuestro nombre, oh María —exclama San Buenaventura—, porque es fuente de gracia que refresca el alma sedienta y la hace reportar frutos de justicia».

6. *Elevada, grande,* de *ram.* San Agustín y San Juan Crisóstomo coinciden en adjudicarle el excelso sentido de «Señora y Maestra».

7. *Iluminada, iluminadora.* Está llena de luz. Sostiene en sus brazos la luz del mundo. Es pura y diáfana. «El nombre de María indica castidad», dice San Pedro Crisólogo.

Deliciosamente narra sor María Jesús de Ágreda, en su *Mística ciudad de Dios,* la escena en la cual la Santísima Trinidad, en divino consistorio, determina dar a la «Niña Reina» un nombre. Y dice que los ángeles oyeron la voz del Padre Eterno, que anunciaba:

> «María se ha de llamar nuestra electa y este nombre ha de ser maravilloso y magnífico. Los que le invocaren con afecto devoto, recibirán copiosísimas gracias; los que le estimaren y pronunciaren con reverencia, serán consolados y vivificados; y todos hallarán en él remedio de sus dolencias, tesoros con que enriquecerse, luz para que los encamine a la vida eterna».

Y a ese nombre, suave y fuerte, respondió durante su larga, humilde y fecunda vida la humilde Virgen de Nazaret, la que es Madre de Dios y Señora nuestra. Y ese nombre, «llave del cielo», como dice San Efrén, posee en medio de su aromática dulzura, un divino derecho de beligerancia y una seguridad completa de victoria. Por eso su fiesta lleva esa impronta: *Acies ordinata.*

España, siempre dispuesta a romper lanzas por la gloria de María, fue la primera en solicitar y obtener de la Santa Sede autorización para celebrar la fiesta del Dulce Nombre. Y esto acaeció el año 1513. Cuenca fue la diócesis que primeramente solemnizó dicha fiesta, siguiendo su ejemplo, en seguida, las demás, porque el amor de Nuestra Señora es efusivo y prende con facilidad en terrenos de sincera devoción.

Pero fue el papa Inocencio XI —«defensor de la Iglesia con toda la fuerza de su férreo carácter, con la sabiduría de su espíritu y, sobre todo, con el amor de absoluta entrega», como decía en el radiomensaje de beatificación el papa Pío XII— quien decretó, el 25 de noviembre del año 1683, que toda la Iglesia celebrara solemnemente la fiesta de este nombre excelso, pues invocándolo se había alcanzado la completa victoria sobre los turcos.

Uno de los más trascendentales y emotivos episodios de la historia universal nos da el relato de esta decisiva victoria:

Si el empuje de las fuerzas cristianas en Lepanto, cuya alma había sido también el papa San Pío V, debilitó la potencia otomana, frenando el ímpetu de sus conquistas, el límite de los territorios dominados por los turcos no había retrocedido, y la

puerta tendía a resurgir con el intento de una invasión total de Europa. En 1683 el peligro se hizo ya inminente. Los cálculos menores estiman el ejército que el gran visir Kara Mustafá llevó contra Viena en unos 200.000 hombres. Era un momento crítico en la historia del mundo. Inocencio XI, ante las indecisiones ambiciosas y la política turbia de algunos príncipes europeos, le escribía a Luis XIV de Francia:

> «Te conjuro, por la misericordia de Dios, que acudas en auxilio de la oprimida Cristiandad, para que no caiga bajo el yugo del tirano. Dios te ha señalado con tan buenas cualidades, y a tu reino con tantas fuerzas y recursos, que creo estás llamado por la Providencia para lograr la más hermosa gloria. ¡Sé digno de la grandeza de tu vocación!».

Pero, mientras Luis XIV contestaba con frías excusas, la católica Polonia, al mando de su heroico rey Juan Sobieski, ajustaba alianza con el emperador de Austria, Leopoldo I, y acudía en su ayuda.

Desde el 14 de julio, Viena había quedado ya enteramente cercada por los turcos y aislada del ejército imperial, que se había retirado a la izquierda del Danubio.

Un bosque de tiendas de campaña se extendía en forma de medialuna en torno a la ciudad. Comenzó el terrible bombardeo y, por efecto de él, un incendio imponente. Las enfermedades se cebaban también en los sitiados. Las provisiones de pólvora y los víveres disminuían con suma rapidez. Cada día se hacía más violento y amenazador el apremio de los enemigos. Pero la Providencia divina atendió, una vez más, las oraciones del papa Inocencio XI y de los fieles devotos de la Madre de Dios, que en ella habían puesto sus esperanzas. Juan Sobieski se preparó al combate recibiendo el pan de los fuertes y oyendo devotamente la santa misa, y todo el ejército polaco siguió el ejemplo de su rey. «La hora histórica de la batalla definitiva de Viena sonó al alborear el límpido sol del día 12 de septiembre» —dice S. S. Pío XII en el citado radiomensaje con motivo de la beatificación de Inocencio XI—. El ejército de socorro, dirigido por Juan Sobieski, atacó a los asaltantes. Una inesperada tormenta de granizo cayó sobre el campamento de los turcos. Antes de la noche, la victoria sonreía a las fuerzas cristianas que se habían lanzado al combate invocando el nombre de María. Si

como instrumento de liberación Dios había escogido al rey de Polonia, unánimes afirman los críticos e historiadores que el artífice primario de esta misma liberación fue el papa Inocencio, y éste, a su vez, con humildad conmovedora, atribuyó el mérito y la gloria de aquella jornada al favor y socorro de María. Por eso quiso dedicar este luminoso día de septiembre a la fiesta de su Santísimo Nombre.

«El Señor ha hecho vuestro nombre tan glorioso que no se caerá de la boca de los hombres» (Jdt 13,25). Sublime elogio que corresponde a María, a la cual todas las generaciones llaman bienaventurada, y aquel que «hizo en ella cosas grandes y cuyo nombre es santo», quiso darle íntima participación de esa misma santidad para consuelo y gozo de quienes invocaren su dulce nombre. Nombre que ha de ser también loado, «santificado», como el nombre de Dios, en todo el mundo, porque —repitámoslo una vez más— infunde valor y fortaleza. Bien lo aprendieron los indios mejicanos de boca de los pobres soldados españoles cautivos, que subían al pavoroso «teocalli» invocando: «¡Ay, Santa María!», y con este nombre en los labios expiraban.

En el áureo *Blanquerna,* de Raimundo Lulio, en el cual, según alada frase del excelentísimo doctor García y García de Castro, arzobispo de Granada, «el beato mallorquín logró aprisionar las transparencias de las ondas del mar de Mallorca y las incógnitas armonías de los montes de Miramar...», se lee de aquel monje que sólo tenía por oficio dirigir, tres veces al día, una salutación a Nuestra Señora:

> «Es el ruiseñor del monasterio —continúa el doctor García y García de Castro con galana pluma— y canta las delicias de María, y envídianle los otros ruiseñores esparcidos por aquellos bosques que se reflejan en las aguas luminosas del Mediterráneo mallorquín. ¿Quién se resistirá a escuchar sus melodiosos trinos?
>
> ¡Ave, María! Salúdate tu siervo de parte de los ángeles y de los patriarcas y los profetas y los mártires y los confesores y las vírgenes, y salúdate por todos los santos de la gloria. ¡Ave, María! Saludos te traigo de todos los cristianos, justos y pecadores; los justos te saludan porque eres digna de salutación y porque eres esperanza de salvación; los pecadores te saludan porque te piden perdón y tienen esperanza de que tus ojos misericordiosos miren a tu Hijo para que tenga piedad y misericordia de sus culpas y recuerde la

> dolorosa pasión que sostuvo para darles salud y perdonarles sus culpas y pecados.
>
> ¡Ave, María! Saludos te traigo de los sarracenos, judíos, griegos, mongoles, tártaros, búlgaros, húngaros de Hungría la menor, comanos nestorinos, rusos, quinovinos, armenios y georgianos. Todos ellos y muchos otros infieles te saludan por ministerio mío, cuyo procurador soy...» *(Obras selectas de Raimundo Lulio,* 160).

Ésa debe ser nuestra salutación y nuestro ruego: que todos conozcan y alaben a María, que todos pronuncien con reverencia su santo nombre y que ella mire a todos sus hijos, dispersos por el mundo, con ojos de misericordia y de amor.

Su nombre, para los que luchamos en el campo de la vida, es lema, escudo y presagio. Lo afirma uno de sus devotos, San Antonio de Padua, con esta comparación:

> «Así como antiguamente, según cuenta el Libro de los Números, señaló Dios tres ciudades de refugio, a las cuales pudiera acogerse todo aquel que cometiese un homicidio involuntario, así ahora la misericordia divina provee de un refugio seguro, incluso para los homicidas voluntarios: el Nombre de María. Torre fortísima es el nombre de Nuestra Señora. El pecador se refugiará en ella y se salvará. Es nombre dulce, nombre que conforta, nombre de consoladora esperanza, nombre tesoro del alma. Nombre amable a los ángeles, terrible a los demonios, saludable a los pecadores y suave a los justos».

Que el sabroso nombre de nuestra Madre, unido al de Jesús, selle nuestros labios en el instante supremo y ambos sean la contraseña que nos abra, de par en par, las puertas de la gloria.

MARÍA DE LA EUCARISTÍA, RJM

Bibliografía

ALFONSO MARÍA DE LIGORIO (San), *Las glorias de María* (Madrid 1963).

BARTHE, E., *Monumento a la gloria de María. Letanías de la Santísima Virgen* (Barcelona 1856).

CAVATONI, A., *Letanía de la Santísima Virgen, con comentarios instructivos y morales* (Barcelona 1953).

GOMÁ Y TOMÁS, I., *María Santísima* (Barcelona 1941). Obra póstuma.

MARÍA JESÚS DE ÁGREDA, *Mística ciudad de Dios. Historia divina y vida de la Virgen Madre de Dios... manifestada... por la misma Señora a su esclava Sor María de Jesús* (Barcelona 1860).

RAMBRA, P., OFM, *Tratado popular sobre la Santísima Virgen* (Barcelona 1950).

WEISS, J. B., *Historia universal,* XI (Barcelona 1929s).

• Actualización:
LUIS MARÍA GRIGNION DE MONTFORT (San), *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen* (Barcelona 1996).
MARÍA JESÚS DE ÁGREDA, *Mística ciudad de Dios. Vida de María* (Madrid 1970; imp. 1992).
PÉREZ LÓPEZ, A., *Poemas y cantos a la Santísima Virgen* (Madrid 1982).
PÉREZ SANJULIÁN, J., *Historia de la Santísima Virgen María.* Reprod. facsímil. 3 vols. (Madrid 1988).

SAN GUIDÓN DE ANDERLECHT

Peregrino († 1012)

El siglo X es señalado por Baronio el siglo de hierro del pontificado, y con razón: en él se evidencia la trabajosa asimilación cultural de los pueblos bárbaros convertidos a nuestra fe. No hay grandes luceros de ciencia ni de santidad, pero brillan estrellas en la noche: tantos santos de alcance local, incluidos luego en el Martirologio Romano. Así San Guidón de Anderlecht. ¿Peregrino? A este título responde la etapa última de su vida. Pero no es ésta la faceta que más conviene destacar... Los santos peregrinos del siglo X no son pocos, y, por cierto, referidos en buen número al sepulcro de Santiago. Precisamente en este oscuro período los pueblos de Europa ofrecen la mejor muestra de vitalidad caminando a las tierras extremas del noroeste de España.

A San Guidón le singulariza otro título hoy bien necesitado de revalorización: sacristán o guardián de un templo. Ésta fue su primera ocupación, y lo marcó definitivamente.

La vida de San Guidón fue escrita por un autor anónimo del siglo XII, a raíz de la exhumación de sus reliquias el 24 de junio de 1112. Los datos fundamentales de su nacimiento (950) y de su muerte (1012) pueden considerarse como relativamente exactos, lo mismo que su lugar de nacimiento, Anderlecht, una aldea de Brabante, comprendida en lo que hoy es Bélgica.

La suya fue una familia cristiana de labradores. Muy joven aún se trasladó a Laken, localidad próxima a Bruselas. El párroco lo empleó de sacristán. No es difícil imaginar su jornada entregado al decoro de la casa del Señor y poseído por el deseo de ser santo y hacer el bien. Supo crearse su propio clima de oración y ascesis cristiana. El milagro florecía a veces en sus manos

y merece la pena reseñar el del sacristán cuidadoso de la lámpara eucarística que acababa de extinguirse: el agua convertida en aceite iluminador.

En todas partes la iglesia parroquial ha sido punto de atracción para los más indigentes... En Guidón prendió el fuego de la caridad con las dulzuras de la compasión. ¿No debía ingeniárselas para hacer frente con más eficacia a tantas necesidades? No lo meditó debidamente ante el Señor cuando un comerciante de paños le propuso ser su socio de empresa. Así podría allegar fondos abundantes para hacer el bien. Cuando navegaba por el Sena en una embarcación cargada de paños, sucedió el naufragio con la pérdida total de la mercancía. Tuvo la convicción de haber sucumbido a una tentación e imploró el perdón ante la imagen de la Virgen de la iglesia parroquial. Aterido de frío y desposeído de todo, lo mismo que San Francisco muchos años más tarde, se abrazó definitivamente con la hermana pobreza. En adelante sería peregrino, sin lugar fijo en que morar, y mendigando el pan. Y así comienzan sus largas y penosas itinerancias. Primero, a Roma, para venerar las tumbas de San Pedro y San Pablo, y de ahí, a Tierra Santa sorteando milagrosamente las asechanzas de los turcos. Según el anónimo autor de su vida, su permanencia en la tierra de Jesús duró siete años. Hubo otros que allá fueron dejándonos amplia relación de sus vivencias. En el caso de San Guidón hay que suplirlo todo teniendo en cuenta la dificilísima situación de los Santos Lugares con la dominación islámica. No puede compararse su permanencia con la de Egeria en el siglo IV, cuando allí se gozaba una liturgia esplendorosa, pastoreada aquella grey por San Cirilo de Jerusalén. Permanencia heroica, por tanto, la de San Guidón en un medio dificilísimo, testigo dolorido de profanaciones y de la hostilidad permanente a los creyentes en Cristo, considerados infieles por los musulmanes.

Al fin, agotado, seguramente enfermo, siente la llamada del país nativo y emprende el regreso hasta llegar a tierras de Brabante. Tal vez soñaba con volver a su vida de sacristán deseoso de concluir a la sombra del santuario. Llegó a Anderlecht para morir muy pronto. También aquí, lo mismo que en Laken, es un sacerdote quien lo acoge. Y aquí muere santamente y recibe sepultura.

Vinieron luego largos tiempos de olvido. Es la historia repetida con las tumbas de tantos otros santos, hasta que se produce una revelación: luces, cantos celestiales, prodigios acaecidos en el lugar preciso donde, al fin, aparece el cuerpo santo. En la olvidada sepultura de San Guidón comenzaron a producirse sorprendentes curaciones, y la concurrencia de devotos fue en aumento lo mismo que las limosnas: Anderlecht se convirtió en lugar de peregrinación. Se sucedieron las edificaciones, lo mismo también que en otros parecidos casos: una pequeña iglesia para cobijar la tumba; decenios después, un gran templo capaz de albergar multitudes. El 24 de junio de 1112 el obispo de Cambrai exhumaba solemnemente las reliquias de San Guidón y las colocaba en la cripta para veneración de los fieles.

Vino después la referida biografía anónima, que, a la verdad, no arguye especiales conocimientos conservados por el pueblo, resintiéndose, más bien, de imprecisión y vaguedad. En todo caso, siempre habrá que retener como históricos su existencia, su nombre, su santidad y su profesión de sacristán.

Su festividad, fijada durante siglos en el 25 de junio por el *Martirologio romano,* ha sido trasladada en la última edición al 12 de septiembre, la fecha tradicional en que Anderlecht solemniza su memoria, con grandísima concurrencia de devotos. Muchos acuden con sus carros y sus caballos, que son bendecidos al final de la procesión. Allí es venerado como patrono de labradores, sacristanes y campaneros. El título de sacristán es, sin duda, el que más merece ser destacado en el ámbito de la Iglesia universal. En su figura, pueden verse representados tantos sacristanes anónimos, que gastaron sus vidas cuidando fielmente la casa del Señor.

JOSÉ MARÍA DÍAZ FERNÁNDEZ

Bibliografía

DES OMBIAUX, M., *Guidon d'Anderlecht* (París 1905).

JACOBS, M., «Saint Guidon et ses attributs»: *Anderlechtensia* 80 (1996) 5-11.

LAVALLEYE, L., «Notes sur le culte de Saint Guidon à Anderlecht»: *Annales de la Société Royale d'Archéologie de Bruxelles* 37 (1943) 221-248.

MORTIER, F., «La légende de Saint-Guidon d'Anderlecht», en A. MARINUS, *Anderlecht. Histoire, art, archéologie, folklore* (Bruselas 1930) 46-55.

TRENTECAMP, J., *De S. Guidone Confessore, Anderlaci in Brabantia prope Bruxellas. St. Guidon le Confesseur d'Anderlecht en Brabant Bruxelles* (Bruselas 1996).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ALBEO

Obispo († 526)

Albeo o Ailbe o Ailbhe es el primer obispo de Emly o Imlech en Irlanda y el patrón de la diócesis. Muchas tradiciones no concordes entre sí rodean su figura, pareciendo que los datos más seguros son que predicó el evangelio en Irlanda con gran éxito, convirtiendo a muchas personas a Cristo y dando un ejemplo de vida cristiana que arrastraba a los fieles a vivir con intensidad su fe. Él funda el citado obispado y él, según parece, escribe una regla monástica. Su labor evangelizadora ha sido comparada con la de San Patricio. El tiempo de su vida parece ser entre finales del siglo V y el primer cuarto del VI.

BEATOS APOLINAR FRANCO, TOMÁS DE ZUMÁRRAGA, FRANCISCO DE SAN BUENAVENTURA, PABLO DE SANTA CLARA, DOMINGO MAGOSHICHI Y MATEO DE SANTO TOMÁS CHIWIATO

Mártires († 1622)

El 12 de septiembre de 1622 fueron quemados vivos en Omura (Japón) seis religiosos, de los cuales dos eran sacerdotes europeos, dos religiosos franciscanos japoneses y otros dos religiosos dominicos japoneses también. Damos aquí sus datos:

APOLINAR FRANCO nació en Aguilar de Campóo (Palencia), estudió con gran aprovechamiento leyes en Salamanca, y luego decidió ingresar entre los franciscanos observantes, haciendo la profesión solemne en la Provincia de Santiago. Pensando en la salvación de las almas y deseoso de la gracia del martirio pidió y obtuvo ser enviado a Filipinas con los ojos del corazón puestos en el Japón. Partió a Filipinas en 1600 y dos años después a Japón. Allí pudo trabajar veinte años, primero en paz, y luego bajo la persecución. Fundó establecimientos de caridad para socorrer a los pobres y acoger a los niños abandonados. Al saber que no había sacerdotes en Omura se acercó allá pese al

peligro para atender a los fieles pastoralmente. Apresado en 7 de julio de 1617, pasó cinco terribles años en la prisión, brillando por su paciencia y mansedumbre. Condenado a muerte, fue tal día como hoy quemado vivo.

TOMÁS DE ZUMÁRRAGA nació en Vitoria en marzo de 1577 en el seno de una familia acomodada. Se decidió por la vida religiosa e ingresó en el convento dominico de su ciudad el 19 de enero de 1594 y fue destinado a hacer los estudios al colegio de San Gregorio de Valladolid. Se ofreció para las misiones y, ya sacerdote, partió para Filipinas en 1601. Tan pronto como llegó a Manila, fue elegido para pasar a las misiones del Japón con otros seis misioneros. Con el Beato Alonso de Mena trabajó apostólicamente en Omura y luego en Firando, ejerciendo su ministerio con mucho celo. Cuando en 1614 se decreta la expulsión general de los misioneros, es uno de los que se quedan en el país corriendo un evidente peligro de ser detenido y martirizado. Arrostró peligros, hambres, fatigas y todo tipo de privaciones. Estuvo en Meako, Nagasaki, Firando y Omura predicando el evangelio y reconciliando a los caídos en la apostasía por debilidad. Fue arrestado el 22 de julio de 1617 y encerrado en una cárcel de tablas —especie de jaula expuesta a las inclemencias del tiempo— y a los dos años fue llevado a la famosa cárcel de Omura. Escribió desde ella que las muchas privaciones no les traían melancolía ni tristeza, pues estaban muy contentos esperando la misericordia de Dios «y más deseosos de salir para una cruz o para el fuego que para ser cardenales y pontífices». Sintió mucho que mientras se llevaban a otros cristianos al martirio no lo llevaran a él. Pero finalmente tal día como hoy fue quemado vivo.

FRANCISCO DE SAN BUENAVENTURA era natural de Musaxi, Japón, y se hizo compañero y catequista del Beato Apolinar Franco. Cuando supo que éste había sido arrestado, se presentó espontáneamente a las autoridades confesando su fe y siendo detenido por ello. Llevado a la cárcel, pidió y obtuvo el hábito franciscano que le dio el Beato Apolinar, pasando con él los años de prisión y siendo con él quemado vivo.

PABLO DE SANTA CLARA (en el *Martirologio romano* aparece como «Pedro») era natural de Saigo, en Arima, Japón, y fue ca-

tequista con el P. Apolinar Franco. Pidió compartir con él el hábito así como compartía la confesión de fe y la cárcel, y compartió igualmente en el día de hoy el martirio.

DOMINGO MAGOSHICHI era un cristiano en el círculo del Beato Tomás de Zumárraga con el que colaboraba, y era hermano del Beato Tomás del Rosario. Cuando fue arrestado y condenado a muerte por decapitación, pidió que le fuera conmutada por la del fuego para compartirla con el P. Tomás. Le pidió el hábito dominico, pues quería morir como religioso de esta Orden, y le fue concedido.

MATEO DE SANTO TOMÁS CHIWIATO aparece como MANCIO en las fuentes consultadas pero el *Martirologio romano* pone «Mateo». Era auxiliar del Beato Tomás de Zumárraga, de quien recibió el hábito y ante quien hizo la profesión religiosa en la cárcel. Con él fue quemado a fuego lento tal día como hoy.

Todos ellos fueron beatificados el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX en la ceremonia de beatificación de 205 mártires de Japón.

BEATO PEDRO SULPICIO CRISTÓBAL (ROGER) FAVERGE

Religioso y mártir († 1794)

Nació en Orleáns el 25 de julio de 1745, hijo de un comerciante. Hizo sus primeros estudios en el colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y allí sintió la llamada de Dios a seguirlo en el camino de la vida religiosa, ingresando en el noviciado lasaliano de Maréville en 1767 y recibiendo el nombre de hermano Roger. En esa casa hizo su formación pedagógica. Después de algunos años como maestro fue nombrado director de la escuela lasaliana de Moulins, en el desempeño de cuyo cargo mostró sus buenas cualidades y habilidad. Era una persona muy amable, entregado a su vocación docente y lleno de piedad y virtud. Gozaba de gran consideración en la ciudad. Cuando en 1792 se les pidió a los hermanos de la escuela lasaliana de Moulins, como a maestros que eran, que juraran la constitución civil del clero, todos ellos, guiados por el hermano Roger, se negaron, alegando que ni por todo el oro del mundo se separarían

de la comunión con la Iglesia. Las amenazas no sirvieron para nada. Cuando la casa fue confiscada y se hizo el inventario de su contenido pudo verse la modestia con que los hermanos vivían y concretamente la pobreza y modestia de la celda del hermano director.

El 11 de junio de 1793 el hermano Roger fue encarcelado en el antiguo convento de las clarisas. También lo fue el hermano León y con ellos muchos sacerdotes y religiosos que serían destinados a la deportación a La Guayana. En esta prisión ya dio un espléndido testimonio de caridad cristiana, atendiendo a sus compañeros de infortunio en cuanto le era posible, por ejemplo en arreglarles los zapatos. Solícito con los enfermos y con los más desanimados, se esforzaba en animarlos y distraerlos. Se dijo de él que estaba en la prisión tan alegre y sereno como estaba en las clases. Declarado apto para la deportación, que él intentó evitar con solicitudes que le fueron denegadas, salió para Rochefort el 25 de noviembre de 1793, debiendo sufrir en el camino numerosas vejaciones e insultos. Llegado a Rochefort fue embarcado en Les Deux Associés, donde tuvo que sufrir tantas miserias y calamidades como no podía menos que proporcionar la situación de abandono en que estuvieron todos los allí detenidos. Afectado por la epidemia que se extendía entre los presos, murió el 12 de septiembre de 1794, siendo enterrado en la isla Madame.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

SAN FRANCISCO CHOE KYONG-HWAN

Catequista y mártir († 1839)

Este santo coreano nace en la provincia de Chungchong el año 1805 en el seno de una familia cristiana. A los 14 años contrajo matrimonio con María Yi Song-rye y tuvo con ella cinco o seis hijos. Gracias a su fe y convicciones cristianas logró domeñar su fuerte carácter. En 1836, cuando llegó a Corea el primer envío de misioneros, el santo P. Maubant decidió preparar algunos jóvenes al sacerdocio y uno de ellos fue Tomás Choe Yang-op, hijo de Francisco. Él fue también el fundador de la al-

dea cristiana de Mount Suri en la provincia de Kyonggi, ganándose la vida los vecinos con una plantación de tabaco y pudiendo vivir todos allí libremente su fe. En 1839 fue nombrado catequista. Pero ese mismo año llegó la persecución y Francisco ayudó cuanto pudo a los católicos encarcelados. La noche del 31 de julio de ese año la policía irrumpió en la aldea. Al verla llegar, Francisco propuso a los demás fieles aceptar la detención y dar testimonio valiente de la fe. Se produjo así el arresto y la conducción a la prisión. En el interrogatorio Francisco confesó la fe y el juez mandó torturarlo hasta que apostatara. No se consiguió y hubo de permanecer los siguientes meses en la prisión. Confirmó su confesión de fe en el interrogatorio del 11 de septiembre, padeciendo una paliza de cincuenta golpes de cañas, de resultas de lo cual murió al día siguiente.

Fue canonizado el 6 de mayo de 1984 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de canonización de 103 mártires de Corea.

13 de septiembre

A) Martirologio

1. La memoria de San Juan Crisóstomo († 407), obispo de Constantinopla y doctor de la Iglesia, cuyo tránsito fue en Comana, del Ponto, el 14 septiembre **.
2. En Ancira (Galacia), San Julián († s. IV), presbítero y mártir.
3. En Jerusalén, la dedicación de las basílicas que se construyeron sobre el Monte Calvario y sobre el Sepulcro del Señor (año 355).
4. En Tours (Galia Lugdunense), San Litorio († 371), obispo.
5. En Valence (Francia), San Emiliano († d. 374), al que se tiene por primer obispo de esta sede.
6. En Cartago, San Marcelino († 413), martirizado por los donatistas *.
7. En Angers (Galia Lugdunense), San Maurilio († 453), obispo *.
8. En Sens (Neustria), San Amado o Aimé († 629), presbítero y abad **.
9. En la isla de Tino, en el golfo de Génova, San Venerio († s. VII), ermitaño.
10. En Breuil (Galia), San Amado († 690), obispo de Sión en Suiza.

11. En Toledo, Beata María de Jesús López de Rivas († 1640), virgen, carmelita descalza **.

12. En Rochefort (Francia), Beato Claudio Dumonet († 1794), presbítero y mártir *.

13. En Almería (Andalucía), Beato Aurelio María (Bienvenido) Villalón Acebrón († 1936), Hermano de las Escuelas Cristianas, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JUAN CRISÓSTOMO
Doctor de la Iglesia († 407)

La figura de este santo nada debe a la fábula. Juan Crisóstomo entra en la historia antes que en la hagiografía, y, desde luego, mucho antes que en la leyenda. Por dicha, a poco de su muerte, un auténtico historiador, Palladius, escribe el célebre *Dialogus de cita Chrysostomi.* A ese mismo tiempo pertenece un panegírico, que se muestra muy imparcial y objetivo. A su vez, los historiadores del siglo V Sócrates y Sozomeno transmítennos preciosas noticias acerca de él. Luego, en el siglo VI, viene la leyenda. Pero la figura del Crisóstomo está ya definida y fija. Las falsas aureolas no lograrán desdibujarla.

Juan, hacia el 347, en Antioquía, es fruto de un guerrero y una asceta. Segundo, *Magister militum Orientis,* debió transmitirle aquel bélico ardor que luego, celestializado, él hubo de desplegar en santas batallas. Su madre le comunicó más ricos tesoros. Antusa, en el frescor de sus veinte años, adórnase ya con el crespón de su viudez. Y se concentra, toda, en el hacimiento pleno, físico y espiritual, de su hijo. Diole un maestro de filosofía, Andragacio, y uno de retórica, Libanio, lumbre de Antioquía. Pero le dio, sobre todo, a Cristo. Libanio, prendado de su discípulo, soñó con dejarle por sucesor suyo en su escuela. Pero Juan advirtió, en seguida, que el bloque inflamado de sus entusiasmos no cabría a discurrir por los cauces fríos y mezquinos de la retórica pagana. Tomó el período, tomó el tropo, tomó el hipérbaton..., y se los guardó en el cofre, pulido y aromado, para, un día, tornarlos a lo divino. Hacia el 369 —veintidós exuberantes años— hácese bautizar por Melecio de Antioquía. Libanio, al saberlo, pensó —y acertó— que Antusa se lo había ro-

bado. Y clamó: «¡Dioses de la Grecia! ¡Qué mujeres hay entre los cristianos!».

El bautismo fue, en el espíritu de Juan, una inundación de cristianismo pleno, de evangelio puro. Y, porque fue esto, fue un tirón hacia el recio ascetismo, hacia el desierto. Juan quiere, de verdad, vivir su bautismo. Por eso, se resuelve a vivir una vida-muerte. Por otra parte, el siglo IV es la triunfal alborada en que se abre la rosa, púrpura, del monaquismo oriental. El ambiente de Antioquía arde en fiebre de desierto. Juan, pues, quiere ser asceta, penitente, solitario. Pero, ahora, es su madre el obstáculo que se le atraviesa en el camino. Antusa toma a su hijo de la mano y le lleva junto al lecho en que le dio a luz. Y le pide, temblorosa, que no quiera causarle una segunda viudez. Juan, que es ya todo corazón, déjase vencer de las lágrimas de su madre y abandona sus planes de soledad.

Pero la soledad es menos sueño de él que plan de Dios sobre él. El que tanto había de hablar a los hombres tenía que hablar mucho primero, a solas, con Dios. La boca que había de ser torrente y cascada, debía, ante todo, llenarse de inefables silencios. El futuro reformador y moralista debía empezar por flagelar su cuerpo y crucificarse a sí mismo. La fama de santidad de aquel joven habíase desbordado de Antioquía y había llegado lejos. Un día, acercósele su gran amigo Basilio. Venía a decirle que a los dos querían hacerlos obispos. En el siglo IV era habitual la intervención del pueblo en la designación de sus pastores. Juan se estremeció. Y, mientras lograba de su amigo que aceptase la carga, él huyó a su amada soledad. El gesto de Juan fue bellísimo. Pero no sé si no es más bello el poema en que él mismo lo celebró. Su tratado *De sacerdotio,* escrito en la lobreguez de su cueva, vino a explicar su negativa a aceptar el episcopado y la conveniencia de que su amigo lo aceptara. Ya, pues, está Juan en su soledad. En un apartado monte, no lejos de Antioquía. Primero, cuatro años en una ermita, bajo la espiritual dirección de un viejo monje. Luego, otros dos, en una quiebra de la montaña. Largas oraciones. Ayunos extenuantes. Las púas del cilicio son espinas en la rosa ensangrentada de su carne. Las penitencias calcinan su cuerpo. Juan está, con Cristo, crucificado.

Hasta que Dios vio que aquel hombre estaba ya apto para las altas empresas que le aguardaban. Envióle —divino pretexto— una enfermedad, que amenazó acabar con él, en su cueva. Y Juan no tuvo otro remedio sino volverse a la ciudad.

En 381 es ordenado diácono por el obispo Melecio. Surge, entonces, el escritor. Durante cinco años Juan mueve la pluma en defensa de la Iglesia, del monacato, de la virginidad. Escritos bellísimos, literariamente; hijos, en la forma, del gusto literario que Libanio le comunicara. Pero, sobre todo, sus páginas rezuman una sabrosa y cordial espiritualidad. En 386, Flaviano, sucesor de Melecio, ordénale sacerdote y le encomienda la predicación en la ciudad. Y ahora sí que, por sobre el ermitaño, por sobre el escritor, descúbrese, de repente, y descuella otro Juan. El Juan predicador, digamos, el Crisóstomo.

Es entonces Antioquía una gran ciudad, bella y rica. El historiador pagano Amiano Marcelino llámala *Orientis apex pulcher*. Pero, religiosamente, es un conglomerado de cristianos, paganos y judíos; moralmente es víctima de una desaforada corrupción. En este ambiente, por doce años, desbórdase, día tras día, de la boca de Juan un impetuoso torrente. La predicación más amada del Crisóstomo —llamémosle ya así, aunque hasta el siglo V no se le otorga este título— es la homilía. La homilía exegética. Setenta y seis sobre el Génesis. Muchas sobre los Salmos. Varias sobre el libro de Job. Sobre el de los Proverbios. Sobre los Profetas. Noventa sobre San Mateo. Siete sobre San Lucas. Ochenta y ocho sobre San Juan. Cincuenta y cinco sobre los Hechos de los Apóstoles. Innumerables sobre las cartas de San Pablo...

Todo ese inmenso caudal ha llegado hasta nosotros. Además, otro centenar, largo, de sermones, cuyo argumento no es, directamente, la explicación de la Sagrada Escritura, sino los más diversos temas. En fin, un mar estuante; un mundo, de estrellas y de soles, de sagrada elocuencia.

Ni es lo más importante la magnitud. Lo que, en verdad, maravilla es la calidad, el metal de esta soberana predicación. Compárasele al Crisóstomo con Demóstenes, con Cicerón. Cierto, Demóstenes tiene una elocuencia más fastuosa; Cicerón es más rotundo, más grandilocuente. Pero Crisóstomo tiene

méritos inigualables. Aun como orador humano. Su palabra es prodigiosamente fácil y movida. Brota de su boca, rápida y alada, en admirables improvisaciones. Coloréala una pasión cordial, que, al mismo tiempo, la inflama. Su lengua no vibra, arde. Y hace arder. En voz alta, habla él solo. Pero, en lo íntimo, hay, entre él y sus oyentes, un diálogo no menos elocuente que su propia voz.

Mas en lo que él no tiene par es en los quilates de su elocuencia como predicador sagrado. Y, acaso, en este aspecto, su mérito más inapreciable es el haber sabido escoger la materia fundamental que escogió para su predicación: la Sagrada Escritura. Supremo acierto. A base de él, tócale al predicador de Antioquía la gloria exclusiva suya de haber logrado transportar, año tras año, homilía tras homilía, la Escritura divina, toda, en bloque, al alma y a la vida de sus cristianos, más aún, al alma y a la vida de la ciudad entera. Y viene luego su personal manera de predicar. Exegeta él de la Sagrada Escritura, podría pensarse que su oratoria fuese puramente intelectualista y erudita, despegada de la realidad. Todo lo contrario. Juan Crisóstomo es un conductor de almas. Un misionero. Un reformador de las costumbres. Por eso, su elocuencia, continuamente, desde las alturas de la exegesis, desciende, rápida como un águila, a las realidades de la vida. Enfréntase, enardecido, con el vicio, con el abuso. Y fustiga, implacable. Truena, terrible. O se exalta ante la virtud. ¡Ah! Pero siempre, siempre, el discurso que brota de su boca, cae sobre el auditorio, caliente y ungido, como la llama de una gran lámpara de oro. Al fin, la fuente de donde mana no es sino hontanar de amor: su corazón. ¡Oh! ¡Su corazón! Si nos fuera lícito jugar un poco con la frase —y a él le gusta, de seguro, el juego— diríamos: *Cor Christi, cor Pauli; cor Ioannis...*

Por todo esto, es preciso confesar que, como predicador del pueblo cristiano, es incomparable. Con uno solo admitiría el parangón: con San Agustín. Pero Agustín es mucho más teórico que él. Juan Crisóstomo es el orador de la acción, del dinamismo.

Por eso al de Hipona le basta su *Breviloquium.* El Crisóstomo necesita toda la fuerza de su exuberante oratoria, de sus homilías de una hora, de dos horas.

Y es así siempre este predicador prodigioso. Pero, a veces, los hechos le sirven de ocasión para excederse a sí mismo. Por ejemplo, la coyuntura de las estatuas. En los comienzos del 387, el emperador Teodosio impuso a la ciudad un tributo que pareció injusto. El populacho, desenfrenado, derribó las estatuas del emperador, de su padre, de sus hijos y de su difunta esposa Flacila. Recobrada la calma, Antioquía se estremeció amedrentada. El castigo habría de ser terrible. Llegaron, en efecto, los delegados del emperador y comenzó la justicia..., o la venganza. El viejo obispo Flaviano partió para Constantinopla y el día de Pascua tornó con el perdón... Pero, hasta entonces..., turbas alocadas, rebeliones, desafueros, miedos, terrores, estrépito de juicios. Al fin, el paroxismo de la alegría final. Y, sobre este aborrascado piélago, la voz poderosa del predicador. Una voz que increpa, que amenaza, que anima, que consuela, que sobrenaturaliza. Y una voz que ella sola, y sólo ella, domina las olas y los huracanes. Las veintiuna homilías *De signis,* pronunciadas durante aquella tempestad por el Crisóstomo, son, en verdad, un milagro de elocuencia.

Pero Juan no era sólo un predicador. Y convenía —le convenía a Dios y les interesaba a los hombres— que apareciera todo el hombre que en su fondo alentaba.

La voz del Crisóstomo resonaba por todo el mundo oriental. No es extraño que, al morir, el 27 de septiembre del 397, el patriarca de Constantinopla, Nectario, por voluntad del emperador y de su corte fuese Juan de Antioquía propuesto al pueblo y a los obispos para ser elegido patriarca. Consagróle Teófilo de Alejandría, el 26 de febrero del 398. El nuevo arzobispo emprendió en seguida la reforma de las costumbres del clero, de los monjes, de la nobleza, de todo el pueblo. Y fue el apóstol de la caridad. En sus homilías, como ya lo había hecho en las de Antioquía, traza cuadros desgarradores de los pobres, que él mismo ha visto, extenuados de hambre, sobre la yacija de sus harapos. No son pocos los ricos que se conmueven, y el arzobispo logra socorrer, permanentemente, en la ciudad, a cinco mil necesitados. Y la Constantinopla del Crisóstomo es, en la antigüedad, modelo de ciudades limosneras, que incluso se adelanta siglos en la organización de la caridad.

Pero el hombre que, principalmente, había de revelarse en Constantinopla era el defensor de la Iglesia frente a los poderes temporales. La ocasión había de ser, simplemente, la vindicación del derecho de asilo de las iglesias. Primero, el eunuco del emperador, Eutropio, dueño de la voluntad de Arcadio, pretende inmolar a una viuda. Refúgiase ella en la iglesia. Eutropio exige su entrega. El patriarca se yergue, frente al tirano, en defensa de la mujer y en defensa, a la vez, de los fueros del lugar sagrado. Eutropio logra que se declare abolido el derecho de asilo, pero el arzobispo lo mantiene en vigor. ¿Para qué ya, si la viuda se ha salvado? ¿Para qué? Eutropio —misterios de Dios— lo va a ver en seguida. Las cosas cambian de repente. La emperatriz logra hacer caer en desgracia, ante el emperador, al valido. El emperador ruge contra él. El pueblo pide, a gritos, su cabeza. Y Eutropio se acoge a la iglesia y se ampara... en el derecho de asilo... Pero el patriarca de Constantinopla no entiende sino de caridad y de derechos de la Iglesia. Y, también ahora, frente a las exigencias del colérico emperador, al cual secunda el pueblo, amotinado, protege al caído y mantiene la sagrada prerrogativa. Y con tal energía se opone a las reclamaciones imperiales, en defensa del derecho de la Iglesia, que para encontrar un ejemplo parecido habrá que esperar hasta Hildebrando o Bonifacio VIII, o Tomás Becket.

Juan Crisóstomo triunfó. Pero su triunfo, en lo humano, iba a ser efímero. Es que su figura tenía que mostrar una nueva fisonomía: la del perseguido. Ya, de antes, sus invectivas contra la corrupción de la corte habían despertado en las alturas odios feroces contra él. Incluso la emperatriz, que se había creído aludida en algún sermón del patriarca, profesábale un femenino rencor, exacerbado. La actitud de Juan, ahora, en su vindicación de las prerrogativas de la Iglesia, acabó de inflamar la hoguera. De todo ello supo, taimadamente, aprovecharse nada menos que un obispo, ambicioso y vengativo, el cual veía en el arzobispo de Constantinopla un rival suyo: aquel Teófilo de Alejandría que le había consagrado obispo. Teófilo logró reunir un concilio que condenó a Juan como reo de lesa majestad y le depuso. El emperador lo desterró. Juan recibió impávido la sentencia. De noche, apoderáronse de él los esbirros del emperador y lo

echaron en un navío. Mas la ciudad entera se fue hasta el Bósforo a despedirlo. Las lágrimas de la muchedumbre fueron el consuelo del desterrado y la condenación de los perseguidores.

Al día siguiente algo misterioso ocurrió en el palacio imperial. El caso es que la misma emperatriz púsose de rodillas ante Arcadio y le suplicó el perdón para el desterrado. Juan volvió a su amada ciudad. Y su vuelta fue la de un triunfador. La multitud le aclamaba, le vitoreaba. Juan subió a su cátedra y pronunció su homilía... Bendito sea el Señor... ¡Qué bella, qué sublime homilía!

Pero los luchadores de Dios no están hechos para los triunfos de los laureles. Un nuevo resentimiento de la emperatriz Eudoxia desató, de nuevo, la guerra contra el patriarca. El emperador volvió a desterrarlo. El lugar que se le señaló fue la lejana localidad de Cucusa, en la Armenia Menor, el rincón —dice él— más desierto de toda la tierra. Allí llegó el arzobispo, después de un interminable y penosísimo viaje, medio muerto. Sesenta años tiene. En su destierro, la pena y la enfermedad le consumen. Pero aún ha de mostrarse dos cosas: misionero y amigo. Su espíritu tiene aún energías para cuidar de la conversión de los godos y para ayudar a las misiones de Fenicia. Y las tiene su corazón para amar más que nunca. El cardenal Newman dijo de él que es el santo de la amistad cristiana. Lo es, sobre todo, en este final. Como ya no puede predicar, escribe. Escribe cartas a los que quiere y le quieren. Estas cartas son su corazón que se abre y se derrama como un caliente estío que se expandiera en invierno. Y él mismo, en su soledad, es todo corazón, que se abre en abrazos para los que, desde Antioquía, desde Constantinopla, desde Egipto, desde toda el Asia Menor, van a visitarle. ¡Cuántos son!

Todavía la corte recela de esta popularidad del desterrado y resuelve trasladarle a otro lugar más inaccesible, a Pitionte, al pie del Cáucaso. Custodiado por dos soldados, Juan emprende el camino hacia su nuevo destierro. Pero una noche no pudo caminar más. Entráronle en una solitaria ermita y se echó en el suelo. «Gloria a Dios en todas las cosas», clamó. Y su boca se cerró en la tierra para siempre.

ANICETO DE CASTRO ALBARRÁN

Bibliografía

Act. SS. Boll., septiembre, t.4 p.401s.
BARDY, G., «Jean Chrysostome», en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* VIII/1: *Isaac-Jeûne* (París 1924).
BAUR, C., *Johannes Chrysostomus und seine Zeit,* 2 vols. (München 1930).
MOULARD, A., *Saint Jean Chrysostome: sa vie, son oeuvre* (París 1949).
Obras de San Juan Crisóstomo: PG 47-64.
Obras de San Juan Crisóstomo. Ed. de D. RUIZ BUENO, 3 vols. (Madrid 1955-1958).
PALLADIUS, *Dialogus de vita S. Ioannis Chrysostomus:* PG 47.
PUECH, A., *Saint Jean Chrysostome et les moeurs de son temps* (París 1891).
— *Saint Jean Chrysostome, un réformateur de la société chrétienne au IV siècle* (París 1891).
— *Saint Jean Chrysostome* (Les Saints; París ^{4}1905).

SAN AMADO DE REMIREMONT

Abad († 629)

Sobre el abad del célebre monasterio alsaciano de Remiremont, San Amado, nos informa ampliamente una *Vita* antigua, escrita unos cincuenta años después de su muerte. Su autor se muestra gran entusiasta del santo, pero mezcla en su biografía multitud de cosas, por las que da claramente a entender que se trata de adiciones más o menos legendarias. Sin embargo, si bien se mira, en el fondo de la exposición es enteramente digno de fe, y por lo que se refiere a la descripción de la vida monástica del tiempo, coincide sustancialmente con otras obras clásicas de Luxeuil y Bobbio.

Así, pues, conforme a esta *Vita,* nació Amado hacia el 565 en un arrabal de Grenoble, en Francia, de una familia galo-romana, y siendo todavía niño fue conducido por su padre hacia el año 581 a Agauno (St. Moritz), donde se inició en la vida monástica; se ordenó sacerdote y pasó treinta años en la práctica de la oración y de la vida religiosa. Con todo esto fue creciendo cada vez más en él el ansia de la soledad y de la vida eremítica, por lo cual escapó del monasterio y se internó en la montaña, donde se entregó a una vida completamente solitaria. Indudablemente, en los detalles que refiere la biografía sobre el modo como realizó esta huida a la soledad y lo que ocurrió durante los años siguientes, hay aditamentos propios de la leyenda; pero lo que aparece claramente a través de toda la narración es el espíritu eminentemente contemplativo de Amado, que deseaba

vivir en la más absoluta soledad. Semejante fenómeno ocurría frecuentemente en los grandes monasterios medievales, como por ejemplo en Montserrat, donde se construyeron para este efecto celdas solitarias, a donde podían retirarse estos anacoretas y llevar allí una vida de contemplación y penitencia.

Una vez localizado el lugar de su retiro, tomó el monasterio de Agauno el cuidado de proporcionarle lo indispensable para vivir, y, a semejanza de los antiguos anacoretas de Egipto, continuó durante algunos años llevando aquella vida de soledad y contemplación. La *Vita* acumula en este lugar diversos hechos más o menos milagrosos, que debieron ocurrir en este tiempo. Tales son, por ejemplo: que al llevarle cierto día el monje Berino la pequeña cantidad de agua y el pan que debía sustentarlo durante tres días, un cuervo derramó el agua y se llevó el pan, a lo que añade el biógrafo que, al observarlo el santo solitario, exclamó: «Gracias, Señor, pues reconozco tu voluntad de que prolongue mi ayuno». Más aún. Con el fin de librar al monje Berino del trabajo de traerle aquel alimento, él mismo cavó un poco de tierra en torno a su celda y cultivó algo de cebada, que luego molía con unas piedras, y de este modo se proporcionaba el nutrimento necesario, y al mismo tiempo, golpeando la roca con su bastón, hizo brotar el agua que necesitaba.

Estas y otras anécdotas, aun admitiendo su carácter legendario, nos dan a conocer la vida de paz y tranquilidad y de entrega absoluta a la oración y penitencia que llevaba Amado en la soledad próxima al monasterio de Agauno, semejante por completo a la de otros solitarios que dependían de algunos monasterios. Respecto de la vida que allí llevaba, se nos dice que iba vestido de una piel de cordero; que no se bañaba más de dos veces al año, por Navidad y por Pascua; que observaba riguroso ayuno durante todo el año, particularmente en la Cuaresma. En medio de una vida de tanta austeridad, como había sucedido con los antiguos solitarios, trató el demonio por diversos medios de vencer su virtud. Así se refiere que, habiéndolo visitado en cierta ocasión el obispo y dejado sobre la mesa algunas monedas de oro, se aprovechó de ello el enemigo para tentarlo; pero él las tomó con decisión y arrojó inmediatamente al fondo de un precipicio. Y en otra ocasión, furioso el demonio por la

virtud heroica del ermitaño, lanzó una enorme roca contra su celda con el fin de que la destruyera matando al mismo tiempo al solitario; pero Dios detuvo milagrosamente la roca, y no ocurrió nada.

Sin discutir, pues, la veracidad de estos acontecimientos, deducimos de todo ello que Amado llevó durante algunos años una vida ejemplar de soledad y penitencia, que llegó a causar la admiración, no sólo del monasterio de Agauno, sino también de las regiones vecinas. Así se explica lo que ocurrió después del año 614 y constituye la tercera y última etapa de la vida de San Amado; pues, llenos los monjes de admiración por su extraordinaria virtud y deseando sacar el mayor provecho espiritual de ella, lo nombraron abad del nuevo monasterio, fundado en Remiremont, que gobernó durante unos quince años, dando admirable ejemplo de todas las virtudes religiosas.

Tal es el hecho substancial en que se resume la vida de nuestro santo durante sus últimos años.

Pero nuestra biografía nos presenta estos hechos con un conjunto de circunstancias, más o menos objetivas o legendarias, dignas de tenerse en cuenta. Refiere, en efecto, que pasando por Agauno el abad de Luxeuil, San Eustaquio, camino de Italia, quedó prendado de la virtud de Amado, a quien visitó y con quien tuvo interesantes conversaciones en su soledad; por lo cual, al volver de Roma en 614, se lo llevó consigo diciendo que no debía permanecer oculta aquella maravillosa lumbrera que Dios había enviado al mundo, y así, durante algún tiempo, Amado se dedicó a predicar en el territorio de Austrasia, donde arrastraba a los hombres con su ejemplo y produjo extraordinario fruto.

Pues bien, en una de sus misiones se encontró con un gran señor, llamado Romarico, ansioso de fundar un monasterio en sus dominios de Remiremont, en la región de los Vosgos. Conducido, pues, por Amado al célebre monasterio de Luxeuil, hízose él mismo monje, y con la aprobación y consejo de Eustaquio fundaron el nuevo monasterio de Remiremont, del que fue nombrado abad el mismo Amado. La vida monástica arraigó rápidamente. Bien pronto quedó organizado un monasterio de religiosas, que mantenían la *Laus perennis,* como se hacía en

Agauno. Amado dejó a Romarico al frente de los monjes, retirándose él a una gruta solitaria, donde se entregó de nuevo a la vida de contemplación, que constituía sus delicias. Solamente los domingos volvía al monasterio doble de Remiremont, donde daba interesantes instrucciones ascéticas a los religiosos y a las religiosas.

Finalmente, rodeado éste de la mayor veneración de todos, después de haberse distinguido en la dirección de los religiosos y religiosas que la Providencia le había confiado, sufrió con heroica paciencia durante un año las molestias de una horrible enfermedad, y viendo que se acercaba su fin, pidió humildemente perdón de sus faltas, y entregó su alma a Dios hacia el año 630. El aroma de sus virtudes y del buen ejemplo que había dado en las tres etapas de su vida, como simple monje en Agauno, en el más exacto cumplimiento de la regla y vida monástica, como solitario en su vida de contemplación y penitencia, y como abad de Remiremont con la acertada dirección de los religiosos y religiosas y yendo delante de todos en la práctica de todas las virtudes, todo esto apareció más claramente después de su muerte. Por esto se extendió rápidamente la fama de su santidad, y en el siglo IX fue ya incluido en el martirologio romano.

La iglesia de Saint-Aimé, cerca de Remiremont, ha sido construida junto a la gruta donde murió. No lejos de Agauno, una capilla señala el lugar probable de su primer retiro.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 13 de septiembre: *Vita.*

Art. «Vie de Saint Aimé», en SOCIÉTÉ DES BOLLANDISTES (ed.), *Bibliotheca hagiographica latina antiquae et mediae aetatis,* I (Bruselas 1900-1901).

DAVID, P., *Vie de Saint Aimé* (Grenoble 1937).

DUSSAUX, C., *Vie mystique au pays vosgien.* I: *Remiremont et sa sainte montagne* (Remiremont 1950) 43s.

KRUSCH, B., «Vitae sancti Amatii», en *Monumenta Germaniae Historica. Scriptores rerum merovingicarum,* IV (Hannover 1885s; reimp. anastática: Hannover 1942) 215s. Cf. *Analecta Bollandiana* 26 (1907) 312s.

MABILLON, J. - D'ACHERY, L., *Acta Sanctorum Ordinis Sancti Benedicti,* II (París 1668) 129s.

BEATA MARÍA DE JESÚS LÓPEZ DE RIVAS
Virgen († 1640)

Conocida con este nombre de carmelita descalza, su nombre familiar o de pila era María López de Rivas Martínez. Nacida en Tartanedo, villa próxima a Molina de Aragón (Guadalajara) el 18 de agosto de 1560. La bautizó el cura Juan Serrano el 25 de agosto en la iglesia parroquial de San Bartolomé de Tartanedo. Sus padres, don Antonio y doña Elvira, eran ilustres. Cuando María contaba cuatro años muere su padre. En el último trance había hecho que le llevasen a la niña junto a su lecho de muerte y, enternecido, le dijo: «¡Hija, yo me muero, a ti te queda Dios por padre!». Esta herencia fue mucho mejor que la cuantiosa fortuna que le dejó.

Casada su madre en segundas nupcias con don Cristóbal Caba, es nombrado tutor de la pequeña su tío Jerónimo. La vida de María transcurrirá en Molina desde los días de su orfandad. Frecuenta la iglesia de San Francisco, llamada de Nuestra Señora de los Ángeles. El padre franciscano, «un santo viejo, de vida muy probada», con el que comienza a confesarse le solía decir: «¡Oh, señora, y para qué grandes cosas ha creado Dios a vuestra merced! ¡Bendito sea el que creó a vuestra merced!».

Después de no pocas pruebas interiores y de plantearse el estado de vida que le convendrá seguir «estuvo muy resuelta a casarse». En este tiempo otro confesor, el jesuita Antonio de Castro que llega a Molina y con el que va a confesarse, le dice un buen día: «¿Por qué no se hace monja vuestra merced?». Responde María: «Cuanto hay puede mandarme vuestra paternidad, si no es ser monja, porque eso por ningún caso ha de ser».

A pesar de esta respuesta que parece tan definitiva, comienza María a ponderar en su corazón su caso, su propia opción. A los pies de un Nazareno con la cruz a cuestas, que tiene en la capilla de su casa, surge la gran decisión: «¡Seré monja!». Así se lo hace saber al confesor; así se lo manifiesta a sus abuelos, a sus tíos y a su propia madre doña Elvira, para la que María no cuenta prácticamente nada, aunque tanto ha batallado para que su hija se case. Pero, ¿dónde será monja? Un pariente suyo le dice un buen día: «Si hubiere vuestra merced de ser monja, no lo sea sino de las que funda la madre Teresa, que son muy san-

tas. Y yo conozco a las de Malagón, que son gente celestial». María se decide a escribir a la santa «suplicándole la admita en cualquiera de sus conventos». La santa le responde desde Toledo y le dice que venga, que ella misma le quiere dar el hábito.

Tratando de vencer la oposición de los suyos, el 20 de julio de 1577 se presenta en Molina ante el Corregidor y pide que se le permita llevar a cabo su voluntad de consagrarse a Dios. Ante la petición de la jovencita, el Corregidor, Diego Martínez de Soria Lerma, la insta a que diga y declare qué la ha movido a tener voluntad de ser monja y en qué monasterio. Y María, toda decisión, contesta: «Ninguna otra cosa más que sólo servir a Dios nuestro Señor, porque todo lo demás le parece que es cosa que poco dura y perece, sino sólo el servicio de nuestro Señor; y que tiene voluntad de entrar en el monasterio que llaman de las Descalzas, en Toledo».

En diálogos sucesivos con el Corregidor, María, siempre clara y precisa, va puntualizando aún más y mejor las cosas. Por sus contestaciones vislumbramos perfectamente la pregunta:

Y dijo: «... siempre ha sido su voluntad de ser monja en el monasterio de las Descalzas».

Y dijo: «... que ninguna persona la ha persuadido a ello sino que ha sido de su voluntad y algunas veces tratando su voluntad y deseo con algunas personas siervas de Dios».

Y dijo: «... su madre no parece que gusta de ello... y sobre ello le han escrito cartas y ha venido a esta villa su marido [el padrastro] y nunca más han vuelto a ello, y así se dilata, y ella querría que luego se pusiese en efecto su voluntad y esto aunque la dicha su madre y el dicho su marido no vengan en ello».

Y dijo: «... que en ver que se le dilata su voluntad tanto tiempo ha, recibe mucho desconsuelo y descontento y cada hora le parece muy largo tiempo hasta poner por obra su voluntad».

Y dijo: «... que no, sino que ella de su voluntad ha llamado a su merced para el dicho efecto y pedido que así se escriba, porque algunas personas tienen sospecha de que le han inducido o atraído a que así sea religiosa, y porque ella no quiere que nadie tenga entendido tal ni sospechen lo que no pasa».

Esto se llama vocación y decisión personal en quien va a cumplir 17 años. Hace ya cerca de cinco años que no ve a su

madre; María la escribe, pero la madre le responde pocas veces. La muerte de su padre y la extrañez de su madre fueron dos buenas pruebas.

Hechas otras escrituras necesarias, que afectaban a sus bienes abundantes de fortuna, María llega a Toledo el 11 de agosto de 1577. El padre Castro, jesuita, había enviado antes un propio a San José de Ávila, donde se encontraba Santa Teresa; se le responde que se admite a la candidata no en Ávila, sino en Toledo. Con el permiso de la fundadora llega un elogio suyo: «Que les enviaba una novicia con 5.000 ducados de dote y que ella diera quinientos mil por recibirla; que la mirasen no como a las demás, porque había de ser un prodigio».

Al salir de su tierra, María ha ido a despedirse de la Virgen de la Hoz, «Reina del Señorío de Molina». Llegada a Toledo, va el día 12 a la catedral a saludar a la Virgen del Sagrario, poniendo en sus manos su vocación y su perseverancia.

Después de aquel saludo y de aquella despedida de Nuestra Señora, llama al monasterio de las Descalzas Carmelitas, que entonces se encontraba en el Torno de las Carretas, lo que hoy es Calle Núñez de Arce. Se despide de los familiares que la han acompañado y de su confesor el P. Castro, y entra en el convento.

Poco después las monjas, tan contentas con la nueva llegada, le dan el hábito de la Orden. Era el 12 de agosto; por cuestión de días no pudo dárselo la Madre Teresa, que había salido para Ávila la última semana de julio. El nombre de la novicia será desde ahora *María de Jesús,* el mismo apellido en religión de Santa Teresa: *de Jesús.* Con el noviciado comienza su formación carmelitana.

Teresa de Jesús se tiene al corriente, desde lejos, de los progresos en la virtud y en el espíritu de la Orden que va haciendo María. Sabe también de sus pruebas interiores, oscuridades y sequedades, y de sus dificultades exteriores por falta de salud. Y María encuentra una buena abogada en la madre fundadora, que la tendría con gusto en su casa, aunque fuese enferma y en cama.

La profesión religiosa tiene lugar el día 8 de septiembre de 1578. En la primera quincena de noviembre del mismo año tie-

ne lugar la imposición del velo. A esta ceremonia acude alguno de sus familiares que no pudieron acompañarla el día de la profesión. El 18 de noviembre de 1579 llega Santa Teresa a Toledo. Es la primera vez que se encuentran Teresa y María, lo mismo que hace un año se encontró María con San Juan de la Cruz, evadido de su cárcel toledana. Para María de Jesús estos encuentros con los autores del Carmelo fueron inolvidables.

Este primer encuentro con Santa Teresa duró sólo unos días. Sintonizaron del modo más perfecto y a la santa le fue dado captar las riquezas interiores de aquella su hija de excepción. Muchas veces, cuentan las que lo vieron, la Madre Teresa acercaba sus labios a la frente de María y estampando un gran beso le decía: «Ven acá, mi hija, que aquí tienes al Espíritu Santo». Aparte esta breve visita, volverá otra vez a Toledo cuatro meses después. Y esta vez tendrá que estar más tiempo de lo previsto, por razón de enfermedad: «El Jueves de la Cena (jueves santo: 31 de marzo de 1580) —dice Teresa— me dio un accidente de los grandes que he tenido en mi vida, de perlesía y corazón».

La confianza de Teresa con María es muy grande y además de dejarle escritos suyos para que los lea, en concreto el *Castillo Interior* o *Las Moradas,* le consulta otros asuntos, quedando siempre encantada y admirada de su sabiduría y juicio ponderado. Por eso la santa comienza a llamarla: «¡Mi letradillo!» (= doctorcillo). Y a quien bautiza la santa, no se lo levanta nadie, queda bautizado para siempre, y así María de Jesús será conocida como *el letradillo.*

Realista como ella sola, Teresa de Jesús para que su María no se ensimismase demasiado en las cosas de oración y de piedad, quiso que se le diese alguno de los oficios «menores», tan necesarios en la marcha de la comunidad. Así se favorecería el equilibrio requerido entre su vida de oración y de caridad fraterna. Se le fueron encomendando, sucesivamente, los oficios de sacristana, enfermera, tornera o portera.

En 1584 se trasladó el monasterio de descalzas de la calle Torno de las Carretas a las Tendillas de Sancho Minaya. Y ya a primeros de 1585, en esta nueva sede, María de Jesús es designada maestra de novicias: oficio de gran responsabilidad

para la formación de las nuevas religiosas y para el futuro de la comunidad.

El 25 de julio de ese mismo año de 1585 sale María de su convento de Toledo para ir, con otras religiosas, a fundar un nuevo Carmelo en Cuerva. Pero, a primeros de 1586, los superiores, tras reclamación de la comunidad de Toledo, conceden la vuelta de María a su comunidad de origen. Aquí sigue ejerciendo el oficio de maestra de novicias.

En 1587 se la elige subpriora de la comunidad y se la reconfirma en su cargo de maestra de novicias.

Priora por primera vez en 1591 a los 31 años de edad, y por segunda vez en 1598. Y, después de unos veinte años de humillación (1600-1620), difíciles de entender por las acusaciones infundadas que se movieron contra ella y por las que fue depuesta de su oficio, todo lo cual llevó con singular elegancia y con santidad a toda prueba, la comunidad la volvió a elegir, por unanimidad, priora el 25 de junio de 1624.

En el último decenio de su vida (1629-1640) la podemos considerar más que nunca «crucificada con Cristo». En verdad «la beata ya no vivió para sí en esos años, sino para el bien de la comunidad, la gloria de Dios y la conversión de los pecadores. Elegida consejera de la comunidad por cuarta vez y ejercitando según la posibilidad de sus fuerzas el oficio de maestra de novicias, continuó siendo modelo para todas las religiosas de la casa en la asiduidad y en el fervor de la vida monástica».

Tratando de imitar a Cristo lo más posible, como había venido haciendo toda su vida, «quiso también que su muerte fuera por obediencia». «Madre —dijo a la priora en el lecho de su agonía—, ¿quiere vuestra reverencia darme licencia para morirme?». Y recibida la señal de la partida, después del viático y la unción de enfermos, entregó su espíritu al Señor el 13 de septiembre de 1640, hacia las 10 de la mañana. Tenía 80 años de edad y sesenta y tres de vida religiosa. Está enterrada debajo de la reja del coro del monasterio de Toledo, pudiendo ser vista también desde el presbiterio de la iglesia.

Alma de fe profunda y gran hija de Santa Teresa, supo vivir con fervor y autenticidad las grandes devociones de la Iglesia y del Carmelo. Por lo que se refiere a su piedad mariana basta es-

cuchar lo que dejó escrito ya en 1648 su biógrafo y padre espiritual el agustino P. Francisco de Acosta: «No cabe esta devoción en pluma; más parece que vivía con el aliento del nombre dulcísimo de María que con el que respiraba, o que respiraba para vivir con este nombre». De Santa Teresa había heredado la devoción a San José, devoción que inculcaba sin parar a sus novicias. Todos los misterios de Cristo llamaban su atención de alma contemplativa: el nacimiento, la infancia, la pasión del Señor. Su amor a la Eucaristía era desbordante: «Antes de profesar instituyó una fiesta perpetua con sermón, en su monasterio; cuando actuó como sacristana le extasiaba el solo contacto con cálices y patenas; trabajó con celo, desusado en la vejez, por la construcción de la capilla; no escatimó medios, a pesar de la severa pobreza del Carmen, para que lucieran el Sagrario y el Ostensorio». Los biógrafos y testigos subrayan la «originalidad de su mensaje sobre la persona de Cristo con dos aspectos, desusados en su tiempo, reveladores de la madurez que nuestra monja alcanzó en el conocimiento de Jesús: son su devoción a la Preciosísima Sangre y al Sagrado Corazón. En esto, es María adelantada de ambas piedades que tanto provecho han causado a las almas en épocas más recientes».

En las celebraciones litúrgicas de los misterios se comportaba, dice una de sus compañeras, «como si real y verdaderamente pasaran entonces, no hablando del que estaba ocupada como de cosa pasada, sino que actualmente era». Su participación en la misa y en el rezo litúrgico era de lo más activa y aquí encontraba, sobre todo en la misa, el medio más esencial para llegar a la unión con Dios en Cristo.

Sobre la heroicidad de sus virtudes ya se pronunció oficialmente la Iglesia el 22 de junio de 1972.

Vivió 80 años, 40 en el siglo XVI y 40 en el XVII. Su fama de santidad era ya muy grande durante su vida. Santa Teresa ya se atrevió a decir: «María de Jesús no sólo será santa, sino que ya lo es». El P. Jerónimo Gracián, primer provincial de la descalcez carmelitana, escribió sobre ella cuando aún estaba en vida:

> «Una religiosa a quien la Madre cuando vivía amó con particularísimo amor, porque demás de haber sido santa desde niña y tener virtudes aventajadas y heroicas, pidiendo a Nuestro Señor le diese en esta vida algo que sentir de su Pasión visiblemente, Su

> Majestad se le apareció y le puso una corona de espinas sobre la cabeza, de donde le resultó un tan extraordinario dolor de ella, que nunca se le quita, y es misterio cómo puede vivir con él y no faltar a las cosas de la Orden; y después de muerta la santa Madre Teresa, prosiguiendo su deseo de padecer por Cristo en memoria de su Pasión, le ha dado tan grandes dolores en pies y manos y costado, que es admiración. A esta sierva de Dios le han acaecido muchas cosas dignas de considerar. Bien conozco yo esa religiosa, que es natural de Molina y se llama María de Jesús y ha sido Priora de Toledo, y podría decir tantas cosas de ella que te admirases».

No había pasado un mes de la muerte de María cuando el provincial el 10 de octubre de 1640 manda «en virtud de Spiritu Sancto, de sancta obediencia y debajo de precepto a la madre priora y religiosas del dicho convento [de Toledo] digan lo que les fuere preguntado acerca de las virtudes y milagros de la dicha madre». Las declaraciones que se nos conservan son muy apreciables. En 1645 se hace otra investigación con 14 preguntas acerca de la vida y virtudes de María. Se suceden diversas biografías, siendo la principal la del P. Francisco de Acosta. A pesar de la fama de santidad que nunca decreció en la Orden, su proceso de beatificación y canonización no se inició sino en 1914. Introducida la causa en 1926, y seguidos todos los demás trámites legales, Pablo VI la proclamó beata el domingo 14 de noviembre de 1976. En la homilía de la beatificación la calificó de «figura espiritualmente cautivadora», «formada en la escuela de Santa Teresa de Jesús», con una «vida centrada en Cristo», «atenta a las necesidades del mundo y de la Iglesia».

> «Mirándola a ella comprendemos qué valor representa para la Iglesia de todos los tiempos la vida contemplativa [...] y el testimonio de Sor María de Jesús, carmelita, que vivió 63 años dentro de los muros de un monasterio de clausura, nos convence de una verdad fundamental: que los valores cristianos más significativos se juegan en la interioridad del ser humano, allí donde "el Espíritu mismo aboga por nosotros con gemidos inenarrables" (Rom 8,26), y su ejemplo nos impulsa a circunscribir a sus justos límites la importancia de la actividad externa, aunque se trate de actividad apostólica, ya que, a nivel sobrenatural, ésta no cuenta más que en la medida en que se encuentra llena de amor teologal».

Después de estos acentos, añadía Pablo VI:

> «Nuestro corazón se llena de gozo al proclamar hoy Beata a María de Jesús López de Rivas, carmelita, discípula de Santa Teresa

de Ávila, cuyo camino de perfección siguió con extraordinaria fidelidad. Por ello se alegra el Carmelo, se regocija Toledo, exulta España y exulta la Iglesia».

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

ACOSTA, F. DE, OESA, *Vida prodigiosa y heroicas virtudes de la venerable Madre María de Jesús, religiosa carmelita descalza del convento de San Joseph y Santa Teresa de la Imperial Ciudad de Toledo* (Madrid 1648).

JOAQUÍN DE LA SAGRADA FAMILIA, OCD, *La sierva de Dios María de Jesús* (Toledo 1919).

— *Epistolario de la sierva de Dios sor María de Jesús, carmelita descalza, ilustrado con notas históricas* (Toledo 1919). Además de 84 cartas contiene otra documentación.

MACCA, V., «María de Jesús (María López Rivas)», en *Bibliotheca sanctorum.* VIII: *Liadan-Marzi* (Roma 1967) cols.1004-1006.

— «María de Jesús (María López Rivas)», en L. SAGGI, *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 378-382.

Nuestros venerables —revista de la Postulación de los Carmelitas Descalzos de Castilla— (1976) n.88-89.

PABLO VI, «Fidelidad a la vocación contemplativa: la Beata María de Jesús López y Rivas, carmelita descalza. Homilía de Pablo VI en la ceremonia de la beatificación»: *Vida Religiosa* 41 (1976) 389-392.

RODRÍGUEZ, J. V., OCD, *Novena a la Beata María de Jesús, con introducción biográfica* (Madrid 1990).

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Positio super introductione causae* (Roma 1924).

— *Positio super virtutibus* (Roma 1967).

SILVERIO DE SANTA TERESA, *Historia del Carmen Descalzo en España, Portugal y América,* IX (Burgos 1940) 779-823.

— *La venerable María de Jesús* (Burgos 1949).

SIMEÓN DE LA SAGRADA FAMILIA, OCD, *María de Jesús, el «letradillo» de Santa Teresa* (Burgos 1974).

VALENTÍN DE LA CRUZ, OCD, *Vida y mensaje de María de Jesús («Letradillo» de Santa Teresa)* (Burgos 1976).

Varia documentación: «Milagros para la beatificación»: *AAS* 68 (1976) 530-553.

— «Decreto de beatificación»: *AAS* 69 (1977) 252-255.

— «Homilía de beatificación»: *AAS* 68 (1976) 717-721.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MARCELINO (DE CARTAGO)

Mártir († 413)

Este mártir lo fue en la disputa de los donatistas con la Iglesia católica y representa por ello una página singular de la historia eclesiástica. Se llamaba Marcelino Flavio y parece que era español, nacido en la ciudad de Toledo. Se abrió camino en el

entorno del emperador Honorio, del que llegó a ser tribuno y notario. Persona de clase alta y de considerable cultura, se interesaba por los asuntos doctrinales y teológicos desde una fe viva y comprometida. Amigo de San Agustín y de San Jerónimo, mantuvo correspondencia con ambos santos y tuvo además el honor de que el primero le dedicara algunas de sus obras. Se vio envuelto a partir del 411 en la controversia donatista, ya bastante antigua. Como otras cosas, negaban el perdón a los cristianos que en las persecuciones habían adorado a los ídolos. Los intentos de atraerlos a la comunión con la Iglesia, apoyados incluso por las autoridades civiles, habían resultado vanos. El año 409 Honorio les dio libertad religiosa y dos años más tarde a Marcelino se le enviaba como presidente y moderador de una conferencia o diálogo que tenía que haber entre los obispos católicos y los donatistas en Cartago. El intento era que se encontrara una fórmula de unión entre ellos, pero no hubo modo de llegar a un acuerdo. Marcelino, habiendo oído los argumentos de unos y otros, quitó la razón a los donatistas y les mandó entrar en comunión con la Iglesia, quedando él y su hermano, el procónsul de África Apringio, en cumplimentar la norma. Ambos se pusieron muy severos, demasiado según le pareció a San Agustín, y los donatistas se defendieron acusándolos de corrompidos y traidores al emperador por partidarios del usurpador Heracliano. El general Marino quedó encargado de impedir esta insurrección y sin juicio procedió a ejecutar a Marcelino, muerte que la propia corte imperial reconocería injusta. San Agustín y San Jerónimo exaltaron el valor de esta muerte. No por ello hubo culto litúrgico, pero Baronio puso el nombre de Marcelino, no el de su hermano igualmente ejecutado, en el *Martirologio.*

SAN MAURILIO DE ANGERS
Obispo († 453)

Maurilio nació en Milán, y en su juventud se hizo discípulo de San Martín de Tours. Una vez ordenado, se estableció en Châtillon-sur-Loire donde realizó una importante labor misionera. Hecho obispo de Angers en 423, a lo largo de los si-

guientes treinta años rigió con gran celo y firmeza su diócesis dedicado por entero a la predicación de la palabra divina y la conducción de la comunidad cristiana. Murió el 13 de septiembre del 453.

BEATO CLAUDIO DUMONET

Presbítero y mártir († 1794)

Nació el 2 de febrero de 1747 en Prissé (Saône-et-Loire), hijo de un cirujano. Ordenado sacerdote, fue profesor en el colegio de Mâçon y publicó en 1779 una biografía del abate Agut, fundador del hospital de incurables de dicha ciudad, muerto en olor de santidad. Era también predicador en el colegio y en el citado hospital. En marzo de 1790 empezó a percibir su pensión como profesor emérito. Llegada la hora de prestar el juramento constitucional lo prestó, pero al poco se retractó. Arrestado, fue condenado a la deportación el 3 de noviembre de 1793. De la detención en las ursulinas salió para Rochefort el 24 de abril del año 1794. Embarcado en el Washington, dejó escrita una relación que luego sería retocada y concluida por otro. Corroído de piojos, que soportó con enorme paciencia, murió el 13 de septiembre de 1794.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO AURELIO MARÍA (BIENVENIDO) VILLALÓN ACEBRÓN

Religioso y mártir († 1936)

Nuestro beato pertenece al grupo llamado de los «Mártires de Almería» (cf. *Año cristiano. Agosto,* p.1168-1175).

Nace el 22 de marzo de 1890 en Zafra del Záncara (Cuenca) y recibe en el bautismo el nombre de Bienvenido. Su padre era labrador. Su padre muere cuando él tiene ocho años, y dos años más tarde muere su madre. Queda a cargo de su hermano mayor, Eustacio, que dijo no haber recibido de él ningún disgusto, porque era un chico obediente y piadoso. Bajo la influencia de

un piadoso maestro, él y su hermano Jesús decidieron su vocación religiosa e ingresaron en la congregación de La Salle en Bugedo (Burgos) el 15 de mayo de 1903. Comienza su noviciado el 22 de agosto de 1906, tomando el nombre de hermano Aurelio María, y al año hace los votos temporales, empezando seguidamente el escolasticado. En 1908 es destinado a la comunidad de Lorca, donde permanece dos años. Pasa luego a Avilés, donde está hasta 1915 y al término del curso de dicho año pudo visitar a su familia en el pueblo natal coincidiendo con su hermano Jesús, que había tomado en religión el nombre de hermano Laureano José. Es destinado al colegio Maravillas, de Madrid, haciendo en 1918 la profesión perpetua y permaneciendo en este colegio hasta 1927, en que es destinado al colegio de Nuestra Señora del Carmen, de Melilla, donde es subdirector y donde coincide con futuros compañeros de martirio.

El 2 de marzo de 1929, estando él en el colegio, éste recibe una bandera del rey Alfonso XIII por la ayuda prestada por el colegio cuando el desastre de Annual. De 1929 a 1930 asistió a un curso intensivo sobre temas de la congregación en Lembecq-les-Hall (Bélgica). Al volver fue nombrado director del colegio La Mirandilla, de Cádiz. Aquí hizo una labor muy apreciada por todos y dio gran impulso a la Asociación de Antiguos Alumnos. En 1933 es destinado a Almería, donde se dedica a la obra del nuevo colegio. Hace su trabajo con mucha ilusión. Profesor competente, hombre de comunidad, persona serena y pacífica y catequista ardoroso por la transmisión de la doctrina cristiana, hizo a su alrededor cuanto bien pudo, y llegada la hora del supremo sacrificio supo confesar a Cristo con gran valentía y morir como apóstol de la escuela cristiana. Luego de pasar prisión y malos tratos, fue fusilado en Almería el 13 de septiembre de 1936.

El papa Juan Pablo II lo beatificó en Roma el 10 de octubre de 1993 con el grupo de los «Mártires de Almería».

14 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. Fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz **.
2. En Roma, en la Vía Apia, la deposición de San Cornelio († 252), papa y mártir. Su memoria se celebra el día 16 de septiembre.
3. En Cartago, el martirio de San Cipriano († 258), obispo. Su memoria se celebra el día 16 de septiembre.
4. En Colonia (Alemania), San Materno († s. IV), obispo *.
5. En Comana, del Ponto, el tránsito de San Juan Crisóstomo, cuya memoria se celebró ayer.
6. En el monasterio de Bellvaux (Francia), el tránsito de San Pedro de Tarantasia († 1174), obispo, monje cisterciense **.
7. En Tolemaida (Palestina), San Alberto († 1214), patriarca de Jerusalén, anteriormente canónigo regular, y legislador de la Orden del Carmen **.
8. En Eben, del Tirol, Santa Notburga († 1313), virgen *.
9. En Rochefort (Francia), Beato Claudio Laplace († 1794), presbítero y mártir *.
10. En Tcheng-Tou (China), San Gabriel Taurino Dufresse († 1815), obispo titular Tabracense, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

EXALTACIÓN DE LA SANTA CRUZ

«Exaltación de la Cruz» será mejor que para nosotros no signifique elevación, sublimación en vagas nubes de gloria, sino, al contrario: «humillación de la Cruz», mirada cara a cara a la dura realidad de lo que fue esa cama de muerte del Hijo de Dios. Ya nos hemos acostumbrado a la cruz, y hasta hay quien gusta de interpretarla como signo abstracto, casi como el «más» de los matemáticos, como «cruce de infinitos», etc. Pero para los primeros cristianos, la cruz era todavía algo tan horroroso que tardaron mucho en representar a Cristo clavado en ella (fue, recordémoslo, en la puerta de madera de Santa Sabina, en Roma). Porque ¿qué era la cruz? Lo que más se le parece ahora es la horca (una horca, en su forma, viene a ser una cruz manca). Pero en España eso nos dice poco: pensemos en el garrote

vil (otros pueblos pensarán en la guillotina, en la silla eléctrica, en la cámara de gas; nunca en el piquete de ejecución que, después de todo, tiene algo de honor militar). Pero, además, añadamos el lento suplicio a la ejecución: un suplicio gratuito, no para obtener declaraciones, a la manera moderna (y antigua), sino para hacer lenta y desgarradora la agonía. No entremos a preguntar detalles a los historiadores: si el reo era clavado antes por las manos al palo transversal, y éste elevado con cuerdas —como con las reses muertas, pero en vivo—, etc. Nos basta con saber: horas de tortura para morir, como los peores bandidos, para quienes quitarles la vida en un momento se habría considerado escaso castigo.

Es frecuente —se dirá— el caso de fundadores políticos y religiosos que murieron «ajusticiados». En nuestra época no nos es muy difícil imaginar que el Hijo de Dios se hubiera dejado fusilar (eso imagina Faulkner en su extraña reviviscencia de *Una fábula)*. Pero de haber nacido en nuestra época, el hecho de que hubiera muerto agarrotado, con dos granujas cualquiera —«A éste por ladrón», «A éste por subversivo», «A éste por ladrón»—, eso rebasa lo que podríamos esperar (a pesar de que nuestro siglo nos ha desengañado mucho de las justicias humanas y sus castigos). Ahora tenemos cruces al cuello y en las paredes, pero, ¿no nos hubiera escandalizado este artefacto de ejecución de haberlo conocido como tal antes de contar con Cristo? Quizá alguna vez, leyendo muertes de mártires —con refinadas torturas de ruedas de cuchillos, calderas de aceite, desolladuras— hemos pensado que Jesucristo aceptó una muerte sencilla, casi fácil. Sencilla, sí, pero la peor. Una muerte corriente, de código penal, sin ningún artilugio inventado para el caso, con el procedimiento vulgar; una «muerte en serie», como diría Rilke, igual que un traje de almacén, pero el más sucio y roto entre tantos iguales, para redimir la muerte de todos. Porque ya venía del tormento, refinado a fuerza de estúpido, de los soldados, que ni siquiera le odiaban como los judíos, y para quienes era un anarquista chiflado a quien azotaban para ver si así se podía cerrar el expediente, y a quien abofeteaban sólo por pasar el aburrimiento en el cuerpo de guardia, por vengarse de sus «horas extraordinarias» de servicio. Y de ahí —a petición de los su-

yos, no por deseo de los ocupantes extranjeros— a una muerte de delincuente común, con su palo como un poste de tormento, para que todos descargasen en él su golpe: unos, los celosos, ya tranquilizados, de perder el poderío religioso —y ésos darían más fuerte, para acelerar la muerte, y con ella su propio sosiego—; otros, echándole encima su desengaño político de conspiradores ambiciosos, despechados porque sus afanes de mando se hubieran esfumado en redención de espíritu.

A la vez que aparato de muerte, la cruz fue para Cristo picota de vergüenza. Para eso se ponían las cruces en alto; para «dar ejemplo» y permitir la burla y el salivazo. Pero seguramente ningún reo tuvo tal tempestad encima de insultos y manchas. Los ladrones, a los lados, aun con todos sus dolores, todavía se asombraron, sin comprender: el uno le increpó, el otro le defendió. De cruz a cruz se hizo un extraño diálogo, más allá de la vida y el mundo: el pobre agonizante de en medio prometía la gloria eterna al otro agonizante que creía en su inocencia. «Hoy estarás conmigo en el paraíso». Era una piltrafa, con la cara tapada por hilos de sangre de las espinas y por las huellas de las bofetadas; su cuerpo parecía vestido por millares de líneas de azotes; sobre su desnudez, un papelón anunciaba, con burlona seriedad: «Fulano de tal, rey del país».

Estaba ronco de sed, pero el vino con hiel era peor que la sed; alrededor, todos se le burlaban, jaleaban su agonía, le escupían. Pero Jesús, todavía en el potro, ganaba y se llevaba un compañero de tormento.

«Cristo se hizo obediente por nosotros hasta la muerte, y muerte de cruz» (Gál 6,8), leemos en la misa de hoy. Y de otro lugar, recordamos el mandato para salvarse: «Tome cada uno su cruz, y sígame». Pero pensamos en algo extraordinario, en un peso que, hasta en su misma forma, sea un testimonio de Dios, con su recuerdo y su consuelo aún en el dolor. Y, sin embargo, nuestra cruz es lo vulgar, lo de siempre; nos la tiene preparada la vida, y no se distingue de lo humano: está hecha con la madera misma de nuestro ser. La llevamos de todas maneras encima, pero se hace de Cristo cuando, en vez de odiarla, la aceptamos para ir detrás de él. La vida, más o menos cruelmente, antes o después, nos crucifica también. Pero podemos volver la mirada

al que más sufre clavado sobre nuestro mismo tormento de muerte, y confesar: «A mí me está bien empleado, pero, ¿y a éste, que no hizo más que querernos bien?».

Mientras llevamos la cruz invisible, alrededor florecen las cruces. ¡Qué extraño! Todos los emblemas suelen ser signos de gloria, o atributos de trabajo, o alusiones convenidas. El símbolo de Cristo es un esquema de muerte vil; de toda su misión en la tierra eso es lo que mejor le representa, la clave rápida para no olvidar y reconocer, justamente, la mayor humillación, la peor vulgaridad.

Basta un leve gesto, casi un azar, cualquier cosa, para una cruz. Un viajero inglés del siglo XVII contaba de los españoles: «Algunos, si ven en el suelo dos pajitas cruzadas, se arrodillan y las besan en el mismo polvo». Muy bello es, pero no es ésa la obediencia de que Cristo nos daba ejemplo. Ésa es la obediencia invisible, que no rompe una línea de vida como un intermedio extraordinario; en otro sentido: es la sumisión a lo que nos toque, la renuncia a que nuestra voluntad sea algo aparte de la de Dios. Es el andar por la vida sin apego a lo que —con todo amor— hacemos: cuidando nuestros hechos, pero dispuestos a dejarlos en cuanto tiren para el otro lado de Cristo, y dispuestos a seguirlos amando también cuando se nos vuelvan dolor y fatiga sobre los hombros, y no podamos quitárnoslos de encima. Cuando nos dicen «obediencia», parece que lo oímos siempre como a través de nuestros oídos de niño: «haz esto», «haz aquello», «no comas esto», «no toques lo otro». Quizá no hemos aprendido una obediencia «de mayores», y pensamos que si Dios nos mandara algo, si Cristo nos viniera a dar una orden, ¡qué de prisa lo haríamos! Pero nunca nos ha mandado nada Cristo; no hemos oído su voz diciéndonos qué oficio debíamos seguir, qué estado debíamos tomar, qué solución debíamos adoptar en aquella ocasión de la que dependió nuestra vida, y en que volvimos los ojos al cielo deseando un mandato que nos evitara la responsabilidad y el terror de equivocarnos. Nuestra obediencia ha de ser otra: estampada en cada momento, más allá de lo que elijamos y lo que hagamos, como entrega ciega de nuestra voluntad a la divina, sin importarnos siquiera nuestro margen de error y aun nuestras mismas caídas de todos los

días. Pues no seremos nosotros quienes nos elevemos, sino él que tira de nosotros desde el mismo centro de la renuncia y el sufrimiento.

En el evangelio de la misa de hoy se lee: «Cuando me eleven sobre la tierra, atraeré a Mí todas las cosas. (Pero esto lo decía indicando de qué muerte tenía que morir)» (Jn 12,32). Nadie entendió esta paradoja: acaso pensarían en un trono, y en el mundo entero viniendo a rendir homenaje a Cristo. Hubiera sido imposible que imaginaran un trono en forma de cruz y una elevación a través del dolor: hacia la muerte y el abandono de Jesús acuden todas las cosas, acrecentando su propia desazón íntima para tender a ese centro de resolución y gloria. Pero se ha dejado elevar en tormento, porque lo que quería no era reinar simplemente sobre los hombres y las cosas, sino elevarlos, sacarlos de su ser caído, y hacerles subir hasta que fueran mundo suyo, y ya no mundo del pecado. Muerto, y muerto a manos de los hombres, y estrujado hasta quedar como cosa, humillado hasta el nivel de la materia misma, desde ahí acompaña el ascenso de todo, tira de todo para que por su cruz suba con él al cielo.

Y la cruz volverá a estar en el trono de esplendor de Jesucristo, cuando vuelva para juzgar al mundo y darle la gloria final: cruz será el relámpago que le precederá, escrito en el cielo sobre los países, y el signo en su mano, como la llave de su poderío y la vara que divida el rebaño humano, a un lado o a otro, para siempre. De su paso por la tierra, sólo eso le quedará acompañando su carne gloriosa: la señal de la cruz, convertida de tortura en árbol de luz, lo mismo que todo dolor ha de resucitar hecho esplendor en nuestro cuerpo, y toda memoria convertida en alegría.

JOSÉ MARÍA VALVERDE

Bibliografía

Art. en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie.* III/2: *Ciacconio-Cycique* (París) cols.3131-3139.

HÜNERMANN, W., *El coro de los santos. Hagiografía anecdótica para el hogar cristiano* (Barcelona 1955) 506-507.

La leyenda de oro para cada día del año. Vidas de todos los santos que venera la Iglesia, III (Barcelona ^{4}1866) 532-533.

SAN PEDRO DE TARANTASIA
Obispo († 1174)

En el año de gracia de 1096 —el mismo en que los primeros cruzados de toda Europa respondían a los llamamientos del papa Urbano II y a las prédicas de Pedro el Ermitaño, aprestándose a embarcar para la conquista de los Santos Lugares; el mismo también en que el anciano abad Roberto de Molesmes tomaba posesión en tierras del ducado de Borgoña de un salvaje trozo de bosque pantanoso, sombrío y dramático, llamado Cîteaux, para poner los cimientos del monasterio que tanta gloria daría a la Iglesia de Jesucristo por la admirable virtud de sus monjes, mantenida sin desmayo a través de los siglos— vio la suave luz de la Saboya, en el Bourg de Saint-Maurice, aldea cercana a la ciudad de Vienne, un niño, segundo hijo de un matrimonio de honrados labradores, que recibió con las aguas del bautismo el nombre del príncipe de los apóstoles, llevado por su progenitor.

Crecido en un hogar cristiano y modesto, Pedro —por tradición y voluntad paterna— debía seguir apegado a los oficios campesinos con sus hermanos menores, mientras el mayor, Lamberto, cultivaba su intelecto en las escuelas y universidades del país con el fin de emprender, al llegar a la madurez, las altas misiones en las que se cosechan los laureles civiles o eclesiásticos. No obstante, los mejores dones del Espíritu Santo —lúcida inteligencia, memoria portentosa, férrea voluntad para el estudio— se revelaron tan precozmente en el pequeño Pedro, que su padre hubo de acceder a verle abandonar los viñedos del predio familiar para sentarse al lado del primogénito en los duros bancos escolares. La mano predestinada a cavar, escardar, podar y vendimiar aprendió velozmente a manejar el punzón de los doctos, y los ojuelos infantiles, a leer, en los venerables pergaminos conservados en las bibliotecas saboyanas, el griego y el latín de los poetas, los filósofos y los Padres de la Iglesia. El joven estudiante suscitaba el asombro de maestros y condiscípulos por la gravedad de su talante y la facilidad, rayana en el prodigio, con que asimilaba —como si las tuviese ya sabidas por inspiración divina antes de serle explicadas— las más arduas lecciones de letras clásicas, la pomposa riqueza lírica de los sal-

mos, los intrincados problemas de la filosofía y los hondos misterios teológicos. Y mayor aún era el pasmo con que las gentes admiraban la transparencia angélica de su alma adolescente, de nítida pureza y clarividente compenetración con las doctrinas de Nuestro Señor Jesucristo.

Apenas cumplidos los veinte años y aprendido cuanto los sabios profesores pudieran enseñarle, el mancebo —sobre el que coincidían unánimes los felices augurios de elevados destinos mundanales— manifestó a su padre el propósito, albergado en su corazón desde la infancia, de apartarse de cualquier camino que condujera a la gloria terrena, para emprender los del retiro y el silencio de la vida contemplativa. Tan firme era su voz al expresar ese anhelo, que el padre renunció a los hermosos planes soñados para el hijo con ilusión y orgullo humanos y, sin vacilación alguna, entregó a Dios aquel deslumbrador diamante que el propio Dios habíase complacido en crear y pulir. Pedro ingresó como novicio en el recién fundado monasterio cisterciense de Boneval, enclavado en la comarca en que naciera. Desde que en la solemne ceremonia del Capítulo vistió la blanca librea de Nuestra Señora, el joven religioso se convirtió en vivísimo estímulo para las virtudes de sus hermanos más ancianos y austeros por los rigores penitenciales heroicamente aplicados a su cuerpo juvenil y por la obediencia, humildad, laboriosidad y mansedumbre puestas en el desempeño de los diferentes oficios monacales.

A pesar de la espesa muralla de aislamiento que rodeaba a los monasterios contemplativos, el aire —lleno del nombre de Bernardo de Fontaines, joven abad de Claraval desde 1115— se filtraba por puertas y ventanas, proporcionando un constante incentivo de santidad a la devoción de los monjes. A imitación de Bernardo de Claraval, el joven Pedro de Boneval consiguió que toda su familia «alcanzase a Cristo». Primero el hermano mayor, Lamberto; luego el hermano y la hermanita pequeños; por último, los padres se desprendieron —como Tescelin de Fontaines y sus hijos— de la servidumbre de la tierra para alistarse en la del cielo: los varones, en la misma abadía de Boneval; las hembras, en la recoleta clausura de un convento de religiosas.

La semilla cisterciense se espigaba por toda Europa en nuevos monasterios. Una increíble proliferación de vocaciones y fundaciones parecía cubrir el viejo Continente con la nieve de las cogullas de los monjes blancos. El abad de Boneval, falto de espacio en su abadía para acoger a tantos postulantes, estableció una nueva casa de Dios en la falda de los Alpes. Por hallarse situada en la confluencia de varias provincias, la nueva abadía recibió el nombre simbólico de Estámedio. Para gobernarla fue designado fray Pedro, cuyas dotes de mando y religiosidad compensaban su juventud.

La caridad —una inmensa caridad que inundaba todos los actos y todos los minutos de su existencia—, al sobresalir por encima de todas las demás virtudes cistercienses atesoradas por su alma, convirtió al abad de Estámedio en el hombre más famoso y admirado del ducado de Saboya y del contiguo Delfinado. Hasta el punto de que, al fallecer el arzobispo de Tarantasia —Tarentaise o Tarantaise, provincia saboyana que recibía su nombre de la ciudad así llamada, en cuya archidiócesis, establecida en el siglo V, se encontraba el monasterio-hospital de Estámedio—, el clamor popular exigió la elevación del abad Pedro a la silla archiepiscopal. La voz del pueblo atravesó los Alpes y llegó hasta Roma. El Santo Padre, conocedor de las excelsas cualidades del abad, no dudó en concederle la mitra.

La noticia de su nombramiento sobrecogió al abad. Él quería servir a Dios en la soledad y el apartamiento de la estrecha observancia cisterciense, con la oración y la penitencia, con la humildad y la oscuridad, muy unido a sus monjes y lejos de las voces estridentes del mundo. Una y otra vez se negó suavemente a aceptar el cayado que se le ofrecía para guiar a la grey de los fieles tarantasianos. Siendo inútiles todos los ruegos para hacerle torcer aquella decisión negativa tenazmente sostenida, el clero y los seglares de la archidiócesis acudieron a la autoridad del Capítulo general del Císter, en donde la inefable dulzura persuasiva de San Bernardo consiguió vencer los mil reparos y escrúpulos de la modestia en que el abad Pedro se apoyaba, forzándole a sacrificar —por obediencia— la paz de su cenobio a la confusión del mundo y a convertirse en pastor de almas.

La diócesis de Tarantasia —como otras muchas en aquellos tiempos— padecía todos los males morales de la época: la dure-

za y crueldad del régimen feudal, los fermentos heréticos, la simonía, las depredaciones y rapiñas de los despóticos barones, los abandonos y flaquezas, las codicias y las supersticiones, así como otros muchos pecados del espíritu o la carne. Pero el nuevo arzobispo supo empuñar el báculo con mano enérgica y extremar sus austeridades a fin de imponer respeto y dar ejemplo a los orgullosos señores, a los clérigos levantiscos, perezosos o en exceso aseglarados, y, en fin, a los fieles de fe entibiada por las circunstancias. Con el despliegue de su talento, su virtud y su firmeza, el arzobispo Pedro no tardó mucho tiempo en devolver a su diócesis el orden y la sobriedad perdidos, para lo cual no vaciló en utilizar toda clase de arbitrios singulares y edificantes, con los que excitaba la caridad hacia el prójimo y el celo por las cosas divinas.

Cuando era necesario para el mayor esplendor del culto, Pedro de Boneval se revestía con los ricos ropajes de su jerarquía, sin abandonar por ello la túnica y escapulario cistercienses, bajo los que llevaba, pegado a la carne, un áspero cilicio. Desterrada implacablemente de su mesa la tremenda gula medieval, imponía la rigurosa dieta del refectorio monástico —pan y legumbres hervidas sin condimentar—, que compartía con cuantos mendigos se acercaban a sus puertas —abiertas siempre de par en par para los pobres— suplicando por el amor de Dios una limosna. Ni un solo día abandonó el horario de preces del Císter. Se levantaba para los maitines a las dos de la mañana y no volvíase a acostar en todo el día. Recorría continuamente su diócesis —a pie casi siempre—, llevando el consuelo de su ministerio, de su presencia y de su palabra a los menesterosos, a los enfermos, a los pecadores más empedernidos, a quienes prodigaba las mieles y caricias de Jesucristo. Los hagiógrafos refieren que muchas veces, por no tener otra cosa que dar a los pobres, se despojaba en pleno invierno de sus vestiduras, e incluso llegaba a sustraer para los más necesitados los parcos alimentos de sus familiares y servidores. En dos de los abruptos pasos alpinos fundó refugios en donde acoger a caminantes y peregrinos, encomendando su custodia a los monjes de Estámedio.

El bienestar extendido por la archidiócesis de Tarantasia gracias a la bondadosa sabiduría y a la enérgica prudencia de su

prelado, suscitaba en sus feligreses una oleada de amor y reverencia que envolvía todos sus pasos. Las conversiones y hechos milagrosos, al sucederse sin interrupción, ensanchaban de tal forma su popularidad que, temeroso ante aquella inmensa aureola de santidad, de la que se juzgaba indigno, y, sobre todo, sospechando que pudiera ser una añagaza del enemigo para empañar de vanagloria el limpio cristal de su sencillez, decidió huir de Tarantasia y buscar refugio en Alemania, país en donde no era conocido. Hízolo así en secreto, y, una vez en tierras germánicas, solicitó su admisión como simple hermano converso en una abadía de la Orden. Por ser frecuentes sus viajes, sus familiares y feligreses tardaron algún tiempo en darse cuenta de su desaparición. Cuando el rebaño comprendió que se había quedado sin pastor, su angustia y su zozobra fueron infinitas. Como todas las pesquisas realizadas resultaran inútiles, se le consideró muerto, si bien una remota esperanza, palpitante en todos los corazones, aconsejó dejar vacante la sede.

Mientras las gentes lloraban doloridas la pérdida de su arzobispo, Pedro, escondido para Dios en el monasterio alemán, se ocupaba en los trabajos más rudos y penosos, como si fuese un gañán ignorante y no uno de los más sabios y santos jerarcas de la Iglesia de Cristo. Mas he aquí que un mozo saboyano, educado desde la niñez como paje del arzobispo de Tarantasia, hallándose de viaje en Alemania, acertó a pasar ante el monasterio. Llamó a la puerta para pedir alojamiento en la hospedería, siendo recibido por el hospedero con todos los honores establecidos en la Regla de San Benito para acoger a los huéspedes. Cuando, después de dar descanso a su persona y a su corcel, se disponía a proseguir su jornada, el caminante vio salir a la comunidad formada en larga hilera silenciosa para dirigirse a sus labores campesinas. Con asombrado gozo el viajero reconoció en uno de los conversos de hábito pardo y largas barbas grises a su venerado arzobispo, cargadas las espaldas con los aperos de labranza. Sin poder dominar su alegría, y violando las normas que el huésped de un monasterio cisterciense está obligado a guardar, corrió a postrarse a los pies de su prelado, proclamando a gritos su nombre. Pedro de Tarantasia, sin poder conservar ya el incógnito, recibió allí mismo el filial homenaje de la co-

munidad germana, que por boca de su abad se excusaba de no haber sido capaz de reconocer en la incomparable santidad del abnegado hermano la del famoso arzobispo de Tarantasia, misteriosamente desaparecido de su diócesis, cuya historia llevaban y traían por toda Europa los juglares, los mercaderes, los soldados y los demás trotacaminos. En la inesperada llegada de su antiguo paje, Pedro adivinó una orden providencial y emprendió con él el regreso a su diócesis. Inútil decir las vehementes explosiones de júbilo que acogieron su presencia.

Durante el año que estuvo ausente habían renacido en Tarantasia muchas malas hierbas y descarriádose numerosas ovejas. El arzobispo reanudó sus tareas pastorales con el mismo celo de antaño, acompañado, como siempre, del éxito y la gloria.

Una virtud inédita hasta entonces florecía ahora en el alma del santo arzobispo: la de «componer discordias y desterrar el rencor de los ánimos enemistados», de que habla uno de sus biógrafos. Su palabra, de cálida elocuencia, era capaz de apaciguar en un instante cualquier antigua y erizada rencilla de tipo personal o político, hermanando en un abrazo de paz y de fraternidad a los más irreconciliables enemigos, y de apagar la sed de venganza para convertirla en hambre de amor. Con esa virtud, después de aplacar las rivalidades ancestrales de muchos grandes señores de Saboya y el Delfinado, de unir patrimonios deshechos y de cortar instintos fratricidas, fue llamado a mediar —con diplomacia que sólo hubiera podido superar San Bernardo— en las diferencias surgidas entre los monarcas de Francia e Inglaterra, divididos por sus ambiciones personales y por el cisma provocado por el emperador Federico de Alemania a la muerte del pontífice Adriano IV, al empeñarse en sostener en el trono de San Pedro al antipapa Víctor, frente a los legítimos derechos de Alejandro III, elegido por veintiuno de los veintitrés cardenales que entonces componían el sacro colegio.

La actitud del emperador Federico venía a continuar la vieja polémica de las investiduras surgida entre su antecesor Enrique IV y el papa Gregorio VII. Los titulares del Sacro Imperio Romano se creían con derecho «divino» a ejercer su autoridad sobre todos los hombres y todas las tierras, mientras los pontífices sostenían que la Iglesia debía estar fuera de la autoridad

del Estado. Incluso algunos papas, llevando a sus últimas consecuencias las teorías de San Agustín sobre el reinado de Dios en la tierra, pretendían ejercer una soberanía temporal sobre todas las naciones. La lucha entre las dos potestades había de prolongarse durante toda la Edad Media e influir sobre muchos acontecimientos de la Edad Moderna.

La oposición de Pedro de Tarantasia al capricho del emperador —que había logrado atraer a su partido a numerosos caballeros, obispos y prelados— fue tan firme que provocó la cólera de Federico. El emperador desterró de sus Estados a los cistercienses, si bien no se atrevió a esgrimir su poderío contra el arzobispo, a quien temía y respetaba a pesar de los terribles anatemas que Pedro fulminaba contra él y de las excitaciones de sus cortesanos.

Más adelante, el papa Alejandro envió a Pedro de Tarantasia en varias ocasiones como su legado, para desempeñar delicadas misiones de la política de Dios en Francia, Saboya, Lorena e Italia, realizadas siempre con exquisito tacto. Al regresar de una de ellas el anciano arzobispo, fatigado de treinta y tres años de gobierno de su diócesis, debilitado el cuerpo por el rigor de tantas penitencias y trabajos, que no extinguieron los fuegos de su espíritu, enfermó de gravedad en una aldea cercana al monasterio cisterciense de Bellvaux, al que fue trasladado para esperar a la muerte, como quieren los usos de la Orden, sobre una cruz de paja y de ceniza extendidas en el suelo. Su muerte, acaecida, al parecer, el 14 de septiembre de 1174, tuvo la dulce serenidad, la santa tranquilidad que hace sublime el tránsito de los bienaventurados. Murió entre los rezos de los monjes blancos que le rodeaban extáticos. Una muchedumbre acongojada llegó desde todos los confines de la comarca para contemplar sus despojos, expuestos durante tres días a la veneración de los fieles. Su cuerpo recibió sepultura ante el altar de Nuestra Señora en la iglesia del monasterio. Pocos años después, en 1191, el arzobispo de Tarantasia fue canonizado por el papa Celestino III, Jacinto Robo, que había subido al trono de San Pedro el año antes, a los ochenta y cinco de edad. Celestino III, contemporáneo del gran arzobispo y conocedor de sus méritos para figurar entre los elegidos en la gloria del Señor, decretó su santificación

y que la Iglesia católica conmemorara su festividad el día 8 de mayo, que en todos los monasterios cistercienses de la estricta observancia del mundo se celebra con solemnidad de doble, o sea de dos misas y lecciones propias.

FELIPE XIMÉNEZ DE SANDOVAL

Bibliografía

Act. SS. Boll., 8 de mayo (Venecia 1738) 320-348: *Vita*, de GODOFREDO DE AUXERRE.
BRULTEY, H., *Saint Pierre de Tarentaise, ses reliques, ses miracles, son culte* (Besançon 1874).
DIDIMIER, M. A., *Saint Pierre de Tarentaise* (Saint-Martin de Ligugé 1935).
MÜLLER, G., *Leben des heiligen Petrus von Tarantaise* (1892).

SAN ALBERTO DE JERUSALÉN
Obispo († 1214)

Nació en Italia «en Castrum Gualterii (la actual Castel Gualtieri, en la diócesis de Guastalla, o quizá Gualtirolo, en la diócesis de Regio Emilia), hacia la mitad del siglo XII, de la familia Abogadro, como algunos opinan, o más probablemente de los condes de Sabbioneta».

Así comienza su noticia biográfica alguien que ha tratado de averiguar bien los orígenes de Alberto. En 1180 aparece como elegido Prior de los Canónigos Regulares de Santa Cruz de Mortara (Pavía), a cuya familia religiosa se había incorporado unos años antes.

Ese mismo año fue elegido obispo de Bobbio; en 1185 fue trasladado a la diócesis de Vercelli, rigiéndola durante 20 años. Durante su episcopado en Vercelli la Santa Sede se sirvió de él para varias misiones de importancia: mediador de paz entre Clemente III y Federico Barbarroja, entre Milán y Pavía (1194), en 1199 entre Parma y Plasencia (Piacenza). En su diócesis celebró sínodo diocesano en 1191, «de gran valor por su parte disciplinar que ha continuado sirviendo de norma hasta los tiempos modernos».

Aparte estas disposiciones sinodales para su diócesis, en 1194 escribió los estatutos para los canónigos de Biella e inter-

vino también en 1200 en la confección de la Regla para los Humillados, transformados en instituto religioso por el papa Inocencio III.

Vacante el patriarcado de Jerusalén por renuncia del titular, elevado al cardenalato, fue elegido Alberto para el cargo por los canónigos del Santo Sepulcro según la concesión que tenían. Al confirmar Inocencio III el nombramiento en carta del 17 de febrero de 1205 invita a Alberto a aceptar el cargo, diciéndole: «Aunque nos eres muy necesario en la región de Lombardía, pues confiamos plenamente en ti para que nos representes incluso en los más difíciles asuntos». Alberto aceptó con sencillez dispuesto a cumplir la voluntad de Dios, cumpliendo la voluntad del Papa que, anunciando a los prelados de Tierra Santa el envío del nuevo patriarca, lo calificaba de «varón probado, discreto y prudente».

La llegada de Alberto a Tierra Santa tuvo lugar a primeros de 1206:

> «Pero, al no poder entrar en Jerusalén, que estaba ocupada por los Sarracenos, hubo de fijar su residencia en Accon (San Juan de Acre). En Palestina fue mediador de Paz entre el rey de Chipre y el de Jerusalén, entre el rey de Armenia y el conde de Trípoli, entre el conde de Trípoli y los Templarios; entre el rey de Armenia y los Templarios, desarrollando al mismo tiempo una acción eclesiástica muy meritoria, que le mereció más de una vez la estima del Papa Inocencio III».

Así aparece Alberto como hombre de paz él mismo y sembrador de concordia y buen entendimiento entre las gentes. Hombre de esta talla y de esta condición pacífica no merecía morir como murió, acuchillado por el maestro del Hospital del Espíritu Santo el 14 de septiembre de 1214 en San Juan de Acre durante la procesión de la «exaltación de la Santa Cruz».

Experto en leyes, como ya lo había demostrado en Italia, accedió el Patriarca a la petición que le hicieron los ermitaños del Carmelo y les extendió la Regla o norma o forma de vida según la cual tendrían que regirse. Regla breve y de gran aliento espiritual:

> «Esta norma de vida es una muestra preciosa de la mente y del espíritu de Alberto y ha de ser considerada como un texto impor-

> tante de la espiritualidad medieval [...]; contiene verdaderas prescripciones disciplinares, pero insiste especialmente en el espíritu de la nueva institución orientada hacia la continua oración y hacia la meditación de la palabra de Dios, al clima de silencio interior y exterior, al recogimiento y al desprendimiento, que favorecen el trato con Dios».

En estas coordenadas y en la vida teologal que propicia se fijó especialmente Santa Teresa, que se refiere a la Regla del Carmelo tantas veces: cuando se siente asustada por alguna de las visiones y experiencias fuertes que ha tenido piensa qué podrá hacer por Dios, «y pensé —dice— que lo primero era seguir el llamamiento que su Majestad me había hecho a religión, guardando mi Regla con la mayor perfección que pudiese»; sus llamadas a la oración continua son llamadas a la observancia de los preceptos de la Regla que manda que «oremos sin cesar».

Cuando se decide a hablar a sus monjas de tres cosas importantísimas para su vida religiosa y espiritual: amor de unas con otras, desasimiento de todo lo criado, verdadera humildad, les dice que no son cosas nuevas sino que ya están expresadas en la Regla carmelitana que quieren observar cumplidamente y con gran cuidado.

Cuando se está muriendo en Alba de Tormes deja a sus monjas en herencia: «Hijas mías y señoras mías: por amor de Dios las pido tengan gran cuenta con la guarda de la Regla y Constituciones, que si la guardan con la puntualidad que deben, no es menester otro milagro para canonizarlas».

Así conectaba la santa no sólo con la letra y el espíritu de la Regla carmelitana sino con la persona del legislador San Alberto, patriarca de Jerusalén.

Rosanna Ruocco, que ha estudiado la iconografía carmelitana, recuerda:

> «Los atributos iconográficos de este santo son un crucifijo y un puñal. Este último como probable alusión a la puñalada recibida por Alberto durante una procesión en San Juan de Acre, y que le fue asestada por una persona a la que Alberto había justamente destituido de su cargo. Con estos dos atributos se le representa en un cuadro de Dosso Dossi en la iglesia del Carmen de Módena. P. Lorenzetti lo representó en el basamento del cuadro del Carmen de Siena, entregando la Regla de la Orden a B[rocardo]».

Toda la familia del Carmelo celebra su fiesta, recordándolo y venerándolo como su legislador y gran inspirador espiritual del carisma de la Orden.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

CICCONETTI, C., *La Regola del Carmelo. Origine, natura, significato* (Roma 1973).

DIEGO SÁNCHEZ, M., «Contribución litúrgica de V. Macca», en *Archivum Bibliographicum Carmeli Teresiani* 33 (1997) 307-362, espec. lo que dice V. Macca sobre San Alberto, p.329-330.

MOSCA, V., *Alberto, patriarca di Gerusalemme* (Roma 1996).

PIANZOLA, F., «San Alberto Abogadro, dell'Ordine Mortariense, legislatore dei carmelitani», en *Il Monte Carmelo* 23 (1937); 24 (1938); 25 (1939).

SECONDIN, B. (ed.), *La Regola del Carmelo oggi* (Roma 1982). Trad. española: *Un proyecto de vida. La Regla del Carmelo hoy* (Madrid 1985).

STARING, A., «Alberto, patriarca de Jerusalén», en L. SAGGI, *Santos del Carmelo* (Madrid 1982) 215-218.

SAN GABRIEL TAURINO DUFRESSE

Obispo y mártir († 1815)

Escribía en cierta ocasión:

> «Un misionero tiene necesidad de una gran humildad para no perderse. Todo parece conspirar para inspirarle sentimientos de orgullo. Porque en el mundo se mira esta vocación como una vocación sublime y se trata de apóstoles a quienes la han abrazado, existe la tentación de creerse tal por este título [...] Porque se han atravesado los mares, porque se ha expuesto uno a muchos peligros, porque ha tenido que sufrir mucho en el ejercicio del ministerio, se siente la tentación de mirarse ya como un gran santo, aunque en el fondo, examinando las cosas de cerca, sepa uno que está muy alejado de la verdadera santidad [...] Porque hay que tratar toda suerte de asuntos, se siente la tentación de creerse capaz de todo, aunque en realidad se caiga en una infinidad de imprudencias [...] Porque se hacen conversiones en el ejercicio del ministerio, se siente la tentación de mirarse como un vaso de elección del que Dios se sirve para llevar su nombre a las naciones infieles, y atribuirse lo que en realidad no ha sido más que obra de uno de quienes habéis quedado en París... Porque se ve a los pueblos sometidos a sus órdenes y prosternados a sus pies, hay la tentación de inflarse y creerse digno de estos honores...».

Continúa el santo la enumeración, y de esta manera, al mismo tiempo que ejercita su propia y admirable humildad, nos da una magnífica idea de lo que había sido su vida de misionero.

Gabriel Taurin había nacido en Lezoux (diócesis de Clermont) hacia el final del año 1750. Como tantos otros, encontró el camino de su santidad en París. En efecto, estudiando en el colegio de San Luis, conoció las Misiones Extranjeras por uno de sus antiguos profesores que había marchado a la China. Pronto se decidió su vocación, y en julio de 1774 entraba en el Seminario de Misiones Extranjeras, en la *calle du Bac.* En diciembre era ordenado sacerdote y enviado a China. El viaje hasta Cantón no ofreció mayores dificultades. En 1776 se encontraba en trance de penetrar en aquel inmenso imperio.

El viaje que tuvo que hacer fue novelesco a más no poder. Empezó por disfrazarse de chino: la cabeza afeitada, una larga trenza postiza, anteojos chinos, vestido de anchas mangas, doble pantalón cerrado con hebillas, medias de algodón, zapatos de tela y papel... En aquellos tiempos los chinos habían visto pocos europeos, y el imperio era lo suficientemente grande para que se pudiera pensar que se trataba de un chino venido de algunas de las provincias más lejanas del vasto imperio.

Se acomodó en un típico junco. Aunque el acomodo sólo duró hasta Macao. Desde allí hubo de ocultarse en el fondo de la cala. Por un mísero agujero veía los farolillos de papel colorado en torno a los navíos inmóviles. Estallaban los fuegos artificiales como si China festejase, sin saberlo, la llegada de aquel portador del Evangelio.

Después cambió de junco. Iba a iniciar su navegación fluvial. Lentamente fueron subiendo por el río Pe-Kiang hasta los montes de Mei-Ling. Lenta y solemnemente. Durante la noche el barco se detenía. El patrón daba la señal con un *gong,* se reunía la tripulación, y después de la triple genuflexión se quemaban papelitos al genio de las aguas. El misionero, oculto en la bodega, seguía todo aquello. E iba viendo cómo, a medida que avanzaban hacia el distrito que le había correspondido, el paisaje iba cambiando. Lo que al principio eran campos de arroz, de algodón o de tabaco, se iba haciendo cada vez más bravío y árido.

En el límite entre Kouang-Tong y Hou-Nan desembarcó y comenzó su camino por tierra. Entre peligros, pues alguna vez estuvo a punto de ser arrestado. Por fin llegó a Seu-Tchouen, la montañosa provincia a la que le habían destinado. Habían sido tres meses de camino verdaderamente agotador. Pero no importaba. Él se puso inmediatamente a estudiar de manera intensiva la lengua china. Poco después se le confiaba un amplio distrito, que comprendía trece poblados. Por poco tiempo. Fue arrestado y llevado preso a Pekín. Consiguieron su liberación, y logró volver, no sin muchos peligros, a cuidar de sus ovejas.

En 1784 el emperador dicta de nuevo la orden de arresto de todos los sacerdotes. También Gabriel Taurin cae prisionero, pero, en un descuido de sus guardas, consigue escapar. La odisea toma un tinte marcadamente novelesco: los guardas deliberan largo rato a la entrada de la gruta en que él se había escondido y por fin se marchan sin registrarla. Sale él para proseguir su huida, y le ven al atravesar un vado. Ya le iban a alcanzar, cuando cae en una cisterna seca. Los soldados le buscan, vociferando contra aquel extranjero que ha conseguido desaparecer de manera tan brusca e increíble. Él mismo, pensando horrorizado que iba a morir allí sin poder salir, les llama, pero ellos no le oyen y se marchan. Logra por fin salir, cruza junto a sus perseguidores, que están dormidos, y corre a refugiarse entre los cristianos. Parecía que iba a poder respirar, cuando he aquí que le llega una carta: su antiguo profesor, el que había sembrado en él la vocación misionera, era ahora su obispo y había sido preso. Le ordenaba que también él se entregara. Dufresse obedeció. Después de un largo interrogatorio fue enviado a Pekín, y al cabo de seis meses de prisión, liberado. Pese a sus intentos de permanecer en China, el virrey le embarca para Europa. Pero en 1789 vuelve de nuevo a China, le encontramos en Tchong-King, donde cuatro años después actúa de provicario apostólico. En 1800 es nombrado coadjutor de monseñor de San Martín, su antiguo profesor y obispo, y como tal coadjutor es consagrado también obispo titular de Tabraca, el 25 de julio de 1800, y en 1801 sucede a su obispo.

La labor era inmensa: cincuenta millones de almas, de las que sólo cuarenta mil eran católicos. Los fieles, repartidos en

más de cuatrocientas cristiandades, agrupados a su vez en distritos. Había treinta y tres escuelas de niños, veintinueve de niñas y un seminario con dieciocho alumnos. El Beato Dufresse hizo todo lo posible por implantar con solidez la religión católica: en 1803 reunió un sínodo diocesano, cuyas constituciones fueron aprobadas por Roma en 1822. Viendo que Europa no proporcionaba misioneros, pues Napoleón lo impedía, y respondiendo a un ideal y una tradición muy propios del Seminario de Misiones Extranjeras de París, trabajó a fondo por obtener un clero chino. Así, en 1813, contaba ya con veinticuatro sacerdotes de esa nacionalidad. Además, discretamente, sin ruido, para no despertar alarmas, realizó una admirable tarea de apostolado. La media de adultos bautizados por año entre 1804 y 1809 fue de unos mil quinientos, y la de niños pasó de 4.500 en 1802 a cerca de 15.000 en 1812.

Las cosas marchan bien, y el santo podía mirar con alegría los frutos que empezaban a recogerse después de tantos años de intenso trabajo. Faltaba regar con su sangre aquella planta que ya había sido regada con su propio sudor. Él mismo, hacía muchos años, en 1789, había escrito: «Si muriéramos por la fe en la cárcel... miraríamos este favor como el más señalado de todos los que hemos recibido». Sin embargo, la gracia del martirio, que parecía haber estado casi a su alcance en tantas ocasiones, no acababa de llegar. Por eso escribía años después, con cierta tristeza:

> «Dios no se apresura, por su infinita bondad, a sacarme de este mundo, y se contenta con castigarme ligeramente con cortas enfermedades, para perdonarme largamente en el otro. Por otra parte, la misericordia de nuestro Salvador, cuyas trazas son de no extinguir la mecha que aún humea, deja sin duda ésta, sobre todo en estos países de tinieblas, a menos hasta que venga algún otro europeo para reemplazarla. No ceséis, por favor, de pedir que el fuego de su amor y del cielo se encienda al menos en mis decrépitos días actuales».

Dios no le negó, sin embargo, la gracia del martirio. El 14 de septiembre de 1815, después de haber exhortado y bendecido a una treintena de cristianos, moría decapitado en Tcheng-Tou.

El papa León XIII le beatificó el año 1900; y fue canonizado por el santo padre Juan Pablo II el 1 de octubre de 2000 jun-

to a los demás «Mártires de China» que padecieron persecución entre los años 1648 y 1930.

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

«Decreto de beatificación», en *Lettres apostoliques de S. S. Léon XIII,* t.6 (París 1900) 56-60.
LAUNAY, A., *Les bienheureux martyrs de la Société des Missions Étrangères* (París 1929).
SAINT-ROCH, T., *Un enfant de Lezoux: le B. Taurin Dufresse* (Clermont-Ferrand 1932).
• Actualización:
CHARBONNIER, J., *Histoire des chrétiens de Chine* (París 1992).
POLI, G., «Mártires de China», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 1664-1665.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN MATERNO DE COLONIA
Obispo († s. IV)

Materno pasa por ser el fundador y primer obispo de la sede episcopal de Colonia, y el 2 de octubre del año 313 él presidió como juez, junto con el papa Milcíades y los obispos Reticio de Autun y Marino de Arlés, un sínodo reunido en Letrán y que tenía como fin dirimir la controversia entre los donatistas y el obispo Ceciliano de Cartago. Por una carta del emperador Constantino consta que este encargo de juez le había sido encomendado por el propio emperador. Se ha especulado acerca de si esta designación como juez se debía a su propio prestigio personal o a la importancia que ya se le daba dentro del cristianismo a la sede episcopal de Colonia. Un año después su firma se halla entre las de los obispos presentes en el sínodo de Arlés. Es seguro que murió antes del 343 en que ya tenía sucesor, pero la fecha se ignora con certeza ni se saben tampoco particularidades acerca de su episcopado. No tuvo culto en la antigüedad, pero sí se le daba ya en el siglo XII.

SANTA NOTBURGA DE EBEN
Virgen († 1313)

Nació en Rattenberg, Tirol, hacia el año 1264 en el seno de una familia campesina. Cuando tenía unos dieciocho años se colocó como criada de servicio en la casa del conde Enrique de Rattenberg, y se la puso a trabajar en la cocina. Notburga distribuía a los pobres todos los alimentos sobrantes y aún les daba de su propia comida. Mientras vivió la suegra del conde nadie se metió con ella, pero cuando ésta murió la condesa le ordenó echar a los cerdos toda la comida que sobrara y así Notburga solamente podía dar de su propio alimento, hasta que movida de compasión volvió a darles las sobras a los pobres y entonces fue expulsada. Entonces se colocó con un granjero en Eben. Trabajaba toda la semana pero al atardecer el sábado cesaba en sus servicios para dedicar todo el día del Señor al culto y a la plegaria. Pero, muerta la esposa del conde Enrique, éste pidió a Notburga que volviera a su casa y ella así lo hizo, perseverando en ella hasta su muerte. Su piedad, bondad, caridad, humildad y demás virtudes le granjearon fama de santa. Murió el 14 de septiembre de 1313 y fue enterrada en Eben. Su culto fue confirmado el 27 de marzo de 1862.

BEATO CLAUDIO LAPLACE
Presbítero y mártir († 1794)

Claudio Laplace nació en Bourbon-Lancy y se bautizó el 15 de noviembre de 1725. Una vez ordenado sacerdote, fue vicario en Saint-Bonnet (L'Allier) en 1751, pasando siete años más tarde a párroco de esta iglesia, que tenía la parroquia aneja de San Juan de Moulins. En 1767 él fue nombrado vicegerente de la oficialidad de Moulins. Cuando en enero de 1791 se pide el juramento constitucional a los sacerdotes, Laplace se negó y hubo de dejar la parroquia. Pasó seguidamente mucha necesidad económica. Pidió un pasaporte para salir del reino pero como llegó a Pont-de-Beauvoisin luego de que las tropas francesas entraran en Saboya, él debió volver a Moulins, donde una docena de ciudadanos lo denunció. En octubre fue arrestado y llevado a la

prisión de Santa Clara. Pese a su edad, lo obligaron a partir con los deportados, dejando Moulins en noviembre de aquel año. Luego de un mes de detención en Saintes, llegó en abril a Rochefort, y fue embarcado en Les Deux Associés. Había cumplido con gran celo sus deberes ministeriales su tiempo de párroco y tenía gran crédito como director de almas. Murió el 14 de septiembre de 1794.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

15 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de Nuestra Señora de los Dolores **.
2. En Roma, San Nicomedes (fecha desconocida), mártir *.
3. En Tournous (Galia), San Valeriano († 178), mártir.
4. En Tomis, de Escitia, santos Estratón, Valerio, Macrobio y Gordiano, mártires († s. IV).
5. En las orillas del Danubio, San Nicetas el Godo († s. IV), mártir.
6. En Lyón (Galia), San Alpino († s. IV), obispo.
7. En Toul (Galia), San Apro († s. VI), obispo.
8. En el monasterio de Jumièges (Neustria), San Aicadro o Aicardo († s. VII), abad.
9. En Córdoba (Andalucía), santos Émila, diácono, y Jeremías († 852), mártires *.
10. En Bargone (Emilia), Beato Rolando de Médicis († 1386), anacoreta *.
11. En Génova (Liguria), Santa Catalina Fieschi († 1510), viuda **.
12. En Hirado (Japón), Beato Camilo Constanzo († 1622), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir *.
13. En Santo Domingo Xagacía (México), beatos Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles († 1700), mártires **.
14. En Viena (Austria), Beato Antonio María Schwartz († 1929), presbítero, fundador de la Congregación de San José de Calasanz para Obreros Cristianos **.
15. En Llosa de Ranes (Valencia), Beato Pascual Penadés Jornet († 1936), presbítero y mártir *.

16. Junto a Múnich (Baviera), Beato Ladislao Miegon († 1942), presbítero y mártir *.

17. En Nápoles (Italia), Beato Pablo Manna († 1952), presbítero, del Pontificio Instituto para las Misiones Extranjeras **.

B) Biografías extensas

NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES

Se puede decir que, desde el principio del cristianismo, la espada que atravesó el alma de María —según las palabras de Simeón (Lc 2,35)— ha provocado compasión tierna de los buenos cristianos. Y es que, al recordar la pasión del Redentor, los hijos de la Iglesia no podían menos de asociar al dolor del Hijo de Dios los sufrimientos de su bendita madre.

Parece como si el *Stabat Mater* del devoto franciscano Jacopone de Todi († 1306) hubiera resonado desde los albores de la cristiandad en el corazón de los fieles. De esta bellísima secuencia, que se recita en la misa de esta festividad, escribió Federico Ozanam:

> «La liturgia católica nada tiene tan patético como estos lamentos tristes, cuyas estrofas caen como lágrimas, tan dulces, que en ellos se descubre un dolor divino consolado por los ángeles; tan sencillos en su latín popular, que las mujeres y los niños comprenden la mitad por las palabras y la otra mitad por el canto y el corazón».

Y ¡por qué no pensar que lo que se hizo estrofa y versos en la fervorosa Edad Media, no estaba ya latente, desde que murió Jesús, en la ternura compasiva de los amantes hijos de la Virgen!

Los Padres de la Iglesia demuestran, efectivamente, que no pasó inadvertido el dolor de María. San Efrén (en su *Lamentación de María),* San Agustín, San Bernardo, San Antonio y otros cantan piadosamente los padecimientos de la Madre de Dios. Y, ya en el siglo V, vemos cómo el papa Sixto III (432-440), al restaurar la basílica Liberiana, la consagra a los mártires y a su Reina, según lo indica un mosaico de dicha iglesia, en el que celebra a María como *Regina Martyrum.*

Con todo, hay que admitir que la devoción —más concreta— a los Dolores de María fue extendida especialmente por los servitas, Orden fundada por siete patricios de Florencia (su fiesta se celebra el 12 de febrero bajo el título de «Los siete santos fundadores») a mediados del siglo XIII. La historia nos cuenta cómo, en los duros tiempos de Federico II, se reunían estos piadosos varones para sus actos religiosos en la ciudad de Florencia, y cómo poco a poco fue surgiendo la Orden de los Siervos de la Virgen o Servitas, cuyo principal cometido era el meditar en la pasión de Cristo y en los dolores de su Madre. San Felipe Benicio († 1285; su fiesta se celebra el 23 de agosto), superior general de dicha Orden, fue uno de los más destacados propagadores de esta devoción, popularizando por todas partes el «hábito de la Dolorosa» y su escapulario.

En el siglo XVII se dio principio a la celebración litúrgica de dos fiestas dedicadas a los Siete Dolores, una el viernes después del Domingo de Pasión, llamado Viernes de Dolores, y otra el tercer domingo de septiembre. La primera fue extendida a toda la Iglesia, en 1724, por el papa Benedicto XIII; y la segunda en 1814, por Pío VII, en memoria de la cautividad sufrida por él en tiempos de Napoleón. Esta segunda fiesta se fijó definitivamente para el 15 de septiembre.

De la raigambre de la devoción a la Virgen Dolorosa entre el pueblo cristiano —singularmente los fieles de estirpe hispánica— es un índice la frecuente utilización del nombre Dolores en la onomástica femenina así como la profusión de las representaciones de la Dolorosa en el arte y la repetición del tema en la poesía popular —saetas— y en la literatura, en general.

La fiesta de este día hace alusión a siete dolores de la Virgen, sin especificar cuáles fueron éstos. Lo del número no tiene importancia y manifiesta una influencia bíblica, ya que en la Sagrada Escritura es frecuente el uso del número siete para significar la indeterminación y, con más frecuencia tal vez, la universalidad. Según esto, conmemorar los Siete Dolores de la Virgen equivaldría a celebrar todo el inmenso dolor de la Madre de Dios a través de su vida terrena. De todos modos, la piedad cristiana suele referir los dolores de la Virgen a los siete hechos

siguientes: 1) profecía de Simeón; 2) huida a Egipto; 3) pérdida de Jesús en Jerusalén, a los 12 años; 4) encuentro de María con su Hijo en la calle de la amargura; 5) agonía y muerte de Jesús en la cruz; 6) descendimiento de la cruz; y 7) sepultura del cuerpo del Señor y soledad de la Virgen.

Sin duda que la piedad cristiana ha sabido acertar al resumir en esos siete hechos-clave los momentos más agudos del dolor de María. Porque, ¿no es cierto que son como hitos que señalan la trayectoria ascendente de los insondables sufrimientos de la Madre de Dios? En efecto, si las enigmáticas palabras de Simeón: «He aquí que éste está destinado para caída y resurrección de muchos en Israel, y para signo de contradicción, y una espada atravesará tu misma alma, para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones» (Lc 2,34-35), tuvieron que entristecer el semblante de María, ¿qué no habremos de pensar que ocurriría en la huida a Egipto? ¡Su hijo, tan tierno, arrojado por el vendaval del odio a tierras lejanas! Y, en cuanto a la pérdida de Jesús en Jerusalén, a los doce años, ¿quién es capaz de profundizar en el abismo de incertidumbre y en la agonía de tal Madre privada de su Hijo?

Pero donde los dolores de la Virgen rebasaron toda medida fue en el drama del calvario y, especialmente, al pie de la cruz. Detengámonos en su contemplación con el alma transida de compasión amorosa, como hacían los santos.

Entre los personajes que asistieron de cerca a la tragedia del Gólgota destaca la figura de la Virgen. De su presencia en el calvario nos habla San Juan en su Evangelio con palabras sencillas pero impregnadas de un intenso dramatismo: «Estaban en pie —dice— junto a la Cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María de Cleofás, y María Magdalena...». Podemos representarnos la escena sin necesidad de hacer grandes esfuerzos de imaginación: Jesús acaba de recorrer las calles de Jerusalén con su cruz a cuestas. Durante el lúgubre desfile, el populacho le ha injuriado y escarnecido o, cuando menos, ha contemplado su paso con estupor y desconcierto. Porque, ¿no era aquél el que hacía unos días había entrado en la ciudad santa en medio de aclamaciones? ¿No tendrían razón los escribas y fariseos al decir que era un vulgar impostor y un blasfemo?

Jesús, según asegura la tradición, se encontró con su Madre bendita en la calle que el pueblo cristiano llamó «de la amargura». ¿Qué se dirían con la mirada el Hijo y la Madre? Tal vez sólo las madres que tienen la inmensa desdicha de asistir a sus hijos antes de ser ajusticiados pueden sospechar algo de lo que pasaría por el alma de la Virgen.

Pero la comitiva siguió avanzando. Y después de muchos tropezones e incluso caídas de los que llevaban sudorosos sus cruces —y entre ellos iba como un vulgar facineroso Jesús— llegaron al calvario. La Virgen caminó también, deshecha en el dolor, en pos de su Hijo. Era el primero y el más sublime de los viacrucis.

Ya está en el lugar de la crucifixión. Es él. Los sayones le quitan sus vestiduras. La Virgen contemplaría aquella túnica inconsútil que con tanto cariño había tejido para su Hijo...

Unos momentos después suenan unos martillazos terribles. En un remolino instantáneo de recuerdos desfilarían ante la Virgen las escenas de Belén y de Nazaret, cuando las manecitas de su Niño le acariciaban con perfume de azucenas o le traían virutas para encender el fuego... Pero todo aquello quedaba muy lejos. Ahora tenía ante sí la realidad brutal de los pecados de los hombres horadando aquellas sacratísimas manos, pródigas en repartir beneficios.

Unos momentos más, y la cruz —su Hijo hecho cruz— era levantada entre el cielo y la tierra. En medio del clamor confuso de la multitud, María escucharía el respirar fatigoso y jadeante de su Hijo, puesto en el mayor de los suplicios. ¡Ella que había recogido su primer aliento en el pesebre de Belén y había arrimado tantas veces su virginal rostro al corazón de su Niño Jesús, palpitante de vida!

Las tres horas que siguieron, mientras Jesús derramaba gota a gota por la salud del mundo la sangre que un día recibiera de María, fueron las más sagradas de la historia del mundo. Y, si hasta las piedras se abrieron —como señala el Evangelio— ante el dolor del Hijo y de la Madre, ¿cómo podremos nosotros, los causantes de aquella «divina catástrofe» (como dice la liturgia), permanecer indiferentes en la contemplación de este divino espectáculo? *Eia, Mater, fons amoris, me sentire vim doloris fac, ut tecum*

lugeam. (¡Ea, Madre, fuente de amor!, hazme sentir la fuerza de tu dolor, para que llore contigo). Así exclama el autor del *Stabat Mater.* Y es que se necesita que la gracia sobrenatural aúpe y levante el corazón humano para que pueda siquiera rastrear la intensidad de los sufrimientos de Cristo y de su Madre.

El texto sagrado nos habla de las siete palabras de Jesús en la cruz, de su sed, de las burlas de que fue objeto, de las tinieblas que cubrieron la tierra...

No es difícil sospechar cuáles serían las reacciones del alma de la Virgen ante lo que estaba ocurriendo en el calvario. Sin duda que poco a poco se fue abriendo camino entre la multitud y logró situarse por fin al pie de la cruz. ¿Quién de aquellos sanguinarios judíos se habría atrevido a encararse con la Madre Dolorosa? A su paso, los más empedernidos perseguidores de Jesús sentirían que la fibra del amor maternal —que jamás desaparece aun en los hombres más degradados— vibraba con un sentimiento de compasión: «Es la madre del ajusticiado —dirían—; ella no tiene la culpa. ¡Hacedle paso!».

Y la Virgen se fue acercando a su Hijo. Pero no era el de otras veces, el niño gracioso de Belén, el joven gallardo de Nazaret, el taumaturgo prodigioso de Cafarnaún... ¡Era un guiñapo! (¿Será irreverencia traducir así las palabras proféticas de Isaías, en las que dice que Jesús sería un gusano y no un hombre, que no tendría sino fealdad y aspecto repugnante?) Y le miraría intensamente, identificándose con él, quedándose colgada con él de la cruz.

¿Advirtió Jesús la presencia de su Madre? Lo afirma expresamente el Evangelio: «Como viese Jesús a su Madre...» (Jn 19,25). Como dice el padre Alameda:

> «Había tres crucificados y tres cruces, no muy lejanas unas de otras, puesto que podían hablarse y comunicarse las víctimas. María, según nos dice San Juan, se situó junto a la cruz de Jesús, *iuxta crucem Iesu,* lo que significa "a corta distancia de ella", tal vez tocando con la misma cruz. Y si se tiene en cuenta que, según costumbre, los maderos eran bajos, de modo que los pies del crucificado tocaban casi en el suelo, la vecindad era mayor, y María tomaba las apariencias de madre desolada que asiste a la cabecera del hijo agonizante. La expresión *cum vidisset,* habiendo visto, parece insinuar como si, agobiado por el dolor y la fiebre que le causaban las heridas, nuestro adorable Salvador hubiese tenido, en algunos momen-

tos por lo menos, cerrados los ojos. Pudo también suceder que en medio de tanta aglomeración no hubiese advertido la presencia de aquellos seres queridos. Ellos, por otra parte, aunque deseosos de que Jesús reparase que allí estaban, no es creíble le hablasen. Ni el angustioso estado de su alma, ni la asistencia de los soldados curiosos convidaban a ello».

Jesús, pues, como anota San Juan, habiendo visto a su Madre y al discípulo amado, exclamó: «Madre, ahí tienes a tu hijo». Y en seguida, dirigiéndose al discípulo: «Ahí tienes a tu Madre» (Jn 19,26). Fueron las únicas palabras que, según narra el Evangelio, dirigió Jesús a María en su agonía. Estas palabras, en su sentido literal, se refieren sin duda a San Juan, a quien encomienda a su Madre, que iba a quedar sola en el mundo. Pero, en el sentido que los exegetas llaman *supraliteral* y *plenior* (más completo), significaban que Juan, es decir, el género humano, a quien el apóstol representaba en aquellos momentos, pasaba a ser hijo de la Santísima Virgen. Ésta es la interpretación que dan los Santos Padres y escritores eclesiásticos y que la Iglesia siempre ha aceptado.

¿Quién no se sentirá conmovido ante el precioso legado de Jesús y ante esta espiritual maternidad de la Virgen extendida, por gracia de la redención, a todos los hombres?

«Mujer —exclama San Bernardo en el oficio de hoy—, he aquí a tu hijo. ¡Qué trueque tan desigual! Se te entrega a Juan por Jesús, un siervo en lugar del Señor, un discípulo en lugar del Maestro, el hijo del Zebedeo por el Hijo de Dios, un mero hombre en lugar del Dios verdadero. Somos, en realidad, nosotros, los verdugos de Jesús, los que fuimos dados a María como hijos. ¿Cómo no trataremos de asemejarnos a Jesús para agradecerle esta magnífica filiación con la que nos regala?

Pero la tragedia del Gólgota se iba aproximando hacia su acto final. Jesús era ya casi un cadáver. Sus ojos estaban mortecinos; sus labios, resecos; su rostro, lívido y cetrino; y todo su cuerpo, rígido como el de un moribundo. María contemplaba a su Hijo en los últimos estertores de su agonía. Nada podía hacer frente a aquel estado de cosas al cual había conducido el amor de Jesús hacia los hombres. ¿Para qué hacer comentarios sobre el dolor de la Virgen en estos supremos momentos de la Pasión? ¿No es mejor que el corazón intuya y que se derrita en lágrimas de devoción? Jesús —dice el Evangelio— dando una gran voz, exclamó: "Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu". E inclinando su cabeza expiró».

María, que había dado el «sí» a la encarnación, que al pie de la cruz aceptó el ser nuestra Corredentora, se unió a la entrega de su Hijo y le ofreció al Padre como la única hostia propiciatoria por nuestros pecados.

Dejamos a la iniciativa piadosa del lector contemplar a la Virgen con el cadáver de su Hijo en los brazos, como la primera Dolorosa, mucho más bella y expresiva en su casi infinito dolor que todas las tallas que adornan nuestras procesiones de Semana Santa. Pero, ¿por qué no cotejar esta imagen tremenda de la Virgen con el cadáver de su Hijo en los brazos —mucho más bella que cualquier *Pietá* de Miguel Ángel— con aquella otra, tan dulce, de la Virgen —una doncellita— con su hermosísimo Niño apretado junto a su corazón? Sólo así podremos darnos cuenta de la horrible transmutación que en el mundo causan nuestros pecados.

Finalmente, la Virgen presidió el sepelio de Jesús. Una blanca sábana envolvía aquel cadáver que ella había cubierto de besos y de lágrimas. Pronto la pesada losa del sepulcro se interpuso entre Madre e Hijo. Y la Madre se sintió sola, con una soledad terrible, comparable a la que momentos antes había sentido Jesús al exclamar en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

Es cierto que la Virgen creía firmísimamente en la resurrección de su Hijo; pero esta creencia, como observa San Bernardo, en nada se opone a los sufrimientos agudísimos ante la pasión de su Hijo; lo mismo que éste pudo sufrir y sufrió, aun sabiendo que había de resucitar.

Que la Virgen Dolorosa nos infunda horror al pecado y marque nuestras almas con el imborrable sello del amor. El amor, he ahí el secreto de la íntima tragedia que acabamos de contemplar.

Porque todo tiene su origen en aquello que tan profundamente se le grabó a San Juan, espectador excepcional de todo este drama: «De tal manera amó Dios al mundo, que le entregó a su Hijo Unigénito» (Jn 3,16).

FAUSTINO MARTÍNEZ GOÑI

Bibliografía

ALAMEDA, S., *María, segunda Eva* (Vitoria 1954).
ALASTRUEY, G., *Tratado de la Santísima Virgen* (Madrid ⁴1956).
GUÉRANGER, P., *El año litúrgico,* 5 (Madrid 1956).
Reina y Madre. Explicación del catecismo de la Santísima Virgen (Zaragoza 1943).
VERMEERSCH, A., SI, *Meditaciones sobre la Santísima Virgen* (Barcelona 1955).
WILLAMS, F. M., *Vida de María* (Barcelona 1956).
• Actualización:
BURGOS, A., *Los siete dolores de la Virgen María* (Valladolid 2002).
GARCÍA MACHO, P., *María junto a la cruz, Reproponer los dolores de María* (Madrid 2005).
MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, L., *Las doce estrellas de la Mujer del Cielo* (Madrid 2002).
POZO, C., *María, nueva Eva* (Madrid 2005).

SANTA CATALINA (FIESCHI) DE GÉNOVA

Viuda († 1510)

Catalina Fieschi di Negro nació en Génova en 1447, la más pequeña de cinco hermanos, de la familia güelfa de los «Fieschi» que tenía en su árbol genealógico dos papas: Inocencio IV (Sinibaldo Fieschi) y Adriano V (Ottobono Fieschi).

Sus padres, Santiago Fieschi, antiguo virrey de Nápoles, y Francisca di Negro le habían dado en casa una recia educación cristiana y, a la vez, una instrucción humanística abierta a la cultura del comienzo del renacimiento, lo mismo que a sus hermanos, tres chicos y otra hermana mayor, Limbania. Ella recibió su nombre en honor de Santa Catalina de Alejandría, «la filósofa», y de Santa Catalina de Siena, nacida justamente un siglo antes.

Ya desde niña dio muestras de una piedad especial, pues le impresionaba mucho la pasión de Jesucristo y, debido a eso, hacía penitencias que ella misma discurría con inteligencia y corazón todavía infantiles, como dormir en el suelo con un tronco por almohada.

A sus trece años quiso entrar en el monasterio de las canonesas de Letrán, que estaba situado junto a la iglesia de Santa María de las Gracias y en el que había ingresado ya su hermana Limbania, pero no pudo realizar su deseo porque todavía no tenía la edad canónica para ser aceptada en el convento.

Además su familia, a la muerte de su padre, tenía otro proyecto sobre ella como era desposarla en matrimonio con el

noble gibelino Julián Adurno, con intenciones claramente de oportunismo político para favorecerse mutuamente teniendo a un miembro del otro bando adversario entre la respectiva familia. «Catalineta» tenía sólo dieciséis años cuando aceptó casarse con Julián, probablemente haciendo un gran sacrificio personal en orden a restablecer la pacificación entre su familia y la de su marido, los Adurni, con quienes los Fieschi habían tenido encontronazos más de una vez.

Hay que notar que en las ciudades y pueblos del norte y del centro de la península italiana todavía perduraban en esos años los conflictos entre güelfos y gibelinos que se arrastraban desde el siglo XII, pues cuando unos se hacían con el poder, sometían a los otros bajo su dominio si es que no los desterraban. Luego unos volvían a guerrear contra otros hasta tomar el poder de nuevo; los distintos ensayos de pacificación con jueces o árbitros consensuados sobre las dos facciones nunca habían dado resultado.

No fue aquél un matrimonio feliz, porque Julián, su marido, a pesar de ser gibelino tenía costumbres licenciosas y dilapidaba no sólo los bienes patrimoniales sino también los gananciales. Así pues, Catalina Fieschi, ya señora Adurno, vivió los primeros cinco años de su matrimonio atormentados y por eso, ante la insistencia de amigas y parientes se dejó llevar hacia las diversiones de la nobleza de su tiempo, bailes y jaranas, teatros y espectáculos, recepciones y banquetes, intentando olvidarse de lo que le estaba aconteciendo con su marido como una verdadera cruz.

Escribía sobre sí misma de estos años:

> «Para refrigerio de tan dura vida se lanzó a los placeres del mundo, de tal forma que en poco tiempo se encontró con tantos pecados y tanta ingratitud sobre sus espaldas, sin ver remedio alguno, que no albergaba esperanza de salir de ellos jamás; y vino a tanto que no sólo se deleitaba del pecado, sino que se gloriaba de él. Todo su gusto y amor, todo su afecto y toda su delectación no eran más que sobre las cosas terrenas pues a las espirituales las encontraba como a una comida amarguísima ya que había cambiado el gusto del cielo por el de la tierra».

Estas frases hacen suponer que había llevado una vida pecaminosa, pero bastantes biógrafos sostienen que la descripción

hecha por Catalina sobre este período de su vida fue fruto de sus meditaciones posteriores cuando consideraba como un acto horrible una sola falta venial. Además, en la alta sociedad de Génova destacaba Catalina por su finura y belleza, por su formación cultural y por los dones naturales que Dios le había concedido a una personalidad tan atrayente. No obstante, en esos cinco años de vida mundana no había encontrado la paz que buscaba y, después ya de diez años de matrimonio, su alma experimentaba un gran vacío que nada podía llenar y una amargura inmensa que nadie podía calmar.

El inicio del cambio radical en ideas y en actitudes se produjo a finales de marzo de 1473. Había acudido al monasterio de Santa María de las Gracias para desahogarse y volcar en confidencia con su hermana Limbania tanta angustia y ansiedad. Su hermana le sugirió que se confesase con el confesor ordinario de la comunidad y Catalina aceptó el consejo más por educación y condescendencia que con verdaderos deseos o preparación. Pero apenas se había arrodillado, su alma fue iluminada por una gracia de Dios que, como un rayo de luz, le esclareció sus miserias y defectos. Le causó tanta conmoción espiritual que ni siquiera pudo terminar la confesión.

Cuando volvió a su casa, tuvo otra experiencia hondamente espiritual, una visión interior de Cristo con la cruz a cuestas y derramando sangre e inundando toda su mansión. Fue entonces cuando se decidió a cambiar radicalmente de vida, exclamando desde lo hondo de su ser: «¡Oh amor, nunca más pecados! Si es necesario estoy dispuesta a confesar mis culpas en público».

Comenzó así su ascesis espiritual que culminaría en grandes experiencias místicas. Durante los primeros cuatro años vivió el llamado camino «purgativo»: experimentando el peso de los pecados cometidos, quiso expiar sus culpas y responsabilidades del pasado sometiéndose a penitencias continuas y oración prolongada, con uso de cilicios, ayunos frecuentes y tremenda austeridad en las comidas, de tal forma que permanecía todo el día en oración, vocal y mental, meditativa y contemplativa. Había comprendido bien el sentido de la penitencia corporal, pues escribía: «Las maceraciones infligidas al cuerpo son completa-

mente inútiles cuando no van acompañadas de la abnegación del yo».

El Señor, sin embargo, en medio de la desolación no la dejó sin consolaciones, como narra su biógrafo, pues

> «Se sintió atraída como San Juan a reposar sobre el pecho de su amoroso Señor y vio un camino más suave, el cual contenía en sí muchos secretos de un amor que la hacía consumirse de tal modo que salía frecuentemente fuera de sí. Después fue atraída por el costado del Crucificado y, en él, se le mostró el Sagrado Corazón de Jesús que le parecía todo de fuego; finalmente fue atraída por la dulcísima y suavísima boca de su Señor, y allí le fue dado un beso, de tal modo que toda ella se sumergió en aquella dulce divinidad, donde se perdió a sí misma, interior y exteriormente, de tal modo que decía: "Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí" (Gál 2,20)».

Se había enamorado de la divinidad de Jesucristo. Experimentaba, en la práctica de la comunión diaria, que era inusual en su tiempo y por eso su actitud resultaba insólita, muchas consolaciones. La Eucaristía constituía el único centro de su persona y de su vida. Se dice que en adviento y cuaresma no tomaba comidas y se mantenía con una especie de suero de agua y sal y cuentan que cuando por obediencia tenía que tomar otros alimentos no era capaz de retenerlos. Sin embargo, a pesar de esos ayunos tan prolongados manifestaba una vitalidad notabilísima.

Del estado de «vía purgativa» pasó después al de la «vida iluminativa» y «unitiva». Este período se prolongó durante veintidós años, desde 1477 a 1499, y durante ellos tuvo distintas experiencias místicas que le servían de guía espiritual para acrecentar su unión con Dios. Desde 1499 se aprovechó también de la dirección espiritual de Cattaneo Marabotto, por un lado maestro y, por otro, también discípulo suyo.

En el estado místico en el que se hallaba manifestaba la santa indiferencia sobre las cosas de este mundo. Tuvo éxtasis frecuentes, durante los que parecía absorta del mundo durante horas enteras en una actitud de suavidad espiritual, y notaban que el palpitar de su corazón se hacía más intenso. Las experiencias místicas de Catalina de Génova se manifestaban también, como narran sus contemporáneos, porque el fuego interior de su

amor por el Señor se apreciaba exteriormente de tal forma que hasta su cuerpo irradiaba calor. No era capaz de traducir a palabras lo que experimentaba en su interior. Y todo ello no implicaba que no dejara de sufrir distintos padecimientos tanto por su vida y su familia como por la situación de la ciudad, de su pueblo y de la Iglesia.

Sus experiencias espirituales contemplativas no la abstraían del mundo sino que la impulsaban a una acción caritativa y social en una obra singular, la de atender a enfermos incurables. La ayudaron otras personas, como Héctor de Breñaza, que fundó la «Compañía del Divino Amor» en 1497, Marabotto, su confesor, Tomasina Fieschi y, singularmente, Julián Adurno, su mismo marido, quien, habiéndose convertido, había aceptado de común acuerdo con Catalina vivir castamente y hasta se había hecho terciario franciscano. Quizá también Catalina ingresara al mismo tiempo en la misma tercera orden franciscana a la vez que su esposo, aunque no consta como de él, quien se fue con ella a vivir al hospital de Pammatone para dedicarse al servicio de los enfermos hasta la hora de su misma muerte sucedida en 1497, pues murió en él contagiado por los enfermos.

En este hospital Santa Catalina se cargó con los servicios más humildes y también, por algún tiempo (1490-1496), no rechazó llevar la dirección. Se dedicó con una generosidad heroica a la asistencia de los contagiados por las distintas pestes que atormentaron la población de Génova a finales del siglo XV.

Al principio, su instinto notaba repugnancia respecto a los afectados por enfermedades repugnantes y contagiosas, pero su caridad y cuidados la llevaron, cuando tenía que hacerlo, hasta sorber el pus de las heridas para limpiar y curar a los enfermos. Con una actividad así no podía menos de contagiarse de la peste, aunque logró superarla con fortaleza poco a poco. Sabía tratar a los enfermos con delicadeza y afecto para llevarlos, de la mano de Dios, a una resignación ante sus dolores de tal modo que se asociaran a la pasión de Cristo y los ofrecieran con él por la salvación del mundo.

Su espíritu de contemplación del Señor y de su pasión la impulsó a dedicarse activamente a los pobres: los visitaba en sus casas, los asistía, les llevaba ayudas, estaba dispuesta a realizar

en sus respectivos domicilios los servicios más humildes. Por eso es explicable que, a ejemplos de Santa Catalina, florecieran otras obras caritativas en Génova, que ella ni quiso fundar. Además de la Compañía del Divino Amor, que se extendió por distintas ciudades y regiones italianas, otras instituciones tenían como referencia el llamado «Hospital de incurables».

Aunque en 1499 Catalina mitigó sus ayunos, los fenómenos místicos continuaron siendo numerosos y singulares; su cuerpo fue paciente de extrañas y dolorosas enfermedades que los médicos de aquel tiempo calificaban de sobrenaturales. Seguramente un cáncer de estómago, y al mismo tiempo la tensión en la que la sometían los frecuentes éxtasis, fueron debilitándola hasta que, el 15 de septiembre de 1510, murió en plenitud de amor de Dios.

Fue sepultada en la iglesia de «La Anunciada». Cuando, dos años más tarde, fue exhumada para acomodar mejor su sepulcro, su cuerpo fue encontrado intacto, como también permanece hoy incorrupto, y espontáneamente comenzaron a llegar hasta él peregrinaciones de fieles, de la misma manera que también hoy permanece expuesto a la pública veneración.

En 1551 se editó en Génova el *Libro de la vida admirable y doctrina de la Beata Catarinetta de Génova, en el que se contiene una útil y católica demostración y declaración del Purgatorio.* Es un complejo de escritos denominados *Opus Catharinianum* en el que se pueden claramente distinguir tres obras de distinta atribución: *Vida y doctrina,* redactado por Cattaneo Marabotto; *Coloquio entre el alma, cuerpo, amor propio, espíritu, humanidad y Dios,* del que sólo la primera parte parece ser de autoría de Santa Catalina mientras que las otras dos estarían compuestas por discípulos; en él se refleja toda su experiencia ascética y mística; *Tratado del Purgatorio,* compuesto sobre inspiración de la santa.

Distintas escuelas espirituales francesas del siglo XVI y XVII se inspiraron en el pensamiento de esta santa.

Según la doctrina de Santa Catalina, la vida espiritual debe comenzar por la destrucción del amor propio, el orgullo y la vanagloria; por esto es necesaria la mortificación y la penitencia como primer paso de la renuncia total de la voluntad para, después, alcanzar la anulación de la voluntad. Como pedagogía

para lograrlo se impone el ejercicio de obediencia a los superiores y al director espiritual. El alma se preparará de este modo al don total de sí a Dios para gustar del amor puro.

Otra parte característica de su doctrina se refiere al purgatorio, consecuencia de sus experiencias místicas. Como sus sufrimientos místicos íntimos eran más dolorosos que los sufrimientos físicos, por eso respecto al purgatorio dio mayor relieve a la pena de daño que a la de sentido. Según ella, el alma en el purgatorio encuentra el mayor sufrimiento en el conocimiento de la gravedad del pecado como acto que impide la unión con Dios; y esta consciencia se hace cada vez más intensa y por tanto con mayor sufrimiento cuanto más permanece en el purgatorio. Sin embargo el alma en este estado sigue siendo atraída misteriosamente por Dios y se mantiene en actitud de completa uniformidad con la voluntad divina, de tal forma que no desea ni la liberación de las penas ni el sufragio de los creyentes: ofreciéndose a sí misma a Dios y en Dios. En este abandono a la voluntad divina consiste la diferencia fundamental entre el purgatorio y el infierno, en el que sucede todo lo contrario.

El culto de Santa Catalina en Génova estuvo y está ligado al lugar en el que ella dedicó la mayor parte de su vida en auxilio de los enfermos, es decir, el hospital Pammatone y la iglesia contigua de la «Santísima Anunciada» en Portoria. La capilla donde se veneran sus reliquias está situada en el lugar de la estancia que ocupaba en vida cuando regía el hospital. En esta iglesia distintos pintores representan a la santa o escenas de su vida y de sus experiencias místicas.

El culto a Catalina de Génova fue reconocido el 6 de abril de 1675 por Clemente IX; después del proceso regular, conforme a las normas del tiempo, fue canonizada por Clemente XII el 16 de mayo de 1737. Anteriormente, en 1684, la república de Génova la había proclamado patrona de su capital; Pío XII en 1944 la declaró copatrona de los hospitales italianos.

JOAQUÍN MARTÍN ABAD

Bibliografía

CARDINALI, A., «Caterina da Genova, santa», en *Bibliotheca sanctorum*. III: *Bern-Ciro* (Roma 1963) 989-990.

GORDINI, G. D., «Caterina da Genova, santa», en ibíd., 984-989.

BEATOS JUAN BAUTISTA Y JACINTO DE LOS ÁNGELES

Mártires († 1700)

Las profundas raíces que ha echado el evangelio de Cristo en México se están viendo, entre otras cosas, en las numerosas causas de canonización y beatificación que tienen por titulares a hijos de tan noble país. Una de ellas, muy notable por las circunstancias concretas del martirio del que fueron protagonistas, es la de los dos seglares Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles, dos fieles seglares, a quienes el papa Juan Pablo II, que acudió personalmente a México a beatificarlos, calificó como «intachables en su vida personal y familiar, que sufrieron el martirio por su fidelidad a la fe, felices de haber sido bautizados». Y añadió el Papa:

> «Con esta beatificación la Iglesia pone de relieve su misión de anunciar el evangelio a todas las gentes. Los nuevos beatos, fruto de santidad de la primera evangelización entre los indios zapotecas, animan a los indígenas de hoy a apreciar sus culturas y sus lenguas, y, sobre todo, su dignidad de hijos de Dios, que los demás deben respetar en el contexto de la nación mejicana, plural en el origen de sus gentes y dispuesta a construir una familia común en la solidaridad y la justicia».

Sus vidas fueron normales hasta llegar el tiempo de su martirio, pero dentro de la normalidad sobresalieron como cristianos rectos y cualificados, que desde los cargos menores ascendieron hasta los más prominentes.

Ambos habían nacido el año 1660 en el pueblo de San Francisco Cajonos, perteneciente al Distrito de Villa Alta de San Ildefonso, Oaxaca, y eran étnicamente indios zapotecas. Recibido el bautismo y una buena formación religiosa, se hicieron ambos adultos maduros y conscientes. Juan Bautista estaba casado con Josefa de la Cruz y consta que tuvo al menos una hija, llamada Rosa. Comenzó a servir al pueblo desde niño, cuando apenas tenía unos ocho años de edad, primero como acólito o auxiliar del sacristán mayor, y luego pasó por los demás servicios y cargos hasta llegar a juez, regidor, presidente municipal y alcalde, y finalmente a fiscal, que era el cargo más alto, como asistente de los sacerdotes. Jacinto de los Ángeles por su parte

estaba casado con Petrona de los Ángeles y tuvieron al menos dos hijos, Juan y Nicolasa. Era legítimo descendiente de caciques principales. También desde niño había servido a su pueblo hasta llegar a fiscal. Era dueño de dos casas.

El III Concilio provincial mexicano, celebrado en 1585, quiere que en cada pueblo se elija a un anciano distinguido por sus irreprochables costumbres, quien al lado de los párrocos sea perpetuo censor de las costumbres públicas, siendo su oficio principal inquirir los delitos y vicios que perturban la moralidad, descubriendo al cura los amancebamientos, adulterios, divorcios indebidos, perjurios, blasfemias, infidelidades, etc.

Todo parecía discurrir normalmente en el pueblo, cuando el día 14 de septiembre de 1700, Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles supieron que esa noche se iba a celebrar un acto comunitario de idolatría en la casa de un tal José Flores. Al saberlo dieron aviso a los sacerdotes encargados de la parroquia, y que eran los padres dominicos Alonso de Vargas y Gaspar de los Reyes. Como la noticia vino confirmada, a las once de la noche, los religiosos, acompañados por los dos fiscales y por el capitán Antonio Rodríguez Pinelo, y otras personas, como José de Balsalobre, Diego de Mora, Manuel Rodríguez, Diego Bohórquez, criado de fray Gaspar, y José de la Trinidad, esclavo de Antonio Rodríguez Pinelo, se dirigieron sigilosamente al lugar donde se estaba celebrando el acto idolátrico. Su llegada produjo una gran sorpresa y al empezar los sacerdotes a increpar a los que estaban celebrando aquel acto, se levantaron todos, procurando tapar sus caras para no ser reconocidos y apagar los ocotes encendidos para que no hubiera luz, formándose una gran confusión mientras huían. Los enseres del culto idolátrico quedaron allí: ofrendas, tamales, cazuelas llenas de sangre, guajolotes y gallos degollados, una cierva con el vientre abierto, etc.

Los reunidos para este acto idolátrico resultaron ser personas de todas las edades, que estaban hincadas y repitiendo las oraciones que uno de ellos iba profiriendo. Todos los enseres idolátricos fueron recogidos y llevados al convento, y guardados en la despensa. A la mañana siguiente los dos sacerdotes dieron parte de lo ocurrido al padre provincial en Oaxaca y a las autoridades de Villa Alta de San Ildefonso, cabecera del distrito a

que pertenecía el pueblo de San Francisco Cajonos. Pero empezó a correr la voz de que había gente exaltada que estaba dispuesta a arrojarse contra el convento, y al saber esto el padre vicario tomó la decisión de pedir ayuda a los pueblos de San Pedro, San Miguel y Santo Domingo, llegando en efecto varias personas de esos pueblos al convento. Al mediodía Jacinto de los Ángeles avisó al P. Gaspar de que venían indios armados con palos y garrochas, y entonces todos los reunidos en el convento, incluyendo a los dos fiscales, se reunieron en la celda del vicario que daba a la plaza. Cerraron las puertas del convento y se dio orden a los que habían venido de los pueblos citados de que vigilaran las puertas y ventanas y que para que hubiera luz se encendieran en la calle algunas fogatas. Pero cuando se hizo de noche, se oyó el griterío de una multitud de indios que venían y que dieron un silbido a los que cuidaban las puertas y ventanas, los cuales hicieron en el acto causa común con ellos. Las ventanas y puertas del convento comenzaron a ser apedreadas. Los indios venían con las caras tapadas y con zapatos, para no ser reconocidos, y portando palos, machetes, lanzas y garrochas, y se plantaron exigiendo les fueran entregados los dos fiscales, Juan Bautista y Jacinto de los Ángeles. Los religiosos contestaron que no los entregarían, pero ellos entonces amenazaron con matarlos a todos si no los entregaban. Pudieron entonces derribar las puertas del convento y dirigirse a la despensa de donde sacaron los enseres idolátricos. Y mientras unos hacían esto, otros se dirigieron a la casa de Juan Bautista que estaba en una loma inmediata y la prendieron fuego. El padre vicario les mostró entonces por la ventana una imagen de la Virgen María pero ellos insistieron en que, si no entregaban a ambos fiscales, quemarían el convento.

Aumentaba el furor de los amotinados y lograron escalar hasta el techo de la estancia donde estaban los religiosos, los fiscales y sus compañeros. El capitán preguntó a los padres qué pensaban hacer y ellos insistieron en que no podían en conciencia entregar a los fiscales, pero todos los demás reunidos contestaron que ellos sí, pese a la protesta de los frailes. El capitán pactó con los indios que los fiscales no serían asesinados sino solamente detenidos. Entonces Juan Bautista tiró al suelo el

arma de fuego que tenía en las manos y dijo: «Vamos a morir por la ley de Dios. Como yo tenga a Su Divina Majestad, no temo nada ni he menester armas». Jacinto de los Ángeles pidió entonces a los religiosos que les dieran la absolución sacramental y la comunión y que ambos irían sin armas a morir por la ley de Dios. Los religiosos, viendo esto, los exhortaron y les dieron la absolución.

Seguidamente ambos fiscales fueron puestos en manos de los amotinados. Juan Bautista dijo: «Aquí estoy. Si me vais a matar mañana, matadme ahora». Los amotinados se lanzaron contra ambos fiscales y los insultaron y golpearon, y llevándolos a la picota, los amarraron en ella y los azotaron, pidiéndoles cuentas de su denuncia. Los dos soportaron con entereza los golpes mientras se encomendaban a Dios y a la Virgen María, y viendo a los sacerdotes en la ventana, lés dijeron: «Padres, encomiéndennos a Dios». A base de recibir tantos golpes, ambos mártires perdieron el sentido. Fueron entonces desatados y llevados a la cárcel, pero en cuanto recuperaron el sentido los hicieron caminar al pueblo de San Pedro y les propusieron perdonarles la vida si renegaban del cristianismo y adoraban a los antiguos dioses, a lo que los mártires se negaron.

El mismo día 16 de septiembre los sacaron de la cárcel de San Pedro y los que los vieron pudieron comprobar el lamentable estado en que se hallaban ambos. La esposa de Jacinto logró localizarlo y ofrecerle ropa limpia, a lo que él respondió que no la precisaba y que cuidara de sus hijos. En el Monte Tanga los amarraron a unos troncos y los despeñaron, luego los colgaron y finalmente los remataron a golpes y machetazos. Los degollaron, les abrieron el pecho y les sacaron el corazón que echaron a los perros. De vuelta quemaron la otra casa de Juan Bautista e intentaron hacer lo mismo con la de Jacinto, pero la esposa de éste logró impedirlo. Sus restos pudieron ser un tiempo más tarde recuperados y se conservaron en la parroquia de Villa Alta hasta su traslado en 1889 a la catedral de Oaxaca.

Se hicieron las oportunas averiguaciones para poder dilucidar todo lo sucedido y por fidedignos testimonios quedó clara la muerte martirial de ambos cristianos y su mansa aceptación del martirio. En 1889 se instruyó el proceso en la diócesis de

Antequera, Oaxaca, y luego de detenciones se reanudó con mayor eficacia en 1991, habiendo precedido los estudios históricos oportunos. El Santo Padre, concluidas todas las fases del proceso, los beatificó el 1 de agosto de 2002 en el curso, como queda dicho, de su viaje pastoral a México.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 94 (2002) 746s.

Art. en *Bibliotheca sanctorum. Appendice seconda* (Roma 2000) col.568.

L'Osservatore Romano (ed. en español) (9-10-2002): artículos de mons. Óscar Sánchez Barra, Hna. María Magdalena Hernández, RCSCJ, y mons. Héctor González M.

BEATO ANTONIO MARÍA SCHWARTZ

Presbítero y fundador († 1929)

Fue un celoso sacerdote con vocación de «servidor de obreros», es decir llamado a vivir para la gente de trabajo, que es como decir para los que pasan por la vida como el proletario Jesús de Nazaret. Por eso hizo lo posible por entregar su vida a los obreros humildes y con problemas. Terminó siendo santo a fuerza de amar al prójimo en los años en que el socialismo materialista hacía estragos en las masas trabajadoras de Europa. Su mérito fue adelantarse a los tiempos y hacer, por el mundo del trabajo, mucho más de lo que hizo Marx y todos los revolucionarios que en el siglo XIX soliviantaron a la sociedad con utopías, sin posibilidad de convertirlas en estructuras de la justicia social.

Nació en Baden, cerca de Viena, el 28 de febrero de 1852. Su familia era humilde y sencilla. Sus padres eran también obreros. El ambiente de pobreza y trabajo fue la primera cuna en la que respiró, durante su infancia, el afán de redención humana que, de mayor, le condujo a valorar de forma adecuada la redención divina. En el otoño de 1858, a los seis años, entró en una de las escuelas parroquiales de su ciudad. Allí aprendió durante unos años los primeros rudimentos de la cultura.

Pero a los tres años de escolaridad, cuando él tenía nueve, fue seleccionado por su hermosa voz para formar parte de la escolanía de Monasterio de la Santa Cruz. Por eso, de 1861 a 1865 residió en la Fundación Cisterciense de la Santa Cruz, como niño de coro. Al mismo tiempo recibió la adecuada formación religiosa y cultural y descubrió sin esfuerzo la inspiración vocacional que le llevaría de forma natural por los caminos del sacerdocio.

Por eso su vocación se fraguó en el contexto benedictino del Císter. Pero él se orientó por otros caminos, según los misteriosos designios de la Providencia. Conoció a un escolapio que lo alentó a entrar en la familia de San José de Calasanz. Le entusiasmó la idea e ingresó en el Centro de los Escolapios de Krems, en Austria. Fue en el año 1867 y contaba 15 años. Su carácter reflexivo, piadoso y sensato, junto a su sentido del trabajo, le convertían en un buen muchacho. Inteligente y constante, su labor de cada día le permitió seguir un proceso desahogado en los estudios.

A consecuencia de la persecución religiosa de Bismarck, llamada del Kulturkampf, que afectaba también a su tierra y ciudad, las dificultades llegaron sin esperarlas. Austria estaba dominada por Prusia desde la victoria militar de Sadowa de 1866. Las medidas vejatorias del gobierno germano fueron muchas para los católicos. Los colegios de la Iglesia fueron suprimidos sin contemplaciones. También los colegios escolapios, por históricos y meritorios que fueran, desaparecieron. Muchos de los estudiantes de Krems pudieron encontrar refugio y continuidad en el Seminario diocesano de Viena en 1871, que se mantuvo abierto para los clérigos. En ese centro continuó este aspirante a escolapio por unos años; y lo hizo con notable aprovechamiento en los estudios de filosofía y teología.

El 25 de julio de 1875 fue ordenado sacerdote. Contaba 23 años. Sabía lo que quería y sentía gran pena al no poder desarrollar su vocación religiosa, pues las medidas persecutorias se mantuvieron hasta la caída del sectario «canciller de hierro». Por otra parte, eran años de excesivo nacionalismo prusiano que invadía forzadamente a Austria. Múltiples vaivenes políticos irritaban a las masas proletarias, cuyas reacciones de rebeldía a to-

dos salpicaban con zozobras y desasosiegos. El joven sacerdote Schwartz entendió pronto que el proletariado de Viena necesitaba orientadores y líderes cristianos.

Nunca olvidó su origen sencillo. Trabajó los primeros años sacerdotales como coadjutor en Marchegg, en la Baja Austria, quedando allí hasta 1879. Y también desde 1879 a 1889 fue designado capellán y director espiritual de las Hermanas de la Caridad en Viena, en Gunpendorf. De la piedad y de la ciencia ilustrada de este hombre de Dios supieron mucho las religiosas y cuantos se albergaban en sus asilos y centros de apostolado. Su celo y su cordial disponibilidad fueron completos y cada vez mayores.

Pero muy pronto se sintió interpelado por la situación de los obreros, especialmente de los jóvenes, y por las cuestiones sociales que rodeaban la vida proletaria de las zonas industriales y fabriles, sobre todo de la ciudad de Viena. Sin tomar opción por ningún partido político, no podía estar de acuerdo con las medidas represoras que se tomaban contra los movimientos obreros. Pero él se limitó a atender religiosamente a los jóvenes proletarios que nacían o llegaban a las ciudades. Se sentía solidario con los trabajadores mal pagados.

Su gran deseo era convertir a la gente obrera y mantenerla dentro de la Iglesia, pues eran muchas las invitaciones anticristianas que recibían los asalariados para dejar la religión como algo superado e inútil para sus problemas. Como buen sacerdote, serio, culto, abnegado, piadoso, dispuesto a todo para ayudar a los necesitados, comenzó a trabajar preferentemente para aumentar la cultura de los jóvenes y para mantener a muchos en el camino del Reino de Dios, reflejando con su actitud una Iglesia viva y servidora de los explotados.

Su dedicación singular, que fue el camino de su santidad, comenzó en 1882, cuando tuvo ocasión de relacionarse con algunos jóvenes obreros que se hallaban en dificultades: que no tenían casa, que no encontraban trabajo, que deseaban mejorar su cultura, que corrían el riesgo de abandono moral y espiritual. Se entregó con interés a acompañarlos y apoyarlos con las iniciativas que se le fueron ocurriendo. Cada acción que realizaba le llevó a la siguiente, como suele pasar a los espíritus inquietos.

Así brotaron sus clubes y centros de acogida, sus hogares y residencias juveniles, sus sesiones de formación que tanto llamaban la atención de los que los iban conociendo.

También comenzó a editar una revista juvenil para ellos y que tituló *Der Christische Arbeit* (trabajadores cristianos) y a fomentar entre los jóvenes el afán de lecturas de orientación cristiana. Incluso entre los más decididos alentó el deseo de poner por escrito sus ideas, que suele ser el modo de hacerlas más firmes en la conciencia y más claras en la inteligencia.

Sus iniciativas, sin ser extremistas, eran avanzadas y audaces para su tiempo y su ambiente. Defendía que la semana no pasara de 48 horas de trabajo, que no se hiciera obligatorio el trabajo los domingos, que se fijara un salario justo y que fuera controlado por las autoridades para evitar explotaciones, que se guardara el puesto en caso de enfermedad y, sobre todo, de accidente, que se respetara los derechos de los trabajadores y a las trabajadoras de los talleres, pues eran personas antes que operarios y operarias.

Estas sugerencias, que luego quedarían consagradas en la encíclica *Rerum novarum* de León XIII en 1891, resonaban entonces como gestos valientes. Expresiones atrevidas, como salario justo, derechos obreros, libertad de sindicación, solidaridad proletaria, etc., llamaban la atención en labios de un sacerdote. Quienes creían que eran terminología privativa de los «sindicatos rojos» quedaban desconcertados al ver que salían de las sacristías. Las usaban también los jóvenes sin rencor, sólo con la serenidad de un derecho justo que se reclama. Y eso era obra de un sacerdote piadoso, generoso y nada sospechoso de político. Y, sobre todo, las usaba en público y ante los jóvenes de las fábricas, que las aprendían en clave de Evangelio y no bajo halagos y soflamas agresivos.

Su apostolado se centró de forma preferente en los aprendices, los obreros más jóvenes que algunas fábricas solían recoger para formarlos y hacerlos más rentables en el trabajo. Entendía este apóstol clarividente que esos años de preparación eran decisivos para la vida posterior. Sobre todo se apenaba cuando veía cómo eran usados políticamente muchos de ellos y cómo necesitaban orientación e instrucción religiosa, además de la preparación profesional y laboral.

La idea de ser religioso le perseguía desde su estancia en la casa de formación escolapia. Entonces había tenido que marchar al Seminario diocesano ante la supresión de su primer centro de vida de comunidad. Pero se dio cuenta de que el trato con los obreros exigía más libertad de acción y comprendió que la voluntad divina se inclinaba por aquel apostolado. Así intuyó que la Iglesia le pedía en aquel momento renuncia a sus preferencias.

Con todo, es importante recordar, para entender el instituto religioso que organizó, que su vida fue fiel a la espiritualidad calasancia: oración, sencillez, austeridad de vida, pobreza máxima de corazón y de hechos, como lo demostró en todas sus obras y palabras. Además había mantenido permanentes y estrechas relaciones con los superiores calasancios. De hecho, apenas vio que con sus colaboradores surgía una nueva Institución, dirigió una carta afectuosa y hermosa al Superior General escolapio dándole cuenta de la obra y presentándola como fruto del carisma de San José de Calasanz, cuyo camino y destino sólo la Providencia sabría hacia dónde se encaminaría.

Con el grupo de personas que ya se le habían juntado y que deseaban formar con él comunidad para poder hacer más eficaz su entrega apostólica, comenzó a pensar en un Instituto religioso. Eran sacerdotes, laicos y algunos jóvenes obreros mejor formados. Todos estaban dispuestos a aportar su granito de arena en las obras juveniles que funcionaban. Así el P. Schwartz se convirtió poco a poco en fundador de una comunidad, a la que terminó denominando «Congregación de los Operarios Cristianos de San José de Calasanz». Fue un proceso lento, pero eficaz. Comenzó siendo una obra de «obreros píos», *Kalasantiner*, que renovó lo que siglos antes San José de Calasanz había iniciado en Roma y denominó «escuelas pías». Y más adelante se depuró la idea y, con personas que fueron asumiendo compromisos más serios, se inició la congregación: se hicieron votos y se aceptaron reglas de dependencia y de comportamiento.

El primer núcleo que se propuso como objetivo ayudar a los jóvenes aprendices en 1882 lo formaron 15 laicos, bajo su dirección. Se entregaron a instruir y ayudar a los muchachos. Los domingos y los días festivos se dedicaban a acompañarlos, a di-

vertirse sanamente y, en lo posible, a instruirse religiosamente después de la asistencia a la misa. Se fueron coordinando y, con el aliento del Obispo diocesano, fueron animando las diversas obras: oratorios, o lugares de encuentro y convivencia, un asilo u hospicio para los que carecían de familia, una escuela técnica, grupos de reflexión para la enseñanza de la doctrina social de la Iglesia, una asociación juvenil (la KAJ o *Katolische Arbeiter Jungend)* para la enseñanza religiosa en las escuelas públicas.

Cada vez las demandas y las posibilidades se abrían más. El 24 de noviembre de 1889 fue la fecha de iniciación oficial en la vida de comunidad. Luego el grupo creció. Llegaron en 1899 a unos 40 y de 1899 a 1914 al centenar. Ciertamente no fueron nunca muchos en número, pero también hay que recordar que el campo de acción era duro, las exigencias fuertes y el trato con los obreros jóvenes, a veces politizados y agresivos, era exigente. Por eso los miembros, sacerdotes y laicos, que formaron el Instituto fueron siempre vanguardistas, atrevidos y sacrificados, según el ejemplo que de su fundador recibían.

La espiritualidad y la regla de vida fue sencilla y plenamente la de San José de Calasanz, algo adaptada y flexible. Hizo un intento por presentarla al superior general de los Calasancios, en 1890, como obra nacida del carisma del fundador de las Escuelas Pías. No se aceptó como obra interna del Instituto calasancio y por eso él la mantuvo, viva y animosa, bajo su dirección hasta su muerte. Su primer nombre de «Operarios Píos» se convirtió en el oficial del Instituto, «Operarios cristianos de San José de Calasanz», al ser reconocidos como congregación diocesana. Años después resultó reconocida por Roma como de Derecho pontificio, con el decreto de alabanza del 3 de febrero de 1926. Al morir el P. Schwartz tres años después, en 1929, tenían casas no sólo en Austria, sino también en Hungría y en Checoeslovaquia.

Llegar a ello costó bastante y fue mérito suyo sostener a sus compañeros en los obstáculos, en los desalientos, en las falsas acusaciones, a veces en la desconfianza y en ocasiones en el rechazo. Sin embargo él siempre se mantuvo en la prudencia. Los sacerdotes y los laicos que la formaron trabajaron en todo lo que tenía que ver con los jóvenes obreros. El Instituto supo cultivar

durante años el espíritu alegre que es imprescindible en el trato con los jóvenes. Por eso sus lenguajes fueron con frecuencia la música, el teatro, el canto, las fiestas, la convivencia, en busca de la amistad, de la formación cultural, de la educación religiosa.

Incluso el P. Schwartz llegó a construir con su Instituto la primera Iglesia de obreros de Viena. Fue un templo humilde y escondido en medio de una zona de casas populares. Resultó una de las obras más hermosas y gratificantes por él fundadas. Se alegró al ver cómo los muchachos frecuentaban los actos de culto que se tenían en el templo y que llegó a ser mirada como algo muy propio en aquel ambiente obrero que otros querían separar de la Iglesia.

El espíritu del padre Schwartz no se acobardaba por nada. Sabía pedir valor a los pusilánimes y moderación a los impetuosos. Pero sobre todo transmitía la impresión de que el ideal evangélico es del todo compatible con el trabajo en las fábricas y en los talleres. Con él, y con sus seguidores, hablar de Cristo a los obreros y compartir con ellos inquietudes y recursos resultó un lenguaje popular. Lo que él poseía era de cualquier trabajador con quien se cruzara en su camino.

Por aquellos años escribía a todos sus colaboradores este mensaje:

> «Haced todo lo posible por salvaguardar el domingo. Demostrad que ese día no puede ser laborable y luchad por ello, pues se ha de celebrar como día del Señor. Sostened sobre todo a los jóvenes que no tienen trabajo. Quien proporciona a los jóvenes de hoy la posibilidad de ganarse el pan, contribuye a hacer que los adultos de mañana puedan transmitir a sus hijos el sentido de la vida. Sé bien que no hay soluciones fáciles».

Ante sus iniciativas, en el ambiente de Viena y en diversos lugares se puso en duda que este «apostolado obrero» fuera conveniente. Las opiniones estaban divididas. Muchos consideraban exagerado su compromiso y su vida en medio del mundo obrero. Otros creían que merecía la más alta estima lo que estaba haciendo. El padre Schwartz permaneció fiel a sí mismo y dio también pasos valientes. Con su capacidad para crear puestos de formación de obreros jóvenes y para convertir el descanso dominical en ocasiones de mejora personal y de ayuda a la sociedad, llegó incluso a estar presente en el «Reichstag», en el Parlamento.

A pesar de su vida ajetreada, tuvo tiempo para cultivar intensamente la vida espiritual y para preocuparse de que sus hermanos, los sacerdotes y los laicos, vivieran intensamente la vida de oración y la fidelidad. También escribió para ellos diversos libros espirituales y apostólicos, como fueron las *Reglas del Instituto,* el *Libro de las plegarias,* las *Meditaciones para los religiosos y los estudiantes.* Multiplicó sus artículos en diversas revistas, como en la *Kalasanztinerblätter,* o *Revista de los calasancios,* dirigida a jóvenes obreros que se relacionaban con sus diversas obras.

Su palabra era fácil y sobre todo persuasiva. Pero no se contentaba sólo con buenos consejos, sino quería que sus lectores pensaran, a la luz del Evangelio, lo que es justo y lo que no lo es. Estimulaba la solidaridad, de modo especial con los más necesitados, como la perla del Evangelio. Animaba a todos a ser decididos en las iniciativas que resultaran beneficiosas para los jóvenes. Y tenía como ideal en sus palabras y acciones que todos amaran a Jesús, el obrero más maravilloso de la historia humana, y a su madre santísima, la primera mujer obrera que entregó su vida por Jesús.

La vida se le fue desgastando en dirigir sus obras, en pagar facturas, en pedir ayudas, en corregir desviaciones, en escribir cartas, sobre todo en pasar muchas horas ante el sagrario pidiendo consuelo para los que no tenían trabajo, salud para los enfermos y paz y justicia para un mundo nuevo que nacía. Tenía 77 años cuando, consumido por el trabajo, pero con la mente clarividente y alma purificada, vio que se le acercaba la hora de la partida. Su enfermedad final fue más bien corta, pues nunca había tenido tiempo de hacer tareas muy largas. Falleció en Viena el 15 de septiembre de 1929.

Su recuerdo quedó vivo en muchos de los que le conocieron. Gran cantidad de obreros jóvenes y no tan jóvenes asistieron silenciosos a su sepelio. Y desde su muerte muchos comenzaron a invocar su nombre cada vez que tenían una necesidad urgente. Su proceso de beatificación se introdujo en Roma en 1949. Medio siglo después, el papa Juan Pablo II le beatificó el 21 de junio de 1998 en la misma ciudad de Viena, que el padre Schwartz tanto había querido y regado con sus lágrimas y sudores. Aquel día, ante los 50.000 cristianos que se juntaron en la

ceremonia celebrada en la plaza, reconoció su valor, con palabras compartidas con otros beatificados, el padre Jakob Kern (1897-1924) y la hermana Restituta Kafka (1894-1943).

El Papa dijo entonces:

> «El padre Antonio María Schwartz fue un apóstol de la cuestión social. Fundador de la Congregación de los "Kalasanztiner", consagró su vida entera a la pastoral del mundo de los trabajadores, en particular de los aprendices... Su gran deseo era convertir la sociedad a Cristo y restaurarla en él. Fue sensible a las necesidades de los aprendices y de los obreros, que a menudo carecían de apoyo y orientación».

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

BRUCKNNER, J., *Der Arbeiterapostel von Wien, P. Anton Maria Schwartz, ein vorarbeiter in Gottes Werkstatt* (Viena 1935).
Diccionario enciclopédico escolapio. Biografías (Salamanca 1983).
La Documentation Catholique 80 (1998) n.14, p.690s.
L'Osservatore Romano (28-6-1998) 4s.

BEATO PABLO MANNA

Presbítero († 1952)

El Señor Jesús no sólo dio a sus apóstoles la orden de ir al mundo predicando el evangelio sino que les envió su Espíritu para que tuvieran luz y fuerza a la hora de realizar esta misión. A la presencia de ese Espíritu se debe la continua aparición de almas misioneras, de personas de ambos sexos que, sintiendo la llamada del Señor, se entregan sin reservas a la causa de las misiones y vienen dando impulsos tan notables como eficaces en la obra misionera.

Pero el Señor ha querido darle a entender a su Iglesia que no solamente desde la propia frontera de las misiones y anunciando directamente el evangelio a los no cristianos es posible colaborar eficazmente a la obra misionera. También cabe el trabajo desde la retaguardia de la Iglesia, no sólo con la oración, como es el caso insigne de Santa Teresita del Niño Jesús, sino con otros tipos de ayuda como los prestados por el Beato Daniel Brottier, el Beato Guido María Conforti, el Beato José Allamano y nuestro Beato Pablo Manna, a quien una visión materialis-

ta llamaría un misionero fracasado. Pero no. Su vida misionera no fue un fracaso sino todo un éxito desde la óptica, la definitiva, de Dios. Con su larga barba, casi blanca al final de sus días, en contraste con su negra sotana, y sus gafas de intelectual y escritor, el sacerdote Don Manna conservó siempre un aire de misionero en ejercicio, que denotaba muy bien su intensa vida toda ella dedicada a las misiones.

Él había nacido en la población italiana de Avellino el 16 de enero de 1872. Nació en un hogar cristiano, y tuvo por padres a Vicenzo Manna y a Lorenza Ruggiero, los cuales le infundieron sentimientos religiosos, le transmitieron espíritu de trabajo y responsabilidad y se cuidaron de su formación intelectual. Estuvo primero en la escuela de su pueblo natal, pasó luego a una escuela de Nápoles, y de ahí fue a Roma donde fue alumno durante cuatro años de la Sociedad Católica Instructiva. Seguidamente se inscribió en los cursos de filosofía de la Universidad Gregoriana y estaba haciendo estos estudios cuando le vino la llamada de Dios.

Sintió con mucha claridad en su corazón que Dios no lo quería solamente sacerdote sino que quería de él que fuera misionero en algún país no cristiano, donde tuviera la oportunidad de predicar el evangelio a quienes aún no lo conocían. Su alma se llenó de gozo con esta vocación, que fue consultada y madurada, y estando ya seguro de ella, pidió ingresar en el Seminario de Misiones Extranjeras de Milán. Recibió respuesta positiva a su petición y el 19 de septiembre de 1891, con sus floridos 19 años de edad, hizo entrada en dicho seminario. Se dedicó al estudio de la teología con gran interés, siendo bien visto por sus superiores que valoraron su inteligencia y su dedicación. Presentado a las sagradas órdenes, las fue recibiendo hasta que el 19 de mayo de 1894 se ordenó sacerdote. El marco de su ordenación fue espléndido: el Duomo milanés, allí donde reposa el cuerpo de San Carlos Borromeo, un pastor santo entregado a la causa del evangelio con todas sus fuerzas. Pablo se sintió ungido por el Señor y enviado a evangelizar, y se demostró disponible para ir a donde la superioridad de su instituto lo mandase. Primero debería completar sus estudios y prepararse adecuadamente, y así lo hizo.

Por fin, el 27 de septiembre de 1895 dejó Italia y todo lo que le era más querido a su corazón para marchar a un país, muy lejano, a Birmania. Aquí le era asignado como puesto de su misión Toungoo, en la Birmania oriental. Sus primeras experiencias misioneras fueron en Jadó, donde pudo ver realizado su ideal de predicar el evangelio a quienes no lo conocen; luego se le confió el distrito de Mombló entre los Ghekkú. Y comenzaron sus problemas de salud. No le iba el clima, no le acompañaba una fuerte naturaleza y hubo por tres veces de interrumpir su trabajo misionero y de reemprenderlo una vez mejorado nuevamente. Su voluntad era de oro, su decisión firme, su salud endeble. En 1907 se tomó la decisión de que volviera indefinidamente a Italia. Él se resignó con pena a abandonar el tajo misionero, y no pudo impedir preguntarse: ¿Soy un misionero fracasado? Cuando se examina su vida, se ve que no había tal fracaso, como dijimos antes, porque su falta de salud sirvió para que, vuelto a Italia, él animara con increíble actividad la labor misionera de retaguardia. Animó de tal forma el movimiento misionero que durante cuarenta años fue el líder del mismo, sacudiendo almas y conciencias con la palabra hablada y escrita. Ésta iba a ser la tarea que la Providencia le deparaba tras su vuelta de Birmania.

En 1909 se le confió la dirección de la revista *Las Misiones Católicas,* llamada hoy *Mundo y Misión,* y en ella volcó su ardiente fervor por las misiones, fervor que lograba con ella contagiar a muchos fieles. En 1914 fundó la hoja *Propaganda Misionera,* que tuvo amplísima difusión, y en 1919 funda la revista *Italia Misionera,* que estaba especialmente dirigida a los jóvenes católicos. Don Manna quería difundir el interés por las misiones entre el clero, entre los religiosos y entre los fieles. Y pensando que la mejor manera de interesar a los fieles era interesar primero a los sacerdotes, en 1916 fundó la Unión Misional del Clero. Su propósito expreso era «resolver del modo más radical posible el problema de la cooperación de los católicos a las misiones». Había muerto ya don Manna cuando el papa Pío XII, que lo había conocido y apreciado, elevó su Unión a la categoría de pontificia.

La Santa Sede no pudo menos que apreciar en mucho la labor de divulgación y entusiasmo por las misiones que don Manna llevaba adelante, y le hizo un encargo importante. La Sagra-

da Congregación de Propaganda Fide le pidió que en orden a un mayor desarrollo misionero del sur de Italia abriera un seminario misionero en esta zona del país. Y así lo hizo el P. Manna abriendo en Ducenta (Caserta) el seminario meridional del Sagrado Corazón para las Misiones Extranjeras. De esta forma se cumplió una aspiración mantenida por él durante largo tiempo.

Su crédito crecía dentro y fuera de su Instituto, y por ello a nadie le extrañó, antes bien todo el mundo aprobó, que en 1924 fuera elegido superior general del Instituto de Misiones Extranjeras de Milán. Fue un magnífico superior, que supo impulsar a todos los miembros del Instituto en la gran tarea emprendida, y su generalato pasa a la historia ante todo porque se logró en su tiempo la unificación de su Instituto con el Seminario Misionero de Roma. El papa Pío XI, con tanta razón llamado el Papa de las misiones, insistió en la oportunidad de esta fusión, y el P. Pablo Manna comprendió que era el bien de las misiones lo que la reclamaba y por ello se procedió en 1926 a efectuarla, surgiendo el Pontificio Instituto de Misiones Extranjeras, llamado en siglas PIME. El P. Pablo Manna fue el primer superior general de este nuevo Instituto hasta 1934. En 1927 visitó a sus misioneros de Asia y de América y también a los de otras misiones. Fruto de las valiosas experiencias de su viaje fue su estudio *Observaciones sobre los métodos modernos de evangelización.* Para él la salvación de las almas era la ley suprema. Llegó a publicar hasta veinte obras distintas, todas con la misma finalidad de la animación misionera. Y con toda razón se le ha llamado un precursor del Concilio Vaticano II, porque muchos de sus planteamientos se vieron luego confirmados por el Concilio.

Terminado su mandato, continuó su trabajo de promoción del espíritu misionero y, como no podía ser menos, aceptó el mandato de la asamblea general del PIME de tomar parte muy activa en fundar la rama femenina del Instituto, las llamadas Misioneras de la Inmaculada.

Desde 1937 a 1941 le tocó dirigir el Secretariado Internacional de la Unión Misional del Clero, y apenas había dejado esta responsabilidad cuando en 1943 fue erigida la Provincia PIME de la Italia Meridional y se nombró al P. Manna como su primer superior. Se fue por ello a vivir a Ducenta, y aquí fundó el pe-

riódico misionero para las familias, titulado *Venga a nosotros tu Reino.* Aquí, además, pudo verse cómo los años no le quitaban un ápice de entusiasmo a una vida enteramente dedicada a la causa misionera. Ninguna prueba, ninguna dificultad, ninguna enfermedad enfrió jamás su celo ardiente por las misiones. Se le llamó con razón: «Un alma de fuego». Era su lema: «Toda la Iglesia para todo el mundo».

Este siervo bueno y fiel del Señor fue llamado a la presencia de Dios en Nápoles el 15 de septiembre de 1952, siendo enterrados sus restos mortales en el seminario de Ducenta. Este centro fue visitado personalmente por Su Santidad el papa Juan Pablo II el 13 de diciembre de 1990.

La fama de santidad rodeó a Pablo Manna en vida y en muerte, por lo que se le abrió en Nápoles la correspondiente causa de beatificación en 1971. El 18 de febrero de 1989 sus virtudes eran declaradas heroicas; el 24 de abril de 2001 se confirmaba el milagro obrado por su intercesión, y el 4 de noviembre de 2001 era colocado en la lista de los bienaventurados.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 94 (2002) 61-62.
Art. en *Bibliotheca sanctorum. Appendice prima* (Roma 1987) cols.823-825.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (2-11-2001) 21.
TRAGELLA, G. B., *Un anima di fuoco* (Nápoles 1954).
Ufficio delle celebrazioni liturgiche del Sommo Pontefice: Notificazione: «Cappella Papale presieduta dal Santo Padre Giovanni Paolo II per la beatificazione dei servi di Dio... Paolo Manna, presbitero, del Pontificio Istituto Missioni Straniere». Piazza San Pietro, 4 novembre 2001. XXXI Domenica del Tempo per Annum.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN NICOMEDES
Mártir (fecha desconocida)

El nombre de San Nicomedes, mártir romano, no aparece en la *Depositio martyrum* del año 354, pero figura su nombre en los sacramentarios más antiguos, lo que garantiza su existencia histórica y su martirio. En el siglo VII los fieles seguían veneran-

do su tumba y por ello el papa Bonifacio V edificó sobre ella una basílica. No tiene fundamento el asignarle la cualidad de sacerdote que le atribuía el antiguo *Martirologio romano* el día 13 de junio al conmemorar a Santa Felícula.

SANTOS ÉMILA Y JEREMÍAS

Mártires († 852)

Dice San Eulogio que la espontánea confesión de fe de estos dos adolescentes, y la furia y claridad con que en lengua árabe habían atacado a Mahoma y al Islam, hizo pensar a las autoridades cordobesas si de la mera acción de castigo contra los confesores espontáneos había que pasar a medidas preventivas contra la comunidad cristiana. Estos dos jóvenes fueron decapitados y sus cuerpos suspendidos en palos al otro lado del Guadalquivir el día 15 de septiembre del 852, teniendo lugar una repentina tormenta justo en el momento en que eran ejecutados, pese a haber amanecido el día claro, lo que San Eulogio interpreta como una protesta del cielo contra aquel crimen. Émila y Jeremías eran, desde su niñez, alumnos de la basílica de San Cipriano en la que estudiaban las ciencias sagradas. Pero mientras el primero aspiraba al sacerdocio y era ya diácono, el otro era aún simple seglar, frase de San Eulogio que parece dar a entender que aspiraba igualmente al sacerdocio. Estaríamos entonces ante lo que hoy llamaríamos el martirio de dos seminaristas.

BEATO ROLANDO DE MÉDICIS

Ermitaño († 1386)

Rolando u Orlando nació hacia el 1330 en el seno de la familia Médicis de Milán. A los 30 años y llevado del deseo de buscar la perfección cristiana, se retiró a los bosques entre Tabiano y Salsomaggiore, donde durante veintiséis años observó perpetuo silencio sin permitirse hablar con nadie ni siquiera para lo necesario. Primero vistió un hábito negro y cuando éste se le cayó convertido en harapos se hizo un vestido con piel de cabra que conservó hasta su muerte. Dormía al cielo raso y co-

mía frutos y hierbas crudas. Tenido por loco por algunos, a veces recibió malos tratos físicos. Dedicado a una continua contemplación, se pasaba las horas y las horas en la más extática oración. Caído al suelo como muerto a causa de la debilidad, fue encontrado por los criados de una señora que acudió a socorrerlo, negando él con la cabeza se le asistiera, pero llevado a la iglesia junto al castillo, lo visitó el padre carmelita Domenico de Dominicis, y entonces él rompió su silencio, le contó su propia historia y recibió de sus manos los sacramentos. Murió veinte días más tarde, el 15 de septiembre de 1386.

Su culto fue confirmado por el papa Pío IX el 23 de septiembre de 1853.

BEATO CAMILO CONSTANZO

Presbítero y mártir († 1622)

Nació en Bovalino de Calabria en 1572. Primeramente se decidió por la abogacía, estudios que dejó para alistarse entre las tropas del príncipe Alberto de Ostende, pero aquí tampoco hallaba su vocación y se decidió entonces por la Compañía de Jesús. Una vez ordenado sacerdote pidió con insistencia le mandasen a las misiones de China, y en efecto se le concedió, embarcando en 1602 para Macao. Pero al llegar a esta población se encontró con que las autoridades portuguesas no permitían la presencia de más misioneros italianos, y se resuelve por ello que su destino será Japón, desembarcando en Nagasaki el 17 de agosto de 1604, y trabajando apostólicamente con gran celo en Sacai. Logró convertir unas ochocientas personas y se esforzó en enfervorizar a los ya fieles con mucho empeño, construyendo una casa e iglesia. Pero en 1614 llegó el edicto de expulsión de todos los misioneros y hubo de dejar Japón para volver a Macao. Aquí se dedicó a escribir una obra contestando la doctrina de Sciaca y su colección de escritos conocida como el Buppo, entrevistándose con los más afamados maestros y queriendo poner coto a su difusión por todo el Oriente. En 1621 se entera de cuán necesitadas de asistencia pastoral estaban las comunidades japonesas al faltar los misioneros y por ello decide volver disfrazado al Japón, lo que logró no sin algunas peripe-

cias. Anduvo por Arima y Fingen, ocultándose y usando todos los medios que aconsejaba la prudencia, pero pudiendo realizar su apostolado y hacer mucho bien a muchas almas. Tuvo a su disposición una lancha y algunos marineros cristianos que le llevaban con todo celo de un lugar a otro. Llevaba más de tres meses en la isla de Ikitzuki cuando decidió ir a la de Noxima, y salió en dirección a ésta con los beatos y futuros mártires Agustín Ota y Gaspar Koteda. Pero la imprudencia de una cristiana llevó noticia de la presencia del Padre a las autoridades, las cuales pudieron sorprenderle en el islote de Ucu el 24 de abril de 1622. En el interrogatorio dijo quién era y su propósito misionero al ir a Japón, siendo seguidamente encarcelado. Llegada la sentencia de ser quemado vivo, fue ejecutado en Hirado el 15 de septiembre de 1622.

Fue beatificado el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX en la ceremonia de beatificación de 205 mártires de Japón.

BEATO PASCUAL PENADÉS JORNET

Presbítero y mártir († 1936)

Su nacimiento tuvo lugar en Montaverner el 3 de enero de 1894. Tras decidir su vocación sacerdotal estudió en el colegio de vocaciones eclesiásticas en Valencia y se ordenó sacerdote en 1921. Fue coadjutor en la parroquia de La Pobla del Duc, pasando luego por las parroquias de Campos de Arenoso, Sempere, Salem, Adsubia y por fin fue cura regente de Bélgida, desarrollando en todas ellas su ministerio pastoral con dedicación y celo, teniéndolo todos por un sacerdote ejemplar. Llegado el 18 de julio de 1936 se marchó a su pueblo natal. En la madrugada del 15 de septiembre fue detenido y llevado ante el Comité donde se le hizo lo que se pretendía fuera un juicio y por ser sacerdote se le condenó a muerte. Llevado al término municipal de Llosa de Ranes, recibió dos tiros en la nuca. Posteriormente se le exigió a la familia que entregara los libros del sacerdote que fueron quemados en la plaza del pueblo.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO LADISLAO MIEGON
Presbítero y mártir († 1942)

Nació en Samborzec (Polonia) el 30 de noviembre de 1892 en el seno de una familia numerosa, que lo educó en la fe. Hizo sus estudios en el seminario de Sandomierz y se ordenó sacerdote el 2 de febrero de 1915. Estuvo de vicario sucesivamente en las parroquias de Modliborzyce, Bodzentyn, Glowaczow, Staszow e Ilza. En 1919 se hizo capellán militar y estuvo con las tropas polacas en la guerra entre los polacos y los bolcheviques, ganándose varias medallas. En 1928 estuvo destinado en Lublín y en 1934 en Gdynia, siempre en trabajo pastoral con los marinos, logrando construir una iglesia y un centro social para ellos. Tras el ataque alemán a Polonia, estuvo con las tropas, atendiendo a los heridos en el hospital militar. Capturado, obtuvo la libertad gracias a un pastor protestante alemán y se dedicó nuevamente a la atención de los soldados heridos. Arrestado y encarcelado en Rothenburg, pasó en abril de 1940 al campo de concentración de Buchenwald y en 1942 pasó al de Dachau (15 de julio), donde dos meses más tarde, maltratado y enfermo, falleció el 15 de septiembre. Sacerdote celoso y entregado a su ministerio, soportó con paciencia las miserias de los campos de concentración.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

16 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de los santos Cornelio († 252), papa, y Cipriano († 258), obispo de Cartago, mártires. La deposición del primero y el martirio del segundo tuvieron lugar el 14 de este mes **.

2. En Calcedonia (Bitinia), Santa Eufemia († 303), virgen y mártir *.

3. En el Monte Soracte (Lacio), santos Abundio y sus compañeros († 304), mártires.

4. En Roma, en la Via Nomentana, santos Víctor, Félix, Alejandro y Papías (fecha desconocida), mártires.

5. En Nocera (Campania), San Prisco († s. IV), obispo y mártir.

6. En Whithorn (Escocia), San Niniano († 432), obispo *.

7. En Córdoba (Andalucía), el martirio de los santos Rogelio, monje anciano, y del joven Abdallah o Servideo († 852), muertos cuando anunciaban a Cristo *.

8. En Praga, Santa Ludmila († 921), duquesa de Bohemia, mártir *.

9. En Wilton (Inglaterra), Santa Edith († 984), virgen, monja benedictina *.

10. En Montecasino, el tránsito del Beato Víctor III († 1087), papa, anteriormente abad del mismo monasterio *.

11. En Savigny (Normandía), San Vital († 1122), abad *.

12. En el monasterio de Huerta (Castilla), San Martín († 1213), primero abad cisterciense y luego obispo de Sigüenza **.

13. En Salon (Provenza), Beato Luis d'Alleman († 1450), obispo de Arlés y cardenal **.

14. En Nagasaki (Japón), beatos Domingo Shobioye, Miguel Timonoya y su hijo Pablo († 1628), mártires *.

15. En Lima (Perú), San Juan Macías († 1645), religioso dominico **.

16. En Sai-Nam-Hte (Corea), San Andrés Kim Taegón († 1846), presbítero y mártir, cuya memoria se celebra el 20 de septiembre **.

17. En Odena (Barcelona), Beato Ignacio Casanovas († 1936), presbítero, religioso escolapio, mártir *.

18. En Turís (Valencia), beatos Laureano (Salvador) Ferrer Cardet, presbítero, Benito (Manuel) Ferrer Jordá y Bernardino (Pablo) Martínez Robles († 1936), los tres religiosos de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN CORNELIO

Papa y mártir († 252)

El catolicismo no es laxitud, pero tampoco es rigidez inhumana. Cuenta con las debilidades de los hombres, como contó con ellas su divino fundador, Jesús, que no quebraba la caña cascada, ni apagaba el leño todavía humeante. Es curioso observar cómo la Iglesia condenó con idéntico celo la depravación de las costumbres que el rigorismo moral: las ideas desorbitantes como las demasiado alicortas. Ya desde los primeros siglos de la era cristiana fueron fulminadas con el anatema todas las

doctrinas que suponían al hombre fuera del quicio de su debilidad. Estúdiense las condenaciones de encratitas, novacianos, jansenistas, etc., y se verá que los rostros ceñudos y demasiado alargados por la rigidez no caben en la Iglesia. Y es que ésta se sitúa siempre en el fiel de la balanza: entre el ángel y la bestia, entre los hombres. Yerran, por tanto, quienes intentan deshumanizar al hombre con el pretexto de elevarlo hacia las altas cimas de Dios. ¿Condescendencia de la Iglesia? En cuanto que aprueba el mal, no; pero sí en cuanto que lo supone. Bien considerado todo esto, queda bien claro que no hay por qué rasgarse las vestiduras cuando la Iglesia —esposa purísima de Cristo— rechaza palabras como *reforma, puritano, cátaro* (= puro), *pietista,* etc. (todas ellas con un evidente significado de pureza), por estar marcadas de herejía. El refrán latino dice que *in medio, consistit virtus* (en el medio está la virtud), y la Iglesia se mantiene en ese medio humano evitando los extremos de rigorismo o laxitud.

Y todo esto, a propósito de San Cornelio. Porque este santo fue uno de los que —desde el timón de la nave de San Pedro— supieron sortear los escollos del más y del menos, quedando en el justo medio.

En efecto, el nombre del papa Cornelio va asociado en la historia eclesiástica al del cisma o herejía de los novacianos. Frente a la intransigencia de éstos, San Cornelio vio que el leño todavía humeaba... ¿Por qué, pues, apagarlo? En la célebre cuestión de los *lapsi* (o *caídos* en la apostasía) veremos que San Cornelio representa la auténtica mentalidad de la Iglesia.

No es demasiado lo que se sabe sobre este Papa, pero es suficiente e históricamente válido.

A la muerte del papa Fabián, martirizado en el comienzo de la persecución de Decio (20 de enero de 250), la sede romana quedó vacante durante dieciséis meses. En este largo período gobernaron la Iglesia romana los sacerdotes de la ciudad, entre los cuales se significó en todo momento un tal Novaciano, autor de diversas obras y hombre rigorista. Y éste parecía ser el candidato para ocupar la cátedra de San Pedro cuando, al amainar la persecución, se trató de elegir nuevo Papa. Sin embargo, la mayoría de los votos designó al sacerdote Cornelio (abril de

251), que fue reconocido como Romano Pontífice, frente a un grupo de presbíteros que apoyaban a Novaciano. La ambición de éste hizo que pronto surgiera un cisma en Roma. De hecho, Novaciano se hizo consagrar como obispo de Roma y envió cartas a las demás iglesias para que le reconocieran como Papa. Pero prevaleció pronto el buen sentido, y Cornelio vio que su designación era aceptada como válida, no sólo por la mejor parte del clero y del pueblo de Roma, sino también por las grandes lumbreras de la época, Dionisio de Alejandría, Cipriano de Cartago, así como por el resto de la cristiandad.

La actividad de este pontífice se centró principalmente en la condenación del rigorismo de Novaciano en la cuestión de los *lapsi*. Ya desde muchos años atrás se venía discutiendo si los cristianos que habían apostatado de la fe (= *lapsi*) podían ser admitidos en el seno de la Iglesia, previa una sincera conversión. Esto, en definitiva, no era sino un caso particular de la gran cuestión que había agitado los pontificados de Ceferino (198-217) y de Calixto (217-222) sobre la admisión en la Iglesia o la exclusión perpetua de la misma de los grandes pecadores. Los obispos de Oriente se inclinaban más bien por el rigorismo; aunque no fue esto general, pues ya hemos dicho que por lo menos San Dionisio de Alejandría se inclinó hacia San Cornelio. El problema, como se ve, adquirió dimensiones extraordinarias y turbó durante años a algunas cristiandades. Concretamente, San Cipriano hubo de maniobrar entre el rigorismo desesperante y la indulgencia excesiva, inclinándose al fin y abiertamente hacia la doctrina del papa Cornelio, como lo testimonia la correspondencia sostenida con el pontífice romano por el gran obispo de Cartago. Esta correspondencia tiene, por otra parte, una importancia nada despreciable para demostrar la primacía de la Iglesia romana.

El hecho es que en pocos meses la verdad se impuso sobre el error. San Cornelio, espíritu recto aunque flexible, supo demostrar que hay momentos en que no es posible ceder. Así le ocurrió a él, cuando supo sellar su fe con el martirio en Centumcellae (actual Civitavecchia) en el año 252.

La muerte de San Cornelio tuvo lugar en el mes de junio; pero la traslación de sus restos a Roma, desde la cercana ciudad,

a donde había sido desterrado y donde sufrió el martirio, se verificó probablemente el 14 de septiembre, fecha de la muerte de San Cipriano, cuya memoria va asociada a la de nuestro santo en una fiesta común. Fue enterrado en una cripta próxima al cementerio de San Calixto. Su epitafio no está escrito en griego, como el de los papas del siglo III; dice simplemente: *Cornelius martyr, E. P.*, ¿no es más que suficiente título de gloria este del martirio? Su sucesor fue el papa Lucio.

De la carta de San Cornelio a Fabián de Antioquía se desprenden unos datos interesantes para conocer el estado de la Iglesia de Roma, todavía no desarrollada por completo: los presbíteros eran, en aquella sazón, cuarenta y seis, siete diáconos, siete los subdiáconos, cuarenta y dos los acólitos y cincuenta y dos los exorcistas, lectores y ostiarios. Cifras, en verdad, muy modestas para las que había de alcanzar con el correr del tiempo la Urbe, pero que revelan ya la pujanza del cristianismo en medio de la persecución.

De la vida de San Cornelio podemos sacar una enseñanza, a saber, que hay que estar dispuestos a sellar la fe con el testimonio de la sangre, pero, a la vez, hay que tener comprensión con los débiles, con los que reniegan con su conducta de la fe o con los que no han recibido de Dios todavía esa «luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (San Juan).

FAUSTINO MARTÍNEZ GOÑI

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris (Venecia 1756) t.IV, p.143s.

Art. «Cornelius», A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* III: *Constantinople-Czepanski* (París 1938).

EUSEBIO, *Historia eclesiástica,* l.6 c.43 y 45. Cf. *Historia eclesiástica.* Ed. bilingüe preparada por A. VELASCO-DELGADO (Madrid ^{2}2002) 421-431.

JAFFÉ, P., *Regesta pontificum Romanorum ab condita Ecclesia ad annum post Christum natum MCXCVIII* (Leipzig ^{2}1885) 243.

JERÓNIMO (San), *De viris illustribus* 67: PL 23,719s.

SAN CIPRIANO DE CARTAGO
Obispo y mártir († 258)

A San Cipriano yo no llegué a conocerle y estimarle profundamente hasta que fui a Roma. En mi primera visita a la basílica de San Pedro, después de orar ante la tumba del Príncipe de los Apóstoles, levanté mis ojos hacia la cúpula majestuosa de Miguel Ángel Buonarroti y mi mirada se cruzó en seguida con un *slogan* que me conmovió profundamente: *Hinc una fides mundo refulget, hinc sacerdotii unitas exhoritur.* Estas palabras están incrustadas con caracteres inmensos y con mosaicos de oro en la banda circular interior de la cúpula de San Pedro: «Desde aquí se esparce por el mundo la única y verdadera fe, aquí nace la unidad del sacerdocio». El texto es de San Cipriano y me parece lo suficientemente indicativo para que a este Padre de la Iglesia podamos apellidarle «Santo de la romanidad». Mi segundo gran encuentro con San Cipriano lo tuve luego, al comienzo de mis estudios teológicos, profundizando en el tratado *De Ecclesia Christi,* que me explicó el famoso teólogo padre Zapelena en la Universidad Gregoriana. Fue entonces cuando mejor comprendí la magnitud de esta figura egregia, que aparece con tanto relieve en el horizonte de la cristiandad hacia la mitad del siglo III. San Cipriano me enseñó a amar más a la Iglesia y al romano pontífice y a mejor comprender la grandeza del Papado. Esta misma lección quiero yo que aprenda el lector de estas líneas dedicadas al santo de hoy.

> «Cipriano, nacido en África, primero enseñó la retórica con grande gloria; luego se hizo cristiano por consejo del presbítero Cecilio, de quien tomó el nombre, y empleó todos sus bienes en socorrer a los pobres. Poco tiempo después recibió la ordenación de presbítero y luego fue constituido obispo de Cartago. Sería por demás superfluo ponerme a dar una muestra de su ingenio, siendo así que sus escritos resplandecen más que el sol. Padeció martirio bajo los emperadores Valeriano y Galieno, en la octava persecución, el mismo día, bien que no el mismo año, que Cornelio en Roma».

Ésta es la estupenda fotografía que nos ha dejado de Cipriano el maestro Jerónimo en su catálogo de varones ilustres. La he copiado íntegra del breviario romano porque su sencillez y

su enjundia son más expresivas que todas las páginas que yo pueda escribir. Para erudición y explicación no haré ahora más que apilar sobre las palabras de San Jerónimo algunos otros datos históricos.

Cipriano, además de Cecilio, se llamaba Tascio. Su lugar de nacimiento hay que colocarlo en el norte de África, quizá en la misma Cartago, y su fecha en los primeros años del siglo III. Eran sus padres paganos adinerados y le procuraron una buena formación literaria. En su juventud y mientras enseñaba retórica, los vicios del paganismo ensuciaron su vida. Pero un día la luz de la fe y de la gracia que Cecilio le llevó transformó totalmente el rumbo de su existencia. Convertido al cristianismo, empezó una nueva vida, siendo ya de catecúmeno ejemplarísimo en la práctica de la austeridad, la continencia y la caridad. Poco después del bautismo entró en las filas del clero, entregando a la Iglesia el propio patrimonio. Su elección episcopal a la distinguida sede cartaginense hay que ponerla en el año 248 o 249. Para tan alto cargo jerárquico fue designado (no constituido) por aclamación popular, o sea «democráticamente», según la costumbre de entonces. Y como en todo buen acto democrático, también en éste hubo su oposición organizada. A la elección episcopal de Cipriano se oponía el partido «lapsista» del clero, encabezado por el sacerdote Novato y por un seglar rico cuyo nombre era Felicísimo. Después, durante su gobierno episcopal, el pastor cartaginés tuvo que enfrentarse fuertemente contra este partido en la cuestión de los *lapsi* y *libeláticos.*

Se llamaba libeláticos a los cristianos que para librarse de la persecución se procuraban un *libellus* de apostasía, es decir, un certificado de haber sacrificado a los dioses, sin haberlo hecho en realidad. Pasada la persecución, éstos, lo mismo que los apóstatas, pedían de nuevo ser admitidos en la comunidad cristiana. Para ello se procuraban también de los confesores que habían padecido cárceles y sufrimientos por la fe billetes de paz *(libelli pacis),* con los cuales debían ser dispensados de la penitencia pública. Esto representaba un verdadero abuso, fomentado por Novato y Felicísimo. Cipriano mantuvo firme su autoridad episcopal frente a los confesores e hizo prevalecer su opinión. Para ello reunió en el año 252 un sínodo en Cartago y tomó

medidas rigurosas, que consistían en distinguir entre los que habían sacrificado a los ídolos —a los que se impuso penitencia perpetua, admitiéndoles a la reconciliación sólo a la hora de la muerte— y los libeláticos, a los cuales podía admitirse a la comunión después de un período de prueba. Novato y Felicísimo se declararon en rebeldía frente a estas decisiones e iniciaron un cisma local. Luego, los cismáticos o laxistas de Cartago encontraron apoyo precisamente en la fracción contraria, es decir, en los extremadamente rigoristas del clero romano, partido encabezado por Novaciano, el cual defendía que en ningún caso había que perdonar a los lapsos. Novaciano logró en Roma hacerse elegir antipapa contra Cornelio, produciendo un cisma que tuvo cierta difusión y duración. En África, el obispo cartaginés combatió enérgicamente este movimiento, sosteniendo la elección de Cornelio.

Cipriano rigió la iglesia de Cartago hasta el año 257. Su período pastoral se vio agitado por las persecuciones contra los cristianos que tuvieron lugar en aquella mitad del siglo. Así, desde el año 250 hasta la primavera del 251, con motivo de la persecución de Decio, el intrépido obispo cartaginés tuvo que estar escondido para no privar a su grey de un guía entonces necesario más que nunca. De esa manera, desde su oculto retiro, no lejano de la sede, gobernó a sus fieles por medio de una intensa actividad epistolar. Pasado el huracán, pudo regresar a su ciudad y allí derrochó su vitalidad y sus energías apostólicas hasta que vino la famosa persecución de Valeriano.

El 30 de agosto de 257 el obispo es llevado al pretorio de Cartago ante el procónsul Aspasio Paterno. Éste le hizo la pregunta de ritual: «Los sacratísimos emperadores se han servido escribirme con orden de que a quienes no profesan la religión de los romanos se les obligue a guardar sus ceremonias. Quiero saber si eres de ese número. ¿Qué me respondes?». Cipriano confiesa entonces abiertamente su fe: «Soy cristiano y obispo; no conozco más dioses que uno solo, el verdadero Dios, que crió los cielos, la tierra, el mar y cuanto en ellos hay. A este Dios adoramos los cristianos y noche y día rogamos por nosotros mismos, por todos los hombres y también por la "salud" de los emperadores». A este valiente testimonio responde el procónsul

con la orden de destierro. Cipriano se ve obligado a salir para Curubi. Allí permanece una temporada hasta que un nuevo procónsul sucede a Paterno. Es Galerio Máximo. Éste ordena a Cipriano que se presente en Útica, residencia del magistrado romano; pero el obispo se niega a esto porque quiere morir en medio de su pueblo. Regresa a Cartago y el procónsul, después de oír nuevamente la solemne confesión de fe hecha por el imperturbable obispo el 13 de septiembre, le condena a muerte. A la sentencia proconsular el futuro mártir da por toda respuesta un cordialísimo *Deo gratias*. Luego, antes de su ejecución, dando muestras de la generosidad en la que tanto se había distinguido toda su vida, ordenó que se diesen 25 monedas de oro a su verdugo. El día 14 Cipriano fue decapitado delante de una inmensa multitud de fieles, que pudieron admirar el ejemplo del santo mártir y que luego lloraron su muerte y esclarecieron su memoria. Fue Cipriano, según afirma Poncio, el primer obispo que, después de los apóstoles, tiñó el África con su sangre. Buen patrón podría encontrar en este insigne santo africano ese continente que ahora se abre cada vez más a la luz del Evangelio.

Bonitamente anota San Jerónimo que Cipriano fue martirizado el mismo día, aunque no el mismo año, que el papa Cornelio. Éste murió en el 252, después de haber sido desterrado a Centocelle, donde precisamente recibió de Cipriano cartas de consolación. Ahora la Iglesia nos presenta a los dos santos mártires unidos por la misma fiesta en la liturgia del día 16 de septiembre. Buena compañía para el obispo Cipriano la de este Papa, a quien él conoció. Otro detalle que me gusta, cuando considero a San Cipriano entre los santos que se han distinguido por su romanidad.

Quizá alguien proteste porque insisto en poner a Cipriano la etiqueta de «Santo de la romanidad». Es cierto que son muchos los santos a quienes se les puede catalogar dentro de esta línea, pero quizá —dirá el arguyente— a Cipriano no, porque en realidad la historia duda de si fue o no algún tiempo cismático o poco menos. No podemos soslayar este aspecto o este punto oscuro de la vida de Cipriano. Es una cuestión controvertida por historiadores y teólogos y no voy a resolverla aquí, ni siquiera a tratarla con una amplitud que no es propia de este lugar.

El llamado «problema cipriánico», que aparece en el tratado de teología fundamental, se puede resumir en estos términos: Después de la persecución de Decio, en los años que siguieron al 251, la iglesia de Cartago llegó a adquirir un extraordinario esplendor. Cada año Cipriano convocaba un sínodo en su sede residencial y su influencia sobre otros obispos se notaba cada vez más, hasta el punto de que, como dice el padre Hertling, Cipriano no siempre se daba cuenta de que Dios le había consagrado obispo de Cartago y no obispo de toda la Iglesia.

Esta preponderancia manifiesta llevó al fogoso y ardiente obispo de Cartago a tener algunos conflictos con el Papa. Cipriano tuvo ya algún roce con el pontífice Cornelio en ocasión de la elección de éste a la sede de Roma.

Sin embargo, el problema está en las relaciones del obispo cartaginés con el papa Esteban —año 254-257—. Ya estas relaciones aparecen enturbiadas en el episodio de los obispos españoles Basílides de Astorga y Marcial de Mérida. Estos dos obispos, depuestos como libeláticos, apelaron a Roma y el papa Esteban, creyendo en su inocencia, ordenó que fueran restablecidos en sus diócesis, cuando ya éstas habían sido ocupadas por los nuevos obispos Félix y Sabino. Entonces las comunidades españolas, no satisfechas con la solución de Esteban, recurrieron a San Cipriano, que gozaba de grandísima autoridad. Éste reunió un sínodo en Cartago, que confirmó la deposición de Basílides y Marcial, poniéndose así en abierta contradicción con el Papa.

No sabemos hasta qué punto tuvo relación este hecho con la gran controversia que desunió a Cipriano del papa Esteban. La controversia versaba sobre si había que rebautizar o no a los herejes que se convertían. El obispo cartaginés defendía que era inválido el bautismo conferido fuera de la Iglesia católica y que, por lo tanto, los conversos debían ser rebautizados. Para estudiar este asunto Cipriano celebró en Cartago diversos sínodos, al último de los cuales asistieron 87 obispos. Los Padres conciliares proclamaron repetidas veces el principio defendido por Cipriano, aprobando la práctica que se seguía en África sobre el particular y enviando emisarios a Roma para dar cuenta a Esteban de las decisiones sinodales. Pero el Papa estaba por la sen-

tencia contraria, que es la que hoy se defiende en la Iglesia, dado que la gracia del sacramento viene directamente de Cristo, no del ministro, y por lo tanto el bautismo, como todo sacramento, produce su efecto por sí mismo, independientemente del estado del que lo confiere.

Esteban acogió mal a los emisarios de Cipriano y mandó decir a éste que siguiese la tradición romana, prohibiendo la repetición del bautismo administrado por los herejes y amenazando con romper la comunión eclesiástica con Cartago. Cipriano, en contra de la decisión del Papa, siguió defendiendo y practicando su doctrina y el resultado fue que de hecho quedó interrumpida la comunicación entre Roma y Cartago. Parece bastante claro que Cipriano quedó objetivamente en situación de cismático. ¿Lo fue subjetivamente? Tal vez —anota el padre Hertling, mi profesor de historia eclesiástica en la Universidad Gregoriana— Cipriano no consideraba como definitiva la difícil situación que se había creado con la decisión de Esteban. Con todo, dado el fogoso e irreductible carácter del obispo cartaginés, no sabemos qué sesgo habrían tomado las cosas si la Providencia no hubiera intervenido zanjando de hecho la cuestión. Por fortuna para Cipriano —dice el padre Hertling—, el papa Esteban murió —año 257— y el sucesor de éste, Sixto II, de carácter conciliador, entabló de nuevo la comunión con el obispo Cipriano y la iglesia cartaginense. Poco después el intrépido obispo se encontró con la palma del martirio.

Como se ve por esta semblanza, Cipriano era una «figura potente» y de una personalidad arrolladora. Resultó un gran pastor de almas, generoso en extremo y lleno de incontenible celo, hasta el punto de que su ansia más ardiente era mostrar a todos los hombres el camino de la salud eterna. Sus afanes apostólicos eran tan grandes que no podían contenerse en los límites de su cristiandad cartaginense, ni siquiera en las fronteras africanas. Manejó la pluma con la destreza periodística de un San Pablo, y con su palabra escrita predicó en todas las iglesias de su tiempo y ha seguido predicando a través de la historia hasta nuestros días. Por sus ideas supo luchar intrépidamente, como debe lucharse cuando se está convencido de la verdad. Fue un gran maestro, un intelectual o, como se dice técnica-

mente, un Padre de la Iglesia, y su fe fue tan profunda, tan viva y tan sólida, que por querer ser consecuente con sus ideas lo fue hasta el extremo desdichado —y aquí está el lado desfavorable de su personalidad episcopal y apostólica— de poner en serio peligro su comunión con Roma. Sin embargo, no se puede negar que esto fue extremadamente paradójico en su vida, porque Cipriano, pese a los errores que haya podido tener en la práctica, ha defendido, como el que más, el amor a la Iglesia Romana y el Primado de Pedro y sus sucesores. Por eso, los teólogos le consideran como uno de los principales doctores antiguos que hay que citar en defensa del primado romano. Yo considero y llamo a San Cipriano apóstol y maestro de la romanidad, porque su doctrina contiene un mensaje nítido y entusiasta en esta línea estupenda de amor a la Iglesia y al vicario de Cristo.

En las magníficas obras de este insigne doctor africano —cartas y tratados—, que son espejo purísimo de su pensamiento, de sus preocupaciones y de su incansable acción pastoral, podríamos espigar multitud de frases que nos darían el ideario del santo. Contentémonos con reproducir, para terminar, algunas ideas del más hermoso de los opúsculos escritos por San Cipriano, el *De catholicae Ecclesiae unitate:* No puede tener a Dios por padre quien no tiene a la Iglesia por madre. Hemos de temer más las insidias contra la unidad de la Iglesia que la misma persecución. La Iglesia permaneciendo unida se extiende hasta abrazar la multitud de los hombres, como una única luz de muchos rayos, un único árbol de innumerables ramas, una única fuente con multitud de chorros. Atenta contra la unidad quien no guarda la concordia. La Iglesia está constituida sobre los obispos puestos por Dios para gobernarla. El episcopado tiene el centro de su unión en la cátedra de Pedro y de sus sucesores. Roma es la Iglesia príncipe, donde está la fuente de la unidad sacerdotal.

CIPRIANO CALDERÓN

Bibliografía

Acta Proconsularia Sancti Cypriani: PL 3.
HERTLING, L., SI, Art. en *La Civiltà Cattolica* 109 (1958) 449s.
Obras de San Cipriano: PL 3 y 4.
PONCIO, *De vita et passione S. Cypriani:* PL 3.

ZAPELENA, T., SI, *De Ecclesia Christi,* I (Roma [6]1955).
• Actualización:
RUIZ BUENO, D., *Actas de los mártires* (Madrid [5]2003) 751-780.
TREVIJANO ETCHEVERRÍA, R., *Patrología* (Madrid [3]2001) 125-134.

SAN MARTÍN DE HUERTA
Obispo († 1213)

«El Prelado santo, oprimido por la fiebre y anhelando ya la patria, sale de Óvila para no morir en ella y, por el camino más recto, se dirige rápidamente a Huerta. Al llegar agotado a la aldea de Sotoca, descansa allí. Extenuado, la gravedad se hace cada vez más alarmante. Recibe el Cuerpo de Cristo y es arrebatado de este mundo falaz para gozar de la suerte eterna. El Dios uno le llama a la plenitud de sus días, el 16 de septiembre de 1213».

Se trata del trance final en la vida de San Martín de Finojosa, noble castellano de tierras sorianas, monje y abad en el monasterio cisterciense de Santa María de Huerta, en la actual provincia de Soria, y después obispo de Sigüenza por unos años, para volver de nuevo a su monasterio de origen, como simple monje. Al sentirse mal, parte del monasterio, también cisterciense, de Santa María de Óvila, en la provincia de Guadalajara, cerca de Cifuentes; y se dirige rápidamente al monasterio de Huerta, pero a unos pocos kilómetros, en el pueblecito de Sotoca, no puede más, y allí entrega el alma a su Señor y Hacedor.

Al abad obispo Martín, le cupo en suerte un biógrafo coetáneo suyo, monje como él y discípulo suyo, Fr. Ricardo, de quien hemos copiado la parte final de su vida escrita en versos llamados leoninos. Este texto refleja con fuerza la actitud interior de Martín, similar a la del famoso en el Medioevo, el también monje y obispo San Martín de Tours: prisa por llegar a la patria del cielo, pero también la atracción de la koinonía comunión, que se ha establecido entre él y sus hermanos de Huerta, trasunto ambos del banquete escatológico y definitivo que el Padre nos depara. En este momento, éstas son las dos fuerzas que luchan en el corazón de Martín. Morir es el anhelo de su corazón, pero rodeado de sus hermanos, con quienes ha pregustado todos estos bienes en esperanza.

Aunque fallece lejos de sus hermanos, su cadáver es trasladado a Huerta, puntualiza el hagiógrafo. Su espíritu y sus restos,

hoy ya bastante escasos, están muy vivos en el recuerdo y en el corazón de sus hermanos de todos los tiempos. La tensión que hemos señalado en el momento de la muerte, marcó la vida entera de Martín. La llamada imperiosa a la contemplación le salía de lo hondo y había sido cultivada dentro de la corriente de espiritualidad que modeló su corazón en una formación monástica de calidad muy cercana al movimiento primigenio del Císter, que en esos momentos se encontraba en su máximo esplendor.

Martín nace con toda probabilidad en tierras sorianas; varias localidades de la actual provincia de Soria se disputan su cuna: Hinojosa del Campo, Bliecos, Boñices, Deza; pero no hay argumentos ni para afirmar ni para negar su adjudicación a cualquiera de ellas. También desconocemos la fecha de su nacimiento; aunque con las precisiones de Ricardo, cuyo interés fundamental, sin embargo, es describirnos su fisonomía espiritual, se puede dar la fecha de su entrada en este mundo alrededor de 1138.

Conocemos también la familia de Martín; su padre se llamaba Miguel Muñoz de Finojosa, noble caballero, que murió en guerra con el moro y está enterrado en el monasterio benedictino de Santo Domingo de Silos. Sancha Gómez era el nombre de su madre, que ocupó durante años la Tenencia de Deza, villa castellana fronteriza con Aragón; «tenente» es un cargo político para gobernar una zona o población en nombre del rey, en este caso del de Castilla. Esta mujer, noble y fuerte, será la protagonista en el ingreso de Martín en la vida monástica. Cuando muere, en 1189, será enterrada en el cementerio de extranjeros, dentro del monasterio de Huerta; en el siglo XVI, Fr. Luis de Estrada, un insigne sucesor de Martín, trasladará sus huesos, dentro de una cajita, al pavimento del presbiterio, en el mismo lugar que había ocupado hasta el momento el cuerpo de su hijo Martín.

Martín tenía un hermano y dos hermanas. Muño Sánchez, el hermano varón, es quien sigue con la trayectoria caballeresca de la familia. Este caballero, con mesnada, estaba casado con doña Marquesa, dicen que de la familia de los Lope de Haro; los Haro y también los Finojosa, de gran prestigio en el norte de Castilla y en las batallas decisivas de la Reconquista. Don Muño y doña Marquesa, junto con sus hijos, son los grandes mecenas

en la construcción incipiente del monasterio de Huerta; a ellos se deben sus construcciones más espléndidas, el refectorio gótico y los dormitorios; además de dinero en metálico, dejará un gran legado de casas y tierras en Cuenca y provincia; los sepulcros de esta familia se encontraban en el claustro regular, llamado también de los caballeros.

Las hermanas: Teresa, con sus dos hijos, Pedro Garcés y Gil Garcés; todos muy cercanos, en vida, al monasterio, lo mismo que después de su muerte. La otra hermana se llamaba Eva, dotada, se expresan los instrumentos antiguos, de un gran patrimonio, y que una tradición muy posterior relacionó con don Rodrigo Jiménez de Rada, famoso estadista y arzobispo de Toledo; se supone que don Rodrigo era hijo de Eva y por lo tanto sobrino de San Martín, dato que no tiene ninguna comprobación histórica seria.

Muy joven aún, con unos 20 años de edad, Martín ingresa, en abril de 1158, en la comunidad de Cántavos, primera implantación de Huerta; probablemente fuera de los primeros ingresos autóctonos en esa reciente comunidad. Es su madre misma, doña Sancha, quien lo ofrece a Dios y a Santa María de Cántavos, en un documento precioso, copiado infinidad de veces por los monjes; y lo entrega para que sirva allí a Dios según los estatutos de la Orden del Císter. Su padre, que debía haber fallecido, no aparece en el documento. El mismo Martín confirma y ratifica la donación que de él hace su madre. Con el hijo, entrega también la buena señora varias posesiones en el lugar de Boñices.

Estamos en los comienzos mismos de la Orden del Císter en España y a unos cincuenta escasos años de la primera epopeya cisterciense. Císter se caracteriza por un renovado retorno y fidelidad al carisma benedictino, por la atención al interior de la persona, en el ámbito de una ascesis fundada en el amor y en la búsqueda de la más perfecta koinonía, y dentro de una comunidad cenobítica. El monasterio, que la tradición benedictina llama escuela del divino servicio, para los cistercienses es la escuela de la caridad. La separación del mundo, la pobreza, la sencillez, sobre todo, de talante, reflejada en el arte y en su menaje y costumbres, resumen lo fundamental del carisma cisterciense.

Según el monje Ricardo, Martín «entró en el claustro atraído por el deseo de la virtud, para liberarse de los mancomunados lazos del mundo y de la carne. Durante sus años de simple monje llevó una vida intachable y equilibrada, despreciando el mundo en vistas del premio eterno y ejercitándose continuamente en santas costumbres». Aquí se está fraguando el futuro monje y también el abad y el obispo; el biógrafo nos quiere decir que la formación se la tomó con seriedad, a pesar de las posibles dificultades y carencias del momento.

La comunidad de Cántavos, cuando ingresa Martín, llevará alrededor de diez años de existencia; los monjes fundadores provienen del monasterio francés de Berdous, asentado en los Pirineos, dentro de la línea de Morimond, una de las cuatro primeras casas madre del Císter primitivo. El primer abad de Cántavos, el Venerable Rodulfo, había fallecido ya, y es el segundo abad, Fr. Blas, quien lo recibe. Puede contagiarse de la ilusión y energía de la incipiente empresa, pero también de sus riesgos y dificultades. Posiblemente, la comunidad no sea aún autóctona, y en esos momentos, con toda probabilidad, dentro de una crisis, ante el hecho de un traslado no lejano a la entonces llamada Granja de Huerta, que acaecerá unos cuatro años después.

A los pocos años de la llegada al nuevo lugar de Huerta, la comunidad queda huérfana por la muerte del abad Fr. Blas, y los monjes «por voto unánime y con sumo interés, puntualiza Fr. Ricardo, eligen a Martín por pastor y padre». Estamos probablemente en 1165, y Martín, sin haber cumplido aún los treinta años, se convierte en el primer abad de la recién instalada comunidad de Huerta; en él han visto sus hermanos al monje capaz de capitanear la nueva aventura que se presenta. Con su sencillez característica, no le va a fallar el pulso; tiene por delante la construcción material del monasterio y la tarea más difícil de hacer comunidad; con empeño y coraje emprenderá la tarea.

Para su biógrafo, el joven abad Martín es un hombre recto, instruido en el difícil uso de la palabra, con tersura virgen de cuerpo y espíritu; a pesar de sus muchos años de abadiato, se le encontró siempre con la sencillez del novicio. Vivió entregado al cuidado de su grey con solicitud, gusto y fidelidad, alternando

la acción con la contemplación. Desde el principio, no se dejó llevar por lo material, sino que procuró la difícil coordinación de la vida contemplativa con los arduos quehaceres de abad ante una comunidad que estaba en estado de crecimiento a todos los niveles.

Sin perder e intensificando, lo que recalca Ricardo, la vida contemplativa, la mente del joven abad se centra en la edificación espiritual y material de la comunidad, en el sustento de los monjes y en la construcción del monasterio. En esta ingente labor va a participar con su aporte económico junto a los reyes y magnates la gente sencilla del pueblo. Los reyes de Castilla y Aragón se vuelcan con la comunidad y su abad Martín en privilegios y donaciones. Los reyes de Aragón buscarán, por su parte, la fraternidad, la comunión de los bienes del espíritu con la comunidad hortense; y el castellano, el consejo y amistad del abad Martín. De lejos y de cerca, nobles y plebeyos, acudirán al monasterio con sus bienes y sus personas, para, en vida y en muerte, permanecer a la sombra del abad Martín.

A los veinte años de abadiato se da un corte brusco en la vida de Martín. Su amistad con el rey castellano probablemente influye para llevarle al obispado de Sigüenza. Ya es el varón perfecto y probado en la vida cisterciense, dice Ricardo, y recibe el honor del pontificado, como obispo fiel de la diócesis seguntina. Es normal, conociendo a Martín, que ponga su atención especial en la vida espiritual y en la formación intelectual del clero, promoviendo, al mismo tiempo, la paz y reconciliación entre los miembros de su presbiterio. Con todos practicó las obras de misericordia, con atención especial a los pobres y cautivos.

Como obispo castellano, su nombre aparece con frecuencia en la diplomacia real, confirmado en numerosos documentos de Alfonso VIII. Lo podríamos considerar como uno entre tantos, pero algunas expresiones con que el monarca se dirige a nuestro obispo reflejan la amistad íntima, la familiaridad y la consideración que le tenía el monarca castellano. En un documento referido a la iglesia seguntina, el rey dice de él que es *su querido obispo y familiar amigo, que con inmensa fidelidad y atención le ha prestado grandes servicios:* expresión similar no se encuentra en ningún otro documento dirigido a obispos.

Un botón de muestra de este aprecio fue el encargo que recibió del monarca de lograr el reconocimiento, por el capítulo general de la Orden, de la supremacía del monasterio cisterciense femenino de las Huelgas de Burgos sobre todos los monasterios femeninos castellanos. Fueron años intensos de idas y venidas tanto a los capítulos generales como a la corte y a los monasterios afectados, que se prolongaron también por varios años de obispo dimisionario. Con su intervención puso un hito en la historia del monacato cisterciense femenino al lograr un reconocimiento, aunque indirecto, de las monjas cistercienses por parte de la autoridad suprema de la Orden.

Alrededor de unos siete años va a durar su estancia en Sigüenza como obispo. Extraña mucho esta dimisión, cuando todavía su vida se prolongará por más de veinte años. Hay indicios de que esta decisión se debió probablemente a una grave enfermedad del obispo Martín. Por las fechas de esta dimisión, el capítulo general de la Orden concede un aniversario de sufragios, cuando llegue la noticia de su muerte; señal de que se prevé una muerte no muy lejana, debida a una probable enfermedad grave. Pero la crisis debió superarse y así estuvo retirado Martín en su querido monasterio hortense, dedicándose con intensidad y fervor a su vida monástico-contemplativa.

El largo tiempo que le queda de vida lo aprovechará Martín para vivir el ideal añorado de su vida: dejar los trabajos arduos de Lía, dirá el monje Ricardo, para abrazarse a la hermosa Raquel, imagen con que los medievales representaban la vida contemplativa. Aún tenía fuerzas para intervenir, más bien desde la sombra, en la vida de la comunidad. En varios documentos de la época se recuerda a Martín *quondam episcopus segontinus,* «en otro tiempo obispo de Sigüenza».

Imaginamos su declive como esa presencia apacible de los ancianos que aparentemente no hacen nada, pero que sostienen y dan vigor a las comunidades. Sorprende, como hemos recordado al comienzo de esta semblanza, que en el momento de la muerte se encuentre fuera del monasterio, dadas las incomodidades de los viajes en esa época. Camino de Huerta, el amante del claustro, fallece en el lugar de Sotoca y sus restos serán trasladados a su siempre querido monasterio de Huerta.

El itinerario espiritual de Martín en su triple vida de monje, de abad y de obispo y luego otra vez de simple monje, se puede concretar en esta expresión, que define la actitud interna de Jesús: hombre de Dios, abierto siempre a su voluntad, y amigo y entregado al servicio de los hombres. Martín asimila profundamente los valores del Císter primero, en coherencia y en sintonía con la línea original y auténtica de la Regla de Benito, que se puede sintetizar en la búsqueda, el deseo y la acogida de Dios. Su talante espiritual y su trabajo interior lo convirtieron en un hombre pacífico y pacificador.

Unificación interior y pacificación hacia el exterior, que definen la vida monástica, y toda vida cristiana auténtica, en cierto sentido se pueden identificar. La pacificación interior es una cualidad personal pero al mismo tiempo un dinamismo hacia los demás. Esta tendencia pacificadora se refleja profunda en la vida de Martín, como una constante. En su labor pastoral como obispo, hemos recordado, su preferencia iba hacia los pobres y débiles. En su misión de abad, llega incluso a dimitir de la profesión a un hermano por el bien de su alma.

La vida engendra discordias, por pareceres distintos, por intereses encontrados; la vida ordinaria de un abad y de un obispo, tanto ayer como hoy, se mueve en estas coordenadas. Espigando en las referencias documentales, vemos a Martín, en situaciones complicadas y difíciles, buscando siempre la paz y la concordia. Es el hombre bueno, *homo bonus,* como se le llama en un simple instrumento de compra-venta, que no tiene inconveniente en perder de lo material por el bien de la paz y convivencia; procura arreglar los asuntos como un amigo hace con su amigo.

Afán de Martín por pacificar, pero sobre todo por establecer amistad; es un hombre cercano y atrayente con todos, atracción que refleja su misma comunidad, que aparece atractiva y acogedora. Estrecha amistad con el rey de Castilla, lazos de hermandad con los reyes de Aragón; aún se conserva una gran lámpara, regalo real, que, alimentada con aceite de esa tierra, ardía continuamente en el Santuario. La nobleza no se queda a la zaga. Los Finojosa, parientes de Martín, hermanos y sobrinos, se convierten en mecenas de la construcción del monasterio y

quieren compartir con los monjes, en especial con Martín, el sueño de los justos.

Y habría que añadir los señores de Molina, en una larga trayectoria, juntamente con los modestos castellanos de la cercana Montuenga. Al lado de Martín está el gran arzobispo de Toledo y estadista de Castilla, Rodrigo Jiménez de Rada; legará a Huerta su cuerpo y todo el emblema de su saber, la biblioteca. Las mismas personas sencillas acuden al monasterio y se entregan a la comunidad con sus personas y todo lo que tienen, porque quieren compartir vida y muerte con los monjes; algunos incluso dirán que quieren ser enterrados junto al abad Martín.

Y concluye el monje Ricardo: «Lleno de días —y no precisamente por su larga vida de más de setenta años, porque para Dios mil años en su presencia son como el ayer que pasó (cf. Sal 90)— arribó seguro a la patria». «El único Dios —se ve aquí un vestigio del Islam— lo llama a la plenitud de sus días, el 16 de septiembre del 1213». Su vida oculta con Cristo en Dios era y es fecunda para sostener a los pecadores; fecundidad que le llega por su apertura a la fuente de la vida y por su comunión de afecto y destino; ahora en la patria, «asociado a los elegidos y dichoso sin fin intercede por nosotros pecadores».

La fuerte personalidad de Martín se proyectó sobre la memoria de los monjes hortenses y también de la diócesis seguntina; sin embargo su culto no se estableció hasta la segunda mitad del siglo XVII. Debido a la leyenda de una cabeza que presentaron unos ángeles en el cabildo de Sigüenza, se le relacionó con un tal San Sacerdote, con cuyo nombre se le ha venido tributando culto el 5 de mayo, hasta el concilio Vaticano II, en que, buscando la verdad histórica, se ha recuperado su propia identidad y su personalidad. La diócesis de Osma-Soria y los monasterios cistercienses celebran su culto el 17 de septiembre.

AGUSTÍN ROMERO, OCSO

Bibliografía

ASTORGA ARROYO, I., «San Martín de Finojosa, la gran figura del real monasterio cisterciense de Santa María de Huerta»: *Cistercium* 83 (1962) 229-236.

GONZÁLEZ CABRERIZO, E., *Biografía del insigne soriano San Martín de Finojosa* (Soria 1929).

GUERIN, T., «Martín de Finojosa», en Q. ALDEA VAQUERO - T. MARÍN MARTÍNEZ - J. VIVES GALETI (dirs.), *Diccionario de historia eclesiástica de España,* III (Madrid 1972) 1430-1431.

MINGUELLA Y ARNEDO, T., *Historia de la diócesis de Sigüenza y de sus obispos,* II (Madrid 1910-1913).

ROMERO, R., «San Martín de Finojosa, un profeta desde dentro»: *Revista de Soria* 124 (2003) 73-85.

— «San Martín visto por su biógrafo, el monje Ricardo»: *Cistercium* 120 (1970) 300-309.

— «San Martín de Finojosa y la supremacía de las Huelgas»: *Cistercium* 173 (1987).

BEATO LUIS D'ALLEMAN

Cardenal († 1450)

No deja de ser verdaderamente extraña la santidad de este obispo y cardenal. Pues fue el campeón del cisma de Basilea, y sin haber dado señales exteriores de penitencia, por obediencia al conciliábulo de Basilea se adhirió al papa Nicolás V. Su beatificación, sucedida a los 70 años de su muerte, sólo se explica desde la certeza de que procedió siempre con rectitud de conciencia, creyó siempre en la legitimidad del concilio cismático y tanto él como muchos otros se dejaron arrastrar por el conciliarismo a causa de las turbulencias de los tiempos.

Hijo de Juan d'Alleman y María de Charillon-en-Michaille, nace en Arbent, del Delfinado, el año 1382. Se cría en Aviñón bajo la tutoría del cardenal Amadeo de Saluzzo, hizo los estudios de derecho y se doctoró en 1414. El papa aviñonés Benedicto XIII le asignó una canonjía en la catedral de Lyón. Participó como consultor en los concilios de Pisa (1409) y Constanza (1414), y se empapó de las ideas conciliaristas que se difundieron por entonces y según las cuales el concilio ecuménico es superior al papa y éste tiene como obligación respetar la soberanía conciliar y someterse a sus decisiones. En el último de dichos concilios asistió como lugarteniente de su tío, el cardenal camarlengo Francisco de Conzié, arzobispo de Narbona. Elegido papa Martín V, lo confirmó como vicecamarlengo. El mismo papa le nombraba obispo de Miguelone y lo consagraba personalmente el 20 de noviembre de 1418. Estando el papa en Florencia le encargó varias delicadas misiones, entre ellas la negociación con Siena en orden a la transferencia allí del concilio

ecuménico. El 3 de diciembre de 1423 el papa lo trasladaba a la sede arzobispal de Arlés y en 25 de mayo de 1424 le nombraba gobernador de Bolonia. Estando allí le llegó su promoción al cardenalato el 24 de mayo de 1426. Deja entonces el cargo de vicecamarlengo y toma el título de Santa Cecilia. A esta promoción cardenalicia contribuyó no poco su fama no solamente de persona docta y enterada del derecho canónico en sus varias facetas sino de sacerdote de íntegras costumbres, piadoso, austero y ejemplar. Inflexible en el cobro de los impuestos, su gobierno en Bolonia terminó cuando los Caneètoli se sublevaron, lo cogieron preso y no lo soltaron sino a condición de que abandonara el gobierno de Bolonia. Una vez libre, marchó a Roma al lado del papa sin desempeñar ninguna actividad especial.

Subido a la sede pontificia el papa Eugenio IV agració a Luis con la encomienda de la abadía de Montmajour en 1431. Pero se acercaba la ocasión de sus diferencias con el papa. Ésta fue la del concilio de Basilea. En Siena se había acordado que el siguiente concilio se celebraría en Basilea en 1431, y al acercarse la fecha, el papa Martín V lo convocó, muriendo poco después. Luis participó en el cónclave que eligió a Eugenio IV. Y efectivamente en julio de 1431 se inauguró el concilio de Basilea, con muy escasa asistencia. Las llamadas a los obispos para que concurrieran no daban el resultado apetecido. Luis hubiera querido volar al concilio, porque entendía que como obispo era ésa su primera obligación, pero el nuevo papa lo retenía junto a sí. Luis empezaba a tener escrúpulos de conciencia. Como los griegos querían para concurrir al concilio que se celebrara en una ciudad más cercana a las costas italianas, el papa optó por disolver el concilio de Basilea para convocar otro en Bolonia al año siguiente.

Los reunidos en el concilio de Basilea no acataron esta resolución papal, sino que celebraron una segunda sesión en la que establecieron con toda solemnidad que el concilio recibe su autoridad de Cristo mismo y que nadie puede, una vez convocado, disolverlo sino por voluntad del propio concilio, ni sin su consentimiento podía ser trasladado. Con palabras mesuradas y reverentes, pero con claridad, el concilio escribió al papa pidiéndole que retirara el decreto de disolución. El papa Eugenio IV

emprendió negociaciones con los de Basilea pero no se avenía pura y simplemente a lo que pedían, y entonces tomó cuerpo en el concilio la idea de procesar y deponer al papa.

Luis d'Alleman, convencido de la superioridad del concilio sobre el papa, tomó la resolución de alejarse de Eugenio IV y acudir al concilio. Y así lo hizo. Dejó Roma y tras varias peripecias llegó a Génova sin escolta alguna y casi sin ropa. Otros eclesiásticos hicieron lo mismo. Por su parte el papa Eugenio se ve también obligado en plena guerra con Milán a dejar Roma y escapar a Florencia. Aquí escribe al concilio, se vuelve atrás del decreto de disolución y reconoce la legitimidad del concilio. Pero el concilio aprovecha la situación débil en que se hallaba el papa para insistir en la superioridad del concilio sobre el pontífice romano y se dedica a reformar la curia romana y a dar decretos como si el papa no fuese sino un ejecutor del concilio. Luis sintonizaba plenamente con estas ideas y participaba plenamente en el concilio. Eugenio abrió los ojos y vio el camino que el concilio tomaba.

El papa Eugenio intentó que el concilio aceptara su propuesta de trasladarse a Ferrara en vista de que los griegos estaban dispuestos a venir. Solamente una minoría aceptó la traslación. La mayoría, capitaneada ya por el cardenal Luis d'Alleman, se negó y, pasando a los hechos, en la sesión XXVI (31 de julio de 1437) se aprobó una moción por la que se mandaba comparecer al papa ante el concilio en el plazo de setenta días a responder de gravísimas acusaciones.

Naturalmente, el papa no compareció, y en vista de ello se le declaró contumaz y se le amenazó con un proceso regular. Eugenio se quejó a los príncipes católicos y a toda la Iglesia de la audacia del concilio, y por su autoridad lo trasladó a Ferrara, donde debería abrirse el 8 de enero de 1438. La minoría moderada dejó Basilea pero la mayoría, acaudillada por Luis, se quedó. Poco a poco los prelados se irían yendo pero de momento se quedaron. Luis estimaba que había que llevar las cosas hasta el final, y tenazmente se puso a conseguirlo. En la sesión XXXI (24 de enero de 1438) se declaró al papa suspenso de sus funciones y se le prohibió todo acto administrativo en lo espiritual y lo temporal. En la sesión XXXIII (16 de mayo de 1438) se de-

claraba dogma de fe la superioridad del concilio sobre el papa y la imposibilidad de prorrogarlo, suspenderlo o trasladarlo sin su consentimiento y se calificaba de hereje a quien no profesase esta doctrina. Siguió el drama adelante: en la sesión XXXIV (25 de junio de 1438) se depuso formalmente a Eugenio del pontificado romano, se le declaró rebelde a la Iglesia Universal y se declaró vacante la sede papal. Hubo aquel verano una terrible epidemia de peste en Basilea. Murió el patriarca de Aquileya y varios otros prelados del concilio, y murieron algunos criados de Luis. Era claro que la peste había entrado en su casa. Pero Luis, pese a los consejos de que se fuera al campo y se preservara del contagio, permaneció firme en Basilea porque el concilio decidió no interrumpirse, y Luis decía que no se iba sin licencia del concilio.

El papa Eugenio IV respondió a Basilea excomulgando a todos los que perseveraran en el supuesto concilio de Basilea (4 de septiembre de 1439). Luis no se inmutó. La rebelión siguió adelante. El 5 de noviembre de 1439 el pretendido concilio nombraba papa al duque Amadeo VIII de Saboya. Luis es quien le lleva la noticia de su elección, y Amadeo, tras aceptar y denominarse Félix V, nombra a Luis presidente del concilio. Escocia, Aragón, Milán y algunas Universidades aceptaron la elección de Félix V. Otras naciones mantuvieron la expectativa, aprovechando la situación. Diez años duraría el supuesto pontificado de Félix V, durante el cual Eugenio IV llevó adelante el concilio de Ferrara-Florencia y se logró por entonces la unión con los griegos. El papa Eugenio IV procedió a la excomunión nominal de Luis, al que expulsó del colegio cardenalicio, depuso de su sede de Arlés y privó de todo beneficio eclesiástico (28 de mayo de 1440).

Luis estuvo al lado de Félix V los diez años en que éste pretendió ser papa, y mantuvo el concilio pese a las defecciones. Poco a poco los basilenses se vieron solos, pues hasta el emperador Federico III se declaró por el papa de Roma. Hubo más: en 1448 los conciliares fueron echados de Basilea, que era ciudad imperial, y se hubieron de ir a Lausana, en el ducado de Saboya. Luis no cejó en su apoyo al concilio nunca. Acudió a numerosas reuniones, como la dieta de Francfort, a entrevistarse con el em-

perador, y vio que se iba quedando sin obispos, reducido el concilio a una reunión de clérigos sin dignidad episcopal.

El papa Nicolás V ofreció a Félix una propuesta generosa de reconciliación si desistía del papado. Félix se avino y el 7 de abril de 1449 depuso el pontificado. Al quedarse sin el apoyo de Félix, el pretendido concilio eligió como papa al que ya lo era, Nicolás V, y se autodisolvió. Entonces Luis reconoció también a Nicolás, y el 19 de diciembre de 1449 fue reintegrado a su sede y a su dignidad cardenalicia.

Luis se retiró a su diócesis de Arlés, donde ejerció el ministerio pastoral y numerosas obras de caridad. Vivió de la forma austera y piadosa que había llevado siempre. Murió el 16 de septiembre de 1450 en el convento franciscano de Salon. Fue enterrado en la catedral de San Trófimo, de Arlés. Enseguida el pueblo comenzó a darle culto como a santo. El papa Clemente VII, producida ya por tanto la rebelión protestante, lo beatificó el 9 de abril de 1527.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris (Venecia 1756) t.V, p.436s.
Art. en *Bibliotheca sanctorum.* I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.757-760.
GILL, J., SI, *Eugenio IV, papa de la unión de los cristianos* (Madrid 1967).
HEFELE, C. J. - LECLERCQ, H., *Histoire des Conciles,* VII (París 1916).
REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular* (Madrid 2000) 241-245.
VALOIS, N., *Le Pape et le Concile: 1418-1450.* 2 vols. (París 1909).

SAN JUAN MACÍAS
Religioso († 1645)

Este bienaventurado siervo de Dios, lego de la Orden dominicana, nació en la villa extremeña de Ribera, en febrero de 1585. Sus padres fallecieron, dejándole huérfano y sin amparo alguno, cuando apenas contaba cuatro años, no sin antes haberle enseñado ya las principales oraciones. No obstante su tierna edad, se ajustó con un labrador para cuidar una piara de ganado de cerda. Un día, dedicado a esta humilde ocupación, se le apareció el evangelista San Juan, que le tomó desde entonces bajo su protección inmediata. En tan memorable oportunidad el azorado niño experimentó su primer éxtasis, y, fuera de sí, mereció contemplar

la ciudad celestial. El amparo de San Juan le acompañó durante su vida entera, apartándole de todo mal y guardando su pureza de cualquier trance que la pusiera a riesgo de mancillarla. De esta forma, el Beato Masías, a la hora de su tránsito, pudo gloriarse de que moría virgen, como otro Santo Domingo.

Años más tarde abandonó el oficio del pastoreo, proporcionándose el sustento con el trabajo de sus manos. Buscaba siempre la soledad, como el ambiente más a propósito para la quietud del espíritu.

Pasó luego a Sevilla y se acomodó en calidad de dependiente con un mercader, en cuya compañía se trasladó al Nuevo Mundo. A causa de no saber escribir, despidióle su patrón en Cartagena de Indias, desde donde Masías emprendió viaje por tierra hasta el Perú.

A la edad de treinta y siete años, en enero de 1622, hallándose en Lima, recibió el hábito dominico. Cumplido el año de noviciado, profesó de lego. En esta calidad decidió ofrecer a la comunidad su esfuerzo corporal, ejercicio que no por humilde es menos acepto a la misericordia divina, y por él y en sumisa obediencia han llegado no pocos privilegiados a la cumbre de la perfección. Se le asignó al servicio de la portería del convento de la Recoleta de Santa María Magdalena, que tenía la Orden de Santo Domingo en Lima.

Sin menoscabo de las atenciones propias de dicho cargo, dedicaba a la oración cada día seis o siete horas; la noche que no había consagrado a tan recomendable ejercicio por lo menos otras tres o cuatro, le parecía a él desperdiciada. Según propia confesión, cuando esto le ocurría, a la mañana siguiente experimentaba insufrible vergüenza al presentarse ante Dios. Para mayor sacrificio, cumplía estas devociones hincado de rodillas todo el tiempo. De resultas de este esfuerzo, endeble y flaco por su riguroso ascetismo, le sobrevino una llaga rebelde en una rodilla. Cuando los médicos que le visitaron habían agotado todos los recursos científicos, una noche se le apareció su protector San Juan Evangelista, dejándole milagrosamente limpio de su dolencia.

Distribuía el día sin dejar instante desocupado. Desde el amanecer se ajetreaba atendiendo a los pobres vergonzantes,

preparándoles comidas y sirviendo con grande humildad a los que acudían a solicitar socorro en la portería; cuando sobraba algo, lo repartía también hincado de rodillas.

Su descanso se limitaba a recostarse de bruces, el rostro apoyado sobre los brazos, arrodillado delante de una imagen de la Reina de los Cielos, en su advocación de Belén, colocada a la cabecera de su cama. Incansable en mortificarse, ceñía permanentemente su cuerpo, ocultos debajo del hábito, con unos ásperos cilicios.

Varón de admirable y ejemplar observancia de la vocación a que había sido llamado, merecedor de memoria y celebridad por muchos títulos, jamás se le pudo notar nada que desdijera de su estado; perfectísimo en todas las virtudes, dulce y contemplativo, hizo vida de extremada austeridad y sobre todo encarecimiento rigurosa. A juicio de su confesor, no incurrió en toda su vida en pecado mortal, ni aun cometió alguno venial, de los que se califican de serios y de malicia.

Fue de mediana estatura, el rostro blanco y de facciones menudas, la barba espesa y negra. El retrato que de él se conoce nos muestra un semblante ascético, macerado por la penitencia. Descolló por su integridad de ánimo y paciencia en encarnizados combates con el espíritu infernal, pero nadie le aventajó en el ejercicio de la caridad. Con frecuencia, y cuando escaseaban las provisiones para los necesitados que a él acudían, ayunaba para cederles parte de su ya parva colación, y eso que es fama que la divina Providencia multiplicaba milagrosamente la comida que servía.

Según los autores que han escrito sobre la vida, virtudes y prodigios del Beato Masías, ateniéndose a la autobiografía que dictó la víspera de su muerte, la Virgen de Belén, a la que profesaba singular devoción, se le presentó varias veces, para revelarle lo futuro y reconfortarle en sus penitencias. Otros testigos en su proceso de beatificación deponen que mientras atendía sus obligaciones en el refectorio, la cocina o la portería, experimentaba raptos extáticos, y en sublime arrobamiento se le veía elevarse del suelo, aureolado por un vivísimo resplandor.

En 1645 enfermó de disentería, y en esta oportunidad su celda fue visitada, una vez más, por los encumbrados persona-

jes de Lima, a cuya cabeza hallábase el virrey, marqués de Mancera. Murió el 17 de septiembre de dicho año, de más de sesenta años de edad.

Concurrieron al entierro del humilde lego el mismo virrey, el arzobispo, todas las comunidades y corporaciones religiosas y civiles limeñas y una muchedumbre que le aclamaba ya por digno de ser exaltado a los altares. Sus reliquias, así como sus estampas y retratos, se disputaban con gran fervor, pues era notorio que obraban prodigios. Al cabo de un año de su fallecimiento, fue trasladado el cadáver a otra sepultura dentro del mismo convento en que el Beato se había santificado. Se halló entonces el cuerpo incorrupto y exhalando una singular fragancia.

Son innumerables los prodigios que se leen en sus biografías. Curaciones sobrenaturales, apariciones extraordinarias... Daremos lugar aquí a un suceso notable ocurrido después de su muerte y que, según tradición constante en Lima, merece entero crédito.

> En un lugar cercano a la capital del Perú, el santo, antes de profesar, había cuidado el ganado de un vecino distinguido. En aquel sitio se alzaban varios naranjos, y en uno de ellos, abriendo la corteza, el devoto pastor talló una cruz: al pie de ella rezaba y de ese árbol colgaba su rosario. Quince años después de su fallecimiento, el propietario de aquella arboleda ordenó talarla, y precisamente el día en que la Iglesia conmemora el triunfo de la Santa Cruz, el leñador que ejecutaba la tarea descubrió en el interior de uno de los árboles dos cruces del tamaño de una cuarta. Admiráronse todos, y al punto se improvisó una fervorosa procesión, que condujo las cruces con todo respeto a lugar sagrado.

Los portentos que en vida había obrado el siervo de Dios, la pública voz y fama de sus virtudes y la devoción general, enfervorizada aún más después de su tránsito ante el creciente número de prodigios que seguía consumando en cuantos acudían a solicitar su intercesión, movieron a sus hermanos de Orden a interesar de las autoridades eclesiásticas la apertura de informaciones fundadas en la virtud, pureza de vida y milagros del lego Masías, a fin de ponerlas a los pies del Pontífice e impetrar que fuese incluido en el catálogo de los escogidos. Declararon más de 150 testigos y todos coincidieron en ponderar la virtud santa y ejemplar del caritativo religioso.

La beatificación vino al fin, la proclamó el papa Gregorio XVI el 16 de septiembre de 1840 y fue canonizado el 28 de septiembre de 1975 por el papa Pablo VI.

GUILLERMO LHOMANN VILLENA

Bibliografía

Las informaciones diligenciadas en el Perú para impetrar la beatificación de Masías obran en doce legajos existentes en el Archivo Arzobispal de Lima. Testimonio extractado de la causa se conserva en el archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, entre los fondos procedentes de la Embajada cerca de la Santa Sede (legajo 153).

MELÉNDEZ, J., OP, *Vida del Venerable Siervo de Dios F. Iván Masías...* (Roma 1682).

MENDIBURU, M. DE, *Diccionario histórico-biográfico del Perú,* V (Lima 1885) 221-223.

SAN ANDRÉS KIM TAEGÓN

Presbítero y mártir († 1846)

Andrés Kim Taegón encabeza la lista de los mártires cuya memoria litúrgica se celebra el día 20 de este mismo mes, junto con los ciento tres mártires de Corea, a quienes el papa Juan Pablo II canonizó solemnemente el 6 de mayo de 1984 en la capital coreana, Seúl. (Cf. biografía día 20).

Nació en Solmoi, provincia de Chungchong, el 21 de agosto del año 1821. Hijo del futuro mártir San Ignacio Kim Che-jun, catequista de la comunidad católica de su pueblo, y de su esposa, igualmente cristiana, Ko Úrsula. Educado cristianamente por sus padres, fue bautizado en 1836 cuando San Pedro Maubant visitó su pueblo en junio de aquel año. El P. Maubant se dio cuenta de las extraordinarias cualidades del joven Andrés y le pidió a su padre permiso para llevarse consigo al muchacho a fin de formarlo más esmeradamente y encaminarlo al sacerdocio. El muchacho estuvo de acuerdo e Ignacio dio la licencia. El 11 de julio de aquel año Andrés empezó en casa del P. Maubant sus estudios en orden al sacerdocio. El chico no tenía una salud del todo buena. El P. Maubant consultó con los misioneros franceses de Macao, si les podía mandar a Andrés y a otros dos jóvenes para que en Macao se prepararan al sacerdocio.

Obtenido el consentimiento, los jóvenes fueron acompañados por varios católicos y cruzaron la frontera con China, lle-

gando a Macao a través de Manchuria y Mongolia el 6 de junio de 1837 a los seis meses de su partida de Hanyang. Por entonces Macao estaba en manos portuguesas y los europeos usaban su puerto como sitio de entrada a Asia. En dicha ciudad el P. Labois era el representante de la Congregación de Propaganda Fide. Él recibió a los muchachos y tomó la determinación de prepararlos por sí mismo junto con los otros misioneros. Consta la buena impresión que los tres jóvenes causaron en los misioneros. Andrés es calificado de activo, preciso, obediente y valiente, capaz de resolver problemas con eficacia. Los estudios hubieron de alternarlos entre Macao y Manila.

Pero cuando menos lo esperaban, hubieron de interrumpir sus estudios. Pues en el curso de la «Guerra del opio» llegaron a Macao barcos franceses que pidieron a los misioneros les proporcionasen intérpretes. Se entendió que era una buena ocasión para devolver los jóvenes a Corea, donde serían ordenados sacerdotes. Andrés y el P. Maistre se embarcaron en el Erigon y Tomás y el P. Brunière en el Favorite. Pero como la «Guerra del opio» llegó a un precipitado fin cuando Inglaterra impuso a China sus condiciones de paz, el almirante Cecile cambió sus planes y dejó a Andrés y al P. Maistre a bordo de un barco chino que les llevó a Manchuria (25 de octubre de 1842). Desde allí planearon viajar hasta Choson pero el obispo de Manchuria, monseñor Verolles, pensó que esto era demasiado peligroso y les persuadió a cambiar de plan.

Pero para entonces el padre de Andrés, Ignacio, había sido arrestado (junio de 1839), denunciado por su yerno. Luego de prisión, torturas y juicio, fue decapitado en agosto de dicho año. Le habían recriminado haber enviado a su hijo al extranjero. Por fin Andrés decidió marchar a Corea con dos guías, sin el P. Maistre. En el camino a Pekín encontró al coreano Francisco Kim que le informó de la persecución. Supo la muerte de su padre y la pobreza a que había quedado reducida su madre. La persecución parecía calmada pero podía recrudecerse en cualquier momento. Luego de plantearse la ruta a seguir, Francisco Kim decidió marchar hacia Pekín, mientras que Andrés decidió viajar solo y encontrar una forma de introducir de incógnito al P. Maistre por la frontera. Se unió a un grupo de coreanos y

pasó con relativa facilidad la frontera pero cuando al hospedarse en una posada vio que el dueño le tomaba por sospechoso, se dio cuenta de su precaria situación y volvió atrás, acudiendo tras algunas peripecias a donde estaba el P. Maistre. El obispo Ferreol decidió que ellos deberían esperar hasta la vuelta de los emisarios de Pekín en la esperanza de que Francisco Kim pudiera ayudarles. Éste regresó el 24 de enero de 1844 pero con la certeza de que no había manera de introducir de incógnito a los misioneros. El obispo decidió enviar a Andrés para encontrar otra ruta hacia Corea. Tras volver de su expedición, Andrés fue a Palkaja en la Mongolia interior. A mediados de diciembre de 1844 él recibió de manos del obispo Ferreol las órdenes menores, el subdiaconado y el diaconado, difiriéndose por entonces el sacerdocio. El 1 de enero de 1845 llegaba a Pyon-mun, donde halló que la embajada coreana había vuelto y cruzando la frontera entraba en China. Sus noticias eran que el gobierno coreano extremaba las medidas para impedir la entrada de los misioneros franceses, describiendo cómo eran los tres ejecutados en 1839.

Descartado el cruzar la frontera por tierra, se pensó en la vía marítima pero resultó no menos imposible. Entonces Andrés decidió, como hizo, cruzar la frontera en el mismo mes de enero de 1845 llegando el día 15 a Hanyang. El 24 de febrero él y once católicos se hicieron a la mar en un pequeño barco, pasando por una gran tempestad en la que recurrieron a la Virgen María cuando todo parecía perdido y habían tenido que desprenderse de un mástil. Pidieron socorro a una nave que pasaba y los socorrió y recogió. No sin problemas llegaron a Shangai donde los recibió el cónsul inglés avisado por monseñor Ferreol y los puso en contacto con el P. Gotteland, jesuita, al que Andrés conocía de Macao. Pocas semanas más tarde el obispo Ferreol y también San Antonio Daveluy llegaban a Shangai. El 17 de agosto de 1845 en la capilla de la misión católica de Kinchaham mons. Ferreol ordenaba presbítero a Andrés, siendo el primer nativo coreano que accedía al sacerdocio. Andrés se ofreció a Dios de todo corazón, deseando poner toda su vida al servicio del evangelio y no descartando rubricar su ministerio con el martirio, si ésta era la voluntad de Dios.

Los trabajos de la reparación del barco en que habían llegado a China continuaron hasta que el 31 de agosto pudieron el obispo, San Antonio Daveluy, Andrés y los marineros embarcarse en él para Corea. Tras pasar una tormenta, llegaron a la isla de Cheju, muy lejos de su destino, y desde allí partieron para la costa de la provincia de Cholla y por fin el 10 de octubre de 1845 llegaban a la villa de Hwansanpo. El obispo se quedó en aquella villa, San Antonio Daveluy se marchó a otra, y Andrés se fue a Hanyang para preparar la casa adquirida el año anterior para el obispo. Pidió a los católicos fuesen muy cautos en las demostraciones de alegría por su llegada y pudo volver a ver a su madre después de diez años de no verla.

Llegado el invierno fue a buscar al obispo y se lo trajo a la capital. Se le asignó Yongin como sitio de su ministerio. Se movió por toda el área, enseñando e instruyendo a las comunidades, y viajando sobre todo de noche. A comienzos de 1846 visitó al obispo de nuevo y estuvo con él un tiempo, volviendo luego a su pueblo. Cada año en primavera, la flota pesquera china llegaba a la costa de la provincia de Hwanghae. El obispo decidió utilizar esta oportunidad y envió a Andrés para confrontar la situación allí. Andrés partió el 14 de mayo con siete compañeros y empleó doce días explorando la costa noroeste. Había completado su misión y estaba a punto de volver cuando se produjo el desastre. Andrés se había acercado al capitán de un barco chino y le había rogado que se hiciera cargo de una carta del obispo Ferreol para los PP. Berneux, Maistre y Labois e igualmente le pidió llevara dos copias de los mapas de las islas y de los lugares de la costa. Hecho esto volvió con sus compañeros al puerto de la isla Sunui, pero se encontró con que un oficial le arrestaba, lo maniataba y lo maltrataba, según él comunicaba desde la cárcel al obispo el 26 de agosto de 1846. Andrés reconoció ser católico. El tribunal imperial tomó el asunto seriamente y lo puso en conocimiento del rey. El rey Hon-chong trató el tema con sus consejeros y mandó investigar a fondo la situación. El 14 de junio la policía recibió la orden de enviar oficiales para llevar los prisioneros a la capital y para clarificar la situación. Andrés y sus compañeros comparecieron ante el superintendente de la provincia de Hwanghae y fueron sometidos a

repetidos interrogatorios. Andrés no tuvo empacho en contar su vida y decir que estaba en Corea para difundir el evangelio.

Se le creía chino por haber sido encontrados objetos chinos en su poder pero él insistió siempre en que era coreano. Explicó en los interrogatorios la doctrina cristiana, y los que le oían decían que era una doctrina buena pero prohibida por el rey. Los otros dos marineros capturados se vinieron abajo en la tortura. Declararon la dirección de Andrés en la capital, la de Tomás, el otro compañero de Andrés que hospedaba al obispo, y de otros católicos. Y dijeron que Andrés le había dado cartas a un capitán de barco, cartas que fueron confiscadas. Las condiciones de la cárcel fueron muy duras. Y la creencia de que Andrés era chino no terminaba de despejarse entre las autoridades. Llegados los oficiales de policía que venían a recogerlo, lo escoltaron hasta la capital, donde quedó recluido en la cárcel real, y fue repetidamente interrogado, procurando establecerse si era de verdad uno de los tres coreanos que habían marchado a Macao a estudiar. Cuando se le intimó la apostasía diciéndole que así lo mandaba el rey, Andrés contestó que Dios está por encima del rey. Confesó su fe católica, se negó a decir quiénes eran los misioneros y no tradujo sino lo que creyó oportuno de las cartas confiscadas. En los catorce interrogatorios que constan se le hizo, no negó su fe ni su sacerdocio, pero evitó cuidadosamente cuanto pudiera dañar a los demás fieles. Desde la cárcel escribió al obispo, recomendándole a su pobre madre, y escribió a los fieles, animándolos a la perseverancia.

La sentencia de muerte llegó el 15 de septiembre de aquel año 1846. El motivo: profesar una religión herética y ser traidor a su país. Al día siguiente fueron a buscarlo, leyeron el decreto de condena a muerte y la decisión de ejecutarlo enseguida. Una multitud se reunió para asistir a la ejecución. Se le permitió hablar y dijo que moría únicamente por su religión.

Cuando terminó de hablar, los verdugos lo desnudaron, le pusieron aretes en las orejas y le pintaron la cara. Entonces, poniéndole pértigas bajo sus sobacos, le dieron tres vueltas delante de los soldados. Fue obligado a arrodillarse y le cortaron cabello. Doce verdugos medio borrachos con una espada cada uno bailaron en círculo alrededor de él. Cada uno de los verdu-

gos le dio una cuchillada en el cuello, y a la octava su cabeza cayó cortada. Le fue entregada al oficial, que certificó la muerte y mandó dar cuenta a la corte. Enterrado en el mismo lugar del suplicio, sus restos fueron luego llevados a Mirinae, donde hay una capilla con su tumba.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 17 (1925) 366s; 60 (1968) 657-661; 585-591; 80 (1988) 1375s.

BAUMANN, E., *Les martyrs coréens (1838-1846). La légende dorée au delà des mers* (París 1930).

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.363-370; 454-455; 591-592; 808-809; 1269-1270.

DALLET, C., *Histoire de l'Église de Corée* (París 1874).

DANTEM, G., *Seme di cristiani nel paese del mattino sereno: i 24 martiri di Corea 1866-1867* (Roma 1968).

ECHEVERRÍA, L. DE, «Beatos mártires de Corea», en L. DE ECHEVERRÍA - B. LLORCA, SI (dirs.), *Año cristiano,* III (Madrid 1959) 715-719.

The korean martyr saints. Founders of a Church (Seúl 1996).

VÉRINAUD, J., *Lumière sur la Corée: les 103 martyrs* (París 1984).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA EUFEMIA
Virgen y mártir († 304)

Eufemia padeció martirio en Calcedonia, donde por siglos se veneró su tumba y donde se levantó en su honor una basílica, convertida en más célebre por haber tenido lugar en ella el Concilio Ecuménico del 451 en que fue condenada la herejía monofisita. La santa, que era una virgen cristiana fervorosa, debió de padecer el martirio, luego de ser atormentada en vano en busca de su apostasía, en la persecución de Diocleciano y Maximiano. Hay una homilía del propio siglo IV de Asterio de Amasea y por ella sabemos que los cristianos se reunían en torno a su sepulcro en el día de su martirio para la celebración de la asamblea cristiana y que se le había dedicado ya una iglesia. Según este mismo autor, Eufemia murió en la hoguera. Posteriormente se escribiría una *passio* con detalles legendarios. Parece

que la difusión extraordinaria de su culto estuvo ligada a la celebración en su basílica del citado Concilio.

SAN NINIANO
Obispo († 432)

A San Niniano se le tiene por un misionero escocés que *plantó* el cristianismo en la Escocia meridional y estableció allí la vida monástica al fundar el monasterio de Candida Casa. Según San Beda el Venerable, fue instruido en la fe cristiana en Roma. Consagrado obispo, predicó con éxito el evangelio a los pictos meridionales, construyó una iglesia de piedra, dedicada a San Martín de Tours y en la que su cuerpo fue enterrado y venerado. Se discute la fiabilidad de los datos proporcionados por San Beda. Ciertamente desde mediados del siglo V Candida Casa fue un centro de estudios para los monjes galeses y escoceses. Las peregrinaciones a la tumba de San Niniano continuaron durante la Edad Media.

SANTOS ROGELIO Y SERVIDEO
Mártires († 852)

Su martirio nos llega en la pluma de San Eulogio de Córdoba *(Memorial de los santos* II, XII). Eran dos monjes que el día 16 de septiembre del 852 entraron en una mezquita cordobesa, quizás la mezquita mayor, y denigraron a Mahoma como falso profeta y al Islam como falsa religión. Poco faltó para que allí mismo fueran linchados, impidiéndolo un cadí que asistía a la oración. Llevados primero a la cárcel y sometidos luego a juicio, repitieron sus palabras y fueron condenados a muerte como blasfemos. Primero les cortaron las manos y las piernas y luego fueron decapitados. Sus cuerpos, colgados de sendos palos, quedaron expuestos al otro lado del río Guadalquivir. No dice San Eulogio de qué monasterio procedían, sino sólo que ambos se habían conocido en Granada.

Rogelio era del pueblo granadino de Parapanda y era ya un hombre mayor. El otro, llamado Servideo (en árabe Abdallah),

había venido de Oriente en peregrinación unos años antes. Ambos eran eunucos. Ambos tomaron la determinación de presentarse en la mezquita y hacer su profesión de fe. La audacia de estos dos mártires colmó la paciencia de las autoridades cordobesas que tomaron la iniciativa de convocar el concilio del verano del 852, que prohibiría en adelante las confesiones espontáneas pero sin condenar a los mártires. Éste fue el último martirio del reinado de Abderramán II.

SANTA LUDMILA

Mártir († 921)

Nacida hacia el año 859, hija del duque Slavibor de Milsko, casó hacia 873 con Borivoj, duque de Bohemia. El matrimonio tuvo tres hijos y tres hijas. Su llegada a la fe católica se debió a la obra evangelizadora de San Metodio, el cual atrajo a la fe al duque y lo bautizó en Velebrad en 874, y envió a la corte a su discípulo Pablo, el cual instruyó en la religión cristiana a la duquesa, y el propio San Metodio la bautizó. Su conversión fue muy sincera pues en adelante Ludmila practicó con todo interés el cristianismo, se volcó en obras de religión y caridad, compartió con su esposo el interés por la edificación de iglesias y apoyó con gran celo la difusión del cristianismo en Bohemia.

Muerto su esposo en 894, se dedicó a la piedad y las buenas obras, pero, muerto a su vez su hijo Bratislao, quedó al cuidado de su nieto primogénito Wenceslao, cuya madre Drahomira se volvió celosa de la influencia de la abuela sobre el nieto. Ludmila intentaba sobre todo infundir sentimientos cristianos en el joven príncipe. Vista la envidia de su nuera, decidió abandonar la corte y marchar al castillo de Tetín. Pero allí la fue a buscar el odio. Ludmila, advertida de que querían asesinarla, recibió los sacramentos y se preparó para la muerte. Y, en efecto, el 16 de septiembre de 921 un grupo de asesinos logró introducirse en el castillo y estrangularla. Más tarde, cuando San Wenceslao tomó el poder personalmente, hizo trasladar el cuerpo de su abuela a Praga. Su memoria se celebra el 16 de septiembre.

SANTA EDITH
Virgen († 984)

Edith era hija natural del rey Edgard y de una joven llamada Wulfrida, que no era esposa del monarca. Nació en Kemsing el año 961 aproximadamente. Cuando era una niña pequeña la madre la llevó al monasterio de monjas de Wilton para que allí fuera criada y educada, y llegada a la adolescencia permaneció allí por voluntad propia, profesando como monja. Dada su condición de hija del rey por una parte y sus excelentes cualidades por otra, se la quiso hacer abadesa de su monasterio y aún de otros, pero ella rehusó siempre alegando que prefería servir a sus hermanas con humildad al estilo de Santa Marta en el evangelio. Murió el 16 de septiembre de 984 en su monasterio de Wilton y se ha dicho de ella, como recoge el *Martirologio,* que más bien hay que decir que ignoró el mundo, no que lo dejó.

BEATO VÍCTOR III
Papa († 1087)

A la muerte en el destierro de Salerno del papa San Gregorio VII el 25 de mayo de 1085, la Iglesia se halló en una delicada situación. En Roma pontificaba como si fuera papa Guiberto de Rávena, usando el nombre de Clemente III, apoyado por un grupo importante de cardenales y sostenido por su fautor el emperador Enrique IV. Los seguidores de San Gregorio VII nombraron papa al abad Desiderio de Montecasino, uno de los que el moribundo Gregorio VII había indicado como dignos del pontificado. Pero el abad se mostró muy reacio a aceptar la tiara y dejó pasar todo el año 1085 sin dar su consentimiento. Expuso su negativa a Jordán, príncipe de Capua, a la condesa Matilde y a los cardenales, y decía que lo oportuno era convocar un concilio y que fueran los obispos todos los que en las duras circunstancias de la Iglesia eligiesen un nuevo pontífice. Por fin se decidió en la Pascua del año siguiente y para ello pasó a Roma, donde el partido imperial se levantó en armas en el Capitolio e impidió que Desiderio, que tomaba el nombre de Víctor III, fuera consagrado en el Vaticano. Desiderio aprovechó el

tumulto para huir a Montecasino, sin querer vestir las insignias pontificias. Por fin, en marzo del año siguiente se tuvo un sínodo en Capua que ratificó su elección, y Víctor, apoyado por los normandos, pudo consagrarse en San Pedro.

Clemente III se atrincheró en el Panteón. Volvió Víctor a Montecasino pero la condesa Matilde lo convenció de que regresara a Roma y aquí se instaló en la Isla Tiberina al amparo de la propia condesa, pero volvió después a dejar la Ciudad Eterna y a irse a su monasterio. En agosto de 1087 celebró un sínodo en Benevento, prohibiéndose en él las investiduras, la simonía y la recepción de los sacramentos por parte de los sacerdotes partidarios de Enrique IV, y renovó la excomunión contra Clemente III. Se sintió morir y pidió lo llevasen a Montecasino, donde acabó su vida el 16 de septiembre de 1087. Pertenecía a la familia de los condes Marsos y había nacido en Benevento. Profesó de joven la vida monástica, pasando por varios monasterios, y por último fue al de Montecasino donde sería elegido abad en 1058. Construyó la gran basílica, impulsó los estudios y desempeñó varias misiones que le encomendaron los papas. Tuvo la plena confianza de Gregorio VII. Fue vicario papal para Campania, Calabria, Capua y Pulla, cargo que llevó adelante con enorme capacidad y responsabilidad, pensando sólo en el bien de la Iglesia. Fue un hombre de paz, amante de la buena convivencia y de la reconciliación, que intentó un acercamiento entre Gregorio VII y Enrique IV, lo que no terminó de gustar al papa que no por ello retiró al abad su favor. Éste le fue absolutamente fiel y le acompañaba a la hora de su muerte en Salerno. Su culto como santo comenzó a continuación de su muerte.

SAN VITAL DE SAVIGNY
Abad († 1122)

Nace hacia el año 1063 y en su juventud se decide por la vocación eclesiástica. Es capellán del conde Norberto de Mortain y luego canónigo en esta ciudad. Pero busca una vida retirada y entregada a la contemplación de las cosas divinas y en 1105 se va a Dampierre a llevar vida solitaria. Pero pronto se le unen seguidores y con ellos funda la abadía de Savigny (1112), propo-

niéndose una observancia rigurosa y austera de la Regla de San Benito. Como primer abad de dicha casa no se siente dispensado del deber de la predicación y recorre los pueblos de Francia e Inglaterra impulsando a todos a una vida más cristiana y a vivir en paz y unión. Hablaba con grande y admirable libertad evangélica. Interviene en el sínodo de Reims de 1119 y habla delante del papa Calixto II, recibiendo de éste el elogio de no haber oído a nadie presentar la verdad con tanta fuerza y valentía. Muy sensible a las necesidades de los pobres, construyó asilos para los huérfanos y refugios para los peregrinos y extranjeros, y procuró sacar a las prostitutas de su vida buscándoles honestos matrimonios. Ayudó a Roberto de Abrissel en la fundación del monasterio de Fontevrault. Y surgieron filiales de su monasterio tanto en Francia como en Inglaterra. Presidía en Dampierre la recitación del oficio de la Virgen María en el coro cuando murió el 16 de septiembre de 1122. Su cuerpo fue llevado a Savigny. Esta abadía, más tarde, se pasaría a la reforma del Císter.

BEATOS DOMINGO SHOBIOYE, MIGUEL TIMONOYA Y PABLO TIMONOYA

Mártires († 1628)

Son muy pocos los datos que se tienen de estos mártires, de los que consta, sin embargo, su martirio que tuvo lugar en Nagasaki el 16 de septiembre de 1628 siendo decapitados en la Colina de los mártires. Eran Domingo Shobioye (Xubioye o Xobioje), terciario dominico, Miguel Timonoya (Fimonoya) y su hijo Pablo, ambos igualmente de la Orden Tercera Seglar de Santo Domingo. Su martirio indica su perseverancia en la fe y sin duda su colaboración con los misioneros. Fueron glorificados el 7 de julio de 1867 por el papa Pío IX en la ceremonia de beatificación de 205 mártires de Japón.

BEATO IGNACIO CASANOVAS PERRAMÓN

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Igualada (Barcelona) el 15 de junio de 1893 y recibe una esmerada educación cristiana en el seno de su hogar. Quedó huérfano de padre a los 7 años. Como alumno del colegio de los escolapios, sintió el atractivo por la actividad de esta Orden dedicada a la formación cristiana de la juventud. Los escolapios se encargaron de cultivar esta incipiente vocación y se decidió por fin a ingresar en el estudiantado de Irache, de donde pasó a Tarrasa e hizo la profesión religiosa el 8 de diciembre de 1914. Prosigue sus estudios y se ordena sacerdote el 17 de septiembre de 1916. Pasó sucesivamente por los colegios de Tarrasa (1918), Villanueva y Geltrú (1918), Olot (1920), y Barcelona, en el colegio de Nuestra Señora (1921), donde estuvo hasta su martirio. Era músico y pianista. Dedicado por entero a su ministerio, frecuentaba también el postulantado de Alella porque un hermano suyo estaba allí de director. Llegado julio de 1936, pasaba unas vacaciones en la finca de su familia, llamada Can Brunet, en el término municipal de Odena. Fue con él su madre. Desencadenada la persecución religiosa contra edificios y personas a partir del 18 de julio, le aconsejaron se fuera a Barcelona a fin de pasar más inadvertido, pero él no quiso dejar a su madre. Celebraba la misa en la capilla de la casa y se prestaba a dar los sacramentos a los moribundos pese al riesgo. El día 15 de agosto dijo allí la misa y a la mañana siguiente, muy temprano, sin que estuviera su madre, vio venir un grupo de milicianos. Pudo huir, pero registraron la casa y echaron al fuego todos los objetos religiosos de la capilla, llegando su madre mientras lo hacían y viéndolo todo él desde un escondite. Una vez se fueron los milicianos y volvió a la casa, quedó con la certeza de que le esperaba el martirio y se preparó para él espiritualmente con la oración. El día 16 de septiembre a mediodía vinieron por él, consoló a su madre y se fue con ellos. Tomaron el camino de Odena y le avisaron que iban a fusilarlo. Le dieron tiempo para que se arrodillara y rezara, y apenas empezado el padrenuestro lo abatieron a balazos, oyendo su madre los disparos.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS LAUREANO (SALVADOR) FERRER CARDET, BENITO (MANUEL) FERRER JORDÁ Y BERNARDINO (PABLO) MARTÍNEZ ROBLES

Religiosos y mártires († 1936)

Ocupada la casa-noviciado de San José, de Godella (Valencia), de los religiosos terciarios capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, por los milicianos en las primeras horas del día 25 de julio de 1936, los religiosos fueron recluidos en el noviciado mientras que los milicianos se hacían cargo de los novicios. Los pusieron frente a la pared e hicieron el simulacro de que los iban a fusilar. Uno de los sacerdotes les dio la absolución. Y entonces entraron otros milicianos que impidieron el fusilamiento, y posteriormente echaron a los religiosos de la casa. El P. Laureano con otros religiosos se trasladó a Torrent a casa de una señora, avisando a las autoridades el sitio de su hospedaje, y de allí fueron sacados para la cárcel el día 13 de septiembre el P. Laureano, su hermano Benito, también religioso de su congregación, y el hermano Bernardino, siendo fusilados el día 16 de septiembre en el término municipal de Turís. Éstos son sus datos:

SALVADOR FERRER CARDET era natural de Burriana, Castellón, donde nació el 13 de octubre de 1884 en el seno de una cristiana familia. A los 11 años ingresa en la escuela seráfica de los terciarios capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores en el convento de Nuestra Señora de Monte Sión de Torrent. El 8 de diciembre de 1899 viste el hábito religioso y toma el nombre de fray Laureano María de Burriana. Se ordena sacerdote en septiembre de 1907. Entre 1907-1913 está destinado en el Monasterio de Yuste y ese año se le envía a la Escuela de Reforma de Santa Rita, de Madrid. Pasa luego al noviciado de San José, de Godella, siendo consiliario, vicemaestro de novicios y superior. Pasa luego por las casas de Madrid, Teruel, Godella y Dos Hermanas, regresando en 1934 al noviciado de Godella, donde le coge la guerra española. Era vicesuperior.

MANUEL FERRER JORDÁ era hermano mayor del mártir anterior, hijo del primer matrimonio de su padre. Nació en Burriana el 26 de noviembre de 1872. Pierde a su madre en la infancia. En 1890 decide su vocación religiosa e ingresa en la congrega-

ción de los religiosos terciarios capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores. Al entrar en el noviciado cambia su nombre por el de fray Benito María de Burriana. Profesa el 27 de mayo de 1892 en calidad de hermano. Fue limosnero la mayor parte de su tiempo de vida religiosa, dando ejemplo de humildad, sencillez y bondad y siendo un alma de profunda oración. Destinado primero en la casa de Santa Rita, de Madrid, pasa luego a la colonia de San Hermenegildo de Dos Hermanas, donde está hasta 1927, pasando seguidamente a Zaragoza. Estaba destinado en la Fundación Caldeiro, de Madrid, cuando llega la guerra de julio de 1936. Expulsado de su convento, que sería convertido en checa, buscó amparo entre sus familiares de su pueblo natal, pero le dijeron que era mejor buscara otro asilo y entonces se fue con su hermano menor fray Laureano que estaba, como queda dicho, en Torrent. Aquí correrá la suerte de éste.

PABLO MARTÍNEZ ROBLES nació en Andújar, Jaén, el 28 de enero de 1879. Muy joven tiene que dejar la escuela para ayudar a sus padres con su trabajo como agricultor y talabartero. Luego se coloca en un cortijo y luego pasa a Córdoba, donde conoce a los famosos ermitaños de la serranía que le invitan a compartir su vida. Pero viendo que no era ésta su vocación, ingresa en la congregación de los terciarios capuchinos en Yuste (1906) y al tomar el santo hábito recibe el nombre de fray Bernardino María de Andújar, emitiendo sus votos como hermano coadjutor el 15 de abril de 1909. Pasa por las casas de Yuste, Santa Rita, de Madrid, Dos Hermanas, Zaragoza, Torrent y Godella, donde estaba al iniciarse la guerra de 1936. Al ser tomada la casa por los milicianos, marcha con el P. Laureano y corre su suerte.

Los tres fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

17 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, San Roberto Belarmino († 1621), obispo, cardenal y doctor de la Iglesia, religioso jesuita **.
2. En Milán (Liguria), San Sátiro († 379), hermano de San Ambrosio *.
3. En Liège (Austrasia), San Lamberto († 705), obispo de Maastricht y mártir *.
4. En la selva de Argonne (Austrasia), San Rodingo o Rouin († 790), abad del monasterio de Beaulieu.
5. En Córdoba (Andalucía), Santa Columba († 853), virgen y mártir *.
6. En Melinais (Angers), San Reginaldo († 1104), ermitaño.
7. En el monasterio de Rupertsberg, junto a Bingen (Hesse), Santa Hildegarda († 1179), virgen, abadesa benedictina *.
8. En Avigliana (Italia), Beato Querubín Testa († 1479), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.
9. En Zaragoza, San Pedro de Arbués († 1485), presbítero, canónigo regular, mártir **.
10. En Hué (Annam), San Manuel Nguyen Van Trieu († 1798), presbítero y mártir *.
11. En Génova (Liguria), San Francisco María de Camporosso († 1866), religioso capuchino **.
12. En Castillo de Villamalefa (Castellón), Beato Juan Ventura Solsona († 1936), presbítero y mártir *.
13. En Madrid, Beato Timoteo Valero Pérez († 1936), presbítero, de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártir *.
14. Junto a Palmira (Polonia), Beato Segismundo Sajna († 1940), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN ROBERTO BELARMINO

Doctor de la Iglesia († 1621)

Se clausuró el magno concilio de Trento muy poco después que Belarmino se consagrara a Dios con sus primeros votos. Se seguían sus incidencias con pasión. Las conversaciones de los primeros años de vida religiosa de nuestro santo tuvieron mu-

chas veces que girar en torno al magno concilio que había logrado estructurar los problemas básicos de teología en forma orgánica y dictaminar sabias medidas de auténtica reforma.

Lo que ahora urgía era llevar a la práctica los decretos. Ésta fue la misión de Belarmino. Toda su vida girará en torno a la órbita de Trento.

Ya su vocación a la Compañía de Jesús había nacido bajo el signo de la renovación espiritual. Sobrino del papa Marcelo II, cuando más en auge estaba el nepotismo pontificio, amante de la literatura, música, arte, se sintió atraído hacia las bellezas del mundo clásico. Virgilio constituía sus delicias desde los primeros años.

Por su familia, talento y aficiones estaba destinado al fausto y brillo de la corte pontificia. Parecía llamado para brillar en el firmamento del Renacimiento italiano. Pero su santa madre, Cintia Cervini, velaba por él. Le hizo ver lo peligroso de aquella dorada escala. El mismo joven, con su característica ingenuidad, nos descubre sus reacciones íntimas.

> «Estando durante mucho tiempo pensando en la dignidad a que podía aspirar, me sobrevino de modo insistente el pensamiento de la brevedad de las cosas temporales. Impresionado con estos sentimientos, llegué a concebir horror de tal vida y determiné buscar una religión en que no hubiera peligro de tales dignidades».

Misterios de Dios. La decisión firme de huir del episcopado y del cardenalato fue el móvil de la vocación religiosa del único santo jesuita obispo y cardenal.

Dios a este hombre sediento de humillaciones le deparó triunfos insólitos, como muy pocos hombres los han experimentado. Fue el ídolo de amplios sectores, recibió el aplauso frenético de la muchedumbre, que salía de sí por oír su palabra y devoraba sus libros con avidez.

Ya en Florencia, en Mondovi y sobre todo en Lovaina, antes todavía de ser sacerdote, se reveló como orador excepcional. Llegó a escribir el superior de Roma que «nunca hombre alguno había hablado como el joven Belarmino». Desde 1569 se convierte en el predicador nato de los universitarios. Profesores y estudiantes se apretujan en torno al púlpito del santo. La iglesia entera estaba llena de gente. Su predicación retórica y recargada

de metáforas al principio, conforme al gusto de la época, se transforma, gracias a un incidente fortuito —el extraordinario fruto que reportó de un sermón improvisado por fuerza—, en sencilla y eminentemente evangélica. Aun de naciones vecinas, e incluso de Inglaterra, venían herejes a oírle. Cada vez conseguía un fruto mayor. Conversiones, jóvenes que se retiraban a ejercicios o decidían abrazar la vida de perfección.

La predicación, con todo, no pasó de ser una de sus facetas. Pronto comenzó a descollar como teólogo, primero en la misma Lovaina y después en Roma. Las universidades principales de Europa, incluyendo la de París, se disputaban por contarle entre sus profesores. Pero los superiores juzgaron más conveniente que irradiase su saber desde el corazón de la cristiandad. Allá le esperaba su gran obra. Fundó la cátedra de controversias para pulsar el momento teológico y dar la verdadera doctrina sobre los errores que pululaban entonces por los centros universitarios.

El éxito provino principalmente del método que adoptó. Pasaba revista a los errores de los contemporáneos. Pero no se limitaba a refutarlos. Los herejes quedaban más bien, como en la *Suma* de Santo Tomás, de marco de encuadre, servían únicamente para delimitar el planteamiento vital del problema. Él iba derecho a la doctrina verdadera, exponía orgánicamente —siguiendo la estela del concilio de Trento— la verdad positiva, íntegra, total.

Belarmino no tenía carácter de polemista. Alma sencilla, casi ingenua, carácter compasivo, estaba hecho para la comprensión. El amor íntimo y apasionado a la Iglesia —supremo ideal de su vida— fue el gran motivo que le llevó a estudiar los errores de los heresiarcas.

Sus discípulos, que corrían a sus clases, como antes en Lovaina habían afluido a los sermones, le pedían insistentemente que diese a la imprenta su exposición. Llegó a editar hasta veinte veces en treinta años el libro de las *Controversias*. Penetró en todas las universidades europeas y llegó a los más apartados centros de enseñanza. San Francisco de Sales, en su gran campaña contra los calvinistas, subía al púlpito armado de la Biblia y de Belarmino, como se llamaba en todas partes al gran libro.

Se dice que uno de los corifeos luteranos exclamó: «Este libro nos ha perdido».

No se limitó el santo a instruir a los doctos. Su amor a la Iglesia le llevó a atender también al pueblo sencillo, tan ignorante en el campo religioso. Para ellos compuso la *Doctrina cristiana breve,* dirigida directamente a los niños, y acompañada de otra *Declaración más copiosa* para los maestros. Este pequeño libro alcanzó uno de los éxitos más sorprendentes, comparable al que han alcanzado los libros más leídos de la humanidad. Hasta casi nuestros días se ha ido editando sin cesar. Baste decir que se ha traducido a más de cincuenta lenguas y que las ediciones llegan a lo largo de tres siglos y medio a edición por año.

Las facetas de orador, profesor y escritor no agotaron la actividad de Belarmino. El general de la Compañía de Jesús, Claudio Aquaviva, quiso que los jóvenes jesuitas se beneficiaran de su consejo e influjo. Le designó para la dirección espiritual de los que estudiaban en el Colegio Romano y después para rector del mismo centro. Tuvo Belarmino la dicha de contar entre sus hijos espirituales a San Luis Gonzaga.

Iba creciendo de tal modo la estima del Papa para con el docto y santo jesuita, que el padre general comenzó a temer que le nombrase cardenal. Para conjurar este peligro decidió sacarle de Roma y designarle provincial de Nápoles. No le valieron al padre Aquaviva estas medidas. Clemente VIII le creó cardenal. «Le elegimos —dijo— porque no hay en la Iglesia de Dios otro que se le equipare en ciencia y sabiduría». Belarmino se negó al principio a aceptar la alta dignidad. Alegó la incompatibilidad de su voto. El Papa lo anuló con su suprema autoridad y le mandó aceptar el cardenalato «en virtud de santa obediencia y bajo pena de pecado mortal». Por obediencia cambió su hábito, pero no el tenor de su vida. Con el mismo desinterés y abnegación de antes se dedicó al trabajo de las comisiones cardenalicias. Intervino en las cuestiones más espinosas, como las de Galileo y la reforma del calendario. Trabajó febrilmente en la edición definitiva de la *Vulgata.* Asesoró al Papa en toda clase de negocios con plena franqueza. Llevado, sin duda, de su alma sencilla y recta, que no entendía de astucia diplomática y de dilaciones, expuso algunos pareceres con demasiada sinceridad.

Parece que por ello cayó en desgracia del Papa, quien decidió alejarle de Roma y nombrarle arzobispo de Capua.

El nuevo pastor se dio a sus diocesanos con celo sin igual. Allá pudo simultáneamente predicar, enseñar, escribir, organizar, explicar la doctrina cristiana. Abrazó toda clase de actividades. Realizó una reforma comparable, en pequeño, a la de San Carlos Borromeo.

Entró en tres conclaves. Llegó a tener en unos hasta 14 votos para Papa. Tal vez le habrían elegido si no hubiera sido jesuita. En esos momentos en que se hablaba de su ascensión al trono, su jaculatoria favorita y su oración ininterrumpida era: «Señor, elige al más apto y líbrame del papado».

Dios no le había hecho para el pontificado. Tenía el santo que realizar su última misión. Dar al mundo entero ejemplo de humildad y pobreza. Al recién elegido Gregorio XV le pidió como grande gracia el poderse retirar, al menos largas temporadas, al noviciado de los jesuitas. Tenía ya cerca de setenta y ocho años. Allá simultaneaba las actividades de cardenal con la vida de un novicio.

Desgastado en su lucha por la defensa de la Iglesia, sus fuerzas iban fallando. Con todo, le quedó todavía un arma: la pluma. La piedad que rebosaba de su alma fue impregnando sus últimos opúsculos espirituales, llenos de suave unción.

Así se consumó la vida de este gran héroe. Había amado a la Iglesia con amor de enamorado. Dios le llamó a sí el 17 de septiembre de 1621. El Sacro Colegio quiso dejar constancia de los méritos del difunto cardenal. Escribieron en las *Actas,* entre otros elogios: «Varón esclarecido, teólogo eminentísimo, defensor acérrimo de la fe católica, martillo de los herejes. Varón piadoso, discreto, humilde, extraordinariamente limosnero».

Pío XI le beatificó el 13 de mayo de 1923, le canonizó el 29 de junio de 1930 y le declaró doctor de la Iglesia el 17 de septiembre de 1931.

IGNACIO IPARRAGUIRRE, SI

Bibliografía

Art. en A. BAUDRILLART - R. AUBERT (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et de géographie ecclésiastique.* VII: *Bavière-Benoist* (París 1934) cols.798s.

Art. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* II/1: *Baader-Buzetti* (París ³1932) cols.560s.

Autobiografía, escrita en 1613 a instancias de M. VITELLESCHI, junto con otros documentos importantes. Se halla en gran parte en X. M. LE BACHELET, *Bellarmin avant le Cardinalat* (París 1911).

BRODRICK, J., SI, *The life and work of blessed Robert Francis cardinal Bellarmin, SJ (1542-1621),* 2 vols. (Londres 1928).

FIOCCHI, A., *Vida de San Roberto Belarmino* (Santander).

LA SERVIÈRE, J. DE, *La théologie de Bellarmin* (París 1909).

LE BACHELET, X. M., *Auctarium bellarminianum* (París 1913).

RYAN, E. A., SI, *The historical scholarship of Saint Bellarmin* (Lovaina 1936).

• Actualización:

GALEOTA, G. (ed.), *Roberto Bellarmino, arcivescovo di Capua, teologo e pastore della riforma cattolica.* Atti del Convegno internazionale di studi, Capua 28 settembre-1 ottobre 1988, 2 vols. (Capua 1990).

GODMAN, P., *The saint as censor. Robert Bellarmin between inquisition and index* (Leiden 2000).

LUJAMBIO ARIAS, L., *Origen y destinación de la copiosa declaración de la doctrina cristiana de Roberto Bellarmino* (Roma 1987).

SAN PEDRO DE ARBUÉS

Presbítero y mártir († 1485)

De estirpe acrisolada y noble, según documentan las crónicas, hijo de Antonio y de Sancha, Pedro de Arbués nació en Épila en 1441. Es casi el tiempo de la toma de Nápoles por Alfonso V de Aragón. También cuentan los cronistas que era muchacho precoz en los estudios. Sigue la gramática con tanto provecho, que bien pronto se entrega a la filosofía. Se le sabe puntual en la asistencia a las lecciones. Es, además, asiduo en el seguimiento de la doctrina; brillante y vigoroso en su argumentación; afable con sus camaradas, que todos eran pronto amigos suyos.

Apenas mediadas sus clases en el estudio general, se abrió ante Pedro de Arbués un nuevo horizonte. Llegan a sus oídos los edictos por los cuales se publica como vacante una de las prebendas atribuidas a la Corona de Aragón por el reglamento del Real Colegio de España en Bolonia. La fundación albornociana seduce al joven Pedro. Éste explica a sus padres lo que el Colegio representa en el mundo de la cultura: es el archivo de la ciencia, la suma de la buena educación, la cantera de donde se sacan los fundamentos que dan estabilidad a la República. Dudan mucho los padres, que tratan de retenerle cerca de sí, pero

al fin ceden: una beca en el colegio de Bolonia es la prueba de que su vástago quiere ser hijo de su propio esfuerzo.

Aunque tengan que lamentar y que sentir la ausencia, al fin lo despidieron. Antonio sabe reconocer el servicio común, y así admite que la marcha de Pedro a Bolonia sirve para difundir el propio saber, para dominar sus propias acciones. Le aconseja que mire siempre a Dios, que sea amigo de los virtuosos, sin esquivar la conversación de los menos ajustados. Le tranquiliza saber que el modo de vivir de los colegiales es el de una verdadera comunidad seglar, donde se sigue una auténtica observancia religiosa. En ella quiere Antonio que Pedro sea devoto sin superstición, y practicante sin hipocresía; que condene la obscenidad y la indignidad antes con el semblante que con la boca.

Así, presentado por el arzobispo de Zaragoza, tal como exigen los viejos estatutos, y justificando ser de linaje limpio, sin antecedentes de conversos, judíos, moros, herejes ni reconciliados; como hijo legítimo, mayor de edad y con estudios superiores, es admitido al fin en el colegio de Bolonia. Allá se encuentra en el ambiente que apetecía. Sus compañeros son exactamente lo que deseaba. Entre ellos figura quien será luego su confesor, Martín García, bien pronto obispo de Barcelona.

Maestro en filosofía y en teología en 1468, alcanza la láurea en 1473, y el diploma firmado el 27 de diciembre subraya las calidades de su mente; llena de virtudes, especialmente levantada por el magisterio. No menos descuella en su personal trato. Cumplió perfectamente lo que su padre le aconsejara. Quienes le conocieron —y declararon en el proceso de su beatificación—, le evocan de una manera tan firme, que todavía trasciende en sus relaciones la huella de su paso como una ola de olor de santidad. Así, recuerdan que este hombre, tan alto en las ciencias, era tan humilde en la vida, que no quiso que los criados barriesen su aposento, ejercitándose él mismo en tales quehaceres.

Desde Italia volvió a su Aragón nativo, y pronto le encontramos en la comunidad de canónigos regulares de la santa iglesia catedral de Zaragoza. Elegido en el otoño de 1474, profesó como canónigo regular el 9 de febrero de 1476. Dentro del cabildo fue ejemplo de clérigos, como había sido en Bolonia

ejemplo de estudiantes. No sólo acudía, sin excusa ninguna aun cuando podía tenerla, a las horas del coro, sino que disponía de sus propias rentas para distribuirlas entre los pobres. Muy pronto también el cielo lo quiso distinguir de una manera muy particular. Él iba a ser, entre nosotros, un nuevo Tomás de Canterbury.

Ya en este tiempo se había conseguido la unidad de España, y bajo el cetro de los Reyes Católicos se buscaba la unidad en la fe, creándose la Santa Inquisición. En la nueva forma de este alto oficio, la Inquisición es establecida en Aragón en 1484. No se encuentra persona más indicada para regirla que Pedro de Arbués. Juntamente con el dominico fray Gaspar Inglar de Benabarre, Pedro tiene que cargar sobre sus hombros la tarea de establecer este nuevo organismo. En principio rehusó, juzgándose incapaz, pero no tiene más remedio que acceder al nombramiento, porque no se ve persona más preparada. Pero era muy conocido como estudioso; nadie como él podía distinguir las herejías y calificarlas revisando los libros de los concilios y repasando los antiguos índices.

Apenas designado, reúne a un grupo de escogidos oficiales, y les expone el quehacer que pesa sobre ellos. Van a guardar la ciudad como centinelas, van a vigilar el rebaño como pastores; tienen que realizar la parábola de la separación de la cizaña del trigo. El fruto colmado de la fidelidad no puede destruirse por la obstinación de los falsos conversos. Convoca a las autoridades en la iglesia de San Salvador, y recibe el juramento público del justicia Juan de Lanuza. Hace difundir edictos generales que obliguen a revelar delitos y a denunciar delincuentes. Mas asegura que es preciso unir a la justicia la misericordia, y considera que toda pena debe ser un cauterio. Aquel mismo año de 1484 se empiezan a celebrar los autos de fe. En los meses de mayo y junio fueron castigados muchos herejes y falsos conversos, aprovechando Pedro la oportunidad para predicar con toda claridad, con vehemencia.

La empresa no pudo desarrollarse pacíficamente. Los numerosos judaizantes influyentes iniciaron alteraciones so pretexto del quebrantamiento de los fueros. Se enviaron embajadas a la Corte, entonces en Córdoba, y a la Santa Sede romana. Al

pontífice se le señalaban reservas de carácter teológico; a los reyes se les proponían socorros en dinero para las luchas contra los musulmanes. No obteniendo éxito con sus propuestas, empezaban a conspirar, reuniendo conciliábulos. En uno de ellos, en la casa de un gran letrado y bajo la presidencia de un rabino, se acordó acabar con el inquisidor, utilizando, incluso, el acero. Así, en efecto, fue, porque muy pronto la reja de la casa de Pedro de Arbués, en la calle del prior, apareció en un primer intento rota, sin que el escalo acabase en asalto y muerte.

Pensóse luego esperar una oportunidad. Precisamente porque Pedro era muy cumplidor de sus deberes como canónigo, y porque, a pesar de estar exento por la función que ejercía, acudía al rezo de los maitines, parecía conveniente utilizar esta ocasión, aguardando la noche. Una noche en que, según cuenta Antonio Agustín, la famosa campana de Velilla sonó, y sonó tan fuerte que hizo pedazos la cuerda de su lengüeta. Era el miércoles 14 de septiembre de 1485, día en que se había celebrado el triunfo de la Santa Cruz. Mientras Pedro, con una linterna en la mano, acudía a la catedral, estaban allí apostados los sicarios de la judería, entrados unos por la puerta principal y otros por la puerta de la prebostía.

El inquisidor pasó del claustro a la iglesia, se encaminó hacia el coro y quedó arrodillado un momento al pie del púlpito de la izquierda; arrimado a una columna, rezando ante el Santísimo. En aquel momento se vio acometido por una gran cuchillada en la espalda, una estocada en el brazo y un puñal lanzado bajo la cabeza. Pedro se derrumba sobre el suelo, mientras dice: «Loado sea Jesucristo, que yo muero por su santa fe».

Los cronistas cuentan que la impresión de los asesinos fue tal, que desfallecieron seguidamente. Dicen también que en aquel instante el coro cantaba el invitatorio contra la pérfida obstinación judía, y que los canónigos que acudieron a las voces se encontraron tan perplejos que tardaron en ayudar al herido llevándole a curar. De la iglesia pasó a la sacristía, y de allí a la casa.

La ciudad entera se alteró. El arzobispo tuvo que recorrer las calles a caballo, para tranquilizar los ánimos. Se tomaron las medidas judiciales y policíacas convenientes, y muchas gentes

—importantes apellidos que sonaban y que sonaron como cristianos nuevos— se vieron complicadas.

Dos días estuvo moribundo Pedro de Arbués; dos días que pasó balbuceando jaculatorias. Al fin, en la medianoche del viernes 16 de septiembre, entregó su alma a Dios. Le asistía un médico catalán, que le decía: *Magister, vos anireu prest al cel* («iréis pronto al cielo»). *Laetatus sum in his,* respondió Pedro. Deseaba, en efecto, morir para acercarse a Dios, al que había querido servir siempre.

Las gentes empezaron a acudir al lugar santificado por la sangre del mártir, y ésta, como milagro que demostraba las virtudes de Pedro, se refrescaba y hervía como si acabara de derramarse. En el momento en que la catedral se vestía de luto, preparado el entierro, el lugar donde quedó sangre de Pedro fue cubierto con una alfombra, y fray Diego Morillo cuenta que todavía doce días después, al quitar esa alfombra, quedaba tal cantidad de sangre que se empaparon varios lienzos, que fueron conservados religiosamente.

Mosén Blasco Gálvez da testimonio de una aparición que poco después tuvo. Pedro se le presenta entre celestes resplandores, advirtiendo proféticamente futuros sucesos y permanentes urgencias: le pide que Fernando el Católico continúe la conquista de Granada, y que mantenga el Santo Oficio, pues estas dos empresas le darán la vida eterna.

Eran los tiempos de la batalla de Lucena y del pacto de Córdoba con Boabdil. Zaragoza veía repetirse el ejemplo del santo obispo de Canterbury, de aquel Tomás Becket asesinado —también en la catedral— trescientos años antes. El Colegio de España en Bolonia, fundación del cardenal Albornoz, tenía así un santo ya, apenas a los cien años de ser erigido. ¡Buena lección de lo que podía lograrse bajo su estrella!

JUAN BENEYTO

Bibliografía

BLASCO DE LANUZA, V., *Peristephanon seu de Coronis Sanctorum Aragonensium, vita, morte, miraculis Beati Petri Arbuensis* (Zaragoza 1624).

GARCÍA DE TRASMIERA, D., *Epitome de la gloriosa vida del venerable Pedro de Arbués* (Madrid 1664).

PÁRAMO, L. DE, *De origine et progressu Officii Sanctae Inquisitionis* (Madrid 1598).

• Actualización:

ALCALÁ GALVE, A., *Los orígenes de la Inquisición en Aragón. San Pedro de Arbués, mártir de la autonomía aragonesa* (Zaragoza 1984).

BLASCO DE LANUZA, V., *Historia de la vida, muerte y milagros del siervo de Dios Pedro de Arbués de Épila* (Zaragoza 1986). Reprod. facsímil de la ed. de Zaragoza 1624.

SAN FRANCISCO MARÍA DE CAMPOROSSO

Religioso († 1866)

La ciudad de Génova se enorgullece, y con razón, de haber tenido en sus calles y animando a sus gentes a un fraile franciscano, nacido en Camporosso, pero entregado de por vida a los genoveses. Durante muchos años le vieron pasar por calles y plazas con las alforjas al hombro, con intención de pedir limosna, pero a todos regalando sonrisas, consejos, promesas de oraciones y, a veces, dones misteriosos de salud, paz y amor, que les dejaba sorprendidos y convertidos en mejores cristianos. Por eso los habitantes solían fijar los ojos en él con religiosa veneración y le llamaban con simpatía el «padre santo». Extraño apelativo, con su parte de acierto y su parte de paradoja, pues Fray Francisco no era siquiera clérigo.

Después de su muerte, la ciudad agradecida por todos sus buenos ejemplos y dones de curación, le costeó un hermoso mausoleo de mármol donde depositaron su cuerpo. Sobre el monumento funerario grabaron unas bellas palabras para la posteridad:

> FRANCISCO DE CAMPOROSSO, lego capuchino,
> Pobrecillo de Cristo, más dichoso en dar que en recibir.
> Coronó su vida ofreciéndose
> como víctima de expiación en la epidemia de 1866.
> Las lágrimas y el agradecimiento del pueblo
> quisieron representarse en este monumento.

Fue este hombre un santo y humilde fraile capuchino, lego, limosnero, verdadero seguidor de San Francisco de Asís. Quiso ante todo que todos sus hermanos, los del convento capuchino y los de la ciudad, amaran y vivieran el Evangelio sin glosa, al margen de si eran sacerdotes o laicos, solteros o casados, ricos o pobres. Pobrecillo de Cristo, al igual que Francisco de Asís, fue más dichoso en dar que en recibir.

El pueblecito de Camporosso, en donde nació, es un lugar idílico dentro del extremo norte de Italia. Ventimiglia, ya en la frontera y en plena costa, es su principal referencia para poder localizarlo en el mapa. Los campos del pueblo se recuestan en las laderas de valle de Nervia y en las suaves y onduladas colinas del Valle Rojo. Sus poblados vecinos, Vallecrosia o San Biagio della Cima, Trinità, Brunetti y Balloi, cuentan con campos y terrazas que pueden elevarse hasta los 500 mts. y participan de la suavidad costera y de la bondad de su clima. Fue siempre región de habitantes sencillos, laboriosos y de dulce carácter. Fue la tónica vital de este muchacho, que primero se hizo franciscano y luego decidió ser capuchino.

En la bondad de este clima mediterráneo, cuando todavía Italia no era nación y en la región mandaban los franceses de Napoleón, nació Giovanni Croese, el 27 de diciembre de 1804. Camporosso cuenta hoy con 5.000 habitantes. Entonces no llegaba al millar. Sus padres eran humildes agricultores de las afueras del poblado. Se llamaban Anselmo Croese y María Antonia Gazzo. El niño se llamó Juan en el bautismo y resultó alto y fuerte de cuerpo, afable y noble de carácter, bondadoso y compasivo de sentimientos y, sobre todo, muy piadoso. Sabía mucho de amistad y a todos contagiaba con su gran religiosidad.

Tenía la familia un pequeño terreno en el cual había que trabajar, pero su oficio se entremezclaba con el pastoreo de un pequeño rebaño que pasaba el día pastando. El niño Juan creció entre trabajos y devociones, con el ejemplo del hogar humilde, con las exigencias de la época y el ejemplo de los vecinos.

Cuando fue algo mayor, tuvo que ir muchas veces con las ovejas y tuvo que trabajar duramente en el campo. No resultaba fácil para un pastorcito, que pasaba muchas horas con su rebaño, asistir a la misa de cada día. Pero ya desde muy pequeño Juan se arreglaba para lograrlo. Luego salía con su hatillo de animalitos al campo. La niñez y juventud del futuro santo transcurrieron en la oscuridad de aquella laboriosa familia de labriegos.

Era inevitable que su cultura resultara baja y que, como la mayor parte de sus paisanos, fuera analfabeto. Pero él pronto llegó a ser maestro de los demás, pues enseñaba el catecismo a

sus compañeros. Dotado de buena memoria y de mejor interés, lo aprendía con afecto cuando el sacerdote de la parroquia se lo enseñaba. Luego lo enseñaba a los demás menos capaces.

Un día de 1822 pasó por su lado un piadoso franciscano que le invitó a ir con él al convento. La invitación cayó en una tierra perfectamente preparada. Pronto los padres vieron un camino nuevo para su hijo y no vacilaron en darle autorización para seguir al que le invitaba. Así entró el 14 de octubre de ese año de 1822 en el convento de Hermanos Menores Conventuales, los franciscanos, en Sestri Ponente, en las cercanías de Génova. Allí recibió el hábito de terciario y el nombre de fray Antonio. Tenía entonces dieciocho años, baja cultura, grandes deseos de ser bueno y una intuición en su corazón que le decía que tal era la voluntad divina.

La experiencia fue hermosa para su piedad, pero no para su felicidad. Se encariñó con San Francisco, pero se desconcertó al ver que no todos los franciscanos vivían con la sencillez que los libros ensalzaban al hablar del Santo de Asís. No quedan datos de la razón última por la que pronto aspiró a cambiar de vida. Pero algo, o alguien, le dijo que la vida que había abrazado no era la suya. Él no había dejado las ovejas para vivir mejor en el convento. Tal vez aumentó su zozobra el idealismo juvenil que le era connatural o acaso el consejo le vino de fuera. El hecho es que sintió el ansia de mayor austeridad y pobreza y, cuando no habían pasado dos años de su vida franciscana, tal vez no completos, decidió dejarla para pasar a otra que conoció, admiró y deseó. Fue en el otoño de 1824 cuando, con la comprensiva anuencia de los superiores, pasó al noviciado de los capuchinos de Voltri.

Volvió en él a probar su vocación. Vivió como postulante unos meses. Y en las postrimerías del año 1825, el 17 de diciembre, inició su noviciado con la vestición del hábito en el convento de San Bernabé de Génova y lo hizo como hermano lego. Recibió el nombre de Francisco María de Camporosso. Al año siguiente, el 17 de diciembre de 1826, emitió su profesión religiosa.

Ya religioso capuchino, se entregó de inmediato a los primeros trabajos que los superiores le confiaron en el convento de la

Santísima Concepción de Génova, en el que iba a pasar toda su vida. Primero estuvo dedicado a los humildes trabajos de la cocina y de la enfermería. Los biógrafos coinciden en reconocer que, ya desde los primeros años jóvenes, la profunda piedad fue el rasgo que más sobresalió en su personalidad. Además, poseía exquisita delicadeza en el trato con sus Hermanos y con los enfermos. Y mostraba admirable austeridad, severa para consigo mismo pero tierna y benevolente para con los demás.

Hacia 1831 se le encargó la cuestación, o petición de limosnas, por el Valle Bisagno. Fue entonces cuando empezó a darse a conocer, pues dejaba tras su paso una estela de bondad, humildad y paz admirables. Los que alargaban una moneda a su mano tendida o algún alimento para su convento y para los pobres que en él se atendían se mostraban impresionados por su actitud de humilde agradecimiento. En 1834 se le indicó que debía encargarse también de la cuestación en la misma ciudad de Génova. Y por sus calles pasó otros seis años empleando las mismas formas y suscitando la misma admiración que antes había logrado en la zona rural de los valles.

En 1840 los superiores le designaron cabeza y orientador de todos los hermanos que se dedicaban a la función de las peticiones, tarea en la que con tanta humildad y acierto él había trabajado. Distribuía a los limosneros y recogía sus colectas. Su trabajo era importante, aunque fuera humilde. Por aquel entonces, el inmenso convento de Génova, con más de ciento cincuenta celdas, era residencia del P. provincial y de sus ayudantes. Acogía a docenas de sacerdotes dedicados a la predicación y de numerosos hermanos que ejercían la caridad en hospitales y asilos. Por si fuera poco, el gran convento era enfermería provincial con buen número de ancianos y residentes. Las entradas eran pocas y la pobreza mucha. Había que mendigar para sostener todas las buenas obras que el convento llevaba.

El «piadoso lego Francisco», aunque fuera del convento se le denominaba «el buen padre» sin más, encontró en su humilde trabajo campo amplio donde dar cauce a su espíritu de caridad y ocasión para hablar de Dios a todos los que pedía una limosna o a todos los que a él se la demandaban. En esta labor pasó nada menos que cuarenta años, los suficientes para hacerse un

gran santo. Pronto comenzó a resplandecer su virtud admirable y su sensatez al hablar de las cosas del cielo con todos los que se cruzaban en su camino.

Como buen capuchino, su figura era un mensaje de oración, de sencillez, de alegría, no menos que de humildad y pobreza. Él añadía un ejemplo hermoso de interés, generosidad y laboriosidad, pues se interesaba afectuosamente por todas las personas que iba conociendo, que eran muchas. Los que le trataban advertían que era un hombre de fe y un modelo de abnegación. A alguien, que le aconsejó una vez moderación en todos sus afanes y salidas, le dijo: «En mi casa, yo sufría y trabajaba por amor a mi familia; y ahora ¿no he de trabajar y fatigarme por amor de Dios y de los hermanos?».

Los tiempos que dedicaba al cuidado de los enfermos de la casa, cuando regresaba de sus trabajos en el exterior, eran muchos. Los que sufrían eran sus predilectos y todos quedaban consolados con sus tiernas palabras y sus referencias al cielo. Cuando se dedicaba por la ciudad a la petición de limosnas, no hacía otra cosa que sonreír a los que le daban algo y a los que no se lo daban. Y, cuando trabajaba con los enfermos, seguía sonriendo. Para todos era el mismo: amigo, modelo de respeto, cordial, mensajero de buenos deseos. Incluso sonreía a los que le lanzaban algún improperio anticlerical, que siempre los había. Pero las burlas sólo se dieron al principio, pues pronto se fueron acallando. Aquel fraile tenía algo de especial. Los sarcasmos se trocaron en veneración conforme los genoveses fueron percatándose de que el limosnero de los capuchinos era un auténtico y maravilloso hombre de Dios y era el que daba consuelo cuando a alguien le pedía limosna.

Los genoveses, después de algunos años de pedir limosna, terminaron llamándole «el buen padre». Muchas veces había personas que le paraban en la calle, no para darle dones, sino para pedirle consejo. Pero muchas se le acercaban para pedirle que rezara por ellas, pues sospechaban que era singular amigo de Dios y tenían en casa un enfermo, un acreedor que les acosaba y un miembro de la familia que estaba lejos. Su respuesta era con frecuencia, como dice uno de sus biógrafos, unas palabras de este estilo: «Está bien, hijo, está bien. Vete a rezar a la Virgen de las

Gracias, y dile que vas de mi parte; y que te conceda lo que pides. Yo también se lo pediré». Otro recordaba también lo que en una ocasión le dijo: «Vete a la Señora y pídeselo. Ella nunca deja de escuchar nuestros deseos si se los exponemos con amor».

También solía recomendar la oración a San Francisco o San Antonio. Él mismo iba todas las tardes a la cripta de la iglesia y pasaba largos ratos de oración recomendando al Señor y a su Madre todas las peticiones que durante la jornada le habían hecho. Y la Señora de las Gracias respondía muchas veces con favores y consuelos, que más de una vez se quedaron en los umbrales del milagro, si es que no lo traspasaron del todo. Es interesante recordar que muchos de los agraciados no sabían luego discernir si la gracia recibida después de la petición era fruto de sus propias plegarias o de las influencias celestes del capuchino.

Por la tarde, cuando se volvía para el convento, le agradaba pasar por la plaza central de la urbe, donde solían juntarse muchos mendigos a la espera de la limosna de algún caritativo pasajero. Se paraba un ratito a hablar con ellos. Con el paso del tiempo llegó a conocerlos a casi todos por su nombre y sus cualidades. A unos les reprendía un defecto, a otros les ofrecía un consuelo. Alguna vez, de manera delicada y prudente, sacaba alguna de las limosnas que llevaba y las compartía con el que era más pobre que él.

Especial afecto manifestaba a las gentes del puerto, los cargadores de barcos, los grumetes, sobre todo los rudos pescadores del mar, que tantas veces regresan a tierra sin haber tenido suerte en su trabajo. Muchos de ellos, pobres y toscos, pero no impíos, le escuchaban admirados. ¿Qué pensarían aquellas pobres gentes cuando oían cosas como éstas, que acredita un contemporáneo:

> «La voluntad de Dios siempre es justa, siempre es santa, siempre es amorosa y paternal con nosotros. Vale más una hora de sufrimiento que cien años de delicias. Nuestro ideal de vida debe ser silencio, mortificación, plegaria, tener paz con el Señor, paz con nosotros mismos y paz con todo el mundo?».

Esto, dicho a gentes del puerto, parece incomprensible. Sin embargo ellos le escuchaban y le pedían una oración para que

Dios les ayudase y el día siguiente fuera mejor que el que ya terminaba. Él se la prometía y siempre cumplía sus promesas. También les recomendaba que fueran ellos mismos a pedir la intercesión de la Santísima Virgen de las Gracias.

A pesar de su fortaleza física y de su jovialidad en los tiempos juveniles, los años no pasaron en vano. De tanto recorrer caminos y llamar a puertas, de aceptar en silencio negativas o, a veces, desprecios, de pasar muchos fríos y fatigas, sus piernas se debilitaron. En 1853 sufrió una dificultad grande en ellas, pues se volvieron varicosas. Empezó a tener fuertes dolores y agobios y muchos días ya no pudo salir de la casa. Su situación fue empeorando y fue ocasión para que sus hermanos en religión vieran cómo se puede armonizar el dolor con la alegría, la inactividad con la paciencia, como él mismo tantas veces había recomendado a los demás.

Los diez últimos años de su vida fueron ya de declive en lo físico y de elevación en lo espiritual. Las dichosas piernas ya no le dejaban caminar por la tierra. Pero en nada le impedían avanzar a pasos agigantados hacia el cielo. Y, ya que él no iba a las calles de Génova, comenzaron muchos devotos a acercarse al convento en su busca para convertirle en intermediario ante el cielo.

El último gesto de servicio de este «buen padre» se dio con motivo de una peste de cólera en la región, flagelo que de cuando en cuando hacía estragos en aquellos tiempos en grandes regiones de Europa. En el verano de 1866, la ciudad de Génova y sus alrededores se vieron azotados por la terrible epidemia del cólera. Muchos hogares se vieron invadidos por el mal y los muertos comenzaron a diezmar implacablemente la población, sin que nadie hallara remedio para el mal. Las rogativas tradicionales de la Iglesia en estos casos no parecían surtir efecto. Al convento capuchino y al santuario llegaban muchas turbas pidiendo a Dios misericordia. El «buen padre», el lego Francisco, sintió especial dolor ante los muertos, los huérfanos, las viudas, los miedos y las mismas medidas drásticas que las autoridades tomaban en estas ocasiones.

Fray Francisco multiplicaba sus ya gastadas energías, día y noche, en uno de los lazaretos, y oraba sin cesar por la desgra-

ciada ciudad. En cierto momento de sus plegarias tuvo una idea luminosa: entendió que la víctima expiatoria podía ser él mismo. Con todo el fervor y entrega de que era capaz, se postró ante un crucifijo, en la soledad de su celda, e hizo total oblación a Dios de su propia vida en favor de la ciudad. Rogó con lágrimas al Señor que le aceptara como víctima para obtener misericordia para la gente de la ciudad. Parece misterioso el hecho, pero son muchos los testimonios que lo certifican: apenas hizo la petición, la peste comenzó a manifestarse en él: fiebre, vómitos, dolores enormes. Desde su oferta generosa, sólo tardó tres días en morir del mismo mal que había pedido a Dios que liberara a los genoveses. Era el 17 de septiembre de 1866.

Es interesante, misterioso, pero real: los documentos que quedan y los registros serios de las autoridades sobre contagios, fallecimientos y entierros acreditan que, durante los días inmediatos, el número de registros descendió drásticamente y a la semana no quedaba ningún apestado en la ciudad. Los genoveses tuvieron por cierto que era el más grande favor que fray Francisco les había obtenido de Dios por medio de Nuestra Señora de las Gracias.

El cuerpo de fray Francisco fue llevado al cementerio de Staglieno, en Génova, donde fue colocado en un sepulcro especial. Pronto se construyó un monumento conmemorativo a la ofrenda que había hecho al Señor, pues muchos devotos se encargaron de extender el motivo de su muerte y ello hizo que su sepultura se convirtiera en centro de plegarias y de peticiones de nuevas gracias. Los rumores de nuevos milagros se encargaron de mantener viva esa costumbre en el pueblo sencillo. El 9 de agosto de 1896 se introdujo su causa de beatificación en Roma.

Antes de cumplirse los 50 años de su muerte, en 1911 sus restos fueron trasladados a la iglesia del convento, dedicada a la Inmaculada Concepción, donde reposarían en adelante. La causa de beatificación fue avanzando como fruto de la presión popular, pues las plegarias y los devotos no disminuyeron. Pío XI lo proclamó beato el 30 de junio de 1929 y Juan XXIII lo declaró santo en la clausura de la primera sesión del Concilio Vaticano II, el 9 de diciembre de 1962.

ta fue mirada como un martirio y se le dio culto como santo. Su muerte fue en Lieja el 17 de septiembre de 705.

SANTA COLUMBA

Virgen y mártir († 853)

Narra su martirio San Eulogio de Córdoba *(Memorial de los santos,* III, X). Era hermana del abad Martín, superior del doble monasterio, masculino y femenino, de Tábanos, fundado por Isabel, su hermana, y el marido de ésta, San Jeremías, que también fue mártir. Columba era la hermana más joven y se sintió fuertemente impactada por la piedad de su hermana y cuñado. Columba quería ingresar en el monasterio fundado por su hermana, pero por la oposición de su madre, mientras ésta vivió no le fue posible. Mas en cuanto murió ingresó en el monasterio. Aquí se dedicó al estudio de la Sagrada Escritura, en lo que salió muy aventajada, y tanto por esto como por la pureza de su vida y la austeridad de su conducta se ganó muy pronto un gran prestigio. Queriendo esmerar más aún su entrega a Dios, logró que se le permitiera hacer una celda en el jardín del monasterio donde vivir como reclusa, retirada del trato con las demás monjas y entregada a la contemplación de las cosas divinas. De este retiro la vino a sacar la persecución de Mohamed I que, al subir al trono y empezar a molestar a los cristianos, una de las medidas que tomó fue la de obligar a las monjas de Tábanos a dejar su monasterio. Las monjas se refugiaron junto a la basílica de San Cipriano. Estando aquí, al oír las confesiones espontáneas de los mártires, se sintió llamada en la oración a presentarse también ella al martirio. Se vistió de blanco, salió sigilosamente y, preguntando, pues no conocía las calles, llegó al palacio del cadí. Entró y pronunció su confesión de fe cristiana. El cadí la invitó a que la repitiera ante el consejo del juzgado, lo que ella hizo puntualmente. Se le advirtió que de no retirar sus palabras se vería abocada a la muerte y se le ofrecieron recompensas si se hacía musulmana. La monja perseveró en la fe y fue condenada a muerte. A la puerta de palacio y a espada consumó su sacrificio. Era el 17 de septiembre de 853. Su cuerpo fue colocado en un cesto y arrojado al Guadalquivir. Lo recogieron unos

monjes y lo sepultaron en la iglesia de Santa Eulalia, en el poblado de Flagellas.

SANTA HILDEGARDA
Virgen († 1179)

Esta santa, llamada la Sibila del Rin, nació en Bermesheim el año 1098 y en su niñez tuvo la influencia de la reclusa Juta de Diessenberg. Llegada a la juventud se decide por la vida religiosa y se hace monja benedictina en su pueblo natal, llegando luego a abadesa de su monasterio en 1136. Pese a vivir retirada en un convento, el tener el don de profecía le dio singularidad y personas muy señaladas de la sociedad, empezando por varios papas —uno de ellos el Beato Eugenio III, que sometió sus escritos al dictamen de una comisión teológica—, estuvieron en relación con ella. Hay que citar al rey Enrique II de Inglaterra y al propio San Bernardo de Claraval. Hacia el año 1150 trasladó su convento a Rupertsberg, y desde allí dio cuenta a la Iglesia de sus experiencias místicas y de las revelaciones que recibía del Señor, que muchos tenían por auténticas mientras que otros las denigraban como supercherías. No puede olvidarse los tiempos difíciles que la Iglesia pasaba por entonces. Dictaba sus experiencias interiores a unos monjes que las traducían al latín. Su escrito más largo es el titulado *Scivias,* lleno de alegorías y símbolos apocalípticos. Escribió también comentarios a los evangelios y una exposición de la Regla de San Benito. No dudó en salir de su monasterio y visitar diversos lugares exponiendo sus experiencias místicas. Murió en Rupertsberg el 17 de septiembre de 1179. El papa Juan XXII autorizó su culto público.

BEATO QUERUBÍN TESTA
Presbítero († 1479)

Perteneciente a una noble familia, nació en Avigliana, en el Piamonte, el año 1451. Muy joven ingresó en la Orden de Ermitaños de San Agustín en su propio pueblo natal y en su momento oportuno se ordenó sacerdote. Se distinguió en la co-

munidad por su espíritu de mortificación y penitencia, de obediencia y de piedad. Devotísimo de la Pasión del Señor, dedicaba muchas horas a su contemplación espiritual. Su vida fue breve pues murió a los 28 años, el 17 de septiembre de 1479, en su convento de Avigliana. Se le representa con una azucena saliéndole del corazón pues se dice que se halló esta flor en su cadáver cuando se hizo su traslación y que era una señal divina de la insigne pureza observada por el joven religioso. El papa Pío IX confirmó su culto el 21 de septiembre de 1865.

SAN MANUEL NGUYEN VAN TRIEU

Presbítero y mártir († 1798)

Este santo nació en To-Dhuc el año 1756, siendo su padre mandarín y jefe de la guardia real y su madre cristiana. En su juventud entró en la propia guardia real pero se salió de ella cuando en una revuelta murió su padre y se marchó al Tonkín oriental. Acogido por los dominicos, éstos le propusieron se hiciera sacerdote y él aceptó. Tras seis años de preparación se ordenó de presbítero y tras cinco años de servicio al Vicariato volvió a su tierra. Se llevó consigo a su madre y se dedicó al ministerio sacerdotal por completo. Pudo hacerlo durante 19 años, fomentando la vida cristiana y propagando con celo el evangelio. Tras el decreto persecutorio del 7 de agosto de 1798, llegó al pueblo una banda de perseguidores de cristianos, y Manuel, para que no molestaran a los fieles, se presentó a ellos voluntariamente. Llevado a Hué, fue encarcelado y maltratado. Lo visitó su madre y pudo recibir de manos de un sacerdote los sacramentos. Condenado a muerte, fue decapitado en Hué el 17 de septiembre de 1798. Los cristianos pudieron recoger sus restos.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II.

BEATO JUAN VENTURA SOLSONA
Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Villahermosa del Río en el seno de una familia modesta cuyo padre era tejedor. Muerto cuando Juan era niño, quedó a cargo de su madre que pasó muchas necesidades para criar a sus once hijos. Juan sintió la vocación eclesiástica y logró una beca en el colegio de vocaciones eclesiásticas, de Valencia, donde hizo los estudios. Se adhirió a la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos y se ordenó sacerdote en 1901. Estuvo destinado en México, en el seminario de Cuernavaca, como vicerrector y profesor. En 1909 volvió a España y estuvo en los seminarios de Toledo y Cuenca hasta que fue enviado al Colegio Español de Roma (1911). Estuvo en Roma hasta 1919 y fue después destinado al seminario de Barcelona como director espiritual, donde estaría hasta 1923. En dicho año obtuvo licencia para dejar la Hermandad de Sacerdotes Operarios, y aunque quiso luego volver, su salud no se lo permitió. Fue destinado entonces a la parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles, de El Cabanyal, donde estuvo diez años, mostrando un gran celo sacerdotal y una exquisita caridad con los pobres. En enero de 1936 fue destinado como párroco y arcipreste a su pueblo natal y pudo así vivir con su madre, ya octogenaria. Estaba en Valencia de viaje el 18 de julio de 1936. Detenido en El Cabanyal, fue liberado gracias a una persona de ese pueblo que dijo se encargaba de él y se le dio un salvoconducto y un traje de paisano para que se fuera a su pueblo. Clausurada la iglesia el día 2 de agosto, el día 10 se escondió en un pajar, donde el día 29 de agosto celebró la santa misa. Cambió de lugar de refugio pero, viendo que ponía en peligro a cuantos lo alojaban, decidió presentarse voluntariamente al Comité. Le prometieron que no le pasaría nada y trabajó en el campo seguidamente, hasta que el día 17 de septiembre llegó un comando que buscaba personas fichadas y se lo llevaron al término municipal de Castillo de Villamalefa donde pidió poder hablar antes de ser fusilado. Perdonó a quienes iban a matarlo y repitió las palabras de perdón del Señor en la cruz. Entonces lo fusilaron. Luego fueron a su casa, expulsaron a su madre y saquearon la vivienda.

munidad por su espíritu de mortificación y penitencia, de obediencia y de piedad. Devotísimo de la Pasión del Señor, dedicaba muchas horas a su contemplación espiritual. Su vida fue breve pues murió a los 28 años, el 17 de septiembre de 1479, en su convento de Avigliana. Se le representa con una azucena saliéndole del corazón pues se dice que se halló esta flor en su cadáver cuando se hizo su traslación y que era una señal divina de la insigne pureza observada por el joven religioso. El papa Pío IX confirmó su culto el 21 de septiembre de 1865.

SAN MANUEL NGUYEN VAN TRIEU

Presbítero y mártir († 1798)

Este santo nació en To-Dhuc el año 1756, siendo su padre mandarín y jefe de la guardia real y su madre cristiana. En su juventud entró en la propia guardia real pero se salió de ella cuando en una revuelta murió su padre y se marchó al Tonkín oriental. Acogido por los dominicos, éstos le propusieron se hiciera sacerdote y él aceptó. Tras seis años de preparación se ordenó de presbítero y tras cinco años de servicio al Vicariato volvió a su tierra. Se llevó consigo a su madre y se dedicó al ministerio sacerdotal por completo. Pudo hacerlo durante 19 años, fomentando la vida cristiana y propagando con celo el evangelio. Tras el decreto persecutorio del 7 de agosto de 1798, llegó al pueblo una banda de perseguidores de cristianos, y Manuel, para que no molestaran a los fieles, se presentó a ellos voluntariamente. Llevado a Hué, fue encarcelado y maltratado. Lo visitó su madre y pudo recibir de manos de un sacerdote los sacramentos. Condenado a muerte, fue decapitado en Hué el 17 de septiembre de 1798. Los cristianos pudieron recoger sus restos.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II.

BEATO JUAN VENTURA SOLSONA
Presbítero y mártir († 1936)

Nació en Villahermosa del Río en el seno de una familia modesta cuyo padre era tejedor. Muerto cuando Juan era niño, quedó a cargo de su madre que pasó muchas necesidades para criar a sus once hijos. Juan sintió la vocación eclesiástica y logró una beca en el colegio de vocaciones eclesiásticas, de Valencia, donde hizo los estudios. Se adhirió a la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos y se ordenó sacerdote en 1901. Estuvo destinado en México, en el seminario de Cuernavaca, como vicerrector y profesor. En 1909 volvió a España y estuvo en los seminarios de Toledo y Cuenca hasta que fue enviado al Colegio Español de Roma (1911). Estuvo en Roma hasta 1919 y fue después destinado al seminario de Barcelona como director espiritual, donde estaría hasta 1923. En dicho año obtuvo licencia para dejar la Hermandad de Sacerdotes Operarios, y aunque quiso luego volver, su salud no se lo permitió. Fue destinado entonces a la parroquia de Nuestra Señora de los Ángeles, de El Cabanyal, donde estuvo diez años, mostrando un gran celo sacerdotal y una exquisita caridad con los pobres. En enero de 1936 fue destinado como párroco y arcipreste a su pueblo natal y pudo así vivir con su madre, ya octogenaria. Estaba en Valencia de viaje el 18 de julio de 1936. Detenido en El Cabanyal, fue liberado gracias a una persona de ese pueblo que dijo se encargaba de él y se le dio un salvoconducto y un traje de paisano para que se fuera a su pueblo. Clausurada la iglesia el día 2 de agosto, el día 10 se escondió en un pajar, donde el día 29 de agosto celebró la santa misa. Cambió de lugar de refugio pero, viendo que ponía en peligro a cuantos lo alojaban, decidió presentarse voluntariamente al Comité. Le prometieron que no le pasaría nada y trabajó en el campo seguidamente, hasta que el día 17 de septiembre llegó un comando que buscaba personas fichadas y se lo llevaron al término municipal de Castillo de Villamalefa donde pidió poder hablar antes de ser fusilado. Perdonó a quienes iban a matarlo y repitió las palabras de perdón del Señor en la cruz. Entonces lo fusilaron. Luego fueron a su casa, expulsaron a su madre y saquearon la vivienda.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO TIMOTEO VALERO PÉREZ

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Villarejo de Terriente (Teruel) el 24 de enero de 1901 en el seno de una familia humilde. De niño ingresa en el asilo de San Nicolás, donde conoce a los religiosos terciarios capuchinos que lo regentaban. Decidida su vocación religiosa, ingresa en dicha congregación el 15 de septiembre de 1917 en el noviciado de Godella, haciendo su profesión religiosa dos años más tarde. La perpetua la hará el 15 de septiembre de 1925. Se ordena sacerdote el 16 de septiembre de 1928. Pasó por la Escuela de Reforma de Santa Rita, de Madrid, la Fundación Caldeiro, también en Madrid, para volver seguidamente a la primera casa. Era un sacerdote alegre y jovial, que hacía una espléndida labor entre los jóvenes, a cuyo servicio estaba consagrado con gran celo. Ocupada la casa por los milicianos el 22 de julio de 1936, el P. Timoteo se refugia en la casa de la costurera del colegio y pasa luego a la de su hermano Roberto, donde fue arrestado el 14 de septiembre y llevado a la checa de Fomento, de donde fue sacado y llevado a Vicálvaro y fusilado por su condición de sacerdote y religioso.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO SEGISMUNDO SAJNA

Presbítero y mártir († 1940)

Nació en Zurawlowka, Polonia, el 20 de enero de 1897 en el seno de una familia de terratenientes acomodados. A los 21 años decide su vocación sacerdotal e ingresa en el seminario de Varsovia, ordenándose sacerdote en febrero de 1924. Es enviado a Roma para que estudie derecho canónico en la Universi-

dad Gregoriana y tras licenciarse regresa a su patria porque ha enfermado del pulmón. Recuperado, ejerce su ministerio en varias parroquias de Varsovia, siendo nombrado en 1938 arcipreste de Gora Kalwaria. En todo su ministerio había mostrado un gran celo apostólico y una gran caridad con los pobres. Llegada la guerra es arrestado en enero de 1940, pasando por varias cárceles de Varsovia. El 17 de septiembre de ese año es llevado con doscientas personas a los bosques de Palmiry donde todos fueron fusilados.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

18 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Nicomedia de Bitinia, San Océano (fecha desconocida), mártir.
2. En Prymnesso (Frigia), Santa Ariadna (fecha desconocida), mártir.
3. Junto a Vienne (Galia), San Ferreolo († s. III), mártir *.
4. En Milán (Liguria), San Eustorgio († a. 355), obispo.
5. En Avranches (Bretaña Menor), San Senario († s. VI), obispo.
6. En Limoges (Aquitania), San Ferreolo († 591), obispo.
7. En Gortina (Creta), San Eumenio († s. VII), obispo.
8. En Andlau (Alsacia), Santa Ricarda († 895), emperatriz y luego monja *.
9. En Ósimo, del Piceno (Italia), San José de Cupertino († 1663), presbítero, de la Orden de Menores **.
10. En Nam-Dinh (Tonkín), Santo Domingo Trach († 1840), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.
11. En Paimol (Uganda), beatos David Okelo y Gildo Irwa († 1918), catequistas y mártires **.
12. En Ciudad Real, Beato Carlos Eraña Guruceta († 1936), religioso marianista, mártir **.
13. Junto a Gandía (Valencia), beatos Fernando García Sendra y José García Mas († 1936), presbíteros y mártires *.
14. En Montserrat (Barcelona), beatos Ambrosio (Salvador) Chuliá Ferrandis y Valentín (Vicente) Jaunzarás Gómez, presbíteros, y Francisco (Justo) Lerma Martínez, Recaredo (José María) López Mora y Modesto

(Vicente) Gay Zarzo († 1936), todos ellos religiosos terciarios capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores y mártires *.

15. En el campo de concentración de Dachau (Baviera), Beato José Kut († 1942), presbítero y mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JOSÉ DE CUPERTINO

Presbítero († 1663)

Por aquellas calendas agitábanse los pueblos con las convulsiones propias del nacimiento de una nueva época: la Edad Moderna.

El antes glorioso Imperio otomano estaba en decadencia; Rusia se regía por zares sedientos de grandezas; en Alemania se incubaban guerras intestinas; otro tanto ocurría en Inglaterra en los inicios de su hegemonía marítima; en Francia el «Rey Sol» deslumbraba con las fastuosidades de su Versalles; mientras que íbase declinando el poderío español.

En estos momentos históricos, siendo papa Clemente VIII y reinando en España y Nápoles Felipe III, plugo a Dios que viniera al mundo el niño José Desa, como para confundir con su ignorancia a los petulantes de aquel siglo.

Ni por razón de la patria, ni del hogar, puede decirse que resplandeciera este gran santo desde su infancia.

Vino al mundo en un establo de la pequeña aldea napolitana de Cupertino. Su madre, Francisca Panara, hubo de refugiarse en aquel escondrijo, para huir de los ejecutores de la sentencia de embargo, dictada contra el cabeza de familia, Félix Desa, por no poder pagar a sus acreedores.

Eran gente honrada, pero los escasos ingresos de un pobre carpintero de aldea no permitían vivir con desahogo económico, y como los agentes judiciales no suelen tener entrañas de misericordia...

En compensación de estas penurias económicas, abundaba aquella familia en caudales de fe tradicional y buenas costumbres, por lo que el pequeño fue educado en el santo temor de Dios y la mayor pureza de vida. Para ponerle bajo la protección

de la Santísima Virgen, le añadieron en la confirmación el sobrenombre de María, y así José María desde su infancia pudo contar con dos madres: la del cielo y la de la tierra.

Era ésta una ruda aldeana de carácter fuerte, que no le consentía el menor desliz o travesura, castigándole duramente, hasta el extremo de dejarle alguna noche fuera de casa, teniendo que refugiarse, para dormir, en el atrio de la iglesia parroquial, según cuentan algunos autores.

En lo que todos sus hagiógrafos coinciden es en afirmar que era de muy cortos alcances intelectuales, por lo que no pudo lograr casi ningún adelanto en la escuela rural, donde le matricularon sus padres.

En vista de que el estudiar era para él tiempo perdido, le sacaron de la escuela sin saber leer y, para que ayudase a aliviar las angustias domésticas, le pusieron sus padres como aprendiz en la zapatería del pueblo.

No era muy complicado este oficio de artesanía; mas la ineptitud de José para los estudios corrió pareja con la que mostraba en este aprendizaje, durante el que más de una vez tendría que experimentar las caricias del tirapié, para que se espabilase.

Desechado como inútil por el maestro zapatero, hubo de quedarse en su propia casa, cuyos problemas agrandó más, en vez de ayudar a resolverlos, porque le sobrevino entonces una larga y penosa enfermedad. Su cuerpo se le cubrió de postemas repugnantes y dolorosas, que le ocasionaban muchos sufrimientos, aunque supo soportarlos con ejemplar paciencia, hasta que un buen día la Santísima Virgen le devolvió la salud.

Una vez repuesto corporalmente, como para nada servía, se dedicó a una vida de oración y caridad, prestando a todos, con mejor gana que acierto, sus pobres servicios.

Para lo único que tenía gran habilidad era para orar y mortificarse. Se pasaba largas horas de hinojos en la iglesia, y ni se preocupaba de comer, siendo frugalísimo su alimento, cuando le obligaban a tomarlo.

Así fueron pasando los días de su adolescencia y, al frisar en los diecisiete años, sintióse llamado a la vida religiosa en la Orden de los franciscanos conventuales.

Para solicitar el ingreso en ella, acudió a un convento que le era conocido, por tener allí dos tíos suyos frailes. Gracias a la eficaz recomendación de éstos, fue admitido como lego, ya que, por su ineptitud para las letras, no podía aspirar al sacerdocio. Viéndose en la casa de Dios, se acrecentaron sus fervores, de tal modo que sólo se preocupaba de orar y hacer penitencia, pero descuidando y realizando mal los encargos que se le hacían. Todos reconocieron que era muy santo, pero inútil para la vida de comunidad, pues no servía ni para pelar patatas o fregar platos, por lo que hubieron de despedirle del convento, con gran pena de todos.

Fracasado este primer intento, pensó en pedir el hábito en otra Orden más austera y, en 1620, llamó a las puertas del convento que tenían los capuchinos en Martina.

El ambiente de pobreza y recogimiento de aquella casa encantó a José. Los religiosos también quedaron gratamente impresionados al ver su profunda humildad y oírle hablar de las cosas divinas con tanto fervor, por lo que, *ad experimentum,* le recibieron entre los hermanos legos. Pronto llegaron hasta allí rumores de que se trataba de un haragán histérico, inservible para todo. Las sencillas pruebas a que le sometieron confirmaron estas apreciaciones: la santidad de aquel postulante no parecía muy sólida, ya que lo que le sobraba de oración, le faltaba de obediencia, pues se olvidaba de los encargos o los hacía al revés. A su capacidad deficiente en lo intelectual, se le añadieron raras enfermedades en los ojos y las rodillas, por lo que hubieron de despedirle con pena por inservible.

Así plugo al Señor acrisolar a esta alma predilecta suya, llevándole por la penosa senda de las humillaciones y fracasos. Para colmo de desdichas, cuando retornó a su hogar, vio que había muerto su padre y los acreedores de éste quisieron poner en la cárcel al hijo, para saldar las cuentas familiares; pero ¿de dónde sacaría dinero, si para nada servía?

Como José supo que uno de sus tíos franciscanos estaba predicando en Vetrara, decidió encaminarse allá, para impetrar orientación y auxilio.

El buen franciscano, en vista del doble fracaso de su sobrino, le recibió con mal talante, reprendiéndole por su incons-

tancia e inutilidades; pero compadecido y edificado al ver su humildad, se animó a recomendarle a sus hermanos de la pequeña residencia de Santa María de Grotella, donde fue admitido, en 1621, como mero oblato, para ayudar en los servicios más ínfimos.

Aquellos padres conventuales, religiosos de mucho espíritu, supieron apreciar el oro de santidad, encubierto bajo la escoria de las deficiencias del joven oblato, y le admitieron como novicio en 1625, ciñéndole el glorioso cordón franciscano. ¡Todo se lo debía a su Madre del cielo!

El humilde fray José, al verse tonsurado y recibido entre los aspirantes al sacerdocio, henchióse de santo júbilo; pero no cesaron por eso sus amarguras, pues el nuevo género de vida le obligaba a dedicar largas horas al estudio y sus cortas facultades mentales no daban para tanto. Las letras no entraban en su cabeza y a duras penas logró aprender a traducir el sencillo lenguaje evangélico. Cada examen era para él un martirio y un fracaso.

Mas sus progresos en la virtud eran extraordinarios y compensaban este retardo mental; en vista de ello, sus superiores decidieron en 1626 concederle la profesión, al terminar su noviciado, y hasta le dispensaron de los exámenes, para que el señor obispo de Nardó, don Jerónimo de Franchis, le concediera las órdenes menores y el subdiaconado, que recibió el 30 de enero y el 27 de febrero respectivamente.

Al aspirar al diaconado, quiso el señor obispo examinarle personalmente, lo que puso a fray José en un trance peligroso. Temblando fue hacia la sede episcopal, después de haberse encomendado con todo fervor a su querida Virgen de la Grotella. Como de costumbre, presentó el prelado al ordenando los evangelios, para que picase, leyera e hiciese la exégesis del que le correspondiese. Abrió el libro, al azar, por el texto mariano: *Beatus venter, qui te portavit...*, y al punto lo tradujo con tal maestría y lo explanó con tan devota elocuencia, que a todos dejó prendados de su saber, por lo que pudo recibir el diaconado el 30 de marzo del mismo año.

Salvado así este difícil trance, prosiguió fray José sus estudios con igual tesón e idéntico resultado fatal en el aprovecha-

miento, hasta que, para aspirar al presbiterado, hubo de presentarse ante el tribunal que presidía el obispo de Castro, don Juan Bautista Detti. Presentóse con otros compañeros de claustro que tenían grandes dotes de talento, por lo que el contraste habría de resultarle muy bochornoso; pero la Santísima Virgen se valió de esto mismo para sacar con bien a su devoto; los primeros examinandos probaron su competencia con tal brillantez, que aquel prelado, aunque tenía fama de riguroso, creyendo que todos los condiscípulos estarían a la misma altura, suspendió la sesión, cuando le iba a tocar a fray José, y dio por aprobados a los restantes. Por tan extraordinario favor pudo recibir el 18 de marzo de 1628 los poderes sacerdotales.

Como reconocía que su ordenación era un singular favor de la Santísima Virgen de la Grotella, en este reducido santuario quiso celebrar su primera misa, para dedicar las primicias del sacerdocio a su celestial Madre.

Desde entonces se repitieron casi diariamente los éxtasis y comenzó a prodigar favores milagrosos a cuantos necesitados de auxilio recurrían al convento. Una vida tan extraordinaria y tales hechos taumatúrgicos originaron envidias, habladurías y rumores calumniosos, que llegaron hasta las oficinas curiales, por lo que cierto vicario se creyó obligado a delatar el caso de fray José al Santo Tribunal de la Inquisición, que funcionaba en Nápoles. Tremenda y afrentosa era esta prueba, ya que este Tribunal se cuidaba de extirpar la plaga de herejes y hechiceros. Los inquisidores tomaron cartas en asunto de tanta resonancia en la provincia de Bari y citaron a juicio al acusado.

Harto prolijo y a fondo debió de ser el examen, ya que duró dos semanas y le dedicaron tres largas sesiones, indagando su género de vida y arguyéndole sobre las cuestiones teológicas más debatidas entonces, a todo lo cual respondió con una seguridad y acierto asombrosos. Más aún, pues allí mismo verificó un milagro, ya que le mandaron leer en un breviario las lecciones históricas de Santa Catalina de Siena, que contenían un error histórico y, no viendo lo que tenía ante sus ojos, hizo por tres veces una lectura correcta y exacta. Nada encontraron aquellos doctos y ecuánimes jueces que fuera censurable o erróneo en fray José, por lo que proclamaron su inocencia y sabiduría, pues era evidente que tenía ciencia infusa.

Esta gracia gratis data se comprueba mejor en los atestados hechos para el proceso de su canonización. Pero aún hay otro testimonio de más valía, dado por la boca de un pequeñuelo que apenas sabía hablar. Cuando se le presentó su madre al santo, acarició éste, rogándole que repitiera: «Fray José es un pecador, que merece el infierno», y con voz clara el chiquitín dijo: «Fray José es un gran santo, que merece el cielo».

Como la fama de tales portentos se dilataba cada vez más, de todas partes acudían al convento donde residía el frailecito de Cupertino, por lo que el padre ministro general de los conventuales, fray Juan B. Berardiceldo, decidió llamarle a su residencia de Roma. Recibióle con cautela y dio órdenes para que se le aposentara en la más apartada celda de aquel convento.

Todo fue en vano. Los éxtasis y los milagros se multiplicaron, y las más altas dignidades eclesiásticas se preocupaban de ver al taumaturgo. Hasta el mismo Papa manifestó deseos de conocerle y, conducido por el padre ministro general, fue recibido en audiencia particular por el papa Urbano VIII; pero hete aquí que, nada más ver al vicario de Cristo, se quedó extático fray José y, en suave levitación, permaneció suspenso en el aire por largo rato, hasta que su superior le mandó que descendiera. Al terminar la audiencia, el Papa dijo al general: «Si este fraile muriese durante nuestro pontificado, Nos mismo daríamos testimonio de lo sucedido hoy».

Tan extraordinario fenómeno místico llegó a ser cosa corriente en la vida de fray José. Parecía como que su mortificada carne estaba ya exenta de las leyes ordinarias de la gravitación y, en cuanto una idea u objeto le recordaba algo divino, sus sentidos se enajenaban, y el cuerpo ascendía por los aires, a veces hasta unirse con la imagen, que le atraía como suave imán, pasando por encima de las velas encendidas, sin que sus llamas quemaran el pobre sayal.

En 1639 fue destinado al observante convento de Asís, donde le sobrevinieron graves crisis de aridez espiritual y lúbricas tentaciones, a lo que se juntaron otras penosas enfermedades y humillaciones; pero, cuando su general le volvió a trasladar a Roma en 1644, se le acabaron todas estas pruebas y comenzó otra serie de compensaciones gloriosas, que continuaron des-

pués, al retornar a vivir junto al sepulcro de su padre; allí prodigó los milagros, compuso discordias, purificó las costumbres y evitó una sangrienta revuelta, por todo lo cual llegó a merecer que las autoridades y el pueblo le proclamasen hijo adoptivo de aquella histórica ciudad, perla de Umbría.

Esta serie de éxitos ruidosos despertó otra de nuevas contradicciones y hasta de diabólicas venganzas.

En cierta ocasión, caminando a caballo de uno a otro convento, al pasar por un estrecho puente, la furia infernal espantó a la noble bestia y el jinete cayó al río; pero lo maravilloso fue que fray José salió del agua tranquilamente con el hábito seco. Contaba después este lance con su ordinaria sencillez, diciendo que fue el diablo quien le dio un empujón, exclamando: «¡Muere aquí, fraile hipócrita, abandonado de Dios!»; pero que él le había respondido: «En todo momento quiero esperar en el Señor, que siempre me ayuda, y no habrá quien me haga desconfiar de él...».

También debió ser otra diabólica trama la nueva persecución suscitada en Roma contra el Santo de Cupertino. Cuando subió al solio pontificio Inocencio X, decidió acabar de una vez con todas las disputas que había en torno a los hechos portentosos de fray José y, para esclarecer la verdad y evitar posibles amaños, mandó que se le recluyera en el escondido convento capuchino de Petra Rubra, para librar así a los conventuales de calumniosas maledicencias. Todo fue en vano; pues el ambiente aislador se trocó en nueva exaltación, y aquella recóndita casa convirtióse en centro de peregrinación y manantial de prodigios, creciendo más el frenesí de los fieles. Esto motivó un nuevo traslado a Fesonbrone, pero continuaron allí los éxitos del taumaturgo igual que antes.

Con el cambio de pontífice, pudieron lograr los conventuales que se permitiera al discutido fraile retornar a vivir entre sus hermanos de la primitiva Orden, y sus superiores le señalaron como residencia claustral a Osimo, en la región de Las Marcas.

Desde que llegó a la que iba a ser su última morada, hasta que enfermó en ella el 10 de agosto de 1663, puede decirse que pasó el ocaso de su vida en un continuado y dulcísimo rapto. Hubieron de separarle de la comunidad y señalarle un oratorio

interior, para que celebrase con sus extraordinarios fervores el santo sacrificio, que solía durar casi una hora.

El don de profecía, que había mostrado antes en favor de otros, sirvióle también entonces para conocer la proximidad de su muerte.

Preparóse para el trance final con singular fervor, y pidió él mismo que le administrasen los últimos sacramentos.

Aunque yacía consumido por la fiebre en su pobrísimo lecho, al sentir el toque de la campanilla que anunciaba la proximidad del viático, como impulsado por el resorte de su amor, dio su postrer vuelo para salir, de hinojos sobre el aire, al encuentro de Jesús, exclamando: «¡Oh, véase libre cuanto antes mi alma de la prisión de este cuerpo, para unirse con Vos!».

Después entró en suave agonía, fijos los ojos siempre en lo alto y repitiendo el *Cupio dissolvi*... ¿Qué contemplaría entonces quien durante su vida disfrutó de tan dulcísimos raptos?... ¡Misterios de la vida interior! Sólo sabemos que sus últimas palabras fueron: *Monstra te esse Matrem!*... Así entregó su espíritu a Dios este fino amante de María el 18 de septiembre de 1663. Aquel perfume milagroso y celestial, que tantas veces había descubierto su presencia en los recovecos de los conventos, se difundió por todas partes y duró en su celda más de trece años.

JOSÉ MARÍA FERAUD GARCÍA

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris (París 1866) t.V, p.992-1061.

Compendio della vita, virtù e miracoli del B. Giuseppe di Copertino... (Roma 1753).

FRANCIOSI, E. M., MC, *Vita di San Giuseppe da Copertino*... (Recanati 1925).

MONTANARI, G. I., *Vita e miracoli di San Giuseppe da Copertino* (Fermo 1851; Nápoles 1853).

PALATUCCI, G., *San Giuseppe da Copertino*... (Padua 1946).

PASTROVICCHI, A., *Vita del B. Giuseppe di Copertino* (Venecia 1753).

PIO MILESI, G., *Orazione panegirica in lode del B. Giuseppe da Copertino* (Lecce 1754).

POPOLIZIO, B., OFM CONV, *Il Santo che vola*... (Bari 1955).

ROBERTO NUTI, M., *Vita del Servo di Dio P. F. Giuseppe da Copertino* (Palermo 1678; Viena 1682).

ROSSI, D., *Compendio della vita... del B. Giuseppe di Copertino*... (Roma 1767).

VERDESCA, B., *Historia della beatificazione del V. S. di Dio Fra Giuseppe Desa di Copertino*... Manuscrito en dos tomos (1753).

- Actualización:

BERGADANO, E., *Giuseppe da Copertino* (Cinisello Balsamo 1994).

DE CONCINI, E., *Il frate volante. Vita miracolosa di San Giuseppe da Copertino* (Cinisello Balsamo 1998).
GIACCAGLIA, A., *San Giuseppe da Copertino, il santo dei voli* (Frigento ^{3}1988).
MIGLIORANZA, C., *San José de Cupertino, protector de los estudiantes* (Buenos Aires 1988).
PARISCIANI, G., *I tre diari (1645-1652) dell'abate Arcangelo Rosmi su San Giuseppe da Copertino* (Padua 1991).
PARISCIANI, G. - GALEAZZI, G. (eds.), *San Giuseppe da Copertino tra storia ed attualità* (Padua 1984).

BEATOS DAVID OKELO Y GILDO IRWA

Catequistas y mártires († 1918)

Se trata de dos jóvenes laicos, que se desvivieron en su labor de catequistas en el lugar llamado Paimol, en Uganda septentrional. Su acción apostólica se desarrolló ante los jóvenes y catecúmenos que les habían sido confiados por los misioneros combonianos que operaban en la zona los primeros decenios del siglo XX.

La Buena Noticia se difundía más y más en Uganda, cuando surgió la contradicción abierta por culpa de las supersticiones y ritos idolátricos y religiones paganas todavía imperantes. Todo ese mundo de contradicción se fue convirtiendo en odio cruel contra los cristianos.

David Okelo y Gildo Irwa se vieron envueltos en la persecución, pero

> «Fortificados con la fortaleza divina no sólo testimoniaron su fe, declarándola a ciencia y conciencia, sino que siguieron adelante cumpliendo valientemente con su misión. Prefirieron perder su vida antes que abandonar la catequesis, dando así testimonio de fidelidad hacia Cristo y hacia la Iglesia derramando su sangre» *(Decreto del martirio).*

Vamos a recoger algunos datos biográficos de ambos catequistas.

DAVID OKELO era hijo de padres paganos; nació hacia el 1902 en el pueblo de Ogom-Payira, junto al camino que une Kitgum y Gulu. Convertido a la fe cristiana, ingresó en el catecumenado de la misión de Kitgum. Se bautizó el 6 de junio de 1916 y se confirmó el 15 de octubre del mismo año.

Vuelto al seno de la familia, enterado de la muerte de su hermano Antonio, catequista en Paimol, se ofreció a tomar el

mismo puesto de catequista. Los misioneros le advirtieron acerca del peligro que entrañaba el oficio, pero él respondió con decisión: «No temo para nada la muerte; acaso ¿no murió Cristo por nosotros?». Bien metido en su labor catequética, se había ganado la estima de los habitantes del pueblo. Cayó víctima de la fe cristiana, atravesado por la lanza la mañana del 18 o 19 de octubre de 1918. Vida joven y entregada por la causa del Evangelio.

GILDO IRWA, hijo también de padres paganos, nació hacia el 1906 en Bar-Kitoba-Labongo. Todavía niño entró en el catecumenado, en el que se ganó la estima de todos por su bondad, ingenio y espíritu de servicio. Se bautizó el 6 de junio de 1916 y se confirmó el 15 de octubre del mismo año. Pasó a vivir con los misioneros y de vez en cuando visitaba a sus padres ayudándoles en los trabajos del campo. Trabajó con David Okelo en el oficio de catequista, sin ignorar el peligro que corría. Juntamente con su compañero Okelo fue coronado con la palma del martirio el 18 o 19 de octubre de 1918.

El pueblo cristiano los tuvo, a ambos catequistas, desde siempre como mártires de la fe. En abril de 1999 la Congregación para la Causa de los Santos reconoció la validez del proceso de la declaración del martirio. En marzo de 2002 se tuvo el congreso peculiar de los teólogos consultores. Los cardenales y obispos en abril de ese mismo año reconocieron que los siervos de Dios David Okelo y Gildo Irwa padecieron martirio por odio a la fe. El 23 de abril de 2002 el Papa declaró solemnemente que «consta del martirio y de la causa del mismo de los siervos de Dios David Okelo y Gildo Irwa, fieles laicos, muertos el año 1918».

La beatificación, junto con la de otros cuatro siervos de Dios, tuvo lugar en el día de la celebración del Domund de 2002, 20 de octubre. En la homilía el Papa, hablando en inglés, trazó la semblanza de estos dos valientes jóvenes:

> «Mi pensamiento, dijo, va en primer lugar a los dos jóvenes catequistas ugandeses David Okelo y Gildo Irwa. Estos dos valientes testigos aún eran muchachos cuando, con sencillez y fe, derramaron su sangre por Cristo y por su Iglesia. Con juvenil entusiasmo por su misión de enseñar la fe a sus compatriotas, se trasladaron en 1918 al norte de Uganda. Y en aquella región, cuya evangeliza-

ción por aquel entonces empezaba, prefirieron abrazar la muerte a abandonar la zona y con ella su deber de catequistas. En su vida y testimonio podemos ver que fueron auténticamente "amados de Dios y por él elegidos" (cf. 1 Tes 1,4)».

Y continuaba el Papa:

«David y Gildo son elevados hoy a la gloria del altar y propuestos a toda la comunidad cristiana como ejemplos de santidad y virtud y como modelos e intercesores de los catequistas del mundo entero, especialmente en aquellos lugares en los que los catequistas siguen sufriendo por la fe, afrontando a veces marginación social e incluso riesgo personal. Que la vida y testimonio de estos dos abnegados servidores del Evangelio inspiren a muchos hombres y mujeres de Uganda, de África, y del mundo entero para que respondan con generosidad a la llamada a ser catequistas, dando a conocer a Cristo a los demás y reforzando la fe de aquellas comunidades que han recibido recientemente el Evangelio de salvación».

Al principio de su homilía, antes de comenzar a hablar de los seis nuevos beatos, había dicho el Papa:

«Su beatificación en el contexto de la Jornada del Domund nos recuerda que el primer servicio que es menester prestar a la misión es la búsqueda sincera y constante de la santidad. No podemos testimoniar coherentemente el Evangelio si antes no lo vivimos fielmente».

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

«Decreto del martirio»: *AAS* 94 (2002) 694-696.
«Homilía en la beatificación»: *Ecclesia* (2002) n.3126, p.22-23.

BEATO CARLOS ERAÑA GURUCETA Y COMPAÑEROS MARIANISTAS

Religiosos y mártires († 1936)

Tres son los mártires marianistas de la persecución religiosa de 1936 que la iglesia ha colocado en los altares el 1 de octubre de 1995: Carlos Eraña, Fidel Fuidio y Jesús Hita. Hoy se conmemora el martirio del primero de ellos, aunque haremos una semblanza biográfica de los tres.

CARLOS ERAÑA GURUCETA nace el 2 de noviembre de 1884 en Aozaraza (Guipúzcoa), núcleo de población que pertenece al municipio de Arechavaleta. Sus padres, Nicolás Eraña Lizarralde y Josefa Guruceta Arriola, forman una familia de acrisoladas virtudes cristianas; él, ejerce de veterinario, ella, de solícita madre, hecha a la dura brega del trabajo familiar. Recibe el bautismo dos días más tarde. «Y en cuanto le fue dado confesar y comulgar, acompañaba a su madre y hermanos a la recepción de los sacramentos». En este ejemplar ambiente surge su vocación religiosa, y la de sus hermanas Rosa y Ramona.

Desde los cinco años asiste a la escuela del pueblo, y ayuda al párroco en la santa misa. A partir de 1894, con diez años, acompaña a su madre cuando marcha al pueblo de Arechavaleta para vender los productos del caserío. Al año siguiente los marianistas adquieren el edificio y finca del balneario de Escoriaza, a dos kilómetros de Aozaraza, donde los superiores de la Compañía de María instalan el postulantado que tienen en Vitoria. La llegada del P. Chaminade a España, durante su exilio por las leyes antireligiosas del Gobierno galo, permite a la Compañía de María instalarse en España, y de ese modo se salda la «deuda de gratitud que nuestro Instituto tiene con España». El primer colegio se abre en San Sebastián (1887).

La curiosidad innata, primero, y el interés personal, después, le llevan a acercarse a Escoriaza, pues algunos de sus compañeros de colegio ingresan allí. En 1899 inicia un nuevo curso escolar con una novedad, acudirá a diario a los marianistas para recibir lecciones de lengua española. Al mismo tiempo la pedagogía marianista intentará aclarar su vocación. Cuatro cursos pasa como postulante participando en distintos trabajos de la comunidad, *con salud favorable, carácter firme y franco.* En septiembre de 1902 (va a cumplir 18 años) marcha al noviciado de Vitoria, donde opinan de él: «Novicio piadoso, de una piedad seria y sin excentricidades. Su trato amable, acompañado de una candorosa sonrisa. Tiene buen sentido práctico».

El 9 de septiembre de 1903 formula los primeros votos como religioso marianista. Regresa a Escoriaza para continuar el postulantado, y practica el deporte de su tierra como excelente pelotari. «Había algo en él que imponía, no obstante lo des-

madrado de su persona». Obtiene el título de maestro elemental y se le asigna la misión de enseñar en la escuela del postulantado. Una labor que realizará sin interrupción hasta su muerte, transmitiendo los valores humanos y las virtudes cristianas que él trataba de vivir. En 1905 pasa al colegio de Santa Ana (Ordizia), en el Goierri guipuzcoano, donde permanece hasta 1908 como *buen religioso, edificante y entregado.* Al terminar las vacaciones de 1906 obtiene el título de maestro superior en la Escuela Normal de Burgos, y el 15 de agosto de 1908 emite los votos perpetuos en la Congregación de María. Los superiores le destinan al nuevo colegio del Pilar de la calle de Goya de Madrid, recién inaugurado, donde *no hace acepción de personas, trajes o apellidos. Es pulcro y ordenado en su persona y en sus cosas,* y aquí permanece hasta el año 1916, en que se le nombra director del Instituto popular de la Concepción de Ciudad Real, un encargo que les ha ofrecido el obispo don Francisco Irastorza porque esta capital no dispone, hasta ese momento, de ningún colegio de religiosos.

En esta responsabilidad educadora se ponen a prueba su actitud de entrega y una buena disposición personal para resolver los conflictos, más o menos previsibles. Está abierto a todo. Con gran creatividad desea la formación humana y cristiana de sus alumnos, y se gana la confianza de todos: «En la población, gracias a Dios, gozamos de mucho prestigio, yo creo que demasiado». Promueve y organiza la congregación mariana, que se inaugura en 1922. Los domingos se celebran conferencias y círculos de estudio y su actividad se multiplica: «El pobre Carlos, como si fuera un cura, tiene que predicar. Seis horas diarias de clase, conferencias, predicar, ¿de dónde saca?». Recuerda que se trata de sembrar, no de recoger, y la mies es mucha. Su gran ilusión es lograr que algunos de sus mejores alumnos vayan al postulantado de Escoriaza.

Su cargo de director no le impide dedicar su atención a los enfermos de la comunidad marianista, a quienes ofrece tiempo y oración. Pero él mismo sufre también: «No puedo ni dormir, ni comer, ni nada por el dolor que esto ocasiona. ¡Miserias humanas!». Permanece once años en Ciudad Real, y al finalizar el curso escolar 1926-1927 es requerido por sus superiores como

director del colegio de Tetuán, capital del Protectorado Español de Marruecos. Toda la capital manchega se conmueve. Recuerdan su bondad extraordinaria, personalidad arrolladora y don de gentes. Había entregado su vida a los necesitados, a las clases más humildes, con una actividad desbordante.

El 20 de septiembre de 1927 llega a Tetuán y logra, en poco tiempo, alcanzar el favor y la confianza de todos, actuando con tal delicadeza que no da el más mínimo motivo de crítica. *Con su aire de asceta, sin apariencia exterior, pero modesto, de pocas palabras, con un gran corazón y sonrisa bondadosa en su rostro,* se preocupa del bienestar de la comunidad: «Los religiosos le reconocen una habilidad poco común para conducir a los niños, aceptan y solicitan sus consejos». En agosto de 1933 debe regresar a Madrid como director de los tres primeros cursos de bachillerato, en el colegio de segunda enseñanza. Están convencidos: «Donde caía don Carlos, se resolvían los problemas».

En 1935 tendrá que hacerse cargo también de la dirección de la primera enseñanza. Así lo retratan sus superiores:

> «Religioso dotado de una gran abnegación y celo; sigue de cerca el trabajo de los profesores; visita las clases frecuentemente y tiene la confianza de los padres y alumnos. Un excelente director, un religioso sincero y animado por miras sobrenaturales».

Todo un ejemplo. Hombre de Dios, de vida espiritual muy intensa, vive casi constantemente en su presencia. Devoto de María, a quien ofrenda especiales celebraciones en el mes de mayo. Cuando termina el curso 1935-1936 marcha a Segovia el 8 de julio para hacer el retiro anual. Los graves acontecimientos que se avecinan son motivo en estos días de reflexiones espirituales. Y lo tiene muy claro: al sacrificio de la propia vida si es preciso, por fidelidad a la vocación al servicio de la Iglesia.

La muerte para él puede que no sea siquiera un mal: «¡Qué más pueden hacerme! Matarme», le oirán decir. El día 16 de julio regresa a Madrid y el 18 del mismo mes comienza la guerra civil. El 20 de julio el consejo de la comunidad del colegio del Pilar de Madrid acepta la decisión de dejar a la libre elección de cada religioso el lugar más oportuno para ocultarse. El 24 de julio los milicianos se incautan del edificio, y registran toda la casa buscando armas. Se convertirá en Hospital de Sangre. Después

de comer, los milicianos alinean a todos los residentes del colegio en la calle, cara a la pared, mientras otros apuntan con sus armas. En un momento de confusión uno de los religiosos logra escapar. Al resto los detienen y llevan a declarar. Al poco tiempo, les dejan en libertad.

Después de varios intentos fallidos, pues nadie lo quiere recibir en su casa, es detenido de nuevo. En esta ocasión por dos milicianas armadas, que le registran y encuentran en uno de sus bolsillos un rosario. Lo conducen a la comisaría, pero como está identificado como maestro nacional lo ponen en libertad. Se refugia en casa del Dr. Ruigómez, insigne benefactor, donde ya se hallan otras personas acogidas. Cuando tiene noticias de que van a por él toma la decisión de ir a Ciudad Real, donde *esperaba que le salvaran los antiguos alumnos gratuitos.* En la noche del 26-27 de julio toma el tren, pero en Alcázar de San Juan le detienen los milicianos, le conducen a la alcaldía y encierran en una pequeña habitación. Obtiene la libertad y el 29 de julio llega a Ciudad Real, donde nadie le espera ni le quiere acoger. Permanece dos días en casa de un antiguo alumno. De aquí pasa a una pensión, la Fonda Gómez, donde permanece hasta el día 6 de septiembre, en que es detenido. Le facilitan un salvoconducto con el cual acude el 1 o 2 de agosto al Gobierno Civil, quiere indagar sobre sus religiosos. Nunca oculta su condición de marianista y está perfectamente localizable. El 6 de septiembre los milicianos le requieren que les acompañe para ir a declarar. Lo llevan al seminario, convertido en cárcel, dependiente del comité revolucionario. Aquí reconoce a varios antiguos alumnos suyos también encarcelados, y les da ánimos. Estaba preocupado, pero entero y digno. En la noche del 17-18 de septiembre le sacan de la celda. *Estaba sereno. Eran ocho detenidos e iban atados de dos en dos.* Suben a un camión, que toma la carretera de Valverde, en dirección a Alarcos. A unos veinte metros del puente sobre el río Guadalquivir los hacen descender, y allí mismo son asesinados. Los inhuman en una fosa común en el cementerio de Valverde. En 1939 son enterrados cristianamente en el cementerio de Ciudad Real. En 1962 el Ayuntamiento de la capital manchega le dedica el «Paseo de Carlos Eraña». El proceso diocesano de beatificación se desarrolla en

Ciudad Real entre 1962 y 1966. El 13 de junio de 1985 la Sagrada Congregación para las Causas de los Santos permite la reanudación del proceso. En 1993 se promulga el decreto de martirio y, finalmente, el papa Juan Pablo II lo proclama beato, junto a otros dos religiosos marianistas, Jesús Hita y Fidel Fuidio, el 1 de octubre de 1995.

FIDEL FUIDIO RODRÍGUEZ nace en Yécora (Álava) el 30 de septiembre de 1880. Postulante en Pontacq (1893) y novicio en Vitoria, donde profesa en 1897. Licenciado en Historia (1905) y Doctor en Historia (1932) por la Universidad Central de Madrid. Arqueólogo famoso. El año 1933 llega a Ciudad Real como profesor del colegio de Nuestra Señora del Prado, y del Instituto oficial de enseñanza media de Ciudad Real. Al incautarse los milicianos el 24 de julio del colegio marcha a la fonda La Paca, donde se hallan refugiados otros sacerdotes. El 28 de julio es detenido y le interroga el propio Gobernador Civil, quedando retenido en dichas dependencias. Al fin queda libre y regresa a la fonda, prohibiéndole que salga a la calle. El 7 de agosto es detenido junto con don Juan Herreros, depositario de los fondos diocesanos. Les llevan, de nuevo, al Gobierno Civil, donde quedan retenidos. El día 9 de octubre llega un nuevo gobernador a Ciudad Real, que constituye un tribunal para juzgar a los detenidos en dicho edificio. El día 15 de octubre es declarado inocente, pero decide permanecer aún esa noche allí. Al día siguiente, 16 de octubre, una patrulla de milicianos armados franquea a punta de pistola la vigilancia del Gobierno Civil y le sacan a él, junto con dos sacerdotes diocesanos y un seglar, y les encarcelan en el seminario, donde quedan incomunicados. A la media noche del 17-18 de octubre los cuatro son asesinados, junto a las tapias del cementerio de Carrión de Calatrava, y sus cuerpos arrojados al tristemente célebre «pozo de Carrión». Es beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995, junto con Carlos Eraña y Jesús Hita. (Cf. *Año cristiano. Octubre,* día 17).

JESÚS HITA MIRANDA nace en Calahorra (La Rioja) el 17 de abril de 1900. Postulante en Escoriaza (1913) y novicio en Vitoria (1918). Licenciado en Letras en la Universidad de Zaragoza, en 1930. En 1936 se halla en Madrid, y el 29 de junio se le pide que vaya a Ciudad Real para ayudar en los cursos de verano:

«Sea lo que Dios quiera. Si somos mártires, mejor». El 24 de julio los milicianos se incautan del colegio de Ciudad Real, y acepta ir a la pensión de la calle de Montesa, donde se encuentran un sacerdote diocesano y dos religiosos pasionistas. El día 27, llega un padre claretiano. También se hallan acogidas dos monjas dominicas y otras dos del servicio doméstico. Más que una pensión, esta fonda parece un convento. El día 25 de septiembre es detenido. Le llevan al seminario convertido en cárcel. Hacia las nueve de la noche le suben a un camión, con otros detenidos, que se dirige a Carrión de Calatrava. Contra las tapias del cementerio son martirizados, y sus cadáveres los arrojan al pozo de una noria cercana. Su Santidad Juan Pablo II lo beatifica el 1 de octubre de 1995, junto con Carlos Eraña y Fidel Fuidio. (Cf. día 25 de septiembre).

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

GASTAMINZA, F., SM, *El Beato Carlos Eraña, marianista* (Madrid 1995).
ORTEGA, E., SM, *Con la lámpara encendida. «Los beatos» Carlos Eraña, Jesús Hita y Fidel Fuidio, «marianistas»* (Madrid 1995).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN FERREOLO

Mártir († s. III)

Ciertamente San Ferreolo fue un mártir de Vienne, la antigüedad de cuyo culto no puede dudarse. Tuvo su tumba, primeramente, en una iglesita junto al Ródano, pero en 473 el obispo de la ciudad, San Mamerto, decidió su traslado a una nueva iglesia en el intramuros de la ciudad, hablándonos de esta traslación de sus reliquias San Gregorio de Tours. El *Martirologio romano* actual se hace eco de la *passio* de este mártir, de cuya veracidad histórica se han levantado dudas, y así nos dice que era tribuno, que se negó a arrestar a los cristianos, y que por ello fue detenido y sometido a tormentos y llevado a la cárcel, de donde se evadió, pero fue seguido, capturado y decapitado. Se dice que anteriormente a su negativa a arrestar a los cristianos no había hecho pública su profesión de la fe cristiana.

SANTA RICARDA
Reina († 895)

Nace hacia el 840 hija del duque de Alsacia, Ercanger, y su educación fue confiada a las monjas del monasterio de Santa Otilia. A los veintidós años contrae matrimonio con Carlos el Gordo, que sería rey de Francia y Alemania, y emperador en 881. Mujer llena de piedad y bondad, decidió desde su alto puesto hacer el bien. Particularmente fijó su atención en los monasterios, a los que hizo numerosos beneficios, y en 880, en un terreno de su propiedad, fundó el monasterio de Andlau. En 881 fue a Roma con su esposo y allí éste recibió la corona imperial de manos del papa Juan VIII. Se juntaron vastos territorios bajo el mandato de su marido, pero por su incompetencia no supo conservarlos y en 887 fue depuesto. Ella y su esposo se habían llevado siempre muy bien y habían vivido con gran armonía, pero al ser depuesto Carlos, se lanzó contra Ricarda la acusación de infidelidad. Ella y su supuesto amante fueron llamados a comparecer ante una asamblea imperial, donde bajo juramento ambos negaron los cargos. Ricarda apeló al juicio de Dios y anduvo indemne sobre el fuego. Pero decidió separarse de su esposo, que había creído la calumnia y murió al poco, y ella se retiró al monasterio de Andlau, integrándose en la vida de la comunidad religiosa y haciendo obras de misericordia a favor de los pobres. Murió piadosamente el 18 de septiembre parece que del año 895. El papa San León IX, que el año 1049 visitó el monasterio, mandó que sus reliquias fueran sacadas de la tierra y llevadas a la iglesia del monasterio para que los fieles pudieran venerarlas.

SANTO DOMINGO TRACH
Presbítero y mártir († 1840)

Nace en Ngai-Voi, Tonkín, el año 1792. En 1825 ingresa en la Orden de Predicadores donde hace la profesión religiosa. Ordenado sacerdote, ejercita su ministerio sucesivamente en Quam-Cong y en Luc-Thuy-Thuong, de cuyo seminario es nombrado director espiritual. Al estallar la persecución, se refu-

gia en Tra-Lu en casa de un amigo y en ella desarrolla cuanto trabajo apostólico puede, estando ya entonces muy debilitado por la tuberculosis. Fue a Nguong-Nhan a visitar a un sacerdote y allí fue arrestado y llevado a la cárcel de Nam-Dinh, donde convirtió a Santo Tomás Toán, que había tenido la debilidad de apostatar. Ni amenazas ni torturas lograron de él que apostatara y pisoteara la cruz, y por ello fue condenado a muerte. Confirmada la pena por el rey, el 18 de septiembre de 1840 fue llevado al campo de las Siete Yugadas y allí decapitado.

Fue canonizado el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS FERNANDO GARCÍA SENDRA Y JOSÉ GARCÍA MAS

Presbíteros y mártires († 1936)

Estos dos sacerdotes tenían en común el ser naturales del mismo pueblo, Pego, donde el segundo de ellos además ejercía su ministerio como capellán del santuario del Ecce Homo. El primero se había retirado a su pueblo al estallar la revolución, y allí ambos fueron detenidos, cada uno en su propia casa, y encarcelados. En la cárcel se encontraron con otros sacerdotes y un religioso, todos los cuales se dieron cuenta de que les esperaba la muerte y se decidieron a prepararse en la oración y santa fraternidad para afrontar la hora de dar la vida por Cristo. Procedieron con gran dignidad y abordaron el martirio con verdadera alegría espiritual. El día 18 de septiembre de 1936 les ataron las manos a la espalda, les sacaron e hicieron subir en una camioneta y les llevaron al término de Gandía, al lugar conocido como La Pedrera, y allí, a la una de la madrugada, les dispararon.

FERNANDO GARCÍA SENDRA había nacido en Pego el 31 de marzo de 1905. Fue monaguillo de la parroquia y alumno del colegio de los PP. Franciscanos, en cuyo estudiantado pasó unos años, para pasar luego al colegio de vocaciones eclesiásticas, de Valencia. Se ordenó sacerdote el año 1931. Estuvo destinado primero en Bolulla, pasando luego como párroco al pueblo de Sagra, donde se entregó por entero a su labor sacerdotal

en medio del difícil clima de entonces. Llegada la persecución se negó a esconderse, limitándose a irse a casa de sus padres a Pego, de donde lo sacaron catorce días antes de su martirio para llevarlo a la cárcel. Herido por los disparos, no murió sino que perdió el conocimiento y cuando horas más tarde lo recuperó estaba desangrándose. Tuvo fuerzas para levantarse, fue a una casa cercana y pidió agua y ayuda, pero no sólo no logró que lo auxiliaran sino que llamaron a los milicianos. Anduvo por el campo, cayó en una charca y luego se refugió en un cañaveral, donde le encontraron los milicianos que lo remataron con un tiro en la cabeza.

JOSÉ GARCÍA MAS había nacido en Pego el 11 de junio de 1896. Fue monaguillo y alumno de los PP. Franciscanos y estuvo en su colegio seráfico un tiempo, pasando luego al seminario de Valencia. Se ordenó sacerdote en 1923. Fue sucesivamente vicario de San Francisco de Borja, de Carroja, y párroco de Patró, pasando luego a su pueblo como capellán del santuario del Ecce Homo. Restauró la capilla, procuró que el culto fuera frecuente y esplendoroso, organizó las Marías de los Sagrarios y los Jueves Eucarísticos y se ofrecía a la parroquia para colaborar, especialmente en la atención a los pobres y a los enfermos y en el fomento de las vocaciones sacerdotales. Fue arrestado en su casa el 4 de septiembre de 1936. Había dicho a sus hermanos que si lo detenían y mataban, ellos perdonaran.

Ambos fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATOS AMBROSIO (SALVADOR) CHULIÁ FERRANDIS, VALENTÍN (VICENTE) JAUNZARÁS GÓMEZ, FRANCISCO (JUSTO) LERMA MARTÍNEZ, RECAREDO (JOSÉ MARÍA) LÓPEZ MORA Y MODESTO (VICENTE) GAY ZARZO

Religiosos y mártires († 1936)

En el término del pueblo valenciano de Montserrat en la partida de La Mantellina, conocida también por Puchá d'Alt, fueron fusilados, en la noche del 17 al 18 de septiembre de

1936, un grupo de ocho sacerdotes y religiosos, entre los cuales se hallaban los cinco que conmemora hoy el *Martirologio,* y que eran miembros de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores. Habían llegado hasta allí atados, y en el camino, el P. Ambrosio de Torrent les había animado al martirio. Bajados de los coches, los colocaron frente a la cuneta, los alumbraron con la luz de los faros y diez o doce milicianos dispararon sobre las víctimas. Sus cuerpos fueron sepultados en una fosa común en el cementerio del pueblo. Éstos son sus datos:

SALVADOR CHULIÁ FERRANDIS nació en Torrent (Valencia) el 16 de abril de 1866 en una familia cristiana. Hechos los estudios en el seminario diocesano de Valencia y cuando ya era diácono decide ingresar en la congregación de los terciarios capuchinos, fundada por el P. Luis Amigó. Ingresa en el noviciado el 17 de mayo de 1891, cambiando su nombre por el de fray Ambrosio María de Torrent. Es ordenado sacerdote el 4 de abril de 1892 y en junio emite su primera profesión religiosa. La perpetua la haría el 5 de junio de 1898. Durante su dilatada vida, desempeñó los cargos de maestro de novicios, vicesuperior, y consiliario, y su carisma era la dirección espiritual y el ministerio del confesionario. Pasó por las casas de Torrent, Santa Rita, de Madrid, Yuste, Fundación Caldeiro, de Madrid, y Godella. Su último destino fue Torrent. Al tener que dejar el convento tras el 18 de julio de 1936 se refugió con su familia, pero, al poco tiempo, fue llevado a la prisión llamada La Torre. Al bajar para ser fusilado pidió le desataran las manos para bendecir a los verdugos. No lo desataron y dio la bendición con las manos atadas.

VICENTE JAUNZARÁS GÓMEZ nació en Torrent el 6 de marzo de 1896 en el seno de una familia cristiana. Ingresa en la infancia en la escuela seráfica de los terciarios capuchinos de Torrent, y empieza su noviciado el 15 de octubre de 1911 tomando el nombre de fray Valentín María de Torrent. Hace su primera profesión el 15 de octubre de 1913 y la perpetua el 15 de octubre de 1919. Se ordena sacerdote en Madrid en 1920. Pasa por las casas de Burjassot, Santa Rita, de Madrid, Fundación Caldeiro, de Madrid, Zaragoza, y es destinado luego al asi-

lo de San Antonio, de Santafé de Bogotá, en Colombia. Vuelve a España y se marcha a Navarra, de donde pasa como superior a Godella. El 18 de julio de 1936 estaba accidentalmente en Torrent, y en la mañana del día siguiente es él quien acompaña a los milicianos cuando éstos registran el convento. Tuvo la sangre fría de consumir las hostias consagradas delante de los milicianos. Detenido con los demás y llevado al ayuntamiento, cuando son liberados se marcha a casa de su familia. El día 22 lo llevan a la casa de Godella unos milicianos pero el día 25 los religiosos de aquella casa-noviciado se dispersan y el P. Valentín vuelve a Torrent y acoge en su casa a varios religiosos. Con ellos es detenido el 28 de agosto y recluido en la prisión llamada La Torre. El día 17 de septiembre, fiesta de la «Impresión de las llagas de San Francisco», se le pudo oír desde la plaza cantar los gozos de las Llagas. Aquella noche fue su martirio. Era inteligente y culto, lleno de celo por la gloria de Dios, por el bien de las almas y por su congregación religiosa a la que amaba tiernamente.

JOSÉ MARÍA LÓPEZ MORA nace en Torrent el 22 de agosto de 1874. Recibe la influencia del sacerdote don José Méndez y es uno de los que van a la Cartuja del Puig a pedirle a este sacerdote que no abandone su puesto pastoral para hacerse religioso terciario capuchino. No lo consiguen pero surge en él la vocación a la misma congregación, ingresando en el noviciado el 21 de junio de 1889 con el nombre de fray Recaredo María de Torrent, haciendo su primera profesión el 8 de diciembre del año siguiente y la perpetua el mismo día de 1896 en calidad de hermano coadjutor. Pasa sucesivamente por las casas de Santa Rita, de Madrid, Dos Hermanas y Amurrio y desde 1932 está en Torrent. Funda escuelas gratuitas para niños y cuida mucho de la catequesis infantil. Tras cerrar su convento la revolución pasa a casa de una sobrina suya. El día 4 de agosto es internado en la cárcel La Torre, de donde saldría para el martirio. Fue un magnífico educador y maestro y un incansable buscador de ayuda para las obras sociales de su congregación. Consiguió reunir muchos jóvenes en la Pía Unión de San Antonio de Padua.

VICENTE GAY ZARZO nació en Torrent el 19 de enero de 1885 en el seno de una familia muy religiosa. Fue a la escuela

del convento de Monte Sión y perteneció a la Pía Unión de San Antonio. A los 14 años empezó a trabajar en el campo con su padre y por la noche iba a la escuela nocturna. Venciendo la resistencia paterna, viste el hábito de los terciarios capuchinos el 6 de enero de 1903 y hace su primera profesión el 6 de enero de 1905. Toma el nombre de fray Modesto María de Torrent. Deseaba hacer los estudios eclesiásticos pero la superioridad no se lo permitió. Luego de pasar por varios destinos, en 1916 es destinado a la casa de Torrent, donde pasará el resto de su vida dedicado a la enseñanza de las primeras letras y a la administración de la casa. Cuando la revolución cierra el colegio, se aloja en casa de su hermana Concha. Detenido el 8 de septiembre, es llevado a la prisión de La Torre, de donde sale para el martirio. Era un hombre trabajador, sencillo, de carácter bondadoso y de singular devoción a la Virgen María.

Los cinco fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO JOSÉ KUT

Presbítero y mártir († 1942)

Nace en Slawin (Polonia) el 21 de enero de 1905. Hecho el bachillerato, ingresó en 1924 en el seminario diocesano de Poznan y se ordena sacerdote el 16 de junio de 1929. Es vicario, sucesivamente, de las parroquias de Chodziez y San Martín de Poznan, y en 1936 se le hace administrador de la parroquia de Goscieszyn. Llegada la guerra, su casa fue objeto de un brutal atentado por parte de un grupo de alemanes. Y como él no se retiró de la parroquia por ello, fue arrestado el 6 de octubre de 1941, siendo encarcelado y maltratado de forma indigna hasta su conducción al campo de exterminio de Dachau, donde fallecería de miseria y extenuación el 18 de septiembre de 1942. Había sido un sacerdote muy celoso y responsable.

Beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

19 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. San Jenaro, obispo de Benevento, martirizado en Pozzuoli, junto a Nápoles († s. IV) **.
2. En Sínada (Frigia), San Trófimo (fecha desconocida), mártir.
3. En Palestina, santos Peleo y Nilo, obispos en Egipto, Elías, presbítero, y Patermucio († 310), todos ellos martirizados con otros clérigos.
4. En Tours (Galia), San Eustoquio († 461), obispo.
5. En Segreste (Galia), San Secuano († 580), presbítero y abad.
6. En el territorio de Bourges (Aquitania), San Mariano († s. VI), ermitaño.
7. En Metz (Austrasia), San Goerico o Abbón († 642), obispo.
8. En Canterbury (Inglaterra), San Teodoro de Tarso († 690), obispo, anteriormente monje **.
9. En Córdoba (Andalucía), Santa Pomposa († 853), virgen y mártir *.
10. En Freising (Baviera), San Lantberto († 957), obispo.
11. En Gap (Provenza), San Arnulfo († 1079), obispo *.
12. En Barcelona (Cataluña), Santa María de Cervellón († 1290), virgen, de la Orden de la Merced **.
13. En Madrid, San Alonso de Orozco († 1591), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín **.
14. En Seúl (Corea), San Carlos Hyon Song-mun († 1846), catequista y mártir **.
15. En Villefranche (Francia), Santa María Guillerma Emilia de Rodat († 1852), virgen, fundadora de la Congregación de Hermanas de la Sagrada Familia **.
16. En Ciempozuelos (Madrid), Beato Jacinto Hoyuelos González († 1936), religioso de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios *.
17. En Benifayó (Valencia), Beata Francisca Cualladó Baixauil († 1936), virgen y mártir *.
18. En Madrid, beatas María de Jesús de la Yglesia y de Varo, del Instituto de Hijas de María de las Escuelas Pías, María Dolores y Consuelo Aguiar-Mella y Díaz († 1936), vírgenes y mártires **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JENARO

Obispo y mártir († ca. 305)

Hay santos de los que es más fácil conocer la misión que les cabe ejercer desde el cielo que la que cumplieron en la tierra.

En este caso están muchos de los antiguos héroes cristianos, de los cuales la historia nos ha guardado muy poco, la leyenda algo más, pero de los que la devoción popular, ancha como un río, ha escrito secularmente su cometido de valedores e intercesores a favor de un pueblo o una época de la cristiandad. La continua intervención sobrenatural de San Jenaro en la vida de las gentes de Nápoles nos recuerda al Jesús clemente y poderoso que acallaba las tempestades y se compadecía de las muchedumbres; que vivía con los hombres y para los hombres y era oprimido a veces por las avalanchas del fervor popular. Nápoles, uno de los pueblos más vivaces y expresivistas de la tierra, asentada en esa maravilla que es la bahía partenopea, tierna y alegre como un nido, ha vivido bajo la amenaza del Vesubio, el siniestro volcán vecino, el monstruo nunca muerto, aunque con frecuencia dormido o dormitante. Nápoles, cantora y jovial, donde la naturaleza es exuberante y muelle, la temperatura maravillosa, la vida humana fácil y cómoda, pertenece a esas ciudades cuya psicología ha sido moldeada por el secreto terror a la desgracia, que siempre se cierne sobre ellas en la lontananza. Ante los vestigios de las antiguas erupciones, ante el recuerdo de las ciudades vecinas desaparecidas bajo la lava, ante el «respiro» periódico del volcán que se corona con la clásica humareda o «fumata», era lógico que Nápoles buscara —como Tebas— un exorcismo de sus zozobras. Nápoles es una de las ciudades donde son más abundantes los *telesmata,* objetos mágicos que se enterraban al poner los fundamentos de las murallas o de las primeras edificaciones. La leyenda virgiliana encierra también un significado de protección de la ciudad. Nápoles cristiana encontró, por fin, el verdadero símbolo y sacramento en la sangre del mártir San Jenaro. La historia de la devoción a San Jenaro es la historia toda de Nápoles.

Es rigurosamente histórico el martirio de San Jenaro, hacia el año 305, así como que sus restos reposan en la catedral de Nápoles. San Jenaro era obispo de Benevento, ciudad de la Campania, como Nápoles, cuando se desencadenó la persecución de Diocleciano, la última que sufrió la Iglesia antes de la paz de Constantino. Pertenece, pues, San Jenaro a la misma «promoción» martirial que San Vicente, Santa Eulalia, San Seve-

ro, Santa Engracia y los «innumerables mártires de Zaragoza». Refiere la tradición que San Jenaro fue reconocido y apresado por los soldados del gobernador de Campania cuando se dirigía a la cárcel a visitar a los cristianos en ella detenidos. Según la misma tradición, Jenaro y sus compañeros habrían sido arrojados a un horno encendido del que salieron milagrosamente ilesos. De todos modos, pronto fueron conducidos a Puzol *(Puteoli,* en latín; *Pozzuoli,* en italiano), la primera tierra italiana que pisara San Pablo camino de Roma, y donde había desde antiguo una crecida comunidad cristiana. Refiérese que en el anfiteatro de esta ciudad fueron expuestos a las fieras, que, como anteriormente las llamas, también respetaron a los cristianos. El gobernador ordenó finalmente que fueran degollados. Eran los mártires, además del obispo Jenaro, los diáconos Sosio, Próculo y Festo; Desiderio, que había recibido el orden del lectorado, y Eutiquio y Acucio.

La leyenda cuenta que un anciano había pedido al obispo antes del martirio un recuerdo y que al día siguiente San Jenaro se le apareció ofreciéndole un lienzo ensangrentado: el pañuelo con que los verdugos solían vendar los ojos de las víctimas antes de descargar el golpe. Los cristianos recogieron, como tenían por costumbre, un poco de la sangre de los mártires para colocarla en unas ampollas o anforitas de cristal ante la tumba de éstos. Se sabe que los restos de San Jenaro recibieron sepultura primero en Puzol, en el Campo de Marte. Luego en Nápoles, y aquí, en las catacumbas (que después fueron designadas con el nombre del santo), hay documentos arqueológicos que atestiguan la existencia de una devoción antiquísima y singular. Entre ellos está la pintura de San Jenaro, que data del siglo V, en la que aparece el santo obispo con un nimbo en que figura el anagrama de Cristo y la inscripción: *sancto Ianuario.* A ambos lados, dos fieles cristianas, una adulta y la otra niña, las dos con los brazos levantados en actitud orante. En el siglo IX las reliquias fueron trasladadas a Benevento y más tarde a Monte de la Virgen (Montevergine). Pero en 1497 encontraron sepulcro definitivo en la catedral de Nápoles, en una capilla hermosísima que los napolitanos construyeron en 1608 en cumplimiento de un voto formulado por ellos casi un siglo antes, en 1527, con

ocasión de una peste que asoló a la región, pero de la cual el santo libró a la ciudad.

Si los napolitanos tardaron bastante tiempo en cumplir su promesa, la verdad es que, por fin, la cumplieron con munificencia y esplendidez. Debemos dedicar unas líneas a la descripción de esta capilla porque es, además, el marco adecuado e ideal para la devoción popular a las reliquias del mártir. Su planta tiene forma de cruz griega; las paredes están todas revestidas de mármol, y de mármol son también las 42 columnas que la decoran. Hay en ella siete altares, con cuadros pintados por el Dominiquino sobre cobre plateado y con muchos dorados y pinturas al fresco. Pero no sólo el célebre Dominiquino; todos los nombres del barroco de Campania parecen darse cita en ella, para honrar al santo patrón de Nápoles. El arquitecto de la capilla fue el religioso teatino Francisco Grimaldi; el altar mayor, todo de pórfido y con adornos de bronce dorado, fue diseñado por Solimena; Juliano Finelli es el autor de la mayor parte de las esculturas, y, entre los pintores, hay que nombrar, además del Dominiquino, a Lanfranco y al español Ribera. No es exagerado decir que este recinto es una de las más bellas muestras del arte del 700, y que su plástica guarda correspondencia perfecta con la espiritualidad a que sirve de expresión. A él acuden los fieles en sus necesidades espirituales ordinarias y en toda clase de calamidades públicas.

Ya quedó mencionada la peste de 1527, pero hemos de referirnos a otras dos ocasiones en que la protección del santo es recuerdo imborrable para los napolitanos. La primera es la erupción del Vesubio de 1631, una de las más espantosas de este volcán y que sólo puede compararse con la que destruyó las ciudades de Pompeya y Herculano en el año 79 de nuestra era. Durante tres días de fragor apocalíptico y tinieblas densísimas que sólo permitían ver las llamas rojizas y los torrentes de lava que descendían de la cumbre, los creyentes se apiñaron en torno al sepulcro de su Santo en oración incesante y concluyeron sacando en procesión el sagrado cuerpo. Muchas localidades vecinas quedaron destruidas, pero la ciudad, una vez más, se salvó. La segunda gran ocasión memorable tuvo lugar el año 1884, en que el cólera devastó muchas regiones. Pero también

en casos de guerras o desventuras entre las gentes de mar la fe de los devotos no ha conocido límites.

Ahora bien, si la devoción de San Jenaro es conocida en el mundo entero, ello no se debe —hay que confesarlo— a nada de lo dicho anteriormente, sino al portento de la licuefacción de la sangre del mártir. Todos los años el día de hoy, 19 de septiembre, y en otras varias ocasiones, la sangre de San Jenaro, que se conserva en dos ampollas o frasquitos de vidrio donde la recogieron los cristianos después del martirio y donde está seca, en estado sólido, de ordinario, tórnase líquida y de color rojo vivo, como si estuviera recién vertida por el mártir. La licuefacción tiene lugar dentro de una ceremonia brillantísima en la que se muestra a las autoridades eclesiásticas y civiles y luego a los fieles la teca o estuche donde se contienen las ampollas de sangre. Esta teca es de metal, con dos cristales transparentes y semeja a un viril para las exposiciones del Santísimo. La sangre entonces pasa al estado líquido sin precisar temperatura determinada, cambia de color y de volumen y de peso hasta alcanzar el doble y sin guardar proporción constante en el uno y el otro. La muchedumbre prorrumpe en aclamaciones y con entusiasmo delirante la teca es devuelta al tesoro de la catedral para su custodia hasta la próxima exhibición.

Naturalmente, el prodigio había de tropezar con la incredulidad de muchos, y las polémicas en torno a la naturaleza del fenómeno menudearon, sobre todo y como fácilmente puede suponerse, durante el siglo XIX. Más de veinte hipótesis se han formulado buscando una explicación natural, algunas de ellas por católicos, pero se ha de decir que ninguna resulta satisfactoria respecto de la totalidad de los fenómenos. Mucho menos se ha conseguido reproducirlo. El 15 de septiembre de 1902 el contenido de las ampollas fue sometido a examen espectroscópico ante testigos. Escribe el científico Sperindeo, que llevó a cabo la experiencia, que se vio «aparecer... detrás de la línea D, la banda obscura característica de la sangre, seguida de otra en el verde, y entre las dos una zona clara». No cabe duda de que se trata de sangre humana y que en ella se verifican los efectos antes descritos. Pero no cesarán, a buen seguro, los intentos de darle una interpretación que no rebase la esfera de lo natural. La

devoción, sin embargo, seguirá viendo un signo por el que San Jenaro testimonia su misión de representar ante el trono de Dios a sus fieles, y ante éstos, la misericordia y el perdón divinos. La sangre de San Jenaro es la sangre del sacerdote de Cristo, viva y fresca en el recuerdo de Dios, clamando mejor que la sangre de Abel, y viva también en el recuerdo de los hombres por los que fue derramada, porque sin sangre no se verifica redención ninguna. A esa sangre, que en cada época histórica sale de venas de los elegidos para juntarse con la de Cristo, se debe y se deberá que el ángel exterminador pase de largo envainando su espada muchas veces y el perdón se extienda a todo lo que ella ha rociado: las manos del verdugo lo primero.

ÁNGEL ZORITA

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris (París 1866) t.VI, p.761s.
ALFANO, G. F. - AMITRANO, A., «Il miracolo di San Genaro»: *La Scuola Cattolica* (1928) 171-195: en contra de la licuefacción.
ISENKRAHE, C., *Das neapolitanische Blutwunder* (Ratisbona 1912): a favor de la licuefacción.
SILVA, P., *Il miracolo di San Genaro* (Roma ^{4}1916).
SPERINDEO, G., *Il miracolo di San Genaro* (Nápoles ^{3}1908).

SAN TEODORO DE CANTERBURY
Obispo († 690)

Su epitafio nos da a conocer que tenía un nombre de origen griego *(lingua pelasga),* un nombre que significa «don de Dios».

Había nacido hacia el año 602 en Tarso de Cilicia, la patria de San Pablo; y he aquí que llega a morir en Inglaterra, como séptimo arzobispo de Canterbury. Hay que admirar el trasiego de la Iglesia antigua en lo que se refiere a la predicación del evangelio.

Teodoro fue un gran hombre de Iglesia que sirvió de lazo entre lo que nosotros llamamos la antigüedad y la alta edad media. Como se ha dicho, nacido hacia el 602, tenía unos dos años cuando San Gregorio Magno, el llamado «Cónsul de Dios», moría en Roma, y San Agustín de Canterbury estaba mediando su tiempo como apóstol de Inglaterra. Habían pasado 8 años

desde la ascensión de Heraclio al Imperio de Oriente y 20 de la Hégira de Mahoma, siendo ya 36 los transcurridos desde la toma de Jerusalén por el Islam.

Tarso tendría probablemente una Escuela donde se formó Teodoro. Siempre le acompañó el título y la fama de «filósofo» que ya no tenía nada de injurioso como lo había sido en los primeros siglos entre los cristianos, que lo tenían como algo parecido a «pagano». Aquella época era un mal momento para los jóvenes estudiosos y de vida tranquila. Asia Menor estaba inquieta ante los persas de Cosroes. Teodoro partió para Atenas, aunque ya hacía muchos años, en 529, que Justiniano había cerrado todas las escuelas de filosofía. Teodoro permaneció en la ciudad admirando la maravillosa y antigua ciudad del «Dios desconocido».

Aunque desconocemos prácticamente su vida durante casi cincuenta años, es probable que se hiciese monje ya en su patria griega. Pasados muchos años (667) lo encontramos en Roma ya convertido en monje. Algunos opinan que tal vez vino en el séquito del emperador Constante II que viajó a Roma en el año 663 y donde permaneció hasta su muerte el año 668. Y allí se encuentra a Teodoro, en el momento preparado por la Providencia. En efecto, era la época en que los reyes de Kent y de Nortumbria habían enviado a Roma al presbítero Wighard para que recibiese del papa la consagración como arzobispo de Canterbury. Pero Wighard murió inesperadamente. Dos de sus acompañantes recusaron hacerse cargo de tal empresa. Entonces se les ocurrió llamar a Teodoro que, como monje basilio, vivía en el camino de Nápoles en *Ad Aquas Salvias* pero que sólo tenía el subdiaconado. Teodoro aceptó la designación y en pocos meses se dispuso a «latinizarse» pasando del rito oriental al romano. Dejó la «tonsura de San Pablo» (cabeza totalmente rasurada) y dejándose crecer el pelo (tardó tres meses) pudo hacerse «la de San Pedro» (una tonsura cercada con una corona del propio pelo alrededor de la cabeza).

Por fin, tras conferírsele las órdenes del diaconado y sacerdocio, el papa Vitaliano pudo consagrarle obispo el 26 de marzo del año 668. El nuevo arzobispo partió el 27 de mayo para Bretaña en compañía de un sacerdote, Adriano, de origen napolitano, con el cargo de consejero-teólogo (al parecer se descon-

devoción, sin embargo, seguirá viendo un signo por el que San Jenaro testimonia su misión de representar ante el trono de Dios a sus fieles, y ante éstos, la misericordia y el perdón divinos. La sangre de San Jenaro es la sangre del sacerdote de Cristo, viva y fresca en el recuerdo de Dios, clamando mejor que la sangre de Abel, y viva también en el recuerdo de los hombres por los que fue derramada, porque sin sangre no se verifica redención ninguna. A esa sangre, que en cada época histórica sale de venas de los elegidos para juntarse con la de Cristo, se debe y se deberá que el ángel exterminador pase de largo envainando su espada muchas veces y el perdón se extienda a todo lo que ella ha rociado: las manos del verdugo lo primero.

ÁNGEL ZORITA

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris (París 1866) t.VI, p.761s.
ALFANO, G. F. - AMITRANO, A., «Il miracolo di San Genaro»: *La Scuola Cattolica* (1928) 171-195: en contra de la licuefacción.
ISENKRAHE, C., *Das neapolitanische Blutwunder* (Ratisbona 1912): a favor de la licuefacción.
SILVA, P., *Il miracolo di San Genaro* (Roma ^{4}1916).
SPERINDEO, G., *Il miracolo di San Genaro* (Nápoles ^{3}1908).

SAN TEODORO DE CANTERBURY
Obispo († 690)

Su epitafio nos da a conocer que tenía un nombre de origen griego *(lingua pelasga),* un nombre que significa «don de Dios».

Había nacido hacia el año 602 en Tarso de Cilicia, la patria de San Pablo; y he aquí que llega a morir en Inglaterra, como séptimo arzobispo de Canterbury. Hay que admirar el trasiego de la Iglesia antigua en lo que se refiere a la predicación del evangelio.

Teodoro fue un gran hombre de Iglesia que sirvió de lazo entre lo que nosotros llamamos la antigüedad y la alta edad media. Como se ha dicho, nacido hacia el 602, tenía unos dos años cuando San Gregorio Magno, el llamado «Cónsul de Dios», moría en Roma, y San Agustín de Canterbury estaba mediando su tiempo como apóstol de Inglaterra. Habían pasado 8 años

desde la ascensión de Heraclio al Imperio de Oriente y 20 de la Hégira de Mahoma, siendo ya 36 los transcurridos desde la toma de Jerusalén por el Islam.

Tarso tendría probablemente una Escuela donde se formó Teodoro. Siempre le acompañó el título y la fama de «filósofo» que ya no tenía nada de injurioso como lo había sido en los primeros siglos entre los cristianos, que lo tenían como algo parecido a «pagano». Aquella época era un mal momento para los jóvenes estudiosos y de vida tranquila. Asia Menor estaba inquieta ante los persas de Cosroes. Teodoro partió para Atenas, aunque ya hacía muchos años, en 529, que Justiniano había cerrado todas las escuelas de filosofía. Teodoro permaneció en la ciudad admirando la maravillosa y antigua ciudad del «Dios desconocido».

Aunque desconocemos prácticamente su vida durante casi cincuenta años, es probable que se hiciese monje ya en su patria griega. Pasados muchos años (667) lo encontramos en Roma ya convertido en monje. Algunos opinan que tal vez vino en el séquito del emperador Constante II que viajó a Roma en el año 663 y donde permaneció hasta su muerte el año 668. Y allí se encuentra a Teodoro, en el momento preparado por la Providencia. En efecto, era la época en que los reyes de Kent y de Nortumbria habían enviado a Roma al presbítero Wighard para que recibiese del papa la consagración como arzobispo de Canterbury. Pero Wighard murió inesperadamente. Dos de sus acompañantes recusaron hacerse cargo de tal empresa. Entonces se les ocurrió llamar a Teodoro que, como monje basilio, vivía en el camino de Nápoles en *Ad Aquas Salvias* pero que sólo tenía el subdiaconado. Teodoro aceptó la designación y en pocos meses se dispuso a «latinizarse» pasando del rito oriental al romano. Dejó la «tonsura de San Pablo» (cabeza totalmente rasurada) y dejándose crecer el pelo (tardó tres meses) pudo hacerse «la de San Pedro» (una tonsura cercada con una corona del propio pelo alrededor de la cabeza).

Por fin, tras conferírsele las órdenes del diaconado y sacerdocio, el papa Vitaliano pudo consagrarle obispo el 26 de marzo del año 668. El nuevo arzobispo partió el 27 de mayo para Bretaña en compañía de un sacerdote, Adriano, de origen napolitano, con el cargo de consejero-teólogo (al parecer se descon-

fiaba ya de la ortodoxia de los griegos), y de otro presbítero, Benito Biscop, que ya había estado varias veces en Roma. Los viajeros emprendieron su camino pasando por Marsella, Arles, París, donde se entrevistó con el obispo Agilberto, buen conocedor de los problemas de las Islas Británicas. Teodoro llegó a su sede de Canterbury un año exacto después de su consagración, el 27 de mayo de 669, tras un viaje rico en experiencias y nuevos conocimientos de los usos occidentales.

El nuevo pastor hijo de Atenas y de Roma tenía ya 67 años. Era un sabio y un asceta que se trasplantaba de un cálido sol mediterráneo a un cielo cubierto y enigmático como el inglés. Hacía poco que se había dado por zanjado el asunto de la Pascua, aunque quedaban ciertos rescoldos de resentimiento. El sistema diocesano estaba en peligro por la confusión que creaban las muchas sedes vacantes (sólo quedaban tres obispos y dos de ellos eran irregulares) y los conflictos entre los reinos. Los reyes de Kent y de Nortumbria estaban a favor del nuevo cambio «romano» de cosas pero no así los de Wessex y Mercie. Un campo inmenso se abría al «filósofo» oriental que debería reformar, organizar y administrar. Teodoro se mostró entonces como un soberbio hombre de acción lleno de santa energía. Comenzó por recorrer el vasto campo de la Iglesia que le había tocado en suerte. Los elementos celta-irlandeses se opusieron a su labor aun en las mismas casas de formación.

No se desanimó por eso Teodoro, sino que logró establecer y elegir buenos obispos, convocando a los cuatro años de su llegada, en 673, el Sínodo de Hertford, el primero realmente de la Iglesia de Inglaterra anglosajona, donde se decidieron bajo la inspiración de un Código de cánones, compilado y traducido al latín por su compatriota Dionisio el Breve, del que nunca se desprendía, las siguientes normas:

1) Todos deberían celebrar la Pascua el domingo siguiente al 14 del mes lunar de Nisán.

2) Ningún obispo se introducirá en el territorio de otro obispo.

3) Queda prohibido molestar y perturbar la paz de los monasterios.

4) Los monjes no podrían, a su voluntad, cambiar de monasterio.

5) Tampoco los clérigos podrían cambiar de obispo.

6) Los clérigos de viaje no podrían ejercer sus funciones ministeriales sin permiso del obispo del país.

7) Cada año, a primeros de agosto se celebraría un concilio regional.

8) El orden de la dignidad episcopal quedaba establecida por la fecha de la consagración de cada obispo.

9) Si los cristianos aumentan, se aumentará el número de los obispos y de las diócesis.

10) La separación de los matrimonios (separación de cuerpos) sólo será admitida en caso de adulterio de uno de los contrayentes; pero quedaba absolutamente prohibido que éstos pudiesen ser admitidos a nuevas nupcias.

En el año 678 Teodoro se dirigió al norte, a York, y allí entró en conflicto con Wilfrido al tomar parte de su gran diócesis y crear otras tres en ella. A Wilfrido no le sentó bien que no se le consultase en tales disposiciones, por lo que Teodoro aprovechándose de que había caído en desgracia ante el rey, logró que fuese apartado de su diócesis por muchos años. Hay que entender bien los registros de una época para juzgarla correctamente. El comportamiento de Teodoro con Wilfrido no parece que fuera totalmente correcto y de hecho, años más tarde, el arzobispo tuvo que pedirle perdón y reconciliarse exigiendo que fuera reinstalado en su sede de York. En el sur también su administración dejó huellas al reformar y fijar con todo detalle los confines de cada nueva diócesis. En 680 el papa Agatón llamó a Teodoro a Roma, «nuestro compañero en el ministerio y el episcopado, arzobispo de la gran isla de Britania y gran filósofo», pues era considerado por todos como una de las lumbreras de la Iglesia en la lejana y brumosa Albión. No pudo ir al concilio, quizá a causa de su edad, donde se debatió con energía el monotelismo. El papa, no obstante, le envió las disposiciones conciliares, que Teodoro transmitió a sus obispos sufragáneos en el concilio nacional de Hetfield.

Se le atribuye un *Penitencial* pero equivocadamente, pues en algunos puntos doctrinales está en contradicción con lo dispuesto en el sínodo de Hetford. La escuela que estableció junto a su catedral de Canterbury fue una de las más conocidas e ilus-

tres de su tiempo; San Beda cuenta que sus alumnos estaban preparados para hablar y entenderse correctamente en griego y en latín. Hasta los irlandeses que sentían ilusión por los estudios se allegaban a Canterbury pues en ninguna otra parte podían encontrar tan culta e insigne escuela eclesiástica; en ella se les instruía en Escritura, derecho romano, música, métrica y cálculo. Muchos de sus alumnos fueron elevados al episcopado.

Teodoro murió el 19 de septiembre del año 690 casi nonagenario, después de haber entregado 24 años de su vida a su nueva patria de adopción. Su epitafio en versos elegíacos alaba su límpida doctrina (dógmata), su teología y su claridad en establecer las normas canónicas.

Se puede decir que con él quedó establecida para siempre la organización de la Iglesia de Inglaterra, siendo el primer arzobispo que fue reconocido como tal por toda la nación. Con su obra dejó preparado el camino para la unidad de la patria inglesa. Supo favorecer los monasterios, las escuelas y el canto gregoriano por el que la belleza inmaterial avanzó tan prodigiosamente que superaba el de otras artes de la época tales como el de dibujo y la pintura. Trasplantó a las islas «del poniente» la cultura oriental y contribuyó a hacer eclosionar una civilización cristiana original en la que se formarían los monjes misioneros que inundarían la Europa central el siglo siguiente.

Nos gustaría conocer los rasgos personales de tan gran santo pero Beda en su *Historia eclesiástica* sólo nos cuenta de Teodoro un rasgo que nos permite intuir su carácter: se cuenta que el obispo Chad se había acostumbrado a hacer sus visitas episcopales a pie; su diócesis era enorme y Teodoro le animó a que las hiciese montado en cabalgadura; y como el obispo se hiciese sordo a sus consejos, fue y agarrándolo le puso, él mismo, encima de un caballo. El santo y sabio arzobispo quizá fue un hombre impetuoso, activo, organizador, tal vez menos atento a la estricta justicia que a la política, pero eso nunca fue óbice para ser biografiado; y sin embargo no tuvo ningún monje hagiógrafo que escribiese su vida, una de las más importantes de la Iglesia inglesa. Fue enterrado en la catedral de Canterbury, entonces llamada de San Pedro. Cincuenta años después de su muerte el papa Zacarías escribe de él: *Graeco-latinus ante philosophus et Athenis eruditus.*

Beda le consideró siempre como un santo. En el calendario su nombre quedó fijado, junto con el de San Willibrordo, en el martirologio del año 970. El monje de Wessex que escribía entre 995 y 1030 le da el nombre de «Beatus».

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

AMANN, E., Art. en A. VACANT - E. MANGENOT - E. AMANN, *et al.* (dirs.), *Dictionnaire de théologie catholique.* XV: *Tabaraud-Trincarella* (París 1946) cols.229-231.

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* IX: *Septembre* (París 1950) 401-404.

FARMER, H., Art. en *Bibliotheca sanctorum.* XII: *Stefano-Zuraire* (Roma 1969) cols.243-244.

SANTA MARÍA DE CERVELLÓN

Virgen († 1290)

María de Cervellón es conocida también como «María del Socós», es decir del Socorro, a causa de la ardiente caridad cristiana con que socorrió las necesidades de los pobres, de los enfermos, de los cautivos recién redimidos y que llegaban en lamentable estado. Ella inicia además la Orden de la Merced en su rama femenina, de la que aún hoy quedan numerosos monasterios que viven con profundidad la vida contemplativa y alcanzan de Dios con sus oraciones y sacrificios la gracia de la redención para el mundo.

María nace en Barcelona el 1 de diciembre de 1230 en la ilustre familia de apellido Cervellón, emparentada con los condes de Barcelona. Sus padres llevaban mucho tiempo anhelando un hijo y afirma la tradición que fueron los ruegos del insigne San Pedro Nolasco, fundador de la Orden de la Merced, los que alcanzaron de Dios la gracia de la fecundidad matrimonial y recibieron con gozo y entusiasmo esta hija, a la que llevaron a bautizar en la iglesia parroquial de Santa María del Mar y le pusieron el mismo nombre de la Virgen, llamándola María. Consagrada a Dios por el bautismo, María debería ser en el deseo de sus padres un alma consagrada a Dios por completo y a esa finalidad se dirigió la educación que dieron a la niña. Se encargó

de ella con especial cuidado su madre, calificada por las fuentes de señora de especial mérito, infundiendo con mucho empeño en su hija las máximas sagradas del evangelio. Y tuvieron los padres la satisfacción de comprobar que en cuanto hubo llegado la niña al uso de razón, empezó a corresponder a la educación cristiana que se le daba y asumía por propia voluntad las enseñanzas de vida que la madre con tanto fervor le transmitía. Su madre desde pequeña la llevaba consigo al templo y la hacía asistir con gusto a los divinos oficios y considerando que la caridad es el centro de la vida cristiana empezó a llevar a su joven hija a visitar los hospitales y aprender así a visitar y asistir a los pobres enfermos, de la misma forma que a la puerta de casa se atendía con limosnas a quienes carecían de medios de vida.

Llegada a la adolescencia se vio que María había aprendido a comportarse con recato, modestia y gravedad, y que era una joven verdaderamente cristiana. Ella empezó a plantearse cuál debía ser su papel en la vida y comenzó a pedir a Dios luz para que su elección fuese conforme con la voluntad divina. Perseveraba en sus ejercicios de piedad y en sus obras de misericordia. Y la primera luz como respuesta a sus oraciones le vino de escuchar las fervorosas predicaciones del P. Bernardo de Corbaria, mercedario, con quien ella venía teniendo la costumbre de confesar. Un día este religioso dio un inspirado sermón sobre las excelencias de la virginidad, alegando sin duda los ejemplos de Cristo y de María, la enseñanza de San Pablo, y lo mucho que los Santos Padres han dicho exaltando este estado propio de ángeles. María se sintió tocada en lo más profundo de su alma y se dio cuenta de que se estaba haciendo luz en su corazón. Terminado el sermón, María tuvo una conversación íntima con su madre. Le dijo que entendía que el predicador había hablado para ella y que Dios había movido su lengua para que ella se sintiese llamada a ser toda de Jesucristo, y que tomaba aquel día la resolución de serlo, declarándose esposa de Jesucristo y dispuesta a oponerse a cualquier pariente que quisiera hacerla cambiar de propósito.

Asesorada debidamente, María hizo voto de perpetua castidad, y así lo comunicó a sus padres, quienes estuvieron de acuerdo en que ella siguiera la inspiración divina. Acudieron

también al director espiritual de la joven, el citado P. Bernardo de Corbaria, y para que la resolución fuera pública y apartara de ella a cualquier pretendiente matrimonial, acordaron ella, sus padres y el director, que vistiera el hábito patente de Beata de la Merced. Así se hizo con gran consuelo de María, la cual llevó vida de religiosa en su casa, entregada por completo a la oración y a las obras de misericordia, siguiendo el espíritu de la Orden mercedaria y colaborando en las obras de caridad que la misma realizaba. Empezó a guardar los ayunos, disciplinas y silencios que se acostumbran en la Orden de la Merced y a vivir en su casa con la pobreza que corresponde a una religión aun en medio de la abundancia y hasta opulencia en que se vivía en su casa.

Pero llegó el año 1260 y el Señor llamó a sí a su amado padre, que murió rodeado del amor de su esposa y de su hija. Única hija de su padre, María y su madre entraron en posesión de la pingüe herencia que el difunto dejaba. Y entonces María hizo a su madre una propuesta singular: desprenderse de la mayoría de los bienes dejados por el padre y dedicarlos a obras de religión y caridad, singularmente a la redención de cautivos, contribuyendo así al fin de la Orden mercedaria. La madre, llena desde siempre de sincera religiosidad, acogió positivamente el deseo de su hija, y se desprendieron ambas de gran parte de sus bienes, incluyendo la espléndida casa en que vivían. Se fueron entonces a vivir en una casa modesta situada en las inmediaciones de la iglesia de Santa Eulalia, y madre e hija dieron en Barcelona un alto testimonio de piedad y santidad, edificando a toda la comunidad cristiana con su humildad, su pobreza voluntaria, su recogimiento y oración y sus obras de misericordia. Madre e hija, en íntima unión espiritual, vivieron así cinco años, hasta que en 1265 el Señor llamó también a la madre. Quedó María sola en el mundo, y esta soledad sería ocasión para que comenzase una útil obra de Dios en la Iglesia: la segunda Orden de la Merced, las monjas mercedarias.

En efecto, la fundación de las monjas mercedarias de clausura no se hizo a raíz de la fundación de la orden masculina, pues parecía que el cuarto voto hacía imposible que mujeres profesasen en esta Orden. Pues el cuarto voto obliga a los frai-

les a quedar personalmente en rehén, o aun en las mismas prisiones, si fuere necesario, para liberar y redimir a los cautivos que yacían bajo el yugo de los infieles. Pero con el tiempo personas del sexo femenino venían solicitando de los frailes mercedarios se estableciesen monasterios femeninos, ya que con sus oraciones y sacrificios las monjas podían colaborar a la obra redentora de la Orden. Ésta, reunida en capítulo general en 1260, estuvo de acuerdo en el establecimiento de estos monasterios, pero pasaron cinco años sin que el acuerdo se ejecutase, y llegado un nuevo capítulo general a comienzos de 1265 se decidió llevar lo acordado inmediatamente a la práctica. Así que lo supo, María se ofreció la primera para encabezar el nuevo monasterio, y por ello fue la primera que el 25 de marzo de 1265, fiesta de la Anunciación del Señor, recibió el santo hábito y comenzó el noviciado. Tenía María 35 años y hacía 47 del establecimiento de la Orden. Al año siguiente, reunidos muchos fieles, y entre ellos la principal nobleza de la ciudad de Barcelona, María pronunció su profesión religiosa en público, consagrándose a Dios con los votos religiosos y prometiendo orar y trabajar por la redención de los cautivos. Con destino a esta noble causa se desprendió aquel día de todo cuanto le quedaba de patrimonio heredado.

Con un grupo de compañeras María se retiró en el tipo de clausura que luego explicaremos a una casa y en ella se estableció un reglamento redactado por el P. Bernardo de Corbaria. Éste reunió a la comunidad y propuso que de entre las religiosas se eligiese una priora, encargada de velar por el buen orden de la comunidad. Y dado el prestigio de santa que tenía María en toda Barcelona y en la reciente comunidad, los votos recayeron en ella por unanimidad. Intentó María alegar razones para verse libre del cargo que se le ofrecía, pero las hermanas insistieron en que aceptara y, viendo la voluntad de Dios en ello, terminó por aceptar. María quiso ser priora ante todo con el ejemplo, y para ello se esforzó en ser la primera en el exacto cumplimiento de los deberes de religiosa, admirando todas sus compañeras la exactitud, discreción y caridad con que hacía todas las cosas y con la que alentaba a las demás a vivir en perfección la consagración hecha a Dios. No hubo modo de impedirle hacer los oficios más humildes de la casa.

La clausura implantada por entonces en la casa no era una clausura total. Las monjas no salían a la calle a cosas personales pero sí estaban facultadas a acudir a los hospitales a visitar y aliviar a los enfermos, lo que hacían tres veces en semana. Cuando llegaban cautivos traídos por los frailes, a quienes era menester atender en lavarlos, curarlos y procurarles alimentos y ropa, María y sus hermanas se empeñaban en esta obra de misericordia. En cuanto les era posible allegaban limosnas para la redención de cautivos. Acudían los pobres a solicitar la ayuda de María y, como ella procuraba llegar a todos, se la empezó a llamar María del Socorro, según quedó dicho. Oraba María de manera muy singular por los frailes que navegaban a tierras de infieles a redimir cautivos, pero extendió su caridad a todos los navegantes, y muchos de éstos solicitaban las oraciones de María. Y en este asunto de la oración por los navegantes se empezaron a contar de ella hechos prodigiosos.

María llevaba una vida de increíble austeridad. Ayunaba no solamente cuando lo tenían establecido las constituciones de su monasterio sino tres días a la semana regularmente, y además sentían las demás monjas que se disciplinaba diariamente y pudo saberse que llevaba de continuo una cadena pesadísima. Era también María un alma de altísima oración y meditaba con asidua frecuencia la pasión y muerte del Redentor, recreándola el Señor algunas veces con manifiestos éxtasis que edificaban a sus hermanas, edificación que se hacía aún mayor cuando María les hablaba a partir de la abundancia de un corazón por completo lleno de Dios.

Le llegó por fin a María la hora de pasar de este mundo al Padre. Para los años que se vivían entonces era ya una anciana, pues tenía 60 años. Preparada para la muerte con los sacramentos entregó su espíritu al Señor en su monasterio de Barcelona el 19 de septiembre de 1290. Su cuerpo permaneció tres días sin enterrar para satisfacer la devoción del pueblo de Dios que concurrió a venerar su cadáver. Su fama de santidad no hizo sino crecer con el tiempo y el mismo pueblo de Dios comenzó a darle culto como a santa. Por ello, llegado el siglo XVII, cuando la Iglesia reguló el culto que se venía dando a los siervos de Dios, se abrió el oportuno proceso que concluyó felizmente

cuando el papa Inocencio XII el 13 de febrero de 1692 confirmó el culto inmemorial que se le daba.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris (Venecia 1762) t.XII, p.166-186.
Bibliotheca sanctorum. VIII: *Liadan-Mar* (Roma 1967) cols.1044-1045.
CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año* (Barcelona 1853).

SAN ALONSO DE OROZCO

Presbítero († 1591)

He aquí un santo hoy prácticamente olvidado. Y, sin embargo, en el Madrid de Felipe II, de 1560 a 1591, cuando la Villa empezó a ser Corte, fue el hombre que más veneración suscitó entre los madrileños, del rey abajo, a pesar de que otros muchos llamaban la atención por entonces en este sentido entre aquellos religiosísimos españoles. Durante los treinta años últimos de su larga vida, el padre Orozco fue el santo de Madrid, «el santo de San Felipe» como le llamaban por el nombre del convento agustiniano en que vivía. Hoy es casi un desconocido en Madrid, y no digamos en el resto de España.

Había nacido, el 17 de octubre de 1500, en Oropesa, pueblo toledano de la diócesis de Ávila, de Hernando de Orozco y María de Mena. Su nombre de Alonso lo recibió por encargo del cielo. Cuenta el mismo Beato que su madre le refirió cómo estando ella encinta y pensando qué nombre pondría al hijo que naciera, oyó se le decía: «¿Cómo le has de llamar sino Alonso?». Entendiendo que la Virgen María le quería para especial capellán y devoto suyo, como lo había sido siglos antes el gran Ildefonso de Toledo.

De 1508 a 1514 pasa sus días en Talavera de la Reina (a donde vinieron a residir sus padres), y en Toledo, sirviendo de «seise» o niño de coro en la colegiata de la primera y luego en la Primada de la segunda. Su afición de por vida a la música debió nacer en estos años felices de su infancia. En 1514 marcha a «estudiar leyes» a Salamanca. Y allí, en 1522, se decide a pedir el

hábito de San Agustín juntamente con su hermano mayor Francisco. Es maestro de novicios el venerable padre Luis de Montoya, otra figura casi preterida de la España del XVI. Prior, fray Hernando de Toledo. En seguida lo será Santo Tomás de Villanueva, en cuyas manos hará su profesión el 9 de junio de 1523. Poco después será sacerdote, al mismo tiempo que seguirá sus estudios de artes y teología en la cada vez más floreciente universidad. Con todo, no llegó a recibir grados académicos, y nunca será «maestro» en el seno de su Orden. Pero sí le dedicarán a predicador. Y téngase en cuenta la importancia de este ministerio en aquellos tiempos. Suponía una preparación doctrinal y una habilidad nada comunes, dada la afición de las gentes, y la competencia inevitable de púlpitos que llevaba consigo. Toda la vida ejercitará este apostolado con un aplauso unánime, y con frutos espléndidos de conversión y mejora de vida entre sus oyentes. Es más, el 13 de marzo de 1554 Carlos V le nombrará predicador real, dadas las noticias que tiene del mismo, recibidas sin duda de su hija doña Juana, gobernadora de España en su ausencia. Ésta conoce por entonces al padre Orozco, que está de prior en Valladolid, donde ella reside.

Mientras tanto, en su Orden ha tenido que moverse bastante en cargos de gobierno. Enumeremos rápidamente sus etapas. De 1530 a 1537 es conventual en Medina del Campo. En 1538, prior de Soria. En 1540, prior de Medina. En 1541, definidor de la provincia de España. De 1542 a 1544, prior de Sevilla. De 1544 a 1548, prior de Granada, y entre tanto, además, desde 1545, visitador de Andalucía.

En 1548 se ofrece a ir a Méjico en ansias de evangelización y de martirio. Pero hubo de volverse desde Canarias a Sevilla, aquejado por la gota artrítica que ya otras veces había padecido. En 1550 reside en Montilla a ruegos de la marquesa de Priego. En 1551, de nuevo en Sevilla. En ese mismo año, prior de Valladolid. En 1554, definidor provincial. En calidad de tal preside en 1557 el famoso capítulo agustiniano de Dueñas. Para, finalmente, residir desde 1560 en Madrid, sin más cargos ya de su Orden, porque la Corte se ha trasladado a aquella villa. Y su condición de predicador real le obliga a estar allí junto a Felipe II, de quien será siempre apreciadísimo.

Su título de predicador regio le exenciona de los superiores de su Orden. Pero él vivirá siempre en el convento de San Felipe como el más sencillo y observante religioso. Sus «gajes» o paga de predicador la distribuirá por partes iguales (él podía disponer como quisiera de ella) entre el convento donde habita, las agustinas de Talavera por él fundadas, y los pobres.

Porque, después de varios años de preparación, ha logrado que se abra aquel monasterio de religiosas en 1576, así como el de agustinos de la misma ciudad. Años antes, 1570, ha conseguido también el de agustinas de la Magdalena de Madrid (hoy agustinas del Beato Orozco), y después, en 1588, el de agustinas de la Visitación en el mismo Madrid (hoy agustinas de Santa Isabel).

De 1560 a 1591 su vida se consume en Madrid de la manera más santa y fecunda que pueda imaginarse.

Predicar, ¡y con qué fuego y qué espíritu! ¡Almas! ¿Qué hacéis? Y se estremecían los oyentes... Aconsejar a todos: pobres, enfermos, pecadores... Era el hombre de Dios a quien todos recurrían. Desde el rey y los grandes a los últimos miserables... Todos le buscan, le rodean, le aman... Él es todo para todos. Hasta los prodigios y gracias se le caen de las manos pródigas de bendiciones y misericordias.

Escribir... Porque estando en Sevilla, 1542, la Virgen le ha dicho por dos noches en sueños: Escribe... Y lo hará hasta morir. Será uno de los escritores espirituales más fecundos del siglo XVI. Luego volveremos sobre sus obras espirituales.

Su vida personal se ha deslizado, entre tanto, entre virtudes, sufrimientos y gracias del cielo. Las enfermedades y trabajos le llovieron abundantes. Durante treinta años, de 1522 a 1551, los escrúpulos más terribles han macerado su pobre existencia. Solamente le dejan libre durante la confesión y misa diarias, que celebra devotísimamente. Desde 1551 la paz le acompaña. Su oración es cada vez más contemplativa y más incesante, a la par que trabaja, que se mortifica —según el estilo de la época—, que cultiva todas las virtudes en grado heroico, ante la admiración de los que le conocen y con él conviven. En medio del entusiasmo que le rodea, él vive la añoranza continua de poderse retirar al convento agustiniano de El Risco, soledad abandona-

da y abrupta de la serranía abulense, que nunca conseguirá. Un clavicordio, que toca gustosísimamente, le suavizará a ratos su nostalgia sin medida. Dios no le quiso ni misionero y mártir en América, ni ermitaño en El Risco. Le quiso santo y apóstol en Madrid, que nacía como capital de España.

En 1589 se retira a vivir con otros agustinos a las casas de doña María de Aragón, que ella quiere convertir en colegio. En aquel convento improvisado se acabará su largo vivir. Son casi dos años de enfermedades, de gracias del cielo, de resplandores vespertinos. Felipe II, Isabel Clara Eugenia, el cardenal Quiroga, todos le visitan.

Se extinguió dulcemente abrazado a su cruz y con su vela encendida en la mano, en el mediodía del 19 de septiembre de 1591, no sin antes haber predicado —¡santo vicio empedernido!— durante media hora a los que le rodeaban: *¡Óiganme, que quiero predicar...!*

Sus exequias y entierro fueron clásicos de multitudes y prodigios, como era de esperar. Luego se fue haciendo poco a poco el silencio. Y la beatificación, retardada, no llegó hasta el 15 de enero de 1882, en el pontificado de León XIII.

Alonso de Orozco es como una sombra bendita que se proyecta en el fondo y a lo largo del siglo XVI español. Suave, delicado, sencillo, se impuso por su acrisolada virtud. Su afición musical, su misma tendencia escrupulosa en la primera etapa de su vida, dicen de su temperamento y condición.

Sus libros son también reflejo de su alma. No es original ni profundo. Sencillo, algo medieval en el contenido y en la forma. Fecundo, seguro, práctico, moralista más que dogmático, aunque con todo el fundamento doctrinal necesario. Empapado de Sagrada Escritura. Cálido, ungido, suave como él... Particularmente insinuante al hablar de oración. Su estilo es lo mismo. Hay páginas de antología. Pero, en general, es demasiado humilde, aunque siempre digno. Él sólo quería hacer bien, que le entendieran todos, no se preocupaba mucho de lo demás. Ni quizá tenía formación ni habilidad para otra cosa. El hecho es que escribió y publicó sin cesar. Él mismo hizo en vida varias ediciones de algunas de sus obras. Nunca la Inquisición parece le inquietase por ello. Su seguridad doctrinal, su misma sencillez,

quizá también las dedicatorias a grandes personajes, le dejaron tranquilo.

Fue canonizado por el papa Juan Pablo II el 19 de mayo de 2002.

BALDOMERO JIMÉNEZ DUQUE

Bibliografía

Art. en A. BAUDRILLART - R. AUBERT (dirs.), *Dictionnaire d'histoire et géographie ecclésiastiques.* II: *Alcaini-Aneurin* (París 1914) cols.739-741.
Art. en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* I: *AA-Byzance* (París 1937) col.394.
CÁMARA, T., *Vida del Beato Alonso de Orozco* (Madrid 1882).
FARIÑA, J. A., *Doctrina de oración del Beato Alonso de Orozco* (Madrid 1927).
Obras completas del Beato Alonso de Orozco, 7 vols. (Madrid 1736).
• Actualización:
APARICIO LÓPEZ, T., *Fray Alonso de Orozco, hombre, sabio y santo* (Valladolid 1991).
BURÓN ÁLVAREZ, C., *Vida del Beato Alonso de Orozco* (Madrid 1981).
MARTÍN ABAD, J., *Alonso de Orozco: 1500-1591. Agustino, predicador y santo* (Madrid ^{3}2002).
MORAIS ANTÓN, P. L., *Alonso de Orozco, un santo en la corte de Felipe II* (Madrid ^{2}2002).
RUBIO, L., *Beato Alonso de Orozco, O.S.A. Biografía* (Madrid 1991).

SAN CARLOS HYON SONG-MUN
Mártir († 1846)

Mañana, 20 de septiembre, se celebra la memoria litúrgica de los mártires coreanos, y este *Año cristiano* les dedica una biografía extensa narrando cómo fue el testimonio que estos ilustres atletas de la fe dieron de Jesucristo y que la Iglesia ha subrayado con la gloria de la canonización. En realidad cada mártir de Corea merecería una biografía extensa por la calidad extraordinaria de su fe, su paciencia, su fortaleza, su entrega generosísima a la causa del evangelio, escribiendo una epopeya absolutamente digna de los mártires cristianos de los primeros tiempos. En la imposibilidad de dedicar a cada uno una biografía extensa, hemos seleccionado al mártir San Carlos Hyon Song-mun para dedicársela, pues sin duda es uno de los más ilustres mártires de aquella tenaz persecución. También el día 22 ofrecemos una biografía extensa de San Pablo Chong Ha-sang, el cristiano empeñado en la llegada de misioneros, y que con San Andrés Kim Taegon encabeza la memoria litúrgica del día 20.

Carlos Hyon Song-mun nació en Seúl el año 1797, y era hijo del futuro mártir Pedro Hyon Kye-hum. Era el cuarto hijo y primer varón de su casa. Su padre, que pertenecía a la clase media y era intérprete oficial, había nacido en 1766. Entró en contacto con los primeros grupos que en Corea se interesaron por la religión cristiana y se adhirió a esta fe, siendo bautizado en 1795 por el P. Chu Munmo. Luego se instruyó en la fe cristiana su esposa, se bautizaron sus hijas y cuando nació Carlos en 1797 el mismo sacerdote le administró el sacramento del bautismo.

Carlos tenía sólo 5 años cuando su padre murió por la fe. En efecto, surgida la persecución anticristiana de 1801, Pedro fue arrestado y torturado en orden a conseguir su apostasía. Se mantuvo fiel, se negó a apartarse de Jesucristo y fue ejecutado en Seúl el 5 de noviembre de 1801 en la Pequeña Puerta del Oeste. La condena de Pedro como traidor y su ejecución trajeron no pocas dificultades a su familia, empezando por la necesidad de cambiar de residencia ya que su habitual entorno social no los habría aceptado. Se marchó la familia a vivir en Kumsong, en la provincia de Kangwon, y luego se fue a Tongnae, en la provincia de Kyongsan. En este tiempo y en plena juventud murieron sus dos hermanas mayores, quedando sólo la tercera, Benita Hyon Kyong-nyong. Esta estancia fuera de Seúl duró diez años, volviendo Carlos con su madre y hermana cuando tenía unos quince años. Carlos se colocó para ganarse la vida. Su hermana había contraído matrimonio con el hijo de otro mártir, Choe Changhyon. Pero ella no tuvo hijos y a los tres años quedó viuda, y logró permiso de su suegra para volver con su madre y su hermano. Ella quería ayudar a Carlos para que éste pudiera hacer los estudios que deseaba, y así fue. Los tres llevaban una vida intensamente cristiana, en la oración y la asidua atención a la doctrina católica. Los otros católicos, que los visitaban con frecuencia, se edificaban con la vida virtuosa y llena de piedad de aquella familia. Además de animar a muchos católicos a mantenerse firmes en la fe, instruyeron a otros no creyentes para poder llegar al bautismo, de modo que el hogar era un verdadero foco de evangelización. También prestaban a todos con mucha caridad la ayuda que podían. Por fin Carlos

pudo abrir la farmacia que tanto deseaba, habiendo aprendido a hacer las medicinas, y teniendo ya un medio de vida decidió contraer matrimonio y lo hizo con Teresa Kim, que moriría mártir también. Ambos tuvieron un hijo.

Carlos entró en contacto con los principales católicos de Seúl y con ellos trabajó para el desarrollo y la consolidación de la comunidad cristiana. Por ejemplo, él se encargó de recoger fondos para costear la ida de San Pablo Chong Hasang a Pekín a solicitar la llegada de sacerdotes a Corea, pues tras la persecución de 1801, en que fue martirizado el citado Padre Chu Munmo, la comunidad cristiana carecía de ellos. Tuvo estrecha amistad con Yi Kyongdo que moriría mártir en 1827 y que desde la prisión le envió una carta llena de palabras amistosas rogándole cuidara de su mujer y sus hijos. Carlos cumplió este encargo lo mejor que pudo.

Por fin, luego de mucho suplicar, un sacerdote entró en Corea, el P. Yu, que era chino, y que llegó en 1834. Recibido con alborozo por los católicos, Carlos y su hermana se esforzaron en ayudar al sacerdote en todo lo que pudieran, encargándose Benita del servicio de la casa del mismo. Al año siguiente Carlos viajó a Pekín con otros católicos a fin de entrevistarse con el obispo monseñor Bruguiere que por fin había nombrado la Santa Sede como pastor de los fieles de Corea. No ignoraba Carlos la dificultad que suponía el que el P. Yu era contrario a la llegada a Corea de misioneros occidentales. Carlos no estaba conforme con esta actitud del P. Yu y se lo dijo claramente al enviado del obispo, el cual esperaba en Mongolia la oportunidad de introducirse en Corea. Entendía Carlos que el P. Yu, de perseverar en su oposición, debería dejar Corea pero que no debía la comunidad coreana rechazar los misioneros enviados por la Santa Sede luego de haberlos pedido con tanta insistencia y durante tantos años. Y se ofreció a buscarle al obispo un sitio lo más seguro posible en la zona sur del país, cercana al Japón.

Pero en octubre de aquel año 1835 mons. Bruguiere fallecía de un derrame cerebral. San Pedro Filiberto Maubant, uno de los sacerdotes llamados a acompañarlo en el trabajo misionero, ofició el entierro del obispo y se decidió a entrar en Corea al siguiente mes de enero, llegando a Seúl el 25 de enero de 1836.

La situación con el P. Yu se puso muy tirante y éste decidió por fin volver a China, acompañándolo a la frontera, entre otros, Carlos (diciembre de 1836) y despidiendo allí a los tres jóvenes destinados por el P. Maubant al sacerdocio, entre ellos el futuro San Andrés Kim Taegon. Seguidamente volvió a Seúl, mientras que otros iban al encuentro de San Jaime Honorato Chastan, el otro misionero que llegaba a Corea. Ambos misioneros se repartirían el territorio para ir visitando los diferentes grupos cristianos, y Carlos se convirtió en el guía y el asistente del P. Chastan, compartiendo sus trabajos y penalidades. A fines de 1837 Carlos hubo de dejar al misionero porque se le dio el importante encargo de facilitar la entrada en Corea del segundo obispo, San Lorenzo Imbert. Con otros cuatro católicos se unió a la embajada que iba a Pekín y el día 16 de diciembre fue el encuentro con el obispo. El obispo quedó muy bien impresionado con la fe y la fortaleza espiritual de Carlos y sus compañeros. El 13 de enero llegaban sanos y salvos a Seúl. Carlos volvió a ser el asistente del P. Chastan.

Con los tres misioneros en Corea, atendidos solícitamente por sus asistentes, la Iglesia se abría nuevos horizontes de evangelización y buena organización. Pero empezó a haber síntomas de que se acercaba una nueva persecución. Dos familias se disputaban el poder en la minoría del rey Hon-jong y una de ellas creyó que persiguiendo a los cristianos aseguraría su influencia. A finales de 1838 se produjeron los primeros arrestos de cristianos. Carlos se encontraba por entonces con el P. Chastan de viaje por la zona asignada al misionero y naturalmente cuando supo la noticia de la nueva persecución empezó a temer por su familia, pero se dedicó a salvaguardar en cuanto de él dependiera la vida y el ministerio del P. Chastan. Las noticias que llegaban de la capital eran las de que los católicos resistían firmes en la fe pese a los tormentos y la muerte y que el santo obispo Imbert, emocionado ante la heroicidad de los mártires, había decidido se dejara noticia de los martirios para la posteridad. Y así se comenzó a tomar nota de ellos. Cuando el prelado se dio cuenta de que su propia detención no tardaría mucho, encomendó a otros cristianos que no dejaran de la mano esta labor. Pero éstos eran a su vez arrestados en julio, y la propia

hermana de Carlos, Benita, igualmente lo era, así como su mujer y su hijo Un-sok. La traición producía sus frutos. Benita fue torturada no sólo para que apostatara sino también para que dijera dónde andaban los misioneros. Sus tormentos fueron horribles. Pero ella mostró una heroica entereza. Cuando el obispo Imbert supo que la traición había descubierto su paradero, envió una carta a los misioneros y se entregó a las autoridades, que lo arrestaron. Los misioneros recibieron órdenes del obispo de entregarse, a ver si así se ahorraban sufrimientos a los cristianos, y obedecieron enseguida. Carlos sintió muchísimo la prisión de los misioneros y les dijo que estaba dispuesto a morir con ellos, pero recibió instrucciones en contrario. Le dijeron que los líderes seglares de la Iglesia debían velar por sus vidas para ellos a su vez velar por los fieles, lo cual era especialmente dirigido a Carlos ya que otros señalados dirigentes cristianos estaban ya presos. Y además el obispo le dio un encargo con mucho encarecimiento: seguir tomando nota de los mártires y los martirios. Carlos recibió el encargo como una orden, se escondió, como se le pedía, y ello resultó particularmente necesario toda vez que un mandamiento real mandaba nominalmente arrestarlo. La persecución se abatía como un vendaval sobre la Iglesia. Los católicos que no apostataban eran torturados hasta el extremo de morir en las torturas y si no morían eran ejecutados. La cárcel igualmente causó no pocas víctimas, una de ellas el propio hijo de Carlos, Un-sok. En la última decena de septiembre los tres misioneros y otros destacados cristianos fueron ejecutados. El obispo antes de morir dijo que confiaba la Iglesia coreana a la solicitud de Carlos. Benita sería martirizada el 29 de noviembre y su esposa Teresa sería estrangulada en la prisión el 1 de febrero de 1840.

Carlos, que había recibido con profunda emoción el encargo del obispo próximo a la muerte, recibió con la pena que es de suponer la noticia de la muerte de sus familiares, alegrándose de su perseverancia y de su triunfo como mártires. Apoyado en un árbol lloraba largamente pues había ofrecido a la causa de la fe los seres más queridos de su corazón, pero ofreció su soledad a Dios con la mayor entrega a su divina voluntad. Tuvo valor para dar gracias a Dios por haberles dado a sus familiares la

gracia del martirio y se animó a seguir trabajando por la Iglesia en la esperanza de ser también algún día mártir de Jesucristo. Comprendiendo la triste situación de la Iglesia, se daba cuenta de que era necesario hacer todo lo posible por animarla. Comenzó a usar un nombre falso y a moverse de un sitio a otro para contactar con los católicos e infundirles aliento. Consoló, alentó, animó. Así pasó tres años hasta que la persecución amainó.

Vuelto a la capital, reunió a los cristianos supervivientes y juntos se decidieron a reconstruir la comunidad. Se dividieron por áreas, pidieron limosnas para ayudar a los todavía presos y a los pobres y procuraron encontrar los cuerpos de los mártires y asegurarse de que estaban honrosamente enterrados. No se olvidó de la recomendación del obispo Imbert y se tomó nota cuidadosa de los mártires y los martirios. Carlos recogió las noticias que le llegaban y las puso ordenadamente por escrito. Invocando al Espíritu Santo y con muchas lágrimas él completó un libro que tituló *Diario de la persecución de 1839*. Guardó con mucho cuidado el libro y sacó de él varias copias que se repartieron para que los católicos pudieran leer la obra.

Carlos comprendía que, martirizados los misioneros, la necesidad primera de la comunidad cristiana coreana volvía a ser la de sacerdotes y para ello siguió mandando mensajes a Pekín. Más aún, en 1842 se disfrazó de comerciante y se unió a la habitual embajada de invierno a Pekín. En la frontera tuvo oportunidad de encontrarse con San Andrés Kim Taegon que estaba buscando una oportunidad para volver a Corea. Le hizo entrega de los mensajes que habían escrito los tres misioneros antes de morir y le informó de los martirios de la persecución de 1839, en la que había sido martirizado el propio padre de Andrés. Y le insistió en la súplica de los católicos para que se enviaran nuevos misioneros. Al año siguiente Carlos volvió a unirse a la embajada de invierno y así en enero de 1844 pudo encontrarse con mons. Ferreol, el nuevo obispo para Corea designado por la Santa Sede, el cual buscaba una oportunidad para entrar en el país pero no parecía que pudiera facilitarse por entonces. Fue posible, en cambio, facilitar la entrada de San Andrés Kim Taegon, a quien monseñor Ferreol había ordenado diácono el mes

de diciembre anterior. Carlos lo esperó en Pyongyang y lo acompañó hasta la capital. Seguidamente le ayudó en los planes que el joven clérigo tenía para poder traer al obispo a Corea. Su plan era ir en barco a recogerlo. Superadas las dificultades, por fin el 30 de abril de 1845 Andrés con once compañeros, entre ellos Carlos, salió en barco para Shangai. Con gravísimo peligro cruzaron el Mar Amarillo. Carlos llegó a estar aterrorizado, pero por fin y con no pocas peripecias llegaron a la costa china, y pudieron encontrarse con el obispo que, acompañado de San Antonio Daveluy, futuro obispo y mártir, había venido desde Macao. En un pueblo de las cercanías de Shangai el obispo ordenaba a Andrés de presbítero el 17 de agosto de 1845. Carlos tuvo la suerte de asistir a la ordenación sacerdotal y primera misa del primer sacerdote coreano. Era imposible olvidar cuánta sangre y cuántas lágrimas habían precedido a aquella ordenación. Reemprendieron seguidamente el viaje, esta vez de vuelta, y el 12 de octubre el obispo y sus acompañantes llegaban a Corea. Carlos acompañó al obispo y al padre Kim a la capital, le buscó al prelado una casa segura y registró a su propio nombre la casa para el P. Kim. Esto era un peligro para él, pero Carlos no dudó en hacerlo para utilidad de la Iglesia, a la que estaba entregado.

Llegó así el año 1846. Los intentos del P. Kim por encontrar un camino para poder facilitar la entrada de nuevos misioneros en el país a través del mar terminaron en el arresto del propio sacerdote, que narramos en la biografía de éste. Fue en mayo de 1846. Carlos estaba en la capital. Cuando supo la detención del P. Andrés, puso a salvo sacándolas en litera a las dos mujeres que cuidaban de la casa del sacerdote, se llevó de ella todos los objetos religiosos y se la alquiló a una persona no católica, y se fue a Saposo Dong. Aquí escondió una copia del Diario de la Persecución, y no se sabe si es ésta o no la copia que se conserva de aquel libro. Las medidas tomadas eran adecuadas, pero cuando llegaron los soldados e investigaron por las casas de los alrededores, dieron con el que había alquilado la litera que los llevó a la casa donde habían ido las mujeres. Solamente estaba allí una de ellas, que señaló que todos los demás se hallaban en la casa de Carlos, a donde condujo a los soldados. Se

produjo así la detención de Carlos y de otros más. Era el 19 de julio de 1846. Hubo disgustos con la que había delatado la casa pero Carlos puso paz, señalando que había llegado la oportunidad de morir por Dios.

Comenzó el martirio de Carlos. Primero vinieron los interrogatorios, que fueron seis entre el 16 y el 19 de julio, y en los cuales Carlos contó cuanto le preguntaron sobre su vida, reconoció haber ayudado a los seminaristas a salir del país para prepararse al sacerdocio y haber ayudado a Andrés a regresar. Declaró, pues, con toda claridad su condición de católico y su permanente ayuda a la causa del evangelio y de la Iglesia. Estas actividades fueron consideradas como constitutivas del delito de traición y por ello, junto con San Andrés Kim Taegon, fue condenado a muerte por decapitación. Llegado el 19 de septiembre de 1846, fecha fijada para la ejecución, Carlos fue sacado de la prisión y conducido a Saenamt'o. Iba sereno y lleno de dignidad, y levantaba sus ojos al cielo. Esperó con igual mansedumbre el golpe que separó su cabeza del tronco y le abrió las puertas del reino de los cielos. Su cabeza fue enseñada a la multitud que concurrió a su ejecución. Los católicos pudieron hacerse con su cuerpo y enterrarlo.

Junto con los otros mártires coreanos San Carlos Hyon Song-mun fue canonizado por el Santo Padre Juan Pablo II en Seúl el 6 de mayo de 1984.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 80 (1988) 1375s.
BAUMANN, E., *Les martyrs coréens (1838-1846). La légende dorée au delà des mers* (París 1930).
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols. 383-370.
The korean martyr saints. Founders of a Church (Seúl 1996).
VÉRINAUD, J., *Lumière sur la Corée: les 103 martyrs* (París 1984).

SANTA MARÍA GUILLERMA EMILIA DE RODAT

Virgen y fundadora († 1852)

Si la Revolución Francesa hubiese sido solamente un movimiento político, habría que buscar otro ambiente histórico para encuadrar la vida de esta santa; pero a nadie se le oculta que si lo político tuvo verdadera importancia, lo social, económico y religioso no la tuvieron menor. Se derrocó, a costa de mucha sangre, una monarquía y un sistema de gobierno absolutista para dar lugar a una democracia que sería fuente e inspiración para muchísimos otros pueblos en todos los continentes; pero se derrumbaron asimismo multitud de murallas que separaban las distintas capas sociales de Francia. Subieron al poder los que antes eran súbditos. Socialmente se organizaron los estamentos de muy distinta forma, pero en medio de todo hubo una subversión enorme de valores que alcanzó desde lo más elementalmente humano hasta lo substancialmente sobrenatural. Para concretarlo de una forma que no deje lugar a dudas y discusiones, bastará decir que si la corona de los reyes fue sustituida por un gorro frigio en la cabeza de una mujer, esta misma mujer, en forma de razón, sustituyó al mismo Dios en los altares. En el discurrir histórico de esta revolución, la más completa que ha sufrido indudablemente el mundo civilizado, tuvo que sufrir la Iglesia católica en todos sus organismos, jerarquías y fieles una tremenda sacudida. Habrá podido haber revoluciones más sangrientas, de más largas y complejas consecuencias, en la Edad Moderna, no.

Y si la vida de la santa no la hemos de circunscribir a los años de su vida física, sino que debemos proyectarla en el desarrollo de su obra apostólica, es forzoso dar siquiera una idea del alcance que ha tenido la Revolución Francesa, aun después de terminar su primer período de violencias sangrientas y turbulencias callejeras. Si históricamente, en un sentido más estricto, empezó con la reunión de los Estados generales en 1789 y terminó diez años después, cuando Bonaparte da el golpe de Estado ayudado por el partido de los moderados y se apodera del poder, en su sentido de influencia ideológica y especialmente antirreligiosa no podemos olvidar que fue en 1900 cuando empieza el gran y definitivo ataque contra la religión con los de-

cretos sectarios del Ministerio Waldek-Rousseau, llevados por Combes hasta sus últimas consecuencias. Entre estas dos fechas, sintetizando, se declaran los derechos del hombre, la supresión de los derechos feudales y los diezmos eclesiásticos, se decreta la libertad de cultos, la secularización de los bienes eclesiásticos, se suprimen, poco a poco, todos los conventos religiosos, se prohíben los votos solemnes, se extinguen gran número de parroquias y diócesis, se ponen en manos del gobierno los nombramientos eclesiásticos, se obliga a todos a jurar la Constitución, se prohíbe el uso del hábito talar, son guillotinados, entre miles y miles de ciudadanos, el rey y la reina, se inventa un calendario civil, se prohíbe el culto católico y se proclama la divinidad de la razón. En dos años de terror, la guillotina no deja de funcionar diariamente, a la cual van a parar también algunos de los que la inventaron. Setenta y cinco obispos sufren el destierro. Después de un período de relativa calma, se reanuda la persecución, siendo el mismo Napoleón quien más vejámenes, aunque no sangrientos, impone a la Iglesia, atreviéndose incluso con la misma persona del romano pontífice, obligándole a actos humillantes y poniendo sobre su persona su mano. Aunque en su tiempo se llegó a un concordato, prácticamente no fue cumplido nunca.

Dentro de este cuadro tan poco halagador y propicio para la santidad de los individuos y la prosperidad de una obra apostólica, se desarrolló la vida de la santa y los primeros pasos de su congregación religiosa de la Sagrada Familia, con unas cuantas casas en nuestra Patria, pero muchísimas en Francia, sus colonias y otras en tierra de paganos e infieles, todas ellas con indudable prestigio, por el espíritu que anima a sus asociadas y la formación humana y sobrenatural que dan a sus alumnas, aparte del bien inmenso que realizan por sus fundaciones en bien de los pobres, los ancianos, niñas extraviadas y presos.

Nació nuestra santa el día 8 de septiembre de 1787 en la casa con aires de castillo que su padre poseía en el Aveyron, Francia, cerca del pueblo de Drouelles. En la fachada del edificio campea el escudo de los Rodat: de oro, encina plantada de sínople, aljefe de azul cargado de tres ruedas de plata. No menos nobles eran sus familiares maternos, los Pomairols, oriun-

dos del Delfinado, con residencias en Villafranca de Rouergue, señores del castillo de Ginals, situado en un montecillo rodeado de bosques y muy cerca de aquella población, con parientes a pocos kilómetros de distancia en distintos castillos repartidos por el mismo valle de Aveyron. No eran menos virtuosos. «Soy de familia de santos», pudo decir en verdad la santa, en la autobiografía que escribió por mandato de su confesor, ya que, con ella, algunos otros miembros de esta familia murieron en olor de santidad. Si en algunas de estas nobles residencias que la santa tuvo necesidad de conocer y frecuentar encontró ocasiones que pusieron en peligro su vocación religiosa, de nada de cuanto vio e hizo en ellas tuvo que arrepentirse como de menos honesto. Si de algo se lamenta es porque el tiempo allí pasado retrasó su total consagración a Dios y al apostolado. Pero fueron precisamente su abuela materna y dos tías, aparte de los ejemplos que en su propia casa pudo admirar, las que más le ayudaron en su primera infancia y luego en su juventud a conocer las delicias de la vida de piedad y los consuelos que reporta el cuidado de los pobres. Cuando se anunció en su casa, siendo ella muy pequeña, el nacimiento de un nuevo hermano, la abuela materna se la trajo a su castillo de Rouergue y a su casa de Villafranca, constituyéndose por espacio de largo tiempo en su madre y maestra, misión que realizó a la perfección desde todos los puntos de vista y que sólo interrumpió cuando, crecida ya la niña y despierta a las influencias del mundo, comprendió que era la propia madre quien debía asumir la responsabilidad en la decisión final que para encauzar definitivamente su vida debiera tomar Emilia.

Los trastornos de la Revolución Francesa, con la complejidad de sus consecuencias de que hemos hablado al principio, llegaron con más o menos violencia a todas partes, y especialmente a los hogares de los nobles. Aunque con menos violencia que otros muchos, las dos familias ascendientes de la santa sufrieron sus zarpazos en forma de registros, deportaciones de varones, expoliación de bienes, etcétera. Asimismo, las alternativas de orden político y social, consecuencias lógicas de toda revolución, con sus intermitencias de paz, turbulencias, intranquilidades y remansos, repercutían en el tono de vida que se de-

sarrollaba en aquellas mansiones señoriales. De una vida austera, de recogimiento y de miedo, se pasaba de pronto a una excesiva confianza, despreocupación y alegría. Todo ello, como es natural, debía influir en la infancia y juventud de la santa pasando de días de soledad y aislamiento a fiestas, saraos y diversiones; de no ver casi a nadie, a contemplarse rodeada y asediada de familiares y amigos de su abuela y tías. Así tuvo la fortuna de tener para sí sola a un padre dominico refugiado en aquellos alrededores que la pudo preparar a conciencia para recibir por primera vez la sagrada comunión; pero, por la misma razón, también tuvo que asistir a presenciar escenas que la abrieron los ojos a la vida mundana. Recibió las obsequiosas deferencias de jóvenes de su clase y edad, que se sintieron atraídos por su porte señorial, por la serenidad, velada por una pincelada de tristeza, de su rostro, la hermosura de sus ojos, el color de sus cabellos y la predisposición de su corazón a todo lo que era bueno y hermoso; pero Dios hizo que esos jóvenes, de la misma forma que aparecieron, se esfumaran luego sin volver a aparecer jamás.

Sus titubeos entre la piedad y el mundo, entre la vida religiosa y un posible matrimonio, con alternativas en que los dos espíritus se apuntaban avances y retrocesos, duraron hasta los dieciocho años, cuando, como hemos dicho antes, su abuela decidió que la joven regresara a su hogar paterno. Fue allí, en una especie de misión que tuvo lugar en su pueblo, y a la que nuestra santa asistía, más que por ganas de aprovechar, para no desentonar y dar un mal ejemplo, en un momento en que precisamente pasaba por un estado de pesimismo espiritual muy peligroso, cuando el Señor la llamó definitivamente para sí. Hizo una sincera y general confesión; se comprometió con propósitos firmes; reanudó su vida piadosa y vio la luz que debía iluminar para siempre toda su vida. Su vocación en favor del prójimo necesitado se le presenta ya como un imperativo al que no puede renunciar. Su vida debe transcurrir fuera de su propio hogar, pero ¿a dónde irá? ¿Al claustro?, ¿se dedicará a la enseñanza?, ¿cuidará de los pobres?, ¿ayudará a las jóvenes descarriadas?, ¿ingresará en alguna de las congregaciones religiosas existentes o creará una nueva?

Enterada su abuela del cambio operado en su nieta, la quiere otra vez consigo, y así como fue allí donde recibió por primera vez al Señor, también allí encontró al que, dirigiendo su alma, la llevaría, por un camino recto, al conocimiento de su santa voluntad. Frecuentaba el castillo el abate Marthy, hombre de santidad e inteligencia superior; bajo su dirección, ordenó su vida, disipó sus incertidumbres y fundó la congregación de la Sagrada Familia, que hermanaría la clausura con el apostolado vario y hermoso de la enseñanza, de la caridad, protección de jóvenes, cuidado de presos, etc.

Empezó su apostolado entre las jóvenes de su edad, compañeras que la Providencia le deparó, y entre las cuales echó las primeras simientes de su congregación; practicó la enseñanza de las niñas pobres alrededor de alguna enferma a la que iba a visitar; se compadeció de los sufrimientos y abandonos de los presos e influyó para que mejoraran de vida algunas jóvenes que se habían extraviado.

Mientras ejercía todas estas obras de apostolado no sabía qué congregación escoger, o si en definitiva debería ingresar en alguna Orden de clausura. Llamó a diversas puertas, se relacionó con distintas superioras, hasta que, finalmente, su director espiritual, viendo claro su camino, redactó los estatutos por los cuales debería regirse en el futuro la congregación de la Sagrada Familia.

Fueron treinta y tres años llenos de continuo caminar para fundar, abrir escuelas, levantar casas, inyectar esperanzas, formar hijas y dejar el arbusto de los primeros días convertido en frondoso árbol de raíces profundas y de exuberante vida, con ramaje majestuoso y tan amplio para dar sombra a todas las necesidades y con fuerzas sobradas para resistir todos los ataques del infierno.

No era nuestra santa ni robusta ni sobrada de salud. Varias, incómodas y dolorosas enfermedades la aquejaron durante esos treinta y tres años sin interrupción. Acudió a los médicos cuando se lo mandaron, descansó sólo cuando se vio necesariamente obligada a ello, pero nunca soñó con alargar un día más su vida, aunque alguien le insinuara la contrariedad que supondría para la congregación su ausencia. Sus dolencias de garganta y

nariz le impedían a veces respirar. Poco antes de morir quedó completa e incurablemente sorda; el estómago, durante mucho tiempo, apenas le toleraba los más ligeros alimentos, y la pérdida misteriosa de recetas que la aliviaban le imposibilitaba no raras veces el consuelo.

Tampoco se libró de las sequedades del espíritu tan frecuentes en los grandes santos, pues cuando menos lo esperaba renacían en su alma los titubeos y las dudas, acrecentadas especialmente por la división entre sus hijas de las dedicadas al apostolado y las de clausura. Un año largo le duró la noche obscura del alma.

Hemos aludido a un velo de tristeza que caracterizaba sus rasgos fisionómicos y que era, desde luego, manifestación de la inclinación de su espíritu. Ya tuvo que luchar contra ello su propia abuela, la cual, a veces, le cogía la barbilla y la obligaba a mirarla de frente hasta que se sonriera. La experiencia debió enseñarle cuán peligrosa es la tristeza para la vida religiosa, y por ello, insistía frecuentemente en sus casas de formación para que se educara a las novicias y a las niñas en la alegría espiritual. De haber sido abandonada, habría sido un tantillo perezosa, vicio que expone al hombre a todos los demás. Para combatirlo llenó todos los momentos del día en alguna ocupación. Era de natural fogoso y muy susceptible, pero los principios que vio en torno suyo y la experiencia de los desgraciados días de la revolución fueron suficientes para desterrar por completo todo lo que pudo parecer empaque y sentido de superioridad.

La oración y, en concreto, el ejercicio de la meditación, según ella misma confiesa, se apoderaron desde niña de las facultades de su alma, y para ello, sin la menor dificultad, se dio a tal ejercicio diariamente por espacio de media o de una hora. Tuvo también una especie de instinto en buscarse pronto amigas dotadas de espíritu parecido, de tal forma que dirá de aquellos días: «Tiempo bendito, tú fuiste para mi alma uno de los grandes beneficios de mi vida».

Entre sus devociones preferidas, junto con la oración de que hemos hablado, sobresalen en su juventud la práctica de la misa diaria y del viacrucis. «Tan penetrada estaba de Dios, decía, que siempre me hubiera quedado con Él, máxime en la iglesia;

allí su presencia me absorbía hasta el punto que nada veía y oía en torno mío». De esa práctica de pasar casi todo el día del domingo en la iglesia, junto con una de sus piadosas amigas, deriva el consejo y casi obligación que da a sus religiosas para que dediquen el domingo por completo a la oración y a los intereses del alma. Combate el espíritu jansenista que prohibía frecuentar los sacramentos bajo capa de una estúpida humildad. «El demonio, decía, comienza por hacernos descuidar una cosa, luego otra, y poco a poco haría que lo dejáramos todo si le escucháramos. Sólo Dios basta». Aunque prefería seguir los impulsos de la gracia, no ignoró nunca la utilidad de un director y rezó ininterrumpidamente hasta encontrar al abate Marthy. Llamaba a la Virgen la Divina Pastora, y bajo esta advocación dirigió especialmente toda una sencilla y completa teoría pedagógica para conquistarse la confianza de sus hijas.

Se sintió madre, y como tal, ni la desanimaban los defectos de las postulantes y novicias ni toleraba que se tomaran como indicios de falta de vocación. Enseñaba el catecismo por medio de ejemplos y grabados y hacía prácticas las visitas a los pobres, uniendo a la limosna y entrega de trapillos y enseres los consejos de orden espiritual.

> «Pertenecer a Dios, no tener más preocupación que agradarle, es la cosa mejor que se puede hacer; Dios es celoso, pero con celo amable, y así consuela a quienes mira, y con él no se teme la inconstancia».

Las contradicciones y las enfermedades no la abatieron nunca, y solía decir: «Atravesaré hasta por lo imposible, ya que la contradicción es el sello más auténtico de las obras de Dios».

A las que criticaban la falta de la imagen del Crucificado en la cruz que distingue su hábito, contestaba que «ahora eran ellas las que debían estar crucificadas».

Cuando se creyó que la enfermedad de la nariz y de la garganta podía degenerar en cáncer, dijo:

> «Aun cuando tuviera diez cánceres, no sería tanto como tener un solo pecado mortal [...] Cuando se padece una enfermedad, hay que estar dispuesta una a sufrir sus humillaciones».

Era humana y no carecía del sentido del humor. La primera noche pasada en la primera fundación, dice ella: «La pasamos

alegres, aun cuando con penuria de cosas terrenas, lo que no impidió que cenáramos con excelente apetito». Su noche obscura fue tan terrible que llegó a comprender, decía, «el suplicio del alma réproba, separada de Dios». Sin embargo, nunca la asediaron pensamientos impuros ni animosidad contra nadie.

> «Para alcanzar la gracia de conocer a Jesús pobre y humillado, practicaremos la pobreza y la humildad, y nunca seremos verdaderas hijas de este Divino Corazón si no nos ponemos en estado de víctimas».

La Sagrada Familia, bajo cuya advocación puso su congregación, es una trinidad en la tierra, imagen viva de la Trinidad del cielo. El alimento de sus hijas tiene que ser abundante y substancioso, pero no exquisito; sin embargo, quería en la práctica de la pobreza gran amplitud de espíritu, para no caer en otros vicios tan peligrosos como el afán de poseer. Muy aficionada a la mortificación interna, no impuso penitencia alguna corporal, pero las religiosas están facultadas para darse a ellas con los permisos de su confesor y superiora. No hay en el horario que prescribe a sus religiosas nada extraordinario, más bien un sentido de santa libertad, facilidad de ejercicios, seguridad de devociones y petición del patrocinio a muchísimos santos.

> «Hay que estudiar, decía, las ciencias profanas, como lo piden las necesidades de los fieles, pero después de haberse asimilado la religión. Es indispensable el conocimiento del Antiguo y Nuevo Testamento».

No era celosa, ni de que se abrieran casas de otras congregaciones religiosas ni de nuevas devociones que iban surgiendo en Francia. Amaba a su patria, por la cual lloraba y rezaba. Respetaba la libertad individual, por lo que ordenaba que no se hablara sino raras veces a las jóvenes de la vocación religiosa. Más que reprender, observaba. Era indulgente, hacía caso omiso de las diabluras sin consecuencias y prohibía a las religiosas que colaboraran con los trabajos de las alumnas, para que sus padres no las creyeran más instruidas de lo que en realidad fueran. Era, en suma, una perfecta pedagoga. Antes de despedir a una alumna, decía a la religiosa: «Bien, yo la autorizo, con tal, empero, de que me asegure que no se va a perder en el mundo». Su finalidad suprema era evitar las ofensas a Dios, llevarle almas o

preservarlas de las emboscadas. Cuidó a los presos y alivió a los ancianos. Se enamoró de la obra de la Santa Infancia, de la cual decía: «Quisiera que no hubiera nadie en el mundo que amara a la Santa Infancia más de lo que yo la amo».

A las novicias las formaba examinando primero con gran cuidado tales vocaciones, sin consideración alguna al talento, nacimiento o fortuna. Comprendía de tal forma a los corazones, que a una novicia desanimada y triste la obligó, hasta que todo pasara, a traerle diariamente flores a su celda, animándola cada día con su sonrisa.

Entre las virtudes humanas y divinas de sus religiosas destacan la sencillez, franqueza de corazón, obediencia, paz, puntualidad, devoción a los santos, frecuencia de sacramentos, oración por los sacerdotes, especialmente en tiempo de ordenaciones, prohibición de juzgarlos, poco locutorio, amor al trabajo, renuncia de los deseos de la naturaleza, no mirar nunca atrás, afición a los cantos sagrados, benignidad con las enfermas, desprecio por ciertas tentaciones, una flor diaria a la Virgen Santísima, amor a la vida oculta de San José, peregrinaciones espirituales a los santuarios principales de Francia y del mundo, conocimiento y amor de la liturgia, etc.

Entre enseñanzas y prácticas, santificarse y trabajar de forma tan ejemplar, es natural que entre ella y su Divino Esposo se estableciera una corriente mutua de atracción, que culminó en sus últimos instantes. Agotada por sus enfermedades, pero gigante de espíritu, el tránsito la encontró completamente despejada y en perfectas condiciones para pensar y amar. Cantaban sus religiosas la *Salve Regina* en la capilla de su casa matriz y ella besaba el crucifijo de su rosario. La sombra de tristeza de su rostro se convirtió en sonrisa de paz celestial. Cuando, en vida, la obligaron a posar para que un artista le hiciera su retrato, al intentar sonreír como se le aconsejaba, salieron de sus ojos abundantes lágrimas. Ahora, a la vista de su Esposo, sonrió sin esfuerzo. Era la primera hora de la tarde del 19 de septiembre de 1852.

Fue beatificada por Pío XII el 9 de junio de 1940 y canonizada por el mismo Papa el 23 de abril de 1950.

NARCISO TIBAU

Bibliografía

ALBERS, P., *Manuale di storia eclesiastica,* 2 vols. (Turín 1924).
AUBINEAU, L., *Vie de la Vénérable Marie Émilie de Rodat* (Lyón 1891).
RELIGIOSAS DE LA CASA MADRE, *Santa María Emilia de Rodat, fundadora de la Congregación de la Sagrada Familia* (Pamplona ^{6}1950).
RICARD, J. F. E., *La Vénérable Émilie de Rodat* (París 1921).
SAVIGNY-VESCO, M., *La Beata María Emilia de Rodat, fundadora del Instituto de la Sagrada Familia en Villafranca de Rouergue* (Madrid 1947).
• Actualización:
Autobiografía de la Madre María Guillermina Emilia de Rodat, fundadora de la Congregación de la Sagrada Familia (Madrid 1986).
BERNOVILLE, G., *Santa Emilia de Rodat, fundadora de la Congregación de la Sagrada Familia* (Villefranche-de-Rouergue 1976).
PEDRO RICOY, B. DE, *Santa Emilia de Rodat. El encanto de la sencillez* (Madrid 1999).
VESCO, J.-L., *Vie en Dieu et service des pauvres. Sainte Émilie de Rodat, fondatrice de la Sainte-Famille de Villefranche-de-Rouergue (1787-1852)* (Villefranche-de-Rouergue 1980).

BEATAS MARÍA DE JESÚS DE LA YGLESIA Y DE VARO, DOLORES Y CONSUELO AGUIAR-MELLA DÍAZ

Vírgenes y mártires († 1936)

Dolores y Consuelo, hijas muy queridas de unos esposos cristianos, español y uruguaya, son las primeras hijas de Dios y del Uruguay que han sido glorificadas por la Iglesia, como testigos de la fe y del amor sin límites, hasta la muerte, a Dios y al prójimo. Su adolescencia y juventud, su crecimiento y madurez, vividos en la adhesión consciente y ferviente a Cristo y a la Iglesia, culminaron en el martirio al que llegaron, en medio de un odio alocado y exterminador a la religión de aquel que dio la vida por la salvación del mundo. Murieron con la firme convicción del creyente que, profesando el amor más grande, da la vida por Aquel y por aquellos a quienes de verdad ama. Fueron pregoneras del Evangelio de la paz y del amor en medio del mundo y, con su mensaje, entregaron la propia vida (cf. 1 Tes 2,8). Consumaron el sacrificio de su vida junto a una de sus maestras, que las había ayudado a crecer en sabiduría y gracia, en el ambiente familiar y cristiano de un colegio de religiosas escolapias que les había transmitido «piedad y letras».

Dolores nació en Montevideo, el 29 de marzo de 1897, quinta de los hijos de Santiago Aguiar-Mella y López-Bailo, un

abogado nacido en Madrid que, con el financiero catalán Emilio Reus, había emigrado a la capital del Uruguay. En la catedral de esta ciudad contrajo matrimonio, el 9 de julio de 1892, con María Consolación Díaz Zavalla, de acaudalada familia de comerciantes y hacendados, de ascendencia española, gallega y vasca en concreto. Estos esposos, de profundas convicciones católicas, tuvieron ocho hijos, de los cuales seis sobrevivieron. En 1898, el 29 de marzo, nació la sexta hija, Consuelo. Ambas niñas recibieron las aguas bautismales en la catedral de Montevideo.

Santiago Aguiar-Mella decidió regresar a España en 1899, cuando la pequeña Consuelo contaba sólo un año, y dos había cumplido Dolores. La familia se estableció en Pozuelo, cerca de Madrid. Luego, por algún tiempo, residieron en Orense, tierra de donde era originario Santiago. Después fijaron su hogar en Madrid. El padre abrió bufete de abogado. Años más tarde fue nombrado asesor jurídico de los Ferrocarriles del Norte en el Ministerio de Fomento.

Una terrible desgracia, que sacudió el hogar cristiano y feliz y que condicionó su rumbo posterior, llegó con la enfermedad de María Consolación, la madre, que contrajo la tuberculosis en las visitas frecuentes a una amiga uruguaya de la infancia, residente en Madrid a causa de la misión diplomática de su marido. Ante la enfermedad de la madre, por miedo al contagio, Santiago decidió que sus hijos ingresaran en internados. Los tres hijos varones, Santiago, Teófilo y Jaime, marcharon al colegio de los Padres de los Sagrados Corazones en Barcelona, pues en ésta residía un amigo de su padre. Dolores y Consuelo, de 8 y 7 años respectivamente, permanecieron en Madrid y fueron admitidas en el colegio de las religiosas escolapias en Carabanchel, en 1905. La madre murió el 30 de marzo de 1907, llorada por sus hijos e hijas que siempre la recordaron como una mujer dulce, agradable y cariñosa, entregada a su marido y a sus hijos, a quienes tuvo que abandonar en su niñez, cuando sólo contaban entre 11 y 2 años. La pequeña se llamaba Trinidad y había nacido en Orense.

Entre 1905 y 1917 Dolores y Consuelo fueron alumnas internas de las escolapias de Carabanchel. En 1908 ingresó también en el colegio la pequeña Trinidad, a la edad de tres años.

Dolores se había iniciado en el hogar paterno, como hermana mayor, en el cuidado de sus hermanos pequeños. Continuó esta labor en el colegio escolapio.

El carácter de las dos hermanas, Dolores y Consuelo, era diferente en múltiples aspectos: la mayor era seria, reflexiva, prudente, responsable en los estudios y en las demás actividades; un poco autoritaria, acostumbrada a velar por los más pequeños de la casa. Pero Dolores era muy buena compañera para sus condiscípulas; era una colegiala modelo, que gozó enseguida del aprecio y afecto de sus educadoras, que descubrieron en ella unas aptitudes relevantes para ser religiosa del Instituto, fundado en el siglo XIX por Santa Paula Montal. Ayudaba cuanto podía a sus compañeras, que la querían y la amaban. Trabó con algunas una amistad que duró toda la vida.

Dolores perteneció a las diversas asociaciones piadosas y apostólicas florecientes en el colegio: hija de María, con el aval de su piedad y de su aprovechamiento académico; fue miembro de la asociación del Niño Jesús de Praga, de los Jueves Eucarísticos y del Apostolado de la oración. Cada día asistía a la santa misa del colegio, rezaba el rosario y participaba en los demás actos de piedad, elementos integrantes de la educación cristiana de las alumnas de las escolapias. La responsable de la formación de las alumnas internas en Carabanchel era una joven religiosa andaluza, de firme vocación y dotes singulares, la madre María de Jesús de la Yglesia (Cabra 1891- Madrid 1936), que ejercía la docencia de ciencias y matemáticas. María de la Yglesia ponía todo su fervor apostólico en la transmisión de la fe y de la piedad a sus alumnas; se esforzaba por conducirlas al amor a Jesucristo, a su santísima Madre y a la Iglesia. El itinerario hacia la santidad de Dolores y de su educadora María de la Yglesia transcurrió unido desde aquellos años de formación y estudio en Carabanchel.

Dolores fue madurando en sus convicciones y en sus actitudes ante la vida. Sus ideas eran claras y firmes, su adhesión a Cristo y a la Iglesia estaba arraigada en lo más profundo de su corazón; la manifestaba y la defendía con decisión y valentía.

De carácter muy distinto era Consuelo. Era, sí, inteligente y aplicada, pero también muy alegre y espontánea. Amante de los deportes, disfrutaba en los recreos, se convertía en el centro de

atención de las inocentes diversiones de las colegialas. En las fiestas y acontecimientos del colegio, protagonizaba la animación de compañeras, profesoras y religiosas, componiendo versos, canciones y letrillas que, con gracejo, humor y una punta de ironía, aportaban un clima de familia y compañerismo a las celebraciones compartidas con jolgorio infantil y juvenil. Cometía sus travesuras por su carácter vital e inquieto. Un verano la castigaron a pasar algún tiempo de las vacaciones en el colegio escolapio de Masnou y no en el hogar paterno. Aceptó el castigo con resignación y con buen talante. La separación de su padre y hermanos quedó compensada por el placer y disfrute de los baños todos los días en la playa.

Ingresó asimismo en la asociación de hijas de María, participaba en los rezos y demás ejercicios de piedad del colegio. Mantuvo toda su vida la relación de amistad con religiosas y compañeras, siempre agradecida de la formación y educación humana y religiosa que había recibido en el colegio escolapio.

A partir de 1915 se fue reorganizando el hogar de Santiago Aguiar-Mella, en la calle madrileña de la travesía de San Mateo. Aquel año regresaron de Barcelona los tres hijos mayores. En 1917 Dolores y Consuelo salieron del colegio de Carabanchel tras doce años de internado. Para todos fue una nueva etapa en la vida, en el goce de una vida de familia muy impregnada de amor y de vivencias cristianas.

Pero pronto Dolores quiso dar un nuevo rumbo a su vida. Hacía años que se sentía llamada a la vida religiosa. El buen ejemplo de sus educadoras la atraía hacia la consagración íntegra al Señor en el Instituto escolapio. Muchas veces había expuesto su propósito a la maestra de novicias, Madre Eusebia Sáez de Dallo, pues colegio y noviciado compartían edificio en Carabanchel. Llegó el momento de descubrir la vocación a su padre. A Don Santiago le contrarió tener que desprenderse de su hija mayor y predilecta, que podía ser el alma del hogar reconstituido; pero no quiso oponerse a la decisión de Dolores. Con dolor pero con la aceptación de la voluntad de Dios, propia de un padre cristiano, acompañó a Dolores, con todos sus hijos, la familia al completo, al noviciado de Carabanchel la tarde del primero de marzo de 1918.

Con la ilusión de entregarse a Dios totalmente, Dolores empezó el noviciado. Su resolución era firme, pero su salud flaqueó. Al poco tiempo de ingresar en el noviciado, contrajo una pulmonía que hizo temer por su vida y que le dejó una secuela incurable. Los médicos aconsejaron que saliera del noviciado y que desistiera, por lo tanto, de abrazar la vida religiosa. Dolores se sintió contrariada en lo profundo de su corazón, pero quiso reservarlo ya todo para Dios; su firme voluntad de consagración no se resquebrajó con la enfermedad: el amor a Dios y la entrega al bien del prójimo, a su padre y hermanos, a todos, y singularmente a la Congregación que la había educado y en la que quería profesar, llenarán en adelante toda su vida, hasta derramarla en holocausto, fiel a su vocación cristiana.

El mismo año de 1918 Dolores regresó al hogar paterno. Volvía a ser la hermana mayor, el ama de casa en la práctica. El padre podía descargar en ella parte de su responsabilidad. Los hermanos la querían y respetaban por su solicitud y bondad.

Tenía que abrirse camino en la vida y buscar un trabajo estable. Preparó oposiciones para Hacienda y logró un empleo en la Delegación de la misma. Ocupada ejemplarmente en su puesto, atenta a las necesidades de sus compañeros y compañeras, pasó Dolores casi veinte años, de 1918 a 1936, trabajando como funcionaria, pero sin dejar de cultivar su espíritu de piedad.

En su casa, los hermanos llamaban «la habitación del monje» a su cuarto, que más que un aposento de mujer de su categoría social, parecía la celda de un convento: una cama y dos sillas, un reclinatorio, un crucifijo y una imagen de la Virgen. Por la mañana, se levantaba temprano, hacía un rato de oración mental, asistía a misa; desayunaba y marchaba a la oficina hasta las dos de la tarde cuando regresaba a casa para el almuerzo. Por las tardes, solía acudir al colegio de las Escolapias, en Carabanchel, para conversar con la superiora, la Madre Cándida, o con la maestra de novicias, Madre Eusebia Sáez de Dallo, o con otras religiosas. Era feliz en este ambiente de oración y de recogimiento.

En 1929, murió el padre. Sus hermanos ya no la necesitaban pues cada uno había tomado su propia dirección en el camino de la vida, aunque mantuvo con ellos siempre una relación de

comunicación y ayuda fraternas. Entonces Dolores optó por vivir en un colegio de Escolapias. Lo pidió y se lo concedieron. Se fue a residir en el colegio que el Instituto tenía en Madrid, en la calle Evaristo San Miguel. Llevaba un ritmo de vida normal: por la mañana en la oficina de Hacienda, por la tarde ayudaba a las religiosas en todo cuanto la necesitaban.

Consuelo se reintegró asimismo al hogar después de sus estudios. Contaba 18 años. Con la circunspección propia de una muchacha cristiana, se complacía en las diversiones de una mujer normal de su época en Madrid: asistía al teatro, a conciertos, al cine, a los buenos espectáculos; vestía a la moda, era elegante y presumida, no rehusaba ni las joyas ni los perfumes. Consuelo optaba decididamente por el matrimonio. Poco después de salir del colegio, tuvo un novio dentista. Estaba ilusionada con él; pero, a espaldas suyas, el joven mantenía otra relación con otra muchacha con la que se casó en París.

Poco antes de morir su padre, consiguió un empleo en las oficinas del catastro en Toledo. De momento siguió residiendo en Madrid, pero, tras el fallecimiento de Don Santiago, trasladó su residencia a la ciudad imperial. Eran frecuentes sus visitas a Madrid donde se alojaba en casa de sus hermanos: Teófilo, casado con Valentina Serrano después de la muerte del padre, o Trinidad, que había contraído matrimonio con Enrique Fernández.

En Toledo, Consuelo conoció a un joven abogado que preparaba oposiciones para juez. Se enamoraron y tenían proyectado casarse cuando él sacara las oposiciones. Pero la tragedia del alzamiento militar y posterior guerra civil de 1936 truncaron sus planes. El joven, durante la contienda fratricida, perdió su vida en Valencia.

Una de las últimas prestaciones espirituales de Dolores a la familia fue la preparación de su sobrina Consuelito, hija de Trinidad, para la primera comunión, que recibió el 20 de mayo de 1936.

Corrían tiempos muy difíciles para la capital y las tierras de España. La proclamación de la II República española el 14 de abril de 1931 despertó en muchos ciudadanos ilusiones de democracia y de progreso en la justicia social y en una más justa

distribución de la riqueza, con un acceso más generalizado de la cultura. Con estos anhelos justos, se amalgamó y cuajó un resentimiento y revancha contra la religión, considerada por más de un sector izquierdista como «opio del pueblo», y contra la Iglesia, tenida por enemiga de todo progreso de la sociedad. Explotó en 1936, al iniciarse la sublevación militar protagonizada por generales de derechas, el polvorín de un resentimiento irracional, injusto las más de las veces y desproporcionado, contra todo lo que estuviera relacionado con el clero y las familias religiosas y contra los laicos comprometidos con la Iglesia y con sus representantes cualificados. La persecución religiosa, que en Madrid explosionó ya el 11 de mayo de 1931 en la quema de muchas iglesias y conventos, se generalizó y encarnizó después del citado alzamiento, en torno al 18 de julio de 1936, que se levantó desde diversos puntos de la geografía española contra el gobierno de la República. En las ciudades en que no triunfaron las tropas adheridas a la sublevación militar, la caza al clero, a las religiosas y a los católicos más cualificados fue implacable. Madrid fue ciudad pionera en la inmolación de mártires de la fe, mujeres y hombres que, en la mayoría de los casos, fueron asesinados sólo por su profesión religiosa, por el testimonio de la fe cristiana. A quienes, con pureza de ideales y con entrega generosa, derramaron su sangre, dieron su vida por amor al Crucificado, al primer mártir, la Iglesia los ha ido reconociendo como mártires, testigos que «en la gran tribulación han lavado sus vestidos en la sangre del Cordero. Por eso están ante el trono de Dios, le dan culto día y noche en su templo... Dios enjugará las lágrimas de sus ojos» (Ap 7,14).

En julio de 1936, Dolores contaba entonces 39 años, Consuelo uno menos. Sobre todo la mayor, en tiempos difíciles, nunca escondió sus convicciones cristianas y su vinculación con las escolapias. Con éstas estuvo firmemente unida en los amargos días de la contienda fratricida, de la persecución feroz contra todo lo religioso, del odio sin cuartel a la Iglesia, cuando el culto estaba prohibido y ser amigo, amiga, de religiosas o religiosos, protegerlos o esconderlos o auxiliarlos incluía el riesgo de la propia vida.

Al iniciarse la guerra civil, Dolores y Consuelo deciden ir a vivir con su hermano Teófilo, vicecónsul honorario del

Uruguay en Madrid. Éste les advierte del peligro que corren si siguen dando pruebas de afecto y auxilio a las escolapias. Las dos hermanas conservan sus documentos diplomáticos de ciudadanas uruguayas y ostentan en sus desplazamientos por la capital brazaletes que acreditan su nacionalidad.

Siguen ayudando a las religiosas en su cada día más crítica situación en medio del conflicto. Dolores sigue trabajando en Hacienda por las mañanas y, por las tardes, se dedica a distribuir a sus queridas escolapias en casas de familiares, exalumnas y amigos como refugio frente a la caza de religiosas; pone a salvo también la documentación del colegio. En tales cometidos, tiene a su lado a Consuelo. El 29 de julio, Dolores opta con valentía por el riesgo y la defensa y testimonio de su fe cristiana y de su amistad hacia las religiosas. Se va a vivir con ocho escolapias refugiadas en un piso de la calle Evaristo San Miguel. Su cuñado Enrique Fernández le advertía de que, al fin, la iban a descubrir: «Lola, le decía cariñosamente, te van a matar». Ella le respondía que, en aquellas circunstancias, moriría contenta por Dios, por su fe y por las religiosas.

Con semejante valor se comportaba Consuelo, siempre colaborando con su hermana mayor en las misiones arriesgadas de aquellos días. Salvó la vida a un sacerdote perseguido porque habían descubierto su escondite en casa de unos familiares; le procuró su salida de España hacia Argentina.

El 29 de julio el colegio de Carabanchel fue asaltado. Algunas escolapias fueron detenidas, otras expulsadas del colegio, las novicias dispersadas también. Las dos hermanas uruguayas trataron de buscar alojamiento para las novicias en casas de su confianza.

El 17 de agosto fue registrado el piso de la calle Evaristo San Miguel, donde se hospedaba Dolores. Ésta se encontraba trabajando en la Delegación de Hacienda. Los milicianos se llevaron de la casa cuanto quisieron. Dolores denunció el robo en la comisaría de Palacio. El 12 de septiembre tres milicianos llamaron a la puerta del piso preguntando por Dolores Aguiar-Mella. No la encontraron porque, acompañada de su hermana Consuelo, se hallaba en la cárcel tramitando la libertad de varias madres escolapias. Dolores estaba, pues, en el punto

de mira de los milicianos por su valentía en ayudar a sus queridas religiosas y en manifestar su fe católica. El sábado siguiente, 19 de septiembre, la detuvieron cerca de su residencia, en la calle de Ferraz. Habían seguido sus movimientos. En esta calle, estaban refugiadas un grupo de escolapias. Como todas las mañanas, la joven había acudido a llevarles la leche para el desayuno.

Las escolapias de la calle de Ferraz se dieron cuenta de la detención y avisaron a las de la calle Evaristo San Miguel; éstas pasaron la noticia a sus hermanos Consuelo y Teófilo. Éste fue a denunciar lo ocurrido en la embajada del Uruguay. Pero nada pudo conseguir. Consuelo, al tener noticia de la detención de su hermana, corrió hacia el piso de Evaristo San Miguel.

Dos horas más tarde, aquí se presentó el mismo miliciano que el anterior día 12 había tocado a la misma puerta preguntando por Dolores. Exhibió un papel escrito firmado por la detenida, en que reclamaba la presencia de la madre superiora, María de la Yglesia, para que prestara declaración con el fin de obtener su libertad. La M. María de la Yglesia era desde agosto de 1935 superiora del colegio de Carabanchel. Esta ejemplar religiosa se decidió a seguir al miliciano. Consuelo Aguiar-Mella, al oír tal requerimiento, marchó con la madre superiora confiando que su brazalete y pasaporte diplomático uruguayos ofrecerían garantías para liberar a las detenidas.

Pero los milicianos comunistas llevaron a las dos hermanas y a la M. María de Jesús de la Yglesia a la checa de la iglesia de San Miguel, llamada «del Puente», en el camino de Carabanchel. Las tres fueron asesinadas aquel mismo día junto al cementerio de San Isidro.

Dieron testimonio del amor más grande: manteniendo hasta el extremo su fidelidad al Señor, a la Iglesia; mostrando su fraternidad cristiana en los momentos críticos de una persecución irracional, inhumana. A Dolores, le hizo caer en el lazo de los cazadores su caridad cotidiana hacia las pobres escolapias refugiadas, a Consuelo su decisión de compartir la suerte —de beber el cáliz, que es el de Jesús, cf. Mc 10,38-39— de su hermana mayor, a la madre María de Jesús su afán de salvar a una antigua alumna suya o de comulgar con ella el mismo cáliz del martirio.

Valentina, la cuñada de Dolores y Consuelo, reconoció los cadáveres de las tres mártires en el depósito municipal de Madrid el día siguiente. Su martirio fue reconocido enseguida por las personas allegadas a la comunidad escolapia de Madrid y por cuantos habían conocido y apreciado las virtudes y el coraje cristiano de la madre María de la Yglesia y de las dos uruguayas. El asesinato de éstas provocó la ruptura de relaciones entre el Uruguay y otros estados latinoamericanos con la República española.

En el arzobispado de Madrid, la causa de canonización de las tres mártires se tramitó en los años 1986-1988. El 8 de marzo de 1988, esta causa se unió a la que se seguía en la curia de Valencia sobre otras cinco mártires de la Congregación escolapia, asesinadas en la playa del Saler, en los términos de aquel arzobispado, el 8 de agosto de 1936. La Congregación romana para las Causas de los Santos reconoció la validez de los dos procesos, de Valencia y de Madrid, con decreto de 26 de abril de 1991. Se preparó la *positio super martyrio* de estas siervas de Dios. El 20 de abril de 1999 los cardenales y obispos de la mencionada Congregación romana reconocieron que las seis religiosas escolapias y las dos mujeres seglares habían dado su vida como testigos fieles de Jesucristo al ser asesinadas por odio a la fe. Juan Pablo II, el 28 de junio del mismo año, declaró que constaba el martirio de las seis religiosas del Instituto de las Escuelas Pías y de las dos seglares Dolores y Consuelo; así se pudo proceder a su beatificación.

El domingo 11 de marzo de 2001, dentro de una impresionante celebración en la Plaza de San Pedro del Vaticano, Juan Pablo II declaró beatos a 233 mártires españoles, testigos de Cristo durante la terrible persecución que contra la Iglesia se levantó durante la guerra civil.

> «Hombres y mujeres de todas las edades y condiciones: sacerdotes diocesanos, religiosos, religiosas, padres y madres de familia, jóvenes laicos. Fueron asesinados —predicó el papa en su homilía— por ser cristianos, por su fe en Cristo, por ser miembros activos de la Iglesia».

Entre los nuevos beatos mártires, estaban las «seis religiosas escolapias con dos cooperadoras laicas provenientes estas

últimas del Uruguay y primeras beatas de ese país latinoamericano».

> «Los testimonios que nos han llegado hablan de personas honestas y ejemplares, cuyo martirio selló unas vidas entretejidas por el trabajo, la oración y el compromiso religioso en sus familias, parroquias y congregaciones religiosas [...] Los nuevos beatos que hoy suben a los altares no estuvieron implicados en luchas políticas o ideológicas, ni quisieron entrar en ellas... Murieron únicamente por motivos religiosos... La Iglesia quiere reconocer en estos hombres y mujeres un ejemplo de valentía y de constancia en la fe, auxiliados por la gracia de Dios. En diversas ocasiones he recordado la necesidad de custodiar la memoria de los mártires. Su testimonio no debe ser olvidado. Ellos son la prueba más elocuente de la verdad de la fe, que sabe dar rostro humano incluso a la muerte más violenta y manifiesta su belleza aun en medio de atroces padecimientos».

La valentía y la constancia en la fe de las beatas Dolores y Consuelo Aguiar-Mella Díaz son el legado de estas mártires: testigos de la fe en momentos difíciles, que no rehuyeron la prueba mayor, la cruz del amor a Cristo y a sus hermanas, sino que la abrazaron decididamente. Su amor fue más fuerte que la muerte misma. Por eso son miembros vivos de la Iglesia glorificada y ejemplo de coherencia entre fe y comportamiento en el mundo en todas las coyunturas, por duras que éstas fueren. Al odio que las rodeaba, opusieron sólo la resistencia de la perseverancia en sus convicciones cristianas y en su servicio y ayuda sacrificados a las religiosas que las habían educado en el seguimiento de Cristo y en la adhesión a la Iglesia. Son intercesoras y ejemplo para que «la Iglesia que camina en España viva una nueva primavera de cristianismo, bañada como ha sido y fecundada por la sangre de tantos mártires», predicó también el papa aquel 11 de marzo de 2001. Que las primeras beatas del Uruguay aporten asimismo a su país natal el empuje y la alegría de su fe y de su amor, testimoniados hasta el extremo.

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

Bibliotheca sanctorum. Appendice seconda (Roma 2000) cols.6-8.

ARRARÁS, J., «Datos sobre MM. Escolapias», en ID. (dir.), *Historia de la cruzada española,* VIII (Madrid 1942).

JATO MIRANDA, J., *Madrid, capital republicana* (Barcelona 1976) 453-454.
LABARTA, M. L., *Dolores y Consuelo Aguiar-Mella Díaz, laicas, mártires y las primeras beatificadas del Uruguay* (Roma 2001).
— *María de la Yglesia y de Varo (1891-1936), profesora de ciencias y mártir* (Roma 2001).
L'Osservatore Romano (12/13-3-2001).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTA POMPOSA
Virgen y mártir († 853)

Era natural de Córdoba, donde nació en el seno de una familia cristiana, que la educó con esmero en los valores del evangelio. Era aún una niña cuando ofreció a Dios su virginidad. Sus padres y hermanos optaron todos por la vida monástica y emplearon sus bienes en la construcción del monasterio del Salvador, en Peñamelaria, de donde fue abad el monje Félix y capellán el mártir San Fándila. Ella había concebido el propósito de presentarse al martirio ya en la primera etapa martirial, los años 851-852. Pero fue estrechamente vigilada para impedirlo y no pudo abandonar el monasterio. Sus grandes prendas naturales y sus virtudes la hacían muy querida a todos. Pero cuando el capellán citado, San Fándila, se presentó al martirio y cuando supo que su amiga Santa Columba, monja de Tábanos, se había presentado también, decidió ella hacerlo sin pérdida de tiempo. En la madrugada del 18 al 19 de septiembre se acercó a la puerta del monasterio y sucedió que no tenía llave echada. Descorrió los cerrojos y salió, y anduvo toda la noche hasta llegar a Córdoba al amanecer, y se presentó al tribunal en cuanto éste estuvo abierto. Delante del cadí confesó a Jesucristo como Dios verdadero y execró a Mahoma como falso profeta. Esta valiente y osada confesión de fe le valió el inmediato martirio, pues a las puertas del palacio fue seguidamente degollada. Era el 19 de septiembre del año 853. Su cuerpo fue arrojado al Guadalquivir, pero lo hallaron unos barqueros y lo enterraron en la orilla. Lo supieron unos monjes y vinieron por él, lo recogieron y con toda solemnidad le dieron sepultura en la basílica de Santa Eulalia junto al cuerpo de su amiga Columba. Es San Eulogio quien nos cuenta este martirio.

SAN ARNULFO DE GAP
Obispo († 1079)

Arnulfo (Arnoux) nació en Vendôme y se educó en el monasterio de la Santísima Trinidad de esta ciudad. Se decidió por la vida religiosa y recibió allí mismo el hábito benedictino de manos del abad Oderico, el cual poco después se lo llevó consigo a Roma. La intención del viaje era la confirmación de su título de cardenal presbítero de Santa Prisca. En Roma se acreditó Arnulfo por sus cualidades naturales y morales. En 1063 el papa Alejandro II, que se servía de él como consejero, lo nombra obispo de Gap, en sustitución de un simoníaco que acababa de ser depuesto. El propio papa lo consagró obispo personalmente. Su gobierno de la diócesis fue ejemplar y santo y se prolongó hasta una fecha que oscila entre el 1070 y el 1079. Es el patrono de la diócesis de Gap.

BEATO JACINTO HOYUELOS GONZÁLEZ
Religioso y mártir († 1936)

Nació en Matarrepudio (Santander) el 11 de septiembre de 1914 en el seno de una familia humilde y cristiana. Desde pequeño dio señales de ser piadoso y caritativo, y alentado en la vocación religiosa por su párroco, optó por la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios. Hecho el noviciado, emitió la profesión religiosa el 8 de septiembre de 1935. Unos meses después, al tener que cumplir con sus obligaciones del servicio militar, fue a Ciempozuelos y allí le confiaron la enfermería de San Camilo. Era un joven de buena índole, humilde y dócil, que se sentía realizado asistiendo a los enfermos. Destinado en la clínica psiquiátrica militar, podía hacer la vida de comunidad simultáneamente con los religiosos. El día 7 de agosto los religiosos fueron detenidos, pero el Dr. Sloker, jefe de la dicha clínica militar, lo reclamó alegando que era un soldado a sus órdenes. Eso lo salvó de momento, pero los milicianos no lo olvidaban y continuamente lo zaherían con acusaciones y amenazas. Pero el hermano Jacinto no hacía caso de ellas y continuaba su servicio a los enfermos, retirándose al sótano para hacer sus rezos. En

confianza decía que no entendía por qué se perseguía a los hermanos si ellos no hacían daño a nadie. El día 18 de septiembre por la noche fue sorprendido en la clínica antes de acostarse y obligado a salir a prestar declaración ante el Comité. Fue sacado por la puerta de la despensa. Fue llevado al comité del pueblo y allí fue interrogado, mezclándose las preguntas políticas con las religiosas. El hermano ante estas preguntas guardó silencio. Lo llevaron entonces directamente al puente de la estación, llamado de San Cosme, y le querían obligar a que blasfemara y a que diera vivas a la República. El hermano se negaba a blasfemar a pesar de los golpes que le daban. Entonces le pusieron una cuerda al cuello, la ataron por el otro extremo al puente y lo arrojaron al vacío, ahorcándolo. Y además le dispararon varios tiros. Vestía el hermano un mono azul y alpargatas y tenía las manos atadas a la espalda. Al día siguiente su cuerpo colgando del puente y un gran charco de sangre en el suelo era un horroroso espectáculo. Llamado el juez, mandó llevar el cadáver al depósito, donde el forense reconoció que el cuerpo había sido ahorcado y tenía varias heridas de bala. Dijo que la muerte se produjo por asfixia en suspensión. Se cumplió así el deseo manifestado por él en alguna ocasión de morir mártir.

Fue beatificado el 25 de octubre de 1992 por el papa Juan Pablo II en el grupo de 71 Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios muertos durante los días de la revolución española.

BEATA FRANCISCA CUALLADÓ BAIXAUIL

Virgen y mártir († 1936)

Nació en el Molino de San Isidro, en el barrio valenciano de Ruzafa, el 3 de diciembre de 1890. Su vida discurrió en Massanassa, siendo educada cristianamente y trabajando desde su adolescencia como modista para colaborar en la economía familiar muy deteriorada por la muerte prematura de su padre y la enfermedad de su madre que quedó paralítica. Sus muchas horas de trabajo no le quitaron, sin embargo, la voluntad de hacer mucho apostolado, todo el que le fue posible como militante cristiana. Ella fundó los Jueves Eucarísticos en su parroquia y

asimismo colaboró en la fundación del Sindicato de la Aguja. Daba clases de corte y confección y hacía todo el bien que podía a las aprendizas. Preparaba con mucho celo a los enfermos a recibir los sacramentos. Estas cualidades y estas obras son las que provocaron que fuera odiada por los enemigos de la religión. El 19 de septiembre de 1936 fue fusilada en Benifayó, no sin antes haberle arrancado la lengua para que no siguiera dando vivas a Cristo Rey.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

20 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de los Santos Mártires de Corea: Andrés Kim Taegón, presbítero, Pablo Chong Ha-sang y compañeros, obispos, presbíteros y laicos: Simeón Berneux, Justo Ranfer de Bretenières, Luis Beaulieu, Pedro Enrique Dorié, Pedro Aumaître, Martín Lucas Huin, Juan Ni Youn Il, Andrés Chong, Esteban Min Kukka, Pablo Ho, Agustín Pak Chong-won, Pedro Hong Pyongjiu, Magdalena Son Sobyog, Águeda Yi Kiomg-I, María Yi Idog, Águeda Kwon Chini († 1840), Antonio Daveluy, Pedro Aumaître, Martín Lucas Huin, José Chang Chu-gi, Tomás Son Cha-son, Lucas Hwang Sok-tu, Damián Nam Myong Hyog, Lucía Pak Hui-sun, Magdalena Kim Obi, Pedro Kwon Tu-gin, Águeda Kim A-gi, Bárbara Han A-gi, Ana Pak A-gi, Águeda Yi Sosa, Agustín Yi Kwang-hon, José Chang Song-jib, Magdalena Yi Yong-hui, Teresa Yi Mae-im, Protasio Chong Kuk-ko, Carlos Hyon Song-mun, Lorenzo Imbert, Pedro Maubant, Santiago Castan, Lorenzo Han I-yong, Pedro Nam Kyong-mun, Teresa Kim Im-i, Juan Pak Hu-jae, María Pak Kun-agi Hui-sun, Bárbara Kwon-hui, Bárbara Yi Chong-hui, María Yi Yon-hui, Inés Kim Hyo-ju, Susana U Sur-im, Águeda Yi Kan-nan, Catalina Chong Chor-yom, José Im Chi-baeg, Agustín Yu Chin-gil, Sebastián Nam I-gwan, Ignacio Kim Che-jun, Carlos Cho Shin-chol, Columba Kim Hyo-im, Magdalena Pak Pong-son, Perpetua Hong Kum-ju, Julita Kim, Águeda Chon Kyong-hyob, Magdalena Ho Hye-im, Lucía Kim, Catalina Yi, Magdalena Cho, Águeda Yi, Teresa Kim, Bárbara Yi, Bárbara Kim, María Won Kwi-im, Lucía Kim, Pedro Yu Chongyul, Pedro Choe Hyong, Juan Bautista Nam Chong-sam, Juan Bautista Chong Chang-U, Marcos Chong Ui-bae, Alejo U Se-yong, Antonio Kim Song-U, Marta Kim Song-im,

Rosa Kim, Ana Kim Chang-gum, Juan Bautista Yi Kwang-nyol, Bárbara Yi, Pedro Yi Ho-yong, Pedro Son Son-ji, Pedro Yu Taechol, Pedro Cho Hwa-so, Pedro Yi Myong-so, Bartolomé Chong Mun-ho, José Pedro Han Chae-Kwon, Pedro Chong Won-ji, Pedro Choe Chang-hub, Benedicta Hyon Kuong-nyon, Isabel Chong Chong-hye, Bárbara Cho Chung-I, Magdalena Han Yong-i, Bárbara Ko Sun-i, Magdalena Yi Yong-dog, Cecilia Yu So-sa, José Cho Yun-ho, Pablo Hong Yongju, Juan Yi Munu, Bárbara Choe Yong-i, que con su sangre fecundaron los comienzos de la Iglesia en Corea. De cada uno de los mártires se dan los nombres en el día de su respectivo martirio, estando hoy todos conmemorados en una misma memoria litúrgica **.

2. En Roma la memoria de San Eustaquio (fecha desconocida), mártir **.

3. En Sínada (Frigia), San Dorimedonte, mártir († s. III).

4. En Constantinopla, santos Hipacio y Asiano, obispos, con Andrés, presbítero († 740), mártires por la defensa de las sagradas imágenes.

5. En Rovereto (Trento), San Adalpreto o Adelpreto († ca. 1173), obispo de esta última ciudad *.

6. En Londres (Inglaterra), Beato Tomás Johnson († 1537), presbítero y monje cartujo, martirizado bajo el reinado de Enrique VIII *.

7. En Córdoba (Andalucía), Beato Francisco de Posadas († 1713), presbítero, de la Orden de Predicadores **.

8. En Son Tay (Tonkín), San Juan Carlos Cornay († 1837), presbítero, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, mártir **.

9. En Seúl (Corea), santos Lorenzo Han I-yong, catequista, y sus compañeros Pedro Nam Kyong-mun, catequista, Teresa Kim Im-i, virgen, Susana U Sur-im y Águeda Yi Kan-nan, ambas viudas; Catalina Chong Chor-yom y José Im Chi-baeg († 1846), todos ellos mártires, cuya pasión y memoria se celebra hoy **.

10. En Puebla (México), San José María de Yermo y Parres († 1904), presbítero, fundador de la Congregación de las Siervas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Pobres **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS MÁRTIRES DE COREA
(† 1839-1867)

El día 20 de septiembre celebra la Iglesia la memoria litúrgica de los ciento tres mártires de Corea, a quienes el papa Juan Pablo II canonizó solemnemente el 6 de mayo de 1984 en la capital coreana, Seúl. Era la primera vez que una canonización tenía lugar en los tiempos modernos fuera de Roma. Se celebraba

el 200 aniversario de la introducción del cristianismo en Corea, una introducción marcada por la singularidad de que antes de que llegaran misioneros de fuera ya, por medio de seglares, el cristianismo había llegado al corazón de unas cincuenta mil personas. Esos ciento tres mártires eran hijos y nietos de los que habían introducido el cristianismo en el país y lo habían santificado con su sangre. Los mártires canonizados padecieron martirio a partir de 1839. Pero no eran los primeros en dejarse la vida en la profesión de la fe.

Corea significa el país del sereno amanecer. Y es un país no grande en una península vecina a China y que tiene enfrente al Japón. Desde el comienzo de su historia, que parece remontarse a dos mil años antes de Cristo, Corea es un pueblo de hondos sentimientos religiosos. Entre los siglos IV-V de nuestra era el Budismo se hace la religión oficial y da forma a los más variados aspectos de la vida. Cuando en el s. VII d.C. Corea se unifica se abre para el budismo una época dorada, pero entre los siglos X-XIII el confucianismo se introduce también en Corea, aunque sin desplazar la influencia mayoritaria del budismo, que se corrompe no obstante y ello hace que en un largo período de tiempo que va de los siglos XIII a comienzos del XX el confucianismo se haga predominante, y sea obligatorio el culto a los antepasados. Pero sobre todo en las clases sociales más altas, se echaba de menos una espiritualidad más profunda que el confucianismo y por ello seguía habiendo mucha gente adicta al budismo. Por su parte una corriente confucianista, llamada pragmatismo, pretendía colmar ese vacío igualmente.

El cristianismo se relacionó por primera vez con Corea durante la invasión japonesa de los años 1592-1598. Con el ejército expedicionario iban soldados cristianos y fue también el jesuita portugués P. Céspedes para su atención pastoral, y él fue quien el 29 de diciembre de 1593 celebró la primera misa en Corea. Naturalmente no tuvo contactos con la gente de Corea. Se habla de varios coreanos entre los mártires japoneses, pero se habían hecho cristianos en Filipinas o Japón, no en Corea. Más sólido vendría a ser el contacto resultante de los libros adquiridos en Pekín por los diplomáticos coreanos que viajaban hasta la capital china. Estos libros, proporcionados por los je-

suitas, hicieron impacto en sus lectores, al punto de establecerse en varias localidades coreanas grupos de estudio que comparaban la doctrina cristiana con el confucianismo vigente y cobraban una gran estima por el pensamiento cristiano. En 1783 el tema iba a dar un nuevo giro. Varios intelectuales y nobles coreanos que habían leído libros católicos designaron a uno de ellos para ir a Pekín a conocer con mayor profundidad el cristianismo. Este encargo lo recibió el joven Ri-Seung-hu-i en su viaje a Pekín acompañando a su padre que era diplomático. Conocía la lengua china y tenía interés por el cristianismo, cuyos héroes admiraba y trataba de imitar. Acompañó a su padre efectivamente a Pekín y en el mes largo de su estancia en la ciudad visitó la iglesia católica, se puso en contacto con el obispo mons. Gouvea y pidió al misionero Luis de Granmont que lo bautizara. Tras examinarlo decidió el sacerdote que estaba suficientemente instruido en la fe y lo bautizó dándole el nombre de Pedro (febrero de 1784). Volvió trayendo consigo libros, cruces, rosarios e imágenes y al llegar reunió en torno a sí a un grupo numeroso de personas interesadas en el cristianismo, a las que no dudó en bautizar. La nueva comunidad se reunía los domingos para las celebraciones religiosas. Abolieron entre sí la distinción de clases, dejaron de ofrecer sacrificios a los antepasados y difundieron la fe. Pero al poco tiempo las autoridades civiles detectaron la actividad de esta comunidad cristiana y les prohibieron volver a reunirse. Uno de los cristianos, Kim Bom-u, fue arrestado por permitir las celebraciones en su casa, fue torturado y mandado al exilio, donde murió al cabo de dos años.

En 1787 se volvió a reorganizar la comunidad y se permitieron por su cuenta designar a cuatro fieles como presbíteros, los cuales seguidamente se pusieron a decir misa y administrar los sacramentos. Pero pronto se les avisó y cayeron en la cuenta de que ello era irregular y prefirieron entonces mandar a uno de ellos a Pekín en 1789 para consultar con el obispo y solicitar la llegada de misioneros a Corea. Tras nuevas peticiones se designó un sacerdote que fuera a Corea pero que realmente no pudo entrar en el país. Y en 1791, al negarse un miembro de la nobleza a ofrecer sacrificios a los antepasados, el cristianismo fue denunciado como doctrina perversa y el citado noble, Pablo

Yun Chichung, fue sentenciado a muerte y ejecutado (7 de diciembre de 1791). Comenzaba una era de persecuciones, locales o nacionales, que producirá diez mil víctimas, de las cuales sólo los 103 santos de la memoria litúrgica de hoy han alcanzado el honor de los altares. Grandes persecuciones las hubo en 1801, en 1839, en 1846 y en 1866. No impidieron el crecimiento de la religión cristiana que para la última de las citadas fechas tenía 175.000 fieles. El primer misionero cristiano fue el sacerdote chino Chu Mun-mo, el cual moriría mártir en la persecución de 1801, decretada por la reina regente Kim Chong-sun, la cual quería arrancar de raíz el cristianismo y para ello sacrificó a 300 cristianos, muchos de ellos de la clase alta. Sólo después de repetidas súplicas a la Santa Sede fueron por fin enviados misioneros de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París. En 1812 se dirigieron los cristianos al Papa pidiendo misioneros, petición que renovaron en 1827, pero sólo en 1831 se crea el vicariato apostólico de Corea, y se designa un primer vicario que muere antes de llegar a su destino. En 1837 en la ciudad china de Seu-Chuen es consagrado segundo vicario apostólico un misionero francés que ya estaba en China y serían él y otros dos misioneros franceses de su misma sociedad, que se adelantaron al obispo en su llegada a Corea, los que se introdujeran en el país. Pero cuando su presencia fue detectada empezó en 1839 una nueva persecución. Cayeron numerosos fieles, unos 200, de la clase media y los tres misioneros franceses, el obispo Lorenzo Imbert y los sacerdotes Pedro Maubant y Santiago Chastan (21 de septiembre de 1839). Setenta de los mártires venerados hoy padecieron martirio entonces. A la persecución de 1846 pertenece San Andrés Kim Taegón, cuya biografía tiene el lector en el día 16 de este mismo mes de septiembre, el cual encabeza la lista de los mártires, y ocho más de los santos de hoy fueron martirizados en este tiempo. La última gran persecución fue en 1866 y se ignora el número exacto de fieles inmolados pero consta que fueron varios miles. Veinticuatro mártires de este período, incluyendo dos obispos y siete sacerdotes franceses, se cuentan entre los canonizados. La persecución cesaba diez años más tarde, pero oficialmente no se decretó la libertad religiosa hasta 1882.

Digamos algo ahora del trato que se les daba a los mártires. Una vez arrestados eran sometidos a un juicio preliminar en el que eran interrogados y torturados. Si se les consideraba culpables eran llevados a un nuevo juicio, en el que se dictaba sentencia. Si se consideraba que su delito era contra el Estado, los juzgaba un tribunal supremo. Este tribunal fue el que juzgó a los misioneros. La prisión a donde eran llevados era una cabaña de madera rodeada de altas paredes. Tenía una pequeña entrada y no había ventanas. Era por tanto muy oscura, muy fría en invierno, muy calurosa en verano e incomodísima. Paja áspera y basta estaba esparcida por el desnudo suelo. A veces había tantos presos que éstos no podían al sentarse o echarse extender las piernas, y se les ataba con dos piezas de madera los tobillos. Se decía que la prisión era más dura y temible que la propia tortura. A las pocas semanas el estado de los presos era lamentable y la falta de higiene traía consigo que muchos murieran de tifus antes de que los ejecutaran.

Se han localizado hasta nueve tipos distintos de tortura. Algunos consistían en apalear al mártir con diferentes instrumentos. Otros se fijaban en algunas partes especialmente sensibles al dolor como las espinillas o los brazos. Otro era el de colgar al mártir en el aire y apalearlo entre varios... Hay que decir que las torturas eran sencillamente espantosas.

El día de la ejecución el mártir era llevado en una carreta de bueyes con una gran cruz de la que colgaba el preso por los brazos y el cabello y se le llevaba en el carro con toda prisa dando botes en los baches del suelo. Al llegar al sitio de la ejecución se le bajaba de la cruz, se le desnudaba y se le decapitaba.

En el grupo de mártires hay diez misioneros franceses, tres de ellos obispos y los demás presbíteros, y entre los mártires coreanos de nacimiento hay un sacerdote diocesano, cuarenta y cinco varones seglares y los demás mujeres de condición igualmente seglar, unas casadas, otras vírgenes y otras viudas, hasta completarse el número de 103 mártires. Sus nombres están reseñados en el *Martirologio* de hoy.

En la imposibilidad de dar aquí noticia de cada uno de los mártires hemos preferido dar una escueta semblanza de ellos en la sección de biografías breves, cada uno en el día de su

martirio, y a varios de ellos les hemos reservado una biografía extensa.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 17 (1925) 366s; 60 (1968) 657-661; 585-591; 80 (1988) 1375s.
BAUMANN, E., *Les martyrs coréens (1838-1846). La légende dorée au delà des mers* (París 1930).
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.363-370; 454-455; 591-592; 808-809; 1269-1270.
DALLET, C., *Histoire de l'Église de Corée* (París 1874).
DANTEM, G., *Seme di cristiani nel paese del mattino sereno: i 24 martiri di Corea 1866-1867* (Roma 1968).
ECHEVERRÍA, L. DE, «Beatos mártires de Corea», en L. DE ECHEVERRÍA - B. LLORCA, SI (dirs.), *Año cristiano,* III (Madrid 1959) 715-719.
The korean martyr saints. Founders of a Church (Seúl 1996).
VÉRINAUD, J., *Lumière sur la Corée: les 103 martyrs* (París 1984).

SAN EUSTAQUIO

Mártir (fecha desconocida)

Brotes de fe rompen en floración de mártires como manzano en primavera. El ejército romano es testigo de este retoñar cristiano; en las filas de sus legiones germina la fe. El orgulloso vencedor muere mansamente en la arena.

En la vida de San Eustaquio hay mucho de mano divina y no poco de piadosa invención humana. Muy extrañas coincidencias. Su nombre, Plácido, cortado a la medida para patricio circunspecto, morigerado, afable, crisol de virtudes humanas; el Eustaquio cristiano —fortaleza, solidez y firmeza—, predicción de una existencia movida bajo el signo de la cruz.

Algunas páginas de su crónica parecen arrancadas de la Sagrada Escritura: conversión con fulgores de camino de Damasco; Antiguo Testamento rememorado en pruebas, réplica de las de Job y escena de jóvenes del horno de Babilonia.

Que muchos detalles de la vida de nuestro santo —por más interesantes que parezcan— no tengan visos de realidad, no altera la substancia. Lo que no se puede negar, so pena de correr la aventura de enfrentarse con los hechos, es ese hilo de verdadero amor que, sin saber cómo ni dónde, salta de las pro-

fundidades del tiempo y marca toda una ruta devocional. Una ferviente e ininterrumpida, a veces vibrante y otras tenue, admiración por el soldado Eustaquio. En días de cristianismo heroico, martirial, brilla en Oriente y Occidente, en la aurora cristiana, como un símbolo de fortaleza y un estimulante del espíritu. Cuando la santidad andaba por el mundo cubierta de ornamentos rojos —días de mártires—, estos símbolos de fortaleza adquieren un valor de plena vigencia.

En dísticos latinos —poeta de empaque clásico— se nos presenta el varón —fuerza y vigor— de preclaras virtudes, esforzado soldado aureolado de esa majestad, prudencia y ecuanimidad evocada en su nombre.

Baronio, al hablar de nuestro santo, cita el Plácido de Flavio Josefo, jefe de la Legión X, en la guerra contra los judíos. Allá por el filo mismo de los siglos I y II se distingue como oficial de Vespasiano y Tito en el sitio de Jerusalén.

Su vida —como la de cualquier romano de entonces— la llenaba el quehacer de las armas, las ansias de conquista, el regusto del triunfo. En este ocaso de su grandeza la sociedad romana procuraba romper la monotonía de una vida fácil con ocios placenteros. A veces sus distracciones eran legítimas e inofensivas. Muchas llevaban el sello de un decadente paganismo. En el caso de nuestro soldado, le privaba la caza, deporte sano y ocupación honesta.

Salió al campo y aquel mismo día Cristo sale también de caza. Coincidieron los dos en el mismo recoveco de un monte escarpado. Ambos de acecho y a la espera.

Cuadro lleno de agreste misterio, divinos esplendores y humana poesía. La jornada era de auténtico éxito. A la vista, un verdadero ejército de ciervos; sobresale uno por su belleza. Plácido le sigue y se sitúa para dar con la presa codiciada. Pero la estrategia divina toma delantera, y nos dice ingenuamente la crónica que «el cazador fue cazado en las redes de la misericordia divina»: una luz fulgurante ilumina las astas del ciervo que, en forma de cruz, sostiene la figura humana del Salvador.

Un cuadro de auténtica remembranza bíblica: Dios pone sus palabras en boca de un animal: «Oh, Plácido, ¿por qué me sigues? Soy el Cristo que ignoras».

«Dame fortaleza y vigor para soportarlo...», humilde súplica a las palabras de Cristo.

Siguiendo la voz de Dios, busca un sacerdote que le instruya en la fe y vuelve a su rincón de luz a recibir nuevas instrucciones.

Un escenógrafo hubiera echado mano de este paraje para un decorado de milagro y de misterio: entre el Tibur y el Preneste, cerca de Guadagnolo, entre los pliegues caprichosos de unos montes; en un rincón, por techo el cielo. En Monterella, lugar próximo, apareció la tabla de dedicación de una iglesia por el papa Silvestre I en honor de San Eustaquio. En sugerentes miniaturas y xilografías de libros litúrgicos e históricos se conservan ingenuos recuerdos de la escena.

Fe de sentido militante. Había sido la milicia ocupación de su vida. Su esposa, la noble Taciana, cristiana Teopista, y sus hijos Agapito y Teopisto, son su primera conquista: un sueño, llamada de Dios, les presenta un cazador, un ciervo, un monte..., el signo de la cruz. Visión sublime que abre de par en par sus espíritus. Ven la luz de Dios calando en el alma del padre.

El presbítero Juan les lava con las aguas de la regeneración y les arma caballeros de Cristo con el escudo de la fe. Pasan a las filas de Cristo. Humilde, penitente, se acerca a la ciudad santa de Jerusalén, donde se asomara ambicioso soldado en busca de gloria. Ahora tras el signo de la cruz, siguiendo el rastro del Crucificado.

Buena conquista la de Plácido; Cristo puede contar con incondicional y valiente soldado. No olvidemos —es una división exacta de la fisonomía de los santos— que los mejores elementos son el hombre de piedra o el hombre de fuego, el que resiste o el que arde. Aquí tenemos un hombre de piedra.

No se hacen esperar las pruebas: esclavos y ganados mueren de contagio; pronto vendría el golpe sobre su esposa e hijos. De momento prefiere la soledad. Dejar el alma más libre y limpia para sumergirla totalmente, con más pureza, en Dios. Decide marcharse al desierto, a Egipto. La devoción cristiana acaso fabricara este dato con la asociación —salvando una valla de siglos— de la santidad que floreciera entre los santos eremitas. Se hace a la mar con su esposa e hijos, mas el patrón del navío,

prendado de Teopista, desembarca al padre e hijos y levando anclas, dueño de la presa codiciada, zarpa para Siria. Continúa sin interesarnos la geografía.

La leyenda tiene verdadero afán en decorar la vida de los santos. No cesa en su empeño. Ahora nos presenta a San Eustaquio atravesando el desierto y abocado de pronto a las márgenes de un río. Pasa sus hijos en hombros. Uno en cada orilla (el padre nadaba para ir a recoger al segundo), aparecen unas fieras y se llevan sus seres queridos. Todo parece dispuesto con precisión matemática, como por un resorte. La imaginación popular llegó a ver un león y una loba. La historia —y nosotros con ella— ve la soledad de un esposo y un padre. Sin especificar circunstancias. Son éstas las parcelas que la historia cede al cultivo de la leyenda.

Eustaquio solo en el mundo. Así pensarían quienes no sintieran el pulso de la mano de Dios. Para el mundo es una auténtica paradoja; para los santos, estos golpes y pruebas son indicadores puestos a lo largo del camino.

«Señor, que me habéis privado de la esposa y los hijos: Disponed ahora del padre según vuestra santa voluntad...»; sólo un alma de temple de santo responde así. El vendaval le llevaba al puerto, y en su arribada encuentra la felicidad. En una insignificante aldea, Badisa, sirve durante catorce años a un rico granjero. Pasa inadvertido. Sólo le ven los ojos de Dios.

En la vida de los santos Dios lleva el traspunte. A menudo sale el milagro a escena. Un buen día se ve, con sorpresa, incorporado, con todos los honores, al ejército. Sus hijos, libres de las fieras, alistados en aquellas mismas legiones. La voz de la sangre se reconoce. Llevada de la mano de Dios, aparece Teopista para completar aquel cuadro de hogareña felicidad. El criado, los jóvenes soldados y la sirviente Teopista, la familia del rehabilitado general.

Los mismos laureles con que Marte regalara al esforzado Plácido, se los depara la Providencia a Eustaquio. La santidad no anula las cualidades humanas. Les pone la etiqueta de su destino: Dios. Roma le espera para recibir los honores del triunfo. Se preparan festejos extraordinarios y número insustituible —el primero y fundamental—, sacrificar a los dioses. A Eustaquio, protago-

nista de la aclamación, le corresponde su turno. Ha de acercarse al altar y hacer su ofrecimiento. Pero no da un paso hacia el ara sagrada. Confiesa su fe y reserva el sacrificio cruento de su vida para Cristo. El índice de Dios le marca un camino que no es precisamente el de recibir el laurel que corone su cabeza.

Rubrica su nombre, fortaleza, con su propia sangre. Auténtico e infalsificable refrendo. La cárcel, las cadenas, las fieras..., incapaces de doblegar al soldado de Cristo. Se echa mano de los medios que con más refinamiento inventó la malicia humana. No faltó el martirio del corazón: su esposa e hijos serían compañeros. Pero Dios saca vida de la muerte misma; pasan los tormentos sin conseguir otra cosa que profundizar —como los temporales de invierno— las raíces de su fe profunda.

Nos dicen sus biógrafos que, como los jóvenes de Babilonia, fueron pasados por el fuego. Crisol de purificación. Encerrados en un toro de bronce candente, ni un cabello de su cabeza quedó chamuscado. Parece que nuestros santos —como niños grandes— sienten placer en burlarse de la maligna condición humana, riéndose de las leyes y desafiándolas y actuando contra naturaleza y contra corriente.

Aunque el fuego ni siquiera ahúma sus vestidos, milagrosamente, glorificando a la Santísima Trinidad y cantando himnos de alabanza, sus almas, como una angélica exhalación, vuelan al Señor, con la aureola del martirio. Dicen que el 20 de septiembre del año 130; los Bolandos el 128. Poco interesa la cronología. Lo cierto es que al final del primer tercio del siglo II estos insignes mártires dieron testimonio de su fe. La fecha se encuentra borrosa en los anales y crónicas.

Sus cuerpos fueron recogidos, como aliento de vida en los fragores y tempestades del naciente cristianismo. Su memoria, evocación de triunfo y fortaleza. Atraviesan la época gloriosa dejando una estela de luz, esperanza y optimismo. Esto explica la íntima y profunda devoción. Hasta la remota España llegan las venerandas reliquias y en el recoleto rincón del convento de Santa Clara de Madrid se guardan como un tesoro. Los fieles acudieron, confiadamente, en busca de fortaleza. Esa virtud que da un tono especial a la vida cristiana.

TOMÁS TERESA LEÓN

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris (Venecia 1757) t.VI, p.106-137.
Art. en *Analecta Bollandiana* 64 (1946) 161s.
Bibliotheca hagiographica graeca (Bruselas ^{3}1957) 89.
Bibliotheca hagiographica latina (Bruselas 1898) 414-415.
GEROULD, G. H., *Forerunners, congeners and derivatives of the Eustace legend* (Cambridge 1904) 335-448.
MONTEVERDE, A., «I testi della leggenda de S. Eustachio»: *Studi medievali* 3 (1908/1911) 392s.

BEATO FRANCISCO DE POSADAS

Presbítero († 1713)

Del padre Posadas se ha dicho que tenía la pobreza de San Francisco de Asís, la austeridad y poder taumatúrgico de San Francisco de Paula, la dulzura y sabiduría de San Francisco de Sales, el celo por la fe de San Francisco de Regis, la obediencia y temple de San Francisco Javier.

El padre presentado, fray Francisco de Posadas, es un personaje relativamente moderno: dejó esta vida cuando el siglo XVIII iba a cumplir tres lustros. Su biografía es simple, casi esquemática, aunque colmada de peripecias vocacionales y éxitos apostólicos. Por fortuna, su mismo confesor, el padre maestro fray Pedro de Alcalá, más tarde provincial de los dominicos de Andalucía, escribió al detalle la vida y milagros del nuevo «San Vicente Ferrer» —como le llamaba la gente— en un libro de tomo, lomo y más de 800 páginas; ésa es la fuente auténtica y gozosa de todos los biógrafos posteriores. Y en ella se ha inspirado directamente la semblanza que aquí pergeñamos.

Oriundos de Galicia, estirpe hidalga de sangre y de casa solariega con renombre —capitanes (un bisabuelo suyo conquistó Cheves y Monforte, rindiendo a fuerza de coraje las dos villas lusas), canónigos e inquisidores, eran honra y prez de la familia—, Esteban Martín Losada y María Fernández-Pardo y Posadas tuvieron una luna de miel amarga: los vasallos de Juan de Braganza arrasaron Lama de Arcos y, como desquite, cebaron el deseo de venganza contra viejas derrotas en la casa infanzona del joven matrimonio, que huyó, en busca de clima y economía más propicios, a Córdoba. Allí montaron una tienda de pañería. Ni les fue bien en el negocio ni en el matrimonio; aquél se

arruinó; éste vio malograrse reiteradamente las esperanzas de sucesión. Don Esteban Martín abre una nueva tienda de naranjas y limones y especiería en la plaza del Salvador, en una casa contigua a la puerta principal del convento de San Pablo, según se sale a mano derecha; María Fernández-Pardo y Posadas acude a la Virgen de la Fuensanta implorando fecundidad y ofreciendo de antemano el primer fruto de sus entrañas a la celestial Señora. Y el día 25 de noviembre de 1644 nace, en la casatienda, un niño a quien, el 4 de diciembre, en la parroquial de San Andrés, pusieron por nombre Francisco.

Cinco años más tarde, otra vez la desgracia vino a rondar el humilde hogar. Falleció don Esteban Martín Losada. Francisco saboreó el pan de la temprana orfandad. La pobreza había obscurecido totalmente el esplendor de la sangre hidalga; pero empezaba a florecer, en la tierra árida de la miseria, la hidalguía de la gracia. Madre e hijo forman un bloque natural y sobrenaturalmente irrompible; ella, fiel al voto; él, piadoso, bien dispuesto siempre a la obediencia y al amor. La viuda casó en segundas nupcias con Juan Pérez Cerezo; fue un padrastro con Francisco. No consintió que el niño fuese al colegio de la Compañía de Jesús; era un gran sacrificio, y el egoísmo del nuevo jefe de familia triunfó sobre el ideal —sangre y promesa— de la madre; cuatro años de oficial aprendiz de cordonero pasó el joven en un taller sito en las Casillas, en el campo de San Antón: cuatro años de galeras bajo el rigor de un hombre de «indigesta condición» que más parecía un cómitre que un maestro artesano. Francisco aprendió lo que es ganar el pan con el sudor de la frente y del alma. Impávido y fervoroso aguantó el rudo noviciado de la vida pobre, acrisolándosele el espíritu. Su madre seguía soñando. El maestro o cómitre se convenció de que el camino vocacional del aprendiz no iba por allí; era un hombre de Dios. Lo había demostrado hasta el heroísmo. Pero el padrastro no cede. Dios vino en ayuda de la madre y del hijo. El padre maestro fray Miguel de Villalón le buscó acomodo en San Pablo y le dio clases de latín. El «hijo de la vendedera», con dieciséis años al hombro, empezó a rumiar declinaciones y conjugaciones.

En este tiempo muere el padrastro, fracasa la tienda y Francisco retorna al hogar. La madre se dedica a recovera, es decir, a

revender huevos por las calles; sacar el hijo adelante, ofrecérselo a la Virgen. No piensa en otra cosa. Francisco siente también la ineludible llamada de la gracia. Pide el hábito; pero el convento dominicano de San Pablo de Córdoba es nido de águilas, fragua de sabios y crisol de sangre. La flor y nata de las familias cordobesas se glorían de tener allí hijos que son ya obispos o maestros en teología. Los estatutos de limpieza de sangre y el orgullo aristocrático velan por la ejecutoria del convento. No le faltaban a Francisco nobleza de sangre y nobleza de alma, pero era notoria su calidad de hijo de la «vendedera». Estaban cerradas las puertas de San Pablo para él; la madre apuró el contratiempo; buscó otro monasterio y fue admitido. Estaba todo a punto para la toma de hábito; Francisco acudió a despedirse de la Virgen del Rosario, en su capilla de San Pablo, como quien se ve obligado a decir adiós a una madre celestial; rompió en llanto y regresó al lado de la madre terrena que le había preparado ya el modesto hatillo para su nueva vida. Francisco estaba inconsolable; a pesar de todo, quería ser «fraile de la Virgen». El protector, padre Villalón, lo envió a Escalaceli, extramuros de la ciudad, convento dominicano pobre, donde San Álvaro de Córdoba empezó la reforma de la Orden a raíz de la Claustra, donde se santificó y escribió fray Luis de Granada; Escalaceli era una cuna de santos, mientras San Pablo era forja de sabios. Para Dios no hay racismos; fray Andrés Mellado, prior a la sazón, lo recibió de buen grado. Y el 23 de noviembre de 1672 le dio el hábito. Se enfureció el prior de San Pablo; ya era tarde: el novicio había salido muy de madrugada hacia Jaén, donde haría el noviciado. En el ínterin vacó el provincialato y el cargo recayó, por derecho, en el prior de San Pablo; dio órdenes de expulsión del novicio, pero los frailes de Jaén se opusieron con razones y con ruegos. Por prudencia tuvo que acceder a que el novicio profesase, pero le prohibió que, de regreso a Escalaceli, entrase en Córdoba, ni siquiera a dar un abrazo a su madre, «la vendedera».

El nuevo provincial lo destinó a San Pablo para hacer los cursos de artes, filosofía y teología. Ante la oposición del padre prior, enconado enemigo de fray Francisco, optó por enviarlo a Sanlúcar de Barrameda. Allí se granjeó una no común estima

por su talento y virtud. El padre Tirso González, andando el tiempo prepósito general de la Compañía de Jesús, conoció y admiró al joven dominico, cuando aquél estuvo en Sanlúcar predicando. Fray Francisco era su más entusiasta oyente. Por fin, a finales de 1678, se fue a Guadix; el obispo, fray Diego de Silva y Pacheco, le ordenó sacerdote el 22 de diciembre. Pocos días después cantó su primera misa en el altar de la Virgen de la Fuensanta, apadrinado por el padre Villalón y don Andrés Fernández de Córdoba, señor de Zuheros.

Retornó a Sanlúcar y empezó a predicar. Santidad y sabiduría brillaban en el joven predicador tanto que el padre Enrique de Guzmán, nombrado regente de la Minerva de Roma y luego vicario general de la Orden, quiso llevárselo consigo. No accedió al honor; era impiedad dejar para siempre a su anciana y bendita madre; era infidelidad a la vocación buscar cátedra en lugar de púlpito. La fama pregonaba maravillas de sus sermones; el prior de San Pablo, que no era ya el que le persiguió con tan malévola constancia, le invitó a predicar en la iglesia del convento; pero los aristócratas maestros en teología amenazaron con quemar el púlpito si ponía en él los pies el hijo de la «vendedera». Pero la gracia acabó por vencer al pecado; la humildad, a la obstinación. El padre Posadas fue destinado al hospicio u hospedería que en Córdoba tenía el convento de Escalaceli; un ángel lo recibió al llegar, diciéndole: «Ésta será tu cruz». Se dedicó a predicar con gran fruto. Una calumnia fue motivo para que le quitasen de allí y lo mandasen reintegrarse al convento de la sierra; falló, por grave enfermedad, un maestro de San Pablo encargado de dar unas misiones cuaresmales en Almadén y Chillón; el padre Posadas lo reemplazó en última instancia, pero con ventaja. Al regresar, el calumniador estaba arrepentido. Y el prior de Escalaceli pidió perdón al padre Posadas y volvió a encomendarle el hospicio, que en adelante será conocido con el nombre de «Hospitalico del padre Posadas».

Y aquí empieza la «vida pública», la vida del profeta en su patria, la vida del milagro y del sacrificio total. La hora de la acción apostólica. El mensaje misionero y espiritual del padre Posadas tiene dos facetas entrelazadas por un fin común: la del predicador y la del escritor.

Predicaba en las iglesias, en las calles y en las plazas. En plan de misionero infatigable. Cantaba el pueblo con él coplas devotas; recitaban la doctrina cristiana; rezaban en alta voz el rosario. Un crucifijo presidía siempre la procesión. Entraba en las cárceles, en los monasterios.

> «Poníase sobre una pequeña mesa, donde la piedad del que pasa a vista de la cárcel pone la limosna a los presos, y como no podía sobresalir para dominar a tanto auditorio, sacaron el púlpito de la inmediata iglesia de Nuestra Señora del Socorro [...]; oíanle muchedumbres; también los maestros en teología, incluso el anciano prior que tanto le persiguió, se había rendido, y no faltaba nunca a sus sermones, mezclándose entre la gente [...]; aseguraban muchos el lugar desde por la mañana [...] sin cuidar del alimento del cuerpo [...]; inquisidores, obispos y cardenales lo escuchaban atónitos lo mismo que las masas enfervorizadas».

Treinta años pasó predicando en Córdoba, salvo algunas temporadas breves en que misionaba por la provincia. Realmente, era un caso excepcional, extraordinario. Nadie se acordaba ya de su humilde origen; él, sí; lo repetía con exquisita humildad para acallar los elogios, para ahuyentar la tentación de los honores: prioratos y mitras, ambición de tantos humanos, fueron quedándose a sus pies. Renunciaba a todo lo que no fuese humildad: santidad. Ningún predicador había arrastrado las muchedumbres así desde tiempos de San Vicente Ferrer. Como ejemplo de la eficacia de su predicación, hay uno muy significativo: se empeñó en desterrar las comedias y cerrar el teatro y lo consiguió. Como es lógico, era una tarea difícil. Pero ahí está, después de una lucha de resistencias y tiras y aflojas, el decreto del ayuntamiento de Córdoba que decide suprimir y demoler el teatro público a 11 de octubre de 1694. Córdoba vio y vivió los mejores tiempos de su cristianismo con el padre Posadas.

El 20 de septiembre de 1713 celebró misa muy tempranico; se sentó luego en el confesionario; se despidió de sus confesandos; a las diez treinta se retiró diciendo adiós a todos; a las once treinta le dio un ataque de apoplejía, que muchos confundieron con uno de sus frecuentes raptos; a las siete treinta de la tarde expiró. Tenía sesenta y nueve años; lo trasladaron aquella misma noche al convento de San Pablo; no lo habían querido recibir vivo y lo recibieron —y con grandes honores— muerto.

Repicaron todas las campanas de la ciudad; el pueblo acudió en masa a venerarlo y se retrasó dos días el entierro; el Ayuntamiento le costeó una lujosa sepultura en el capítulo, revestida de seda, teniendo que sacar los restos de los dos padres maestros que más le habían perseguido para depositar en su lugar los restos mortales del padre Posadas; sobre su tumba se grabó un epitafio historiado.

Sobre su tumba siguen los cordobeses desgranando súplicas y lágrimas. Y el padre Posadas los escucha con la bondad de siempre. Desde el cielo.

El padre Posadas, extraordinario representante de la oratoria sagrada española en los últimos tiempos, fue también un gran maestro y escritor espiritual. Su biógrafo, padre Alcalá, se admiraba cómo podía tener tiempo para escribir un hombre que pasaba todo el día predicando, confesando y orando. Pero ahí están sus obras, que revelan un digno continuador de la gran escuela mística del siglo XVI. Cultivó el género biográfico, dejándonos tres biografías: una de Santo Domingo, muy alabada y reeditada; y otra del extremeño padre Cristóbal de Santa Catalina, presbítero y fundador del Hospital de Jesús Nazareno, dirigido espiritual suyo; y una tercera de la madre Leonor María de Cristo, monja dominica de Santa María de los Ángeles, de Jaén; cultivó, además, el género didáctico, escribiendo un bello libro contra Molinos, el maestro espiritual condenado; también ensayó el género poético en más de una ocasión, aunque sin insistencia; sólo algunos versos suyos vieron la luz, quedando inéditos otros muchos, como el que empieza: *En las aras de mi amor peno y gozo a un mismo tiempo...*

Pero, sobre todo, escribió muchos tratados espirituales en forma de sermones; cinco tomos de estos escritos publicó su confesor con el título de *Obras póstumas.*

«Crióle Dios naturalmente retórico». El alcance de este juicio, hecho por quien lo trató tantos años, puede descentrarse si se prescinde de la época en que actúa, de la constante dedicación a la predicación y de las dotes psicofísicas de que estaba adornado. Cuerpo robusto, carácter sanguíneo, incendiado en el amor de Dios y de la Virgen, incendiador de almas. Su estilo literario es barroco, viril, vital; pese a las metáforas —siempre

apropiadas, rebuscadas en las fuentes bíblicas las más de las veces, finas a lo Góngora siempre—, su estilo logra un contacto directo con la realidad cotidiana; es plástico, como conviene a un misionero; florido, para rendir tributo al gusto del tiempo; docto, como convenía a un ingenio doblemente feliz: por don de naturaleza y del arte. En el *Llanto de las virtudes* —sus tratados llevan siempre epígrafes metafóricos: *Silbos; Ladridos; Voces; La mano que abre la puerta del cielo; La mejor Rosa de Jericó; Místicas espigas de la mejor Ruth; Las casas del olvido; Horas de un reloj cristiano que despierta al alma del pecador dormido; Caminos para la conversión del alma; Devoto peregrino del cielo; Colirio; El sueño de la culpa; Las tradiciones del Alcorán del mundo;* etc.— finge que encuentra «unas doncellas ricamente vestidas y con honestidad adornadas»:

> «Estaba la una hincada de rodillas, el semblante devoto, y los ojos en el cielo; la otra tenía un compás en la mano, con que parece que medía o ajustaba; otra sustentaba un peso, con que repartía las cosas que pesaba a los circunstantes; otra estaba de pie en una columna, sin ladearse...».

A todas les va preguntando por los motivos de su llanto; y ellas responden que son las virtudes y que los motivos del llanto puede preguntárselos al profeta Jeremías... El diálogo, cabalgando en la metáfora, es encantador; los sermones sobre el pozo y la fuente de Samaria rezuman una frescura y un gracejo humanísimos, pero al mismo tiempo revelan ansias espirituales de la mejor ley. Análogos ejemplos nos ofrecen los *Silbos* o llamadas de Cristo a las ovejas, o la descripción de «las tradiciones» del Alcorán del mundo, donde analiza los principios o decires falsos por los que se rigen los hombres.

Escritor espiritual de talla, amén de predicador infatigable, docto y digno, enamorado de la Virgen, el padre Posadas dejó tras sí una estela de luz y de verdad que no se eclipsan; Pío VII lo beatificó solemnemente el 20 de septiembre de 1818.

ÁLVARO HUERGA, OP

Bibliografía

ALCALÁ, P. DE, *Vida del V. Siervo de Dios el M. R. P. Presentado Fr. Francisco Posadas de S. O. P., hijo del convento de Scalacoeli, extramuros de la ciudad de Córdoba* (Córdoba 1728; Madrid 1737).

— *Sermón en honras del V. P. F. de Posadas* (Cádiz 1713).

HUERGA, A., «El P. Posadas, maestro de la vida espiritual»: *Vida Sobrenatural* 60 (1958).
QUIRÓS, P., *Apuntes y documentos para la historia de la provincia dominicana de Andalucía. I: Biografías* (Almagro 1915) 26-40.
SAGREDO, J. J., *Bibliografía dominicana de la Provincia Bética, 1515-1921* (Almagro 1922) 124-126.
• Actualización:
MARTÍN RAMOS, N. E., *Beato Francisco de Posadas: misionero popular* (Madrid 1997).

SAN JUAN CARLOS CORNAY

Presbítero y mártir († 1837)

Fueron los rasgos peculiares de su carácter la sencillez y la alegría, y fue con sencillez y alegría como aceptó el martirio, luego de haber dedicado su vida al servicio de Dios y a la extensión del evangelio.

Era francés, y había nacido en Loudun, en el Poitou, el 27 de febrero de 1809, hijo de los dueños de una tienda de telas estampadas. Era la suya una familia cristiana y honesta que quiso dar a este hijo una buena educación. Fue primero alumno del colegio de Saumur y luego, cuando podía orientar su vida hacia los estudios liberales, se decidió por el seminario. La posición económica de sus padres era desahogada y él hubiera podido estudiar derecho o medicina por ejemplo, pero su carácter dulce y pacífico le llevó a elegir los estudios eclesiásticos, y así, al comenzar su adolescencia, ingresó en el Seminario Menor de Montmorillon. De ahí pasó, el 20 de octubre de 1827, al seminario conciliar de Poitiers. Todos le tenían gran aprecio por sus buenas costumbres, agradable trato y vida ordenada, estudiosa y devota.

Todo se desarrollaba normalmente en el curso de sus estudios cuando un misionero marista dio en el seminario una conferencia acerca de las misiones que llevaba adelante en varias partes del mundo la Congregación de Propaganda Fide por medio de varias congregaciones religiosas y sociedades misioneras. Y una luz se encendió en el corazón de Juan Carlos. Pensó que la tarea misionera era verdaderamente una forma estupenda de ocupar la vida y la perspectiva del martirio empezó a llenarle de santa ilusión. No dudó en comunicar sus sentimientos a su familia, recibiendo de casa una carta en la que su familia intentaba

disuadirle. Juan Carlos contestó a su madre que sentía mucho que su determinación le causase pena, pero que no dudara de que si su vocación se llegaba a afirmar él sentirá muchísimo separarse para siempre de ella, pero lo haría puesto que estaba dispuesto a hacer la voluntad de Dios antes que hacer la voluntad de su madre, porque Jesús en el evangelio señala que todo aquel que no deja a su padre y a su madre para seguirle cuando él lo llame, no puede ser su discípulo. Afirma que Dios sabe muy bien lo que es el corazón de una madre y que su negativa no es el signo de la divina voluntad. Perseveró, pues, en su propósito y en el otoño de 1830 salió para el Seminario de Misiones Extranjeras de París. Aquí se adhirió a la sociedad misionera y recibió el diaconado. En septiembre de 1831 fue destinado a la misión de Su Tchuen, en China, embarcándose para Macao, a donde llegó en marzo de 1832. No le fue posible de momento llegar hasta su puesto misional y hubo de pasar una larga espera de oportunidad de hacerlo en Hanoi, donde se ordenó sacerdote el 20 de abril de 1834. No mucho después se vio atacado por las fiebres y esto lo retuvo en el lecho, teniendo la sensación de ser inútil para la tarea misionera, pero dedicándose a la oración como apoyo a las misiones y ofreciendo al Señor con gran entereza su enfermedad y sus sufrimientos. En cuanto podía ejercitaba el ministerio sacerdotal y se sobreponía a su debilidad para dar a conocer a Cristo. Por fin fue destinado a un puesto misional en el pueblo de Bau-No con sus catequistas San Pedro Duong y San Pedro Truat.

Y le llegó la hora de dar el testimonio supremo de la vida. En Tonkín estaban en vigor los decretos persecutorios contra el cristianismo, bien que no siempre se urgían con la misma fuerza. Pero siempre era posible apelar a ellos para atacar a cualquier cristiano. El mandarín de donde vivía Juan Carlos conocía perfectamente la presencia del misionero, pero la disimulaba. Pero la mujer de cierto pirata que había sido expulsado de la parroquia de Bau No, acusó a Juan Carlos de ser el jefe de una insurrección, y para ello escondió armas que pudieran comprometerlo. El gobernador envió un general y 1.500 soldados para hacer la oportuna investigación, y, como el mismo Juan Carlos narra, llegaron a prenderle en el momento mismo en que se dis-

ponía a celebrar la santa misa. Un cristiano lo condujo a toda prisa a un espeso matorral, donde se escondió como pudo. Durante unas horas, que las pasó rezando el rosario, pudo esquivar la captura, pero a las cuatro de la tarde fue descubierto por los soldados, a los que él se entregó y que procedieron rápidamente a arrestarlo y a ponerle una canga, comenzando así sus sufrimientos. Lo tuvieron mucho tiempo expuesto a los rigores del sol, y el mártir decidió sentarse a esperar con paciencia qué harían con él. Pasado un tiempo, pidió al mandarín un poco de arroz pues no había comido nada en todo el día, y le dieron tres cucharadas de arroz. Llegada la noche le ofrecieron una estera rota, en la que se sentó cargado con la canga, como pudo, y pasó la noche sin pegar ojo. Mandó luego el comandante de las tropas construir una jaula de cañas y encerrar en ella al misionero. Como no había parado de recibir golpes desde su captura, la jaula vino a servirle de protección, aunque se sintió —dice él mismo— como un lobo capturado. Los guardias examinaron los ornamentos sagrados y sacaron también algunos libros que él pidió, junto con el crucifijo, y se los concedieron. Ocho hombres tomaron la jaula y emprendieron con el misionero dentro el camino hacia Son Tay, la capital de la provincia, que estaba a seis leguas de Bau No. Hubo muchas dificultades en el trayecto porque la jaula era más ancha que los caminos y hubo de ir a veces a campo través. La noche la pasaron al sereno. Al día siguiente prosiguieron la marcha, yendo delante 150 soldados y otros tantos detrás, siguiéndole mandarines en palanquín. Iban también, cargados con la canga, diez cristianos, que habían sido igualmente apresados. Multitud de gente salía a ver el espectáculo. Llegados a una de las prefecturas del país, el prefecto le obligó a que cantara pues había oído decir que tenía buena voz. Hubo de hacerlo y entonces le dieron de cenar. Siguieron el camino y llegaron a la capital de la provincia. Aquí el gobernador se limitó a examinarle detenidamente y se le comunicó que iría a la capital real para quedar al juicio del rey. Una vez se retiró el general, la turba lo rodeó curiosa y Juan Carlos aprovechó la curiosidad para decir que no tenía miedo. Era el primer europeo que veían muchos. Le preguntaban si estaba casado y él explicó que estaba soltero y por qué. No dejó de anunciarles a Cristo y de hablarles de la Virgen María.

Se le trasladó al mártir a otra jaula, cuadrada, de cinco pies de alta por cuatro de ancha, lo que impedía que pudiera ponerse de pie ni estirarse recostado, causándole la postura forzada de encogimiento no pocos dolores. Al cabo de ocho días se hallaba verdaderamente baldado. Él rezaba continuamente su breviario, se entregaba a la voluntad divina y ofrecía su situación por el perdón de sus pecados y la difusión del evangelio. Y estaba seguro de que era la muerte lo que le aguardaba, aceptándola y dando gracias a Dios por el martirio. Pudo escribir desde la jaula a sus familiares y les dijo a sus padres y hermanas que ofrecía sus sufrimientos también por ellos.

Enterado el rey Ming Mang por los mandarines de la captura del misionero europeo, al cabo de quince días, mandó a decir que dejaba la suerte del sacerdote en manos de los mandarines. Juan Carlos fue entonces interrogado y reconoció su condición de sacerdote y misionero. Se le exigió la apostasía del cristianismo, y al negarse, el misionero fue cruelmente apaleado, no saliendo un solo quejido de su boca sino soportándolo todo con paciencia heroica. Continuaron los interrogatorios e instancias a que apostatara pero se mantuvo firme en la fe. Entonces se dio orden de que le cortaran las extremidades. Desde la jaula pudo escribir a sus padres que ya su sangre se había derramado varias veces y que aún se derramaría varias veces más antes de que le fueran cortadas las extremidades y la cabeza. Les dijo a sus familiares que la pena que ellos experimentarían cuando supieran su muerte le había causado a él dolor y lágrimas pero el saber que para cuando leyeran la carta estaría él intercediendo por ellos en el cielo le había consolado. Les pedía que no señalaran con piedra negra el día de su martirio, porque iba a ser el día más feliz de su vida, término de sus sufrimientos y principio de su felicidad. Y les contaba su futuro martirio, diciéndoles que como la mutilación de sus extremidades sería simultánea, su dolor sería todo junto y en un instante. Esta carta la escribía el 18 de agosto de 1837.

El martirio fue un mes más tarde, el día 20 de septiembre. Era miércoles de Témporas en la liturgia romana de entonces, y se hizo la ejecución con el boato y la solemnidad acostumbrados en Oriente. Hubo el acompañamiento de trescientos solda-

dos que escoltaron la jaula del mártir hasta el lugar del suplicio. A los lados de la jaula se colocaron los verdugos con sables y hachas. Delante de la jaula un criado lleva una tablilla con la causa de la muerte escrita. Una multitud ve pasar el cortejo. En medio de ella estaba el sacerdote nativo Padre The, el cual, a la señal convenida y al pasar el mártir, le da la absolución sacramental. Tras veinte minutos de camino, el cortejo llega al campo. El mártir es obligado a salir de la jaula. Lo sientan y le quitan las cadenas. Clavan cuatro estacas en tierra. El mártir se despoja por sí mismo de su ropa y se echa en tierra boca arriba sobre la estera de su altar que le habían permitido tener en la jaula. Los verdugos le atan los pies y las manos en las estacas y con otras dos estacas le sujetan la cabeza. Sonó un tambor, y el verdugo cortó de un tajo la cabeza del mártir, la tomó por una oreja y la arrojó a un lado y llevándose a la boca la hoja del sable ensangrentado la lamió. Luego le fueron cortados al cadáver las extremidades. Debió haber sido al revés: cortarle primero las extremidades y luego la cabeza, pero el general mudó su orden y así se le ahorró sufrimiento al misionero. Luego despedazaron el tronco, le sacaron el hígado y se lo comieron para hacerse valerosos como el mártir. Los cristianos recogieron sus restos mortales y en un ataúd lo enterraron en el mismo lugar del suplicio aquella tarde. Al cabo de tres días los cristianos recuperaron también la cabeza que debía estar expuesta durante ellos.

El papa León XIII beatificó a Juan Carlos con otros mártires el 27 de mayo de 1900, y el papa Juan Pablo II lo canonizó el 19 de junio de 1988 junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 83 (1991) 377-381.

Art. en *Bibliotheca sanctorum.* IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) cols.181-182.

LAUNAY, A., *Les cinquante-deux serviteurs de Dieu, français, annamites, chinois, mis à mort pour la foi en Extrême Orient de 1815 à 1856 dont la cause de béatification a été introduite en 1840, 1843, 1857* (París 1893) t.I p.237-264.

El santo de cada día. V: *Septiembre-octubre* (Zaragoza 1948) 201-209.

SANTOS LORENZO HAN I-YONG, PEDRO NAM KYONG-MUN, TERESA KIM IM-I, SUSANA U SUR-IM, ÁGUEDA YI KAN-NAN, CATALINA CHONG CHOR-YOM Y JOSÉ IM CHI-BAEG

Mártires († 1846)

Estos santos forman parte del grupo de los 103 mártires cuya memoria litúrgica se celebra hoy y a quienes el papa Juan Pablo II canonizó solemnemente el 6 de mayo de 1984 en la capital coreana, Seúl (*cf. supra*). De estos siete mártires se conmemora hoy tanto su memoria como su pasión.

LORENZO HAN I-YONG nació en Doksan o Toksan, provincia de Chungchong, el año 1798. Cuando tenía 14 años llegó a la fe cristiana, y ya bautizado, meditaba frecuentemente delante del crucifijo con gran sentido de la penitencia y era muy asiduo a los oficios religiosos. A los veintiún años se casó con una joven católica y se hizo granjero en el pueblo de Uni, Yangju. Muy caritativo, se ocupaba mucho de los pobres y los trataba con gran fraternidad. Se le advirtió que se excedía en sus limosnas, pero él decía que todo era poco para servir al propio Jesucristo. Pasaba los domingos en oración, sin permitirse trabajar, y ayunaba cada día en Cuaresma. Cuando llegó a Corea, el obispo Imbert fue informado de la buena conducta de Lorenzo y lo puso al frente de la comunidad cristiana de su pueblo. Ejerció con gran celo su tarea de catequista. Todos se edificaban de su gran ejemplo de vida cristiana. Cuando el P. Andrés Kim fue arrestado, las autoridades creyeron que su casa pertenecía a un tal Yi Chae-yong. Ellos fueron a su tío y le preguntaron que dónde vivía su sobrino y les indicó que en Uni. Los soldados llegaron al pueblo y los católicos huyeron a los montes, pero Lorenzo se quedó y se hizo encontradizo con ellos. Dejando a un lado perseguir a los demás, los soldados se dedicaron a Lorenzo, al que ataron, maltrataron y vejaron, desnudaron y colgaron de una viga. Mientras lo maltrataban, le decían que apostatara del cristianismo y les dijera dónde estaban los otros católicos. En medio de la tortura, el mártir no pronunció una queja. Luego decidieron llevarlo a la capital, y cuando quisieron subirlo a un caballo él dijo que prefería ir andando, como andando fue Jesús al lugar de su suplicio. Llegados a la capital,

continuaron los golpes y las torturas, y a consecuencia de ellas murió. Era el 20 de septiembre de 1846.

PEDRO NAM KYONG-MUN nació en Seúl en 1797 en el seno de una familia de la clase media. Aunque su padre recibió el bautismo en la hora de la muerte, él se educó fuera de la Iglesia. Su primera profesión fue soldado, luego ejerció el comercio. A los 22 años se casó con una joven católica, Bárbara Ho, y un amigo católico lo trajo a la fe. Pero como se carecía de sacerdotes su instrucción cristiana era deficiente. Su encuentro con el sacerdote Yu Pang-che le hizo entrar en una vida cristiana más auténtica. Este sacerdote lo nombró catequista y él ejerció con celo este cargo. Escondido por sus hermanos durante la persecución de 1839 pudo conservar la vida. Y entonces tuvo lugar su venida abajo en el fervor religioso. Llegó a vivir varios años con unas cuantas concubinas. Pero la conciencia empezó a remorderle fuertemente. Su encuentro con San Andrés Kim Taegón le llevó a pedir la penitencia y la absolución, prometiendo un cambio radical de vida. Hizo penitencia por sus pecados y pensó que sólo el martirio lo purificaría plenamente. Llegada la hora de su arresto, manifestó con claridad su fe, se negó a apostatar pese a presiones y torturas, se negó a dar los nombres de los otros católicos y murió a consecuencia de las torturas.

TERESA KIM IM-I nació en 1811 en Seúl en el seno de una familia cristiana. A los 17 años decidió vivir en la virginidad y dedicarse a obras de caridad y solidaridad. Consiguió un trabajo como costurera en el palacio real, pero al cabo de tres años lo dejó y vivió en adelante en casa de amistades o de familiares, y a partir de 1840 con la madrastra del mártir Yi Mun-u, a la que atendió filialmente hasta que en 1845 se hizo cargo de la casa de San Andrés Kim Taegón. Una vez arrestado éste, lo fue ella asimismo y torturada en la prisión hasta que fue muerta a palos en la cárcel el 20 de septiembre de 1846.

SUSANA U SUR-IM nació en 1803 en Kwang-ju en la provincia de Kyonggi. A los 15 años contrajo matrimonio con un católico y por este medio llegó a la fe cristiana. Y se hizo también propagandista de su fe entre sus amistades y sobresalió por su celo y su caridad con los pobres. En 1827 ella fue arrestada bajo la acusación de ser cristiana y maltratada en la cárcel e incluso

condenada a muerte, pero el juez, teniendo en cuenta que estaba embarazada, le dio orden de no ser cristiana en adelante y la mandó liberar. Y a poco tuvo la pena de perder a su marido. Debió en adelante ganarse la vida como criada. Años más tarde se fue a vivir con Águeda Yi Kan-nan, que era también viuda. En julio de 1846 fue arrestada y torturada en la prisión. El 20 de septiembre de 1846 fue muerta a palos en la cárcel.

ÁGUEDA YI KAN-NAN nació en Seúl el año 1814 en el seno de una familia pagana. A los 18 años contrajo matrimonio con un joven igualmente pagano. A los dos años quedó viuda y volvió a su casa paterna, pero la abuela de su marido se puso muy enferma y ella acudió a cuidarla. La anciana moribunda no dejaba de invocar a Jesús y María y le pidió que repitiera estas palabras para ella. Intrigada por su significado, pudo por fin encontrar a una parienta de su madre que era creyente y se las explicó. De ahí vino su interés por el cristianismo y su bautismo en 1834 recibiendo el nombre de Águeda. Seguidamente logró que su madre y otros familiares se hicieran cristianos. Decidió no casarse más y se dedicó por entero a las obras de religión. Pero su padre se oponía a la conversión de la familia al cristianismo y hubo serios problemas. Ella tuvo que irse de nuevo a casa de su familia política. Aquí convirtió a una cuñada y a una tía y se fueron las tres a vivir en una casa, y entonces la arriba mencionada mártir Susana se fue con ella. Fue arrestada en julio de 1846 y torturada en la cárcel hasta que el 20 de septiembre de aquel año fue muerta a palos.

CATALINA CHONG CHOR-YOM había nacido en 1817 en Suwon, en la provincia de Kyonggi, en el seno de una humilde familia, y desde su juventud se vio obligada al servicio doméstico. Pasó mucho en una casa noble en la que se colocó. Porque a los 16 años conoció el cristianismo y se bautizó. Pero su amo, que era enemigo de la fe cristiana, la obligaba a preparar las ofrendas de los sacrificios paganos y quería obligarla a que ella misma los ofreciera, y como ella se negaba, la maltrataba físicamente y de forma cruel hasta el extremo que decidió ella escaparse de aquella casa, como efectivamente hizo yéndose a la capital. Aquí la acogieron caritativamente los católicos y vivió en la casa de una familia católica hasta que, desatada la persecución de

1839, se fue a vivir con Teresa Kim Im-i en un pueblo cercano. Luego se le encomendó que cuidara de la casa de San Andrés Kim Taegón. Arrestada en julio de 1846, fue maltratada y torturada en la cárcel y por fin muerta a palos el 20 de septiembre de 1846.

JOSÉ IM CHI-BAEG nació en Seúl el año 1804. Perdió a su madre cuando era un adolescente y su padre procuró suplir la ausencia de la madre rodeándolo de un cariño extraordinario. Llegado a la juventud contrajo matrimonio y se ganaba la vida como comerciante. Su esposa y sus hijos entraron en la Iglesia, siendo todos ellos a continuación católicos convencidos y practicantes. Le propusieron a él que igualmente se hiciera cristiano pero él dejó la decisión por entonces. En 1846 uno de sus hijos ayudó a San Andrés Kim y en consecuencia de ello fue arrestado con él. Im Chi-baeg no tuvo inconveniente en visitar a un oficial amigo suyo —él había sido también militar un tiempo— solicitando la libertad de su hijo y del sacerdote, pero no sólo no consiguió su objetivo sino que él mismo fue arrestado, y lo fue a continuación su familia. Estando en la cárcel tuvo oportunidad de tratar con San Andrés Kim Taegón, cuya actitud digna y firme le conmovió, y entonces le pidió que lo instruyera en la fe, como así hizo el joven sacerdote, recibiendo a continuación el bautismo con el nombre de José. En los interrogatorios confesó la fe y se mantuvo firme en ella, siendo condenado a muerte y azotado y estrangulado el 20 de septiembre de 1846.

El 5 de julio de 1925 fueron beatificados los tres primeros misioneros franceses con Andrés Kim Taegón y setenta y cinco seglares mártires. El 6 de octubre de 1968 fueron beatificados otros 24 hasta completar el número de ciento tres, y unificadas ambas causas es como se ha procedido a la canonización en el viaje apostólico de Su Santidad Juan Pablo II a Corea en la primavera de 1984.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 17 (1925) 366s; 60 (1968) 657-661; 585-591; 80 (1988) 1375s.

BAUMANN, E., *Les martyrs coréens (1838-1846). La légende dorée au delà des mers* (París 1930).

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.363-370; 454-455; 591-592; 808-809; 1269-1270.
DALLET, C., *Histoire de l'Église de Corée* (París 1874).
DANTEM, G., *Seme di cristiani nel paese del mattino sereno: i 24 martiri di Corea 1866-1867* (Roma 1968).
ECHEVERRÍA, L. DE, «Beatos mártires de Corea», en L. DE ECHEVERRÍA - B. LLORCA, SI (dirs.), *Año cristiano,* III (Madrid 1959) 715-719.
The korean martyr saints. Founders of a Church (Seúl 1996).
VÉRINAUD, J., *Lumière sur la Corée: les 103 martyrs* (París 1984).

SAN JOSÉ MARÍA DE YERMO Y PARRES

Presbítero y fundador († 1904)

Iba el padre Yermo un día por las afueras de León, en México, camino de su iglesita del barrio del Calvario, cuando de improviso vio una escena que marcaría para siempre la dirección de su vida. Contaba entonces 34 años de edad, y lo que presenció fue cómo una piara de cerdos devoraba a dos niños gemelos, recién nacidos, abandonados por su madre a la orilla del río. La honda impresión que le causaron al joven sacerdote estas horribles imágenes, le hizo cambiar de inmediato los planes pastorales que traía entre manos, como el proyecto de una casa de ejercicios para sacerdotes, y se entregó con tesón a construir una casa de acogida donde pudieran recibir atención los más pobres. Interpretó aquel suceso como una llamada urgente de la caridad para dar cobijo a los abandonados y necesitados. Puso manos a la obra y antes de terminar aquel año, el 13 de diciembre de 1885, pidió autorización a su obispo para abrir en la colina del Calvario el *Asilo del Sagrado Corazón de Jesús.* Quiso, en primer lugar, traer de Francia a las Hermanitas de los Pobres para que se ocuparan de la casa, pero no aceptaron debido a la animadversión religiosa que invadía México. Acudió entonces a cuatro jóvenes voluntarias, que se hicieron cargo del asilo, y aquel mismo día quedó fundada la congregación de las Siervas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Pobres.

El impulsor de aquella casa de caridad, José María de Yermo y Parres, había nacido en la hacienda de Jalmolonga, municipio de Malinalco, en el estado de México, el 10 de noviembre de 1851. Hijo del abogado Manuel de Yermo y Soviñas y de María Josefa Parres, fue bautizado el mismo día de su nacimiento.

Cincuenta días después, y como consecuencia del parto, moría su madre y asumía la responsabilidad de su educación su tía Carmen de Yermo, hermana de su padre, que lo cuidó siempre como a un hijo y despertó en José María sentimientos filiales. La familia Yermo, de noble linaje burgalés, había emigrado a México en el siglo XVIII, razón por la cual el niño, cuando sólo tenía tres años, viajó a España con su abuela, su padre y su tía y permaneció durante cinco años en la tierra de sus antepasados.

José María recibió en México una esmerada educación cristiana y contó para su primera enseñanza con la dedicación de su familia y de unos maestros que le prepararon para los estudios posteriores, cursados en una escuela privada, donde sobresalió por su excelente rendimiento y se hizo acreedor en una ocasión a los elogios del propio emperador Maximiliano. Pronto sintió deseos de hacerse sacerdote y con este fin ingresó en la Congregación de la Misión. México fue su primer destino, al dejar la casa paterna a los 16 años; después Toluca, donde hizo su profesión religiosa en 1869; más tarde, los Paúles de París, en cuya casa generalicia estudió teología; y el colegio de Alhóndiga de Granaditas, en el que ejerció de formador al mismo tiempo que estudiaba derecho y moral. En estos lugares y otros varios transcurrió una etapa muy dura de su vida, inquietante a causa de la persecución religiosa del gobierno de Benito Juárez, pero sobre todo porque José María llegó al convencimiento de que no era la Congregación de la Misión el lugar idóneo para su vocación.

Esta dolorosa crisis interior le indujo a solicitar la dispensa de sus votos religiosos y a tomar la decisión —en 1877— de abandonar los Paúles para concluir su formación sacerdotal en el seminario diocesano de León (Guanajuato). En esta ciudad mexicana fue ordenado sacerdote el 24 de agosto de 1879 por el obispo José María Díez de Sollano y Dávalos y en su catedral celebró al día siguiente su primera misa ante la imagen de la Madre Santísima de la Luz, patrona de los leoneses, advocación de la que el padre Yermo era particularmente devoto.

Con grandes dotes para la predicación, estrenó su sacerdocio dedicándose por entero a la catequesis y a la dirección espiritual, mientras desempeñaba cargos de responsabilidad en la

curia diocesana y cumplía con sus obligaciones de maestro de ceremonias en la catedral. Su trabajo apostólico, después de superar un delicado estado de salud, se centró en la educación cristiana de los niños, los jóvenes y sobre todo de las mujeres. Impartió catequesis en la Casa de Loreto de León a partir de 1883 y publicó en 1884, en el diario *El Pueblo Católico,* varias cartas a las madres acerca de la educación familiar.

Cuando tomó posesión de la diócesis leonesa un nuevo obispo, monseñor Tomás Barón y Morales, el padre Yermo fue nombrado capellán del barrio del Calvario, un humilde territorio pastoral, en la periferia de León, con dos pequeñas iglesias, la del Calvario y la del Santo Niño. Este encargo cayó sobre el joven sacerdote como un jarro de agua fría, y no porque se resistiese a tratar con los pobres sino más bien porque sus amigos le hacían ver que desmerecía de su prestigio y suponía descender escalones en su estimación. Le decían que se trataba de una humillación y le aconsejaban que renunciase al nombramiento, pero un impulso interior le hacía resistirse a este consejo. Vivió una temporada dolorosa, pero se fue convenciendo de que éste era el camino que Dios le tenía preparado: vivir entre los más pobres y entregarse a ellos. En efecto, la voluntad de Dios era un camino seguro de santidad y la humildad el mejor cimiento del edificio espiritual.

Así pues, puso manos a la obra siguiendo los pasos de su antecesor. Continuó las obras materiales emprendidas, la construcción de la iglesia del Calvario y una casa de ejercicios para sacerdotes, y sin dejar sus cargos en la catedral, se entregó de lleno al pastoreo de sus feligreses, a promover el culto eucarístico y la devoción al Corazón de Jesús. Su contacto con los pobres que malvivían en la colina del Calvario se fue transformando en una opción preferencial por ellos, ya descubierta años atrás en la vida de San Vicente de Paúl, y trabajó incansablemente por su evangelización y promoción humana, de tal manera que se convirtió en el gran objetivo de su vida.

Aquel día en que, haciendo su recorrido hacia la iglesia del Calvario, se encontró con la terrible escena de los niños devorados, fue para el padre Yermo como la caída del caballo, su particular Damasco. Y empezó a descubrir su verdadera vocación

de fundador y de padre de los pobres. De hecho, aquellas primeras cuatro jóvenes que se encargaron del *Asilo del Sagrado Corazón de Jesús* para atender a sesenta pobres (mendigos, huérfanos y ancianos) serían el germen de una nueva familia religiosa que no nacía como consecuencia de largas meditaciones, sino por un flechazo de la caridad. El nombre de *Siervas del Sagrado Corazón y de los Pobres* que les impuso el padre Yermo en 1888 resumía la expresión del amor en su doble dimensión, vertical y horizontal. Pero como la caridad se foguea en las dificultades, este «gigante de la caridad» tuvo que probar la contrariedad tanto como el aprecio, eligió la humildad, la abnegación y el sacrificio, se entregó apasionadamente a los pobres con enérgico ímpetu evangélico.

El título de «gigante de la caridad» se lo ganó en dos días, con motivo del desbordamiento del río de Los Gómez. Durante la noche del 18 de junio de 1888 y la mañana del día siguiente cayó sobre León una imponente tromba de agua que provocó una inundación y arrasó una tercera parte de la ciudad. Allí estuvo el padre Yermo en primera fila salvando del naufragio a cientos de personas y poniendo su casa del Calvario a disposición de todos los damnificados. Pasó aquella noche desafiando la peligrosidad de las aguas y dio órdenes a las siervas para que distribuyeran entre los afectados todos los recursos alimenticios con que contaban.

Más de tres mil personas se refugiaron en aquella ocasión en el Calvario, en el hospicio en construcción, en la escuela y en la sacristía, y fue el padre Yermo el coordinador de todas estas ayudas. Así lo cuenta su biógrafa, Guadalupe Bertoglio:

> «En los momentos del conflicto dio ejemplo de inestimable valor arriesgando su vida por salvar la de sus semejantes y, pasado el riesgo, trabajando sin cesar, llevando el bálsamo del consuelo a todas las familias de los desvalidos, patrocinando la causa de los más infelices en la Junta de Socorros y procurando que los auxilios se distribuyeran de una manera efectiva. Con tan laudable objeto ha fundado una colonia en el nuevo barrio del Calvario perteneciente a la ciudad de León; y en esa colonia se alberga una multitud de artesanos que quedaron sin pan y sin hogar, y muchos otros indigentes».

Todos los periódicos de México se hicieron eco de la sobresaliente labor llevada a cabo por el padre Yermo, e incluso el

expresidente de la República y a la sazón gobernador del estado de Guanajuato, Manuel González, le llamó «gigante de la caridad», un nombre que lo definía sin ninguna exageración.

En aquella noche del 19 de junio de 1888 aún le quedó tiempo al padre Yermo para dar un paso más en el crecimiento de su familia religiosa. Después de aquel ejercicio de probada caridad en el que estuvieron tan implicadas las siervas, quiso fundar el noviciado de la congregación y dejarlo así vinculado a esta fecha inolvidable. Pero pronto, a los dos años de fundada la congregación en León, se traslada a Puebla de los Ángeles para regentar el *Asilo particular de caridad* y domiciliar allí su sede generalicia de mutuo acuerdo con los obispos de ambas diócesis.

Era el año 1889, abundaban las vocaciones, se abrieron orfanatos, hospitales y escuelas por todo el centro de la República Mexicana, sin embargo en Guanajuato, estado al que pertenecía León, surgían dificultades derivadas de la persecución religiosa. Incluso el padre Yermo, que durante unos meses permaneció en León, tuvo que soportar las acusaciones en que se vio envuelto su colaborador, el doctor Rosendo Gutiérrez, las incomprensiones de su obispo y varias complicaciones económicas debidas al empobrecimiento de la ciudad, la escasez de limosnas y la multitud de necesidades que a diario tenía que socorrer. En consecuencia, decidió incardinarse en la diócesis de Puebla, pero dejando en León una pequeña comunidad local al servicio de la casa cuna.

Ya en Puebla se comprometió a saldar las deudas que quedaban en León a base de grandes sacrificios y de un agotador trabajo pastoral —hasta siete sermones en un día llegó a predicar— que deterioró sensiblemente su salud. Escribió una carta al obispo leonés Barón y Morales, enviada desde Puebla, contándole sus dificultades:

> «Con respecto a mis deudas, sujetándome a muy grandes economías y merced a lo que voy reuniendo con mi predicación, en la que estoy casi matándome, he logrado pagar una buena parte y yo confiadamente espero que el Sagrado Corazón de Jesús me ayudará a cubrirlo todo, ya sea con mi propio trabajo, o ya con lo que me quede al concluir la liquidación de la testamentaría del señor mi padre, en lo que sigo trabajando y aunque con lentitud, marcha adelante».

Su vida en la diócesis de Puebla de los Ángeles transcurrió en medio de una relativa paz, bien acogido por los sacerdotes y por el obispo Vargas, y dedicado al asilo y a las religiosas. Fueron años de intensa entrega a la caridad y al ministerio sacerdotal, predicó tandas de ejercicios espirituales al clero y a distintas comunidades religiosas, se ocupó de la formación de las Siervas y logró la aprobación diocesana de la congregación en 1895. A partir de entonces convocó dos asambleas generales, en 1902 celebró el primer capítulo general y tramitó su aprobación pontificia, que quedó formalizada en 1907.

Durante los años de Puebla el nombre del padre Yermo se barajó entre los candidatos al episcopado, primero en 1891 para Tehuantepec y después en 1893 para Cuernavaca. Él se veía indigno, pero al mismo tiempo disponible. Bastaron unos informes reticentes de su antiguo obispo de León, junto a otros ciertamente positivos, para que fuese desestimada su candidatura. Le dolieron los informes, aunque al mismo tiempo se sintió liberado de la nueva responsabilidad que se le podía venir encima y con las manos expeditas para seguir sus obras de caridad y emprender con ahínco en 1894 la fundación de la casa de *La misericordia cristiana,* su gran obra en Puebla, destinada a la regeneración de mujeres extraviadas. Esta institución gozó de una general estima y contó con la generosidad de todo México. Se convirtió en foco de acogida para los pobres y abandonados de todo el país, pues se difundió su semilla de evangelización y de promoción a diversos lugares: en Yucatán abrió una escuela, otra en Chihuahua donde también se hizo cargo de la casa *Amiga de la obrera.*

Además de la fundación de *La misericordia cristiana,* impulsó el padre Yermo otras muchas iniciativas, a pesar de que la salud no le acompañaba. Seguía predicando, ocupándose de las tareas organizativas, haciendo de capellán de las Siervas y hasta encontró tiempo en 1896 para fundar y dirigir *El Reproductor Eclesiástico Mexicano,* una revista para la formación del clero. En la última etapa de su vida experimentó en carne propia una campaña de calumnias y la soportó con ejemplar humildad. Vio y aceptó, como expresión de la voluntad de Dios, la decisión del arzobispo Ibarra y González cuando llegó a sustituirle en la di-

rección espiritual de sus religiosas nombrando a otro confesor. Pudo, sin embargo, restañar en 1903 la división creada en la congregación tras el alejamiento espiritual de las religiosas que permanecieron en León.

Todas estas pruebas afinaron su espiritualidad y engrandecieron su vida, cuajada de dificultades, sufrimientos y obras florecientes de caridad. Al tiempo de su muerte existían doce instituciones de caridad atendidas por las *Siervas del Sagrado Corazón de Jesús y de los Pobres* en seis diócesis mexicanas. Y la número trece, establecida entre los indígenas de Tarahumara, en el norte de México, le costó al padre Yermo un fatigoso viaje, acompañado de cuatro religiosas, para colocar y bendecir la primera piedra, que sería en realidad la última de sus fundaciones pues moriría nueve meses después.

Poco más tarde, el 25 de agosto de 1904, José María de Yermo y Parres celebraba en su casa de Puebla, acompañado por las religiosas de su congregación, las bodas de plata sacerdotales. Fue una fiesta íntima que se convirtió en un gozoso agradecimiento, del que dejó constancia por escrito en una carta circular a las hermanas que constituye un himno de alabanza y de gratitud a Dios y a cuantos contribuyeron a su felicidad. Desde la celebración festiva de sus veinticinco años como sacerdote sólo transcurrieron otros veinticinco días hasta el de su muerte. Siempre delicado de salud, agotado por su trabajo, pero viendo que las obras por él fundadas crecían, murió tras una breve enfermedad, en la madrugada del 20 de septiembre de 1904, a los 52 años de edad. Enterados de su fallecimiento los sacerdotes y religiosas de Puebla, cantaron un *Te Deum* como acción de gracias por una vida sacerdotal tan cumplida.

Un periódico de Puebla ofrecía, al día siguiente, esta breve descripción de su quehacer:

> «Se había dedicado en cuerpo y alma a practicar el bien en una forma que lo hacía extraordinariamente fecundo, pues formaba los corazones, daba pan a la inteligencia y al cuerpo, corregía a los extraviados, labraba el porvenir de los desvalidos y preparaba así una legión de miembros útiles a la sociedad».

El padre Tomás Mas hizo de él este retrato:

> «Era un hombre alto, de porte distinguido, mirada vivaz y penetrante, de voz agradable. En su trato con los demás era franco, leal y sencillo. Era metódico y ordenado. Genio organizador y de firmes decisiones, empeñado en el trabajo y muy tenaz en realizar lo que se resolvía hacer».

El papa Juan Pablo II, durante su segunda visita apostólica a México, lo beatificó el 6 de mayo de 1990 en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe; y diez años más tarde, el 21 de mayo de 2000, lo canonizó en la Plaza de San Pedro de Roma, junto a otros 26 beatos mexicanos. En la homilía, glosando el nombre de su fundación, dijo del nuevo santo que «en el Corazón de Jesús encontró la guía para su espiritualidad, y considerando su amor infinito a los hombres, quiso imitarlo haciendo regla de su vida la caridad».

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

AAS 79 (1990) 187s.
BERTOGLIO, G. L., *La fuerza de una entrega* (Roma 1989).
L'Osservatore Romano (21-5-2000) 5; (22/23-5-2000) 8-9.
L'Osservatore Romano (ed. en español) (26-5-2000) 5 y 7.
REPETTO BETES, J. L., *Santoral del clero secular* (Madrid 2000).
SÁNCHEZ OLIVAS, C. E., *Un hombre invadido por el Espíritu* (Puebla 2000).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN ADALPRETO
Obispo († ca. 1173)

Adalpreto o Adelpreto no se sabe exactamente dónde nació. Entra en la historia cuando el año 1157 es elegido obispo de Trento. Cuando al año siguiente pasaron por su diócesis los legados que enviaba el papa Adriano IV a Alemania, él los acompañó y atendió. Tenía buenas relaciones con el emperador y con el partido gibelino que lo apoyaba. Como tal pastor de su diócesis, fue verdaderamente un hombre ejemplar. Celoso de la libertad de la Iglesia, predicador fiel del evangelio y verdadero padre de los pobres y los huérfanos, dio un alto ejemplo de conciencia y responsabilidad pastorales. No se sabe con exactitud en qué

año entre 1173 y 1177 murió asesinado por un tal Adrigito, un noble que por algún motivo le odiaba y que cerca de Rovereto puso fin violentamente a su vida. Su diócesis lo tuvo por mártir al entender que su muerte violenta se había debido al cumplimiento fiel de sus deberes como obispo. Fue llevado a enterrar en la catedral de Trento donde recibió su tumba el culto de los fieles.

BEATO TOMÁS JOHNSON

Presbítero y mártir († 1537)

Tomás Johnson era monje en la Cartuja de Londres y es la novena víctima de los que fueron a la muerte por orden de Enrique VIII en represalia por haberse negado a suscribir el Acta de Supremacía que significaba la ruptura de la comunión con el Papa para reconocer al soberano inglés como cabeza de la Iglesia de Inglaterra. Mientras otros miembros de la comunidad cartuja prestaban el juramento de acatamiento a dicha *Acta* que se les pedía, diez se negaron. Fue llevado con los demás a Marshalsea, atado con cadenas y grilletes y dejado morir de hambre, lo que se produjo cuando ya fue imposible pasarle ayuda alguna desde fuera. Este monje murió el 20 de septiembre de 1537. Fue beatificado con los demás monjes mártires en 1886.

21 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. San Mateo, apóstol y evangelista, llamado también Leví, autor del primero de los evangelios canónicos **.
2. La conmemoración de San Jonás, profeta **.
3. En Grecia, San Cuadrato, discípulo de los Apóstoles († s. II), apologista *.
4. En Roma, en la Via Salaria antigua, San Pánfilo (fecha desconocida), mártir.
5. En la Via Claudia, en el vigésimo miliario de Roma, San Alejandro (fecha desconocida), mártir.

6. En Gaza (Palestina), santos Eusebio, Néstabo y Zenón († 362), mártires bajo Juliano el Apóstata, y murió con ellos el mártir San Néstor.
7. En Apt (Provenza), San Castor († 420), obispo, a cuya petición escribió San Juan Casiano sus *Colaciones.*
8. En el monasterio de Llancarfan (Gales), San Cadoc († 580), abad *.
9. En el monasterio de Ettenheim (Friburgo), San Landelino († s. VII), monje.
10. En Tronchiennes (Flandes), San Gerulfo († 750), adolescente, mártir.
11. En Troyes (Galia), Santa Maura († 850), virgen.
12. En Pésaro, del Piceno (Italia), Beato Marcos Scalabrini de Mútina († 1498), presbítero, de la Orden de Predicadores *.
13. En Quang-Tri (Annam), santos Francisco Jaccard, presbítero, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, y Tomás Tran Van Thien († 1838), mártires *.
14. En Sai-Nam-The (Corea), santos Lorenzo Imbert, obispo, Pedro Maubant y Santiago Castan († 1839), presbíteros, de la Sociedad de Misiones Extranjeras de París, mártires **.
15. En Benisoda (Valencia), beatos Vicente Galbis Gironés y Manuel Torró García († 1936), mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MATEO

Evangelista (Nuevo Testamento)

El encuentro de Jesús con Mateo, el publicano, fue piedra de escándalo para los escribas y fariseos que andaban ya espiando los pasos de Jesús para indisponerle con el pueblo. El territorio de Cafarnaúm era paso obligado para los traficantes de Mesopotamia y de las ricas regiones de Tiro y Sidón con Palestina y con Egipto. Por esa razón eran varios los pequeños publicanos o recaudadores de impuestos y contribuciones que tenían arrendada a los grandes recaudadores del Imperio la exacción de tributos en determinados puestos de la región. Estos publicanos o alcabaleros tenían entre sí cierta organización. San Lucas nos habla de Zaqueo, jefe de publicanos (19,2). Como pasa en todas partes, eran mal vistos del pueblo; pero de modo especial de los puritanos escribas y fariseos, porque consideraban humillante para el pueblo de Israel pagar tributos al Imperio romano y también porque los publicanos se veían obligados a tra-

tar con paganos y gente extraña a Israel, incurriendo con ello en impureza legal. De ahí que era corriente juntar en expresión estereotipada a publicanos con meretrices, pecadores y gentiles (Mt 18,17; 21,31-32; Lc 18,10; Mc 2,15, etc.).

Dado este descrédito popular, los evangelistas Marcos y Lucas, al narrar el llamamiento de Jesús a Mateo, le dan su segundo nombre de Leví el publicano, sin identificarle expresamente con Mateo, con cuyo nombre figurará siempre en la lista de los doce apóstoles (Mt 10,3; Mc 3,18; Lc 6,15). Sólo el humilde San Mateo, para resaltar más la bondad y misericordia de Jesús, se identifica a sí mismo con Leví y se da el nombre de Mateo el publicano.

Jesús rompe con aquellos prejuicios farisaicos y al pasar junto al puesto de recaudación de Leví-Mateo le invita a seguirle. Mateo, que sin duda había visto y oído predicar en varias ocasiones a Jesús, se decide a abandonar su puesto y a seguirle definitivamente, y gozoso, como hará en otra ocasión Zaqueo, le invita, junto con varios compañeros de recaudación, a comer a su casa. Desde entonces la casa de Mateo será la escogida por Jesús para descansar en Cafarnaúm de sus excursiones apostólicas en Galilea.

Pocos meses después, de entre sus varios discípulos Jesús escoge los doce apóstoles, a quienes dedica sus mejores cuidados en prepararlos para encomendarles su Iglesia y la conversión del mundo. San Mateo, uno de los doce, permanecerá siempre al lado de Jesús durante los dos años aproximadamente que le restan de ministerio.

Después de la resurrección y ascensión de Jesús, San Mateo permanece algún tiempo con los otros apóstoles en Palestina. Bajo la dirección de Pedro, Mateo con los demás apóstoles catequiza a los nuevos cristianos que por centenares y millares, recordando los milagros y las enseñanzas de Jesús, se presentan a pedir el bautismo y recibir orientación de nueva vida. Se agrupan entre sí formando el primer núcleo de la Iglesia alrededor de los apóstoles.

La fortaleza y decisión de éstos después de la venida del Espíritu Santo se comunica a los nuevos discípulos, que si un día, bajo la influencia de los pontífices y de los fariseos, habían

abandonado al Divino Maestro, ahora se le adhieren fielmente desafiando las iras de quienes le habían dado muerte, los cuales van quedando aislados y sin el apoyo del pueblo.

La predicación de los apóstoles toma forma de catequesis como explicación de la doctrina y de los hechos de Jesucristo y el relato de su muerte y resurrección. No pocos son los que ponen por escrito aquella predicación (cf. Lc 1,1-2). Entre ellos San Mateo, testigo inmediato del ministerio de Jesucristo. Acostumbrado a redactar esquemáticamente los datos de su antigua aduana, expone en estilo breve los hechos que él mismo había presenciado y con mayor detenimiento recoge las parábolas y discursos del Señor, especialmente los de Galilea. Su libro es el primer evangelio, escrito en hebreo, o mejor dicho en arameo, la lengua popular que usó Jesucristo, traducido muy pronto al griego y probablemente ampliado, que es el que hoy poseemos, reconocido por la Iglesia como inspirado por el Espíritu Santo.

Este evangelio, como los de San Marcos y San Lucas, con mayor o menor dependencia entre sí, contiene en realidad el resumen de la catequesis primitiva de San Pedro y demás apóstoles en Palestina. Su valor histórico y apologético es indestructible y definitivo.

Las circunstancias en que San Mateo escribió su libro y el destino inmediato que le dio dejaron impresas en él algunas características que le distinguen de los demás evangelios. Mateo escribe en Palestina para los primeros cristianos convertidos del judaísmo, en contacto inmediato con los demás judíos que alimentaban su espíritu con la lectura de los libros de la antigua ley, con su historia y sus profecías, y tenían puesta su esperanza en el Mesías prometido a Abrahán, a Moisés, a David, renovada la promesa a través de los siglos.

Mas desde años atrás, los dirigentes del pueblo de Israel, saduceos, pontífices, fariseos, humillados por haber perdido la independencia de Israel y verse subyugados por el Imperio romano, olvidándose de la misión espiritual del futuro Mesías, se fingen un Mesías temporal, poderosísimo, que les libere del yugo romano y que establezca en Jerusalén el imperio universal dirigido por los israelitas: una nueva era perpetua de prosperidad y de riqueza y bienandanza terrenal. Sin excluir al Dios ver-

dadero, que será reconocido y adorado por todas las naciones; pero será el Dios de Israel para honra y gloria de los israelitas.

En estas circunstancias expone San Mateo la predicación de Jesús en Galilea y explica por qué rehuye proclamarse públicamente el Mesías enviado por Dios, y cómo a través de su predicación, de sus parábolas, va cambiando paulatinamente el falso concepto popular del Mesías, sustituyéndole por el verdadero, que aún conservaban personas escogidas, como Zacarías e Isabel, el anciano Simeón, Ana la profetisa y otras varias.

Después de la ascensión de Jesús quedaba aún flotando en el ambiente palestinense la pregunta: ¿pero, al fin, era Jesús el verdadero Mesías prometido?

Además de la dificultad de comprender la misión espiritual del Mesías, bastardeada por los escribas y fariseos, se les hacía también difícil juntar en una sola persona los rasgos que en diversas ocasiones y épocas atribuían los profetas al que había de ser enviado por el Señor. Unas veces se anunciaba que había de ser el mismo Dios creador y protector de Israel quien había de realizar la obra que otras veces se atribuye al prometido hijo de David. Por otra parte, Isaías lo presenta como redentor que con su pasión y muerte satisface por los pecados de la humanidad y establece un nuevo reino de Dios que rebasa las fronteras de Israel. Jesús en su predicación da por supuesto que en él se realizan estas profecías y unas veces alude a un aspecto y otras a otro. En el último período de su ministerio ya habla abiertamente a los apóstoles y sólo a ellos de su pasión y muerte, añadiendo siempre que al tercer día había de resucitar. Los apóstoles, a pesar de su buena voluntad, quedan como desconcertados. Tienen fe en Jesús, confirmada con multitud de milagros y con la bondad y santidad del Maestro. Cuando les pregunta si también ellos quieren abandonarle, como los de Cafarnaúm, San Pedro rápidamente responde: «¿Y a quién iremos?: Tú tienes palabras de vida eterna». Sólo cuando captan la doctrina de la Encarnación del Hijo de Dios se hacen con la llave de estos misterios y aciertan a coordinar en la persona de Jesús los diversos aspectos de las profecías.

Todo ello explica por qué San Mateo, a diferencia de los otros evangelistas, escribiendo en Palestina para los israelitas

cristianos, pone especial empeño en hacer resaltar el carácter mesiánico de Jesús, anotando en multitud de pasajes de su vida, desde la genealogía y nacimiento virginal hasta su pasión y muerte, los lugares de los profetas en que ya lo anunciaban. Jesús es el verdadero Mesías prometido a los patriarcas y profetas. Los judíos no tienen ya por qué esperar otro Mesías salvador.

Ante la ausencia de datos históricos en que pudiéramos basar la semblanza del apóstol y evangelista Mateo, parece que debiéramos recurrir a su libro para captar los rasgos de su personalidad: mas ni él ni los otros evangelistas hablan nunca de sí mismos ni transparentan sus sentimientos. Si alguna vez hacen una levísima alusión a su persona lo hacen de modo velado y anónimo. Su única preocupación consiste en transmitirnos fielmente los hechos y la doctrina de Jesús. Esta «divina impasibilidad» nos impide hacer de San Mateo un análisis psicológico basado en su libro. Mas, si no sobre su persona, sí podemos entrever en qué aspecto de la predicación de Jesús se fijó San Mateo con preferencia a los otros evangelistas. El de San Mateo es el evangelio del reino de Dios, el evangelio de la Iglesia, que Jesucristo fundaba. En multitud de parábolas que recoge de labios de Jesús manifiesta las diversas facetas de este reino. No menos de cincuenta veces menciona el reino de Dios o reino de los cielos, expresión más acomodada al uso de los judíos.

Este reino de Dios se inicia ya en este mundo; lo inaugura Jesús al infundir a sus discípulos un nuevo espíritu. Es el nuevo pueblo con nuevo espíritu que sustituye al pueblo de Israel. Es la buena nueva, el evangelio del reino, que será anunciado a todas las naciones, invitándolas a entrar en él. Israel como pueblo escogido ha terminado su misión. Los israelitas, antes que nadie, son invitados individualmente a formar parte del nuevo reino, que será universal.

A este nuevo reino de Dios, de que hablan también los otros evangelistas, sólo San Mateo le da el nombre de Iglesia, constituida como cuerpo social, con sus autoridades (Mt 18,17), fundada sobre la roca que es Pedro, contra la cual nada podrán los poderes del infierno (Mt 16,18).

Esta doctrina de Jesús recogida por San Mateo será explanada por San Pablo en sus epístolas. Pero no ha sido San Pablo el

que inventó la eclesiología, como pretenden los protestantes liberales. Por San Mateo nos consta que fue Jesucristo quien fundó la Iglesia y enseñó explícitamente cuáles eran sus elementos constitutivos esenciales. En los Hechos de los Apóstoles nos describe San Lucas la puesta en marcha y primer desarrollo de este nuevo pueblo de Dios que es la Iglesia.

De la vida apostólica de San Mateo tenemos muy pocos datos ciertos. De entre la variedad de tradiciones y leyendas, la Iglesia escoge en el breviario las que cuentan con mayor apoyo tradicional, preferidas también por los Bolandistas.

Después de unos años de apostolado y catequesis en Palestina, San Mateo se trasladó a Etiopía de Egipto, donde confirmaba su predicación con multitud de milagros, entre los cuales sobresalió la resurrección de una hija de Egipo, rey de Etiopía. Movido el rey y su familia por este portento, abrazaron la religión cristiana, que se extendió rápidamente por todo el reino.

Después de la muerte del rey, su sucesor Hirtaco pretendió casarse con Epigenia, hija de su predecesor en el reino. Mas, habiendo ésta consagrado a Dios su virginidad por consejo de San Mateo, airado Hirtaco al no conseguir que el apóstol la persuadiera a acceder a sus deseos, ordenó dar muerte a San Mateo mientras celebraba el santo sacrificio, uniendo así el apóstol el sacrificio de su vida al de Cristo crucificado.

Las reliquias del santo apóstol fueron trasladadas a Salerno, donde se veneran con gran devoción.

FRANCISCO BARBADO VIEJO, OP

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris (Amberes 1757) t.VI, p.194-226.

LAGRANGE, J. M., *Évangile selon Saint Matthieu* (París 1923).

• Actualización:

BONNARD, P., *Evangelio según San Mateo* (Madrid 1975).

GONZÁLEZ PAZ, A., *La vocación de San Mateo* (Madrid ^{2}1995).

LUZ, U., *El evangelio según San Mateo,* 3 vols. (Salamanca 1993-2004).

MATEOS, J. - CAMACHO, F., *El evangelio según San Mateo* (Madrid 1981).

MUÑOZ IGLESIAS, S., *Comentario al evangelio según San Mateo* (Madrid 1998).

SEGUNDO, J. L., *El caso Mateo. Los comienzos de una ética judeocristiana* (Maliaño, Santander 1994).

ZUMSTEIN, J., *Mateo el teólogo* (Estella, Navarra 1987).

SAN JONÁS

Profeta (Antiguo Testamento)

El *Martirologio romano* ha colocado a este santo profeta menor el día 21 de septiembre inmediatamente después de San Mateo, apóstol y evangelista, que va en primer lugar. La memoria y el breve elogio se expresa en estos términos:

> «Conmemoración de San Jonás, profeta, hijo de Amitay. Uno de los libros del Antiguo Testamento lleva su nombre. El evangelio refiere su célebre salida del vientre del cetáceo como signo de la resurrección del Señor» *(Martirologium romanum,* Città del Vaticano 2001).

También lo incluyen con anterioridad los menologios orientales griegos y coptos, así como el sinaxario de Constantinopla. Sobre el lugar de su sepulcro existen distintas tradiciones, unas lo sitúan en Galilea, otras en Asiria. Incluso algunos pueblos llevan su nombre, por ejemplo, en el Líbano y en Siria, testimonio de su popularidad.

Era natural de Gat-Jéfer, poblado cercano a Nazaret de Galilea. El pequeño profeta, uno de los doce llamados «menores», aparece en el libro II de los Reyes, en tiempos de Jeroboán II, rey de Israel, año 783-743 a.C. Es un corto pero significativo relato: «Fue él (Jeroboán) quien recuperó el territorio fronterizo de Israel desde la entrada de Jamat hasta el mar de la Arabá (el Mar Muerto), conforme a la palabra que Yahvé, Dios de Israel, había dicho por medio de su siervo el profeta» (2 Re 14,25).

Con el nombre de este profeta del siglo VIII, un autor anónimo posterior, probablemente ya del siglo V, escribió el *Libro de Jonás,* que en el canon de la Biblia hebrea figura en el quinto lugar de los doce profetas menores; y en la versión griega de los Setenta, va en sexto. De este modo, el profeta contemporáneo del rey Jeroboán II y de sus conquistas, se convierte en el protagonista del libro escrito probablemente después de la vuelta del destierro.

Los rasgos patrióticos y nacionalistas característicos de la misión del profeta le sirvieron de maravilla para crear el personaje simbólico de un relato teológico, una parábola en acción donde se ponen de relieve, hasta los límites de una caricatura bien humorada, las deformaciones y carencias de Israel, sobre todo la hostilidad hacia los extranjeros en vivo contraste con el

universalismo y la ternura misericordiosa de Dios que quiere la salvación de todos. Porque el *Libro de Jonás,* según todos los exegetas actuales, no es, ni pretende ser, un relato histórico, aunque tenga referencias geográficas concretas, y por más que esté citado profusamente en el Nuevo Testamento y por el mismo Jesús. Es una preciosa narración teológica, revestida de bellísima literatura, llena de gracia y de velada ironía.

Así lo pensaron ya en la antigüedad algunos Padres de la Iglesia como Clemente de Alejandría y Teofilacto. La figura histórica del profeta, que pasaba casi de puntillas como una sombra efímera de un episodio olvidado, crece en el *Libro de Jonás,* actualizada y viva. Se agranda y enriquece en la tradición bíblica con la carga de teología narrativa y simbólica, que se sobrepone a su pequeña biografía.

La «historia de Jonás» puede dar la falsa primera impresión de alejarnos de la realidad, huyendo a un mundo imaginario y fantástico. No es así. Lo que verdaderamente intenta es conducirnos a lo más esencial, a la historia concreta de Israel que está viviendo su fe de una manera contradictoria e incoherente. Por una parte, confiesa paladinamente en salmos y oraciones que Dios es clemente y misericordioso con todos los hombres, pero, por otra parte, de hecho lo niega y lo rechaza en la práctica con un judaísmo orgulloso, cerrado e intolerante.

En Jonás se encarna y simboliza la comunidad y la imagen transtemporal del creyente interpelado pacientemente por Dios para que madure en su fe. Nínive, la gran ciudad, cerca de la moderna Mossul, ya hacía mucho que estaba destruida (el año 612), pero quedaba en el recuerdo como símbolo del pecado y de la violencia del paganismo hostil. Su maldad había llegado hasta el cielo. El lamento de Nahúm (3,1) explica por qué se ha elegido su nombre en el relato: «Ay de la ciudad sanguinaria, toda llena de mentira, de violencia y de inexhaustas rapiñas». La parábola en acción se desarrolla en seis episodios o secuencias:

1) *Jonás rechaza la misión a los paganos.*

> «Yahvé habló a Jonás, hijo de Amitay, diciéndole: "Prepárate y vete a Nínive, la metrópoli, para anunciarle que su maldad ha llegado hasta mí". Jonás se preparó para huir a Tarsis, lejos de Yahvé» (Jon 1,1).

Se explica, aunque no se justifica, la reacción del pequeño profeta rebelde y obstinado. ¡Nada menos que a Nínive, la ciudad maldita! A meterse, como quien dice, en la boca del lobo. Parte rumbo a Tarsis, en dirección diametralmente opuesta, lo más lejos que puede del Señor. Huye de Dios como otrora Caín, y quiere refugiarse en Tarsis, que, a los ojos de los hebreos, aparecía como el extremo del mundo y de la que Is 66,19 afirmaba que allí no llega la palabra de Dios. «Bajó a Jope, donde encontró un barco que zarpaba para Tarsis; pagó su pasaje y se embarcó para ir con ellos a Tarsis, lejos de Yahvé» (Jon 1,3). Va huyendo, como Caín, pero la mano protectora de Dios se posa sobre él y, por caminos sorprendentes, le llevará a cumplir su misión aunque sea a pesar suyo.

2) *Dios y los paganos en la tempestad.*

> «Pero Yahvé desencadenó un viento tempestuoso sobre el mar, y se desencadenó una borrasca tan violenta que el barco amenazaba naufragar. Los marineros se asustaron y cada cual pedía auxilio a su dios; luego arrojaron por la borda la carga del barco para aligerarlo. En cambio, Jonás había bajado a la bodega del barco y dormía profundamente» (Jon 1,4-5).

Los marineros, de nacionalidades diferentes, tienen cada cual su dios, pero creen en el poder de los demás dioses. Era creencia difundida que la presencia de un culpable en el navío era un peligro para todos.

> «El capitán se acercó a él y le dijo: "¿Qué haces aquí durmiendo? ¡Levántate e invoca a tu dios! A ver si tu dios se apiada de nosotros y no perecemos". Luego propusieron entre todos: "Vamos a echar suertes para saber quién de nosotros es el culpable de este castigo". Echaron suertes y le tocó a Jonás. Entonces le preguntaron: "Dinos por qué nos sucede esto, cuál es tu oficio, de dónde vienes, cuál es tu país y de qué pueblo eres". Jonás respondió: "Soy hebreo y creo en Yahvé, Dios del cielo que hizo el mar y la tierra". Aquellos hombres se asustaron mucho y le dijeron: "¿Por qué has hecho esto?". Pues por lo que les había contado, dedujeron que huía de Yahvé, y le preguntaron: "¿Qué podemos hacer contigo para que el mar se nos calme?". Pues el mar seguía enfureciéndose. Jonás les respondió: "Arrojadme al mar, y el mar se os calmará. Reconozco que soy el culpable de esta gran borrasca que os amenaza". Los hombres remaban para llegar a tierra firme, pero no podían porque el mar seguía enfureciéndose en torno a ellos. Entonces gritaron a Yahvé, diciendo: "¡Ay, Yahvé, que no perezca-

> mos por culpa de este hombre. No nos manches con sangre inocente, pues tú, Yahvé, has actuado según tu voluntad!". Luego cogieron a Jonás, lo arrojaron al mar y el mar calmó su furia. Y aquellos hombres creyeron firmemente en Yahvé, le ofrecieron sacrificios y le hicieron promesas» (Jon 1,6-16).

Los marinos se portan como paganos, pero no son ateos. En su paganía son más religiosos que Jonás, que se sabe y se reconoce culpable pero prefiere la muerte a la obediencia y no se advierte en él ninguna muestra de arrepentimiento ni de plegaria.

El autor inspirado insiste en la probidad de los marineros. Escandalizados de la rebelión de Jonás contra Yahvé, han temido ofender a Yahvé sacrificando a Jonás, y, una vez reconocido su poder con la tempestad calmada súbitamente, le rinden culto. Jonás, a su pesar instrumento de la conversión, se contradice existencialmente. Sabe que Dios está actuando en los acontecimientos. Pero ¿cómo puede decir «Soy un hebreo y adoro a Yahvé», si adorar y creer en Dios significa ante todo ponerse a su servicio? Obedecer es amar.

Jonás sigue obstinado en su rebelión contra ese Dios a quien confiesa con orgullo. Por contraste, los marinos se convierten al yahvismo más puro con sacrificios, votos y promesas. La contradicción interna de Jonás es la que le produce el tedio de vivir, como repite cuatro veces deseando la muerte: 1,12; 4,4; 4,8; 4,9. Esa contradicción entre la fe y la vida no afecta sólo sus actos externos, corrompe en él la misma fe que pretende confesar. La fe auténtica construye, unifica, robustece al creyente. La contradicción de la fe, mal asimilada y vivida, pone al hombre en guerra con su Dios y consigo mismo.

Sólo el santo y el ateo conocen la paz. Jonás no es ni santo ni ateo. Anda a vueltas con Dios. La crítica del autor inspirado es implacable para Jonás y para la comunidad que él simboliza y encarna: Se pinta con los rasgos de un pueblo díscolo y rebelde a las llamadas de los profetas, justiciero, pecador e inmisericorde que se niega a llevar la salvación a los paganos.

3) *Salvamento de Jonás.*

> «Yahvé hizo que un gran pez se tragase a Jonás, y Jonás estuvo en el vientre del pez tres días y tres noches. Jonás oró a Yahvé, su Dios, desde el vientre del pez, diciendo: "En mi angustia clamé a Yahvé y él me respondió; desde el seno del abismo grité y tú me

respondiste. Me habías arrojado a lo más hondo en el corazón del mar; la corriente me arrastraba: todo tu oleaje me arrollaba. Y yo me dije: ¡Me has arrojado de tu presencia! ¿Cuándo volveré a contemplar tu santo templo? Las aguas me asfixiaban el aliento, el abismo me envolvía, las algas enredaban mi cabeza. Bajé hasta los cimientos de los montes, la tierra se cerró para siempre sobre mí. Pero tú sacaste mi vida de la tumba, Yahvé, Dios mío. Cuando mi aliento desfallecía me acordé de Yahvé y mi oración llegó hasta ti, hasta tu santo templo. Los que adoran falsos ídolos traicionan su lealtad. Y yo, en cambio, en tono de acción de gracias te ofreceré sacrificios y cumpliré los votos que te hice. ¡La salvación viene de Yahvé!". Entonces Yahvé ordenó al pez que vomitase a Jonás en tierra firme» (Jon 2,1-11).

Prescindimos, por ahora, del salmo, que tiene todos los visos de posterior interpolación, añadida intempestivamente y fuera de contexto, tal vez para que el libro pudiera ser aceptado en el canon judío.

Dios vuelve a «pescar» al profeta para ponerle de nuevo en el camino de Nínive. Dios es tenaz en sus designios, más tenaz aún que Jonás, a quien no le queda más remedio que obedecer.

4) *Misión renovada.*

«Por segunda vez Yahvé habló a Jonás diciéndole: "Prepárate y vete a Nínive, la metrópoli, para anunciarle el mensaje que yo te comunique". Jonás se preparó y marchó a Nínive, de acuerdo con la orden de Yahvé. Nínive era una gran metrópoli con un recorrido de tres días. Jonás comenzó a atravesar la ciudad y caminó un día entero proclamando: "En el plazo de cuarenta días Nínive será destruida"» (Jon 3,1-4).

Lo nuevo es que Jonás obedece. ¿Es que ya se habrá convertido? Las dimensiones de Nínive son desmesuradas y legendarias. En menos de media hora se podía atravesar la ciudad antigua de Jerusalén. Nínive es el símbolo del inmenso mundo pagano. La misión de Jonás es firme pero indeterminada. Portavoz de Dios, nada puede añadir el profeta por su cuenta.

5) *Episodio central: Jonás cumple su misión y Nínive se convierte.*

«Los ninivitas creyeron en Dios, organizaron un ayuno, y grandes y pequeños se vistieron de saco. El anuncio llegó hasta el rey de Nínive que bajó de su trono, se quitó su manto, se cubrió de saco y se sentó en la ceniza. Luego mandó proclamar en Nínive este decreto del rey y sus ministros: "Que hombres y bestias, gana-

do mayor y menor, no prueben bocado ni pasten ni beban agua. Que hombres y animales se vistan con sacos e invoquen a Dios con insistencia, y que cada uno se convierta de su mala conducta y de sus acciones violentas. A ver si Dios se arrepiente y se compadece, se aplaca el ardor de su ira y no perecemos". Cuando Dios vio lo que hacían, cómo se convertían de su mala conducta, se arrepintió del castigo que había anunciado contra ellos y no lo ejecutó» (Jon 3,5-10).

La liturgia penitencial de Nínive tiene un movimiento concéntrico en torno al decreto del rey que, con buena información teológica, acentúa lo esencial: el respeto a la justicia y la conversión. El ayuno es el signo de la sinceridad, no un modo de presionar a Dios. Todo lo fía de la misericordia divina.

La descripción es colorista. Hasta los animales ayunan y se visten de luto como los caballos en las carrozas fúnebres (!). Dios por su parte responde a las esperanzas de los penitentes. Se echa para atrás y renuncia al castigo que había anunciado por boca de Jonás. Se arrepienten los ninivitas y se arrepiente y se compadece Dios. Apartándose del mal consiguen que Dios les libre del mal.

Pero el autor evita cuidadosamente el verbo que se aplica a la conversión, porque Dios no tiene que cambiar sus verdaderas disposiciones. El castigo amenazador, era condicional. La liturgia penitencial de Nínive acaba con el triunfo de la misericordia y de la gracia. Dios no ejecutó su amenaza. Quedó anulada la proclama de Jonás.

6) *Dios retira su amenaza y provoca el enfado de Jonás.*

«Jonás sintió un gran disgusto, se enfureció y oró así a Yahvé: "¡Ay, Yahvé! Ya lo decía yo cuando estaba todavía en mi tierra y por eso me apresuré a huir a Tarsis, pues sabía que tú eres un Dios clemente, compasivo, paciente y generoso, que se arrrepiente del castigo. Así, Yahvé, quítame la vida, pues prefiero morirme a estar vivo". Pero Yahvé le dijo: "¿Te parece bien enfurecerte así?". Jonás salió de la ciudad y se instaló al Oriente. Allí se hizo una choza y se sentó a su sombra, para ver qué sucedía en la ciudad. Entonces Yahvé hizo crecer una planta de ricino por encima de la cabeza de Jonás para darle sombra y librarlo así de su malestar. Jonás se puso muy contento con aquel ricino. Pero, al día siguiente, al rayar el alba, Yahvé envió un gusano que dañó al ricino y éste se secó. Al salir el sol Dios mandó un sofocante viento solano. El sol atacó

> a la cabeza, de que empezó a desfallecer y se deseó la muerte diciendo: "Prefiero morirme a estar vivo". Entonces Dios dijo a Jonás: "¿Te parece bien enfurecerte por el ricino?". Respondió: "¡Sí, me parece bien enfurecerme hasta la muerte!". Y Yahvé replicó: "Tú te compadeces de un ricino que no te ha costado hacer crecer, que al cabo de una noche apareció y al cabo de otra pereció. ¿Y no voy yo a compadecerme de Nínive, la metrópoli, donde viven más de ciento veinte mil personas que no distinguen el bien del mal y una gran cantidad de animales?"» (Jon 4,1-11).

¿Por qué se ha enfadado Jonás con una depresión que le hace desear de nuevo la muerte? A Jonás no le gusta que Dios sea misericordioso y bueno con Nínive. Lo admirable es que Dios acepta darle explicaciones. Primero, una lección de cosas, con el ricino; y después, con sus propias palabras interpretativas. Dios no recuerda el pecado ni la penitencia de los ninivitas sino sólo la multitud de niños y de animales que pueblan Nínive. ¿Cómo no va a cuidarse Dios de tantos seres vivos y mostrarse solícito y cariñoso con ellos, que son hechura suya?

La enseñanza del *Libro de Jonás* señala una de las más altas cimas del Antiguo Testamento. Rompiendo con una interpretación estrecha de las profecías, es patente la expresión de la voluntad misericordiosa de Dios que sólo espera alguna muestra de arrepentimiento para conceder el perdón.

El oráculo de Jonás no se cumple, pero es —nunca se insistirá bastante— porque los decretos de destrucción son siempre condicionales. Lo que Dios quiere es la conversión. Así dice Dios en Jer (18,7-8): «De pronto hablo contra una nación o reino, de arrancar, derrocar y perder, pero se vuelve atrás de su mal aquella gente contra la que hablé y yo también desisto del mal que pensaba hacerle».

Rompiendo con el particularismo en el que se veía tentada a encerrarse la comunidad postexílica, predica un universalismo extraordinariamente abierto.

En la historia de Jonás todo es simpático, los marineros paganos en la tempestad, el rey y los habitantes de Nínive, los niños y hasta los animales. Todo el mundo, excepto el único israelita, que queda en ridículo. Dios es indulgente con su profeta rebelde, pero, sobre todo, su misericordia se extiende hasta el enemigo más odiado de Israel.

Estamos a un paso del Nuevo Testamento. Dios no es sólo el Dios de los judíos; es también el de los paganos, porque no hay más que un solo Dios, como dice Rom 3,29-30: «¿Acaso Dios lo es únicamente de los judíos y no también de los paganos? Sí, por cierto, también de los gentiles; porque no hay más que un solo Dios que justifica a los circuncisos en virtud de la fe y a los incircuncisos por medio de la fe».

El salmo interpolado, más que oración de petición es de acción de gracias. Canta la liberación de quien ha conocido la experiencia de la muerte. Un náufrago en el sentido real o simbólico de la palabra. Puede estar inspirado en el salmo 69 que habla de «olas», «naufragio», «abismo». Y en el 30, con las imágenes de «la fosa», «el seol», la morada de los muertos, que no son más que sombras vivas.

El orante cautivo, impotente e irremediablemente perdido, pasa por la experiencia de la soledad y la muerte. Es exactamente lo contrario de su más alta experiencia religiosa, de la que siente nostalgia, la que se vive en el templo de Jerusalén, la presencia de Dios, que es gozo, luz y vida.

Jonás, prototipo del creyente, llamado personalmente por Dios, renacido en el agua y en la fe, zarandeado por su Señor y cuidado con mimo providente a pesar de su rebeldía, es venerado como santo en la Iglesia, si bien siguió un itinerario singular y sorprendente. Dios le va llevando a su pesar, a contrapelo, con paciencia infinita, a entrar dentro de su plan y ser instrumento de conversión y salvación.

La figura bíblica de Jonás es inmensamente popular y fecunda en el campo de la simbología del arte cristiano. Jesús, al utilizar en su predicación la historia de Jonás, dejó en la sombra el lado ridículo del personaje para hacerlo como una prefiguración de sí mismo. San Jerónimo llega a afirmar que el Señor es el verdadero Jonás.

> «Entonces le interpelaron algunos escribas y fariseos: "Maestro, queremos ver un signo hecho por ti". Mas él les respondió: "¡Generación malvada y adúltera! Un signo pide y no se le dará otro signo que el signo del profeta Jonás. Porque de la misma manera que Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches (Jon 2,1), así también el Hijo del hombre estará en el seno de la tierra tres días y tres noches. Los ninivitas se levantarán en el jui-

cio con esta generación y la condenarán; porque ellos se convirtieron por la predicación de Jonás (Jon 3,5s), y aquí hay algo más que Jonás" (Mt 12,38-41)».

La iconografía de las catacumbas reproduce profusamente estas escenas y es un curioso y fehaciente testimonio del impacto de Jonás en la Iglesia primitiva. Si la escena del Buen Pastor aparece 114 veces, la de Jonás la sigue en segundo lugar con 57 representaciones; y después, Lázaro con 53. Y las tres son alusivas a la resurrección.

Jonás aparece en distintas escenas secuenciales que guiaban las catequesis de los Padres, enseñando que la misericordia de Dios es uno de sus mayores atributos, para con todos sin distinción.

Jonás se convierte en uno de los símbolos más importantes de la Biblia: tipo de la resurrección, del bautismo, testigo de la llamada a los gentiles y del perdón de Dios a los pecadores arrepentidos.

No sólo aparece en el arte paleocristiano de los sarcófagos, sino también en los mosaicos, miniaturas, vidrieras, en las obras de maestros como el Beato Fra Angélico, Caravaggio, Miguel Ángel, Lorenzetti...

El alto valor simbólico que la Iglesia ha atribuido siempre a la historia de Jonás se expresa con entrañable ternura en el *Ordo commendationis animae,* ritual para la recomendación del alma, que el sacerdote recitaba junto a los moribundos: «Líbranos, Señor, como libraste a Jonás del vientre del cetáceo. Como libraste a Jonás del vientre del cetáceo, sácame de la muerte y llévame a la vida».

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

ALONSO SCHÖKEL, L., *Doce profetas menores: Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Miqueas, Nahum, Habacuc, Sofonías, Ageo, Zacarías, Malaquías* (Madrid 1966).
Biblia de Jerusalén (Bilbao 1998).
FLECHA ANDRÉS, J. R., *Buscadores de Dios* (Madrid 1992).
MORA, M., *Jonás* (Estella, Navarra 1991).
VERGER, G., Art. en *Bibliotheca sanctorum.* VII: *Giustiniani-Luilier* (Roma 1966) 492-500.

SANTOS LORENZO IMBERT, PEDRO MAUBANT Y SANTIAGO CHASTAN

Mártires († 1839)

La comunidad católica de Corea había suspirado largamente por la llegada de misioneros cristianos que pudieran administrar los sacramentos a los que por contacto con otros fieles habían alcanzado el don divino de la fe. Pero cuando por fin le llegaron tres, enviados por la Santa Sede, el obispo Lorenzo Imbert y los presbíteros Pedro Maubant y Santiago Chastan, el odio anticristiano y la traición había provocado su detención y condena a muerte, y llegaba el día 21 de septiembre de 1839 destinado a ser el día de su ejecución. En medio de una multitud curiosa por ver la muerte de los occidentales, numerosos católicos se dispusieron a presenciar el martirio de sus pastores, pero la prudencia les exigía no dar señal alguna de su presencia, llevando en sus corazones el doble sentimiento de infinita pena por perder tan pronto a sus misioneros y de gracias a Dios porque coronaba con el martirio una entrega tan ejemplar como había sido la de aquellos espléndidos misioneros. El lugar designado era Sai-Nam-The, y allí fueron llevados los tres mártires.

Los tres misioneros fueron desnudados de cintura arriba. Se les ataron las manos delante del pecho y se les colocó un palo bajo sus sobacos. Se les taladraron las orejas y se les echó agua y argamasa en la cara. Los verdugos los arrastraron tomándolos por los palos de debajo de sus sobacos y acompañaron la tortura con insultos y malos tratos. Luego una bandera señaló la fase final y se obligó a los mártires a arrodillarse. No los mataron de uno sino de varios golpes de espada. El primero, el P. Chastan, instintivamente se puso de pie pero luego se arrodilló. Con heroica serenidad y paciencia los tres testigos de Cristo padecieron la muerte por amor de su Señor. Sus cuerpos no pudieron ser recogidos y enterrados hasta veintiún días más tarde y pasados a lugar sagrado sólo cuando la paz amaneció para la Iglesia de Corea.

LORENZO JOSÉ MARÍA IMBERT había nacido en Aix-en-Provence en 1794 en el seno de una humilde familia, tan pobre que no pudo siquiera enviar al chico al colegio. La familia vivía en Calais. A los ocho años se encontró en la calle una moneda de

un franco, y lo que hizo con ese dinero fue comprar una cartilla para aprender a leer y le pidió a una amable vecina que le enseñara. Aprendió muy pronto a leer y manifestó un gran interés por ampliar sus por entonces escasos conocimientos. La amable vecina viéndolo tan interesado le enseñó también a escribir. Cuando su párroco, el abate Armant, supo el interés del niño, lo puso en la escuela de los Hermanos del Retiro Cristiano. Pudo costearse sus libros y cuadernos con la venta de los rosarios que los religiosos le enseñaron a hacer. E igualmente empezó a ayudar en su casa.

Lorenzo quería ser sacerdote. Así lo expresó con toda claridad y recibió la ayuda precisa para ingresar en el seminario de Aix, donde tuvo una conducta ejemplar y donde progresó en los estudios, terminándolos antes de tener la edad suficiente para poder ser ordenado subdiácono. Y empezó a sentir una interior comezón que no le dejaba vivir: quería ser misionero entre los infieles. Hizo ejercicios espirituales en el monasterio trapense de Aiguebelle y lo consultó con el padre abad. Éste vio con claridad que la llamada venía de Dios y dirigió al muchacho al Seminario de Misiones Extranjeras de París. Aquí entraba el 8 de octubre de 1818. Los superiores apreciaron enseguida sus buenas cualidades y lo presentaron a las órdenes sagradas, ordenándose sacerdote el 18 de diciembre de 1819. Estaba listo para ir a las misiones.

Su primer destino iba a ser China, el inmenso Celeste Imperio donde su Sociedad tenía varios puestos misionales. Partió de Burdeos en barco el 1 de mayo de 1820 y meses después llegaba a China, empezando su tarea misionera en la ciudad de Seu-Chuen. Aquí desarrolló su trabajo apostólico con gran celo, se ganó enseguida el corazón de sus compañeros misioneros y de los fieles, demostrando una gran integridad de costumbres y un admirable respeto hacia China, su lengua, su cultura y sus habitantes. Le tocó vivir en China en tiempos de persecución y supo animar a los fieles a perseverar en la fe. Se le encomendó el establecimiento de un seminario en Moupin, en la frontera con el Tíbet. Lorenzo aprendió la lengua china y la hablaba con soltura. Igualmente había aprendido a escribir, conociendo miles de caracteres chinos.

Se trató de enviar misioneros a Corea y él no fue elegido. Se eligió a los dos futuros compañeros suyos de martirio y se nombró obispo-vicario apostólico de Corea a monseñor Bruguière. Éste se dispuso a entrar en su territorio misional pero murió el 20 de octubre de 1835 sin haber llegado a su destino. Y es entonces cuando la Sociedad de Misiones Extranjeras propone al papa Gregorio XVI que nombre a Lorenzo para el puesto vacante. Gregorio XVI llevaba, ya desde su etapa de cardenal, muy dentro del corazón el tema de la misión de Corea. Accedió a la propuesta que le hacía la Sociedad y le nombró a Lorenzo obispo titular de Capsa y vicario apostólico de Corea. De manos de monseñor Fontana recibió Lorenzo la consagración episcopal el 14 de mayo de 1837 en la ciudad china de Seu-Chuen. El obispo Fontana no dejó de señalar cuánto echaría de menos la misión china la presencia de un misionero tan eficaz como Lorenzo.

En noviembre el nuevo obispo empezó su largo viaje hacia Corea, despedido amablemente por los católicos chinos. Sabía Lorenzo que cristianos coreanos le esperaban para acompañarlo en su entrada en Corea. Finalmente y tras muchos días de viaje llegaron a Seúl. En carta a los fieles expresó su alegría y les dijo que se sentía en Corea como en el seno de su propia familia.

Mientras que el P. Chastan estaba predicando el evangelio por las provincias del sur del país, el P. Maubant acompañaba al obispo en sus primeras actividades apostólicas. Lorenzo se dedicó ante todo a aprender la lengua y sólo unos meses más tarde de su llegada ya era capaz de oír confesiones y predicar. Durante la Pascua de aquel año trescientos fieles recibieron la primera comunión. En mayo los tres misioneros se reunieron en Seúl y comenzaron a administrar el bautismo a todos cuantos estaban preparados. En noviembre lo habían recibido ya cerca de dos mil. Ninguno de los tres misioneros se daba descanso. Personas de toda clase social recibían el bautismo. A los tres seminaristas que había mandado el P. Maubant al extranjero añadió Lorenzo otros cuatro y él mismo se puso a enseñarles los rudimentos de la lengua latina.

Los cristianos intentaron mantener todo lo en secreto que les fue posible la llegada de los misioneros, pero dos apóstatas

hicieron llegar la noticia a la casa real. Los sucesos de febrero de 1839 devolvieron al poder personas apartadas tiempo atrás y dieron protagonismo a la reina viuda Kim. Y se propusieron castigar con severidad a los católicos arrestados y continuar los arrestos, como así fue. Los tres misioneros se daban cuenta de que, tras tantos años de desear recibir misioneros, no podían exponerse a la muerte sin defraudar a los católicos coreanos. Decidió Lorenzo por ello dejar Seúl y en junio se marchó a un pueblecito costero, bastante alejado, contando con la compañía de un cristiano leal. Allí fueron a buscarle los dos misioneros al terminar su periplo de evangelización. Abordaron la situación. Lamentaron que su llegada hubiera servido para un recrudecimiento de la persecución y los dos sacerdotes no estuvieron de acuerdo en que ellos se marcharan a China y sólo el obispo se quedara. Quedaron en permanecer los tres en Corea y ponerse en manos de Dios.

Pero el obispo vería claro poco más tarde que la única manera que tenía de proteger a los fieles era entregarse él mismo, y por ello el 11 de agosto de 1839 dijo por la mañana su última misa y mandó una carta a ambos misioneros en la que les decía que no podían ocultarse más; que el día anterior había sido un pobre cristiano el que había venido a buscarlo; que de todos modos se ocultaran hasta nuevas instrucciones. Seguidamente fue al encuentro de sus captores y aquella tarde llegó a Seúl. Los policías lo detuvieron y encadenaron. Interrogado, contestó que había venido a Corea a salvar almas, que había predicado personalmente a varios centenares y se negó firmemente a apostatar de su fe como se le pedía. Lorenzo les pidió entonces por carta a los dos sacerdotes que, si no habían dejado Corea, que acudieran a donde él.

Llevados los tres ante el juez, Lorenzo se negó a dar los nombres de los católicos, y entonces fueron enviados al Tribunal Supremo donde los interrogó el propio primer ministro. Lorenzo y sus compañeros fueron torturados y azotados. El 16 de septiembre se repitieron las torturas, quedando los mártires ensangrentados. Ninguno de los tres dijo un solo nombre de alguno de los católicos. Entonces se decidió su muerte. Y, como queda dicho, el día 21 de septiembre de 1839 fueron decapitados.

PEDRO FILIBERTO MAUBANT nació en Vassy, Francia, el 20 de septiembre de 1803. Tras hacer los estudios en el seminario de Bayeux, su diócesis nativa, se ordenó sacerdote y ejerció el ministerio pastoral en una parroquia, pero su anhelo era marchar a las misiones, y con licencia de su obispo, el 18 de noviembre de 1831 entraba en el Seminario de Misiones Extranjeras de París. Tras unos meses de estancia en este centro, el 5 de mayo de 1832 salía para China con la expresa misión de unirse al recién nombrado vicario apostólico monseñor Bruguière. Se dirigió con no poco valor a Pekín donde el obispo monseñor Gouvea lo ocultó durante varios meses. De allí marchó a Mongolia donde se reunió nuevamente con el vicario apostólico. Con sus instrucciones se puso en viaje hacia Corea pero el 1 de noviembre de 1835 se encontró con la noticia de que el obispo había fallecido. Y entonces decidió ir solo al encuentro de los fieles coreanos que le esperaban. Los encontró el 12 de enero de 1836 y con ellos por la frontera de Manchuria y disfrazado de persona que está de duelo se dispuso a entrar en Corea. Se dirigieron Maubant y sus acompañantes a Seúl. Se dedicó ante todo a aprender la lengua coreana, pero los fieles en cuanto supieron que estaba en el país empezaron a acudir a él en demanda de los santos sacramentos, utilizando algunos los caracteres chinos para entenderse con él en orden a la absolución sacramental. No tenía ni podía tener descanso. Impactado por el fervor de los cristianos, se dedicó a ellos por completo. Tras la Pascua visitó numerosas comunidades repartiendo los sacramentos, bautizando a más de doscientos catecúmenos y confesando a más de quinientas personas. Pensando ante todo en el futuro de la comunidad católica eligió tres jóvenes, uno de ellos el futuro mártir San Andrés Kim Taegón, y los mandó al extranjero a prepararse para el sacerdocio. Los que los guiaron hasta la frontera volvieron a Seúl trayendo al P. Chastan. Se dedicó entonces Maubant un tiempo a estudiar coreano y luego dio una gira apostólica por diversos sitios, evitando, para no ser descubierto, las vías principales. Pero en julio de 1837 se puso muy enfermo, fue llevado a Seúl y el P. Chastan le administró los últimos sacramentos, pero no murió. Mejoró y tres meses más tarde se reincorporaba a sus tareas misioneras. Su actividad

siguió siendo frenética: bautizó a unos mil doscientos catecúmenos, confesó a unos dos mil y dio la comunión a otros tantos.

Cuando el último día de 1837 llegó a Seúl el obispo Imbert, Maubant se puso a su entera disposición y con él ejerció aquel año 1838 su ministerio con tal eficacia que a finales del mismo el número de fieles había crecido hasta los casi nueve mil. Pero en 1839 llegaría la detención del obispo y posteriormente la ya contada orden del prelado de que se entregara también. De ahí, y con el obispo y su otro compañero, Chastan, pasaría al glorioso martirio.

SANTIAGO HONORATO CHASTAN nació el 7 de octubre de 1803 en Marcoux, Francia, hijo de un granjero. Su vocación misionera se despertó en él desde joven y, mientras estudiaba en el seminario de Digne, la llamada a las misiones la sentía cada vez con mayor urgencia. Visitó a su obispo, le manifestó su deseo y su obispo le negó la licencia para irse al Seminario de Misiones Extranjeras. Pero luego el prelado repensó su decisión y viendo que el joven tenía las cualidades necesarias para las misiones, le envió el permiso. Se ordenó entonces sacerdote el 23 de diciembre de 1826, se despidió de su familia y el 13 de enero de 1827 entraba en el dicho Seminario de Misiones. El 22 de abril dejaba Francia y se embarcaba en Burdeos para China. Estando aquí surge el tema de la misión de Corea y él se ofrece voluntario. Tras un largo viaje pudo entrar, con los que fueron a recogerle, en Corea. Se dedicó a aprender la lengua y poder cuanto antes oír confesiones. Se dedicó en cuanto pudo a visitar a los fieles dispersos por las varias provincias y organizó las fraternidades del Santo Rosario y el Santo Escapulario para estimular a los fieles con la devoción mariana. Hizo una gran labor y bautizó a unos tres mil catecúmenos. No pudo estar a la llegada del obispo Imbert pero luego se reunió con él en Seúl. Cuando se dio cuenta de que la persecución se proponía acabar con los misioneros extranjeros y recibió la orden de entregarse, escribió a sus padres y se despidió de ellos. Escribió también a los fieles manifestando su satisfacción por haber pasado entre ellos tres años de trabajo apostólico e invitándolos a perseverar y citándolos para el cielo. Llegado a Seúl comenzó su detención, confesión y glorioso martirio.

Estos tres campeones de la fe de Cristo fueron beatificados el 5 de julio de 1925 por el papa Pío XI y canonizados el 6 de mayo de 1984 en el viaje pastoral de Juan Pablo II a Corea, en la ceremonia conjunta de canonización de 103 mártires de Corea.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 17 (1925) 366s; 80 (1988) 117s.
DALLET, C., *Histoire de l'Église de Corée* (París 1874).
DANTEM, G., *Seme di cristiani nel paese del mattino sereno: i 24 martiri di Corea 1866-1867* (Roma 1968).
The korean martyr saints. Founders of a Church (Seúl 1996).
VÉRINAUD, J., *Lumière sur la Corée: les 103 martyrs* (París 1984).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CUADRATO

Apologista († s. II)

Cuadrato es el primer apologista conocido. Entra en la historia por su *Apología* dirigida al emperador Adriano (117-138). El historiador Eusebio dice que él se dirigió al emperador cuando éste se detuvo en Atenas, de donde era Cuadrato, hacia el año 124. Dice Eusebio que Cuadrato le presentó un discurso en el que se hacía la defensa de nuestra religión. Eusebio tenía este escrito en su poder y para probar su antigüedad cita una frase del mismo en que dice que personas curadas o resucitadas por Jesús habían vivido hasta su tiempo. Eusebio dice que fue discípulo de los apóstoles, lo que es perfectamente verosímil. San Jerónimo añade que era obispo de Atenas y que había sido contemporáneo del obispo San Dionisio de Corinto, lo que no recoge el nuevo *Martirologio romano* que dice, en cambio, que él «con su fe y su empeño congregó a la Iglesia dispersa por el terror». Su libro no ha llegado hasta nosotros.

SAN CADOC

Abad († 580)

Las biografías existentes de este santo no son anteriores a finales del siglo XI y comienzos del XII, y es claro que están lle-

nas de datos legendarios. Es difícil determinar cuáles de esos datos son verdaderamente históricos. La tradición lo tiene por el fundador —otros lo discuten— del monasterio de Nant Carfan o Llancarfan, que es el nombre popularizado luego, monasterio del que sin duda fue monje y luego abad, y es obviamente uno de los principales santos galeses. Se asegura que Cadoc o Cadog o Catwg debió nacer a finales del siglo V, hijo del rey del sur de Gales, San Gundleo o Gwynllyw, y de Santa Gwladys. Parece igualmente seguro que visitó Cornualles y Escocia y que su influencia se extendió a Irlanda. También se ha hablado de su presencia en Bretaña, donde ha tenido culto.

BEATO MARCOS SCALABRINI DE MÚTINA

Presbítero († 1498)

Nace en el primer tercio del siglo XV en la ciudad italiana de Módena. Sintiendo la vocación religiosa, ingresa en el convento de dominicos de la misma ciudad, hace la profesión religiosa y se ordena presbítero. Muy pronto sobresale como gran predicador, que llamaba especialmente a los pecadores a la penitencia y conseguía mover muchos corazones al arrepentimiento y la conversión. Con la aureola de predicador apostólico recorrió muchas ciudades italianas, en todas las cuales su predicación tuvo un gran éxito de oyentes y de conversiones. Murió cargado de virtudes y méritos en Pésaro, de cuyo convento dominicano era prior, el día 21 de septiembre de 1498, y el papa Pío IX confirmó el culto que se le venía tributando el 10 de septiembre de 1857.

SANTOS FRANCISCO JACCARD Y TOMÁS TRAN VAN THIEN

Mártires († 1838)

El día 21 de septiembre de 1838 en Quang-Tri, Annam, fueron estrangulados los santos Francisco Jaccard, misionero, y Tomás Tran Van Thien, seminarista, a causa de la fe cristiana

que ambos profesaban y que además el misionero había ido a fomentar a aquel país.

FRANCISCO JACCARD había nacido en Onion, Francia, el 6 de septiembre de 1799. Comenzó sus estudios en el seminario de Melan, pasando luego al de Chambery. Estando en este centro de formación sintió la vocación misionera y pasó al Seminario de Misiones Extranjeras, en cuya Sociedad ingresó. Una vez ordenado sacerdote, fue enviado a la misión de Cochinchina, con el cargo de provicario general y residencia en Phuong-Rh. En 1827 fue arrestado y llevado a Hue, donde su cultura y bondad se granjeó la estima de los propios mandarines encargados de juzgarle y que lo dejaron en libertad, a condición de completar las traducciones que se le habían solicitado. No obstante no estaba seguro, porque numerosos paganos atizaban la ira anticristiana de las autoridades con calumnias contra los cristianos. Los habitantes de Cai-Lao acusaron al P. Jaccard de haber guiado a los cristianos de Duong-Son para saquearlos. Apresado por esta acusación, pasó por diferentes tribunales y finalmente fue desterrado a Ai-Lao y luego a Cam-Lo. Al rey le disgustó sobremanera la apertura de la escuela de Di-Loan y mandó averiguar si Jaccard había tenido parte en su apertura. Los mandarines encargados de la averiguación llegaron a la conclusión de que Jaccard no había tenido parte en ella pero le exigieron como prueba de su lealtad al rey que renunciase al cristianismo. El misionero se negó. Entonces fue llevado a la cárcel, cargado con la canga y encadenado. En la cárcel de Quang-Tri se encontró con el seminarista Tomás Thien que sería su compañero de martirio. Sufrió en diferentes ocasiones fortísimas flagelaciones que lo dejaron completamente exhausto. También se le dio el tormento de las tenazas ardientes, quemándole la carne hasta los huesos. Por fin fue estrangulado.

TOMÁS TRAN VAN THIEN había nacido en Trung-Quang en 1820, hijo de una familia cristiana. Decidida su vocación sacerdotal, ingresó en el colegio de Di-Loan, que había restablecido el P. Candalh. Pero llevaba allí muy poco tiempo cuando los alumnos fueron arrestados bajo la acusación de profesar una religión prohibida y fueron llevados a la cárcel de Quang-Tri. Mientras los demás compañeros, asustados por la perspectiva

de la cárcel, las torturas y la muerte, apostataron, Tomás se mantuvo firme en la fe. Le dieron cuarenta golpes con caña de bambú a ver si apostataba, pero recibió el tormento alegre de padecer por Cristo. A la espera de que Tomás también apostatara no les dieron libertad a los demás seminaristas pese a su apostasía, y por ello cuando Tomás fue devuelto a la cárcel los otros le insistían en que apostatara y lo maltrataban con ese motivo. No cedió Tomás, y fue de nuevo apaleado y con mayor crueldad. Perseveró el joven, no obstante, en su confesión de fe y por fin lo estrangularon al mismo tiempo que al P. Jaccard.

Fueron canonizados el 19 de junio de 1988 por el papa Juan Pablo II junto con los 117 mártires de Vietnam, muertos por la fe entre los años 1745-1862, que habían sido beatificados a lo largo del siglo XX.

BEATOS VICENTE GALBIS GIRONÉS Y MANUEL TORRÓ GARCÍA

Mártires († 1936)

En el cementerio de Benissoda en la noche del 21 de septiembre de 1936 fueron fusilados seis católicos, dos de los cuales son nuestros mártires de hoy, elevados por la Iglesia a la gloria de los altares. Mientras los llevaban al martirio rezaron en voz alta el santo rosario y al final del mismo todos recitaron la Salve, dando seguidamente vivas a Cristo Rey hasta que las balas callaron sus voces. Fueron todos echados a una fosa común, en la que estuvieron sus restos hasta su traslado posterior al cementerio de Onteniente.

VICENTE GALBIS GIRONÉS nace en Onteniente el 9 de septiembre de 1910. Se educa en el colegio de los PP. Franciscanos, pasa luego al Instituto Nacional de Murcia para estudiar el bachillerato y hace la carrera de derecho en la Universidad de Valencia. Milita en las filas de la Juventud Católica, de donde saldrían también otros mártires, y sigue en ella cuando se transforma en Juventud de Acción Católica. Fue también miembro de las Conferencias de San Vicente de Paúl y de la Adoración Nocturna, mostrándose siempre un católico convencido, activo y fervoroso. Terminada ya su carrera y ejerciendo como aboga-

do, contrajo matrimonio el 5 de septiembre de 1935 con María Desamparados Bonastre Oltra, que le dio un hijo en el mes de julio de 1936. Nunca se metió en militancia política alguna, pero sí se señaló como católico militante. Llegada la revolución de julio de 1936, su casa fue objeto de registros y le propusieron se hiciera abogado de organizaciones de izquierdas, a lo que se negó «porque no podía ser abogado de gentes que profanan imágenes y desvalijan templos». En la madrugada del 21 de septiembre fueron a por él, se dio cuenta de su destino y se despidió con plena conciencia de su esposa. Llevado a la cárcel, lo sacaron de ella a las dos horas para llevarlo a la muerte.

MANUEL TORRÓ GARCÍA nació en Onteniente el 2 de julio de 1902. Hizo en Valencia los estudios de perito aparejador, y ya de estudiante dio muestras de su espíritu sinceramente religioso. Fundó un turno de Adoración Nocturna y era miembro de varias asociaciones religiosas. El 26 de diciembre de 1926 contrajo matrimonio con Rosario Romero Almenar, con la que no tuvo hijos. Fue uno de los fundadores y el primer presidente de la Acción Católica en la parroquia de San Carlos, de Onteniente, siéndolo también de la Adoración Nocturna. Pertenecía a la Orden Tercera de San Francisco. Después de las elecciones de febrero de 1936, fue jefe de un grupo de vigilancia nocturna que intentaba impedir el saqueo o incendio de la parroquia de San Carlos, dejando de hacerlo cuando estalló la revolución del 18 de julio de 1936 por ser ya inútil cualquier vigilancia. Por entonces igualmente el párroco tomó el copón con las sagradas formas y lo llevó a casa de Manuel, desde donde todos los domingos lo llevaban a la casa de sus padres y, luego de leer los textos de la santa misa, Manuel, su esposa, sus padres y sus hermanos comulgaban todos. Se negó a esconderse, le dijo a su esposa que estaba dispuesto al martirio, y confesó el día de la Asunción. El día 21 de septiembre fueron a por él, les dijo que los perdonaba y a uno de ellos le dio su tabaco. Se puso un traje limpio consciente de que iba al martirio, en señal de la alegría con que recibía la muerte por Cristo.

Fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

22 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Roma, en la Vía Ostiense, la conmemoración de Santa Emérita (fecha desconocida), mártir.
2. En Agaunum (Suiza), santos Mauricio, Exuperio, Cándido, militares, y sus compañeros de la legión Tebea, y el veterano Víctor († 302), mártires **.
3. En Roma, en la Vía Salaria antigua, la deposición de Santa Basila († 304), mártir.
4. En Levroux (Bourges), San Silvano († s. V), ermitaño.
5. En el Monte Glonna, junto a Poitiers, San Florencio († s. VI), presbítero.
6. En el territorio de la Galia Constanciense, San Lautón o Laudo († d. 549), obispo.
7. En Laon (Neustria), Santa Salaberga († 664), abadesa.
8. En Ratisbona (Baviera), San Emmerammo († 690), obispo y mártir.
9. En el monasterio cisterciense de Morimond, Beato Otón († 1158), obispo de Frisinga y antes abad de dicho monasterio *.
10. En Turín (Italia), San Ignacio de Santhià († 1770), presbítero, religioso capuchino **.
11. En Rochefort (Francia), Beato José Marchandon († 1794), presbítero y mártir *.
12. En Seúl (Corea), santos Pablo Chong Ha-sang y Agustín Yu Chin-gil († 1839), mártires **.
13. En Montserrat (Barcelona), Beato Carlos Navarro Miquel († 1936), presbítero, religioso escolapio, mártir *.
14. En el mismo lugar, Beato Germán Gozalvo Andreu († 1936), presbítero y mártir *.
15. En Alzira (Valencia), beatos Vicente Pelufo Corts, presbítero, y Josefina Moscardó Montalvá, virgen († 1936), mártires *.
16. En Bolbaite (Valencia), Beato Vicente Sicluna Hernández († 1936), presbítero y mártir *.
17. En Corbera (Valencia), Beata María de la Purificación Vidal Pastor († 1936), virgen y mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS MAURICIO, EXUPERIO, CÁNDIDO Y VÍCTOR

Mártires († 302)

En un primer plano hacia la derecha nos salen al encuentro los oficiales de la legión Tebea. Destacándose su figura en el fino gesto de su mano con un dedo en alto, San Mauricio, el caudillo de la tropa «rebelde». En conversación con él, hablando con las manos ya que no pueden hacerlo con las palabras, los otros oficiales que sostuvieran la resistencia: Exuperio, Cándido y Víctor. Un niño, siempre los pajecillos en sus lienzos, sostiene un yelmo, porque todas las figuras aparecen destocadas. Y a la derecha del protagonista, un grupo de cabezas que en este caso hablan con los ojos, atentos al diálogo de sus jefes.

Todo es aquí contenido, sereno, helénico, salvo en las nerviosas piernas desnudas de estos soldados que parecen arder. Porque la llama es más bien interior, y el agitarse de los espíritus está expresado con música de fondo, en ese flamear de la amplia bandera carmesí, en las lanzas erectas y en el cielo atormentado que los cobija.

Con más intencionalidad en la escena de la izquierda, disimuladamente descrita en todo su horror de carnicería. Allí está el tormento como esquivado en su representación somera; pero allí está a la vez la clave para entender el coloquio de las cuatro figuras principales y adivinar su heroísmo y santidad.

Aunque la santidad nos la explica mejor la escena de arriba. Porque Doménico Theotocópuli gusta de establecer zonas contrapuestas, la terrenal, en que recoge el hecho y anécdota, y la sobrenatural, donde un coro de ángeles músicos y una pareja de ángeles con palmas y coronas, aparte de hacer del lienzo un maravilloso poema cromático, nos dicen que aquellos mílites no son héroes de Homero, sino mártires cristianos.

En esta obra, que puede clasificarse entre las mejores del Greco, palpita un poderoso acento sentimental, si bien su autor, transido de brisas clásicas, ha querido diluir la emoción del conjunto desparramándola en los colores insólitos —azules y amarillos— nunca vistos en él, y en su opulencia decorativa.

El Cretense, con esta composición de su primera época española —1582—, quiso ofrecer a Felipe II, que se la encargaba en 1579 para una de las capillas de El Escorial, una prueba de sus posibilidades de gran artista, por encima de todos los «manierismos». Mas el lienzo, dice el padre Sigüenza, «no contentó al monarca», y no llegó a ser colocado nunca en la capilla, pasando a las salas capitulares, donde todavía se exhibe. El rey en cierto modo tenía razón, porque el cuadro, por su asimetría y lo tripartito de la composición, no es devocional, aunque capte maravillosamente la psicología de los personajes y narre las tres fases del tema. Lo cierto es que Theotocópuli cobró los 800 ducados del contrato, y se volvió a Toledo. Nunca Felipe II hizo mejor servicio a la ciudad imperial.

El joven artista encendió ya entonces la controversia. «Dicen (que el cuadro) es de mucho arte, y que su autor sabe mucho, y se ven cosas excelentes de su mano», vuelve a anotar el padre Sigüenza. El artista, para vengarse de sus émulos, firmó su obra en una hoja de papel que muerde una víbora, alusión patente a los envidiosos.

Si he traído aquí al pintor cretense es porque ha popularizado con aquel lienzo, que no gustó a Felipe II, el martirio de San Mauricio y sus compañeros.

Pues lo que el Greco expresó con sus pinceles lo narra en una prosa llena de colorido el obispo de Lyón, San Euquero, muerto a mediados del siglo V. Este santo es el autor de la *passio* de San Mauricio y la legión Tebea, donde pretendió recoger las tradiciones orales «para salvar del olvido las acciones de estos mártires».

Aunque cita testigos de su relato, ninguno de ellos puede ser contemporáneo, ni siquiera a través de tercero, de los hechos que narra, por haber transcurrido un hiato de siglo y medio.

Diocleciano había asociado a su Imperio a Maximiano Hércules. Ambos, feroces enemigos del nombre cristiano, decretaron la última y la más terrible de las persecuciones.

Maximiano hubo de acudir a las Galias para reprimir un intento de sublevación de aquellos pueblos, y entre las tropas que reunió se encontraba la legión Tebea, procedente de Egipto y toda compuesta de cristianos. Al ir a incorporarse a su destino,

Mauricio, comandante de dicha legión, visita en Roma al papa Marcelo. Llegados a Octadura, la actual Martigny en el Valais, junto a los desfiladeros de los Alpes suizos, Maximiano ordena un sacrificio a los dioses para impetrar su protección en la campaña que pensaba emprender.

Los componentes de la legión Tebea rehúsan sacrificar, apartándose del resto del ejército y yendo a acampar a Agauna, entre las montañas y el Ródano, no lejos del lado oriental del lago Lemán.

Maximiano monta en cólera cuando conoce el motivo de la deserción, dando orden de que los legionarios rebeldes sean diezmados y pasados a espada. Los sobrevivientes se reafirman en su fe y se animan a sufrir todos los tormentos antes que renegar de la verdadera religión.

Maximiano, cruel más que una bestia feroz, ordena diezmar por segunda vez a los soldados cristianos. Mientras se lleva a cabo la orden imperial, el resto de los tebanos se exhortan mutuamente a perseverar, sostenidos por sus jefes: Mauricio, a quien el narrador llama *primicerius,* o comandante en jefe de la legión, aunque en la terminología castrense romana no designara tal nombre esa función; Exuperio, *campidoctor* (término equivalente a lo que hoy llamaríamos un oficial de menor graduación), y Cándido, *senator militum,* también oficial. Encendidos con tales exhortaciones de sus jefes y oficiales, los soldados envían una delegación a Maximiano para exponerle su resolución.

Al describir tales incidentes, Euquero pone en las bocas de los protagonistas largos discursos, a la manera de Tito Livio y los historiadores clásicos. Los legionarios tebanos declaran que no pueden faltar al juramento prestado a Dios. Que obedecerán al emperador siempre que su fe no se lo impida, y que si determina hacerlos perecer, renuncian a defenderse, como tampoco lo hicieran sus camaradas, cuya suerte no temen seguir.

Viéndoles tan obstinados, Maximiano envía a sus tropas contra ellos, que se dejan degollar como mansos corderos. Corren arroyos de sangre como jamás se viera en las más cruentas batallas.

Víctor, veterano licenciado de otra legión, pasa casualmente por el lugar del suceso, mientras los verdugos festejaban su

crueldad. Inquiere la causa, y al informarse lamenta no haber podido acompañar a sus hermanos en la fe. Entonces los verdugos le sacrifican juntamente con los demás.

Según Euquero, toda la legión Tebea, compuesta de 6.600 soldados, fue pasada por las armas, si bien de entre tantos mártires sólo se conoce el nombre de Mauricio, Exuperio, Cándido y Víctor. «Los restantes nombres, que nosotros ignoramos, están inscritos en el libro de la vida».

De la lectura de la pasión se destaca un dato incontrovertible: En el siglo V y aun en el IV se daba culto en Agauna a unos soldados mártires, y esto representa un testimonio de la mayor importancia.

Las circunstancias del martirio aparecen ya menos claras, y el sincronismo establecido por Euquero no concuerda con la historia general que conocemos.

Sitúa el suceso durante la gran persecución de Maximiano, cuando ya la Galia estaba gobernada por Constancio Cloro, que no aplicó los decretos persecutorios. Además, resulta improbable que los soldados martirizados fuesen 6.600, pues ésta era la cifra teórica de los hombres de una legión, que por aquellas fechas se reducía en la práctica al millar de combatientes.

Sea lo que fuere de estos detalles, lo que no cabe dudar es que a finales del siglo III ocurrió en Agauna un martirio colectivo de soldados cristianos, hecatombe de la que existen casos parecidos, como los cuarenta mártires de Sebaste.

¿Procedían aquellos soldados de la Tebaida egipcia? Bien pudiera ser, aunque los legionarios tebanos no estuvieran normalmente de guarnición en la región del Valais. No veamos en ellos un puro simbolismo, como si hubieran sido calificados de tebanos por ser la Tebaida la tierra clásica de santos y ermitaños del primitivo cristianismo.

Acerca de los nombres de los oficiales que nos ha transmitido Euquero, corresponden perfectamente a soldados de entonces, y no hay por qué dudar de su autenticidad. Mauricio significa «negro» (moro), Cándido, «blanco»; Exuperio, «devantado en alto», y Víctor, «victorioso».

Ya en el siglo IX la fiesta de San Mauricio y de sus compañeros mártires de la *legio felix Agaunensis* era celebrada en Roma y

en toda la cristiandad. Merece destacarse el hecho de que el ceremonial de la coronación de los emperadores, compuesto hacia el siglo XI, determina que el Papa corone al emperador en la basílica de San Pedro, en el altar de San Mauricio, invocando su protección sobre el ejército «romano y teutónico».

Según refiere el citado Euquero, fue San Teodoro, obispo del Valais, quien hizo exhumar los restos de los mártires tebanos, levantando en su honor una pequeña basílica, de la cual se han encontrado huellas en excavaciones efectuadas en el pasado siglo, como también de otros santuarios levantados en aquellos parajes.

El 22 de septiembre del 515 pronunció San Avito, obispo de Viena, una homilía para la inauguración de la abadía de Agauna, fundada por el piadoso rey Segismundo.

El abad Alteo, pariente de Carlomagno, hizo levantar una iglesia mayor a fines del siglo VIII, conservada cuando se construyó otra nueva basílica en el siglo XI.

Los canónigos regulares se establecieron en Agauna el año 1128, y allí han perdurado siempre. La actual abadía fue reconstruida en el siglo XVII.

Los mártires de la legión Tebea fueron venerados por todas partes, y de ellos hay reliquias en infinidad de iglesias, como Viena del Delfinado, San Cugat del Vallés, El Escorial, catedral de Toledo, etc. En Francia sesenta y dos municipios llevan el nombre de Saint-Maurice.

Hasta las armas de este santo fueron objeto de veneración. Carlos Martel quiso servirse de la lanza de San Mauricio y de su morrión cuando presentó batalla a los sarracenos en Poitiers. Los duques de Saboya, en cuyo territorio está comprendido el lugar de su martirio, llevaron siempre el anillo de este santo como una de las más preciosas señales de su soberanía.

También hay una orden militar, fundada en 1434 por Amadeo VIII, primer duque de Saboya, que está encomendada a San Mauricio, gran protector de esta casa. Carlos Manuel la fundió posteriormente con la Orden de San Lázaro. La Orden del Toisón de Oro le tiene igualmente por patrono, lo que explicaría la devoción que le profesaba Felipe II.

Estos mártires gozaron de oficio con antífonas propias, de gran belleza musical literaria. He aquí algunas, aunque pierdan mucho color al ser traducidas:

«La santa legión de los mártires agaunenses, mientras resistía a los adversarios, merced a la intervención de San Mauricio, su general, alcanzó el premio de la inmortalidad».

«He aquí cómo por la intervención de estos santos se ha convertido Agauna en lugar sagrado que sirve de salud a los presentes y de defensa a los venideros».

En efecto, parece que la historia ha confirmado el voto de la liturgia, pues en la Alta Edad Media la abadía de Agauna se hizo famosa por la santidad de sus monjes.

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Acta sanctorum. 22 septembris, t.VI, p.308-403; 895-926.
BERNARD DE MONTMÉLIAN, J. S., *Maurice et la légion thébaine* (París 1888).
BESSON, M., *Monasterium acaunense* (Friburgo 1913) 1-61.
PANTORBA, B. DE (ed.), *Los grandes pintores españoles: 70 obras maestras del Greco* (Madrid 1953).

SAN IGNACIO DE SANTHIÀ

Presbítero († 1770)

Nació el 5 de junio del año 1686 en la localidad de Santhià, Santa Ágata, provincia de Vercelli (Italia). Ese mismo día fue bautizado con los nombres de Lorenzo Mauricio. Era el cuarto de los siete hijos del matrimonio formado por Pedro Pablo Belvisotti y María Elisabetta Balocco.

Santhià es una localidad del Piamonte, en la provincia de Novara, cerca de Vercelli. En tiempos romanos se la denominaba *Vicus viae longae.* Era una villa muy antigua y de viejas tradiciones. La vida en ella resultaba sencilla, pero no cómoda. Muchos niños tenían que trabajar para ayudar en la marcha de sus hogares. El ir a la escuela era un lujo que no todos podían tener, no porque se pagara la enseñanza, sino porque no había escuela para todos. Pero la familia era de clase acomodada y sus miembros estaban emparentados con las mejores familias de Santhià y del condado. Por eso el niño Lorenzo pudo considerarse un privilegiado.

Tenía poco más de siete años cuando perdió a su padre. Al morir éste, su madre lo encomendó a un piadoso sacerdote pa-

riente suyo y muy competente, que se encargó de su formación intelectual y espiritual. Tal vez fue él quien le sembró los primeros gérmenes sacerdotales y el que le alentó a seguir el camino del servicio eclesial. Por eso ingresó como seminarista en la colegiata del pueblo. Allí creció desde los once doce años en cultura y piedad y maduró su vocación, además de lograr una formación literaria envidiable.

En 1710 terminó los estudios teológicos en Vercelli y, al estar vacante la sede episcopal, consiguió del papa Clemente XI un *Breve* que le autorizaba para recibir de cualquier obispo en comunión con la Santa Sede las órdenes menores y mayores, incluido el sacerdocio. El 26 de febrero de 1710, después de los trámites convenientes y de demostrar sus amplios conocimientos teológicos, fue ordenado sacerdote. Tenía 24 años.

Sus primeros fervores apostólicos se desarrollaron en diversos frentes: colaboró con algunas parroquias, al tiempo que cultivaba su vida de piedad y su formación cultural y teológica con lecturas frecuentes. Especial acierto manifestó con su colaboración en misiones populares organizadas por los jesuitas, entre los cuales escogió a su director espiritual, que lo fue el P. Cacciamala.

Para poder vivir aceptó el encargo de preceptor en la noble familia de los Avogadro, de Vercelli, que tenía el privilegio de nombrar a un sacerdote párroco de Casanova Elvo. Por eso fue también párroco del lugar y quedó así con la vida asegurada, aunque una voz le decía en su interior que algo le faltaba. En 1713 rehusó el cargo de canónigo rector de la colegiata de Santhià, que también se le ofrecía. Pero en 1715 intentó desempeñar el ministerio pastoral en otra parroquia para moverse con más libertad que en la anterior. Un debate jurisdiccional sobre el nombramiento para regirla resultó providencial para su futuro. Comenzó a pensar que los cargos humanos no iban con su ideal de vida y que era triste pleitear por intereses materiales.

Fue entonces cuando tomó una decisión valiente y novedosa. Se presentó a principios de mayo de 1716 al padre provincial de los capuchinos en el convento de «El Monte», en Turín, para decirle que quería ser de su familia religiosa. Fue acogido con asombro y en principio disuadido. Se le dijo que la Iglesia nece-

sitaba también sacerdotes piadosos que fueran seculares. Él no era ya un desconocido cura de aldea, sino que gozaba de cierta fama de buen orador por sus ejercicios y misiones predicadas con los padres jesuitas de Vercelli. Esa fama le había llegado también al superior que le recibía.

Por si se trataba de una ráfaga pasajera de fervor, o su decisión era fruto de un desengaño, el Provincial trató de disuadirle y le presentó las dificultades para ingresar en los capuchinos. Además le dijo que era un momento en el que las buenas vocaciones eran abundantes y los religiosos de esta Orden contaban en la provincia con más de 500 religiosos.

Le llegó a decir, según él mismo contaría más tarde:

> «¿Por qué va Vd. a romper su carrera de sacerdote y renunciar a hacer el bien espiritual que está haciendo?».

Ignacio respondió sin vacilar:

> «Padre, mi corazón no reposa en ningún triunfo. Siento en el fondo del alma una voz que me dice que yo sólo encontraré la paz en hacer la voluntad de Dios por medio de la obediencia a un superior».

Él era ya sacerdote y sabía lo que hacía. El gesto de humildad y las palabras de sabiduría cristiana y sacerdotal desarmaron al interlocutor.

Recibida de inmediato la aceptación, hizo una visita muy rápida a su parroquia y, sin pasar por Santhià para saludar a sus parientes y despedirse, se dirigió a Chieri, donde el 24 de mayo de 1716 comenzó su vida religiosa con el nombre de fray Ignacio de Santhià. Iba con conocimiento de causa y con total libertad. Abrazaba la Orden capuchina a la edad de 30 años para vivir la alegría de la obediencia. En la vestición del hábito capuchino recibió el nombre de Ignacio con el que pasaría a la posteridad. Su decisión no fue comprendida por muchos de sus conocidos, particularmente por sus parientes. Pero él tenía suficiente personalidad, libertad y madurez para tomar sus propias opciones y siguió su vocación y su camino.

Al año siguiente, recién profeso, fue enviado al convento del Saluzzo para dedicarse a tener la iglesia ordenada y cuidar el culto, como sacerdote que era. Su principal ocupación, además de la atención sacramental en el templo, se centró en la adora-

ción al Santísimo Sacramento y en promover la piedad de los fieles. Él mismo permanecía en adoración muchas horas y acogía a todos los que querían confesarse, pedir consejo o compartir las plegarias del templo. En lo que más destacó fue en su asiduidad en la administración del sacramento de la penitencia y en la dirección de las almas que acudían a su confesionario. La idea de que era un «Padre siempre disponible» se extendió pronto entre todos los que le iban conociendo.

Pronto pensaron los superiores en él para otras misiones. En 1718 fue enviado como profesor a la casa de Saluzzo y en 1721 fue destinado a Chieri, para que fuese ejemplo de los novicios. Ignacio era el «padre disponible», que los superiores podían mandar a su gusto a cualquier lugar en que se necesitara un apoyo. Había venido a la vida religiosa a obedecer y ése era su destino y su trabajo. Más que con las palabras, predicaba con su ejemplo. Al verle, todos entendían que la obediencia vuelve a los hombres alegres.

Su presencia y su disponibilidad incondicional eran siempre apreciadas y su ejemplo era tan eficaz que allí donde estaba reinaban el orden y la paz. Durante unos años fueron numerosos los lugares que recorrió: Bella, Pinerolo, Avigliana, Ivrea, Chivasso, Mondoví, Chieri y otros lugares. En todos los lugares irradió serenidad y amor a Dios y a los pecadores. Pasaba las horas administrando los sacramentos, visitando enfermos y moribundos, predicando cuando era necesario.

En 1727 fray Ignacio fue enviado a Turín, al convento de El Monte, para que terminara su formación teológica. Y luego fue destinado a Chieri otra vez para encargarse del culto y ordenar las acciones religiosas y sacramentales del templo, con el encargo de ser confesor de seglares, oficio que desempeñó con total acierto. En este ministerio resplandeció su orden interior y exterior. Es de cuando mejor queda relatada por los testigos el estilo y género de vida que solía llevar.

Rezaba los maitines a media noche y seguía la meditación con la comunidad. Al amanecer era el primero que estaba de nuevo en el coro para laudes. Luego celebraba la Eucaristía y quedaba largo rato dando gracias a Dios. Se ponía luego a disposición de los penitentes que le aguardaban junto al confesio-

nario hasta el mediodía o tal vez más tiempo. En los días laborables, tenía menos penitentes, pero no menos trabajo, pues siempre estaba disponible para ayudar a la misa a los 60 sacerdotes que entonces tenía el convento. Si por casualidad le quedaba algún pequeño rato libre, permanecía en oración inmóvil y piadoso.

Muy pronto la fama del buen director de espíritu atrajo a El Monte a religiosos, sacerdotes y fieles deseosos de un guía auténtico en el camino de la santidad. Y también le fueron llegando pecadores empedernidos y jóvenes libertinos, que oían hablar de su corazón compasivo y de cierto misterio persuasivo que acompañaba sus palabras de perdón. A todos los acogía con el mayor amor, sobre todo con dulzura, pues siempre veía en los pecadores arrepentidos la imagen del hijo pródigo que regresa a la casa paterna en busca de misericordia y no de castigos. Algunos de los contemporáneos le llamaban «padre de los pecadores y de los desesperados». Y así contribuían a divulgar la fama de su eficaz apostolado.

Refiere un testigo, hablando de su gran sensibilidad ante los pecadores, que un día, mientras estaba recogiendo leña en la selva de El Monte con unos jóvenes estudiantes, oyó que uno de ellos decía como ocurrencia: «Con toda esta leña se puede hacer una hoguera tan grande, que serviría para quemar a un ejército de pecadores». El padre Ignacio se molestó y, con tono de dolido reproche, exclamó: «Pero, hermano, ¿dónde está la caridad? Eso que dice no es el espíritu de Jesús... Hemos de tener caridad, mansedumbre, paciencia. Es necesario compadecerse de los pecadores, pedir a Dios que los convierta y los salve, no que los queme».

En 1731 el capítulo provincial le nombró encargado de novicios y le encomendó la formación de los candidatos a la vida capuchina en el convento de Mondoví. Allá marchó con humildad y temor por su parte. Fueron años de mucha actividad y responsabilidad, pues los candidatos eran muchos y había que discernir, junto con ellos, los que tenían vocación y respondían de verdad a los designios del cielo. Un capuchino de aquellos años escribía a un aspirante al noviciado: «Me lleno de alegría con usted por su suerte tan hermosa; va usted bajo la

dirección de uno que sabe y obra como verdadero maestro. Para mí es un santo religioso».

Su fama se extendió también entre la gente de la ciudad, de tal manera que los jóvenes que asistían a las escuelas superiores escogían a veces el convento como meta de su paseo, diciendo: «Vamos a ver al famoso santo». Y hubo muchos jóvenes, incluso algunos sacerdotes, que se hicieron capuchinos por su ejemplo atractivo más que por su palabra persuasiva.

Permaneció 14 años en la dirección del noviciado de Mondoví. Su objetivo primero fue que sus jóvenes fueran verdaderos discípulos de Jesucristo y descubrieran el ejemplo arrollador de San Francisco. Les quería amantes de Dios y verdaderos obedientes. Él mismo había venido a buscar en el convento obediencia y por eso, cuando decía a sus novicios: «¡Obediencia! ¡Obediencia! ¿Qué cosa más grata podemos ofrecer a Dios que nuestra obediencia?», sus frases no eran más que eco de su vida. Con sólo describir sus formas de actuar se podría escribir un buen tratado de pedagogía franciscana.

No era un místico, un sentimental, ni un piadoso fraile que se acobardara ante las dificultades. Su reciedumbre moral y espiritual respondía a su amor a Cristo. Preparaba a los jóvenes para la lucha, para la mortificación, para la penitencia. Al mismo tiempo les ofrecía y les reclamaba una sólida formación teológica y moral. Cuando corregía, sus palabras eran tan amorosas, que el áspero camino de la virtud se convertía en dulce. Lo más persuasivo de sus actuaciones es que ni una cosa de las que decía dejaba él mismo de cumplirla.

Sabía que, tratando con jóvenes, las palabras sin ejemplos son tiempo perdido. Y consideraba el tiempo de noviciado demasiado importante para perderlo en disimulos o en discursos estériles.

Su celda estaba abierta a cualquier hora del día o de la noche para los novicios necesitados de consejo o de un coloquio para superar una prueba o para esclarecer alguna duda. Y de allí salían los novicios tranquilizados. Uno de sus antiguos discípulos, que vivió y murió como santo, el padre Jacinto de Pinerolo, escribió de él en una ocasión: «Me edificaba el modo como el padre Ignacio nos mandaba... Con algunos trataba seriamente y

con otros prevalecía la suavidad. A todos, acompañaba, al débil y al fuerte. Usaba con todos el condimento de las buenas palabras». Y el autor de esta manifestación confesaba inocentemente que sólo debido a tan consumado maestro pudo perseverar en la vida capuchina.

Era emocionante cuando les pedía a los mismos discípulos que le señalaran sus errores y sus defectos para tratar de corregirlos. Les agradecía con humildad que le indicaran sus fallos. Luego les preguntaba si habían advertido mejoría. Había tres cosas franciscanas que el humilde maestro cuidaba con esmero: el amor a Cristo y al Evangelio, ideal de todo cristiano, y en lo que San Francisco tanto insistió; la práctica de la pobreza y de la sencillez de vida; y el amor a la Virgen María, sobre todo presente y testigo en la pasión de su divino Hijo.

Además de su cargo y su tarea, siempre estaba disponible para otras tareas que surgieran. Bastaba que el superior, instado por los apremios de personas que reclamaban asistencia, le insinuara algo, para que inmediatamente le dijera: «Padre, no piense en mis achaques, ni en mis años; con la obediencia lo puedo todo». Así se mantuvo hasta un año antes de su muerte, no obstante su hernia y sus venas varicosas, que a veces se le abrían y le producían intensos dolores.

Un día el padre provincial le expuso la triste situación del convento de Chivasso, donde todos los religiosos estaban en cama, atacados de una epidemia que hacía víctimas en toda la región. Todavía no había terminado de hablar y fray Ignacio se puso de rodillas para pedirle la bendición y poder acudir en ayuda de aquellos necesitados. Sin pensar siquiera en subir a la celda, bajó al Po, se embarcó y, después de tres horas, ya estaba en Chivasso consolando y asistiendo a los enfermos.

Los recuerdos al estilo de las «florecillas de San Francisco» estuvieron siempre presentes en cuantos pasaron por su sabia dirección. Por ejemplo un día en el que, en el bochorno del verano, un novicio le pidió permiso para ir a beber un poco de agua. Rápidamente le respondió: «¡Vaya!». Y al punto le detuvo: «¡Ah! Dígame: ¿Qué santo es hoy?». (Era el 10 de agosto de 1741). «San Lorenzo», respondió el novicio. «¡Qué manera de abrasarse en aquellas parrillas! Y sin un sorbo de agua!...

No obstante, puede ir a beber». El novicio comprendió el diálogo y renunció a la bebida inmediata.

En otra ocasión, apenas terminó la vestición de un joven de largo y hermoso cabello, tomó unas tijeras para convertir su cabeza en una silueta de tonsura franciscana. Antes de dar el primer corte, le preguntó a quemarropa qué le decía el corazón. A la respuesta de: *¡Bien!,* le indicó que fuera al sagrario a orar y por tres veces le repitió la pregunta y le envió ante el altar para que comprendiera que toda decisión debe brotar del contacto con Dios. Luego la vanidad del novicio quedó disminuida por la humildad franciscana.

Había un novicio que tenía pánico a la muerte y a los muertos, y huía cuanto podía para no pasar, sobre todo en la oscuridad, cerca del panteón que había en la iglesia. A éste le recomendó que al anochecer fuera a orar por los difuntos y aprendiera a vencer sus miedos para cuando tuviera un día que acompañar a un cadáver o ayudar a amortajar a un pobre fallecido en el abandono. Y le decía: «Hijito, no tenga más miedo a los difuntos que a los vivos, si su conciencia está en paz con Dios por estar limpia».

Durante un tiempo prestó, algunas horas al día, asistencia a un grupo de prisioneros alemanes, algunos de ellos enfermos. Se reclamó su presencia para ser capellán jefe. Durante dos años, incansable siempre, pasó días y noches con heridos y contagiados, sirviendo, consolando, preparando a los moribundos para el supremo paso, con una caridad y una solicitud que sólo una madre podría haber manifestado.

Después de 14 años, la vida del padre Ignacio tomó otro cariz. Entre sus primeros novicios había tenido un sacerdote secular que, después de la profesión religiosa, marchó como misionero al Congo: era el padre Bernardino de Vezza. Cuando su labor misionera estaba más en auge, le afectó una grave enfermedad en los ojos. Quedó ciego de uno de ellos y el otro se le debilitaba día tras día. Acordándose de su maestro, que ya en el noviciado había logrado curarle de otra grave enfermedad, le escribió una carta pidiéndole oraciones.

El padre Ignacio se conmovió y, repleto de generosidad, marchó al sagrario a presentar un heroico ofrecimiento a Dios:

«Señor, si a Vos os place, que el mal de este hijo mío pase a mí, hazlo...». Se levantó y subió a responder al padre Bernardino con una carta llena de esperanza, asegurándole haberle encomendado al Señor el asunto. Le decía: «Creo que pronto va a llegarle la respuesta del cielo».

En efecto, la respuesta llegó al misionero mucho antes que la carta del padre Ignacio. En cierto momento, el ojo ciego recobró de improviso la vista y el otro empezó a curar rápidamente. Cuando, al fin, le llegó la carta, el misionero pudo constatar que su curación había coincidido con la fecha de salida de la misiva y, por lo tanto, con la oración hecha por su maestro. Pero ignoró hasta mucho tiempo después que el padre Ignacio al mismo tiempo había experimentado un mal incurable en sus ojos, que le dolían y no le servían ya casi para nada. Sus hermanos religiosos y los médicos no acertaron a explicar ni a curar su mal, aunque aplicaron remedios dolorosos.

Así las cosas, al final del año 1744, el padre Ignacio tuvo que ir a Turín para fuertes tratamientos y aquello fue el adiós al noviciado, adonde, ya casi ciego, no pudo regresar. Había pasado 14 años formando corazones capuchinos. Por sus manos habían pasado 121 religiosos que profesaron instruidos por él y que aprendieron sus lecciones y ejemplos.

A pesar de su falta de visión, en agosto de 1744 fue enviado como capellán de las tropas del rey de Cerdeña durante la guerra contra las tropas franco-españolas. Allí estuvo tres años, hasta 1747. El Valle del Po había sido invadido por los soldados. Los capuchinos habían sido llamados por el rey Carlos Manuel III para socorrer a los heridos y enfermos, diseminados por varios hospitales. Él fue designado para acompañar a otros Padres en la tarea. Con gran caridad se dedicó a consolar y asistir a los pobres soldados en los hospitales de Asti, Alessandria y Vinovo.

Restablecida la paz, fue destinado al convento de El Monte de los Capuchinos, en Turín, donde residió veintidós años, hasta su muerte. En esta última etapa de su vida, con la limitación de su ceguera parcial, se dedicó a trabajar en lo posible por la gente que acudía a pedir su asistencia sacerdotal. Dividía su actividad entre el convento y la ciudad. Cada domingo explicaba

la doctrina cristiana y la regla franciscana a los Hermanos legos. Y cada año dirigía los ejercicios espirituales a su comunidad. Un año el tema de todas sus intervenciones fue el Padrenuestro. Todos recordarían lo hermosas que habían sido sus intervenciones sobre el pan que Dios da, sobre el perdón que pide, sobre el Reino que Dios ofrece. Veinte años dio estos ejercicios y sus hermanos del convento nunca quisieron buscar a otro predicador, pues su palabra era muy apreciada por ellos.

En la iglesia conventual pasaba muchas horas en el confesionario. Era el confesor más solicitado. También realizaba un apostolado fecundo bendiciendo en sus casas a las personas que ya no podían acudir a él hasta el convento. Era un trabajador infatigable y sacrificado. «El bello Paraíso, solía decir, no está hecho para los perezosos. ¡Trabajemos, pues!».

Los milagros también surgieron en su entorno o, al menos, se le atribuyeron. Y el pueblo lo bautizó como «el santo de El Monte». A su convento acudían innumerables personas, sencillas e ilustres, atraídas por su fama de santidad, entre ellas muchos miembros de la casa real de Saboya. Era conocido por las autoridades de la ciudad que muchas veces se cruzaban con él y le reclamaban también sus oraciones. El cardenal Carlos Victorio de Lanze, el arzobispo Juan Bautista Romero, los príncipes de la casa de Saboya, fueron de los que más le honraron con su admiración y devoción. Pero él se sentía mejor con los humildes y los pobres, para quienes siempre tenía una palabra de consuelo o de piedad.

Tenía especial interés en ser él quien atendiera a los enfermos que con frecuencia asediaban la portería del convento pidiendo una bendición, un aliento, una oración y, en ocasiones, un poco de pan. Hasta un año antes de su muerte, muchas veces a la semana bajaba con un hermano a la ciudad, entraba en las casas de los pobres y en los palacios de los ricos, para confortar, para buscar la caridad de éstos y la conversión espiritual de aquéllos. Al pasar por las calles, le alegraba que los niños se le acercaran a saludarle. Entonces aprovechaba para decirles algo sobre Jesús o sobre la Virgen María.

En el último año de su vida, ya no pudo salir a la calle ni acompañado por caritativos cirineos. Se le trasladó a la enfer-

mería, en donde pasó los últimos doce meses de vida. Se mantuvo fuerte en los dolores que le aquejaban. Y a todos admiraba por su alegría y por su espíritu de oración. Más que recibir consuelo de los demás, era el primero que estaba dispuesto a ofrecerlo a todos.

Después de tantas pruebas de obediencia, no es extraño que, cuando el enfermero avisó al Padre Guardián de que el buen padre Ignacio se moría, él dijera con toda paz: «Hay tiempo de llegar. El padre Ignacio me esperará; ha sido tan obediente en vida que no osará marcharse de nosotros sin la obediencia para el viaje». Acudió junto a su lecho y le dijo: «Padre Ignacio, mire, estoy aquí para desearle un buen viaje para la eternidad y debo deseárselo con la fórmula de la santa madre Iglesia». El padre Ignacio hizo una señal con la cabeza accediendo. Al término de la plegaria de los moribundos, y al decir *Proficiscere, anima christiana, de hoc mundo* («Sal, alma cristiana, de este mundo»), expiró con admirable placidez. Era el 22 de septiembre de 1770. Tenía 84 años.

Los admiradores del padre Ignacio pronto supieron su fallecimiento y decían convencidos: «Ha muerto un santo». Su fama le acompañó al sepulcro. Acudieron personas de toda clase, sacerdotes, nobles y pueblo, para despedir a quien durante tantos años les había edificado y beneficiado. Se agolpó tanta gente aquel día que el padre superior, temeroso de que hubiera confusión y tumultos, ordenó la sepultura muy temprano al día siguiente, cuando las puertas de la ciudad estaban aún cerradas. Solamente los habitantes de Borgo Po se hallaban presentes. Cuando la gente de la ciudad se congregó en la explanada del convento y se enteró de que el sepelio se había realizado ya, se llenó de consternación. La mayor parte, sin embargo, entró en la iglesia para rezar y pedir una reliquia.

Muchos devotos no acertaban a marchar de su proximidad y le solicitaban su intercesión y sus favores. El recuerdo y la devoción se mantuvo durante años. En 1782 la causa fue introducida en la Santa Sede, que ordenó los procesos apostólicos. El 19 de marzo de 1827 León XII declaró la heroicidad de las virtudes. Después de la aprobación de dos milagros, el 17 de abril de 1966 Pablo VI procedió a la beatificación.

La devoción al santo de Génova y de toda Saboya continuó. Fue canonizado por Juan Pablo II el día de Pentecostés, 22 de septiembre de 2002. Ese día decía a los peregrinos:

> «Ignacio de Santhià brilló por el amor a Cristo, por el deseo de perfección y por la voluntad de servir a los hermanos. Abrazó la pobreza y la austeridad de la Orden capuchina y supo acoger a las numerosas personas que se dirigían a él para que escuchara sus problemas y dificultades y les diera consuelo y perdón. No en vano fue llamado "padre de los pecadores y de los desesperados" [...] La Iglesia lo saluda hoy como religioso admirable en todos los aspectos de su vida franciscana. De él se ha escrito con agudeza que fue un religioso "dispuesto a todo", pues todos los momentos de su vida franciscana y todas las manifestaciones de su actividad apostólica demuestran esta diversidad en virtudes internas y externas que lo pueden hacer ejemplar para todos».

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

CONFERENCIA IBÉRICA DE CAPUCHINOS, *Biografías de santos, beatos y venerables capuchinos*, I (Sevilla 1993) 395-408.

SANTOS PABLO CHONG HA-SANG Y AGUSTÍN YU CHIN-GIL

Mártires († 1839)

Hemos dedicado en este *Año cristiano* la conveniente atención a los mártires de Corea. Repetimos que no es posible dedicar una biografía extensa a cada mártir, pero no hemos querido dejar de resaltar aquellas figuras verdaderamente relevantes que se dan entre ellos. Y así a la del día 19 (San Carlos Hyon Song-mun) y a las de los conmemorados el día 20 (San Andrés Kim y compañeros) unimos la de estos dos atletas de la fe, martirizados tal día como hoy, Pablo Chong Ha-sang y Agustín Yu Chin-gil, siendo el primero de auténtica magnitud espiritual y peso en la consolidación de la comunidad católica coreana.

PABLO CHONG HA-SANG nació el año 1795 en Majae, llamado ahora Neung-nae-ri, un pueblo de la provincia de Kyong-gi. Nace en el seno de la familia Chong, siendo sus padres Agustín Chong Yak-jong y Santa Cecilia Yu So-sa, cristianos de

la primera hora. Su padre, en la persecución de 1791, permaneció fiel pese a la presión de su padre y a la apostasía de sus hermanos. Fue catequista de la comunidad. En 1800 marchó con su familia a Seúl pero en 1801 él y su hijo mayor Carlos fueron decapitados por la fe. La viuda y los hijos debieron volver a su pueblo, donde les rodeó la frialdad y desconfianza de los vecinos, y donde conocieron la pobreza. Con mucha cautela Cecilia educó a sus hijos en la fe, que se mostraron receptivos a ella. Pablo por su parte no olvidaba nunca que era hijo y hermano de mártires. Al llegar a los 20 años se trasladó a Seúl para ver la situación de los creyentes, en casa de uno de los cuales se alojó y para aprender a leer y escribir marchó con uno de ellos a un pueblo de montaña, a Musan, cercano a la frontera china, a donde llegó tras un largo y accidentado viaje. Y en efecto, pudo aprender a leer y acceder así a los libros cristianos para mejorar su conocimiento de la fe. Y surge en él el deseo de buscar pastores para la desolada comunidad cristiana de Corea, y se decidió a volver a la capital y dedicarse a los intereses del cristianismo.

Los cristianos en octubre de 1811 se habían dirigido al papa Pío VII pidiendo sacerdotes, pero el Papa poco podía hacer por entonces, caído como estaba en las garras de Napoleón. Decide, tras su vuelta a la capital, viajar a Pekín para obtener misioneros. El amigo con el que vivía le buscó dinero y en octubre de 1816 y como criado de un diplomático viaja efectivamente a Pekín. Habla con el sacerdote portugués P. Ribeiro y le presenta la necesidad de sacerdotes en Corea, recibiendo buenas palabras pero volviendo en marzo de 1817 solamente con libros y objetos religiosos. A su vuelta se encuentra con que el amigo que lo hospedaba había sido descubierto como cristiano y arrestado el día anterior, y moriría decapitado en 1819. Avisado a tiempo, se alojó en otra casa. Los años siguientes él siguió haciendo su viaje a Pekín en solicitud de sacerdotes. Mientras tanto llega a catequista de la comunidad, y se dedica con todo celo a la instrucción de los catecúmenos.

Cada año llevaba consigo un grupo de éstos para que fueran bautizados en Pekín, siendo uno de ellos San Agustín Chin-gil en 1824, y que sería en adelante su leal y firme colaborador. Al

año siguiente desde Pekín enviaron otra carta al papa, ya para entonces León XII. En su quinta visita a Pekín se bautizó el futuro San Carlos Cho Shin-chol, y esa vez el administrador apostólico, P. Ribeiro, le prometió que enviaba dos misioneros, pero las nuevas difíciles circunstancias de la Iglesia china lo impidieron. En 1827 el obispo Pires le dijo claramente que no podía ayudarle y le habló también de que él debería atender a su madre y hermana. Él decidió entonces ir a su pueblo y traérselas a la capital, desistiendo de volver a Pekín en busca de misioneros, lo que los católicos sintieron muchísimo. Y como su situación de pobreza era la misma que en su pueblo, pasado un tiempo su madre y hermana decidieron volver a éste y dejar a Pablo libre para su dedicación a los intereses de la religión.

En Roma las cartas no habían sido echadas en saco roto y, aunque con lentitud, progresó su petición, y el cardenal Capellari (1827) primero pidió a la Sociedad de Misiones Extranjeras de París se hiciera cargo de las misiones en Corea, y llegado luego a papa como Gregorio XVI creó (9 de septiembre de 1831) el vicariato apostólico de Corea y nombró como primer vicario a monseñor Bruguiere. Buscaba compañeros y se ofrecieron los futuros mártires San Jaime Chastan y San Pedro Maubant. Pero el que entró primero fue el sacerdote chino P. Yu Pang-che (enero de 1834), y Pablo, que fue quien facilitó su entrada, se encargó asimismo de su acompañamiento y seguridad. Este sacerdote no estaba muy de acuerdo en que la Santa Sede hubiera nombrado como primer obispo de Corea a un europeo. No obstante, en enero de 1836, Pablo, junto con otros católicos coreanos, viajó a la ribera del río Yalu para recibir allí al obispo. Pero resultó que el obispo murió en el camino y en su lugar el que fue a su encuentro fue el P. Maubant, que en la noche del 12 de enero entró en Corea y fue recibido por Pablo y sus compañeros. A finales de enero llegaban a la capital. Aquí, en la casa de Pablo, se encontró con el misionero chino, que en diciembre de ese año volvería a China. El P. Maubant visitó las comunidades católicas, administró, con gran consuelo de todos, los santos sacramentos y eligió varios jóvenes para el estado sacerdotal, entre ellos Andrés Kim, y nuestro Pablo se dedicó a enseñarles chino a estos jóvenes y facilitó luego su viaje a Macao para estudiar y prepararse al sacerdocio.

Pablo siguió al P. Maubant fielmente en su trabajo pastoral y con un equipo de cristianos ilustrados le enseñó al P. Maubant la lengua y las costumbres coreanas. En enero de 1837 Pablo recibiría también en su casa, donde ya se alojaba el P. Maubant, al segundo misionero, el futuro San Jaime Chastan. Y en diciembre de aquel año podría ir Pablo con otros cristianos al encuentro del obispo, San Lorenzo Imbert, que venía a apacentar como sucesor de los apóstoles la cristiandad coreana. El obispo tomaría al año siguiente la decisión de preparar a diferentes cristianos para el sacerdocio, entre ellos a Pablo, pero éste recibiría el martirio antes de haber accedido a las sagradas órdenes. Los nueve mil cristianos que había ya en Corea nada necesitaban tanto como un clero nativo, que el obispo quería formar con rapidez, haciendo un plan de estudios de latín, filosofía y teología. Pero en 1839, cuando se hicieron con el poder los elementos más conservadores, aparece de nuevo el propósito de eliminar a la Iglesia católica y se decide muy pronto la muerte de Pablo, como cristiano altamente distinguido, y asimismo la del obispo Imbert y los dos misioneros extranjeros.

Pablo se llevó al obispo a una casa en el campo intentando ocultarlo, pero él se quedó en la capital y escribió una carta en apología del cristianismo dirigida al primer ministro y que fue el primer escrito apologético de la cristiandad coreana, afirmando la lealtad de los cristianos al país pero también su derecho a la libertad religiosa. Llegó entonces la denuncia formal contra Pablo y sus familiares por el cristiano apóstata Kim Yo-sam. El arresto se produjo el 1 de junio. Aun suponiendo que era en vano, Pablo presentó su dicha carta apologética. Fue torturado terriblemente hasta seis veces para que dijera el paradero de los misioneros extranjeros pero no los delató. Confesó abiertamente su fe ante el tribunal y confesó haberla transmitido a otros. Reconoció haber recibido a los tres misioneros y haber ayudado a los seminaristas a marchar al extranjero. La corte lo condenó a muerte por traidor a su país y por sostener y difundir una falsa religión. El gobierno dio la licencia para la ejecución. Y ésta tuvo lugar en la llamada Puerta Pequeña del Oeste el 22 de septiembre de aquel año 1839. Pablo tenía en sus labios una sonrisa cuando ofreció su cuello al verdugo. Junto con el de San Andrés

Kim su nombre ha encabezado la lista de los mártires canonizados por Juan Pablo II.

AGUSTÍN YU CHIN-GIL nació en Cho Dong, Seúl, el año 1791, pero vivió en Ipchong Dong, disfrutando de una buena posición económica. Fue un buen estudiante y se cualificó como intérprete de la lengua china, siguiendo así la misma profesión que su padre. Tenía inquietudes científicas y filosóficas, estudiando el confucianismo, el taoísmo y el budismo. Al no satisfacerle las respuestas de estas escuelas de pensamiento, se acordó del cristianismo, de cuyos mártires había oído hablar. Y encontró en su casa un antiguo libro católico, falto de páginas y deteriorado, que no podía responder del todo a su ansiedad pero le decidió a buscar a los católicos y hablar con ellos. Luego de buscarlos en vano, en un viaje a Majae por fin pudo encontrar a Pablo Yi Kyong-on, que moriría mártir en 1827. Ambos hablaron de Dios, como origen de todas las cosas y de la vida, hablaron del alma humana y de su destino eterno y hablaron de los diez mandamientos como camino moral del creyente en Dios. Pablo le enseñó el padrenuestro y el avemaría. Pablo le presentó a Pablo Chong Ha-sang, su futuro compañero de martirio, y a otros cristianos.

Instruido por Pablo, comenzó a tener fe en Cristo, a recitar diariamente las oraciones cristianas y a desear el bautismo. Logra ser incluido en la delegación diplomática de octubre de 1824 preparada para ir a China y se integra en ella llevando como criado a Pablo Chong Ha-sang. Llegados a Pekín, ambos lograron visitar a los sacerdotes católicos y Agustín pidió el bautismo. Lo examinaron y se maravillaron de que estuviera instruido en la fe cristiana y con grande entusiasmo de su alma recibió el bautismo. Su contacto con la misión católica, punto de encuentro de las culturas orientales y occidentales, les impactó muchísimo. Agustín expuso al obispo las dificultades de un cristianismo sin pastores y sin sacramentos, y el obispo sugirió que se dirigieran los coreanos directamente al Papa y les prometió ayudarles en cuanto pudiera. Se escribió la carta al papa León XII, que traducida al latín le fue enviada en diciembre de 1826. Volvieron a Corea, y contaron a los demás cristianos sus gestiones. Volvieron a Pekín al año siguiente y el obispo les pro-

metió enviar un sacerdote. Ellos hicieron entonces los adecuados preparativos para tenerlos y, entre ellos, el procurarse un encargado de caballos que les fuera fiel.

Agustín deseaba llevar a su familia a la religión cristiana. Su hijo Pedro sería el más joven de los mártires canonizados. En octubre de 1830 insistió Agustín nuevamente por carta ante el obispo de Pekín para el envío de un sacerdote, señalándole la posible ruta de entrada. En 1831 el obispo de Pekín decide el envío del P. Yu, que entraría en Corea en 1834 con la ayuda de Agustín y otros. Agustín se aprestaría a ayudar la entrada del obispo Bruguiere y quedó muy sorprendido cuando recibió una carta del mismo quejándose de que los católicos coreanos no hubieran acudido a recogerlo, carta a la que respondió Agustín, y escribió una nueva carta al Papa pidiendo más misioneros. El obispo Bruguiere murió en octubre de 1835. Agustín fue uno de los que recibieron al P. Maubant, y acompañó luego al P. Yu y a los seminaristas que iban a Macao cuando todos ellos entraron en China.

La situación económica de su familia empeoró por su atención a los asuntos religiosos. Su esposa se quejaba pero su hijo era cada día un cristiano más convencido. Llegada la persecución de 1839 y cuando supo que otros cristianos habían sido arrestados, se dio cuenta de que su arresto estaba cerca y se entregó por completo a la voluntad de Dios. En junio vinieron a arrestarlo. Su mujer y otros familiares le pedían que apostatara, pero él se mantuvo firme. Llevado a la cárcel se exigió su apostasía. Se negó él a prestarla. Atado y azotado cinco veces hasta el derramamiento de sangre, perseveraba fielmente en la fe. En la cárcel se encontró con el obispo Imbert, que también había sido arrestado. Se buscaba a los otros dos misioneros. Se le pidió a Agustín respondiera por qué habían entrado extranjeros en Corea, y él dijo que no traían propósito alguno político o militar sino religioso y dijo no saber dónde estaban. Llevado luego con los misioneros y otros cristianos a juicio, Agustín dio un espléndido testimonio de su fe, que no fue vencida por posteriores torturas. Su hijo Pedro también fue condenado a muerte, como lo fue Agustín, siendo ajusticiado con Pablo Chong Ha-sang el 22 de septiembre de 1839.

Ambos santos fueron canonizados el 6 de mayo de 1984 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de canonización de 103 mártires de Corea.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 17 (1925) 366s; 80 (1988) 1375s.
BAUMANN, E., *Les martyrs coréens (1838-1846). La légende dorée au delà des mers* (París 1930).
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.363-370.
DALLET, C., *Histoire de l'Église de Corée* (París 1874).
DANTEM, G., *Seme di cristiani nel paese del mattino sereno: i 24 martiri di Corea 1866-1867* (Roma 1968).
ECHEVERRÍA, L. DE, «Beatos mártires de Corea», en L. DE ECHEVERRÍA - B. LLORCA, SI (dirs.), *Año cristiano,* III (Madrid 1959) 715-719.
The korean martyr saints. Founders of a Church (Seúl 1996).
VÉRINAUD, J., *Lumière sur la Corée: les 103 martyrs* (París 1984).

BEATA MARÍA DE LA PURIFICACIÓN VIDAL PASTOR

Virgen y mártir († 1936)

Nace en Alzira (Valencia) el 14 de septiembre de 1892, hija de Joaquín Vidal, director de la oficina de Telégrafos, y Herminia Pastor. El 20 del mismo mes es bautizada en la parroquia de Santa Catalina mártir, donde recibe la primera comunión y es confirmada. Su familia es muy apreciada en la población por su profunda religiosidad. Decide afiliarse a la rama de Mujeres de Acción Católica, donde se distingue como miembro muy activo. Emprendedora, impetuosa en la defensa del nombre de Dios, favorece a los pobres con limosnas, y obsequia a las monjas agustinas de clausura del convento próximo a su casa. De piedad muy intensa, participa en la misa a diario. Su catolicismo sobresale en la ciudad. Celosa por la salvación de las almas, asiste y cuida a los enfermos. Da conferencias de propaganda católica. Pertenece a numerosas asociaciones piadosas: Hijas de María, de la que es tesorera, rosario perpetuo, Apostolado de la oración... Es ejemplar su devoción a Jesús Sacramentado y a la Iglesia. Después de una brillante carrera logra el magisterio, que utiliza en la enseñanza de las obreras en las escuelas noctur-

nas. Cada domingo imparte catecismo a los niños en la iglesia de Santa Lucía, del convento de agustinas ermitañas, situado enfrente de su casa. En tiempos difíciles su catolicismo es blanco de insultos y humillaciones que soporta mansamente. Defiende la enseñanza religiosa en las escuelas y al producirse el 11 de mayo de 1936 la quema de los templos de la ciudad de Alzira, protesta públicamente. Todo el patrimonio religioso y artístico es consumido por las llamas. Ante la persecución suele repetir: «Si he de morir por Dios, mi sangre lave los pecados de todos». Aunque estuvo un tiempo a finales de junio en Ontinyent, regresa a Alzira. El 20 de septiembre, a media tarde, cuatro milicianos se presentan en su casa, ella misma abre la puerta, y les dice: «¡Ah, sois vosotros! Está bien». Se despide de sus hermanas, que no quieren dejarla ir sola, y las arrestan también. Antonia, telefonista, de 67 años, y Emilia, profesora de piano, de 42 años. Las encarcelan en el edificio de las Escuelas Pías, convertido en prisión. Dos días más tarde, 22 de septiembre, las tres hermanas son asesinadas en la carretera de Corbera. María fue sepultada moribunda todavía. Sus restos se hallan en una fosa común en el cementerio de Alzira.

Juan Pablo II la beatifica el 11 de marzo de 2001, junto con otros mártires de la persecución religiosa de 1936 en España.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Valentina,* «Beatificationis seu Declarationis Martyrii Servorum Amaliae Abad Casasempere et LXXIII sociorum Sacerdotum Dioecesanorum Laicarum et Laicorum ex Actione Catholica in odium fidei, uti fertur, interfectorum († 1936)» (Roma 1996).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

BEATO OTÓN DE FRISINGA

Obispo († 1158)

Nace en Neuburgo en 1112, hijo de San Leopoldo, margrave de Austria, y de su esposa, la princesa Inés, hija de Enrique IV de Franconia; fue hermano de madre de Conrado III y

tío del emperador Federico I Barbarroja. Destinado a la carrera eclesiástica, su padre lo hizo prior del monasterio de Klosterneuburgo, fundado por él mismo. Estudió en París y al terminar sus estudios se decidió por la vida monástica ingresando en 1132 en el monasterio cisterciense de Morimond, Borgoña. Pero muy poco después su hermano Conrado III lo hizo obispo de Frisinga. Se movió en la línea de la reforma gregoriana, siendo un obispo celoso y amante de la disciplina eclesiástica, no abandonando nunca su hábito monástico en todo el tiempo de su episcopado. Viaja a Italia en 1145 y se entrevista con el Beato Eugenio III, y atendiendo un llamamiento del propio San Bernardo, se embarca en la II Cruzada y va hasta Palestina. En 1154 acompañó al emperador Federico Barbarroja a Italia, intentando siempre mediar entre el emperador y el papa. Iba camino del capítulo general de su Orden que se iba a celebrar en Cîteaux cuando se sintió enfermó, se hospedó en el monasterio de Morimond y allí falleció el 22 de septiembre de 1158. Dejó varias obras que lo acreditan como ilustre historiador.

BEATO JOSÉ MARCHANDON

Presbítero y mártir († 1794)

Andrés José Marchandon es bautizado el 21 de agosto de 1745, no poniendo su partida de bautismo la fecha de su nacimiento. Nace en Bénévent (La Creuse). Su padre era el juez de aquel pueblo. En su familia había numerosos eclesiásticos. Hechos los estudios sacerdotales y ordenado sacerdote, se adhiere a la Compañía de San Sulpicio, pero no mucho después la deja y pasa al clero parroquial. En 1780 es nombrado párroco de Marsac, donde dio pruebas de ser un sacerdote muy responsable y celoso. Llegada la Revolución, se niega firmemente a prestar los dos juramentos que se exigieron al clero, y por ello perdió su parroquia. Se quedó en el mismo departamento de La Creuse y fue arrestado y el 23 de abril de 1793 fue condenado a la deportación, siendo encarcelado en Guéret. Aunque su salud hizo dudar de su aptitud para la deportación, por fin el 24 de marzo de 1794 parte para Rochefort. Embarcado en Les Deux Associés,

enfermó y murió el 22 de septiembre de 1794, siendo enterrado en la isla Madame.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATO CARLOS NAVARRO MIQUEL

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Torrente, Valencia, el 11 de febrero de 1911 en el seno de una familia muy cristiana que le proporcionó una esmerada educación religiosa. Sintiendo la vocación sacerdotal ingresó en el seminario de Valencia, pero en 1927 ingresaba en el postulantado de la Orden de las Escuelas Pías. Hizo luego el noviciado y la profesión simple, prosiguiendo los estudios y profesando solemnemente el 21 de diciembre de 1934 y recibiendo la ordenación sacerdotal el 4 de agosto de 1935. Fue destinado al colegio de su Orden en Albacete. Aquí trabajó con entusiasmo y celo. Llegada la guerra el 18 de julio, se escondieron los religiosos, pero el día 25 de julio salieron para sus casas y así el P. Navarro volvió a Torrente con su familia. Al conocer los saqueos e incendios de las iglesias, se preparó al martirio. A comienzos de septiembre fue arrestado y llevado a la cárcel donde halló a otros sacerdotes, con los que se preparó al martirio. A las 2 de la madrugada del 22 de septiembre lo sacaron, le ataron las manos, le amordazaron y fue sacado en coche hacia el pueblo de Montserrat con los otros dos sacerdotes. Éstos se animaban entre sí y perdonaron a los verdugos. En la carretera fue fusilado luego de poder gritar vivas a Cristo Rey.

Fue beatificado por Juan Pablo II el 1 de octubre de 1995 en el grupo de 13 escolapios martirizados en diversos días y en varios lugares en 1936.

BEATO GERMÁN GOZALVO ANDREU

Presbítero y mártir († 1936)

Nacido en Torrente (Valencia) el 30 de agosto de 1913 en una familia cristiana, a los 11 años ingresó en el colegio de San

José, de Valencia, para seguir los estudios sacerdotales. De ahí en 1930 pasó al real seminario de Corpus Christi, ordenándose sacerdote el 16 de julio de 1936, cantando misa al día siguiente en la parroquia de la Asunción de su pueblo natal. Quería dedicarse a la Acción Católica pero se lo impidió el estallido de la revolución. En su lugar administró los sacramentos clandestinamente a lo largo del mes de agosto, siendo arrestado en su casa el día 29 de dicho mes. Manifestó su disposición al martirio. Llevado a la cárcel, mostró ánimo y exhortó a sus compañeros de prisión a ser fieles y perseverar en la adhesión a Cristo. En la noche del 21 al 22 de septiembre fue sacado de la cárcel, llevado a un local sindical, donde se le dio una terrible paliza, y de ahí a la carretera de Montserrat donde fue fusilado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATOS VICENTE PELUFO CORTS Y JOSEFINA MOSCARDÓ MONTALVÁ

Mártires († 1936)

El día 22 de septiembre de 1936 fueron martirizados en Alzira el sacerdote Vicente Pelufo Corts y la seglar Josefina Moscardó Montalvá, los cuales, detenidos por su condición de personas religiosas, permanecieron firmes en la fe y sellaron con su sangre su confesión de Cristo, mantenida a lo largo de sus vidas. Éstos son sus datos personales:

VICENTE PELUFO CORTS era natural de la propia Alzira, siendo la fecha de su nacimiento el 26 de febrero de 1868. Luego de hacer los estudios sacerdotales en el seminario de Orihuela, se ordenó sacerdote en 1894. Trabajó diez años en el ministerio parroquial, y en 1904 fue trasladado a su pueblo natal como capellán del Santo Hospital. Persona de alertada conciencia social, trabajó mucho en el Círculo Católico de Obreros, recorriendo los pueblos en esta actividad y pronunciando elocuentes discursos. Fue nombrado capellán del asilo de ancianos de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados. En enero de 1928 fue nombrado auxiliar archivero del ayuntamiento, tarea

que realizó con gran eficacia, mostrándose en este trabajo su gran cultura. Estallada la revolución, siguió viviendo solo y enfermo, y al volver a su casa el día 21 de septiembre de 1936 fue detenido y llevado a la checa; al día siguiente fue fusilado junto a un centenar de presos. Su cadáver fue echado al río Júcar y nunca más apareció.

JOSEFINA MOSCARDÓ MONTALVÁ era también natural de Alzira, donde nació el 10 de abril de 1880. Educada cristianamente, al llegar a la juventud perteneció a la Orden Tercera del Carmen y a otras asociaciones, colaborando en la Acción Católica de su parroquia con gran decisión. Llevaba una vida llena de piedad y de virtudes cristianas. Detenida con su hermana, animó y consoló a los demás detenidos e insistió que era una gloria morir por Cristo. Murió dando vivas a Cristo Rey.

Ambos mártires fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO VICENTE SICLUNA HERNÁNDEZ

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Valencia el 31 de octubre de 1859, hijo de un guardia civil. Ingresó en el seminario de Valencia y además de los estudios sacerdotales hizo los de magisterio. Se ordenó sacerdote en 1884 y obtuvo la licenciatura en teología. Ejerció el ministerio parroquial en Cortes de Pallás, luego en Navarrés, primero como ecónomo y después como cura propio. En este pueblo estuvo desde 1902 hasta su muerte. Era un sacerdote muy responsable y celoso, buen predicador y buen profesor, pues daba clases particulares a los niños. Organizaba con mucho cuidado la catequesis, y estaba muy atento a la cuestión social. Llegada la revolución no quiso huir del pueblo sino que se refugió en casas particulares, y para no poner a nadie en peligro, pasó a una casa deshabitada donde fue arrestado el 22 de septiembre, a poco de consumir el Santísimo Sacramento. Al ser detenido, se encomendó al Cristo de la Salud en voz alta. Lo mataron de un tiro

en la nuca en el término de Bolbaite, pueblo por el que al día siguiente pasearon su cadáver en son de burla.

Fue glorificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

23 de septiembre

A) Martirologio

1. La conmemoración de los santos Zacarías e Isabel, padres de San Juan Bautista, Precursor del Señor **.

2. En Roma, la conmemoración de San Lino († s. I), papa, primer sucesor de San Pedro *.

3. En Miseno (Campania), San Sosio († 304), diácono y mártir.

4. En Ancona, del Piceno (Italia), la conmemoración de San Constancio († s. V), mansionario *.

5. En la isla de Iona (Escocia), San Adamnano († 704), presbítero y abad *.

6. En África, santos Andrés, Juan, Pedro y Antonio († d. 881), mártires.

7. En Venecia, Beato Pedro Acotanto († 1187), monje.

8. En Bolonia (Emilia), Beata Elena Duglioli († 1520), viuda *.

9. En Tlaxcala (México), beatos Cristóbal, Antonio y Juan († 1527-1529), mártires *.

10. En Kingston (Inglaterra), Beato Guillermo Way († 1587), presbítero y mártir, bajo el reinado de Isabel I *.

11. En Montreal (Canadá), Beata Emilia Tavernier († 1851), viuda Gamelin, fundadora de la Congregación de las Hermanas de la Providencia de Montreal **.

12. En Benisa (Valencia), Beato Vicente Ballester Far († 1936), presbítero y mártir *.

13. En Benicalap (Valencia), beatas Sofía Ximénez Ximénez, madre de familia, María de la Purificación de San José Ximénez Ximénez y María Josefa del Río Messa († 1936), vírgenes, de la Congregación de Carmelitas de la Caridad, mártires **.

14. En Gandía (Valencia), Beata Ascensión de San José de Calasanz Lloret Marco († 1936), virgen, de la Congregación de Carmelitas de la Caridad, mártir *.

15. En Cracovia (Polonia), Beata Bernardina (María) Jablonska († 1940), virgen, cofundadora de la Congregación de Hermanas Siervas de los Pobres **.

16. En Varsovia (Polonia), Beato José Stanek († 1944), presbítero, de la Sociedad del Apostolado Católico, mártir *.

17. En San Giovanni Rotondo (Italia), San Pío de Pietrelcina (Francisco Forgione) († 1968), presbítero, religioso capuchino **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS ZACARÍAS E ISABEL

Padres de San Juan Bautista

El *Martirologio romano* celebra unidos en el mismo día, como lo estuvieron en vida, a los padres de San Juan Bautista, Zacarías e Isabel. Están en el primer lugar de los recordados el 23 de septiembre, con este elogio:

> «Conmemoración de los Santos Zacarías e Isabel, padres de San Juan Bautista, Precursor del Señor. Isabel, cuando recibió en su casa a María su pariente, llena del Espíritu Santo la saludó como Madre del Señor y bendita entre las mujeres. A su vez Zacarías, sacerdote lleno de espíritu profético, en el nacimiento de su hijo, cantó las alabanzas del Dios Redentor y predijo ya próxima la venida de Cristo, Sol que nace de lo alto» *(Martirologium romanum,* Città del Vaticano 2001).

La única fuente fidedigna de información, pero verdaderamente privilegiada, es el evangelio de San Lucas que, desde su primer capítulo, nos habla tanto de Zacarías como de Isabel. Los dos esposos eran descendientes de familia sacerdotal. Zacarías pertenecía al grupo o clase de Abías, octavo entre los veinticuatro establecidos por David para el servicio del Santuario, tal como lo señala el libro 1 Crón 24,10.

Residían en Ain-Karim, a siete kilómetros de Jerusalén, en las montañas de Judea, que hoy visitan los peregrinos recordando la visita de María a Isabel. Eran los tiempos de Herodes el Grande, que reinó del año 37 al 4 antes de Cristo. Los dos eran piadosos, santos, «justos ante Dios», y caminaban sin tacha en todos los mandamientos y preceptos del Señor. «No tenían hijos, porque Isabel era estéril y los dos de avanzada edad», al de-

cir de Lc 1,6-7. Zacarías oraba ardientemente para obtener la gracia de un hijo. La esterilidad —como es sabido— era entonces tenida por maldición, en el pueblo de las promesas.

El episodio central en la vida de estos santos esposos, Zacarías e Isabel, se contiene en los relatos evangélicos de la infancia de Jesús, que nos transmite San Lucas. Son, como todo el evangelio, confesiones de fe, porque los hechos históricos que narran están ya traspasados por la luz pascual que los ilumina y transfigura en plenitud.

El anuncio del nacimiento de Juan el Bautista está inspirado en otras anunciaciones bíblicas de la tradición. San Lucas ve cristianizada la Biblia en los nuevos acontecimientos de la salvación en Cristo. Su relato es un tejido de expresiones bíblicas con las que se formulan los hechos del Nuevo Testamento, que él anuncia en su evangelio. De modo muy diferente al de los apócrifos o escritos no aceptados en el Canon de la Iglesia, que se pierden en curiosidades y prodigios maravillosos, los evangelios auténticos, dentro de su sobriedad y su finalidad teológica, nos ofrecen la garantía de su realidad histórica en el trasfondo.

«Sucedió que, mientras oficiaba delante de Dios en el grupo de su turno, le tocó en suerte, según el uso del servicio sacerdotal, entrar en el Santuario del Señor para quemar el incienso» (Lc 1,8-9). Dos veces al año debían acudir a Jerusalén los sacerdotes para ocuparse del servicio del Templo durante una semana. Unos trescientos sacerdotes, vestidos de blanco y descalzos, acudían desde la mañana y se reunían para echar a suertes las diferentes funciones. A unos tocaba la limpieza del espacio llamado «Santo» y la apertura de las puertas. Otros debían ofrecer el sacrificio de la mañana o de la tarde. Y uno, entre todos, era el designado por la suerte para la función más solemne: la ofrenda del incienso (cf. Éx 30,1s): por la mañana, antes de la ofrenda del holocausto, y por la tarde, hacia las tres. El sacerdote en quien había caído la suerte, es decir, el designado por Dios mismo, ya no podría, por regla común, volver a realizar esta función. Una sola vez, en la vida, era la norma según el Talmud (Tamid V,2).

Entró, pues, Zacarías, el sumo Sacerdote de aquel día, acompañado de dos asistentes. El primero de ellos llevaba en

sus manos una pala de oro con los carbones encendidos. El otro, el incienso. Y una vez puestos los carbones sobre el altar, dejó caer Zacarías el incienso sobre el fuego; y la nube de humo se elevó protegiéndole de la presencia divina tan próxima en el Santo de los Santos. Después de recitar una corta oración, cuando el sacerdote debía salir para bendecir al pueblo, sucedió lo que nos cuenta San Lucas:

> «Toda la multitud del pueblo estaba fuera en oración a la hora del incienso. Se le apareció el ángel del Señor, de pie, a la derecha del altar del incienso. Al verle Zacarías, se sobresaltó, y el terror se apoderó de él. El ángel le dijo: "No temas, Zacarías, porque tu petición ha sido escuchada; Isabel, tu mujer, te dará un hijo, a quien pondrás por nombre Juan; será para ti gozo y alegría y muchos se gozarán en su nacimiento, porque será grande ante el Señor; no beberá vino ni licor; estará lleno de Espíritu Santo ya desde el seno de su madre, y convertirá al Señor su Dios a muchos de los hijos de Israel e irá delante de él con el espíritu y el poder de Elías, para hacer volver los corazones de los padres a los hijos y a los rebeldes a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo bien dispuesto". Zacarías dijo al ángel: "¿En qué lo conoceré? Porque yo soy viejo y mi mujer de avanzada edad". El ángel le respondió: "Yo soy Gabriel, el que está delante de Dios, y he sido enviado para hablarte y anunciarte esta buena noticia. Mira, por no haber creído mis palabras, que se cumplirán a su tiempo, vas a quedar mudo y no podrás hablar hasta el día en que sucedan estas cosas". El pueblo estaba esperando a Zacarías y se extrañaban de que se demorara tanto en el Santuario. Cuando salió, no podía hablarles y comprendieron que había tenido una visión en el Santuario; les hablaba por señas y permaneció mudo» (Lc 1,10-22).

La palabra de Dios y el mensaje transmitido por el ángel Gabriel, que se aparece a la derecha del altar, en el puesto de honor, junto al candelabro de los siete brazos, es la respuesta a la oración de Zacarías, que ha sido escuchada. La respuesta divina está cifrada y significada también en el nombre de Juan impuesto por Dios: Jo-hannan = Yahvé hizo gracia, Yahvé ha sido favorable. Dios da siempre más. Toda la atención se centra en el niño que va a venir, tan deseado como Samuel, esperado por Ana, su madre. Este niño va a traer la alegría a todo el pueblo con el anuncio de la buena noticia. Zacarías, incrédulo, pide un signo. La palabra que da fecundidad a Isabel encuentra su señal en la mudez de Zacarías. Es señal, más que castigo. Dios habla y el hombre queda sordomudo.

Y este mutismo asegura el secreto del nacimiento anunciado y de la gestación cuya noticia sólo conoce María. El inesperado y sorprendente alumbramiento de Isabel anunciado por Gabriel a María, le servirá de signo. El relato de la anunciación de Juan es la primera parte de un díptico cuyo paralelo de finalidad y plenitud es la anunciación del Señor.

> «Zacarías, una vez cumplidos los días de su servicio, se fue a su casa. Días después, concibió su mujer Isabel y estuvo durante cinco meses recluida diciendo: "Esto es lo que ha hecho por mí el Señor en los días en que se dignó quitar mi oprobio entre la gente"» (Lc 1,25).

«Ysabel» significa «Él ha jurado», o «Él es perfección». La madre del Bautista era pariente de María, la madre de Jesús (cf. Lc 1,36). El pasaje de la visitación a su prima sirve a San Lucas de puente entre los dos relatos paralelos. La Virgen María va a reconocer el signo que le había dado el ángel: «Mira, también Isabel, tu pariente, ha concebido un hijo en su vejez y éste es ya el sexto mes de la que decían que era estéril, porque no hay nada imposible para Dios» (Lc 1,36-37). La prisa de María es señal de su fe y de su entera disponibilidad:

> «En aquellos días se puso en camino María, y se fue con prontitud a la región montañosa, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno, Isabel quedó llena de Espíritu Santo y exclamó a gritos: "Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno, y ¿de dónde a mí que venga a verme la madre de mi Señor? Porque apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Feliz la que ha creído que se cumplirán las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!"» (Lc 1,39-45).

Es la primera manifestación del Espíritu en Juan, que inaugura su misión profética en el seno de Isabel, y también en la Virgen cuyo espíritu se llenó de gozo. El niño salta inaugurando la alegría mesiánica y habla por boca de su madre, llena de Espíritu Santo. Así se cumplen los anuncios de Gabriel que había dicho: «Estará lleno del Espíritu en el seno de su madre». Isabel identifica a María como «la madre de mi Señor» y reconoce que este reconocimiento es fruto del Espíritu. «Señor», «Kirios», aparece por primera vez en San Lucas. La confesión de fe es

obra del Espíritu. Cuarenta veces va a utilizar San Lucas este nombre propio del Resucitado. Isabel reconoce el misterio de María y la presencia del Señor en ella.

En contraste con las vacilaciones de Zacarías, la fe de María interpelada por el saludo de Isabel, su prima, estalla en el cántico fervoroso del *Magnificat.* Preparando el nacimiento de Jesús, en paralelo, le precede, como en un díptico, el nacimiento y la circuncisión del Bautista, terminando con el cántico del *Benedictus.*

> «Se le cumplió a Isabel el tiempo de dar a luz y tuvo un hijo. Oyeron sus vecinos y parientes que el Señor le había hecho gran misericordia, y se congratulaban con ella. Al octavo día fueron a circuncidar al niño y querían ponerle el nombre de su padre, Zacarías, pero su madre, tomando la palabra dijo: "No; se ha de llamar Juan". Le decían: "No hay nadie en tu parentela que tenga ese nombre". Y preguntaban por señas a su padre cómo quería que se le llamase. Él pidió una tablilla y escribió: "Juan es su nombre". Y todos quedaron admirados. Y al punto se abrió su boca y su lengua, y hablaba bendiciendo a Dios. Invadió el temor a todos sus vecinos, y en toda la montaña de Judá se comentaban todas estas cosas; todos los que las oían las grababan en su corazón, diciéndose: "Pues ¿qué será ese niño?". Porque, en efecto, la mano del Señor estaba con él» (Lc 1,57-66).

Todos se alegraron como el ángel había anunciado. Y el día prescrito por la Ley (Lev 12,3; Fil 3,15) parientes y amigos van a casa de Zacarías para circuncidar al niño, y le quieren poner el nombre de su padre, aunque era más usual darle el del abuelo. El padre y la madre, sin haberse puesto de acuerdo, coinciden en el nombre que había dicho el ángel. Esto es lo que causa admiración. No lo habían tratado de antemano. La intención de San Lucas es clara: subrayar el origen divino del nombre y que todo va guiado por la Providencia. El interés de la narración se centra en la pregunta que ilusionaría a los padres: ¿qué será de este niño? Es el cumplimiento del mensaje del ángel.

Zacarías, al escribir en la tablilla de madera recubierta de cera el nombre de Juan, afirma su fe y se abren su boca y sus oídos. El salmo profético de Zacarías, lleno de Espíritu Santo como Isabel, quiere mostrar de manera más clara la identidad del precursor.

> «Zacarías, su padre, quedó lleno de Espíritu Santo y profetizó diciendo: Bendito el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y re-

dimido a su pueblo, y nos ha suscitado una fuerza salvadora en la casa de David, su siervo. Como había prometido desde antiguo, por boca de sus santos profetas, que nos salvaría de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian, teniendo misericordia con nuestros padres y recordando su santa alianza, el juramento que juró a Abrahán nuestro padre, de concedernos que, libres de manos enemigas, podamos servirle sin temor en santidad y justicia todos nuestros días. Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, pues irás delante del Señor para preparar sus caminos y dar a su pueblo el conocimiento de la salvación mediante el perdón de sus pecados por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, te harán que nos visite una luz de lo alto, a fin de iluminar a los que habitan en tinieblas y sombras de muerte y guiar nuestros pasos por el camino de la paz» (Lc 1,67-79).

El cántico de Zacarías se compone de dos largas frases. La palabra «visitar» expresa la intervención de Dios para recompensar o para castigar. Aquí es visita de la salvación anunciada por los profetas, realizando las promesas en cumplimiento de la Alianza. Se centra después en la misión de Juan que es preparar los caminos del Señor. Así como los correos reales iban por delante del príncipe haciendo reparar las veredas y preparando albergue para el rey, así Juan irá preparando un pueblo apto bien dispuesto en el espíritu. Juan dará a conocer cómo Dios salvará a su pueblo por el perdón de los pecados (cf. Mal 1,2-3). La «luz mesiánica» iluminará a los que están en tinieblas y nos guiará por la senda de la paz. Al igual que el *Magnificat,* recoge antológicamente muchas expresiones de la Sagrada Escritura en el Antiguo Testamento, como hace San Lucas en todos sus cánticos.

BERNARDO VELADO GRAÑA

Bibliografía

FITZMYER, J. A., *El Evangelio según Lucas* (Madrid 1986).
LLIGADAS, J., *Isabel y Zacarías, los padres del precursor* (Barcelona 2004).

BEATA EMILIA TAVERNIER

Viuda y fundadora († 1851)

Émilie Tavernier nació en el lugar del actual número 4.572 de la Calle Jeanne-Mance, cerca de la Calle Mont-Royal, en

Montreal, Canadá, el 19 de febrero de 1800, de padres humildes pero virtuosos y trabajadores. Ella es la última de quince hijos nacidos del matrimonio formado por Antoine Tavernier y Marie-Josephte Maurice. Sus padres fallecieron cuando ella era una niña, pero dejaron a sus hijos una educación cristiana marcada por la presencia de la Providencia en sus vidas.

Los Sres. Perrault, tíos de Emilia, la adoptaron a la edad de cuatro años cuando falleció su madre. Ellos vivían en la Calle Saint-Vincent. Emilia pasó su infancia y adolescencia con ellos, que reconocían en la niña una sensible inclinación para con los pobres y desdichados. Emilia fue alumna del pensionado de las Hermanas de la Congregación Notre-Dame, en la Calle Saint-Jean-Baptiste. Este convento, fundado por Marguerite Bourgeoys, fue la primera escuela de Ville-Marie (antiguo nombre de Montreal).

A los 18 años, Emilia parte para ayudar desinteresadamente a su hermano que ha quedado viudo. Lo único que solicita es tener siempre una mesa para servir comida a los mendigos que se presentan; mesa que ella nombra con cariño: «La Mesa del Rey».

Emilia Tavernier se casó con Jean-Baptiste Gamelin el 4 de junio de 1823 en la Iglesia de Notre-Dame, donde bautizará a sus hijos. (Varias veces, la ya madre Gamelin se arrodilló en la barandilla de aquella iglesia y la golpeó suplicando al Señor porque no tenía más comida para sus pobres...). Jean-Baptiste Gamelin era un profesional en el cultivo de manzanas. En él, Emilia encuentra a un amigo de los pobres que comparte sus mismas aspiraciones. De esta unión nacen tres hijos, pero muy pronto la tristeza invade el hogar con el fallecimiento de los hijos a quienes ella se había dedicado con amor y abnegación. También fallece su esposo, con quien ha vivido años felices de fidelidad en el compromiso matrimonial.

En medio de todas estas pruebas, Emilia no se repliega sobre sus sufrimientos, sino que encuentra en la Virgen de los Dolores el modelo que orientará toda su vida. Fue su director espiritual el P. Jean-Baptiste Bréguier, quien le regaló, en 1828, un cuadro de la Dolorosa. Ante esta imagen, la Sra. Gamelin aprendió la compasión por las miserias humanas. Su oración y

su contemplación de la Virgen al pie de la cruz abren su corazón a una caridad compasiva por todas las personas que sufren. ¡Desde hoy en adelante, ellas serán su esposo y sus hijos! Madre Gamelin cantará este Himno a la Providencia en compañía de sus protegidas: «¡Oh, dulce Providencia, cuyo divino Don se derrama, abundante, en nuestro corazón! ¿Quién podría olvidar al Autor de este Don y no dar generoso su vida y su amor?».

Un pobre deficiente mental y su anciana madre son los primeros de una larga lista de pobres, que se benefician, no solamente con los recursos que le dejara su esposo, sino además con su tiempo, su dedicación, su bienestar, sus diversiones y hasta su salud. Su propia casa llega a ser la casa de todos ellos y multiplica los refugios para albergarlos.

Personas ancianas, huérfanos, presos, inmigrantes, desempleados, sordomudos, jóvenes o parejas con dificultades, impedidos físicos y enfermos mentales, todos conocen bien su casa, a la que dan espontáneamente el nombre de «Casa de la providencia», porque ella misma es una «verdadera providencia».

Emilia es bien recibida tanto en los hogares como en la cárcel, entre los enfermos y entre los que están bien, porque lleva consuelo y asistencia. Ella es verdaderamente el Evangelio en acción: «Lo que hacéis al más pequeño de mis hermanos, a mí me lo hacéis». En la cárcel Au-Pied-du-Courant, madame Gamelin visitaba a los presos con mucha amabilidad y nobleza, los guardianes de la cárcel la saludaban con respeto. Pronto la apodaron «el ángel de los presos». Traía a los encarcelados canastas de buenos alimentos o dulces además de aportarles noticias y mensajes de sus familiares. Familiares y amigas se reúnen alrededor de ella para ayudarla; mientras que otros no logran entender semejante dedicación y al ver que se abre otro refugio comentan: «Madame Gamelin no tenía suficientes locas. ¡Tuvo que buscarse otras!».

Durante quince años multiplicará sus gestos heroicos de dedicación, bajo la mirada de reconocimiento y aprobación del obispo Jean-Jacques Lartigue, al principio, y después de mons. Ignace Bourget, el segundo obispo de Montreal, quien piensa que una vida tan preciosa para sus feligreses no puede desaparecer sin que alguien tome el relevo.

En una de sus estancias en París, en 1841, mons. Bourget solicita el envío de Hijas de San Vicente de Paúl para la atención de la obra de la señora Gamelin, con el fin de establecer las bases para una comunidad religiosa. Al recibir una respuesta afirmativa, hace construir una casa nueva para acogerlas en Montreal. Pero, a última hora, las religiosas cambian de parecer. La Providencia tiene otros planes. ¡La obra de madame Gamelin sobrevivirá a todos los contratiempos!

Monseñor Bourget deseaba asegurarse de que la obra iniciada por la Sra. Gamelin perdurará. Dedicó su tiempo, fuerzas y energías a ello, motivado por el amor que tenía por su ciudad y por la Iglesia. Invitó a las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl a ir a Montreal. Pero, ya que éstas no fueron, él fundó una comunidad canadiense: las Hijas de la Caridad, Siervas de los Pobres. El 25 de marzo de 1843, Fiesta de la Anunciación, monseñor Ignacio Bourget celebró la misa en la *Casa de la Providencia,* el tercer refugio para los pobres de Emilia. Llamada, por su color, Casa Amarilla, fue regalada a la Sra. Gamelin por un montrealense, el Sr. Olivier Berthelet. Un día en que este hombre visitaba el segundo refugio de Emilia Gamelin, una de las ancianas impedidas le dijo: «Señor, usted que tiene muchas casas, si lo quisiera, bien podría regalarnos una». La cándida sencillez de esta anciana logró un éxito completo. Una casa de dos pisos, de color amarillo, fue entregada a la caritativa Sra. Gamelin. Madeleine Durand, una persona que había ofrecido sus servicios a la Sra. Gamelin en 1835, trabajó para instalar a las ancianas a partir de 1836. Fue en esta casa donde siete jóvenes mujeres, agrupadas en torno a Emilia, después de tres días de retiro, oraciones y reflexión, tomaron el hábito de las novicias de la Providencia, el 25 de marzo de 1843.

La construcción del Asilo de la Providencia comenzó en 1841 y acabó en primavera de 1843. Las novicias y la ¡todavía! madame Gamelin entraron en el Asilo el 24 de mayo de 1843. El Sr. Jean-Charles Prince era director de las novicias mientras que la Sra. Gamelin dirigía la obra. El 8 de julio, la novicia Delphine Payment dejó el noviciado. Esto espoleó a la Sra. Gamelin, que sentía cada vez más el llamamiento a la vida religiosa. Por fin, en septiembre de 1843, obtuvo de mons. Bourget el

permiso para entrar en el noviciado. Pero antes que entrara, Monseñor le pidió que visitara a las Hijas de San Vicente de Paúl en Emmitsburg, Maryland, para recoger copia de las reglas de esta comunidad. Las Sras. Nowlan, Gauvin y el Sr. Paul Lacroix la acompañaron. El viaje duró del 13 de septiembre al 6 de octubre de 1843. A su regreso, la Sra. Gamelin tomó el hábito de las novicias de la Providencia, el 8 de octubre de 1843. El obispo Bourget buscará en su propia diócesis candidatas que confiará a la ya madre Gamelin para que las forme para la obra de caridad compasiva que ella realiza con tanta dedicación, y para la misión de la Providencia que proclama con actos que hablan más fuertemente que las palabras. El 29 de marzo de 1844, siete novicias, incluyendo a la Sra. Gamelin, pronunciaron los tres votos religiosos de pobreza, castidad, obediencia, más un cuarto voto de servicio a los pobres, en la capilla del Asilo de la Providencia.

Las necesidades de los pobres, de los enfermos, de los inmigrantes, etc., no dejan de aumentar en la ciudad, inmersa en una sociedad en vías de desarrollo. La comunidad naciente conoce horas sombrías, cuando las hermanas disminuyen en número, debido a las epidemias mortales. Cuando el obispo Bourget duda de la buena voluntad de la superiora, influenciado por una religiosa muy negativa, la fundadora se mantiene de pie junto a la cruz, siguiendo el ejemplo de la Virgen de Dolores, su modelo a partir de las tristes horas de sus duelos. El mismo obispo Bourget reconocerá su grandeza de alma y su generosidad que llega al heroísmo.

La nueva comunidad crece para responder a las necesidades del momento: las Hermanas de la Providencia se multiplican, son 50 en 1851, cuando hace solamente ocho años que ha nacido la comunidad. Es entonces cuando la fundadora fallece, siendo una víctima más de la epidemia de cólera. Madre Gamelin murió en el Asilo Providencia el 23 de septiembre de 1851, con 51 años de edad. Había levantado obras de beneficencia para ancianos, huérfanos, sordos, sacerdotes ancianos e impedidos, víctimas de cólera y tifus, enfermas mentales y escuelas para niñas. Sus hijas recibieron el último testamento de labios de su madre: humildad, simplicidad, caridad; sobre todo, caridad.

A partir de estos humildes comienzos, miles de jóvenes han seguido el ejemplo de Emilia Tavernier Gamelin, llegando hasta Canadá, Estados Unidos, Chile, Argentina, Haití, Camerún, Egipto, Filipinas, El Salvador...

El 23 de diciembre de 1993, el papa Juan Pablo II promulgó las virtudes heroicas de Emilia Tavernier Gamelin, proclamándola Venerable. Después de reconocer oficialmente, el 18 de septiembre de 2000, un milagro atribuido a su intercesión (la curación de un niño de 13 años que padecía de una enfermedad mortal, en 1983), el mismo soberano pontífice proclamó su beatificación el 7 de octubre de 2001 y la propuso al pueblo de Dios como modelo de santidad, por su vida dedicada totalmente al servicio de sus hermanos más desprovistos de la sociedad. Se ha establecido como fecha de su fiesta litúrgica el 23 de septiembre, día del aniversario de su fallecimiento en 1851.

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

DUBUC, J.-G., *Madre Emilia Gamelin: la mejor amiga de los pobres* (Madrid 1999).
MITRI, A., OMI, *Mère Gamelin et sa cause de béatification* (Montreal 1978).
— *Madre Gamelin: una mujer de compasión* (Montreal 1984).
NADEAU, E., OMI, *La femme au cœur attentif: Mère Gamelin* (Montreal 1969).
ROBILLARD, D., *Emilia Tavernier-Gamelin Meridien* (Montreal 1992).

BEATAS SOFÍA XIMÉNEZ XIMÉNEZ, MARÍA DE LA PURIFICACIÓN DE SAN JOSÉ XIMÉNEZ XIMÉNEZ, Y MARÍA JOSEFA DEL RÍO MESSA

Mártires († 1936)

El 11 de marzo de 2001 fueron glorificadas por el papa Juan Pablo II, en la ceremonia conjunta de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939, un grupo de veinticuatro Carmelitas de la Caridad de las comunidades de Cullera y Valencia. No todas murieron el mismo día y en el mismo lugar: las 9 hermanas de la «Comunidad de Cullera», el 19 de agosto en El Saler (cf. *Año cristiano. Agosto,* p.684-700); las 12 de la «Casa de la misericordia de Valencia», en el Picadero de Paterna el 24 de noviembre; otra en

Tabernes de Valldigna el 7 de septiembre (cf. *supra);* y dos más, junto a una madre de familia, el 24 de septiembre en el cruce Benicalap-Campanar. La calidad evangélica de sus vidas se puede sintetizar con las siguientes reseñas.

SOFÍA XIMÉNEZ XIMÉNEZ nace en Valencia el 15 de octubre de 1876, hija de Juan Ximénez, teniente coronel de Infantería y fiscal de la Plaza de Valencia, y de Sofía Ximénez. El 14 de enero de 1905 contrae nupcias con Carlos del Río Díez de Bulnes, que había enviudado, con tres niños pequeños. De este segundo matrimonio nacen cuatro hijos: Juan José, Sofía, Luis y Manuel. Debido a los distintos destinos de su marido, se avecina en varias ciudades. Entre 1916 y 1927 se encuentra en Toledo y actúa como secretaria del Apostolado Obrero que las Damas Catequistas tienen en esta ciudad. Su director espiritual es don Benito Muñoz de Morales, futuro canónigo de la catedral de Sevilla. También es presidenta de la Asociación y Visita de la Medalla Milagrosa. En 1927 fallece su esposo, y regresa a Valencia con su hijo Luis, que permanece soltero.

En la parroquia de San Nicolás participa en actividades caritativas, favoreciendo a los pobres, procura el bautismo de muchos niños y ayuda a legalizar muchas uniones conyugales. La Divina providencia la probó a lo largo de su vida, y ella supo sobrellevar esas pruebas con gran espíritu y entereza cristiana, sobre todo al tener que irse a vivir con una tía por el segundo matrimonio de su padre, al no ser queridas sus hermanas. Además, la falta de escrúpulos de su tutor le dilapidó una parte sustanciosa de su patrimonio.

Con afectuoso empeño atendió a los tres hijos de su marido, y tuvo que dar sepultura a dos de sus hijos. En todo ello la gracia de Dios confortó su espíritu. Durante la persecución religiosa contra la Iglesia acoge en su casa a varias religiosas. Se acerca a las checas para llevar dinero a las personas detenidas, que les ayude a sobrellevar su infortunio. Denunciada por la criada que tenía en su casa es detenida. En este trance los milicianos obligan también a que su hijo Luis, minusválido por vía de parálisis infantil, les acompañe. De camino al martirio, éste se tira de la camioneta, rompiéndose una pierna; vuelto al interior del vehículo, es asesinado antes que su madre, en el Picadero de Paterna, el día 23 de

septiembre, junto con su hermana M.ª de la Purificación Ximénez, religiosa carmelita de la Caridad (Vedrunas) del colegio de Tarragona, y su hijastra, María Josefa del Río.

El año 1997 los restos mortales de Sofía Ximénez son inhumados en la capilla del Sagrario de la iglesia parroquial de San Nicolás de Valencia.

Juan Pablo la beatifica el 11 de marzo de 2001, junto con otros mártires de la persecución religiosa de 1936 en España.

MARÍA DE LA PURIFICACIÓN XIMÉNEZ XIMÉNEZ nace el día 3 de febrero de 1871, hija de Juan Ximénez y Sofía Ximénez. Desde niña tiene una mirada penetrante de persuasión, con vocación de líder, y tiene que luchar entre temperamento y dulzura, liderazgo y libertad. Alumna del colegio del Sagrado Corazón de Jesús de las Hermanas Carmelitas de la Caridad (Vedrunas), se encarga de las aspirantes. Ingresa en este Instituto el año 1894, y profesa en 1896 en el noviciado de Vic (Barcelona). Su primer destino es en el colegio de La Unión (Murcia), donde la ignorancia religiosa es muy notoria. En 1906 regresa a Vic, como Maestra de novicias. Es dinámica, próxima a todas, con un corazón tiernísimo. Atrae delicadamente. Cinco años más tarde, superiora del colegio de Gandía (Valencia), donde suscita numerosas vocaciones. En 1917 pasa a Tarragona, donde permanece por espacio de diecinueve años. Dotada de excelentes cualidades y con un gran don de gentes, se desvive por testificar su fe entre las alumnas y el personal del colegio de Tarragona. Con gran ánimo sobrelleva las enfermedades e incomprensiones: «No nos hemos de avergonzar de que somos discípulos de Cristo». Entrada en años y enferma, la abrasa el celo de la gloria de Dios.

El día 22 de julio abandona el colegio de Tarragona, pues los milicianos se han incautado del edificio. Se refugia, primero, en casa de una familia muy adicta, pero para no comprometerlos se va a Barcelona, pero, finalmente, viene a casa de su hermana Sofía en Valencia. Denunciadas por la criada que les sirve, los milicianos las detienen y mueren asesinadas el 23 de septiembre en el cruce de Benicalap-Campanar.

MARÍA JOSEFA DEL RÍO MESSA nace en Tarragona el 29 de abril de 1895, hija de Carlos del Río Díez de Bulnes. Queda

huérfana de madre a los seis años, y su padre contrae nuevas nupcias. Siguiendo a su padre, en Barcelona es alumna de las Carmelitas de la Caridad (Vedrunas) y en León colabora con las Damas Catequísticas, en su apostolado dominical. Ingresa en las Carmelitas de la Caridad en 1917 en Vic (Barcelona), y viste el hábito el 10 de septiembre. Dos años después emite los votos temporales y es destinada al colegio de Terrassa, y al poco tiempo (1920) al de la calle mayor de Gràcia de Barcelona, donde permanece hasta el año 1936.

Era muy hábil y tenía mucho gusto para todo. Modelo de piedad, trabaja con entusiasmo por llevar las almas a Dios, ejercitando su celo con sus numerosas alumnas. Al iniciarse la persecución religiosa se refugia en casa de un primo hermano, residente en la ciudad condal, que puede conseguir un salvoconducto con el que pasó a la zona nacional, pero ella prefiere trasladarse a Valencia, a casa de su segunda madre, con quien, finalmente, será martirizada el día 23 de septiembre. Fue beatificada por Juan Pablo II el día 11 de marzo de 2001, junto a su segunda madre y la hermana de ésta.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

LÓPEZ DE VICUÑA, M.ª D. - LÓPEZ RAMOS, M.ª C., *Cuando amanecía...* (Martirio de veinticinco HH. Carmelitas de la Caridad) (Madrid 1993).

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Valentina.* «Beatificationis seu declarationis martyrii Servarum Dei Amaliae Abad Casasempere et XVIII sociorum, et odium fidei, uti fertur, interfectorum († 1936)» (Roma 1998).

SACRA RITUUM CONGREGATIONE, *Valentina.* «Beatificationis seu declarationis Martyrii... Sororum Carmelitarum a Caritate. In odium fidei, uti fertur, interfectorum. Tarracone, MCMLII», 45-66.

BEATA BERNARDINA (MARÍA) JABLONSKA

Virgen y fundadora († 1940)

La historia de la vida religiosa en la Iglesia de Cristo ha resplandecido con la imitación del divino Maestro, siempre atento a demostrar la misericordia hacia los más débiles y desamparados. Muchas han sido las congregaciones que han acogido y canalizado la misericordia de hombres y mujeres consagrados a

gastar su vida en la liberación espiritual y corporal de aquellos en cuyo rostro se descubre la faz de Cristo mismo, pobre, paciente y ultrajado (Mt 25).

La Beata Bernardina siguió heroicamente la predicación de Jesús en este evangelio del último juicio; dio la vida por aquellos a quienes amaba en Cristo. Nació el 5 de agosto de 1878 en la aldea polaca de Pizuny-Lukawica, hija de Gregorio Jablonski y de María Roman; a los dos días fue bautizada con el nombre de su madre en la iglesia parroquial de Lipsko, archidiócesis de Leópolis. Sus padres eran honrados agricultores y católicos sinceros. El 4 de mayo de 1893 murió la madre, y el padre contrajo segundas nupcias. Tales contrariedades afligieron a la joven, que se refugió en una vida de oración, día y noche, de ayunos y mortificaciones.

El 13 de 1886 había encontrado al santo hermano Alberto Chmielowski (1845-1916), cuya forma de vida y apostolado entre los más pobres y sin techo cautivó su espíritu. A los 20 años, dejó la casa paterna para afiliarse a la comunidad de las Siervas Pobres que dicho santo había establecido en Brusno para acoger a pobres, enfermos, ancianos y huérfanos. Fue una de las primeras vocaciones del nuevo Instituto. El 3 de junio de 1897 vistió el hábito religioso y cambió su nombre de María por el de Sor Bernardina. En la fiesta de San Francisco de Asís, el 4 de octubre de aquel mismo año, ingresó en la Tercera Orden franciscana, en cuyo seno han florecido tantos laicos y religiosos que han brillado por la misericordia hacia los menesterosos que resplandeció en la vida del *Poverello.* Una vez concluido el noviciado, a pesar de su juventud, San Alberto la designó superiora de la casa abierta en Cracovia. Sobresalió por sus virtudes, por su cultivo de la vida espiritual, por su perfección en el quehacer cotidiano y la observancia del recogimiento y del silencio. Pero la miseria de los pobres que atendía sacudió su ánimo y le provocó tal crisis espiritual que pensó en abandonar la congregación. Experimentaba, por otra parte, el atractivo de la vocación monástica y contemplativa. De estas crisis y dudas la sacó el santo fundador, quien le mostró que el camino elegido era el que le señalaba la voluntad de Dios. El hermano Alberto redactó para ella el llamado «acto de amor», que expresaba la sumi-

sión plena a la voluntad de Dios; sor Bernardina subscribió tal acto de amor y entrega: se consagró para siempre a Jesucristo Salvador.

Desde aquel momento, el Señor la condujo por un camino de sacrificio, de renuncia y de dedicación íntegra al servicio de los más pobres. Si antes la aterraba la contemplación de tanta miseria en los asilos de los ancianos, ahora sentía que su corazón se volcaba, con caridad y compasión, hacia los pobres y desgraciados. En tal actitud espiritual cimentó la fisonomía de su espiritualidad. Bien podía repetir la expresión del modelo de su consagración a Dios, Francisco de Asís, que dio testimonio de su conversión, en el testamento de 1226, con estas palabras:

> «Me concedió el Señor dar comienzo a mi vida de penitencia. Mientras me hallaba en los pecados, se me hacía muy amargo ver leprosos. Y el Señor mismo me condujo en medio de ellos, y yo practiqué la misericordia con ellos».

Así también el Señor convirtió el corazón de su hija Bernardina y la introdujo en el camino de la misericordia hacia los más desfavorecidos en la sociedad.

Desde el principio San Alberto había descubierto en sor Bernardina a la futura primera superiora general de las Siervas Pobres. La había preparado para tal misión y se la confirió el 7 de abril de 1902, a los seis años de su entrada en el Instituto, cuando sólo contaba 24 años. Formaban entonces el Instituto 30 hermanas distribuidas en seis casas. La nueva superiora general trabajó incansablemente para hacer efectivo en la Congregación el carisma propio que el Espíritu le había infundido: la confianza en la divina Providencia y el estilo de vida que había ejemplarizado San Francisco de Asís. Promovió asimismo la vida interior e impulsó un fuerte dinamismo en las obras asistenciales de las Siervas de los Pobres para que éstas vivieran una vida espiritual intensa y profunda y para que su apostolado y servicio a los necesitados fuera siempre más fiel y elocuente. Enderezó, por lo tanto, la vida religiosa de sus hermanas, lo que provocó que sólo permanecieran en el Instituto las que de veras aspiraban a la perfección cristiana y tenían la voluntad firme de seguir el espíritu franciscano del fundador, San Alberto. No en vano éste (canonizado por Juan Pablo II en 1989) ha sido consi-

derado como uno de los más perfectos seguidores de Francisco de Asís.

La joven superiora general se dedicó especialmente a formar a sus religiosas.

> «Madre y maestra de sus compañeras, cultivó su formación, inculcó la observancia de la regla y les enseñó la solicitud por los miembros pacientes de Cristo exhortándolas así: hacia nuestros pobres, enfermos, niños, sirvientes, familiares, en nuestro prójimo, las hermanas deben comportarse con afabilidad, con indulgencia, con misericordia; procuren consolarles en sus desgracias y atraer sus almas a Dios», escribió Juan Pablo II en las letras apostólicas de la beatificación.

En 1922 se celebró el primer capítulo general de la congregación, que la eligió o confirmó como superiora general. El 22 de junio de 1926 el arzobispo de Cracovia Adán-Esteban Sapieha aprobó las constituciones redactadas por la Beata Bernardina, por lo cual se la considera cofundadora de la Congregación de las Siervas de los Pobres. El año siguiente el Instituto fue agregado a la Orden de frailes menores capuchinos. La noche de Navidad de 1927, sor Bernardina emitió su profesión temporal y el mismo día, al año siguiente, pronunció sus votos perpetuos. En los capítulos generales de 1933 y de 1939, la madre Jablonska fue reelegida superiora general de las Siervas de los Pobres, llamadas también Albertinas, por su fundador San Alberto.

En el decreto que declaró sus virtudes heroicas, leemos:

> «Rica de amor de Dios, observó con diligencia sus mandatos, los preceptos y las normas de la Iglesia, los votos y la regla que había profesado; multiplicó los talentos naturales y sobrenaturales que le había dado la providencia, luchó contra el pecado, con serenidad llevó la cruz de cada día y se sacrificó por el bien de las almas, especialmente de las que estaban retenidas por las redes del vicio».

Su vida estaba conducida por la fe y por la obediencia a la voluntad de Dios, por el servicio a sus hermanas pobres y enfermas. Alimentó su vida espiritual con la meditación y ardiente piedad hacia el misterio eucarístico, la escuela del Sagrado Corazón le enseñó a ejercer la caridad universal, y supo descubrir el rostro del Crucificado en los menesterosos, enfermos y abandonados de la sociedad. La confortó la devoción a la Dolorosa

Madre del Redentor. Siguió con alegría y fidelidad los preceptos de la jerarquía eclesiástica: del papa, de los obispos, de los sacerdotes, aunque le costara en algunas ocasiones. «Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 15,12): estas palabras del Señor fueron luz y guía de sus pasos en el servicio a los marginados. Demostró con su ejemplo que el Evangelio no sólo tenía que ser creído, sino seguido y practicado cotidianamente con fidelidad, generosidad y humildad.

Con admirable paciencia soportó los sufrimientos de diversas enfermedades que minaron su cuerpo; a pesar de ellas, no cejó en el cumplimiento de su cargo, en su dedicación a los trabajos propios del Instituto, sin lamentarse por nada, guardando constantemente un ánimo imperturbable, participando en la oración de su comunidad.

Rodeada de sus hijas, que tanto la amaban, entregó su espíritu al Creador y Padre providente el 23 de septiembre de 1940. Un gran número de religiosas y de fieles asistieron a los funerales celebrados en el cementerio de Cracovia.

Al cabo de unos años sus despojos fueron trasladados a la iglesia de la casa general de las Albertinas, junto al sepulcro del santo hermano Alberto. Entonces la Congregación contaba con unas 500 hermanas en Polonia, que atendían 55 casas; obtuvo el *decretum laudis* el 5 de septiembre de 1955. En 1987, el Instituto estaba formado por 618 religiosas, 43 novicias, distribuidas en 70 casas y 3 provincias, en Polonia, Italia, en los Estados Unidos de América y en Argentina.

El arzobispo de Cracovia inició su causa de canonización el 3 de agosto de 1983. El proceso diocesano se desarrolló entre 1984 y 1985. Este primer proceso fue aprobado el 30 de enero de 1987. En 1996 los consultores teólogos de la Congregación para las Causas de los Santos aprobaron la *Positio* sobre sus virtudes heroicas, aprobación que ratificaron el siguiente 15 de octubre los cardenales y obispos. El decreto, mandado publicar por el papa Juan Pablo II, lleva fecha de 17 de diciembre del citado año. El 8 de abril de 1997 fue aprobado un milagro atribuido a la intercesión de la venerable, acaecido en Zakopane.

Juan Pablo II tuvo el gozo de beatificarla en la patria de ambos, el viernes 6 de junio de aquel mismo año, en la solemnidad

del Sagrado Corazón de Jesús, a los pies de la cruz levantada en el monte Giewont que forma parte del impresionante conjunto montañoso de Zakopane. En estas montañas San Alberto Chmielowski había buscado su experiencia de desierto para cimentar la espiritualidad que transmitiría a la nueva beata. Con la Madre Jablonska, beatificó el papa a otra polonesa, la venerable Sor María Karlowska.

En su homilía, predicó Juan Pablo II:

> «El Corazón de Jesús fue la fuente del vigor de estas dos mujeres. Gracias a esta fuerza alcanzaron las cimas de la santidad. María Bernardina Jablonska —hija espiritual de San Alberto Chmielowski, colaboradora y continuadora de su obra de misericordia—, viviendo en la pobreza se consagró al servicio de los más pobres. La Iglesia pone ante nuestros ojos el ejemplo de esta piadosa religiosa, cuyo lema de vida eran estas palabras: "Dar, dar eternamente". Fijos sus ojos en Cristo, lo seguía fielmente, imitándolo en el amor. Quería satisfacer todas las demandas del prójimo, quería enjugar toda lágrima, consolar al menos con la palabra el alma que sufría. Quería ser siempre buena con todos, más buena aún con los más desafortunados. Solía exclamar: "El dolor del prójimo es mi propio dolor". Junto con San Alberto, fundaba asilos para los enfermos y para los sin techo a causa de la guerra. Este amor, grande y heroico, maduraba en silencio en el desierto vecino de Kalatówski, donde ella permaneció por un cierto tiempo. En los momentos más difíciles de su vida, se encomendaba al Sacratísimo Corazón de Jesús. Le ofrecía cuanto poseía, especialmente los sufrimientos interiores y los dolores físicos. *¡Todo por amor de Cristo!* Como superiora general de la Congregación de las Hermanas Siervas de los Pobres de la Tercera Orden de San Francisco, las Albertinas, daba incesantemente a sus religiosas el ejemplo de aquel amor que mana de la unión del corazón humano con el Sacratísimo Corazón del Salvador. El Corazón de Jesús era su fuerza en el heroico servicio a los más necesitados».

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 89 (1997) 496-499; 749-751.

Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) col.693.

KLUZ, W., *Obraz Boga, St. B. Bernardina Maria Jablonska* (Cracovia 1985).

L'Osservatore Romano (7-7-1997).

STELMACH, A., «S. Bernardyna Jablonska», en A. SCHLETZ (dir.), *Nasza Przeszlosc. Studia z dziejów Kosciola i kultury katolickiej w Polsce*, X (Cracovia 1946s) 317-375.

SAN PÍO DE PIETRELCINA (FRANCISCO FORGIONE)
Presbítero († 1968)

Pietrelcina es un pueblo del Benevento italiano, famoso en el mundo por prestarle el apellido, como ha sido tradición entre los capuchinos, a uno de los santos más populares de nuestro tiempo, el padre Pío, San Pío de Pietrelcina, nacido el 25 de mayo de 1887. Este fraile, que nunca se desplazó a más de doscientos kilómetros de su pueblo natal, sin embargo logró poner en camino, mientras vivió, a miles y miles de personas procedentes de toda Italia y de muchos otros países para asistir a sus misas en San Giovanni Rotondo, recibir sus consejos espirituales y confesarse con él, para buscar en su vida ejemplar y en su obra alivio para el sufrimiento, atraídas sobre todo por el reclamo de los estigmas de la pasión de Cristo que él experimentó en su cuerpo durante muchos años. La riada de visitantes que iba a su encuentro se transformó a la hora de su beatificación y canonización en la Plaza de San Pedro de Roma en un récord de asistencia, lo que vino a confirmar que era santo de mucha devoción. Esta marca de popularidad había sido secundada con una rápida tramitación de su camino a los altares, pues sólo mediaron tres años de distancia entre su beatificación, que tuvo lugar el 2 de mayo de 1999, y su canonización, celebrada el 16 de junio de 2002.

Francisco fue el nombre bautismal que recibió el padre Pío, al día siguiente de su nacimiento, en la iglesia parroquial de Santa María de los Ángeles —hoy llamada de Santa Ana— de Pietrelcina. Francisco, como el hermano de Asís, el inseparable espejo en el que se miró a lo largo de su vida. De familia campesina y escasos recursos económicos, Francisco fue el cuarto hijo de los siete que tuvieron Grazio Forgione y María Giuseppa di Nunzio. Y aunque Pietrelcina conservaba el cíngulo amurallado de un viejo castillo, y la familia Forgione vivía en las proximidades de esa zona feudal, el pueblo era eminentemente agrícola y el modo de ser de sus gentes hospitalario, de trato sencillo y trabajador. También profundamente cristiano.

En aquel estratégico rincón transcurrió toda la infancia de Francisco Forgione, sin más novedades que una vida familiar tranquila, observando con curiosidad y detenimiento la natura-

leza durante las temporadas en que salió a pastorear la media docena de ovejas que servía para cubrir las necesidades de la casa. Como los recursos no eran precisamente muy abundantes para una familia tan numerosa, tomó el padre la decisión de embarcarse, como tantos otros italianos de la época, camino de los Estados Unidos en busca de mejor fortuna, y allí permaneció Grazio durante varios años.

Se incorporó tardíamente a la escuela, sin embargo los cuadernos que se conservan de aquella etapa de su vida reflejan una gran sensibilidad y sensatez. A los doce años recibió la confirmación y la primera comunión, pero muy pronto, a juzgar por lo que dicen algunos biógrafos, contaba con absoluta normalidad que quería «dedicarse enteramente a Dios». Cuando ya había cumplido los quince años, en diciembre de 1902, el joven Francisco tenía clara su decisión de irse a un convento, quería hacerse sacerdote, noticia que en su casa todos aceptaron con alegría. Fue sin duda el asiduo paso por el pueblo de un fraile limosnero con barba, el padre Camilo de Sant'Elia a Pianisi, con el que charló muchas veces el joven Francisco, lo que le dio el verdadero empujón. Quería ser capuchino como aquel fraile que tantos consejos le había dado. Dicho y hecho, el 6 de enero de 1903, después de asistir a misa, con la familia reunida, se despidió.

Se presentó en el convento de Morcone aquel mismo día de la Epifanía y allí se encontró con el hermano portero, que era precisamente el mismo fray Camilo que tantas veces había visto pasar por su pueblo natal. Fue acogido por todos los frailes y encomendado al maestro de novicios, fray Tomás de Monte Sant'Angelo, quien le mostró el plan de su futura vida entre aquellos muros. La celda asignada tenía escrita en el dintel de la puerta esta frase: «Vosotros estáis muertos y vuestra vida está escondida en Cristo». El silencio, el recogimiento y una sincera devoción a María fueron el guión de una vida austera que se inició con una semana de ejercicios espirituales, a cuyo término vistió Francisco Forgione el hábito capuchino de novicio y tomó el nombre de fray Pío de Pietrelcina. Era el 22 de enero de 1903 y empezaba a cumplirse el deseo que más tarde pondría por escrito con esta pregunta: «¿Dónde podré servirte mejor,

Señor, que en el claustro y bajo la bandera del pobrecito de Asís?». Fue, según decía el maestro de novicios, «un novicio ejemplar, puntual en la observancia y exacto en todo».

Un año después, el 22 de enero de 1904, hizo fray Pío su profesión religiosa en presencia de su madre, un hermano y un tío, y tres días más tarde iniciaba sus estudios de formación sacerdotal en el convento de Sant'Elia a Pianisi. Meses después los continuó en San Marcos la Cátola, donde conoció al que sería su director espiritual hasta 1922, el padre Benedicto de San Marcos in Lamis, y de regreso otra vez en Sant'Elia emitió sus votos perpetuos el 27 de enero de 1907. Recibe las órdenes menores y el subdiaconado en diciembre de 1908, pero en mayo de 1909, aquejado por problemas de salud, los médicos le aconsejan que vuelva a Pietrelcina, con su familia, y pueda allí recuperarse de unas persistentes dolencias estomacales. Poco después de volver a casa, en julio de 1909, es ordenado diácono en Morcone.

Aunque pensaba quedarse sólo una temporada en Pietrelcina, su convalecencia se prolongó durante siete años, hasta febrero de 1916. La situación resultaba sumamente incómoda, agravada por múltiples asechanzas, dolores físicos y tormentos espirituales, siempre ofrecidos a Dios como reparación por los pecadores. De vez en cuando lo reclamaban en el convento, a donde acudía obediente, mas pronto tenía que volver a su pueblo en busca de la mejoría que le reportaban los aires natales. Por fin, el 10 de agosto de 1910, recibe la ordenación sacerdotal en la catedral de Benevento y a los cuatro días celebra su primera misa solemne en la parroquia de Santa Ana, la misma en que había sido bautizado. Sólo faltaba su padre, emigrante ahora en Buenos Aires, el día del estreno de su sacerdocio en Pietrelcina.

Y esta pequeña iglesia de Santa Ana no fue sólo testigo de su primera misa sino de todas las misas que celebraría durante su estancia en Pietrelcina. Ayudaba al párroco, rezaba el breviario bajo un olmo, luchaba contra su enfermedad e iba experimentando unos misteriosos dolores en las manos y en los pies que no sabía explicar ni entender, al tiempo que vivía una vida ascética marcada por extraños signos tan consoladores como preocupantes. Pero la celebración de la misa era el momento

central de cada día, una misa larga, de más de una hora, en la que quedaba como absorto, inmerso en profunda oración. A veces, por una breve temporada, se trasladaba el padre Pío al convento, y entonces se atemperaban algunos malentendidos con sus superiores, quienes más de una vez pensaron en exclaustrarlo.

Cuando estalló la guerra del 14 todos los frailes de la provincia capuchina de Foggia fueron movilizados. El padre Pío se incorporó a filas en Benevento en noviembre de 1915 y lo destinaron a una Compañía de Sanidad de Nápoles donde se presentó el 6 de diciembre, pero doce días después ya le concedieron un año de permiso por enfermedad y fue devuelto a su casa. A todo esto, esa vida alejado de los conventos la pasó el padre Pío con tensiones y en medio de una noche del espíritu y de fuertes asechanzas que aceptó y soportó como una prueba. Por fin, en febrero de 1916 volvió a su vida de comunidad en el convento de Santa Ana de Foggia y ejerció su ministerio en el barrio pobre que lo circundaba. No era sin embargo un lugar ideal para su enfermedad, de tal manera que durante una visita que hizo al convento de San Giovanni Rotondo, a finales de julio, pudo experimentar lo bien que le sentaba aquel clima. Así que en el mes de septiembre ya estaba el padre Pío destinado temporalmente en la comunidad del monte Gargano, de donde nunca se iba a mover.

San Giovanni Rotondo era entonces un pueblo retrasado, sin los servicios más elementales, aislado por carretera, pobre en definitiva. El convento capuchino era también de los más pobres de Italia, pero estaba situado pintorescamente en lo alto de un promontorio. Allí experimentaría el padre Pío una vida espiritual intensa y una sucesión de fenómenos místicos cuyo conocimiento sobrepasaría las paredes del convento. Decir misa, confesar y dirigir almas fueron sus principales ocupaciones ministeriales, a las que dedicó por entero sus horas y una dedicación sin límites. «Me falta tiempo material —escribía—, las horas de la mañana se me pasan escuchando confesiones». Aconsejaba de palabra y por carta, transmitía a sus penitentes, que le buscaban por doquier, un fervor contagioso y un compromiso cristiano exigente, al tiempo que vivía en su interior

una tempestuosa lucha y se ofrecía como donación a Dios. Esa agitación se traslucía a veces en palabras como éstas, escritas el 4 de junio de 1918, en que parece no aguantar más: «De mi lecho de dolores y de mi cárcel expiatoria intento inútilmente salir al encuentro de la vida».

El «extremo martirio» que vivió el padre Pío los días 5 y 6 de agosto de 1918 se lo contó dos meses después, por obediencia, al padre Benedicto de San Marcos in Lamis, su director espiritual. Dice que estaba confesando en la tarde del día 5 cuando de improviso se sintió «colmado por un gran terror» al ver un personaje celestial.

> «Tenía en la mano —explica— una especie de lanza, semejante a una lámina de hierro muy larga, con la punta afilada, y daba la impresión de que de dicha punta saliera fuego. Ver todo esto y observar que este personaje descargaba su lanza sobre mi alma, fue todo simultáneamente. Apenas pude emitir un lamento y me sentía morir».

Se prolongó esta experiencia hasta la mañana del día 7 y le dejó «como herido de muerte». «Siento —añade— en lo más profundo del alma una herida que está siempre abierta y que me hace sufrir permanentemente». Ante sus dudas sobre el significado de esta transverberación, el padre espiritual le responde que es «un efecto del amor, una prueba, vocación a corredimir, y por tanto una fuente de gloria». Días más tarde el padre Pío volvería a insistir en este «intensísimo dolor» que no le permitía descansar ni un momento.

Hacía ya unos años, poco después de su ordenación sacerdotal, el padre Pío había notado unos primeros síntomas de estigmatización, un enrojecimiento en las palmas de sus manos y pies —«como si estuviesen traspasados por una espada»— que se le reproducía los martes y viernes, acompañado de una fuerte sensación de dolor. Pero el fenómeno de su «crucifixión» ocurrió en la mañana del 20 de septiembre de 1918, acabada la misa, en unos momentos de dulce reposo e «invadido por una gran paz».

> «Me encontré —escribe— delante de un misterioso personaje, semejante al que había visto en la tarde del 5 de agosto, pero que se diferenciaba de él en que tenía las manos, los pies y el costado manando sangre. Su vista me aterrorizó, y no podría explicar lo

> que sentí dentro de mí en ese momento. Me sentí morir y habría muerto si el Señor no hubiera intervenido sosteniendo mi corazón, que yo sentí saltar en mi pecho. La visión del personaje desapareció y vi que mis manos, pies y costado estaban perforados y sangraban. Imagínese el desgarramiento que experimenté entonces —se lo está confiando a su padre espiritual un mes después— y que continúo experimentando casi todos los días. La herida del corazón mana continuamente sangre, especialmente desde los jueves hasta los sábados».

Dolor y confusión es lo que sintió el padre Pío al comprobar estas señales de la pasión de Jesús que se le manifestaron a los tres días de la fiesta de la impresión de las llagas de San Francisco, en la que se recuerda cómo «fue distinguido con las sagradas llagas» del Señor estando en oración una mañana. Pero el padre Pío teme morir desangrado y pide a Dios que le libre de esta experiencia, o que al menos haga desaparecer las señales externas, ya que no el sufrimiento físico:

> «Alzaré con fuerza a él mi voz y no dejaré de apremiarle para que, por su misericordia, me quite no el desgarramiento ni el dolor, porque lo veo imposible y siento como si quisiera embriagarme de dolor, pero sí estas señales exteriores que me procuran una confusión y una humillación indescriptibles e insoportables».

Estos dolores que le tenían «en un estado permanente de enfermedad», por otra parte «agradable», los sufrió el padre Pío hasta su muerte, en que misteriosamente le desaparecieron las llagas. La experiencia le producía esta doble sensación:

> «¡Qué dulce y qué amargo al mismo tiempo este "hágase tu voluntad"! ¡Corta y sana, hiere y cura, provoca muerte y al mismo tiempo engendra vida! ¡Oh dulces heridas! ¿Por qué, si son tan dolorosas, derraman, al mismo tiempo, un bálsamo sobre mi alma?».

No fue posible mantener en secreto los signos de la estigmatización, que era justamente la gran preocupación del padre Pío. Lo supo el superior del convento y pronto también el Provincial, que se trasladó a San Giovanni Rotondo; y aunque durante unos pocos meses se guardó la noticia en relativo secreto, con el tiempo se fue sabiendo y extendiendo, de tal manera que la curiosidad se hacía irrefrenable y llegaban, atraídas por el hecho, oleadas de peregrinos que no querían perderse la misa del fraile y comprobar con sus ojos las huellas de la pasión. Se ente-

ró también la prensa, que desde entonces seguiría con interés el caso, y varios médicos y expertos recibieron el encargo de estudiarlo. El primer parecer, ya en 1919, lo dio el doctor Romanelli del hospital de Barletta, a petición del provincial; después el profesor Bignami, médico de patología clínica en la universidad de Roma y más tarde el doctor Giorgio Festa. Todos ellos atestiguaron el hecho, pero no se ponían de acuerdo en sus causas.

A todo esto el padre Pío seguía con su vida conventual, sus largas misas y sus prolongadas sesiones de confesonario, escribiendo cartas y dirigiendo almas. Llegaban a San Giovanni Rotondo cada vez más peregrinos, más curiosos, más devotos procedentes no sólo de Italia sino de todo el mundo. Entre los visitantes llegó un día de abril de 1920 el franciscano Agustín Gemelli, fundador de la universidad católica de Milán, con el deseo de ver las llagas del padre Pío, pero no se lo permitieron. Años después, escribiría un artículo polémico en el que hablaba de histerismo, en seguida desautorizado, pero no tardaría el Santo Oficio en tomar cartas en el asunto. En junio de 1922 pone cortapisas a la actuación del padre Pío: que no celebre la misa a hora fija y a ser posible sólo en privado, que no bendiga al pueblo ni enseñe las llagas. Era el anticipo del decreto que llegaría el 23 de mayo de 1931 en que se le pide al general de la Orden que «el padre Pío sea privado de todo ejercicio ministerial, excepto de la santa misa, que puede celebrar sólo en la capilla interna del convento y privadamente». Esta dolorosa situación, en que se vio, además, crucificado por la incomprensión, la aceptó el padre Pío con ejemplar obediencia durante varios años, sin que declinase un ápice su vida de oración. Por fin en 1933 le fueron levantadas las prohibiciones y pudo celebrar misa ante el pueblo y sentarse a oír confesiones. Todavía en los años sesenta se vería asediado por intolerables espionajes y calumnias que afrontó una vez más como «crisol de purificación», según afirmaba Juan Pablo II el día de la beatificación.

En la homilía de canonización subrayaba el Papa, además de la conformidad del padre Pío con el Crucificado, su conciencia de haber sido llamado a colaborar con la obra de la Redención, sus rasgos como dispensador de la misericordia divina «ofreciendo su disponibilidad a todos, a través de la acogida, la direc-

ción espiritual, y especialmente de la administración del sacramento de la penitencia». Este ministerio «atraía a innumerables muchedumbres de fieles al convento de San Giovanni Rotondo. Incluso cuando el singular confesor trataba a los peregrinos con aparente dureza, éstos, una vez tomada conciencia de la gravedad del pecado, y sinceramente arrepentidos, casi siempre regresaban para recibir el abrazo pacificador del perdón sacramental».

«Soy un pobre fraile que reza». Ésta es una de las frases que define mejor que ninguna otra su vida y a la vez explica la razón última de su fecundidad espiritual. La oración —decía— es la «llave que abre el corazón de Dios». Como consecuencia de este propósito de santificarse y de santificar, de tantas horas de íntima unión con Dios, movido por las llamadas de Pío XII en 1947 a orar en común, el padre Pío fundó los *Grupos de oración,* un «ejército de orantes, de personas que fueran levadura en el mundo con la fuerza de la oración», y tuvieran la misión de ser faros de luz y de amor. Pronto se fueron formando y difundiendo estos grupos, como apoyo a la *Casa para el alivio del sufrimiento* inaugurada el 5 de mayo de 1956 en San Giovanni Rotondo, un proyecto que venía madurando desde que en 1925 se ocupó del hospital de San Francisco. «Sin oración nuestra *Casa de alivio* —dijo en 1966— sería como una planta sin aire y sin sol», por eso los Grupos tienen que ser como «las posiciones avanzadas de aquella fortaleza de la caridad». Y a continuación, añadió este hermoso canto al poder de la oración:

> «Es la fuerza que une a todas las almas buenas, la que mueve el mundo, la que renueva las conciencias, la que sostiene la *Casa,* la que conforta a los que sufren, la que cura a los enfermos, la que santifica el trabajo, la que vela por la asistencia sanitaria, la que da fortaleza para soportar el sufrimiento, la que reparte sonrisas y bendiciones de Dios sobre el abatimiento y la debilidad».

Lo decía un hombre que hizo de su vida una constante oración.

Aquella *Casa para el alivio del sufrimiento,* que surgió de su experiencia de enfermo y del conocimiento de la soledad, le ocupó buena parte de su vida y le acarreó innumerables preocupaciones hasta que logró hacerla realidad. Nueve años pasaron entre la colocación de la primera piedra hasta el día de su inau-

guración en mayo de 1956. El papa Pío XII se había hecho presente con un telegrama destacando su «alto sentido evangélico y de caridad». Esta espléndida obra samaritana contaba un año después de su apertura con 300 camas y el día de la canonización del padre Pío con 1.200, más 300 médicos y cerca de 3.000 empleados, y financiado todo el complejo hospitalario por la generosidad de millones de fieles que acuden a San Giovanni Rotondo atraídos por la brasa de espiritualidad que caldea aquel lugar donde vivió y murió el santo de Pietrelcina.

Pocos rincones de peregrinación tan frecuentados como San Giovanni Rotondo. La estela de aquel fraile que se sentía como arrobado al celebrar la eucaristía, que pasaba largas horas en el confesonario y dirigía espiritualmente tantas almas, que vivió y contagió la sabiduría de la cruz, ha dejado una huella imborrable de la que dan testimonio todos los peregrinos que visitan el santuario de Nuestra Señora de las Gracias.

Para celebrar los cincuenta años de los estigmas, en septiembre de 1968, se habían concentrado en San Giovanni miles de personas pertenecientes a los *Grupos de oración*. Estaba el padre Pío muy débil de salud, de tal manera que no pudo decir la misa el día 21, pero al día siguiente, a las cinco de la mañana, algo repuesto, celebró la misa cantada ante aquella multitud. A la hora de la acción de gracias, seriamente agotado, el padre Pío tuvo que ser retirado a su habitación, pero aún quiso aquella tarde asomarse a la ventana de su celda para saludar con el pañuelo a los presentes en la plaza. La respuesta fue un mar de pañuelos agitándose. Vestido con su hábito de capuchino, sentado en un sillón, en presencia del superior del convento, de algunos médicos y de su confesor, que le administró la unción de enfermos, se apagaba la vida del padre Pío mientras repetía los nombres de Jesús y de María y sostenía en su mano el rosario. Eran las dos y media de la madrugada del 23 de septiembre de 1968 cuando murió.

Fue enterrado en la cripta del santuario de Nuestra Señora de las Gracias de San Giovanni Rotondo tres días más tarde, en presencia de las más de cien mil personas que asistieron conmovidas a sus funerales. La fama de santidad de aquel anciano fraile de las llagas, al que se atribuían también otros dones mís-

ticos, nunca declinó y muy pronto se pusieron en marcha los preparativos para su santificación oficial que, al menos por el tiempo transcurrido entre su beatificación y canonización, fue verdaderamente excepcional. A veces una simple frase es capaz de sintetizar con fortuna toda una vida. Así lo hizo Pablo VI cuando, tres años después de la muerte del padre Pío, se dirigió a los superiores generales de los capuchinos recordándoles su estilo de vida y proponiéndoles el ejemplo del padre Pío:

> «¡Mirad qué fama ha tenido! ¡Qué clientela mundial ha reunido en torno a sí! Pero, ¿por qué? ¿Tal vez porque era un filósofo? ¿Porque era un sabio? ¿Porque tenía medios a su disposición? Porque celebraba la misa con humildad, confesaba desde la mañana a la noche, y era, es difícil decirlo, un representante visible de las llagas de Nuestro Señor. Era un hombre de oración y de sufrimiento».

JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Bibliografía

CHIRON, Y., *El padre Pío. El capuchino de los estigmas* (Madrid 1999).
Ecclesia (1999) n.2947, p.35-36; (2002) n.3107, p.20-21.
L'Osservatore Romano (16-6-2002) 1-28 (suplemento especial).
L'Osservatore Romano (17/18-6-2002) 12-15.
MEDINA ESTÉVEZ, J. A., «San Pío de Pietrelcina»: *L'Osservatore Romano* (ed. en español) (24-9-2004) 9-11.
MIGLIORANZA, C., *Padre Pío de Pietrelcina* (Buenos Aires 1997).
RAMÍREZ PERALBO, A., «San Pío de Pietrelcina, capuchino», en *Testigos del siglo XX, maestros del siglo XXI* (Córdoba 2003) 109-133.
RIESE, F. DA, *Padre Pío de Pietrelcina, un crucificado sin cruz* (Madrid 1989).
SÁEZ DE OCÁRIZ, L., *Pío de Pietrelcina, místico y apóstol* (Madrid 2004).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN LINO
Papa († s. I)

San Lino aparece en la historia de la Iglesia como el primer sucesor de San Pedro en la sede romana. Su nombre figura en los antiguos catálogos de los obispos romanos. San Ireneo de Lyón († 202) nos lo presenta así: «La tradición de los apóstoles manifestada en todo el mundo puede verse en cada iglesia por

todos aquellos que quieran ver la verdad. Y debemos enumerar a aquellos que por los apóstoles fueron instituidos obispos y sucesores suyos hasta nosotros [...] Pero como sería muy largo dar en este volumen la enumeración de las sucesiones de todas las iglesias, indicaremos la sucesión de obispos hasta hoy de la máxima y antiquísima y de todos conocida Iglesia, fundada y constituida por los dos gloriosísimos apóstoles Pedro y Pablo, la de Roma [...] a la cual Iglesia, por su más poderosa principalidad es necesario que convenga toda Iglesia, es decir todos los fieles de todas partes [...] Fundando e instruyendo los bienaventurados apóstoles la Iglesia, entregaron a Lino el episcopado para que administrara la Iglesia. A este Lino lo menciona Pablo en las cartas a Timoteo» *(Contra las herejías).*

Ésta es, pues, la tradición de la Iglesia romana: que fueron los santos apóstoles Pedro y Pablo quienes eligieron a Lino para que estuviera al frente de la comunidad cristiana de la Urbe. Sacrificados Pedro y Pablo por la persecución, le tocó a Lino presidir una Iglesia sacudida por el sacrificio de muchos cristianos, y alentar a todos a perseverar firmes en la fe y la adhesión a Jesucristo. La tradición lo presenta como hijo de Herculano y natural de Volterra. En su tiempo fue la dolorosa destrucción de Jerusalén que no pudo menos que repercutir en el ánimo de los cristianos de todas partes. El *Liber pontificalis* le atribuye la prescripción del velo para las mujeres en la oración litúrgica y le atribuye dos ordenaciones de quince obispos y dieciocho presbíteros. También señala el dicho *Liber pontificalis* que su pontificado duró once años, fija la fecha de su muerte el 23 de septiembre y le hace morir mártir, lo que la crítica histórica no avala. Como tal primer sucesor de San Pedro lo mencionan numerosos santos padres y escritores eclesiásticos antiguos. Su nombre figura en el *Canon romano de la misa.*

SAN CONSTANCIO

Sacristán († s. V)

Nos da noticias de este santo San Gregorio Magno en su libro de los *Diálogos.* Las noticias las tenía a su vez el papa de un obispo, que seguramente sería el de la propia Ancona, que fue

el teatro de la santidad de este hombre de Dios. Era un hombre de pequeña estatura y poco agraciado, que en hábito de monje servía como mansionario o sacristán a la iglesia de San Esteban, la primera catedral de la ciudad y en la que se veneraba, como recuerda el propio San Agustín en uno de sus sermones, una reliquia del santo protomártir. El sacristán era todo un hombre de Dios, lleno de espiritualidad y virtudes, y el Señor se dignaba realzar esta santidad concediéndole el don de milagros. Hombre humilde, una vez que un campesino lo injurió correspondió abrazándolo y dándole las gracias por sus palabras, edificando así a la comunidad cristiana con su conducta evangélica. Sin que se sepa por qué, sus reliquias fueron llevadas años después de su muerte a Venecia, donde se veneran.

SAN ADAMNANO

Presbítero y abad († 704)

Nació hacia el año 625 en Dromhome, Irlanda, en el seno de una noble familia, emparentada con San Columba, el fundador del monasterio de Iona. Adamnano entró muy joven en dicho monasterio y se acreditó por la observancia regular y la virtud que resplandecía en él. El año 679 fue elegido abad de dicho monasterio. En este monasterio se refugió el rey Alfredo cuando a la muerte de su padre el rey Oswy de Nortumbria fue perseguido por el usurpador Ecfredo, pero el príncipe en 685 pudo ver reconocidos sus derechos. Adamnano le pidió entonces la liberación de los prisioneros y para ello viajó a Gran Bretaña, de donde volvió con el objetivo cumplido. Nuevamente volvió a Inglaterra a visitar a Alfredo, lo que aprovechó para visitar numerosas iglesias y monasterios, siendo convencido de que llevara a Irlanda la celebración romana de la Pascua, lo que se hizo en 692. En 697 estuvo presente en el concilio de Birr, en que se dictaron medidas para preservar a las mujeres y los niños de los horrores de la guerra, y en 701 participó en el concilio de Tara. Murió en su monasterio el 23 de septiembre del 704.

BEATA ELENA DUGLIOLI
Viuda († 1520)

Nace en Bolonia en 1472, hija de un notario. Educada cristianamente, aspiraba ella a consagrarse al Señor pero su madre la obligó a casarse con Benito Dal'Olio, con quien se entendió muy bien, fue para ella un magnífico esposo y supieron ambos amarse y respetarse como perfectos esposos cristianos. Fueron treinta los años de su feliz vida matrimonial. Al cabo de este tiempo murió su marido, y entonces ella decidió dedicarse a las obras de caridad y religión, edificando con sus claras virtudes a toda la comunidad cristiana. A su muerte, sucedida en Bolonia el 23 de septiembre de 1520, el pueblo comenzó a darle culto como a santa, culto que la Iglesia confirmó el 26 de marzo de 1828.

BEATOS CRISTÓBAL, ANTONIO Y JUAN
Mártires († 1527-1529)

Estos tres jovencísimos beatos son las primicias del santoral mejicano, hoy muy nutrido tras siglos de presencia cristiana en tan noble tierra. Su martirio pertenece a los comienzos de la evangelización de Méjico. En 1524 los franciscanos llegaron a Méjico y se dividieron en cuatro grupos, uno de los cuales se establece en Tlaxcala, de cuya zona son los tres protomártires mejicanos. El martirio es obra de la reacción producida contra la implantación de la fe cristiana.

Cristóbal nació en Atlihuetzía, junto a Tlaxcala, h. 1514. Con diez años obtuvo licencia de su padre para asistir a la escuela de los franciscanos en Tlaxcala. Aquí se convierte al cristianismo y se bautiza con el nombre de Cristóbal y se dedica seguidamente a atraer a su padre a la religión y la moral cristianas. Este reaccionó con violencia a estos intentos y bajo pretexto de una fiesta familiar, llamó a sus hijos a que vinieran de la escuela franciscana y cumplió su propósito de abatir al muchacho a bastonazos, rompiéndole las piernas y los brazos, y en vista de que no moría lo echó a una hoguera. El joven se encomendó al Señor con confianza, mostró una gran mansedumbre y le dijo a

su padre que le había hecho un gran honor. El padre pagó con la vida su delito. Se calcula que fue en 1527.

Antonio nació en Tizatlán, junto a Tlaxcala, h. 1516 en una familia acomodada. Educado en la fe por los misioneros franciscanos de Tlaxcala y bautizado, como parece, por ellos, cuando se pidieron acompañantes para los padres dominicos destinados a Oaxaca, se ofreció Antonio con su criado Juan. Advertido del peligro de acercarse con el mensaje evangélico a gente posiblemente hostil al mismo, respondió que estaba dispuesto a dar la vida por Cristo.

Juan había nacido en Tizatlán h. 1516 en humilde familia y era criado de Antonio, frecuentando la escuela franciscana de Tlaxcala, donde llegó a la fe cristiana y se supone que fue bautizado.

Llegados ambos con los dominicos a Cuauhtinchán, ayudaban a los religiosos en la labor misionera, siendo los jóvenes los encargados de recoger y retirar los ídolos de las casas. Juan se quedaba a la puerta y Antonio entraba a retirar los ídolos. Estaba Juan haciendo esto cuando varios indios le propinaron con sus bastones tan fuertes golpes que lo mataron en el acto. Antonio acudió y reprendió a los indios su mala acción, siendo él entonces el objeto de la ira, recibiendo golpes hasta que murió. El martirio tuvo lugar en 1529.

La fama de martirio de estas tres muertes perseveró en la comunidad cristiana de Méjico, que por ello dio lugar a un proceso sobre martirio, coronado con la beatificación de los tres mártires por el papa Juan Pablo II en la basílica de Nuestra Señora de Guadalupe el 6 de mayo de 1990. Su memoria es el 23 de septiembre.

BEATO GUILLERMO WAY

Presbítero y mártir († 1587)

Guillermo nace en el condado inglés de Devonshire, en la población de Exeter, el año 1562. Decidida su vocación sacerdotal marcha al continente e ingresa en el seminario inglés de Reims, donde hace los estudios y se ordena sacerdote el 18 de septiembre de 1586. En diciembre de aquel año vuelve como

misionero a Inglaterra. Ejerció su ministerio con gran celo pero fue muy corto el tiempo que pudo ejercerlo pues a los seis meses de su llegada a Inglaterra es arrestado y acusado formalmente de ser sacerdote, siendo encerrado en la cárcel de Clink. A ella se llegó el obispo de Londres para intentar atraerlo al anglicanismo, pero el joven sacerdote se negó a cualquier compromiso en detrimento de su fe. Fue juzgado bajo la acusación de haberse ordenado en el extranjero y condenado a muerte como traidor. Su ejecución tuvo lugar el 23 de septiembre de 1587 en Kingston-on-Thames, siendo ahorcado, destripado y descuartizado. Llegó al patíbulo alegre porque había deseado con fervor la corona del martirio.

Fue beatificado el 15 de diciembre de 1929 por el papa Pío XI.

BEATO VICENTE BALLESTER FAR

Presbítero y mártir († 1936)

Este sacerdote valenciano había nacido en Benidoleig el 4 de febrero de 1888, y había hecho sus estudios en el seminario conciliar de Valencia hasta que pasó como titular de una beca al Real Colegio Seminario de Corpus Christi. Fue ordenado presbítero el año 1913. Su destino fue Xàbia, donde durante ocho años fue Capellán del Mar, cargo en el que hizo una gran labor social y apostólica entre los pescadores, cuyo aprecio se granjeó. Luego fue trasladado a la capellanía de las Agustinas Descalzas de la misma población. Tenía bien acreditada fama de sacerdote lleno de piedad y celo, austero, mortificado y pobre. Daba catecismo en el convento de las agustinas y atraía a los niños al estudio y conocimiento de la doctrina cristiana. Llegada la revolución, se refugió en su casa paterna en su pueblo natal, no siendo molestado hasta que el 23 de septiembre por la tarde unos milicianos de Xábia alegaron que había que arreglar la contabilidad de un Sindicato Agrícola y el comité de Benidoleig les autorizó a ir por él. Llevado primero a prisión, aquella noche fue asesinado en la carretera de Teulada, siendo encontrado su cadáver con el rosario entre las manos. Agonizando había pedido perdón a Dios para sus asesinos.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATA ASCENSIÓN DE SAN JOSÉ DE CALASANZ LLORET MARCO

Virgen y mártir († 1936)

Nació en Gandía el 21 de mayo de 1879 en el seno de una familia cristiana. Llegada la juventud se decide por la vida religiosa e ingresa en la Congregación de Hermanas Carmelitas de la Caridad el 6 de diciembre de 1898. Hace el noviciado en Vich y allí profesa con el nombre de sor Ascensión de San José de Calasanz. Hecha su profesión religiosa, es enviada a la casa de Castellón de la Plana, y posteriormente al Colegio del Sagrado Corazón, de Valencia. Aquí se le confió la clase de niñas gratuita, cien chicas de la clase popular, a las que ella se dedicó con mucho amor y entusiasmo para formarlas, instruirlas y catequizarlas, mostrándose siempre como una religiosa trabajadora y humilde. En 1916 la destinan al colegio de Benejama (Alicante) para dirigir la clase de niñas mayores. Posteriormente le encargaron la clase de párvulos, poniendo en todos sus destinos un mismo celo. Contrajo una enfermedad de la vista que la llevaba a la ceguera, mostrándose resignada y confiada en Dios cuando el médico hubo de decírselo. Persona sumamente caritativa, cuando la comunidad fue intimada a dejar la casa, que iba a ser quemada, ella agradeció que no quemasen a las monjas dentro de la casa y se negó a recriminar o criticar a los asaltadores, diciendo expresamente que los perdonaba. Obligadas las religiosas a dejar el colegio de Benejama, se refugia con su familia en Gandía y se va a una casita de campo, considerada más segura. Pero allí fueron a buscarla y juntamente con su hermano religioso la asesinaron, enterrándola en lugar ignorado. El *Martirologio romano* la conmemora el 23 de septiembre.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO JOSÉ STANEK
Presbítero y mártir († 1944)

José Stanek nació el 4 de diciembre de 1916 en Lapsze Nizne, diócesis de Cracovia. Quedó huérfano a los seis años. Hizo los estudios en el instituto de los P. Palotinos de Wadowice-Kopiec y en el año 1935 ingresó en el noviciado de esta Sociedad en Suchary, Pomerania. El 15 de agosto de 1937 pronunció la profesión y seguidamente hizo los estudios eclesiásticos, ordenándose sacerdote el 7 de abril de 1941. Clandestinamente hizo los cursos de sociología, impartidos por profesores de la Universidad de Varsovia. Sucedida la insurrección de Varsovia, él fue capellán de los insurrectos y se dedicó al cuidado de los menesterosos en los barrios de Śródmiescie y Czerniaków. Su intención, sabiendo la imposibilidad de que la insurrección alcanzase su propósito, fue el de salvar el mayor número posible de personas. Trató incluso con los alemanes, y se negó a dejar a los insurrectos y salvar su vida aun cuando pudo, porque quería prestarles hasta el final su asistencia religiosa. Arrestado por los alemanes cuando se acercó a ellos para tratar de la capitulación, al día siguiente, con la sotana puesta y delante de la gente, fue ahorcado.

Fue beatificado el 13 de junio de 1999 por el papa Juan Pablo II.

24 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Milán, San Anatolio, obispo († s. II).
2. En Saulieu (Galia), santos Andoquio, Tirso y Félix (fecha desconocida), mártires.
3. En Auvergne (Aquitania), San Rústico († s. V), obispo.
4. En Lyón (Galia), San Lupo († d. 528), obispo.
5. En Marsella (Provenza), San Isarno († 1043), abad.
6. En Panonia (Hungría), San Gerardo Sagredo († 1046), obispo de Csanád y mártir *.
7. En Gerona (Cataluña), Beato Dalmacio Moner († 1341), presbítero, de la Orden de Predicadores **.
8. En York (Inglaterra), beatos Guillermo Spencer, presbítero, y Roberto Hardesty († 1589), mártires bajo el reinado de Isabel I *.

9. En Nagasaki (Japón), San Antonio González († 1637), presbítero, de la Orden de Predicadores, mártir *.
10. En San Severino Marche (Italia), San Pacífico de San Severino († 1721), presbítero, de la Orden de Menores **.
11. En Maribor (Eslovenia), Beato Antonio Martín Slomsek († 1862), obispo **.
12. En Roma, Beata Columba (Juana) Gabriel († 1926), abadesa, fundadora de la Congregación de Hermanas Benedictinas de la Caridad **.
13. En Albalat de la Ribera (Valencia), Beato José Ramón Pascual Ferrer Botella († 1936), presbítero y mártir *.
14. En Rotglá y Corberá (Valencia), Beato José María Ferrándiz Hernández († 1936), presbítero y mártir.
15. En Ollería (Valencia), Beata Encarnación Gil Valls († 1936), virgen y mártir *.
16. En Alzira (Valencia), Beato José Ramón Ferragud Girbés († 1936), padre de familia y mártir *.

B) Biografías extensas

BEATO DALMACIO MONER
Presbítero († 1341)

El escenario: Santa Coloma de Farners, un insignificante recorte geográfico gerundense. Un puñado de humildes viviendas rurales en torno a una iglesia románica y muchas masías o casas de campo y no pocos molinos moteando la exuberante vegetación paisajística, surcada por la riera homónima. A una veintena de kilómetros de la capital de provincia.

Ambientación de época. Inicios de la última década del siglo XIII: cuando el expansionismo marítimo catalán, empujado por el crecimiento demográfico y económico, estaba en la cresta de la ola.

Cuando el mallorquín Ramón Llull, bautizado *el gran patriarca de las letras catalanas,* y Arnaldo de Vilanova, famoso médico de pontífices y reyes y profesor universitario en Montpellier, prestigiaban científica y literariamente la realidad cultural del país.

Cuando en la sociedad catalana, tradicionalmente religiosa, agrícola y feudal, privaba la condición campesina. Mayoritario el cultivo de cereales.

El actor: Dalmacio —*Dalmau,* en catalán— Moner, una figura —diríamos ahora— sin prensa, merecedora de mayor

atención informativa y de mayor volumen bibliográfico. En la pluma de un historiador del siglo XVI:

> «Uno de los santos más importantes de la Orden de Predicadores. Con un haber de servicios a casi todos los conventos catalanes de la época en calidad de estudiante, de organizador, de maestro de novicios o profesor de teología».

Dalmacio Moner vio la luz, en 1291, entre arrullos acuáticos encauzados y respirando polvo de harina en el *Molí del Mas Moner,* unas antiquísimas muelas que rodaron hasta la segunda mitad de la pasada centuria. Hijo de Arnaldo y de *Fresca* —presumible contracción de Francisca—, un matrimonio molinero que compartía diarios afanes e ilusión de vivir, con holgura de medios, a dos kilómetros del núcleo urbano de Santa Coloma.

Es verdad que no hay constancia documental sobre los primeros educadores del chaval. Sólo meras suposiciones amparando el recurso familiar a los benedictinos del vecino monasterio de Sant Pere de Cercades para la familiarización del hijo con las primeras letras.

Sí se sabe que, superada la instrucción primaria, el adolescente Dalmau fue enviado por sus padres a Girona. La ciudad, paralelamente al desarrollo del país, vivía una época brillante. Demográfica, urbanística, culturalmente.

Derivación de su creciente presencia comercial a camino entre las urbes de Barcelona y Perpiñán. Positiva también la realidad, en su haber municipal, del conocido hospital de Santa Catalina y del importante convento de los Carmelitas descalzos. Y la pletórica juventud de la iglesia y del claustro de Santo Domingo, prestigioso Estudio General. Y el nacimiento de barrios nuevos, agrandando la ciudad.

Un paréntesis histórico oscuro en cuanto al marco y a la duración escolar y al aprovechamiento académico del hijo de los molineros de Santa Coloma, cursante de las disciplinas previas a los estudios superiores. Alumno de Artes Liberales, que comprendían los llamados *Trivium et Quadrivium.*

Consta, sí, que Dalmau se autocosteaba la estancia. Adelantándose a los modernos tiempos, estudiaba y enseñaba; repartiendo instrucción elemental y catecismo entre las familias acomodadas locales. Primer educador, por ejemplo, del futuro afamado jurisconsulto catalán Pere Serra.

Y que periódicamente recuperaba el contacto personal familiar, pateándose la veintena de kilómetros curvados, polvorientos, moteados de masías, entre Gerona y el punto geográfico que le vio nacer. Ahí estuvo —desaparecida, con la reforma del terreno, años atrás— la llamada *roca dalmaua,* a la que la tradición popular venía atribuyendo funciones de descanso para el joven viandante.

Frecuentara o no las aulas dominicanas gerundenses, el hecho es que Dalmau Moner tuvo ocasiones sobradas para relacionarse con los frailes predicadores.

El historial académico del gerundense salta los Pirineos y nos traslada, en 1308, a Montpellier, una de las primeras escuelas de medicina de Europa —se le atribuye paternidad árabe, fundada por los médicos expulsados de España— y cuyo viejo Estudio General en 1289 se había convertido en universidad. Con la consiguiente concentración estudiantil mediterránea y preferida por el alumnado gerundense.

En Montpellier inició los cursos de Lógica, una disciplina muy apetitosa desde la segunda mitad del siglo XIII, emparentada con los estudios de Gramática. No sólo aprendió. Despertó a inquietudes intelectuales nuevas, soñando con las aulas de la Sorbona convertidas, con el respaldo de la presencia pontificia en Aviñón, en el primer centro teológico europeo, y prestigiadas con el protagonismo docente de Alberto Magno y de Tomás de Aquino. No consta que el sueño se tornara realidad.

Las crónicas, dos años más tarde, le sitúan nuevamente en la geografía de origen; en el molino, oliendo harina recién salida de la muela. Diecinueveañero. Con un envidiable bagaje intelectual de marcada influencia dominicana.

No es de extrañar.

Los monasterios —vida contemplativa retirada del mundo— abrieron camino a familias religiosas nuevas mendicantes —dominicos y franciscanos—, que, sin causar baja en la sociedad, combinando ascetismo y estudio, buscaban cómo cristianizarla.

Abanderados los primeros. En la preparación intelectual y en la presencia en los claustros universitarios. Verdaderos martillos de la herejía.

Nacidos en 1215 y presentes en Barcelona desde 1219. En Gerona desde 1252. Y ya en Lérida, Perpiñán y Tarragona, aunque no tenemos a mano referencias de la respectiva llegada.

Joven pero en plena madurez el convento gerundense, plantel de profesores y de predicadores. Famoso, en los albores del siglo XIV, por las históricas controversias, orales y escritas, entre el mentado Arnaldo de Vilanova y el fraile Bernardo de Puigcercós. Y, en 1310, sede del primer Capítulo provincial de la Orden de Predicadores, con asistencia de un centenar de dominicos en representación de los conventos de la Corona catalano-aragonesa y del reino de Navarra.

A propósito: las actas capitulares de la asamblea de referencia descubren la presencia de Dalmau Moner en la comunidad gerundense. Donde al bagaje intelectual, no común en la época, que le adornaba, sumaría los estudios pendientes de Lógica, estrenada en Montpellier, y dos años de teología.

Precisamente las bianuales actas capitulares retratarán la itinerancia del joven estudiante dominico.

En la ciudad por poco tiempo.

Que, en la reunión comunitaria de 1312, celebrada en Lérida, se le relaciona como profesor de Lógica en el convento de Tarragona.

Y dos años más tarde aparece en las listas de asistencia a la asamblea de Valencia, matriculado en la facultad de Filosofía del Estudio General.

De su estancia en la ciudad levantina sabemos más. Sabemos de su exagerada aplicación, de su pasión por los nuevos estudios, que le absorbían noches enteras, en detrimento de su salud.

Y presumimos que, coronados brillantemente aquéllos, según norma dominicana, recibiría el presbiterado y se ensayaría en la predicación.

La movilidad conventual, en 1317, le acerca nuevamente a los suyos. Ahora con destino a Castelló d'Ampuries. Cofundador y dos años de docencia.

No más, porque la obediencia, entre 1319 y 1321, le fija residencia en Barcelona. En los claustros de Santa Catalina, en cuyo Estudio General estallará a un verdadero entusiasmo por el estudio de la teología.

Ha llegado a la Ciudad Condal rondando la treintena de años, siendo predicador de fama, tras haber asesorado en no

pocas fundaciones conventuales y tras prestar servicios en distintas comunidades de la Orden.

Y una posterior y segunda etapa en las aulas universitarias de Montpellier convirtió a Dalmau Moner en flamante doctor en Teología, la ciencia básica de los frailes predicadores. Curiosa norma constitucional: *Conventus sine doctore non constituatur* («Que no haya ningún convento sin Doctor»).

Inquieto y andariego por obediencia, completaría la década coleccionando desarraigos, paseando conocimientos gramaticales, ciencia filosófica y teológica, experiencias y virtudes. Pateándose parte de las provincias de Barcelona y Lérida. Moviéndose entre Seo de Urgel, Manresa, Cervera y Balaguer.

Cuatro conventos jóvenes, nacidos entre 1317 y 1329, en los que Moner volcó estructuración y empuje fundacional, orientación y ayuda académica, pautas de vida consagrada.

Ideal. No hubo otro como el fraile de Santa Coloma para las respectivas puestas en marcha...

Pero sigamos al dominico itinerante.

Ahora peregrino en tierras del mediodía francés. Hasta llegar a la raya mediterránea; hasta Marsella, adonde le llevarán su ansia de soledad contemplativa y su afán penitencial.

No le tienta el boato, la naciente fastuosidad de Aviñón. La ciudad ahora papal, que se fortifica y gana residencias y palacios para los séquitos pontificio y cardenalicio. La ciudad que multiplica habitantes: eclesiásticos, representaciones diplomáticas y comerciantes atraídos por la riqueza derivada de la nueva condición social ciudadana.

No alarga la estancia con los frailes hermanos.

Que él persigue otro norte.

Va a lo suyo. Y precisamente no empujado por la obediencia.

Va, decididamente, rumbo al monasterio de San Maximino, fundado en 1295 por Carlos II de Anjou. Bueno, no propiamente al monasterio. Pretende concretamente llegar hasta la *Santa Bauma,* el covacho de la ciudad portuaria mediterránea, custodiado por los dominicos galos, donde, según piadosa tradición, María Magdalena con la oración y rigurosa penitencia lavó sus desvíos pecaminosos y sus escándalos.

Tras su voluntaria llamémosla cuaresma, el fraile gerundense, tragando polvo, sufriendo soles, repitiendo pausas y descansos y quemando etapas, deshace la larga cinta de kilómetros entre Marsella y Montpellier. Donde recoge sus libros, sus apuntes, sus objetos personales; se despide de maestros y condiscípulos y sale al camino que ha de guiarle a Gerona.

Con su joven doctorado en Teología, título académicamente muy honroso en la época. Y, sobre todo, hombre prestigioso por su virtud, sus conocimientos y su don de consejo.

Como anillo en el dedo apareció en la comunidad dominicana de Gerona cuyo austero y bello convento gótico de Santo Domingo, en la parte elevada de la ciudad, justamente vivía los estrenos de una primavera, esplendorosa académica y espiritualmente. Una irradiación sobre la capital y sus comarcas y sobre la antigua Corona de Aragón.

En el haber de Dalmacio Moner, que únicamente Dios conoce, restan diez años de vida.

Una década que el docto y virtuoso hijo de los molineros de Santa Coloma combinará repartiendo ciencia teológica desde la cátedra, virtud y consejos a los jóvenes novicios, doctrina sagrada desde el púlpito.

Dando y dándose. Más a Dios; santificándose con la oración, el estudio y la vida regular.

Repasemos.

Austeridad de vida. Según un historiador dominico, *más para admirar que para imitar.*

Austeridad. Buscando siempre la celda más humilde; la más pequeña, oscura y arrinconada.

Aunque en realidad escasamente la usufructuaba. Pues dormía poco y aún lo hacía tendiéndose en el duro suelo. Cuando no sentado en un banco de la iglesia.

¡Cuántas noches en vela en las azoteas o al descampado. Particularmente, en el transcurso de sus repetidas andaduras, extasiado contemplando la maravilla del cielo nocturno tachonado de rutilantes estrellas!

Y austero en la mesa comunitaria, aguando la comida, con el pretexto de enfriarla, para robarle sabor. Que, alimentándose a solas, pasaba con raíces, verduras endurecidas y legumbres hervidas.

Sobrio él en el vestir. Limpio, pero arropado con telas bastas, remendadas y deshilachándose en la parte inferior; humildes telas que ocultaban el cilicio sobre la carne. Exagerado en extremo. Pues sólo la obediencia lograba que estrenara hábito. Pero, hecha la ley, hecha la trampa. Que entonces aún convencía a algún fraile para que antes probara durante unos días la ropa.

Rechazo de toda dádiva.

Al respecto cuentan los cronistas medievales que, andante con otro dominico entre Barcelona y Tarragona, sin alforja al hombro, Dalmacio Moner se topó con una señora que le ofrecía confitura de miel y rosas. «Dios proveerá» —correspondió el fraile, agradeciendo pero no aceptando el regalo—. Siguieron adelante y, cuando ya sufrían cansancio, hambre y sed, les sorprendió una muchacha, también obsequiosa: «Tomad. Mi señora os lo ofrece». Era la misma conserva.

Las viejas referencias amplían que el acompañante del gerundense no vio a la joven oferente pero aceptando que la mermelada sabía a gloria.

Renuncia a los cargos y honores.

Exagerado hasta rechazar las visitas distinguidas. Incluso arriesgando la normal cortesía. Sólo aceptadas si mediaba la gloria de Dios o por obediencia.

Así con el infante don Pedro, conde de Ampurias e hijo del rey Jaime II de Aragón. Con don Bernardo, vizconde de Cabrera. Con don Pedro, obispo de Gerona.

Y aun entonces mínima la dedicación temporal.

Todos. Personas revestidas de autoridad y pueblo llano acudían a él...

Pero más extremado aún en sus relaciones con el personal femenino. Pues, gravemente enfermo, no toleró la presencia de sus hermanas junto al lecho...

Y humilde, sumamente humilde. Rehuyendo toda alabanza y fácil a la demanda de disculpas y al perdón.

Popular la estampa del religioso, mendicante, pateándose —breviario en mano y ayudado de un bastón— las comarcas gerundenses.

Y todo un maestro de teología con el pellejo del aceite a la espalda, librando del transporte al laico acompañante.

Y, por supuesto, amante del silencio y de la soledad. Siempre en busca de espacios de retiro.

Siempre ansioso de estar a solas con Dios.

Una fuerte, irresistible vocación contemplativa que abre paréntesis en la década que comentamos. Por tercera vez le hará anacoreta temporal en la *Santa Bauma* de Marsella. En el covacho de sus amores. En el refugio, en los acantilados boscosos que ponen barrera al Mediterráneo, donde presuntamente María Magdalena lloró, amó y se purificó.

Pero aquella ilusión no cuajó. Que, bien por motivos de salud o bien por necesidad de consejo, el caso es que hubo semáforo rojo señalando el obligado retorno al seno de la comunidad gerundense.

Volvió.

Pero, humildemente insistente, Moner consiguió parcial satisfacción a sus afanes de aislamiento e incomunicación.

Consiguió, cumplida la asistencia a la plegaria capitular y a la mesa, vivir el resto de la jornada, durante sus cuatro años últimos, en la pequeña y húmeda excavación agujereada en una de las laderas del cenobio catalán. Presunto escenario de disciplinas, férvidos rezos y levitaciones.

A propósito... Cuentan que en Castellar, una población cercana a Gerona, se hizo acompañar hasta una fuente por un chaval que luego despidió. Pero, curiosamente oculto, presenció cómo se desnudaba la espalda y cómo se azotaba hasta sangrar. Posteriormente cómo el fraile —que describen *seco de carnes,* pero *alegre de rostro*— se lavaba y se vestía, cumpliendo con la norma evangélica que aconseja máximo disimulo.

A propósito... Hay testimonios de que oraba tan intensamente que, en ocasiones, su cuerpo levitaba. Expresiones arrancadas de las crónicas medievales: se ausentaba y se elevaba del todo de tierra. Volando imperceptiblemente. Sin que sus pies tocasen en el suelo.

A propósito... Es fama que hablaba con los ángeles.

Curioso un conventual, en determinado momento le interrogó sobre el particular.

Moner, irónico pero con la sonrisa en los labios, asintió: «Sí, hablo todos los días, por la mañana, cuando rezo laudes. Pues

les suplico: "Benedicite, angeli Domini, Domino" ("Bendecid, ángeles del Señor, al Señor")».

Y ahí está, en la parroquia natal, la hermosa talla policromada del siglo XVI que le representa en compañía de un ángel.

Las crónicas, finalmente, le recuerdan también protagonizando dones proféticos. Y con poderes taumatúrgicos.

Contrariedades de la vida. Al fraile enamorado apasionadamente de la soledad y de la contemplación, al anacoreta frustrado, Dios le escenifica la muerte coincidiendo con la celebración de la asamblea capitular provincial de 1341. Justamente enmarcada en el convento de Santo Domingo.

Y, en consecuencia, Dalmacio Moner rinde a Dios la espiga granada, prometedora, de cincuenta pletóricos años antes que la dorara el sol de aquel 24 de septiembre.

Muere en la áspera cueva huertana que conoce de su soledad, de sus penitencias, de sus fervores.

Muere cuando la casa está saturada de hábitos religiosos: el delegado del provincial, exprovinciales, representantes de docena y media de conventos dominicanos de la demarcación aragonesa, teólogos, predicadores generales y más comisionados de las respectivas comunidades. Todo un centenar de religiosos aragoneses, catalanes, valencianos y baleares.

Nicolás Eimeric, de quien había sido maestro de novicios y su primer biógrafo, le describe: «De rostro alegre, claro y blanco, como si hubiera conseguido la gloria de la resurrección...».

Consiguientemente exequias funerarias solemnísimas. Como el humilde y sacrificado fraile, que huía de honores y distinciones, jamás hubiera podido soñar.

E itinerantes también sus despojos mortales. Inicialmente enterrados en el cementerio conventual. Posteriores ubicaciones sepulcrales en la iglesia monástica. Y sucesivamente venerados en el templo de los Carmelitas Calzados, en capilla propia del claustro dominicano, en la catedral. Desde 1951 reposan, en una urna de plata, bajo el altar mayor del templo del Sagrado Corazón, encargado a los dominicos.

Toda una cadena de traslados motivados por la creciente fama de santidad y el auge irrefrenable de la devoción popular, ciudadana y comarcal. Nacidos entre sus contemporáneos.

Que, sin tardanza, tras la desaparición del anacoreta —considerado *santo ya en vida*—, la cueva de la huerta de los dominicos se tornó centro de peregrinación.

Desde antiguo especialmente honrado por los gerundenses cuyo patronazgo comparte con San Narciso. Agradecida la ciudad por la liberación protagonizada por Juan de Austria en el asedio francés del 24 de septiembre de 1653. Cuando el enfrentamiento armado que ocasionó nuestra pérdida del Rosellón.

Santa Coloma de Farners le recuerda bautizando con su nombre un popular manantial de la población, en un relieve en bronce con la efigie y con un retablo en la ermita de la advocación local Nuestra Señora de Farners.

Y el papa Inocencio XIII, tras los procesos de rigor, el 13 de agosto de 1712, confirmó oficialmente el culto inmemorial que el pueblo cristiano le venía tributando.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

COLL, J. M., Arts. en *Anales del Instituto de Estudios Gerundenses* y *Boletín Santo Domingo* entre los años 1947 y 1964.

EIMERIC, N., *Vita viri Dei fratris Dalmacii Monerii Cathalani Praedicatorum ordinis et diocesis Gerundensis.* Manuscrito.

MAS, J. M., *Dalmau Moner, dominic itinerant* (Santa Coloma de Farners 1998).

MILLÀS, J. - RABASSA, F., *Historia de Santa Coloma de Farners y su comarca* (Santa Coloma 1950).

NÚÑEZ, I., *El Beato Dalmacio Moner.* Inédito.

SAN PACÍFICO DE SAN SEVERINO

Presbítero († 1721)

La Iglesia ofrece en su santoral modelos vivos y héroes admirables para todas las situaciones posibles en la vida de sus miembros. Y no se los brinda como adornos o como objetos de dulce curiosidad, sino como desafío para sus vidas personales. Los propone para ser imitados. En esas ofertas hay ejemplos admirables y sorprendentes ante hechos y situaciones tan frecuentes como es el dolor, la enfermedad, el sufrimiento convertido en motivo de santificación. Tal es el valor eclesial de la figura de San Pacífico, el hombre que hizo del dolor una plataforma de sublime santidad. Renovó el recuerdo del Santo Job y

por eso sirve de manera especial para nuestros días y para todos los que han sufrido, sufren o pueden sufrir en el porvenir, es decir para todos los mortales.

Desde la primera niñez solamente conoció adversidades y penas. Sin embargo supo convivir con ellas y dar gracias a Dios. Nació en San Severino de las Marcas, pequeña aldea a 24 kms. al suroeste de Macerata, en las laderas de los Apeninos romanos que dan al Adriático. Era muy pequeña población, situada en la ribera derecha del río Potenza. La región pertenecía entonces a los Estados Pontificios. Era territorio con capital en Ancona. La mayor parte de la población, situada en hermosa altura y con una vieja catedral, vivía en el siglo XVII del pequeño comercio o de la modesta agricultura. En los entornos se cultivaba también una sencilla ganadería. La gente rica del lugar no lo era tanto como para permitirse lujos, pues sus tributos, aunque fueran para el Papa, eran crecidos. Y la gente pobre, entre la que nació Pacífico, sobrevivía con indigencia y, con frecuencia, con mucha miseria.

En 1586 Sixto V, Papa de origen local y generoso en sus dones y concesiones, había concedido a San Severino el título de ciudad y lo había convertido en sede episcopal. Había señalado como catedral el «Duomo viejo», sobre el monte Nero, en el barrio medieval de la localidad. Con el tiempo, ya en el siglo XIX, la catedral pasaría a la iglesia de San Agustín, cerca de la plaza mayor. Pero en los años de Pacífico San Severino era sólo un pueblo más grande que los poblados vecinos y que tenía algunos comercios a los que venían a comprar los campesinos.

La vida espiritual de la localidad y de sus entornos estaba muy vinculada con el Santuario de Nuestra Señora de las Luces *(dei Lumi)*. Desde 1584 se conmemoraba en él un prodigio luminoso que tuvo lugar los días 16 y 17 de enero. El hecho de que unas luminarias embellecieran la imagen del santuario fue milagroso para los campesinos que lo contemplaron. La imagen de la Virgen se convirtió en centro de plegarias y peregrinaciones y el hecho se asoció espontáneamente en la piedad popular al no lejano santuario de Loreto, de donde decían los testigos que habían visto venir los resplandores.

La familia del niño Pacífico, que nació el 1 de marzo de 1653, vivía en aquel ambiente y trabajaba en un poco de tierra,

muy poco, y poseía un pequeño rebaño, muy pequeño. La pobreza fue su compañera de infancia. Su padre se llamaba Antonio M. Divini y su madre Mariangela Bruni. Por si era insuficiente ser pobres, los padres murieron con poca diferencia de meses y muy poco después de que su hijo recibiera la confirmación cuando tenía tres años. Cuando quedó así abandonado, fue recogido al amparo de un tío sacerdote, hermano de la madre, y de algunos piadosos familiares que le acompañaron en su primer crecimiento. Pero que muy pronto le pusieron a trabajar para que aportara algo a la casa que lo acogía, pues no era menos pobre que la que había perdido.

El niño Pacífico apenas frecuentó la escuela local, que en los Estados Pontificios se cuidaba ya desde antiguo. Fue el tío sacerdote el que le proporcionó los conocimientos religiosos que fueron su mejor riqueza. Su vida tuvo que discurrir en el trabajo que le indicaban sus protectores. Era lo que hacían todos los jóvenes del lugar y muchos niños desde sus primeros años. El pequeño rebaño que debía cuidar recorría los entornos del pueblo convertido en ciudad. Con el tiempo la región se llenaría de minas de carbón y de algunas fábricas. Pero a Pacífico sólo le llegó la vida para conocer los campos y guardar las ovejas y, a veces, para mirar las brumas del mar, que no quedaba muy lejos en el horizonte.

Las muchas estrecheces y con frecuencia el hambre del pobre, incluso el maltrato de algunos de los parientes que le acogieron y le exigieron prematuro trabajo, se suavizaron algo cuando en diciembre de 1670 un franciscano reformado, un capuchino, le invitó a seguir el camino de San Francisco. Pacífico, que no conocía entonces más que la soledad, se encariñó con aquel buen hombre que le hablaba de fraternidad, de caridad, de amor de Dios, que siempre es más seguro que el amor de los humanos.

A sus 17 años, en 1670, ingresó en el convento franciscano de los Hermanos Menores, en Forano, cerca de Osimo. Su camino se reorientó entonces, aunque no cambió de signo. Su cultura, que algo sí había aprendido en el poco tiempo que fue a la escuela y con su tío, no fue suficiente para pasar de Hermano lego al principio y de dedicarse a servir a los demás. Pero su piedad, que estaba reforzada por la sencillez de su carácter, y la ti-

midez nacida en la soledad de su infancia le facilitaron la serenidad de alma así como la modestia de su vida de servicio.

Pronto dio muestras de la delicadeza de espíritu y de la bondad natural que poseía. Y ello hizo que los superiores le alentaran a la mejora de su cultura con algunos estudios que pacientemente le fueron ayudando a desarrollar su inteligencia. Durante ocho años siguió estudiando y hasta mostró una capacidad admirable para entender y retener, una memoria fácil y una voluntad cada vez más fuerte. Al terminar ese período de formación pronunció sus votos religiosos.

Por eso los superiores, aunque le habían admitido para el trabajo de los hermanos legos, determinaron orientarle hacia el sacerdocio. Y el pobre pastorcito de San Severino terminó estudiando filosofía y teología. Y lo hizo tan bien que, al terminar unos años de preparación al sacerdocio, fue pronto dedicado a enseñar la Filosofía que ya sabía a los más jóvenes de sus compañeros. Comenzó a ejercer de lector o comentador de los temas y lecciones de lo que entonces se veía en las aulas y se explicaba en las cátedras. Con el trabajo de la filosofía parece que simultaneó el estudio de la teología.

El 4 de junio de 1678, a sus 25 años, fue ordenado sacerdote y encargado de seguir con su labor de lector o profesor de filosofía. Su ejercicio escolar estuvo presidido por el amor que manifestaba a aquellos a los que enseñaba y por el ardiente interés que se tomaba para que ellos tuvieran en sus primeros años lo que él había desconocido en su infancia y primera juventud. Se esforzaba sobre todo por infundir en sus jóvenes alumnos el espíritu franciscano, vital, práctico y teológico, tan diferente de los alardes críticos y racionalistas de los catedráticos universitarios.

Tal vez su espíritu y su estilo se encerraban en la frase que con frecuencia recordarían sus discípulos de entonces: «Para ser profesor de filosofía no se necesita ser doctor, sino apóstol». Porque la filosofía franciscana tuvo siempre más de vital que especulativa y nunca, desde San Buenaventura, dejó de ser ante todo un camino para conocer y amar mejor a Dios.

Con todo sólo estuvo en el ejercicio de la docencia cinco cursos, entre el 1680 y el 1683, aunque otros biógrafos apuntan a 1685 como el año en que los superiores le destinaron a otras

tareas apostólicas. Al menos fue desde ese año de 1685 cuando, durante otra media docena de años, estuvo destinado a la predicación por los pueblos y las aldeas. Y también le encargaron atender espiritual y pastoralmente a los peregrinos que acudían al santuario mariano que los capuchinos animaban en la localidad. Fueron años en los que trabajó como misionero sencillo, sin alardes oratorios, pues entendió que la gente sencilla que le escuchaba y que con él rezaba lo que buscaba era el Evangelio y no las predicaciones eruditas.

A esa labor de predicador y confesor de peregrinos fue añadiendo cada vez más firme fe, más persistente oración. Y le fueron apareciendo crecientes dolores corporales, que se le fueron presentando y a los que él respondía con paciente resignación. Tal vez eran sus sufrimientos silenciosos los que constituían la fuente secreta de la energía espiritual que infundía en todos aquellos con los que trataba. Porque muchos afirmaban que, después de confesarse con él, se sentían misteriosamente convertidos y fuertes en la virtud. El ser tan eficaz en el trato con las personas le fue creando una reputación de sabio maestro de almas que movía a otros a acudir a su dirección.

Arrancaba la conversión de las almas que se le acercaban con naturalidad. Las largas horas que pasaba en el confesionario atendiendo a los penitentes, el creciente prestigio que iba adquiriendo como consejero clarividente, la piedad que irradiaba cuando celebraba la Eucaristía o recitaba plegarias en el templo, le fueron atrayendo ingentes cantidades de dirigidos. Lo que nadie sabía era lo que corporalmente sufría en aquellas horas de inactividad física en la iglesia y en el confesionario y que, por cada uno que confesaba, él mismo se imponía duras penitencias para obtener de Dios la conversión del penitente y la ayuda divina.

Entre 1692 y 1693 se le confió el puesto de guardián del convento de María delle Grazie, en San Severino. Tenía 40 años. Pero sus limitaciones corporales ya no hicieron posible que se ocupara mucho de ese servicio a sus hermanos y al santuario, pues eran muchos más los días que no podía moverse del lecho que los que se encontraba disponible.

En cierto momento de su itinerario espiritual comenzó a verse sorprendido y favorecido por Dios con dones contempla-

tivos y con ocasionales éxtasis. Pero al mismo tiempo, de manera incomprensible e inexplicable, cuando más daba síntomas de grandes gracias divinas más sufría inesperadas parálisis que le fueron imposibilitando incluso su apostolado predicador y sus atenciones sacramentales. Si era en esos contactos divinos donde recibía mensajes para sus penitentes quedó siempre como un misterio. Pero los que recibían sus consejos notaban singulares dones celestiales. El hecho era que a muchos, antes de que abrieran la boca y el alma, ya les decía el camino que Dios esperaba de ellos.

Los treinta años finales de su vida los pasó predicando con su dolor, con su silencio, con su paz y resignación. Sufrió cojera, sordera, y ceguera cada vez más intensas y que le duraron hasta el final de su existencia. Al perder el oído, ya no pudo atender a los peregrinos que querían confesarse con él. Se daba cuenta de que estaba terminando el siglo XVII y que también a San Severino llegaban las nuevas corrientes intelectuales que surgían con el nuevo siglo. Sufría por no poder orientar a quienes le demandaban criterios y caminos para poder armonizar los nuevos tiempos con el Evangelio. Como predicador «ilustrado», le habría gustado hablar de Dios a las gentes descreídas. Pero hasta este apostolado le resultaba inasequible.

Le habría gustado atender también a los peregrinos que llegaban a la iglesia de los capuchinos. Pero apenas podía desplazarse por tener los pies hinchados y cubiertos de llagas. Y por si eran pocos sus dolores y sufrimientos, pronto le llegó una afección a los ojos que le dejó casi ciego del todo, de modo que ya ni celebrar la misa pudo sin ayuda.

Desde que quedó imposibilitado para las misiones pastorales, ya no le quedó otro apostolado que la plegaria y la contemplación. Cultivó una paciencia angelical y se entregó con amor fraterno a rezar por los que se lo demandaban. Fueron varios los milagros que se le atribuyeron y muchos los dones, éxtasis y fenómenos espirituales con que Dios adornó su alma, porque su cuerpo quedó inservible.

Dios permitió que hasta le fallara el consuelo de sus Hermanos en religión y hubo de resignarse al desamparo más completo, pues el sacristán y el enfermero le trataban como inepto,

perezoso y carga pesada en sus tareas. Se sintió inservible y arruinado. Así pasó las últimas décadas de su existencia terrena, hasta que llegó a su final cuando iba a cumplir los 70 años. Ejemplo de paciencia, desposeído de todo excepto del amor a Dios, siervo inútil y doloroso que se santificó por su misma obligada inutilidad, tuvo una muerte silenciosa y apenas notada. Simplemente se quedó dormido en el Señor. Era el 24 de septiembre de 1721.

Pero Dios no olvida a los suyos. Los mismos que le habían amargado con sus recriminaciones, le compararon con el Santo Job. Lo hicieron ya tarde para depositar una gota de miel en sus labios amargados. Y entonces comenzaron a brillar las riquezas que había tenido escondidas. Junto a su sepulcro comenzaron a surgir prodigios: gentes humildes y enfermas que marchaban curadas después de haber pedido con fe su ayuda; personas tristes que experimentaban un inexplicable consuelo y alegría después de haber tocado su sepultura; pecadores que se sentían arrepentidos y buscaban en el templo capuchino un confesor sólo con haber rozado su sepulcro.

Y por si sus testimonios y palabras no fueran suficientes, un signo sorprendente extendió su devoción entre las gentes de la región e hizo su sepulcro centro de peregrinaciones. Su cuerpo fue hallado incorrupto cuando se intentó trasladarlo de lugar años más tarde. Los restos de San Pacífico de San Severino habían sido enterrados sin ataúd y directamente en tierra según indica la regla y la tradición de la Orden franciscana. Inexplicablemente estaban en perfectas condiciones al exhumarlos. Ellos y la piedad de muchos fieles lograron que su causa de beatificación fuera iniciada en 1740.

Fue beatificado por Pío VI el 4 de agosto de 1786 y canonizado por Gregorio XVI el 26 de mayo de 1839.

PEDRO CHICO GONZÁLEZ, FSC

Bibliografía

DA GAJOLE, B., *Vita di San Pacifico da San Severino* (Prato 1898).
DIOTALLEVI, F., *Vita di San Pacifico divini, dei minori, da San Severino* (Quaracchi 1910).
MELCHIORRI, S., *Vita di S. Pacifico da San Severino, sacerdote professo del Sacro Istituto de PP. MM. Osserv. Riformati di S. Francesco* (Roma 1839).
San Pacifico da San Severino. Cenni biografici (Pesaro 1929).

BEATO ANTONIO MARTÍN SLOMSEK
Obispo († 1862)

El primer viaje de Juan Pablo II a Eslovenia tuvo lugar del 17 al 19 de mayo de 1996. Precisamente en aquella ocasión reconoció las virtudes heroicas del primer obispo de Maribor, Anton Martin Slomsek (1800-1862). El 19 de septiembre de 1999, el mismo Sumo Pontífice regresó a esa ciudad para beatificarlo. Era una peregrinación a una tierra «bisagra» entre Occidente y el mundo eslavo, un país con unos dos millones de habitantes y una historia de fe cristiana de 1.250 años. Durante siglos, a pesar de que defendió vigorosamente su identidad cultural, el pueblo esloveno quedó a la sombra de Estados más grandes. Ahora, en el centro de Europa, afrontaba los desafíos heredados por la dictadura comunista, que no son sólo de carácter económico y social, sino también moral.

Portador de un mensaje sumamente actual, en el siglo XIX, monseñor Slomsek, anticipándose a sus contemporáneos, defendió una Europa multiétnica y pacífica. Tras el final del conflicto de los Balcanes, el 88 viaje pastoral internacional del pontificado de Juan Pablo II sirvió para redescubrir estos valores proféticos tan importantes para Eslovenia, República mayoritariamente católica, cruce de caminos entre el Este y el Occidente europeos.

El Santo Padre venía a proponer a este pueblo el ejemplo de un obispo que vivió en el siglo XIX pero que sigue cobrando actualidad. Y lo haría en la ciudad en que monseñor Slomsek murió el 24 de septiembre de 1862; y en cuya catedral descansan sus restos. En la bella Maribor, segunda ciudad en número de habitantes de la nación alpina de dos millones de habitantes hacia su independencia de Yugoslavia en 1991, y capital económica y cultural del sur esloveno, tuvo lugar la ceremonia de beatificación ante unos 250.000 peregrinos de todas las diócesis eslovenas, y de varios países cercanos. El primer obispo de Maribor, Anton Martin Slomsek, era también el primer hijo de la nación eslovena en ser elevado a la gloria de los altares.

> «Él fue —dijo Juan Pablo II al beatificarlo— un sarmiento que dio frutos abundantes de santidad cristiana, de singular riqueza cultural y de notable amor a la patria. Por eso está hoy ante nosotros como espléndido ejemplo de vivencia concreta del Evangelio.

En el nuevo beato resplandecen, ante todo, los valores de la santidad cristiana. Siguiendo las huellas de Cristo, se hizo buen samaritano del pueblo esloveno. Atento a las exigencias de la formación del clero y de los fieles, con celo apostólico que sigue siendo hoy un ejemplo para nosotros, evangelizó incansablemente, animando las misiones populares, suscitando numerosas cofradías, predicando ejercicios espirituales y difundiendo cantos populares y escritos religiosos. Fue, en el sentido más genuino de la expresión, un pastor católico, al que los superiores eclesiásticos encomendaron importantes tareas pastorales, incluso en otras regiones del Estado de entonces.

Monseñor Slomsek, fiel y dócil a la Iglesia, estuvo profundamente abierto al ecumenismo y en Europa central fue uno de los primeros en trabajar por la unidad de los cristianos. Ojalá que su celo por la unidad estimule el compromiso ecuménico, para que los cristianos de esta Europa, a la que tanto amó, lleguen a cruzar el umbral del tercer milenio "si no del todo unidos, al menos mucho más próximos a superar las divisiones del segundo milenio" *(Tertio millennio adveniente,* 34).

Asimismo, fue grande la atención que el nuevo beato prestó a la cultura. Al vivir hacia la mitad del siglo pasado, era perfectamente consciente de la importancia que para el futuro de la nación tenía la formación intelectual de los habitantes, especialmente de los jóvenes. Por esto, además de la acción pastoral, se esmeró en promover la cultura, que es riqueza de una nación y patrimonio de todos. La cultura constituye el humus, del que un pueblo puede sacar los elementos necesarios para su crecimiento y desarrollo.

Convencido de ello, mons. Slomsek, por el bien de la juventud, abrió varias escuelas e hizo posible la publicación de libros útiles para la formación humana y espiritual. Reafirmaba que, si los jóvenes se corrompen, a menudo la culpa se ha de buscar en la falta de una formación adecuada. La familia, la escuela y la Iglesia —enseñaba— deben unir sus esfuerzos en un serio programa educativo, conservando cada una su propia esfera de autonomía, pero teniendo todas en cuenta los valores comunes. Sólo con una sólida formación se preparan mujeres y hombres capaces de construir un mundo abierto a los valores perennes de la verdad y el amor.

El nuevo beato estuvo animado también por profundos sentimientos de amor a la patria. Cultivó la lengua eslovena, promovió oportunas reformas sociales, impulsó la elevación cultural de la nación, trabajó con gran esmero para que su pueblo pudiera ocupar un lugar de honor en el concierto de las demás naciones europeas. Y lo hizo sin ceder jamás a sentimientos de miope nacionalismo o de egoísta contraposición frente a las aspiraciones de los pueblos vecinos.

El nuevo beato se os presenta como modelo de auténtico patriotismo. Sus iniciativas marcaron de modo decisivo el futuro de

vuestro pueblo y contribuyeron en gran medida a que lograra la independencia. Dirigiendo la mirada a la amada región de los Balcanes, desgraciadamente marcada en estos años por luchas y violencias, nacionalismos extremos, brutales limpiezas étnicas y guerras entre pueblos y culturas, quisiera señalar a todos el testimonio del nuevo beato. Nos muestra que es posible ser patriotas sinceros y con igual sinceridad vivir juntos y colaborar con personas de otra nacionalidad, de otra cultura y de otra religión. Ojalá que su ejemplo, y sobre todo su intercesión, obtengan solidaridad y paz auténtica para todos los pueblos de esta vasta zona de Europa.

Amadísimos hermanos y hermanas de la querida Eslovenia, seguid las huellas de este compatriota vuestro, íntegro y generoso, que anhelaba conocer la voluntad de Dios y cumplirla a toda costa. Su firmeza interior y su optimismo evangélico estaban arraigados en una sólida fe en la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre el mal...

Me complace repetir aquí las palabras proféticas que monseñor Slomsek pronunció durante una misión popular: "Dicen que el mundo ha envejecido, que el género humano va a la deriva y que Europa se acerca a su fin. Pues bien, es verdad, si abandonamos la humanidad a su camino natural, a su orientación fatal. Pero no lo es, si la fuerza procedente de lo alto, que se conserva en la religión de Jesús, en su Iglesia, se derrama nuevamente en todos los miembros del género humano y les vuelve a dar la vida"».

Anton Martin Slomsek nació en Slom, en una familia de campesinos de Estiria, el día 26 de noviembre de 1800. Ordenado sacerdote el 8 de septiembre de 1824, fiesta de la Natividad de Nuestra Señora; el 26 de septiembre celebró su primera misa en Olimje. Comenzó su ministerio como capellán en Bizeljski y en Nova Cerkev, cerca de Vojnik. Fue trasladado después a Klagenfurt (Austria) donde, durante nueve años, fue director espiritual en el Seminario en que había estudiado. Con pasión juvenil, se sumergió como sacerdote en el apostolado hasta convertirse en un confesor sumamente requerido. En octubre de 1838 fue nombrado párroco de Vuzenica; en 1844, sin dejar el ministerio sacerdotal como párroco, recibió también el título de canónigo de la Catedral de San Andrés en el valle de Labot y, en 1846, fue nombrado párroco-abad en Celje. Tras algunos meses de ministerio en esa ciudad, al ser nombrado Obispo, escogió como lema de su episcopado las palabras *Ad maiorem Dei gloriam animarumque salutem,* «Para la mayor gloria de Dios y salvación de las almas». Recibió la consagración episcopal en Salzburgo el 5 de julio de 1846, fiesta entonces de San Cirilo y San Metodio.

Residió en San Andrés, en Lavantal (la actual Austria) hasta septiembre de 1859, en que reestructuró la diócesis, trasladando la sede episcopal a Maribor, en Eslovenia, con el objetivo de preservar a miles de eslovenos de la germanización. Este esfuerzo por rescatar la cultura de su gente se convertía también en una manera de afrontar conscientemente el liberalismo alemán, que según el obispo, podía inducir al alejamiento de la fe e incluso a la descristianización.

Gran orador, hombre de vasta cultura, su celo pastoral lo llevó a promover la prensa de calidad con muchísimas contribuciones personales de valor pedagógico, literario y espiritual. Considerado un gran pedagogo y catequista, fue también poeta y escritor de numerosos libros. El «Cicerón esloveno» le llamaban sus amigos al constatar el brío de su predicación en esloveno y en alemán.

Como educador del pueblo, despertó en él la conciencia cristiana, para afrontar los peligros y las falsas doctrinas de la época (jansenismo y liberalismo), y trabajó en pro del ecumenismo según el espíritu de los Santos Cirilo y Metodio, apóstoles de los eslavos. Fundó varias cofradías. Promovió la formación permanente del clero y fue celoso pastor de las almas, cuidando de la santificación de las familias y de la educación cristiana de la juventud. El papa Beato Pío IX le encomendó la misión de renovar la vida religiosa en los monasterios benedictinos del centro de Europa, servicio que desempeñó mediante las visitas apostólicas.

Monseñor Slomsek fue, sobre todo, un pastor de almas y un gran dispensador de la gracia sacramental; de este modo contribuyó a la santificación del pueblo de Dios. Vivía aquello que enseñaba. Su incansable actividad pastoral aún es hoy recordada como ejemplo típico de hombre de Dios. Falleció el 24 de septiembre de 1862, siendo sepultado en la catedral de Maribor.

Su profundo espíritu ecuménico y su sincera preocupación por la inculturación del Evangelio en su país, hacen de Slomsek un auténtico precursor del Concilio Vaticano II. Él encarnó la figura del hombre de Dios que, además de salvaguardar la fe de su pueblo, quiso salvar también la identidad nacional, comprometiéndose en la elevación cultural de las masas populares.

Compartiendo el destino de su pueblo, que había perdido la identidad política desde hacía un milenio y se encontraba expuesto a una rápida germanización, organizaba —cuando no era más que un estudiante de teología— cursos de esloveno para sus compañeros menos conscientes que él del deber de ser pastores cercanos a su gente.

Era un hombre de visión profética y, de hecho, se adelantó a su época fundando la Liga de la oración conocida con el nombre de «Confraternidad de los Santos Cirilo y Metodio». Esta institución se convirtió en un instrumento de diálogo entre las diferentes confesiones cristianas, en especial con los ortodoxos.

Un experto en cuestiones eslavas de la Universidad de Lubliana, Frank Kidric —masón declarado—, definió a Anton Martin Slomsek como «el fenómeno espiritual más relevante en la historia del cristianismo esloveno después de los santos Cirilo y Metodio».

ALBERTO JOSÉ GONZÁLEZ CHAVES

Bibliografía

L'Osservatore Romano (20/21-9-1999).
L'Osservatore Romano (ed. en español) (24-9-1999).

BEATA COLUMBA (JUANA) GABRIEL

Abadesa y fundadora († 1926)

Janina (Juana) Matylda nació en Stanislópoli, Polonia (entonces bajo dominio austríaco y ahora Rusia) el 3 de mayo de 1858. Fueron sus padres Rodolfo Gabriel e Inés Rawsky, ricos terratenientes de la región. El mismo día de su nacimiento fue bautizada. A su tiempo, y según los usos de la época, fue confirmada y recibió la primera comunión. Desde el primer momento de su uso de razón se le vio con ganas de ser cada día mejor y no sólo deseando su propia salvación sino la de los demás, como fue el caso de una amiguita judía por la que estaba dispuesta a ofrecer su vida con tal de lograr su conversión.

Su infancia y adolescencia transcurrió, pues, dentro de su familia perteneciente a la aristocracia polaca. En 1866 su familia se trasladó a Leópolis con sus padres y su hermano Estanislao. Y según costumbre del tiempo se confió su educación a las be-

nedictinas de aquella ciudad para que completase su educación cultural y moral. Janina, así se la llamaba habitualmente, puesta en contacto con las hijas de San Benito, comenzó a conocer y amar más y mejor a Cristo y empezó a notar que el amor por él era cada vez más pleno, único y absoluto de modo que se sintió llamada a consagrarle la vida para siempre. Su ideal vocacional se vio cumplido cuando pudo vestir el hábito benedictino cuando apenas contaba los 16 años de edad, cosa insólita en la Polonia de aquella época. Al entrar en el noviciado recibió el nombre de Columba.

En cuanto pasó un tiempo, preparada como estaba en sus estudios anteriores pudo diplomarse como maestra en materias tales como matemáticas, física, química y dibujo para poder enseñarlo a las alumnas, cosa a la que la dedicó inmediatamente la superiora. Columba destacó en este menester de una manera asombrosa dadas las peculiares dotes pedagógicas con que le dotó la divina Providencia. A estas cualidades se le añadía una caridad y cariño muy grande para cuidar de aquellas alumnas más atrasadas o más pobres.

La profesión monástica, que por las normas civiles de aquella revuelta época no se podía emitir hasta haber cumplido los 24 años, pudo emitirla en la fiesta de la Transfiguración del Señor el 6 de agosto de 1882; su acto de entrega a Dios en la vida monástica la confirmó en el fervor de caminar presurosamente por el camino de la santidad.

Durante los años que pasó al servicio de la enseñanza, destacó por su especial dedicación, según lo ya apuntado, en ayudar a los alumnos de familias pobres, proporcionándoles también, en la medida que podía y con permiso de la superiora, alimentos y vestidos.

Su vida, sumamente virtuosa, llevada con gran sencillez, no pudo menos de llamar más y más la atención de sus hermanas hasta el punto que pronto empezaron a pensar en ella como la más indicada para presidirlas en cargos importantes, que les ayudase en el buen gobierno y sobre todo en la vida espiritual y de perfección. Así pues, fue nombrada Priora en 1889, Maestra de novicias en 1894 y finalmente elegida abadesa en 1897. Llegaron días de dificultad y fueron numerosos los problemas

de la vida política y nacional y Columba se mostró con toda solicitud trabajando por todas, de modo que se mostró claramente que era una verdadera madre para todos los que estaban bajo su responsabilidad. Como buena responsable rodeada de una gran familia, todas hallaron en ella una observadora delicada y eficaz que animaba a las débiles y sabía reconducir los caracteres más difíciles para que todas se dirigieran hacia Dios con el corazón henchido de gozo.

Como buena benedictina, bebió e hizo que todas sus hermanas e hijas bebieran de la fuente de la liturgia de cada tiempo, de cada fiesta, de cada día, y no perdonaba sacrificio alguno para llevar a los mejores pastos a todas las almas que el Buen Pastor le había confiado, recordándoles todo lo que en la Regla de San Benito se señala como lo más apto para progresar individual y comunitariamente en el camino de la humildad, la obediencia a Cristo, el trabajo, y el desinterés por las cosas materiales.

La vida de Columba, llegado este momento, recibe del Señor el signo de los elegidos, la cruz de la contradicción y de las traidoras denuncias. Es el dedo de Dios en la conformación de su espíritu al Crucificado. Casi sin saberse cómo, la buena abadesa empezó a ser punto de mira de sospechas, de críticas, y de animadversiones por parte de algunas de las hermanas rebeldes a los avisos y normas disciplinares necesarios para corregir abusos y desvíos. Entre sus adversarios externos se pudieron contar hasta los eclesiásticos probablemente mal informados, lo que hizo sufrir mucho a Columba, que, al fin, imitando a San Benito contra cuya vida quisieron atentar los perversos monjes de Vicovaro, se vio obligada a dejarlo todo, menos su amor a Cristo.

Exiliada, sola, sin nada, con la espada de la calumnia y la sospecha sobre su persona, se presentó en Roma el 21 de abril de 1900. Su oración en aquellos momentos era ésta:

> «Jesús mío, tú sabes que tengo el corazón traspasado con muchas espinas, que soporto con paciencia y a veces hasta con alegría porque todo dolor está aliviado con la sangre de tu corazón. Sólo quiero que me libres de una espada que sería para mí la más dolorosa, verme privada de tu amor. Amado Jesús, todo lo tengo en nada, sólo quiero tenerte a ti».

En Roma, hospedada por la Beata Francisca Siedliska, sólo una cosa anhelaba, poder volver cuanto antes a su monasterio.

Y su dolor fue grande cuando el nuevo obispo de Leópolis le negó la posibilidad de reintegrarse en su comunidad y la remitió al Monasterio de Benedictinas de Subíaco para que probara suerte en él. Obedeció Columba, pero transcurrido un año, entre 1902-1903, llena de dolor por la noche oscura con que era probada su alma, sintió que de nuevo debía volver a Roma, sin saber que allí el Señor le preparaba su camino de luz y vida nueva.

En Roma no dejó de pedir luz y consejo a muchas personas interesadas por su bien espiritual. Entre ellas hay que destacar a la mencionada Beata Francisca Siedliska, al siervo de Dios Pyrro Scavizzi y algunos prelados de la Curia Romana. Entre esos consejos fue como empezó a ver que el camino que Dios le señalaba estaba trazado en sus cualidades y carismas ya demostrados en ella por la divina Providencia en su antiguo monasterio. Sería una ayuda cristiana para la sociedad cuidando de nuevo con solicitud y esmero de la educación de las niñas pobres. Nada tenía, pero confiando ciegamente en la caridad divina puso manos a la obra; se prodigó en ir a los barrios romanos de Prati y el Testaccio catequizando a los niños desarrapados que corrían casi abandonados por las calles. Pronto pudo abrir una casa, que llamó «Casa de familia», en la que poder acoger a las niñas de las familias más pobres y necesitadas y ofrecerles educación cristiana, sin olvidar otros menesteres sociales y caritativos como la asistencia a los enfermos y moribundos de la parroquia. Y de pronto todos empezaron a ayudarla, sin que faltara el auxilio caritativo del santo papa Pío X y más tarde el de Benedicto XV así como de los mismos reyes de Italia, cardenales, nobles romanos (la princesa Barberini presidió un comité de ayuda para la «Casa de familia») y simples sacerdotes y fieles, que, todos a porfía, entregaban sus donativos en ayuda de obra tan caritativa como necesaria.

La casa se llenó pronto de tantas niñas y jóvenes obreras a las que había que alimentar y aleccionar cristianamente, que pronto se vio que Madre Columba no podía con todo. Muchas señoritas y jóvenes atraídas por su ejemplo caritativo empezaron a prestarle su ayuda, incluso conviviendo en la misma casa. De ahí, poco a poco, fue naciendo la idea de fundar un nuevo Instituto femenino que diera solidez y estabilidad a obra tan ca-

ritativa. Con el tiempo y con las debidas aprobaciones de la autoridad eclesiástica quedó establecida, en 1908, la Congregación de Benedictinas de la Caridad, que no sólo llegó a extenderse por diversas diócesis de Italia sino que dio el salto para asentarse en las misiones de otros continentes.

Madre Columba experimentó en su vida la mano generosa de su Salvador a la que ella respondió siempre con prontitud y alegría, no perdonándose ningún trabajo por servir a los más abandonados de este mundo, amor que, cual buen olor de Cristo, se extendía a su alrededor y por toda Roma. Su firmeza, su inteligencia y sobre todo su gran fe en disponerlo todo para el bien de los pobres y de su propia Congregación estaban revestidas por su continuo deseo de ver en todos el rostro de su Señor Jesucristo.

Como es natural en todo camino de santidad, no faltaron los problemas; ante ellos solía decir: «Las obras de Dios nacen, crecen y florecen a la sombra de la cruz del Calvario». Enseñaba a sus jóvenes hijas este camino como el más seguro, tal como ella lo había experimentado en su propia vida para entregarse con toda libertad y sacrificio al bien de los enfermos, los abandonados y la educación de las jóvenes obreras; con ello servían a la Iglesia y a la sociedad en la que las había tocado vivir.

Madre Columba escribió una vez a sus hijas: «Tened un corazón de hijas para con Dios, un corazón de madre para con el prójimo y uno de juez para con vosotras mismas». Cuidaba de que todo se hiciera con discreción y prudencia, según establece la Regla de San Benito, y que en cada uno de los corazones de sus hijas brillara la contemplación, abundara el silencio y perseverase la vida de oración y de alabanza al Creador de todo bien y caridad, especialmente cuando más solicitadas estaban por los asuntos y trabajos de aquí abajo. Las animaba, pues, a que uniesen en su vida una insobornable oración interior y una caridad activa y magnánima. A todas manifestaba su alegría cuando observaba sus progresos y la corrección de sus propios defectos.

Su humildad y sencillez era proverbial, siempre alejada de honores y reconocimientos, queriendo siempre tener como fundamento de su obra la pobreza, la obediencia a los superiores, en los que siempre vio a Cristo como enseña la Escritura y la regla benedictina, y una confianza absoluta en la Providencia

revestida de una caridad sin dolo, por la que estuvo constantemente preparada para dejarlo todo, si era para gloria de Dios y bien de las almas.

El 5 de marzo de 1926 el Vicariato de Roma aprobó su Congregación, lo que fue para ella un don misericordioso de su Señor que la llenó de gozo agradecido.

Al fin de sus días madre Columba había demostrado que se podía vivir cumpliendo la divina voluntad y haciéndola cumplir; siguiendo el magisterio de la Iglesia y entregando su vida con alegría a pesar de sus pobres pero siempre dispuestas fuerzas. Pasó los últimos años de su vida aquejada de algunos problemas de salud, por lo que escribió para enseñanza de su congregación: «El tesoro del dolor, tolerado con amor, tendrá su fin y se convertirá en nuestra corona». Y a sus hijas, preocupadas por la salud de la Madre, las regañaba diciendo: «Rogad más bien a Dios para que tenga una santa muerte».

Por fin entregó su alma a Dios en la tarde del 24 de septiembre de 1926 rodeada de sus hijas y de algunos sacerdotes que siempre la habían ayudado espiritualmente, entre ellos el susodicho siervo de Dios Pyrro Scavizzi y el P. Vicente Ceresi.

Su fama de santidad, de la que ya gozaba en vida, se manifestó en el duelo multitudinario de sus exequias y en la progresiva difusión de su vida y sus obras en años sucesivos. Su proceso de beatificación se comenzó en Roma en 1983, para finalizar con la declaración de la heroicidad de sus virtudes por parte del papa Juan Pablo II el 10 de mayo de 1990.

Un milagro poco común ayudó a dar paso a la beatificación de madre Columba; un milagro efectuado en la persona de Albano Sguotto. En 1982, a sus 64 años, enfermo de artrosis, tuvo que ser operado de cadera en Citadella, cerca de Padua. Durante la operación sufrió un paro cardíaco y, aunque se hizo todo lo posible para reanimarlo, nada tenía efecto. Enteradas las Hermanas Benedictinas de la Caridad, radicadas en Praglia, de situación tan desesperada, se pusieron en oración con todos sus alumnos y familiares del enfermo encomendándole a la intercesión de la madre Columba. De forma asombrosa y cuando los médicos le daban por muerto después de casi 22 minutos de paro cardíaco, de pronto sin ninguna clase de estímulo, el cora-

zón comenzó a latir regularmente y sin problemas. El enfermo convaleció rápidamente, no constando ninguna secuela de tan accidentada operación. Los médicos que estudiaron el caso tuvieron que confirmar no hallar explicación científica alguna ante tal hecho que va más allá de los conocimientos y experiencias de la ciencia médica. El milagro fue aprobado el 21 de diciembre de 1992.

Y fue el 16 de mayo de 1993 cuando el papa Juan Pablo II la proclamó bienaventurada en pleno período pascual. Madre Columba Juana Gabriel, educada, pues, en la «escuela del servicio divino», según San Benito, creció en gracia y aprendió que ser obediente al Padre celestial es la fuente de toda paz y alegría. En María siempre contempló a la misma Iglesia y el mejor ejemplo de fe y caridad cristiana, y que el dolor, la humildad, el trabajo y la caridad para con los hermanos son las virtudes más necesarias para entrar en el reino de los cielos. La Beata Columba con su vida, ejemplos y escritos manifestó de tal modo su amor y fervor por Cristo, que hay que considerarla como una de las santas más esforzadas e insignes entre aquellas cristianas que han puesto su vida a disposición de los pobres y de los enfermos más afligidos.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

AAS 82 (1990) 1638-1643; 85 (1993) 617-619; 86 (1994) 23-25; 314-318.
ROCCA, G. - PELLICCIA, G. (dirs.), Art. en *Dizionario degli istituti di perfezione.* I: *Aa-Camaldoli* (Roma 1974) cols.1006-1007.

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN GERARDO SAGREDO
Obispo y mártir († 1046)

Natural de Venecia, recibe en el bautismo el nombre de Jorge, y pertenecía a la familia dálmata de los Sagredo. Ofrecido por sus padres al Señor tras una grave enfermedad a los cinco años, se hizo benedictino en el monasterio de San Giorgio Maggiore, y al profesar tomó, en recuerdo de su padre ya difunto, el nombre de Gerardo. Elegido prior y luego abad, renuncia

a esta dignidad cuando decide peregrinar a Tierra Santa. Pero la nave lo deja en Zara, de donde se dirige a Hungría y aquí es designado preceptor del príncipe Emerico o Imre, heredero del rey San Esteban I, simultaneando este deber con el de la predicación. Posteriormente llevó vida eremítica en Bakonybel. Pero el rey le insistió en que aceptase el recién creado obispado de Csanád, y desde él intervino activamente en la gran obra de la evangelización de Hungría, siendo un obispo celoso y lleno de santidad, que animó a muchos a adherirse al cristianismo. Cuando se hizo cargo de su sede, eran muy pocos los cristianos de la misma, pero logró conformar una buena comunidad cristiana y educar a muchos en la nueva fe y hacerles firmes en la misma. Su muerte se debió a una reacción anticristiana por parte de elementos paganos, reacción desatada a la muerte de San Esteban. El santo obispo fue precipitado del Monte Kelen, que tomó desde entonces su nombre, en las cercanías de Pest el 24 de septiembre de 1046. En 1083 el papa San Gregorio VII autorizó su culto, como el de los otros santos que intervinieron en la conversión de Hungría al cristianismo.

BEATOS GUILLERMO SPENCER Y ROBERTO HARDESTY

Mártires († 1589)

El 24 de septiembre de 1589 fueron martirizados en York, Inglaterra, un sacerdote secular, Guillermo Spencer, y un seglar católico, Roberto Hardesty. Ambos fueron ahorcados, destripados y descuartizados, tras haber confesado ambos con gran valor y constancia su fe católica. El sacerdote pidió a los presentes que abrazasen la verdadera fe cristiana.

GUILLERMO SPENCER había nacido en Gisburn, en Yorkshire, en el seno de una familia acomodada. Obtuvo una bolsa en el Trinity College en 1573 y tres años más tarde alcanzó el grado de bachiller. En 1579 fue hecho miembro del Colegio, y al año siguiente admitido como maestro en artes (21 de abril de 1580). Llevaba una conducta ejemplar pero sus tendencias católicas eran manifiestas, lo que le causó gravísimas dificultades. Leía libros de controversias y difundía el pensamiento católico

entre sus jóvenes compañeros. El año 1582 dejó Oxford y marchó a Reims, acompañado de otros estudiantes, para ingresar en el seminario. Aquí ingresó formalmente en la Iglesia católica. Al año siguiente fue ordenado sacerdote en la catedral de Reims por el cardenal Guisa. En agosto de 1584 volvió a Inglaterra y pudo trabajar cinco años. Hizo primero apostolado entre su propia familia. Fue muy cauto en su visita a sus padres, a los que citaba en el campo para no despertar sospechas. Logró convertir a sus padres y un tío suyo sacerdote anglicano que renunció a su beneficio. Logra entrar en la cárcel del castillo de York y hacer un fecundo apostolado entre los católicos allí detenidos. Por fin, sir William Mallory lo denunció y fue arrestado, siendo procesado junto con el Beato Roberto Hardesty. No se presentó contra Guillermo ninguna prueba sino sólo su confesión de ser sacerdote, lo que le bastó al jurado.

De ROBERTO HARDESTY apenas se saben datos personales, sino que era seglar y, a lo que parece, criado del P. Spencer, y que por precaución andaba siempre doscientos metros detrás de éste. En la prisión se pasó el tiempo dedicado a la oración. Por una rendija de la celda confesó con el P. Spencer. Se le acusó simplemente de haber ayudado al sacerdote y se le aplicó la ley que prohibía tales ayudas e igualmente de haber ayudado a los católicos presos. El carcelero que le acusó, luego se arrepintió y le pidió perdón, que el mártir le concedió.

Ambos fueron beatificados el 22 de noviembre de 1987 por el papa Juan Pablo II.

SAN ANTONIO GONZÁLEZ

Presbítero y mártir († 1637)

Antonio González nació el año 1593 en la ciudad de León, y fue educado cristianamente en su casa. Decidió muy joven su vocación sacerdotal y empezó para ello sus estudios en el clero diocesano, pero muy pronto optó por la vida religiosa e ingresó en el convento de Santo Domingo de su ciudad natal. Emitió la profesión religiosa e hizo los estudios correspondientes hasta su ordenación sacerdotal. Se ofreció para las misiones de Oriente y en 1631 llegaba a Manila, donde se le destinaba a pro-

fesor de la universidad, alcanzando el cargo de rector de la misma. Pero al saber la gran persecución que padecían los cristianos en Japón y la gran necesidad que tenían de pastores, se ofreció voluntariamente a ir y arrostrar el peligro de una vida muy dura y de la propia muerte.

Hombre de gran espíritu, muy mortificado y piadoso, tenía gran crédito en su Orden. Por ello se le nombra Vicario provincial en Japón y se le autoriza a marchar a este país. Era el año 1636 cuando se embarcó secretamente, pero apenas había desembarcado cuando fue detenido en Lequios, sin que pudiera ejercer su ministerio apostólico. Fue sometido al tormento del agua por dos días seguidos, con más inhumanidad el segundo que el primero. Y dispusieron los verdugos que para darle padecimiento, delante de él unos paganos pisasen la imagen de la Virgen del Rosario. Pese a estar fuertemente amarrado, pudo echarse al suelo para venerarla, lo que le valió grandes bofetadas. Al segundo día de tormento le sobrevino una gran calentura y además arrojó mucha sangre con el agua. Llevado a la cárcel, su estado se agravó y se dio cuenta de que se moría. Se despidió de sus compañeros, encomendó su alma a la misericordia de Dios, y atado de pies y manos y con todo el cuerpo lleno de dolores, entregó su hermosa alma al Señor el 24 de septiembre en la ciudad de Nagasaki, a la que había sido llevado en espera de juicio. Era el 24 de septiembre de 1637. Su cuerpo fue quemado, y sus cenizas fueron arrojadas al mar, para impedir que los cristianos pudiesen tomar sus reliquias y venerarlas.

Fue beatificado el 18 de febrero de 1981 por el papa Juan Pablo II en Manila y canonizado por el mismo papa el 18 de octubre de 1987 en el grupo de quince mártires de Japón. La memoria litúrgica de todos ellos está fijada para el 28 de septiembre.

BEATO PASCUAL FERRER BOTELLA

Presbítero y mártir († 1936)

José Ramón Pascual nació en Algemesí el 9 de noviembre de 1894 en el seno de una familia cristiana, que se trasladó a Valencia cuando Pascual tenía 8 años. El niño entró como alumno

en las Escuelas Pías, y al sentir la vocación sacerdotal pasó al colegio de vocaciones eclesiásticas. Hechos los estudios, se ordenó sacerdote en 1913. Tras estar cinco meses de vicario en La Sarga (Alicante) pasó a Algemesí como capellán de la Iglesia de San Vicente Ferrer y agregado a la parroquia. Este templo era el de un antiguo convento de dominicos y se hallaba en situación lamentable. Su primera tarea fue adecentarlo, llenarlo de altares, restaurar la fachada, construir su sacristía, adquirir campanas y proveer de objetos litúrgicos y ornamentos al depauperado templo, al que seguidamente hizo centro de un culto muy cuidado y frecuente que atrajo a muchos fieles, con los que fundó diferentes asociaciones, todas ellas llenas de vitalidad religiosa. Tenía una escuela nocturna en el Patronato, en el que él mismo daba clases, y se ocupó mucho del apostolado con los jóvenes. Promovía con gran celo la comunión pascual. Promovía las obras de caridad, como la de dar pan cada día a los ancianos pobres, costearles el alquiler de las casas y adquirir ropa para ellos. Hacía también labor social y apostólica con los expresidiarios. Y se ocupaba mucho de los jóvenes pobres. Atrajo al matrimonio a numerosas parejas amancebadas y en todo procuraba atraer a todo el mundo a la fe y la vida cristiana. Los elementos anticristianos no dejaron de manifestarle su odio y hostilidad.

Llegada la revolución, fue arrestado la noche del 9 de agosto de 1936, y fue llevado al Monasterio Fons Salutis, convertido en prisión. Aquí recibió amenazas y se le hizo trabajar en diversos trabajos manuales. Mostró una gran serenidad de alma, invitó a todos los presos a acogerse a la voluntad de Dios y a rezar juntos, y llegaron a asegurarle que el pueblo lo quería pero que recibiría castigo por ser sacerdote. Informado de que todos iban a ser fusilados en la noche del 23 al 24 de septiembre, invitó a confesar a todos los presos y les infundió ánimos ante la muerte. Al subir aquella noche al coche, perdonó a todos. En la carretera de Albalat de la Ribera, en el sitio llamado Canets de Sueca, fue fusilado. Cayó herido y mientras se desangraba decía: Señor, abridme las puertas del cielo. Y también: Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen. Lo remataron dándole el tiro de gracia. Enterrado primero en una fosa común, luego su cuerpo fue trasladado a la iglesia de San Vicente Ferrer.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATA ENCARNACIÓN GIL VALLS

Virgen y mártir († 1936)

Nace en Onteniente el 27 de enero de 1888 en el seno de una familia cristiana que le proporcionó una esmerada educación. Quedó huérfana en su juventud y pensó entonces entrar en un monasterio, pero prefirió quedarse en el mundo para atender a su hermano Gaspar, sacerdote. Hizo los estudios de magisterio y ejerció en los pueblos de Albuixech y Beniarrés, procurando que su enseñanza estuviese encaminada a la formación integral de los niños. En Valencia tuvo contactos con las teresianas y con las reparadoras, a cuya congregación de Hijas de María perteneció. Ya en Onteniente, colaboró mucho con su hermano en las obras de apostolado, perteneciendo a la Acción Católica y a otras organizaciones católicas, colaborando en la fundación del Patronato de la Niñez y dirigiendo la Escuela Nocturna Femenina de la Orden Tercera Franciscana, a la que ella pertenecía. Hizo cuanto bien pudo con una gran dedicación y entrega. Llegada la revolución, permaneció al lado de su hermano, siendo ambos apresados y muriendo juntos fusilados en la noche del 24 de septiembre de 1936 en el Puerto de la Ollería.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO JOSÉ RAMÓN FERRAGUD GIRBÉS

Padre de familia y mártir († 1936)

Nace en Algemesí el 10 de octubre de 1887 en una familia de condición modesta. Trabajaba en el campo. Contrajo matrimonio el 21 de enero de 1914 con Josefa Borrás Borrás, de la que tuvo seis hijos, siendo el suyo un hogar honesto y cristiano. Militante de Acción Católica, colaboró activamente en el Sin-

dicato de Obreros Católicos y pertenecía a varias asociaciones religiosas, siendo en todo un católico ejemplar. Se volcó en educar a sus hijos cristianamente, llevándolos consigo a las funciones religiosas. Por medio de lecturas se procuró una buena formación religiosa, que utilizó en defensa de la religión, tan atacada entonces. Cada día rezaba el rosario en familia. Se opuso con toda energía a las huelgas revolucionarias, que él consideraba contrarias por completo a los verdaderos intereses de los obreros. En 1931, proclamada la República, él fue el alma de la Junta de Obreros Católicos, logrando atraer a numerosos trabajadores a los ideales de la doctrina social católica. Fue asesor de la Confederación de Obreros Católicos de Levante y como tal dio numerosas charlas por los pueblos de la región. Difundía con gran celo la prensa católica. No dudó en hacer vigilancia nocturna para impedir el daño a los templos. Esto le trajo una primera detención el 20 de julio de 1936. Detenido por segunda vez al siguiente día 27 del mismo mes, estuvo detenido en varios sitios hasta que el 24 de septiembre de 1936 con otros compañeros fue sacado de la prisión y fusilado en el término de Alzira.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

25 de septiembre

A) Martirologio

1. La conmemoración de San Cleofás († s. I), discípulo del Señor *.
2. En Amiens (Galia), San Fermín (fecha desconocida), obispo y mártir.
3. En Damasco (Siria), santos Pablo y Tata, cónyuges, y sus hijos Sabiniano, Máximo, Rufo y Eugenio († s. IV), mártires.
4. En Chartres (Galia Lugdunense), San Solemne († a. 511), obispo.
5. En Soissons (Galia), San Principio († s. VI), obispo, hermano de San Remigio.
6. En Connaught (Irlanda), San Finbarro o Barr († s. VI), obispo.
7. En Auxerre (Neustria), San Aunacario o Anacario († 605), obispo *.

8. En el Monasterio de la Santísima Trinidad, de Moscú (Rusia), San Sergio de Radonez († 1392), hegúmeno **.

9. En Las Alpujarras (Granada), Beato Marcos Criado († 1569), presbítero, de la Orden de la Santísima Trinidad, mártir **.

10. En Carrión de Calatrava (Ciudad Real), beatos Juan Pedro de San Antonio (José María) Bengoa Aranguren, presbítero, y Pablo María de San José (Pedro) Leoz Portillo, religiosos ambos de la Congregación de la Pasión, y Jesús Hita Miranda, religioso marianista († 1936), todos ellos mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN SERGIO DE RADONEZ

Abad y fundador († 1392)

El 4 de octubre de 1992, el papa Juan Pablo II en una de sus breves alocuciones dominicales antes del rezo del ángelus dirigió estas palabras a los fieles reunidos en la Plaza de San Pedro:

> «En estos días la Iglesia Ortodoxa rusa festeja el sexto centenario de la muerte de San Sergio de Radonez, considerado como el maestro del monacato ruso y protector de Rusia. San Sergio se preocupó no sólo de la propagación del monacato y de la perfección de la vida monástica sino que fue el heraldo de los valores cristianos en su tierra, entonces dividida en discordias por conflictos internos y externos. Compartimos el gozo de aquella amada Iglesia que conmemora a tan gran santo que tanta importancia ha tenido en el desarrollo de su historia».

Con estas palabras se puede decir que San Sergio ha dado el salto al *Martirologio romano.* En efecto, San Sergio, al ser un santo posterior al cisma católico-ortodoxo, ya de alguna forma configurado dos o tres siglos antes de su existencia, era poco conocido en occidente hasta hace poco tiempo; las palabras del Papa en clave de reconocimiento ecuménico de la santidad que no tiene fronteras ante la majestad divina, han dado el espaldarazo para que se reconozca en la Iglesia Universal, y especialmente en la Romana, la santidad y la importancia de San Sergio para la extensión del cristianismo en Rusia.

No se puede hacer en unas páginas la historia del monacato ruso, que tiene un desarrollo parecido al resto del monacato cristiano, especialmente al oriental, aunque, eso sí, con sus pe-

culiaridades. En los primeros tiempos, los grandes centros del monacato ruso se encontraban en las ciudades o cerca de ellas, pero las invasiones de los tártaros en el siglo XIII, que acabaron con la civilización urbana en la región sur del país, desquiciaron también, naturalmente, a los monasterios y su funcionamiento. Muchos de ellos se mantuvieron, pero su actividad se debilitó y degeneró, y los monjes que verdaderamente buscaban una vida perfecta, comenzaron a emigrar de los monasterios a la campiña, sobre todo a las vastas soledades de los bosques del norte. A aquellos ermitaños rurales se les llamó *pustínniky,* es decir, hombres de los bosques.

A San Sergio de Radonez se le considera como el iniciador de aquel movimiento. En realidad, la emigración de los monjes del sur, no fue más que la primera etapa de un movimiento general que se realizó simultáneamente en varios lugares y dio origen a un gran número de nuevos centros de vida monástica. Pero San Sergio descolló como el personaje más distinguido de aquel período, y muchos le consideran como la figura más brillante en el santoral ruso. Y no sólo fue un monje, sino también un magnífico civilizador. La imposición de la soberanía de los tártaros y las continuas oleadas de invasión, matanzas y saqueos (que se prolongaron durante un siglo, a partir de 1237) hundieron al pueblo ruso en las profundidades de la miseria y la desmoralización.

En aquel caos, un solo hombre, San Sergio, con las únicas armas de su influencia y su ejemplo, logró algo magnífico: unificar al pueblo ante el opresor, restablecer su respeto propio y su confianza en Dios. Un importante historiador como Kluchevsky admite decididamente que los rusos deben su liberación a la educación moral y a la influencia espiritual de Sergio de Radonez.

Alrededor del año 1315 vino al mundo este santo en el seno de una noble familia que residía cerca de Rostov, y en la pila bautismal recibió el nombre de Bartolomé. Entre los tres hijos varones del matrimonio de los boyardos Cirilo y María, Bartolomé, aun a pesar de que los primeros biógrafos se esmeran en dotarle de todos los signos de santidad en su gestación, lactancia, etc., propios de las leyendas doradas, hay un dato que no pueden esquivar: parecía el menos inteligente y continuamente se le echaba en cara su lentitud para aprender a leer, lo cual le

hacía sufrir mucho; así que, cierto día que paseaba por el campo, se encontró con un monje que mantuvo una larga charla con él; Bartolomé le propuso, lleno de confianza, que le enseñara a leer y escribir, con el propósito especial de estudiar la Biblia. Según nos dicen los cronistas y los biógrafos, el monje le dio al niño a comer un trozo de pan bendito *(prosferá)* y, desde aquel momento, Bartolomé pudo leer y escribir como una persona adulta y mucho mejor que sus hermanos.

Por aquel entonces comenzaba a formarse y crecer el principado de Moscú. Una de las primeras consecuencias de aquel crecimiento fue la desaparición del poder e influencia de Rostov; entre las víctimas de esta política estuvieron los padres de Bartolomé, Cirilo y María. Tenía catorce años Bartolomé cuando, con el resto de la familia, tuvo que huir hasta encontrar refugio en la pequeña aldea de Radonez, ciento ochenta kilómetros al noroeste de Moscú, donde los arruinados aristócratas de Rostov tuvieron que vivir de su trabajo como campesinos. Así entró Bartolomé en su juventud y, al ver que sus obligaciones se limitaban a cuidar de sí mismo, puesto que sus hermanos se bastaban solos y sus padres ya habían muerto, decidió realizar el proyecto, largamente acariciado, de vivir en la soledad. En 1335, abandonó su casa en compañía de su hermano Esteban, que acababa de quedar viudo.

El lugar que eligieron para construir sus ermitas era un prado llamado Makovec, en un claro del bosque, a varios kilómetros de distancia de cualquier sitio habitado y a treinta de Moscú. Ahí edificaron una cabaña y una capilla con troncos de árboles y, a solicitud de los hermanos, el metropolitano de Kiev envió un sacerdote para que bendijera la pequeña iglesia y la dedicara a la Santísima Trinidad, título o «patronazgo» que era muy raro en la Rusia de aquel entonces. Poco tiempo después, Esteban se fue a vivir a un monasterio de Moscú y, durante años, el solitario Bartolomé desapareció de la vista de los hombres.

Sus biógrafos se refieren a aquel período poco conocido y nos hablan de terribles asaltos del demonio victoriosamente rechazados, de ataques de fieras salvajes y hambrientas que fueron domesticadas con el signo de la cruz, de privaciones sin cuento y trabajo agotador, de noches enteras de plegaria y un constante progreso en el camino de la santidad. Todo lo que se

cuenta de aquella época, recuerda mucho las experiencias de los primeros padres del desierto. Sólo que hay una diferencia muy importante; en occidente se asocian las penurias de la vida eremítica con San Antonio y otros santos de Egipto y Siria, y pensamos enseguida en las extensiones de arena, en las rocas desnudas, el calor sofocante y la falta de agua. Para Bartolomé o Sergio, como será en adelante conocido, ya que cierto abad que le visitó en una ermita le impuso la tonsura y ese nombre en la fiesta del mártir San Sergio, el 7 de mayo de 1337, las penalidades eran de un tipo muy distinto: el hielo, la nieve, las tempestades, las lluvias torrenciales y las manadas de lobos hambrientos. La actitud de estos ermitaños ante la naturaleza salvaje se ha vinculado con la de San Francisco de Asís. Y así como Pablo de Obnorsk se hizo amigo de las aves, Sergio domesticó a los osos, a los que llamaba «hermanos», al fuego y a la luz. Pero en lo físico había una enorme diferencia entre la figura de San Francisco y la de San Sergio que, según se advierte en sus representaciones más antiguas, era un hombre alto y fornido, con una larga barba y gesto rudo, como cualquier campesino ruso.

Como ha sucedido con muchos personajes similares, llegó el momento en que la reputación de santidad del ermitaño de Makovka se extendió por todas partes y comenzaron a reunirse los discípulos en torno a él. Cada uno construyó su propia choza, y así nació el monasterio de la Santísima Trinidad. Cuando fueron doce, tras muchos ruegos, incluso los del obispo de la ciudad más próxima, Sergio accedió a ser el abad que gobernase aquella comunidad. Recibió las órdenes sacerdotales en Pereyaslav Zalesky, en 1354, y allí mismo ofreció su primera divina liturgia.

> «Hermanos —dijo durante su homilía, resumiendo un capítulo entero de las reglas de San Basilio y San Benito—, orad por mí. Soy un hombre ignorante y, si he recibido de lo alto la gracia para ser sacerdote y abad, debo rendir cuenta cabal de él y del rebaño que me ha sido confiado».

El monasterio floreció rápidamente, no tanto en bienes temporales como en los espirituales. Entre sus primeros reclutas figuró el archimandrita de un monasterio de Smolensk. El claro del bosque fue ampliado; en torno a las cabañas y la iglesia se construyeron otras casas; surgió una aldea y, no obstante las

protestas de Sergio, se abrió un camino real por donde comenzaron a llegar los visitantes. En el curso de todas aquellas tareas, el abad tenía siempre presente que él era el primero entre sus iguales y, en todo momento, ya fuera en el trabajo o en la iglesia, imponía el ejemplo de su conducta perseverante.

No tardó en presentarse el problema de elegir entre las dos formas de vida monástica que se observaban en el oriente, para seguirla en la Santísima Trinidad. Hasta entonces, los monjes habían observado la forma de vida que en occidente se había impuesto un par de siglos antes a los cartujos: ser «ermitaños en comunidad», donde cada uno tenía su propia cabaña y labraba su propia porción de tierra. Sin embargo, San Sergio estaba en favor de la vida en común cenobítica y, en 1354, impuso la deseada reforma, debido en parte a una recomendación hecha en este sentido por parte de Filoteas, el patriarca ecuménico de Constantinopla. Por desgracia, aquella reforma ocasionó trastornos. Algunos de los monjes, descontentos con el cambio, manifestaron sus protestas y, en su rebelión, encontraron un jefe en la persona de Esteban, el hermano de San Sergio, quien había dejado el monasterio de Moscú para ingresar en el de la Santísima Trinidad. El asunto se agravó de tal modo que hubo incidentes penosos y discusiones desagradables hasta que, cierto sábado después de las vísperas, para evitar mayores pendencias con su hermano, San Sergio partió calladamente de su monasterio de Makovec tal como lo hiciera San Benito de Vicovaro ocho siglos antes.

No tardaron en seguirle numerosos monjes de la Trinidad y, así, la casa madre comenzó a decaer, hasta el extremo de que el metropolitano Alexis de Moscú envió a dos archimandritas con apremiantes exhortaciones a San Sergio para que retornara a hacerse cargo de su puesto de abad. Al cabo de muchos ruegos, San Sergio accedió y, luego de nombrar un abad para su nuevo establecimiento de Kerzhach, volvió al monasterio de la Trinidad. Su ausencia había durado cuatro años y los monjes salieron a recibirle tributándole toda suerte de homenajes, «con tan sincero regocijo, que todos le besaron las manos, muchos se postraron en tierra para besarle los pies y otros besaban sus vestiduras».

Como había ocurrido con San Bernardo de Claraval dos siglos antes y con muchos otros santos monjes de Oriente y de

Occidente, antes y después, acudieron a consultar a San Sergio los más encumbrados personajes de la Iglesia y del Estado. Con frecuencia se le confiaron misiones para gestionar la paz o para que actuara como árbitro y, en más de una ocasión, se hicieron vanos intentos a fin de convencerle que aceptara el cargo de primado de la Iglesia de Rusia. Fue por aquel entonces, entre los años 1367 y 1380, cuando se produjo el gran conflicto entre Dimitri Donskoi, príncipe de Moscú, y el Khan Mamaí, jefe absoluto de los tártaros. Dimitri se vio obligado a lanzar un desafío en el que, si fracasaba, acarrearía a Rusia las mayores catástrofes de cuantas había conocido a lo largo de su historia. Antes de tomar cualquier decisión, el príncipe fue a pedir consejo a San Sergio. Éste bendijo a Dimitri y le advirtió: «Es vuestro deber, señor, cuidar del rebaño que Dios ha confiado en vuestras manos. ¡Dios permita que tornéis con bien para darle a Él la gloria de vuestra hazaña!».

De manera que el príncipe Dimitri partió a la guerra llevándose consigo a dos monjes de la Santísima Trinidad que habían sido soldados. Cuando se enteró del enorme poder de su enemigo, volvió a titubear y se hallaba a punto de retroceder y abandonar la empresa, cuando llegó un mensaje de San Sergio con estas palabras: «No temáis, señor; marchad armado de confianza en vencer la ferocidad del adversario. Dios estará a vuestro lado». Así, el 8 de septiembre de 1380, se libró la batalla de Kulikovo que, para Rusia, tuvo el mismo significado que tuvieron para Europa occidental las batallas de Tours o de Poitiers. Los tártaros fueron vencidos y huyeron en desorden. «Y en aquel preciso instante, dicen las biografías, el bendito Sergio, al frente de sus hermanos, oraba a Dios para pedir la victoria. Y, una hora después de que los enemigos habían sido expulsados del suelo de Rusia, a muchas leguas de distancia, el abad anunció a los monjes su derrota, porque San Sergio era vidente».

De esta manera, San Sergio de Radonez desempeñó un papel decisivo en la desaparición del poder de los tártaros en Rusia. Desde entonces, no se le dejó permanecer en paz en su monasterio y continuamente se requerían sus servicios para misiones políticas o eclesiásticas; las primeras, sobre todo, para establecer la paz y la concordia en las rivalidades entre los prín-

cipes rusos; las segundas, particularmente en relación con la fundación de nuevos monasterios. Se afirma que sus frecuentes viajes a través de enormes distancias los realizaba a pie.

Uno de los biógrafos habla en términos generales de los «muchos milagros inexplicables» que obró Sergio aunque sólo se detiene en algunas de las maravillas realizadas, en la misma línea que los que aparecen en la vida de San Benito: hacer brotar agua donde no la hay, resucitar un niño muerto, expulsar demonios, curar enfermos, aunque el biógrafo advierte que el propio santo recomendaba que se guardase silencio respecto a sus poderes sobrenaturales. Sin embargo, hace un relato muy detallado, claro y convincente sobre una visión que tuvo de la Madre de Dios (una de las primeras apariciones de la Santísima Virgen de las que se registran en la hagiografía rusa); María se presentó ante Sergio y otro monje, acompañada por los apóstoles Pedro y Juan, para asegurarle que su monasterio florecería extraordinariamente en un futuro no muy lejano. La objetividad de aquella visión es característica de la hagiografía de Rusia, donde rara vez ocurren raptos o éxtasis, pero en la que, en cambio, el Espíritu Santo desciende muy habitualmente sobre los elegidos y les permite ver auténticas apariciones, terrenales o celestiales, ocultas a los ojos de los menos santos.

Seis meses antes de su muerte, San Sergio supo que el fin se acercaba. Renunció a su cargo, nombró a un sucesor, dio a los hermanos sus últimas recomendaciones y su sumió en el silencio de su celda. Al fin vino la enfermedad, la primera vez en su vida, cuenta el biógrafo:

> «Cuando su alma estaba a punto de abandonar el cuerpo, recibió el cuerpo y la sangre de Cristo, sostenido en el lecho por los brazos de sus discípulos. Alzó sus manos al cielo, se movieron sus labios para musitar una plegaria y entregó su espíritu puro y santo en manos de su Señor, el 25 de septiembre de 1392, posiblemente a la edad de setenta y ocho años».

De acuerdo con algunos biógrafos, es difícil definir exactamente la razón por la cual se agrupó la gente en torno a San Sergio. No era un predicador elocuente ni un hombre de gran saber y, a pesar de que se registraron varias ocasiones en que algunas personas quedaron curadas por las oraciones del santo, no se le puede describir como un taumaturgo popular. Parece

ser que era su personalidad lo que atraía a la gente; el calor de su afectuosa atención, lo que le hacía indispensable para los demás. Poseía esos dones que rara vez se encuentran en las personas: una confianza ilimitada en Dios y en la bondad de los hombres, a quienes nunca dejó de consolar y alentar.

Lo mismo que otros muchos monjes, San Sergio consideraba como parte de su vocación monástica el servicio activo y directo para bien del prójimo. Por eso, la gente, tanto el noble como el plebeyo, lo consideró siempre como un maravilloso y magnífico médico del alma y del cuerpo, como un amigo de los que sufren, como el que da de comer al hambriento, defiende al desamparado y da buen consejo al que lo necesita. Una de las características de aquellos monjes era su amor por la pobreza personal y común y por la soledad, en cuanto lo permitieran sus deberes y sus atenciones a los necesitados.

> «Sergio instaba a sus hermanos a tener siempre presente el luminoso ejemplo de aquellos grandes monjes de la antigüedad, verdaderos portadores de la antorcha del cristianismo, que vivieron en este mundo como ángeles: Antonio, Eutimio, Sabas [...] Los príncipes y las gentes del pueblo acudían a ellos; curaban sus enfermedades y ayudaban al necesitado; alimentaban al hambriento y eran como la despensa de las viudas y los huérfanos».

El cuerpo de San Sergio, después de varios traslados en el mismo monasterio, fue sepultado en la iglesia mayor, donde permaneció hasta la Revolución de 1917. Los bolcheviques clausuraron el monasterio, y las reliquias del santo fueron exhibidas en el «museo ateo» que se estableció ahí. En 1945 se autorizó a los jefes de la Iglesia Ortodoxa rusa a reabrir el monasterio, y los restos de San Sergio volvieron a su sepultura y al culto y devoción de numerosísimos fieles, especialmente tras la caída del sistema comunista. Los rusos mencionan a San Sergio de Radonez en las oraciones preparatorias de la consagración, en la liturgia eucarística.

Retomando las palabras del papa Juan Pablo II el 4 de octubre de 1992, concluyamos:

> «Largas horas dedicadas a la oración, las victorias en las luchas del espíritu, la austeridad de vida, todo ello le conquistó una profunda madurez espiritual de la que enseguida se dio cuenta el pueblo, que pronto empezó a concurrir de todas partes para ponerse bajo su

dirección y hacerse como él en la total renuncia a los bienes materiales para seguir a aquel que, siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos a todos con su pobreza. Prodigó sus fuerzas no sólo en bien de la Iglesia sino de toda la sociedad, oponiéndose a los egoísmos e intereses privados y difundiendo la paz y el amor a Cristo».

Hoy en el monasterio que él fundó se renueva la fe y la espiritualidad cristiana y se ha convertido en una escuela o facultad teológica de la Iglesia Ortodoxa rusa al servicio del Evangelio de la salvación.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

Art. en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 2036-2039.

Art. en *Dictionnaire de spiritualité, ascétique et mystique.* XIV: *Sabbatini-System* (París 1990) cols.1594-1596.

Art. en G. PELLICCIA - G. ROCCA (dirs.), *Dizionario degli Istituti di Perfezione.* VIII: *Saba-Spirituali* (Roma 1988) col.1317.

BEATO MARCOS CRIADO

Presbítero y mártir († 1569)

En la historia de España son conocidas las llamadas rebeliones de los moriscos. La segunda de estas rebeliones de los moriscos granadinos, llamada también la segunda sublevación de Las Alpujarras, se inició en 1568 cuando los moriscos se hicieron con el dominio de Las Alpujarras. En marzo de 1569 Juan de Austria se hizo cargo del mando supremo del ejército cristiano y la rebelión fue vencida en 1571.

La vida de este mártir trinitario tiene que ver con esta situación geográfica e histórica, siendo considerado como apóstol y mártir de Las Alpujarras, de ese territorio montañoso que abarca parte de las provincias de Granada y Almería.

Marcos había nacido en Andújar (Jaén) el 25 de abril de 1522. Su padre se llamaba Juan Criado Notario y su madre María Guelamo Pasillas.

La familia frecuentaba la iglesia de los trinitarios que se encontraba muy cercana a su domicilio. Al morir su madre pidió el ingreso en la Orden de la Santísima Trinidad, en los Trinitarios

Calzados, y comenzó su noviciado en 1535, habiendo ingresado su padre en los franciscanos. Terminada su formación religiosa e intelectual, que, según parece, fue excelente, se ordenó sacerdote y comenzó a ejercer su ministerio sacerdotal: predicación, confesiones, celebraciones litúrgicas en su ciudad natal, en Úbeda y Jaén, en Ronda, etc.

> «Ante las provocaciones y el avance del Islam en Las Alpujarras, los obispos de Almería y Guadix escribieron al superior mayor de los trinitarios, solicitando cuatro religiosos de probada virtud para que recorrieran sus diócesis como auténticos misioneros de Jesucristo y así contrarrestar la influencia mahometana».

El provincial, Juan Hurtado de Mendoza, da parte a Marcos de esta petición episcopal y, haciéndolo conventual de Almería, lo destina al apostolado requerido por los obispos. Su campo de acción se extiende por las diócesis de Almería, Granada y Guadix, especialmente por Las Alpujarras. Se establece en La Peza (Granada) y desde allí excursiona apostólicamente por toda la zona: Órgiva, Torbiscón, Cádiar, Bérchules y Válor, Juviles, Trevélez, Ugijar, etc., predicando al aire libre lo mismo que en las iglesias y en las casas. Enamorado de Jesús, se empeña en propagar la devoción a su dulcísimo nombre por todas partes. Las injurias que tuvo que pasar fueron enormes. Al atravesar la sierra de los Filabres lo apresaron los moriscos y lo maltrataron, apaleándolo y teniéndolo atado a un árbol durante un par de días. Soltándolo del árbol, lo ataron a la cola de un caballo y lo arrastraron por las calles. Al fin, se recuperó de las heridas y continuó impertérrito su predicación en otras comarcas. «¡Cuántos insultos, pedradas, salivazos, palizas! Todo lo soportaba con alegría cristiana por amor de Jesús».

Por las Navidades de 1568 se encontraba en La Peza. Habiendo asesinado los moriscos al párroco del lugar, Marcos asumió el cuidado de la parroquia. Al año siguiente, el 22 de septiembre de 1569, mientras estaba predicando en la iglesia parroquial, un grupo de moriscos irrumpió en el templo, «lo tiraron del púlpito al suelo y lo sacaron arrastrándolo hasta la plaza. La algarabía convocó a mujeres y chiquillos, quienes lo patearon, escupieron y lo hubieran matado allí mismo si Marcos no hubiera decidido huir del pueblo. La gente siguió apedreándolo hasta la fuente de Belchite».

Iba a llegar su hora suprema; en su martirio lo sujetaron con cordeles y con sogas lo colgaron de una encina, y así atormentado lo abandonaron para que con el tiempo se muriera desangrado, de sed y de hambre.

> «Tres días permaneció con vida cantando salmos y predicando a Cristo cuando se le acercaban los moros o los cristianos. Al final, un morisco enfurecido le abrió el pecho con un puñal y le arrancó el corazón, viendo los asistentes, con verdadero asombro, que tenía impreso en él el anagrama de Jesús».

La apertura de la causa de la beatificación de este gran apóstol y mártir intrépido fue autorizada por el papa Clemente XII en 1766. León XIII lo declaró Beato el 24 de julio de 1899.

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ, OCD

Bibliografía

ALIAGA, A., «Beato Marcos Criado», en J. A. MARTÍNEZ PUCHE (ed.), *Nuevo año cristiano. Septiembre* (Madrid ^{3}2002) 525-527.
CRUZ RODRÍGUEZ, T., *Beato Marcos Criado* (Andújar 1966).
FERNÁNDEZ DEL RINCÓN Y SOTODÁVILA, M., *Carta pastoral... con motivo de las ofensas inferidas al Sagrado Corazón de Jesús... y de la beatificación del Siervo de Dios Fray Marcos Criado* (Guadix 1899).
HITOS, F. A., *Mártires de la Alpujarra en la rebelión de los moriscos (1568)* (Granada 1993).
Positio sobre la confirmación del culto (Roma 1899).
RODRÍGUEZ, A., «Marcos Criado», en C. LEONARDI - A. RICCARDI - G. ZARRI (dirs.), *Diccionario de los Santos,* II (Madrid 2000) 1561-1562.
SILVESTRO DELL'ADDOLORATA, *L'apostolo dell'Alpujarras, ovvero Vita del B. Marco Criado, sacerdote professo e martire dell'Ordine della SS. Trinità per la redenzione degli schiavi* (Roma 1899).
VENTURA DEL PRADO, A., *Vida, martirio y culto del ilustre mártir fray Marcos Criado* (Madrid 1738; Granada ^{2}1876; ^{3}1900).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN CLEOFÁS
Discípulo del Señor

Según la narración del tercer evangelio (Lc 24,13-31), Cleofás fue uno de aquellos dos discípulos de Jesús que luego de haber asistido a los dramáticos acontecimientos del Viernes Santo iban de camino en la tarde del domingo de resurrección hacia la aldea llamada Emaús. Comentaban con tristeza la muerte de Jesús, y aunque conocían lo dicho por las mujeres acerca del

sepulcro vacío y el mensaje de los ángeles, pero sus corazones estaban llenos de pesimismo. Entonces se les acerca Jesús resucitado. Sus ojos no son capaces de reconocerle y a su pregunta responden si él es el único forastero que no ha oído hablar en aquellos días acerca de Jesús de Nazaret. Y a renglón seguido reciben ambos la explicación de las Escrituras que el propio Jesús les propone y que inflamaba sus corazones. Llegados a Emaús, instan al Señor a que se quede con ellos porque ya caía la tarde, y entonces, mientras cenaban, reconocen al Señor en la fracción del pan y el Señor desaparece a continuación. Cleofás y su compañero vuelven a Jerusalén en el acto y cuentan a los discípulos la experiencia maravillosa que habían tenido.

Desde antiguo se identifica a este Cleofás con el mencionado por el cuarto evangelio cuando cita a María de Cleofás entre las que estaban al pie de la cruz de Jesús (Jn 19,25) y a la que se suele identificar con la María madre de los hermanos de Jesús. También se le identifica con el llamado Alfeo (Lc 6,16).

Una tradición quiere que Cleofás culmine su vida con el martirio, al hacerse fervoroso testigo de la resurrección de Jesús, y dice San Jerónimo que la casa de Cleofás en Emaús era ya iglesia en el siglo IV. Su memoria es el 25 de septiembre.

SAN AUNACARIO DE AUXERRE

Obispo († 605)

Era natural de Orleáns y hermano de Austreno, que sería obispo de la misma ciudad, y hermano igualmente de Santa Austregilda, la madre de San Lupo de Sens. Pasó primero una temporada en la corte y luego marchó a Tours, pidiendo ingreso en el clero de Autun, cuyo obispo lo acogió. En 561 fue elegido obispo de Auxerre. Se estima que en su tiempo y en Auxerre se concluyó el Martirologio Jeronimiano, el cual da la elección de Aunacario pero no su muerte. Estuvo en el IV Concilio de París en el año 573 y asistió también a los de Mâçon. El papa Pelagio II le envió reliquias de los mártires y en su carta el papa se felicita del buen estado de la iglesia de Auxerre. Cuidó mucho la disciplina litúrgica y canónica de su diócesis, redactando normas que fueron aprobadas en un sínodo diocesano. Parece que murió el 25 de septiembre del 605.

JUAN PEDRO DE SAN ANTONIO (JOSÉ MARÍA) BENGOA ARANGUREN, PABLO MARÍA DE SAN JOSÉ (PEDRO) LEOZ PORTILLO, Y JESÚS HITA MIRANDA

Religiosos y mártires († 1936)

En Carrión de Calatrava (Ciudad Real) fueron fusilados el día 25 de septiembre de 1936 tres religiosos, de los cuales dos eran pasionistas y uno marianista. Los pasionistas pertenecían al convento de Daimiel (Mártires Pasionistas de Daimiel, grupo de Ciudad Real) que fue mandado evacuar en la noche del 21 al 22 de julio de 1936; luego de recibir la absolución y la sagrada comunión los religiosos abandonaron el convento y se dividieron en grupos. Uno de esos grupos lo formaron los dos pasionistas rememorados hoy, uno de los cuales era sacerdote. El resto de los pasionistas, hasta un total de 26, murieron en fechas diversas: 23 y 25 de julio, 25 de septiembre y 23 de octubre; y fueron todos beatificados por el papa Juan Pablo II el día 1 de octubre de 1989.

El día 24 de septiembre habían sido arrestados en la fonda de Ciudad Real donde vivían, les llevaron al seminario, convertido en checa, y de allí sobre las diez de la noche los sacaron y los llevaron a Carrión de Calatrava, donde entrada la madrugada los asesinaron. Fueron arrojados sus cuerpos a un pozo, y ha sido luego imposible identificarlos entre tantos fusilados. Ahora descansan en el Valle de los Caídos. Éstos son sus datos:

JOSÉ MARÍA BENGOA ARANGUREN nació en Santa Águeda de Guesatíbar, en Guipúzcoa, el 19 de junio de 1890 en el seno de una familia numerosa y cristiana, que tenía una buena amistad con el cura de Santa Águeda, a la que éste correspondía enseñándole a José María latín y perfeccionando su educación literaria y moral. Decidida su vocación religiosa, ingresó el 15 de agosto de 1907 en la congregación pasionista, y al tomar el hábito cambió su nombre por el de Juan Pedro de San Antonio. Emitió los primeros votos el 9 de noviembre de 1908. En el verano de 1910 fue destinado a México, a la comunidad estudiantil de Toluca. Al llegar la revolución carrancista en 1914 los estudiantes hubieron de huir y esconderse. Entonces el cónsul español les facilitó la salida del país y se fueron a los Estados Unidos, donde el 17 de junio de 1916 fue ordenado sacerdote.

A poco fue destinado a Cuba, y casi enseguida volvió a España, a Daimiel. Pero a comienzos de 1921 volvía a México como superior de la casa de Toluca. Aquí trabajó con gran celo. En 1923 volvió a España para el capítulo provincial. Quedó de vicario en Corella y se ocupó de la predicación por los pueblos cercanos. En 1926 fue destinado a Daimiel y a poco de rector de la nueva casa de Zaragoza. En 1932 volvía de vicario a Daimiel. Ya tenía la salud resentida pero no dejó de predicar por los pueblos del contorno. Llegada la revolución y al tener que dispersarse los religiosos, el P. Juan Pedro y su compañero el hermano Pablo María llegaron con gran trabajo a Ciudad Real, donde se hospedaron en una fonda, en la que hallaron al tercer mártir de hoy, el marianista Jesús Hita. Se levantaban a las cinco, hacían oración, rezaban el rosario completo y vivían en humildad y paciencia, esperando la voluntad de Dios. Cuando lo iban a fusilar, apretó el crucifijo contra el pecho y dio vivas a Cristo Rey.

PEDRO LEOZ PORTILLO nació en Leoz (Navarra) el 16 de febrero de 1882 en una familia que dio también otros hijos a la Iglesia y que los educó a todos en la fe cristiana con mucho esmero. Fue un niño y un joven de hermosas costumbres. A los 26 años optó por la vida religiosa en la misma Congregación Pasionista en la que ya tenía un hermano, renunciando a marchar a América en busca de fortuna como hasta entonces tenía pensado. Había rechazado también un matrimonio y había dejado de pensar en la Cartuja, a la que se sintió inclinado. Profesó el 8 de septiembre de 1909 como hermano coadjutor con el nombre de Pablo María de San José. Estuvo once años en Corella, luego pasó a Daimiel, de ahí a Zaragoza, y en 1929 vuelve a Daimiel como portero y luego limosnero, oficio éste en el que recibió muchos insultos, ante los que él callaba y sonreía. Llegada la revolución se fue con el P. Juan Pedro, a cuyo lado estuvo en la fonda, donde él hacía la cocina y ayudaba cuanto podía, y de ahí fue sacado para el supremo sacrificio.

JESÚS HITA MIRANDA, religioso marianista, murió en el mismo día y lugar que los dos mártires anteriores y estuvo con ellos en la fonda. Más datos sobre él los tiene el lector en la biografía de los mártires marianistas el día 18 de septiembre.

Los pasionistas fueron beatificados el 25 de octubre de 1992 y el marianista el 1 de octubre de 1995.

26 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Cyro (Eufratesia), San Cosme y San Damián († s. III), mártires **.

2. La conmemoración de San Gedeón, juez de Israel **.

3. En Albano (Lacio), San Senador († s. III/IV), mártir.

4. En Bolonia (Emilia), la conmemoración de San Eusebio († s. IV), obispo *.

5. En Gaeta (Italia), San Esteban de Rossano († 1001), monje, socio de San Nilo el Joven.

6. En Frascati, junto a Roma (Italia), San Nilo el Joven († 1004), abad, fundador del Monasterio de Grottaferrata **.

7. En Salerno (Campania), Beata Lucía de Caltagirone († 1400), virgen, de la Tercera Orden Regular de San Francisco *.

8. En Seúl (Corea), santos Sebastián Nam I-gwan y sus compañeros: Ignacio Kim Che-jun, Carlos Cho Shin-chol, Columba Kim Hyo-im, virgen, Magdalena Pak Pong-son y Perpetua Hong Kum-ju, viudas; Julita Kim, Águeda Chon Kyong-hyob y Magdalena Ho Hye-im († 1839), todos ellos mártires *.

9. En Lyón (Francia), Santa Teresa (María Victoria) Couderc († 1885), virgen, fundadora de la Sociedad de Nuestra Señora del Cenáculo **.

10. En Gars (Baviera), Beato Gaspar Stanggassinger († 1899), presbítero, de la Congregación del Santísimo Redentor **.

11. En Lima (Perú), Beato Luis Tezza († 1923), presbítero, de la Orden de Clérigos Regulares, Ministros de los Enfermos, fundador de la Congregación de Hijas de San Camilo **.

12. En Valencia, beatas María del Amparo (Teresa) Rosat Balasch y María del Calvario (Josefa) Romero Clariana († 1936), vírgenes, de la Congregación de la Doctrina Cristiana, mártires *.

13. En la misma ciudad, Beato Rafael Pardo Molina († 1936), religioso dominico y mártir. Con él se conmemora al Beato José María Vidal Seguí, presbítero, de la misma Orden, igualmente martirizado en 1936 *.

14. En Puerto de Canals (Valencia), Beata Crescencia Valls Espí († 1936), virgen y mártir *.

15. En Benifairó de la Valldigna (Valencia), Beata María del Olvido Noguera Albelda († 1936), virgen y mártir *.

16. En Gilet (Valencia), Beato Buenaventura (Julio) Esteve Flors († 1936), presbítero, religioso capuchino y mártir *.

17. En Benifallín (Alicante), Beata María Jordá Botella († 1936), virgen y mártir *.

18. En Madrid (España), Beato León (Manuel) Legua Martí († 1936), presbítero, de la Congregación de Terciarios Capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, mártir *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SANTOS COSME Y DAMIÁN

Mártires († s. III)

Con los santos populares de los primeros siglos la leyenda ha hecho estragos. De tal manera ha embrollado sus vidas, que ahora nos resulta poco menos que imposible desenmarañar la madeja.

Si fueron santos que, además, tuvieron mucho culto, que vieron surgir en honor suyo numerosas iglesias, que favorecieron con el beneficio de sus milagros a los fieles que se encomendaban a ellos, entonces la cosa se complica, hasta el punto de que podamos encontrarlos sufriendo el martirio en poblaciones distantes o hallar sus cuerpos enterrados en santuarios diferentes.

Todo se comprende partiendo de la devoción popular, que pedía detalles, anécdotas, referencias concretas, y si eran prodigiosas, mejor.

Y nunca faltaban quienes se prestasen a saciar esta ansia de noticias. No con mala intención, sino simplemente para glorificar al santo bendito. Eran tiempos en que el concepto de lo histórico no tenía un significado tan riguroso como en nuestros días.

Por eso, al comenzar la semblanza de San Cosme y San Damián habremos de desbrozar primero el terreno para quedarnos con el hecho cierto de su existencia, atestiguado por la enorme extensión de su culto, que alcanzó de Oriente a Occidente.

Lo que refieren las *gesta Cosmae et Damiani* merece poco crédito. Queden como ejemplo típico de leyendas hagiográficas, a las que el padre Delehaye dio hace ya años el golpe de muerte. Es verdad que todavía las recoge el segundo nocturno de maitines de su oficio litúrgico. Eso quiere decir únicamente la penosa tarea que tiene delante la Comisión Histórica de la Sagrada Congregación de Ritos antes de proceder a una reforma del breviario. Actualmente nos sirven de resumen de las pasadas tradiciones, a través de las cuales se percibe lo fabuloso. Veamos lo que dice el martirologio romano de estos santos:

> «En Egea, ciudad del Asia Menor, los dos santos hermanos Cosme y Damián, que en la persecución de Diocleciano sufrieron diversos tormentos, pues como hubiesen sido cargados de cadenas, arrojados a la cárcel, pasados por el agua y por el fuego, crucificados y por fin asaeteados, sin experimentar daño alguno gracias al auxilio divino, acabaron siendo decapitados hacia el año 300».

Las lecciones del oficio dicen además que «eran médicos muy distinguidos, que tanto como por sus conocimientos en medicina curaban con la virtud de Cristo, aun aquellas enfermedades que se consideraban incurables».

La tradición constante los designa con el calificativo pasados por el agua y por el fuego, crucificados y por fin asaeteados, sin exigir honores por sus servicios.

Pero aquí surge otra vez la duda: ¿fueron médicos en el sentido profesional de la palabra, o fueron más bien médicos sobrenaturales en virtud de las sanaciones milagrosas debidas a su intercesión después de muertos?

Esto segundo parece más probable y contribuyó eficazmente a la asombrosa propagación de su culto. Ya San Gregorio de Tours, en su libro *De gloria martyrum,* escribe:

> «Los dos hermanos gemelos Cosme y Damián, médicos de profesión, después que se hicieron cristianos, espantaban las enfermedades por el solo mérito de sus virtudes y la intervención de sus oraciones... Coronados tras diversos martirios, se juntaron en el cielo y hacen a favor de sus compatriotas numerosos milagros. Porque, si algún enfermo acude lleno de fe a orar sobre su tumba, al momento obtiene curación. Muchos refieren también que estos Santos se aparecen en sueños a los enfermos indicándoles lo que deben hacer, y luego que lo ejecutan, se encuentran curados. Sobre esto yo he oído referir muchas cosas que sería demasiado largo de contar, estimando que con lo dicho es suficiente».

A pesar de las referencias del martirologio y el breviario, parece más seguro que ambos hermanos fueron martirizados y están enterrados en Cyro, ciudad de Siria no lejos de Alepo. Teodoreto, que fue obispo de Cyro en el siglo V, hace alusión a la suntuosa basílica que ambos santos poseían allí. Desde la primera mitad del siglo V existían dos iglesias en honor suyo en Constantinopla, habiéndoles sido dedicadas otras dos en tiempos de Justiniano. También este emperador les edificó otra en Panfilia. En Capadocia, en Matalasca, San Sabas († 531) trans-

formó en basílica de San Cosme y San Damián la casa de sus padres. En Jerusalén y en Mesopotamia tuvieron igualmente templos. En Edesa eran patronos de un hospital levantado en 457, y se decía que los dos santos estaban enterrados en dos iglesias diferentes de esta ciudad monacal.

En Egipto, el calendario de Oxyrhynco del 535 anota que San Cosme posee templo propio. La devoción copta a ambos santos siempre fue muy ferviente.

En San Jorge de Tesalónica aparecen en un mosaico con el calificativo de mártires y médicos. En Bizona, en Escitia, se halla también una iglesia que les levantara el diácono Estéfano.

Pero tal vez el más célebre de los santuarios orientales era el de Egea, en Cilicia, donde nació la leyenda llamada «árabe», relatada en dos pasiones, y es la que recogen nuestros actuales libros litúrgicos.

Estos santos, que a lo largo del siglo V y VI habían conquistado el Oriente, penetraron también triunfalmente en Occidente. Ya hemos referido el testimonio de San Gregorio de Tours. Tenemos testimonios de su culto en Cagliari (Cerdeña), promovido por San Fulgencio, fugitivo de los bárbaros. En Rávena hay mosaicos suyos del siglo VI y VII.

El oracional visigótico de Verona los incluye en el calendario de santos que festejaba la Iglesia de España.

Mas donde gozaron de una popularidad excepcional fue en la propia Roma, llegando a tener dedicadas más de diez iglesias. El papa Símaco (498-514) les consagró un oratorio en el Esquilino, que posteriormente se convirtió en abadía. San Félix IV, hacia el año 527, transformó para uso eclesiástico dos célebres edificios antiguos, la basílica de Rómulo y el *templum sacrum Urbis,* con el archivo civil a ellos anejo, situados en la Via Sacra, en el Foro, dedicándoselo a los dos médicos *anárgiros.*

Tan magnífico desarrollo alcanzó su culto, por influjo sobre todo de los bizantinos, que, además de esta fecha del 27 de septiembre, se les asignó por obra del papa Gregorio II la estación coincidente con el jueves de la tercera semana de Cuaresma, cuando ocurre la fecha exacta de la mitad de este tiempo de penitencia, lo que daba lugar a numerosa asistencia de fieles, que acudían a los celestiales médicos para implorar la salud de alma

y cuerpo. Caso realmente insólito, el texto de la misa cuaresmal se refiere preferentemente a los dichos santos, que son mencionados en la colecta, secreta y poscomunión, jugándose en los textos litúrgicos con la palabra *salus* en el introito y ofertorio y estando destinada la lectura evangélica a narrar la curación de la suegra de San Pedro y otras muchas curaciones milagrosas que obró el Señor en Cafarnaúm aquel mismo día, así como la liberación de muchos posesos. Esta escena de compasión era como un reflejo de la que se repetía en Roma, en el santuario de los *anárgiros,* con los prodigios que realizaban entre los enfermos que se encomendaban a ellos.

El texto de la misa que acabamos de referir, cuyas oraciones son del sacramentario Gelasiano, debió de ser el empleado en la dedicación de la iglesia de los gloriosos taumaturgos, como lo abona la lectura de la epístola, tomada de Jeremías, en que se reprende la actitud de los judíos, que sólo veían en su templo de Jerusalén una gloria nacional, sin percibir que la presencia divina se hace más cercana para aquellos que cumplen los mandamientos y practican sobre todo la caridad con el prójimo. Esta misa debió de ser la usada primitivamente el 27 de septiembre, transferida después a la estación cuaresmal del jueves de la tercera semana. La actual para hoy tiene también muy en cuenta el poder milagroso de los dos hermanos, pues la lectura del evangelio nos presenta a Cristo rodeado de las turbas, «que querían tocarle, porque salía de él una virtud que curaba a todos». A pesar de la restauración un tanto «bárbara» que llevó a cabo el papa Barberini, Urbano VIII, en 1631, la iglesia de San Cosme y San Damián en el Foro es una de las más hermosas de Roma. En la actualidad es título cardenalicio. En el ábside, un antiguo mosaico de fondo oscuro con nubes rojas nos presenta a Cristo «con unos ojos grandes, que miran a todas partes», como dice el epitafio de Abercio, llenando con su presencia toda la sala de la asamblea. A uno y otro lado están los hermanos médicos, prontos a escuchar las súplicas de sus devotos.

Cabría preguntarse: ¿Por qué hoy estos santos gloriosos no obran las maravillas de las antiguas edades? Tal vez la contestación podría formularse a través de otra pregunta: ¿Por qué hoy no nos encomendamos a ellos con la misma fe, con esa fe que arranca los milagros?

También podría entrar en la providencia divina el reservar cada época a determinados santos, y así tenemos que en el sepulcro del monje Charbel Makhlouf, muerto en 1898, vecino libanés de los médicos sirios, parecen renovarse los prodigios que de éstos nos refieren los historiadores.

Pero lo que conviene es que no se apague la fe, que la mano del Señor «no se ha contraído». Y si San Cosme y San Damián continúan siendo patronos de médicos y farmacéuticos, bien podemos seguirles invocando con una oración como ésta, de la antigua liturgia hispana:

> «¡Oh Dios, nuestro médico y remediador eterno, que hiciste a Cosme y Damián inquebrantables en su fe, invencibles en su heroísmo, para llevar salud por sus heridas a las dolencias humanas haz que por ellos sea curada nuestra enfermedad, y que por ellos también la curación sea sin recaída!».

CASIMIRO SÁNCHEZ ALISEDA

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris, t.VIII, p.128-278.

BARDY, G., «Cosme et Damien», en *Catholicisme (encyclopédie).* II: *Bethléem-Confrères de la Passion* (París 1949) cols.1334-1335.

DEUBNER, L. A., *Kosmas und Damian* (Leipzig 1907; reimp. Aalen 1980).

PARIS, M., *Nous souvenant donc, Seigneur* (París 1946) 503-508.

TILLEMONT, L. S. DE, *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles...,* I (Venecia) 175 y 652.

SAN GEDEÓN

Juez de Israel

Los episodios del sagrado libro de los Jueces, «cuando no había rey en Israel y cada cual obraba conforme a su albedrío», parecen todos calcados sobre este sencillo esquema: *pecaba* Israel y le *castigaba* Dios; Israel *se arrepentía* y Dios le *perdonaba,* levantando el castigo. El pecado era la idolatría, y el castigo, la opresión de Israel por las gentes de Canaán y sus alrededores. Movido, al fin, el Señor por la penitencia de su pueblo elegido, «le proporcionaba libertadores —llamados jueces— que le sacasen de las manos de sus opresores y le librasen de tan dura servidumbre».

Uno de tales jueces o libertadores, a continuación de Barac y Débora la profetisa, allá por los años de 1240 antes de la era cristiana —sin que la fecha pueda tenerse por rigurosamente exacta—, fue Gedeón, hijo de Joás, de la familia *(clan,* dicen los modernos) o tronco de Abiezer, de la tribu de Manasés. Acomodada primero esta familia en la región de Galaad (hoy el reino hachemita de Jordania) al otro lado del Jordán, emigró después, y pasando el río, vino a residir en Efra u Ofra (hoy *Et-Taiyibe),* a unos doce kilómetros de Beisán, muy cerca de Naím y Endor, al lado del monte llamado Pequeño Hermón.

En Efra, donde su solar paterno era uno de los principales, si no el principal, nació Gedeón, que significa «cortador». Llamósele también Yerubbaal, Yerubbescheth y Yerubboscheth, como *destructor* del ídolo ignominioso de Baal y *cortador* de su bosque. San Agustín y Procopio de Gaza insinúan que fue *jiliarjos* = capitán o jefe de mil soldados, fundándose en la palabra hebrea «elef», que, sin embargo, en este caso no significa *millar* sino *familia,* o estirpe.

Vimos al principio la situación tan lamentable social, política y religiosa del pueblo hebreo en tiempo de Gedeón. No era mejor la exterior, muy semejante a la que hoy atraviesa el nuevo Estado de Israel cercado por todas partes de naciones árabes que le odian a muerte y, si posible les fuera, le borrarían del mapa.

> «Pecaron nuevamente —dice el sagrado texto— los hijos de Israel delante del Señor, el cual los entregó en manos de los madianitas por siete años; quienes de tal manera los oprimieron, que los israelitas se vieron obligados a poner su morada en las grutas naturales de los montes, en cuevas artificiales y hasta en ruinas de antiguos castillos».

El hecho central y culminante de la historia de Gedeón es precisamente la victoria conseguida contra estos madianitas por un medio del todo inadecuado para tan resonante y decisivo triunfo militar. Sabido es cómo en la Edad Media había entre nuestras villas y ciudades comunidad de pastos, que permitían apacentar los rebaños mucho más lejos del propio territorio o jurisdicción municipal; cosa parecida ocurre hoy entre las tribus beduinas, a ratos nómadas, del Oriente; el terreno de cada clan es inviolable y se guardarán muy bien de penetrar los demás en

él en plan de dominio; otra cosa es, sin embargo, tratándose del pastoreo, pues se mezclan unas tribus con otras, aunque a veces se sirvan de este derecho para invadir en son de guerra el ajeno territorio.

Las tribus nómadas contemporáneas y vecinas de Gedeón, so pretexto de apacentar los rebaños, pasaron el río Jordán y en plan de conquista acamparon en la planicie de Jezrael (hoy *Zerajin)* en la extremidad oriental de la extensa y rica llanura de Esdrelón. Planeóse el ataque colocándose Madián al norte, Amalec al sur y los *Beni Qedem* = Hijos del Oriente, agrupación de diversas tribus nómadas, al este. Del número e importancia de esta invasión nos persuaden estos datos bíblicos:

> «Cuando venía la sementera, se presentaban los madianitas, los amalecitas y otros pueblos orientales [...] y no dejaban a los israelitas nada de lo necesario para la vida, ni ovejas, ni bueyes, ni asnos, desolándolo todo por donde pasaban [...] Es de advertir que las tiendas de campaña henchían el valle de Jezrael como espesa plaga de langostas y sus camellos eran innumerables como las arenas de las orillas del mar».

Dos reyes, Zebee y Salmana, y dos príncipes, Orez y Zeb, capitaneaban aquel ejército que, a juzgar por las cifras bíblicas, se componía de 135.000 hombres. Era ya el séptimo año de invasión.

Obediente Gedeón a la voz de Dios convocó a toda la cognación de Abiezer y a las tribus de Israel que tenía más cerca. Resonó en los montes el clarín de guerra y los emisarios esparcidos por todas partes intimaron órdenes de concentración. Reuniéronse 32.000 hombres de Manasés, Aser, Zabulón y Neftalí. Hubo Gedeón, indudablemente, de justificar su jefatura recordando primero la reprensión general hecha en nombre de Dios por aquel «varón profeta», que aparece sin saber dónde, ni cuándo; refiriendo después la visita del «ángel del Señor» que le ordenó ponerse al frente del ejército y probó su misión quemando con su báculo (presentóse como caminante) la oblación preparada; participando, finalmente, la íntima y continua comunicación con la que Dios le favorecía, mandándole destruir el altar de Baal, accediendo a la prueba del rocío y el vellocino, y revelándole la victoria por el diálogo de los centinelas madianitas escuchado por Gedeón y su criado Fara.

Nuevamente habló Dios a Gedeón para decirle que no quería que Israel le disputase la gloria del triunfo a causa del número, y así, hecha la primera prueba, abandonaron las filas 12.000 soldados, practicada la segunda, consistente en el modo de beber (en pie o arrodillados) en la fuente de Harad (hoy *Ain-Djalud,* en la montaña de Gelboé), quedaron sólo 300, quienes en tres grupos y armados de bocinas en la diestra y de ollas con teas encendidas dentro en la izquierda, irrumpieron de noche por tres sitios diferentes en el campamento y rompiendo las vasijas, sonando las trompetas y gritando: «Espada del Señor y de Gedeón», sembraron la confusión entre los orientales, haciendo que se matasen unos a otros y huyendo los demás. Cortando a éstos los de Efraím el paso del Jordán, completaron la gesta.

Disfrutó Israel de paz cuarenta años y sirvió a Dios toda la vida de Gedeón, quien murió y fue puesto en el sepulcro de su padre Joás en Efra, a donde se había retirado. Con el oro cogido al enemigo había fabricado un efod, o monumento conmemorativo, causa ocasional de prevaricación de Israel, después de su muerte, por lo que va Gedeón envuelto en la acusación bíblica como causa remota, aunque involuntaria. Respecto a la poligamia (tuvo 70 hijos de varias mujeres), ni es caso único en los santos del Antiguo Testamento, ni la ley evangélica estaba en vigor.

Completamos esta biografía, proclamando la santidad de Gedeón.

> «Loados sean también los Jueces, cada uno por su nombre —exclama el Eclesiástico—, cuyo corazón no fue pervertido, porque no se apartaron del Señor; a fin de que sea bendita su memoria y reverdezcan sus huesos allí donde reposan y dure para siempre su nombre y pase a sus hijos con la gloria de aquellos santos varones».
>
> «¿Y qué más diré todavía? —añade San Pablo a los Hebreos—: El tiempo me faltará, si me pongo a contar de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefté, de David, de Samuel y de los Profetas; los cuales por la fe conquistaron reinos, ejercitaron la justicia y alcanzaron las promesas».

La Iglesia, en una epístola del *Común* de muchos mártires, llama *santos* a los citados por el apóstol en dicho texto y ha colocado a Gedeón en el *Martirologio romano* al día 1 de septiembre,

figurando su nombre en casi todos los demás martirologios, dándosele en algunos el título de profeta.

Califícanle varios Santos Padres de varón justo, amado de Dios, *santo, santísimo,* y le presentan como figura o tipo de Jesucristo.

Finalmente, aunque la frase que usa la Sagrada Escritura para referirnos su muerte —«murió en buena vejez»— signifique de suyo una edad avanzada, fundándose los exegetas en que también se aplica a otros varones conspicuos (Abrahán, David), la entienden asimismo de la salud, de la tranquilidad, de la fama, de la autoridad, de los méritos y virtudes, de la buena conciencia, de la amistad con Dios, en una palabra, de la santidad.

JULIÁN CANTERA ORIVE

Bibliografía

Jue c.6-9; 1 Re 12,11; 2 Re 11,21; Heb c.11 y comentarios correspondientes.
• Actualización:
IBÁÑEZ ARANA, A., *Josué. Jueces. (Texto y comentario)* (Madrid 1990).
LANG, J. M., *Gedeón y los jueces* (Barcelona 1998).
NAVARRO PUERTO, M., *Los libros de Josué, Jueces y Rut* (Barcelona 1995).

SAN NILO EL JOVEN
Abad y fundador († 1004)

San Nilo de Rossano (o el Joven) es un personaje prácticamente desconocido en nuestros lares, pero muy respetado en el ambiente ítalo-griego de las cercanías de Roma. Su fundación basiliana de Túsculo se mantiene próspera en el monasterio de Grottaferrata. Se tiene la suerte de conocer bien su vida gracias a una biografía escrita en griego por su discípulo Bartolomé de Rossano que le sucedió como higumeno o abad de su monasterio.

Nilo nace en el año 910, de una de las principales familias griegas de Rossano, la de Malena, en la actual provincia italiana de Cosenza, en Calabria. Las poblaciones del entorno son de cultura bizantina; el evangeliario griego conservado en Rossano, el buen griego del libro de Barthélemi atestiguan la influen-

a de Constantinopla. Pero la Calabria griega estaba constante-
ente amenazada y asustada por los vecinos musulmanes de
cilia.

El recién nacido fue bautizado con el nombre de Nicolás y
cibió una buena educación. Siendo un muchacho, serio e inte-
gente, amante de la lectura y fervoroso, pensó en hacerse clári-
o monje; y sin embargo en un momento de pasión juvenil,
o tuvo empacho (los ciudadanos «romanos» no podían casarse
gítimamente con doncellas de rango inferior) en tomar por
oncubina a una pobre joven de la que se había enamorado,
on la que al parecer tuvo una hija. La historia es algo confusa;
o se sabe bien si por razones jurídicas —el concubinato esta-
a prohibido por las leyes justinianas— o por otros motivos,
omo la muerte de la mujer que había amado hasta entonces,
npezó de nuevo a entrar en sí y a ver las cosas desde sus más
ntiguos e íntimos deseos; entonces un buen día, en 940, hizo
oto de renunciar al mundo ante la imagen *akeiropoiéte* (la no he-
a por mano de hombre) de la Virgen Santísima, en la catedral
e Rossano.

Era aquel tiempo un momento de relativa paz y, por lo de-
ás, Rossano tenía unas sólidas murallas. Pero fuera la época
a sombría. Guerras entre lombardos y bizantinos; razzias mu-
lmanas en las costas. Los eslavos de los Balcanes, los «escla-
os» de la «Eslavona», vendían esclavos a los emires de Sicilia;
e este modo en una orilla del mar Adriático, al este, existían al-
acenes ignominiosos de carne humana y en la otra, la del po-
iente, no cejaban las guerras desastrosas. Para acrecentar su ar-
ada desigual e irregular, un general bizantino no dudaba en
educir a esclavitud a los habitantes de las colonias militares
usulmanas e incluso a las cristianas; aunque también es cierto
ue, embarcado posteriormente en Brindisi para marchar a
riente, los dejó sobre la orilla del mar.

Nicolás no alcanzó a hacerse monje sin dificultades. Era de-
ación de Rossano, es decir un recaudador de los impuestos, y
a difícil hacerse monje en la propia Villa abandonando el car-
o sin un permiso difícil de obtener. Marchó, pues, en secreto al
onasterio de Mercurión, próximo a Palma cerca del Tirreno.
ero aquello era territorio imperial y el fisco o los tribunales po-

drían hacerle una mala pasada, ya que, además, estaba severamente prohibido dar el hábito de monje a los cargos públicos sin consentimiento gubernamental. Así pues, nuestro aprendiz de monje emigró al país del príncipe lombardo de Salerno, al monasterio basilio de San Nazario, cerca de Seminara. Puesto en camino, se encontró con un musulmán del que temió que le propinara los peores tratos, y de pronto se vio obsequiado con provisiones para el camino; el trance le pareció milagroso. En San Nazario se consagró de veras al Señor y Nicolás recibió el nombre de Nilo en honor del exprefecto de Constantinopla, discípulo de San Juan Crisóstomo y monje del Sinaí. Siendo ya monje pudo regresar al monasterio de Mercurión. Se había convertido en un monje obediente, humilde, mortificado, que sólo estaba dedicado a la contemplación de las cosas de Dios. Se decía que estaba hecho un nuevo Pablo, del mismo modo que su superior Fantino era un nuevo Pedro.

Entre tanto el califa Mansur atacó al emperador Constantino Porfirogeneta. Fantino huyó a refugiarse acompañado de algunos monjes a Tesalónica, donde murió santamente. Entonces Nilo rehusó sucederle; pidió a los monjes que eligiesen a Lucas, hermano del anterior abad, y obtuvo permiso para vivir como solitario en un bosque cercano junto a la montaña, y en cercanía de una capilla dedicada a San Miguel. Pronto se le unieron dos compañeros, Esteban y Jorge; este último también había sido decurión de Rossano, y llegará también a ser venerado como santo.

El año 951, un cuerpo expedicionario de Asán, el emir de Sicilia, desembarcó en Reggio, en el estrecho de Messina. Las tropas griegas pasaron a pillaje la Calabria; como después harán los cruzados con ellos. Pero fueron expulsados en la batalla del 8 de mayo de 952. El monasterio de Mercurión fue destrozado en medio de estas luchas. Nilo se había escondido en el bosque, y cuando pudo visitar las ruinas de su monasterio vio que no había quedado nada, ni siquiera su cilicio. Durante algún tiempo Nilo creyó que uno de sus compañeros había desaparecido para siempre, pero al fin un grupo de caballeros cristianos que recorrían los contornos disfrazados de musulmanes le dijeron que lo habían encontrado.

Nilo volvió a Rossano, a Santa María del Patir, donde fue elegido abad o higumeno. Mas hubo una nueva invasión en 956. El puerto de Reggio fue asediado. Pero esta vez el islam tuvo que retroceder. A estos conflictos bélicos siguió un período de gran paz, de más de doce años, e incluso griegos y árabes se aliaron para combatir al emperador Otón I de Sajonia.

Nilo organizó la paz monástica y es tradición que fundó una escuela de calígrafos que copiasen maravillosamente los mejores textos de la cultura y piedad antigua; él mismo poseía ese arte consumado y un amor extraordinario por el saber y los libros y así intentó siempre infundírselo a sus monjes y discípulos. Organizó también a las monjas. Para ellas arregló en Rossano el monasterio de Santa Anastasia fundado por un alto cargo imperial.

Nilo era ya entonces un personaje importante y un verdadero hombre de Dios. El *domesticós* León y el arzobispo de Reggio le venían a visitar para escuchar sus sabios consejos y su sabiduría a ejemplo de lo que hizo la reina de Sabá con Salomón. Nilo tomó una vez un pasaje de la Escritura en el que se habla de los pocos que son elegidos y no dudó en explicar: «Si vosotros no vivís santamente no escaparéis a los castigos eternos». Uno de los cortesanos acompañantes se atrevió a proponerle una pregunta llena de ironía: «¿Se salvó Salomón, o se condenó?». El anciano respondió con cortesía a aquel joven libertino:

> «Yo más bien quisiera saber que tú me contestases si tú te vas a salvar o por el contrario te vas a condenar, porque ¿qué es lo que nos importa a ti y a mí si Salomón se salvó o se condenó? No a él sino a nosotros se nos ha dicho: el que mira a una mujer codiciosamente ha cometido ya adulterio en su corazón. Y si alguno destruye el Templo de Dios, Dios le destruirá a él. De Salomón no hay rastro en la Escritura de que haya hecho penitencia de sus pecados como lo hizo Manasés, ¿quién puede asegurar que se haya salvado?».

El juez imperial a quien se debía el monasterio de Santa Anastasia se puso enfermo. Y se irritó contra Nilo porque no le había enviado «eulogias» o piadosos objetos tal como era costumbre en estas ocasiones. Estando a punto de morir el juez pidió el hábito monástico. Nilo le dijo: «tu profesión bautismal es suficiente. La penitencia no requiere dar nuevos pasos. Ten un

corazón contrito y un vivo deseo de cambiar de vida». Pero el otro insistió y obtuvo el hábito. La cosa obró como un milagro: el moribundo dio libertad a sus esclavos, repartió sus bienes entre los pobres y él alcanzó la vida eterna a los tres días.

El arzobispo de Rossano realizó un viaje al norte de África y volvió con muchos cristianos rescatados gracias a su hermana que era una de las favoritas del califa de Cairuán. Animado con tan buen éxito quiso volver a hacerse a la mar; Nilo quiso disuadirle pero no le hizo caso y partió; y nunca jamás se supo más de él.

De nuevo parecía que la guerra contra el Islam iba a recomenzar. Un *magistrós* ordenó a los habitantes de Rossano proveer de galeras a la ciudad. Sus ciudadanos rehusaron hacerlas e incluso se llegó a ir a las atarazanas del puerto e incendiar la madera allí preparada. Nilo tuvo que interceder por los amotinados, que fueron perdonados, pero no sin el pago forzoso de una fuerte multa. También intervino cerca de la comunidad judía, importante e influyente en la ciudad, para que no se ejecutase a un joven que había matado a un israelita. El gobernador de la ciudad quiso nombrar a Nilo como nuevo arzobispo de la ciudad, pero el anciano higumeno declinó el nombramiento.

Nilo avisó que pronto iba a haber guerra; y así fue y esta vez vencieron los agarenos. En la refriega tres monjes fueron hechos prisioneros y deportados a Sicilia. Nilo envió al emir cien monedas de oro y una carta para pedir su rescate. El emir quedó tan edificado por las palabras del hombre de Dios leídas en la carta que devolvió enseguida a los prisioneros, junto con las cien monedas y otros regalos, como un montón de pieles de cabra; les acompañaba un mensaje en el que decía a Nilo:

> «Si tus monjes han sufrido algo es por tu culpa, pues tú no tenías sino decirme una palabra y al momento te los hubiese devuelto [...] Si tú te dignas venir a verme, podrás vivir aquí libremente en mi región, en la que serás honrado y venerado por todos».

El 15 de junio de 982, en una batalla cerca de Stilo, provincia de Reggio, Otón II atacó a los griegos, aliados con los musulmanes en aquellas circunstancias; pero tuvo que ponerse en fuga y fortuitamente murió enseguida en Roma. El emir también había muerto y Bizancio volvió a apoderarse de todo el sur

italiano. En aquellos momentos Nilo había emigrado a Capua, en la que fue muy bien recibido por Pandulfo Capoferro. Este príncipe solicitó a Montecasino que cediese un monasterio a Nilo. El abad casinense, Aligerno, invitó a Nilo para que oficiara con sus monjes la liturgia oriental. Se cuenta que para aquella ocasión Nilo compuso un acróstico en honor de San Benito que los 60 monjes «griegos» cantaron con voz solemne y dulce al mismo tiempo. Sin embargo, aquella «tropa» barbuda, de largos cabellos mal recogidos, de costumbres tan extravagantes, sorprendió a los hijos de San Benito y Nilo tuvo que defender ante «occidente» sus tradiciones y normas. Al fin el higumeno Nilo recibió de sus hermanos los monjes benedictinos el monasterio de Valleluce, que él logró cambiar por el de Serperi cerca de Gaeta. A cambio Montecasino recibió las enseñanzas de aquellos maestros consumados en caligrafía, que dejaron escuela en la casa de San Benito y a la posteridad occidental.

En 998, Otón III bajó a Italia para restablecer al papa, alemán, Gregorio V. El patricio Crescencio lo había sustituido en la sede romana por un griego de Rossano, Juan XVI. Éste fue hecho prisionero por los agentes de Otón y, según las bárbaras costumbres de entonces, se le castigó arrancándole los ojos. Nilo, al enterarse, se presentó en Roma para que, al menos, se le perdonase la vida a aquel desgraciado. Se le otorgó la vida, pero a cambio de obligarle a hacer un paseo grotesco entre la burla del populacho, algo, a veces, más ignominioso que la misma muerte. Ante esta enorme irrisión de un hombre que había sido pontífice de Roma, Nilo no logró contener su indignación. El emperador le envió un mensaje presentándole vagas excusas. El santo anciano dijo entonces al mensajero:

> «Ve a decirle al emperador y al papa lo que este viejo loco dice: Habíais acordado entregarme a ese pobre ciego únicamente por amor de Dios. Pues bien, todo el daño que le habéis hecho de más, no es a él sino a mí mismo al que lo habéis hecho. Os habéis burlado de Dios. No habéis tenido piedad de aquel que había caído en vuestras manos. Sabed bien que el Padre celestial no os perdonará vuestros pecados».

El mensajero volvió a tartamudear excusas, pero Nilo inclinó su cabeza sobre el pecho y se hizo el desentendido del que continuaba hablando.

El papa Gregorio V murió enseguida y al año siguiente el emperador hizo una peregrinación penitencial a San Miguel en el monte Gárgano. Se detuvo en Serperi, donde pudo admirar aquellas cabañas de «dos ciudadanos del cielo, de tránsito por la tierra»; eran los monjes de Nilo. El higumeno lo llevó hasta el oratorio y después conversaron un poco. Otón ofreció entonces a Nilo levantarle un gran monasterio, ricamente dotado. El venerable anciano le respondió:

> «Si los hermanos que viven conmigo son verdaderos monjes, Cristo, que ha velado siempre por ellos durante mi vida, tendrá mucho más cuidado de ellos cuando yo falte. Porque Dios no ama el poder del poderoso, ni el vigor del fuerte, sino a aquellos que esperan en su misericordia».

Entonces el emperador le dijo:

> «Pídeme lo que quieras, y yo, como un buen hijo, te lo daré con el mayor de los gustos».

El santo puso su mano sobre el pecho del emperador y le dijo:

> «No pido nada de tu poder, sólo quiero la salvación de tu alma. Tú has tenido a bien ser emperador, pero eres mortal y morirás. Vas a ser juzgado y deberás rendir cuenta de tus actos buenos o malos».

Entonces, el príncipe, con los ojos llenos de lágrimas, inclinó su coronada testa entre las manos del anciano monje y después de recibir su bendición, se alejó rápidamente. Esta entrevista fue plasmada en Grottaferrata por Domenichino en 1610.

Transcurridos diez años en Serperi, Nilo marchó a Túsculo. El señor del lugar, que tenía el trono pontificio como un bien de familia del que podía disponer a su voluntad, entregó al recién llegado un hermoso lugar solitario que había sido propiedad de Cicerón, situado cerca de la ciudad. Nilo falleció allí, en 1004 o 1005, a los 95 años de su edad. Los monjes lo trasladaron pronto al oratorio de Grottaferrata, más tarde convertido en una gran basílica, donde todavía hoy se veneran sus reliquias. De este monasterio su culto pasó a extenderse a todos los monjes ítalo-griegos y en las diócesis posteriormente latinas de Rossano, Gaeta y Frascati.

Se le llama a veces Nilo «el Joven» para distinguirlo de su santo patrón el monje sinaíta. Fue el cardenal Baronio quien introdujo a San Nilo en el Martirologio romano, en 1586.

LUIS M. PÉREZ SUÁREZ, OSB

Bibliografía

BAUDOT, J. - CHAUSSIN, L., OSB, *Vie des saints et des bienheureux...* IX: *Septembre* (París 1950) 536-541.
El santo de cada día. V: *Septiembre-octubre* (Zaragoza 1955) 261-269.

SANTA TERESA (MARÍA VICTORIA) COUDERC

Virgen y fundadora († 1885)

Santa Teresa Couderc, fundadora en Francia de las Hermanas del Retiro del Cenáculo, de extraordinaria humildad y caridad, siempre de cara a la cruz, ha sido una de las personas suscitadas por Dios para vigorizar la fe y el espíritu cristiano en el ambiente de abierto laicismo que siguió a la conocida Revolución Francesa. Sus 80 años de vida se desarrollaron a lo largo del siglo XIX, siendo un ejemplo vivo de sólida virtud y dando origen a una Obra que, mediante los Ejercicios Espirituales, se propone renovar el mundo y encender a los creyentes en el fuego del amor divino que él vino a traer a la tierra.

Nació el 1 de febrero de 1805 en Mas de Sablières, diócesis de Viviers (Francia), en una familia campesina honesta y cristiana, hija única de Claudio Miguel Couderc y Ana Mery. Fue bautizada con el nombre de María Victoria.

En los días difíciles de la Revolución, con evidente riesgo, este matrimonio había recibido en su propia casa a sacerdotes perseguidos y a religiosos expulsados de sus conventos, dando con ello prueba del vigor de su fe y de su fortaleza y caridad cristianas. En este ambiente familiar de sólida piedad y, a pesar de la distancia, acudiendo frecuentemente a la parroquia, regida por un celosísimo sacerdote, creció María Victoria. «¡Qué bien sabía el catecismo!», dicen quienes la conocieron de niña. El 15 de mayo de 1815, apenas cumplidos los 10 años de edad, recibió con gran fervor su primera comunión.

No era fácil conseguir una buena instrucción elemental en un momento en que el país acababa de salir de una violenta revolución, y menos en las zonas rurales. Por eso, cuando tenía 17 años, sus padres la llevaron a un colegio recién abierto en un pueblo cercano: el de las Hermanas de San José *aux Vans.* Allí completó su formación religiosa y destacó por su inteligencia. Pronto comenzó también a sentir deseos de «ser toda de Dios».

En 1825, cuando contaba 20 años, volvió a Mas de Sablières para asistir a una misión predicada por un misionero diocesano, el P. Terme, cura en Aps y fundador de una Congregación religiosa, las Hermanas de San Francisco Régis, dedicadas a la educación. Durante esta misión María Victoria confirmó su vocación de total entrega al Señor y se acogió a la dirección espiritual del aludido P. Terme, quien, en 1826, con el consentimiento de los padres, la envió a Aps, donde había reunido a algunas personas piadosas para formarlas en la vida religiosa. En Aps fue confiada a Sor Clara, una religiosa de la Presentación de María que preparaba a este grupo de jóvenes para la enseñanza de los niños. Pero María Victoria no había ido allí para aprender a dar clase, sino para recibir su primera lección de humildad. «Es preciso que seáis tan pequeñas —les decía el P. Terme— que todo el mundo pueda caminar sobre vosotras». Además, su maestra, Sor Clara, era extraordinariamente humilde y sencilla.

Convencida de su vocación a la vida religiosa, y destacando por su piedad, su observancia y su modestia, María Victoria tomó el hábito el día 27 de marzo del mismo año 1826, recibiendo el nombre de Sor Teresa.

En 1827 el P. Terme debía predicar una misión en *La Louvesc,* lugar donde solían acudir muchos peregrinos porque allí estaba el sepulcro de San Francisco Régis (1597-1640). Sintiendo la llamada del Señor a fundar una hospedería para las mujeres, que solían alojarse en pésimas condiciones, confió este encargo a tres Hermanas del grupo de Aps, entre ellas Sor Teresa Couderc. Había pensado en Sor Clara para superiora y Maestra de novicias, pero no fue posible por razones de salud, por lo que nombró para el primer cargo a Sor Inés y para el segundo a Sor Teresa Couderc. Pero a los pocos meses, por tener que atender a una escuela, Sor Inés debió abandonar *La Louvesc.*

Aunque en ese momento Sor Teresa sólo contaba 23 años de edad y el P. Terme consideraba que era demasiado joven para ponerla al frente de la pequeña comunidad, el 1 de mayo de 1828 la nombraba superiora, bajo su supervisión. Permaneció en este cargo algo más de diez años, hasta octubre de 1838. Sor Teresa hizo sus primeros votos religiosos el día 1 de noviembre de 1828 y la profesión perpetua en París, en manos del Obispo de Viviers, mons. Guibert, el 6 de enero de 1837.

Su gobierno fue verdaderamente religioso. «Sólo deseaba el reino de Dios», afirman sus contemporáneos, viviendo y favoreciendo una vida fraterna, de sencillez, de humildad y de puntual cumplimiento de todas las obligaciones. Allí reinaba el orden, la paz y la caridad. Esta «edad de oro» de la pequeña comunidad fue el germen de «El Cenáculo».

Muy pronto, en septiembre de 1829, consiguió que la inicial hospedería se convirtiera, además, en una casa de Ejercicios Espirituales, convencida de que ésta era la verdadera misión del grupo de religiosas que ella dirigía. Mientras tanto el P. Terme, que conoció los *Ejercicios de San Ignacio* a través de los Jesuitas de Vals-près-du-Puy, encaminó hacia esta espiritualidad a las Hermanas de S. Francisco Régis, transformadas después en «Damas del Retiro». Ambos, el P. Terme y Sor Teresa, estaban cooperando en una fundación ya comenzada por él cuando ella se incorporó, pero a la que la santa dotó de una organización definitiva, de una profunda vivencia religiosa y, sobre todo, de la idea original de dar amplio espacio a la oración y al retiro, que el P. Terme aceptó con mucho gusto.

La de enseñanza y la de ejercicios espirituales parecían dibujarse como dos ramas de una misma fundación. *La Louvesc* era considerada Casa Madre de la Congregación de S. Francisco Régis o Damas del Retiro, y desde allí se emanaban todas las directrices, aunque en ella no había enseñanza como en las demás. Su función continuaba siendo acoger a las numerosísimas peregrinaciones, favorecer y organizar cuidadamente los ejercicios piadosos y también, en la medida de lo posible, evangelizar a los pobres del entorno en escuelas rurales. El recogimiento y el silencio que reinaba en la casa era un verdadero testimonio para todos, atrayendo nuevas vocaciones.

Su calidad de fundadora se puso de manifiesto a la muerte del P. Terme, que tuvo lugar el 12 de diciembre de 1834. Su amor al recogimiento, al silencio, a la vida ordenada, hicieron de ella la verdadera iniciadora de una nueva congregación religiosa.

Para mantener la obra iniciada, el P. Terme había confiado al P. Bonnel, de la Compañía de Jesús, las «Damas del Retiro», nombre que parecía prevalecer al de «Congregación de San Francisco Régis». La M. Teresa Couderc lo visitó pronto en Viviers y éste encargó al P. Francisco Renault, provincial de los Jesuitas franceses, que redactara las Constituciones de la nueva fundación, basándose en un proyecto elaborado por el P. Terme. El 11 de mayo de 1836 mons. Bonnel, ya Obispo de Viviers, aprobaba la Regla de las «Damas del Retiro» y su nuevo hábito.

Para resolver el tema de las dos posibles ramas, sin hacer intervenir en ello a la M. Teresa, los Jesuitas convocaron en *La Louvesc* a todas las religiosas: las de la Congregación de San Francisco Régis y las Damas del Retiro, proponiendo a las primeras unirse a las Hermanas de San José, dedicadas a la enseñanza. No pareció oportuna la propuesta y la cuestión se zanjó con el reconocimiento de ambos grupos que, en adelante, seguirían por separado. Así, el 16 de junio de 1836 el P. Provincial de los Jesuitas obligaba a las «Damas del Retiro» a separarse de las «Hermanas de San Francisco Régis», afirmándose éstas en su inicial orientación hacia la escuela y con centro en Aps. Formularon todas un compromiso de mutua estima y caridad entre ambas familias religiosas, quedando en excelente relación.

La madre Teresa permaneció como superiora de las «Damas del Retiro» en *La Louvesc,* que fue la única casa dedicada a ejercicios espirituales; las otras se ocupaban de la enseñanza. «Las cosas no podían ir mejor», dicen los conocedores del momento. En *La Louvesc* reinaba «la unión de corazones, la caridad, el orden». En este ambiente de honda espiritualidad, la santa quiso realizar una consagración completa a Nuestra Señora de Ay el día 15 de agosto, nombrándola Superiora de su Casa. Abdicó «bajo condición» en sus manos, pidiendo «estar continuamente animada por el espíritu de Jesucristo», con el fin de «obedecer siempre a la voz de la gracia y nunca a la de la naturaleza». Esta

consagración, esta abdicación, esta oración fueron el principio de todo lo que vino después.

Dada la dureza del clima de *La Louvesc,* Sor Teresa intentó fundar una casa en Tournon, pero duró poco tiempo, quedando solamente una pequeña capilla. La novedad para ella fue que, después de diez años de haber dirigido con notable acierto, reciedumbre espiritual, sabiduría y prudencia la nueva fundación, entró en casi medio siglo de humillaciones y sufrimientos, que no hicieron sino poner de manifiesto la verdad evangélica de que «si el grano de trigo cae y muere, da mucho fruto», fortaleciendo así, como auténtica fundadora, las raíces más hondas de la obra que le había confiado el Señor.

Bien por la separación de las dos ramas, o porque los herederos de una benefactora la privaron de los recursos económicos prometidos, pronto comenzaron a presentársele las correspondientes dificultades y, sobre todo, tuvo que sufrir la acusación de no saber salir de ellas airosamente. Esto trajo como consecuencia que en octubre de 1838 el P. Renault, SI, valorando equivocadamente las cualidades de la condesa de La Villeurnoy, la colocara como «superiora fundadora» de la congregación. Era postulante desde hacía pocos días, muy rica, y desde el primer momento le habían confiado la administración, esperando que superara la situación económica y que atrajera nuevas vocaciones. En realidad no fue así, pero, perfectamente obediente y lúcida, sor Teresa la acató sin ninguna resistencia, pasando del primero al último lugar. Era un grave desaire respecto a ella en el ambiente social de la época, pero humildemente inclinó la cabeza, fiel a su regla de obediencia.

No había transcurrido todavía un año cuando ya resultaba evidente que la nueva «superiora» estaba llevando la Congregación a la ruina: el fervor se desvaneció como por encanto y también el silencio y el recogimiento, por lo que fue obligada a retirarse. Sor Teresa reaccionó como los santos: permaneció en el último lugar, pero indicó quién debería ocupar el primero. El 24 de septiembre de 1839, el P. Renault nombraba en el puesto de La Villeurnoy a la madre Contenet, una excelente superiora. Sin embargo, las pruebas no terminaron para sor Teresa, pues la M. Contenet no perdió ocasión de marginarla y de someterla

a dolorosas humillaciones durante sus más de doce años de mandato, que se prolongó hasta su muerte el 24 de febrero de 1852. Por ejemplo, su trabajo era supervisado por las novicias, que incluso tenían autorización para reprenderla. Sor Teresa Couderc aceptó todo con silencio y paciencia, soportando cruces semejantes durante todo el resto de su larga vida.

A lo largo de muchos años vivió ignorada por todos y, lejos de sentirse ultrajada, demostró que encontraba natural que se la tratase de ese modo. La verdadera fundadora aceptó humildemente esta situación, revelando su naturaleza mística al decir:

> «Cuando nuestro Señor quiere servirse de un alma para su gloria la hace pasar primero por la prueba de la contradicción, por la humillación y por el sufrimiento; no se puede ser un instrumento útil de otra manera».

En consecuencia, para servir al Señor como útil instrumento aceptó todas las pruebas. «Ella se conformaba con rezar y con dar continuamente ejemplo de obediencia», viendo con inconmovible fe y esperanza que se derrumbaba lo que con tanta dedicación y amor había ido construyendo espiritual y organizativamente. Pero no desfalleció ni vaciló nunca, manifestando una fuerza heroica para contener su naturaleza y permanecer en virtuoso silencio.

Poniendo responsablemente a contribución cuanto le era posible, el 27 de diciembre de 1842 consiguió adquirir una casa en Fourvières y en 1850 fundaba la de París. También fue consolador para ella que la M. De Larochenégly, elegida superiora el 7 de marzo de 1852, le testimoniara una estima y comprensión crecientes, con lo que experimentó cierta rehabilitación. Y gozó espiritualmente cuando el 25 de marzo de 1852 la Obra de las «Damas del Retiro» fue consagrada a la Virgen del Cenáculo. El 28 de mayo de 1854 se celebraba por primera vez la fiesta de dicha Virgen del Cenáculo, que había de identificar a la fundación.

En adelante, los acontecimientos continuaron presentando dificultades tanto para la obra como para nuestra santa. Confiando en su prudencia y virtud, el 7 de marzo de 1855 Sor Teresa fue enviada a la casa de París a causa de los problemas suscitados por la superiora local que, poco después, el 17 de junio,

rompía con la congregación llevando tras sí a cuatro hermanas. Sor Teresa Couderc quedó en París «como ejemplo de Regla viviente» hasta el 24 de noviembre de 1856, restableciendo plenamente la concordia.

Después, su vida continuó siendo un alternarse de servicios y responsabilidades, según lo demandaba la necesidad, pero siempre desde el más discreto silencio y humildad. Así, fue superiora de varias casas por espacios muy breves: dirigió la casa de Tournon, del 25 de noviembre de 1856 al 29 de abril de 1857; la de La Louvesc, del 29 de abril al 11 de junio de 1857, quedándose allí hasta el 29 de septiembre y volviendo luego a Tournon, que se debía vender, desde el 29 de septiembre de 1857 hasta el 14 de abril de 1858. Pasó luego a Lyón y participó en agosto de 1860 en la fundación de Montpellier, donde fue guardiana, o asistente, desde el 23 de febrero al 11 de marzo de 1861, del 13 de febrero al 25 de marzo de 1862 y del 17 de julio al 2 de agosto de 1865.

Dada su edad, ya no joven, y con precaria salud, el 18 de junio de 1861 recibió en Montpellier la unción de los enfermos. Algo después, en torno a 1865, estando aún en esta ciudad, hizo voto de no admitir cargo alguno, deseando ser únicamente una hostia viviente en continua súplica ante la majestad divina.

El 19 de marzo de 1867 partió hacia Lyón, pocos días antes de la clausura de la fundación de Montpellier. Desde ese año en adelante vivió en Fourvières, de modo muy ascético y ofreciéndose como víctima a Dios, con el propósito de «asumir todo, aceptar todo, someterse a todo». Allí fue asistente desde el 2 de abril al 1 de julio de 1867 y guardiana del 28 de octubre al 8 de noviembre.

Deseosa siempre de conformarse a la voluntad de Dios y, en su estado de continua humillación gozando hasta el final de su vida de una gran dulzura de unión divina, su progreso espiritual estuvo señalado por tres fechas principales.

El 20 de octubre de 1859, día en que tuvo lugar una confirmación del P. Maréchal, SI (1814-1867) sobre el espíritu de sacrificio y de inmolación, se ofreció como víctima a Dios, obedeciendo a una voz interna que le decía: «Tú serás víctima de holocausto». Se entregó de manera que todo en ella fuese para Dios.

El 26 de junio de 1864, estando en Montpellier, mientras se preparaba para la misa comprendió que «el gran medio para entrar en el camino de la perfección y de la santidad es entregarse por completo a nuestro buen Dios». O sea, superar incluso el abandono para «unirse a todo, aceptar todo, someterse a todo». En Fourvières, donde vivió desde 1874 hasta la muerte en 1885, rechazó ser «inundada de consolaciones» asociándose a los sufrimientos de Jesús en Getsemaní. En 1878 se quedó sorda, y el reumatismo la recluyó en su habitación o en una pequeña tribuna lateral de la capilla. Así, durante más de ocho años, recibió la gracia de participar en la agonía de Cristo, sufriendo su mismo pavor y afligida por su misma tristeza y dolor. En febrero de 1878 declaraba: «Tengo un temor continuo, estoy oprimida por el tedio, mi alma está reducida a la agonía». Pero jamás pidió a Dios ser liberada de estas penas, sino «solamente fuerza para sufrir y el amor a la Cruz que nos hace sufrir». Fue una etapa de inactividad externa, pero de extraordinaria fecundidad interior para ella misma y para todos aquellos a quienes alcanzó su oración y su testimonio.

Otra fecha importante para ella fue el 10 de enero de 1885, en que confió a su superiora que se veía como «rodeada de multitudes que rezan sin interrupción con un acento penetrante y cantan en un tono grave los himnos, los salmos y las oraciones litúrgicas». Pensaba que eran las almas del purgatorio.

Su muerte tuvo lugar el 26 de septiembre de 1885, y las hermanas que la asistieron entonaron un doble *Magnificat*. Su papel de superiora había sido corto: los diez años que van entre 1828 y 1838; pero el ejemplo continuo de su virtud y de víctima generosa y decididamente ofrecida al Señor, se había prolongado los 47 últimos años de su vida. Dios la condujo a la perfección a través de la humillación, asociándola místicamente a los padecimientos de su Hijo. Fue ésta su gran aportación, la que verdaderamente consolidó y lanzó hacia el futuro la obra naciente.

El «Cenáculo» fundado por ella recibió un decreto de alabanza por parte de la Santa Sede el 10 de marzo de 1863; la primera aprobación tuvo lugar el 18 de marzo de 1870; la aprobación definitiva, después de su muerte, en julio de 1886, y el papa León XIII ratificó esta Obra el 17 de marzo de 1891. Así, vivifi-

cado entonces y después por la profundísima humildad de Santa Teresa Couderc, ha llegado a tener un desarrollo mundial.

Se introdujo la causa de canonización de la M. Teresa en 1927; el 12 de mayo de 1935 el papa Pío XI proclamó la heroicidad de sus virtudes y el 17 de junio de 1951 Pío XII la declaró Beata. Fue canonizada solemnemente en la basílica de San Pedro de Roma por el papa Pablo VI el 10 de mayo de 1970.

MARÍA ENCARNACIÓN GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

Bibliografía

BESSIÈRE, A., *La bienheureuse Thérèse Couderc, fondatrice du Cénacle (1805-1885)* (París 1956).

COMBES, A., *La mère Thérèse C. Fondatrice de la Société de N.-D. de la Retraite au Cénacle (1805-1885)* (Namur 1924).

DEHIN, J., *L'esprit de la vénérable Mère Couderc, fondatrice de l'Institut de Notre-Dame de la Retraite au Cénacle* (París 1947).

PERROY, H., *Una grande humble: Marie-Victoire-Thérèse Couderc, fondatrice du Cénacle (1805-1885)* (París ^{3}1941).

VERNION, P., *Le Cénacle et son message* (París 1948).

BEATO GASPAR STANGGASSINGER

Presbítero († 1899)

Gaspar Stanggassinger (1871-1899), beatificado el 24 de abril de 1988 por el papa Juan Pablo II, figura eminente en la gozosa proclamación de la fe y en formar con inquietud jóvenes para el sacerdocio; sacerdote redentorista él mismo, nació en Unterkälberstein, junto a Berchtesgaden, sur de Alemania (Baviera Alpina), el 12 de enero de 1871, pontificado del hoy Beato Pío IX. El mismo día de su nacimiento recibió las aguas bautismales con la consiguiente alegría para una familia toda ella temerosa de Dios. Desde muy temprana edad empezó a recibir una formación religiosa y cultural ajustada a esquemas de severa disciplina en el trabajo y en la oración, lo mismo en casa que en la iglesia.

> «Los santos —habría de escribir andando el tiempo— tienen intuiciones especiales, pero lo que para mí, que no soy un santo, es importante son simplemente las verdades eternas: la Encarnación, la Redención y la Santísima Eucaristía».

Segundo de dieciséis hermanos en el seno de una sencilla y bien acomodada familia de agricultores, distinguida por sus firmes costumbres cristianas, era su padre un campesino respetado por todo el mundo y poseía una cantera como principal fuente de ingresos en aquel hogar con tantas bocas a la hora de comer. Muchas de las facultades que adornaban a nuestro pequeño eran dádiva genética de los progenitores: de la madre Crescencia Amort heredó la filial devoción a la Virgen María, que aureoló su persona toda de por vida. Del padre, en cambio, él mismo llamado Gaspar, recibió la infatigable diligencia en los quehaceres familiares y la imprescindible prudencia a la hora de enfrentarse a dificultades, encarar contratiempos y resolver problemas.

Ya de niño, nueve años tendría sobre poco más o menos, durante la celebración de la Eucaristía sintió de pronto la vocación a la vida sacerdotal y religiosa, comprendido el matiz de las misiones. De tal suerte se mantuvo firme en dicho propósito que, llegada la juventud, hubo de vencer la fuerte resistencia de su padre a que abrazase la humilde y no menos gloriosa Congregación de San Alfonso María de Ligorio, desterrada entonces en Alemania, cuyo carisma no era otro que el de la formación de la juventud y, en concreto, de los jóvenes sacerdotes. De ahí el mimo con que Gaspar cuidó siempre, desde sus primeros estudios, a los muchachos que se le confiaba para el difícil arte de la formación, y ello explica también que fuese pronto conocido en los círculos íntimos de su entorno como el *scholasticorum pater*.

Deseó Gaspar desde niño, lo repetiré, ser sacerdote, y acertó además a manifestarlo cada día con una fuerza y una querencia infrecuentes, nada comunes en chavales de su edad. Prueba de ello es que, ya en los momentos de ocio y diversión de la tierna infancia, le gustaba jugar a «hacer de sacerdote» y «predicaba» breves pláticas a sus hermanos y hermanas; incluso los llevaba en procesión —con indudable instinto de líder— hasta una capilla que se alzaba en la cercana montaña, no lejos de casa. Acude a la escuela elemental el 17 de mayo de 1877: aquello le cuesta, pero su carácter indomable y perseverante, su tesón a toda prueba le ayudan a mantenerse firme en la brecha.

Su padre le ha dejado bien advertido que si no supera los exámenes, deberá abandonar la escuela, así que no sólo no hay tiempo que perder, sino precisamente que ganar. En su caso el tiempo es oro. Por fin, a fuerza de voluntad, con gran aplicación y entrega a la plegaria, se empiezan a notar pronto sus constantes progresos.

Nada extraño, pues, que un buen día, el 21 de noviembre de 1880 para ser exacto, mientras ayuda a misa —era monaguillo—, sienta irresistible la llamada: «Debes hacerte sacerdote». Con esta íntima y suave voz interior, superados los primeros estudios, llega el 23 de septiembre de 1881 a la sede arzobispal de Frisinga para continuar los superiores, primero como externo y más tarde como interno. Los de Frisinga le resultan, por cierto, particularmente difíciles, pero en 1884 se decide por el seminario.

Abre por el año 1887 un diario espiritual. Por entonces también, ya con dieciséis años a las espaldas, hace voto de castidad. Y al año siguiente profesa en la Orden Tercera de San Francisco bajo el nombre de Hermano Luis, en honor del santo que más amaba. En los años siguientes, se reúne durante las vacaciones con grupos juveniles a los que procura enfervorizar en la vida cristiana, les anima a que formen entre todos un solo grupo, por aquello de que la unión hace la fuerza, y se preocupa de ayudar a cada uno en la organización del tiempo libre. Consigue que todo el grupo asista diariamente a misa, organiza sus excursiones y peregrinaciones, les dedica su tiempo, es decir, a sí mismo, y en una ocasión incluso arriesga la vida por salvar a uno durante una escalada en la montaña. Su tierna devoción al Corazón de Jesús arranca del suyo expresiones piadosas, tiernas, reveladoras de su ardiente amor a Cristo, como ésta: «La perfección es la mayor semejanza posible a Jesucristo». O esta otra: «La imitación de Cristo es nuestra vocación» *(Christi imitatio est nostra vocatio,* solía repetir en sonoro latín).

A raíz de una confesión en un retiro del clero nace su particular gusto por la vida religiosa. Aquello tiene todas las trazas de una llamada más exigente del Señor, de modo que se plantea en serio ingresar en los Redentoristas. Pero una terrible fiebre tifoidea en 1889, ya él con dieciocho años, lo coloca al borde de

la muerte. Todos rezan al Corazón de Jesús para que salga pronto de peligro y pueda subir las gradas del altar. El 7 de agosto de 1890, terminados los estudios de Bachiller, obtiene el diploma en Humanidades o, como entonces decían por allí: *maturitatis classicae,* y se alista para ingresar en el seminario mayor, lo que ocurre el 25 de octubre. Muere por entonces su hermana menor Zinsi, de 14 años. Su entrada en el seminario diocesano de Múnich y Frisinga para comenzar estudios de teología data, efectivamente, de 1890.

Pronto empezó a descollar por su inteligencia, no muy aguda sólo unos años antes, ciertamente, o por mejor decir, no tan desarrollada, para el fácil aprendizaje de las ciencias teológicas. Ello le permitió hacerse pronto con el primer puesto. Sin competidores en piedad y perseverancia en el oficio, profesores y condiscípulos elogiaban sus eximias virtudes y afán de trabajar por la santidad. Serán estas razones más que suficientes para que se le llame candidato perpetuo *(candidatum perpetuum).* También entre los jóvenes, repito, padre de los escolásticos *(scholasticorum pater),* debido a que se había tomado la molestia de organizar con sus libros una biblioteca ambulante para la enseñanza de los más indigentes.

Y ya metidos en el capítulo de los apodos, se le llamaba igualmente guía o jefe, porque los inducía a ir a la iglesia para las cosas santas y sobre todo a los templos dedicados a la Bienaventurada Virgen María puestos sobre los montes, adonde subía con la juventud arrostrando dificultades y venciendo obstáculos sin cuento. Era también llamado, en fin, *Parrocoper* a causa de la costumbre en frecuentar la iglesia, amén de sus continuas exhortaciones al bien. Con la bella voz de la que el próvido y buen Dios lo había dotado alegraba al entorno, y el primer beneficiado de tan laudable menester no solía ser otro que su propio padre, viéndolo ya todo un presbítero en el altar. Sueño que pasó a ser dichosa realidad cuando Gaspar, en la catedral de Frisinga, el 2 de abril de 1892, recibió la tonsura y las cuatro órdenes menores. Mas no eran éstos los consejos de Dios, al menos no eran así, con esa carga ministerial de clérigo secular.

Ya de joven había sentido profunda inclinación por los consejos evangélicos, y muy concretamente por entregarse de men-

te y corazón, tan pronto como le fuera posible, a la saludable vida misionera, para salvar así muchas almas. Ello precisamente le había persuadido sobre la necesidad de ponerse en contacto con los padres de la congregación del Santísimo Redentor en *Dürrnberg,* confines de Austria y Baviera. A fin de mejor descubrir la voluntad divina, resolvió entregarse de lleno a un riguroso programa de oración. Poco le costó adivinar que el Señor lo quería para vivir cuanto antes la vocación religiosa. Así que, sin más dilaciones, a raíz de una visita a los Redentoristas, se reafirmó en la necesidad de materializar cuanto antes aquel deseo. Aspiración que acabará en el sometimiento y la generosa entrega de la *missio ad gentes.* De 1891 a 1892, con la lectura de un libro y sus anotaciones en los márgenes, se revela período corto, es verdad, pero decisivo en la madurez de aquel anhelo bifronte, a saber: religioso y misionero.

El 21 de septiembre de 1892 se alista en una excursión, acaso fuera más propio escribir peregrinación, y va a postrarse humildemente a los pies de la célebre imagen de la Virgen Milagrosa de Altotting, la ciudad alemana del reino de Baviera, en el Morren, no lejos del ferrocarril de Muhldorf-Burghausen. Altotting es tradicionalmente centro de peregrinación al que los católicos romanos, sobremanera de Austria, Baviera y Alemania en general, acuden masivamente a postrarse ante la celebrada imagen de la Virgen María en la capilla santa, llena de exvotos y corazones de algunos príncipes bávaros en ataúdes de plata. Gaspar siente dentro de sí una voz que le dice: «Vete a Gars, junto al río Inn, con los Redentoristas». Ni corto ni perezoso, allí se dirige y allí entra esa misma tarde en el noviciado redentorista de Gars (Alemania). La Congregación del Santísimo Redentor había sido fundada allá en el lejano 1732, en Scala (Costa de Marfil) por San Alfonso y sus compañeros y luego, como una segunda vez según ciertos historiadores en 1749, cuando Benedicto XIV aprueba el Instituto y sus Reglas, aceptadas por los congregados.

El permiso para dar este importante paso adelante lo obtiene, podríamos decir, sin dificultad, casi inmediatamente de su madre y del arzobispo, no así del padre, quien ofrece dura resistencia, tan dura que se hace cada día que pasa más firme y perti-

naz. Gaspar, desde luego, ni podía dejar de obedecer a Dios ni quería tampoco abandonar así, por las buenas, a sus padres. Pero acabó imponiéndose el Evangelio. A pesar de la oposición del padre, pues, entra según queda ya dicho en el noviciado redentorista de Gars el 6 de octubre de 1892. A sus amigos de Frisinga les explica por qué no puede volver, pero manda para todos un cordial saludo:

> «Toda hora en el convento es de máxima importancia y a Dios agrada la obediencia pronta y presente; por lo cual (el Señor) reprendió a quien quiso antes sepultar a su padre que seguirle a él».

Y luego se detiene en explicar a sus padres la ceremonia y en darles noticias de su vestición religiosa. ¡El santo hábito!, «hábito, dice, de gracia, de gloria, pero también de penitencia».

Cumplido el año del noviciado resplandeciente de virtud y fervor, emite los votos el 16 de octubre de 1893. El informe de los superiores inmediatos al Superior General no podía ser mejor. Poco a poco se fue preparando para la recepción de las órdenes mayores, conferidas en Ratisbona por este orden: subdiaconado, el 28 de diciembre de 1893; diaconado, el día 21 de septiembre del año 1894; presbiterado, el día 16 de junio del año 1895. Inició con verdadero júbilo el desempeño de su ministerio sacerdotal, que habría de durar sólo cuatro años, ejercido sobre todo intramuros de las escuelas de los pequeños misioneros, primero en la de Dürrnberg, y a partir de septiembre de 1889 en Gars, cerca de Múnich.

El 16 de junio de 1895 se ordenó sacerdote en Ratisbona: «Soy sacerdote por la misericordia de Dios», dirá. El 24 de junio celebra su primera misa en su pueblo natal. Había abrazado la vida religiosa en la congregación del Santísimo Redentor para ser misionero, sí, y para trabajar en la recién iniciada misión en Brasil, pero lo cierto es que su destino fue a la formación de futuros misioneros, como vicedirector del pequeño seminario de Dürrnberg, en las cercanías de Hallein. La madurez y buena disposición de ánimo de Gaspar hicieron el resto: se entregó completamente a lo que se le había encomendado.

Hijo de obediencia y practicante del voto de obediencia, cada semana, durante 28 horas, daba clase sobre diversas materias, lo que no le impedía estar siempre dispuesto y disponible

para la juventud. Ayudaba los domingos en las iglesias de los pueblos vecinos, sobre todo predicando. Actividad, como se ve, remecida, colmada, prieta, de bien cumplido programa, lo que no impedía el que cualquiera que lo intentase, y a cada momento, pudiera encontrarse en el dinámico Gaspar al religioso cabal, al formador celoso, a la persona incondicionalmente pronta en echar una mano y ayudar a los demás en sus necesidades, sobre todo a los estudiantes, los cuales veían en él más al amigo que al superior. Jamás se comportó con dureza, pese a lo riguroso del reglamento de formación entonces al uso, y si alguna vez creía haber podido ofender a alguien, se excusaba al punto con humildad.

Profundamente devoto del Señor en la Eucaristía, su invitación en los sermones a la gente pasaba siempre por acudir al Santísimo Sacramento en momentos de duda y necesidad. Animaba a ir a Cristo para adorarlo y para hablar con él como con un amigo. Su invariable recomendación era que se imponía tomar muy en serio la vida cristiana, crecer en la fe a base de oración y continua conversión. Era el suyo un estilo directo y convincente, sin amenazas de castigo, muy diverso del que acostumbraban los predicadores de la época. Los redentoristas abrieron en 1899 un nuevo seminario en Gars, cuya dirección encomendaron al P. Gaspar Stanggassinger. Tenía entonces nuestro religioso 28 años. Todo parecía enderezado por el buen camino, todo con horizontes esperanzadores y porvenir halagüeño, todo presagiando larga vida por delante y, sin embargo, sus días, que para todos están siempre contados, en su caso estaban tocando a su fin. Sólo tuvo el tiempo justo de predicar un retiro a los estudiantes y de participar en la apertura del año escolar. El día 22 de septiembre, de hecho, a los 28 años, dando unos ejercicios espirituales a los jóvenes, se siente de pronto cansado y sin fuerzas. Los médicos diagnostican apendicitis, que luego resulta ser peritonitis, la cual acaba con su vida a las 3 horas 45 minutos del 26 de septiembre de 1899, justo en Gars am Inn (Baviera).

Sencillo testimonio el suyo de una vida consagrada a Dios irradiando santidad desde la sencillez del quehacer cotidiano mediante generosa entrega a la obediencia en el amor. Divina

raíz de santidad la suya y sarmiento siempre unido a la cepa de Cristo. Su vida fue un canto de fe desde su experiencia de misericordia y de gracia del Señor. De ahí su total convicción en el poder sobrenatural de la gracia, en la fuerza del Espíritu Santo, fuente de su amabilidad, bondad y disponibilidad. La fama de santidad empezó a propagarse incontenible a raíz de la muerte hasta alcanzar muy pronto la curia arzobispal de Múnich, donde fueron instruidos los procesos ordinarios por los años 1935-36. La causa de canonización propiamente dicha empieza en 1935 con el traslado de sus restos a la capilla lateral de la iglesia de Gars.

A los procesos ordinarios siguieron el de los escritos, instruido en Múnich en 1937, y el rogatorial de Brasil. Todos ellos pasaron luego a la Sagrada Congregación de Ritos. El día 24 de julio de 1942 salió el decreto sobre los escritos. Llegaron después la *Positio* el 27 de abril de 1960 y el 29 de enero de 1962 el decreto de *non cultu*. Mientras tanto, fue abierto en Múnich, años 1961-64, el Proceso apostólico sobre las virtudes del Siervo de Dios. Posteriormente, ya en Roma, una vez elaborada la *Positio* sobre las virtudes, los teólogos consultores, moderando el Promotor de la Fe, aprobaron el 9 de julio de 1985 las virtudes heroicas. La misma sentencia dictaron en sesión plenaria habida el 8 de enero de 1986 los reverendísimos señores cardenales y obispos, siendo ponente o relator de la causa el cardenal Joseph Ratzinger. El papa Juan Pablo II dispuso el 16 de enero de 1986 que se hiciera público el decreto de virtudes.

En 1961 se había instruido en Múnich el proceso acerca del milagro atribuido en 1935 al Siervo de Dios. Tras el dictamen de los médicos y teólogos, Juan Pablo II dispuso por decreto del 12 de diciembre de 1987 que el rito de la beatificación fuera el 24 de abril de 1988, año mariano, como así fue. Su memoria se fijó para el 26 de septiembre. Hacer de su vida toda una humilde y alegre oblación al Padre por medio de Jesucristo su Hijo y en el Espíritu Santo, tratando de prolongar con ello la Redención de Cristo, he ahí el permanente propósito del Beato Gaspar Stanggassinger. Canta y provoca y convoca y aboca su mensaje a las incontenibles ansias de ser santos desde la propia vida mediante el seguimiento de Jesús, con humildad y generoso

amor. Ser santo, para él, no era sino «tener una intuición especial y sobre todo tener como importante las verdades eternas y sencillas de siempre: Encarnación, Redención y Santísima Eucaristía».

«Con una vida realmente evangélica, con mucha paciencia, con longanimidad, con suavidad, con caridad sincera» (AG 24), el venerable Siervo de Dios Gaspar Stanggassinger conformó en todo su voluntad a la de Dios por el bien de los hombres. Llevó hasta el fin con envidiable fervor la imitación de Cristo. Algunos años antes había escrito en su diario: «Puedo, quiero, debo hacerme santo». Con qué gozo no hubiera hecho suyo nuestro Beato, de haberlo conocido, este luminoso pensamiento del Concilio Vaticano II: «Entréguense (los fieles) con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Así, la santidad del Pueblo de Dios producirá abundantes frutos, como brillantemente lo demuestra la historia de la Iglesia con la vida de tantos santos» (LG 40).

PEDRO LANGA, OSA

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, «Decretum Canonizationis Servi Dei Gasparis Stanggassinger, Sacerdotis professi Congregationis SS. Redemptoris (1871-1899). *Super dubio* [16.1.1986: P. CARD. PALAZZINI, Praefectus]»: *AAS* 78 (1986) 473-478.

JUAN PABLO II, «Litterae apostolicae. I. Venerabilis Servo Dei Gaspari Stanggassinger Beatorum honores decernuntur [24.4.1988: A. CARD. CASAROLI, a publicis Ecclesiae negotiis]»: *AAS* 81 (1989) 1087-1089.

Kaspar Stanggassinger (1871-1899) in Selbstzeugnissen und im Urteil seiner Zeitgenossen (Bibliotheca Historica Congregationis SSmi. Redemptoris, vol. 16; Roma 1995).

Martyrologium romanum, o.c., 508, n.9*; 698.

MEIER, A., *P. Kaspar Stanggassinger, ein würdiger Sohn des heiligen Alfons M. von Liguori* (Mühldorf 1902; Cham ²1908).

Positio super causae introductione (Roma 1959).

Positio super virtutibus (Roma 1978).

TATARELLI, F., *Un canto sulle Alpi. Vita del servo di Dio P. Gaspare Stanggassinger, redentorista* (Roma 1963).

WEIß, O., «Stanggassinger, Kaspar», en F. W. BAUTZ (ed.), *Biographisch-bibliographisches Kirchenlexikon.* X: *Shelkov, Vladimir Andreyevich bis Sheldon, Charles Monroe* (Herzberg 1995) 1160-1161 (abundante bibliografía).

www.redentoristas.org.ar

BEATO LUIS TEZZA

Presbítero y fundador († 1923)

Jesús el Señor se acercó lleno de misericordia a los enfermos, y este acercamiento compasivo es una de sus notas características. El evangelio nos narra con cuánto amor y finura de alma el divino Maestro se dejaba buscar por los enfermos, los buscaba y a veces también, sin que se lo pidieran, él los curaba llevado de su caridad. Y no solamente curaba sus cuerpos sino que perdonaba también sus pecados y mostraba su atención a la situación de sus almas. El evangelista San Mateo nos dice que al actuar así, se cumplió en Jesús la profecía de Isaías que dice: «Él tomó nuestras flaquezas y llevó sobre sí nuestras enfermedades» (Mt 8,17). Los santos, en seguimiento de Jesús, se han mostrado siempre sensibles a la enfermedad, y a algunos les concedió el Señor el carisma de sentir la misericordia con los enfermos de manera particular y su carisma se ha proyectado en una comunidad religiosa que viviendo de ese espíritu continúa en el tiempo la obra misericordiosa de Cristo. Tal es el caso de San Camilo de Lelis, a quien el Señor llamó a seguirle por esa senda de atención integral al enfermo, y que dio vida a una nueva Orden religiosa para que practicara con toda diligencia la caridad del Señor Jesús.

En el seno de esa benemérita orden religiosa se santificó nuestro Beato Luis Tezza, y como muestra de la fecundidad espiritual de la Orden, a través de él el Señor creó una nueva congregación religiosa, esta vez femenina, que viviera en el espíritu de San Camilo la caridad de Nuestro Señor Jesucristo.

Luis nació en la población de Conegliano, Treviso, en Italia, el 1 de noviembre de 1841. Su padre era el médico Augusto Tezza y su madre era Caterina Nedwiedt. En 1843 su familia se trasladó a Dolo, Venecia, donde su padre ejerció su profesión médica hasta su muerte en 1850. Luis recibió de sus padres una buena educación cristiana. Cuando su padre murió, su madre se trasladó con Luis a Padua, donde el chico continuó sus estudios. Y sucedió que tanto el hijo como la madre sentían el atractivo de la vida religiosa. Luis lo pensó bien, y su madre igualmente. Y estaba él tan seguro de su vocación, y ella igualmente tan segura de la vocación de su hijo, que, cuando éste decide in-

gresar en la Orden de los Ministros de los Enfermos o camilos, la madre igualmente optó por la vida religiosa, y así, tras entrar Luis en el noviciado (8 de diciembre de 1856), ella ingresa en el Monasterio de la Visitación, de Padua. En él profesaría con el nombre de sor Francisca Camila y viviría hasta el 28 de agosto de 1880.

Luis ingresa en el noviciado de los camilos con ánimo de ser un verdadero religioso. Lo fue desde el principio. Dio pruebas de ello durante su noviciado y fue admitido a la profesión de los votos religiosos, que emitió el 8 de diciembre de 1858. Seguidamente se le manda prepararse al sacerdocio haciendo los oportunos estudios, durante los cuales mostró su decidida voluntad de vivir con intensidad la vida religiosa y de ser en el futuro un sacerdote entregado a su ministerio precisamente en la atención a los enfermos. Preparado en letras y en virtud llega al sacerdocio, que recibe el 21 de mayo de 1864.

Durante cuatro años estuvo dedicado a la formación y dirección de los religiosos jóvenes, donde ya mostró sus excelentes cualidades como formador. Seguidamente tiene lugar su adhesión al proyecto misionero de San Daniel Comboni († 1881), el cual organizaba a favor de África y su evangelización un proyecto misionero en el que se integraban también sacerdotes religiosos. Luis sentía un gran afán misionero y veía en el proyecto de Comboni una forma excelente de realizarse como sacerdote. Pero los superiores consideraron que Luis se debía a los fines de su Orden y le retiraron la licencia para seguir en el proyecto de Comboni. Luis obedeció y se puso enteramente a sus órdenes. Entonces se le manda a Roma como vicemaestro de novicios, dispensándole la edad. Y, aprovechando sus citadas magníficas cualidades como formador de los jóvenes, en agosto de 1871 se le envía a Francia. Aquí tenía que colaborar en la puesta en marcha de la nueva provincia de la Orden creada en este país, y el cargo que se le da es justamente el de maestro de novicios de esa nueva provincia camila. Se entregó a su labor por completo, superando todas las dificultades, y con su celo y empeño fomentó la vida común y el ministerio específico de los camilos: la asistencia corporal y espiritual de los enfermos.

En Francia estaría abiertamente hasta 1880, cuando, suprimidas las Órdenes religiosas, Luis es expulsado del país como

extranjero, y se vio obligado a volver a Italia. Pero consideró necesario pasar a la clandestinidad y regresó a Francia. Habían pasado solamente unos meses desde la expulsión. Pudo reunir a algunos religiosos dispersos y reemprender la marcha de la provincia francesa. La joven provincia resistió la represión y se pusieron las bases para su ulterior desarrollo. En 1881 fue nombrado por segunda vez viceprovincial y en 1885 provincial. En 1882 publicó su libro *Règles et prières communes des religieux de St. Camille* (Lille 1882). Durante su provincialato creció su crédito. Todos conocían su intensa vida interior, su caridad, celo apostólico y demás virtudes. Y por ello, cuando se concluyeron los cuatro años de provincial, la Orden decidió emplearlo en un puesto de mayor ámbito.

En efecto, en 1889 fue elegido primer consultor general, procurador y vicario general de su Orden. Llevó adelante su cargo con tanta competencia y tanto celo que en 1895 fue reelegido consultor general. Pasados los tres años de este nuevo mandato, fue enviado a Francia otra vez, ahora como superior de la casa de Lille, casa que por cierto había sido fundada por él. Aquí desarrolló su labor al tiempo que colaboraba con Camilo Feron Vrau († 1908) en la obra a favor de los trabajadores cristianos.

Antes de que hablemos de su obra en Hispanoamérica debemos decir que en 1892 había podido dar vida a un proyecto que llevaba de tiempo en su corazón. En la asistencia a los enfermos comprobó la utilidad de que al lado de los religiosos camilos hubiera religiosas del mismo carisma, cuyas tareas se complementarían mutuamente. Este pensamiento lo tenía de mucho tiempo y buscaba una oportunidad para poder realizarlo. La oportunidad se ofreció cuando conoció a la hoy Beata Josefina Judit Vannini. Ésta había nacido en Roma en 1859 y al quedar huérfana se había criado en el Conservatorio Torlonia, y en 1884 había entrado en el noviciado de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, pero por razones de salud hubo de dejar el noviciado. Quedó a la espera de lo que Dios quisiera de ella y en diciembre de 1891 conoce al P. Tezza. La oportunidad fue el acudir a unos ejercicios espirituales que el P. Tezza daba en la iglesia de las Hermanas de Nuestra Señora del Cenáculo.

Ella se acercó a abrir su alma al sacerdote y éste enseguida vio en ella el alma destinada por Dios a fundar con él la congregación de religiosas de su mismo carisma que anhelaba. Se lo propuso el sacerdote claramente y Judit aceptó. El 15 de enero de 1892 en unión con otras dos jóvenes Judit comunicó al P. Tezza que aceptaba ser la primera novicia de la proyectada congregación. El 2 de febrero de 1892 tenía lugar el acto fundacional de la futura congregación que se llamaría de Hijas de San Camilo, totalmente en la senda espiritual de este gran santo. El superior general de la Orden, P. Mattis, en la casa generalicia, teniendo a su lado al P. Tezza, dio el escapulario con la cruz roja de las terciarias camilas a las tres postulantes, afiliándolas a la Orden de los Ministros de los Enfermos. Un mes después, Judit, con el nuevo nombre de sor María Josefina, vistió el hábito de las hijas de San Camilo. En septiembre de ese año eran ya nueve las nuevas religiosas. El 19 de marzo de 1893 sor María Josefina pronunciaba los votos privados y se la nombraba superiora. Y ese mismo año se dieron a la imprenta las *Reglas y Constituciones de las Hijas de San Camilo.* El 24 de enero de 1894 el cardenal vicario de Roma aprobaba la fundación con el rango de Pío Conservatorio y el 8 de diciembre de aquel año sor María Josefina emitía su profesión religiosa perpetua. Antes de marchar a América, el P. Luis pudo ver la expansión del Instituto, pues se fundaron las casas de Cremona (1893), Mesagne (1894), Grottaferrata (1896) y Caprarola (1899). También antes de su muerte pudo ver el P. Luis la aprobación de las Reglas y la elevación del Pío Conservatorio a congregación religiosa de derecho diocesano por el cardenal vicario de Roma Pietro Respighi († 1913). También conocería el P. Luis la muerte de su fiel colaboradora, sor María Josefina, el 22 de febrero de 1911. Pero para entonces el P. Luis llevaba ya años en América.

El motivo de su ida en 1900 a Lima fue la necesidad que sentía la Orden de entroncar de nuevo con su centro natural la casa de los religiosos camilos de Lima que, por las dificultades de los tiempos, llevaba más de un siglo apartada de la comunión disciplinar con la casa central. Corría peligro de cerrarse. Había que salvarla reinsertándola en la Orden. El P. Luis obedeció al encargo y con el P. Angelo Ferroni († 1929) fue enviado, llevan-

do ambos el cargo de visitadores. Llegado a Lima, el P. Luis se puso en contacto con el arzobispo, el cual lo consideró un sacerdote ejemplar y enviado por la Providencia no sólo para salvar la casa de los camilos sino para hacer un bien enorme en la ciudad. El P. Luis había ido para una breve temporada, pero requerido por la autoridad diocesana, estimó conveniente escuchar su ruego, y su Orden pensó lo mismo. Así es que permaneció en Lima. Devolvió la casa de los camilos a la disciplina regular. Y sintiéndose hijo de San Camilo emprendió un activo apostolado: visitaba las casas de los enfermos, particularmente de los pobres, y los servía igualmente en los hospitales, a donde acudía para brindar sus servicios como sacerdote, consolando, animando, sirviendo. Igualmente se hizo presente en las cárceles como enviado del Señor a consolar a los presos en su triste situación. Confesor magnífico y director de conciencias sabio, fue llamado a serlo del seminario diocesano y de numerosas comunidades de religiosas. El nuncio apostólico lo requería como consejero y consultor apreciadísimo. Y todo su trabajo era tan inteligente, tan discreto, tan lleno de prudencia y de amor que a todos encantaba y se granjeaba el amor de todos. Ayudó a la sierva de Dios Teresa de la Cruz Candamo Álvarez Calderón († 1953) a la fundación de su congregación de las Canonesas de la Cruz.

A su muerte se dijo de él:

> «Fue querido como padre y venerado como santo. Él ya no vive entre nosotros pero desde su tumba nos hace oír sus enseñanzas. Su figura y su presencia eran la de un ángel. Su palabra era siempre la de un ministro del evangelio. Su corazón era depósito de nobilísimos sentimientos. Su amistad fue cadena de oro que unió sin violencia a miles de corazones y su misión fue siempre salvadora. Pasó en medio de nosotros como una visión celestial, siempre bondadoso y humilde, siempre cariñoso y caritativo. La fe era el principio de sus obras y la bondad le servía como manto y diadema».

El Señor lo llamó a sí en Lima el 26 de septiembre de 1923. Su beatificación tuvo lugar en Roma el 4 de noviembre de 2001.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 94 (2002) 324-326.
Bibliotheca sanctorum. Appendice prima (Roma 1987) cols.1368-1369.
«Cappella Papale presieduta dal Santo Padre Giovanni Paolo II per la beatificazione dei servi di Dio (...) Luigi Tezza, presbitero, dell'Ordine dei Chierici Regolari Ministri degli Infermi, fondatore delle Figlie di San Camillo. Piazza di San Pietro, 4 novembre 2001. XXXI Domenica del tempo per anno».
L'Osservatore Romano (ed. en español) (2-11-2001) 22-23.
PÉREZ, I., *El P. Luis Tezza* (Buenos Aires 1947).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EUSEBIO DE BOLONIA
Obispo († s. IV)

Este santo fue obispo de Bolonia parece que entre 370 y 390. Estuvo unido en firme amistad con San Ambrosio de Milán y con él mantuvo íntegra la fe frente al arrianismo. Participó el año 381 en el concilio de Aquileya, en el que condenó con toda energía el arrianismo y concretamente a los herejes Paladio y Secundino, siendo la suya la tercera firma de las actas de aquel sínodo. Guió con sabiduría la iglesia local boloñesa y fomentó la consagración de las vírgenes al Señor, de las que tenía en Bolonia un nutrido plantel que atendía solícitamente. No tuvo culto en la antigüedad pero se le daba ya en el siglo XVI, y por eso Baronio lo incluyó en el *Martirologio romano.*

BEATA LUCÍA DE CALTAGIRONE
Virgen († 1400)

Nace en Caltagirone (Italia) el año 1364 en el seno de una familia acomodada que le brindó una cristiana educación. En su casa aprendió la intensa piedad con Dios y la misericordia con los pobres. Se dice que de niña cayó de un árbol y que una aparición de San Nicolás de Bari la libró de cualquier daño. A los trece años conoce a una terciaria franciscana que vestía el hábito y que la impactó, yéndose con ella secretamente a Salerno. Vive con ella, se deja guiar por su buen espíritu, toma también el hábito de terciaria franciscana, y cuando aquella buena mujer

fallece, Lucía toma la resolución de ingresar en la vida religiosa en el Monasterio de Santa María Magdalena, de la Tercera Orden Regular de San Francisco. Aquí vivió con radicalidad la consagración religiosa al Señor, dando ejemplo a sus hermanas religiosas de todas las virtudes y recibiendo del Señor dones sobrenaturales que atrajeron la mirada de muchas personas seglares sobre ella que acudían al locutorio a tratar con la humilde religiosa para aprovecharse de sus consejos, logrando ella convertir a numerosos pecadores. En sus últimos años sufrió una enfermedad que la hacía padecer mucho, entregándose ella con admirable paciencia a la voluntad de Dios y edificando a todos con su mortificación y vida interior. Murió el 26 de septiembre de 1400. El papa León X aprobó su culto el 30 de junio de 1514.

SAN SEBASTIÁN NAM I-GWAN, IGNACIO KIM CHE-JUN, CARLOS CHO SHIN-CHOL, COLUMBA KIM HYO-IM, MAGDALENA PAK PONG-SON, PERPETUA HONG KUM-JU, JULITA KIM, ÁGUEDA CHON KYONG-HYOB Y MAGDALENA HO HYE-IM

Mártires († 1839)

En la llamada Pequeña Puerta del Oeste, de la ciudad de Seúl, el día 26 de septiembre de 1839 fueron decapitados por su valiente y pertinaz confesión de fe cristiana diez cristianos coreanos, todos ellos seglares, los cuales se negaron firmemente a renegar de su fe con tal de salvar la vida, la que ofrecieron por Cristo y su evangelio. Igualmente celebra en este día la Iglesia la memoria de otras tres cristianas, las cuales fueron ciertamente martirizadas en el mes de septiembre de 1839 pero se ignora el día exacto. Éstos son sus datos:

SEBASTIÁN NAM I-GWAN nació el año 1780 en la población de Chungju, provincia de Chungchong, en el seno de una respetable familia de larga tradición. A los diez años perdió a su madre y se fue a vivir con un tío suyo a Taegam. Era un estudiante brillante y aplicado. Estando en casa de su tío oyó hablar por primera vez del cristianismo y comenzó a adherirse a él de corazón. Pasada la persecución surgida aquel año se fue con su pa-

dre a la capital y estudió literatura. Su padre le inculcó entonces la fe cristiana. A los 18 años contrajo matrimonio con la futura mártir Santa Bárbara Cho Cung-i, de 16 años de edad. El matrimonio fue muy bien avenido y muy feliz. Se les murió el primer hijo pero ellos se entregaron a la voluntad de Dios. Llegada la persecución de 1801 vio cómo su padre y hermano y su suegro eran martirizados y cómo su otro hermano era desterrado. Él con su esposa y su tía se marchó a Yanggun, donde fue arrestado y enviado al destierro a Tansong, en las montañas. Aquí debía estar incomunicado de su esposa. Llevó una vida dura y hubo de soportar las burlas de la gente. No había por allí ningún otro católico y sus mismas oraciones diarias tenía que hacerlas muy en secreto. Su fortaleza moral se debilitó. Se unió a una mujer y tuvo hijos de ella. Pero no por ello olvidaba a su esposa. Estuvo en el destierro treinta años. Enfermó muy gravemente y entonces se volvió a Dios. Buscó a un católico que supo había por allí y le pidió el bautismo en caso de peligro de muerte. Pero su salud mejoró. Por fin en 1832 le fue levantado el destierro y volvió a la capital. Aquí se reunió con su esposa que había vivido pobremente con su abuelo y su hermano, ganándose la vida con las horas de trabajo que echaba para otras familias. Estaba en continuo contacto con la comunidad cristiana, lo que le servía de mucho consuelo. Al encontrarse ambos esposos, no pudieron menos que derramar emocionadas lágrimas y decidir reemprender la vida juntos, sumándose a las actividades y esfuerzos de la comunidad católica. Al llegar el sacerdote chino Yu Pang-che, él fue uno de los que acudieron a recibirle y lo alojó con ellos. Como Sebastián había sido bautizado en peligro de muerte, el P. Yu suplió las demás ceremonias y le dio, tal como estaba autorizado, el sacramento de la confirmación y la eucaristía. Vuelto a China el P. Yu en 1836, Sebastián y su esposa acogieron a la hija que Sebastián había tenido en el destierro. Aceptó el encargo de visitar a los católicos de la región y animarlos a perseverar en la fe. Tenía reuniones de oración en la casa con otros fieles. Acogía igualmente en ella a católicos que venían a la ciudad. Llegada la persecución de 1839, Sebastián se marchó a Inchon. Su casa fue registrada, se le encontraron muchos objetos religiosos y se llegó a la conclusión de que Sebastián era un destacado católico. Reconocido en

Inchon por un traidor, fue arrestado y devuelto a la capital el 10 de agosto de aquel año y entregado al Ministerio de Justicia. Al día siguiente compareció ante el tribunal él y otros cristianos. Interrogado, reconoció su conversión al catolicismo cuando joven, su falta moral durante el destierro y su vuelta a la fe y la práctica cristianas cuando le fue levantado. Al día siguiente fue otra vez interrogado. Su constancia y lógica resplandeció en sus respuestas. Finalmente el 15 de agosto fue condenado a muerte.

IGNACIO KIM CHE-JUN nació en Myonchon, provincia de Chungchong, el año 1796. Aprendió la doctrina cristiana de un tío suyo, y fue bautizado con el nombre de Ignacio. Llegado a la juventud contrajo matrimonio con Úrsula Ko, y ambos fueron los padres de San Andrés Kim Taegón. Ignacio era catequista de la comunidad cristiana. En 1836, cuando llegó el padre Maubant, Ignacio dio su licencia para que su hijo marchara al extranjero a prepararse para sacerdote. Estando su hijo fuera del país, llegó la persecución de 1839. Ignacio fue arrestado, sometido a juicio y condenado a muerte como cristiano.

CARLOS CHO SHIN-CHOL nació el año 1795 en Hoeyang, provincia de Kangwon. Perdió a su madre a los 5 años pero él tenía la costumbre de recordarla cada día. Era un joven inteligente y maduro, que sufría por la adicción de su padre al alcohol, pero era muy respetuoso con él. Aunque no pudo ir a la escuela, procuró que algunas amistades le enseñasen a leer y escribir. Recogía setas en el monte para hacerse con algún dinero y contribuir así al sostenimiento de la casa. Un día en un camino se encontró con un monje que le invitó a ingresar en el monasterio. Él lo pensó mucho y decidió que se iría un tiempo al monasterio. Vivió aquí la vida de los monjes, trabajando de día y estudiando de noche. Así aprendió chino. Pero cuando llevaba ya unos años en el monasterio decidió volver al mundo. Se casó y trabajó en una granja. Luego se marchó a la capital, donde empezó una nueva vida y no rehusó ningún trabajo duro. Finalmente se colocó en el manejo de los caballos para las embajadas reales a Pekín de cada invierno. Pronto llegó a acompañar de manera regular la delegación anual. En este trabajo encontraría a San Pablo Chong Ha-sang y San Agustín Yu Chin-kil y por medio de ellos llegó a la fe. En Pekín recibió el bautismo y la confirmación y asimismo la eucaristía. Seguidamente él empezó

a querer transmitir su fe a su familia. Pudo convertir a su esposa, a la que perdió poco después. Cada día profundizó más su fe y se hizo persona de intensa oración. Él amplió su apostolado a sus conocidos, logrando atraer algunos a Cristo. Y entonces contrajo matrimonio con Bárbara Choe Yong-i, hija de mártires, llevada a la fe por ellos. Fueron un matrimonio feliz y bien avenido. De Pekín él traía numerosos libros religiosos y objetos sagrados que él repartía entre los cristianos, al tiempo que aprendía la lengua china en la que hizo progresos. Colaboró en la entrada del padre Maubant en el país y en su acomodo. Hizo cuanto pudo por la expansión de la Iglesia y la solución de sus problemas. A su vuelta de Pekín en la primavera de 1839 soñó que Jesús desde el monte de la Transfiguración le anunciaba la gracia del martirio. Al llegar a la capital se enteró de que había estallado una nueva persecución. Le contó el sueño a su esposa y ambos se decidieron a ser fieles a Cristo hasta la muerte, no obstante tener un hijo de dos años. Ellos no dudaron en continuar su trabajo apostólico. El 24 de mayo presenció un martirio y dejó de él una descripción escrita. No mucho después fueron arrestados su mujer y su hijo y otros familiares suyos refugiados en su casa. Cuando él vuelve a casa y se entera, corrió inmediatamente a la cárcel y se presentó a los guardias. Fue arrestado y torturado, preguntándosele por los libros y objetos religiosos traídos por él de China. No delató a los otros creyentes ni a los misioneros. Quedó muy malparado de las torturas. Se le condenó finalmente a muerte.

COLUMBA KIM HYO-IM nació en Bamsom, Seúl, el año 1814, y tuvo como hermana a Santa Inés Kim Hyo-ju. Su madre y todos sus hermanos recibieron el bautismo. Su padre en cambio no quería ni oír mentar el cristianismo. A poco de recibir el bautismo ella se consagró al Señor, prometiéndole guardar su virginidad y dedicándose a una vida intensa de piedad y caridad. Se fue a vivir con su hermano Antonio, que se había casado y vivía en Yongmori, Koyang, provincia de Kyonggi. Ella allí continuó su vida piadosa y tomó a su cargo la atención a los pobres, lo que hacía con mucha caridad. Llegada la persecución de 1839, su hermano Antonio fue denunciado como cristiano. No estando él en la casa, vinieron los soldados en

busca de cristianos. Columba trepó a una pared, pasó a casa de un vecino y se ocultó en una pila de leña. Los soldados arrestaron a su hermana Santa Inés y registraron también la casa en que estaba Columba y la arrestaron igualmente. Fue llevada a la capital con su hermana. Interrogadas, ambas confesaron la fe y explicaron por qué se negaban a realizar los sacrificios paganos. Se negaron firmemente a delatar a los demás católicos. Seguidamente ambas fueron atormentadas repetidamente, alternándose las amenazas de muerte y las ofertas de vida si apostataban. Se les escapaba alguna invocación a Jesús y María pero por lo demás las mártires oraban en silencio mientras eran maltratadas. A fuego les grabaron en la espalda la palabra «endemoniada» sin que ellas se quejaran. Fueron luego dejadas en la cárcel y al poco tiempo de nuevo llevadas a un interrogatorio. Se les preguntó por qué siendo adultas estaban solteras y ellas dieron razón de su voto de virginidad. Les dieron el terrible tormento llamado baile de la grulla. Como ellas perseveraron en la fe, decidieron atentar a su virginidad pero el Señor permitió que los destinados a hacerlo no lo osasen. Por fin el día 12 de mayo comparecieron ante el tribunal, donde volvieron a confesar la fe. Columba le advirtió al juez que si a tenor de la ley había que condenarla a muerte, que lo hiciera, pero que mandar ofender su virginidad no estaba contemplado en las leyes. El juez asintió y mandó que se investigara quién había querido atacar su castidad. Y en efecto los responsables fueron castigados con el destierro. Volvieron las torturas pero ambas se mantuvieron firmes. Dejadas varios meses en la cárcel, ambas estuvieron enfermas varias veces y curaron de manera admirable. Columba fue por fin llevada al martirio el día 26 de septiembre, cuando ya había alcanzado esta palma su hermana.

MAGDALENA PAK PONG-SON nació en Seúl en 1796 en el seno de una familia no católica, y a los 15 años contrajo matrimonio con un joven igualmente no cristiano. Ambos tuvieron dos hijos, y a poco de nacer el segundo murió el joven esposo y al poco también sus suegros, por lo que ella decidió volver a casa de su padre en Seúl. Aquí halló a su madrastra, Cecilia Kim, que era una católica fervorosa y que la atrajo a la fe cristiana, que caló hondo en su corazón. Se marchó a vivir a una casa

de un hermano de su madrastra en una zona humilde de la capital. Trabajaba en la limpieza de la casa y otras tareas modestas y procuraba vivir como una verdadera cristiana. Mostraba una gran amabilidad y caridad con todos. Cinco años antes de que empezara la persecución pudo recibir el bautismo. Supo que venían los soldados a arrestarla y no quiso huir. La hallaron rezando el rosario y pensando en la Pasión de Cristo. Era marzo de 1839. Fue interrogada por el magistrado, ante quien confesó la fe y se negó a apostatar. Fue torturada sin conseguirse de ella la apostasía. Llevada al Ministerio de Justicia se le volvió a ofrecer la libertad a cambio de la apostasía, pero ella rehusó. Detenida en la cárcel varios meses, por fin fue llevada al martirio el 26 de septiembre de aquel año.

PERPETUA HONG KUM-JU nace en Seúl el año 1804 en el seno de una familia cristiana. Pierde a sus padres en la niñez y queda a cargo de su abuela. A los 15 años contrae matrimonio con un joven no cristiano que no le impidió a ella vivir cristianamente. Perdió primero a su joven esposo y luego a su único hijo. El dolor la unió más al Señor y vivió desde entonces con mayor profundidad la vida de oración y de conducta cristiana. Se entregó a la ayuda y asistencia de los pobres y dijo a sus más íntimos lo mucho que deseaba el martirio. Llegada la persecución de 1839, ella se negó a esconderse o marcharse como la aconsejaban, y en abril fue arrestada. Llevada ante el magistrado, se negó a apostatar y a darle los nombres de los otros cristianos. Torturada, no exhaló una queja. Llevada a la cárcel, fue desnudada y apaleada y hecha objeto de burlas, pero ella conservó la serenidad acordándose de la Pasión del Señor. Llevada al Ministerio de Justicia, nuevamente se la torturó y al final se la condenó a muerte y se la llevó a la cárcel hasta que la sentencia fuera confirmada. Fue decapitada el 26 de septiembre.

JULITA KIM nace en las cercanías de Hanyang en 1784 en el seno de una familia católica. Cuando sus padres preparaban su matrimonio, se encontraron con que ella quería consagrarse al Señor, en señal de lo cual se cortó el cabello. En 1801, en plena persecución, ella entró como dama de la corte y estuvo dieciocho años en el palacio real, cumpliendo sus deberes pero sin ofender su fe, aunque tenía que presenciar los sacrificios paga-

nos. Finalmente dejó el servicio en el palacio real. Tomó una habitación en casa de unos católicos y se ganaba la vida con la costura. Pudo luego comprar una casa y vivir en ella la vida retirada que deseaba para estar lo más dedicada posible a la oración. Al estallar la persecución de 1839 ella permaneció en su casa a la espera de la voluntad de Dios y no quiso huir. En julio de ese año fue arrestada. Se negó a apostatar, sin que lo consiguieran las torturas a que fue sometida. Condenada a muerte, fue decapitada el 26 de septiembre.

ÁGUEDA CHON KYONG-HYOB nace en Seúl en 1790 en el seno de una familia no católica. Al morir su padre la recogió una dama de la corte y cuando llegó a la edad del matrimonio, ella prefirió quedar como dama de la corte, permaneciendo soltera. Por medio de una compañera llegó a conocimiento del cristianismo. Tenía algunas dudas pero las resolvió y decidió adherirse a Cristo. Y para no tener que participar en las ceremonias paganas de la corte, alegó estar enferma y dejó el palacio. Le esperaba una vida de pobreza, no teniendo tampoco buena salud, pero ella lo aceptó con tal de poder vivir libremente su fe. Oraba mucho tiempo, leía libros religiosos y no dudaba en atraer a sus amistades al cristianismo. Al llegar la persecución de 1839 fue arrestada. Interrogada por el magistrado, expuso su fe en el Dios verdadero. Pasó por otros varios interrogatorios en los que volvió a confesar sin titubeos su fe. Las amenazas no sirvieron para que renegara. Llevada al Ministerio de Justicia se le pidió que renunciara a su fe y delatara a los demás católicos, pero ella permaneció firme. Fue entonces torturada sin que se quebrantara su fortaleza, porque ella meditaba en la Pasión de Cristo cuando era atormentada. Su hermano, que había medrado hasta llegar a oficial por influencia de ella, le había insistido muchas veces que abandonara el cristianismo y una vez más acudió para que ella con su tenacidad no pusiera en peligro su propia situación social. Ella dijo sentirlo mucho pero que no podía abandonar su fe. Su hermano entonces le llevó pasteles envenenados para evitar que fuera condenada a muerte y públicamente deshonrada. Ella, sin saber que estaban envenenados, comió un trozo de uno de los pasteles y le dio inmediatamente tal fatiga que lo vomitó y no sufrió daño, dándose ella cuenta de

que estaba envenenado, y se negó a recibir en adelante ningún alimento de fuera. Su hermano se ganó entonces a los guardias para que la mataran a palos pero recibida la paliza no murió. Su hermano hizo lo que pudo para que al menos permaneciera indefinidamente en la cárcel. Pero el 26 de septiembre de aquel año fue sacada de la cárcel y decapitada.

MAGDALENA HO KYE-IM nació en 1773 en Yongin, provincia de Kyonggi, en una familia de labradores acomodados. Llegada a la juventud contrajo matrimonio con un joven de la familia Yi y fue su cuñada, la futura mártir Santa Teresa Yi Mae-im, que era católica, quien la atrajo a la fe cristiana. Su marido estaba disgustado con ella porque había tenido dos hijas pero ningún hijo. Y decidió adoptar un chico. Ella lo criaría y cuando contrajo matrimonio atraería a su esposa a la fe cristiana. Magdalena procuraba vivir su fe con toda intensidad, esquivando que su marido se enterara de sus prácticas religiosas. Y aprovechando la ausencia del marido, ella instruyó en la fe a sus dos hijas, las cuales se convirtieron y morirían igualmente mártires, Santa Bárbara Yi Chong-hui y Santa Magdalena Yi Chong-hui. Luego consideró que lo propio era decirle a su marido la verdad. Éste se fue de la casa lleno de cólera. Ella entonces se lo dijo a sus hijas y las animó a perseverar en medio de las dificultades. El marido volvió aún más colérico y la increpó a que no siguiera con sus prácticas cristianas o la mataría. Ella entonces le prometió no ir más a la iglesia. La cosa se serenó, pero ella no dejaba de pedir perdón al Señor por lo que había dicho y siguió con sus hijas practicando la fe. Su hija mayor, para evitar casarse con un pagano, se fingió enferma, y su hija menor, que se había consagrado al Señor, huyó a casa de su tía Teresa en la capital, haciendo parecer que la había matado una fiera en el bosque, pero meses más tarde mandó razón a su madre de que estaba a salvo. Ella entonces dejó su luto y comenzó a vivir normalmente, lo que hizo sospechar a su marido. Ella le confesó la verdad y el marido prometió no interferirse más en sus vidas. Ella pudo ir entonces a la capital a visitar a su hija. Su hija mayor quedó viuda y se fue a vivir con su hermana, que tenía ya casa propia en Haktari. Magdalena iba en Navidad y Pascua a la capital para recibir los sacramentos. En marzo de 1839 llegó la

persecución y las mujeres que vivían en la casa se animaron mutuamente a ser fieles al Señor hasta la muerte. Al saber que varios cristianos y sus familias habían sido arrestados y torturados, Magdalena y las otras cinco mujeres que estaban en la casa decidieron ofrecerse espontáneamente al martirio. Fueron a la casa de San Agustín Yi Kwang-hon, donde había soldados de guardia, y les dijeron que ellas eran cristianas, que las arrestaran. Los guardias de momento no las tomaron en serio pero cuando ellas les enseñaron sus rosarios las arrestaron. Interrogadas oficialmente al día siguiente, confesaron su fe. Volvieron los interrogatorios hasta que fueron llevadas al Ministerio de Justicia. Finalmente fueron condenadas a muerte. Magdalena lo supo el día antes de su muerte, fijada para el 26 de septiembre, y se lo mandó a decir a su hijastro que acudió a estar presente a la ejecución. Él tomaría el cuerpo de su madrastra y lo llevaría a la tumba familiar.

Las mártires cuya fecha exacta de martirio se ignora son éstas:

LUCÍA KIM nació en Seúl en 1769 y era jorobada de nacimiento. Católica desde sus años jóvenes, fue dada en matrimonio a un pagano, que no le permitió practicar la religión cristiana ni tratarse con católicos. Por este motivo ella terminaría separándose de su marido y entrando a trabajar en casa de una familia católica. Aunque carecía de cultura, era fina de alma y muy religiosa, y daba gran ejemplo con su conducta evangélica. Iba también a casa de otros católicos a hacer todo tipo de trabajos caseros, cuidar a los niños, atender a los enfermos, etc., siendo muy apreciada por todos. Logró atraer a algunas personas a la Iglesia. Arrestada en la persecución de 1839, confesó la fe valientemente, fue atormentada hasta el extremo de quedar baldada, de cuyas resultas, invocando a Jesús y María, murió en la prisión.

CATALINA YI nace en 1783 en Seúl en una familia católica campesina que, aunque de sentimientos cristianos, no pudo proporcionarle buenos conocimientos de la fe. Casada con un pagano, procuró ella infundir la fe cristiana a sus hijos y logró atraer a su marido a su religión, y tendría el consuelo de verle recibir el bautismo a la hora de la muerte. Muerto su esposo, si-

guió viviendo con la familia de éste, pero como era muy opuesta al cristianismo decidió dejarla y volver con su propia familia a fin de preservar la fe de sus hijos. Cuando su hija mayor Magdalena le manifestó su deseo de consagrarse a Dios en la virginidad, Catalina le hizo ver las dificultades sociales que ello entrañaba, pero al insistir la hija, le dio su licencia. Esta hija se fue a trabajar en varias casas pero cuando cumplió los cuarenta años volvió con Catalina. Cuando supo que venía la persecución, madre e hija se fueron a la capital sin tener medios de vida. El obispo Imbert supo su problema y pidió a los católicos les buscasen una casa para ellas, y fueron entonces a la casa de Bárbara Cho. Aquí estaban cuando, desatada ya la persecución, seis mujeres decidieron presentarse espontáneamente a los soldados. Catalina y su hija eran dos de ellas. Interrogada, confesó la fe, y fue apaleada hasta el extremo de quedar malherida. Devuelta a la cárcel, murió de resultas de los maltratos.

MAGDALENA CHO nace en Seúl en 1807, hija de la mártir anterior. Educada cristianamente por su madre, fue muy receptiva a la fe y a los sentimientos cristianos, y al llegar a la edad núbil, pidió a su madre con gran insistencia poder permanecer en el estado de la virginidad consagrada al Señor. Huyendo de las críticas de los vecinos, dejó su casa y se colocó como criada en varias casas sucesivamente hasta que, cumplidos los cuarenta años, volvió con su madre, llevando siempre una conducta ejemplar y viviendo con intensidad la religión. Al saber que venía la persecución se fue con su madre a la capital y aquí vino a hospedarse en la casa de Bárbara Cho, donde con las otras cinco mujeres tomó la resolución de autodenunciarse a los soldados. Interrogada y apaleada por ser cristiana, quedó tan maltratada que no pudo resistir las penalidades de la cárcel y murió casi al mismo tiempo que su madre en el mes de septiembre de 1839.

Todos ellos fueron canonizados el 6 de mayo de 1984.

MARÍA DEL AMPARO (TERESA) ROSAT BALASCH Y MARÍA DEL CALVARIO (JOSEFA) ROMERO CLARIANA

Vírgenes y mártires († 1936)

A las doce de la noche del 26 de septiembre de 1936 en Carlet fueron sacadas en una camioneta dos religiosas de la Congregación de la Doctrina Cristiana y otras siete personas y desde la cárcel llevadas a un lugar desconocido de las cercanías del pueblo y allí fueron fusiladas. Una de las religiosas, la Madre Amparo, antes de ser fusilada comunicó a los verdugos su perdón. Los restos de las dos mártires no han podido ser localizados.

TERESA ROSAT BALASCH nació en Mislata (Valencia) el 15 de octubre de 1873, hija única de un matrimonio cristiano, que la educó con todo esmero. En 1891 las religiosas de la Doctrina Cristiana abrieron un colegio en Mislata y esto dio oportunidad a Teresa para conocer la vida y el carisma de estas religiosas, sintiéndose inclinada a unirse a ellas. Vistió el santo hábito en Alginet el 15 de octubre de 1896 y tomó el nombre de sor Amparo. Hizo la primera profesión en 1898 y la perpetua en 1906. Por sus excelentes cualidades se acreditó muy pronto en la congregación, que le confió el cargo de superiora sucesivamente en las casas de Tabernes de Valldigna, Molins de Rey, Cabrera de Mataró, Cornellá del Llobregat y Carlet. Religiosa de profunda vida interior, daba ejemplo de muchas virtudes y tenía el amor de quienes la trataban. Al llegar la República, estaba en Carlet y las religiosas hubieron de dejar el hábito y estuvieron sin asistencia religiosa un tiempo hasta que ella reclamó la presencia de un sacerdote. En las elecciones de febrero de 1936 hubieron también de salir del colegio por un tiempo pero luego reanudaron las clases. Llegada la revolución de julio de aquel año las hermanas hubieron de buscar refugio en casas particulares. En una de ellas fue detenida el 19 de septiembre y llevada a la cárcel, donde quedó en una celda aislada hasta que la sacaron para fusilarla.

JOSEFA ROMERO CLARIANA nació en Carlet (Valencia) el 11 de abril de 1871 en una familia modesta y cristiana. Al llegar a la mayoría de edad consiguió su deseo de ser religiosa en la Congregación de la Doctrina Cristiana (17 de octubre de 1892), con

la oposición de su padre. Hizo la profesión el 17 de enero de 1895 y fue destinada a continuación como cocinera a varias casas sucesivamente. Tomó el nombre religioso de sor María del Calvario. Era una religiosa bondadosa, humilde y obediente. Llegada la revolución de julio de 1936, al disolverse la comunidad de Tabernes de Valldigna donde estaba destinada, se marchó a Carlet con su hermana, madre de dos religiosas que igualmente se refugiaron con su madre. Las tres fueron detenidas el 19 de septiembre de 1936. Luego del interrogatorio, fue devuelta a su casa pero para ser arrestada pocas horas más tarde, quedando en la cárcel mientras que las sobrinas eran dejadas libres. Consta que fue interrogada y no le valió su ancianidad, ni su estado delicado ni su falta de vista pues estaba ya casi ciega. En la noche del 26 de septiembre fue sacada de la cárcel y llevada a fusilar junto con la Madre Amparo y otras personas.

Fueron beatificadas el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS RAFAEL PARDO MOLINA Y JOSÉ MARÍA VIDAL SEGUÍ

Religiosos y mártires († 1936)

Celebra hoy la Iglesia la memoria de dos dominicos que dieron su vida por la fe en el curso de la sangrienta persecución religiosa desatada en España en 1936. Del primero se conoce la fecha, que fue el 26 de septiembre de 1936, del segundo se sabe que fue aquel mismo verano.

RAFAEL PARDO MOLINA nace en Valencia el 28 de octubre de 1899 en una familia numerosa de la que él iba a ser el hijo mayor. Llegado a la adolescencia, ayuda a su padre en los trabajos de la huerta y dedica su tiempo libre a ser catequista en la Parroquia de San Valero, del barrio de Ruzafa. Se hace miembro de la Adoración Nocturna y de la Cofradía de San Felipe y va todos los domingos al hospital a visitar a los enfermos. Sintiendo la vocación religiosa, ingresa en la Escuela Apostólica de la Orden de Predicadores, de Solsona, pero se decide que no tiene capacidad de estudio. Vuelve a casa, madura su deseo de ser religioso y se ofrece para hermano lego, siendo admitido y profe-

sando los votos religiosos el 2 de enero de 1926. Seguidamente se le destina a Calanda, donde pasa seis años dedicado al trabajo de la huerta. Hecha la profesión solemne el 8 de enero de 1932, es destinado al convento de su Orden en Valencia como sacristán. Oculta en casas particulares los objetos de culto cuando ve que corren peligro, y al ser requisados, se presenta con un abogado a reclamarlos y logra que queden depositados en el ayuntamiento, lo que impidió su destrucción e hizo posible su devolución al final de la guerra. Llegado el 18 de julio de 1936 se refugia en una casa particular, pero en la tarde del 26 de septiembre es arrestado y unas horas más tarde fusilado en las afueras de Valencia.

JOSÉ MARÍA VIDAL SEGUÍ nace en Tarazona (Zaragoza) el 28 de octubre de 1905. Aún niño, se decide por la vocación sacerdotal e ingresa en el Seminario de San Gaudioso, donde cursa humanidades, filosofía y teología, ordenándose sacerdote en el clero diocesano en 1928. Se le destina sucesivamente a los cargos de coadjutor en Villalengua, cura regente de Purojosa y coadjutor en Novallas. Y en este tiempo madura la vocación que sentía al estado religioso, ingresando en la Orden de Predicadores en 1934 y emitiendo la profesión religiosa al año siguiente. Destinado en la comunidad de Calanda, huye cuando las milicias republicanas toman la población, yéndose a Torres Mazas en el camino de Alcañiz. El día 29 de julio se acerca a una masía de Castelserás para preguntar por el camino más directo para ir a Alcañiz. Entonces le encaminan a otra masía donde se encontraban elementos significados del Comité revolucionario, los cuales procedieron a darle muerte, quizás el 30 de julio de 1936. Como queda dicho, el *Martirologio* trae su memoria hoy.

Fueron glorificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de beatificación de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATA CRESCENCIA VALLS ESPÍ

Virgen y mártir († 1936)

Nace en Onteniente el 9 de junio de 1863 y recibió de su familia una esmerada educación cristiana. Desde joven llevó una intensa vida interior, afiliada a la Asociación de Hijas de María y militando en la Acción Católica. Pertenecía al Apostolado de la Oración y a la Sociedad de San Vicente de Paúl, por la que canalizaba su amor y servicio a los más pobres, pidiendo para ellos y socorriéndolos con mucha caridad. Daba catecismo a los niños de su parroquia y se prestaba a impartir clases en la escuela dominical para combatir el analfabetismo femenino. Llegada la revolución, no se miró su edad sino que fue detenida el 26 de septiembre y asesinada de un tiro en la nuca en el puerto de la Ollería.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATA MARÍA DEL OLVIDO NOGUERA ALBELDA

Virgen y mártir († 1936)

Nació en Carcagente el 30 de diciembre de 1903, siendo educada cristianamente. Fue alumna del Colegio de María Inmaculada. Llegada a la juventud se mostró como una ardorosa militante cristiana, participando en la Acción Católica y en todas las actividades parroquiales. Llevaba una intensa vida de piedad y era muy compasiva con los pobres. Llegada la revolución de julio de 1936, ella fue objeto de persecución como destacada católica y al ser detenida decidieron violarla antes de darle muerte. Se defendió ella enérgicamente y entonces cuatro hombres la sujetaron para que seis pudieran violarla, y esto tuvo que contemplarlo su hermano atado a un árbol. Tras este ultraje ella aún tuvo fuerzas para gritar vivas a Cristo Rey. A su hermano lo mataron con ella.

BEATO BUENAVENTURA (JULIO) ESTEVE FLORS
Presbítero y mártir († 1936)

Nace Julio Esteve Flors en Puzol (Valencia) el 9 de octubre de 1897 en el seno de una familia numerosa. Sintió aún niño la vocación religiosa e ingresó en el Seminario Seráfico Capuchino, de donde pasó oportunamente a la vestición de hábito (15 de septiembre de 1913) tomando el nombre de fray Buenaventura de Puzol. Emitió la profesión temporal el 17 de septiembre de 1914 y la perpetua el 18 de septiembre de 1918. A fin de que perfeccionara sus estudios fue enviado a Roma al colegio internacional San Lorenzo de Brindis, alcanzando el grado de doctor en teología por la Universidad Gregoriana. El 26 de marzo de 1921 era ordenado sacerdote. Vuelto a España fue destinado como profesor de filosofía y derecho canónico en el Estudiantado Capuchino de la ciudad de Orihuela. Simultaneó este deber con el de la predicación, para la que estaba muy bien dotado y que acompañaba muy bien con su gran bondad y dulzura. Llegada la revolución de 1936, hubo de dejar el convento y refugiarse en su casa paterna en Carcagente. El 24 de septiembre de 1936 fue arrestado por orden del Comité de Puzol alegando que tenía que prestar declaración. Pero en la noche del día 26 fue llevado al cementerio de Gilet donde fue fusilado. Antes de morir avisó a sus verdugos que serían medidos con la medida que ellos entonces usaban, y en efecto estas palabras años más tarde se cumplieron, y las recordaron. Había otros trece presos que iban a ser fusilados con él. Con gran serenidad él se dirigió a ellos y les dio la absolución sacramental. Entre ellos estaban su padre y su hermano.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATA MARÍA JORDÁ BOTELLA
Virgen y mártir († 1936)

Nace en Alcoy el 26 de enero de 1905 y se bautiza con el nombre de María del Pilar, usando habitualmente el nombre de María. Alumna del colegio de San Vicente de Paúl, recibe en él

una esmerada educación cristiana. A los 11 años es admitida como Hija de María, cuyas obligaciones cumplía con gran cuidado. Pasa luego como interna al colegio de la Pureza, de Onteniente. Concluido el período de su formación, vuelve a su casa y lleva una vida ejemplar, militando en la Acción Católica y en otras asociaciones como el Patronato de las Obreras de San Mauro, en el que desplegó un gran celo apostólico y un magnífico sentido social cristiano, haciendo un gran bien a su alrededor. Llegada la revolución de julio de 1936, se trasladó a Madrid para vivir con un hermano suyo, pero aquí fue reconocida y arrestada y llevada por los milicianos a Alcoy, donde fue encarcelada en el colegio de las esclavas. Aquí estuvo hasta el 26 de septiembre. A la caída de la tarde fue trasladada a Benifallim y aquí martirizada.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO LEÓN (MANUEL) LEGUA MARTÍ

Presbítero y mártir († 1936)

Manuel Legua Martí nació en Alacuás (Valencia) el 23 de abril de 1875 en el seno de una familia cristiana. Su padre tenía estrechas relaciones con los religiosos terciarios capuchinos de Nuestra Señora de los Dolores, a quienes prestaba cuantos servicios podía. Y sin duda de este trato le vino a Manuel, joven de quince años, el pedir su ingreso en la congregación. Viste el santo hábito el 21 de julio de 1890 con el nombre de fray León María de Alacuás y en 1892 hace los votos temporales. Terminado el período de vigencia de éstos se ve obligado a dejar temporalmente el convento a cuenta de una enfermedad, y, superada ésta, pide de nuevo su ingreso en 1897. Hace las renovaciones oportunas de sus votos hasta que en 1904 emite la profesión perpetua en el convento de Monte Sión, de Torrente, y prosigue sus estudios sacerdotales, ordenándose presbítero el 15 de julio de 1906 en Valencia. Ejerció ejemplarmente su ministerio en las casas de Dos Hermanas, Yuste, Madrid, Amurrio, Madrid nuevamente, Alcalá de Guadaira y de nuevo en las varias casas de su congregación en Madrid. Fue también consejero general y

como tal acompañó al padre general en su visita a las casas de América. En Madrid estaba cuando estalla la guerra el 18 de julio, y se ve obligado a buscar refugio en varias casas particulares sucesivamente, hasta que el 17 de septiembre la casa donde estaba es registrada y él es detenido. No se sabe exactamente la fecha de su muerte, pero sí que su cadáver fue reconocido el día 29 de septiembre en el km. 25 de la carretera a Francia. En la Dirección General aparece fusilado el 26 de septiembre y hay una foto de su cadáver, aunque se duda si sus restos son los que estaban junto al de Edelmiro Feliu, fusilado con él.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

27 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Vicente de Paúl († 1660), presbítero, fundador de la Congregación de la Misión y de la Congregación de las Hijas de la Caridad **.

2. En Milán, San Cayo († s. III), obispo.

3. En Sémont (Galia), santos Florentino e Hilario († s. V), solitarios y mártires.

4. Junto a la abadía de Liessies, Santa Hiltrudis († 790), virgen reclusa.

5. En Córdoba (Andalucía), santos Adolfo y Juan († 824), hermanos, mártires *.

6. En Fara, junto a Cingoli, del Piceno (Italia), San Bonfilio († 1125), obispo de Foligno, anteriormente abad de Storace *.

7. En París (Francia), San Elzear o Eleazar de Sabran († 1323), conde de Ariano **.

8. En Pistoya (Toscana), Beato Lorenzo de Ripafratta († 1456), presbítero, de la Orden de Predicadores *.

9. En Rochefort (Francia), Beato Juan Bautista Laborier du Vivier († 1794), diácono y mártir *.

10. En Sagunto (Valencia), beatos José Fenollosa Alcayna, presbítero, y Fidel (Mariano) Climent Sanchís, religioso capuchino († 1936), mártires *.

11. En Gilet (Valencia), beatas Francisca Javiera (María) Fenollosa Alcayna, religiosa de la Congregación de Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, y Herminia Martínez Amigó († 1936), madre de familia, mártires *.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN VICENTE DE PAÚL

Presbítero y fundador († 1660)

Es el comienzo del siglo XVII en Francia, donde ha de actuar Vicente de Paúl, un hervidero de ideas, de pasiones religiosas y políticas, de ensayos doctrinales y organizados. El cardenal Bérulle introduce en Francia las carmelitas, funda la Congregación del Oratorio para formar una selección de sacerdotes, y «naturaliza» en Francia las corrientes místicas de Alemania, España e Italia. San Francisco de Sales pone al alcance de todos la «vida devota», ensalza las vías del amor de Dios e intenta la primera Institución de religiosas visitadoras fuera del claustro, que no consigue llevar a efecto. Vicente de Paúl aprovechará estas dos corrientes, mística y de acción, para renovar la teología de Jesucristo en el pobre y fundar el apostolado secular de la caridad, sin caer en el utópico quietismo de Fenelón, ni en el duro jansenismo, ni en el racionalismo cartesiano, sistemas que se fraguan en pleno siglo de San Vicente, y de los que él queda incontaminado.

Esta empresa no es para un hombre solo. Vicente de Paúl se sitúa entre sus contemporáneos, colabora con todos, recoge ideas y orientaciones en un ambiente de restauración espiritual que se ha consolidado en Trento: inspira a muchos, como gran director de almas; se rodea de asociaciones religiosas a las que da vida y continuidad, se apoya en los grandes para servir a los humildes. La poderosa familia de los Gondí, el poder casi absoluto de Richelieu, por medio de la sobrina duquesa de Ayguillon, dama de la Caridad, la española reina Ana de Austria, el mismo Mazarino y casi toda la nobleza giran en torno de este padre de los pobres y defensor de la Iglesia. Olier, fundador de San Sulpicio; Rancé, reformador de la Trapa; Bossuet, que pronunciará en 1659 el famoso sermón «de la eminente dignidad de los pobres en la Iglesia», y casi todos los grandes hombres de ese siglo y de los siguientes, se benefician de la suave influencia de Vicente. La preparación para esta misión grandiosa es larga y difícil. La acción de Dios en este hombre y la respuesta generosa forman una experiencia vital aleccionadora. Nace probablemente en las Landas en 1581, pero su ascendencia inmediata es

española, como se ha comprobado en una larga búsqueda en los archivos de la región oscense de La Litera, que nos dan una abundante genealogía de los apellidos Paúl y Moras, apellidos paterno y materno. Las migraciones eran muy frecuentes, y Ranquines, que es el lugar en que se sitúa su nacimiento, significa la «casa del cojo». Es el apelativo recibido al ocuparla el padre, que tenía ese defecto, y del que un día se llegó a avergonzar el hijo, estudiante en los franciscanos de Dax. Vicente llevará a todas sus empresas las características del aldeano, mezcla de aragonés y francés, en su tesón indomable, en su prudente lentitud, en su trabajo silencioso, de labrador que abre el surco y esconde su semilla con esperanza. Ya es un signo providencial que, en su origen, una en sí a dos pueblos tan diversos y encontrados a lo largo de estos siglos.

El niño Vicente, tercero de los seis hermanos, guarda durante un tiempo el pequeño rebaño de su casa. En muchas ocasiones se humillará ante los grandes manifestando este su oficio de la infancia. Por tradición local nos consta su devoción mariana y su pronta caridad.

Sus estudios continúan sin desmayo, primero en la Universidad de Tolosa, después en la de Zaragoza, como atestigua su primer biógrafo Abelly y una tradición ininterrumpida en España. Más tarde propondrá como modelos a las universidades españolas y a sus teólogos, tan fieles a la Iglesia.

Recibe el sacerdocio el 20 de septiembre de 1600 y dice su primera misa en una capilla de la Virgen, cerca de Bucet, sin la presencia de su padre, que había fallecido hacía dos años. Allí y en Tolosa se ayudó para los estudios con un pequeño pensionado de estudiantes que él cuidaba. Hasta 1605 prosigue sus estudios, que alterna con la enseñanza y un viaje a Roma, donde se emociona hasta derramar lágrimas.

El Señor purifica a su elegido, que por entonces buscaba cargos y honores eclesiásticos, con tres pruebas: el cautiverio en Túnez, cuando iba en busca de una herencia, y que duró casi tres años de continuos sufrimientos (1605-1607); la injusta acusación de robo al volver de Roma, donde esperó inútilmente una buena colocación del vicelegado Montorio, a quien había enseñado las curiosidades de alquimia que había aprendido en

el cautiverio (1608); y la terrible tentación contra la fe que aceptó sobre su alma para que se viera libre de ella un doctor amigo suyo. De esta «noche oscura» sale cuando, a los treinta años, pensaba pasar el resto de su vida en un modesto retiro, amargado por los desengaños humanos, según escribe, en la única carta que se conserva, a su buena madre. Cae a los pies de un crucifijo, se consagra a la caridad para toda la vida y la luz renace en su espíritu.

Este voto de servir a los pobres es la clave de toda su vida y la fuente de sus numerosas obras de caridad. Para terminar la purificación de sus aspiraciones terrenas y quitar los impedimentos de su actuación sacerdotal se retira una temporada al naciente Oratorio de Bérulle, se pone incondicionalmente bajo la obediencia de este gran mentor de almas, que le ha de conducir hasta que se ponga bajo la dirección del doctor Duval, piadoso catedrático de la Sorbona. Unos ejercicios en la cartuja de Valprofonde le libran de una tentación que tenía en sus ministerios, y una mortificación constante le hace cambiar el «humor negro» de su temperamento por una amabilidad semejante a la de San Francisco de Sales, con quien sostiene relaciones íntimas, cuyos libros lee ávidamente y del que recibirá más tarde la dirección de las Hijas de la Visitación.

Las experiencias apostólicas de estos años (1609-1626) le van marcando suavemente el camino definitivo de su vocación. Animado de una ferviente caridad, hace de capellán y limosnero de la reina Margarita de Valois, visita y sirve personalmente a los pobres enfermos en el hospital de la Caridad, que, en los arrabales de París, dirigían los hermanos de San Juan de Dios, y entrega a esta institución 15.000 libras que le habían donado.

Por dos veces es párroco del campo. En Clichy, cerca de París, donde se siente feliz, reedifica la iglesia que perdura hasta hoy. Ya en pleno París, establece la comunión mensual e intenta un pequeño seminario (1612).

En Chatillon les Dombes, en la frontera de Saboya, restaura espiritualmente la parroquia deshecha por la herejía y el abandono. Ante un caso de miseria familiar establece la Cofradía de la Caridad con un reglamento que aún hoy está en vigor. Es la primera cofradía de caridad para que las señoras asistan a los

enfermos abandonados en sus casas (1617). En ambas parroquias, que dejó por obediencia a Bérulle, tiene como sucesores a dos fervorosos vicarios: el señor Portail, en Clichy, que más tarde será su compañero de Misión, y el señor Girad.

Es Bérulle quien trae y lleva al señor Vicente y quien determina que sea el preceptor de los hijos de esta noble familia que llevaba lo que hoy se llama el ejército del mar, y en el orden eclesiástico gobernó durante mucho tiempo la diócesis de París hasta llegar al inquieto cardenal de Retz. En los extensos dominios rurales de los Gondí ejerce su ministerio con los pobres campesinos y funda las Cofradías de la Caridad —de mujeres, de hombres y mixtas—, siempre ayudado de la marquesa, cuya alma dirige espiritualmente. Llega a dominar en tal modo en sus almas que esta familia será, con la de Richelieu, el apoyo que la Providencia le depara para sus obras.

Se siente excesivamente incómodo en los palacios y cree que no cumple su voto de servir a los pobres. Por eso huye a Chatillon. Pero Bérulle le hace volver. Vicente reclama libertad de acción en los 8.000 colonos de las tierras. Allí encuentra al anciano que por vergüenza no ha hecho buenas confesiones y está en peligro de condenación, al hereje que no cree en la Iglesia porque no atiende a las gentes del campo, al sacerdote que no sabe la fórmula de la absolución. Voces de Dios que mueven al santo y a la marquesa para fundar una comunidad de sacerdotes que recorran los campos misionando, en ayuda de los párrocos. Al señor Vicente se unen el tímido señor Portail y otros varios. Reciben una ayuda económica y un colegio, el de los Buenos Hijos, donde nace humildemente la comunidad de sacerdotes seculares de la Misión, que es aprobada en 1626 por el arzobispo de París y en 1632 por el papa Urbano VIII, sin carácter de religiosos.

En estos seis años el santo ha recorrido todos los dominios misionando y fundando Caridades, ha sido nombrado capellán de las galeras reales y ha procurado misiones y ayuda material a los forzados del remo, creando un hospital para ellos; se ha hecho cargo de la dirección espiritual de las Salesas, de acuerdo con la madre Chantal, ha tomado la dirección de su gran colaboradora Santa Luisa de Marillac, y ha quedado en libertad de movimientos por haber fallecido la marquesa y haber tomado la decisión de hacerse sacerdote del Oratorio el señor Gondí.

En 1626, a los treinta y cinco años, San Vicente está plenamente centrado en su vocación. Bérulle no ha visto claro el Instituto de las misiones, pero Roma lo aprueba, gracias al tesón del santo, que ve el abandono del campo como una de las miserias mayores de la Iglesia. El sacerdote no está cuidando de las almas como prescribía el concilio de Trento. Su santificación era muy deficiente. Vicente ha meditado mucho, ha observado todos los movimientos místicos y apostólicos, ha trabajado con santa ilusión y ha sufrido crisis interiores fructíferas. Para la restauración del clero establece los ejercicios de ordenandos por espacio de diez días, en los que se une la parte ascética con la pastoral. Son cursillos intensivos que suplen algo la falta de seminarios. El obispo de Beauvais, el cardenal de París y más tarde la Santa Sede los declaran obligatorios para todos los que hayan de recibir las órdenes sagradas. De aquí brotan las conferencias ascético-pastorales (los martes para sacerdotes y los jueves para seminaristas). De su seno nacen los misioneros de las ciudades unidos a los misioneros de los campos, que había fundado y que trabajaban en hermandad con un reglamento preciso y sabio (1631).

Se ha trasladado con sus misioneros a la gran abadía de San Lázaro, que será el centro regenerador del clero y del pueblo con los ejercicios en tanda dados gratuitamente. Richelieu, que ha tomado las riendas de la nación en 1624, pide a San Vicente los mejores hombres para ponerlos al frente de las diócesis; pero falta el remedio definitivo, los seminarios tridentinos, que no acaban de realizarse. El santo hace la distinción de mayores y menores, reconoce que es muy difícil reformar al clero de edad y establece su primer ensayo para jóvenes con vocación en el colegio de los Buenos Hijos. Forma el seminario mayor de San Lázaro con ayuda de Richelieu (1642). Orienta a Olier en sus planes del seminario de San Sulpicio y trata de colaborar con el difícil señor Bourdoise, que ha establecido el seminario parroquial comunitario. En 1647 sus misioneros dirigen siete seminarios y el santo confiesa que «Dios bendice su obra» y que las misiones piden como complemento ayudar a la Iglesia en la formación del clero.

Las Cofradías de la Caridad pasan a la ciudad en sus incipientes suburbios. Luisa de Marillac ha salido de su ensimisma-

miento escrupuloso por obra de la gracia y de su firme director, y es llevada a la acción caritativa por campos y ciudades como una maternal inspectora de las Caridades, y de las escuelas rurales que el santo funda como fruto permanente de las Misiones en las parroquias. Da reglamentos adaptados a las necesidades de la ciudad y organiza totalmente la caridad en la ciudad de Beauvais, como antes (1621) lo había realizado en Majon.

El servicio personal al necesitado exige una vocación especial y las Caridades se resentían por falta de personal. El Señor vino en ayuda de su siervo. Un día que había misionado un pueblecito cercano a París, una joven pastora, Margarita Naseau, que había aprendido a leer por su cuenta, se presentó al santo para servir a los pobres. Es la primera hija de la Caridad. Margarita murió al poco tiempo víctima de la caridad, asistiendo a un apestado. Buen cimiento para la magna obra vicenciana de la Hija de la Caridad, la «religiosa» sin claustro que asiste al pobre a domicilio en unión de las damas de la Caridad, enseña en las escuelas del pueblo donde no hay maestro, llega a los campos de batalla, ya en los tiempos del santo, para atender a los heridos, cuida de los niños expósitos, obra ardua que sacó a flote San Vicente frente a todos los prejuicios de las damas de la Caridad; que acoge en sus casas a las mujeres ejercitantes, a las que el santo señala como libro de meditación el *Memorial* del padre Granada; que se hace cargo del Hospital General de París y del Asilo del Nombre de Jesús construido por el santo con un donativo de 100.000 libras (1642), a las que lleva por las regiones destrozadas por las guerras y hasta Polonia a servir, no a los grandes, aunque sean protectores, como la reina de Polonia, sino a los humildes.

«San Vicente defensor de la Iglesia», es un título que le cae muy bien en un siglo de errores y herejías. Primeramente en el Consejo de conciencia (1647-1652), donde se trata de la elección de obispos. ¡Qué labor más dura para evitar la subida de ministros indignos y promover la de los mejores! Aquí se fraguó la renovación del alto clero de Francia, que había de luchar con el error, con la corrupción y, más tarde, con el galicanismo ya latente en el reinado de Luis XIV. El santo aceptó este puesto delicadísimo para el bien del clero y de los religiosos (en cuya

reforma tomó parte muy activa) y para el bien de los pobres. Trabajaba en ello con la reina española Ana de Austria y se enfrentaba con Mazarino para evitar el favoritismo en los cargos.

El jansenismo, con la herejía de las dos cabezas, la lucha contra la frecuente comunión y la falsa mística de Port-Royal son el viento helado que sopla fuertemente sobre la vida católica en Francia, y desde ella en otras naciones de Europa. Vicente, que es amigo del abate Saint Cyran, de Arnauld y del monasterio de Port-Royal, se ve en una difícil tesitura; pero su fe, inquebrantable y luminosa, su prudencia admirable y siempre su tesón humano y sobrenatural, le hacen el principal campeón contra el jansenismo, aunque todavía se silencia en algunas historias de la Iglesia de este período. En la vida del santo —editada por la BAC— el libro VI está dedicado a esta actuación de San Vicente (p.512-591), donde, con documentación de primera mano, se manifiesta que él aunó a la mayoría de los obispos contra la herejía, alentó a los teólogos que la Sorbona envió a Roma, escribió cartas al Papa incluso e hizo la refutación doctrinal y práctica del jansenismo con sus obras de caridad, su reforma del clero y su mística optimista del alma. No es posible entrar en detalles en esta breve biografía.

Dilatando los espacios de la Iglesia, el señor Vicente es padre de misioneros de fieles y de infieles. Establece misioneros en Túnez y Argel para ayudar espiritualmente a los esclavos y promover su rescate (1645). Envía a Irlanda, perseguida en su catolicismo por Cromwell, a sus misioneros que sostienen la fe de los fieles. «Siente una devoción especial en propagar la Iglesia en países de infieles por las pérdidas que sufre en Europa» (1646), como Santa Teresa de Jesús, aunque «mujer y ruin». Manda y sostiene continuas expediciones, devoradas muchas veces por la peste, de misioneros a Madagascar (1648). Promueve las misiones en Arabia; hace que las damas de la Caridad de la Corte sufraguen los gastos de las misiones anticipándose a la obra de Paulina Jaricot.

Es un padre de la patria. Las guerras de la Fronda, parlamentaria (1648-1649), y de los príncipes (1650-1653) destruyen la vida de París y de sus alrededores y se unen a la de los Treinta Años, que no termina hasta la paz de Westfalia (1648) y de los Pi-

rineos (1658), con el triunfo político de los protestantes traído por la ambición nacionalista de Richelieu y de Luis XIV. Es un panorama desolador que la pluma se resiste a describir. En esta hora es San Vicente el que moviliza todas sus fuerzas —misioneros, damas e Hijas de la Caridad— y se aúna con la compañía secreta del Santísimo Sacramento y con todas las órdenes religiosas para aliviar el desastre material y moral de Francia. Recoge millones de libras haciendo la primera campaña nacional de caridad, editando los relatos de las miserias y de los medios necesarios, creando almacenes en París, dando misiones a los refugiados en su casa central de San Lázaro, buscando refugio para las religiosas y para los pobres vergonzantes, lo mismo que para los nobles huidos de Irlanda, creando para eso las conferencias de la caridad de hombres con el barón de Renty al frente. No es extraña la admiración de todos por el santo y sus huestes, que le proclamaban oficialmente: «Padre de la patria».

Su labor pacificadora es audaz. Por tres veces habla con la reina para que prescinda de su funesto ministro Mazarino, y se atreve a decírselo al mismo interesado el 11 de septiembre de 1652: «Que el rey entre con voluntad de apaciguar los ánimos y todo quede tranquilo. No obstante, es preferible que el primer ministro se quede cierto tiempo fuera». El joven rey entró el 21 de octubre y proclamó la amnistía general. Pocos meses después volvía Mazarino, que pagó la carta del señor Vicente con retirarle del Consejo de conciencia o Ministerio de cultos.

De 1650 a 1660 San Vicente dirige todas sus obras en pleno rendimiento desde el sencillo aposento del cuartel general de San Lázaro, luchando a la vez contra el jansenismo, organizando las dos comunidades de misioneros e Hijas de la Caridad, hasta que su modo secular de vida en común sea aprobado por Alejandro VII (1655). Recibe con inmenso gozo la bula que condena al jansenismo. Funda el asilo-taller para ancianos, comenta las reglas que ha dado a los misioneros y a las Hijas de la Caridad, proyecta establecer a los misioneros en Toledo de acuerdo con el cardenal Moscoso y Sandoval (1657), dicta de continuo cartas a sus dos secretarios, reúne en su casa central a los Consejos de las obras, orienta a los que de toda Francia acuden a pedirle consejo y hasta proyecta con el caballero Paúl la liberación de todos los esclavos de Argel, el paso de sus misioneros al Canadá, etc.

Su caridad es una llama que incendia a todos los que le rodean. «No es suficiente —exclama— que yo ame a Dios si mi prójimo no le ama». «Hemos sido elegidos como instrumentos de Dios, de su inmensa y paternal caridad, que quiere ver establecida en todas las almas». El santo proclama a todo el mundo: «Las cosas de Dios se hacen por sí mismas, y la verdadera sabiduría consiste en seguir a la Providencia paso a paso, sin adelantarse ni retrasarse». «Dios es amor y quiere que se vaya a él por amor». Vicente, que tiene las manos llenas de obras e instituciones, que se duerme de fatiga, dice a su fiel e inquieta colaboradora que «es preciso honrar el descanso de Dios» y que «debemos honrar particularmente a su Divino Maestro en la moderación de su obrar». «¡Qué dicha —dice— no querer más que lo que Dios quiere, y no hacer sino lo que la Providencia presenta, y no tener nada más que lo que Dios nos ha dado!».

La mística de la acción apostólica y la unión fraterna de todos en Cristo y en el Padre celestial: Éste es el mensaje que San Vicente proyecta a todos los siglos como un eco potente del Evangelio y de la Iglesia, desde su sillón, donde muere plácidamente en las primeras horas del 27 de septiembre de 1660, bendiciendo, como patriarca de la caridad, a todas las instituciones que habrán de irradiar de su orientación y cuyo patrocinio universal le confió la Iglesia con fiesta especial el 20 de diciembre.

VEREMUNDO PARDO, CM

Bibliografía

ABELLY, L., *La Vie du Vén. serviteur de Dieu Vincent de Paul* (París 1664).
COLLET, P., *La vie de S. Vincent de Paul* (Nancy 1748).
COSTE, P., *Le grand saint du grand siècle: Monsieur Vincent* (París 1931-1932).
DODIN, A., CM, *St. Vincent de Paul et la charité* (París 1959).
GIORDANI, G., *S. Vincenzo de Paoli, servo dei Poveri* (Roma 1959).
HERRERA, J. - PARDO, V. (eds.), *San Vicente de Paúl. Biografía y escritos* (Madrid ^{2}1955).
PARDO, V., CM, *Mística de la acción y de la caridad, según S. Vicente* (Madrid 1961).
— *La caridad sin fronteras* (Madrid 1966).
• Actualización:
ABELLY, L., *Vida del venerable siervo de Dios Vicente de Paúl* (Salamanca 1994). Trad. de la edición francesa de 1664.
CALVET, J., *San Vicente de Paúl* (Salamanca 1979).
COSTE, P., *El señor Vicente: el gran santo del gran siglo,* 3 vols. (Salamanca 1990).
HÜNERMANN, W., *El padre de los pobres. Vida de San Vicente de Paúl* (Madrid 1995).
NOS MURO, L., *San Vicente de Paúl: persona, obra y pensamiento* (Madrid 1984).

ORCAJO, A. - PÉREZ FLORES, M. (eds.), *San Vicente de Paúl.* II: *Espiritualidad y selección de escritos* (Madrid ²1984).
ROMÁN, J. M.ª, *San Vicente de Paúl.* I: *Biografía* (Madrid ²1982).
VALLEJOS, G. X., *Don Vicente* (Salamanca 1982).

SAN ELZEAR DE SABRAN

Conde de Ariano († 1323)

Tengamos en cuenta, antes de entrar en la vida de este matrimonio santo (Elzear y Delfina), que también la santidad, como todas las cosas, sufre las influencias del ambiente. Muchas cosas hay en los santos enteramente acordes con las ideas del tiempo en que vivieron, y que hoy, o no resultarían imitables, o en algunos casos podrían llegar a ser perjudiciales. Esto no quita para que podamos leer con fruto su vida, porque aunque no podamos imitar detalladamente los ejemplos concretos que nos dieron, podemos y debemos, en cambio, sentir el estímulo que supone la contemplación de la generosidad con que ellos respondieron al llamamiento divino. Así, aunque en la vida de este santo matrimonio haya cosas que choquen con nuestra mentalidad actual, no podemos menos de reconocer que constituye un magnífico ejemplo de dócil entrega a los impulsos del Espíritu Santo y que en lo sustancial puede servir como actualísima lección de lo que ha de ser un hogar cristiano.

Catorce años tenía Delfina cuando le propusieron el matrimonio con Elzear, dos años más joven que ella. Y a sus catorce años, rechazó con energía aquella unión que le proponían. Sin embargo, y cediendo a los consejos de un franciscano, terminó por consentir, y dos años después se celebró el matrimonio. Los dos jovencitos así unidos, quedaron solos después de cuatro días de fiesta, y entonces tuvo lugar en realidad, históricamente demostrado, lo que tantas veces ha sido un elemento claramente legendario en la vida de los santos. Solos en su cámara nupcial, Delfina mostró a su esposo el gran deseo que tenía de quedar siempre virgen. Él consintió en ello, pero sin querer en manera alguna obligarse con voto, como ella se lo pedía. Entonces ella insistió una y otra vez en los ejemplos de San Alejo y de Santa Cecilia, en consideraciones sobre la brevedad de esta vida, lo despreciable del mundo, lo hermoso de la gloria eterna. Con todo,

Elzear no consentía en el voto, aunque continuaba respetando la virginidad de su esposa. Un día cayó ésta gravemente enferma y declaró de manera rotunda a su esposo que estaba persuadida de que sólo el doble voto de castidad la curaría. Entonces Elzear prometió satisfacerle. Ambos hicieron su voto ante un franciscano, que era su confesor, y entraron en la Tercera Orden.

Su santidad se inserta de lleno en la maravillosa corriente de espiritualidad franciscana que recorre toda la Edad Media. Ambos pertenecían a familias de la primera nobleza, y gozaban, por consiguiente, de gran abundancia de bienes de fortuna. Pero como San Luis de Francia, San Fernando de Castilla, Santa Isabel de Portugal y su homónima la de Hungría, supieron en medio de las riquezas conservar enteramente libre su corazón, y aplicar, a su vida de seglares, el admirable contenido evangélico de la regla de los terciarios franciscanos.

Marido y mujer llevaban la estameña bajo sus nobles vestidos. Por la noche se reunían para pasarla en oración y disciplinarse. Delfina no tocó nunca a su marido más que para hacerle pequeños servicios. Elzear había hecho un reglamento muy preciso y detallado para la buena marcha de la casa, que le exigía, entre otras cosas, la misa diaria y una especie de círculo de estudios familiar.

Pero todo esto se hacía sin abandonar la vida propia de un matrimonio seglar. Así vemos a Elzear abandonar a su esposa para marchar al reino de Nápoles, en el que había heredado el condado de Ariano. Allí brillaba, de una parte, la bondad, y de otra parte, la firmeza del joven señor provenzal. Encantador en el trato con los pobres, sabía, sin embargo, hacer frente con valentía a la turbulencia de sus vasallos italianos. Y al terminar el ejercicio de las armas, retirarse, después del combate, para disciplinarse. Su destreza en el manejo de las armas brillaba en la corte napolitana. Un día, Delfina se encontraba entonces con él, hubo una gran fiesta en Nápoles. Ambos cónyuges supieron hacer un magnífico papel. Elzear arrebató un anillo con su lanza, desde el caballo lanzado a todo galope, en pleno torneo. Horas después, en el baile, Delfina se mostraba encantadora, evolucionando con una gracia enteramente singular.

Su existencia venía repartiéndose entre la Provenza natal y aquellas tierras de Italia. Hacia 1317, Elzear ve aumentarse sus

responsabilidades, porque el rey Roberto I le encarga administrar justicia en el Abruzo citerior. Poco después el matrimonio tiene que marchar a París, nombrado Elzear embajador extraordinario por el mismo rey Roberto para negociar un matrimonio de príncipes. Pero sólo Elzear pudo hacer el viaje. Delfina se vio obligada a quedarse en la corte del rey Roberto, en Aviñón, lejos de pensar que aquella separación iba a ser definitiva.

En París, el 27 de septiembre de 1323, cuando sólo tenía treinta y ocho años, moría Elzear. El rey de Francia Carlos IV enviaba rápidamente un correo que diera la noticia a su esposa. Pero ya ella la había conocido misteriosamente. Sin vacilar un momento, abandonó la corte del rey y se volvió a sus tierras.

Elzear dejaba en pos de sí el recuerdo de una vida verdaderamente santa. Como el rey San Luis, se le había visto visitar los hospitales, atender a los leprosos, cuidarles con sus propias manos y besarles. Verdadero asceta en el mundo, había sido un constante abogado de los pobres, un mentor ejemplar del joven príncipe Carlos de Calabria, hijo de Roberto I, y un esposo modelo para su mujer, que confesaba que junto a él «sentía una constante invitación a crecer en la gracia divina, y veía a su esposo como a su ángel guardián».

Un año después de su muerte, Elzear se apareció a su esposa y le reprochó con dulzura la pena que mostraba por su muerte. «El lazo se ha roto, y ahora estamos libres», le dijo recordando las palabras del salmo 123 y la liturgia de los santos inocentes. Delfina sonrió en medio de sus lágrimas, volvió a su antigua alegría, y se dedicó de lleno a la tarea de santificarse más y más.

Fiel a la espiritualidad franciscana, quiso abrazarse con la pobreza. Pero eso no era fácil. Poco a poco fue despojándose de sus bienes. Abandonó sus tierras de Provenza y se fue a Nápoles. Aunque le ofrecieron alojamiento en la corte, ella prefirió vivir miserablemente y mendigando. Los chiquillos la injuriaban por la calle, y ella se gozaba en aquella humillación.

Pero he aquí que sobreviene algo imprevisto: la reina doña Sancha había quedado viuda del rey Roberto en 1343 y quería tener junto a sí alguien que la apoyara en su vida espiritual. Llamó a Delfina y la hizo su consejera. Por indicación de ella entró la reina en las franciscanas de Santa Cruz de Nápoles, donde murió el año 1345.

Delfina volvió a Apt, donde ya había vivido buena parte de la última fase de su vida, y allí pasó sus quince últimos años. Humilde y pobre, no desatendió, sin embargo, a sus conciudadanos. Cuando una guerra local amenaza arruinar el país, Delfina, aunque enferma, se interpone y consigue un apaciguamiento. Es hermoso también verla organizando una caja rural, en la que ella actuaba de secretaria y de fiadora. Prestando sin interés, conseguía resolver dificilísimas situaciones de los pobres labradores. La santidad, bien conocida por todos, de Delfina era la garantía que permitía que aquella interesante empresa funcionara.

Por fin, el 26 de noviembre de 1360, a sus setenta y ocho años, murió en Apt, donde se la enterró, juntamente con su marido, en la iglesia de los franciscanos.

El pueblo rodeó aquella tumba bien pronto de una espontánea y cariñosa veneración. Tres años después de la muerte de Delfina, los comisarios apostólicos enviaban al Papa un informe sumamente favorable a su causa. Pero el resultado no fue decisivo por el momento. Había temor de que Delfina, en su trato con la reina doña Sancha y los franciscanos «espirituales», rebeldes a la Santa Sede, se hubiera contaminado de algunos de sus errores. Sólo años después su nombre empieza a aparecer en los martirologios franciscanos, y su fiesta a ser celebrada el 9 de diciembre.

Por lo que hace a Elzear, fue canonizado solemnemente en la basílica de San Pedro de Roma por el papa Urbano V el 1 de abril de 1369. Se conserva su proceso de canonización, en el que, desgraciadamente, falta la declaración, que tan interesante hubiese sido, de su esposa Delfina. La fiesta de San Elzear se celebra en este día 27 de septiembre.

A propósito del caso de estos santos esposos escribió Blondel unas palabras, con las que terminamos esta semblanza:

«Asociarse (en el matrimonio) para ayudarse mutuamente en la caridad humana y divina o para realizar una especie de respetuosa inmolación doblemente meritoria, no es incompatible con la confianza en gracias excepcionales o en circunstancias impuestas por estados físicos y morales. Por eso ha sido posible canonizar vocaciones paradójicas y de una virtud singular,

como la de San Elzear y la Beata Delfina de Provenza, verdaderos esposos, pero unidos en una emulación virginal».

LAMBERTO DE ECHEVERRÍA

Bibliografía

Acta sanctorum, 27 septembris, t.7, p.501-555.
AIGRAIN, R., *L'hagiographie* (París 1953) 105; 230.
DUHAMELET, G., *Saint Elzéar et la bienheureuse Delphine* (París 1944).
DULONG, M., *La vie provençale de Sainte Delphine et le procès de sa canonisation: positions de thèses de l'École de Chartres* (París 1928) 31-35.
GIRARD, P., *Saint Elzéar de Sabran et la bienheureuse Delphine de Signe* (París 1912).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SANTOS ADOLFO Y JUAN

Mártires († 824)

Hijos de padre musulmán y de madre cristiana, llamada ella Artemia, y conocida por haber sido luego monja del monasterio cordobés de Cuteclara, eran hermanos de la futura mártir Santa Áurea. La familia era de origen sevillano, pero vivía en Córdoba, donde igualmente tuvo lugar su martirio. Éste fue al comienzo del reinado de Abderramán II y la causa fue que ambos profesaban, por influencia sin duda de su madre, el cristianismo, siendo así que legalmente y como hijos de padre musulmán tenían que ser musulmanes. Los jóvenes confesaron la fe cristiana y recibieron la muerte a causa de su persistencia en ser cristianos. San Eulogio se dispensa de dar mayores datos de ellos toda vez que había escrito su vida y martirio el abad Esperaindeo, obra que desgraciadamente no ha llegado a nosotros. El santo dice que «sus gestas brillan como astros en el cielo, para gloria de la santa Iglesia y ejemplo de los débiles». La archidiócesis hispalense celebra su memoria litúrgica.

SAN BONFILIO DE FOLIGNO

Obispo († 1125)

Bonfilio nació en el seno de una noble familia en la ciudad italiana de Ósimo hacia el año 1040. De joven siente la voca-

ción monástica e ingresa en el Monasterio de Nuestra Señora de Storace, del cual con el tiempo y gracias al crédito adquirido entre los monjes fue elegido abad. Este crédito continuó siendo abad y por ello se le elige hacia 1070 para obispo de Foligno, cuya diócesis rigió santamente hasta que decidió acompañar a los participantes de la cruzada, partiendo para Tierra Santa el año 1096 y morando en ella nada menos que hasta 1104, conduciendo allí, en memoria de los misterios cumplidos en aquella tierra, vida de soledad y oración. Mientras tanto, al no saberse de él, la diócesis procedió a elegir otro obispo. Cuando él volvió a Italia y halló la sede ocupada, comprendió que era lo más conducente al bien de los fieles no reclamar su obispado sino retirarse a su anterior abadía. Pero aquí se encontró con la enemistad de algunos monjes y decidió pasar a otro monasterio, al de Santa María de la Fara, en la diócesis de Cíngoli, y aquí se dedicó a la oración y la penitencia, dando gran ejemplo de santidad. Murió el 27 de septiembre de 1125. Su vida la escribió en el siglo XIII San Silvestre Gozzolini, el cual le dedicó la primera iglesia de su Orden Silvestrina (1225). Sus reliquias se veneran en la catedral de Cíngoli.

BEATO LORENZO DE RIPAFRATTA

Presbítero († 1456)

Lorenzo nace en el castillo de Ripafratta, al pie del Monte Risano, cerca de Pisa, en el seno de una familia señorial. De joven siente la vocación religiosa e ingresa en el convento dominico de Santa Catalina de Pisa cuando sólo tiene 20 años. Su austeridad de vida, sus virtudes angélicas y su celo ardiente por la gloria de Dios y el bien espiritual de los fieles movieron al Beato Juan Dominci a elegirlo para la fundación de un convento en Cortona que, siendo independiente de los demás conventos, pudiera con toda seguridad practicar con la mayor exactitud la regla y constituciones de la Orden. Aquí, en calidad de maestro de novicios, se dedicó a formar un nuevo plantel de religiosos, completamente entregados a la más verdadera reforma de la vida religiosa. Además de esta tarea de formación de los jóvenes religiosos, Lorenzo desarrolló una amplísima labor evangelizadora, predicando sin cansancio la palabra divina por todos los alrededores de Cortona,

siendo mucho el fruto de vida cristiana que se cosechaba de sus predicaciones en los muchos que acudían a escucharlo. El futuro arzobispo de Florencia, San Antonino, no podía menos que alabar al santo predicador y dar gracias a Dios por su ministerio. Nombrado vicario general de la congregación de conventos reformados, fijó su residencia en Pistoya, donde continuó su labor apostólica, sobresaliendo por su caridad en la atención a los afectados por la epidemia de peste. San Antonino no aceptó el arzobispado florentino hasta que nuestro Beato, su antiguo maestro, no se lo mandó como voluntad de Dios. Llegado a la ancianidad, siguió ejerciendo su ministerio mientras pudo, y el Señor le prolongó la vida —entienden algunos— hasta los noventa y ocho años, muriendo santamente el 27 de septiembre de 1456. Su culto fue confirmado el 4 de abril de 1851.

BEATO JUAN BAUTISTA LABORIER DU VIVIER

Diácono y mártir († 1794)

Nació el 19 de septiembre de 1734 en Mâçon (Saône-et-Loire) en una familia de clase media. Habiendo optado por la vida clerical fue nombrado canónigo de la catedral de San Vicente de Mâçon. Como tal canónigo, podía haberse ordenado presbítero pero tenía un profundo sentido de humildad y le resultaba la del sacerdocio una dignidad demasiado alta para el concepto que él tenía de sí mismo y por ello prefirió quedarse de diácono. Como él no tenía obligación de prestar el juramento constitucional, una vez sobrevenida la Revolución y disueltos los cabildos catedrales se quedó con confianza en su propia ciudad. Pero, esto no obstante, fue arrestado el 8 de marzo de 1794 y encerrado en el exconvento de las ursulinas. No sirvió que un grupo de ciudadanos, alegando que no era sacerdote, quisieran evitarle la deportación. Fue enviado a Rochefort y embarcado en Les Deux Associés. Mostró una gran paciencia y humildad en todo el tiempo de su detención y murió piadosamente el 27 de septiembre de 1794.

Fue beatificado el 1 de octubre de 1995 por el papa Juan Pablo II.

BEATOS JOSÉ FENOLLOSA ALCAYNA Y FIDEL (MARIANO) CLIMENT SANCHÍS

Mártires († 1936)

El 27 de septiembre de 1936 fueron martirizados en la ciudad de Sagunto un sacerdote y un religioso que no habían dado motivo alguno para su muerte, pues se habían comportado siempre de forma decorosa y digna, y cuyo único crimen era el profesar el sacerdocio o la vida religiosa. La Iglesia ha colocado a ambos en los altares al beatificarlos el 11 de marzo de 2001.

Éstos son sus datos:

JOSÉ FENOLLOSA ALCAYNA nació en Rafelbuñol el 16 de marzo de 1903 en una modesta familia de labradores de la que recibió sólida educación cristiana. Sintiendo la llamada al sacerdocio, ingresó en el colegio de vocaciones eclesiásticas de San José, de Valencia, donde empezó los estudios sacerdotales, pasando luego al Colegio Mayor de la Presentación. Se ordenó sacerdote en 1926 y consiguió posteriormente el doctorado en teología. Primero fue párroco de Espadilla y encargado de Valdobrado, desarrollando una amplia labor apostólica y social; luego pasó de párroco a Gilet; luego pasó a la capellanía del Asilo de San Eugenio, de Valencia, catedrático del Seminario y vicecanciller de la Curia arzobispal y por último fue nombrado canónigo de la Colegiata de San Bartolomé, de Valencia. Humilde, sencillo, amable, laborioso, daba un ejemplo constante de buen sacerdote. Llegada la revolución de julio de 1936, pasó a su pueblo natal con sus padres y allí ejercía el ministerio a favor de los fieles que se acercaban a él. Arrestado el 23 de agosto, fue llevado a Massamagrell, y también a poco fue arrestada su hermana María, religiosa, que también moriría mártir y sería beatificada con él, estando ambos encerrados en la misma habitación. Sacados en coche, creyeron llegada la hora del martirio, pero se les devolvió a su casa. Como subsistía el peligro de detención, se escondió con otros sacerdotes en la bóveda de la iglesia, pero a los ocho días fueron de nuevo arrestados y obligados a realizar trabajos como barrer y regar las calles, etc., aunque se les permitía dormir en casa. Por fin el 27 de septiembre se lo llevaron con otras 17 personas, entre ellos dos sacerdotes, uno de ellos don Juan Fenollosa, tío suyo, y en las tapias del ce-

menterio de Sagunto fueron todos ellos fusilados. Él exhortó a sus compañeros a perdonar y murió gritando vivas a Cristo Rey.

MARIANO CLIMENT SANCHÍS nació en Puzol, diócesis de Valencia, el 8 de enero de 1856 en el seno de una familia cristiana. Al quedar huérfano de padre y madre en la infancia, se hizo cargo de él su tía Mariana Sanchís, que lo educó cristianamente. Al estar haciendo el servicio militar hubo de participar en la guerra carlista, y, terminada ésta, decide la entrada en la Orden capuchina. Hecho el noviciado profesó el 14 de junio de 1881 con el nombre de fray Fidel de Puzol y en calidad de hermano lego. En 1884 hizo la profesión perpetua. Era un hombre de profunda fe y piedad, manso, humilde, siempre sonriente, celoso cumplidor de su Regla y de sus obligaciones en el convento, daba un ejemplo de verdadero espíritu franciscano. Cuando en 1936 la revolución cerró su convento, él se refugió con unos parientes en su pueblo. Como tenía ya 82 años y estaba mal de la vista, no salía de la casa. El día 27 de septiembre los del Comité local fueron por él, dijeron que lo llevaban al asilo pero lo condujeron al cortijo «Laval de Jesús» y a la entrada lo mataron. Allí quedó insepulto dos días. Fue enterrado en fosa común del cementerio y sus restos no han podido ser identificados.

BEATAS FRANCISCA JAVIERA (MARÍA) FENOLLOSA ALCAYNA Y HERMINIA MARTÍNEZ AMIGÓ

Mártires († 1936)

Este día 27 de septiembre fueron martirizadas en Gilet (Valencia) la religiosa sor Francisca Javiera de Rafelbuñol, en el siglo María Fenollosa, y la seglar Herminia Martínez Amigó. La primera era hermana del mártir José Fenollosa, del que se habla en la biografía anterior, y era religiosa de la congregación de Terciarias Capuchinas de la Sagrada Familia, de las que tres mártires han sido beatificadas y cuya biografía y martirio tiene el lector en el día 23 de agosto —Beatas Rosario (Petra María Victoria) Quintana Argos y Serafina (Manuela Justa) Fernández Ibero— a donde remitimos. Damos aquí la semblanza biográfica de la otra mártir.

HERMINIA MARTÍNEZ AMIGÓ nació en Puzol el 31 de julio de 1887 en el seno de una familia cristiana que la educó en la fe del evangelio. El 24 de febrero de 1916 contrajo matrimonio con Vicente Martínez Ferrer, con el que no tuvo hijos. Militante de Acción Católica y de otras asociaciones católicas, se distinguió por su caridad y sus muchas obras de misericordia, visitando y recogiendo enfermos, y dando no poca parte de sus bienes para socorrerlos. Persona muy piadosa, llevaba con buen talante su escasa salud. Participó con mucho celo en las obras parroquiales y apostólicas. Detenida junto con su marido, confesó valientemente la fe y aceptó la muerte por ser católica. Junto con su esposo fue fusilada en Gilet tal día como hoy.

Fue beatificada el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

28 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. En Stará Boleslav (República Checa), San Wenceslao († 938), duque de Bohemia y mártir *.
2. La memoria de los santos Lorenzo Ruiz de Manila y quince compañeros mártires en Japón: Domingo Ibáñez de Erquicia, Santiago Kyuhei Gorobioye Tomonaga, Antonio González, Miguel de Aozaraza, Guillermo Courtet, Vicente Shiwozuka, Lucas del Espíritu Santo Alonso Gorda, Jordán de San Esteban Jacinto Ansalone y Tomás Hioji Rokuzayemon Nishi, presbíteros, de la Orden de Predicadores; Francisco Shoyemon, Miguel Kurobioye y Mateo Kohioye, religiosos de la misma Orden; Magdalena de Nagasaki, virgen, de la Tercera Orden de San Agustín; Marina de Omura, virgen, de la Orden Tercera de Santo Domingo, y Lázaro de Kyoto, todos ellos mártires († 1633-1637) **.
3. En Calati (Pisidia), santos Alfeo o Alfio, Alejandro y Zósimo († s. IV), mártires.
4. En la Laura Antigua, junto a Belén (Palestina), San Caritón († 350), abad.
5. En Bolonia (Emilia), San Zamas († s. IV), primer obispo de la sede.
6. En Toulouse (Aquitania), San Exuperio († d. 411), obispo *.
7. En Belén de Judá, Santa Eustoquio († 419), virgen *.
8. En Ginebra (Suiza), San Salonio († d. 450), obispo.
9. En Riez (Galia), San Fausto († 490), obispo.

10. En Lyón (Galia), San Anemundo († 658), obispo y mártir.
11. En Salzburgo, santos Cunialdo y Gisilario († s. VIII), presbíteros.
12. En Maguncia (Renania), Santa Léoba († 782), virgen y abadesa *.
13. En Pavía (Lombardía), Beato Bernardino de Feltre († 1494), presbítero, de la Orden de Menores *.
14. En Madrid, San Simón de Rojas († 1624), presbítero, de la Orden de la Santísima Trinidad **.
15. En Nagasaki (Japón), beatos Juan Shozaburo, catequista, Mancio Ikizayemon, Miguel Tayemon Kinoshi, Lorenzo Hakizo, Pedro Terai Kuhioye y Tomás Terai Kahioye († 1630), mártires *.
16. En San Félix de Codinas (Cataluña), Beato Francisco Javier Ponsa Casallach († 1936), religioso de la Orden de San Juan de Dios, mártir *.
17. En Benillup (Alicante), Beata Amalia Abad Casasempere († 1936), madre de familia y mártir **.
18. En Valencia, Beato José Tarrats Comaposada († 1936), religioso de la Compañía de Jesús y mártir *.
19. En Karadzar (Kazastán), Beato Niceta Budka († 1949), obispo y mártir **.

B) Biografías extensas

SAN WENCESLAO DE BOHEMIA
Mártir († 938)

San Wenceslao es hijo de Vratislao, prudente, fervoroso y bondadoso príncipe cristiano, y de Drahomira, princesa de genio fuerte, cruel y pérfido, de la pagana familia de Stodoronow, en Lutecia.

La dualidad de este matrimonio, cristiano-pagano, tuvo mucha trascendencia en la vida del santo duque. El joven príncipe vio, pues, en el seno de su familia los efectos de la lucha de una religión mixta; más tarde tuvo que enfrentarse con la misma en la vida de su propia nación. El problema se presentó más agudo cuando junto a las rivalidades religiosas se unieron los conflictos políticos.

Aunque las primeras semillas de la fe católica la recibieron los bohemios de Bizancio, sin embargo, la magna labor misionera fue fruto de los misioneros occidentales, y precisamente de los alemanes. Este hecho originó, primero, las competencias de los ritos: eslavo con el romano, y más tarde, el influjo de los alemanes en la vida pública de los bohemios.

Como efecto en contrario, surgió entonces la rebelión pagana, la persecución de los cristianos, acaudillada por Drahomira; la conspiración de Boleslavia y, finalmente, el funesto plan del martirio de San Wenceslao.

El panorama de aquella época era, por tanto, muy difícil y muy oscuro.

Para superar todas estas dificultades, el bien de la nación y de las misiones católicas exigía un príncipe ágil, prudente y santo.

Fue San Wenceslao quien mejor respondía a estas exigencias.

Dirigido por su abuela, Santa Ludmila, se mostró inteligente, dócil y con una extraordinaria inclinación a todo lo bueno. Más tarde, ya en el Colegio de los Nobles, bajo la dirección de un sabio maestro, estas virtudes brillaron aún más en el joven alumno. Intelectualmente se distinguía por su ingenio; espiritualmente, por su pureza de costumbres; por la devoción a Cristo en el Santísimo Sacramento y por su filial afecto a la Virgen Santísima. Mas la singular veneración que profesaba a la Virgen le hizo sentir un extremado amor a la pureza. Virtud que pareció ser la nota más sublime de su carácter. A pesar de vivir este ambiente de santidad, Wenceslao no se olvidó de adquirir también las cualidades de un señor futuro soberano de Bohemia.

En 925, tres años después de la repentina muerte de Vratislao, Wenceslao, considerándose preparado para el gobierno de su patria, dio un golpe de Estado y eliminó de la regencia a su madre pagana. Con ella eliminó también la lucha sin cuartel contra los cristianos y todos los privilegios que conquistaron en aquellos tiempos los paganos. Termina con las crueldades y salvajismo de aquellos idólatras y comienza una época de verdadera paz y labor constructiva.

Como señal externa de nuevo gobierno, Wenceslao hace un apoteósico traslado de las reliquias de su abuela, Santa Ludmila, a la catedral de Praga. Elige con gran cuidado a sus ministros y jefes militares y comienza una intensa labor de propagación de la fe.

En todo este ambiente es él mismo quien con su ejemplo realiza los altos ideales de Cristo.

Cumple exactamente con la ley de Dios y practica fervorosamente las virtudes cristianas. Lleva una vida casi monacal; consagra horas en fervorosas oraciones y en mortificaciones;

defiende a los oprimidos; ayuda con generosidad a los pobres; facilita la libertad a los cautivos y presos, etc. En todo el país organiza una política más humanitaria, elimina torturas y prohíbe la horca. Se puede decir que entre los soberanos fue el único que profesara una fe tan eficiente, caridad tan ardiente y virtudes tan escogidas.

Su culto a la sagrada Eucaristía no paraba en una mera veneración, sino que trascendía a los más pequeños detalles, como sembrar el trigo destinado al pan eucarístico y estrujar con sus mismas manos los racimos de uva que darían el vino para el santo sacrificio. Descalzo visitaba en noches frías y de nieve las iglesias para adorar al Santísimo.

Una devoción no menos fervorosa a la Virgen Santísima le llevó a entregarse a ella con voto de castidad para toda su vida.

Todo este modo de vivir —sin duda de verdadera santidad— causaba gran admiración tanto en Bohemia como en otras cortes soberanas de Europa; comúnmente le llamaban «el santo príncipe».

Nada de extraño es entonces que en torno de esta vida naciera el maravilloso misterio de muchas leyendas. Éstas fueron inmortalizadas por el historiador checo Pekarz. He aquí dos de ellas:

Drahomira, envidiando el florecimiento del cristianismo y el pacífico reinado de Wenceslao, incitó a una cruel guerra contra él al vecino príncipe de Gurima, Radislao.

Radislao, en verdad, invadió Bohemia, y a su paso sembró el pánico y la muerte. La guerra fue para todos una gran sorpresa. Wenceslao, sin embargo, quedó tranquilo, pues, como un verdadero seguidor de Cristo, no quería se derramase la sangre de los inocentes. Mandó, por tanto, una embajada para averiguar las causas de la invasión. Radislao, considerando la postura del duque como prueba de flaqueza, exigió como condición de paz la entrega total de Bohemia.

Estas circunstancias reclamaban una justa defensa de la patria. Wenceslao la preparó rápidamente y salió al encuentro de los invasores. Cuando se vieron los dos ejércitos, el duque, antes de empezar la batalla, pidió una entrevista personal con Radislao. Fiel a su fe católica persuadió a Radislao de que como la guerra era cosa de los dos, ellos debían de resolver el litigio, y

por ello invitó al invasor a un combate singular hasta la victoria. Radislao, seguro de su éxito, aceptó el duelo y salió contra el santo duque armado como Goliat. Wenceslao, por el contrario, la victoria la ponía en manos de Dios, y en nombre de Él dio la señal del combate. Se disponía Radislao a disparar su dardo, cuando de repente vio delante a dos ángeles y oyó una voz: «No le dispares». Momentos después, horrorizado, dejó sus armas y fue a postrarse a los pies de Wenceslao, pidiendo perdón y aceptando todas las condiciones de paz.

La celestial intervención en favor del duque de Bohemia se repitió de nuevo durante la Dieta de Worms, convocada por el emperador Otón I. Un día Wenceslao, por oír dos misas, llegó tarde a la asamblea. El emperador y los príncipes consideraron esta falta como una gran desatención. Acordaron entonces demostrar su enojo. Sin embargo, cuando apareció Wenceslao todos le recibieron con los debidos honores, incluso el mismo emperador, pues todos vieron con el mayor asombro que el duque de Bohemia entraba en la sala acompañado de ángeles, portando delante de él una gran cruz de oro.

La santidad de Wenceslao ganaba la estima de muchos. Sin embargo, la llama del odio se mantenía viva en el pagano corazón de Drahomira. Es más, existía también otra persona que meditaba cómo destituir y privar del trono al rey de Praga. Era su hermano menor, Boleslao.

La ocasión no tardó en presentarse. Con motivo del nacimiento de un hijo suyo, Boleslao organizó grandes fiestas e invitó a Boleslavia a su hermano Wenceslao. El santo duque aceptó esta invitación y acudió a Boleslavia, donde fue recibido con todos los honores reales. Sin embargo, estas galas fueron una falsedad creada por su hermano. En medio de la alegría reinante, cuando Wenceslao, durante la noche, se dirigía a la próxima iglesia para su acostumbrada adoración, Boleslao le agredió, y violando el sagrado derecho de hospitalidad, junto con sus ayudantes, dio muerte a su indefenso y egregio huésped.

El martirio ocurrió el 28 de septiembre de 938. Bohemia se llenó de dolor.

Los asesinos, después de un corto tiempo de júbilo, pronto recibieron su merecido castigo. Tanto Drahomira como Boleslao tuvieron una muerte miserable.

San Wenceslao quedó proclamado Patrono de todos los países de la corona de los bohemios.

El culto aumentaba constantemente, llegando, en los siglos XI y XII, su efigie a adornar el ducado, la moneda de Bohemia. Bajo la bandera de San Wenceslao lucha el ejército y con la invocación del santo se desarrolla la labor nacional. En el siglo XIII nace el himno *Svaty Vaclave, vevodo cesek zeme...* y en la época de Juan Hus, el himno súplica: «Tú eres el soberano de estas tierras, San Wenceslao; no nos abandones...».

La devoción es general, y las múltiples iglesias, como también los muchísimos monumentos dedicados al santo duque, testimonian el vivo amor hacia él de los checos.

MARIANO WALORECK

Bibliografía

Acta sanctorum, 28 septembris, t.VII, p.770-844.

Acta sanctorum. Octobris, t.XI, p.84-85; 235-236: «Annus ecclesiasticus graeco-slavicus».

Vita por el monje Cristián. Cf. *Analecta Bollandiana* 25 (1906) 512; 48 (1930) 219. Parece cierto que esta *Vita* no es del siglo X como se creía, sino del XIV (cf. *Martyrologium romanum,* Bruselas 1940).

SANTOS LORENZO RUIZ Y COMPAÑEROS

Miguel de Aozaraza, Guillermo Courtet, Vicente Shiwozuka, Lázaro de Kyoto, Domingo Ibáñez de Erquicia, Francisco Shoyemon, Santiago Kyuhei Gorobioye Tomonaga, Miguel Kurobioye, Antonio González, Magdalena de Nagasaki, Lucas del Espíritu Santo Alonso Gorda, Mateo Kohioye, Marina de Omura, Jordán de San Esteban Jacinto Ansalone y Tomás Hioji Rokuzayemon Nishi

Mártires († 1633-1637)

El 18 de febrero de 1981 el papa Juan Pablo II estaba de viaje pastoral por el Extremo Oriente, y en el parque de la Luneta de Manila beatificaba —primera beatificación fuera del Vaticano— a un grupo de dieciséis mártires, entre los que estaba el primer filipino que alcanzaba la gloria de los altares: Lorenzo Ruiz. Y con él eran beatificados nueve sacerdotes de la Orden

de Predicadores, tres hermanos profesos de la misma Orden, dos terciarias dominicas, y un guía intérprete. Nueve eran japoneses, cuatro eran españoles, uno francés y otro italiano. Sus nombres son: Domingo Ibáñez de Erquicia, presbítero, de la Orden de Predicadores; Santiago Kyuhei de Santa María, presbítero, de la Orden de Predicadores; Antonio González, presbítero, de la Orden de Predicadores; Miguel de Aozaraza, presbítero, de la Orden de Predicadores; Guillermo Courtet, presbítero, de la Orden de Predicadores; Vicente Shiwozuka de la Cruz, presbítero, de la Orden de Predicadores; Lucas del Espíritu Santo Alonso Gorda, presbítero, de la Orden de Predicadores; Jordán de San Esteban Jacinto Ansalone, presbítero, de la Orden de Predicadores; Tomás Hioji Rokuzayemon Nishi, presbítero, de la Orden de Predicadores; Francisco Shoyemon, Miguel Kurobioye y Mateo Kohioye, religiosos de la Orden de Predicadores; Magdalena de Nagasaki, virgen, terciaria agustina y dominica, y Marina de Omura, virgen, terciaria dominica; Lázaro de Kyoto, seglar.

Da gusto releer al cabo del tiempo y cuando ya estos dieciséis mártires han sido canonizados las bellas palabras pronunciadas por el Santo Padre con motivo de aquella beatificación. El Papa habló del ejemplo del Hijo de Dios, que se sacrificó a sí mismo por nosotros. Y añadió:

> «Esto es lo que hizo Lorenzo Ruiz. Guiado por el Espíritu Santo hasta su meta inesperada después de un viaje aventurado, él dijo al tribunal que era cristiano, que debía morir por Dios y que daría su vida por Él mil veces [...] Igual que la joven Iglesia de Jerusalén produjo su primer mártir por Cristo en la persona del diácono Esteban, así también la joven Iglesia de Manila, fundada en 1579, produjo su primer mártir en la persona de Lorenzo Ruiz, quien había servido en la iglesia parroquial de San Gabriel en Binondo. La parroquia local y la familia, iglesia doméstica, son, sin duda, el centro de la fe que es vivida, enseñada y testimoniada».

Se trataba por tanto de una fausta ocasión: el reconocimiento como beato y mártir a un hijo de la tierra filipina, tierra donde en el último tercio del siglo XVI el evangelio fue sembrado por los misioneros españoles y arraigó para echar frutos ubérrimos de vida cristiana.

Lorenzo Ruiz y sus compañeros mártires no recibieron el martirio en el suelo filipino sino en el suelo japonés. Filipinas se había convertido en antesala y plataforma de la acción misionera en Japón. Desde Filipinas salían los barcos que llevando misioneros fueron a parar a Japón. Primero lo hicieron en tiempos de paz para el cristianismo naciente del Japón, sembrado por San Francisco Javier, el gran apóstol del Extremo Oriente, y luego, a partir de desatarse una fiera persecución en 1614, lo siguieron haciendo porque hubo numerosos sacerdotes que, acompañados a veces de seglares, se decidían a ir a Japón exponiendo la vida pero queriendo continuar mientras pudieran la epopeya misionera. Los sacerdotes mártires de este grupo, todos ellos, incluyendo al japonés, volvieron desde Filipinas a Japón aun conociendo que su vida corría peligro y que era muy posible encontrarse con horrorosos tormentos y con la muerte. Los seglares japoneses, hombres y mujeres, unidos con firme amistad espiritual entre sí y con los misioneros dieron un ejemplo emocionante de vida cristiana. A resaltar la presencia de las dos primeras santas japonesas, Magdalena y Marina, ambas santificadas en la senda de una Orden tercera y ambas selladas con el sello del martirio, que las llevó derechamente al Reino de los cielos. Como dijo el Papa, la atractiva figura del primer mártir filipino no quedaría plenamente ilustrada en su contexto histórico sin encomiar el testimonio dado por sus quince compañeros, quienes sufrieron martirio en 1633, 1634 y 1637.

Todos ellos, cada uno en su concreta circunstancia y estado de vida, aceptaron la lucha y el esfuerzo que significó su fe y su quehacer cristiano. Aceptaron con fe y valentía duros viajes, privaciones de toda clase y terribles torturas, la traición de personas amigas y otras numerosas dificultades. También algunos de ellos sucumbieron a la debilidad pero recuperaron por la misericordia de Dios la fuerza y fueron capaces de ir finalmente al martirio. Les inspiró la pasión de Cristo, que todos ellos tuvieron ante los ojos del alma continuamente y que les sirvió de aliento y fuente de fortaleza, mirando en el Crucificado el verdadero modelo de paciencia y abrazándose a su cruz con verdadera ilusión espiritual y alegría. Igualmente les inspiró la Virgen María, en quien tenían puesto el corazón con amor filial entrañable y que invocaban de muchos modos, singularmente con el

santo rosario, del que eran todos singulares devotos, y que les servía de oración tan fácil como profunda y de venero de energía. Todos ellos fueron sometidos a dos torturas terribles: la del agua ingurgitada y la de la horca y la hoya. La primera consistía en hacerles beber grandes cantidades de agua y obligarles a arrojarla con violencia oprimiéndoles fuertemente el vientre. Esto causaba rotura de las entrañas y terribles hemorragias. El tormento de la horca y la hoya consistía en colgarles de una horca sobre un pozo fétido, siendo el pozo cerrado con tablas a modo de cepo ajustado a sus cinturas. Hasta morir era posible resistir así incluso durante varios días.

La tierra regada por la sangre de estos mártires fue Japón, el país que en 1549 se había abierto al evangelio gracias al esfuerzo apostólico de San Francisco Javier. Él vio con claridad las espléndidas cualidades del pueblo japonés, y vio cómo era posible que se estableciera una fácil y magnífica sintonía entre el alma japonesa y el evangelio del que el cristianismo es portador. Sembrado primero por los jesuitas, la labor de otras órdenes religiosas vino a complementar el trabajo de la Compañía de Jesús: franciscanos, dominicos y agustinos recalaron en las costas niponas para unirse al esfuerzo evangelizador. Aquel esfuerzo dio pronto óptimos frutos y hasta que la persecución logró reducir drásticamente el número de cristianos y reducirlos a la clandestinidad más espesa, de la que no saldrían sino bien avanzado el siglo XIX, la cristiandad japonesa fue viva y operante. El cristianismo logró llegar a una parte importante de la sociedad japonesa.

Si se pregunta por las causas de la persecución se verá que detrás de ella había malentendidos gravísimos, como el de que se trataba de una quinta columna para la penetración colonial española, por ejemplo, y el de que el cristianismo ponía en peligro la libertad y la identidad del alma nipona. El decreto persecutorio de 1614 estableció con toda claridad la hostilidad total y profunda de la autoridad japonesa al cristianismo, términos que se repitieron en los decretos de 1633 y 1638. Decía así el decreto, entre otras cosas:

> «Los seguidores de Cristo, llegados improvisamente al Japón, no solamente vienen trayendo mercancías sino que también, sin licencia alguna, han extendido y propagado su malvada ley, destru-

yendo la buena y legítima y conspirando para derrocar el poder en nuestro país. El Japón es un país shintoísta y budista, que venera a los dioses, honra a Buda y tiene en gran estima el Camino de la Benevolencia».

Y prosigue:

«Los seguidores de los Padres han desobedecido todas las órdenes dadas por el gobierno y despreciado la religión y destruido el bien. Viendo a los condenados a muerte se alegran y corren tras ellos espontáneamente; los adoran y los saludan. Tal es el supremo ideal de esta religión. Si no se la prohíbe inmediatamente, vendrán calamidades sin fin sobre el Estado. Que estos cristianos sean exterminados sin demora en todas las regiones del Japón, de forma que no tengan lugar donde poner sus pies o sus manos. Si alguno se atreviera a contravenir esta orden sea castigado con la muerte».

Hacia 1638 el Japón se cerró a todo lo europeo y cristiano, habiendo ahogado en sangre la vitalidad de la cristiandad floreciente. Para entonces, y como últimos de la fase persecutoria, habían ya sufrido martirio los santos que conmemoramos hoy.

Cada uno de estos mártires, canonizados en Roma por el mismo Papa que los beatificó en Manila, el 18 de octubre de 1987, tiene su biografía en el día correspondiente a su martirio. Aquí damos las del grupo que padeció martirio el 29 de septiembre y cuya memoria, englobando la de todos, se ha traído a hoy, al estar ocupado el día 29 por la de los Santos Arcángeles. La celebración de esta canonización se hizo coincidiendo con la celebración del «Sínodo de los laicos» y al mismo tiempo con la fecha del «Domingo mundial de la propagación de la fe», el popular *Domund,* que esta vez se adornó con la canonización de misioneros y de nativos cristianos mártires. El Santo Padre dispuso posteriormente que la memoria anual de estos mártires se recoja en el misal romano el día 28 de septiembre.

LORENZO RUIZ nace en 1600 en Binondo, arrabal de Manila, hijo de padre chino y de madre tagala, ambos cristianos, y recibe el bautismo de pequeño, educándose a la sombra de la Parroquia de San Gabriel, llevada por los padres dominicos y a la que sirve en su juventud. Adquiere una cultura media y puede colocarse como escribano. Opta por el estado del matrimonio y tiene tres hijos. Su vida discurría sin especiales sucesos. Era un hombre normal, inserto en la sociedad de su tiempo y su tierra, buen cris-

tiano y cumplidor de sus deberes religiosos y miembro de la Cofradía del Santo Rosario. Pero en 1636 tiene un grave problema: hubo un asesinato y él es acusado de complicidad. Parece que cuando se hablaba del caso él decía que había tenido una pendencia con un español. No es posible determinar cómo fue realmente el caso ni qué responsabilidad tenía realmente Lorenzo, pero todo indica que la perspectiva era la condena a muerte en la horca. Entonces se entera de que San Antonio González, religioso dominico, está organizando un viaje y decide enrolarse en él, como forma, al parecer, de escapar a la persecución de que era objeto por parte de la justicia real. No tenía conciencia, dado el secreto con que el viaje era preparado, de que escapaba de una muerte para ir a parar a otra. Se comprometió a acompañar al P. Antonio como servidor y a embarcar sigilosamente.

Pese a la prohibición del gobernador español, el provincial de los dominicos logró fletar una embarcación que llevase a los misioneros y sus acompañantes al Japón. Como piloto iba un hermano dominico, buen conocedor del Mar de China, ayudado por veinte marinos filipinos y chinos. Salen hacia el Japón el 10 de junio de 1637 y pasan en el trayecto una fuerte borrasca. Llegan a lo que se llama Okinawa (Islas Lequios) y desembarcan. Lorenzo no quiso desembarcar porque él creía que iban a Macao, pero cuando se dio cuenta de que el barco continuaba hacia Formosa, temiendo que allí le detuvieran las autoridades españolas, prefirió quedarse con los misioneros y correr su suerte. Tomaron todas las precauciones, pero muy poco después de desembarcar todos fueron apresados. Lorenzo es presionado para que abjure del cristianismo. Como se negaba, padeció terribles torturas pero permaneció fiel. El 21 de septiembre de 1637 era llevado a Nagasaki, donde ya estaban otros mártires, con el P. Antonio y otro seglar, San Lázaro de Kyoto. Atormentado, tuvo buen humor, no dejando de manifestar que estaba dispuesto a soportarlo todo por amor a Cristo. Llevado a la prisión, se reunió con los demás presos. El día 23 fue sometido de nuevo al tormento del agua, y Lorenzo se enfrentó públicamente con los magistrados, afirmando que por Dios estaba dispuesto a dar muchos miles de vida que tuviera. El 27 de septiembre, en presencia de un gran número de comerciantes por-

tugueses, se organizó una cabalgata en la que iban Lorenzo y sus compañeros. Media cabeza la llevaban afeitada y pintada con almagre, y asimismo la parte izquierda de la cara. Desde la cabalgadura saludaron a los portugueses. Llegados a la montaña donde se habían realizado tantos martirios, les aplicaron el tormento de la horca y la hoya, arriba descrito. Resistieron, animándose mutuamente y hasta cantando cánticos religiosos. El día 29, en vista de que parecían seguir vivos, mandaron los magistrados sacarlos y decapitarlos pero Lorenzo estaba ya muerto. Su cuerpo fue quemado y luego sus cenizas tiradas al mar. Cuando la noticia de su muerte y la de sus compañeros llegó a Filipinas, se echaron campanas al vuelo, porque Filipinas tenía un mártir y porque la muerte de todos ellos la tuvieron enseguida por verdadero martirio.

MIGUEL DE AOZARAZA era natural de Oñate (Guipúzcoa), donde había nacido en 1598. Tenía 17 años cuando opta por la vida religiosa e ingresa en la Orden de Predicadores, en el convento de Santo Domingo de Vitoria. En este convento era muy vivo el espíritu misionero y ello llevó a Miguel a ofrecerse para las misiones. Estuvo varios años en Madrid, donde se acreditó como excelente religioso y buen gestor de todos los asuntos que se le encomendaron, mostrando una gran capacidad de sacrificio y servicio. Cuando en 1634 se anunció una expedición misionera a Oriente, fray Miguel se ofreció enseguida y colaboró mucho en su organización. Llegado a Filipinas, fue enviado a la misión de Bataán, Luzón, aprendiendo con gran interés la lengua tagala para facilitar su obra evangelizadora, y con los ojos puestos en Japón, comenzó igualmente a aprender japonés. En 1636 fue designado para el viaje misionero a Japón que tan sigilosamente se preparó. Él accedió con gran voluntad y siguió la suerte de toda la expedición, como queda relatada. Resistió vigorosamente las invitaciones a apostatar y soportó con gran fortaleza los tormentos. El día 13 de septiembre de 1637, maniatado y metido en una jaula, llegó a Nagasaki y se le sometió a un interrogatorio que dirigían varios cristianos y un sacerdote apóstatas. Declaró que había ido al Japón de forma voluntaria, no enviado por el gobernador español de Filipinas sino en contra de su voluntad y que no tenía otra intención que la misione-

ra. El sacerdote apóstata se dirigió a él en latín para convencerlo de que apostatase, pero fray Miguel se mantuvo firme en la fe. Atormentado el 15 de septiembre con el tormento del agua ingurgitada, quedó muy maltrecho y fue llevado a la cárcel, donde animó a fray Vicente, que había apostatado, a arrepentirse. El 27 de septiembre fue llevado al lugar del suplicio. Luego de varios días de estar en el tormento de la horca y la hoya, fue sacado vivo del mismo y decapitado el día 29 de septiembre.

GUILLERMO COURTET nació en Serugnan (Francia) el año 1590, e ingresó en la Orden de Predicadores, pronunciando en Albi la profesión religiosa el 16 de agosto de 1608. Ordenado sacerdote, fue sucesivamente profesor de teología y prior del convento de Avignon, sobresaliendo por su celo en la observancia religiosa, encomendándosele asuntos que le dieron no pocos trabajos y disgustos. Deseando pasar a las misiones, obtuvo permiso para pasar a Madrid, tomando el nombre de fray Tomás de Santo Domingo. Aquí se preparó para su futura tarea misionera, saliendo en 1634 para Filipinas, a donde llegó el 24 de junio de 1635, siendo destinado como profesor al colegio de Santo Tomás. Austero, piadosísimo, trabajador infatigable, su vida era un ejemplo para todos. Fue elegido para la expedición a Japón de 1636. Compartió en todo la suerte de San Miguel de Aozaraza y, al igual que él, estaba vivo cuando fue sacado del tormento de la horca y la hoya, y fue decapitado el 29 de septiembre de 1637.

VICENTE SHIWOZUKA DE LA CRUZ era hijo de padres ya de antiguo cristianos y había nacido en Nagasaki, último de siete hermanos. Sus padres deseaban que se dedicara al servicio divino y con esa intención lo criaron en la mayor piedad. A los 9 años ingresó en el colegio jesuita de Nagasaki para prepararse como dóxico o catequista, cargo que ejerció con mucho celo. Pero en 1614, tras el decreto persecutorio, hubo de salir desterrado, llegando a Manila, viendo que eran vanas sus esperanzas de quedarse o regresar al Japón. Rechazó propuestas matrimoniales y aconsejado por los franciscanos se preparó al sacerdocio y se ordenó. Se hizo terciario franciscano. Su labor sacerdotal la ejercitó con los muchos japoneses que había en Filipinas y que se mostraban receptivos del evangelio. También daba clases

de japonés a los religiosos que se preparaban para entrar clandestinamente en el Japón. Entró por azar en contacto con San Antonio González, el cual le invitó a participar en la expedición misionera que preparaba. Vicente se entusiasmó y aceptó y, para no ir como sacerdote secular entre religiosos, pidió y obtuvo el ingreso en la Orden de Predicadores. Embarcado con los demás, corrió su suerte. El 13 de septiembre de 1637 era llevado a Nagasaki donde se le dio el tormento del agua ingurgitada, y ante él, horrorizado, Vicente apostató. Pero esperaban de él otras confesiones y siguieron atormentándolo. Llevado a la cárcel, los PP. Courtet y Aozaraza lograron atraerle a penitencia. Volvió a manifestar su fe y fue por ello condenado a muerte. El día 27 le fue aplicado el tormento de la horca y la hoya y cuando fue sacado el día 29 estaba aún vivo, por lo que fue decapitado.

LÁZARO DE KYOTO es el nombre con que ha subido a los altares este seglar mártir, que confesó la fe y por ello fue atormentado y muerto con los mártires que celebra la Iglesia hoy. No se sabe su apellido o nombre japonés. Tampoco se sabe si de verdad se llamaba Lázaro o le daban este nombre porque padecía la enfermedad de la lepra. Sí se sabe que era de la ciudad de Kyoto, y que en 1632 por el doble título de leproso y cristiano fue embarcado con otros ciento treinta enfermos cristianos de idéntica enfermedad y desembarcado en las playas de Manila. Era una muestra de disgusto por ser Manila el puerto de embarque de los misioneros. Recibidos y tratados con caridad los leprosos, Lázaro llevaba su destierro con amargura porque echaba mucho de menos su tierra. Por ello cuando supo la expedición que organizaba el P. Antonio González se ofreció para servirles de guía e intérprete y el santo aceptó el ofrecimiento. Embarcado con sus compañeros, corrió su suerte, pero cuando presenció cómo atormentaban al P. Antonio, se horrorizó y apostató. Pero llevado a la prisión, fue animado por los demás a arrepentirse y ser fuerte y en efecto se reconcilió. El día 23 de septiembre de 1637 fue sometido al tormento del agua y resistió. El día 27 fue llevado a la colina de los mártires y allí sometido al tormento de la horca y la hoya, y cuando lo sacaron el día 29 hallaron que ya estaba muerto.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 73 (1981) 583-588; 82 (1990) 217-220.

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Dominici Ibañez de Erquicia O.P. et XV Sociorum in odium fidei, uti fertur, annis 1633-1637 interfectorum. Positio super introductione causae ex officio concinnata* (Roma 1979).

«Domund con sello español»: *Vida Nueva* (1987) n.1603.

GALMÉS MAS, L., OP, *Los dieciséis mártires del Japón* (Madrid 1987).

SAN SIMÓN DE ROJAS

Presbítero († 1624)

El Valladolid de 1552 fue el lugar del nacimiento del santo. Allí, joven, vistió el hábito trinitario, al que se acogió con decidida vocación en el convento de la Orden. Éste fue su primer peldaño en la escala hacia la santidad, si bien es verdad que su virtud se había delineado ya en aquellas sus aspiraciones en la adolescencia y en la niñez. Pero el anhelo de santidad cobra cuerpo cuando, joven, con plena responsabilidad, con valentía varonil, dispuesto a arrostrar y superar dificultades y contratiempos, se consagra a Dios en votos perpetuos, consagra su oblación en la primera misa y la reitera cada mañana en la subida diaria al altar del Señor que alegra su juventud, que es tanto como alegrar y sostener aquel primer y florido ofrecimiento de sus mejores años.

Versado en esta asignatura de la santidad, nada bueno ni grande extraña en él: cargos de responsabilidad superior en la Orden; correrías sin cuento en los puestos designados por la obediencia; apostolados ininterrumpidos dondequiera que la gloria de Dios o el bien del prójimo le colocaban. ¿Cómo nos va a extrañar nada de ello? ¿Cómo extrañarnos por sus milagros? Ni precisamos contarlos, tantos como se cuentan en sus biografías: si Dios estaba con él y con él guardaba Dios aquella amistad perfecta, lo extraño hubiera sido la apatía en el servicio del Señor, la indiferencia ante la indigencia del prójimo; extraño hubiera resultado que el Señor de los cielos no le hubiese ayudado con el milagro en todas aquellas coyunturas en que se ventilaba un mayor rendimiento de la gloria de Dios o un mejor remedio de apuros humanos.

Nada extraño se nos hace que, versado muy altamente en la práctica de las virtudes, pusiese su vista en él el rey Felipe III al objeto de que la compañía del Beato le resultase sedante piadoso entre los graves asuntos del reino y para que orientase la conciencia del futuro Felipe IV. Se explica su permanencia junto a los reyes y príncipes, y se explica el difícil equilibrio que supo guardar entre validos y palaciegos. Comprendemos, dada su virtud y santidad, se prestase a enjugar las lágrimas del de Lerma, caído en desgracia; supiese frenar la vanagloria del de Osuna, encumbrado, y consiguiese de don Rodrigo Calderón la aceptación resignada de la muerte en el cadalso ignominioso.

Todo, todo: milagros; difíciles y acertados asesoramientos; apostolados incansables e ininterrumpidos —el centro y sur de España fueron testigos de ellos—; conversiones de duros pecadores; lucro abundante de almas para Cristo... Todo se explica y comprende a la luz de la lámpara de santidad que brillaba en su persona. Todo es el resultante de su virtud eximia; de su trato de intimidad con Dios, que da omnipotencia al brazo humano y sagacidad superior a la inteligencia creada.

De por fuerza, el demonio le había de distinguir con preferencia particular de enemigo de talla excepcional y había de retarlo de continuo a singular batalla. Tampoco nos resulta extraño que demonio, mundo y carne se aliasen contra él, para contra él proceder en acción mancomunada: la tentación carnal, la intriga política, la sorna palaciega..., toda la gama de resortes de que el infierno dispone, se volcaron contra el santo. Encontramos lógico este esfuerzo infernal. Pero siguió nuestro Beato firme en su «todo lo puedo en Aquel que me conforta», y —lo dijimos— acertó con el bálsamo bendito que fortalece a los atletas de Cristo, restaña las heridas de gloriosas pasadas batallas y proporciona armas eficaces para las venideras.

«Hay demonios que no se lanzan sino con la oración y el ayuno», nos advirtió nuestro Señor Jesucristo; y a fe que nuestro santo supo esgrimir con destreza estas armas; fueron ásperos, muy ásperos, sus sacrificios, rígidas hasta el extremo sus penitencias; fue su cuerpo con frecuencia castigado por los duros golpes del cilicio, manejado por sus propios hermanos en religión, a quien él mismo impuso en virtud de obediencia aquella obligación. Fue rigurosa su observancia de la regla, austera su

vida; su humildad le hizo sentirse gran pecador e indigno de los episcopados que se le ofrecieron. Su fuego de amor de Dios y del prójimo le llevó a la más exacta y rígida interpretación del mandamiento máximo de Dios, entendiendo en toda su precisión el amor de Dios como santidad, y el amor del prójimo como apostolado en toda la extensión e intensidad que entenderse pueda y en toda la infatigabilidad que el organismo humano se pueda permitir. Fue eximia su castidad, garantizada con protección especial de María.

Conversión de los pecadores, santificación mayor de los justos, redención purificativa de las almas del purgatorio: he aquí el tríptico apostólico de Simón de Rojas.

Unos pocos, muy pocos, libros, encontramos en su biblioteca, la de su celda conventual, donde la cama era un mueble de lujo inservible —dormía en el suelo—: las obras de Santo Tomás, las de San Bernardo, santo de su especial devoción; el libro de Tomás de Kempis y su devocionario. No es dato pequeño: *Non multa sed multum,* nos legaron los antiguos: no muchas cosas, sino mucho; y de los libros reza el otro refrán que hay que temer al hombre de un libro.

Merece especial mención su acendrada devoción a María, devoción que he llamado arriba bálsamo que prepara eficazmente para la victoria, dulcifica las heridas, hace intrépida e invencible la virtud apostólica y fácil la misma santidad.

Reza que te reza siempre a María: ¿Qué importa la calle pública o la soledad? ¿Qué la intriga o la paz? ¿Qué la dificultad o el riesgo? ¿Qué el sudor o la fatiga? ¿Qué suponen las asechanzas humanas, la tentación diabólica o la prueba divina? No pasa de ser todo un crisol en que probar la excelsitud del tesoro de virtud que acaparaba. Si omnipotente fue para todo con la gracia, todo le resultó suave y fácil con María. Ni esto está en contradicción con las asperezas que he señalado de sus penitencias: éstas fueron el camino para llegar a la Madre y para en estrecha unión con ella mantenerse; éstas fueron el castigo a su cuerpo para completar en él lo que falta a la redención de Cristo, a fin de llevar su fruto salvador a otros.

Ave María, Ave María: cientos, cientos de veces cada día estas dos palabras estuvieron en su boca. Ni tenía otro saludo, ni otro pensamiento anidaba, ni otro anhelo suspiraba que la idea

y el nombre de María. Propagar a todos la devoción a la Virgen fue su empeño mayor y más decidido: «Mi mayor afán es fundar la Congregación de Esclavos del Dulce Nombre de María», dijo un día el santo al rey de España: «Préstele Su Majestad su anuencia y apoyo y haga la merced de escribir al Papa para que la apruebe y bendiga». Con fecha 27 de noviembre de 1601 quedó solemnemente fundada en Madrid la Congregación del Ave María, que tan grande y fructífero historial nos había de legar.

Simón de Rojas fue quien consiguió introducir el Oficio del Dulce Nombre de María, que había de rezarse primero en la Orden trinitaria, y que se extendió después a toda la Iglesia católica.

Discurrió su vida por esta trayectoria del acercamiento a Dios por medio de María, hasta que un 28 de septiembre, el del año 1624, cambió su lugar de residencia y, dejando en la tierra su cuerpo, fue su alma a habitar en el cielo.

Con su cuerpo quedó aquí el grato recuerdo de sus grandes hechos y virtudes; quedó su Orden trinitaria benemérita; quedaron los por él beneficiados testigos de su carrera en el mundo; se elevaron al Santo Padre de Roma continuadas peticiones y el día 13 de mayo de 1766 quedó Simón de Rojas proclamado beato por el papa Clemente XIII; y muchos años más tarde, el 3 de julio de 1988, fue canonizado por el papa Juan Pablo II.

Tratado de la oración y sus grandezas: éste es el libro que nos ha quedado del santo; escribió mucho más, pero no ha llegado a nosotros.

Visitó Simón de Rojas a Santa Teresa de Jesús en Alba de Tormes; y en la santa piensa el lector cuando repasa el tratado de Simón; piensa en ella sobre todo el lector cuando ve a San Simón explayarse en los altos conceptos de meditación y contemplación; cuando escribe el santo sobre la oración, «universal escuela en la cual se enseña y aprende toda virtud y bondad».

Además de en Santa Teresa piensa el lector, con el libro de San Simón de Rojas en la mano, en San Juan de la Cruz, contemporáneo suyo; piensa en el Beato Juan de Ávila, que, a la distancia de unos pocos años, le había precedido en su apostolado por Andalucía. Cuando en San Simón de Rojas se leen aquellas páginas sobre el amor divino «que dilata y ensancha el

corazón» y sobre «cómo toda criatura nos enseña a amar», salta a la memoria el recuerdo de San Francisco de Asís, tan observador de la naturaleza y fino cantador de ella. Cuando se medite sobre el amor de nuestro santo a los hombres, piensa el lector en San Juan de la Cruz, que moría cuando nacía aquél.

AGUSTÍN ARBELOA EGÜES

Bibliografía

ARCOS, F. DE, *Vida del Beato Simón de Rojas* (Madrid 1670; ²1678).

ISLA, J. DE, «El Beato Simón de Rojas», en J. CROISSET, SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* IX (Madrid 1854) 530s.

FRANCISCO DE SAN JUAN, *Ave María.* Canciones reales, con un romance fúnebre, dos sonetos y epitafios a la vida y muerte de nuestro Reverendísimo P. Maestro Fr. Simón de Roxas, Confesor de la Reina Nuestra Señora, Maestro que fue del Rey Nuestro Señor y sus hermanos, Fundador de la Real Congregación del Ave María, Visitador y Provincial de la Orden de la Santísima Trinidad (Madrid).

JESÚS DE LA VIRGEN DEL CARMEN, *Los trinitarios españoles en la espiritualidad cristiana* (Barcelona 1957).

RUIZ DE HUIDOBRO, J., *Vida y hechos del Beato Simón de Rojas, trinitario, Fundador de la Real Congregación de Esclavos del Dulcísimo nombre de María* (Madrid 1913).

VEGA, F. DE LA, *Vida del venerable siervo de Dios y finísimo capellán de María Santísima, P. Maestro Fr. Simón de Rojas* (Madrid 1760).

• Actualización:

FUENTES, M., OSST, *Simón de Rojas, esclavo de María y hermano de los pobres* (Córdoba 1988).

GAMARRA MAYOR, J., *San Simón de Rojas, maestro de oración* (Córdoba 2003).

VILLARTA, A., *Estampas de la vida de San Simón de Rojas y de su época* (Madrid 1994).

WITKO, A., *San Simón de Rojas* (Roma 2003).

BEATA AMALIA ABAD CASASEMPERE

Madre de familia y mártir († 1936)

Nace en Alcoy (Alicante) el 11 de diciembre de 1897, en el hogar cristiano formado por Vicente Abad y Teresa Casasempere. En el templo parroquial de Santa María es bautizada, recibe la primera comunión y será confirmada. Alumna de las Carmelitas de la Caridad (Vedrunas). En 1921 contrae matrimonio con Luis Maestre Vidal, capitán del Ejército, con quien procrea dos mellizas, de las que sobrevivirá María Luisa, y Amalia Lucía, que profesa en el Instituto de Misioneras de Cristo Jesús y misionará en Jubela (Congo Belga).

Tres años más tarde (1924), su esposo desaparece en combate en el desastre de Anual (Marruecos), razón por la que en 1927 se le concede una pensión de guerra. Este infortunio la llevará a vivir entregada a su vocación cristiana, y a formar adecuadamente a sus hijas en el temor de Dios. Mujer de fe profunda, participa diariamente de la santa misa y la comunión, reza el rosario y profesa una especial devoción al Corazón de Jesús y a la Virgen María. Una intensa vida de piedad que guiada por el Espíritu Santo la lleva al apostolado laical, asociándose a diversas agrupaciones parroquiales. Pero donde se distingue especialmente es en la Acción Católica de la real parroquia de San Mauro y San Francisco.

Apóstol social, se atrae las iras de los enemigos de la Iglesia, que la insultan por la calle y la llaman «la fanática». Dotada de temperamento fuerte y vivaz, decidida en las cosas de Dios, no tiene miedo a nada en cuanto se trate del bien de las almas. Cumple con sus deberes de esposa y madre porque es un alma de temple heroico. Ayuda a legalizar numerosas uniones en el sacramento del matrimonio, y se preocupa por cristianar a niños que no habían recibido las aguas sacramentales.

Despliega una actividad apostólica extraordinaria. Al expulsar a las Carmelitas de la Caridad en mayo de 1931 de su colegio, donde estudió, invita a un sacerdote primo suyo, don Rafael Monllor, a penetrar en la capilla de dicho centro escolar, para reservar el Santísimo Sacramento, mientras ella se lleva a su casa a dos religiosas carmelitas, a quienes animaba: «No se preocupen. Hemos salvado al Señor y se han salvado ustedes». En otra ocasión se encontró en la calle con el alcalde de la ciudad del Serpis, a quien acompañaba el director de un periódico local de izquierdas, y sin mediar palabra fue insultada groseramente, profiriendo, además, algunas blasfemias. Se defendió con coraje, y marchó llorando por las ofensas pronunciadas contra Dios.

Generosamente caritativa, no sólo entrega de lo suyo, pide ayuda a distintas familias acomodadas para llevar comida a los necesitados. A los encarcelados, les lleva alimentos. Acoge en su casa a dos religiosas Esclavas y, a pesar de que era hostigada, continúa con su vida de piedad. En 1935 hace un viaje a Roma; en el trayecto visita en Bollengo a su hermano jesuita el P. Antonio Abad, a quien confiesa:

> «Estoy dispuesta a llevar mi cruz hasta con alegría, pues Dios así lo exige de mí, y cuando lo exige es porque se lo puedo dar y quiero dárselo [...] Todo en manos de Dios y a confiar sin límites en su Providencia, también sin límites».

No se esconde. Al contrario, anima a todos los que la conocen a perseverar en la fe. La víspera de su detención se encontró en la calle con una amiga suya, que tenía a su esposo detenido en la cárcel, y le dice: «Si nos pasa algo, más pronto nos veremos en el cielo». El 21 de septiembre, hacia las ocho de la tarde, unos milicianos acuden a casa de una hermana suya, donde se encontraba, requiriendo que les acompañe para declarar. Se despide de su anciano padre, besa a sus dos hijas, que lloran desconsoladamente, y la llevan al Comité Revolucionario de la plaza de España. Irradia una gran serenidad, que contrasta con el visible acaloramiento del miliciano que la interroga. Concluido este procedimiento es encarcelada en el colegio de las esclavas, convertido en prisión, donde soporta malos tratos y vejaciones en una habitación situada bajo la escalera, donde guardaban las escobas y utensilios de limpieza. No le llevan alimento. Pasa luego a una celda del segundo piso, donde permanece del lunes al sábado de esa semana. Es repetidamente insultada y en una ocasión en que atrancó la puerta por dentro, para impedir que entraran, un miliciano le propinó una bofetada que la lanzó al suelo. El 26 de septiembre se la llevan en un automóvil por la carretera de Benillup, y en el límite con Almudaina la asesinan. Al día siguiente un miliciano que había participado en este asesinato se jactaba: «Era necesario matarla porque era un pájaro negro». En 1957 sus restos mortales fueron inhumados en el templo parroquial de San Mauro y San Francisco de Alcoy.

El 11 de marzo de 2001 Su Santidad Juan Pablo II la beatifica en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIÓ

Bibliografía

CONGREGATIO PRO CAUSIS SANCTORUM, *Valentina.* «Beatificationis seu declarationis martyrii Servarum Dei Amaliae Abad Casasempere et XVIII sociorum, in odium fidei, uti fertur, interfectorum († 1936)» (Roma 1998).

BEATO NICETA BUDKA
Obispo y mártir († 1949)

En la visita pastoral del Santo Padre Juan Pablo II a Ucrania beatificó en Lvov junto a otros mártires de la persecución soviética contra la Iglesia al obispo Niceta o Nykyta Budka, auxiliar de Lvov de los Ucranios, anteriormente el primer obispo de la Iglesia católica ucraniana en Canadá. Por este motivo y por su interesante curriculum vitae le dedicamos en este *Año cristiano* una biografía de las que llamamos extensas.

Nikita, en latín Niceta, y que al castellano seguramente como mejor se le traduciría sería Niceto, nació en el pueblo de Drobomirsti o Dobromirka, que con ambas grafías lo hallamos, en el distrito de Zbarazh, en la región occidental de Ucrania, el día 7 de junio de 1877, siendo sus padres Miguel y María. Era la suya una modesta familia de campesinos, que obviamente carecía de medios para poder proporcionarle estudios superiores. Pero una vez hubo acabado los estudios de bachillerato en 1897, se puso a dar clases a otros estudiantes y con lo que ganaba pudo proseguir estudios. Y es que para entonces ya había decidido su vocación sacerdotal, pues sentía que Dios lo llamaba. Pero la pobreza le surgía como una dificultad no pequeña para poder conseguir su objetivo. Pero él no perdió nunca la confianza en que si Dios le llamaba, Dios mismo le proporcionaría los medios para poder seguir su vocación, y en efecto, terminados los estudios en el Instituto de Enseñanza Secundaria de Ternopil, y hecho el servicio militar en las filas austríacas, logró ayuda eficaz para poder empezar en Viena y continuar en Innsbruck, Austria, sus estudios sacerdotales. Hizo estos estudios brillantemente con gran aplicación y tenacidad, y logró acreditarse como un joven de grandes cualidades y magnífica actitud. El 14 de octubre de 1905 alcanzaba su más deseada meta cuando el metropolitano Andrés Sheptytsky le ordenaba sacerdote.

Siete iban a ser los años que iba a ejercer Niceta como presbítero. Y pese a su juventud el metropolitano decidió darle un doble cargo, que era delicado y significaba una evidente confianza del prelado en él: lo nombró presidente del tribunal que entendía en las causas matrimoniales y asimismo coordinador de la atención pastoral a los ucranianos católicos inmigrantes.

La Iglesia católica ucraniana era sensible al tema de los emigrantes que se trasladaban a distintos países y regiones y necesitaban una atención pastoral específica, que parecía lo lógico estuviera a cargo del propio clero ucraniano. Niceta cumplió ambos cargos con su mejor voluntad. Para el primero le sirvió su excelente preparación cultural y para el segundo puso en acción sus excelentes cualidades naturales. Hombre agradable, ecuánime, libre de espíritu, atento a las singularidades de cada persona y capaz de hacerse cargo de las diversas situaciones, viajó por Europa en busca de los emigrantes ucranianos a fin de hacerles saber que la Iglesia ucraniana no los olvidaba y que estaba dispuesta a hacer por ellos cuanto pudiera, brindándoles consuelo y ayuda. Con este espíritu trabajó en Prusia y en Bosnia, acreditándose como un verdadero pastor de almas. Fue también prefecto del seminario mayor de Lvov.

Y llevaba solamente siete años como sacerdote cuando se tomó la decisión de elevarlo al orden episcopal para que atendiera pastoralmente a los inmigrantes ucranianos católicos de Canadá. En este país de tanto futuro habían empezado a llegar ucranianos a partir de 1890 pues en 1893 ya consta su presencia en algún periódico del país. Que se sepa, la primera visita de un sacerdote grecocatólico a los ucranianos de Canadá se produjo en 1897 cuando uno de ellos se trasladó desde Pennsylvania y visitó Alberta y Calgary. Dos años más tarde el sínodo de obispos católicos de la provincia eclesiástica de St. Boniface, reunido bajo la presidencia del arzobispo Langevin en Calgary, trató el tema de la adecuada atención pastoral a los inmigrantes ucranianos. En 1901 se designó como segundo capellán de los inmigrantes ucranianos católicos al reverendo Eugenio Zaklynsky.

Estos inmigrantes, gente pobre y de escasa cultura, estaban siendo atraídos por la propaganda ortodoxa o protestante, y no menos por la propaganda del radicalismo político marxista. No pocos inmigrantes hicieron caso a estas propagandas pero otros se mantenían fieles al catolicismo y era muy urgente darles una respuesta pastoral adecuada. El trabajo del sacerdote belga P. Delaere, que aprendió la lengua ucraniana y se cambió al rito oriental (marzo de 1906), fue un comienzo de una nueva etapa de atención a los inmigrantes ucranianos. Viendo cómo

los fieles respondían a su labor, él reclamó que se creara un ordinariato de rito grecocatólico para los ucranianos, y envió a Roma los correspondientes memoriales exponiendo la necesidad y utilidad de la medida reclamada. Él escribió a los obispos católicos del país rogándoles aceptasen la presencia de un obispo grecocatólico para los católicos ucranianos. También se llevó esta petición al metropolitano Andrés Sheptytsky, el cual entabló contactos al respecto con la Santa Sede, y estuvo en visita pastoral en Canadá, celebrando la Divina Liturgia en la iglesia de Santa María el año 1910.

Y así es como se llegó en 1912 a la creación por parte del papa San Pío X del ordinariato grecocatólico para los ucranianos de Canadá. El Santo Padre elegía para este puesto a Niceta Budka, con no poca sorpresa por parte del humilde y virtuoso sacerdote, el cual era ordenado obispo por el citado metropolitano de Lvov, Andrés Sheptytsky, el 14 de octubre de 1912. Consciente de la labor que le esperaba y de la necesidad de hacerlo con la máxima entrega, el nuevo obispo se embarcó para Canadá, llegando al puerto de Halifax, en Nueva Escocia, el 6 de diciembre de aquel mismo año. Aquí recibió la bienvenida del clero católico y de no pocos fieles ucranianos. Un día más tarde el barco siguió hasta St. John y el obispo llegó así a su eparquía. La Santa Sede había designado a Winnipeg como el sitio de la sede episcopal. El día 22 de diciembre siguiente fue el día de la recepción oficial del obispo, celebrando la Divina Liturgia por primera vez con la asistencia de los fieles.

El obispo Budka se dispuso enseguida a visitar a todos los católicos ucranianos de Canadá y a ello se dedicó en los meses siguientes. En la fiesta de San Esteban (día 26) estuvo en Brandon y el domingo siguiente a Epifanía del año 1913 visitó Ethelbert. El 1 de febrero comenzó la visita de las parroquias de Saskatchevan. A primeros de marzo llegó a Alberta y visitó las parroquias de Edmonton, Mundare y otras poblaciones y continuó así la visita a todas las comunidades de católicos ucranianos a lo largo y ancho de todo Canadá. No sólo orientó la labor pastoral y coordinó la acción de las parroquias, sino que quiso personalmente administrar los santos sacramentos, incluyendo la penitencia, sentándose para oír las confesiones de los fieles. Escuchó con

gran interés y atención a cuantos quisieron hablar con él, exponerle sus problemas y sugerirle propuestas y peticiones, solicitando su consejo para sus vidas en lo espiritual y en lo temporal.

Esta gira pastoral fue de muy dura realización, sirviéndose de trenes, coches, caballos, etc., con frío o calor, vientos, tempestades, chaparrones y numerosas incomodidades. El obispo se hizo a todo en su afán de atender a todos los fieles encomendados a su cuidado. Pero su salud se resintió y comenzó a padecer del estómago. Vuelto a su sede, debió responder a una abultada correspondencia y dedicarse a la composición de su primera carta pastoral, que lleva la fecha de 20 de abril de 1913. En ella hacía frente a los problemas surgidos de la propaganda anticatólica y manifestaba su voluntad de organizar congregaciones basadas en las leyes de la Iglesia grecocatólica y procedería a la fundación de escuelas y de seminario. Daba las gracias a la ayuda y comprensión del clero latino.

Al mes siguiente publicó lo que llamó «Dorohovkaz» (sendero o camino), regulando la vida de las parroquias de su eparquía. Tras contestar a todas las cartas recibió a numerosos grupos religiosos y representaciones políticas que deseaban intercambiar impresiones con él. Su labor sirvió para una buena organización y cooperación de todas las parroquias, y se hicieron iglesias en Calgary, Saskatoon, Regina, Sydney, Montreal, Toronto, Hamilton, Kitchner, Bradford, Sudbury, Melville y Transcona. Los católicos ucranianos en Canadá eran unos trescientos mil. Muy pronto comprobó el obispo que estaban asistidos por un clero escaso, pues apenas eran treinta los sacerdotes que pudieran atender a los fieles. De ellos unos treinta mil habían abandonado ya el catolicismo y otros veinte mil estaban en camino de abandonarlo. Las posibilidades de atracción que ejercían otras comunidades cristianas —arriba citadas— eran muchas, con sus parroquias, escuelas, hospitales y organizaciones sociales. Urgía fundar escuelas y seminarios. En 1916 se funda la Academia del Sagrado Corazón, al frente de la cual queda el citado padre Delaere. En 1917 se funda el Instituto Metropolitano Sheptytsky en St. Boniface, Manitoba. Y en 1919 se fundaba el espléndido St. Joseph's College, que será un venero de magníficos sacerdotes y de seglares comprometidos con la Iglesia.

La I Guerra Mundial le traería no pocos problemas. Al estallar esta guerra, concretamente las hostilidades entre Austria-Hungría y el gobierno de los zares, el obispo Budka invitó a los ucranianos de Canadá a volver y defender su vieja tierra en la Galizia del este. Pero cuando el conflicto afectó a Gran Bretaña, el obispo Budka cambió inmediatamente de posición y dijo que los ucranianos de Canadá tenían que ser leales con su país de adopción. Una carta pastoral llevaba a los fieles su pensamiento. En ella les decía que no hacía mucho que todos se habían sentido impactados por la declaración de guerra entre Austria y Serbia, que los demás Estados habían adoptado una actitud paciente, y que especialmente Inglaterra había intentado que la guerra se localizara y no se generalizara, y por ello él había invitado a los rutenos de Canadá a atender las llamadas del Imperio austro-húngaro para defender sus vidas y propiedades. Pero que ahora, en el curso de pocos días, las relaciones políticas habían cambiado por completo.

> «Hoy —decía— la guerra engloba a toda Europa e Inglaterra y el Estado Británico se ven atacados por sus enemigos, y llama Canadá, nuestra nueva tierra, a sus ciudadanos a enrolarse en la defensa del país. Añadió el obispo que no hubiera duda de que era bajo las banderas del país de adopción bajo las que había que militar. Hay que defender a Canadá, hay que defender la libertad del Imperio Británico».

Y quería que sobre esto no hubiera malentendidos. Por tanto, concluía él mismo, dejaba sin efecto su anterior declaración. Esto no impidió que se acusara al obispo de deslealtad con Canadá. El obispo entonces fue atacado abiertamente desde muchas instancias, incluyendo algunos sectores ucranianos, y llamándosele traidor a Canadá. La administración de la provincia de Manitoba, de color político liberal, fue la más empeñada en que fuera deportado. Fue arrestado y encartado varias veces, y entonces entendió monseñor Budka que había que acudir al juzgado y pedir se declarara oficialmente su lealtad al país. El obispo presentó toda la documentación necesaria y la declaración de testigos acerca de su actividad. El juez Paterson reconocía que no podía ponerse en duda la lealtad del obispo a Canadá. Quedó así sin respaldo judicial la prensa sensacionalista y la opinión pública creada por ella. Se le ha echado la culpa de que

el gobierno canadiense decidiera internar a algunos ucranianos como sospechosos de ser extranjeros enemigos del país.

El obispo Budka padeció mucho por estas acusaciones y su salud, especialmente su estómago, se resintió mucho, hasta el punto de que debió atender a cuidarse y guardar un cierto reposo que le retiró de actividades públicas. En cuanto pudo volvió a sus actividades, pero se convenció de que no estaba lo sano que debiera para un puesto que requería un trabajo tan duro, y entonces solicitó ser exonerado de su cargo en Canadá y volver a su país nativo. Así se le concedió, nombrándosele entonces obispo auxiliar de Lvov, y dejando Canadá, donde tanto bien había hecho y a la que había amado con todo su corazón sacerdotal, en 1928 regresó a Lvov. Aquí se dedicó a las tareas pastorales que su metropolitano le indicaba y su labor fue predicar el evangelio y administrar los santos sacramentos. Llegada la II Guerra Mundial, no consideró adecuado hacer uso de su ciudadanía canadiense para dejar Ucrania sino que permaneció en su sitio aun viendo venir la persecución contra los grecocatólicos.

Terminada la guerra y decretada la supresión de la Iglesia uniata, el obispo Budka, junto con los demás obispos grecocatólicos, fue arrestado el 11 de abril de 1946. Encarcelado instantes después de su arresto, fue llevado a juicio, donde se le acusó de enemigo del país, y fue condenado a ocho años de trabajo forzado en un campo de concentración de Siberia. Aquí padeció muchísimo y su salud fue empeorando progresivamente hasta que se vio claro que su muerte era inevitable. Entonces se le ofreció recibir una inyección mortal que le evitara los muchos sufrimientos que estaba padeciendo. Él rehusó y anunció que moriría antes de que amaneciera el día siguiente, como así fue. Aunque aparece en varios sitios su muerte como sucedida el 1 de octubre de 1949, el *Martirologio romano* recoge su memoria el 28 de septiembre. Su muerte tuvo lugar en Karadzar junto a Karaganda en el Kazastán. El cuerpo muerto y desnudo del obispo Niceta Budka fue dejado en los bosques para que se lo comieran las fieras.

Niceta Budka fue declarado oficialmente mártir el 24 de abril de 2001, y como queda dicho, fue beatificado con veinticinco compañeros mártires el 26 de junio del mismo año en Lvov en el curso de la visita pastoral de Su Santidad Juan

Pablo II a Ucrania, cuya Iglesia grecocatólica se ha recuperado una vez pasado el régimen soviético.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

AAS 93 (2001) 864s; 95 (2003) 570s.
Bibliotheca sanctorum. Appendice seconda (Roma 2000) col.202.
GOA, D. J., *The ukrainian religious experience* (Edmonton 1989).
KORDAN, B. S. - LUCIUK, L. Y., *A delicate and difficult question: documents in the history of ukrainians in Canada, 1899-1962* (Kingston 1986).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN EXUPERIO DE TOULOUSE
Obispo († 411)

Es desconocida su vida anteriormente a su elección como obispo de Toulouse para suceder a Silvio. Llevó a buen término la construcción de la basílica dedicada a San Saturnino y colocó en ella las reliquias del santo. Escribió al papa San Inocencio I una carta con diferentes consultas a la que contestó oportunamente el santo pontífice en el 405. Su buen gobierno y santa vida, llena de caridad y austeridad, le granjeó gran crédito en toda la Galia, como consta por una carta de San Paulino de Nola. Estuvo en relación con San Jerónimo, que elogia sus muchas obras de caridad y le dedicó su *Comentario al profeta Zacarías.* En 407 y 408 defendió su ciudad contra la incursión de los bárbaros. Su memoria se celebra desde antiguo el 28 de septiembre.

SANTA EUSTOQUIO
Virgen († 419)

Eustoquio (en latín *Eustochium),* no Eustoquia, nació en Roma hacia el año 367, hija del senador Tosocio y de su esposa Santa Paula, una familia de la aristocracia romana. Vivió una vida correspondiente a su clase social hasta que, muerto su padre (379), comenzó a frecuentar con su madre el grupo de da-

mas piadosas que se reunían en torno a Santa Marcela en Monte Aventino. Llegado San Jerónimo a Roma (382) muchas personas acudieron a él para que dirigiera sus espíritus y para escuchar sus sublimes lecciones bíblicas que daba en casa de la dicha Santa Marcela. San Jerónimo le escribió su carta XXII, en la que le habla de las excelencias de la virginidad. Posteriormente San Jerónimo deja Roma y decide ir a vivir en Tierra Santa. Santa Paula toma a su vez la decisión de irse allí para seguir bajo la dirección espiritual del gran santo y entonces Eustoquia toma la resolución de irse con su madre. Se embarcaron en el otoño de 385 y San Jerónimo las esperó en Antioquía de Siria. Visitaron las regiones de Oriente, incluyendo Egipto, llevando al santo por guía. Finalmente se fueron todos a Belén donde Santa Paula construyó dos monasterios, uno para mujeres y otro para hombres. Eustoquio se dedicó al estudio del hebreo para poder acceder directamente a los textos bíblicos. San Jerónimo le dedicó algunos de sus trabajos escriturísticos. Muerta su madre en 403, Eustoquio tomó el gobierno del monasterio, brillando por sus muchas virtudes. San Jerónimo tradujo para ella la Regla de San Pacomio. Murió el año 419, siendo muy sentida por San Jerónimo. El *Martirologio* la recuerda tal día como hoy.

SANTA LÉOBA

Virgen († 782)

Léoba o Lioba era pariente de San Bonifacio, el gran apóstol de Alemania, que solicitó como ayuda de su obra misionera no sólo monjes sino también religiosas, cuya oración y cuyo ejemplo él estaba seguro de que contribuirían grandemente al enraizamiento del evangelio recién plantado en los pueblos alemanes. Lioba, anglosajona de nacimiento, había profesado la Regla benedictina en el monasterio de Wimborne, y se mostró particularmente receptiva a la llamada misionera de su pariente. El año 748 con un grupo de monjas se decidió a dejar su patria y acudir junto al santo misionero, el cual le encomendó la abadía femenina de Tauberbischoffsheim, en Baden, y la supervisión de todos los conventos de monjas establecidos en el área. Ella

hablaba bien el latín y tenía las cualidades necesarias para la misión que se le confiaba y pudo desempeñarla adecuadamente. Mantuvo frecuente contacto epistolar con San Bonifacio. Éste se encomendó a sus oraciones cuando partió a la misión en la que hallaría el martirio, y, sucedido éste, Léoba obtuvo licencia para poder salir de la clausura e ir a Fulda a venerar las sagradas reliquias del insigne mártir. Ella continuó su misión con plena dedicación y fruto, y se ha podido decir que sus conventos fueron poderosos factores en la conversión de Alemania. Murió en Schornsheim, junto a Maguncia, el 28 de septiembre del 782 o quizás el año antes. Tal como había sido su deseo, su cuerpo fue enterrado en Fulda cerca del cuerpo de San Bonifacio. Tuvo muy pronto culto litúrgico como santa.

BEATO BERNARDINO DE FELTRE

Presbítero († 1494)

Martín Tomitani nace en Feltre, ciudad perteneciente entonces a la República de Venecia, el año 1439. Educado con esmero, hizo sus estudios de humanidades con gran aprovechamiento y pasó ya adolescente a Padua a estudiar filosofía. Estando aquí escuchó en la Cuaresma de 1456 a San Jaime de la Marca, el cual con su palabra encendida de fuego apostólico causó un fuerte impacto en el alma del joven estudiante. Martín se replanteó el sentido de su vida y se decidió por la vocación religiosa. En mayo de ese mismo año pidió el hábito franciscano a San Jaime, el cual al dárselo le impuso el nombre de Bernardino en memoria de San Bernardino de Siena, y se llamó desde entonces fray Bernardino de Feltre. Antes de profesar los votos, hubo de vencer el joven novicio dificultades interiores (tentaciones, sequedades, etc.) y exteriores, singularmente la tenacidad de su padre en hacerlo volver a casa. Bernardino supo salir vencedor de las pruebas y se mantuvo firme en su vocación. Hizo la profesión religiosa y los estudios teológicos y se ordenó sacerdote. Su inclinación era la predicación pero se le objetaba que tenía un defecto de pronunciación. Los superiores no obstante lo destinan a este ministerio y con la ayuda de Dios supera las dificultades y se convierte en un eximio sembrador de la pa-

labra divina por los pueblos de Italia. Llega a atraer tantos oyentes que, no cabiendo el auditorio en los templos, deben darse los sermones en las plazas y descampados. Fustiga los vicios, defiende a los débiles, estimula a todos a la virtud, llama a penitencia. Cuando se le dijo que fuera prudente, contestó que él era predicador, no adulador.

Su tarea apostólica estuvo ligada a la obra de los montes de piedad, pensados como medio de sacar a los pobres de las garras de la usura. Instituyó también en muchos sitios las llamadas «Cuarenta horas en honor del Santísimo Sacramento», siendo también muy notable su devoción a la Sagrada pasión del Señor y la Virgen María. Su ejemplo personal avalaba su predicación y su ministerio: humilde, mortificado, alma de altísima oración, brillaban en él todas las virtudes cristianas y atraía a todos a Cristo con dulzura y eficacia. Agotado de veinticinco años de apostolado sin tregua, vino a morir santamente en el convento de Pavía el 28 de septiembre de 1494. El culto que se le dio enseguida lo confirmó el papa Inocencio X el 13 de abril de 1654.

BEATOS JUAN SHOZABURO, MANCIO IKIZAYEMON, MIGUEL TAYEMON KINOSHI, LORENZO HAKIZO, PEDRO TERAI KUHIOYE Y TOMÁS TERAI KAHIOYE

Mártires († 1630)

Al lado del trabajo misionero de los religiosos agustinos que tan admirablemente sembraron el evangelio en Japón y regaron la siembra con su sangre, el laicado imbuido del espíritu agustiniano también concurrió a la palestra de la difusión y la defensa de la fe cristiana, y también seglares agustinos fueron coronados con el martirio. Un grupo de ellos fue martirizado tal día como hoy, 28 de septiembre, del año 1630 en Nagasaki. Fueron beatificados por el papa beato Pío IX el 7 de julio de 1867. Éstos son sus datos personales:

JUAN SHOZABURO (o Cochumbuco) era natural de Omura, donde nació en 1612. Sus mismos padres lo presentaron al Beato Bartolomé Gutiérrez, OSA para que fuera su catequista, y el joven se esforzó en ser digno de este honor, perseverando junto al misionero en sus trabajos y siendo con él arrestado y encarce-

lado el 1 de noviembre de 1629. Se le presionó en la cárcel de Nagasaki para que apostatara y se le amenazó con la muerte, pero el joven fue firme en su fe y prefirió la muerte a la apostasía. Para que no hablara a los presentes a su martirio, le amordazaron, y, decapitado, entró en la gloria de Cristo.

MANCIO IKIZAYEMON (o Xixizoiemon) profesaba la fe católica con gran entereza y había sido admitido por los misioneros en la Orden Tercera de San Agustín. Fue arrestado en Khizu el 10 de septiembre de 1629 y llevado a la cárcel de Nagasaki. Se negó firmemente a apostatar y prefirió la sentencia de muerte. Llegado el día de su ejecución, se le amordazó para que no pudiera dar testimonio verbal de Cristo, pero lo dio con su sangre cuando fue decapitado por la fe.

MIGUEL TAYEMON KINOSHI era natural de Conga. Fue compañero y catequista del citado Beato Bartolomé Gutiérrez con el que estaba cuando a principios de noviembre de 1629 fue arrestado. Resistió las presiones y amenazas de muerte y no apostató, prefiriendo la muerte antes que renegar de Cristo. Cuando lo sacaban para la ejecución, comenzó a hablar de la religión cristiana a los presentes y provocó que él y otros mártires fueran amordazados para que no pudieran hablar. Llegado al lugar de la ejecución, fue decapitado.

LORENZO HAKIZO (o Fakizo) era un fervoroso cristiano que se había ofrecido como catequista y en calidad de tal acompañaba al Beato Vicente Carvalho, OSA. Con él fue arrestado el 25 de noviembre de 1629 y llevado a la cárcel de Nagasaki. Se negó a apostatar y fue condenado a muerte. Llevado al lugar del suplicio, no fue decapitado sino que su cuerpo fue cortado en dos a golpes de espada, teniendo una muerte dolorosísima, que él ofreció al Señor con admirable mansedumbre y amor a Cristo.

PEDRO TERAI KUHIOYE (o Cufioje) había nacido en 1600 en Mayezawa y recibió la fe de su madre que era cristiana. Se ofreció como catequista al misionero agustino P. Francisco de Jesús, el cual lo admitió en la Orden Tercera de San Agustín. Estando con el misionero en Jokinura fue arrestado el 18 de noviembre de 1629 y llevado a la cárcel de Nagasaki. No hubo modo de hacerle apostatar y fue condenado a muerte. Como no dejaba de confesar su fe cuando era llevado al martirio, se le amordazó. Fue decapitado.

TOMÁS TERAI KAHIOYE (o Cufioje) había nacido en 1605 y era catequista del Beato Bartolomé Gutiérrez, que lo admitió en la Orden Tercera de San Agustín. Arrestado a comienzos de 1629, pasó a la cárcel de Nagasaki y rechazó todos los intentos de que apostatara. Se le amordazó camino del suplicio para que no confesara la fe, y murió decapitado.

BEATO FRANCISCO JAVIER PONSA CASALLACH

Religioso y mártir († 1936)

Había nacido en Moyá, diócesis de Vich y provincia de Barcelona, el 28 de junio de 1916. En la adolescencia siente la vocación religiosa y se decide por la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios. Su padre se opone pero el joven persevera en su propósito y el padre llega a echarlo de casa. Él entonces ingresa en la Orden, hace su noviciado y pronuncia los votos religiosos el 3 de junio de 1936, estando presente su padre que había cambiado por completo su actitud de año y medio antes. Destinado a la comunidad religiosa del sanatorio de San Baudilio de Llobregat. Llegada la revolución de julio de 1936, los 52 hermanos de la comunidad de San Baudilio pasaron por momentos de gran tribulación, con ultrajes y amenazas y prisión, primero en la propia casa y luego en la jefatura de policía, hasta que pudieron salir por barco a Marsella. Pero al joven Francisco Javier, pensando en su mayor seguridad, los superiores le aconsejaron que se fuera a su propia casa. Se ocultó en una casa de campo. Llevaba vida de oración y espera en la voluntad de Dios. El 27 de septiembre entre insultos y amenazas fue arrestado y llevado a prisión y al día siguiente por la tarde fue conducido a San Feliu de Codinas. Cuando vio que lo iban a matar pidió un tiempo para rezar, que le fue concedido, y, estando de rodillas, recibió las descargas que acabaron con su vida. Rociaron su cuerpo con gasolina y le prendieron fuego para evitar su identificación, pero ésta fue perfectamente posible.

Fue beatificado el 25 de octubre de 1992 por el papa Juan Pablo II en el grupo de 71 Hermanos Hospitalarios de San Juan de Dios muertos durante los días de la revolución española.

BEATO JOSÉ TARRATS COMAPOSADA

Religioso y mártir († 1936)

Este religioso era hermano coadjutor de la Compañía de Jesús. Había nacido en Manresa, población tan ligada a la memoria de San Ignacio de Loyola, el 29 de agosto de 1878, en el seno de una familia muy cristiana, y al despertarse en él la vocación religiosa, luego de haber sido acólito en su parroquia y congregante de la Inmaculada y San Estanislao, puso los ojos en la Compañía, en la que pidió y obtuvo ingreso el 28 de agosto de 1895. Hizo el noviciado y profesó los votos religiosos —la última profesión sería el 2 de febrero de 1910—, siendo destinado a enfermero, encargo que realizaría con gran dedicación toda su vida religiosa, junto con los de portero y compañero. Destinado primero en la casa de Tortosa, fue luego a la casa profesa de Valencia donde prestó su servicio religioso como portero y encargado de la enfermería, desempeñando sus oficios con mucho espíritu religioso. Llegada la disolución de la Compañía por la República, cuidó primero de un padre jesuita anciano y luego pasó al Asilo de los Ancianos Desamparados para servir de enfermero a los jesuitas allí acogidos. Tras el 18 de julio de 1936 buscó refugio pero no lo halló y volvió al asilo, donde finalmente fue arrestado y fusilado en Valencia el 28 de septiembre de 1936. Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

29 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. Fiesta de los Santos Miguel, Gabriel y Rafael, arcángeles **.
2. En Heraclea de Tracia, San Eutiquio († s. III), obispo y mártir.
3. En Valeroctista (Armenia), santas Ripsimis, Gayana y compañeras († s. IV).
4. En Auxerre (Galia), San Fraterno († 450), obispo.
5. En Palestina, San Quiríaco († 557), anacoreta *.

6. En Mettlach (Renania), San Liudwino o Ludwino († 713), abad y luego obispo de Tréveris.

7. En la isla de Ufnau, en el lago de Zúrich (Suiza), San Adelrico o Alarico († 970), presbítero y ermitaño.

8. En la Bretaña Menor, San Mauricio († 1191), abad cisterciense *.

9. En el monasterio cisterciense de Longpoint, Beato Juan de Montmirail († 1217), monje.

10. En Auray (Bretaña Menor), Beato Carlos de Blois († 1364), duque de Bretaña **.

11. En Roma, Beato Nicolás de Forca Palena († 1449), presbítero, de la Orden de Ermitaños de San Agustín *.

12. En Lvov (Polonia), San Juan de Dukla († 1484), presbítero, de la Orden de Menores **.

13. En Nagasaki (Japón), santos Miguel de Aozaraza, Guillermo Courtet, Vicente Shiwozuka, presbíteros, de la Orden de Predicadores, Lázaro de Kyoto y Lorenzo Ruiz de Manila, padre de familia († 1936), todos ellos mártires, cuya memoria litúrgica se celebró el día de ayer.

14. En Ossernenon (Canadá), San Renato Goulpil († 1642), mártir *.

15. En Gilet (Valencia), Beato Santiago Mestre Iborra († 1936), presbítero, religioso capuchino, mártir *.

16. En Valencia, beatos Pablo Bori Puig, presbítero, y Vicente Sales Genovés († 1936), religiosos jesuitas, mártires *.

17. En el Picadero de Paterna (Valencia), Beato Darío Hernández Morató († 1936), presbítero, de la Compañía de Jesús, mártir *.

18. En Lérida, Beato Francisco de Paula Castelló y Aleu († 1936), mártir **.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN MIGUEL
Arcángel

Nunca podríamos imaginar un ángel guerrero, con su rodela al brazo, la cota bien ajustada, abierta la espada en orden de combate. Pero tampoco ciertos ángeles de una estatuaria dulzona, con muchas cintas y bucles mujeriles, en un porte impropio de criaturas tan excelsas. Eugenio d'Ors, en sus *Glosas que se escriben los lunes,* concebía muy varonil al ángel: musculado y poderoso, como para entendérselas toda una noche con Jacob a brazo partido. Pero, al mismo tiempo, leve y sutil, asomada a sus ojos de luz toda la sabiduría de un espíritu celeste. No son apetecibles los ángeles de Denís, ni siquiera los de Beuron, y mucho menos los que Rohault inscribe sombríamente en feos

Roñault?

dramas humanos. Sólo en las ventanas de algunas abadías y catedrales hay ángeles vivos, que al trasluz del sol arden en un fuego de oro y se hacen llama encendida y adorante al Altísimo. Y, sobre todos, aquel ángel que hay en la Toscana anunciando la encarnación a María. Pues, a pesar de los lujos que le pintó Fra Angélico en la túnica, y en la pedrería que le transfigura las alas, está allí, digno y sereno, delante de la *Señora,* angelizando su embajada, la turbación de la *Doncella* y los nardos que crecen entre la ternura del paisaje. Pero un ángel guerrero, ¿cómo?

Fueron creados de la nada, puros espíritus —inteligentes, amorosos, libres—, domésticos del trono de Dios, en funciones de una alabanza incesante. Distribuidos según una arcana jerarquía —querubines y serafines, dominaciones, potestades y tronos, virtudes, arcángeles y ángeles—, componen muy hermosamente la grande escenografía del cielo. San Juan, desde Patmos, ha visto este cielo como una ciudad deslumbrante, la Jerusalén nueva, ataviada de esposa para sus nupcias con el Cordero de la vida. Semejante traducción resulta demasiado corpórea y sensible, ya que nos alucina imaginar tanta abundancia de oro, del que viene fabricada, y los chispazos irresistibles de infinitos zafiros, diamantes y rubíes, que adornan las doce puertas, con doce ángeles, que son las doce tribus de Israel. No hay sol ni luna, día ni noche en esa celeste Jerusalén, porque la inviste toda una claridad eterna, cuya luz es el Cordero, a quien aclaman, con los ángeles, los felices ciudadanos de Dios: aquella turba innumerable de vencedores que rinden sus palmas en adoración infinita. Sin embargo, este mural del cielo sanjuanista nos ofrece su belleza y una tranquilidad de gozo inamisible, muy cercana al verdadero cielo, y que consiste en ver cara a cara a Dios y en amarle beatíficamente. ¿Cómo concebir dentro de tan sacra armonía el dolor de una guerra?

San Pablo nos define una vez a la divinidad diciendo que es «la luz indeficiente e inaccesible». Pues en ese mundo de los ángeles destaca uno que tiene nombre de luz. «Lucifer: el-que-lleva-la-luz». Hijo y oriente de la aurora. (Os aviso que esta criatura extraordinaria puede perturbar toda la hermosura del cielo, hasta los horrores de un espantoso combate. En el horizonte de su libre albedrío, el orgullo dibuja alocadas capitanías, idolatrías

febriles, quiere ser dios. Y vamos a comprobar teológicamente que existe esa inaudita paradoja de un ángel y un cielo guerreros.) Porque había sido adornado por el Señor con tantas excelencias, Lucifer le debía un servicio generoso y dócil. Lo menos que se le podía pedir. No estaba aún confirmado en gracia, sino en estado de prueba. Y entonces, al contemplar, con sensuales deleites, su poder y su luz, se alza contra el Creador. «Subiré a los cielos —grita— y pondré mi trono sobre las estrellas. Sobre la cima de los montes me instalaré en el monte santo. Seré igual a Dios. No le quiero servir». Un colosal choque de tinieblas y de luz estremece la cúpula de los cielos.

Ángeles contra ángeles, divididos por la rebeldía de Lucifer. Todo es sobrecogedor, vertiginoso, instantáneo. Hasta que un grito de fidelidad y de acatamiento en la boca de un arcángel desconocido, restablece la armonía de la victoria. Y así queda bautizado con la misma divisa del combate: «¿Quién como Dios?», que quiere decir «Mi-ka-el». Y mientras Lucifer cae a los abismos de su infierno como una llama de fuego y de odio, Miguel asciende a la capitanía de todos los ángeles fieles, príncipe y custodio, alférez de Dios.

Después surge el tema del hombre, cuando se alza del limo de la tierra, creado como una síntesis misteriosa de todo el universo. Y, en torno al tema del hombre, el demonio y el ángel, Satanás y Miguel, porque, en la gobernación divina del mundo, a todas las criaturas preside un orden, una ley, una medida. En el paraíso vence Satanás al hombre. Entré los brillos suculentos de la manzana, sopló la serpiente su misma rebeldía del cielo: «Si coméis de ese fruto prohibido, se abrirán vuestros ojos, seréis como dioses». Tenemos dura experiencia de este pecado de origen en las limitaciones de nuestro entendimiento, en las llagas del corazón y de la carne, en la helada agonía que da en la muerte. El hombre, aun redimido por el sacrificio de Jesús, permanece aquí abajo en una actitud militante. Debe merecer la corona peleando sus concupiscencias y los enemigos externos del demonio y del mundo. Somos el eje de aquellas dos «economías» de que nos habla San Pablo: la de Jesucristo y la de Satanás. Los dos nos quieren. Y, en nuestro combate hasta el fin, además de las armas decisivas de la gracia, contamos con el socorro y la custodia de los ángeles. Cada uno tenemos nues-

tro ángel doméstico y acaso nuestro demonio familiar también, según disputaban las teologías escolásticas. Pero encontraréis justo que a este príncipe del cielo, el arcángel Miguel, correspondan ministerios universales y eminentes, por la fidelidad y bravura de su comportamiento.

Es el ángel que tutela la fe de la Sinagoga judía y de la santa Iglesia de Cristo. En los testimonios de la revelación aparece muy tardíamente. Hasta Daniel, nadie le cita por su nombre. Pero este profeta, al relatarnos las luchas del pueblo elegido para liberarse de la servidumbre de los persas, le invoca en su favor, ya que nadie vendrá a socorrerle «si no es Miguel, vuestro príncipe». Y añade: «Entonces se alzará Miguel, el gran defensor de los hijos de tu pueblo, y serán días de amargura como jamás conocieron las naciones». La carta de San Judas nos lo representa altercando con el demonio sobre el cuerpo de Moisés. Satanás quería descubrir su sepulcro para que los israelitas le adoraran idolátricamente, en apostasía del culto verdadero al Señor. Y San Miguel se lo impide velando por la fe. Así, su personalidad nos queda bien dibujada. Es el custodio fuerte de Israel, militante y guerrero, con su coraza de oro, su espada invencible y un airón de luz, que le angeliza el brillo de las alas y toda su celeste figura.

Tan guerrero, que después, en la santa Iglesia de Cristo, los piadosos monjes medievales no vacilan en revestirle de una poderosa y muy labrada armadura, donde no falta el detalle de la espuela impaciente ni la lanza que destruye al demonio, vencido a sus pies, como le vemos en las ingenuas miniaturas de los breviarios corales. Claro que toda esta iconografía no es inventada o soñada, sino que traduce fielmente los testimonios de la tradición y de la historia.

El *Sacramentario* Leoniano y el *Martirologio* de San Jerónimo consignan en este día de su fiesta: *Natale Basilicae Angeli in Salaria.* Ésta es la verdadera y primitiva solemnidad que Roma dedica al arcángel, con una basílica, perfectamente localizada en el séptimo miliario de la Via Salaria, y con la consagración de cinco misas en su memoria. En el 611, el papa Adriano IV le construye, sobre el *Castel di Santangelo,* un oratorio, que sella la tradición antigua de haberse aparecido allí, librando a las gentes

romanas de la mortandad de una peste. Es muy suyo este ministerio de medicinal tutela. Ana Catalina Emmerich ha visto al demonio soplar vientos huracanados, ensoberbecer las aguas de los océanos, perturbar el buen aire inocente con pestilencias y cóleras. Se entrega a tan malignas extravagancias porque tiene el triste y deslucido empeño de destruir toda la hermosura creada, como adversario de Dios, enemigo del hombre y dragón.

Por ser dragón, el demonio habita espeluncas enmarañadas, montes áridos y solitarios, donde urde sus sorpresas y sus trapacerías. Y así el arcángel no tiene más remedio que descender a esas moradas infernales para abatirle y vencerle. Os quiero referir dos estupendas apariciones en esos escenarios rurales, que además nos perfilan datos muy luminosos de su augusta persona.

El templo de su nombre, sobre el monte Gárgano, conmemora cierta victoria de los longobardos del Siponto, atribuida a su intervención, un 8 de mayo de 663. Pero las lecciones históricas del Breviario unen el triunfo castrense con un suceso de gusto medieval, muy conectado con estas espeluncas del demonio de que os hablaba. Y fue que un toro se desmanda de su manada, y se le busca día y noche por los pastores. Le encuentran, al fin, en una escondida gruta, pero inmóvil, como poseído por el maligno. Un arquero, más audaz, le dispara su flecha para removerlo del embrujo. Y entonces el prodigio de retornar la flecha al que la disparó, malhiriéndole. Lo sobrenatural del caso acongoja de miedo a estas sencillas gentes montañesas. Ayunos, plegarias, procesiones penitenciales. Y al tercer día, San Miguel se aparece al obispo, declarándole que se edifique, en la cueva, un templo al Señor y en memoria de sus ángeles. Cuando los sipontinos alcanzan la espelunca, crece el asombro, pues encuentran allí dispuesto ya un edículo como oratorio, donde el prelado inicia el culto a San Miguel, que luego corre por todo el mundo creyente y fervoroso de la Edad Media.

Pero en la serranía navarra de Aralar encontraremos al arcángel, definido en toda su dimensión militante, a la defensa del hombre. No precisan los historiadores por qué bajó a la guerra de Pamplona el muy esforzado y noble caballero don Teodosio de Goñi. Pudo coincidir con el asedio de los judíos, aliados con los árabes; las incursiones de la morería o acaso las luchas con-

tra los godos, porque el suceso acontece en los días del rey Witiza, a los principios del siglo VIII. Por su casamiento con doña Constanza de Butrón, acreció el caballero riquezas y pergaminos. Era mujer de muy cuidada honestidad y hermosura, al punto que hizo venir a los padres de don Teodosio al palacio de Goñi para velar amorosamente la ausencia, concediéndoles, incluso, la propia cámara nupcial. Cuando retorna de su campaña el caballero, dando al amor sus triunfos y a los odios de la guerra olvido, se le cruza, en la noche, un piadoso ermitaño, que es el mismísimo demonio, con máscara de «ángel de luz». En aquel paraje fluvial de «Errota-bidea» le detiene y le habla una trifulca por su honra: que su mujer ha holgado con un mozo de servicio mientras él se partía el pecho en las duras batallas. «Este mismo plenilunio lo puedes comprobar, si te aceleras», le dice.

Y encendida su sangre hasta cegarle los ojos, pica a su caballo, que trota jadeante por la val de Goñi hasta el palacio, hasta la cámara. Tienta su mano fuerte dos personas en el lecho. El corazón se le rompe en una locura de latidos. Secamente gime don Teodosio, sin amor y sin lágrimas, por la limpieza de su nombre nada más. Y con furor de loco descarga golpes febriles de su espada sobre los adúlteros, hasta que los resplandores de la sangre caliente le hacen volver en sí. La amanecida cuelga de los tejados del caserío una brazada de rosas, que picotean alegres las golondrinas; y lloran los ángeles, asomados a las nubes, la perdición del caballero. Don Teodosio huye delatado por la luz. Pero allí, en la pradería, se topa con doña Constanza, que se le echa a los brazos, sobre el corazón, gritándole el gozo de su regreso. ¡Qué dramático instante, que le revela, de un golpe, toda la magnitud de su parricidio! Porque es navarro el caballero, creyente y piadoso, se hace camino de Roma, con larga contrición de leguas, de hambre y sed, de limosneo penitencial y humillante, para alcanzar indulgencia del Pontífice. Tres papas pudieron oír la confesión de don Teodosio —Juan VII, Sisinio y Constancio I—, porque no están de acuerdo las cronologías. Como penitencia pública de su pecado, se le impuso portar una grande cruz, ceñida la cintura de una cadena de argollas de hierro, que, al quebrarse, señalarían, al fin, los perdones del Altísimo.

La serranía de Aralar fue el escenario que eligió el penitente entre las nevascas que silban, por el invierno, espantables sinfonías, ciudadano de las águilas, de los buitres y de los lobos, en una soledad alucinante. Y, a los siete años, otra vez el demonio. Ahora tal como es. Como dragón que, desde su madriguera, salta rabioso para devorar al penitente. Ya tenía el caballero la carne domada y llagada por el cilicio, el alma pura, el corazón endiosado. Y en aquella suprema angustia, se vuelve al arcángel, con un grito de su fe, que rompe la cúpula del cielo: «¡San Miguel me valga!». Y Miguel desciende con su espada infinita para vencer al dragón y romper las argollas de su cintura, regalándole, con su celeste presencia, una curiosa imagen para recuerdo del prodigio y para su culto. El santuario de «San Miguel in Excelsis» es, desde entonces, alma militante de Navarra, que de ahí le viene guerrear las batallas del Señor, con su «ángel» de oro revestido de armadura, pero que no lleva espada, sino que sostiene, con sus manos sobre la frente, la cruz redentora de Cristo.

Nos guarda y nos defiende en todas las incursiones del demonio, a lo largo de nuestra navegación por la vida. Como un símbolo es patrono de todos los mareantes desde que se apareció a San Auberto de Avranches sobre Mont-Saint-Michel, donde los normandos le hicieron una de las más bellas abadías del gótico, que tiene torres de castillo y fortaleza. Y no nos abandona hasta después de la muerte. Cuando la Iglesia oficia su sacrificio por los difuntos, invoca a San Miguel, en su impresionante ofertorio, para que él presente las almas a la luz estremecida del juicio de Dios. Es el instante aterrador del recuento: de pesar las malas y las buenas obras que hicimos en el mundo. Como a Baltasar en su pagana cena, puede sorprendernos su *Tecel* sombrío si nos falta el peso de la caridad. Pero los devotos de San Miguel confían, porque le saben «Pesador de las almas» en la balanza de la justicia de Dios, que él sostiene en sus manos, atento a las acusaciones finales del demonio, para enfilar el platillo hacia la gloria del cielo.

El cardenal Schuster pensó que el arcángel no pertenece a la hagiografía, sino a la teología cristológica, porque «después del oficio de Padre legal de Jesucristo, que corresponde a San José, no hay en la tierra ningún ministerio más importante y más su-

blime que el conferido a San Miguel, como protector y defensor de la Iglesia». Madura en nuestro tiempo, agitado de sangrientas convulsiones, aquel «misterio de iniquidad» que conmovía a San Pablo. El dragón de las siete cabezas coronadas repta descaradamente para afligir el Cuerpo místico de Cristo, en su Iglesia, con muy sutiles asechanzas y persecuciones. Masonería, comunismo. Desde los días de León XIII, el pueblo cristiano cierra todas sus misas con aquella súplica al arcángel, para que humille a los abismos del infierno a todas las inicuas potestades de demonio, que vagan por el mundo, satanizándolo, porque Miguel es príncipe de las celestes milicias.

Y cuando se acerque el fin, un relámpago de fuego cruzará de oriente a occidente mientras los ángeles del Apocalipsis derraman sobre el mundo sus cálices sombríos de destrucción. En una postrera acometida, el dragón con sus ángeles negros trabará la batalla: pero San Miguel ha de arrojarle a los abismos eternos después de la última victoria. Entonces será el cielo infinito. Aquel cántico de alabanza de todos los ángeles y bienaventurados, que ha de resonar luminoso y feliz para siempre: «¿Quién como Dios? ¡Nadie como Dios! Amén».

FERMÍN YZURDIAGA LORCA

Bibliografía

ARIGITA Y LASA, M., *San Miguel in Excelsis* (Pamplona 1904).

Breviarium romanum. Pars Verna, die 8 maii.

TOMÁS DE AQUINO (STO.), «De Angelis», en *Summa Theologiae.* I. *Pars prima* (Madrid ^{3}1961) 1 q.50-64: p.359-453.

SCHUSTER, I. A., OSB, *Liber sacramentorum. Estudio histórico-litúrgico sobre el Misal romano* (Barcelona).

— vol. VII: *Los santos en el misterio de la Redención: las fiestas de los santos desde la cuaresma hasta la octava de los príncipes de los apóstoles* (1947).

— vol. VIII: *Los santos en el misterio de la Redención: las fiestas de los santos desde la octava de los príncipes de los apóstoles hasta la dedicación de San Miguel* (1948).

• Actualización:

ARIGITA Y LASA, M., *Historia de la imagen y santuario de San Miguel de Excelsis* (Pamplona 2003). Repr. de la ed. Pamplona 1904.

ASINS ROMAGUERA, A., *San Miguel Arcángel. Sus excelencias* (Valencia 1973).

GALACHE, G. C., *Los ángeles* (Valencia 2003).

SUTTER, A. DE, «Ángeles», en E. ANCILLI, *Diccionario de espiritualidad.* I: *Abad-esperanza* (Barcelona 1987) 119-122.

TOMÁS DE AQUINO (STO.), «Tratado de los ángeles», en *Suma de Teología.* I. *Parte primera* (Madrid ^{4}2001) 1 q.50-64: p.489-600.

SAN GABRIEL
Arcángel

Dios es el único ser que no tiene historia. Todos los seres creados son, en mayor o menor medida, seres históricos: nacen, evolucionan, mueren. Sólo que la historia de cada uno tiene un signo diferente, según el lugar que ocupe en la jerarquía ontológica. A medida que se asciende de lo inerte a lo sensitivo y de lo irracional al mundo del espíritu, la historia va enriqueciéndose y entrañándose en la esencia misma del ser. Por eso el hombre es el ser más histórico de todos los que pueblan la tierra. Sobre el cimiento de unas pocas tendencias universales y permanentes de su naturaleza, cada hombre participa en la historia general de la humanidad desde un ángulo propio e irrenunciable. Del hombre, y sólo del hombre, cabe hacer biografía. Una piedra, como tal, no tiene biografía, aunque las piedras, en su conjunto, tengan también historia.

Pero ¿y los ángeles? Hay, ciertamente, una historia universal de los ángeles, criaturas de Dios; una historia que ha quedado escrita en los Libros Sagrados, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Los ángeles nacieron de una palabra de Dios. Pronto, rebeldes unos, fieles otros, se bifurcó para siempre su historia colectiva en dos inmensos bloques, de luz y de sombras, de odio y de amor. La inmensa mayoría de los ángeles, espíritus puros, han quedado sin nombre y sin hazañas extremas. Sólo Dios sabe sus nombres y sus papeles en el gran teatro del mundo. Para nosotros son como anónimas estrellas fugaces, que de vez en cuando cruzan el firmamento del espíritu. Así los que se aparecieron a los pastores de Belén, anunciando la paz a los hombres de buena voluntad; el ángel de Getsemaní, que confortó a Cristo en su agonía; el que traspasó de una lanzada el corazón de Santa Teresa; tantos otros, que pusieron un momento de luz en la vida de algunos elegidos de Dios y se desvanecieron para siempre.

Mas hay unos ángeles, muy pocos, que tienen, además de esa historia anónima y colectiva, algo así como una biografía personal. Entre esos pocos, San Miguel, el capitán de las huestes angélicas contra Luzbel, San Rafael, el compañero de peregrinación de Tobías, ocupa puesto preeminente el arcángel San Gabriel.

Por de pronto, San Gabriel tiene uno de los nombres más bellos que ha podido troquelar el lenguaje humano: «Hombre de Dios, hombre en que Dios confía»; o también, como San Gregorio glosa, «el fuerte de Dios».

Cuando Dios va a hacer uso de su poder sobre el mundo, en su manifestación más excelsa, la de la Redención, elige como mensajero, como su embajador y plenipotenciario, a este soberano arcángel. Tres veces le vemos surgir corpóreamente en la historia de la humanidad. Se aparece en primer lugar a Daniel —allá en el año tercero del reinado del rey Baltasar— para revelarle el sentido de la visión del combate entre el carnero y el macho cabrío. Lo hace en figura de varón y sobrecoge al profeta, que, de bruces y espantado, le contempla con un estremecedor anuncio para días lejanos: «Entiende, ¡oh hijo del hombre!, esta visión, que es para el tiempo final» (Dan 8,15s). Pero aún recibirá Daniel una nueva visita del celestial mensajero, al iniciarse el imperio de Darío; y en ese encuentro se traslucirá la inmensa profundidad de la misión que Dios confía al arcángel. Mientras el profeta está postrado ante Yahvé, en ayuno, saco y cenizas, al caer la tarde, rogando y confesando sus pecados y los pecados de su pueblo y presentando su oración al Señor «grande y terrible», irrumpe Gabriel en raudo vuelo y silueta de hombre, y le anuncia las setenta semanas decretadas por Dios sobre el pueblo y su ciudad santa para expiar la iniquidad, traer la justicia eterna y ungir al Santo de los santos: «Siete semanas y setenta y dos semanas hasta la llegada del Mesías príncipe» (Dan 9,1s).

Cuando ese plazo de Dios se cumple, el arcángel San Gabriel vuelve a la tierra con perfil de mancebo, penetra en el gran templo de Jerusalén y llega a Zacarías, el sacerdote del turno de Abías, desposado con Isabel, la hija de Aarón. El temor sobrecoge y turba al venerable sacerdote mas el arcángel le tranquiliza y anuncia que su oración ha sido escuchada: su mujer le dará un hijo, a quien pondrán por nombre Juan, y será gozo y alegría para él y para muchos, grande a los ojos del Señor y lleno del Espíritu.

Santo desde el seno de su madre. Un hijo precursor del Señor de Israel que volverá a los rebeldes a la prudencia de los justos y preparará al Señor un pueblo debidamente dispuesto. Zacarías no acierta a comprender cómo le llegará ese regalo, en

que se cifra la ilusión de toda su vida. Él ya es viejo y su mujer estéril y avanzada en sus días. Pero el ángel le abre la inmensa perspectiva del misterio: «Yo soy Gabriel, que asisto ante Dios y he sido enviado para hablarte y darte estas buenas nuevas». Desde ahora Zacarías permanecerá mudo hasta el día en que se verifique el prodigio, por no haber dado fe a las palabras del enviado, que se cumplirán a su tiempo. Escasos meses tendrán que transcurrir para que la familia de Zacarías se alegre con la realización de la promesa y para que un más extraordinario acontecimiento conmueva al pueblo de Israel (Lc 1,5ss).

Va a sonar la hora que el arcángel anunció al profeta Daniel. Y en esa hora retornará por tercera vez Gabriel a Palestina para consumar la más alta embajada que jamás conocieron los siglos: el anuncio de la encarnación del Verbo a la Virgen María.

Tres rastros de luz nos permiten vislumbrar la suprema hermosura de ese momento; uno, en los lienzos de Fra Angélico; otro, en las páginas evangélicas de San Lucas; un tercero, en el pensamiento teológico de Santo Tomás.

Estos tres rastros son *palabra hecha luz;* luz que es calor y perfil de amanecer, Verbo encarnado y verdad de salvación. Porque el arcángel Gabriel es el portador de la palabra omnipotente, el gran mensajero, el primer embajador de Dios a los hombres.

Contemplemos la escena de su mensaje con nuestros ojos del cuerpo, poniéndolos sobre la tabla del Angélico. A la izquierda, entre el verde follaje del paraíso perdido, Adán y Eva, la primera pareja humana, que se aleja bajo la pesadumbre de su culpa. Arriba, sobre una ráfaga de oro, el Espíritu divino, y a la derecha, bajo una tenue y transparente luz de amanecer, el inefable espectáculo de la reconciliación entre Dios y la naturaleza humana, que se anuncia en el saludo del ángel, bajo la bóveda azul, tachonada de estrellas de oro, sin más testigo que la golondrina silenciosa sobre la barra de hierro entre las esbeltas columnas. El arcángel se inclina reverente ante la Virgen con sus brazos cruzados. Hay en él una armonía de amapolas y de trigo maduro; hay en ella un juego de rosas y azul. La ráfaga luminosa del Espíritu toca apenas las alas y la aureola del arcángel y besa el pecho inmaculado de la doncella, que acepta el mensaje.

Todo es elegancia, suprema elegancia de cuerpo y de espíritu, que es el signo de lo angélico.

Para poner sonido en este mudo cuadro de colores divinos, se nos acerca San Lucas y nos repite con sobrecogedora sencillez las palabras del arcángel.

Gabriel, enviado por Dios a Nazaret de Galilea, está ante María, la Virgen desposada con José, el varón justo de la casa de David. Y entrando a ella le dice: «Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo». Se turba la Doncella al oír estas palabras y busca el significado de la desconcertante salutación. Y el ángel la serena: «No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios, y concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin».

María, suavemente, pregunta: «¿Cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón?». Y el ángel descorre el velo del inmenso enigma: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios. E Isabel, tu parienta, ha concebido un hijo en su vejez, y éste es ya el mes sexto de la que era estéril, porque nada hay imposible para Dios». María, rendida y humildemente, acepta: «He aquí a la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra». El ángel parte. La Redención ha comenzado. La misión del embajador ha quedado soberanamente cumplida (Lc 1,26ss).

Pero a los hombres —a estos pobres seres que somos los hombres— nos quedan, atenazantes, unas cuantas preguntas. Para que Dios viniera al mundo a redimirnos, ¿era necesario este insólito anuncio a la Santísima Virgen, a través de un arcángel? ¿No había sido ya objeto de una profecía de predestinación el misterio de la Encarnación del Mesías en el seno de una Virgen? Y si la Virgen María tenía esa fe en la Encarnación y creía en ella con invencible certeza, como indiscutiblemente creía, ¿para qué el anuncio a través de un ángel? Aún más: si concebir en el espíritu es algo superior a concebir en el cuerpo, y son muchas las almas santas que conciben espiritualmente, ¿para qué era necesario y cómo fue posible que la Virgen de las vírge-

nes recibiera esa noticia de boca de una criatura, aunque fuera arcángel? La mente, a la vez poderosa y angélica, de Santo Tomás de Aquino se hace problema de estos misterios y nos abre perspectivas de luz (*Summa Theologica* 3 q.30). La anunciación a María era necesaria, no con necesidad absoluta, pero sí con necesidad relativa, de conveniencia, porque la unión del Hijo de Dios a María debía hacerse gradualmente y porque antes que concibiera a su Hijo en la carne, el espíritu de la Virgen tenía que estar advertido de la insondable maravilla. Con razón San Agustín ha podido decir que María fue más feliz al abrazarse a la fe en el Cristo que se le anunciaba que al concebirlo en su carne. Pero, además, al ser instruida por Dios del gran misterio a través del ángel, se transformaba la Virgen Madre en el testigo más seguro y podía ofrecer a Dios, sin demora, el don voluntario de su ofrenda, de su entrega y servicio, que dejaba sellado, externa y solemnemente, el matrimonio espiritual entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana entera.

Pero ¿por qué ese anuncio tenía que hacerse a través de un ángel? Si Dios se revela directamente, sin intermediario, a los ángeles supremos y si María está por encima de todos los ángeles, ¿por qué no le haría Dios directamente a ella la revelación del misterio? De otro lado, si en el orden humano establecido por Dios, las mujeres, como enseña San Pablo, deben ser instruidas de las realidades divinas por sus esposos, ¿por qué el misterio de la Encarnación no fue anunciado a la Virgen bienaventurada a través de San José, en vez de serlo por mediación del arcángel? Y aún más: Si Dios eligió a un ángel para transmitir su palabra, ¿no debía haber sido uno de los ángeles de la jerarquía suprema, la de los serafines? Sin embargo, el texto revelado de San Lucas es inequívoco: Dios eligió precisamente a un arcángel, al arcángel Gabriel, para ser su mensajero en la Anunciación a María. Y convenía que así fuese por tres razones principales, que desgrana el genio teológico de Santo Tomás.

Dios, en su plan de gobierno del universo, reveló los misterios a los hombres por medio de los ángeles. El arcángel Gabriel dio a conocer a Zacarías el próximo nacimiento de su hijo, el profeta Juan, y el mismo arcángel completaría el anuncio revelando a María el misterio por excelencia de la Encarnación del Verbo.

En segundo lugar, la humanidad debía ser regenerada por Cristo. Si un ángel de oscuridad, bajo forma de serpiente, causó la perdición de la primera mujer, convenía que un ángel de luz restaurara la paz entre la humanidad y Dios a través de otra mujer: la Virgen María.

Por último, esa virginidad misma de la Madre de Dios requería que fuese un ángel el que le anunciara la Encarnación porque la vida de las vírgenes es como una vida de ángeles sobre la tierra y aunque la que había de ser Madre de Dios era ya superior a los ángeles por la dignidad a la que había sido divinamente elegida, sin embargo, su estado de vida presente, de vida corpórea, la hacía inferior a ellos y entraba dentro de la armonía de los planes divinos que fuese un ángel quien se acercase a ella para anunciarle la Buena Nueva. Y ese ángel no tenía por qué pertenecer a la jerarquía suprema de los serafines, sino ser el primero del orden de los arcángeles, porque a los arcángeles les corresponde la misión de intermediarios, de mensajeros entre Dios y los hombres. Y Gabriel —recordemos— es, por su nombre mismo, «el fuerte de Dios». ¿Quién mejor que él para anunciar a una criatura humana que llegaba a la tierra el Señor de todo poder y de toda verdad?

Todavía puede asaltarnos una duda o reproche: ¿por qué Gabriel, el ángel anunciador, tomó forma corpórea para aparecerse a la Virgen? ¿No habría sido más alta una visión espiritual o, a lo más, una visión imaginativa, como la de San José durante su sueño? ¿No se habría evitado así la turbación que, según el Evangelio mismo de San Lucas, produjo a la Virgen la aparición corporal del ángel? Sin embargo, la revelación no nos permite dudar de que el arcángel Gabriel se apareció en forma corpórea a la Virgen María, con rostro rutilante, vestido resplandeciente, en actitud admirable, según le describe San Agustín: *Facie rutilans, veste coruscans, incessu mirabilis.*

Podía, en verdad, haberse dado una visión espiritual o imaginativa, pero había, según el Doctor Angélico, poderosas razones de conveniencia para que la aparición fuese bajo forma corpórea. Primero, por el mensaje mismo, ya que lo que el ángel venía a anunciar era la encarnación de un Dios invisible y esta idea se hacía más clara y rotunda si una criatura invisible, como

un arcángel, tomaba forma visible al acercarse a la mujer elegida entre todas las mujeres para ser Madre de Dios.

Segundo, por la dignidad misma de la Virgen Madre que había de recibir al Hijo de Dios no sólo en su seno corporal, sino también en su espíritu; y para ello importaba que sus sentidos exteriores fuesen reconfortados, al mismo tiempo que su espíritu, por una aparición angélica.

Finalmente, para que el extraordinario mensaje lograra el necesario grado de certeza, era conveniente que llegara al espíritu por vía de los sentidos, ya que el ser humano capta con mayor seguridad lo que ven sus ojos que lo que forja su imaginación.

Y no importa que esa aparición corpórea produjera turbación en la Virgen. Siempre que una fuerza superior del espíritu actúa sobre nuestras vidas, sea a través de visiones imaginativas o de apariciones sensibles, experimentamos turbación. Pero esto es motivo de honor y no de humillación, porque ese estremecimiento en las potencias inferiores tiene precisamente por causa el hecho de la elevación del espíritu a un plano más alto. Y, además, en el caso de la Virgen María, la turbación no fue de duda —como la de Zacarías frente al mismo arcángel Gabriel—, sino de humildad y pudor, y mereció la inmediata palabra tranquilizadora del mensajero: *Ne timeas,* «No temas», y la plena revelación del misterio. Santo Tomás subraya agudamente —glosando a San Lucas— que lo que turbó a la Virgen no fue la vista del ángel corpóreo, sino el insondable mensaje que brotaba de sus labios; un mensaje que el arcángel cumplió en un orden perfecto, consecuente con la triple finalidad de su misión. Gabriel tenía que poner al espíritu de la Virgen en actitud de expectativa ante una gran realidad; y por ello la saluda con un saludo nuevo e insólito, al llamarla «llena de gracia», y al decir que el Señor está con ella y que es bendita entre todas las mujeres. Además, el ángel debía instruir a la Virgen en el misterio de la Encarnación que iba a tener lugar en ella, y lo hace con las delicadas palabras de que «concebirá en su seno» y de que «el Espíritu Santo vendrá sobre ella». Y, por último, el ángel debía obtener del corazón de la Virgen una palabra de consentimiento, y para lograrla, evoca el ejemplo de su prima Isabel, grávida en su ancia-

nidad, y, sobre todo, descorre el velo del misterio de la omnipotencia divina.

Ésta es la breve y divina historia del arcángel Gabriel. Su *palabra* vence al tiempo y nos llega viva a nosotros cada vez que releemos el relato evangélico o que rememoramos la figura del enviado del Señor. Una palabra que nos abre los oídos del espíritu al ser último de todas las cosas; *palabra de fe* en el Dios omnipotente. Una noticia que nos abre, como a la Virgen María, los ojos del alma a la belleza de la patria que no vemos; *palabra de esperanza* en la promesa, que garantiza con su sacrificio y con su redención el Verbo encarnado, el Hijo de Dios hecho hombre en las entrañas de María. Un mensaje, por último, que nos abre el corazón, nuestro duro corazón de piedra, al latido del amor; *palabra de caridad* enardecida por el Espíritu, que liga al cielo y la tierra, al hombre con Dios.

¡Oh tú, arcángel San Gabriel, embajador de Dios, patrono de todos los embajadores y mensajeros de la tierra, de todos los que tienen que cumplir misiones cerca de los hombres; tú a quien contemplamos amorosamente en silencio, empújanos a ser incansables heraldos de la pureza y de la humildad de María y de la realeza y la magnanimidad de Dios!

JOAQUÍN RUIZ JIMÉNEZ

Bibliografía

Act. SS. Boll., 26 de marzo.

Art. «Gabriel», en *Enciclopedia Cattolica.* V: *Ea-Gen* (Ciudad del Vaticano 1950) cols.1833s.

Dan 8,15ss; 91ss; Lc 1,5ss.

BARDENHEWER, A., «Mariä Verkündigung»: *Biblischen Studien* 10 (1905) 48s.

TOMÁS DE AQUINO (STO.), «De Angelis», en *Summa Theologiae.* I. *Pars prima* (Madrid ^{3}1961) 1 q.50-64: p.359-453.

WICKENHAUSER, A., «Gabriel», en W. KASPER *et al.* (eds.), *Lexikon für Theologie und Kirche.* IV: *Franca bis Hermenegild* (Friburgo 1930-1938; ^{3}1995) cols.252s.

• Actualización:

GALACHE, G. C., *Los ángeles* (Valencia 2003).

SUTTER, A. DE, «Ángeles», en E. ANCILLI, *Diccionario de espiritualidad.* I: *Abad-esperanza* (Barcelona 1987) 119-122.

TOMÁS DE AQUINO (STO.), «Tratado de los ángeles», en *Suma de Teología.* I. *Parte primera* (Madrid ^{4}2001) 1 q.50-64: p.489-600.

SAN RAFAEL
Arcángel

Divisar desde las sombras del destierro las cimas celestes coronadas de luz, y hallar allí quien interceda por nosotros ante el Altísimo y quien descienda para llevarnos de la mano hacia las alturas, será siempre entre los cristianos una fuente de consuelos y esperanzas. Venimos de Dios y a Dios caminamos, pero no solos, sino en compañía de ángeles que nos guardan e iluminan. El Apocalipsis los describe incensando el trono de Dios y poniendo sobre el altar de oro las *oraciones de todos los santos* (Ap 8,3). Las cuales, en olor de suavidad y de incienso, suben entremezcladas con las oraciones de Aquel que, según la frase de San Pablo, *vive siempre para rogar por nosotros* (Heb 7,25).

¿Quiénes son estos ángeles? Uno de ellos, San Rafael, nos lo va a revelar, al mismo tiempo que contemplamos su paso visible y su paso invisible por la tierra. Situemos estas páginas mirando a la remota lejanía. Setecientos veinte años antes de Jesucristo. Reinan en Nínive Salmanasar V y después Sargón II. San Rafael acompaña a Tobías en el viaje; nosotros le acompañaremos a él muy de cerca, porque las huellas de sus pies y los pliegues de su manto han quedado prendidos en uno de los libros sagrados más deliciosos que han leído los hombres.

En el libro de Tobit pensaría, sin duda, San Pablo cuando escribió: «¿No son todos los ángeles espíritus ministrantes, enviados para el servicio en favor de aquellos que han de alcanzar la herencia de la salud?» (Heb 1,14).

¡Cuán maravillosamente realiza el arcángel San Rafael este ministerio del espíritu! Sobre todo en lo referente a la piedad, a la caridad, a la pureza del matrimonio y a la santificación de la familia.

Al despedirse San Rafael revelará en casa de Tobit el misterio de su misión. Y el joven Tobías traza este resumen del ministerio angélico: «Porque él me llevó y me trajo sano, él cobró el dinero de Gabaelo, él hizo que yo tuviera mujer, y él alejó de ella el demonio, ocasionó gozo a sus padres, y a mí mismo me liberó de ser devorado por el pez; a ti, además, hizo ver la luz del cielo y por él hemos sido colmados de todos los bienes. En correspondencia a esto, ¿qué le podemos dar que sea digno?» (Tob 12,3).

Los «bienes» derramados sobre los dos Tobías corren paralelos y tienen un fundamento común: premiar una familia santificada, preparar un matrimonio santificador. San Rafael desciende del cielo para premiar la virtud del anciano Tobías, sobre todo su heroica caridad, para aliviarle en su tribulación y curarle su ceguera. Él es la «medicina de Dios». A Tobit le descubre el secreto de la muerte de los siete maridos de Sara, le enseña la pureza y fecundidad del matrimonio, y tapa una fosa preparada para enterrar las rosas de la cuna la misma noche de las bodas (Tob 8,11-15).

Tobit pertenece a la tribu de Neftalí, vive los días aciagos de la ruina de Israel, sufre la invasión de los enemigos de su pueblo y marcha cautivo a Nínive bajo el vasallaje de los asirios. Pierde la anchura de la libertad, pero día a día recorre los caminos de la verdad y de la justicia (1,3).

Era niño, y ninguna niñería se descubría en sus obras; sonreíale ante Dios la vigorosa y lozana juventud. Mientras vive en su patria sube a Jerusalén, visita el Templo, adora al Señor Dios de Israel y le ofrece sus décimas con entera fidelidad. Ya casado, tiene un hijo y le impone también el nombre de Tobías, y le enseña desde la infancia el santo temor de Dios (1,4-10).

Las virtudes de Tobit se abrillantan entre las inclemencias del destierro. No se contamina con la impiedad de los ninivitas. Mientras soplan vientos favorables en tiempo del rey Sargón, favorece a sus hermanos de cautiverio, los visita, los socorre y les presta dinero, como a Gabaelo, según veremos pronto. De sus manos brotan continuamente los alimentos, los vestidos, las medicinas y el dinero en favor de los necesitados. Entierra a los muertos, incluso jugándose la vida, porque, muerto Sargón, Senaquerib le persigue a muerte (1,11-23). Mas, si arrecia el ciclón, arrecia también su caridad; y Tobit, temiendo más a Dios que al rey, recoge cadáveres de sus hermanos de patria y de destierro, los oculta en su casa y durante la noche los entierra (2,9).

No tardó en llegar de nuevo la hora de la «tentación», permitida por Dios para dejar a la posteridad admirables ejemplos de paciencia. Tobit se queda completamente ciego de una manera inesperada. En pos de la ceguera vienen los insultos, la incomprensión, las burlas. Mas ni se queja de la ceguera ni se enoja con la fea conducta de parientes y de amigos (2,11-23).

Acude al Señor, ora con lágrimas en su acatamiento y exclama: «Justo eres, Señor, y justos son tus juicios; hágase conmigo tu voluntad, porque más me conviene morir que vivir» (3,1-6).

¡Cerrados estaban los ojos de la cara de Tobit, pero muy abiertos los de su espíritu! En éstos se estaba mirando desde el cielo el arcángel San Rafael, y muy pronto, como médico enviado por Dios, se miraría también en la luz de aquéllos.

Pero ¿moriría Tobit? Ante la posibilidad de un desenlace inminente llama Tobit a su hijo Tobías, encargándole que vaya a Ecbatana —la Ragés de la Vulgata—. Vivía allí su pariente Gabaelo, a quien hacía tiempo había prestado Tobit diez talentos de plata. Había llegado, pues, el momento de cobrar la suma prestada, antes que se echasen encima las sombras de la noche.

Al recibir Tobías el encargo replica: «Haré, padre mío, cuanto me mandas. Mas no conozco a Gabaelo ni tengo idea del camino» (4,1; 5,1-4).

No lo recorrería él solo fácilmente. Ecbatana distaba de Nínive 700 kilómetros. ¿No se prestaría algún «varón fiel» a acompañarle mediante la merecida recompensa?

Apenas ha dado los primeros pasos Tobías le sale al encuentro un joven «espléndido», ceñido de su manto y en actitud de caminante. No cae en la cuenta Tobías de hallarse ante un ángel de Dios —San Rafael en persona—, como lo revelará más tarde. Desde el primer momento roba todas las simpatías del joven. Es el compañero ideal de viaje.

—¿De dónde procedes, simpático joven? —pregunta Tobías.

—De los hijos de Israel.

—¿Conoces el camino de Media?

—Lo conozco, lo he recorrido muchas veces, y he vivido con Gabaelo, «nuestro hermano».

Salta de júbilo Tobías, y sin poderse contener le dice a San Rafael:

—Aguarda un momento; voy a comunicárselo a mi padre.

El cual, no menos gozoso que el hijo, llama al ángel, que le saluda así:

—Alegría siempre para ti.

—¿Qué alegría puede haber para mí, si vivo en tinieblas y no veo la luz del cielo? —replica el ciego Tobit.

Anúnciale entonces el ángel que curará, que cobrará la deuda a Gabaelo, que acompañará a su hijo, y se lo devolverá sano y salvo. A las preguntas de Tobit sobre su persona y su linaje, San Rafael responde con piadosas evasivas, hasta terminar este diálogo con la frase, tan inocentemente expresiva, de Tobit: «Buen viaje, Dios os guíe en vuestro camino, y su ángel os acompañe» (5,5-21).

Avanzaba bordeando las orillas del Tigris. Bañándose cierto día en sus aguas, un enorme pez se abalanza sobre Tobías para devorarle. Asustóse, y entonces San Rafael le indica que, sin miedo ninguno, agarre al pez (6,4-6): «Desentráñalo, y guarda su corazón, la hiel y el hígado, pues son cosas muy útiles para medicinas» (6,5).

¿Cuál sería su aplicación? San Rafael responde:

> «Si pusieres sobre las brasas un pedacito del corazón del pez, su humo ahuyenta todo género de demonios, ya sea del hombre, ya de la mujer, con tal eficacia que no se acercan más a ellos. La hiel sirve para untar los ojos que tuvieren alguna mancha o nube, con lo que sanarán».

Los acontecimientos sellarán más tarde el acierto de estas observaciones.

Era necesario hacer un alto en el camino. ¿En dónde? Todo lo tiene previsto el ángel, y, al contestar, entra de lleno en el asunto que más había de interesar a Tobías. Oigamos sus palabras:

Aquí hay un hombre, llamado Ragüel, pariente tuyo, de tu misma tribu, el cual tiene una hija llamada Sara; ni tiene otro varón ni hembra fuera de ésta.

> «Pero he oído —replica Tobías— que se ha desposado con siete maridos y que han fallecido todos; y aún he oído decir que un demonio los ha ido matando. Temo, pues, no sea que también me suceda a mí lo mismo, y que, siendo yo hijo único de mis padres, precipite su vejez al sepulcro con la aflicción que les ocasione».
>
> «Oyeme —añade el ángel Rafael—, escúchame, que yo te enseñaré cuáles son aquellos sobre los que tiene potestad el demonio. Los que abrazan con tal disposición el matrimonio, que apartan de sí y de su mente a Dios, entregándose a su pasión como el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento, ésos son sobre los que tiene poder el demonio. Mas tú, cuando la hubieres tomado por esposa, entrando en el aposento no te llegarás a ella en tres días; y no te ocuparás en otra cosa sino en hacer oración en compañía de ella. En aquella misma noche, quemado el hígado del pez, será ahuyentado

el demonio. En la segunda noche serás admitido en la unción de los santos patriarcas. En la tercera alcanzarás la bendición, para que nazcan de vosotros hijos sanos. Pasada la tercera noche te juntarás con la doncella en el temor del Señor, llevado más bien del deseo de tener hijos que de la concupiscencia, a fin de conseguir en los hijos la bendición propia del linaje de Abrahán».

En casa de Ragüel reciben a los viajeros con alborozo; corren lágrimas de alegría y se les prepara el banquete. Antes de comenzarlo indica Tobías su firme propósito de casarse con Sara. Hay estupor general en los asistentes, y el padre de Sara no acierta con la respuesta. Interviene entonces el ángel y le dice: «No temas dar a tu hija por esposa de Tobías, puesto que con este joven temeroso de Dios es con quien debe casarse, y no hay otro que la merezca».

Convencido Ragüel con estas palabras, accede gustoso a las bodas. Juntan, pues, los jóvenes sus diestras, firman el acta matrimonial, celebran un banquete y se piden para ellos las bendiciones del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob (7,1-17).

Correspondía ahora a Ana preparar la habitación de los nuevos esposos. Cuando entró en ella su hija Sara, la madre rompió a llorar. ¿Qué suerte correría aquella noche su hija? ¿Cómo terminará Tobías, después del desastrado fin de los siete maridos anteriores? Afortunadamente no se había olvidado de los consejos de Rafael, y, sacando de su arforjilla el pedazo de hígado y corazón, púsolo sobre unos carbones encendidos. Entonces el ángel Rafael cogió al demonio y le confinó en el desierto del Egipto superior.

Con esta protección tan visible de la divina Providencia, por ministerio de San Rafael, quedan aseguradas la felicidad y santidad de los nuevos esposos. Tres noches pasan en oración. Tobías dice: «Tú sabes, Señor, que no me he casado con Sara por lujuria, sino por amor de una posteridad en la cual será bendito tu nombre por los siglos de los siglos».

Y Sara oraba así: «Compadécete, Señor, compadécete de nosotros, y haz que lleguemos sanos a la ancianidad» (8,4-10).

Hay una escena encantadora y de un patético realismo. Cerca del canto de los gallos, Ragüel y sus criados preparan, no lejos del lecho de bodas, la tumba. Una muchacha se encarga de asomarse y ver si ha muerto ya el octavo marido. Comprobado

que duermen tranquilamente, el suegro ordena que se tape la tumba antes que amanezca (8,11-16).

Ragüel y Ana entonan un himno de acción de gracias al Señor Dios de Israel. No ha muerto el esposo, como se temían, y ante tanta misericordia todas las gentes confesarán que el Dios de Israel es el solo Dios en toda la tierra.

Siguen los convites para la familia y los amigos; en pos del convite los espléndidos donativos de los padres y las cariñosas porfías para que permanezcan con ellos los esposos dos semanas. Mas el viaje no ha terminado. ¿Cómo llegar hasta Ecbatana y cobrar la deuda de Gabaelo?

Para el ángel del Señor no existen dificultades. Rafael, acompañado de cuatro criados, se encarga de ir a Ecbatana; y no sólo realiza cumplidamente el encargo y cobra la suma prestada, sino que, además, convida a Gabaelo, por encargo de Tobías, a regresar con él y acompañar a los nuevos esposos en la felicidad de sus bodas (c.9).

Entretanto pasan días y los nuevos esposos no regresan. Ana y Tobit se ponen en lo peor y llegan a sospechar si Gabaelo habrá muerto y tal vez el mismo Tobías. ¿A qué obedece tanta tardanza? Ambos lloran con lágrimas irremediables. La madre no se consuela con nada, sino que a diario corre los caminos por donde algún día había de regresar su hijo. Sus *ayes* los escuchan todos los vecinos:

> «¡Ay, ay de mí, hijo mío!; ¿para qué te dejamos marchar, oh lumbre de nuestros ojos, báculo de nuestra ancianidad, consuelo de nuestra vida y esperanza de nuestra prosperidad?».
>
> Esta amargura e impaciencia ya la preveía Tobías. Por eso no accede a la proposición de su suegro, que insistía en el retraso de la vuelta. Por tanto, se concierta el viaje y se entregan a los recién casados cuantiosos bienes como dote de matrimonio. A Sara le recomiendan sus padres, entre ósculos de despedida, que «honre a sus suegros, ame a su marido, cuide de la familia, gobierne la casa y permanezca en todo irreprensible».
>
> «Que el ángel santo del Señor —dice Ragüel— os acompañe en el camino y os conserve incólumes» (c.10).

Caminan delante San Rafael y Tobías; éste, por consejo del ángel, lleva consigo la hiel del pez. La necesitarán muy pronto. Oigamos ahora a Rafael hablando con Tobías en el camino:

> «Apenas entres en tu casa adora al Señor tu Dios, y, dándole gracias, acércate a tu padre y dale un ósculo. E inmediatamente unge sus ojos con la hiel del pez; y sábete que entonces se abrirán sus ojos y verá tu padre la luz del cielo y se gozará contemplándote con sus ojos».

Realizóse todo esto al pie de la letra. Al ciego Tobit se le enredan los pies y tropieza al salir al encuentro de su hijo. Se abrazan, besan, lloran y bendicen al Señor. Tobías unge en seguida con la hiel del pez los ojos de su padre y poco después recobra Tobit la vista, exclamando lleno de alegría: «Te bendigo, Señor Dios de Israel, porque Tú me has probado y Tú me has salvado; y he aquí que ya veo a Tobías, mi hijo» (c.11).

No es para descrito el júbilo de toda la familia a lo largo de siete días de fiestas familiares, en las que participaron padres e hijos por tan venturosos acontecimientos. ¿Qué parte tomó en las alegrías de la familia el providencial acompañante de Tobías en el camino? ¿Quién era el misterioso personaje?

Cuantos le han tratado estímanle por un santo varón e insuperable amigo. No pasan de ahí. Habrá, pues, que preparar una recompensa digna de su persona y de sus servicios. Pero ¿cuál? Se lo preguntan mutuamente padre e hijo y no dan con la solución. Toda recompensa les parece pequeña. Al fin insinúa Tobías a su padre la necesidad de rogar a San Rafael que acepte la mitad de los bienes que ha traído.

Y diciendo y haciendo, llaman aparte al gentil acompañante y le proponen la idea.

He aquí la deliciosa respuesta:

> «Bendecid al Dios del cielo y glorificadle delante de todos los vivientes, porque ha hecho brillar en vosotros su misericordia. Porque así como es bueno tener oculto el secreto confiado por el rey, es cosa muy loable el publicar y celebrar las obras de Dios. Buena es la oración acompañada del ayuno, y el dar limosna mucho mejor que tener guardados los tesoros de oro; porque la limosna libra de la muerte y es la que purga los pecados y alcanza la misericordia y la vida eterna. Mas los que cometen el pecado y la iniquidad son enemigos de su propia alma. Por tanto, voy a manifestaros la verdad, y no quiero encubriros más lo que ha estado oculto. Cuando tú orabas con lágrimas y enterrabas a los muertos y te levantabas de la mesa a medio comer, y escondías de día los cadáveres en tu casa, y los enterrabas de noche, yo presentaba al Señor tus oraciones. Y, por lo mismo que eras acepto a Dios, fue

necesario que la tentación o aflicción te probase. Y ahora el Señor me envió a curarte a ti y a libertar del demonio a Sara, esposa de tu hijo. Porque yo soy el ángel Rafael, uno de los siete espíritus principales que asistimos delante del Señor» (12,6-15).

Caen trémulos de emoción los dos Tobías a los pies del ángel, que se despide de ellos con las siguientes palabras:

«La paz sea con vosotros; no temáis. Pues que, mientras he estado yo con vosotros, por voluntad o disposición de Dios he estado; bendecidle, pues, y cantad sus alabanzas. Parecía, a la verdad, que yo comía y bebía con vosotros; mas yo me sustento de un manjar invisible y de una bebida que no puede ser vista de los hombres. Ya es tiempo de que me vuelva al que me envió; vosotros, empero, bendecid a Dios y anunciad todas sus maravillas» (12,17-20).

Y pronunciando estas frases desapareció de su presencia... Mas para continuar siendo la medicina de Dios en la historia de las almas de una manera eficacísima, aun cuando invisible. Las cofradías se honran con su patronato, Córdoba le recuerda en cada una de sus páginas cristianas, muchos fieles emprenden los viajes bajo su protección, San Juan de Dios apoya su caridad en la caridad del arcángel.

En el cántico de cisne de Tobit, en su visión de la ruina de Nínive y restauración de Jerusalén, en su pía ancianidad de ciento dos años, en su testamento espiritual, exaltando la justicia del Señor y las excelencias de la limosna, y en la última mirada de sus ojos se reflejó con arreboles de gloria la figura angélica de San Rafael.

RAFAEL GARCÍA Y GARCÍA DE CASTRO

Bibliografía

Seguimos en nuestra exposición con la máxima fidelidad el relato bíblico, puntualizando las citas según la numeración de la Vulgata. De las múltiples disquisiciones críticas no juzgamos prudente ocuparnos en este sitio; aun cuando, por otra parte, es fácil formarse de ellas una idea teniendo a mano obras de escriturarios españoles —para no citar extranjeros—, como:

GALDÓS, R., *Commentarium in librum Tobit* (París 1930).

PARDO, J., *Tobías* (Madrid 1950) y los estudios publicados en *Sefarad* (1947 y 1949).

• Actualización:

GALACHE, G. C., *Los ángeles* (Valencia 2003).

SUTTER, A. DE, «Ángeles», en E. ANCILLI, *Diccionario de espiritualidad.* I: *Abad-esperanza* (Barcelona 1987) 119-122.

TOMÁS DE AQUINO (STO.), «Tratado de los ángeles», en *Suma de Teología.* I. *Parte primera* (Madrid ⁴2001) 1 q.50-64: p.489-600.

BEATO CARLOS DE BLOIS
Duque de Bretaña († 1364)

Carlos de Blois, duque de Bretaña, nació el año 1320. Era hijo de Guido de Chatillon y de Margarita de Valois, hermana del rey de Francia, Felipe VI. Por tan noble cuna le correspondió una esmerada educación cristiana. Desde pequeño dio muestras de una gran inclinación a la piedad y a las buenas obras.

Muy joven todavía, en 1337, fue dado por esposo a Juana de Penthièvre, sobrina del duque de Bretaña y su presunta heredera. Muerto Juan III de Bretaña el 30 de abril de 1341, tuvo que tomar las armas para defender sus derechos al ducado de Bretaña, disputado por Juan de Monfort, hermanastro del difunto, que lo reivindicaba para sí. Esta lucha por la sucesión fue un capítulo más de la Guerra de los Cien Años, que convirtió Bretaña en un campo de batalla donde se enfrentaron Francia e Inglaterra, aliadas de los dos partidos contrarios.

Una situación que obligó a Carlos a combatir, contra los sentimientos interiores de su conciencia, que le llamaban a la vida de oración y contemplación.

En un primer período, entre 1341 y 1347, la guerra le fue favorable. Juan de Monfort es vencido y se apodera de la ciudad de Nantes en 1341, haciendo prisionero a su competidor. Durante esos años entró en contacto con los franciscanos de Guingamp para quienes hizo construir una capilla real dedicada al obispo San Luis de Anjou. Y fue en esa misma iglesia donde se hizo de la Tercera Orden Franciscana Seglar, cuya regla trató de cumplir hasta el final de sus días.

Pero la guerra seguía y él mismo cayó prisionero de los ingleses el 20 de junio de 1347 en la batalla de la Roche-Derrien. Durante unos diez años estuvo preso en la torre de Londres, desde 1348 a 1356, cuando se firmó un armisticio. A pesar de la dureza y de las vejaciones fue todo un ejemplo de paciencia y piedad durante su cautiverio. Lo aprovechó, incluso, para escribir la vida de su santo predilecto, San Ivo de Bretaña, muerto el 19 de mayo de 1303, cuya canonización él mismo había solicitado del papa.

Liberado de la prisión trató de vivir en paz y tranquilidad preocupándose de su alma. Sería por poco tiempo, porque en 1363 volvió a surgir la guerra, a pesar de la que parecía una pac-

tada tranquilidad. El 29 de septiembre de 1364, Carlos murió en la batalla de Auray, cuando apenas contaba con cuarenta y cuatro años de edad.

Recogido su cuerpo, apareció cubierto de cilicios. Vestido con el hábito franciscano fue inhumado en la iglesia franciscana de Guingamp.

Su vida fue todo un ejemplo según el ascetismo de su época. Le favoreció, además, la ayuda de su esposa Juana, mujer virtuosa y caritativa que «tenía convertido su castillo ducal en refugio seguro de pobres y de los injustamente perseguidos».

En el *Solar franciscano* se dice, además:

> «Tuvo siempre devoción especial por la santa misa, y oía cuantas se celebraban en la iglesia de su castillo por sus capellanes, que fueron siempre Frailes Menores; y a éstos se unía con mucha devoción en el rezo diario del oficio divino, cuyo recitado es fama que nunca omitió ni aun en sus campañas guerreras [...] Hizo prosperar en sus estados las artes y las ciencias y procuró con ahínco que todos sus súbditos estuviesen gobernados según las leyes fijadas por la justicia y la equidad; y para todos tenía abiertos a todas horas los tesoros de su corazón magnánimo» (p.699).

Inmediatamente después de su muerte comenzó a ser venerado como santo. A los siete años su propia esposa, Juana de Penthièvre, comenzó las diligencias para su canonización. Pero su causa se vio interrumpida por el Cisma de Aviñón. Su beatificación no llegó hasta el siglo pasado, el 14 de diciembre de 1904, por San Pío X, quien lo propuso como modelo de caballero cristiano, buen esposo y buen gobernante, adicto a la justicia y a la misericordia.

Él mismo había dejado escrito:

> «Mejor hubiera sido si yo fuera hermano menor, porque el pueblo de Bretaña no puede tener paz a causa de nuestras luchas y sin embargo yo no puedo hacer nada sin el consejo de los barones».

JOSÉ SENDÍN BLÁZQUEZ

Bibliografía

CLAUDE, H., Art. en *Bibliotheca sanctorum.* IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) 794.

GONZALO DE CÓRDOBA, OFM Cap, *Del Solar franciscano. Santoral de las tres Órdenes* (Madrid 1957).

SAN JUAN DE DUKLA
Presbítero († 1484)

Nace en Dukla (Polonia), población situada al pie del monte Cergowa (Cárpatos), en torno al año 1414. En un ermitorio cercano se entrega totalmente a Dios, en el silencio y en medio de luchas espirituales, «donde Dios lo conquistó», permaneciendo unido a Él por siempre. En aquel lugar tan agreste aprende a orar con intensidad y a vivir los misterios de Dios. Crece, día a día, en su fe y su amor se va fortaleciendo. Decide ingresar en la Orden franciscana, y poco tiempo después pasa al convento de los bernardinos, unos frailes menores que intentan cumplir con mayor rigor la Regla seráfica. En el convento de San Bernardo pasa el último período de su vida.

Ordenado sacerdote, sobresale por su celo y prudencia. Los superiores advierten en él sus grandes cualidades como sabio predicador y celoso confesor, a quien acuden numerosas personas que buscan la doctrina evangélica y a quienes instruye con sus predicaciones, aconseja en sus desconsuelos y ayuda en sus necesidades. Se convierte en prudente consejero de muchos y guía espiritual de quienes aspiran a la perfección. Toda su vida apostólica y misionera se afianza en la fe en Dios, la fuerza que le guiaba para dedicarse totalmente a él, rechazando lo material y temporal. La fe da sentido a todos sus esfuerzos pastorales.

Varias veces fue guardián y superior del convento franciscano de Krosno, y luego en Leópoli, donde también fue custodio de todos los conventos de aquella provincia, especialmente importante, dado el carácter misionero de estos conventos, vecinos a los territorios ortodoxos, razón por la cual fue uno de los más celosos religiosos en la defensa de la fe de la Iglesia. Al quedar ciego, lo que soporta con gran serenidad, y no pudiendo preparar las predicaciones, se sirve de un novicio que le lee algunos textos sagrados, sobre los cuales prepara la predicación. Acude a tientas al confesonario, para convertir a las almas y llevarlas a Dios.

Pasa la mayor parte de su vida en la ciudad de Lvov, unida a Polonia por vínculos muy estrechos, especialmente desde los tiempos del rey Casimiro el Grande. Su nombre y la gloria de su santidad han quedado unidos a esta gran capital, de la cual es

patrono. Sus contemporáneos le llaman «Heraldo de la paz y de la unión fraterna». El 29 de septiembre de 1484, contando setenta años, expira plácidamente, mientras recita los salmos penitenciales. Su fama y la devoción que le dispensan los fieles permite en 1615 iniciar el proceso de beatificación. El 21 de enero de 1733 el papa Clemente XII confirma su culto. El mismo Santo Padre el año 1739 lo proclama especial protector de Polonia y Lituania.

Interrumpido el proceso de canonización por la repartición de Polonia, se reanuda en 1948. El 10 de junio de 1997 Juan Pablo II lo proclama santo durante su viaje a Polonia.

ANDRÉS DE SALES FERRI CHULIO

Bibliografía

Art. en *Bibliotheca sanctorum.* VI: *Galena-Giustiniani* (Roma 1965) 749.
L'Osservatore Romano (11-6-1997).

BEATO FRANCISCO DE PAULA CASTELLÓ Y ALEU

Mártir († 1936)

El papa Pío XI, con los ojos humedecidos y en las manos los papeles que le reclamaba Eugenio Pacelli, el cardenal secretario de Estado, correspondió: «No. No puedo desprenderme de ellas. Las cartas de este hijo ha de guardarlas su padre».

Acababa de leer:

> «Estimada Mariona: Nuestras vidas se unieron y Dios ha querido separarlas. A él ofrezco con toda la sinceridad posible el amor que te tengo; mi amor intenso, puro y sincero. Siento tu desgracia, no la mía. Debes estar orgullosa: dos hermanos y tu prometido. ¡Pobre Mariona mía!
>
> Me acontece una cosa extraña. No puedo sentir aflicción alguna por mi muerte. Una alegría extraña, interna, intensa, fuerte, me invade todo. Me siento envuelto en ideas alegres como un presentimiento de la Gloria. Quisiera hablarte de lo mucho que te he amado y de la ternura que te reservaba, de lo felices que hubiéramos sido. Pero para mí todo eso es secundario. He de dar un gran paso.
>
> Una sola cosa he de decirte: cásate si puedes. Yo desde el cielo bendeciré tu unión y tus hijos.
>
> No quiero que llores, no lo quiero. Debes estar orgullosa de mí. Te amo. No tengo tiempo para más. Francisco».

También saboreó el Papa:

> «Estimadas: Acaban de leerme la pena de muerte. Nunca he estado más tranquilo que ahora. Tengo la seguridad que esta noche estaré con mis padres en el Cielo. Allí os espero a vosotras.
>
> La providencia de Dios ha querido escogerme [...] He tenido una suerte inmensa que no sé cómo agradecer a Dios [...] Voy con gusto a la muerte [...] No quiero de ninguna manera que me lloréis. Es lo único que os pido. Estoy muy y muy contento...
>
> Teresina: Sé valiente. ¡No llores! Yo soy el que ha tenido una suerte inmensa que no sé cómo agradecer a Dios [...] Perdona las penas y sufrimientos que te he causado involuntariamente. Yo siempre te he querido mucho. No quiero que llores, ¿sabes?
>
> María: ¡Pobre hermanita mía! Tú también serás valiente y no te herirá este golpe de la vida. Si Dios te da hijos dales un beso de mi parte, de su tío que los querrá desde el cielo. A mi cuñado un fuerte abrazo. De él espero que será vuestra ayuda en esta vida y sabrá sustituirme.
>
> Tía: En este momento siento un agradecimiento profundo por todo lo que usted ha hecho por nosotros. Dentro de unos años nos encontraremos en el cielo...».

Y finalmente:

> «Querido Padre: Le escribo estas letras estando condenado a muerte y faltando unas horas para ser fusilado. Estoy tranquilo y contento, muy contento. Espero poder estar en la Gloria dentro de poco rato...».

Tan sereno el reo que, en su comunicación epistolar al condiscípulo profesor, que es su director espiritual, el jesuita Román Galán, llega a entretenerse ilustrando el texto con el croquis de un proyecto que había madurado, posiblemente listo para patentar; señalándole la entrada del hidrógeno en el compresor y no sé qué sobre «válvulas» y «circuitos cerrados...».

Fueron las cartas de despedida —reproducidas íntegramente la primera y parcialmente las otras— del joven profesional y militante católico leridano Francisco Castelló Aleu; un muchacho que puso bravura en sus ideales y se jugó todo, heroicamente, por amor a Cristo, en el ensangrentado verano español de 1936. Manuscritas, en la mazmorra municipal, tras la sentencia a la pena capital, momentos antes de su ejecución.

Despedidas, respectivamente, de su prometida, de la familia y del religioso que le había dirigido espiritualmente.

Emotivamente estremecedor, rebosante de delicadeza y de generosidad de sentimientos, el tierno adiós a Mariona. Para una antología.

El firmante de tales escritos contaba sólo veintidós años. No más.

Espléndidos mozos años. Enmarcando un cuerpo fuerte y deportivo, un físico elegante y una espontaneidad comunicativa, simpática, arrolladora. Intelectualmente brillantes. Con la licenciatura en Ciencias Químicas, políglotas y apasionados por la ciencia, la literatura, la música y toda manifestación artística. Moralmente limpios. Y enamorados del trabajo, como antes fueron amantes del estudio y ahora aman el mundo, la vida y el hombre. Espiritualmente ejemplares. Protagonistas de una fe profunda vivida interiormente y encarnada en una generosa dedicación al prójimo necesitado. Humanamente apetitosos. Sin brillos ni riqueza, pero socialmente bien relacionados...

Veintidós años que dieron para una normal infancia estudiantil, para la forja de un profesional y de un apóstol y para un admirable, heroico testimonio de fe.

Francisco de Paula Castelló Aleu, venido al mundo en Alicante —29 de abril de 1914—, fue el último fruto del matrimonio formado por José Castelló Salué, obrero industrial, y Teresa Aleu Andreu, maestra, excelente y ejemplar educadora, que proyectará su dinamismo cristiano sobre las vidas retoñadas en sus entrañas.

Francisco compartirá inmediata orfandad paterna y, desde el 21 de marzo de 1929, total con sus hermanas Teresina y María.

En Lérida, en las aulas de los hermanos maristas, entre 1924 y 1930, cursará Enseñanza Media.

El prestigioso Instituto Químico de Sarriá, en Barcelona, será el marco académico de su brillante formación profesional. Coronada en 1934, aún no cumplidos los diecinueve años. Y reconocida oficialmente por la Universidad de Oviedo en fecha 6 de febrero de 1936...

A la par con el cuatrienio estudiantil barcelonés fraguaba el apóstol, ya ensayado en el ambiente de la Congregación Mariana leridana. Fraguaba en el escenario suburbial sobre cuyo suelo rústico nacían las gigantescas y singulares torres de Gaudí, el extravagante arquitecto auténtico poeta de la piedra.

Cuajaría, nuevamente a orillas del río Segre, con la militancia en la «Federación de Jóvenes Cristianos de Cataluña». Entre otros cauces institucionales confesionales. Y, a título individual, repartiendo pan y catecismo en el «Canyeret», cinturón de miseria leridano.

«El Canyeret»... Escenario predilecto de su dedicación generosa.

Recortamos de la biografía *Cantando hacia la muerte:*

> «Donde desbordaba su altruismo apostólico, abierto a los humildes, a los niños, a los obreros y a los pobres. Visiblemente repartiendo cultura y formación religiosa. Y, a escondidas, pan. Entiéndase reparto de alimentos, pago de un alquiler, entrega de una prenda de vestir, dinero...».

«El Canyeret», urbanísticamente una madeja de empinadas y tortuosas callejuelas, hambrientas de luz y de sol y hartas de abandono y de olvido ciudadanos. Humanamente un mundo hostil, anticlerical, semiapóstata.

«El Canyeret», donde el joven químico y militante fejocista se mueve apostólicamente, supliendo o apuntalando la instrucción catequística y la formación de un puñado de muchachos que pretende más hombres y cristianos.

Y donde reparte anónimamente generosidad. Personalmente y, a veces, buscando suplencia a sus piernas.

Repetimos recorte:

> «En dos o tres ocasiones, por lo menos —declaró el joven obrero ayudante de Castelló en el laboratorio—, me mandó al barrio del "Canyeret" con sobres cerrados dirigidos a familias humildes. En el interior iba dinero, porque, algunas veces, los destinatarios los abrían delante de mí y lo veía».

Testimonio directo de la sigilosa, limpia labor caritativa personal de Francisco, sumada a su colaboración en la iniciativa apostólico-social de una joven maestra, un alma de Dios, secundada por un puñado de cristianos comprometidos.

1936, tiempos difíciles...

Recuperamos la fuente informativa:

Auténtico heroísmo se necesitaba para hacer frente a la tremenda campaña de amenazas, anónimos, insultos, asaltos, robos... Para resistir los sistemáticos y organizados apedreamientos contra la puerta de acceso, dificultando el cierre del local...

Para aguantar las serias gamberradas de los alumnos instigados y comprados... Para ignorar las amenazas de muerte...

Dándose generosamente en «El Canyeret»...

Y desbordándose caritativamente entre los obreros necesitados de la industria química «Cros». Donde fue jefe de sección. Donde despreció el chalé adjunto a la fábrica, que por su categoría profesional le correspondía. Donde no aceptó la oferta de un traslado que le convertía en máximo ejecutivo de una factoría sevillana.

Porque le tiraba con fuerza la docencia. Paralela a la atracción de la dedicación apostólica, con mayor proyección desde la soñada cátedra que desde un gabinete de investigación científica...

Desbordando una caridad inagotable, en cada momento y sobre cualquier necesidad. Eran la atención personal, la ayuda solidaria —cultural, moral y económica—, la relación amistosa, el trato fraterno...

El detalle de un biógrafo amigo. Volvemos a las páginas de *Cantando hacia la muerte:*

> «Por la noche, testifican los empleados, nos reunía en su gabinete de trabajo a varios obreros y nos daba lecciones de química, física, matemáticas y otros conocimientos y de cuyas explicaciones procuraba sacar siempre alguna moraleja o finalidad apologética».

Sebastián Puig, uno de los aludidos, explica:

> «Su preocupación por el mejoramiento cultural y social de todos sus compañeros de empresa fue extraordinaria. Organizó una clase nocturna a la que yo mismo asistía».

Es notorio que a los obreros más necesitados les ayudaba generosamente. Recuerdo el caso del ayudante de laboratorio, bastante pobre, a quien ayudó eficazmente cuando hubo de contraer matrimonio.

Consta que, entre otras cosas, le compró el traje...

No es de extrañar que el sueldo de Castelló normalmente llegara a casa recortado. Y, en alguna ocasión, no hizo ni acto de presencia. Quedó todo por el camino...

Sigue la cita, que es una aportación testimonial:

Al otro que era ayudante de laboratorio le daba clases preparándole para que pudiera alcanzar el peritaje químico.

Total, en 1936, veintidós años de Francisco Castelló Aleu que resumían un pasado y un presente fecundos y presagiaban un futuro cargado de promesas. Tiempos difíciles para vivir y sembrar la fe. Arriesgada la militancia cristiana.

Pero él voceador de prensa confesional, en la vía pública leridana, en hora punta, en la mañana del 29 de junio de 1936, festividad litúrgica de los santos Pedro y Pablo, jornada institucional católica de la Buena Prensa.

Su entusiasmo correspondido con más desdén que interés de los transeúntes.

Desprecio máximo por parte del individuo, osado, que alarga el brazo, recibe la revista, la rasga, la escupe y la arroja al suelo.

El gesto hirió al acompañante de Castelló, que juzgó prudente retirarse. Pero él, rebelde al desaliento, le estimuló y siguieron voceando lecturas católicas. Convencido el militante fejocista que no sembraban en balde.

Arriesgado, en el cuartel, en su llamada de atención al oficial instructor, que le ha herido en las fibras del alma. Le duele. Sangra.

Por ahí no pasa. Y, rápido, espontáneo, reacciona: «Ruego al señor oficial que se limite a su obligación y se abstenga de herir los sentimientos de los creyentes. Se lo ruego en virtud de las propias leyes de la República. Yo soy católico y me siento ofendido».

Respetuosamente valiente. Y también bravo el muchacho, en el patio del acuartelamiento, en el momento en que aproximadamente un centenar de ciudadanos voluntarios «nacionales», desarmados, frente a dos ametralladoras que esperan órdenes, son cacheados e increpados por la soldadesca, enardecida, enloquecida, vociferante; exigiendo la inmediata ejecución masiva.

Heroica la rápida actuación pacífica y convincente del soldado Castelló Aleu, frenando y haciendo entrar en razón a sus compañeros de armas.

Teresina, su hermana menor, evoca la arriesgada intervención del soldado: «¿Qué vais a hacer? ¿Vais a dar un espectáculo de sangre? Es mejor que los llevéis a la prisión y que sean juzgados y así pagará el realmente culpable».

Sigue el testimonio:

Después de machacar estas ideas, consiguió su heroico propósito; hasta el punto de que, gracias al arrojo de aquel momento, hoy viven entre nosotros algunos de los que entonces hubieran muerto. Superheroico Francisco. Y haciendo frente a todo riesgo, en el calabozo, frente al hipotético ofrecimiento de libertad.

Tiene un familiar, destacado e influyente militante revolucionario, que repetidamente le ha visitado, insinuándole una puerta de salvación.

Finalmente la oferta fue descarada. A cambio, eso sí, de firmar la simulación de las creencias, la renuncia a la militancia católica de primera fila, la inmadurez de su edad. Es decir, una apostasía velada. Pero, al fin y al cabo, apostasía. Propuesta que fue rechazada de plano: «Si has venido para que dé un paso atrás pierdes el tiempo».

Y advirtiendo que se negará cien veces si cien veces se repite la invitación.

Nada de improvisaciones. Compromisos (confesiones) cristianos en cascada fruto de una fidelidad y de una valentía cultivadas. Con un listón muy alto encarándose al Tribunal Popular que administra iniquidad; no justicia. A los hombres que le harán mártir.

Nuevo recurso a las páginas de *Cantando hacia la muerte:*

> — Presidente: ¿Qué respondes a las pruebas que te acusan de fascista?
>
> — Francisco: Yo no soy fascista. Nunca he militado en partido político alguno.
>
> — Fiscal: Tenemos pruebas. En tu casa y en el despacho de la fábrica donde trabajas se han encontrado libros que demuestran tu contacto con dos naciones fascistas.
>
> — Francisco: En mi casa y en los laboratorios de la fábrica no habéis podido encontrar otra cosa que libros de estudio. Por mi condición de químico estudiaba el italiano y el alemán, imprescindibles en esta ciencia. Como quiera que en Lérida no hay profesores que enseñen estos idiomas, seguía lecciones por radio. Las emisoras respectivas, a semejanza de otras, me enviaban folletos y textos. No me movía otro afán que el de perfeccionarme en mi profesión.
>
> — Fiscal: En fin, terminemos: ¿eres católico?
>
> — Francisco: Sí, eso sí. ¡Soy católico!
>
> Estas palabras —sigue el testigo— las pronunció nuestro héroe con voz clara y concisa, sereno y con el rostro transfigurado [...]

El fiscal pidió la pena de muerte que Francisco escuchó con la sonrisa en los labios y sus ojos despedían una luz rebosante de felicidad, como si le hubieran anunciado la gloria; desde luego lo era para él.

Al decirle el presidente que podía defenderse, contestó: No hace falta. ¿Para qué? Si el ser católico es un delito, acepto muy a gusto ser delincuente, ya que la mayor felicidad que puede encontrar una persona en este mundo es morir por Cristo. Y si mil vidas tuviera las daría, sin dudar un momento, por él. Agradezco, por consiguiente, la posibilidad que me ofrecéis de asegurar la eterna salvación...

Tanta gallardía, tanta entereza, el inédito coraje, no conocidos en la sala, provocaron un estallido rumoroso solicitando benignidad y clemencia.

Deja constancia escrita el historiador y biógrafo Lladonosa:

Los rostros del público mostraban que la valentía del joven y su sinceridad no les era indiferente. Francisco permanecía en medio de la sala y por momentos se iba ganando el respeto de la gente que, poco a poco, derivaba en simpatía. De muchos labios brotaron las palabras «inocente», «libertad» y «perdón».

Y del salón de actos municipal al lúgubre subterráneo, eventual calabozo. Destacando la serenidad y la presencia de ánimo de Francisco sobre el indescriptible abatimiento de otros cinco compañeros compartiendo circunstancias. Ellos llorando, exclamándose, desesperándose. Y él con himnos religiosos en los labios, atronando la grosura de los muros medievales, hundidos en el suelo, y después aconsejando:

—Bueno, chicos; lo que hemos de hacer cada cual es prepararnos y encomendar nuestra alma a Dios, pues el tiempo se hará corto y aún falta despedirnos de la familia.

Sacó lápiz y papel y, sirviéndole de mesa el banco de piedra adosado al muro del calabozo, inició la escritura.

Son los textos que ya conocemos.

¡Los textos que dieron a conocer al mundo tanta fortaleza, tanta generosidad, tanta serenidad y tanta alegría, inéditos desde los tiempos de las persecuciones romanas! ¡Cuando los cristianos también rezaban y entonaban melodías y desbordaban alegría esperando el martirio!

Las cartas triunfales que, en copias manuscritas y ciclostiladas, corrieron clandestinamente desde el primer momento, leídas con fervor en las cárceles y en ambientes religiosos y socia-

les extrapenitenciarios y guardadas con veneración en aquellos duros días.

Hasta llegar a manos del papa Pío XI que, tras su lectura, había apostillado:

—Será este joven uno de los primeros mártires de España y el modelo de los jóvenes de Acción Católica del mundo. Así saben morir nuestros hijos de la noble España.

Y, al rato, salida hacia el calvario. Para coronar el vía crucis.

También cantando a pleno pulmón su fe, su esperanza y su amor a Dios, sobre la camioneta de la muerte, camino del cementerio. Nuevamente desbordando entereza y enardeciendo a los condenados con él.

Con las sombras de la noche del recién estrenado otoño, frente al paredón del cementerio leridano, el 29 de septiembre de 1936 nació el mártir.

Previamente, quebrando el denso y conmovido silencio, había suplicado: «¡Un momento, por favor! Os perdono a todos. Hasta la eternidad!».

Aquella misma tarde, en fervorosa confesión, el ministro del perdón, clandestinamente, había completado la absolución sacramental con una emocionada despedida, al tiempo que le daba a besar el crucifijo: «Vete tranquilo y confiado, hijo mío. Un ángel como tú no puede estar en la tierra».

El papa Juan Pablo II reconoció canónicamente la heroicidad cristiana de Francisco Castelló Aleu el 11 de marzo de 2001. En la enfervorizada y emotiva liturgia de beatificación colectiva martirial de la Plaza de San Pedro.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

DÍAZ, R., *Francisco de P. Castelló Aleu, servidor de Dios hasta la muerte* (Barcelona 1992).

ESPASA, R., *Artículos para Causa de Beatificación o sobre la fama de martirio del siervo de Dios Francisco Castelló Aleu, miembro del Consejo Diocesano de Acción Católica de Lérida* (Lérida 1958).

LLADONOSA, J., *Un alma transparente* (Lérida 1952).

MONTERO MORENO, A., *Historia de la persecución religiosa en España (1936-1939)* (Madrid ^{2}2004).

PERAIRE, J., *Cantando hacia la muerte. Heroico testimonio martirial del joven Francisco Castelló Aleu* (Madrid 2001).

SALVOLDI, V. - PERAIRE, J., *Apuntes de fe. Testigos de vida* (Madrid 2002).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN QUIRÍACO
Anacoreta († 557)

Quiríaco o Ciriaco nació en la ciudad griega de Corinto hacia el año 449. Siendo joven, emigró a Palestina donde recibe el hábito religioso de manos de San Eutimio el Grande. Luego se hizo discípulo de San Gerásimo y vivió nueve años en las inmediaciones del Mar Muerto, pasando luego a otros monasterios y eremitorios, en todos los cuales brilló por sus virtudes, siendo extraordinario su espíritu de oración y mortificación. Su sitio preferido fue una cueva en los alrededores de Belén, donde vino a morir pasados los cien años en 557. Había defendido con gran tesón la ortodoxia frente a los errores origenistas, mostrándose muy firme en la profesión de la verdadera fe. Su vida, escrita por Cirilo de Escitópolis, circuló ampliamente en los ambientes más piadosos. Tiene mucho culto en Oriente.

SAN MAURICIO DE CARNOËT
Abad († 1191)

Nace en el seno de una familia campesina el año 1115 en Croixanvec (Francia), pero crece en la población de Loudéac y aquí empieza sus estudios. Terminados éstos es ordenado sacerdote y ejerce como profesor. Pero deseaba dedicarse a una vida retirada y contemplativa y decidió por ello tomar el hábito cisterciense en la abadía de Langonnet. Aquí se acreditó por sus buenas cualidades y vida ejemplar y los monjes lo eligieron abad en 1150. Cumplió este oficio con toda entrega y dedicación, consiguiendo muchos beneficios espirituales y materiales para su abadía, pero en el fondo de su alma él deseaba poder llevar una vida retirada y oculta dedicada a la oración. Por ello presentó la dimisión como abad. Llevaba sin embargo poco tiempo en su género favorito de vida cuando se le pidió que dirigiera una fundación, la de Carnoët, en un espacioso lugar ofrecido por el duque de Bretaña. Hubo de tomar de nuevo el báculo abacial y puso lo mejor de sí mismo en la consolidación de la nueva aba-

día, en la que daba el ejemplo de sus muchas virtudes. El Señor le concedió también el don de milagros. Murió en Carnoët el 29 de septiembre de 1191. Su culto se extendió rápidamente y acudieron muchos fieles a su tumba.

BEATO NICOLÁS DE FORCA PALENA

Presbítero († 1449)

Nace Nicolás en Forca Palena, en los Abruzos, en 1349 y recibe en su casa una esmerada educación. Opta luego por los estudios eclesiásticos y completados éstos se ordena sacerdote. Vive muchos años en su pueblo natal con gran edificación de los fieles por la vida austera y devota que llevaba y por su admirable caridad con los pobres. Pero él deseaba una vida de pleno recogimiento y dedicación a la contemplación, y entonces marcha a Roma donde reúne compañeros que con él empiezan vida eremítica. Pasa luego a Nápoles y se une a los ermitaños de San Juan de Sperlonga que lo hacen su superior, y erige entonces el eremitorio de Santa María de las Mayores Gracias. En un viaje a Roma conoce al Beato Pedro Gambacorta, fundador de una congregación de monjes jerónimos, y decide unir a ésta su propia congregación, lo que efectúa, viviendo desde entonces retirado en el Janículo romano. El papa Eugenio IV lo envía a Florencia como reformador de varios monasterios, labor que cumple y regresa a Roma. Aquí construye en el citado Janículo el convento e iglesia de San Onofre, donde vivió santamente en retiro, oración y austeridad hasta cumplir los cien años. El Señor lo llamó a su reino el 29 de septiembre de 1449. Su culto ininterrumpido fue confirmado por el papa Clemente XIV el 27 de agosto de 1771.

SAN RENATO GOULPIL

Mártir († 1642)

Este santo, francés de nacionalidad, era un ayudante de las misiones jesuitas del Canadá como cirujano y enfermero y había intentado ser jesuita pero había debido interrumpir su noviciado, pero San Isaac Jogues le permitió hacer privadamente los

votos religiosos antes del cautiverio. Cada año se dirigía un misionero en alguna flotilla hurona a Quebec para informar sobre el estado de la misión. En 1642 el viaje presentaba visos muy peligrosos pero el P. Jogues se ofreció para hacerlo y se embarcó con otros compañeros, y se produjo el temido ataque de los iroqueses, quedando presos veintidós con los que los iroqueses volvieron a su territorio. Los iroqueses les hicieron padecer muchísimo. Vivieron cautivos en la aldea iroquesa de Ossernenon, hoy Auresville, en el Estado de Nueva York. Un día salió con el P. Jogues por las afueras. Los siguieron dos salvajes aparentemente sin miras sospechosas, pero de repente cayó silbando un hacha de combate sobre la cabeza del joven. La causa de su muerte fue que el iroqués a cuyo servicio había sido asignado lo vio enseñar a los niños a hacer la señal de la cruz y entonces mandó a un sobrino suyo que matase al rostro pálido. Era el 29 de diciembre de 1642. Fue canonizado el 29 de junio de 1930 por el papa Pío XI.

BEATO SANTIAGO MESTRE IBORRA

Presbítero y mártir († 1936)

Nace en Rafelbuñol (Valencia) el 10 de abril de 1909 en el seno de una familia de nueve hijos que morirán todos en la persecución religiosa de 1936. Era un chico piadoso y ejemplar. A los doce años decidió su vocación religiosa e ingresó en la escuela seráfica de los Capuchinos. Vistió el santo hábito el 6 de junio de 1924 con el nombre de fray Santiago de Rafelbuñol. Hizo la profesión temporal el 7 de junio de 1925 y la solemne el 21 de abril de 1930, cuando ya estaba en Roma. Aquí había sido enviado para estudiar en la Universidad Gregoriana, donde se doctoró en teología. Se ordenó sacerdote en Roma el 26 de marzo de 1932. Vuelto a España fue nombrado vicedirector del colegio seráfico de Massamagrell. Persona humilde, sencilla y bondadosa, dio mucho ejemplo de virtud en sus cortos años de vida religiosa. Cuando llegó la persecución de julio de 1936 su afán fue salvar a los seminaristas, y luego se marchó a su pueblo. El Comité revolucionario local lo obligó a cumplir trabajos manuales. Cuando supo que sus hermanos habían sido todos

arrestados, concibió la idea de ofrecerse él a ver si libraban a sus hermanos, pero sólo logró ser preso él también el 26 de septiembre de 1936. Llevado a la cárcel, escuchó a los presos en confesión, prodigándoles los consuelos del evangelio. En la noche del 28 al 29 de septiembre fueron todos sacados y llevados a Gilet y aquí fusilados. Nuestro mártir dio vivas a Cristo Rey antes de caer fusilado. Con él murieron sus otros hermanos.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATOS PABLO BORI PUIG Y VICENTE SALES GENOVÉS

Religiosos y mártires († 1936)

En la ciudad de Valencia el día 29 de septiembre de 1936 fueron martirizados estos dos religiosos jesuitas, sacerdote el primero y hermano coadjutor el segundo. Ninguno había cometido otro crimen que el de ser religiosos.

PABLO BORI PUIG nació en Vilet de Maldá, en la provincia de Tarragona, el 12 de septiembre de 1864. Luego de estudiar en el seminario de Tarragona es ordenado sacerdote el 22 de septiembre de 1888, y pasados tres años en el ministerio parroquial, decide su vocación religiosa e ingresa en la Compañía de Jesús (7 de septiembre de 1891) en la que hizo la última profesión religiosa el 2 de febrero de 1904. Estuvo destinado en las casas de Barcelona, Veruela y de Gandía, ejerciendo con mucho celo su ministerio. Fue procurador del Sanatorio de Fontilles y, llegada la República y la expulsión de los jesuitas, fue el espiritual de los jesuitas dispersos. Se quedó a vivir en Valencia, dando ejercicios espirituales y haciendo cuanto bien podía. Llegada la revolución de julio de 1936 se refugió en el Asilo de las Hermanitas de los Ancianos Desamparados pasando por un anciano más. Pero denunciado por uno de los asilados fue sacado para el martirio.

VICENTE SALES GENOVÉS había nacido en Valencia el año 1881. Cuando maduró su vocación religiosa ingresó en la Compañía de Jesús en 1915 e hizo la profesión religiosa en calidad

de hermano coadjutor. Sus últimos votos los hizo el año 1926. Estuvo de portero en el noviciado de Gandía y luego pasó a la casa profesa de Valencia. En esta ciudad fue arrestado y llevado a la muerte. A la hora de morir gritó vivas a Cristo Rey.

Fueron beatificados el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

BEATO DARÍO HERNÁNDEZ MORATÓ

Presbítero y mártir († 1936)

Era natural de Buñol, provincia de Valencia, donde nació el 25 de octubre de 1880. Se traslada su familia a Valencia, y allí se educa Darío en el colegio de San José, de los PP. Jesuitas, siendo admitido en la Congregación Mariana. Con dieciséis años decide su vocación religiosa e ingresa el 28 de septiembre de 1896 en la Compañía de Jesús, donde hizo el noviciado y la profesión religiosa, siguiendo los estudios y ordenándose sacerdote. Sus últimos votos los emitió en 1915. Estuvo en Veruela, Barcelona, Valencia, Palma de Mallorca y por fin fue prepósito de la Casa Profesa de la Compañía de Jesús en Valencia y operario en la misma casa, sobresaliendo por su trabajo apostólico. Llegada la República y disuelta la Compañía, la comunidad se dividió en dos grupos o «caetus», a los que el P. Hernández dirigió y apoyó con toda diligencia, dedicándose como sacerdote principalmente al ministerio del confesionario y la dirección espiritual. Tras el 18 de julio de 1936 pasó de un refugio a otro porque era expresamente buscado, hasta que a comienzos de septiembre fue tomado preso y llevado a la cárcel. Él procuró dar ánimo y consolar a los demás sacerdotes presos con él. El 29 de septiembre de 1936 fue llevado al Picadero de Paterna y allí fusilado.

Fue beatificado el 11 de marzo de 2001 por el papa Juan Pablo II en la ceremonia conjunta de los 233 mártires de la persecución religiosa en Valencia de los años 1936-1939.

30 de septiembre

A) MARTIROLOGIO

1. La memoria de San Jerónimo († 420), presbítero y doctor de la Iglesia **.
2. En Piacenza (Emilia), San Antonino (fecha desconocida), mártir.
3. En Soleure (Suiza), santos Urso y Víctor († 320), mártires.
4. En Armenia, San Gregorio el Iluminador († 326), obispo, apóstol de los armenios **.
5. En Marsella (Provenza), Santa Eusebia († 497), virgen.
6. En Canterbury (Inglaterra), San Honorio († 653), monje y obispo *.
7. En Roma, San Simón († 1082), monje.
8. En Nusco, junto a Nápoles, San Amado († 1093), obispo.
9. En Die (Galia), San Ismidón († 1115), obispo.
10. En Pésaro, del Piceno (Italia), Beata Felisa Meda († 1444), abadesa clarisa *.
11. En Roma, San Francisco de Borja († 1572), presbítero, de la Compañía de Jesús, cuya memoria se celebra en España el día 3 de octubre **.
12. En Rochefort (Francia), Beato Juan Nicolás Cordier († 1794), presbítero, antiguo jesuita, mártir *.
13. En Lanzo (Piamonte), Beato Federico Albert († 1876), presbítero, fundador de la Congregación de Hermanas de San Vicente de Paúl de la Inmaculada Concepción **.
14. En Lisieux (Francia), Santa Teresa del Niño Jesús († 1897), virgen, doctora de la Iglesia, cuya memoria se celebra el 1 de octubre.

B) BIOGRAFÍAS EXTENSAS

SAN JERÓNIMO

Doctor de la Iglesia († 420)

La Iglesia ha reconocido a San Jerónimo como Doctor Máximo en exponer las Sagradas Escrituras. Tampoco se le puede negar el título de Doctor de los ayunos. Fue admirado ya por sus contemporáneos como el varón trilingüe, por sus conocimientos del latín, del griego, del hebreo. La Edad Media se entusiasmó con sus cartas ascéticas a clérigos, monjes, vírgenes y viudas, en las que trataba el ideal de la cristiana perfección. Hoy mismo, más que sus trabajos bíblicos, superados por el incesan-

te avance de la ciencia, siguen deleitándonos sus epístolas y sus polémicas, sus vidas de Pablo, Malco e Hilarión, es decir, aquellos escritos en que se revela más espontáneamente —el estilo del hombre— el temperamento y la personalidad de San Jerónimo. Y aquí, precisamente, es donde radica la dificultad para tejer su semblanza crítica, no su panegírico.

Ya en el siglo XVI, el gran escritor español Juan José de Sigüenza, en su *Vida de San Jerónimo* —la primera escrita en castellano—, tuvo que defenderlo de quienes reparaban en «que tiene mucha libertad en el decir, que es muy desenvuelto para santo». Por otra parte, se ha llegado a decir en nuestros días que algunos pasajes de sus obras completas quizá no hubieran sido aprobados en un proceso moderno de canonización.

Ciertamente, la vida de Jerónimo, seguida paso a paso a través de los abundantes fragmentos autobiográficos de su obra escrita, nos da la clave para interpretar su santidad de la mejor ley. En sus escandalosas invectivas, así como en sus críticas mordaces y sus polémicas ofensivas, había mucho de «literatura», esto es, «adornos retóricos» para impresionar a los lectores. Si esto se juzga defecto o sombra, error o debilidad, habrá que achacarlos al «hombre viejo», al literato ciceroniano que pugnaba por salirse a través de su pluma. En todo caso, su entusiasmo por la Iglesia y por la ciencia, su tenaz lucha por alcanzar la perfección monástica, su entrega total a las tareas bíblicas, renunciando a su innata vocación a la literatura profana, hacen de Jerónimo un santo extraordinario, único en su género, tal vez más admirable que fácilmente imitable.

Había nacido, en la primera mitad del siglo IV, en Stridón (Dalmacia). Su padre, Eusebio, gozaba de buena posición. Pudo, pues, enviar a su hijo a Roma para que estudiara allí con los mejores maestros. Jerónimo, casi un niño, destacó entre los alumnos del célebre gramático Elio Donato. Luego estudió retórica y filosofía. A medida que avanzaba en los saberes, crecía en él la afición a los libros. Comenzó entonces a formar su propia biblioteca; unas veces compraba los códices y otras era él mismo quien se los copiaba. Iba así aumentando su rica colección de autores profanos, su tesoro, como él reconocerá más tarde.

Durante esta época de estudiante romano, Jerónimo no estaba bautizado; era solamente catecúmeno y le gustaba visitar,

con sus amigos, las catacumbas. Nada, empero, tiene de extraño que, lejos de las paternas miradas, se dejase arrastrar también, en alguna ocasión, por las malas influencias del ambiente. Las cenas entre amigos jóvenes, bien rociadas con vino, hacían peligrar la castidad de los ebrios.

> «Jamás juzgaré casto al ebrio —escribía Jerónimo desde Belén—; dirá cada cual lo que quiera; yo hablo según mi conciencia: sé que a mí la abstinencia omitida me ha dañado, y recobrada me ha aprovechado».

Al terminar sus estudios, recibió en Roma el bautismo. Comenzó entonces una etapa viajera. Fue a Francia y entró en contacto con la colonia monástica de Tréveris. Estuvo luego en Aquilea. Súbitamente, se le ocurrió peregrinar a Jerusalén. Cortó de un tajo todos los lazos que le unían a Occidente: casa, padres, hermana, parientes; y —lo que aún le costó más— dejó la costumbre de una alimentación variada, para trocarla por una dieta de ayuno cotidiano. Sólo se llevó consigo sus libros, «la biblioteca que con enorme esfuerzo y trabajo logré reunir en Roma».

Fue precisamente en Antioquía de Siria, a mitad de la Cuaresma, cuando una gravísima avitaminosis —un beriberi— estuvo a punto de poner fin a su vida. Durante el delirio de su enfermedad, soñó que le azotaban por ser ciceroniano. Al despertar, sintió el dolor de las heridas y sus espaldas acardenaladas. Y él mismo se las había causado, en la agitación del ensueño, al chocar su piel adelgazada y ser comprimida entre el duro suelo y sus costillas. Juró Jerónimo en aquella ocasión no volver a leer más los códices paganos. Comprendió que era necedad ayunar para estudiar a Marco Tulio. Su vocación innata de escritor estaba en crisis. Había que renunciar a los caminos de la gloria humana que le brindaba su dominio de los clásicos latinos. Era preciso, para ser fiel a la nueva llamada, entregarse al estudio de la divina palabra. La decisión de Jerónimo fue inquebrantable: el literato en ciernes se transformaría en filólogo. Profundizó el estudio del griego y, más tarde, en la soledad del desierto, con un esfuerzo sobrehumano, aprendió el hebreo con un maestro judío. La gracia había venido en ayuda de la naturaleza. La literatura profana podía despedirse de contar un clásico entre sus filas; ganaban, en cambio, el cielo, al santo pe-

nitente; la Iglesia, al Doctor Máximo de las Escrituras; la literatura cristiana, al hombre más culto y erudito de su siglo.

Apenas repuesto de su beriberi, en la misma Antioquía, comenzó Jerónimo a escribir para el público de Occidente.

Fueron al principio cartas dirigidas a los amigos, pero destinadas a la publicidad. Poco después se trasladó al desierto de Calcis, donde hizo vida de anacoreta. Los primeros días, entregado de lleno a la oración y el ayuno, se vio envuelto en un mar de tentaciones. Su cuerpo, débil por las abstinencias y convaleciente de la avitaminosis, se estremecía con el recuerdo de las danzas romanas. La temperatura subnormal, típica del hambre, enfrió su cuerpo. Sin embargo, seguían hirviendo en su mente los incendios libidinosos. Esto indignaba al eremita y provocaba sus golpes de pecho, una noche tras otra, sin dormir apenas. Aquel fugaz episodio ha servido de inspiración para toda la iconografía jeronimiana. Lienzos y estatuas en iglesias y museos nos presentan al santo semidesnudo, sarmentoso, golpeando con una piedra su pecho, el león a sus pies, la cueva por habitación, la soledad por paisaje. Sin embargo, aquellas vehementes tentaciones desaparecieron pronto; tan pronto como Jerónimo comenzó en serio el estudio del hebreo. Le costó, se desesperó, lo echó a rodar y, por la porfía de aprender, volvió a comenzarlo de nuevo. Reanudó, pues, sus tareas intelectuales; mandó buscar los libros que necesitaba; se rodeó de copistas, siguió escribiendo. De esta época son la *Carta a Heliodoro,* donde canta las excelencias de la vida solitaria, así como la *Vida de Pablo,* el primer ermitaño, en la que la fantasía del autor suplió maravillosamente la falta de información de las fuentes.

Poco más de treinta años contaría Jerónimo cuando se dejó ordenar sacerdote por el obispo Paulino de Antioquía, pero a condición de seguir siendo monje, esto es, solitario, y no dedicarse al servicio del culto. Después trató en Constantinopla con San Gregorio Nacianceno e hizo también amistad con San Gregorio de Nisa.

Hacia el año 382, invitado por el papa San Dámaso, Jerónimo se trasladó a Roma. Llegó a ser secretario del anciano Papa y hasta se habló de que sería su sucesor. Recibió el encargo de revisar el texto de la Sagrada Escritura. Ya no cesó de ocuparse

de trabajos bíblicos. Hasta que se extinga su vida, en el retiro de Belén, irá acumulando códices, cotejando textos, para darnos su versión del hebreo.

Tres años duró esta estancia de Jerónimo en Roma y durante ella pasó un verdadero calvario. Al principio, con fama de sabio y de santo, todos se inclinaban respetuosamente a su paso. Pero quiso extender su apostolado a un grupo de damas pertenecientes a la nobleza romana. Ayunar diariamente, abstenerse de carne y de vino, dormir en el suelo, es decir, el más severo ascetismo oriental implantado en el corazón de Roma. Tal era el programa de las penitencias exteriores a las que se sometieron gustosas las viudas Marcela y Paula, así como la hija de ésta, Eustoquio. Por otra parte, llevado de su amor a las Escrituras, Jerónimo dio a sus discípulas lecciones bíblicas; les enseñó el hebreo para que pudieran cantar los Salmos en su lengua original; les aconsejó que tuvieran día y noche el libro sagrado en la mano. Las murmuraciones fueron surgiendo solapadamente. Jerónimo, ajeno a la tempestad que le rodeaba, quiso corregir los escándalos que veía a su alrededor. En la *Carta sobre la virginidad,* que escribió a su discípula Eustoquio, lanzó críticas mordaces sobre los abusos del clero romano. La tormenta estalló cuando murió la joven Blesila, otra hija de Paula. Era una viuda muy joven, y cuando todos esperaban que se volvería a casar, fue convertida por Jerónimo. Su noviciado, por decirlo así, sólo duró tres meses, porque murió apenas iniciada su vida ascética. En sus funerales, el público gritó contra «el detestable género de los monjes» y le acusó de haber provocado con los ayunos la muerte de la amable y noble joven.

Jerónimo, consternado, tuvo que abandonar Roma y emprender el camino de Jerusalén. Poco después, se reunía en Oriente con Paula y Eustoquio, «quiera o no el mundo, mías en Cristo». Juntos visitaron los Santos Lugares; llegaron a Alejandría, al desierto de Nistria. Hacia el año 386 se establecieron definitivamente en Belén. Con el rico patrimonio de Paula pudieron construir tres monasterios femeninos y uno de hombres, dirigido por Jerónimo. Se agregó más tarde una hospedería para los peregrinos y una escuela monacal, en la que Jerónimo explicaba los autores clásicos.

Aquellos siete lustros pasados en el retiro de Belén fueron de incansable actividad literaria. Rodeado de una magnífica biblioteca, el sabio penitente seguía leyendo y escribiendo día y noche. Sólo cuando las repetidas enfermedades, avitaminosis ocasionadas por sus abstinencias, le impedían escribir, dictaba a vuela pluma a sus taquígrafos, sin retocar el escrito. Junto a sus trabajos bíblicos sobre el texto de la Sagrada Escritura, que culminaron en la versión del hebreo, hay que señalar sus *comentarios a los profetas,* a San Pablo, al evangelio de San Mateo. Fue también traductor excelente de Orígenes, de la Crónica de Eusebio, de Dídimo el Ciego, de las reglas de Pacomio. Las polémicas en que se vio envuelto Jerónimo no tienen parangón en la literatura cristiana. Escribió contra Elvidio, que negaba la perpetua virginidad de María; contra Joviniano, que negaba la superioridad del estado virginal sobre el matrimonio y proclamaba la inutilidad de las prácticas ascéticas; contra Vigilancio, que atacaba el culto de los santos y de las reliquias; contra los pelagianos; contra su antiguo amigo Rufino y contra Juan de Jerusalén, en aquella desdichada controversia origenista. En esas páginas polémicas es donde abundan las invectivas que ensombrecen los escritos del monje de Belén.

He aquí una muestra en el libro *Contra Joviniano:*

> «Sólo nos resta —escribía Jerónimo al fin de la polémica— que nos dirijamos a nuestro Epicuro, metido en su jardín, entre adolescentes y mujerzuelas. Te apoyan los gordinflones, los de reluciente cutis, los que visten de blanco...; a cuantos viere guapetones, a cuantos se rizan el cabello, a los que vea con cara sonrosada, de tu rebaño serán, o mejor, gruñen entre tus puercos [...] Tienes también en tu ejército muchísimos que añadir a la centuria...: los gordos, los peinados y perfumados, los elegantes, los charlatanes, que te pueden defender con sus puños y sus patadas. A ti te ceden el paso en la calle los nobles; los ricos besan tu cabeza. Porque, si tú no hubieras venido, los borrachos y los que eructan no podrían entrar en el paraíso».

Cierto que en estos insultos personales hay mucho de retórica para desarmar con el ridículo al hereje; es verdad también que el tono oratorio se prestaba a exagerar las frases para que produjeran mayor efecto en los lectores. Muchos enemigos se creó, empero, el erudito por aquellos desahogos de su cáustica pluma. Lo que no podemos dudar un momento es de la buena

intención con que Jerónimo luchó siempre en defensa de la ortodoxia, de la virginidad, del ascetismo.

Precisamente en sus cartas de Belén y en las homilías que predicaba a sus monjes se nos aparece un Jerónimo menos impulsivo, menos irónico, más moderado, más humano, más deseoso de vivir en paz que lo que muestran sus polémicas. La bella *Epístola a Nepociano* sobre los deberes de los clérigos, los panegíricos de sus amigos difuntos, sobre todo el de la viuda Paula; las cartas de dirección a monjes y vírgenes, forman una corona de prudentes consejos, de sabias enseñanzas, de cálidas exhortaciones a la virtud y a la perfección.

> «Me pides a mí, carísimo Nepociano, en carta de la otra parte del mar, que redacte para ti, en un pequeño volumen, los preceptos del vivir y con que proceder aquel que, abandonada la milicia del siglo, tratare de ser monje o clérigo, debe ir por el recto camino a Cristo para no ser arrastrado a los apartaderos de los vicios».

Y líneas más abajo:

> «Imponte solamente el modo de ayunar que puedas tolerar»... «Por experiencia he aprendido —dice en otra de sus cartas— que el asnillo, cuando se fatiga en el camino, busca el pesebre».

Y en la *Carta a Demetríades:*

> «No te imperamos, en verdad, los ayunos inmoderados ni las enormes abstinencias de los alimentos, con las cuales se quebrantan en seguida los cuerpos delicados y empiezan a enfermar antes de que echen los fundamentos de la santa conversión...; el ayuno no es la perfecta virtud, sino el fundamento de las demás virtudes».

Con idéntica moderación va señalando Jerónimo, en esos escritos de dirección de las almas, los peligros de la vida solitaria, la necesidad de un director experto, del vencimiento del orgullo, de las buenas obras, sin las cuales las mismas vírgenes, según la parábola del Evangelio, son excluidas, por tener sus lámparas apagadas.

Las invasiones de los bárbaros, la ruina del Imperio, el asalto de su propio monasterio por los herejes, la repentina muerte de su cara Eustoquio, fueron dejando huella en el anciano septuagenario. Murió hacia el 20 de septiembre del año 420. Así fue, en efecto, la vida y la obra de aquel dálmata fogoso, que logró domeñar sus pasiones con las más severas abstinencias y acertó

a encauzar su ambición literaria convirtiendo su pecho en la biblioteca de Cristo.

JOSÉ JANINI

Bibliografía

CAVALLERA, G., «Saint Jérôme. Sa vie et son oeuvre», en *Spicilegium sacrum Lovaniense,* I (Lovaina-París 1922).

GRÜTZMACHER, G., *Hieronymus. Eine biographische Studie zur alten Kirchengeschichte,* 3 vols. (Leipzig 1901; Berlín 1906-1908).

JANINI, J., «Pathos y dieta de San Jerónimo»: *Archivos Iberoamericanos de Historia de la Medicina* 1 (1949) 299-366.

JOSÉ DE SIGÜENZA, *Vida de San Jerónimo* (Madrid 1595; ²1853).

PENNA, A., *S. Girolamo* (Turín-Roma 1949).

• Actualización:

Epistolario de San Jerónimo, 2 vols. (Madrid 1993).

San Jerónimo. Obras completas. Nueva ed. en 8 vols. (Madrid 2000-2005).

SORSOLI, C., «Jerónimo (San)», en E. ANCILLI, *Diccionario de espiritualidad.* II: *Espíritu Santo-Oficio divino* (Barcelona 1987) 371-374.

SAN GREGORIO EL ILUMINADOR

Obispo († 326)

San Gregorio el Iluminador es el apóstol de Armenia, el que atrajo definitivamente a ese pueblo a la fe, mantenida a lo largo de los siglos. Parece que nace en Armenia hacia el año 260, hijo del parto Anak, y que se educó cristianamente en Cesarea de Siria. Llegado a la juventud contrajo matrimonio con la joven Julita y fue padre de los santos Aristaques y Verdanes. Ordenado sacerdote posteriormente, acompañó al príncipe armenio Tirídates cuando éste fue repuesto en el trono paterno por las tropas del emperador Diocleciano. Pero cuando el nuevo rey quiso ofrecer sacrificios a la diosa Anahita, Gregorio se negó a participar en el sacrificio, siendo por ello torturado con intensidad y recluido en una cisterna a modo de calabozo a lo largo de quince años. De aquí según la tradición sale en 313 cuando la hermana del enfermo rey tiene un sueño en el que se le dice que el encarcelado Gregorio es el único que puede curar a su hermano. Una vez dejado en libertad y llevado a la corte, curó efectivamente al rey Tirídates III. El soberano agradecido se dejó catequizar por el sacerdote y se convirtió al cristianismo, siendo bautizado por el propio Gregorio. Hizo destruir los ídolos y de-

cretó la abolición del paganismo, siendo así Armenia el primer pueblo que aceptó oficialmente el cristianismo.

Elegido obispo *(catholicós,* es decir pastor de todos) de la nueva comunidad cristiana fue enviado a Cesarea, a donde marchó acompañado de numerosos caballeros que velaran por su seguridad. El obispo Leoncio de Cesarea convocó un sínodo de veinte obispos, donde propuso la ordenación episcopal de Gregorio, que efectivamente tuvo lugar. El obispo Leoncio pidió al obispo Pedro de Sebaste que acompañara a Gregorio a Astisat, ciudad de Armenia, donde debía entronizarlo. No sin tener que usar la fuerza pudo tomar posesión Gregorio de su sede, que parece ser una sede por entonces vacante pero que había estado ocupada en tiempos anteriores, y a la que se llama *sede apostólica.* Gregorio ordenó a quince obispos que puso al frente de diferentes nuevas iglesias por el país. Su hijo Aristaques fue su obispo coadjutor y le ayudaba con amor y le suplía en las ausencias, pues Gregorio hacía viajes de evangelización. Muerto este hijo, consagró obispo al otro, que sería luego su sucesor. Acompañado del rey viajó a Roma para visitar a Constantino y se entrevistó también con el papa San Silvestre, del que se dice que lo confirmó como patriarca del Oriente. Cuenta la tradición que antes de morir se retiró a una cueva en las orillas del Éufrates, donde murió en paz el año 326 más o menos.

En realidad son muy antiguos los orígenes del cristianismo en Armenia, y la tradición hace remontar a los apóstoles San Judas Tadeo y San Bartolomé la primera evangelización del país. La crítica histórica ha podido encontrar trazas de predicación cristiana en Armenia ya a partir de la segunda mitad del siglo II y esa misma crítica ha fijado el año 301 como el de la conversión del rey Tirídates o Trdat III, lo que obligaría a modificar la cronografía que hemos dado en la biografía de San Gregorio el Iluminador, pero quedan críticos que estiman que la verdadera fecha es la que hemos dado en la biografía. Pero en el Vaticano y en Armenia las celebraciones del XVII centenario del bautismo del pueblo armenio han tenido lugar en 2001.

La Iglesia armenia mantiene una antigua liturgia, en la que se quieren encontrar fuertes influjos jerosolimitanos. El rito armenio está cercano a la familia antioquena y está considerado

como una rama con características propias dentro de la liturgia oriental, siendo muy tardíos los influjos bizantinos y no digamos los occidentales. Al no tener la lengua armenia un alfabeto propio, la lengua primitiva fue el siríaco y el griego, pero San Mesrop llevó adelante la idea de dotar al armenio de un alfabeto propio. Este santo varón tuvo la categoría de vardapet o maestro, figura aún existente en el clero armenio.

Una parte de la Iglesia armenia está en comunión con Roma. El 10 de noviembre de 2000 el papa Juan Pablo II en la basílica vaticana recibió al catholicós de todos los armenios, Karekim II, en una celebración ecuménica y le hizo entrega de una reliquia de San Gregorio el Iluminador. El domingo 18 de febrero de 2001 el Santo Padre presidió la celebración de una Divina Liturgia en rito armenio, celebrada por el patriarca de Cilicia de los Armenios, Nerses Bedros XIX Tamouni. Concelebraron con el patriarca doce obispos procedentes de Armenia, Siria, Líbano, Israel, Francia, Turquía, Irán, Irak y de América y numerosos sacerdotes procedentes de esos mismos países y también de Egipto, Brasil, Australia y Siria, cantando en la misa el coro *Groung,* del patriarcado armenio católico de Beirut. Al final de la celebración el Santo Padre Juan Pablo II entregó una reliquia de San Gregorio el Iluminador al patriarca de Cilicia de los Armenios y bendijo numerosas imágenes representando el bautismo del rey Tirídates III, según cuadro que se halla en el monasterio de Bzommar, Líbano, destinadas a las iglesias armenias esparcidas por el mundo.

El Santo Padre en la homilía expresó cómo los años oscuros del ateísmo no pudieron ahogar la luz de Cristo en Armenia. Dijo el Papa:

> «Estamos hoy aquí para deciros gracias. Gracias no sólo por aquellos inicios gloriosos sino también por toda una historia impregnada de cristianismo y casi identificada con él. El Obispo de Roma se hace intérprete de esta gratitud y os la expresa como el don más hermoso y apreciado...».

Y añadió:

> «Al repasar la historia de los armenios, como de otros pueblos cristianos, no podemos dejar de notar que la fe cristiana ha marcado las fibras más íntimas de su sentir común. El mismo alfabeto armenio nació para dar voz y difundir el evangelio, para traducir la

> Biblia, la Liturgia y los escritos de los Padres. El arte, la vida social y familiar, e incluso las instituciones públicas han encontrado en la fe en Cristo un punto de referencia seguro. En el mundo moderno, al aumentar cada vez la influencia de la secularización, a menudo resulta difícil seguir manteniendo firme este patrimonio espiritual que ha hecho de vuestra nación una nación cristiana».

Para concluir:

> «Pueblo armenio: mantén fija tu mirada en Cristo, camino, verdad y vida. Él es la esperanza que no defrauda, la luz que disipa las tinieblas del mal. Cristo guía tus pasos: no temas».

Y con fecha 2 de febrero de 2001 el Santo Padre Juan Pablo II firmó una carta apostólica en el XVII centenario del bautismo del pueblo armenio. En ella el Papa recuerda la historia del pueblo armenio y su íntima unión con el cristianismo y hace ver cómo esta unión ha estado sellada con el testimonio de la sangre:

> «El martirio constituye un elemento constante en la historia de vuestro pueblo. Su fe permanece indisolublemente unida al testimonio de la sangre derramada por Cristo y por el evangelio. Toda la cultura e incluso la espiritualidad de los armenios están impregnadas de un sano orgullo por el signo supremo del don de la vida por el martirio».

En el año 451 el sasánida Tazdegerd II quería imponer al pueblo la religión mazdeísta pero los armenios supieron morir por Cristo. Y añade el Papa:

> «Desde entonces episodios análogos se han repetido muchas veces, hasta las matanzas sufridas por los armenios en los últimos años del siglo XIX y primeros del siglo XX que culminaron en los trágicos acontecimientos de 1915, cuando el pueblo armenio sufrió violencias inauditas, cuyas dolorosas consecuencias son aún visibles en la diáspora a la que se han visto obligados muchos de sus hijos...».

Por fin, debe mencionarse aquí que en el mes de septiembre de 2001 el Santo Padre Juan Pablo II realizó su deseado viaje apostólico a la República de Armenia. El día 25 de septiembre llegó al aeropuerto de Ereván y fue recibido por las autoridades civiles y religiosas de la nación. Visitó la catedral donde oró junto con el *catholicós* Karekin II y luego lo visitó en el palacio apostólico. Al día siguiente el Papa visitó al presidente de la República y luego visitó el monumento a las víctimas armenias de 1915, donde rezó por todas las víctimas de la nación armenia. Por la

tarde visitó la catedral de San Gregorio el Iluminador en Ereván donde se tuvo una celebración ecuménica. El jueves 27 celebró misa en rito latino en el altar externo de Echmiadzin, y que fue precisamente misa de San Gregorio el Iluminador, y en la homilía calificó a Armenia de «siempre fiel». Fue luego al centro armenio-católico de Kanaker en Ereván. Visitó posteriormente el monasterio de Khor Virab al pie del Monte Ararat donde está el pozo en el que estuvo prisionero tantos años San Gregorio el Iluminador. Este monasterio es meta de peregrinaciones de armenios de todo el mundo. A las 20 horas tomó el avión de vuelta a Roma.

Esta peregrinación fue un gran homenaje al pueblo armenio y a su evangelizador San Gregorio el Iluminador. Sus palabras de despedida concluyeron así:

> «San Gregorio el Iluminador y el gran número de mártires y santos armenios velen por vuestro presente y vuestro futuro. La Madre de Cristo, arca de la nueva Alianza, guíe a Armenia a la paz que va más allá del diluvio, la paz de Dios, el cual hizo surgir su arco iris entre las nubes como signo de su amor que no tiene fin».

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris (Amberes 1762) t.8, p.295-409.

ANANIAN, P., Art. en *Bibliotheca sanctorum.* VII: *Giustiniani-Lhuilier* (Roma 1966) cols.180-190.

CAPPELLA PAPALE. *Divina Liturgia in Rito Armenio, presieduta da Sua Santità Giovanni Paolo II, celebrata da Sua Beatitudine Nerses Bedros XIX, patriarca di Cilicia degli Armeni, in occasione del 1700.° anniversario del Battesimo del Popolo Armeno. Terza Domenica di «Araciavor» (Quinquagesima). Basilica Vaticana, 18 Febraio 2001.*

L'Osservatore Romano (ed. en español) (2-3-2001; 28-9-2001; 5-10-2001).

SAN FRANCISCO DE BORJA

Presbítero († 1572)

San Francisco de Borja, ejemplo de desprecio de las grandezas del mundo, de la humildad más profunda y del espíritu de oración y penitencia, era hijo de una de las familias más nobles de aquel tiempo. Por su padre, tercer duque de Gandía, descendía de los Borja, a los que pertenecían los papas Calixto III

(1455-1458) y Alejandro VI (1492-1503) y que tanto se distinguía entonces en España y en Italia. Por su madre pertenecía a la familia de don Fernando de Aragón. Sin embargo, con su santidad de vida quiso Dios que reparara las inmoralidades que, tanto por parte de su padre como de su madre, habían contribuido a darle la vida.

Nació, pues, en Gandía, provincia de Valencia, el 10 de octubre de 1510, y, aunque educado en medio del regalo, ya de niño se entretenía jugando a celebrar misa; pero bien pronto tuvo que abandonar estos juegos, dedicándose de lleno a los deportes caballerescos, en los que salió particularmente adiestrado. Al mismo tiempo recibió una formación literaria acomodada a su estado y sobresalió en el culto y gusto por la música.

Contando dieciocho años de edad, y siendo ya un joven aventajado en las costumbres caballerescas de su tiempo, es presentado en la corte de Castilla. Carlos V y su esposa Isabel de Portugal se complacían en la destreza y buenas maneras de Francisco; pues, a diferencia de tantos otros cortesanos, elegantes por fuera mas corrompidos en su interior, daba claras muestras del candor e inocencia de su alma. Por esto, ya en 1529, creado marqués de Lombay, se desposó con la camarera favorita de la emperatriz, la portuguesa Leonor de Castro, modelo de elegancia y de recato, y fue colmado de cargos y distinciones.

Carlos V concede a Francisco la más absoluta confianza. De este modo el novel caballero se hace íntimo amigo del joven príncipe Felipe II. Más aún: entra en la intimidad de la emperatriz Isabel, de la que le encarga expresamente el emperador durante sus frecuentes ausencias. En los ratos libres gusta de leer a San Pablo, el Evangelio y las homilías de San Juan Crisóstomo. Da a Carlos V lecciones sobre cosmografía y otras materias. Compone algunas obras de música religiosa, que alcanzaron bastante resonancia, si bien sólo se nos han conservado algunos motetes y una misa. Su vida, ordenada y tranquila, constituye el ideal de un cortesano cristiano que goza de la más completa confianza de sus señores. Para colmo de felicidad, Dios ha bendecido su matrimonio, y en 1538 nace en Toledo su octavo hijo.

Pero el año 1539 introduce en su vida un elemento de desengaño y desilusión. La ocasión fue la inesperada muerte de la

emperatriz Isabel en la flor de los años y en la plenitud de la grandeza humana. Si el dolor por la muerte de la emperatriz Isabel sume a Carlos V en un estado vecino a la desesperación, produce igualmente en Francisco de Borja una tristeza que le quita el gusto para todo.

Encargado por el emperador, tuvo que acompañar al féretro hasta Granada en unión con un buen número de prelados y grandes del reino, con el fin de depositar a la emperatriz en el sepulcro de los reyes. El entierro tuvo lugar el 17 de mayo; pero, al echar su última mirada al rostro de aquella mujer, dechado en otro tiempo de encanto y belleza humana, experimentó Francisco una profundísima sensación de la vanidad de las grandezas de este mundo, y desde aquel momento se propuso vivir con el corazón separado por entero de ellas y puesto sólo en Dios.

Sin embargo, Dios tenía sobre él, por el momento, otros designios. Precisamente entonces, el 26 de junio de 1539, Carlos V nombró a Francisco de Borja virrey de Cataluña, cuya capital era Barcelona. Francisco desempeñó este importante cargo con admirable acierto. Acabó con el desorden y organizó en tal forma la seguridad en todo el territorio que su gobierno llegó a ser proverbial. Pero, en realidad, se sentía completamente transformado y era otro hombre. Dedicábase mucho más a la oración, según se lo permitían las obligaciones de su cargo y de su familia. Al morir su padre en 1543, Francisco, heredero de su título de duque de Gandía, obtuvo el permiso para retirarse allá con su familia, y durante los tres años siguientes se entregó de lleno al trabajo de ordenar sus propios estados y realizar en Gandía y en Lombay diversas obras de piedad y beneficencia.

Esta vida tranquila y ordenada fue interrumpida en 1546 por la muerte inesperada de su esposa, Leonor de Castro, cuando Francisco se encontraba en la flor de la vida, contando treinta y seis años de edad. Esta circunstancia colocaba al santo duque en una situación completamente nueva. Aunque hasta aquí había sido modelo de esposos durante los diecisiete años que había vivido en la más completa compenetración con doña Leonor, y aunque estaba dispuesto a cumplir, como buen padre, las obligaciones que tenía con los ocho hijos que Dios le había

dado de su cristiano matrimonio, pensó inmediatamente en la realización de su plan de renunciar a todas las dignidades y grandezas del mundo y entregarse al servicio de Dios.

Ahora bien, ¿cómo debía realizar este ideal, que entonces más vivamente que nunca se ofrecía a su espíritu, dispuesto a los mayores sacrificios? Dios mismo, durante los años anteriores, había ido ilustrando su inteligencia y preparando su corazón para que en tan críticos y decisivos momentos pudiera tomar una decisión conforme con sus designios. En efecto, ya durante su virreinato en Cataluña había tratado en Barcelona al padre Araoz, y sobre todo al Beato Fabro, primer compañero de San Ignacio de Loyola, y por su medio había conocido a este santo, por el cual y por la Orden por él fundada experimentó desde entonces una simpatía extraordinaria. Por esto, al establecerse poco después en Gandía, preparó inmediatamente la fundación de un colegio de la Compañía de Jesús, que pudo abrirse el 16 de noviembre de 1546.

Pues bien: en los momentos críticos en que se encontraba Francisco después de la muerte de su esposa presentóse en Gandía el padre Pedro Fabro, y, después de una larga conversación con él y hechos los ejercicios espirituales, pronunció el voto de entrar en la Compañía de Jesús. Pocos días después volvía Fabro a Roma y entregaba a San Ignacio un escrito del duque de Gandía, en el que éste le pedía formalmente su admisión en la Compañía de Jesús. San Ignacio ratificó su voto, admitiéndolo oficialmente en la Orden; pero en la carta que a continuación le escribió le decía estas palabras: «El mundo no tiene orejas para oír tal estampido», por lo cual añadía que conservase en secreto su propósito mientras arreglaba los asuntos domésticos y procuraba sacar el grado de doctor en teología.

Francisco siguió al pie de la letra el consejo de Ignacio; pero bien pronto se vio en un grande aprieto, pues fue requerido instantemente para asistir a las Cortes de Aragón. Para evitar estas dificultades obtuvo San Ignacio del papa Paulo II dispensa especial para Francisco de Borja, y, conforme a ella, el 2 de febrero de 1548 hizo el duque la profesión solemne en la Compañía de Jesús, mientras permanecía algún tiempo en medio del mundo en traje secular.

Arregladas, pues, las cosas de su casa, casados convenientemente sus hijos y obtenida la borla de doctor en teología, el 31 de agosto de 1550 daba el adiós definitivo al mundo y se dirigía a Roma, acompañado de su hijo mayor y un gran séquito de la nobleza. En la Ciudad Eterna fue acogido con grande aparato por los representantes del Papa, del emperador y de las más significadas personalidades; pero bien pronto se hizo pública, ante el estupor de todo el mundo, su determinación de vestir la sotana de la Compañía de Jesús, y, en efecto, dejando los suntuosos palacios que todos le ofrecían, se retiró a la pequeña residencia de los jesuitas, cerca de Santa María de la Estrada. De extraordinario fruto para su alma, hambrienta de Dios y de perfección, fueron las largas conversaciones que tuvo entonces durante cuatro meses con Ignacio de Loyola, tan consumado maestro de la vida espiritual. Por esto decía el santo después de ellas que Ignacio se le representaba como un gigante, al lado del cual todos los demás, incluyendo al mismo Fabro, eran como unos niños.

Preparado Francisco de este modo, y bien orientado para la nueva vida que iba a emprender, salió el 4 de febrero de 1551 de Roma en dirección a España, donde se retiró algún tiempo en Oñate, cerca de Loyola, con el fin de prepararse convenientemente para recibir las órdenes sacerdotales. Habiendo, pues, recibido el permiso del emperador, realizó aquí la renuncia a sus estados en su hijo Carlos, hízose luego rapar la cabeza y cortar las barbas, y se puso definitivamente la sotana de la Compañía de Jesús, después de lo cual fue ordenado sacerdote el 23 de mayo de 1551. Movido por la gran veneración y afecto que profesaba a San Ignacio, quiso celebrar en privado su primera misa en la capilla del castillo de Loyola, pero luego celebró otra con gran solemnidad en Vergara, para la cual el Papa había concedido indulgencia plenaria. Y fue tal la aglomeración de público, calculado en unas veinte mil personas, que se hizo necesario celebrarla al aire libre. Tal era, en efecto, la resonancia que había alcanzado la renuncia del duque de Gandía, que todo el mundo deseaba contemplar con sus propios ojos al duque jesuita, al duque santo.

Y con esto comienza la nueva etapa, fecundísima y definitiva, de San Francisco de Borja. Los tres años siguientes signifi-

can en él la práctica y ejercicio de la renuncia que acababa de realizar. Desde un principio fue para todos, superiores y súbditos, el más perfecto modelo de humildad y de todas las virtudes. Entregóse con toda su alma a los más bajos oficios de barrer, limpiar, acarrear leña y ayudar en la cocina. Por otra parte, comprendiendo Ignacio, con certera visión, el inmenso fruto que podría hacer Borja con su ejemplo, no quiso asignarle ninguna casa como residencia y le dio la orden de ir por diversas ciudades del Norte predicando al pueblo y dando algunas misiones. Francisco siguió esta indicación de la obediencia y, en efecto, su predicación obtuvo durante este tiempo un efecto extraordinario. Grandes muchedumbres acudían en todas partes a escuchar sus ardientes exhortaciones, y, ante el ejemplo viviente de su renuncia a todas las grandezas del mundo y de las heroicas virtudes que ejercitaba, se resolvieron muchísimos a realizar, a su vez, un cambio de vida. Por esto no es de sorprender que fuera designado al poco tiempo como apóstol de Guipúzcoa.

Después de este aprendizaje de la vida religiosa entra Francisco de Borja en un segundo estadio de la misma. En efecto, conociendo Ignacio, por su parte, las dotes de gobierno de Francisco, de las que tan claras pruebas había dado en el virreinato de Cataluña y en la administración de sus estados, y, por otra, la necesidad que tenía la Compañía de Jesús en España de un hombre de gran prestigio que la acreditara e introdujera entre los círculos de la más elevada sociedad, nombró a Francisco, en 1554, comisario general, con autoridad superior para toda España y Portugal, que más adelante extendió a todos los dominios de la Península en Ultramar. Para el humilde Borja, que, después de renunciar a todas las grandezas, no deseaba otra cosa que ponerse a los pies de todos y predicar humildemente a Cristo en todas partes, este cargo significaba la mayor contrariedad y mortificación; mas, con la sumisión que sentía hacia San Ignacio, se abrazó desde el principio con la cruz que la obediencia le imponía. De lo pesada que fue para él esta cruz es buen indicio lo que, diez años después, escribía: «Diez de junio. Hoy, décimo aniversario de la cruz que me impusieron en Tordesillas».

Mas, por otra parte, sus dotes de hombre fuerte, rectilíneo, ordenado, emprendedor, que se captaba las simpatías de todos

y dominaba fácilmente con la superioridad de su persona, y juntamente el prestigio de que gozaba en todas partes y el ascendiente que le daba el sublime heroísmo de su renuncia y de todas sus virtudes religiosas, todo esto fue produciendo en todas partes un efecto arrollador. Por esto puede decirse que Francisco de Borja fue prácticamente el verdadero fundador de la Compañía de Jesús en España. Su intensa acción en los viajes realizados entre España y Portugal, dio como resultado el rápido florecimiento de la Compañía de Jesús en España. En las principales ciudades se solicitaba a la Orden para que se hiciera alguna fundación. A los siete años se había duplicado el número de colegios y de miembros de la Orden.

Sin embargo, como sucedió a San Ignacio y sucede siempre a los grandes apóstoles, no pudo faltar la contradicción.

Los prejuicios o celos de algunas personas contra él fueron alimentando cierto ambiente desfavorable. Es cierto que Borja tuvo algunas intervenciones notables entre los elementos más elevados. Así, asistió en 1555 en los últimos momentos a la reina doña Juana la Loca, y al año siguiente visitó a Carlos V en su retiro de Yuste, adonde acudió algunas veces durante los dos años siguientes, y, aunque no pudo asistir a la muerte del emperador en 1558, hizo poco después su elogio fúnebre en Valladolid. Pero, esto no obstante, llegó a tal extremo en este mismo año la animosidad contra el santo, que el padre general, Diego Laínez, se sintió obligado a hacerle ir a Roma, como lo realizó en agosto de 1558.

Esta tempestad duró todavía algún tiempo. Al volver a España Felipe II en 1559, influido por algunos enemigos del santo, mostró alguna frialdad contra su antiguo amigo de la infancia. Por esto, en inteligencia con el general de la Orden, pasó Francisco los años 1559 y 1560 en Portugal, donde realizó un importante trabajo de estabilización y reajuste de la Compañía de Jesús, y finalmente, en agosto de 1561, fue llamado a Roma por el padre Laínez a instancias del papa Pío IV (1559-1565). En Roma fue acogido con el mayor afecto, y durante algún tiempo permaneció allí al lado del padre general, Diego Laínez. Ante todo, dedicóse a la predicación, y consta que entre sus más asiduos oyentes contaba al cardenal San Carlos Borromeo

y al cardenal Ghisleri, el futuro papa San Pío V. Pero bien pronto comenzó a utilizarlo el padre Laínez en asuntos de gobierno, que prepararon poco a poco a Francisco para el cargo de general de la Orden, para el que la Providencia lo destinaba. Más aún: cuando, en 1562, el general Laínez tuvo que partir para Trento en calidad de teólogo pontificio, donde permaneció hasta el final del concilio en diciembre de 1563, nombró a Francisco de Borja vicario general de la Compañía de Jesús. Finalmente, al fallecer Laínez en 1565, Francisco fue elegido para sucederle en la dirección general de la Orden.

Ahora bien, durante los siete años en que Francisco de Borja gobernó como general a la Compañía de Jesús podemos afirmar que cumplió plenamente su cometido, contribuyendo de tal manera al perfeccionamiento y crecimiento de la Orden que con razón puede ser considerado como su segundo fundador. Sus dotes de hombre de gobierno, sus conocimientos y amistades con los principales hombres de Estado y dirigentes de su tiempo, el prestigio de que en todas partes disfrutaba, y, junto con esto, su espíritu de trabajo y sacrificio y las heroicas virtudes que ejercitaba, todo esto contribuía a dar una eficacia decisiva a todas las obras y trabajos que emprendía.

Su actuación como general de la Compañía de Jesús se extendió realmente a todos los campos de su actividad, y en todos ellos dejó bien marcada la huella de su eficacia, sirviendo de complemento de la obra de Ignacio. Uno de sus primeros cuidados fue organizar un movimiento en toda forma en Roma, y, tras él, otros semejantes en otras partes. De este modo dio la forma definitiva a los noviciados. Por otra parte, convencido de que, para asegurar el espíritu religioso, era necesario infundir y practicar el espíritu de oración, procuró fomentarlo en todas las formas posibles y señaló una hora para la oración diaria, así como también el tiempo destinado a las demás prácticas de piedad.

Francisco de Borja fue asimismo organizador y promotor de los estudios. Al ir por vez primera a Roma, quince años antes, había mostrado sumo interés por la fundación del Colegio Romano, proyectado por San Ignacio, y con la limosna que entonces dio puede ser considerado como su primer fundador.

Como general, contribuyó eficazmente a su organización definitiva, que le confirmó en aquel título. Además, construyó la iglesia de San Andrés del Quirinal, donde habían de distinguirse novicios tan insignes como San Estanislao y San Luis Gonzaga, y asimismo comenzó la del Gesù.

De gran eficacia fue la labor de San Francisco de Borja en la propagación de la Compañía de Jesús y la extensión de su actividad en todo el mundo. Empleó el influjo que tenía en la corte francesa para obtener una acogida más favorable a los jesuitas en Francia, donde se fundaron en su tiempo ocho colegios. De un modo semejante se fundaron tres en Alemania, cuatro en Italia, once en España y otros varios en diversas partes de Europa. Pero su predilección se manifestó por las misiones. Por esto dio nuevo impulso y reorganizó las del Lejano Oriente y comenzó nuevas empresas en América, constituyendo las provincias de México y Perú, y sobre todo la del Brasil. Su actividad se extendió a otros campos. Así, publicó una nueva edición de las reglas, terminada en 1567, y protegió constantemente a los escritores que comenzaban a dar gran renombre a la nueva Orden.

Pero, aun en el campo de la Iglesia universal, tuvo Francisco un influjo extraordinario. Al lado de San Pío V y de San Carlos Borromeo, puede ser considerado como uno de los grandes promotores de la renovación católica. En 1568 él fue quien movió a San Pío V, con quien tenía gran ascendiente, para que nombrara una comisión de cardenales encargada de promover la conversión de los herejes e infieles.

En estas circunstancias, en junio de 1571, Pío V envió al cardenal Bonelli a una embajada a España, Portugal y Francia, y suplicó a Borja que le acompañara. De hecho, no se obtuvo con ella gran cosa en los preparativos de una liga contra los turcos; pero mostró el gran prestigio y la eximia virtud de Francisco. En todas partes acudían a su encuentro las turbas, ávidas de contemplar a un santo. Olvidados los antiguos prejuicios, el mismo Felipe II le recibió con muestras visibles de satisfacción. Pero su salud ya quebrantada, se resintió notablemente con las fatigas del viaje. La vuelta a Italia se fue haciendo cada vez más fatigosa. Pasó el verano de 1572 en Ferrara, donde su primo, el duque Alfonso, trató de rehacerlo; pero al fin lo tuvo que llevar

a Roma en litera. El 3 de septiembre llegó a Loreto, donde descansó ocho días, y finalmente llegó a Roma el 23; pero, después de unos días de fatigosa enfermedad, en la que dio los más sublimes ejemplos de piedad, humildad y paciencia, descansó en el Señor durante la noche del 30 de septiembre al 1 de octubre de 1572.

De este modo se nos presenta la figura de San Francisco de Borja como uno de los santos más sublimes y atractivos de la Iglesia: como ejemplo precioso de la más profunda humildad y desprecio de las vanidades del mundo, y juntamente como el hombre providencial en la constitución definitiva de la Compañía de Jesús. En 1617 sus restos mortales fueron trasladados a Madrid, donde se conservaron con gran veneración hasta 1931, en que, en el incendio de la iglesia de la Compañía de Jesús, desaparecieron casi por completo. Lo poco que pudo salvarse entre las cenizas se conserva todavía en la actualidad.

BERNARDINO LLORCA, SI

Bibliografía

Act. SS. Boll., 10 de octubre.
Art. «St. Franciscus Borgia», en *Monumenta historica Societatis Iesu* (Madrid 1894-1911).
ASTRAÍN, A., *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España.* II: *Lainez-Borja* (Madrid 1905).
BRODRICK, J., *The origin of the Jesuits* (Londres 1940).
— *The progress of the Jesuits, 1556-1579* (Londres 1946).
KARRER, O., *Der heilige Franz von Borja* (Friburgo 1921).
SUAU, P., *Histoire de Saint François de Borgia* (París 1910).
— *St. François de Borgia* (Les Saints; París 1905).
YEO, M., *The greatest of the Borgias* (Milwaukee 1936).
• Actualización:
GARCÍA HERNÁN, E., *Francisco de Borja, grande de España* (Valencia 1999).
DALMASES, C. DE, *El padre Francisco de Borja* (Madrid 2002).

BEATO FEDERICO ALBERT

Presbítero y fundador († 1876)

Han sido muy numerosos, en los últimos siglos, los sacerdotes, hijos de familias poderosas en lo social y en lo económico, que han renunciado a un futuro prometedor de prestigio o de riqueza al encontrar la perla de la vocación sacerdotal (Mt

13,45-46), la que han preferido a todos los tesoros de esta tierra para fijar su corazón en el Reino de Dios (Lc 12,34), al que han dedicado todas sus fuerzas y toda la vida para ofrecer el Evangelio de este Reino, juntamente con sus propias personas, a sus hermanos, especialmente a los más débiles y desposeídos de este mundo. Voluntariamente se han hecho pobres, como Cristo (2 Cor 8,9), para enriquecer a muchos con su apostolado y servicio, asumidos desde la pobreza espiritual y material, en un compromiso de amor sin límites, hasta el extremo (Jn 13,1).

Federico Albert fue hijo primogénito de un alto oficial del Estado Mayor del ejército sardo. Aun escogiendo el estado eclesiástico, entró como capellán real en la Corte de los reyes del Piamonte. Tenía abierta ante sí una vía ancha de honores, prebendas y prestigio. A todo renunció para seguir a Cristo, pastor humilde, que cuida de las más pequeñas y humildes ovejas de su rebaño. De capellán palaciego pasó a párroco de una humilde feligresía y servidor de los pobres.

Federico había nacido en Turín, cuna y escenario de muchos santos, el 16 de octubre de 1820. Su padre se llamaba Juan-Luis, comandante militar del reino de Cerdeña. Éste inclinó la voluntad del hijo a seguir la carrera de las armas. Cuando lo tenía todo a punto para entrar en la Academia Militar, sintió la vocación sacerdotal cuando oraba ante un altar del Beato Sebastián Valfrè. Cursó en Turín los estudios de humanidades, de filosofía y teología, y obtuvo el doctorado en teología por la universidad de la misma ciudad.

Al acceder al estado clerical, y en consideración al abolengo de su familia, el rey Carlos Alberto lo adscribió al clero de la capilla de su palacio. Recibió la ordenación sacerdotal de manos del heroico mons. Franzoni el 10 de junio de 1843. Fue nombrado entonces capellán real. En el ejercicio de su ministerio se granjeó la simpatía y aprecio de los príncipes y de toda la corte por su conducta ejemplar y por el ejercicio fiel de su ministerio sacerdotal. Era muy valorado por su predicación y por su pericia en la dirección espiritual. Un sermón cuaresmal suyo, predicado en el Castillo de Moncalieri en 1852, en presencia del rey Víctor Manuel II, de la familia real y de toda la corte, tuvo una resonancia especial. Predicaba sobre el Evangelio de la mujer

adúltera, perdonada por Jesús. Explicó el texto evangélico con valentía y claridad, sin temor a la presencia del rey, cuyas aventuras y deslices en tal materia eran conocidos de todos. Mientras los cortesanos murmuraban del sermón del joven capellán, el rey dio pruebas de apreciar la sinceridad apostólica de Don Federico. Al despedirse, le dijo: «Gracias; usted siempre me ha dicho la verdad».

Corrían entonces malos vientos para la Iglesia en la naciente unificación de Italia, que se gestaba especialmente desde la corte y gobierno de Víctor Manuel II. Leyes revolucionarias y expoliaciones entorpecían el ejercicio normal del ministerio eclesiástico. Albert consideró que su puesto de sacerdote no estaba en el palacio de los reyes del Piamonte. Se marchó a la parroquia de San Carlos, en el mismo Turín, de la que habían sido expulsados los Siervos de María y en la que por algún tiempo ejerció su ministerio. El 18 de abril de 1852 consiguió que le enviaran como vicario parroquial al pueblo de Lanzo Torinese. Era ésta una parroquia de montaña, populosa y nada fácil, que exigía mucho espíritu de sacrificio. En ella permanecería hasta el final de sus días.

En su parroquia, empezó por restaurar la iglesia trabajando con sus propias manos, llevando sobre sus espaldas gruesas piedras que recogía del lecho de un torrente, encabezando largas procesiones de feligreses que aportaban asimismo material de construcción.

Predicador elocuente, se dedicó a dirigir ejercicios espirituales para el clero y para seglares, a misiones populares, en las que prodigaba todo su celo apostólico, olvidándose de sus propias necesidades, trabajando todo el día y toda la noche, como escribió el arzobispo Gastaldi, íntimo amigo suyo.

Federico Albert compartió con otros santos turineses la gloria de iluminar a su Iglesia local con su santidad de vida y su fecundo apostolado. Fue contemporáneo de San José Benito Cottolengo, que socorrió a los más pobres y marginados de la sociedad; de San José Cafasso, apóstol de los encarcelados y de los condenados a muerte; de San Juan Bosco, apóstol de la juventud que llamó a Albert para que dirigiera ejercicios espirituales a sus jóvenes del Oratorio de Valdocco; de San Leonardo

Murialdo, promotor de la acción cristiana social en Turín y de centros de educación laboral para los jóvenes.

El motor de su múltiple actividad era la «caridad pastoral», que el Vaticano II propuso como virtud distintiva de los sacerdotes y guía de su dedicación a la grey que tienen encomendada. Don Federico colocaba la unidad y congruencia de su vida sacerdotal como fundamento de su piedad y de su afán por la salvación de las almas. De esta caridad pastoral, surgieron asimismo sus obras de misericordia a favor de los más débiles en la sociedad.

Para acoger a huérfanas y niñas abandonadas, construyó en 1859 en Lanzo el Hospicio de María Inmaculada, que confió en 1869 a la Congregación, por él mismo fundada, de Hermanas Vicentinas de María Inmaculada, que recibieron el nombre de «Albertinas», por el apellido del fundador. Inspirado en el celo de San Vicente de Paúl y en su servicio a los más abandonados, dirigió la actividad de sus religiosas a obras de misericordia. Con la expansión de la congregación, las Albertinas abrieron hospitales, escuelas, orfelinatos y residencias para ancianos. En 1866 también había erigido, junto al Hospicio, una escuela para formación de futuras maestras.

En 1873 el papa Pío IX lo eligió obispo de Pinerolo. Con ruegos y lágrimas, Don Federico imploró que se le dispensara de asumir tal responsabilidad; quiso empero ratificar su veneración y fiel devoción al bienaventurado pontífice y, en consecuencia, proyectó acudir a Roma para agradecerle la distinción con que le había honrado. Pero su confesor le disuadió de tal decisión pues le dijo que un párroco no podía alejarse de su parroquia sólo por el consuelo espiritual de ir en peregrinación a Roma. A partir de esta renuncia al episcopado, se dedicó con más fervor a sus deberes parroquiales.

El bienaventurado párroco había comprendido la importancia de la cuestión obrera en su tiempo. En Lanzo conectó profundamente con los anhelos y esperanzas de los problemas agrarios. Para frenar la emigración a la ciudad, decidió establecer una colonia agrícola para jóvenes; ellos habrían podido ponerse al servicio de los párrocos para cultivar las fincas de la Iglesia.

Mientras iba configurando este proyecto, y estaba levantando la capilla de la colonia, se subió a un andamio con el objetivo de pintar el techo. Para evitar el accidente del joven que lo ayudaba, puso un pie en falso y cayó desplomado al suelo. Sus amigos acudieron enseguida a auxiliarlo: Juan Bosco mismo, el siervo de Dios Don Miguel Rua, otros sacerdotes y sus religiosas, pero ni la solicitud de cuantos le querían ni los cuidados médicos pudieron detener su fallecimiento que ocurrió el 30 de septiembre de 1876, tras dos días de agonía.

En ocasión de su muerte, el arzobispo de Turín se dirigió al clero con estas palabras: «De este pastor, no es fácil saber qué virtud debemos admirar más: su piedad, fe, humildad, paciencia, su mortificación espiritual y corporal, el desprendimiento de sí mismo y sus sacrificios cotidianos, su actividad, inteligencia, prudencia, doctrina y, ante todo, su caridad».

Apenas transcurrido un año de su piadosa muerte, en 1878, el Señor ya manifestó que quería la glorificación de su siervo con la realización de un milagro. Causas externas, como la regulación de sus obras y el régimen jurídico de las Hermanas Vicencianas de la Inmaculada Concepción, retrasaron el inicio de su causa de beatificación. Sólo fue introducida cincuenta años después de su muerte, en 1926. Pío XI aceptó la causa el 13 de junio de 1934. Pío XII, el 16 de enero de 1953, reconoció sus virtudes heroicas. El 25 de marzo del mismo año, Dios obró el prodigio de una curación por intercesión del venerable Federico. El 7 de abril de 1984, Juan Pablo II reconoció tal milagro y procedió a la beatificación del humilde párroco y fundador el siguiente 30 de septiembre, día natalicio del nuevo beato.

Fueron elevados aquel día a los altares dos sacerdotes de la archidiócesis de Turín, Federico Albert y Clemente Marchisio; el hermano pasionista Isidoro de Loor, belga, y la española sor Rafaela Ybarra de Villalonga, fundadora de las Hermanas de los Ángeles Custodios. El Santo Padre empezó y concluyó su homilía con referencias a Cristo, Buen Pastor, modelo supremo de los pastores de la Iglesia, como lo fue a lo largo de su vida parroquial y apostólica el Beato Federico:

> «Ministro de Dios, entregado totalmente al bien de las almas que le habían sido confiadas y a las necesidades de los pobres. Habiendo madurado su vocación al sacerdocio ya adulto, se preparó

para ser sacerdote y modelo cabal para los sacerdotes. Éstos pueden admirar en él la profundidad de la vida espiritual, alimentada con una constante comunión con Cristo, y el generoso esfuerzo por adquirir una sólida formación cultural que hizo que se pudiera presentar como guía seguro del Pueblo de Dios.

Su espíritu de fe, su obediencia incondicional al papa y al obispo, su caridad sacerdotal hicieron de él un elemento equilibrador entre los miembros del presbiterio y un pastor celoso, atento a los jóvenes y a los pobres. Contemplando al nuevo beato, nos damos cuenta con singular evidencia cómo es posible responder a las exigencias concretas del hombre, precisamente cuando somos fieles servidores de Cristo y de la Iglesia».

PERE-JOAN LLABRÉS Y MARTORELL

Bibliografía

AAS 77 (1985) 8-12; 1020-1023.
ALBERT, M. P., *Il teologo Federico Albert* (Lanzo Torinese 1926).
Art. en *Bibliotheca sanctorum.* I: *A-Ans* (Roma 1961) cols.672-674.
COTTINO, J., *Il venerabile Federico Albert* (Turín 1954).
L'Osservatore Romano (1-10-1984).

C) BIOGRAFÍAS BREVES

SAN HONORIO DE CANTERBURY
Obispo († 653)

Era monje en el monasterio de San Andrés en el Monte Celio, en Roma, cuando fue elegido por el papa San Gregorio Magno para misionero en Inglaterra. No se sabe si marchó con San Agustín de Canterbury o con el segundo grupo de misioneros, en el que iban también San Justo, San Melitón, etc.

Muerto San Justo, arzobispo de Canterbury, el 10 de noviembre de 627, fue elegido Honorio para sucederle. Marchó a Lincoln donde fue consagrado obispo por San Paulino de York. Cuando este santo se vio obligado a huir de su sede, halló refugio junto a Honorio, el cual le pidió que apacentase la comunidad cristiana de Rochester, donde moriría.

Honorio recibió el palio del papa Honorio I, y conforme a las disposiciones pontificias, a la muerte de San Paulino en 644 eligió y consagró obispo a San Itamaro, primer anglosajón que alcanzó esta dignidad. Envió a San Félix a evangelizar a los an-

glos del este, el cual estableció su sede en Dunwich en la costa de Suffolk en 631. Honorio consagró también obispo en 648 al sucesor de San Félix, Tomás. Honorio murió en Canterbury el año 653, y su memoria se celebra el 30 de septiembre.

BEATA FELISA MEDA

Abadesa († 1444)

Nace en Milán en 1378 en una familia acomodada. Recibe una adecuada educación en valores morales y en letras, y era considerada una joven culta y brillante cuando apenas había llegado a la adolescencia. Pero entonces tiene la desgracia de perder a sus padres y eso la lleva a meditar en la vanidad de las cosas terrenas y a desear consagrarse a Dios por completo, haciendo voto de virginidad. Un poco más adelante considera que lo mejor es encuadrar su voto en una comunidad religiosa. Se desprende de todos sus bienes, que van a parar a obras de caridad, no olvidando a sus parientes pobres a los que dejó dotados con suficiencia. Y desasida de todo lo terreno recibe el hábito de monja clarisa en el monasterio de Santa Úrsula, de la propia ciudad de Milán. Era el año 1400. Comienza a recorrer animosa el camino de la vida religiosa, resistiendo no pocas tentaciones que la asaltaron y que sirvieron para hacerla madurar en la vida interior y la mortificación cristiana. En 1425, ya madura humana y espiritualmente, es elegida abadesa del monasterio, al que rige con prudencia y santidad admirables. Esto llevó a la princesa de Montefalco a pedirla como abadesa cuando funda un nuevo monasterio de clarisas en Pésaro, y aunque las monjas de su convento se resistían, hubo que ceder a la obediencia, pues el papa Eugenio IV le pidió que aceptara la propuesta de la princesa, y Felisa se rindió a la voluntad del Papa. Aquí ejerce su misma labor que en Milán, siendo muchas las jóvenes que ingresaron en el nuevo monasterio dispuestas a seguir la vida religiosa bajo la autoridad de Felisa. Su fama corre por fuera del monasterio y los enfermos se encomiendan a sus oraciones, siendo muchos los que decían que habían logrado la salud por este medio. Completada su peregrinación, pasó al Padre en su monasterio de Pésaro el 30 de septiembre de 1444. Su cuerpo

reposa hoy en la catedral de Pésaro. Su culto fue aprobado por el papa Pío VII el año 1810.

BEATO JUAN NICOLÁS CORDIER

Presbítero y mártir († 1794)

Nace en Saint-André, cerca de Souilly, en La Meuse, el 3 de diciembre de 1710, hijo de un carpintero. Con 18 años decide su vocación religiosa e ingresa en el noviciado de la Compañía de Jesús, de Nancy (28 de septiembre de 1728). Estudia en la Universidad de Pont-à-Mousson. Estuvo destinado en el colegio de Nancy, en el de Dijon y también en Auxerre y en Autun, y ya doctor en teología, es profesor en Laon. Hace su profesión religiosa el 2 de febrero de 1746 y seguidamente enseña en Estrasburgo, Pont-à-Mousson y Reims. Ya sacerdote, estaba de superior en la residencia de Saint-Mihiel cuando es suprimida la Compañía de Jesús. Entonces se queda en la dicha ciudad como capellán de las Anunciatas hasta 1790. Entonces vive con un amigo canónigo en Verdun. Opuesto con toda claridad a la constitución civil del clero, pese a su ancianidad y enfermedades es arrestado el 28 de octubre de 1793 y encarcelado en Bar y enviado a la deportación en abril del año siguiente. Llegado a Rochefort y embarcado en el Washington, su salud no resistió tantas privaciones y miserias y murió el 30 de septiembre de 1794 en una de las tiendas del hospital de isla Madame tras padecer no pocos maltratos, soportados por él con admirable paciencia cristiana. Fue beatificado el 1 de octubre de 1995.

APÉNDICE

7 de septiembre

NUESTRA SEÑORA DE LA PEÑA

Las manifestaciones divinas del amor de Dios a María son también manifestaciones de la misericordia del Señor para con los hombres en las épocas de grandes crisis sociales, que piden para su solución especial auxilio de la piedad divina.

Sufría en el siglo XV una de estas crisis el reino de Castilla, cuando los hijos de aquel noble caballero llamado D. Fernando de Antequera, a quien los compromisarios de Caspe otorgaron la corona de Aragón, se propusieron poner el reino a la sombra de un monarca menos capaz de lo que pedían las circunstancias históricas por las que el reino atravesaba.

Pues para remedio de los males que estas revueltas causaban, no menos perjudiciales a la vida cristiana que a la civil, quiso el Señor establecer en el corazón de Castilla este santuario de la Peña de Francia. Forma esta peña parte de la cordillera que separa las provincias de Salamanca y de Cáceres. El nombre «de Francia» tiene, sin duda, su origen en la colonia que contribuyó a la repoblación de Salamanca en el siglo XI. Se eleva la peña a una altura de 1.720 metros sobre el nivel del mar y unos mil sobre la meseta castellana, y, por hallarse destacada y sin abrigo alguno de otras montañas, está más expuesta a la violencia de los elementos meteorológicos.

Una tradición, que fue consignada por escrito por primera vez el año 1544, en la historia que entonces se publicó, nos dice que en el año 1434, reinando en Castilla D. Juan II, el 19 de mayo, miércoles infraoctava de Pentecostés, fue hallada, en lo más alto de la peña, una imagen de María con el Niño en los brazos de la Madre, y que desde el principio comenzó a distinguirse con multitud de gracias celestiales, que atraían al lugar in-

numerable multitud de fieles. La tradición detalla el suceso, atribuyendo el hallazgo a cinco hombres del vecino pueblo de San Martín, movidos por un personaje que había llegado aquellos días allí llamado Simón Vela. Éste, según la referida historia, era francés y había recorrido toda su nación buscando una imagen que estaba escondida en un lugar llamado Peña de Francia, y cuyo hallazgo a él estaba reservado. Su apellido no sería otra cosa que la orden del cielo que continuamente resonaba en sus oídos diciéndole: «Simón, vela, no duermas, busca en la Peña de Francia el tesoro que te tiene reservado el cielo». Cansado de recorrer en vano las tierras de Francia, vino a Salamanca, esperando que entre los estudiantes de la Universidad hallaría quien le diese noticias de la Peña de Francia, donde, según la voz del cielo, se hallaba oculta la imagen que buscaba.

Al fin, en la plaza del Corrillo, de Salamanca, oyó hablar de la Peña de Francia, y con esta noticia se vino a San Martín del Castañar, donde comunicó su secreto y encontró a los hombres decididos que le ayudaran a dar con la imagen tan deseada. Hallada ésta, Simón se constituyó en el abnegado servidor de la imagen, y procuró, con ayuda de los devotos que venían, construir una ermita. Allí perseveró en compañía de los religiosos dominicos, que a su muerte le dieron sepultura en la misma ermita. La cabeza se guardaba más tarde en la sacristía en una urna, y hoy está en el santuario de Robledo, en Sequeros. Estos hechos nos prueban la historicidad del personaje, aunque no que su apellido, tan castellano o portugués, sea la traducción de la orden celestial que sonaba de continuo en sus oídos.

En la villa de Sequeros se venera la memoria de una joven que diez años antes había anunciado el hallazgo de la imagen y los orígenes del santuario de la Peña de Francia.

Los primeros agraciados de la Virgen fueron los obreros que hallaron la imagen, a quienes curó de diversos males que padecían. Con esto comenzó a concurrir al sitio multitud de fieles, atraídos por los favores que recibían del cielo. Cuántos serían éstos, nos lo demuestra el hecho de que, un par de años más tarde, la Orden de Santo Domingo se sintió llamada a convertir aquel naciente santuario en un centro de apostolado mariano, y por medio de Fr. Lope Barrientos, maestro y confesor

del príncipe D. Enrique, acudió al rey, que, a su vez, recurrió al obispo de Salamanca, y éste el 19 de septiembre de 1436, en Vitigudino, expedía estas letras:

> «Sepades que, por cuanto en nuestra diócesis y obispado, por devoción de las gentes y milagros grandes que Dios ha mostrado en honor de la Virgen, nuestra Señora, se ha comenzado a fundar una ermita, que llaman Santa María de Francia, a do muchas gentes concurren, y por cuanto nuestro señor el Rey, codiciando que la devoción de la Virgen María sea acrecentada en los pueblos cristianos y ella mejor servida, afectuosamente nos envió a rogar que Nos ficiésemos donación de la dicha ermita a la dicha Orden de Predicadores; por ende, por la presente Nos damos e traspasamos perpetuamente la dicha ermita de Francia, con todas sus pertenencias, para fundar un convento de la Orden de Santo Domingo».

Y como, por razón del sitio en que la ermita se había levantado, no fuera tan claro que pertenecía al obispado de Salamanca, el 26 de abril de 1437 el cabildo de Coria, sede vacante, expidió un documento en todo semejante al del prelado salmantino.

En virtud de esto, el rey despachó en Illescas, el 19 de noviembre de 1436, una real cédula a favor de Fr. Lope Barrientos, cuyas son estas palabras:

> «Por cuanto a mi noticia ha venido que en la Sierra de Francia, que es cerca de La Alberca e cerca de Granadilla, se ha descubierto una imagen de nuestra Señora, por la que se dice que nuestro Señor hace muchos milagros, lo cual podemos creer que así ha sucedido, y porque en la Sierra el servicio de la dicha Señora, la Virgen María, nuestra abogada, sea acrescentado y asimismo la devoción de las gentes, así por la más acrescentar, delibero y ordeno que, a reverencia de Nuestra Señora, sea fecha una casa o monasterio de la Orden de Santo Domingo de los frailes predicadores».

Y, mirando a las condiciones del sitio, que pudiera resultar poco habitable, añade la facultad de fundar casa «en amor de la dicha Sierra de Francia que fuese lugar continuamente habitable, o al pie de la dicha Sierra, si en invierno no fuese lugar habitable en las alturas de la dicha Sierra». Por la misma fecha, el provincial de Santo Domingo, Fr. Lope de Gallo, aceptaba la donación con el propósito de fundar un convento, y el 11 de junio de 1437 Fr. Juan de Villalón, confesor de la reina, tomó posesión con todas las solemnidades de uso, y asimismo recibió las cuentas de los mayordomos que hasta entonces habían ad-

ministrado el santuario. Cuatro meses más tarde tenía lugar la erección canónica del convento, uno de los seis que Fr. Luis de Valladolid había obtenido del papa Martín V en el concilio de Constanza, el año 1418.

Tales son los orígenes del santuario y convento de Nuestra Señora de la Peña de Francia. Pero bajo estas escuetas noticias hemos de ver la mano de Dios, que por medio de la Virgen derramaba sus gracias sobre las almas, y asimismo la generosidad de éstas, que ofrecen largas contribuciones, con las cuales se hizo posible la construcción de los edificios que forman el santuario en la cima de la peña.

Cuando el P. Villalón tomó posesión de la ermita, era ésta muy poca cosa, lo que hoy es presbiterio de la iglesia. A ella se agregó ésta, de estilo gótico, que aún subsiste; la hospedería, el convento, las capillas; todo esto levantado en gran parte con materiales subidos del llano. Y lo más difícil no era la construcción, sino la conservación de lo construido, lo que significa una lucha constante contra la fuerza de los elementos, que durante el invierno arruinan lo que en el verano se levantó. Entre los prodigios que la Virgen ha obrado en la Peña de Francia es preciso contar este de la persistencia del santuario. Pero la atracción de las almas hacia la áspera montaña era desde el principio extraordinaria. De los reinos de Castilla y de Portugal era continuo el concurso de los fieles con grande espíritu de penitencia. Muchos venían contando las gracias que habían recibido a la invocación de la Virgen de la Peña de Francia, y los padres capellanes de la Virgen desde el principio se impusieron el deber de tomar acta jurídica, con todas las formalidades de derecho, de semejantes gracias, que luego vinieron a ser los principales documentos de la historia del santuario. En ellos tenemos el eco de toda la historia militar de España, pues bien sabido es que las guerras traen consigo muchas calamidades, y en ellas quienes las sufren aprenden a levantar el corazón a Dios para pedir el socorro necesario. Esto aparte de la infinidad de tantos males como afligen a la pobre humanidad, por los que el Señor enseña a los hombres a humillarse y orar.

La Virgen de la Peña, desde lo alto de su asiento en que se descubre su santuario, era el consuelo de las almas afligidas des-

de las provincias norteñas de Galicia, Asturias y Vascongadas hasta las de Andalucía, extendiéndose también al reino de Portugal. Testimonio de esta devoción son los altares que en las iglesias se dedicaban a Nuestra Señora de la Peña de Francia y los santuarios que como filiales se erigían en muchas partes. Entre éstos se distingue el de La Cañiza, en la provincia de Pontevedra, del que tuvo origen el más célebre de Lisboa. Cuando en el siglo XVI los dominios de España y Portugal se extendieron por las tierras recientemente descubiertas y evangelizadas por ellos, se dilataba también la devoción de la Virgen de la Peña, así como la fundación de santuarios del mismo nombre, entre los que se distingue el de Naga, en la antigua provincia de Nueva Cáceres, en las Filipinas, cuya imagen fue coronada solemnemente el año 1924.

Durante cuatro siglos subsistió el santuario de la Peña, siendo fuente de gracias para las almas que a él acudían, sin otras alteraciones que las que trajeron las tropas napoleónicas, que por dos veces le visitaron. Pero el año 1835 los religiosos hubieron de abandonar la casa que con tantos esfuerzos habían levantado y conservado en lo alto del risco, y los bienes del santuario fueron vendidos, igual que gran parte de los de la Iglesia en España. Apenas el santuario quedó abandonado de sus antiguos moradores, los feligreses de Sequeros, con su párroco a la cabeza, subieron a la peña y, tomando la imagen, la instalaron en su santuario de Robledo, donde permaneció durante veinte años. En 1854 los albercanos obtuvieron de las autoridades que se les entregase la imagen, a la que se creían con más derecho, y en su iglesia parroquial estuvo hasta que dos años más tarde, volviendo los de Sequeros a reclamar lo que creían precioso tesoro, las autoridades civil y eclesiástica resolvieron restituir la imagen a su santuario. Hallábase éste en gran manera arruinado, y para ponerlo en condiciones de recibir la imagen y reanudar el culto se nombró una junta mixta de eclesiásticos y seglares encargada de recoger limosnas y ejecutar las obras necesarias. Con esto, el 8 de septiembre de 1859 la imagen de la Virgen fue restituida a su santuario y la tradicional fiesta de la Peña se celebró solemnemente. La imagen fue por entonces colocada en la capilla llamada de la Blanca, en el sitio de su invención. Por esta fecha, el

santuario, que había sido hasta entonces *nullius dioecesis,* fue atribuido a la de Salamanca, y desde entonces los prelados de la misma desarrollaron gran actividad por fomentar la devoción de la Virgen, a lo que los pueblos de la sierra correspondían generosamente. Pero ya la Virgen de la Peña no era la devoción del antiguo reino de Castilla y de Portugal. Éste se había olvidado de la peña desde que logró separarse de España. Entonces la piedad portuguesa se volvió a su santuario de Lisboa.

El año 1872, el día 17 de agosto, ocurrió en la peña un suceso que conmovió hondamente toda la región de la sierra. Unos individuos se presentaron en el santuario y con amenazas al ermitaño se llevaron la imagen y desaparecieron con ella. La impresión producida por el robo sacrílego fue hondísima. Cuáles serían los motivos del robo, no es fácil precisarlos. Probablemente creyeron los autores que era la imagen de gran valor material, engañados por la estima en que los fieles la tenían. Los ladrones no fueron habidos, y tampoco la imagen fue recobrada, no obstante los esfuerzos del Excmo. Sr. Lluch y Garriga, obispo entonces de Salamanca, y del Excmo. Sr. Martínez Izquierdo, que le sucedió. Para ocupar su lugar se llevó otra de la misma advocación que se veneraba en la iglesia de San Esteban, de Salamanca. El año 1889 aparecieron los restos de la antigua imagen, que fueron devueltos al P. Cámara por el superior del convento de San Esteban, P. Mateo Cifuentes, el cual los había recibido bajo secreto de confesión. Pero no era ya la antigua imagen, sino los restos de ella, que habían estado muchos años expuestos a la acción del agua. Comprobada la autenticidad de los mismos, el Sr. Obispo encargó a un artista de Madrid otra imagen, en la que embutió la porción hallada como preciosa reliquia. Con una vibrante pastoral, el Sr. Obispo anunció a la diócesis el hallazgo y la conducción de la nueva imagen al santuario que había ocupado la antigua.

En todos estos años, el servicio del santuario estuvo encomendado a un sacerdote como capellán y a una familia, que con el título de ermitaños asistían al sacerdote. Pero en 1900 el P. Tomás Cámara, OSA, hizo entrega de la administración del santuario al convento de San Esteban como único representante de la Orden de Santo Domingo en la diócesis, y el P. Francis-

co J. Valdés, de la misma Orden, ratificó el acto de su predecesor haciendo donación perpetua del santuario al convento de San Esteban.

La vida del santuario podemos decir que se reduce a los meses de verano, en los que es fácil la subida al risco y la estancia en él. Durante esos meses, los padres que desempeñaban el oficio de capellanes trabajaban en la restauración de las ruinas del santuario y en fomentar la devoción de los fieles. Mas para la obra de la restauración los recursos eran escasos, y el invierno deshacía lo que el verano había edificado. Sin embargo, siempre se podían notar los progresos fuera de la antigua hospedería, en la que éstos eran progresos de ruinas. Pero el año 1946 el capítulo provincial, celebrado en San Esteban de Salamanca, encomendó al P. Constantino Martínez la obra heroica de la restauración del santuario de la Peña de Francia. Era la hora de la Virgen, que había escogido a su servidor. El P. Constantino comenzó por convertir a la Virgen en misionera. Con su imagen recorrió los pueblos de la provincia, que la recibían como bajada del cielo. Esto avivaba la fe y la devoción y a la vez facilitaba recursos para la obra ingente de la restauración. Por este medio y otros que su devoción e ingenio le sugerían, logró en pocos años restaurar las ruinas de la hospedería, que vemos hoy convertida en un buen albergue de montaña; renovó la iglesia en gran parte, el convento y las capillas. El camino, que había sido construido por la Diputación de Salamanca, y cuya conservación hoy corre a cargo del Ministerio de Obras Públicas, ofrece fácil acceso a los coches, y con esto el concurso de los fieles crece, y también el de los aficionados a contemplar los grandes panoramas de la naturaleza que desde la cima del risco se descubren.

La obra de la restauración recibió su remate con la coronación solemne de la santa imagen, realizada el 3 de julio de 1952 por manos del cardenal Tedeschini, que, como legado de Su Santidad Pío XII, había presidido el Congreso Eucarístico de Barcelona, y con la proclamación por Su Santidad Pablo VI de la Virgen de la Peña por patrona canónica de la provincia civil de Salamanca, efectuada en 1966.

ALBERTO COLUNGA CUETO, OP

Bibliografía

COLUNGA CUETO, A., *Historia del Santuario de Ntra. Sra. de la Peña de Francia* (Salamanca 1944).

Hystoria y milagros de Nuestra Señora de la Peña de Francia: con las indulgencias concedidas a las personas que visitaren la dicha ymagen (Salamanca 1544).

• Actualización:

NIETO DE SILVA, F., *Historia de la invención y milagros de Nuestra Señora de la Peña de Francia. Memorias* (Madrid 1973).

RAIMUNDO SIERRA, A., *A los pies de mi patrona. Historia de la imagen de Nuestra Señora de la Peña y avatares de su santuario* (Zaragoza 1983).

SORIA HEREDIA, F., *El Santuario de Nuestra Señora de la Peña de Francia* (Salamanca ^{2}1988).

8 de septiembre

NUESTRA SEÑORA DE COVADONGA

Desde la creación del mundo preparó el Señor este rincón de la cordillera Cántabra para cuna de España. Picos que suben y suben, valles angostos, simas en vertical, bosques impenetrables, perenne verdor, riachuelos que se desploman de lo alto de las peñas. Aquí llegaron, antes del nacimiento de Cristo, los romanos, no sin haber dejado tendidas en los pasos de los puertos las más aguerridas de sus legiones; y apenas se atrevieron a asomarse a este laberinto de montañas los visigodos.

En la parte oriental de Asturias hay un recinto más selvático y más bravío. Son las peñas más altas y los valles más angostos: remolinos, repliegues y desgajaduras de un cataclismo geológico. La Geografía llama a estos lugares *Picos de Europa,* paraíso de cinegetas y alpinistas. En ellos trepan los osos y triscan las cabras salvajes y los rebecos y vigilan desde la altura las águilas reales. Hay lagos puros como el cristal y bosques vírgenes que no ha mancillado el hacha del leñador. Aún hoy, que la civilización humana ha roto el secreto de aquellos parajes, forzando el paso de puertos y cañadas con carreteras atrevidas, sólo penetran en parte de aquel círculo de Peñascos decididos escaladores o pastores nativos.

No es, por tanto, extraño que, ya de antiguo, se considerasen las montañas astures como murallas colocadas por la mano

de Dios. Los viejos cronicones comparan la solidez defensiva de estos riscos con los muros inexpugnables de la imperial Toledo. Por ello a estas breñas se acogieron los residuos godos del Guadalete, y en ellas encontraron seguridad y refugio, cuando a los comienzos del siglo VIII quedaron las gentes godas barridas por los ejércitos africanos.

Hundidas la monarquía y las instituciones, un cronista medieval nos transmite así el dolor de España:

> «Fincaba toda la tierra, vacía de pueblo, bañada de lágrimas, complida de apellido, huéspeda de los extraños, engañada de los vecinos, desamparada de los moradores, viuda e asolada de sus fijos, confundida de los bárbaros, desmedrada por llanto e por llaga, fallescida de fortaleza, flaca de fuerza [...] toda la tierra astragaron los enemigos, e las casas hermaron, los omes mataron, las cibdades robaron e tomaron».

Huyendo de la catástrofe, llegó a Asturias Pelayo, de la estirpe real de los godos. En Asturias reunió un pequeño grupo de guerreros cristianos y en los montes asturianos, propicios para emboscadas, vivió algún tiempo. La historia y la leyenda se mezclan para relatarnos los primeros años de Pelayo entre los repliegues cántabros. De él se dice que penetró un día, persiguiendo a un malhechor, en la gruta de Covadonga, que allí encontró un altar dedicado a la Virgen María, y a un ermitaño que daba culto a la imagen en aquella soledad. Pelayo perdonó en honor de la Virgen Santísima al fugitivo y, en cambio, el ermitaño predijo a Pelayo que sería el salvador de España en aquel mismo lugar.

Cronistas cristianos y árabes nos hablan de la batalla de Covadonga, y acaso los infieles puntualicen mejor que los cristianos y nos transmitan detalles más en consonancia con los hechos ocurridos. Unos y otros nos aseguran que en Covadonga hubo una gran lucha entre las aguerridas y numerosas tropas árabes, mandadas por Alkamán, y un grupo de cristianos acosados en una cueva, cuyo número los cronistas árabes calculan en trescientos, mientras que algunos cristianos los hacen llegar hasta tres mil. Se dio la batalla, con la derrota y destrozo de los mahometanos, y en aquel lugar comenzó el reino cristiano de Asturias, siendo Pelayo declarado rey del incipiente reino.

Cuando Pelayo se encerró en la cueva de Covadonga, aún la naturaleza se mostraba en toda su selvática soledad y fiereza que después había de transformar un tanto la industria del hombre, rellenando las simas y destrozando las estalactitas y haciendo el lugar cómodamente accesible, cuando, hasta bien entrado el siglo XVI, el sendero de peaje que conducía a Covadonga ni siquiera era practicable para las cabalgaduras.

A ochenta kilómetros, hacia oriente, de la capital asturiana, siguiendo la margen izquierda de un pequeño riachuelo, por el fondo de un valle apretado, parte de Cangas de Onís el camino de Covadonga. A medida que se avanza el valle se estrecha y las montañas suben. De pronto, se cierra el horizonte con peñas tajadas y cubiertas de boscaje. A la vuelta de una pequeña colina aparece el monte Auseva, desnudo su tercio inferior, cortado en talud y avanzando hacia afuera, donde se abre la cueva o «natural ventana» de que nos hablan las crónicas. Del fondo de la cueva se despeñan torrentes de agua, el Chorrón, que dicen los naturales. Es el único desagüe del río Orandi, que busca el valle a través de la roca del Auseva, llenando la cueva de rugidos y salpicando la montaña de espuma.

En esta cueva se encerró Pelayo con sus guerreros, alimentándose con la miel de las abejas silvestres que cuelgan sus panales en las hendiduras de la roca. Esta noticia nos la transmite la crónica árabe del *Ajbar Machmu'a,* y las abejas, laborando a través de los siglos, han llegado hasta hoy con sus panales por las grietas, y rubricando así la veracidad de las crónicas.

Según las cristianas, que, en lo substancial y en muchos de los detalles, van de acuerdo con las árabes, Tarik, caudillo de los mahometanos cordobeses, al conocer la rebeldía de Pelayo mandó contra él un ejército de 187.000 guerreros a las órdenes de Alkamán. Acompañaba al ejército agareno el arzobispo Opas, traidor a su patria y a su fe.

Al llegar el ejército musulmán frente a la cueva, se adelanta el arzobispo para hacer desistir a Pelayo de sus propósitos. Nada consiguió Opas con sus parlamentos y, ante el fracaso del emisario, manda el jefe árabe avanzar a los honderos y saeteros.

> «Los cristianos de la cueva —dice la crónica— no cesaban de suplicar día y noche a la Virgen María que hasta el día de hoy allí se venera. Y entonces se vio que las piedras mezcladas con los dardos

> se volvían desde la cueva contra los mismos que las enviaban, a manera de densísimas nubes, impulsadas por el viento del Norte».

Al verse los árabes así confundidos, retrocedieron desbaratándose, al tiempo que cargaba Pelayo sobre ellos con sus cristianos. «Alkamán y Opas fueron muertos con ciento veinticuatro mil caldeos». Los setenta y tres mil restantes remontaron, huyendo, los Picos de Europa, hacia la Liébana y, al pasar por un valle del Deva, se desgajó un monte sepultándolos a todos.

La histórica batalla suele fecharse en el año 718 y, cuando escribía nuestro cronista, a los comienzos del siglo XII, casi todos los años daba señales el Deva de este desastroso final agareno, al crecer el río y descubrir y arrastrar despojos del sepultado ejército. La leyenda popular supone aún hoy petrificado al traidor Opas en un peñasco, un poco más arriba de Cangas.

La tradición siempre atribuyó al auxilio de la Madre de Dios este magnífico triunfo cristiano. Y es presumible que en Covadonga recibiese culto la Santísima Virgen antes de llegar Pelayo fugitivo a aquel lugar.

La etimología de Covadonga todavía no está determinada con exactitud. Quizá sea la más segura, y es, desde luego, la que abonan científicos de mayor peso, aquella que afirma que Covadonga originariamente se decía *Covadomna* o *Covadominica,* lo que vale tanto como *Cueva de la Señora.* Lo cierto es que, ya desde los primeros tiempos de la Reconquista, los reyes asturianos fundaron allí un monasterio para que los monjes que lo habitasen diesen constante culto a la Señora, madrina de España. Después fueron canónigos regulares de la Orden de San Agustín los encargados del culto mariano, y hoy son un cabildo secular, dos institutos femeninos y los niños de un seminario menor los que tributan a la Señora el obsequio que España le debe.

En los comienzos, fue en un simple altar de la cueva donde recibía la Madre de Dios el homenaje de sus devotos, en medio de aquella soledad. Después se fijaron unas vigas salientes y sobre ellas se levantó un templo de madera de regular capacidad —iglesia que se llamó *del milagro* por lo atrevido de su estructura— y se construyó una escalinata de piedra para llegar hasta la gruta.

A los pies de la montaña se levantó la colegiata, residencia de los canónigos, con una pequeña iglesia para el culto, mien-

tras arriba, en la cueva, tenía su habitación el ermitaño. Al final del siglo XIX se edificó, en un montículo cercano, una espléndida basílica. Otros edificios, religiosos y profanos, han ido ocupando el lugar que quedó cubierto con los 124.000 cadáveres de mahometanos.

De la Covadonga de aquellos tiempos ya casi no queda más que la roca, con el fácil acceso de un túnel que los hombres horadaron, el torrente que ruge, las abejas y sus panales, los árboles milenarios que han sido capaces de resistir las embestidas de la civilización. Hoy Covadonga ya no es lugar temeroso e inaccesible. Al santuario llegan a millares los devotos y los turistas, los amantes del deporte y de la naturaleza bravía.

La imagen venerada en la gruta ya no es la del ermitaño que Pelayo encontró. Un incendio destruyó, el 17 de octubre de 1777, todo *el templo del milagro.* Pereció la imagen sagrada, las reliquias, las alhajas que la piedad había ido acumulando en la santa cueva. No se salvó nada. Sólo quedaron los muros ennegrecidos y los sepulcros de Pelayo y Alfonso I que allí descansan acompañados de sus esposas, y seis arrobas de plata y oro fundidos que aparecieron en el Pezón, cavado por el torrente al pie de la gruta, procedentes del tesoro derretido por las llamas.

La imagen actual, la Santina de Covadonga, es relativamente moderna, pero hereda directamente de la primitiva el afecto de los asturianos y el agradecimiento de los españoles, porque allí, en Covadonga, en el chorro que ruge a sus pies, bautizó a España la Virgen María. Para valorar esta imagen hay que prescindir del arte y de las joyas. Su valor arranca de ese algo indefinible que de ella irradia y que sólo allí se puede sentir y que más que nadie sienten los asturianos. Por eso canta la copla:

> La Virgen de Covadonga
> es pequeñita y galana.
> Aunque bajara del cielo
> no hay pintor que la pintara.

Además, la imagen actual fue la canónicamente coronada en 1918, centenario de la batalla.

Cuando la cruzada, la Santina tuvo que dejar su cueva y se la llevaron a Francia. Fue un rojo asturiano, empleado de la Embajada de Madrid en París, quien custodió la venerada ima-

gen. Después la Santina volvió a España y recorrió Asturias triunfalmente. A su llegada repicaron todas las campanas del Principado. Los valles y los picos asturianos se llenaron con los ecos de los vivas dados a la Santina. Desde el alto de Valgrande, en el Pajares, hasta el Auseva, pasando por las cuencas mineras, Oviedo y Gijón, la marcha fue un acontecimiento nunca conocido. A hombros, entre masas humanas, con los ojos húmedos, iba pasando la grácil y diminuta figura de la Madre de España, al compás del estruendo de la dinamita. Iba más galana que nunca con el fajín de capitana y el bastón de general que le había concedido el Estado español. Entró en la cueva a hombros de cuatro generales. Y allí se quedó en la gruta restaurada.

Hasta ella siguen llegando los peregrinos que, con frecuencia, suben de rodillas los cien peldaños de la escalera que comunica el rellano con la gruta. Llegan peregrinos todos los días, pero especialmente el día 8 de septiembre, dedicado a la Virgen de Covadonga, de precepto en todo el Principado, si bien la conmemoración litúrgica se celebra al día siguiente. Vienen de todas las clases sociales y de todas las edades y, acaso con más devoción que nadie, las muchachas asturianas, a beber los siete sorbos de la *fuente del matrimonio,* un pequeño hilo de agua que mezcla su escaso caudal con el del *Chorrón.*

La novena que precede a la fiesta de la Santina es de las de rango. Llegan los asturianos a millares, muchos de ellos descalzos, con los pies sangrando, después de haber recorrido docenas de leguas. Y tienen que dormir a la estrella, arropados por la caricia del *orbayu,* porque, si no es debajo del manto de la Virgen, no hay posibilidad de proporcionar cobijo a tanto peregrino.

El día 8 de septiembre llegan las autoridades asturianas, sin faltar ninguna. Los Concejos asturianos, por turno anual, llevan ese día una espléndida ofrenda a la Santina. La Virgen sale de la cueva y recorre la explanada delante de la basílica, mientras el Auseva se estremece bajo las cargas de dinamita. Esto un año y otro año.

A la cueva han llegado todos los reyes de España de los últimos siglos; santos, como San Antonio María Claret... Un día llegó también un cardenal patriarca y se llevó consigo una reproducción de la imagen de Covadonga, para presidir su oratorio

patriarcal de Venecia, y luego aquella imagen ocupó en el Vaticano el lugar preferente de la capilla privada de la santidad de Juan XXIII. Todo se lo merece la Santina, madre y madrina de la Hispanidad, que le canta: «Bendita la Reina de nuestra Montaña, que tiene por trono la Cuna de España»...

ANTONIO VIÑANO

Bibliografía

CANELLA Y SECADES, F., *De Covadonga. Contribución al XII centenario* (Madrid 1918).
CAVEDA Y NAVA, J., *Examen crítico de la restauración de la Monarquía visigoda en el siglo VIII* (Memoria de la Real Academia de la Historia, 9; Madrid 1876).
CONDE DE CAMPOMANES, *Noticia de la antigüedad y situación del Santuario de Santa María de Covadonga en el principado de Asturias* (Madrid 1918).
LÓPEZ GARCÍA JOVE, L., *La batalla de Covadonga e historia del Santuario* (Oviedo ^{5}1945).
MENÉNDEZ PIDAL Y ÁLVAREZ, L., *La cueva de Covadonga, Santuario de Nuestra Señora la Virgen María* (Oviedo 1958).
• Actualización:
CANELLA Y SECADES, F., *De Covadonga. Contribución al XII centenario* (Oviedo 1998). Reprod. facsímil de la ed. de Madrid 1918.
PUENTE, R., *Covadonga. La historia, el santuario, los Picos de Europa* (León 2004).
SENDÍN BLÁZQUEZ, J., *Enigmas, historias y leyendas religiosas* (Madrid 2004).

NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

Sucedió, según cuenta el hecho una sencilla leyenda rimada, allá mediado el siglo XIII. Nos hallamos en una región agreste, corazón de Extremadura, en los repliegues de los montes de Toledo vecinos al pico de las Villuercas, en la aldea de Alía. Un pastor, recontando el ganado a la hora del encierro, echó de menos una vaca. Partió a buscarla. Internóse por aquellos montes, robledales bravíos, buenos para la caza de osos en verano al decir del libro de *La montería,* hasta llegar a un riachuelo de arábigo nombre, el Guadalupejo (río escondido). Remontóle. A la derecha, desviándose de su curso y siguiendo probablemente los restos de una calzada romana, encontró, luego de pasados tres días, la vaca, muerta, pero intacta, respetada por las fieras. Sacó de la vaina un cuchillo de monte y se dispuso a desollarla. Comenzó, según costumbre, haciéndole en el pecho dos incisiones en forma de cruz. Y entonces...

El pastor vio a la Señora. La Señora Santa María le dijo:

> «Ve a comunicar a los clérigos de Cáceres que en el sitio donde yace tu vaca hay enterrada una gloriosa imagen mía. Quiero la desentierren, le erijan una capilla y le tributen el culto debido, porque mediante ella yo derramaré misericordias. Vendrán gentes de todas las tierras y haré innumerables milagros. Que se dé a todos cuantos vengan a visitarme comida y hospedaje gratuitos. Y será edificado un pueblo».

Desaparecida la visión y preso de la emoción consiguiente, contempló el pastor con asombro que la vaca, resucitada, pacía quieta a la sombra de un roble, conservando entre las patas delanteras una cicatriz en forma de cruz.

Marchó a la ciudad. La Virgen quiso confirmar su mensaje resucitando a un hijo del pastor que acababa de morir. Con ello consiguió persuadir a los clérigos, que se encaminaron en algún número al lugar del prodigio. Allí efectivamente encontraron enterrada una antiquísima imagen. Le construyeron con premura una capilla de ramaje y cortezas de alcornoques.

Dice la leyenda que junto a la imagen se conservaba un pergamino declarando su procedencia.

Había pertenecido al papa San Gregorio, quien le profesaba suma devoción. Un día la peste asoló a Roma, y el papa determinó sacarla en procesión de rogativas. Durante ella el papa vio aparecer un ángel sobre el sepulcro de Adriano (llamado luego por esto castillo de Sant'Angelo) envainando una espada ensangrentada y un coro de ángeles cantando, como señal de que el azote de Dios cesaba por la intercesión de María, la antífona *Regina caeli, laetare.*

El papa envió la imagen a San Isidoro de Sevilla por medio de su hermano San Leandro para que presidiera los destinos de la España recién convertida y unificada. Y, cuando la invasión sarracena amenazó Sevilla, los cristianos huyeron, llevándose nuestra imagen con las reliquias de aquella familia de santos para enterrarla en lugar seguro, como hicieron cerca del Guadalupejo en el lugar que mejor les pareció.

Inmediatamente comenzaron los milagros y el afluir de las gentes. Ya en 1329 consta históricamente de la existencia de una capilla dotada con algunas tierras, junto a la que se levantaban hospitales para peregrinos y enfermos. Entre aquellas gentes piadosas no era el menos devoto Alfonso XI, rey de Castilla.

Viendo este rey que la ermita amenazaba ruina, mandó construir el hermoso templo que hoy se conserva (1330-1335). Poco después, habiéndose encomendado a Nuestra Señora en la batalla del Salado, le atribuyó su victoria, y en agradecimiento declaró al monasterio de patronato real y lo constituyó en priorato. Como dice un historiador, «desde entonces quedó consagrada esta santa casa como santuario real, y las glorias españolas, lo mismo que sus desgracias, comenzaron de consuno a girar en torno del hermoso trono de la reina de Altamira, de la Morenita de las Villuercas».

En 1346, el segundo prior del monasterio lo transforma en un impresionante castillo a fin de protegerlo de las incursiones de las ciudades vecinas. Y ya en 1383 es tan grande la afluencia de peregrinos procedentes de todas partes, que el arzobispo de Toledo, Pedro Tenorio, se ve compelido a construir el famoso puente sobre el Tajo que lleva su nombre («Puente del Arzobispo») con objeto de facilitarles el paso.

Pocos años después, en 1389, viendo el rey que la importancia del santuario crecía sin cesar y que la afluencia de los peregrinos y el correr de los milagros aumentaban continuamente, comprendió la necesidad de una comunidad religiosa que lo sostuviese y se dedicara exclusivamente al culto de Nuestra Señora. Así en el año 1389 llegaron al monasterio 31 monjes de la recién nacida Orden de San Jerónimo, llevando al frente a uno de sus cofundadores, el P. Yáñez, a quien Enrique III quiso para arzobispo de Toledo, sin poderlo recabar de su modestia.

Desde estos momentos, la Virgen no parece cansarse de prodigar sus gracias desde el monasterio. A sus pies encontraron los grandes hombres y mujeres de la España de oro el aliento y el espíritu cristiano y caballeresco que les impulsó en sus empresas. Todas las grandezas de España se forjaron a sus pies.

Sería imposible enumerarlas. Recordemos solamente algunos de los nombres más ilustres y hechos más significativos:

La casa de Trastámara tuvo extraordinaria devoción a la Virgen. Para ayudar a Juan I en la batalla de Aljubarrota se vendió su primer trono. Juan II se buscó entre los monjes del monasterio un consejero a la muerte del valido D. Álvaro de Luna. Doña María de Aragón y Enrique IV (enterrados en el monas-

terio) tuvieron por confesor al extático P. Cabañuelas, de quien se cuenta uno de los milagros eucarísticos más célebres de España.

La vida de los Reyes Católicos dice estrechísima relación con Guadalupe. En 1464, teniendo Isabel trece años, se celebra en el santuario su primer concierto matrimonial con el portugués Alfonso V, y el segundo en 1469. Más de veinte veces vino ella al monasterio con diversos motivos, y siempre en busca de la sombra de la Virgen, ordenando por último que su testamento fuese conservado siempre en el monasterio. Yendo a Guadalupe, visitó la muerte a su esposo D. Fernando, quien ya había sido librado, por intercesión de la Virgen, del atentado que sufrió en Barcelona el 1492.

Bien sabido es que durante el reinado de Fernando e Isabel se realizan dos gestas que van a definir para siempre el perfil y la misión histórica de España en el mundo: la integración nacional y unidad religiosa por la toma de Granada y la conquista y cristianización de América.

Devotamente se encomendó a Nuestra Señora la reina Isabel, mediante las oraciones de los monjes, cuando la guerra de Granada. Una vez conquistada la ciudad, en el mismo día se apresuró a enviar la siguiente carta, que se conserva en el archivo de la casa:

> «Devoto Prior: Ya sabéis cómo vos hice saber muchas veces la entrada del Rey mi Señor a conquistar el reino de Granada, por que rogásedes a Dios Nuestro Señor le diese la victoria de aquellos enemigos de nuestra Santa Fe Católica. Agora vos hago saber cómo ya, bendito Nuestro Señor, le plugo dar al Rey mi Señor esta victoria que hoy, dos días de este mes de enero, se nos entregó la ciudad de Granada con todas sus fuerzas y sus tierras. Lo que vos escribo solamente para que hagáis gracias a Dios Nuestro Señor que tuvo por bien de vos oír, y dar en esto el fin deseado.— De la ciudad de Granada, dos días de enero de 492 años. Yo, la Reina».

Y el 9 de junio vinieron los dos reyes a dar personalmente gracias a la Virgen, trayéndole innumerables trofeos de la batalla.

En Guadalupe se firmaron en 20 de junio de 1488 las cartas reales a Juan de Peñalosa, dándole facultades para que «constriñades a los maestres y gentes dellas (las carabelas) que fueren

menester, que vayan con él (Colón) para que las puedan llevar a donde por Nos le ha sido mandado».

Si por la Virgen pudo comenzarse el viaje, por la Virgen se pudo terminar, porque, cuando al regreso les asaltó durísima tempestad en las islas Azores, se encomendaron a Santa María de Guadalupe, prometiendo ir aquel a quien designare la suerte a llevarle un grueso cirio a su casa, siendo el mismo Almirante el designado para traerlo. Por eso en el segundo viaje puso el nombre de Guadalupe a la primera isla descubierta —Turuqueira— y a los pies de la imagen (29 de julio de 1496) consagró las primicias espirituales del Nuevo Mundo, ya que hizo bautizar a los dos primeros indios que recibieron este sacramento en España.

Si a ello añadimos que los grandes conquistadores de América, nacidos al amparo de la Virgen de Guadalupe en la región extremeña (Pizarro, Cortés, Ovando, etc.), aprendieron desde niños a encomendarse a ella, no nos extrañará que llevasen su devoción al Nuevo Mundo y acudiesen a ella en sus momentos difíciles, como hizo señaladamente Cortés, quien, cual prenda de agradecimiento, le envió en una ocasión una hermosa lámpara y un alacrán de oro. Así encontramos el nombre de la Virgen de Guadalupe extendido por toda la geografía americana: desde el Tepeyac, en México, hasta Lima, pasando por Guápulo (Quito).

Potosí, Sucre, Pacasmayo, Ica, Chuquiabo, Misque, Trujillo, Cochabamba y Oruro.

Cuando el rey de España Alfonso XIII le ciñó hermosísima corona como representante de tantos antecesores suyos en el trono y en la devoción, pudo leerse en ella: *Regina Hispaniarum, ora pro nobis* (Reina de las Españas, ora por nosotros); reconocimiento de esta atribución suya de realeza sobre toda la Hispanidad.

Porque no fue solamente América, sino todo lugar donde lo español puso su planta. El Gran Capitán, su devotísimo, la llevó por Nápoles, Palermo, Mesina. Ella ayudó a Cisneros en la conquista de Orán, y Cisneros, en buena ley de caballería andante a lo divino, le envió 300 cautivos por él libertados para que le dieran gracias, viniendo luego también él para hacerlo personalmente.

Estuvo presente en Lepanto con D. Juan de Austria; con Felipe II en la guerra contra los moriscos de Granada; con D. Sebastián de Portugal en la guerra de Marruecos (precisamente fue en Guadalupe donde Felipe II le negó ayuda militar y la mano de su hija Isabel Clara); y presidió las negociaciones que llevaron a la unidad ibérica en tiempo de este rey.

La invocó el conde-duque de Olivares en la batalla de Fuenterrabía; Álvarez de Sotomayor en la batalla de Budapest contra los turcos (1686), y le envió su corazón para que yaciera siempre a sus pies; el conde de Alcaudete en las batallas de Temeswar (1716) y de Belgrado (1717). La llevaron a Flandes el duque de Alba e Isabel Clara Eugenia; a Hungría el emperador Fernando; Carlos V a Alemania; a Inglaterra la desgraciada María Tudor. Y le rodeó todo el esplendor de la España de los Austrias, cuyos reyes la visitaron innumerables veces, le ofrecieron sus mejores exvotos, propagaron su devoción por el mundo. Hasta Polonia, el Congo, Grecia, conocieron y rezaron al Señor por intercesión de la Virgen de Guadalupe; hasta la lejana India, adonde la llevaron los portugueses.

Brilló peculiarmente el poder de Nuestra Señora en la liberación de cautivos, de forma tal que a sus devotos se les daba trato de especial vigilancia en los mercados de esclavos de Berbería por la presteza con que alcanzaban libertad. Cautivo insigne que supo esto por experiencia fue Miguel de Cervantes, quien vino a ofrecerle sus cadenas después del cautiverio de Argel. Ya en el siglo XV daba testimonio un viajero alemán de que colgaban de las paredes del templo cadenas de cautivos libertados en cantidad tal, que no se podrían transportar ni con 200 carros. Muchos de ellos servían, como agradecimiento, a las obras del monasterio. Hubo quienes, imitados luego por gentes de toda condición y estilo, se consagraban al servicio de la Virgen de por vida mediante voto de esclavitud perpetua, primera forma de esclavitud mariana conocida en la Iglesia.

Y fue San Juan de Dios quien escuchó en Guadalupe de labios de la Virgen la orden de consagrarse al cuidado de los enfermos, que eran atendidos, por otra parte, en el monasterio con tanto esmero, que llegaron a ser mundialmente famosas sus escuelas de medicina, donde se practicó por vez primera en Europa la autopsia.

La casa de Borbón, menos afecta al santuario, recibió también muchos beneficios de la Virgen. El monasterio ayudó mucho a Carlos III en la guerra contra Inglaterra; a Carlos IV contra la revolución francesa; a Godoy contra Inglaterra. Y cuando la invasión francesa asoló España, el monasterio se volcó exhaustivamente en ayuda de los patriotas, empeñando todas las alhajas de la Virgen.

Luego vinieron los años negros. En 1835 la exclaustración terminó con lo poco que dejaron los franceses, y poco a poco la inmensa mayoría de los españoles olvidaron a la Virgen de Guadalupe. Su monasterio fue en gran parte destruido; sus riquezas, aventadas; sirvió hasta de cuartel.

En 1908 comenzó su restauración material y espiritual. Se hicieron cargo de la empresa los hijos de San Francisco de Asís, que tanto habían propagado su devoción por América. Alfonso XIII y el primado de las Españas quisieron reparar tanta ingratitud coronándola solemnemente en 1928. Luego Ella volvió a proteger a sus hijos, y de nuevo tornó a difundirse su devoción y sus milagros. Fue decisiva su milagrosa intervención en la guerra de 1936, y desde entonces su culto fue aumentando más y más, porque ella es aquí, en Guadalupe, reina y madre de misericordia, sanadora de almas y cuerpos.

No cabe duda de que la Virgen se ha manifestado en Guadalupe como reina de las grandezas de España, «reina de la Hispanidad». Ella templó espíritus para obras grandes —Reconquista, unidad hispana político-religiosa, conquista de América, Imperio español, lucha contra los turcos—, imprimiendo a los momentos más esplendorosos de nuestra historia un sello espiritual, católico, mariano. Ahora bien, el recuerdo de las glorias pretéritas sólo debe servirnos para incitarnos al hacer.

Pensar lo que significa la Virgen de Guadalupe en la historia espiritual de España y del mundo, debe enseñarnos a acudir a ella para adquirir a sus plantas ese espíritu caballeresco y cristiano indispensable a la gran tarea que llama a nuestros corazones. Cada uno de nosotros debe ser un conquistador, un misionero. Y todos podemos serlo si confiamos en su ayuda y nos apoyamos en su intercesión. No se trata de que volvamos a soñar con pasadas grandezas imperiales estilo siglo XVI —la historia no

suele volver—. Hemos de ser más generosos, más espirituales, vivir nuestra hora; se trata de un quehacer más amplio y de mayor ambición: ganar el mundo —el mundo de hoy, el mundo del porvenir sobre todo— para Cristo.

PEDRO DE ALCÁNTARA MARTÍNEZ SENDEROS, OFM

Bibliografía

ÁLVAREZ, A. - SARRABLO, E. - CORREA, A., *Inventario del Archivo del Real Monasterio de Guadalupe* (Madrid 1958).
FLORIANO, A., *Guadalupe. Guía histórico-artística del Monasterio* (Cáceres 1953).
GRACIA VILLACAMPA, C., *La Virgen de la Hispanidad* (Sevilla 1942).
Libro de la invención de la Virgen de Guadalupe (Cáceres 1953).
RUBIO, G., *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe* (Barcelona 1926).
— *Grandezas de Guadalupe* (Madrid 1924).
• Actualización:
CARRANZA, A., *Los misterios de la Virgen de Guadalupe* (Barcelona 1992).
CODESAL MARTÍN, A., *La Virgen de Guadalupe* (Sevilla 1987).
SENDÍN BLÁZQUEZ, J., *Enigmas, historias y leyendas religiosas* (Madrid 2004).

9 de septiembre

NUESTRA SEÑORA DE ARÁNZAZU

A 50 kilómetros de Vitoria por carretera, escondido en las estribaciones fragosas que separan a las dos provincias hermanas de Guipúzcoa y Álava, se halla situado el célebre santuario mariano de Nuestra Señora de Aránzazu, patrona de Guipúzcoa. El lector que quiera conocer con más exactitud su emplazamiento geográfico no tiene más que trazar sobre el mapa una circunferencia que atraviese las localidades alavesas de Salvatierra y Araya, las navarras de Ciordia y Alsasua, y las guipuzcoanas de Cegama, Legazpia, Oñate, Mondragón y Salinas de Léniz, para venir a cerrarla otra vez en Salvatierra. En el centro aproximadamente de esta circunferencia, en terreno de Guipúzcoa y jurisdicción de la villa de Oñate, se encuentra el santuario de la Virgen de Aránzazu. El escenario es de una orografía impresionante: verdadero dédalo de montañas, peñascales y barrancos. La fábrica del santuario está literalmente colgada al

borde del precipicio, cual nido de águilas. Al sur corta el horizonte la ondulante línea de la sierra de Elguea. Al norte y nordeste se prolongan en cadena los macizos de Aloña y del Aizgorri. Entre este último monte y el santuario, a 1.200 metros sobre el nivel del mar, se despliega, a manera de gracioso regazo, la idílica meseta de Urbia, estación prehistórica y zona de pastoreo durante el verano. A pocos kilómetros del santuario discurrían antaño las tres vías o arterias principales por las que Guipúzcoa hacía su comercio con Castilla, a saber: la que pasaba por el túnel natural de San Adrián, muy cerca del punto donde se juntan las tres provincias de Guipúzcoa, Álava y Navarra; la llamada calzada de Calahorra, abierta al socaire del monte de San Juan de Artía, y la del alto de Arlabán, en Salinas de Léniz. Excepto esta última, las otras dos quedaron abandonadas al construirse las modernas carreteras. Mejor dicho, la primera se ha desplazado unos pocos kilómetros al este, y convertida en carretera nacional Irún-Madrid, es la que pasa actualmente por el puerto de Echegárate.

Para el que quiera conocer los orígenes históricos del santuario de Aránzazu, el informador y guía insustituible es el historiador mondragonés Esteban de Garibay y Zamalloa, que en 1571 publicó en Amberes su monumental *Compendio historial* de los reinos de España, dividido en 40 libros. Esta obra es la primera historia general de todos los reinos que integraban la monarquía española. Dieciocho años antes, en 1553, un incendio había reducido a pavesas el monasterio de Aránzazu con todas sus dependencias, salvo la iglesia, y con este desgraciado accidente se destruyeron las Memorias y documentos relativos al principio y fundación, que, sin duda, existirían.

Garibay es, pues, hoy por hoy, la fuente más antigua que poseemos para conocer los principios de Aránzazu. En su *Compendio historial* dedica un capítulo entero a este santuario: el capítulo 25 del libro XVII. Si a primera vista puede parecer un tanto chocante el que en una historia general de España se haga una mención tan detenida de Aránzazu, la extrañeza se disipará al saber que Garibay era natural y vecino de Mondragón, y descendiente de Oñate, villas ambas muy cercanas al santuario y muy vinculadas al mismo, y que un hijo del propio historiador, de nombre Crisóstomo, fue religioso del monasterio de Aránzazu.

Garibay, pues, al historiar el reinado de Enrique IV de Castilla, informa lo que sigue:

> «En estos tiempos de tanta calamidad y miseria, la Virgen María, Madre de Dios y Señora nuestra, tuvo por bien de visitar a la región de Cantabria [sabido es que Garibay creía que la antigua Cantabria que tuvo en jaque a las legiones de Augusto estuvo situada en Guipúzcoa] con una santa y devota imagen suya, que por divina providencia apareció en un profundo e inhabitable yermo del término de la villa de Oñate, en las faldas de la grande montaña, llamada Aloya [sic, hoy decimos Aloña], que pasó, de esta manera, según tengo relación cierta de un viejo de ciento siete años, que al tiempo que la santa imagen se halló, era mozo de diez años, y de otros de a noventa y más años. En este año de 1469, uno más o menos, un mozo, que guardaba ganado, llamado Rodrigo de Balzátegui, hijo de la casa de Balzátegui, de la vecindad de Uribarri, jurisdicción de la dicha villa de Oñate, guardando las cabras de su casa en las faldas de la dicha montaña de Aloya, un día sábado, que es dedicado a la Virgen María, descendió por sus vertientes abajo, guiado por la mano de Dios, a lo que piadosamente se debe creer. Cuya inmensa Majestad siendo servido, que dende en adelante, fuese en aquel desierto perpetuamente loado y ensalzado su nombre y el de la Reina de los Ángeles, Madre suya y Protectora nuestra, siendo de los fieles cristianos de diversas partes aquel lugar visitado y reverenciado, permitió que a este mozo pastor se le apareciese en aquel profundo sobre un espino verde, una devota imagen de la Virgen María, de pequeña proporción, con la figura de su hijo precioso en los brazos, y una campana, a manera de grande cencerro, al lado. Esto sucedería en tiempo de verano, pues a tal lugar, ajeno de pastos de invierno, llevaba su ganado. De este caso tan impensado, se admiró el pastor, y juzgándolo por cosa de Dios, rezó la Ave María y otras oraciones que sabía, y luego con grande reverencia, cubriendo la santa imagen con ramas y otras cosas, que a mano pudo haber, ya que vino la noche, volvió con el ganado a su casa. Donde refiriendo el caso, y siendo después avisada la villa y regimiento de Oñate, con la justicia concurrió mucha gente del clero y pueblo, guiándolos el pastor, y con harto trabajo, llegados al lugar, hallaron la santa imagen, puesta en el espino verde. Entonces con grande hervor y devoción, hincándose todos de rodillas, dieron muchos loores y gracias al omnipotente Dios, y a la Virgen y Madre suya, porque con tan preciosa joya, y en semejante lugar puesta, que no carecía de grande misterio, los había querido visitar del cielo».

Éste es el relato que hace Garibay de la misteriosa aparición o hallazgo de una imagen de la Virgen por el pastor Rodrigo de Balzátegui, sobre un espino, árbol que en vasco se llama *arantza,*

de donde parece que vino el llamar a este santuario con el nombre de Aránzazu. Este mismo relato, más o menos exornado con detalles y aditamentos legendarios, ha sido ampliamente cantado y difundido por la poesía popular vasca de carácter oral.

Cabe preguntarse si es todo historia o si hay mezcla de leyenda en este relato recogido a cien años de distancia de los sucesos. No deja de ser curioso —y ello más bien acredita su historicidad— que Garibay, después de habernos dado esta versión, nos dice que existen también otras variantes del relato. Dice, por ejemplo, que, según otros, la imagen fue hallada por una pastora, llamada María de Datuxtegui, de la misma vecindad de Uribarri, «y otros refieren otras cosas»; pero el concienzudo historiador da como única versión auténtica la arriba transcrita y dice haber sido testificado de ello «por hombres muy viejos y ancianos y fidedignos [...] después de mucha diligencia». Dice también que los primeros religiosos que habitaron el santuario «solían hacer muchas caricias y honra al Rodrigo, como a persona a quien la santa imagen fue revelada». De hecho, hasta el día de hoy subsiste la casería de Balzátegui en el dicho barrio de Uribarri. Y el sagaz historiador de nuestros días, padre Adrián de Lizarralde, ha hallado entre los papeles del archivo de Oñate dos Rodrigos de Balzátegui, padre e hijo, que en 1489 dieron el uno treinta maravedíes y el otro dos maravedíes para ayudar a la reconstrucción de la rúa nueva de Oñate, que se había incendiado ese año. El primero de dichos Rodrigos muy bien puede ser el afortunado pastor que halló la imagen.

El momento histórico en que tuvo lugar la misteriosa epifanía de la Virgen de Aránzazu queda harto insinuado con las palabras de Garibay: «En estos tiempos de tanta calamidad y miseria». Es de sobra conocido el estado de Castilla, y de España en general, por los años de Enrique IV. Años de anarquía, turbulencias y feroces desórdenes. Eran los últimos coletazos de una nobleza de tipo feudal, levantisca, que se insolentaba ante un rey débil y tenía a la nación en perpetuo desasosiego y luchas intestinas. En las provincias vascongadas hallamos el mismo fenómeno: los llamados parientes mayores, especie de nobleza a imitación de la de Castilla, asolaban el país con sus luchas de

banderizos. Con la subida de Isabel al trono de Castilla, todo esto acabará para siempre. Los municipios vascos se unen entre sí para defenderse contra las pretensiones de los caciques y consolidan su autonomía. Únicamente Oñate, feudo del conde de Guevara, conocerá aún, por excepción, una anacrónica prolongación y supervivencia del régimen de vasallaje, que duró hasta el siglo XIX.

Cuando Garibay escribía, las luchas de bandos que habían ensangrentado el país a fines de la Edad Media ya habían pasado a la historia, pero su recuerdo estaba aún fresco y vivo, y Garibay relata con cierta delectación y morosidad muchos episodios de ellas, pues él mismo pertenecía a una de las más ilustres familias, que había tomado parte activa en aquellas luchas. Y no olvidemos que Ignacio de Loyola, el santo fundador de la Compañía, es otro vástago de aquellas familias rudas y altivas, que tanta guerra dieron con sus turbulencias.

La manifestación de la Virgen de Aránzazu, coincide, pues, de hecho cronológicamente con la finalización de la luctuosa época de las guerras de bandos y con el inicio de una nueva era de paz y prosperidad bajo el signo de un más auténtico cristianismo. Y por esto, sin duda, la Virgen de Aránzazu ha sido considerada tradicionalmente como la pacificadora de los odios y discordias y el símbolo de la nueva época. El advenimiento de la Andra Mari de Aloña clausura la Edad Media con sus restos de paganismo y su secuela de odios y luchas fratricidas, y abre la puerta a la Edad Moderna, edad de paz, de prosperidad, de un robusto y acendrado cristianismo, la edad, en fin, de las grandes empresas en Europa y ultramar.

En 1686 el padre Juan de Luzuriaga publicará en México la primera historia de la Virgen de Aránzazu con el pomposo título de *Paraninfo celeste. Historia de la mística zarza, milagrosa imagen y prodigioso Santuario de Aránzazu.* Cuatro años más tarde, o sea en 1690, la obra se reeditó en San Sebastián. Su autor, que era alavés, había vivido largos años como religioso del santuario. Desplazado luego a México, concentrados y avivados por la lejanía sus recuerdos, escribe y publica allí su historia. En su relación figuran ya muchas estructuras metahistóricas y en todo el libro se respira un pesado ambiente de maravillosismo y alegoría,

muy del gusto de la época. Para el padre Luzuriaga es incontestable que la imagen de la Virgen de Aránzazu ha sido hecha por el mismo Dios; si ya no es que a sus palabras se deba dar el valor de un puro género literario. En realidad, la imagen de la Virgen de Aránzazu, según los entendidos, es del siglo XIII, y por su estilo, traza y características entra de lleno en el género de las llamadas imágenes góticas o *Andra Maris,* que el padre Lizarralde ha descrito conforme al consabido esquema. La Madre aparece sentada en su trono, con atuendo y diadema de Reina; su actitud, un tanto hierática, está dulcificada por la belleza y perfección de sus formas humanas. Sobre su rodilla y mano izquierda descansa el Niño, desnudo, y mucho más toscamente logrado que la Madre. En su mano derecha la Virgen ostenta una bola, que no se sabe si es símbolo del mundo o de la realeza, o una alusión a la manzana del paraíso. La efigie es sumamente diminuta, pues sólo mide 36 centímetros de largo. Otro detalle digno de mención es la materia de que está hecha, ya que la Virgen de Aránzazu es de piedra, cuando todas las otras tallas de alguna antigüedad en la región son de madera. Complemento esencial de la imagen de la Virgen de Aránzazu es la campana, a manera de grande cencerro, con que la halló el pastor. Ambas piezas, la imagen y la campana, se han conservado hasta el presente. Desde el siglo XVII la imagen se presenta a la veneración de los fieles revestida de mantos y telas que en realidad la ocultan y desfiguran su verdadera traza y proporciones reales.

A todo esto, ya se sabe cuál es la primera pregunta que espontáneamente viene a los labios: ¿Quién puso la imagen en aquel abrupto lugar donde la halló Rodrigo y qué es lo que con ello pretendía? Vana pregunta, para la que no se halla respuesta. Se ha pensado en algún penitente que se habría retirado a aquellas soledades a llevar vida ermitaña y que sería el dueño de la imagen y de la campana, pero todo ello no pasa de ser una pura conjetura. Evidentemente los contemporáneos vieron algo de milagroso o de providencial en las circunstancias que rodearon al misterioso hallazgo. Considerando que era voluntad del cielo que la imagen fuera venerada allí mismo donde se había manifestado, se le construyó una humilde ermita en el lugar, y pron-

to empezaron a afluir los devotos y peregrinos. De nuevo es Garibay quien tiene la palabra:

> «Las villas más cercanas que este santo lugar tiene, siendo Oñate y Mondragón, no tardaron, unánimes ambos pueblos, en instituir una cofradía. Los benaqueros de Mondragón, que son gentes que por causa de su oficio (que es de sacar debajo de tierra metales de acero y hierro) son diestros en romper peñas y cosas fragosas, comenzaron, siendo ayudados de los tenaceros de la misma villa (que son los que labran el acero), a romper y allanar los caminos. En lo cual, siéndoles grande ayuda los de Oñate, trabajaron tanto, que no pararon hasta hacer senda y camino por toda aquella fragosidad y aspereza, de modo que los peregrinos pudiesen con menos trabajo andar».

Muy luego se pensó en traer a Aránzazu una comunidad de religiosos varones, que estuviesen al servicio de la imagen y de los peregrinos. Y vinieron, en efecto, los mercedarios, procedentes de Burceña (Vizcaya). Pero para cuando éstos llegaron había ya en el lugar unas piadosas mujeres o señoras. Y sea que éstas no quisieron ceder sus derechos sobre la ermita y la imagen, sea por otras causas, lo cierto es que los mercedarios abandonaron pronto el lugar. Tras los mercedarios surge, por una especie de generación espontánea, una comunidad de tercerones franciscanos, cuyo jefe, fray Pedro de Arriarán, había pertenecido a la comunidad de mercedarios y se había negado a seguir a éstos en su éxodo. Dicho fray Pedro era hijo de una de las beatas más principales y adictas a la Virgen de Aránzazu, llamada doña Juana de Arriarán. Cuando el cardenal Cisneros acometió la reforma de las Órdenes religiosas de España, y singularmente de la franciscana, los tercerones de Aránzazu se pasaron a los dominicos, y éstos se posesionaron del lugar. Después se siguió un pleito enojoso, que se substanció en la Rota Romana, entre la Orden dominicana y la franciscana, pues esta última reclamaba sus derechos sobre la casa de Aránzazu. El pleito se falló a favor de los franciscanos, quienes se posesionaron definitivamente del lugar en 1514.

Siete años después subía a Aránzazu el peregrino más ilustre que el santuario ha conocido en su historia casi cinco veces secular: San Ignacio de Loyola. En 1520 los navarros se habían sublevado contra el rey de Castilla, ayudados de los franceses que penetraron en Navarra y coincidiendo con la revuelta de los

Comuneros. Íñigo de Loyola voló a prestar sus servicios al rey de Castilla. Pero en la defensa de Pamplona cayó herido y la ciudadela hubo de capitular. Portado sobre parihuelas, el valiente capitán fue trasladado a su casa de Loyola. El itinerario más probable que la comitiva siguió, y que el padre Recondo, SI, ha descrito en *Razón y Fe* (1956, t.153, p.205ss), pasa por el alto de San Juan de Artía, casi rasante con Aránzazu. Desde allí el enfermo pudo divisar, al entrar de Álava en su tierra nativa de Guipúzcoa, el aún reciente santuario, que ya gozaba de relativa celebridad en la región.

Después de pasar largos meses en Loyola luchando entre la vida y la muerte, Íñigo es visitado por la gracia y decide trocar el servicio del rey temporal por otro más alto servicio a un más alto Rey. Y su primera salida de Loyola es para subir a postrarse a los pies de la Virgen de Aránzazu, ante cuya imagen veló una noche y probablemente hizo su voto de castidad. Después traspuso nuevamente el alto de San Juan de Artía y se dirigió a Navarrete a despedirse del duque de Nájera. De aquí se encaminó a Montserrat y a Manresa. La visita de San Ignacio a la Virgen de Aránzazu fue a principios de 1522. De ella habla el propio fundador de la Compañía en una carta dirigida a San Francisco de Borja y fechada en Roma en 1554.

No vamos a seguir narrando las vicisitudes ulteriores del santuario mariano de Aránzazu: su vinculación con personajes célebres de Guipúzcoa, como Legazpi, el conquistador de las Filipinas; Elcano, primero que realizó el viaje de circunnavegación a través del globo; el almirante Oquendo, etc. Aunque el santuario de Aránzazu se halla metido tierra adentro, alejado de la costa, ya Garibay hacía notar que los más devotos de esta Virgen y los que más experimentan su protección eran los *mareantes*. Nada diremos tampoco del arraigo de la devoción a esta Virgen en toda la región vasco-navarra y su irradiación en ultramar. Ni de los tres incendios generales que el santuario ha padecido, uno en el siglo XVI, otro en el XVII y otro en el XIX, seguido este último de la exclaustración y supresión de los religiosos en España. Iniciada la restauración en el último cuarto del siglo XIX, a poco fue la Virgen de Aránzazu coronada canónicamente (1886), y en 1913 declarada patrona de Guipúzcoa. Actualmente Aránzazu es el convento principal que posee la

provincia franciscana de Cantabria, el lugar donde ella tiene instalado su Estudio de Teología y su Escuela Seráfica, vivero en que se forman las vocaciones franciscanas y plantel de futuros misioneros, que desde aquí parten a todos los territorios encomendados a dicha provincia: a Cuba, Paraguay, Uruguay, Argentina, Bolivia y —desde que el comunismo cerró las puertas de China— también al Japón.

Para el pueblo fiel, Aránzazu sigue siendo lo que siempre fue: un lugar de peregrinación, un centro espiritual, adonde acude a renovarse espiritualmente mediante la recepción fructuosa de los sacramentos de penitencia y comunión y la intensificación de su piedad mariana. En consonancia con esta finalidad de renovación espiritual, funciona desde hace algunos años una casa de ejercicios espirituales, por la que desfila toda clase de personas. En 1951 se inició la edificación de una nueva basílica, más capaz y más apta para las actuales necesidades. Esta valiente y austera construcción es obra de los señores arquitectos Saiz Oiza y Laorga, cuyo proyecto fue premiado en concurso nacional de Arquitectura previamente convocado al efecto.

En resumen, Aránzazu es un caso más, una cuenta del larguísimo e interminable rosario de santuarios marianos diseminados por toda la extensión de la cristiandad. Y ¿qué son los santuarios marianos, si atendemos a su sentido profundo? Otras tantas muestras fehacientes de que María no olvida la encomienda sagrada que le diera el Redentor. Desde que Jesús, moribundo, le dirigiera aquellas misteriosas palabras: «He ahí a tu hijo», una llama inextinguible de amor materno hacia el género humano arde en sus entrañas, y nunca, a lo largo de todos los siglos y en todas las latitudes, ha cesado ella de cumplir su misión de venir en ayuda del hombre caído para guiarle al logro de su destino eterno.

LUIS DE VILLASANTE, OFM

Bibliografía

LIZARRALDE, A. DE, *Historia de la Virgen y del Santuario de Aránzazu* (Aránzazu 1950).
PASTOR Y RODRÍGUEZ, J. DE, *Historia de la imagen y santuario de Ntra. Sra. de Aránzazu* (Madrid 1880).
• Actualización:
GARRIDO, J., *Arantzazu* (Oñate 1987).
INTXAUSTI, J. (dir.), *Arantzazu. Un santuario vasco en el siglo XX* (Oñate 2001).

10 de septiembre

SAN PEDRO DE MEZONZO
(† 1003)

Tiempo de señores y de siervos, nació, con el signo de la servidumbre, en Curtis (Coruña), al pie del palacio en donde servían sus padres: Martín y Mustacia, allá por los años de 930.

Y vivió siempre bajo ese mismo signo de servidumbre; pues sirvió a sus amos, don Hermenegildo y doña Paterna, como «capellán»; sirvió a los monjes benedictinos en Mezonzo, Sobrado y Antealtares, como abad; sirvió a la diócesis compostelana como obispo, y sirvió a Dios como fiel cristiano. Porque fue siervo toda su vida, terminó como terminan los humildes, señor de sí y de los demás: santo.

Grabó en el recuerdo de sus coetáneos cuatro imágenes vivas de su figura santa: imagen de cortesano santo; imagen de monje santo; imagen de abad santo; imagen de obispo santo.

Hasta los veintidós años vivió con los señores de sus padres. Y su fidelidad, su honradez y su piedad debieron ser muy acendradas, puesto que a sus dieciocho abriles los infantes le nombraron su «capellán» para que custodiase sus tesoros, y sus alhajas, y sus vasos sagrados, y sus vestiduras sacerdotales... En ese oficio de cortesano fiel mereció la gracia del llamamiento divino y puso los cimientos de su santidad monacal.

Cuando don Hermenegildo y doña Paterna ingresaron en el monasterio de Sobrado, fundado por ellos, Pedro vistió la cogulla en Santa María de Mezonzo, a unas dos leguas de Curtis. Contaba entonces veintidós años. Lejos del ruido del mundo y de las comodidades de los castillos, se dedicó de lleno al estudio y a la oración. De su aprovechamiento en las letras y en las ciencias nos dejó constancia el *Cronicón Iriense* al llamarle: *Monasterii mosonti sapientem monachum* (monje sabio del monasterio de Mezonzo). De su espíritu de oración nos habla el hecho de que el abad le eligiese para el presbiterado (el 9 de julio del 959 ya firma: *Petrus Presbyter).*

A sus treinta y seis años empuñó el báculo abacial de Sobrado. El estudio y la oración de Mezonzo le habían hecho acree-

dor a tal dignidad. Y su gobierno no debió defraudar a los monjes, puesto que, a los pocos años, su fama le llevó a la abadía de Antealtares, el Montecasino medieval en el noroeste de España. En Antealtares fue confidente de San Rosendo, obispo de Compostela por aquel entonces. Y dirigido por él, se hizo un padre para los monjes, un maestro para los sabios y un modelo para todos.

Tenía cincuenta y cinco años cuando todos los *Seniores Loci Sancti* —canónigos de Santiago— le eligieron obispo. Fue el mejor elogio a su prelacía en Antealtares. Y el mejor acierto en aquellos días en que Compostela precisaba un obispo sabio, celoso y santo. De su episcopado nos quedan como recuerdo la salvación de las reliquias del Apóstol y del mobiliario litúrgico compostelano cuando la invasión de Almanzor, la edificación de la iglesia de San Martín Pinario, la reedificación de la de Curtis —su pueblo natal—, la restauración de la catedral y la paz que logró para Galicia entera con su oración, con su sacrificio y con su predicación.

El temor: San Pedro de Mezonzo explicó su primera lección desde la «Cátedra del Hijo del Trueno» sobre el primero de los doce grados de humildad que San Benito exige a sus monjes: el temor de Dios. Lección verdaderamente oportuna. Pues los normandos amenazaban por el norte. Por el sur llegaban rumores de que los moros codiciaban las riquezas de la ciudad del Apóstol. Doctos e indoctos interpretaban falsamente el Evangelio, creyendo que el año 1000 acontecería el fin del mundo. Reinaba un pánico general. Un pánico terrorífico que despoblaba las ciudades y villas y abarrotaba los monasterios. Un pánico que multiplicaba los cilicios, y los sayales, y la ceniza... En ese medio ambiente se oyó la voz del nuevo obispo, recomendando y bendiciendo el temor, pero desaconsejando y condenando el miedo al castigo, presentando a Dios como un Padre que ama a sus hijos y quiere premiarlos, y del que sólo hay que temer la pérdida de su amor o la pérdida de sus premios; no como un juez vengador y sin entrañas que acecha a sus súbditos para castigarlos sin motivo.

Ese temor, alimentado por el deseo sincero de agradar a Dios, por la confianza filial de su paternidad y por la esperanza

de la recompensa, fue el temor que animó a San Pedro de Mezonzo. El que le obligó a firmar sus órdenes y escrituras: *sub pondus timoris Dei* (bajo el peso del temor de Dios). El que le condujo a esa santidad que sancionó la opinión pública y que aprobó la Iglesia al inscribirle en el catálogo de los santos.

La tradición ha registrado dos pruebas fehacientes de lo reverencial, y de lo filial, y de lo confiado de su temor: la leyenda del monje solitario y la Salve.

La leyenda del monje solitario la relata así López Ferreiro en su *Historia de la S. A. M. Iglesia de Santiago:*

> «Los muslimes seguían avanzando, y el 10 u 11 de agosto (del año de 997) dieron vista a los muros de Compostela. Se acercan cautelosos, pero advierten con sorpresa que las torres y las almenas se hallan desiertas, y que no ofrecen la menor señal de resistencia (San Pedro había juzgado más prudente evacuar la ciudad con todo cuanto de precioso y digno de estimación se encerraba en ella y guarecerse en el interior del país, al abrigo de una áspera sierra, en donde sería más fácil burlar al enemigo, gastar sus fuerzas, agotar sus recursos y obligarle a la retirada). Penetran en la ciudad y notan la misma quietud, la misma soledad, el mismo silencio. Se dirigen al templo del Apóstol, y lo ven también abierto y abandonado. Únicamente al pie de la tumba de Santiago hallan postrado a un anciano monje en actitud de orar.
>
> —¿Qué haces aquí? —le interroga Almanzor.
>
> —Estoy orando ante el sepulcro de Santiago —contestó el monje.
>
> —Reza cuanto quieras —replicó Almanzor—. Y prohibió que nadie le molestase; y aún se añade que puso guardias cerca del sepulcro para impedir cualquier desmán y atropello».

Los comentarios huelgan. San Pedro no tiene miedo a enfrentarse con el Señor. En vez de escapar como todos, baja a la catedral, se pone en la presencia de Dios, le adora de rodillas, le cuenta su tragedia como a Padre, le pide remedio, pone por intercesor al apóstol... y confía. Ése era su temor de Dios.

La otra prueba de la santidad de su temor es la Salve. Porque la Salve —esa oración mariana compuesta por San Pedro— es el canto del temor. Pero el canto del temor reverencial, del temor filial, del temor confiado... Del temor santo. Su autor se retrató en ella. Veámoslo.

La violencia furiosa y pagana de los normandos y la avaricia sanguinaria y antirreligiosa de los musulmanes obligaron a las

gentes a buscar y esperar la tumba y la ultratumba entre las peñas de las montañas (temor servil). San Pedro, en vez del camino de la fuga, cogió el camino del altar de la Virgen. Y, ante él, la saludó: «Dios te salve». Reconoció su realeza y su poder: «Reina». Excluyó de ella todo espíritu de castigo y de venganza: «Madre de misericordia». Le hizo una reverencia en tres tiempos y con tres piropos: «Vida, dulzura y esperanza nuestra». Y la volvió a saludar: «Dios te salve» (temor reverencial).

La peste, el hambre y la guerra que cundían por Europa, y el recuerdo de los desastres privados, familiares y sociales ocasionados por los normandos y los moros, condujeron a los gallegos al caos popular y al miedo a Dios (temor servil). Sólo San Pedro no perdió el control de sus nervios y la serenidad de su espíritu. Oró a Dios cabe el sepulcro del apóstol, como vimos arriba. Y expuso sus cuitas a la Madre de Dios, cabe su altar, de esta manera:

> «El arcángel nos arrojó del paraíso terrenal, al arrojar a nuestros primeros padres, Adán y Eva, y, errantes, andamos por el mundo: "A ti llamamos los desterrados hijos de Eva". El mundo sólo nos brinda cardos y abrojos, trabajo y dolor: "A ti clamamos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas". Eres Reina y Madre de misericordia. Como Reina puedes poner remedio. Como Madre de misericordia quieres hacerlo: "Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos" (temor filial).
>
> La hecatombe del país, el relinchar de los caballos y el chirriar de los carros de batalla, los sueños con armas y el olor a muerto hicieron que la generalidad de los hombres viese anticristos por todas las esquinas, creyese encima el fin del mundo, desesperase de la salvación (temor servil). El obispo santo fue el único que no se dejó arrollar por las circunstancias. Al contrario, se aprovechó de esas mismas circunstancias para pedir a su "Esperanza": "Y después de este destierro, muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre"» (temor confiado).

Ése fue San Pedro de Mezonzo. Un santo amante de su patria chica. Un santo defensor de su patria grande.

Un santo religioso cien por cien. Un santo apóstol a lo Hijo del Trueno. Un santo con temple de su tiempo. Un santo, santo de verdad.

CESÁREO GIL

Bibliografía

ARIAS, P., OSB, *Novena biográfica al glorioso San Pedro de Mezonzo* (La Coruña 1942).
GARCÍA ÁLVAREZ, R., *San Pedro de Mezonzo. El origen y el autor de la «Salve Regina»* (Madrid 1965).
LÓPEZ FERREIRO, A., «San Pedro de Mezonzo», en *Historia de la S. A. M. Iglesia de Santiago de Compostela,* II (1899) 381-431.
MARTÍNEZ BARBEITO, C., *Vida y leyenda de San Pedro de Mezonzo* (Madrid 1968).

23 de septiembre

SANTA TECLA

En el año 48 llegaron a Iconio San Pablo y San Bernabé, en su segundo viaje misional. Iconio, ciudad floreciente todavía, tenía en el comienzo del cristianismo una importante colonia judía. Un poco antes de entrar en ella —dice una de las más antiguas leyendas hagiográficas del cristianismo—, los dos apóstoles encontraron un hombre que se postró delante de ellos y los invitó a hospedarse en su casa. Se llamaba Onesíforo. Pablo le siguió, y al llegar a la puerta, todos le recibieron con este saludo: «Bienvenido seas, servidor del Dios verdadero». El apóstol entró, rompió el pan, dobló las rodillas y habló acerca de la continencia y la resurrección. Este relato no tiene nada de inverosímil, puesto que Onesíforo pudo conocer a San Pablo en sus años de Tarso.

Diariamente —continúa la leyenda— Pablo predicaba en la casa de un amigo con las puertas abiertas. Y había enfrente una casa grande y rica, y en la casa una joven hermosa, que no se cansaba de escuchar su palabra. Día y noche se la veía clavada a la ventana, sin pestañear, sin comer, sin moverse un instante. Tenía el nombre de Tecla, vivía con su madre Teoclia y con frecuencia iba a visitarla un joven, llamado Tamiris, a quien había sido prometida en matrimonio. Alarmada por la actitud de su hija, que seguía junto a la ventana en actitud de éxtasis, Teoclia llamó a Tamiris con urgencia, pero ni la venida del joven pudo sacarla de aquel extraño arrobamiento. En consecuencia, Pablo fue denunciado como embaucador y hechicero. Se le condenó y

se le llevó a la cárcel. Tecla entonces salió de su casa, y soltando los aros de oro que rodeaban sus brazos, se los dio al portero. A la puerta de la cárcel se acordó de que llevaba un espejo de plata para comprar al carcelero. Entró rebosante de alegría, y sentada a los pies del prisionero, escuchaba horas y horas las grandezas de Dios. El amor de Tamiris se trueca en odio, la misma madre se hace acusadora de su hija delante del gobernador; Pablo es flagelado y desterrado; en la playa se enciende una inmensa hoguera para castigar a su discípula, pero Tecla se salva milagrosamente, huye en busca del hombre que le había enseñado la ciencia de la vida, e iluminada por la promesa de las bienaventuranzas, recorre el mundo presa de una embriaguez divina.

¿Qué hay de verdad en todo esto? Es difícil contestar, pero es un hecho que la figura de la virgen de Iconio ilumina y perfuma las primitivas comunidades cristianas. Se relatan sus visiones, sus raptos, sus viajes; se habla de su belleza y su sabiduría; se la presenta como la personificación viviente de la doctrina predicada por San Pablo. No obstante, parece como si la realidad se perdiese en el laberinto de la fábula. Desde principios del siglo II corre la novela de *Los viajes de Pablo y Tecla,* urdida con piadosos discursos, esmaltada de prodigios extravagantes, henchida de sucesos inverosímiles. Se dice que San Juan, que dirigía aún las iglesias asiáticas, protestó; y Tertuliano asegura en su libro *De baptismo,* c.17, que su autor, un sacerdote, fue despojado de su dignidad. Más tarde, San Jerónimo coloca entre los apócrifos los viajes de Pablo y Tecla y toda la fábula del «león bautizado» *(De viris illustribus,* c.7). No obstante, el apócrifo recorre el mundo en todos los lugares orientales, y la imagen de Tecla sigue brillando esplendorosa en el amanecer del cristianismo. Los mártires la invocan en las llamas, su sabiduría es celebrada en todo el Oriente, y los Padres de la Iglesia griega cantan sus virtudes y sus triunfos. «A ella —dice San Metodio en el *Banquete de las diez vírgenes*— la más bella y florida de las coronas, porque brilló sobre todas en el heroísmo de la virtud», y el mismo San Jerónimo, que catalogaba su leyenda entre los apócrifos, cree que había en ella algo de verdad, puesto que, al terminar su carta a Eustoquio, evoca el día de la partida, «en que María avance hacia el alma triunfadora y Tecla se apresure radiante para abra-

zarla», y en su *Crónica,* en el año 376, recuerda que Melania llegó a Jerusalén, «donde sus virtudes hicieron de ella una nueva Tecla». Por la vida de San Martín sabemos que el santo recibía frecuentemente la visita de Inés, Tecla y María, así como de los apóstoles Pedro y Pablo.

El centro del culto de la «protomártir semejante a los apóstoles» estaba en Meriamlik, cerca de Selefkie o Seleucia. La basílica de la santa, uno de los más concurridos santuarios de la antigüedad, era una construcción monumental, magníficamente decorada. Bajo el templo se encontraba la gruta en que Tecla habría terminado su vida antes de desaparecer tras de la roca, que se cerró para ocultar su cuerpo. Lo propio de este culto es que en él falta la tumba. San Basilio, en el *Libro de los milagros,* nos habla de las impresiones de los peregrinos del siglo V.

> «Uno ensalza el esplendor de las fiestas, otro la inmensa multitud de los visitantes, otro el gran número de los obispos, otro la elocuencia de los oradores, otro la belleza de la salmodia, otro la concurrencia de los fieles a los oficios de la noche, otro la magnificencia de las ceremonias, otro la piedad de los asistentes, o los apretujones de la multitud, o el calor sofocante, o el oleaje de los que entran y salen, los gritos, las disputas, el desorden y hasta las disputas por ocupar los primeros puestos durante la celebración de los santos misterios».

Entre los milagros que nos cuenta el obispo de Seleucia hay algunos que nos recuerdan casos parecidos de los templos paganos, como este que antaño se había atribuido a Asclepios:

> «Una madre presenta ante la Santa a su hija, que estaba a punto de perder un ojo; la lleva al parque de las aves, y mientras la niña juega con ellas, un ganso le pica en el ojo enfermo. Hubo gritos y lamentos, pero pronto pudo verse que el ave había hecho reventar un abceso, con lo cual la paciente sanó rápidamente».

El poder de la santa atraía peregrinos de todas las regiones del Imperio. Allí se postró Gregorio de Nacianzo; allí se presentó muchas veces Tarasio, corresponsal de San Isidoro de Pelusio; allí llegó también, en 415, la monja española Eteria, que oró junto al *martyrium,* y mandó luego que la leyesen las actas de la santa. Jerusalén tenía también su iglesia de Santa Tecla, situada en Bethfagé; la tenían también Antioquía y Constantinopla, y en Chipre había cinco localidades con el nombre de Hagia-The-

kla, con ferias el 24 de septiembre, que era, según los calendarios orientales más antiguos, el día de su fiesta. En 1320, el brazo de la santa, lo único que había quedado al desaparecer detrás de la roca, fue trasladado de Armenia a Tarragona, cuya catedral está consagrada a su memoria. De aquí el culto que se le rinde en el Levante español. Un primitivo de la escuela levantina, tal vez Jacomart, representa a San Martín hablando con Nuestra Señora, con Santa Tecla y Santa Inés, inspirándose en el relato de Sulpicio Severo.

JUSTO PÉREZ DE URBEL, OSB

Bibliografía

Art. en F. CABROL - H. LECLERCQ (dirs.), *Dictionnaire d'archéologie chrétienne et de liturgie*, XIII (París) cols.2666-2692, con excelente documentación bibliográfica.

CABROL, F., «La légende de Ste. Thècle», en L. HERIOT-BUNOUST, *Gethsemani et le monde* (París 1895).

QUETIN, H., *Les martyrologes historiques du Moyen Âge. Étude sur la formation du Martyrologe romain* (París 1908) 725, nos da a conocer que fue Beda quien introdujo a Santa Tecla en los martirologios occidentales, hacia el año 735.

RAY, A., *Étude sur les Acta Pauli et Theclae et la légende de Thecla* (París 1890).

VOUAUX, L. (ed.), *Les Actes de Paul et ses lettres apocryphes* (París 1913).

• Actualización:

Apología histórica legal por la Invictísima protomártir Santa Tecla... (Tarragona 1984). Reprod. facsímil de la ed. de Barcelona 1684.

DOMÈNECH I CIRCUNS, J., *Vida de la protomártir Santa Tecla, patrona de Tarragona y de todo el Principado de Cataluña* (Tarragona 1993). Reprod. facsímil de la ed. de Tarragona 1847.

MISSER, S., *El libro de Santa Tecla* (Barcelona 1977).

1 de septiembre

SANTOS VICENTE Y LETO

Mártires (fecha desconocida)

En la diócesis de Albacete se celebra el día 1 de septiembre la memoria de los santos Vicente y Leto, mártires. El antiguo *Martirologio romano* los conmemoraba este día 1 de septiembre simplemente indicando que su martirio había sido en España, pero sin indicar en qué ciudad concreta de nuestra geografía. La noticia estaba tomada del *Breviario mozárabe* de Cisneros y de otros calendarios mozárabes, en ninguno de los cuales se les da un sitio concreto a su martirio. El nuevo *Martirologio romano* ha prescindido de su memoria.

A la *Bibliotheca sanctorum,* en artículo firmado por Justo Fernández Alonso, le parece que se trata de mártires venerados en Dax, en cuyo breviario diocesano se contenía una *passio* de carácter claramente legendario. El *Martirologio Jeronimiano* conmemora solamente a San Vicente como mártir en Dax, dándole la dignidad de obispo.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris, t.1, p.200-203.
Art. en *Bibliotheca sanctorum.* XII: *Stefano-Zuraire* (Roma 1969) col.1176.
Breviario mozárabe: PL 86, col.1341.
Martirologio romano. Versión española ajustada a la edición vaticana de 1948, por el P. V. M. SÁNCHEZ RUIZ SJ (Madrid 1953) 238.

SAN GIL DE CASAYO
Ermitaño († 1213)

Vivió en los dos últimos tercios del siglo XII y murió a comienzos del siglo XIII. No se conoce la patria ni el monasterio donde originariamente tomó el hábito monástico. Lo que sí se sabe es que fue monje en el Monasterio de San Martín de Castañeda, diócesis de Astorga. Este monasterio no abrazó la reforma del Císter hasta 1245, y por tanto San Gil, todo el tiempo de su profesión monástica, practicó la Regla benedictina según la antigua observancia y no según la interpretación cisterciense; no obstante lo cual, se ocupan del santo el *Menologio* y los *Anales cistercienses.*

Cuando ya llevaba años viviendo en el Monasterio de San Martín de Castañeda, se sintió llamado a la vida solitaria y decidió retirarse a ella, lo cual hizo con la debida licencia de la superioridad de su monasterio o de la comunidad si es que en verdad era abad del mismo, como quieren algunos. Buscó entonces un sitio en un valle junto a Casayo, en Orense, que le pareció un lugar apto para dedicarse por completo a la contemplación de las cosas divinas, debido a su soledad y alejamiento de las vías de comunicación. En una ermita cercana hacía oración y allí fue enterrado cuando alrededor de 1213 murió santamente. La fama de santo y el culto popular rodearon enseguida su memoria. Aunque se ha dicho que el 11 de marzo de 1746 el papa Benedicto XIV confirmó su culto, lo sucedido en esa fecha fue que el Papa declaró altar privilegiado el dedicado al santo en la parroquia de Casayo por la hermandad de su título.

La diócesis de Astorga celebra su memoria el 1 de septiembre.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Septembris, t.1, p.308-309.
Art. en *Bibliotheca sanctorum.* IV: *Ciro-Erifrido* (Roma 1964) col.961.
HENRÍQUEZ, C., *Menologium cistertiense* (Amberes 1630) 295.
HIDALGO, A., *España, tierra de santos* (León 1975).

SAN LICERIO
Obispo († h. 540)

La diócesis de Lérida celebra en este día 1 de septiembre la memoria litúrgica de San Licerio, obispo. Sin duda, el día natalicio de este santo es el 27 de agosto en que lo conmemora el *Martirologio romano,* pero ese día está ahora ocupado por la memoria de Santa Mónica y ello ha hecho aconsejable la traslación de la memoria a este día 1 de septiembre.

Baronio en su *Martirologio* lo conmemoró así: «En Lérida, de la España Tarraconense, San Licerio, obispo». Y en nota justifica la inclusión de la memoria del santo diciendo que lo celebra la Iglesia de Lérida y que se halla recogido entre los santos españoles. En cambio el nuevo *Martirologio romano* cambia por completo el sitio del santo diciéndonos: «En Couserans, Aquitania, San Licerio, obispo, el cual, español de nacimiento y discípulo de San Fausto de Riez, libró con sus oraciones la ciudad de ser asaltada por los visigodos». Este cambio se justifica porque en efecto San Licerio, obispo de Couserans, diócesis suprimida en 1801, es un personaje conocido, de cuyo episcopado en dicha ciudad consta, siendo segura su asistencia al concilio de Agde en 506 y su anterior discipulado de San Fausto de Riez, a cuya muerte se fue a Rodez, donde San Quinciano lo ordenó sacerdote. Le tocó ser obispo en tiempos de las contiendas entre francos y visigodos, de cuyo asalto se dice haber librado su ciudad con sus insistentes plegarias, siendo así uno de los santos obispos defensores de ciudades. Su muerte parece haber sido el 27 de agosto del 540. Su culto se difundió en el sur de Francia y en el norte de España, y consta que era venerado en Lérida al menos desde el siglo XII. Siendo español, podría suponerse que se tratara de un ilerdense que había pasado a Francia, y esto es lo que creen más probable los benedictinos de Ramsgate en su *The book of saints,* pero presentándolo como obispo de Couserans, no de Lérida. Por su parte también la *Bibliotheca sanctorum,* en artículo de Gérard Mathou, entiende que su relación con Lérida es, no la de ser obispo de la ciudad, sino la del antiquísimo culto que en ella se le tributa.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Augusti, t.6, p.45-49.

Art. en *Bibliotheca sanctorum.* VIII: *Liadan-Marzi* (Roma 1967) cols.36-37.

BENEDICTINE MONKS OF ST. AGUSTINE'S ABBEY, Ramsgate, *The Book of the Saints* (Londres 1989).

CALPENA Y ÁVILA, L., *La luz de la fe en el siglo XX. Libro de la familia cristiana,* VIII (Madrid 1912-1916) 508.

CROS, J. B., *Saint-Lizier, ses monuments, ses cathédrales, ses évêques* (Toulouse 1912).

Martyrologium romanum ad nouam kalendarij rationem & ecclesiasticae historiae veritatem restitutum. Gregorii XIII Pont. Max. iussu editum (Roma 1598).

VILLEGAS, A. DE, *Flos sanctorum nuevo y historia general de la vida y hechos de Iesu Christo... y de todos los sanctos de que reza y haze fiesta la Iglesia Catholica* (Zaragoza 1578).

11 de septiembre

SANTOS VICENTE, RAMIRO Y COMPAÑEROS

Mártires († 630)

En el tomo del mes de marzo de este *Año cristiano* (día 11, p.229-230) dimos una reseña sobre la memoria en León de San Vicente, abad de San Claudio, que ese día conmemora el nuevo *Martirologio romano.* El anterior *Martirologio* señalaba su memoria el 11 de septiembre, añadiéndole la cualidad de mártir, como ya dijimos, cualidad que el nuevo *Martirologio* omite. Y ya dijimos allí que la memoria de San Vicente se había asociado a algunos compañeros de martirio, de los cuales nada dice ni el nuevo ni el antiguo *Martirologio* pero sí la tradición local de la Iglesia de León. Como ya quedó dicho, la tradición relativa a San Ramiro, prior del monasterio, y a otros doce monjes mártires se basa en documentos tardíos y legendarios.

La tradición relativa a este martirio es que Vicente fue martirizado por los arrianos que no lograron atraerlo a su fe y que luego fueron asesinados también Ramiro y otros doce monjes mientras recitaban el Credo niceno, del que no querían de ningún modo apartarse. La Iglesia de León sigue celebrando en el 11 de septiembre tanto a Vicente como a Ramiro y sus compañeros mártires.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Martii, t.2, p.60-63.
Art. en *Bibliotheca sanctorum.* XII: *Stefano-Zuraire* (Roma 1969) cols.1186-1187.
El santo de cada día. II: *Marzo-abril* (Zaragoza 1947) 119.
VILLEGAS, A. DE, *Flos sanctorum nuevo y historia general de la vida y hechos de Iesu Christo... y de todos los sanctos de que reza y haze fiesta la Iglesia Catholica* (Zaragoza 1578).

24 de septiembre

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED

Las murallas les apretaban.

Las viejas murallas, del siglo tercero, que tenían boquetes de acceso llamados Regomir, en la vía homónima; norte, en la actual Plaza Nueva; Mercadal, junto a la moderna Plaza del Ángel; Call, en la conservada calle Boquería.

Las murallas asfixiaban a los aproximadamente cuarenta mil barceloneses metidos en el angosto entramado urbano, sin sol y sin luz, formando un abanico que se abría en la catedral y en las iglesias parroquiales de Santos Justo y Pastor, San Miguel Arcángel y San Jaime.

Que no más habitantes tenía Barcelona en los albores de la decimotercera centuria. Ni más templos.

Precisamente, huyendo del ahogo, la ciudad estaba ensayando la prolongación urbanística más allá de los muros romanos de seguridad. Donde los nacientes arrabales darían vida a nuevos templos, predominantemente de dedicación mariana.

Por cierto, muy laboriosos los barceloneses, mayoritariamente comerciantes; con presencia activa en el levante y el sur español, en todos los puertos del Mediterráneo.

Familias en gran porcentaje adineradas. Y amantes de la cultura, que procuraban a sus hijos enviándoles al aula donde había sentado cátedra Raimundo de Penyafort, docto canónigo de la catedral, que fue alumno de la universidad de Bolonia.

Del mar, en los últimos siglos del medioevo, le venían no pocas pesadillas a Barcelona. Más que pesadillas.

Del mar donde la repetida piratería turca y sarracena ponía en jaque la floreciente expansión catalano-aragonesa.

Del mar, de donde llegaban noticias precisamente alarmantes. Información con protagonismo en labios de los mercaderes que regresaban a puerto hablando de vivencias dolorosas, dramáticas, escenificadas en el sur y en el levante español, en Mallorca y norte de África. De escalofriantes escenas de esclavitud.

Eran comentarios en la calle.

Y eran realidades testimoniales; a la vista. En carne viva. En el cuerpo aún dolorido y en el espíritu aún estremecido, de ciudadanos comentando públicamente la experiencia de la cautividad, afortunadamente ya historia.

Una cautividad de resultas de una batalla o de una incursión fronteriza o de un acto de piratería.

Lamentablemente siempre había quienes, durante el obligado y doloroso exilio, abrazaban la fe coránica y se integraban en la civilización musulmana. Ya no tenían problema. O era menor.

Pero mayoritariamente no era el caso. Mayoritariamente los hombres y las mujeres privados de libertad vivían penosamente el arbitrario castigo musulmán.

Pendientes del rescate.

Un sueño fácil y de rápida consecución para el adinerado. De inmediato negociable. Efectiva la compra o válido el canje por prendas temporales humanas —criados o algún hijo— hasta reunir el liberado la estipulada cantidad en metálico. Una solución también era el intercambio de prisioneros musulmanes y cristianos. Y no raras las redenciones logradas con aportaciones caritativas anónimas.

Total que Barcelona, en las postrimerías del medioevo, sangraba en sus hijos sin libertad en territorio sarraceno, auténtico purgatorio. Protagonistas de las penalidades y del desespero propio de la cautividad. Más el riesgo de la apostasía.

Sangraba la Ciudad Condal y sangraba el mundo cristiano. Que la redención de cautivos, naciendo el siglo XIII, era una urgencia social. Una necesidad vital.

En este momento entra en escena Pedro Nolasco, que será bautizado «cónsul de la libertad». Un hombre providencial, en

tiempos difíciles, padre de una audacia socio-religiosa que devendrá eficaz y creará familia; derivando en una especial devoción mariana de rápida propagación nacional e hispanoamericana.

Pedro Nolasco. Unos dicen que francés, oriundo de Languedoc; según otros, nacido en Barcelona o, como mínimo, en tierras de Cataluña. Igualmente en desacuerdo la naturaleza familiar: nobleza, comercio o ambas cosas. Dan igual, tanto la procedencia como la condición social.

Completa el cronista mercedario Juan Devesa:

> «En los documentos notariales, en las cartas reales, en las constituciones antiguas de la Orden [...] se descubre un hombre sencillo, recto, sereno, emprendedor, valiente, providencialista, humilde, rebosante de bondad, profundamente piadoso, hábil para los negocios, creyente al modo medieval, imitador del divino Redentor, devoto de María, sumiso al rey terrenal y servidor de los cautivos para defensa de la santa fe católica».

Indiscutiblemente también herido en el alma, profundamente, por los ayes lastimeros de la esclavitud. El caso es que vino inicialmente aportando voluntad e ilusión a los ensayos del conde Borrell, de determinadas cofradías de seglares y de algunas órdenes militares. Todos con dedicación a la «obra de merced», que apellidará Alfonso el Sabio. «Sacar a los hombres de captivo —escribirá— es cosa que place mucho a Dios, porque es obra de la Merced».

Pedro Nolasco, de entrada, congrega simpatías y colaboraciones, reúne dinero propio y extraño y recorre Aragón, Cataluña, Valencia y Mallorca. Después alargará brazos hasta alcanzar el norte africano.

Estupenda profesión la suya y benditas relaciones derivadas de la misma que le facilitan la presencia en tierra de moros, negociando redenciones. Comprando libertades con dinero y con mercaderías. Rescatando centenares de esclavos.

Cuando él y el puñado de seguidores, que se tomaron muy en serio la aventura, han gastado el patrimonio personal, recurren a la implicación ciudadana.

Rechazan la mendicidad de puerta en puerta. Que optan por hacerse presentes en los templos, promoviendo la creación de cofradías que les nutran de limosnas.

Todo sobre ruedas hasta la aparición del cansancio y del desánimo. Fatiga física y moral de los donantes y de los mendicantes. Que vino.

Normal. Pues Pedro Nolasco y su cuadrilla de colaboradores, en definitiva, no eran más que unos simples y entusiastas ciudadanos laicos. Sin aval alguno ni título que garantizara la continuidad de su caritativa audacia.

Es el caso que el promotor se toma un período de reflexión y de plegaria. Para madurar si procede dar cuerpo a una institución religiosa que formalice la inquietud compartida con el puñado de seguidores o si debe entregarse a la vida contemplativa, dejando que Dios tenga en cuenta el empeño que protagonizan...

En dicha pausa histórica la tradición sitúa la intervención mariana. La supuesta visión nocturna del 2 de agosto de 1218. Cuando la Virgen urge al audaz redentor *la creación de una sagrada orden dedicada a librar a los infelices cristianos cautivos de los moros.*

El vidente —amplía la voz popular— dio cuenta a su confesor y confesor real, el jurista Raimundo de Penyafort, y al monarca.

La urgencia celestial —fuera en persona, fuera más bien un simple y fuerte impulso interior—, sumada al ya existente entusiasmo de la cuadrilla abanderada por el comerciante barcelonés, fructificaron de inmediato.

Había llovido sobre mojado. Llovió en un momento en que el afán de liberación estaba maduro. Interesados el clero, la nobleza, el rey. Y la ciudad. Todos...

Y ocho días más tarde, en el marco de la entonces catedral románica barcelonesa, formalizaron su compromiso los futuros mercedarios. Una agrupación exclusivamente seglar, bendecida eclesiásticamente y con el decidido y explícito amparo y protección de la casa real.

Estrenaron oficialmente andadura, en presencia del obispo Berenguer de Palou y de Jaime I el Conquistador, Pedro Nolasco y trece gentilhombres de ilustre ascendencia catalana y aragonesa.

Vestían hábito blanco, luciendo en su escapulario el escudo con la cruz —titular de la seo barcelonesa—, también blanca, sobre el conocido fondo rojo cuatribarrado.

Y se habían domiciliado en el hospital de Santa Eulalia, un edificio pegado a la residencia palaciega; aproximadamente donde hoy se abre la Bajada de la Canonja. Unas instalaciones que, en manos de los conocidos como «frailes de Santa Eulalia», de momento seguirán acogiendo indiscriminadamente a toda una gama de indigentes y, a no tardar, serán de atención exclusiva a los ciudadanos redimidos que no tienen donde caerse.

Los miembros de la nacida «Orden de la Misericordia de los Cautivos» empalmaron con la presencia en los templos, iniciada por su maestro general Pedro Nolasco; normalmente acompañados de excautivos, temporalmente obligados en justa correspondencia a su liberación.

Presencia de concienciación social y mendicante. Cara a la anual expedición redentora.

Una audacia que suponía ayuda, visita y redención.

Una aventura arriesgada, realmente heroica. Pues comportaba un serio compromiso.

Nada menos que jugarse el pellejo. Nada menos que la inevitable condición de rehén —el canje personal del redentor por el redimido—, cuando coincidieran la realidad de un cautivo religiosamente en peligro y la carencia económica del mercedario interesado en comprar su libertad.

Claro que se dieron casos. Protagonista, por ejemplo, San Pedro Armengol, un noble tarraconense que decidió esta modalidad de penitencia en expiación de sus pecados de juventud.

Eximia caridad mercedaria...

Huyendo de la asfixia urbana, según quedó escrito, entre la vieja muralla y el Mediterráneo había nacido un barrio que vivía de los frutos del mar y de la industria naval. Un puerto donde fondeaban buques mercantes y barcas de pesca. Pronto la expansión caritativa de la Orden hizo chiquito el Hospital de Santa Eulalia. Urgían unas instalaciones con una superficie más generosa, más espaciosas. Y estalló la generosidad.

En el corazón de Raimundo de Plegamans que, en la fecha 5 de agosto de 1234, va y compra, extramuros, un arenal que permitirá, copiando titularidad y dedicación, una realidad arquitectónica asistencial nueva. Más el natural añadido, engendrado quince años más tarde. Cuando fray Pedro de Centelles, titular

de la diócesis de Barcelona, autorice la construcción de un templo gótico, pegado al humilde convento. Ciertamente una construcción lenta, frenada por mil problemas de vecindad, económicos y de personal; iniciada en 1249 y no coronada hasta el final de la primera década del 1400. Ubicada donde más o menos se yergue la actual basílica. Nuevo centro hospitalario, nuevo templo. Faltaba la residencia mercedaria. Y vino. Sin hacerse esperar.

Vino la necesaria construcción de unas instalaciones conventuales adjuntas. Abiertas a la calle Ancha, también modestas, comunicándose con las dependencias asistenciales a través de unos puentes sobre la vía pública. Reemplazadas, permitiendo la ampliación de la iglesia, a mediados del siglo XVII, por el soberbio inmueble que acabaría siendo la sede administrativa militar que ha llegado a nuestros días.

Y, a corto plazo, sustituida la aún insuficiente primitiva construcción gótica —en la que entronca el culto a Nuestra Señora de la Merced— por el aludido inmueble de nueva planta, inaugurado el 9 de septiembre de 1775.

(Un paréntesis para la constancia de la significación de «merced» en el lenguaje de la época. No precisamente «dádiva» o «gracia». Que la acepción correcta era «misericordia», «perdón». Y, en la realidad que venimos historiando, el vocablo correspondía a obra de misericordia sublime. Por antonomasia. De ahí la pronta denominación de la redentora Orden real y militar, aprobada en 1235 por el papa Gregorio IX. En el primer documento constitucional, de 1271, ya se lee:

> «El Padre, Hijo y Espíritu Santo [...] por su misericordia y su gran piedad, determinaron fundar y establecer esta Orden, llamada Orden de la Virgen María de la Merced de la redención de los cautivos de Santa Eulalia de Barcelona».

De ahí el calificativo de «mercedarios» a los audaces seguidores de Pedro Nolasco...).

Fue el paréntesis.

Empalmamos volviendo al templo conventual mercedario; parroquial, desligado de la familia religiosa originaria tras la exclaustración, en 1823. Honrado con la distinción basilical por Benedicto XV, en 1918.

Se trata de una estructura predominantemente neoclásica, externamente de una singular nobleza de líneas y barroca en su ornamentación interior. A la vista también los grandes sillares de Montjuich de cuyas canteras es en gran parte deudor el embellecimiento urbano barcelonés.

Con triple puerta frontal; más un acceso a la calle Ancha. Abierta a la moderna plaza de la Merced, frente a una decena de caños que escupen agua rumorosa en un pequeño estanque; fuente y agua quieta a la sombra de un joven arbolado. Y una vistosa cúpula cubriendo la intersección de la nave —única, con ocho capillas laterales intercomunicadas y altas tribunas laterales con celosía— con el crucero. Coronada por una colosal estatua en bronce de la Virgen liberadora, con el Niño, sobre la rodilla izquierda; Madre e Hijo extendiendo la mano protectora sobre la ciudad.

El presbiterio, elevado sobre el pavimento, comunicante con la sacristía y con la doble escalera de acceso al camarín, cuya imagen mariana centra la piedad barcelonesa. Una preciosa y singular talla de madera policromada, gótica, de metro cuarenta de altura; parece ser que obra de un tal Pedro Moragues, escultor barcelonés del siglo XIV, salvada cuando la barbarie iconoclasta de 1936. De estilo sedente, como las románicas; con un trono similar a la «silla del rey Martín el Humano», guardada en la catedral, que sirve de peana a la custodia en la procesión del Corpus.

Josep Lligades ha escrito:

> «Realmente aparece como una dama barcelonesa de la época. El escultor indudablemente tenía en la mente o ante los ojos la fisonomía, el porte y la manera de vestir de las mujeres de aquella ciudad que, tan rápidamente, hizo propia la advocación de María liberadora de los cautivos».

Ante esta imagen se han postrado obispos, clérigos, reyes, príncipes, infantes, nobles, autoridades, gente sencilla.

Quienes, en el inicio de su andadura episcopal barcelonesa.

Quienes, abriendo ilusionados la vida nupcial u otras significadas celebraciones de fe familiares.

Quienes, en cualquier necesidad, implorando amparo.

Quienes, presentando gozosos sus galardones y trofeos deportivos.

Todos en circunstancias históricas de angustia: asedio, epidemia, peste, plaga, sequía. Haciendo memoria...

Cronológicamente, en primer plano, cuando la conocida como peste negra de 1665 que recuerda el *Dietari* de la ciudad.

En 1680, extenuados los campos de la comarca, pidiendo el beneficio de la lluvia, que no se hizo esperar...

Jubilosos festejos populares, siete años después, agradeciendo la implorada desaparición de la plaga de langostas que se comía las cosechas...

Solemnísimas plegarias, en las postrimerías del siglo XVII, impetrando la salud de Carlos II, el último de los Austrias.

Fervorosa la asistencia barcelonesa al templo, abierto día y noche, cuando el asedio francés de 1697...

Emotiva la procesión popular, en 1820 y tantos, a través del barrio marítimo de la Merced, a manos despiadadas de la fiebre amarilla, cantando el *Monstra Te esse Matrem* («Demuestra que eres Madre»).

Memorable el paseo procesional desde la Merced a la catedral, el 8 de noviembre de 1914, con motivo de la epidemia tifoidea. Suficiente el muestrario. Y significativa, por otra parte, la rica exhibición de ofrendas y recuerdos atesorados en las vitrinas y en las paredes del camarín.

Total una devoción estallada en el corazón de un noble, un eclesiástico y un rey, sucesivamente crecida. Contagiada a Castilla, a Vascongadas, a Andalucía, a Portugal y, tras el descubrimiento de América, a ultramar. Y popularizada a través de los «gozos» y de las «auques» o relatos —pareados— ilustrados, una curiosa modalidad literaria catalana.

Hay constancia de la presencia en el Mediterráneo, en la segunda mitad del siglo XIV, de una galera barcelonesa bautizada con el nombre de *Santa María de la Merced.*

Una advocación mariana honrada con distinciones eclesiásticas y municipales. Aunque su clara oficialidad puede que le haya robado tipismo en su arraigo.

El papa Inocencio XII, en 1696, universalizando el culto; nuevamente local desde la reforma litúrgica del Concilio Vatica-

no II. Pío IX, el 2 de agosto de 1868, instituyendo canónicamente el patronazgo diocesano de Nuestra Señora de la Merced, a nivel municipal proclamado el 25 de septiembre de 1687. Y Benedicto XV, en 1908 y diez años después, respectivamente, restaurando el perdido carácter preceptivo local de la fiesta y dando categoría basilical al templo.

Singular conmemoración mercedaria la del 24 de septiembre de 1918, honrada con la presencia de la familia real y de varios prelados y autoridades españoles. Impresionante la riada humana; miles y miles de creyentes inundando el centro urbano. Espontánea Isabel de Borbón, impactada, comentándole al gobernador: *Esto sólo puede hacerlo Barcelona.*

Pero el enorme estallido de la devoción mercedaria barcelonesa sería en el verano de 1888. En fecha 21 de agosto. En pleno bullicio festivo de la *Exposición Universal.* Y con motivo de la coronación canónica de la imagen.

Una solemnísima liturgia enmarcada en la catedral. Con protagonismo del obispo Jaime Catalá, quien, con la corona en las manos mostrándola a los fieles, pronuncia en latín: «Así como por estas manos sois coronada en la tierra, así podamos merecer que por las vuestras seamos coronados en el cielo».

Y, al compás de la marcha real, confundiéndose con el volteo plural de las campanas parroquiales de la urbe y el ronco estruendo de las salvas de artillería, el prelado ciñó las sienes de María. *Princesa de Barcelona,* como la proclamó el poeta Verdaguer y como aún la cantan los populares «gozos»:

> De los cautivos Madre y Patrona [...]
> ¡Princesa de Barcelona,
> proteged nuestra ciudad!...

Hoy el santuario-basílica de Nuestra Señora de la Merced cumple las funciones de simple parroquia. Una más, pero metida en el corazón de la Barcelona marginal. Desvinculada, como quedó escrito, de la familia religiosa que le dio origen.

Con no pocos devotos locales y diocesanos de la advocación mariana mercedaria, periódicos visitantes. Presencia muy espesada y desbordando parroquialmente con motivo de las anuales celebraciones patronales y fiesta mayor de la Ciudad Condal.

Sigue siendo marco singular para uniones matrimoniales cristianas.

Y vitrina de trofeos deportivos locales...

Relicario, en definitiva, del cariño filial de tantos y tantos ciudadanos creyentes que la proclaman madre y patrona.

JACINTO PERAIRE FERRER

Bibliografía

BATALLA, S., *María en los pueblos de España* (Madrid 1988).
FERRANDO, J., *La basílica de la Merced* (Barcelona 1941).
GAZULLA, F., *La patrona de Barcelona y su santuario* (Barcelona 1918).
LLIGADAS, J., *La Mare de Déu de la Mercè* (Barcelona 1998).

26 de septiembre

SAN ORENCIO

Obispo († s. III/IV)

La diócesis de Huesca celebra el 26 de septiembre la memoria litúrgica de San Orencio, obispo, hermano de San Lorenzo. Ya en el tomo del mes de mayo de este *Año cristiano* (p.806-807) nos ocupamos de los santos Orencio y Paciencia, a quienes se presenta como padres de San Lorenzo y padres de nuestro santo de hoy. Allí dijimos algo del valor histórico que puede darse a la tradición relativa a estos santos.

Según esa tradición, Orencio, hijo del matrimonio de Orencio y Paciencia, nace en Huesca y una vez que su hermano Lorenzo ya estaba en Roma, marcha con su padre al valle de Lavedan en la diócesis de Tarbes, donde se acredita por sus cualidades y bondad y es elegido obispo de Auch *(Augusta Ausciorum)* en Aquitania. Aquí ejerció santamente su ministerio episcopal.

En honor a la verdad hay que decir que efectivamente hubo un obispo de Auch llamado Orencio, que anteriormente a su episcopado había sido ermitaño en el valle de Lavedan junto a Tarbes, pero que no pudo ser hermano de San Lorenzo toda

vez que vivió en la primera mitad del siglo V, y no en el siglo III en que vivió y padeció martirio San Lorenzo. De este santo existe una *Vida* que parece remontarse al siglo VI, cien años después de la vida del santo, y que recoge la tradición referente a él, elogiándose sus esfuerzos por extirpar las costumbres paganas y por conseguir paz entre los visigodos y el Imperio Romano, lo que hizo el santo a petición de Teodorico cuando los romanos cercaron Toulouse. La memoria de este santo obispo Orencio de Auch la recoge el *Martirologio romano* actual el 1 de mayo.

JOSÉ LUIS REPETTO BETES

Bibliografía

Acta sanctorum. Maii, t.1, p.61-65.
Art. en *Bibliotheca sanctorum.* IX: *Masabki-Ozanam* (Roma 1967) cols.1223-1224.
BENEDICTINE MONKS OF ST. AGUSTINE'S ABBEY, Ramsgate, *The Book of the Saints* (Londres 1989).
CALPENA Y ÁVILA, L., *La luz de la fe en el siglo XX. Libro de la familia cristiana,* III (Madrid 1912-1916) 265.
CROISSET, J., SJ, *Año cristiano, o ejercicios devotos para todos los días del año,* V (Barcelona 1853) 15-18.
DURÁN GUDIOL, A., *Los santos altoaragoneses* (Huesca 1957).

CALENDARIO ESPAÑOL

MEMORIAS QUE CELEBRAN LAS DIÓCESIS ESPAÑOLAS

Día 1	En Astorga, San Gil de Casayo, ermitaño.
	En Albacete, santos Vicente y Leto, mártires.
	En Lérida, San Licerio, obispo.
Día 2	En Palencia, San Antolín, mártir.
	En Pamplona, Beato Francisco Dardán y compañeros, mártires.
Día 3	En Córdoba, San Sandalio, mártir.
Día 4	En Palencia y en Toledo, Beato Francisco de Jesús, mártir.
	En Ciudad Real, Beato José Pascual Carda y compañeros, mártires.
Día 6	En Jerez, Beata Carmen Moreno, virgen y mártir.
Día 7	En Albacete, Beato Alonso Pacheco, mártir.
Día 9	En Cataluña y Mallorca, San Pedro Claver, presbítero.
	En Huesca, beatos Florentino Felipe y compañeros, mártires.
Día 10	En Huelva, Beato Vicente de San José, religioso y mártir.
	En Galicia, San Pedro de Mezonzo, obispo.
	En Alcalá, Beato José de San Jacinto y compañeros, mártires.
	En Barcelona, beatos Domingo Castellet y Luis Eixarc, presbíteros y mártires.
	En Madrid, beatos Francisco Morales y José de Salvanés, mártires.
	En Tortosa, Beato Jacinto Orfanell, mártir.
	En Bilbao y San Sebastián, Beato Francisco Gárate, religioso.
Día 11	En Burgos, Calahorra-La Calzada-Logroño y Osma-Soria, Santo Domingo de Silos, abad.
	En León, santos Vicente, Ramiro y compañeros, mártires.
	En Tarazona, santos Félix y Régula, mártires.
	En Tarragona, Beato Buenaventura Gran, religioso.
	En Vitoria, Beato Tomás del Espíritu Santo, mártir.
	En Oviedo, San Vicente, abad y mártir.
Día 12	En Toledo, Beata María de Jesús López Rivas, virgen.

En Valladolid, Beato Apolinar Franco, presbítero y mártir.
En Barbastro-Monzón, San Poncio, obispo.

Día 16 En Mérida-Badajoz, San Juan Macías, religioso.
En Córdoba, santos Rogelio y Servideo, mártires.

Día 17 En Córdoba, Santa Columba, virgen y mártir.
En Osma-Soria, San Martín de Finojosa, obispo.
En Zaragoza, San Pedro de Arbués, presbítero y mártir.

Día 18 En Ciudad Real, beatos Carlos Egaña y compañeros, mártires.

Día 19 En Córdoba, Santa Pomposa, virgen y mártir.

Día 20 En Córdoba, Beato Francisco de Posadas, presbítero.

Día 22 En Vitoria, beatos Antonio Gosens y María Campillo, mártires.
En Barbastro-Monzón, beatos Dionisio Pamplona y compañeros, mártires.
En Pamplona-Tudela, beatos Mártires Navarros.
En Zaragoza, beatos Manuel Segura y compañeros, mártires.
En Valencia, beatos José Aparicio Sanz y compañeros, mártires.

Día 23 En Tarragona, Santa Tecla, virgen y mártir.

Día 24 En León, San Antonio de León, mártir.
En Jaén, Beato Marcos Criado, presbítero y mártir.

Día 25 En Córdoba, santos Émila y Jeremías, mártires.
En Vich, San Bernardo Calvó, obispo.

Día 26 En Huesca, San Orencio, obispo, hermano de San Lorenzo.

Día 28 En Valladolid, Madrid, Getafe y Santander, San Simón de Rojas, presbítero.
En San Sebastián, santos Domingo de Erquicia y compañeros, mártires.
En Sevilla, santos Adolfo y Juan, mártires.
En Lérida, Beato Francisco Castelló, mártir.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

1. **Santos y beatos**

Adalpreto, San († ca. 1173), día 20, 611-612.

Adamnano, San († 704), día 23, 699.

Adán Bargielski, Bto. († 1942), día 8, 248.

Adolfo (de Córdoba), San († 824), día 27, 821.

Agrícola de Aviñón, San († 700), día 2, 38.

Águeda Chon Kyong-hyob, Sta. († 1839), día 26 (memoria: día 20), 791-800.

Águeda Kim A-gi, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.

Águeda Kwon Chini, Sta. († 1840), día 20 (memoria), 578-583.

Águeda Yi Kan-nan, Sta. († 1846), día 20 (memoria: día 20), 600-604.

Águeda Yi Kiong-I, Sta. († 1840), día 20 (memoria), 578-583.

Águeda Yi Sosa, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.

Águeda Yi, Sta. († 1840), día 20 (memoria), 578-583.

Agustín Pak Chong-won, San († 1840), día 20 (memoria), 578-583.

Agustín Yi Kwang-hon, San († 1839), día 20 (memoria), 578-583.

Agustín Yu Chin-gil, San († 1839), día 22 (memoria: día 20), 656-662.

Albeo, San († 526), día 12, 353.

Alberto de Jerusalén, San († 1214), día 14, 392-395.

Alejandro Carlos Lenfant, Bto. († 1792), día 2, 39-44.

Alejo Saburi Sanbashi, Bto. († 1622), día 10, 308-310.

Alejo U Se-yong, Sto. († 1866), día 20 (memoria), 578-583.

Alfonso Sebastiá Viñals, Bto. († 1936), día 1, 24-25.

Alonso de Mena, Bto. († 1622), día 10, 308-310.

Alonso de Orozco, San († 1591), día 19, 542-546.

Amado de Remiremont, San († 629), día 13, 365-368.

Amalia Abad Casasempere, Bta. († 1936), día 28, 844-846.

Ambrosio (Salvador) Chuliá Ferrandis, Bto. († 1936), día 18, 523-526.

Ambrosio Agustín Chevreux, Bto. († 1792), día 2, 30-34.

Ambrosio (Eduardo) Barlow, San († 1641), día 10, 310-318.

Ana Eugenia (Eugenia María Ángela) Picco, Bta. († 1921), día 7, 175-185.

Ana Kim Chang-gum, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.

Ana Pak A-gi, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.

Andrés Angar, Bto. († 1792), día 2, 30-34.

Andrés Chong, San († 1840), día 20 (memoria), 578-583.

Andrés Grasset de Saint-Sauveur, Bto. († 1792), día 2, 30-34.

Andrés Kim Taegón, San († 1846), día 16 (memoria: día 20), 464-469.
Ángel Orsucci, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Antonino, San († s. IV), día 2, 35-36.
Antonio, San († 1529), día 23 (memoria), 700-701.
Antonio Carlos Octaviano de Bouzet, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Antonio Daveluy, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Antonio de San Buenaventura, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Antonio de Santo Domingo, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Antonio González, San († 1637), día 24 (memoria: día 28), 733-734 831-840.
Antonio Hamanomachi Coreano, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Antonio Ixida, Bto. († 1632), día 3, 54-62.
Antonio Kim Song-U, San († 1841), día 20 (memoria), 578-583.
Antonio Kiuni, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Antonio María Schwartz, Bto. († 1929), día 15, 420-428.
Antonio Martín Slomsek, Bto. († 1862), día 24, 721-725.
Antonio Sanga, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Antonio Vom, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Apolinar Franco, Bto. († 1622), día 12, 353-355.
Apolinar Juan Santiago Morel, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Apolonia (de Nagasaki), Bta. († 1622), día 10, 308-310.
Armando Chapt de Rastignac, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Armando de Foucault de Pontbriand, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Arnulfo, San († 1075), día 19, 575.
Ascensión de San José de Calasanz Lloret Marco, Bta. († 1936), día 23, 703.
Augusto Nézel, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Aunacario de Auxerre, San († 605), día 25, 749.
Aurelio María (Bienvenido) Villalón Acebrón, Bto. († 1936), día 13, 378-379.
Autberto de Avranches, San († 709), día 10, 321.

Bárbara Cho Chung-i, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Bárbara Choe Yong-i, Sta. († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Bárbara Han A-gi, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Bárbara Kim, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Bárbara Ko Sun-i, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Bárbara Kwon-hui, Sta. († 1839), día 3 (memoria: día 20), 85-89.
Bárbara Yi Chong-hui, Sta. († 1839), día 3 (memoria: día 20), 85-89.
Bárbara Yi, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Bartolomé Chong Mun-ho, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Bartolomé Gutiérrez, Bto. († 1632), día 3, 54-62.
Bartolomé Kawano Shichiemon, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Beata Toribia, cf. Santa María de la Cabeza.

Benedicta Hyon Kuong-nyon, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Benito (Manuel) Ferrer Jordá, Bto. († 1936), día 16, 476-477.
Benjamín (Alejandro) Cobos Celada, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Berardo (José) Bleda Grau, Bto. († 1936), día 4, 118.
Bernardina (María) Jablonska, Bta. († 1940), día 23, 682-687.
Bernardino (Pablo) Martínez Robles, Bto. († 1936), día 16, 476-477.
Bernardino de Feltre, Bto. († 1494), día 28, 855-856.
Bernardo Francisco de Cussac, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Bertino de Sithiu, San († 698), día 5, 119-124.
Bertrán de Garrigue, Bto. († 1230), día 6, 149-157.
Bonfilio de Foligno, San († 1125), día 27, 821-822.
Bonifacio I (papa), San († 422), día 4, 95-101.
Brígida de Jesús Morello, Bta. († 1679), día 3, 62-66.
Brocardo, Bto. († 1231), día 2, 27-30.
Buenaventura (Julio) Esteve Flors, Bto. († 1936), día 26, 805.
Buenaventura de Barcelona (Miguel) Bautista Gran, Bto. († 1684), día 11, 323-325.

Cadoc, San († 580), día 21, 634-635.
Camilo Constanzo, Bto. († 1622), día 15, 434-435.
Cándido (Legión Tebea), San († 302), día 22, 640-645.
Canuto (José) Franco Gómez, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Carlos Cho Shin-chol, San († 1839), día 26 (memoria: día 20), 791-800.
Carlos de Blois, Bto. († 1364), día 29, 884-885.
Carlos Eraña Guruceta, Bto. († 1936), día 18, 514-520.
Carlos Hyon Song-mun, San († 1846), día 19 (memoria: día 20), 546-553.
Carlos Jeremías Bérauld du Pérou, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Carlos Luis Hurtrel, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Carlos Navarro Miquel, Bto. († 1936), día 22, 665.
Carlos Regis Mateo de la Calmette, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Carlos Spínola, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Carmelo (Isidoro) Gil Arano, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Catalina (de Nagasaki), Bta. († 1622), día 10, 308-310.
Catalina Chong Chor-yom, Sta. († 1846), día 20 (memoria: día 20), 600-604.
Catalina Fieschi, Sta. († 1510), día 15, 409-415.
Catalina Mattei, Bta. († 1547), día 4, 115.
Catalina Yi, Sta. († 1839), día 26 (memoria: día 20), 578-583.
Cecilia Yu So-sa, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Cecilio (Enrique) López López, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Cesáreo (Mariano) Niño Pérez, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Cipriano de Cartago, San († 258), día 16, 441-448.
Clara Yamada, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
Claudio Antonio Radulfo de Laporte, Bto. († 1792), día 2, 30-34.

Claudio Bernabé Laurent de Mascloux, Bto. († 1794), día 7, 190-191.
Claudio Cayx o Dumas, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Claudio Chaudet, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Claudio Colin, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Claudio Dumonet, Bto. († 1794), día 13, 378.
Claudio Fontaine, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Claudio Francisco Gagnière des Granges, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Claudio Laplace, Bto. († 1794), día 14, 400-401.
Claudio Rousseau, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Clemente Vom, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Cleofás (discípulo), San († s. I), día 25, 748-749.
Clodoaldo, San († 560), día 7, 185-186.
Columba (Juana) Gabriel, Bta. († 1926), día 24, 725-731.
Columba Kim Hyo-im, Sta. († 1839), día 26 (memoria: día 20), 791-800.
Columba, Sta. († 853), día 17, 498.
Constancio, San († s. V), día 23, 698-699.
Consuelo Aguiar-Mella Díaz, Bta. († 1936), día 19, 563-574.
Corbiniano, San († 725), día 8, 236-237.
Cornelio (papa), San († 252), día 16, 437-440.
Cosme (Simón Isidro Joaquín) Brun Arará, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Cosme, San († s. III), día 26, 753-757.
Crescencia Valls Espí, Bta. († 1936), día 26, 804.
Cristino (Miguel) Roca Huguet, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Cristóbal, San († 1527), día 23 (memoria), 700-701.
Cuadrato, San († s. II), día 21, 634.

Dalmacio Moner, Bto. († 1341), día 24, 705-714.
Damián Nam Myong Hyog, San († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Damián Yamichi Tanda, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Damián, San († s. III), día 26, 753-757.
Daniel de Bangor, San († 584), día 11, 339-340.
Daniel Luis Andrés de Pommerayes, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Darío Hernández Morató, Bto. († 1936), día 29, 900.
Dativo (de Cartago), San († 257), día 10, 319-320.
David Okelo, Bto. († 1918), día 18, 512-514.
Deiniol Wyn, cf. Daniel de Bangor, San.
Diego Llorca Llopis, Bto. († 1936), día 6, 158-159.
Dominga Ogata, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
Domingo Castellet, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Domingo de Nagasaki, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Domingo del Rosario, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Domingo Higaski, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Domingo Ibáñez de Erquicia, San († 1633), día 28 (memoria), 831-840.

Domingo Magoshichi, Bto. († 1622), día 12, 353-355.
Domingo Nakano, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Domingo Shobioye, Bto. († 1628), día 16, 474.
Domingo Tomaki, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Domingo Trach, Sto. († 1840), día 18, 521-522.
Domingo Yamada, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Donaciano (de África), San († s. V), día 6, 157-158.
Dositeo (Guillermo) Rubio Alonso, Bto. († 1936), día 1, 19-24.

Edith, Sta. († 984), día 16, 472.
Elena Duglioli, Bta. († 1520), día 23, 700.
Elzear de Sabran, San († 1323), día 27, 817-821.
Émila (de Córdoba), Sta. († 852), día 15, 433.
Emilia Tavernier, Bta. († 1851), día 23, 674-679.
Encarnación Gil Valls, Bta. († 1936), día 24, 736.
Enrique Augusto Luzeau de la Mulonnière, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Enrique Hipólito Hermès, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Escipión Jerónimo Brigéat de Lambert, Bto. († 1794), día 4, 115-116.
Esteban de Die (o de Châtillon) († 1208), día 7, 186.
Esteban Francisco Deusdedit de Ravinel, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Esteban Min Kukka, San († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Esteban Pongracz, San († 1619), día 7, 161-165.
Eufemia, Sta. († 304), día 16, 469.
Eusebio de Bolonia, San († s. IV), día 26, 790.
Eustaquio, San (fecha desconocida), día 20, 583-588.
Eustoquio, Sta. († 419), día 28, 853-854.
Eutimio (Nicolás) Aramendia García, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Evencio Ricardo (Eusebio) Alonso Uyarra, Bto. († 1936), día 8, 244-246.
Exaltación de la Santa Cruz, día 14, 380-384.
Exuperio (Legión Tebea), San († 302), día 22, 640-645.
Exuperio de Toulouse, San († d. 411), día 28, 853.

Faustino (Antonio) Villanueva Igual, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Febe, Sta. († s. I), día 3, 66-67.
Federico Albert, Bto. († 1876), día 30, 921-926.
Federico Ozanam, Bto. († 1853), día 8, 210-216.
Felisa Meda, Bta. († 1444), día 30, 927.
Félix (de Cartago), San († 257), día 10, 319-320.
Félix [otro] (de Cartago), San († 257), día 10, 319-320.
Félix, San (fecha desconocida), día 11, 338.
Fernando García Sendra, Bto. († 1936), día 18, 522-523.
Ferreolo, San († s. III), día 18, 520.
Fidel (Mariano) Climent Sanchís, Bto. († 1936), día 27, 824-825.
Florencio Dumontet de Cardaillac, Bto. († 1794), día 5, 140-141.
Francisca Cualladó Baixauil, Bta. († 1936), día 19, 576-577.

Francisca Javiera (María) Fenollosa Alcayna, Bta. († 1936), día 27, 825-826.
Francisco (Justo) Lerma Martínez, Bto. († 1936), día 18, 523-526.
Francisco Balmain, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Francisco César Londiveau, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Francisco Choe Kyong-hwan, San († 1839), día 12 (memoria: 20 septiembre), 356-357.
Francisco d'Oudinot de la Boissière, Bto. († 1794), día 7, 190-191.
Francisco Dardan, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Francisco de Borja, San († 1572), día 30, 912-921.
Francisco de Paula Castelló y Aleu, Bto. († 1936), día 29, 887-895.
Francisco de Posadas, Bto. († 1713), día 20, 588-595.
Francisco de San Buenaventura, Bto. († 1622), día 12, 353-355.
Francisco Dumasramabaud de Calandelle, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Francisco Gárate Aranguren, Bto. († 1929), día 9, 283-295.
Francisco Higaski, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Francisco Jaccard, San († 1838), día 21, 635-637.
Francisco Javier Ponsa Casallach, Bto. († 1936), día 28, 858.
Francisco José de la Rochefoucauld, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Francisco José Pey, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Francisco Lafranc, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Francisco Luis Hébert, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Francisco Luis Méallet de Fargues, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Francisco María de Camporosso, San († 1866), día 17, 488-496.
Francisco Mayaudon, Bto. († 1794), día 11, 341.
Francisco Morales, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Francisco Sendra Ivars, Bto. († 1936), día 4, 117-118.
Francisco Shoyemon, San († 1633), día 28 (memoria), 831-840.
Francisco Takeya, Bto. († 1622), día 11, 340-341.
Francisco Terrero, Bto. († 1632), día 3, 54-62.
Francisco Urbano Salins de Niart, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Francisco Vareilhe-Duteil, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Fúsculo (de África), San († s. V), día 6, 157-158.

Gabriel (arcángel), San, día 29, 868-875.
Gabriel de la Magdalena, Bto. († 1632), día 3, 54-62.
Gabriel Desprez de Roche, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Gabriel Taurino Dufresse, San († 1815), día 14, 395-399.
Gaspar Claudio Maignien, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Gaspar Koteda, Bto. († 1622), día 11, 340-341.
Gaspar Stanggassinger, Bto. († 1899), día 26, 776-784.
Gedeón (juez de Israel), San, día 26, 757-761.
Gerardo Sagredo, San († 1046), día 24, 731-732.
Germán (de África), San († s. V), día 6, 157-158.
Germán Gozalvo Andreu, Bto. († 1936), día 22, 665-666.
Gil de Casayo, San († 1213), día 1, 968.

Gil, San († s. VI/VII), día 1, 17-18.
Gildo Irwa, Bto. († 1918), día 18, 512-514.
Gonzalo Fusai, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Gregorio el Iluminador, San († 326), día 30, 908-912.
Gregorio Magno (papa), San († 604), día 3, 46-54.
Guala, Bto. († 1244), día 3, 68-69.
Guidón de Anderlecht, San († 1012), día 12, 350-352.
Guillermo Antonio Delfaut, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Guillermo Brown, Bto. († 1605), día 5, 140.
Guillermo Courtet, San († 1636), día 29 (memoria: día 28), 831-840.
Guillermo Spencer, Bto. († 1589), día 24, 732-733.
Guillermo Way, Bto. († 1587), día 23, 701-702.

Herminia Martínez Amigó, Bta. († 1936), día 27, 825-826.
Hildegarda, Sta. († 1179), día 17, 499.
Honorio de Canterbury, San († 653), día 30, 926-927.

Ida de Herzfeld, Sta. († 825), día 4, 113.
Ignacio Casanovas, Bto. († 1936), día 16, 475.
Ignacio de Santhià, San († 1770), día 22, 645-656.
Ignacio Jorge, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Ignacio Kim Che-jun, San († 1839), día 26 (memoria: día 20), 791-800.
Inés Kim Hyo-ju, Sta. († 1839), día 3 (memoria: día 20), 85-89.
Inés Takeya, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
Ingrid Elofsdotter, Bta. († 1282), día 2, 38-39.
Irmengarda, Sta. († 1085), día 4, 113-114.
Isaac, San († 438), día 8, 235-236.
Isabel (madre de San Juan Bautista), Sta., día 23, 669-674.
Isabel Chong Chong-hye, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Isabel Fernández, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
Ismael Escrihuela Esteve, Bto. († 1936), día 8, 247-248.

Jacinto (de Oaxaca), Bto. († 1700), día 15, 416-420.
Jacinto (de Roma), San († s. III), día 11, 337.
Jacinto Hoyuelos González, Bto. († 1936), día 19, 575-576.
Jacinto Orfanel, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Jáder (de Cartago), San († 257), día 10, 319-320.
Jenaro, San († s. IV), día 19, 527-532.
Jeremías (de Córdoba), San († 852), día 15, 433.
Jerónimo Jo, Bto. († 1632), día 3, 54-62.
Jerónimo, San († 420), día 30, 901-908.
Jesús Hita Miranda, Bto. († 1936), día 25, 750-751.
Jonás (profeta), San, día 21, 619-627.
Jordán de San Esteban Jacinto Ansalone, San († 1634), día 28 (memoria), 831-840.
Jorge Douglas, Bto. († 1587), día 9, 296-297.

José Bécavin, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
José Cecilio (Bonifacio) Rodríguez González, Bto. († 1936), día 8, 244-246.
José Chang Chu-gi, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
José Chang Song-jib, San († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
José Cho Yun-ho, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
José de Cupertino, San († 1663), día 18, 504-512.
José de San Jacinto de Salvanés, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
José Fenollosa Alcayna, Bto. († 1936), día 27, 824-825.
José García Mas, Bto. († 1936), día 18, 522-523.
José Goizet, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
José Hoang Luong Canh, San († 1838), día 5, 141-142.
José Im Chi-baeg, San († 1846), día 20 (memoria: día 20), 600-604.
José Kut, Bto. († 1942), día 18, 526.
José Marchandon, Bto. († 1794), día 22, 664-665.
José María de Yermo y Parres, San († 1904), día 20, 604-611.
José María Segura Penadés, Bto. († 1936), día 11, 336-337.
José María Vidal Seguí, Bto. († 1936), día 26, 802-803.
José Pascual Carda Saporta, Bto. († 1936), día 4, 116-117.
José Pedro Han Chae-Kwon, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
José Ramón Ferragud Girbés, Bto. († 1936), día 24, 736-737.
José Ramón Pascual Ferrer Botella, Bto. († 1936), día 24, 734-735.
José Stanek, Bto. († 1944), día 23, 704.
José Tarrats Comaposada, Bto. († 1936), día 28, 859.
José Tomás Pazery de Thorame, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Josefa de San Juan Ruano García, Bta. († 1936), día 8, 230-234.
Josefina Moscardó Montalvà, Bta. († 1936), día 22, 666-667.
Josué, San (Antiguo Testamento), día 1, 4-7.
Juan, San († 1529), día 23 (memoria), 700-701.
Juan (de Córdoba), San († 824), día 27, 821.
Juan Andrés Capeau, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Juan Antonio Bernabé Seguin, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Antonio de Savine, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Antonio Guilleminet, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Antonio Hacinto Boucharene de Chaumeils, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Bautista Chong Chang-U, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Juan Bautista Claudio Aubert, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Bautista de los Ángeles (de Oaxaca), Bto. († 1700), día 15, 416-420.
Juan Bautista Jannin, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Bautista Laborier du Vivier, Bto. († 1794), día 27, 823.
Juan Bautista María Tessier, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Bautista Mazzucconi, Bto. († 1855), día 7, 165-175.
Juan Bautista Miguel Pontus, Bto. († 1792), día 2, 30-34.

Juan Bautista Nam Chong-sam, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Juan Bautista Nativelle, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Bautista Yi Kwang-nyol, San († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Juan Bono de Siponto, Bto. († s. XII), día 5, 139.
Juan Carlos Cornay, San († 1837), día 20, 595-599.
Juan Charton de Millon, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Chugoku, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Juan Crisóstomo, San († 407), día 13, 358-365.
Juan Duckett, Bto. († 1644), día 7, 188-189.
Juan de Dukla, San († 1484), día 29, 886-887.
Juan Enrique Luis Samson, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Felipe Marchand, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Francisco Bosquet, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Francisco Burté, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Gabriel Perboyre, San († 1840), día 11, 325-335.
Juan Hamanomachi, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Juan Imamura, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Juan José Rateau, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Juan Lacan, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Luis Guyard de Saint-Clair, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Juan Macías, San († 1645), día 16, 460-464.
Juan Maki, Bto. († 1627), día 7, 187-188.
Juan María de Lau d'Allemans, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Ni Youn Il, San († 1867), día 20 (memoria), 578-583.
Juan Nicolás Cordier, Bto. († 1794), día 30, 928.
Juan Norton, Bto. († 1600), día 8, 238-239.
Juan Pak Hu-jae, San († 1839), día 3 (memoria: día 20), 85-89.
Juan Pedro Bangue, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Pedro de San Antonio (José María) Bengoa Aranguren, Bto. († 1936), día 25, 750-751.
Juan Pedro Simón, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Juan Roberto Quéneau, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juan Shozaburo, San († 1630), día 28, 856-858.
Juan Talbot, Bto. († 1600), día 8, 238-239.
Juan Tomaki, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Juan Ventura Solsona, Bto. († 1936), día 17, 501-502.
Juan Yi Munu, San († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Juana Soderini, Bta. († 1367), día 1, 19.
Julián Poulain-Delaunay, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Juliana de Collalto, Bta. († 1262), día 1, 18-19.
Julio Honorato Cipriano Pazary de Thorame, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Julita Kim, Sta. († 1839), día 26 (memoria: día 20), 791-800.
Justo de Lyón, San († d. 381), día 2, 37.

Justo Ranfer de Bretenières, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.

Ladislao Bladzinski, Bto. († 1944), día 8, 248-249.
Ladislao Miegon, Bto. († 1942), día 15, 436.
Lamberto de Maastricht, San († 705), día 17, 497.
Laureano (Salvador) Ferrer Cardet, Bto. († 1936), día 16, 476-477.
Lázaro de Kyoto, San († 1636), día 29 (memoria: día 28), 831-840.
Léoba, Sta. († 782), día 28, 854-855.
León Aybara, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
León de Satsuma, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
León (Manuel) Legua Martí, Bto. († 1936), día 26, 806-807.
Leto (de África), San († s. V), día 6, 157-158.
Leto, San (fecha desconocida), día 1, 967.
Liberato de Lauro, Bto. († 1258), día 6, 158.
Licerio, San († h. 540), día 1, 969-970.
Lino (papa), San († s. I), día 23, 697-698.
Liteo (de Cartago), San († 257), día 10, 319-320.
Lope Thomas o Bonnotte, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Lorenzo (Laurent), Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Lorenzo de Ripafratta, Bto. († 1456), día 27, 822-823.
Lorenzo Hakizo, San († 1630), día 28, 856-858.
Lorenzo Han I-yong, San († 1846), día 20 (memoria: día 20), 600-604.
Lorenzo Imbert, San († 1839), día 21 (memoria: día 20), 628-634.
Lorenzo Ruiz, San († 1636), día 29 (memoria: día 28), 831-840.
Lorenzo Yamada, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Lucas del Espíritu Santo Alonso Gorda, San († 1633), día 28 (memoria), 831-840.
Lucas Hwang Sok-tu, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Lucía de Caltagirone, Bta. († 1400), día 26, 790-791.
Lucía de Freitas, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
Lucía Kim, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Lucía Kim, Sta. († 1839), día 26 (memoria: día 20), 791-800.
Lucía Luisa, Bta. († 1628), día 8, 239-243.
Lucía Pak Hui-sun, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Lucio (de Cartago), San († 257), día 10, 319-320.
Ludmila, Sta. († 921), día 16, 471.
Luis Alejo Matías Boubert, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Luis Barreau de la Touche, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Luis Beaulieu, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Luis Benjamín Hurtrel, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Luis d'Alleman, Bto. († 1450), día 16, 456-460.
Luis Francisco Andrés Barret, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Luis Higaski, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Luis Kawara, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Luis le Danois, Bto. († 1792), día 2, 39-44.

Luis Longuet, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Luis Lorenzo Gaultier, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Luis Maki, Bto. († 1627), día 7, 187-188.
Luis Mauduit, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Luis Remigio Benoist, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Luis Renato Nicolás Benoist, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Luis Tezza, Bto. († 1923), día 26, 785-790.
Lupo de Sens, San († 623), día 1, 18.

Magdalena Cho, Sta. († 1839), día 26 (memoria: día 20), 790-791.
Magdalena de Nagasaki, Sta. († 1634), día 28 (memoria), 831-840.
Magdalena Han Yong-i, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Magdalena Ho Hye-im, Sta. († 1839), día 26 (memoria: día 20), 791-800.
Magdalena Kim Obi, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Magdalena Pak Pong-son, Sta. († 1839), día 26 (memoria: día 20), 791-800.
Magdalena Sanga, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
Magdalena Son Sobyog, Sta. († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Magdalena Yi Yong-dog, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Magdalena Yi Yong-hui, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Mancio de Santo Tomás, cf. Mateo de Santo Tomás Chiwiato, Bto.
Mancio Ikizayemon, San († 1630), día 28, 856-858.
Mansueto (de África), San († s. V), día 6, 157-158.
Manuel Nguyen Van Trieu, San († 1798), día 17, 500.
Manuel Torró García, Bto. († 1936), día 21, 637-638.
Marcelino (de Cartago), San († 413), día 13, 376-377.
Marcos Chong Ui-bae, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Marcos Criado, Bto. († 1569), día 25, 746-748.
Marcos Crisino o Körösi, San († 1619), día 7, 161-165.
Marcos Luis Royer, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Marcos Scalabrini de Mútina, Bto. († 1498), día 21, 635.
María Coreano, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
María de Cervellón, Sta. († 1290), día 19, 537-542.
María de Jesús de la Yglesia y de Varo, Bta. († 1936), día 19, 563-574.
María de Jesús López de Rivas, Bta. († 1640), día 13, 369-376.
María de la Cabeza, Sta. († s. XII), día 9, 296.
María de la Purificación de San José Ximénez Ximénez, Bta. († 1936), día 23, 679-682.
María de la Purificación Vidal Pastor, Bta. († 1936), día 22, 662-663.
María de Santa Cecilia Romana Dina Bélanger, Bta. († 1929), día 4, 102-113.
María de Santa Eulalia Puig Bonany, Bta. († 1936), día 8, 230-234.

María del Amparo (Teresa) Rosat Balasch, Bta. († 1936), día 26, 801-802.
María del Calvario (Josefa) Romero Clariana, Bta. († 1936), día 26, 801-802.
María del Carmen Moreno Benítez, Bta. († 1936), día 1, 8-17.
María del Olvido Noguera Albelda, Bta. († 1936), día 26, 804.
María del Refugio Carbonell Muñoz, Bta. († 1936), día 1, 8-17.
María Dolores Aguiar-Mella y Díaz, Bta. († 1936), día 19, 563-573.
María Dolores de Santa Eulalia Puig Bonany, Bta. († 1936), día 8, 230-234.
María Eutimia (Emma) Üffing, Bta. († 1955), día 9, 260-263.
María Guillerma Emilia de Rodat, Sta. († 1852), día 19, 554-563.
María Jordá Botella, Bta. († 1936), día 26, 805-806.
María Josefa del Río Messa, Bta. († 1936), día 23, 679-682.
María Pak Kun-agi Hui-sun, Sta. († 1839), día 3 (memoria: día 20), 85-89.
María Shoun, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
María Tanaka, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
María Tanaura, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
María Tokuan, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
María Won Kwi-im, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
María Yi Idog, Sta. († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
María Yi Yon-hui, Sta. († 1839), día 3 (memoria: día 20), 85-89.
Marina de Omura, Sta. († 1633), día 28 (memoria), 831-840.
Marino Blanes Giner, Bto. († 1936), día 8, 246-247.
Marta Kim Song-im, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Martín de Huerta, San († 1213), día 16, 448-456.
Martín Lucas Huin, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Martín Lucas Huin, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Mártires de la Abadía de Saint-Germain-des-Près, Btos. († 1792), día 2, 39-44.
Mártires de «La Force» y seminario de San Fermín, Btos. († 1792), día 3, 69-85.
Mártires «de los Carmelitas», Btos. († 1792), día 2, 30-35.
Mártires Hospitalarios de Carabanchel Alto (Madrid), Btos. († 1936), día 1, 19-24.
Mártires Pasionistas de Daimiel (Grupo de Ciudad Real), Btos. († 1936), día 25, 749-751.
Mateo (evangelista), San, día 21, 613-618.
Mateo Álvarez, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Mateo de Santo Tomás Chiwiato, Bto. († 1622), día 12, 353-355.
Mateo Kohioye, San († 1633), día 28 (memoria), 831-840.
Materno de Colonia, San († s. IV), día 14, 399.
Matías Agustín Nogier, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Maturino Legué, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Maturino Víctor Deruelle, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Mauricio (Legión Tebea), San († 302), día 22, 640-645.
Mauricio de Carnoët, San († 1191), día 29, 896.

Maurilio de Angers, San († 453), día 13, 377-378.
Melchor Grodziecki, San († 1619), día 7, 161-165.
Miguel (arcángel), San, día 29, 860-867.
Miguel Czartoryski, Bto. († 1944), día 6, 142.
Miguel de Aozaraza, San († 1636), día 29 (memoria: día 28), 831-840.
Miguel Kurobioye, San († 1633), día 28 (memoria), 831-840.
Miguel Shumpo, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Miguel Tayemon Kinoshi, San († 1630), día 28, 856-858.
Miguel Timonoya, Bto. († 1628), día 16, 474.
Miguel Tomaki, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Miguel Yamada, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Miguel Yamichi, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Modesto (Vicente) Gay Zarzo, Bto. († 1936), día 18, 523-526.
Moisés, San (Antiguo Testamento), día 4, 90-95.

Natividad de la Bienaventurada Virgen María, día 8, 193-203.
Nemesiano (de Cartago), San († 257), día 10, 319-320.
Nemesio, San († 251), día 10, 318-319.
Niceta Budka, Bto. († 1949), día 28, 847-853.
Nicolás Clairet, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Nicolás de Forca Palena, Bto. († 1449), día 29, 897.
Nicolás de Tolentino, San († 1305), día 10, 302-308.
Nicomedes, San (fecha desconocida), día 15, 432-433.
Nilo el Joven, San († 1004), día 26, 761-768.
Niniano, San († 432), día 16, 470.
Notburga de Eben, Sta. († 1313), día 14, 400.
Nuestra Señora de Aránzazu, día 9, 949-957.
Nuestra Señora de Covadonga, día 8, 936-942.
Nuestra Señora de Guadalupe, día 8, 942-949.
Nuestra Señora de la Merced, día 24, 971-980.
Nuestra Señora de la Peña, día 7, 929-936.
Nuestra Señora de los Dolores, día 15, 402-409.

Oglerio, Bto. († 1214), día 10, 321-322.
Orencio, San († s. III/IV), día 26, 980-981.
Otón de Frisinga, Bto. († 1158), día 22, 663-664.

Pablo Bori Puig, Bto. († 1936), día 29, 899-900.
Pablo Chong Ha-sang, San († 1839), día 22 (memoria: día 20), 656-662.
Pablo de Santa Clara, Bto. († 1622), día 12, 353-355.
Pablo Ho, San († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Pablo Hong Yongju, San († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Pablo Manna, Bto. († 1952), día 15, 428-432.
Pablo María de San José (Pedro) Leoz Portillo, Bto. († 1936), día 25, 750-751.

Pablo Nagaishi, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Pablo Sadayu Aybara, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Pablo Tanaka, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Pablo Timonoya, Bto. († 1628), día 16, 474.
Pablo Tomaki, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Paciente de Lyón, San († 480), día 11, 339.
Pacífico de San Severino, San († 1721), día 24, 714-720.
Pafnucio, San († s. IV), día 11, 339.
Pascual Ferrer Botella, Bto. († 1936), día 24, 734-736.
Pascual Fortuño Almela, Bto. († 1936), día 8, 216-230.
Pascual Penadés Jornet, Bto. († 1936), día 15, 435.
Pascual Torres Lloret, Bto. († 1936), día 6, 159.
Pedro Aumaitre, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Bonhomme, Bto. († 1861), día 9, 263-272.
Pedro Cho Hwa-so, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Choe Chang-hub, San († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Choe Hyong, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Chong Won-ji, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Claver, San († 1654), día 9, 249-260.
Pedro de Alcántara (Lorenzo) Villanueva Larráyoz, Bto. († 1936), día 11, 342.
Pedro de Arbués, San († 1485), día 17, 483-488.
Pedro de Ávila, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Pedro de Chavanon, San († 1080), día 8, 237.
Pedro de Mezonzo, San († 1003), día 10, 958-962.
Pedro de Tarantasia, San († 1174), día 14, 385-392.
Pedro Enrique Dorié, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Francisco Pazary de Thorame, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Pedro Gauguin, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Pedro Hamanomachi, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Pedro Hong Pyongjiu, San († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Jaime María Vitalis, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Pedro Kwon Tu-gin, San († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Landry, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Pedro Luis de la Rochefoucauld, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Pedro Luis Gervais, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Pedro Luis Verrier, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Pedro Maubant, San († 1839), día 21 (memoria: día 20), 628-634.
Pedro Miguel Guérin, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Pedro Nagaishi, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Pedro Nam Kyong-mun, San († 1846), día 20 (memoria: día 20), 600-604.
Pedro Nguyen Van Tu, San († 1838), día 5, 141-142.
Pedro Nicolás Psalmon, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Pedro Plonquin, Bto. († 1792), día 2, 30-34.

Pedro Rivera Rivera, Bto. († 1936), día 1, 25-26.
Pedro Sampo, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Pedro Sikiemon, Bto. († 1622), día 11, 340-341.
Pedro Son Son-ji, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Sulpicio Cristóbal (Roger) Faverge, Bto. († 1794), día 12, 355-356.
Pedro Terai Kuhioye, San († 1630), día 28, 856-858.
Pedro Yi Ho-yong, San († 1838), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Yi Myong-so, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Yu Chongyul, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Pedro Yu Taechol, San († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Perpetua Hong Kum-ju, Sta. († 1839), día 26 (memoria: día 20), 791-800.
Pío de Pietrelcina (Francisco Forgione), San († 1968), día 23, 688-697.
Poliano (de Cartago), San († 257), día 10, 319-320.
Pomposa, Sta. († 853), día 19, 574.
Presidio (de África), San († s. V), día 6, 157-158.
Proceso (Joaquín) Ruiz Cascales, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Próspero de Tarragona, San († s. VIII), día 2, 36-37.
Protasio Chong Kuk-ko, San († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Proto (de Roma), San († s. III), día 11, 337.
Pulqueria, Sta. († 453), día 10, 298-301.
Querubín Testa, Bto. († 1479), día 17, 499-500.
Quiríaco, San († 557), día 29, 896.

Rafael (arcángel), San, día 29, 876-883.
Rafael Pardo Molina, Bto. († 1936), día 26, 802-803.
Ramiro, San († 630), día 11, 970-971.
Randulfo Corby, Bto. († 1644), día 7, 188-189.
Recaredo (José María) López Mora, Bto. († 1936), día 18, 523-526.
Régula, Sta. (fecha desconocida), día 11, 338.
Renato Goulpil, San († 1642), día 29, 897-898.
Renato Julián Massey, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Renato Nativelle, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Renato Nicolás Poret, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Ricarda, Sta. († 895), día 18, 521.
Ricardo de Santa Ana, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Rimágilo, San († h. 676), día 3, 67-68.
Roberto Belarmino, San († 1621), día 17, 478-483.
Roberto Hardesty, Bto. († 1589), día 24, 732-733.
Roberto Le Bis, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Rogelio, San († 852), día 16, 470-471.
Rolando de Médicis, Bto. († 1386), día 15, 433-434.
Román Aybara, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Rosa Kim, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.

Rosalía de Palermo, Sta († s. XII), día 4, 114-115.
Rufino (Crescencio) Lasheras Aizcorbe, Bto. († 1936), día 1, 19-24.
Rufo Ishimoto, Bto. († 1622), día 10, 308-310.

Salomón Guillermo Nicolás Luis Leclerq, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Salvio de Albi, San († 584), día 10, 320.
Sandalio, San († s. IV), día 3, 67.
Santa María de la Cabeza († s. XII), día 9, 296.
Santiago Agustín Robert de Lézardière, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Santiago Alejandro Menuret, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Santiago Chastan, San († 1839), día 21 (memoria: día 20), 628-634.
Santiago Desiderio Laval, Bto. († 1864), día 9, 272-283.
Santiago Esteban Felipe Hourrier, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Santiago Francisco de Lubersac, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Santiago Friteyre-Durvé, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Santiago Gabriel Galais, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Santiago Gagnot, Bto. († 1794), día 10, 322.
Santiago Hayashida, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Santiago José Lejardinier Deslandes, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Santiago Juan Lemeunier, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Santiago Julio Nonnaud, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Santiago Kyuhei Gorobioye Tomonaga, San († 1633), día 28 (memoria), 831-840.
Santiago Mestre Iborra, Bto. († 1936), día 29, 898-899.
Santino Huré, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Santísimo Nombre de María, día 12, 343-350.
Sátiro, San († 379), día 17, 496-497.
Sebastián Kimura, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Sebastián Nam I-gwan, San († 1839), día 26 (memoria: día 20), 791-800.
Segismundo Sajna, Bto. († 1940), día 17, 502-503.
Serafina Sforza, Bta. († 1478), día 8, 237-238.
Sergio de Radonez, San († 1392), día 25, 738-746.
Sergio I (papa), San († 701), día 8, 203-206.
Servideo, San († 852), día 16, 470-471.
Severino Jorge Girauld, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Simeón Berneux, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Simón de Rojas, San († 1624), día 28, 840-844.
Sofía Ximénez Ximénez, Bta. († 1936), día 23, 679-682.
Susana U Sur-im, Sta. († 1846), día 20 (memoria: día 20), 600-604.

Tecla Nagaishi, Bta. († 1622), día 10, 308-310.
Tecla, Sta. (s. I), día 23, 962-965.
Teodardo de Maastricht, San († ca. 670), día 10, 321.
Teodomiro Joaquín (Adrián) Sainz Sainz, Bto. († 1936), día 8, 244-246.
Teodoro de Canterbury, San († 690), día 19, 532-537.
Teresa (María Victoria) Couderc, Sta. († 1885), día 26, 768-776.

Teresa de Calcuta (Gonhxa Inés Bojaxhiu), Bta. († 1997), día 5, 124-139.
Teresa Kim Im-i, Sta. († 1846), día 20 (memoria: día 20), 600-604.
Teresa Kim, Sta. († 1840), día 20 (memoria), 578-583.
Teresa Yi Mae-im, Sta. († 1839), día 20 (memoria), 578-583.
Timoteo Valero Pérez, Bto. († 1936), día 17, 502.
Tomás Akahoshi, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Tomás de San Jacinto, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Tomás de Villanueva, Sto. († 1555), día 8, 206-209.
Tomás de Zumárraga, Bto. († 1622), día 12, 353-355.
Tomás del Rosario, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Tomás Hioji Rokuzayemon Nishi, San († 1634), día 28 (memoria), 831-840.
Tomás Johnson, Bto. († 1537), día 20, 612.
Tomás Juan Monsaint, Bto. († 1792), día 2, 39-44.
Tomás Nicolás Dubray, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Tomás Palaser, Bto. († 1600), día 8, 238-239.
Tomás Renato Dubuisson, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Tomás Sichiro, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Tomás Son Cha-son, San († 1866), día 20 (memoria), 578-583.
Tomás Terai Kahioye, Sto. († 1630), día 28, 856-858.
Tomás Tomaki, Bto. († 1628), día 8, 239-243.
Tomás Tran Van Thien, San († 1838), día 21, 635-637.
Tomás Tsuji, Bto. († 1627), día 7, 187-188.

Urbano Lefèvre, Bto. († 1792), día 2, 30-34.

Valentín (Vicente) Jaunzarás Gómez, Bto. († 1936), día 18, 523-526.
Vicente Abraham, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Vicente Ballester Far, Bto. († 1936), día 23, 702-703.
Vicente Carvalho, Bto. († 1632), día 3, 54-62.
Vicente de Paúl, San († 1660), día 27, 808-817.
Vicente de San José, Bto. († 1622), día 10, 308-310.
Vicente Galbis Gironés, Bto. († 1936), día 21, 637-638.
Vicente José le Rousseau de Rosencoat, Bto. († 1792), día 2, 30-34.
Vicente Pelufo Corts, Bto. († 1936), día 22, 666-667.
Vicente Sales Genovés, Bto. († 1936), día 29, 899-900.
Vicente Shiwozuka, San († 1636), día 29 (memoria: día 28), 831-840.
Vicente Sicluna Hernández, Bto. († 1936), día 22, 667-668.
Vicente, San († 630), día 11, 970-971.
Vicente, San (fecha desconocida), día 1, 967.
Víctor (de Cartago), San († 257), día 10, 319-320.
Víctor (Legión Tebea), San († 302), día 22, 640-645.
Víctor III (papa), Bto. († 1087), día 16, 472-473.

Vital de Savigny, San († 1122), día 16, 473-474.

Wenceslao de Bohemia, San († 938), día 28, 827-831.

Zacarías (profeta), San, día 6, 143-148.
Zacarías (padre de San Juan Bautista), San, día 23, 669-674.

2. Colaboradores

Andrés Martín, M. 46-53.
Arbeloa Egües, A. 840-844.

Barbado Viejo, F. 613-618.
Beneyto, J. 483-487.

Calderón, C. 441-447.
Cantera Orive, J. 4-7 757-761.
Capánaga, V. 302-307.
Carro Celada, J. A. 210-216 604-611 688-697.
Castro Albarrán, A. de 358-364.
Chico González, P. 420-428 488-496 645-656 714-720.
Colunga Cueto, A. 929-935.

Díaz Fernández, J. M.ª 308-310 350-352.

Echeverría, L. de 395-399 817-821.
Enrique de Salamanca, C. 193-203.

Feraud García, J. M.ª 504-511.
Ferri Chulio, A. de S. 216-230 323-325 336-337 514-520 662-663 679-682 844-846 886-887.

García Cordero, M. 90-95.
García y García de Castro, R. 876-883.
Gil, C. 958-961.
González Chaves, A. J. 102-112 325-335 674-679 721-725.
González Rodríguez, M.ª E. 124-139 175-185 768-776.

Huerga, A. 588-594.

Iparraguirre, I. 478-482.

Janini, J. 901-908.
Jiménez Duque, B. 542-546.
Jobit, P. 30-34.

Langa, P. 54-61 165-174 263-271 776-784.
Lhomann Villena, G. 460-464.
Llabrés y Martorell, P.-J. 62-66 563-573 682-687 921-926.
Llorca, B. 365-368 912-921.

María de la Eucaristía 343-349.
Martín Abad, J. 283-295 409-415.
Martínez Goñi, F. 402-408 437-440.
Martínez Senderos, P. de A. 942-949.
Mazo Zuazagoitia, A. del 149-157.

Núñez Uribe, F. 161-165 230-234 260-263.

Pardo, V. 808-816.
Peraire Ferrer, J. 8-17 272-283 705-714 887-895 971-980.
Pérez de Urbel, J. 962-965.
Pérez Suárez, L. M. 310-318 532-537 725-731 738-746 761-768.

Repetto Betes, J. L. 17-26 35-44 66-89 113-118 119-124 139-142 157-159 185-191 235-249 296-297 318-322 337-342 353-357

376-379 399-401 416-420 428-432 432-436 456-460 464-469 469-477 496-503 520-526 537-542 546-553 574-577 578-583 595-599 600-603 611-612 628-634 634-638 656-662 663-668 697-704 731-737 748-751 785-789 790-807 821-826 831-839 847-853 853-859 896-900 908-912 926-928 967-970 980-981.
Rodríguez, J. V. 27-29 369-376 392-395 512-514 746-748.
Romero, A. 448-455.
Ruiz Jiménez, J. 868-875.

Sánchez Aliseda, C. 640-645 753-757.
Sendín Blázquez, J. 203-206 298-301 884-885.
Tellechea Idígoras, J. I. 206-209.
Teresa León, T. 583-587.
Tibau, N. 554-562.

Valtierra, A. 249-259.
Valverde, J. M.ª 380-384.
Velado Graña, B. 95-101 143-148 619-627 669-674.
Villasante, L. de 949-957.
Viñano, A. 936-942.

Waloreck, M. 827-831.

Ximénez de Sandoval, F. 385-392.

Yzurdiaga Lorca, F. 860-867.

Zorita, A. 527-532.